



EL SECRETO DE
**BOCA
VERDE**

A.M. CALIANI



Lectulandia

Año 2004. Una canoa aparece a la deriva en el río Purús, llevando a bordo el cadáver de un joven francés. Su equipaje: una cámara de fotos digital, un diario de viaje y una espada del siglo XVI sorprendentemente bien conservada. Todas las pruebas indican que forma parte de la expedición en la que viajaba Gérard LeVu, hijo de un poderoso magnate de las telecomunicaciones, que se encuentra retenido más allá de un lugar perdido en lo más profundo de la selva de Perú: Boca Verde. Un lugar donde, según reza un viejo manuscrito, Francisco de Orellana pudo haber fundado una ciudad que ha pasado desapercibida ante los ojos de la Humanidad durante cuatro siglos.

Una operación de rescate en la que no se escatimarán medios, dos periodistas especializados en documentales de ocultismo, un equipo de mercenarios de dudoso pasado, un río perdido en lo más profundo de la selva del Perú, un narcotraficante con sed de venganza y un secreto que lleva cuatrocientos años oculto en la jungla, más allá de Boca Verde. Un secreto que, de salir a la luz, cambiaría el orden mundial tal y como hoy lo conocemos.

«El secreto de Boca Verde» es un trepidante y adictivo *thriller* de aventuras escrito de forma directa e impactante, que sumergirá al lector en un viaje cargado de sorpresas, miedo y traiciones. Esta aventura no vas a leerla: vas a vivirla como si formarás parte de ella. ¿Te atreves?

Lectulandia

A. M. Caliani

El secreto de Boca Verde

ePub r1.0

Titivillus 21.01.2019

A. M. Caliani, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mi padre, que se fue de este mundo
sin ver este libro publicado.
Ojalá estuvieras aquí
y pudieras sostenerlo entre tus manos.

PRÓLOGO

Río Purús, cerca de Sena Madureira, Brasil, 2004

NELSON ESTABA CONCENTRADO trajinando con la finísima red de malla que su padre le había fabricado con sus propias manos tres días atrás. Sentado a la orilla del Río Purús, con sus pies descalzos sumergidos en el agua, desenredaba con dedos hábiles los nudos del tosco apero de pesca. Su padre, João, lo había confeccionado para que capturara corydoras en sus ratos libres, ya que se comentaba por la región que aquel pequeño pez de acuario estaba siendo exportado a Europa y Estados Unidos por una empresa de Río Branco. Si aquello era cierto y había demanda de corydoras, la familia de João podría convertir la pesca de ese pez en un negocio más o menos estable y, definitivamente, unos cuantos reales más no vendrían nada mal a su modesta economía.

El chico sonrió al desenredar el último nudo de un preciso tirón, y contempló triunfante aquella trampa que condenaría a las corydoras a cadena perpetua en algún acuario de solo Dios sabe qué ciudad del mundo. Con pasos lentos, Nelson se adentró en el Purús hasta que el agua le llegó por encima de las rodillas, sumergió la red, y esperó con mirada atenta a que algo vivo entrara en ella.

João se encontraba sentado en su sillón favorito, un antiguo y desvencijado modelo de orejas de un color azulado desvaído que no entonaba en absoluto con el resto del paupérrimo mobiliario de su choza. El pescador se sentía muy orgulloso de su trono, que él mismo había rescatado de un vertedero de Sena Madureira hacía por lo menos diez años. Su cabaña estaba construida con cañas y tableros de madera dispuestos de cualquier forma, y solo el viejo televisor JVC indicaba que aquella estampa pertenecía al presente y no a un antiguo grabado amarilleado por el tiempo. Irene, su mujer, lavaba verdura en una palangana de plástico mientras intentaba ver el programa de televisión a través de una cortina de interferencias que hacía muy difícil adivinar qué sucedía en pantalla. La esposa de João poseía unos rasgos amahuacas bastante más raciales que los de su marido, aunque ambos tenían en común la piel oscura, las fosas nasales amplias y la tez curtida que comparten los habitantes de la Amazonia. Nelson, su único hijo, se parecía más a João que a Irene, aunque sus rasgos eran más finos que los de su padre. Este, entre trago y trago de cerveza Brahma, le vigilaba por la ventana mientras pescaba en el río.

Bajo la sombra de la muralla de árboles que flanqueaba la orilla, Nelson decidió aventurarse unos metros río adentro para probar suerte en aguas algo más profundas. Vigilaba la corriente de tanto en tanto, ya que de vez en cuando algún tronco navegaba a la deriva, escapado de alguna de las industrias madereras que operaban en

la provincia. João solía advertir a Nelson de aquel peligro con la misma naturalidad con la que un padre de cualquier ciudad del mundo recuerda a su hijo que mire a ambos lados de la calle antes de cruzar. Sin quitar ojo del río, Nelson se concentró en su cacería. En uno de los suaves vaivenes del aparejo, sintió que algo entraba en su trampa.

El chico elevó su brazo delgado y moreno hasta sacar la red del agua, para comprobar, entusiasmado, que una corydora de colores brillantes se retorció en su interior. La felicidad iluminó su cara:

—Pai, pai! Venha de pressa! Eu peguei um! Peguei um!^[1]

João dejó su lata de Brahma al lado de su sillón y, esquivando uno de los muelles que amenazaban desde hacía años sus posaderas, se levantó para felicitarle. No olvidó coger el recipiente de cristal lleno de agua que habían preparado a modo de pecera para mantener vivas a las corydoras capturadas. João cruzó el umbral de la puerta de su cabaña y se dio cuenta de que Nelson entornaba sus ojos hacia la parte alta del río. Instintivamente, él también giró la cabeza, intentando divisar qué era lo que el chico observaba tan fijamente. Por desgracia, su deteriorada vista, jamás corregida por unas gafas, no le permitía ver de qué se trataba:

—O quê houve, Nelson?^[2]

—Não sei, pai —respondió, sin dejar de escudriñar el río—. Alguma coisa vem pra aqui pelo rio^[3].

—Venha aqui^[4] —el rostro de João adoptó una expresión preocupada.

Nelson regresó a la orilla sin dejar de admirar su preciada captura, la cual introdujo con sumo cuidado en la pecera que su padre había depositado en el suelo y que cumplía la función de coche celular para pececitos. João, mientras tanto, continuó vigilando el río, intentando distinguir el objeto avistado por su hijo. En un principio sospechó que sería un tronco a la deriva, hasta que decidió que aquello tenía demasiada obra muerta para serlo. Nelson, que gozaba de una vista perfecta, no tardó en identificar el objeto flotante:

—É uma canoa^[5].

La pequeña embarcación se encontraba ahora a menos de cien metros. No se apreciaban remos, ni la típica silueta erguida del remero. Tampoco había ruido de motor. La canoa avanzaba a la deriva y en silencio, arrastrada por la corriente. João agarró un rudimentario bichero (también de fabricación casera) y se descalzó las viejas sandalias de cuero, adentrándose en el agua con la intención de interceptar la barca, que no tardó en ponerse a su alcance. A bordo de la canoa había un bulto que João confundió con un fardo de mercancía.

Probablemente, el dueño se había despistado y la barca había escapado río abajo por accidente. Alargó el bichero, enganizó el garfio en la borda y tiró con todas sus fuerzas. El pequeño Nelson, que desde la orilla gozaba de un ángulo de visión inmejorable, fue el primero en descubrir la macabra carga que transportaba la canoa:

—É um homem pai! É um homem morto!^[6]

Fue justo al agarrar la borda con sus manos cuando un hedor nauseabundo golpeó el rostro de João como si una mano invisible le propinara una bofetada, a la vez que un enjambre de insectos levantaba el vuelo, sobresaltado por su presencia. Sin mirar siquiera el contenido de la canoa y aguantando a duras penas las arcadas, João comenzó a acercarla a tierra. Irene, alertada por el grito de Nelson, había salido fuera y miraba boquiabierta a su marido mientras este arrastraba el ataúd flotante hacia la orilla, donde su hijo, paralizado, aún señalaba la escena con el índice extendido.

—¡Nelson, chama ão Padre Fermín!^[7] —ordenó João, tratando de controlar las náuseas.

Sobre el asiento de la canoa reposaba el cuerpo sin vida de un hombre en posición fetal. Estaba parcialmente cubierto por una manta fina que dejaba al descubierto un chaleco *beige* lleno de bolsillos. La parte trasera de la prenda lucía una mancha grande de color marrón rojizo que ocupaba prácticamente toda la espalda. Sangre seca. La cabeza del muerto, coronada de cabellos que caían sobre su frente en un flequillo dorado, reposaba en sus puños cerrados dibujando la estampa espeluznante de un hombre en oración; las manos, agarrotadas, empuñaban un objeto metálico que João no lograba distinguir, ya que el propio cadáver lo tapaba. Demostrando una osadía solamente superada por su curiosidad, el pescador tiró hacia sí del cuerpo, tratando de descubrir qué era aquello que aferraba como si la vida —o la muerte— le fuera en ello. João no pudo reprimir un gemido al enfrentarse cara a cara con el rostro putrefacto que le hacía mudos reproches desde la borda de la canoa:

—¡Nossa! —exclamó, volviéndose hacia su hijo, que continuaba contemplando la escena, atónito—. ¡Nelson, vai correndo e chama ão Padre Fermín! ¡Sai! ¡Sai!^[8]

El chico despertó de su trance y desapareció por una vereda que se abría entre los árboles como si fuera un túnel formado por la vegetación. Nelson corrió a toda velocidad, ignorando las ramas y los arbustos que azotaban su piel, impaciente por llegar a su destino.

Mientras tanto, en la orilla, a pocos pasos de la canoa, João contempló, fascinado, el hermoso objeto que con tanto esfuerzo había conseguido arrebatarse al muerto.

Se trataba de una espada finamente forjada, con un guardamano labrado en curvas exquisitas y una hoja afilada y brillante, tan bien pulida que hacía que el sol de la tarde se reflejara en ella como si fuera un espejo. João tuvo la imprudencia de comprobar el filo del arma con el dedo y este le abrió una herida sin piedad. A pesar de tener un aspecto muy antiguo, aquella espada no mostraba signos de haber sufrido el paso del tiempo. João levantó la vista y descubrió a Irene, su esposa, de pie en la orilla, muy cerca de la canoa, contemplando desolada a su desdichado tripulante. Elevando su rostro y sus manos hacia el cielo, Irene entonó un triste cántico —o quizás fuera una oración— en amahuaca, su lengua natal. Los ecos de su voz resonaron por la selva, acompañando a Nelson en su carrera hacia la misión católica del Padre Fermín.

I

AGARRADO DE LA MANO DE SU MADRE, el niño saludaba sin parar al hombre sonriente que ascendía a los cielos devolviéndole alegremente el saludo con la mano. El crío, que no llegaría a los tres años de edad, intentaba llamar con su media lengua la atención de su madre, señalándole con insistencia a aquel desconocido que cada vez se alejaba más del suelo. Ella, al parecer, se encontraba demasiado ocupada vigilando al hombrecito luminoso que poseía la magia capaz de detener a los coches con solo cambiar de color. Con la tenacidad que caracteriza a los críos, consiguió que su madre le prestara atención —unos fuertes tirones de su mano habían logrado la hazaña— y señaló inmediatamente a las alturas, donde para su decepción, ya no estaba aquel hombre tan simpático. La chica, una joven de veintipocos años, miró hacia arriba sin demasiado interés:

—Uy, qué bonito, un ascensor de cristal —era evidente que la joven no compartía el entusiasmo de su hijo—. Venga, que ya está el muñequito en verde y mamá tiene mucha prisa...

Y resultando vencedora en la competición de tirones, la joven cruzó el paso de peatones con su hijo a remolque. Este lanzó un último saludo al ascensor exterior, ahora vacío, que se encontraba detenido en el séptimo piso de un edificio de oficinas de la Calle de Serrano de Madrid.

David Beltrán, el hombre del ascensor, recorrió un desnudo y frío pasillo blanco hacia unas puertas abiertas de par en par que daban paso a unas oficinas repletas de gente donde reinaba una gran actividad. Junto a la entrada, a modo de puesto de centinela, se erguía un mostrador gris, tan frío y minimalista como el resto del pasillo, donde una joven algo entrada en carnes pero no por ello desagradable a la vista trabajaba de recepcionista. La mujer recibió al recién llegado tendiéndole un fajo de correspondencia sujeto por una goma elástica. A espaldas de la chica, un letrero de metacrilato rezaba «Grial», y en letras más pequeñas: «Revista bimensual de leyendas y aventuras». La publicación, que se centraba principalmente en las leyendas y enigmas que han acompañado a la humanidad a lo largo de la Historia, cumpliría pronto tres años de exitosa existencia.

Aparte de ser impecable tanto en maquetación como en contenido, el punto fuerte de Grial eran los documentales de producción propia que acompañaban la publicación en formato DVD. Estos trabajos audiovisuales no solo habían recibido la abrumadora respuesta del público, sino que incluso los críticos más letales se quitaban el sombrero ante su calidad. En alguna que otra ocasión, algún columnista exaltado había llegado a compararlos con los de National Geographic, lo que hacía

merecedora a la publicación española de un mérito aún mayor, ya que sus recursos, comparados con los del gigante norteamericano, eran irrisorios.

Hacia poco más de año y medio que David Beltrán había firmado un contrato en exclusiva con Grial. Hasta la fecha, Beltrán había escrito, realizado y protagonizado seis documentales que habían resultado ser las joyas de la corona del catálogo de Grial. La gran presencia en pantalla de David Beltrán —con su lacio cabello castaño impecablemente peinado, sus ojos azules de mirada sincera, su aspecto de buena persona y su voz cordial—, le había procurado una horda incondicional de seguidores que esperaban con avidez su siguiente reportaje. Eso sin tener en cuenta su impresionante currículum académico: periodista, licenciado en Historia, especialista en antropología americana, estudioso de la América precolombina y conocedor de varias lenguas y dialectos indígenas del Amazonas, entre otras cosas. Este cóctel de méritos hacía que el ejemplar de Grial que llevara adjunto un DVD firmado por David Beltrán y Rogelio Durán —su inseparable cámara y amigo— se agotara a las pocas horas de salir a la venta. Las segundas y terceras ediciones de esos números no eran raras. A sus treinta años recién cumplidos, era indiscutible que la carrera de David Beltrán brillaba con una luz muy especial.

—¿Cómo va la cosa esta mañana, Reme? —preguntó David a la recepcionista mientras se deshacía con cautela de la amenazadora goma elástica que sujetaba la correspondencia—. ¿Ya está el jefe en la oficina?

—Desde hace media hora. Royi es quien anda disparatado hoy: no sé si anoche estuvo de fiesta y todavía le dura, si definitivamente se le ha fundido un fusible o si busca una baja por enfermedad mental. No sé cómo Andrade le aguanta —Reme señaló a David con dedo acusador—, ni cómo le aguantas tú. Está como una puta cabra.

—No te lo niego —reconoció David, mientras examinaba fugazmente el correo de la mañana; la mayor parte era publicidad y revistas gratuitas destinadas a llenar la papelera—. Pero ahora mismo, es el mejor fotógrafo y operador de cámara de España. A veces es un poco pesado, pero no me negarás que nos alegra el día a día en la redacción...

—Pues ahí lo tienes, en todo su esplendor —Reme señaló con la cabeza hacia la puerta de la oficina, de la cual surgía un hombre joven y bien parecido, con un chaleco de fotógrafo *beige* sobre una camiseta negra que rezaba, con llameantes letras de fuego sobre un dibujo a aerógrafo de una Harley Davidson: «*My other mount is your mother*»^[9]. Su rostro, alargado y de rasgos finos, era culminado por unos rizos negros que, según si llevaba fijador o no, hacían que la sombra que proyectaba su cabeza recordara a una seta. Sus ojos oscuros, vivos y de mirada inteligente se clavaron en David, a quien saludó con una sonrisa tan amplia que parecía querer escapar de su cara:

—¡David! —Royi prolongó la última sílaba del nombre de su amigo hasta el infinito; seguidamente, dio dos pasos atrás y abrió su chaleco de par en par para que

este admirase su camiseta nueva—. ¿Qué te parece? Cojonuda, ¿eh?

—Perfecta para venir al curro, Royi. A Andrade le va a encantar. Seguro que te pregunta dónde la has comprado, para pillarse una igual —David cambió de tema—. ¿Se puede saber dónde estuviste anoche? Te llamé varias veces al móvil y siempre salía el buzón de voz. ¿Hubo fiestecita?

Royi hizo una seña discreta a David para que le acompañara. Reme, que ordenaba concienzudamente más papeles en su mostrador —la mayoría de ellos correspondencia para otros redactores—, ni siquiera advirtió que Royi se llevaba a David del brazo, como si estuviera detenido. Una vez dentro de la redacción, David intercambió saludos rutinarios con sus compañeros, mientras su amigo le hacía sortear mesas semienterradas en montañas de papeles, todas presididas por monitores Mac, y le conducía hacia la salita de descanso. No había nadie allí, tan solo las máquinas expendedoras de café, refrescos y *snacks*, tres tambaleantes mesas altas y unos cuantos taburetes medio oxidados. El fotógrafo echó las persianillas de plástico que velaban las cristaleras de la estancia y cerró la puerta. David sospechó que aquel ambiente conspirador no presagiaba nada bueno.

—¿Un capuccino? —ofreció Royi, introduciendo una moneda en la máquina de café.

—Sí —aceptó David, sentándose en un taburete—. ¿Me puedes decir a qué viene tanto misterio?

—Primero, los cafés...

Royi introdujo las monedas, pulsó el botón correspondiente y esperó a que el café y la espuma de leche rebosaran del vaso de plástico. El fotógrafo colocó los dos capuccinos sobre una de las mesas. Desde su taburete, David observó cómo su amigo envolvía sus dedos en un pañuelo y los introducía en el cajetín del cambio con extremo recelo, como si estuviese metiéndolos en las fauces de un caimán hambriento. Una por una, Royi recuperó las monedas del cambio, cuidando mucho de no tocar el metal del cajetín con la mano. Una vez rescatados sus céntimos, tendió uno de los vasos a David, que había presenciado la extraña operación absolutamente estupefacto.

—A veces, esta hija de puta me da unos calambrazos de muerte —explicó Royi, lanzando una mirada asesina a la máquina—. Fijo que Andrade ha derivado los cables para que nos electrocutemos al intentar recoger el cambio. Luego viene provisto con guantes de goma y se queda con las vueltas...

David se echó a reír. Royi no solo era un profesional brillante. Además, era el tipo más divertido y ocurrente que conocía. El sentido del humor era la bandera de la inteligencia privilegiada que Rogelio Durán —a quien todo el mundo conocía como Royi— albergaba bajo su mata de rizos. Siempre acompañado por un aire de cierta excentricidad, Royi había sido reconocido por sus colegas como alguien capaz de desenvolverse con gran soltura e intrepidez en los ambientes más hostiles —había cubierto reportajes de guerra en primera línea de fuego en Bosnia e Irak—, realizando

siempre su trabajo de forma impecable, incluso en las circunstancias más peligrosas. Royi se sentía invulnerable contemplando el mundo a través del objetivo de su cámara. Era como si las balas, el fuego, las explosiones y la muerte no estuvieran realmente allí.

David Beltrán conoció a Rogelio Durán por casualidad en El Escorial, a la salida de una conferencia mortalmente soporífera impartida por un viejo profesor de la Complutense que compaginaba con genial maestría el Alzheimer con la narcolepsia. En esa época, Royi acababa de regresar de Irak. David se interesó por su trabajo como reportero de guerra y Royi le propuso satisfacer su curiosidad acompañados de unos *whiskies*. Tras una noche interminable de charla y copas, descubrieron que entre ellos existía un *feeling* especial, además de compartir aficiones en común, como su interés en leyendas antiguas y su fascinación por los fenómenos inexplicables, temas que Beltrán tocaba en artículos que, por aquel entonces, publicaba en el dominical de un diario de primera línea. Aquel fue el principio de una amistad inquebrantable y de un proyecto profesional.

El primer documental que filmaron juntos les fue encargado por una cadena de televisión privada, y acabó viéndose envuelto en una polémica sin precedentes: durante más de un mes, David y Royi cubrieron en México un exorcismo oficiado por un sacerdote javeriano. El resultado fue horripilante. Muy pocos tuvieron acceso a la totalidad del contenido de aquellas cintas. La Iglesia boicoteó el reportaje con ferocidad, y algunos de los que tuvieron la suerte —o la mala fortuna— de ver el documental íntegro, acabaron poniendo en entredicho la veracidad del mismo. Al final, la cadena solo emitió una ínfima parte de las imágenes filmadas, en una versión *extralight* de un reportaje que, de emitirse íntegro, habría sido capaz de hacer replantearse sus creencias a cualquiera que lo visionara al completo. De todas formas, aquello no fue tan malo. El reportaje sirvió para que Grial se fijara en David y Royi. Como él solía decir, se habían convertido en los Lennon y McCartney de los audiovisuales para iluminados, David delante de la cámara y él detrás.

—David, creo que deberíamos renegociar con Andrade nuestro contrato de exclusividad —le soltó Royi, sin más preámbulos.

David miró a los ojos a su amigo y vio que no hablaba en broma. Dio un sorbo a su capuccino y se acomodó un poco mejor en su taburete:

—¿A qué viene eso? ¿Acaso no estás contento trabajando para Grial? Hacemos lo que nos gusta, nos pagan bien, y el sector reconoce la calidad de nuestro trabajo. ¿Qué más quieres?

Royi le mostró las palmas de sus manos, pidiendo calma.

—Anoche cené con Joaquín Muriel González.

Por la cara que puso, era evidente que David no tenía ni idea de quién era ese tal Muriel González.

—¡El director de la revista Esferas! —exclamó Royi, como si fuera pecado mortal desconocer quién demonios era Joaquín Muriel González—. ¡Coño, esa revista nueva

de esoterismo y parapsicología que está siendo un auténtico *boom* de ventas! ¿No has visto la campaña en televisión? —David permanecía callado y quieto, como un muñeco de cera—. Joder, están por todas las vallas de la ciudad... no me digas que no la conoces.

David puso los ojos en blanco. Por supuesto que la conocía: *ovnis*, abducciones, posesiones, vampiros, *poltergeists* y demás. Una revista tan exquisitamente comercial como amarillista.

—Sí, ya sé de qué revista me hablas. Muy buen formato, buena maquetación y un target de público no muy distinto al que llama a las líneas novecientos seis para consultar su futuro con una vidente de barrio. ¡Ah, perdona! Me olvidaba de los góticos: a esos también debe encantarles.

—No seas demagogo —rogó Royi, haciéndose el dolido—. Muriel está interesado en trabajos como el que hicimos en México —bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. No me preguntes cómo, pero ha tenido acceso a todo el material que filmamos allí. A todo —recalcó.

Una sombra negra cruzó el rostro de David. Lo último que deseaba era repetir una experiencia como la de México, que había hecho temblar los cimientos de su razón y había resquebrajado las paredes de su lógica como un terremoto de escala nueve.

—Aquel maldito reportaje me costó semanas sin pegar ojo —recordó David—. ¿Y para qué? Para que todo Dios cuestionara su veracidad. Después de eso comprendí que lo inexplicable es algo muy bonito como *hobby*, pero como profesión es una puta mierda.

—Has de reconocer que ese trabajo fue el que nos lanzó al estrellato.

—Lo reconozco —admitió David—. Pero si trabajamos de nuevo en esa línea, acabarán colgándonos la etiqueta de *frikis*, y eso es algo que a estas alturas de nuestra carrera no me seduce en absoluto.

Royi comprobó que seguían fuera del alcance de oídos curiosos y volvió a la carga:

—El asunto es que Esferas quiere dar un giro a su trayectoria y desarrollar temas más creíbles, enfocados de una forma digamos más... —Royi se tomó unos segundos para encontrar la palabra adecuada— profesional. Muriel pretende formar un equipo de investigación serio, y quiere que nosotros estemos en él.

—Prefiero ceñirme al contenido histórico que trabajamos ahora.

—Te recuerdo que siempre te han encantado la parapsicología y el ocultismo, David...

—Sí, pero como aficionado a leer lo que escriben otros, y más aún después de lo de México. No es lo mismo leer sobre una casa encantada que tener que pasar la noche dentro. Como no es lo mismo ver un reportaje de guerra que filmarlo, y eso lo sabes tú mejor que nadie.

—Es que a mí esas movidas me gustan —admitió Royi, subiendo y bajando las cejas.

—No me compares un reportaje de guerra con una cacería de fantasmas, por favor. Cuando realizas un reportaje de guerra, la gente reconoce tu trabajo con admiración y respeto. Ahora, imagínate por un momento que logramos filmar un fantasma de verdad. ¿Crees que la gente se lo creerá, así, sin más? —David hizo una pausa lo suficientemente corta para que a Royi no le diera tiempo a contestar—. No. La mayoría pensará que somos unos genios de los efectos especiales y nuestra reputación... al cuerno. Da gracias a Dios de que lo de México no fuera el principio y el fin de nuestra carrera. A veces pienso que tuvimos suerte de que no se emitiera íntegro.

—Tú y yo sabemos que lo de México fue absolutamente real. No hubo trampa, ni cartón.

—¡Pero no fuimos capaces de convencer a nadie, Royi! —puntualizó David—. Ahí reside el problema. Con todo el potencial que tenemos para contar historias, no tuvimos huevos de que el poco público que tuvo acceso al material se lo creyera. Esferas busca sensacionalismo, que es lo que vende, y hace bien. A mí, personalmente, no me gustaría dar un patinazo a estas alturas y joder nuestra carrera por mil o dos mil euros más al mes —el periodista alargó el cuello para mirar por encima del hombro de Royi y, cambiando radicalmente de tercio, le alertó de una nueva presencia en la oficina—. Guau, mira qué pibón acaba de entrar por la puerta...

Royi se dio la vuelta y vio pasar, distorsionada por las lamas de la persiana de plástico, la silueta estilizada de una mujer. Sin ningún tipo de disimulo, abrió la puerta para contemplar sin recato a la recién llegada, que no advirtió, mientras caminaba, que cuatro ojos la observaban desde la salita de descanso. No llegaba a los treinta, rubia, dotada de un cuerpo esbelto enfundado en una cazadora de cuero; una minifalda resaltaba unas piernas kilométricas que terminaban en unos pies calzados con tacones de marca; el porte de la mujer era imponente, así como el aura de autosuficiencia que la rodeaba como un halo mágico. Aunque desde su escondrijo no pudieron apreciar bien su rostro, los periodistas sí distinguieron el escorzo de una nariz altiva. Con paso decidido, la mujer atravesó la redacción rumbo al despacho de Andrade, el director de Grial, que la esperaba en la puerta con la mano tendida.

—Menudo bombón —comentó David— ¿Quién es?

—Ni pajolera idea, pero está buenísima.

Andrade estrechó la mano de la mujer esbozando una gran sonrisa, mientras ella mantenía una postura hierática, de emperatriz. David y Royi apreciaron que la joven superaba en altura a Andrade en unos cuantos centímetros, y este medía alrededor de uno setenta y cinco. El director de Grial la invitó a entrar en su despacho y ambos se perdieron de vista al cerrarse la puerta tras ellos.

—Demasiado seria para mi gusto —sentenció Royi, refugiándose de nuevo en la salita de descanso; una vez más, cerró la puerta tras de sí—. A lo mejor van a echar a

Susana Martos y esa es su sustituta —el fotógrafo dibujó una sonrisa mefistofélica imaginando el despido de la actual secretaria de dirección.

—No caerá esa breva —rio David, que tampoco profesaba mucho amor por la secretaria de Andrade, cuyas malas pulgas solo eran comparables a su mal gusto vistiendo y maquillándose—. Aunque no sé qué decirte: a Susana ya le tenemos cogidas las vueltas, y esta tiene pinta de ser aún más borde que ella...

Estuvieron a punto de morderse la lengua cuando la puerta se abrió de sopetón para dar paso al rostro eternamente malhumorado de Susana Martos. Esta les dedicó una mirada cargada de electricidad con sus ojos de mapache. Royi amplió su sonrisa un poco más, como si pretendiera mostrar al mundo sus muelas del juicio. David la saludó con timidez, preguntándose si habría oído los comentarios anteriores. Susana Martos vestía un traje de chaqueta marrón que parecía escupido a través del túnel del tiempo, una blusa con chorreras digna de Adam Ant y unas diminutas gafas rectangulares que reposaban, en equilibrio imposible, sobre la punta de su nariz. Los ojos de la mujer estaban rodeados de una oscura capa de sombra de ojos que le proporcionaba cierto parecido con el *Bitelchús* de Michael Keaton. A pesar de todo, tras una observación más detallada de Susana Martos, no era en absoluto una mujer fea. El problema consistía en que su estilismo obsoleto, su carácter arisco y sus bruscas maneras eclipsaban dramáticamente al resto de sus virtudes que, para colmo de males, eran difíciles de descubrir.

—Me acaba de decir el jefe que no os mováis de la oficina —ordenó—. Así que ya sabéis: quedaos donde yo os pueda controlar.

David asintió y Royi extendió su brazo derecho en un saludo fascista. Susana clavó una mirada aterradora en el fotógrafo, y este consiguió ampliar aún más su sonrisa histriónica. La secretaria cerró la puerta a sus espaldas y ambos creyeron oírle mascullar la palabra *gilipollas*. Cruzaron una mirada y se encogieron de hombros. Después de la interrupción, Royi volvió al ataque:

—Solo te pido que estudiemos la oferta de Muriel. Está interesado en reunirse con nosotros, y la verdad es que no perdemos nada escuchándole...

—Ok —accedió David, harto de discutir—, tienes razón, no perdemos nada escuchándole. Pero quiero que sepas que voy predispuesto al no.

—¡Bien! —celebró Royi. Consciente de haber ganado la primera batalla, decidió que era el momento idóneo para cambiar de tema—. Voy a retocar las fotos del reportaje de Luismi, mientras tanto. Me pidió que le echara una mano con el material que trajo de China.

David se dirigió a su mesa con la correspondencia bajo el brazo y se repantigó en su silla giratoria:

—Voy a quitarme de en medio esta morralla y a estudiar las propuestas para los siguientes trabajos —David giró su cabeza hacia Royi—. ¿Te apetece trabajar cerca de casa o prefieres embarcarte en un largo viaje? Oí algo de Egipto el otro día... un

reportaje sobre la Esfinge. ¿Qué te parece? ¿Le decimos a Andrade que nos lo quedamos?

Royi estaba sentado en su mesa, en la que reinaba un sorprendente y diáfano orden: no más de diez o doce folios militarmente ordenados en un extremo de la misma, un atril vacío, una alfombrilla y un cubilete que contenía un puñado de bolígrafos y rotuladores. Su mesa estaba próxima a la de David. El fotógrafo, que movía a gran velocidad su ratón mientras retocaba fotos en el ordenador, contestó a su colega sin retirar la vista de la pantalla:

—Egipto ni de coña. Intenta convencer a Andrade para que le endose ese reportaje al equipo de Salmerón, y que se caguen de calor allí. ¿Por qué no buscamos algo en algún lugar paradisíaco? Podríamos proponerle a Andrade un trabajo sobre las rutas de los piratas del Caribe, que ahora están de moda con la película. Playas, mulatas y ron...

Royi lanzó un suspiro, imaginándose rodeado de bellezas tropicales mientras degustaba un mojito helado en la mejor playa del mundo. David le lanzó un guiño de complicidad y se enfrascó en la rutinaria tarea de revisar la correspondencia, que se resumía en cuatro pasos: abrir, ojear, resoplar y tirar.

No habían pasado ni quince minutos cuando Susana Martos recibió una llamada por la línea interior. La secretaria asintió con la cabeza y se dirigió a la mesa de David:

—El jefe os espera en la sala de reuniones —anunció.

David hizo un gesto con la mano a Royi y este se levantó de la silla, no sin antes pulsar dos o tres veces el botón del ratón, dando los últimos retoques a la fotografía en la que trabajaba. Ambos se dirigieron a la sala de reuniones, que se encontraba justo al lado del despacho del director. Las dos estancias se comunicaban mediante una puerta interior. La sala de reuniones estaba absolutamente insonorizada, y Royi la había bautizado tiempo atrás como la *sala de las broncas*, ya que normalmente, cuando Andrade quería echar un rapapolvo a alguien, lo convocaba allí en lugar de hacerlo en su despacho.

David abrió la puerta y descubrió a Andrade y a la rubia espectacular ocupando sendas sillas en la mesa redonda de reuniones. La desconocida le dedicó una mirada seria, y en ningún momento hizo amago de sonreír a modo de saludo. Royi, más alto que David, se asomaba por detrás del hombro de este intentando ver el interior de la sala, dando una imagen bastante cómica. El director de Grial les hizo una seña para que entraran y cerraran la puerta.

—David, Rogelio —Andrade era el único que jamás llamaba a Rogelio Durán por su diminutivo—. Os presento a la señorita Valérie Delacroix. Es francesa, aunque nadie lo diría oyéndola hablar español —la joven agradeció el halago con un inapreciable alzamiento de cejas—. La señorita Delacroix ha venido exprofeso desde París para entrevistarse con nosotros.

David estrechó la mano de la mujer apreciando que su temperatura corporal no era acorde con sus modales gélidos. Su mano era cálida, seca y suave. El apretón que recibió el periodista fue firme, fuerte, poco habitual en una mujer. En una milésima de segundo, David estudió esa mano, que a pesar de ser bella y muy cuidada, mostraba nudillos prominentes y tendones tensos como cuerdas de violín.

—¿Karate? —le preguntó David, de sopetón, con su mejor voz de presentador.

Ella parpadeó, tomada por sorpresa:

—Taekwondo —admitió—. Es usted muy observador, señor Beltrán.

Detrás de David, Royi celebró en silencio el uno a cero a favor del equipo local. David era único para quebrar una defensa impenetrable y sorprender al contrario cuando este más seguro estaba de sí mismo. El fotógrafo apartó al periodista y se presentó a Valérie Delacroix:

—Yo soy Rogelio, pero llámeme Royi: todos lo hacen —el fotógrafo extendió exageradamente su mano y ella la estrechó, examinándole de arriba a abajo—. Soy el encargado de los audiovisuales, ya sabe... fotografías, videos, cosas así.

—Bonita camiseta —apreció Valérie, clavando sus ojos en la prenda que lucía Royi bajo el chaleco de fotógrafo. David, que se encontraba a la izquierda de su amigo, intuyó un amago de sonrisa en la cara de la mujer.

—¿Ves, David? ¡Una mujer con gusto, sí señor! —Royi abrió el chaleco y mostró orgulloso la camiseta para desmayo de Andrade, quien optó por no opinar y limitarse a pedirles que tomaran asiento. El director de Grial rondaba la cincuentena, y su cabeza ovoide lucía unas entradas laterales impolutas, rodeadas de un cabello rizado de color ceniza que le proporcionaba un aire solemne. Sus cejas, pobladas, techaban unos ojos ladinos flanqueados por patas de gallo. La nariz, gruesa y prominente sobre una boca de labios carnosos, le otorgaba cierto parecido a Humphrey Bogart. Mientras hablaba, Andrade no paraba de hacer malabarismos con un bolígrafo.

—La señorita Delacroix representa a alguien muy importante que necesita nuestra ayuda, David. O mejor dicho: tu ayuda —puntualizó, señalándole con el bolígrafo—. Es por ello que la señorita Delacroix desea proponernos un trato —Andrade se dirigió a ella—. Adelante.

Valérie clavó sus ojos verdes y algo rasgados en David:

—¿Le dice algo el nombre de Gérard LeVu, señor Beltrán?

David frunció el ceño. El nombre no le sonaba de nada.

—Ni idea.

—¿Le suena el apodo de Requin?

David abrió mucho los ojos y sonrió, sorprendido:

—¡Requin! —repitió—. ¿Requin, del chat? —ella asintió con la cabeza—. ¡Claro que le conozco! Bueno, en persona no —aclaró—. Ni siquiera he visto una foto suya, pero le considero un buen amigo. Muy buen amigo —matizó, clavando su mirada en Valérie; algo en su expresión marmórea le dio mala espina—. ¿Le ha sucedido algo?

—El nombre real de Requin es Gérard LeVu. Es el hijo de mi jefe, el señor Louis LeVu...

—¿Louis LeVu? —la interrumpió Royi—. ¿El multimillonario francés? ¿El magnate de las telecomunicaciones?

Todos los ojos convergieron en Royi, y este se encogió de hombros:

—A veces ojeo alguna que otra prensa seria...

—Ese mismo, señor Durán —Valérie se dirigió de nuevo a David—. Señor Beltrán, Gérard siempre guardó celosamente un secreto que usted compartió con él durante sus charlas *online*. Un secreto que, para su tranquilidad, supo mantener. Nosotros lo descubrimos de forma accidental. De hecho, ese secreto le llevó a desaparecer...

David se revolvió en su silla, receloso:

—¿De qué estamos hablando, señorita Delacroix?

Andrade tuvo a bien intervenir, sin dejar de jugar con el bolígrafo:

—Creo que todos los aquí presentes sabemos de qué se trata, David, así que será mejor que hablemos sin tapujos.

—Boca Verde —silabeó Valérie—. Una entrada oculta a un afluente del río Unu Rono que no aparece en ningún mapa y que da paso a un camino que se adentra en la selva. Un sendero que probablemente nadie más que ustedes tres y el equipo de rodaje presente en el momento de su descubrimiento conoce. Un lugar tan bien camuflado por la naturaleza que es prácticamente imposible de encontrar por casualidad, aunque ustedes lo hicieran...

Royi lanzó una mirada de reproche a David, sintiéndose traicionado. Confiaba en que el secreto de Boca Verde siguiera siendo un secreto, y ahora comprobaba, defraudado, que alguien aparte de ellos dos lo conocía. Como bien decía su abuelo: secreto de dos, no es secreto. Más tarde le preguntaría a David por qué lo había compartido con Requin. Conociéndole, seguro que tendría un buen motivo para haberlo hecho.

—Boca Verde —repitió David—. Nadie más sabe de su existencia. Royi y yo estábamos completamente solos cuando descubrimos ese lugar. No nos acompañaba ningún equipo de rodaje.

Aquella pequeña odisea, que había tenido lugar hacía poco más de un año, acudió a la mente de David como una película pasada a cámara rápida: él y Royi, acompañados por un pequeño equipo de filmación de Grial, habían terminado de rodar un documental en Nazca, Perú. Un día antes de regresar a España, Andrade les comunicó por teléfono que una revista perteneciente al mismo grupo editorial de Grial necesitaba fotografías de la selva para ilustrar un reportaje sobre narcotráfico. Por supuesto, era más rentable que las hicieran ellos, que ya estaban allí, que desplazar otro equipo desde España. A excepción de David y Royi, el resto del personal volvió a Madrid. Uno de sus contactos en Lima les sugirió el río Unu Rono, un afluente navegable pero poco transitado del río Purús. «*Si quieren unas fotografías*

completamente inéditas, háganlas allí», les dijo. «Es un lugar hermoso, completamente salvaje, y muy poco fotografiado».

David y Royi tuvieron que desplazarse al único pueblo más o menos importante del Unu Rono, localizado cerca de su nacimiento: San Julián. Una población sin fluido eléctrico y sin más agua corriente que la del propio río, carente de interés comercial y sin infraestructura turística, completamente dejada de la mano de Dios a no ser por un pequeño destacamento fluvial del ejército. A su alrededor, cientos de kilómetros de selva virgen, salpicada de aldeas insignificantes que no aparecen en los mapas ni por casualidad. Desde allí, a bordo de una pequeña lancha motora de alquiler gobernada por ellos mismos, descendieron el río por su cuenta, haciendo oídos sordos a las advertencias de los lugareños respecto a los peligros de la zona. Cautivados por la belleza del paisaje, y haciendo alarde de una osadía sin límites, navegaron durante días hasta que el azar les llevó a descubrir, como quien tropieza con la marmita de oro al final del arco iris, el lugar más bello y salvaje que jamás hubieran imaginado. David Beltrán lo bautizó *in situ* como Boca Verde.

—¿Qué le ha sucedido a Gérard? —quiso saber David, yendo al grano.

—Gérard organizó una expedición a Boca Verde con cuatro amigos de confianza —comenzó a decir Valérie—. Lo preparó todo en el más absoluto secreto; ni siquiera su familia sabía adónde se dirigía. Gérard hizo creer a todo el mundo, incluyendo a su padre, que iba a pasar unas semanas en Río de Janeiro con sus amigos, de viaje turístico. Se preguntará cómo descubrimos que Gérard fue a explorar Boca Verde —David atendía a las palabras de la mujer en silencio—. Siento no poder darle todos los detalles ahora, pero tuvimos noticias de la expedición de Gérard gracias a un diario y a una cámara digital encontrados en el cuerpo sin vida de Antoine Villeneuve, uno de los jóvenes que le acompañaron en el viaje. Villeneuve apareció muerto hace cuatro días en una canoa a la deriva, en el río Purús, cerca de Sena Madureira. Como puede ver, las noticias que tenemos de Gérard nos llegaron por pura casualidad —Valérie hizo una pausa—. ¿Conocía usted a Antoine Villeneuve?

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Cómo murió?

—La policía brasileña certificó muerte por disparo de arma de fuego, aunque no sabemos cuándo, cómo ni dónde le dispararon.

—Joder —musitó Royi.

—Hay laboratorios clandestinos de cocaína en el Unu Rono —explicó David—. Las autoridades nos advirtieron de ello y nos recomendaron extremar las precauciones. La verdad es que los narcos no suelen atacar si uno no invade su territorio, pero si ellos tuvieron la mala suerte de acercarse más de la cuenta a sus instalaciones, algún centinela nervioso pudo haber usado su arma.

—La policía ignora quién lo hizo —prosiguió Valérie—, y tampoco están seguros si Villeneuve recibió el disparo en Perú o en Brasil, lo que añade otra dificultad a la investigación. Pero gracias al diario y a la cámara que llevaba consigo, tenemos evidencias de que tanto Gérard como sus otros tres compañeros de viaje están vivos.

—¿Tienen el diario de Villeneuve en su poder? —preguntó David.

—Tenemos una copia en París. No me pregunte cómo la conseguimos: es confidencial. Le faltan varias páginas, y las que quedan no están en buen estado. El original lo tiene la policía de Manaos, y está bastante deteriorado debido al agua y a las manchas de sangre y barro. Por lo que dejó escrito, se desprende que Villeneuve no murió inmediatamente. De hecho, pasó varios días en la canoa, herido y a la deriva.

—Una muerte lenta y horrible —dijo David, apenado.

—Lamento no estar autorizada para revelarles todo lo que sabemos, pero puedo adelantarles que Gérard y sus otros tres compañeros de viaje se encontraban, en el momento en que Antoine Villeneuve escribía sus últimas palabras, retenidos por una tribu indígena en una aldea situada más allá de Boca Verde. Por cómo posan en las fotos, no parecen estar pasándolo demasiado mal. No se aprecian signos de maltrato —Valérie hizo una pausa—. Todo apunta a que siguen allí, y ahora es cuando Louis LeVu le necesita, señor Beltrán.

El silencio en la sala de las broncas se espesó como gelatina hasta que Valérie volvió a hablar:

—El señor LeVu quiere que usted guíe a un equipo de rescate hasta Boca Verde, localice a su hijo y a sus amigos y los traiga de vuelta a casa. A cambio, se le permitirá filmar la operación de rescate y explorar lo que hay más allá de Boca Verde, cosa que según me acaba de decir el señor Andrade, no pudo hacerse en su día por falta de tiempo, equipo y presupuesto. Tendrá libertad absoluta para grabar todo lo que desee.

David abrió la boca para intervenir, pero Andrade le ganó el turno:

—La verdad es que teníamos serias dudas para retomar el descubrimiento de Boca Verde. El problema que se nos plantea es, principalmente, económico. Desconocemos cuánto podría durar la expedición, y desplazar un equipo de rodaje hasta allí costaría una fortuna, probablemente más de lo que podría generar el reportaje. No sabemos qué hay más allá de Boca Verde. Tal vez no haya más que una corriente de agua y un bello paisaje sin mayor interés que el de su propio descubrimiento, y eso no sería rentable.

David se acarició la barbilla, tratando de digerir la información que acababa de recibir:

—Necesito saber más antes de darle un sí por respuesta, señorita Delacroix... Hay muchas piezas de este *puzzle* que no consigo encajar.

—No puedo darle mucha más información en estos momentos, señor Beltrán, pero hay pormenores de este asunto que le serán revelados en caso de que acepte trabajar para el señor LeVu. Comprenda que estamos en medio de una investigación muy compleja y que movemos muchos hilos políticos y policiales en Sudamérica, lo que nos obliga a andar con pies de plomo. Si acepta nuestra propuesta, recibirá un *dossier* completo del caso. Una vez que lo lea, sabrá lo mismo que nosotros.

David interrogó con los ojos a Andrade, que seguía haciendo malabarismos con el bolígrafo:

—O sea, lo que nos propone es ayudarles a encontrar a Requin a cambio de financiar la expedición a Boca Verde y poder filmarlo todo —resumió—. ¿Tú qué opinas, Andrade?

—Opino que aunque no haya nada interesante más allá de Boca Verde, la historia de este rescate vendería por sí sola. *Monsieur* LeVu nos está brindando una oportunidad única —a Royi le pareció tremendamente pedante que Andrade utilizara la palabra «*monsieur*», pero por una vez se abstuvo de emitir uno de sus comentarios sarcásticos y se mordió la lengua—. Por mi parte no tengo inconveniente en que vayas. Es más, me gustaría que fueras.

Valérie se dirigió a David:

—Aparte de correr con todos los gastos de la expedición, el señor LeVu tiene previsto recompensarle con una generosa cantidad, a modo de honorarios. Todos sabemos que este viaje no estará exento de peligros, y el señor LeVu desea compensarle por los riesgos.

Royi se frotó las manos:

—¡Eso suena bien!

—Royi viene conmigo —exigió David—. Sin él no voy a ninguna parte.

Valérie asintió:

—La verdad es que ya contábamos con el señor Durán. ¿Solo irían ustedes dos?

Andrade detuvo por unos momentos sus acrobacias con el bolígrafo:

—Si ustedes proporcionan transporte y escolta, creo que no necesitamos a nadie más. ¿Tú qué opinas, David?

—Royi y yo podemos cubrir el reportaje perfectamente, pero hará falta un médico, un navegante...

Valérie le interrumpió, esbozando una media sonrisa tiznada de prepotencia:

—Señor Beltrán, le prometo que el despliegue de medios que tendrá a su alcance será absolutamente abrumador —la mujer recalcó esta última palabra, como si la esculpiera en granito con su voz—. Dispondrá de tecnologías y de personal cualificado más allá de su imaginación. Usted simplemente diga qué necesita y tendrá lo mejor. No olvide que está en juego la vida del hijo de uno de los hombres más ricos del mundo. No se escatimarán gastos. De hecho, en este momento, decenas de personas trabajan en Francia y Brasil, las veinticuatro horas del día, preparando esta expedición.

Royi pidió la palabra levantando el dedo como si estuviera en clase, y Valérie se la concedió con un movimiento condescendiente de su cabeza:

—Yo tengo tres preguntas para usted —anunció—. La primera es si alguien más, aparte de Requin y sus amigos, conoce el secreto de Boca Verde... porque si Requin o sus colegas se fueron de la lengua, podemos encontrarnos con una feria cuando lleguemos, y entonces el reportaje no valdrá una mierda. Segunda pregunta: ¿Por qué

no denuncian todo esto a las autoridades? El ejército tiene una base en San Julián. Ellos podrían encargarse del rescate mejor que nosotros, y ganarían mucho tiempo. Tercera pregunta: ¿a mí también se me gratificará? —Roi abrió desmesuradamente los ojos y la boca, componiendo una expresión de cine mudo; si Andrade hubiera tenido una pistola en el bolsillo, le habría pegado un tiro sin dudar.

—Como ya dije antes, nosotros supimos de la desaparición de Gérard por el diario de Villeneuve. Nos enteramos por casualidad. En lo referente al secreto de Boca Verde, pueden estar tranquilos: tan solo lo compartió con sus compañeros de viaje. Por supuesto, ahora también lo conocen las personas que trabajan en la operación, pero todos forman parte de nuestra Empresa, y están sujetos por un férreo contrato de confidencialidad. Le aseguro que el deseo de Gérard no era otro que explorar por explorar —Valérie se dirigió especialmente a David—. Usted le conoce bien, y sabe que Gérard tiene una sed insaciable de aventura. Jamás se le pasaría por la cabeza robarle su descubrimiento.

—Yo también estoy completamente seguro de ello —afirmó David, rotundo—. Créame, aunque no le conozca en persona, le considero un amigo de verdad. Sé que Requin... perdón, Gérard —se corrigió— tiene alma de descubridor. Sé que solo busca el privilegio de pisar una tierra que nadie más haya pisado antes, y sé que fue eso lo que le llevó a Boca Verde.

—Él también le considera a usted su amigo —le aseguró Valérie—. Cuando lea el diario de Villeneuve, comprobará hasta qué punto.

Roi tomó la palabra:

—Antes mencionó que había fotos de Gérard y sus amigos posando (esa fue la palabra que empleó) en una aldea...

—Así es. Están junto a unos nativos, sonriendo a cámara. Eso nos hace pensar que están bien.

—Tal vez pueda saber de qué tribu se trata viendo las fotos —aventuró David—. Para su tranquilidad, la ferocidad de las tribus del Amazonas no es más que un mito... en la mayoría de los casos.

Valérie retomó las preguntas de Roi:

—Respecto a por qué no pusimos el asunto en manos de la policía, señor Durán, le prometo que si aceptan embarcarse en esta expedición les pondremos al corriente del acuerdo al que llegamos con las autoridades brasileñas para que no interfieran en este rescate. También les aclararemos por qué no hemos denunciado la desaparición de Gérard a las autoridades peruanas. Desgraciadamente, por ahora no estoy autorizada a revelarles nada más.

—Me lo imagino —dijo David—. Hay caminos embarrados que se asfaltan de inmediato a golpe de talonario.

—Conocerán todos los detalles en París —dijo Valérie, sin entrar a comentar las palabras del periodista—. No podemos permitirnos ni la más leve indiscreción.

David se reclinó en la mesa y buscó la mirada de Royi. Este no le dijo nada, pero entre ellos hacía tiempo que las palabras estaban de más. Royi le devolvió la mirada en silencio y David, asintiendo levemente con la cabeza, supo que Royi estaba con él en esto:

—Por mi parte acepto, no solo por el reportaje, sino también porque no soportaría quedarme cruzado de brazos. Si está en mi mano ayudar a Requin y a sus amigos, lo haré.

Royi le dedicó a su amigo un guiño de complicidad. Valérie se recostó en su silla, incapaz de disimular del todo su satisfacción. Acababa de apuntarse un triunfo importante. Louis LeVu iba a dar saltos de alegría cuando se enterara de que tenía a David Beltrán en el equipo.

—Recibirán el *dossier* completo del que les hablé en cuanto lleguen a París — Valérie sacó un sobre apaisado de su bolso y se lo dio a David—. Aquí dentro hay un cheque al portador por seis mil euros, para sus gastos iniciales. También encontrarán mi número de móvil. Ante cualquier duda, llámenme, sea la hora que sea. En cuanto estén listos para partir, comuníquennelo. Les ruego, caballeros, que preparen su marcha lo antes posible. El tiempo apremia.

—Hay que preparar el equipo de filmación —dijo Royi—. Tendremos que llevar cámaras, trípodes, focos...

—Es absurdo cargar con ese material —opinó Valérie—. En cuanto lo tengan listo, lo enviaremos a Brasil por una agencia de transportes *premium*. Llegará antes que nosotros. Por supuesto, el Grupo correrá con los gastos.

Royi elevó las cejas en señal de aprobación:

—Pues en ese caso, por mi parte podemos salir pasado mañana —Royi miró a David—. ¿Te da tiempo a prepararlo todo para el domingo?

—De sobra.

Andrade dejó el bolígrafo sobre la mesa y abrió sus manos.

—Entonces ya estáis en este reportaje. Id a preparar el viaje, chicos... y tened cuidado.

Royi se puso de pie de un brinco y abrió la puerta de la sala:

—Voy a acabar con las fotografías de Luismi. En diez minutos te pasaré la lista del material que necesito —le dijo a Andrade, para seguidamente volverse hacia Valérie—. Señorita, no ha respondido a mi tercera pregunta...

Por primera vez, Valérie sonrió distendidamente, y una hilera de dientes blancos iluminó su cara. Se levantó de la silla y se alisó la minifalda, lista para marcharse. David no pudo resistirse a lanzar una ojeada furtiva a sus piernas.

—Lo hablaré con París, señor Durán —prometió, estrechando por turno la mano a los tres hombres—. Me alojo en el Hotel Princesa, por si me necesitaran. Una cosa más: les ruego absoluta discreción acerca de este asunto. Hay mucho en juego. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron al unísono los tres.

Valérie se despidió con un movimiento de cabeza y abandonó la redacción de Grial, robando miradas de admiración a hombres y mujeres. Desde luego, la señorita Delacroix no pasaba desapercibida.

—Es espectacular —afirmó David, con la vista aún clavada en la puerta por la que acababa de desaparecer.

—Y tú eres un cabrón —le acusó Royi, propinándole un pescozón—. Me tienes que contar por qué coño te fuiste de la lengua con Requin. Joder, David... hasta hace un rato pensaba que el secreto de Boca Verde seguía siendo eso: un secreto. ¡Ah! Y también quiero que sepas que como no me suelten pasta, me tienes que dar la mitad de lo que te den a ti.

David sonrió, restregándose la nuca:

—Dalo por hecho. En cuanto termines con las fotos de Luisi y le pases la lista del material a Andrade, nos tomamos un café y te explico por qué le conté a Requin lo de Boca Verde. Verás cómo hay una razón...

Los periodistas llegaron a la altura de sus mesas de trabajo.

—Nos hemos embarcado en este asunto a ciegas, con más cojones que sesos —dijo Royi, sintiéndose orgulloso; el fotógrafo notaba un hormigueo en el estómago que no sentía desde sus tiempos de reportero de guerra—. Una pregunta, David: ¿tú te has enterado de algo?

—De poca cosa, la verdad —admitió—. Pero tenemos entre manos un reportaje suculento y la oportunidad de ayudar a un amigo en apuros. La intriga me corroe; estoy deseando leer ese *dossier*.

—Y yo —Royi se sentó en su mesa—. Termino con estas putas fotos, le doy la lista a *Monsieur* Andrade y nos tomamos ese café. Tienes mucho que contarme, so traidor.

—Venga —rio David—. En cuanto estés listo, nos largamos.

David y Royi terminaron lo poco que tenían pendiente en algo menos de media hora. Antes de irse, Royi le facilitó a Andrade una lista con el material que necesitarían. En cuanto estuviera embalado y etiquetado, habría que llamar a Valérie para que ordenara su recogida a la agencia. Una vez dejaron todo listo, se despidieron de sus compañeros de trabajo, sin saber a ciencia cierta cuándo volverían a pisar la redacción de Grial.

Valérie Delacroix se acomodó en el asiento trasero del taxi que la llevaba al Hotel Princesa. Sacó su móvil del bolso y buscó un contacto en su agenda. A través del retrovisor, la mujer apreció cómo los ojos del taxista hacían lo imposible por mantener sus piernas bajo control. Ella las cruzó y le dedicó un leve gesto con la barbilla con el que pretendía decirle: «¿Quiere mirar hacia delante?». En París, alguien descolgó un teléfono a la primera señal.

—Cuéntame, Val —dijo una voz grave al otro lado de la línea.

—David Beltrán ha aceptado, señor LeVu. Estaremos en París pasado mañana.

—¡Excelente! Ahora mismo voy a ordenar que traduzcan el *dossier* al español. ¿Vendrá alguien más, aparte de Beltrán?

—Rogelio Durán, su cámara. Ya contábamos con él. Un tipo muy peculiar — comentó.

—Charles se encuentra ahora mismo en Manaos, cerrando las últimas gestiones allí. Creo que estamos moviéndonos lo más rápido que podemos.

Valérie asintió con la cabeza sin darse cuenta de que su interlocutor no podía ver su gesto a través del teléfono.

—¿Seguro que sigue vivo, verdad, Valérie?

—Seguro que sí, señor. Debemos tener fe.

—Intento no perderla —suspiró LeVu, tras unos segundos de silencio atragantado—. Es un alivio que Charles se esté ocupando de todo en Brasil. Está haciendo un magnífico trabajo.

—Que el señor Forest realice un magnífico trabajo no es ninguna sorpresa, señor LeVu —dijo Valérie, quien admiraba profundamente a Charles Forest, la mano derecha de su jefe.

—Estoy convencido de que tú también harás un trabajo impecable cuando ocupes su puesto —dijo LeVu, que desde hacía un par de años se había fijado en Valérie como futura sucesora de su hombre de confianza—. Ve haciéndote a la idea: el día menos pensado, Charles nos sorprende y se jubila.

—Gracias por su confianza, señor LeVu. Si no necesita nada más...

—Nada más, Val. Mantenme informado de cualquier novedad, ¿ok?

—Por supuesto. Así lo haré.

—Y gracias. Muchas gracias.

Valérie musitó un sordo *pas de quoi* y pulsó el botón de colgar. El tono de eterna autosuficiencia de Louis LeVu se había tornado triste e inseguro desde la desaparición de su hijo. Al menos, el hallazgo del diario de Villeneuve y las fotos de la cámara digital le habían insuflado una dosis de esperanza a él y a su esposa en los que eran, sin duda, los peores momentos de sus vidas.

—¿Quiere mirar hacia delante? —regañó Valérie al taxista—. Vamos a tener un accidente a cuenta de su afán por mirarme las piernas. ¿Acaso nunca ha visto unas piernas de mujer?

El conductor obedeció a regañadientes y fijó su mirada en la calzada, pero como buen ejemplar de taxista madrileño, no pudo resignarse a no tener la última palabra:

—He visto muchas piernas en mi vida, señora... ¡pero como las tuyas, no!

Valérie se mordió los carrillos por dentro para no soltar una carcajada. Los españoles siempre acababan sorprendiéndola. Con la satisfacción del deber cumplido, decidió que haría algo de ejercicio en el gimnasio del hotel, tomaría un baño caliente con sales y se relajaría durante el resto del día. Tenía que aprovechar su poco tiempo libre y disfrutarlo a tope.

Porque Valérie Delacroix era consciente de que se le venían encima unas semanas de trabajo agotador.

II

DESDE LA CALLE se podía oler el aroma de las tostadas y los *croissants* recién hechos de la Cafetería Reinaldo, en una de las transversales más concurridas de Serrano. Era difícil pasar por allí y no ventear el aire como un venado, abriendo las fosas nasales de par en par para deleitar el olfato con el delicioso olor a café. Por la mañana, muchos de los ejecutivos de la zona aprovechaban su media hora del desayuno para acudir allí, y no pocos negocios importantes se cerraban entre las paredes de ese local. Mujeres vestidas con elegantes trajes de chaqueta, ejecutivos extraídos de anuncios de Emidio Tucci, teléfonos móviles canturreando sin cesar y el murmullo de conversaciones mezcladas conformaban el ambiente de la Cafetería Reinaldo. Y destacando por encima de todo eso, la voz quebrada de Gerardo, el castizo camarero de enjuta figura que servía las mesas al ritmo de una especie de número de claqué, consistente en sortear clientes, sillas, bolsos y maletines; dibujando en el aire florituras con su bandeja de acero, y ondeando al viento una eterna servilleta que colgaba de su brazo como un estandarte de torneo medieval.

—¡Buenos días, caballeros! —saludó casi gritando, en ese tono mezcla de amabilidad y chulería tan típico de la vieja escuela de camareros de Madrid—. ¿Qué van a tomar los trotamundos del barrio?

Royi y David devolvieron el saludo a Gerardo, que ya sacaba su pequeña libretita de tapas rojas, presto a tomar nota de la comanda. Aquel cuadernillo, que sospechosamente mantenía siempre el mismo grosor, parecía no haber sido sustituido desde hacía más de un año, lo que hacía dudar a los periodistas si Gerardo realmente apuntaba algo allí o solamente lo blandía para hacer el paripé de profesional aplicado, recurriendo en realidad a su memoria para cursar los pedidos. Royi, malévolo, sostenía la teoría de que era analfabeto.

—Ponme un capuccino y una tostada con mantequilla, Gerardo —pidió Royi, posando su mano en el huesudo brazo del camarero—. A todo esto... ¡vaya mierda de partido que hizo el Madrid el domingo! —el rutinario hostigamiento futbolístico de Royi a Gerardo había acabado convirtiéndose en una tradición—. Van de mal en peor. Deberías dejar atrás ese *talibanismo madridista* y pasarte al Barça de una puta vez. Pero ojo, nada de boquilla: socio de carné. Tú solo tienes que decírmelo, yo muevo mis contactos, y entras en la peña *blau grana* por la puerta grande.

Gerardo fingió ignorar la puya de Royi y se concentró en su libreta mientras apuntaba (o no) la comanda de David, consistente en un *croissant* a palo seco y un zumo de naranja. Su rostro afilado y el fino bigotito le hacían parecer un instructor de Falange anoréxico. Con un grácil movimiento, guardó la libreta en el bolsillo de su

camisa blanca, sin dar ocasión a los periodistas de vislumbrar si realmente había escrito algo o no. Como por arte de magia, un trapo se materializó en su mano. Mientras restregaba con fuerza la superficie de la mesa, Gerardo guiñó un ojo a David, advirtiéndole de que lo que venía a continuación no iba con él, sino que pretendía ser un ataque quirúrgico contra Royi:

—Déjate de tanto fútbol y aprende a manejar la cámara, *Rogelito*. Y a ver si tienes más gusto grabando. Hay que ver el último reportaje, el de los templarios esos. Mi parienta hasta se durmió, con tanto desierto y tanto templo ruinoso... Si no fuera por David, que lo bordó (como siempre), ya habría tirado el disco a la basura — Gerardo se volvió hacia David, por quien profesaba una desproporcionada veneración—. ¿Por qué no despides al cantamañanas este y que te pongan un cámara bueno de verdad? ¡Si hasta le pagarán bien, y todo!

Royi fingió tener el corazón roto:

—Ahí te doy toda la razón, Gerardo —el fotógrafo señaló a David con gesto acusador—. Y aquí, precisamente, tienes al responsable de ese reportaje. ¿Tú crees que yo decido lo que se graba y lo que no? Pues no, amigo mío. ¡Ojalá! Yo soy un trabajador como tú, bajo las órdenes de este señor al que tú admiras tanto. ¿Qué digo, un trabajador? ¡Un esclavo! —David trataba por todos los medios de que no le diera la risa; no había día que desayunaran en el Reinaldo que no se produjera una situación parecida por una cosa o por otra, aunque todas, indefectiblemente, comenzaban con el fútbol—. Aquí donde lo ves, este tío repeinado y sabelotodo que tanto le gusta a las niñas (y a ti) me obliga a filmar lo que a él le sale de su santísimo nabo, para que luego venga un espectador como tú y, con toda la razón del mundo, canalice la comprensible indignación que nuestros audiovisuales le producen sobre mí, que no soy más que un pobre currito. Como siempre, el trabajador es quien se lleva la peor parte.

Gerardo se quedó callado durante unos segundos, preguntándose si no habría metido la pata con David, que en ese preciso momento estaba en peligro de perder su batalla contra la risa.

—A ver, vayamos por partes: que a mí el reportaje en sí me gustó, David, ojo —el camarero ya estaba hundido hasta las rodillas en las arenas movedizas a las que Royi le había conducido de la mano—. Lo que es la temática: interesantísima. A lo que me vengo a referir es a la imagen —Gerardo señaló a Royi con el pulgar—. El *espilbe* este de pacotilla cada vez lo hace peor —David supuso que Gerardo había querido decir Spielberg—. Hay escenas en las que se nota que le tiembla el pulso —eso era mentira, pero en los *Gerardo versus Royi*, cualquier maldad valía—. Este, cuando sale por las noches, tiene que darle al *whisky* más de la cuenta.

Royi palmeó dos veces la mano del camarero, sintiéndose ganador del combate:

—Gerardo, no intentes arreglarlo. ¡Si tienes razón! —admitió—. Lo que tú estás haciendo ahora mismo es lo que tenían que hacer todos los lectores de la revista: quejarse de la mala producción de David Beltrán. Es más, voy a decirle a nuestro

director, Andrade, que venga a hablar contigo, y tú le repites exactamente lo que acabas de decir. Verás como él, que sabe quién es el responsable de los reportajes, toma medidas contra el verdadero responsable —Royi volvió a señalar a David—. ¡Que no es otro que él!

Gerardo dedicó a David una mirada compungida, y este le tranquilizó con un gesto, quitando importancia al asunto. A pesar de que no podía evitar sentir remordimientos, la verdad es que David se divertía mucho con las situaciones *kafkianas* a las que Royi abocaba a sus víctimas. En alguna que otra ocasión, Gerardo se había defendido hábilmente de Royi, pero era evidente que hoy no estaba en su mejor momento.

—David, te juro que si viene ese Andrade por aquí le voy a decir que si hay alguien bueno en esa revista, ese eres tú —seguidamente, lanzó una mirada fulminante a Royi—. Y de este le voy a decir que lo mande a hacer reportajes de bautizos y comuniones, que es para lo único que vale...

—Encima, eso... —rezongó Royi, haciéndose el afligido—. Manda bemoles...

Esta vez fue David quien palmeó el hombro del camarero:

—Parece mentira que no conozcas a Royi, Gerardo. ¿No ves que dice todas estas cosas para hacerte rabiar?

—Ya lo cogeré otro día —amenazó, dirigiéndose seguidamente a Royi—. ¡Ah, y mándame al Andrade ese, que le voy a dar un informe tuyo que te vas a cagar!

Mascullando una última ruindad ininteligible, el camarero ejecutó su danza a través de las mesas de vuelta a la barra, dejando a David muerto de risa y a Royi babeando de satisfacción:

—Seguro que ahora mismo está rumiando alguna maldad para cuando venga con la comanda.

—¡Mira que te gusta tocarle las narices! —le reprochó David—. ¿Nunca vas a confesarle que no eres del Barcelona, ni que el fútbol te importa tres cojones?

—¡Jamás! Meterme con Gerardo es la razón principal para seguir viniendo a desayunar aquí (aparte de las tostadas, claro), y el fútbol la excusa perfecta para darle por saco.

David y Royi charlaron de temas irrelevantes mientras esperaban el desayuno. Contra todo pronóstico, Gerardo no abrió el pico y se limitó a dejar el pedido en la mesa. La cafetería estaba a rebosar de gente, y el pobre Gerardo seguramente no habría tenido tiempo para idear algo ingenioso —a la vez que terrible— con lo que contraatacar a Royi. Ya se la devolvería la próxima vez y con creces. El fotógrafo decidió ir al grano en cuanto comenzaron a dar cuenta del desayuno:

—Bueno, pues tú dirás... —dijo, mirando fijamente a su amigo.

—Lo primero es pedirte perdón por no haberte comentado nada de esto antes. Tenía pensado hacerlo, pero la verdad, no pensé que los acontecimientos se precipitarían de esta forma —David dio un mordisco a su *croissant*, tragó y siguió hablando—. Una noche, en el chat, Requin y yo entramos en un canal llamado

Conquistadores, donde un tipo daba una charla sobre la expedición que lideró Pizarro en 1541 a la zona este de Quito. Pizarro buscaba canela, y de paso también El Dorado. La charla tenía un moderador, por lo cual no podíamos intervenir libremente, sino que enviábamos mensajes a dicho moderador, este los filtraba y luego los pasaba al ponente.

—Odio ese tipo de canales —manifestó Royi.

—Y yo. Para colmo, el conferenciante llevaba preparados unos macros inacabables con información más que sabida y que no aportaba nada nuevo. Todo lo que dijo lo encuentras fácilmente en cualquier enciclopedia o en internet. Al cabo de un rato, su discurso derivó a la expedición que Francisco de Orellana emprendió ese mismo año a través del Amazonas. ¿Conoces algo de ese viaje?

Royi se encogió de hombros, sin dejar de masticar un bocado de tostada:

—Poca cosa —admitió—, así que ilústreme.

—El periplo de Orellana se dio a conocer por la Relación de Carvajal, que se publicó en la Historia General de las Indias de Oviedo en el siglo XIX. Fray Gaspar de Carvajal fue un capellán que acompañó a Francisco de Orellana durante su viaje. El pobre hasta perdió un ojo, a causa de una flecha —Royi, que estaba comiendo, compuso una expresión de asco—. El viaje duró de 1541 a 1542, y Orellana y sus hombres, embarcados en bergantines, fueron atacando las aldeas que encontraron a su paso en busca de comida. Aunque no siempre hubo respuesta hostil por parte de los nativos, el descenso por el Amazonas no fue un paseo. Orellana encontró resistencia en muchas etapas de su viaje. Los nativos no pararon de hostigar a la flota, y los españoles tuvieron que seguir su ruta hacia el mar intentando no acercarse demasiado a la orilla del río. Las escaramuzas fueron constantes durante meses.

—¿Y qué sucedió luego?

—Los suministros comenzaron a escasear, y Orellana decidió regresar a España. Tuvo que ser un viaje espantoso. La travesía duró meses, y muchos de sus hombres estaban enfermos o heridos...

—Y nosotros lloramos porque los vuelos a América duran nueve horas...

—Según cuenta la Historia, Orellana se casó en España, recibió honores de la Corona y financió, en gran parte con fondos propios, una expedición de vuelta a América con el objetivo de remontar el Amazonas, llevando consigo a su esposa, Ana de Ayala. Nunca llegó a remontarlo. Se cree que murió de una enfermedad en la misma desembocadura del río. Otros sostienen la teoría de que se ahogó tras un ataque de los indios... pero la verdad es que no existe una versión contundente de lo que realmente sucedió —David hizo una pausa—. Nadie sabe exactamente qué fue de Francisco de Orellana.

Royi paró de masticar la tostada y habló con la boca llena:

—Ahora viene cuando tú me sueltas que sabes algo que nadie más sabe, ¿verdad?

David le dedicó un guiño:

—¡Qué bien me conoces! —rio—. Te sigo contando: mientras el ponente de aquella conferencia nos bombardeaba con sus macros sobre la presunta muerte de Francisco de Orellana, Requin me invitó a salir del canal. Dijo que tenía que contarme algo muy interesante —David dejó pasar unos segundos antes de proseguir—. Pues bien, Requin me aseguró, nada más y nada menos, que él tenía pruebas de que Orellana no murió en la desembocadura del Amazonas.

El fotógrafo dejó lo que le quedaba de la tostada en el plato y se irguió en su asiento:

—Continúa. Acabo de engancharme a tu película —admitió.

—Hace unos años, cuando era niño, Requin acompañó a su padre a Panamá, para visitar una vieja mansión colonial que acababa de adquirir. Que conste que yo me he enterado hoy de quien es realmente el padre de Gérard —aclaró David—. No sabía ni que era multimillonario, ni que era conocido. Como te iba diciendo, en dicha casa había un desván lleno de trastos viejos, y Requin se puso a revolver en ellos como haría cualquier chaval. Entre otras cosas, encontró un viejo cuaderno fechado en el siglo XVIII. Se trataba de la transcripción de un documento escrito por un tal Juan de Ayala, quien al parecer acompañó a Orellana en su segundo viaje al Amazonas. En ese cuaderno se relatan anécdotas de la expedición. Curiosamente, el apellido Ayala coincide con el de la esposa de Francisco de Orellana: Ana de Ayala.

—¿Podría ser su hermano? —preguntó Royi, cada vez más interesado en la historia.

—No se sabe. No se menciona a Juan de Ayala en ningún documento relacionado con Orellana. Yo, personalmente, pienso que si el hermano de Ana de Ayala hubiera formado parte de la expedición, seguramente habría sido mencionado en alguna lista, como sí lo fueron sus hermanas. Nuestro Juan de Ayala podría ser un primo, o un familiar lejano de Ana. Alguien no lo suficientemente relevante como para pasar a la Historia. Tal vez solo sea una coincidencia fortuita en el apellido Ayala, quien sabe...

—¿Entonces, el documento de Requin es inédito?

—Completamente inédito. De hecho, la Historia General de las Indias se publicó en 1855, un siglo después de la transcripción del relato de Juan de Ayala. Requin me comentó que tenía en mente venir a España para consultar los archivos y ver qué averiguaba acerca de este misterioso personaje. Yo hice una gestión por mi cuenta con un antiguo compañero de facultad que tiene acceso a los archivos de la época, y no encontró nada sobre nuestro hombre. De todas formas, no se conserva el cien por cien de la información censal de aquel tiempo, por lo que no podemos llegar a una conclusión definitiva. A lo largo de la historia muchos documentos se han perdido o deteriorado por mil causas distintas: guerras, incendios, robos, inundaciones...

—¿Y qué dice ese Juan de Ayala en su cuaderno?

—Requin me dijo que la versión de Juan de Ayala acerca de la segunda llegada de Orellana al Amazonas es muy distinta de la oficial —respondió David, que decidió no adelantar acontecimientos y desgranar la historia desde el principio—. Cuando la

flota alcanzó la desembocadura del río, encontraron una fuerte resistencia por parte de los indios. Les estaban esperando. Todo indica que los indios formaron una alianza de tribus, reuniendo una horda tan numerosa que hacía impensable el desembarco por la margen derecha del Amazonas. Debían contar con algún sistema para comunicarse entre ellos, porque siempre que los españoles intentaban tocar tierra, encontraban a una legión de arqueros dispuesta a impedirselo, como si conocieran sus movimientos de antemano. Orellana no tuvo más remedio que remontar el río navegando por su margen izquierda. Fue así como logró permanecer fuera del alcance de los arcos y realizar breves paradas con los bergantines. Su mayor preocupación era desembarcar a los caballos, para que hicieran ejercicio y no cayeran enfermos.

—¿Caballos? —se sorprendió Royi.

David asintió.

—A bordo de los bergantines viajaba un regimiento completo de caballería, además de muchos soldados de infantería y artilleros. Imagina cómo sería la horda que protegía el margen derecho del Amazonas, para que Orellana no se atreviera a desembarcar a su ejército.

—Tal vez de ahí venga eso de «eres más peligroso que un indio detrás de un árbol»...

—No me preguntes por qué, pero cada vez que oía esa frase me imaginaba a un sioux —rio David, que prosiguió con su charla—. La flota continuó navegando por la izquierda del río, hasta que llegaron a los dominios de los Omaguas. Allí se encontraron con una fuerza enemiga aún más numerosa que la que habían dejado atrás. Desesperado, no pudo hacer otra cosa que dirigirse hacia el río de la Trinidad, hoy conocido como Purús. Su objetivo era alcanzar una fortificación española situada en su orilla derecha. Según sus informes, ese baluarte alojaba a un buen número de tropas. Orellana pensó que si unía sus fuerzas a las de la milicia local podría derrotar a los nativos por tierra. Pero tampoco tuvo suerte: cuando llegaron, descubrieron que el fuerte ya había sido arrasado. No encontraron ni a un superviviente.

—Me da pena Orellana —dijo Royi—. Un poco gafe sí que era...

—No tuvieron más remedio que proseguir viaje río arriba. Su huida le llevó a través del río Unu Rono, que aún estaba por descubrir. Y aquí viene lo realmente interesante: Juan de Ayala cuenta que tras varios días de viaje, llegaron a una zona donde el río hacía extraños juegos de agua, y había una cortina de vegetación de color verde esmeralda que descendía desde los árboles hasta el suelo como el telón de un teatro... —David compuso su sonrisa más enigmática, hundiendo un poco la cabeza entre los hombros— y también menciona una roca grande, con la forma de un buey —el periodista comprobó que Royi abría la boca en un ¡oh! mudo; le recordó a un mimo sin maquillar—. Orellana desembarcó junto a un destacamento y atravesaron la cortina de vegetación. Al otro lado, descubrieron un pequeño arroyo de agua clara. Por desgracia, no era lo bastante profundo para que los bergantines navegaran por él. Según Juan de Ayala, los árboles formaban una bóveda, esculpiendo una cueva de

ramas y hojas, y la hierba brillante dibujaba un camino diáfano que se adentraba en la selva. ¿Te suena ese lugar?

Royi salió de su parálisis transitoria, impactado por la revelación de David:

—Esa roca que menciona es la que bautizamos como la *Roca del Toro* —dijo Royi, con expresión evocadora—. Recuerdo que me subí en ella para hacer fotos; y el camino verde y sombreado por la bóveda de árboles... el arroyo de aguas transparentes... ¡Joder, David... ese lugar es Boca Verde!

—La esposa de Orellana lo llamó Arroyo del Paraíso —puntualizó—. Orellana ordenó a un destacamento de soldados que remontaran el arroyo y exploraran el territorio cercano. La expedición regresó a los dos días. Algo tuvieron que encontrar, porque Orellana y sus hombres decidieron dejar allí los barcos y adentrarse en la selva, llevándose con ellos las provisiones, caballos y demás. El relato de Juan de Ayala termina súbitamente. Según me contó Requin, el que transcribió esta narración en el siglo XVIII apunta simplemente que hasta allí relató Juan de Ayala los hechos. Fin.

—¡Mierda! ¿Entonces no se sabe qué sucedió después de que Orellana remontara el Arroyo del Paraíso?

David negó con la cabeza:

—Por desgracia, no. Lo que a mi modo de ver prueba que ese documento es auténtico es la descripción de la entrada al Arroyo del Paraíso: coincide exactamente con el lugar que nosotros bautizamos como Boca Verde. Supongamos que esa transcripción es auténtica. A mí me vienen a la cabeza varios enigmas: ¿Cómo llegó el cuaderno original de Juan de Ayala a Panamá? Si la expedición se hubiera perdido en la selva y hubiera tenido un final trágico, ese original se habría perdido casi con toda seguridad. ¿Cuál fue el destino final de aquella expedición? ¿Adónde guió Orellana a su tripulación? ¿Por qué se internaron en la selva y abandonaron sus bergantines?

—Una cosa está clara: si ese cuaderno de Requin es auténtico, el escrito original de Juan de Ayala no se pudo perder en la selva. O bien alguien contactó con la expedición de Orellana o bien ellos mismos llegaron a algún lugar civilizado más allá de Boca Verde.

David apuró los últimos sorbos de su zumo de naranja.

—Yo quedé con Requin en que guardaría su secreto, y yo compartí con él el nuestro con la condición de que también lo guardara. Fue un pacto entre caballeros, Royi. Le conté que nosotros habíamos descubierto la entrada al Arroyo del Paraíso por casualidad, y que habíamos bautizado el lugar como Boca Verde. Cuando vio corroborada la historia de Juan de Ayala, su entusiasmo se derramaba por la pantalla del PC. La verdad es que tuve la tentación de contarte esto en más de una ocasión, pero preferí estudiar un poco más el tema y calibrar las posibilidades de convencer a Andrade para que Grial financiara la expedición. Como te dije antes, los hechos se han precipitado y no vamos a tener ocasión de investigar todo esto en España. Esta

investigación la vamos a hacer sobre el terreno y en mitad de una operación de rescate.

—¿Qué esperas encontrar más allá de Boca Verde, David? —le preguntó Royi.

El periodista se tomó unos segundos para reflexionar su respuesta:

—Alguna pista de lo que ocurrió con esa última expedición de Orellana —respondió—. Quién sabe si no levantaron un enclave más allá de Boca Verde cuyas ruinas puedan estar aún por descubrir. Con suerte, en esa selva nos espera la verdadera historia de Francisco de Orellana, y ese sí que podría ser el mejor reportaje de nuestra carrera.

Royi extendió su mano abierta:

—Socio, estoy contigo en esto. Y que sepas que no te guardo rencor por haberme ocultado todo este asunto hasta hoy.

David sonrió y estrechó la mano de su amigo con firmeza, sonriéndole de buena gana:

—Gracias, Royi. No esperaba menos de ti.

—¡Pero no lo olvides, cabrón! —Royi levantó una ceja—. Como a mí no me suelten un cheque, quiero la mitad del tuyo, ¿eh? Y por supuesto, este desayuno lo pagas tú.

David apretó la mano del fotógrafo con más fuerza, cerrando el trato:

—Cuenta con ello, campeón —consultó su reloj—. Vamos a hacer las maletas. Llévate unos cuantos calzoncillos —sugirió—. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar fuera, y no creo que en el Unu Rono vendan gallumbos.

David pagó la cuenta en la barra, porque Gerardo no paraba de servir mesas; la mañana estaba siendo dura para el camarero. Una vez fuera de la cafetería, David y Royi se despidieron y caminaron en direcciones opuestas. En el Reinaldo, Gerardo limpió la mesa que los periodistas acababan de abandonar, maldiciendo entre dientes por no haber sabido replicar a Royi como se merecía. La próxima vez que viniera a desayunar, le tendría preparada una buena, como hay Dios. Gerardo tomó buena nota de ello en la libreta eterna de su memoria, donde solía apuntar las comandas desde que empezó a trabajar, hacía ya muchos, muchos años.

III

EL GIMNASIO olía como todos los gimnasios del mundo. El olor a gimnasio tiene algo en común con el olor a basura: haya lo que haya dentro de un contenedor, la basura siempre apesta igual. Los ingredientes maestros del aroma universal de gimnasio son sudor, desodorantes y productos de limpieza, y este gimnasio, aun siendo de lujo, no era diferente al resto. Las máquinas impolutas, sin lucir ni un desconchón en su pintura blanca; la tapicería de los bancos impecable, sin el menor desgarró o arañazo; los artilugios de tortura para los *cultistas* del cuerpo absolutamente engrasados; las pesas y mancuernas relucientes como espejos, y los posters acristalados de hombres y mujeres, con cuerpos saturados de anabolizantes, sin una marca de dedos. Una música alegre y machacona provenía de la sala adyacente a la principal, donde cuatro cincuentonas torpes practicaban aeróbic coreografiadas por un apuesto mulato que impartía órdenes empalagosas con acento cubano a través de un innecesario micrófono inalámbrico colocado en su cabeza. A esa hora cercana al mediodía, había poco movimiento en la sala de pesas del gimnasio del hotel: tan solo dos ciclistas barrigones que se licuaban pedaleando en bicicletas estáticas y, al fondo, una mujer rubia y alta, vestida con unos ajustados pantalones de *lycra* negros y un top del mismo color que tanteaba con sus dedos un pesado saco de arena que colgaba de una cadena.

—Mira eso —murmuró uno de los ciclistas a su compañero—. ¡Imponente! —sentenció.

El segundo ciclista espío a la chica, que ahora efectuaba ejercicios de calentamiento, y resopló sin dejar de pedalear:

—No veas, *quillo* —susurró, con acento andaluz—. Es que ves estas cosas y te entran ganas de tirar a la parienta por la ventana. *Eso* te pilla por banda y te mata. ¿Pero tú has visto qué piernas y qué tetas, joder? Si parece una de las que salen en la portada de *Interviú*...

El otro asintió, entre jadeos.

—¿A esas no las desinflaban al finalizar la sesión de fotos?

—Pues por lo que se ve, a esa no.

Tras el calentamiento, la mujer se encaró al saco, retrocedió dos pasos e hizo girar su cuerpo como una peonza. Su pierna cortó el aire, impactando violentamente contra el saco, que se desplazó como si le hubieran cargado con un ariete. Impulsada por el mismo movimiento de la brutal patada y dando un pequeño brinco, apoyó la pierna con la que acababa de golpear en el suelo y proyectó la otra hacia delante, acertando de nuevo a su objetivo, que siguió oscilando como si hubiera cobrado vida. La mujer

esquivó el retorno del fardo arqueando la espalda y, girando de nuevo sobre sí misma, lo paró en seco de un puñetazo que habría supuesto una fractura para alguien no entrenado. Los ciclistas habían dejado de pedalear, boquiabiertos ante toda aquella furia desatada.

—¡Joder! —exclamó el andaluz—. Te doy mil euros si te acercas y le tocas el culo.

El otro ciclista rechazó la oferta sin pensarlo:

—¡Y una mierda! Antes le doy un pellizco en los huevos a Tyson.

—Siempre sospeché que te gustaban los negros...

La melodía del teléfono que la mujer había dejado sobre un banco cercano tuvo el mismo efecto que la campana en un combate de boxeo. La joven pareció olvidarse momentáneamente del saco para responder a la llamada:

—¿Allô?

—¿Valérie?

—¡Hola, señor Forest! —la joven reconoció la voz de su jefe a pesar de que esta sonaba lejana, no sabía si por culpa de la línea o por la mala cobertura del gimnasio; tras comprobar fugazmente el indicador, vio que su recepción era correcta—. ¿Cómo está? ¡Le oigo fatal!

—Te llamo desde Manaos —informó a gritos—. Las líneas aquí son una mierda. Hay tormenta, y todo funciona fatal hoy. ¡Es una pesadilla usar el teléfono!

A pesar de mantener la conversación en francés, Valérie se alejó hacia la esquina del gimnasio en busca de más privacidad.

—He tratado de comunicar con el señor LeVu, pero me ha sido imposible contactar con él —continuó Charles Forest—. Tiene el móvil apagado, y Adèle tampoco ha podido localizarle. Menos mal que he podido contactar contigo. Tengo que hacer diez intentos de llamada antes de poder comunicar —su voz estaba cargada de indignación.

—Puedo localizar al señor LeVu más tarde y darle su recado si usted tiene dificultades para contactar con París —se ofreció Valérie—, así que no se preocupe por eso.

Un feo sonido de estática invadió la línea durante unos segundos, como si hablaran por radio en lugar de por teléfono.

—De acuerdo, Valérie, el tema es fácil —comenzó a decir Forest—. Dile al señor LeVu que tengo ya casi todo el equipo brasileño contratado y los permisos firmados, pero que según me han comentado las autoridades locales, necesitaremos personal de seguridad para navegar por el Unu Rono: se están produciendo altercados, tanto con narcotraficantes como con *no contactados*.

—¿No contactados?

—Así llaman a las tribus que no han tenido nunca contacto con la civilización. Son nómadas y a veces se acercan a las orillas del río. Según dicen, son imprevisibles. Comunícale al señor LeVu que estoy en negociaciones con un equipo

de seguridad altamente cualificado del cual tengo muy buenas referencias. Me niego a dejar la seguridad de los miembros de la expedición en manos de una panda de nativos.

—Claro —aprobó Valérie—. Un equipo profesional me parece la mejor opción.

—No sé si tendré que ir a alguna otra parte para cerrar detalles, pero quiero dejar todo bien atado antes de que nuestro personal viaje a Brasil —otra desagradable carga de estática distorsionó la llamada—. ¡Mierda! ¿Me oyes?

—No muy bien, pero le oigo. No se preocupe, señor Forest. En cuanto cuelgue intentaré localizar al señor LeVu para comunicarle sus noticias. Mi gestión en España también ha sido positiva —informó, orgullosa—. El periodista que se menciona en el diario de Villeneuve, David Beltrán, ha aceptado formar parte de la expedición —de nuevo, el sonido de la estática reinó en la línea, esta vez triunfando definitivamente sobre las voces humanas—. ¿Señor Forest? ¿Me oye, señor Forest?

La comunicación se había cortado. Valérie se encogió de hombros. Se había quedado con las ganas de contarle su éxito a Forest, aunque seguramente este, como en otras ocasiones, se habría limitado a un simple *muy bien* o a emitir un gruñido de aprobación. Forest era la mano derecha y hombre de confianza de Louis LeVu desde hacía más de dos décadas, y en el Grupo era conocido por ser la eficiencia hecha carne. Todos le respetaban e incluso le temían más que al propio LeVu. Aunque ya había superado los sesenta años de edad, seguía teniendo un atractivo especial. Vestía impecablemente con costosos trajes de marca y lucía un bronceado de *playboy* que hacía resaltar su cabello gris engominado; su rostro era firme y de mirada implacable, con ojos siempre entrecerrados —en la empresa, los más jóvenes y osados le apodaban Clint Eastwood—. Forest no tenía familia, lo que le permitía consagrarse al Grupo las veinticuatro horas de cada uno de los siete días de la semana. Charles Forest llegaba donde Louis LeVu no podía —o no quería— llegar: asistía a las negociaciones más ásperas, ejecutaba los despidos más desagradables y viajaba a los lugares donde hacía falta un impulso enérgico o un par de bofetadas. Era el encargado de las tareas más duras e ingratas del inaccesible Louis LeVu. Era, en pocas palabras, su brazo ejecutor.

Poco después de que Valérie entrara en la empresa, Louis LeVu había ido delegando en ella parte del trabajo que normalmente realizaba Charles Forest, y esto no había pasado desapercibido al viejo tiburón. Todos en el Grupo sospechaban que Valérie había sido silenciosamente designada para ser la sucesora de Forest, y ella intuía que este hecho no hacía feliz al veterano ejecutivo. Con Valérie se mostraba más hermético que con el resto, y aunque siempre la trataba con educación y respeto, mantenía las distancias, como si su instinto carnívoro la reconociera como una amenaza potencial. Valérie no acababa de entender aquello, porque Forest estaba próximo a la jubilación, pero era evidente que sentía ciertos celos de ella, sobre todo cuando Louis LeVu estaba presente. Este la trataba con mucho cariño, como si fuera su propia hija, y la hacía partícipe de los asuntos más confidenciales del Grupo, sin

reservas. De todas formas, a pesar del recelo que Forest pudiera sentir hacia ella, Valérie no podía decir que este interfiriera de alguna manera en su carrera dentro del Grupo LeVu. La indiferencia ante sus triunfos y aquel educado alejamiento era, quizá, una silenciosa pataleta del rey Charles ante los valores de quien tarde o temprano ocuparía su trono.

Valérie decidió no seguir con su particular sesión antiestrés, así que guardó el teléfono y se dirigió hacia la salida del gimnasio del Hotel Princesa, esquivando los interminables racks cargados de pesas y mancuernas. Mientras se dirigía hacia la puerta, oyó una voz con acento andaluz que gritaba:

—¡Adiós, *Tomb Raider*! ¡Que Dios te conserve esas piernas *pa* muchos años!

Valérie no vio apropiado contestar el piropo, a pesar de que le arrancó una sonrisa. Entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta donde estaba su habitación. Llamaría a Louis LeVu inmediatamente. A su jefe le interesaría conocer las últimas novedades transmitidas por Charles Forest desde Manaos. Si había algo que necesitaba Louis LeVu en aquellos momentos, eran buenas noticias.

IV

LA MISIÓN DEL PADRE FERMÍN estaba compuesta por cuatro casitas coronadas por tejados a dos aguas que parecían diseñadas por niños de primaria. El pequeño complejo se elevaba, en toda su modestia, sobre una explanada de hierba rodeada de selva por todas partes. El edificio principal hacía las veces de iglesia y aula escolar, aunque para ser realistas, pocos servicios religiosos se oficiaban en ella. Tenía forma rectangular, y en uno de sus laterales una puerta de madera lisa, pintada a brocha por el propio padre Fermín, daba acceso a una sala presidida por un crucifijo que colgaba sobre una pizarra que lucía eternas estelas de tiza blanca allí donde el raído borrador había intentado eliminar la lección del día anterior. La mesa desde donde el padre Fermín impartía sus clases era de esas que se compran en kit y hay que montar siguiendo las escuetas instrucciones de unos diabólicos planos mal fotocopiados, sentados en el suelo y con decenas de tornillos, arandelas y llaves allen esparcidos por doquier. Frente a esa mesa se extendían unos pupitres pasados de moda que habían sido donados por un colegio de Sena Madureira cuatro años atrás, justo cuando el aula fue construida. Unas estanterías desvencijadas alojaban viejas ediciones de libros que almas caritativas regalaban a la misión; tebeos y obras de escritores clásicos en portugués se mezclaban en un extraño *collage* que hacía imposible una clasificación lógica de la colección.

Otros tres edificios se alzaban junto a la escuela: el primero era una pequeña barraca prefabricada que alojaba unos sanitarios químicos, un par de lavabos y una ducha. Junto a él se erguía un depósito cilíndrico de agua potable que un camión cisterna se encargaba de llenar cada diez días, siempre y cuando las lluvias no impidieran el tránsito por la pista horadada en la selva que comunicaba la misión con la carretera que llevaba a la ciudad. La siguiente estructura era una enfermería de ladrillo visto, dotada de un equipo sanitario más que decente, donde varios doctores de Médicos Sin Fronteras efectuaban su labor humanitaria desde hacía poco menos de un año. Sin lugar a dudas, aquel edificio era el más concurrido de todos. Era en esa enfermería donde la doctora Consuelo Criado recibía diariamente a aldeanos en busca de asistencia sanitaria. Justo al lado del hospital, se encontraba el casetón que albergaba los grupos electrógenos que dotaban de energía a la misión cuando fallaba la precaria red eléctrica, cosa que sucedía con cierta frecuencia. Fermín Tirado había movido muchos hilos para convencer al prefecto de Sena Madureira para que —como el sacerdote solía decir— *echara el cable* hasta la misión, cosa que había beneficiado a las familias indígenas más cercanas. Llevar agua corriente hasta esas familias era otro tema mucho más complicado, ya que el precio de las obras necesarias para ello

convertía el proyecto en una quimera. Por ahora, los aldeanos tendrían que conformarse con las aguas del Purús.

El último edificio era una pequeña caseta de diseño muy parecido a la del aula-iglesia, y era donde vivía el padre Fermín. La vivienda disponía de un aseo pequeño con su propio retrete químico. La decoración, inexistente, se limitaba a un par de figuras hechas a mano por los indios de la zona y a unas pocas fotografías de familiares y amigos que acompañaban al sacerdote en sus noches solitarias. Infinidad de números atrasados de revistas enviadas desde España se apilaban formando columnas desde el suelo. El tendido telefónico no llegaba hasta allí, y tampoco había cobertura de móvil, por lo cual la radio era imprescindible en la misión. El padre Fermín tenía la suya en una balda cercana a su mesa de trabajo, conectada a una antena que competía en altura con los árboles que rodeaban el claro. Al fondo del habitáculo, sobre una mesita, reposaba un pequeño televisor de catorce pulgadas conectado a un receptor de televisión vía satélite que mantenía al sacerdote conectado con la civilización, y justo debajo de este, el tesoro más preciado del padre Fermín: un DVD *multisistema* que le permitía disfrutar de su gran pasión: el cine. El padre Fermín solía conducir su pequeño *jeep* Suzuki hasta Sena Madureira al menos una vez por semana, para visitar el ciber-café de Jorge Grimaldi, un simpático argentino que, a modo de donativo, surtía al padre Fermín de los últimos estrenos descargados de internet en versión española. El bueno de Grimaldi siempre recibía al sacerdote con una sonrisa de oreja a oreja y un montoncito de discos enfundados en plástico transparente; le invitaba a café y no consentía que pagara por el uso del ordenador con el que se comunicaba con su familia y amigos en España. Grimaldi poseía una gracia innata hablando, cosa que no paraba de hacer. Como todo argentino que se precie de serlo, era un charlatán imparable. Cuando Grimaldi entregaba los discos pirateados al padre Fermín, siempre le pedía la absolución, ya que mantenía (de una forma no exenta de cinismo) que la piratería, además de delito, era pecado. El sacerdote aceptaba los CDs trazando la señal de la cruz en el aire, preguntándose si acabaría en el infierno por ello. Jorge Grimaldi era todo un personaje.

El cine era la vía de escape del padre Fermín, sobre todo cuando los médicos se iban, los niños volvían a sus casas y él se quedaba solo en la misión. Cuatro años atrás, cuando fue fundada, eran dos los sacerdotes a su cargo: el padre Fermín y el padre Julián, un joven andaluz muy trabajador, divertido y optimista; un tipo de esos que, sin darse cuenta, te inyectan un gotero de vitalidad tan solo estando a tu lado. Por desgracia, cuando el padre Julián contrajo unas fiebres y fue evacuado a España, sus superiores ni se plantearon la posibilidad de enviar un sustituto. La misión de Sena Madureira era muy pequeña, y desde hacía meses, el padre Fermín gozaba de la compañía —y la ayuda— de los voluntarios de Médicos sin Fronteras. La doctora Consuelo Criado trabajaba diariamente en la misión hasta las cinco o las seis de la tarde, hora a la que volvía a su apartamento de Sena Madureira.

Domenico Patella, un pediatra italiano, solía pasar dos o tres veces por semana a echar una mano a Consuelo, si esta se lo pedía o requería una segunda opinión acerca de algún paciente. Patella era un hombre poco hablador, y debido a su horario matutino rara vez coincidía con el padre Fermín, que a esas horas daba clases en el aula. El médico llegaba a la misión, pasaba consulta y se marchaba en cuanto podía. Si la doctora no le llamaba expresamente, el pediatra ni aparecía por allí, y a veces pasaban semanas sin verlo. El tercero que realizaba trabajos en la misión era Roberto Guzmán, otro integrante de MSF que, aun siendo médico, se dedicaba a labores administrativas y a llevar cuenta y razón de los medicamentos y el material de la enfermería. El sacerdote admiraba su increíble capacidad de control: Guzmán era capaz de saber, de una ojeada, qué medicamento faltaba del armario, cuantas jeringuillas se habían usado el día anterior o si se habían sacado dos tiritas de la caja que estaba en el segundo cajón de la mesa. Un auténtico lince.

Era rarísimo que un paciente quedara ingresado en la enfermería —el padre Fermín recordaba solamente dos casos: uno de una mordedura de serpiente y otro de una joven con un ataque de epilepsia que Consuelo dejó en observación—. Normalmente, el paciente era evacuado a la ciudad, donde había más medios para atenderlo. Roberto Guzmán era el encargado de las evacuaciones, las cuales efectuaba con diligencia y eficacia. Estos tres médicos eran la compañía a tiempo parcial del sacerdote. Cuando el padre Fermín necesitaba ayuda extra, los mismos indios de las fincas colindantes se desvivían por echarle una mano. Era el mejor pago: el amor de una gente humilde, agradecida de que alguien llegado de la ruidosa civilización viniera al infierno verde a ayudar a sus hijos a cambio de nada. Esto era lo que mantenía a Fermín Tirado anclado en aquella misión junto al Purús. Y esto era también lo que le mantenía en el sacerdocio.

Aquella tarde, el padre Fermín se encontraba en el aula, corrigiendo los ejercicios que sus alumnos, un puñado de chavales de edades comprendidas entre los cinco y catorce años, le habían entregado el día anterior. La mayor dificultad de su labor como maestro era tener que trabajar con diferentes niveles de enseñanza, aunque Fermín Tirado considerara todo un triunfo conseguir que los niños aprendieran a leer, escribir, hacer cuatro cuentas e inculcarles un poco de cultura general. Concentrado en la corrección de los trabajos, no oyó a Consuelo Criado hasta que esta golpeó tres veces la puerta abierta con sus nudillos. El sacerdote levantó la mirada y sonrió a la doctora. El padre Fermín no había cumplido aún los cuarenta, aunque le faltaba poco. Se mantenía delgado a causa del trabajo y de una involuntaria dieta que consistía, principalmente, en aborrecer la comida local. Tenía el cabello corto y negro, unos ojos de mirada profunda e inteligente y una sonrisa capaz de apaciguar a las fieras.

—¿Todavía trabajando, Fermín? —Consuelo echó un vistazo a su reloj—. Son casi las seis y media.

Consuelo Criado no era demasiado atractiva físicamente: bajita, algo rechoncha, un poco rellenita, muy morena de piel y con el pelo negro azabache muy corto. Su

complexión y facciones hacían que su edad fuera difícil de adivinar, aunque el sacerdote sabía que tenía treinta y cuatro años. El mayor atractivo de la doctora consistía en su sonrisa fácil, que contrastaba con unos ojos levemente saltones y, paradójicamente, de caída melancólica. Amable y cariñosa con sus pacientes, derrochaba un encanto especial con los niños. Los trataba como si realmente fueran algo suyo, probablemente porque una vida de dedicación a atender a los más pobres no le había permitido casarse, formar una familia y tener sus propios hijos.

El padre Fermín se recostó en su silla, reprimiendo desperezarse como un orangután.

—Tenía que haber corregido estos trabajos anoche, pero preferí tragarme una de Bruce Willis en DVD. Para colmo, luego me enganché con otra peli de la HBO — puso los ojos en blanco—. No me digas nada, Chelo, lo sé: ¡soy un hombre débil!

—¡Anda ya, eso es un pecado venial! —dijo ella, quitando importancia al asunto—. ¿Qué tal las clases esta mañana? Mi consulta ha estado muy tranquila. Me he dedicado a ordenar papeles y a rellenar informes.

—Me han faltado siete niños, igual que en los últimos días —informó el sacerdote mientras plegaba y ordenaba los trabajos, apartándolos momentáneamente del centro de la mesa—. Algunos padres aún están asustados por lo del muerto de la canoa. Entre todos se han inventado una historia y temen que haya un grupo de bandidos en la selva. No sé dónde pudo morir ese hombre, pero al parecer fue bastante lejos de aquí, río arriba —hizo una pausa, rememorando el momento en que vio por primera vez el cadáver, junto a la casa de João—. Estaba en un estado de descomposición muy avanzado, Chelo.

—Me lo imagino. Como ese he visto varios...

El sacerdote hizo una mueca de desagrado.

—Yo, como ese, ninguno —reconoció con un repelús—. He asistido a hombres moribundos, he enterrado muertos... pero tan deteriorado como ese, nunca.

Consuelo Criado le puso la mano en el hombro para reconfortarle. Era evidente que estaba más afectado de lo que a primera vista aparentaba.

—¿Cómo crees que ocurrió? —le preguntó ella.

—La verdad es que no lo sé. Yo estaba viendo la tele cuando Nelson apareció gritando que había un muerto. Al principio me asusté, pensando que se trataba de João o Irene. Metí a Nelson en el Suzuki y nos fuimos para allá.

—¿Y cómo se lo tomó Nelson? ¿Estaba muy impresionado?

—¡Qué va! Estaba encantado con la movida. A veces, para los críos, las tragedias son como películas hechas realidad... y disfrutan como enanos.

Consuelo soltó una carcajada:

—Los niños son unos cabrones —sentenció.

—¡Amén! —admitió Fermín, acompañando a la mujer en su risa.

Consuelo se sentó en uno de los pupitres y el sacerdote se apoyó despreocupadamente en la mesa. Parecían profesor y alumna. La doctora intuía que

deseaba compartir con ella sus impresiones del hallazgo. La aparición del cadáver había perturbado la paz que reinaba en las aldeas colindantes como un pedrusco lanzado contra las aguas planas de un estanque.

—Cuando llegué a casa de João me encontré a Irene llorando y rezando en su lengua, así que imagínate la banda sonora de la escena —recordó el padre Fermín—. En ese momento me pareció escalofriante. João había amarrado la canoa a la orilla, y dentro estaba el cadáver vestido de Coronel Tapiocca. El chaleco *beige* tenía una mancha de sangre marrón que le cubría toda la espalda. No sangre roja —aclaró—, sino marrón. Al principio creí que era barro...

—Es el color que toma la sangre seca sobre ciertas prendas —corroboró la doctora.

—Lo peor era el olor. Un hedor horrible, y un enjambre de insectos paseándose impunemente por el cuerpo. No sé cómo João tuvo valor para tocar la embarcación —el padre Fermín soltó algo que podría haber sido interpretado como un amago de risa—. ¿Sabes lo primero que hice, Consuelo?

La mujer negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa cargada de comprensión. Después de varios días, el sacerdote había decidido, por fin, desahogarse. Ella había respetado su silencio hasta ahora, pero como mujer y profesional de la medicina, había notado que Fermín Tirado, el infatigable misionero, no había parado de darle vueltas al suceso.

—Lo primero que hice fue administrarle los últimos sacramentos. En el fondo soy cura-cura, aunque a veces no lo parezca.

Consuelo le guiñó un ojo con complicidad:

—Bueno, yo sigo guardando el secreto de que no vas a misa ni los domingos.

—¡No querrás que me la de yo mismo! —se defendió él—. Además, mis sermones son aburridísimos: les falta ritmo. La verdad es que para mí es mucho más importante ayudar a los que me rodean que celebrar una misa —giró los ojos hacia arriba—. Si me oye mi obispo, me excomulga de una hostia.

Consuelo se echó a reír, contagiando al padre Fermín. A la doctora le hacían mucha gracia sus comentarios irreverentes. La verdad es que Fermín Tirado era un sacerdote poco convencional. Una vez recuperado el control de la risa, este siguió hablando:

—João me preguntó si lo movíamos, y le dije que ni se le ocurriera tocarlo hasta que llegara la policía militar. Contacté con ellos por radio desde el Suzuki y se presentaron al cabo de una hora. Echaron un vistazo por encima a la barca y llamaron a la central de Policía Civil de Sena Madureira. A las tres horas se personó el mismísimo jefe de policía con el forense y tres agentes más. Se llevaron el cuerpo, la canoa y todo lo que había dentro en un camión. Nos interrogaron durante más de una hora en casa de João y luego se marcharon. Y ya no sé nada más —concluyó.

La doctora entrecerró sus ojos saltones:

—¿No te gustaría saber lo que le sucedió realmente a ese pobre hombre?

El sacerdote miró al techo y se mordió el labio inferior. Si había algo que caracterizaba a Fermín Tirado, aparte de su espíritu solidario con los débiles, era una curiosidad sin límites.

—¡Claro que me gustaría! —reconoció—. Pero no querrás que llame a la policía de Sena Madureira para preguntarles...

—¿Me comentaste una vez que eras amigo de uno de los polis de la central, o lo he soñado?

El padre Fermín asintió.

—Sí. Tengo amistad con Lucio Sampaio. Trabaja en la comisaría central de la Policía Civil de Sena Madureira. Otro gran aficionado al cine. De vez en cuando nos sentamos a tomar una *cachaça* en alguna terraza, o coincidimos en el ciber-café de Grimaldi y organizamos tertulia con Jorge, el dueño. Lucio es un tipo muy... —el sacerdote buscó una definición adecuada— europeo. Es culto, buen conversador, estudió dos años de derecho en Salamanca y habla español de maravilla. Un gran tipo.

—Lo has descrito de tal forma que hasta a mí me gustaría conocerlo —bromeó Consuelo—. ¿Es soltero?

—Está casado —se lamentó el padre Fermín—, siento decepcionarte.

—¿Por qué no le tiras de la lengua? Tal vez te suelte algo...

—Me da apuro comprometerle en un asunto profesional solo para saciar mi curiosidad, que por otra parte es, quizá, el peor de mis pecados. Estos temas de la policía siempre son confidenciales, y no me gustaría ponerle en un aprieto.

La doctora consultó su reloj y se levantó. No le gustaba demasiado conducir de noche por la solitaria pista que conectaba la misión con la carretera BR-364, que la llevaría hasta Sena Madureira.

—Me piro —se despidió—. Mañana nos vemos, ¿ok?

—Claro, como todos los días.

Consuelo abría la puerta para salir cuando el sacerdote la llamó desde la silla del profesor:

—Chelo...

—¿Sí? —ella se dio la vuelta y clavó en él sus ojos caídos.

—Gracias.

—De nada, padre, ya sabes: aquí estoy para cuando necesites una catarsis.

El padre Fermín vio cerrarse la puerta detrás de la doctora. Enseguida oyó el familiar sonido de su todoterreno arrancando y alejándose por la pista. El sacerdote se quedó a solas con sus pensamientos y con los trabajos por corregir, así que decidió ponerse manos a la obra. No eran muchos, así que no invirtió demasiado tiempo en hacerlo. Una vez corregido el último, cerró el aula hasta el día siguiente. Fue mientras giraba la llave que notó algo extraño a su espalda.

No estaba solo.

Su pulso se aceleró. De repente, todas aquellas historias de bandidos cobraron una fuerza y una credibilidad brutal, y para colmo vio moverse unos arbustos a unos treinta metros de donde empezaba el claro. Asustado, fingió no haber visto nada y se dirigió disimuladamente hacia el cuarto de los grupos electrógenos. Mientras caminaba, seguía sintiendo aquella presencia oculta en el follaje. Abrió la puerta del pequeño barracón, cogió la barra de hierro forjado que usaba para atrancar la puerta desde fuera e intentó ocultarla lo mejor posible en el lado de su cuerpo contrario a la zona donde había visto movimiento. Con andares gatunos, rodeó el casetón y se ocultó tras él. Si daba un rápido salto podría esconderse detrás del depósito de agua e intentar rodearlo para llegar al Suzuki. Esta idea hizo que sus pulsaciones se disparasen aún más. Para colmo de males, sus manos no paraban de sudar, lo que dificultaba sobremanera el agarre de la barra de metal. ¿Y si rodeaba al merodeador y le sorprendía por la espalda? Mala idea: quizás no estaba solo, y esa acción le convertiría en una presa fácil para sus compinches... Y de repente, como si una chispa le hubiera activado un mecanismo oculto en lo más profundo del cerebro, el padre Fermín hizo algo que más tarde no sabría explicar: abandonó su refugio tras los grupos electrógenos y salió al descubierto, esgrimiendo la barra de hierro a modo de bate de béisbol y vociferando como un poseso:

—¡Sal de ahí, hijo de puta! ¡Sé que estás ahí, y no te creas que por ser cura no voy a babear de gusto mientras te rompo tus putas piernas, cabrón! ¡Ven aquí si tienes huevos!

La vegetación se abrió violentamente, dando paso a un indio que manoteaba como un loco mientras gritaba algo muy distinto a un grito de guerra:

—¡Soy yo, padre! ¡Soy João! ¡Perdone, no quise asustarle!

El padre Fermín se quedó boquiabierto al ver aparecer a João, el padre de Nelson, con su mano derecha levantada en señal de rendición y sujetando un fardo alargado bajo su brazo izquierdo. El pobre hombre, moreno de piel, estaba lívido como un cadáver. El sacerdote mantenía su postura de bateador con la barra en la mano y, súbitamente, todo aquello le pareció de lo más ridículo.

—¡Pero João, joder! ¿Qué hacías escondido ahí? Pensé que eras... —dejó la frase en el aire, planteándose seriamente la posibilidad de arrearle un garrotazo al aterrorizado indio en venganza por el susto.

—¡Perdone, padre! Quería hablar con usted a solas, pero vi que la doctora se quedó un rato más. No quise molestarles, así que me escondí en los matorrales. Me quedé dormido y me desperté justo cuando usted salió con eso.

João señalaba con el dedo la barra que el padre Fermín aún mantenía alzada. Este la miró como si le sorprendiera verla en su mano y la dejó apoyada en la pared exterior del aula, lo que tranquilizó un poco más al indio.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdone, padre —repitió João, desolado.

El misionero suspiró, recuperando la calma:

—Anda, entra en casa —el cura propinó un golpecito en el hombro de João, que seguía abrazando el misterioso fardo alargado como si fuera un bebé—. Te invito a una Brahma bien fría para que se nos pase el susto.

Los dos hombres entraron en la vivienda del sacerdote. João se sentó sin soltar lo que traía envuelto en tela y amarrado con cuerda de pita. El padre Fermín abrió la nevera y sacó dos latas de cerveza Brahma casi heladas. Aquel viejo refrigerador era una auténtica bendición, un gélido milagro en el caluroso vergel brasileño. El sacerdote brindó con su cerveza y fue directo al grano:

—Bueno, João. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Usted sabe que soy un buen hombre, padre. Mi mujer, mi hijo y yo trabajamos sin descanso para sacar nuestra casa adelante... de forma honrada —puntualizó.

El padre Fermín se quedó perplejo ante aquel inesperado introito. Efectivamente, conocía a João y a su familia desde que llegó a la selva, y sentía un gran cariño por los tres. De hecho, João había sido uno de los que más había ayudado a la construcción de lo que hoy era la misión, y siempre se había mostrado muy agradecido porque gracias a aquel sacerdote su hijo Nelson sabía leer, escribir y entendía algo de números, lo justo para que no lo engañaran cuando iba de compras a la ciudad. El sacerdote se encogió de hombros y dio un sorbo a su cerveza. João mantenía la suya agarrada con una mano, pero ni siquiera la había probado. Se le veía compungido, y el cura no tenía ni la más remota idea de por qué estaba así.

—¿A dónde quieres llegar, João? Habla con franqueza. Como sacerdote, digas lo que digas quedará entre nosotros. Será secreto de confesión.

João estrenó su lata de Brahma, y tras tragar el primer buche de cerveza, susurró:

—He hecho algo malo, padre. Pero le aseguro que estoy muy arrepentido. Ni siquiera puedo dormir por las noches. Por eso he venido a verle.

Las palabras de João trajeron una idea terrible a la mente del cura: ¿Y si João había matado al extranjero y luego había organizado la pantomima de su hallazgo? No recordaba que João tuviera un arma de fuego, y le era difícil creer que fuera capaz de matar a nadie... aunque nunca se sabe. A lo largo de su vida como sacerdote había visto de todo. Trataba de calmar su mente y aclarar un poco sus pensamientos cuando su vista se posó en el fardo alargado que abrazaba João. Por un momento, pensó que podría ser el arma homicida, pero enseguida desechó la idea: era demasiado estrecho y ligero para contener un arma de fuego.

—A ver, João: explícame exactamente qué es lo que hiciste —el padre Fermín señaló el fardo—. Y dime qué hay dentro de ese paquete.

João miró el bulto como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, y haciendo sitio en la mesa, lo colocó frente al sacerdote. Este seguía con recelo los intentos de João para desatar los nudos, y antes de que consiguiera deshacerlos del todo, le sujetó las manos:

—No lo abras todavía —le ordenó, con mirada gélida—. Antes dime qué hay ahí dentro.

João obedeció, y el fardo quedó sobre la mesa, entre ellos.

—Es lo que robé.

El cura se sintió desconcertado. Ahora sí que no entendía nada.

—¡Mi hijo Nelson no tuvo nada que ver, Padre! —aclaró João sin darse cuenta de que alimentaba aún más la confusión del sacerdote—. ¡Ni Irene tampoco! Ellos ni se dieron cuenta de que la cogí —João puso ambas manos sobre su pecho, como un actor dramático—. Pensé que si la vendía podría sacar un buen dinero para ayudar a mi familia... ¡Es tan bonita!

El padre Fermín se recostó en su silla y dio otro trago a su cerveza, sin quitarle el ojo de encima al fardo:

—¿Me estás diciendo que lo que hay ahí dentro iba en la canoa?

João asintió con la cabeza, avergonzado.

—¿Qué hay en el fardo?

João no pronunció palabra. En lugar de ello, reanudó su tarea de desatar los férreos nudos, que poco a poco fueron cediendo. El padre Fermín seguía las evoluciones de los dedos del pescador como un mudo espectador. Por fin, el último nudo se soltó, y João, con movimientos delicados nada acordes a sus curtidas manos, procedió a separar los extremos de la cuerda y a desliar el atadizo, que estaba compuesto más de envoltorio que de contenido. Por fin, la tela quedó completamente desenrollada y lo que esta ocultaba quedó expuesto sobre la mesa.

—¿Esto lo llevaba el muerto? —preguntó el sacerdote boquiabierto, incorporándose para ver más de cerca el objeto.

—Lo llevaba agarrado así —João imitó la postura del cadáver.

Fermín rodeó la mesa para contemplar la espada. No era para nada un entendido en armas antiguas, pero aquella espada no era como las que había visto en España, en tiendas orientadas a turistas, fabricadas sin filo y de uso puramente ornamental. Según sus cálculos, debía medir alrededor de un metro; era totalmente metálica, increíblemente reluciente y estaba perfectamente conservada. Un pequeño disco remataba la empuñadura, y un guardamano de acero fino lo conectaba con la cruceta de protección de la mano, corta y trabajada en forma de *u*, con el claro objetivo de parar y atrapar la espada del adversario. La hoja estaba concienzudamente afilada. Definitivamente, aquello no era una réplica, sino un arma de verdad. El sacerdote no se atrevió a pasar un dedo por el filo, más que por miedo a cortarse, por temor a dejar un rastro que no traería nada bueno si el objeto era devuelto a la policía.

—¿La has tocado? —le preguntó a João.

—¡Claro! —respondió este con total inocencia—. Solo podía cogerla con las manos.

El padre Fermín le miró de reojo:

—¿Alguien más sabe que cogiste la espada?

—Nadie más, padre —aseguró.

—Escúchame bien, João —silabeó el sacerdote, hablando muy despacio—. Nadie más debe saber esto. Esta espada es una prueba, y si la policía anda buscando a alguien para cargarle el mochuelo del crimen acabarán señalándote a ti, así que por tu bien: cierra el pico y olvídate de que la cogiste.

João parpadeó tres veces:

—¿No vamos a devolverla?

El padre Fermín comenzó a envolver cuidadosamente la espada, tratando de no rozar siquiera el metal con sus manos. Aunque devolver la espada a la policía era lo correcto, sabía cómo funcionaban las autoridades allí: João acabaría siendo bombardeado a preguntas que no sabría responder, y sabe Dios si no le echarían las culpas del robo de la espada o, aún peor, del asesinato del extranjero. Si buscaban un culpable para cerrar el caso, João era el candidato perfecto. ¿A quién le importaría el destino de un amahuaca que seguramente ni estaría correctamente censado?

—Si la devolvemos a la policía podrías tener problemas. Déjala aquí. La esconderé y luego pensaré qué hago con ella. Y no hables con nadie de esto, ni con Nelson, ni con Irene, ni con nadie, ¿entendido? —los ojos del sacerdote se clavaron en el pescador, que le escuchaba perplejo—. No quiero que acabes en la cárcel, ¿de acuerdo?

—Sí, padre —João guardó silencio durante unos segundos, y luego se atrevió a pedirle una última cosa al sacerdote—. ¿Podría darme el perdón?

Aunque João ni siquiera era cristiano, el padre Fermín le concedió la absolución trazando la señal de la cruz en su frente y recordándole tres veces más que mantuviera la boca cerrada. El indio, agradecido, se acabó su Brahma y se despidió de él, dejándole a solas con el fardo que contenía la espada. La curiosidad mordía las entrañas del padre Fermín como un animal feroz. ¿Para qué llevaba el cadáver una espada de hoja fina y de acabado exquisito en lugar de un funcional machete de jungla, como hubiera sido lo más lógico? El sacerdote se planteaba muchas preguntas a las que no encontraba respuesta. Guardó el fardo debajo de la cama, detrás de unos cajones de cartón que llevaban allí desde el primer día que se mudó a la misión. Nadie entraba en su cuarto jamás, por lo que la espada estaría segura en ese escondite, a menos que Nelson se fuera de la lengua.

De todas formas, la bestia que era su curiosidad ya había ganado la batalla contra la razón, así que el padre Fermín tomó la segunda decisión insensata de la tarde: al día siguiente iría a Sena Madureira e invitaría a unas cachaças a Lucio Sampaio. Si lograba ablandarle la lengua a base de alcohol, tal vez su amigo policía acabaría revelando alguna información interesante.

V

A MEDIADOS DE LOS NOVENTA, coincidiendo con la entrada del Grupo LeVu en el mercado de las telecomunicaciones, Louis LeVu ordenó construir en el más absoluto de los secretos unas instalaciones capaces de concentrar en un único emplazamiento sus principales laboratorios de investigación, lejos de los ojos del mundo y cerca de los suyos, de forma que él pudiera supervisar personalmente los proyectos que se desarrollaran en ellos. Basándose en unos bocetos dibujados por el propio Louis LeVu, un equipo de arquitectos e ingenieros respaldados por un presupuesto inimaginable hicieron realidad, a las afueras de París, la formidable visión del magnate.

La mansión de Louis LeVu, por fuera, recordaba en muchos aspectos a la Casa Blanca. Ambos edificios compartían un luminoso estilo neoclásico y estaban protegidos por unas férreas medidas de seguridad: cámaras camufladas, vigilantes armados, perros adiestrados, sensores de movimiento y alambradas conectadas a un sofisticado sistema de alarma que convertían a la mansión, que se erguía majestuosa en medio de unos extensos y cuidadísimos jardines de inspiración versallesca, en una fortaleza inexpugnable. La construcción, más ancha y profunda que alta, se asemejaba más a un hotel de lujo que a una mansión privada. Muy pocos sabían que aquella casa ocultaba algo más que la residencia habitual de la familia LeVu. Si uno vagabundeaba por sus lujosos corredores, acabaría tropezándose con puertas de seguridad cerradas a cal y canto. Puertas que llevaban a ascensores accionados mediante tarjetas magnéticas que descendían al subsuelo de la mansión, donde se encontraban los laboratorios de investigación y desarrollo del Grupo LeVu. En aquel complejo subterráneo trabajaban más de seiscientas personas a las que Louis LeVu denominaba, con orgullo, su *elite*. Era tal el secretismo que rodeaba cada uno de sus proyectos —muchos de ellos dignos de un film de ciencia ficción—, que la mayoría de ellas ignoraba qué se cocía en la puerta de al lado.

El búnker que la mansión LeVu escondía en sus entrañas era conocido por su personal como el Cuartel General o, más comúnmente, el HQ. La existencia de aquellas instalaciones había pasado desapercibida para el público, que continuaba creyendo que la sede central del Grupo LeVu seguía estando en el edificio de dieciocho plantas, con helipuerto privado en la azotea, que el magnate poseía en pleno centro de París. En dicho edificio se recibían las visitas, se cerraban los contratos y se trataban los asuntos comerciales. Era, en definitiva, el escaparate de la empresa. Pero en 1999, Louis LeVu trasladó su despacho a la mansión. Con el florecimiento de internet y los tremendos avances en comunicaciones que vieron la

luz a finales de los noventa, Louis LeVu decidió instalar en una amplia sala del tercer piso su centro de control personal. De allí partía una intranet que conectaba la *batcueva* (como solían llamar a aquella sala los pocos elegidos que conocían su existencia) con todas las terminaciones nerviosas del Grupo en el mundo: Europa, América, China, Japón, Alaska... Una inmensa telaraña que permitía a Louis LeVu saber en cualquier momento lo que sucedía hasta en la más pequeña de sus oficinas en el lugar más recóndito del globo.

La batcueva evolucionaba a la par de la tecnología, y había acabado convirtiéndose en un ser vivo electrónico que mutaba y crecía al ritmo de los últimos avances. En 2004, las paredes de la sala estaban forradas de monitores de plasma que ofrecían un mosaico de datos en tiempo real. Al fondo, un sillón giratorio de gran tamaño dominaba una consola poligonal de fibra de vidrio y metal que albergaba cinco teclados y sus respectivos ratones. Ese lugar era donde Louis LeVu pasaba gran parte del día, como una versión empresarial del Capitán Kirk al mando del gigantesco Enterprise que era el Grupo LeVu. Delante del puesto de control, presidiendo la sala y contrastando de forma grotesca con el resto de la estancia, se encontraba una antigua mesa de caoba rodeada de tres sillones de cuero: uno, el que ocupaba LeVu, y otros dos, algo más pequeños pero a juego con el suyo, preparados para recibir las contadas visitas que atendía allí. Sobre la mesa labrada reposaba únicamente un pequeño montoncito de carpetas, algún material de oficina y un par de teléfonos: uno de ellos, un modelo con fax integrado, plagado de botones y leds, que formaba parte de la enorme centralita del HQ, y el otro, un modelo simple, casi más acorde con la rancia mesa de caoba que con el resto de la habitación. Si siguiéramos el cable de la línea de ese teléfono a través de los recogedores de plástico que ocultaban los hilos de la vista, descubriríamos que dicho cable no formaba parte de la centralita de la mansión.

Aun siendo de color arena, ese teléfono era conocido como el *teléfono rojo*. Estaba conectado a una línea totalmente privada y anónima, pudiéndose contar con los dedos de una mano las personas que conocían la mágica sucesión de números que conseguirían que el inaccesible Louis LeVu contestara la llamada en persona. Ni siquiera su esposa y sus hijos conocían el número, y tenían que pasar obligatoriamente por el filtro de Adèle (la secretaria personal de LeVu) si querían hablar con él en la batcueva.

Aquella tarde, el teléfono rojo sonó. LeVu se levantó de la consola de control y se dirigió a la mesa de caoba:

—¿Allô?

—¡Por fin! —exclamó la voz de Forest, al otro lado de la línea.

—¡Charles! ¿Cómo estás?

—¡Las tormentas en este país son una maldición bíblica! ¡Caen tres gotas y las líneas telefónicas se van al infierno! Intenté contactar varias veces con usted esta mañana y me fue imposible. Y eso que estamos en el mejor hotel de Manaos.

—Lo siento, Charles —se excusó LeVu—. Tuve el teléfono apagado toda la mañana. Estuvimos trabajando en la expedición hasta hace una hora. Valérie me llamó hace un rato y me dijo que ya tenías resuelto el asunto de los permisos... y también algo sobre el equipo de seguridad.

LeVu oyó cómo Forest daba instrucciones a alguien en Brasil.

—¿Tiene papel en el fax, señor LeVu? —preguntó Charles.

El empresario comprobó que en la bandeja del aparato había un grueso taco de papel DIN A4:

—Suficiente para imprimir dos ejemplares de Guerra y Paz.

Segundos después, el fax entonó su canturreo electrónico, vomitando páginas impresas.

—Le estoy enviando copias de los contratos de arrendamiento de los locales que vamos a utilizar para la operación, un duplicado del permiso de instalación de las antenas y algunos documentos más. Nada importante. Es por si quiere revisarlos personalmente...

—De acuerdo. Les echaré un vistazo y le diré a Adèle que los archive. A propósito, ¿qué tal se porta el nuevo cachorro? ¿Está ahí contigo, en el hotel?

Forest dedicó una mirada de reojo a Maurice Carbonnier, el joven licenciado en derecho internacional por la Sorbona asignado por el Grupo LeVu para acompañarle a Brasil. La labor de Carbonnier, en un principio, consistía en asesorarle legalmente ante cualquier inconveniente que pudiera surgir con las autoridades locales, aunque el joven no tardó en comprobar que el viejo Forest no necesitaba ayuda: cuando uno negocia armado con un talonario de cheques de grueso calibre, los obstáculos se disuelven como azúcar en leche caliente.

—Está aquí, a mi lado. Se está portando de maravilla —dijo Forest, arrancando una sonrisa de satisfacción a Carbonnier, que vigilaba la correcta transmisión del fax—. Ha sido un buen fichaje, señor.

—¿Y cómo le va a Blanch? —se refería a Jean Blanch, su tercer hombre en Brasil. Blanch, uno de sus mejores ingenieros de telecomunicaciones, a pesar de no haber cumplido aún los treinta, había sido encargado del sistema digital que mantendría conectada en todo momento la expedición de rescate con el campamento base, a orillas del Purús.

—Ahora mismo se encuentra en un aeródromo de Río Branco, esperando el avión de carga que trae los equipos desde nuestros almacenes de Texas. Según me dijo, las obras del campamento base van deprisa. Se ve que el equipo local que contratamos es más eficiente de lo que esperábamos...

LeVu se sintió orgulloso. Si de algo podía presumir —aparte de una fortuna incalculable— era de tener en nómina a profesionales de primera división:

—Transmite mis felicitaciones tanto a Carbonnier como a Blanch. Me ocuparé personalmente de que sean recompensados por su dedicación.

—Así lo haré, señor LeVu —prometió Forest, que enseguida cambió de tercio—. Me gustaría hablarle ahora del equipo de seguridad: me he tomado la libertad de contactar con una empresa que normalmente no trabaja para particulares, aunque estarían dispuestos a hacer una excepción con nosotros a cambio, eso sí, de aplicar su tarifa más alta —advirtió—. En setenta y dos horas podrían estar en el campamento base con los efectivos necesarios. Tienen su propia lancha fluvial, por lo que el problema del transporte queda resuelto de un plumazo. Según dice mi contacto, es una lancha militar acorazada.

—Una lancha militar acorazada —repitió LeVu, fascinado—. Formidable. ¿Quiénes son esos tipos?

Al otro lado del auricular, la única respuesta que obtuvo fue un fuerte arranque de tos y una disculpa de Forest:

—Perdone, señor, el polvo de aquí me produce una carraspera horrible...

—No tiene importancia, Charles —LeVu entendió a la primera la vieja clave que mantenían en sus conversaciones telefónicas; toses repentinas y excusa de carraspera significaban que en ese momento no era prudente hablar del tema—. ¿Podría contactar con algún responsable de esa empresa?

—El representante del equipo le visitará mañana por la mañana. Su nombre es Drummond —LeVu apuntó el nombre en un papel—. Él le proporcionará toda la información que necesite. Yo solo puedo adelantarle que son los mejores.

—Daré instrucciones para que le faciliten la entrada —LeVu tomó algunas notas más en el mismo papel—. ¿Qué te queda por hacer?

—Hemos terminado en Manaos. Si no le parece mal, me gustaría ir a Río Branco. Quiero estar con Blanch cuando reciba el material de Texas. Creo que le vendrá bien mi ayuda para bregar con los ingenieros locales y con el resto del personal. Maurice se quedará en Manaos, por si surgiera algo con la administración. Ya conoce personalmente a todos los funcionarios con los que hemos tratado, así que si se planteara algún problema, está más que capacitado para resolverlo.

—Pues adelante —le animó LeVu—. Toma el primer avión que salga hacia Río Branco.

Forest soltó un resoplido de fastidio:

—¡Ojalá! No hay avión directo a Río Branco, así que cogeré el primer vuelo que salga hacia Brasilia y luego enlazaré con otro a Porto Velho. Allí alquilaré un coche para ir hasta Río Branco.

—Si no hay más remedio... ¿Marcel está ya en Sena Madureira?

LeVu se refería ahora a Marcel Lauby, el director del Grupo LeVu en Brasil. Lauby, que trabajaba a ritmo de tortuga en las oficinas de São Paulo, había sido incluido en la operación por recomendación de Forest, que opinaba que podría serles útil para realizar ciertas tareas secundarias por el mero hecho de llevar viviendo muchos años en Brasil.

—Llegó ayer —informó Forest—. Se está encargando de acondicionar el apartamento que hemos alquilado para instalar el centro de comunicaciones.

—¿Pues qué más podemos pedir? En París también van bien las cosas: el domingo llega David Beltrán y su cámara, un tal Durán.

—Me lo dijo Valérie —comentó Forest, en un tono neutro—. Todo son buenas noticias.

—He pensado alojarlos aquí, en la mansión: estarán más cómodos.

—Y será más discreto —puntualizó Forest.

—Bueno, mi querido amigo. Te deseo buen viaje y, por favor, no olvides dar las gracias de mi parte a Carbonnier, Blanch y Lauby. Están haciendo un gran trabajo.

—Así lo haré, señor LeVu —prometió—. Le llamaré en cuanto llegue a Río Branco.

Forest se despidió de su jefe y colgó el teléfono. Detrás de él, sentado frente a la mesa donde había improvisado la oficina móvil, Carbonnier continuaba introduciendo documentos en el fax. El ejecutivo se dirigió al joven, que no se atrevía a levantar la vista del aparato por miedo a que se interrumpiera la transmisión.

—Voy a mi habitación a preparar el equipaje. Recuerda todo lo que te expliqué. A partir de ahora te quedas solo —le recordó—. Espero que no me defraudes.

—Váyase tranquilo, Charles —Carbonnier levantó la vista del fax durante un segundo para mirar a su jefe—. No le defraudaré.

Forest abrió la puerta de la habitación y miró al abogado de reojo. El fax continuaba tragando páginas con avidez, y al viejo tiburón le recordó un cuadro que había visto una vez en un libro, cuando era muy pequeño: un aterrador lienzo de Goya titulado *Saturno devorando a su hijo*. En él, un desencajado humanoide sumido en tinieblas se comía crudo el cuerpo mutilado de su hijo, que por el tamaño no tendría más de tres o cuatro años. Aquella imagen le había impresionado profundamente. Forest encontró divertida aquella asociación de ideas y se dirigió por última vez a Carbonnier:

—Tendrás noticias mías pronto. Mantén el teléfono operativo todo el rato, ¿ok?

—Lo tendré —antes de que su jefe abandonara la habitación definitivamente, el abogado le hizo una última recomendación—. ¡Ah, y tenga mucho cuidado en la carretera!

Forest le dedicó una sonrisa de medio lado y cerró la puerta a sus espaldas, dejando al abogado en la soledad de su habitación, alimentando sin descanso al insaciable Saturno.

VI

SI NO TENÍA SERVICIO ESPECIAL, cosa que rara vez sucedía en la tranquila comisaría de policía civil de Sena Madureira, Lucio Sampaio terminaba su jornada laboral a las dos de la tarde. Esa mañana había recibido una llamada de Fermín Tirado, invitándole a comer y a tomar unas *cachaças*^[10] en el Bar Mario, un local situado en la Avenida Avelino Chaves, no muy lejos de la iglesia de *Nossa Senhora Imaculada Conceição*. El Bar Mario era famoso por servir la mejor cachaça casera de Sena Madureira. Aunque el actual propietario del establecimiento guardaba con celo la procedencia de su magnífica *pinga* (tomándose incluso la molestia de eliminar las etiquetas de las botellas una a una), aquello no había podido escapar de la ávida curiosidad de Sampaio, que acabó averiguando que aquel magnífico aguardiente — que casi todos preferían tomar a palo seco por su suavidad— provenía de una pequeña destilería de Minas Gerais que mantenía un acuerdo de exclusiva con el Bar Mario. Para colmo, la cocina del establecimiento era también de primerísima calidad. Su bacalao a la portuguesa y la oveja frita eran capaces de poner a bailar claqué al *gourmet* más exigente.

Cuando el tiempo acompañaba, el Bar Mario desplegaba un toldo de lona amarillo y sacaba unas mesas a la acera de la avenida. Allí, sentado en la terraza y disfrutando del sol, Lucio Sampaio encontró al padre Fermín ojeando el periódico de la mañana. Como si presintiera su llegada, el sacerdote levantó la vista del diario, lo dejó encima de una silla y se levantó para recibirle:

—¡Qué alegría verte! —se abrazaron—. Me moría de ganas de echar un rato contigo. ¿Cómo están Sandra y las *crianças*^[11]?

Sampaio tomó asiento, ajustándose su americana de tela liviana. Vestía más como un abogado que como un policía, y no prescindía de la corbata aunque hiciera un sol capaz de fundirle los sesos a un lagarto. Tenía más o menos la edad del padre Fermín, rondando los cuarenta, y un aspecto más sajón que brasileño: piel sonrosada, cabello ondulado y rubio, ojos marrón claro y boca de labios carnosos. Todo ello aderezado con un aroma eterno a Paco Rabanne y unos modales educados y discretos.

—Todos bien, gracias. Sandra me ha dado recuerdos para ti cuando la he llamado para avisarle que iba a comer fuera, y me ha advertido, por enésima vez, que tenga cuidado contigo.

El padre Fermín se echó a reír:

—Aún no ha olvidado la última vez que salimos, cuando quedamos para cenar y nos enrollamos hasta las cuatro de la mañana.

—¡Por supuesto que no lo ha olvidado! Para ella, tienes antecedentes penales serios, cura del demonio —Sampaio le guiñó un ojo—. Bueno, estoy seco... ¿Qué tal un par de cervecitas para *hacer la cama*?

El padre Fermín se volvió hacia el camarero que vigilaba la terraza desde la puerta del establecimiento:

—¡Moço, duas Brahmas bem geladas!

—¡Uma Brahma e uma Budweiser si tem, por favor! —rectificó Sampaio.

—¡Em seguida! —respondió el camarero, entrando en el bar para buscar las bebidas; en cuanto desapareció, el padre Fermín clavó una mirada mortífera en su amigo, que le desafiaba con una sonrisa de lo más cínico.

—¿Desde cuándo traicionas a tu patria para venderte a los americanos?

—Luego tomaré el doble de cachaças para honrar a mi país —prometió, con la mano en el corazón—, pero en este momento me apetece pis de gato americano.

—Por cierto, ¿ya te ha pasado Grimaldi *El pianista*? Es un películón...

Sampaio hizo un gesto de rechazo con la mano:

—Paso de sufrir. Últimamente solo quiero ver películas divertidas. Cada día soy más fan de Peter Jackson: la trilogía de *El señor de los anillos* me tiene loco.

Enseguida se enfrascaron en una conversación sobre cine, bien regada con cerveza fría. Al rato, el camarero les trajo la carta y ambos pidieron, como siempre, las especialidades de la casa. Complementaron el bacalao y la oveja con un litro de la célebre *cachaça secreta*. Mientras comían, el padre Fermín esperaba el momento oportuno para comentar el asunto del cadáver y poder sonsacar a Sampaio alguna información que saciara su curiosidad. Para su sorpresa, fue el propio policía, de motu proprio, quien sacó el tema:

—Por cierto —Sampaio se sirvió otro vasito de pinga; sus mejillas comenzaban a tomar color—. Me contaron en comisaría que los aldeanos te avisaron a ti cuando encontraron al muerto. La verdad es que no te he comentado nada antes porque no sé si quieres hablar de ello: no sé si lo consideras secreto de confesión, o algo así... No entiendo de cosas de curas, pero ya sabes que pierdo la vergüenza con la cachaça —el policía soltó una risita—. ¿Te apetece hablar de esto?

«¡Bien!». El padre Fermín estuvo a punto de levantar los brazos con los puños cerrados, como si estuviera encima de un podio:

—Para serte franco, estaba frito porque sacaras el tema —el sacerdote también se sirvió otra cachaça, para celebrarlo—. No sé si viste el cadáver, pero tenía un aspecto horrible. ¿Se sabe cómo ocurrió?

Sampaio proyectó el labio inferior y se encogió de hombros:

—Oficialmente, no sabemos mucho del caso, que por otra parte, ya no está en nuestras manos. A mí solamente me pidieron que contactara con un periodista español que el muerto mencionaba en un diario que llevaba encima.

—¿Un diario? ¿Llegaste a verlo?

El policía negó con la cabeza.

—El jefe quería que redactara un *email* en español dirigido a ese periodista — Sampaio frunció el ceño, como si de repente recordara algo, y comenzó a rebuscar en el interior de su americana—. Espera, creo que tengo su nombre y su dirección de correo en un papel... —Sampaio sacó un arrugado trozo de papel del bolsillo—. Aquí está.

El padre Fermín no tuvo problemas en interpretar la letra del policía: *David Beltrán, dbeltran@revistagrial.es*.

—Nunca llegué a redactar ese *email* —prosiguió Sampaio—. Recibimos un fax de la central de Manaos anunciando que vendrían a recoger el cadáver y las pruebas. Vinieron en un camión frigorífico, se lo llevaron todo y nos apartaron del caso sin más explicaciones —el policía dio otro sorbo a su pinga, comprobó que no había nadie más en la terraza y habló en voz muy baja—. ¿Quieres que te cuente algo confidencial?

—¡Claro! Estás hablando con alguien que se hizo cura para oír cotilleos en el confesionario —bromeó—. Tranquilo, no lo proclamaré a los cuatro vientos.

—Dos o tres días después de que trasladaran el cadáver a Manaos, hice una llamada a un amigo poli que tengo allí: Carlos Varella. Es el encargado de los sistemas informáticos de la policía de Manaos, y tiene acceso al cien por cien de la información que se maneja en el país. Le puse al corriente de este caso y le pregunté si podía enterarse de algo, solo para saciar mi curiosidad.

—¿Y se enteró de algo? —preguntó el padre Fermín, impaciente.

—Con un ordenador y una conexión a internet, Carlos Varella podría decirte qué ropa interior lleva ahora mismo el presidente Lula. Según me dijo, el muerto era francés, y formaba parte de una expedición que a día de hoy se encuentra perdida en la selva de Perú. Entre los desaparecidos, se encuentra el hijo de un empresario europeo muy poderoso —Sampaio se adelantó a la siguiente pregunta de su amigo—. No me preguntes el nombre porque no tengo ni idea de quién es. Según mi colega, se ha concedido un permiso especial para que parta una expedición de rescate desde Brasil. Al haberse producido el crimen en territorio peruano, técnicamente no hay delito en nuestro país, así que nosotros nos lavamos las manos en este asunto.

El padre Fermín no entendía de temas policiales, pero no hacía falta ser un experto para darse cuenta de que aquella historia sonaba extraña y truculenta:

—¿Es ese el procedimiento habitual en estos casos?

—Que yo sepa, no hay precedentes de un suceso como este —explicó Sampaio—. De todos modos, la forma en la que el departamento de policía de Manaos se ha retirado tan dócilmente del caso y viendo como se le allana el camino al tipo que organiza el rescate, me hace pensar que hay muchísimo dinero detrás de todo esto. Nos guste o no, en este país, con dinero, consigues milagros.

—En todas partes cuecen habas, no solo aquí. ¿Entonces, quién lleva ahora el caso?

—Ni idea. Desconozco si trasladarán el caso a la policía de Perú o si simplemente no habrá investigación, que es lo que sospecho que va a pasar. Se archivará el caso y punto —Sampaio sirvió dos cachaças más, olfateó la suya en éxtasis y le dio un sorbo—. Y para colmo, las pruebas principales del caso se han perdido.

El sacerdote pensó, en un principio, que su amigo se refería a la espada que guardaba debajo de su cama, y le asaltó un bochornoso sentimiento de culpa. «*No creo que se refiera a eso, la espada ya no estaba en la canoa cuando llegó la policía*».

—¿A qué pruebas te refieres?

—Al diario que mencioné antes y a una cámara digital que contenía fotos de la expedición —el padre Fermín se sintió aliviado al ver que los tiros iban por otro lado—. Tiene pinta de ser un robo fortuito. Unos tipos asaltaron al agente de paisano que transportaba las pruebas desde el laboratorio de la *científica* a la comisaría central. Le dieron un golpe en la cabeza y lo desvalijaron: reloj, cartera, celular y el maletín donde llevaba el diario y la cámara. Según Carlos Varela, andan buscando la cámara entre los peristas, ya que al ser un objeto vendible es posible que termine en manos de alguno. El diario probablemente acabará en algún vertedero, o triturado, si quienes lo robaron están concienciados con el medio ambiente y lo arrojan al contenedor de reciclaje de papel.

—¿No podrían haber preparado el robo? —la curiosidad del sacerdote iba en aumento conforme conocía más de la historia—. ¿No os habéis planteado que esos tipos buscaran precisamente el diario y la cámara?

Sampaio negó con la cabeza.

—La policía de Manaus piensa que no hay relación entre la muerte del francés y el robo. Nadie fuera del departamento sabía que se habían reclamado las pruebas al laboratorio, y menos aún que ese agente, en particular, las llevaba en el maletín. Además, ¿para qué querría alguien ajeno a la investigación ese diario y esa cámara? Al único que podría interesarle es al pez gordo europeo, y no creo que recurriera al robo para conseguirlos. Es mucho más fácil soltar un cheque a la persona adecuada, y recibir las pruebas en casa, envueltas en papel de regalo y adornadas con un lacito rojo.

Sampaio decidió que ya había largado bastante. Ahora era el turno del padre Fermín. Al fin y al cabo, el policía era tan curioso como él, y se moría por conocer los detalles más morbosos del hallazgo del cadáver. El misionero relató el suceso con todos los pormenores, aunque se cuidó mucho de no mencionar la espada. Sampaio le escuchó con esos ojos de atención infinita que solo saben poner los que han *soplado* más de la cuenta.

A pesar de haber reunido mucha información, en la cabeza intoxicada por la cachaça del padre Fermín bailaban varias preguntas sin respuesta: ¿Quién y por qué había disparado al joven de la canoa? ¿Quién era el misterioso millonario que estaba organizando el rescate? ¿Por qué se había apartado a la policía del caso? No paraba

de darle vueltas a la posibilidad de que la espada fuera una clave importante, pero sacarla a la luz podría traerle problemas a él o a João. La curiosidad del padre Fermín era casi enfermiza, pero no hasta el extremo de verse envuelto en una trama de asesinato.

—Joder, qué cogorza estoy pillando —dijo Sampaio, comprobando que aún quedaban cuatro dedos de aguardiente en la botella; estaba tan rojo que parecía a punto de deflagrar—. La matamos, ¿verdad?

El padre Fermín extendió su vaso vacío:

—Quien te va a matar es Sandra. Pero venga, échame otro: de los cobardes nada se ha escrito.

La botella se terminó alrededor de las cinco de la tarde, y Sampaio —más cocido que el padre Fermín—, manifestó que tenía que volver a casa, por la cuenta que le traía. Los dos se despidieron con un abrazo sincero que duró unos segundos. El policía remontó la avenida rezando para no encontrarse con algún conocido. Mientras caminaba lo más recto que podía, se preguntó si Sandra le notaría que estaba algo pasado de pingas.

El sacerdote tomó una de las transversales a la Avenida Avelino Chaves y atravesó la pequeña plaza donde se encontraba el ciber-café de Jorge Grimaldi. Envalentonado por el aguardiente, tomó otra de esas decisiones repentinas que últimamente eran tan frecuentes en él. Mientras entraba en el local, visualizó con toda claridad el papel con el *email* de David Beltrán.

Y sin encomendarse ni a Dios, ni al Diablo, decidió que iba a enviarle un correo electrónico. Tal vez se arrepentiría al día siguiente, cuando la cachaça dejara paso a la razón. Pero bueno...

De los cobardes, nada se ha escrito.

VII

ERA LA TERCERA VEZ EN SU VIDA que Royi pisaba el aeropuerto Charles De Gaulle. Esta vez estaba siendo la menos problemática de las tres, debido a que Valérie encabezaba el grupo, demostrando que se conocía sus laberínticos pasillos como la palma de su mano, lo que era toda una hazaña. La primera vez que Royi visitó aquel orgullo galo encarnado en aeropuerto fue unos años atrás, en una escala rumbo a Bosnia. Por supuesto, se perdió irremisiblemente en sus largos corredores forrados de minúsculas baldosas, que le recordaban, no sabía por qué, a los urinarios públicos de la década de los setenta. Al final, tuvo que sacarle de allí un maletero setentón, a quien tuvo que pagar una mordida digna de la camorra italiana. La segunda vez que se perdió en el aeropuerto de París, intentó utilizar como referencia los anuncios de Dior, de Renault y de Mickey Mouse. Después de pasar cien veces por los mismos carteles y de dar seis vueltas en círculo por la estructura principal del aeropuerto, acabó colándose por las escaleras mecánicas acristaladas que ilustraban la portada del *I Robot* de Alan Parsons Project, y paseó arriba y abajo en los elevadores intentando dar en vano con la salida. Una vez más, fue un maletero —esta vez, un hindú de enorme sonrisa petrificada que apenas hablaba francés— quien le sacó de allí, culminando el breve *tour* en una mano mendicante que Royi tuvo que gratificar.

En definitiva, Royi no guardaba un buen recuerdo del Charles De Gaulle.

La historia, esta vez, era muy diferente. Valérie iba delante de ellos sin parar de hablar por el móvil. Royi la seguía sin quitarle ojo de encima (lo último que quería era perderse otra vez y caer en manos de un maletero). Detrás de él, tirando de su maleta con ruedas, iba David.

Valérie había empezado a hacer llamadas desde que puso el pie fuera del avión. Primero llamó a la agencia de transportes desde la *jardinera* que les llevó de la pista a la terminal, cerciorándose de que el equipaje de los periodistas y el material de rodaje estarían en Sena Madureira antes de tres días. Luego llamó a la persona que tenía que recogerles en el aeropuerto, para que le confirmara que ya estaba allí. Seguidamente, llamó a alguien para anunciarles su llegada, y ahora daba instrucciones sin parar a un interlocutor no identificado a quien no daba respiro para contestar. David y Royi entrecruzaron una mirada cómplice.

—Como sea así para todo... —masculló Royi.

—Por aquí —Valérie señaló un ascensor, sin dejar de hablar por teléfono.

Esta vez no hubo paseos arriba y abajo al más puro estilo Barrio Sésamo. Abandonaron el edificio principal del aeropuerto sorteando varias filas de coches aparcados. Afuera lloviznaba. Valérie buscó a alguien con la mirada, haciendo visera

con la mano para protegerse de las molestas gotas de agua. A lo lejos, un hombre le indicó mediante señas que esperaran. Se introdujo en un Audi rojo, recorrió el trayecto que les separaba de ellos y se apeó del coche. Era un tipo bajito y delgado, que hacía poco bulto a pesar del traje y la gabardina que llevaba. David y Royi calcularon que tendría alrededor de treinta y cinco años. Su rostro estaba dominado por una nariz fina y prominente, que contrastaba con dos ojillos astutos techados por unas cejas en forma de uve invertida. El recién llegado saludó a los periodistas:

—Encantado de conocerles —dijo en español, entrecerrando los ojos por la lluvia—. El señor LeVu me ha pedido que les transmita sus disculpas, pero le ha surgido un asunto de última hora que le ha impedido venir a recibirles. Mi nombre es Jacques Mercier, pero pueden llamarme Jacques.

—David Beltrán —el periodista sintió un apretón de manos blanducho y carente de fuerza que le dejó más bien frío—. Él es Rogelio Durán.

—Royi —le corrigió—. Todos me llaman así.

—Royi —repitió Mercier, estrechando su mano; seguidamente se dirigió a Valérie—. Hola, Valérie. Bienvenida.

—Abre el maletero, por favor —dijo ella, que no había dejado de protegerse los ojos con la mano—. Démonos prisa o acabaremos empapados.

Metieron los bultos en el Audi y abandonaron el aeropuerto. Una vez acomodada en el asiento del copiloto, Valérie inició otra llamada telefónica. Royi se preguntó a cuánto ascendería la factura de ese móvil.

Mercier conducía despacio y, mientras hablaba, lanzaba miradas fugaces a los periodistas que ocupaban el asiento trasero:

—Como les decía, al señor LeVu le habría encantado venir a darles la bienvenida, pero en este preciso momento se encuentra reunido con el representante del equipo de seguridad que les acompañará durante el viaje. Respecto a mí, mi labor en «Delfín de Río» es la de coordinador de equipos...

David y Royi le interrumpieron a la vez:

—¿Delfín de río?

Los periodistas avistaron la sonrisa de Mercier en el retrovisor.

—Perdón —se disculpó—. Estamos tan acostumbrados a usar esa denominación que olvidé que ustedes la desconocen. «Delfín de Río» es el nombre en clave de la operación de rescate. Este asunto está generando mucho papeleo y movimiento en las oficinas del Grupo LeVu, y tratamos de mantener la máxima discreción incluso dentro de nuestra propia empresa. No queremos que nada de esto se filtre a la prensa. Bueno, sin contarles a ustedes dos, naturalmente. Creo que ya saben a qué tipo de prensa me refiero...

—Perfectamente —dijo David.

—Les hemos preparado un *dossier* con la información que poseemos de la desaparición de Gérard y sus amigos —prosiguió—. Les ruego que lo estudien a fondo. Mañana por la mañana tenemos planeada una reunión general de todos los

integrantes de «Delfín de Río» y, por supuesto, contamos con ustedes. De todas formas, tendrán la oportunidad de conocer al señor LeVu esta noche, durante la cena. Si leen el *dossier* antes, podrían cambiar impresiones con él.

—Estaremos encantados de hacerlo —le aseguró David.

Justo en ese momento, una música electrónica invadió el habitáculo del coche, y la pantalla del teléfono móvil alojado en el salpicadero cobró vida.

—¿Me disculpan un momento? —preguntó Mercier, colocándose un diminuto auricular en la oreja—. ¿Allô?

Mercier escuchaba atentamente, limitándose a asentir de vez en cuando con la cabeza. De repente, los periodistas comprobaron cómo su cara, reflejada en el retrovisor, se desencajaba y perdía su color. Valérie, aún enfrascada en su propia llamada, captó por el rabillo del ojo que algo no iba bien. Con las cejas fruncidas, interrogó a Mercier con la mirada. Este le pidió calma con la mano, sin parar de musitar *no puede ser* a cada rato. Valérie dio una rápida excusa en francés a su interlocutor y finalizó la llamada, fijando su atención en Mercier, que asentía como un autómatas con la vista perdida en el asfalto. Finalmente, colgó el teléfono y se quitó el auricular.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Valérie.

Mercier parecía en trance:

—Charles Forest —dijo—. Ha tenido un accidente de coche cerca de Porto Velho.

Los periodistas, que no tenían ni idea de quién era ese tal Charles Forest, apreciaron cómo la mandíbula de la muchacha se descolgaba y su color comenzaba a hacer juego con la lividez de Mercier.

—¿Le... le ha ocurrido algo malo? —preguntó Valérie, temiéndose lo peor.

Por el reflejo de su cara en el retrovisor, David y Royi adivinaron la respuesta antes de que Mercier la pronunciara:

—Ha muerto.

VIII

VALÉRIE ESTABA SENTADA SOBRE LA MESA de la secretaria personal de LeVu, una agradable y eficiente cincuentona entrada en carnes que respondía al nombre de Adèle. A pesar de ser domingo, estaba al pie del cañón, como la mayoría de los implicados en «Delfín de Río». Adèle llevaba trabajando para Louis LeVu desde tiempo inmemorial, mucho antes de que el Grupo se transformara en la monstruosa multinacional en la que se había convertido. Su puesto de trabajo consistía en una mesa diáfana, sin más papeles que los que tenía que pasar al despacho del jefe; un terminal de ordenador que casi nunca usaba (no era partidaria de esos *ingenios diabólicos*, como ella los llamaba), y dos teléfonos: uno de ellos conectado a la centralita, y otro que comunicaba directamente con LeVu. La mesa se encontraba a unos quince metros de la puerta de la batcueva, por lo que podría decirse que Adèle era el cancerbero del empresario. Algo más lejos, un guardia de seguridad armado ojeaba discretamente una revista, espionando de vez en cuando a las mujeres por el rabillo del ojo. Valérie había intentado sonsacar a Adèle detalles sobre la muerte de Forest, pero esta no se atrevió a adelantarle nada. Suponía que al jefe le gustaría informarla personalmente.

La puerta de la batcueva emitió un zumbido familiar: el del cerrojo electrónico al abrirse.

—Ya puedes pasar, Val —dijo Adèle.

Louis LeVu estaba de pie, de espaldas a la puerta, con las manos atrás y la mirada perdida. Parecía no prestar atención a las pantallas que cubrían las paredes de la sala. De fondo sonaba una pieza clásica que Valérie no supo identificar: Bach. La música de órgano, la iluminación procedente de los monitores que plagaban la sala y la figura de su jefe recortada al contraluz, creaban una atmósfera irreal.

—Bienvenida, Val —saludó LeVu, sin volverse—. Creo que ya te has enterado de la noticia...

Valérie permaneció de pie junto a uno de los sillones de cuero colocados frente a la mesa de caoba. Asintió con la cabeza, solo para darse cuenta de que su jefe estaba de espaldas y no podía verla. Al final, logró articular un quebrado *sí*.

—¿Crees en la mala suerte, Val?

La pregunta le pilló por sorpresa. LeVu giró la cabeza un poco, y Valérie vio cómo la luz de los plasmas le arrancaba brillos a su calva. A pesar de los muchos tratamientos que había probado, la alopecia había acabado venciendo. Valérie no supo qué responder, así que optó por guardar silencio.

—Nunca creí en la mala suerte —prosiguió LeVu, hundiendo la cabeza entre los hombros—, pero he empezado a creer en ella desde hoy. Primero lo de Gérard. Ahora lo de Charles...

—Sí, ha sido una tragedia —dijo Valérie—, pero tenemos que seguir mirando hacia adelante. Su hijo le necesita ahora más que nunca, señor.

La silueta oscura de LeVu paseó bajo la luz de los plasmas. Valérie sintió por él algo que jamás pensó que sentiría:

Compasión.

—Tengo demasiados frentes abiertos —se lamentó LeVu—. No puedo ocuparme de todo a la vez. Tengo un hijo perdido en mitad de ninguna parte, y también tengo que ocuparme de una empresa de la que dependen miles de familias. Por primera vez en mi vida, siento que esto me viene grande.

—Nadie espera que vaya usted a la selva a rescatar a Gérard, señor LeVu —dijo Valérie, tratando de sonar positiva y enérgica a la vez—. Usted está haciendo lo correcto: no escatimar medios para ir en busca de su hijo. Por ahora, las cosas están saliendo bien. Y referente a la empresa, debe considerarse afortunado. Dispone de un equipo humano que hace que el barco continúe navegando, a pesar de que su capitán no atraviese su mejor momento.

LeVu le dedicó a Valérie una amarga sonrisa de agradecimiento y la invitó a sentarse. Ella obedeció. Él siguió hablando sin dejar de pasear. Los años le habían obsequiado con unos kilos de más y una papada que eran muy difíciles de combatir, pero así y todo, la presencia de Louis LeVu, cuando no estaba apaleado por las circunstancias, era imponente. La expresión decidida de su rostro, su boca de labios gruesos con rictus de guerrero y su nariz gruesa y prominente eran propias de un líder en la plenitud de su madurez.

Hoy, sin embargo, solo parecía un hombre viejo.

—Últimamente todo me parece un mundo, Val. Cuando apago la luz de mi dormitorio, por las noches, no paran de asaltarme imágenes horribles: Gérard tiritando de fiebre en la jungla, Gérard herido de muerte, Gérard maltratado por los nativos... Por mucho que intento pensar en otra cosa, no puedo escapar de esos pensamientos atroces.

—Eso es normal, señor —dijo Valérie, en un tono de voz suave—. Es muy difícil parar las torturas a las que nos somete nuestra imaginación en estos casos, pero según las notas de Villeneuve, Gérard y sus amigos se encontraban bien cuando este les dejó. Apuesto a que no ha perdido la esperanza en que iremos a buscarle.

LeVu dejó de caminar y miró a Valérie con una expresión de tristeza infinita en sus ojos.

—Mi hijo ignora que sabemos dónde está: pensará que estamos dando palos de ciego en Río de Janeiro, donde nos hizo creer que iba...

«Una vez más, habló el hombre que siempre tiene razón».

—No puede perder la esperanza ahora, señor LeVu. Si confía en las corazonadas, le diré que algo en mi interior me dice que Gérard está vivo. Tenga fe: muy pronto podrá abrazar a su hijo.

Él la miró, agradecido. Valérie acababa de proporcionarle la dosis de ánimo que necesitaba. ¡Qué demonios! Él era Louis LeVu. Siempre había luchado como un gladiador, y no iba a dejar de hacerlo ahora, a pesar de que la situación fuera realmente desoladora.

—Tienes razón, Valérie —reconoció, sentándose en su sillón, frente a ella—. Gracias por sacarme de este momento de debilidad... y gracias por tu apoyo. Eres una bendición.

—No hay nada que agradecer, señor —le replicó ella.

LeVu inspiró profundamente. Bajo la tenue iluminación del flexo de la mesa de caoba, Valérie comprobó cómo tomaba aire, se erguía un poco más y volvía a recuperar un poco de su empuje habitual. Cuando elevó los ojos hacia ella, Valérie pudo ver en ellos la chispa que siempre quedaba retratada en las portadas de las revistas de economía. Gracias a la joven, LeVu había sacado la cabeza del pozo negro, al menos de momento:

—La muerte de Charles me ha dado en plena línea de flotación —confesó LeVu —, pero como tú bien dices, no es momento para perder la esperanza. Tenemos que seguir trabajando para traer de vuelta Gérard —abrió un cajón de la mesa y sacó una gruesa carpeta que colocó frente a él—. Esto es la documentación completa de «Delfín de Río». Aquí está absolutamente todo —clavó sus ojos en los de Valérie y empujó el cartapacio hacia ella—. Quiero que ocupes el lugar de Charles al mando de la operación.

Valérie contempló la carpeta como si fuera una serpiente de cascabel a la que acabara de pisar la cola. LeVu pudo oler el cóctel agrisulce de emociones que degustaba la joven en ese momento:

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que te veo más que capacitada para este trabajo —aseguró él, apoyando los codos en la mesa—. Los temas legales ya están cerrados, y Carbonnier se queda en Manaos para solucionar cualquier problema que pueda surgir. Blanch tiene también bajo control el tema de las comunicaciones, y Lauby trabaja en la oficina de Sena Madureira. Lo único que necesito es a alguien de total confianza en Brasil —la miró fijamente—. Necesito que tus ojos sean mis ojos allí.

La chica recogió la pesada carpeta con timidez, intentando sobreponerse al miedo que sentía. Desde hacía tiempo, Valérie tenía claro que iba a ser la sucesora de Charles Forest, pero siempre había imaginado un proceso de transición lento; un periodo en el que Forest le daría, por fin, un voto de confianza, e iría delegando trabajo en ella de forma escalonada. Pero la dama de la guadaña había precipitado las cosas y le había mandado su regalo envuelto en una mortaja con una nota: «Ahí lo

tienes, guapa, todo para ti solita... y si tienes alguna pregunta, hazla rápido y búscate la vida, colega».

—¿En qué consistirá exactamente mi labor, señor?

—Principalmente, en mantenerme informado de todo lo que suceda y supervisar el trabajo de los demás. Barajé la posibilidad de ir personalmente a Brasil, pero mi esposa me convenció de que no lo hiciera —LeVu lanzó uno de esos suspiros que se expelen desde el fondo del alma—. Ella opina que allí sería un estorbo, más que una ayuda, y probablemente tenga razón... como siempre. Para evitar un cambio de opinión, he emplazado al presidente de Mercatrucks para cerrar la compra de su empresa dentro de dos semanas, aquí, en París. Eso me mantendrá entretenido mientras espero los informes del campamento base —LeVu apretó la mano de Valérie; ella mantenía una expresión circunspecta—. ¡Pero alegre esa cara, Val!

—La verdad es que me asusta afrontar esto sola...

LeVu alzó las cejas y sonrió:

—¿Sola? ¿Quién te ha dicho que vas a estar sola? A partir de ahora, tendrás línea directa conmigo las veinticuatro horas del día. Cada vez que te sientas asustada, solo tienes que llamarme.

Valérie forzó una sonrisa de compromiso:

—Intentaré estar a la altura del señor Forest —sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Creo que nunca le gusté demasiado, pero yo le admiraba, ¿sabe?

LeVu se recostó en su sillón, entrecruzó los dedos y sus ojos se perdieron en una mirada evocadora, como si pudiera ver al fantasma de Charles Forest al fondo de la sala. Valérie se dio cuenta de que había recuperado todo su esplendor. Una vez más, volvía a ser el todopoderoso Louis LeVu.

—Era un hombre excelente —admitió—. Jamás me falló. ¿Te ha contado Adèle como sucedió?

Valérie negó con la cabeza.

—Charles alquiló un coche en Porto Velho para viajar a Río Branco, donde tenía previsto reunirse con Jean Blanch —LeVu hizo una pausa, como si le costara continuar—. Chocó de frente contra un camión cisterna que iba cargado de material inflamable, no lejos de Porto Velho. Los dos vehículos ardieron por completo, hasta tal punto que la policía tuvo que cortar la carretera durante horas a causa del incendio. El conductor del camión también murió carbonizado. Carbonnier ha hablado con la policía: todo apunta a que Charles murió en el acto. Al menos, no sufrió.

—Dios mío... —musitó Valérie, impresionada.

—Carbonnier se dirige a Porto Velho para identificar el cadáver... —LeVu compuso una mueca de disgusto—. Vaya trago que va a tener que pasar, el pobre muchacho... En cuanto cumpla ese trámite, nos ocuparemos de la repatriación del cadáver. No sé si sabrá que Charles no tenía familia —Valérie asintió, y LeVu decidió que era hora de enfocar la conversación en una dirección menos lúgubre—. Pero en

fin, Val... El espectáculo debe continuar. Voy a ponerte al día de nuestra última gestión: hoy he mantenido una entrevista con el señor Drummond, el representante del equipo de seguridad que acompañará a la expedición. Quiero que conozcas esta información antes de la reunión de mañana...

Valérie estuvo reunida con su jefe durante más de cuatro horas, en el transcurso de las cuales fue digiriendo, lentamente, el hecho de que su vida acababa de cambiar de un plumazo. Sentía en su estómago esa sensación de hormigueo que se experimenta justo antes de un examen importante, esa mezcla de incertidumbre y miedo que arroja con sus alas espinosas a las grandes responsabilidades. Su primer trabajo como sustituta de Forest no iba a ser la típica reunión de ejecutivos en una sala climatizada, con una humeante taza de café en su mano. Nada de eso. Lo que estaba en juego en su bautismo de fuego eran las vidas de Gérard LeVu y de sus compañeros, y quién sabe si también las del equipo de rescate, incluyendo a los dos periodistas españoles. ¿Quién fue el idiota que dijo que la vida de un ejecutivo carecía de emoción?

Al salir de la batcueva, Valérie se llevó consigo, junto al *dossier* de la operación «Delfín de Río», la más alta distinción que un empleado del Grupo LeVu podía recibir.

El número del teléfono rojo de Louis LeVu.

El rey ha muerto.

Larga vida a la reina.

IX

DAVID Y ROYI FUERON ACOMODADOS EN DOS ESPACIOSAS *SUITES* comunicadas entre sí por una puerta que ambos decidieron mantener abierta desde el momento en que dejaron el equipaje y efectuaron el primer reconocimiento visual de sus habitaciones. Era patente en la decoración y en la calidad de todo el mobiliario que a Louis LeVu no solo le gustaba cuidar a sus invitados, sino también impresionarlos: cada habitación contaba con un ordenador de última generación dotado de conexión a internet, impresora y scanner; en la pared, frente a una cama del tamaño de un tatami, colgaba una pantalla de plasma de cuarenta y dos pulgadas, con un sistema de sonido envolvente encastrado en la pared; cerca de la ventana, una mesa de formas elegantes, a la vez que modernas, hacía las veces de escritorio. Ambas habitaciones disponían de cuartos de baño independientes con bañera de hidromasaje, teléfono junto al inodoro y cualquier comodidad que uno pudiera imaginar. David presumió que ambas estancias eran todo lo luminosas que el cielo gris de Francia podía permitir, y esa tarde, cenicienta y lluviosa, corroboró su pensamiento.

—¿Tendrá LeVu una hija de buen ver? —se preguntó Royi, mientras inspeccionaba con curiosidad infantil hasta el último rincón del cuarto de David—. O de mal ver, incluso. No soy demasiado exigente en lo que a un potencial braguetazo se refiere...

—Que yo sepa, Gérard solo tiene dos hermanos varones —informó David—. Siento defraudarte.

—Ante una buena causa como esta, incluso podría plantearme el *mariconismo* circunstancial —reflexionó, sin dejar de husmear.

David abrió la copia del *dossier* que le había entregado Mercier. Él y Royi acordaron leerlo a la vez, en silencio, y comentar los puntos más notables sobre la marcha. David se sentó en el sillón ergonómico situado frente la mesa del PC —otra obra de arte del mobiliario de la *suite*—, y Royi se acomodó en la cama, abriendo su copia del informe.

—Cuando tú digas, empezamos.

La primera página consistía en un índice organizado que resumaba un inconfundible sabor a documento comercial. Era lógico: los que lo habían redactado estaban indudablemente más acostumbrados a las presentaciones comerciales en Power Point que a escribir relatos de aventuras. El índice estaba compuesto por varios apartados: «Primeras noticias del suceso», «Integrantes de la expedición (según notas de A. Villeneuve)», «Trascripción del diario de A. Villeneuve traducida

al español (incompleto)», «Fotocopia del original del diario de A. Villeneuve (en francés)», «Contenido de la cámara digital de Antoine Villeneuve», «Gestiones con la Policía Civil brasileña» y por último «Pasos previos a la Operación Delfín de Río». David se fue directamente a la sección que se refería a la cámara digital, para encontrar solo la siguiente nota:

«El estudio de las fotografías procedentes de la cámara de Antoine Villeneuve se realizará en el transcurso de la reunión del domingo, día ocho».

David llamó la atención a Royi sobre ese punto, señalándolo en su *dossier* con dedo acusador.

—Ya me he dado cuenta —rezongó Royi—. La primera en la frente. ¿Qué les habría costado añadir a este *dossier* unas copias de esas fotos?

David frunció la nariz.

—Esas fotos eran, precisamente, lo que más me interesaba de todo.

—Ya empezamos con las *mamonadas* —gruñó Royi, desconfiado—. Estas cosas son las que me ponen con la mosca detrás de la oreja. ¿Qué hacemos? ¿Le preguntemos a Valérie o a Jacques por qué no las han incluido?

David se planteó esa posibilidad, pero por ahora decidió dejarlo pasar:

—Mejor luego, durante la cena —consultó su reloj—. Que no se nos vaya el santo al cielo, que dentro de dos horas tenemos que bajar a cenar. Ha sido un detalle que cambien el horario de la cena al español.

—Para un día que van a cenar a la hora *correcta*... —rezongó Royi—. ¿Hacemos ya los deberes?

—Empecemos desde el principio.

El informe comenzaba explicando la forma en la que Louis LeVu se enteró de la aparición del cadáver de Antoine Villeneuve y de la desaparición de su hijo Gérard. Fue gracias a una llamada telefónica de Mercedes Rimbaud, la novia de Villeneuve, quien tenía instrucciones previas de su novio para contactar con las familias de los expedicionarios en caso de que sufrieran algún percance. Tras entrevistarse con ella personalmente, LeVu reunió a los familiares de los desaparecidos y les prometió hacerse cargo de todos los gastos que pudiera generar el rescate, a cambio de un total y absoluto silencio acerca del asunto. No debía trascender nada a los medios de comunicación.

—A veces, no entiendo esa obsesión de la gente con la prensa —comentó David—. ¿En qué puede perjudicar a LeVu que se sepa que su hijo se ha perdido en la selva?

Royi miró a su amigo con las cejas alzadas:

—¡Mucho! Si se pierde tu hijo, el mío o el de *Juan Pérez* no pasa nada, porque en el fondo somos unos pelados... pero si es el hijo de Louis LeVu, sí que pasa. En las

esferas de negocio en las que se mueve LeVu, cualquier cosa influye. ¿No has pensado en la repercusión que podría tener la noticia de la desaparición de Gérard en el ámbito bursátil? El valor de las acciones del Grupo LeVu podría caer en picado.

David sonrió, impresionado una vez más por la rápida capacidad de análisis de Royi. Parecía mentira que tras ese aspecto de niño travieso y esas maneras de guasón incontenible, se ocultara una de las cabezas mejor amuebladas que David había conocido en toda su vida.

—No había caído en eso, joder. Sigamos leyendo.

Según el *dossier*, el cadáver de Villeneuve había sido encontrado por unos pescadores en Brasil, a la orilla izquierda del río Purús, siendo su aparición notificada a la Policía Militar del distrito de Sena Madureira. En el *dossier* daban detalles de cómo el cadáver, la canoa y su contenido, habían sido trasladados primero a dicha localidad, para luego ser enviados en camión frigorífico a Río Branco. Por último, debido sobre todo a la falta de medios en el departamento forense de esa ciudad, el lote fúnebre acabó en la central de la Policía Civil de Manaus. Todo este proceso se realizó en menos de cuarenta y ocho horas. Una vez que el cadáver llegó a Manaus, la Policía Civil contactó con el cónsul francés, quien avisó personalmente a Mercedes Rimbaud, cuya dirección y teléfono aparecían en las notas de Villeneuve.

El resumen del informe forense mencionaba una herida de bala en la espalda, sin orificio de salida, que había afectado al pulmón derecho. Según el estudio, Villeneuve había permanecido con vida bastante tiempo después de recibir el disparo, probablemente días, y había muerto a causa de la infección provocada por la herida. El informe continuaba detallando los objetos que Villeneuve llevaba consigo, además de la ropa: una cartera conteniendo diversa documentación (incluyendo tarjetas de crédito, reales brasileños y dólares americanos, lo que descartaba un robo), pasaporte, una vasija de barro de fabricación artesanal con agua, unas mantas finas tejidas a mano, y unas redes de pesca enmarañadas a sus pies. También encontraron en la canoa dos cestos de caña con indicios de haber contenido pescado de forma habitual, y por último, los dos objetos más importantes: un cuadernillo de notas que había hecho las veces de diario de viaje y una cámara digital Canon Ixus 330.

—Al menos, la transcripción del diario parece bien hecha —comentó David, comparando las fotocopias del manuscrito en francés con la traducción al español—. Aquí dice que tanto el original del diario como la cámara permanecen en la central de policía de Manaus como pruebas del caso. Me pregunto cómo habrán conseguido estas copias...

Royi puso los ojos en blanco:

—¡Pues cómo va a ser, David! ¡Untando a la pasma!

Las notas de Villeneuve comenzaban listando los nombres de los cinco componentes de la expedición. Estos eran Adam Gilly (médico), Robert Perot, Roland Tieba, Gérard LeVu y, por último, el propio Antoine Villeneuve, que cumplía la función de navegante. Junto a cada nombre se podía leer dirección, teléfono de

contacto de familiares y direcciones de correo electrónico. Royi señaló el papel con el índice:

—Fíjate: bajo el nombre de Gérard aparece tu nombre y tu *email*.

—Ahora sabemos por qué me localizaron tan fácilmente. Villeneuve explicaba, a continuación, el objetivo del viaje:

«Según un antiguo documento inédito que posee Gérard, cabe la posibilidad de que Francisco de Orellana no muriera en la desembocadura del Amazonas durante su último viaje, sino que remontara un pequeño afluente desconocido del río Unu Rono bautizado por su esposa como Arroyo del Paraíso. Gérard sostiene que es más que probable que Orellana estableciera un enclave español en la selva, cuya existencia habría permanecido oculta hasta nuestros días. David Beltrán, un periodista amigo de Gérard que trabaja para la revista española Grial, descubrió hace un año, de forma accidental, un lugar cuya descripción coincide con la de la entrada al Arroyo del Paraíso. Debido a la exuberante cortina de vegetación que cubre la bóveda que forman las copas de los árboles en su entrada, Beltrán bautizó el lugar como Boca Verde. Nuestro objetivo es remontar el Arroyo del Paraíso en busca de las ruinas de ese enclave español, si es que en verdad existe...».

Tras un par de párrafos dedicados a la descripción del lugar, el diario reveló algo que llegó al corazón de David:

«Gérard ha puesto una condición innegociable: si encontrásemos algo de valor histórico más allá de Boca Verde, lo mantendremos en absoluto secreto. Gérard desea que los créditos del descubrimiento recaigan sobre David Beltrán, que es quien le proporcionó la clave de esta búsqueda. Nosotros nos limitaremos a facilitarle material suficiente para que su revista se plantee investigar la zona y hacer así público el hallazgo, en caso de que encontremos algo de interés...».

Royi apreció cómo David se quedaba atónito mientras releía aquel párrafo una y otra vez:

—Tu amigo Gérard quiso hacerte un regalo muy especial, colega.

—No me lo puedo creer —David sintió un nudo en la garganta—. Gérard se embarcó en esta expedición para ponerme en bandeja la publicación del descubrimiento. Le comenté en más de una ocasión que, probablemente, Grial no financiaría nunca nuestro regreso a Boca Verde. ¿Qué podíamos ofrecerle a Andrade, aparte de un paisaje bonito? Seamos realistas, Royi: sin Gérard de por medio, Boca Verde habría quedado archivado en un cajón.

—Está claro... —corroboró Royi.

David releyó el párrafo una vez más y luego levantó la vista con expresión apesadumbrada:

—Ahora, más que nunca, quiero sacarlos de allí, Royi —se mordió levemente el labio inferior, y Royi supo que estaba profundamente afectado—. Tenemos que traerles de vuelta. Se lo debo.

—No lo dudes ni un momento —le reconfortó Royi, poniéndole la mano en el hombro—. Sigamos.

El documento continuaba narrando anécdotas irrelevantes del viaje, que les llevó desde París a Río de Janeiro, São Paulo, Porto Velho y, finalmente, a Sena Madureira. En el relato no había nada importante que destacar, a no ser alguna que otra borrachera en São Paulo y unas diarreas camino de Porto Velho que a Royi le parecieron muy divertidas. El diario proseguía con un viaje en todo terreno hasta un pequeño poblado en el margen derecho del Purús:

«Desde Sena Madureira hemos tomado un sendero que nos ha llevado hasta Yacaril, donde tenemos apalabrada una lancha de bajo calado que nos permitirá navegar por las aguas del Unu Rono. Llevamos un motor fueraborda que esperamos poder adaptar a la popa de la embarcación...».

—¿Has oído hablar alguna vez de Yacaril? —preguntó Royi a David.

En lugar de contestarle, David seleccionó un navegador de internet e introdujo la palabra en la ventana de búsqueda. Cero resultados. Lo intentó con otro buscador, también sin éxito. Al probar el cuarto motor de búsqueda, se dio por vencido:

—Solo he encontrado yacaré, que ya sabemos lo que es, y Yacarí, que es un apellido. Nada de Yacaril. Vamos al lío...

«La carretera, si es que podemos llamarla así, es infernal. El agua de lluvia ha horadado surcos tan profundos que hacen que nuestro jeep brinque constantemente en el barro seco que forma la pista. Si sumamos a esos saltos el calor sofocante, las nubes de mosquitos, y el hedor a vegetación en descomposición y a agua estancada, no puedo decir más que el trayecto ha sido vomitivo. Aún siento nauseas mientras escribo esto, y eso que ya estoy en la aldea y tengo una cerveza fría en la mano. Nos ha costado seis horas de tortura llegar a Yacaril. Nuestro contacto en el poblado nos ha recibido amablemente, y nos ha alojado en unos bungalows hechos de caña, mientras los mecánicos locales adaptan el fueraborda a nuestro barco. Acerca del barco, me parece que nos han cobrado el triple de lo que vale, pero es el único lugar donde hemos podido comprar uno sin que nos hagan preguntas. Estos indios se limitan a aceptar el

dinero y a sonreír de oreja a oreja. La lancha tiene cinco metros de eslora, está construida en madera y parece sólida. Su diseño no ganaría un concurso, pero yo, como navegante, la veo funcional y adecuada para el viaje...».

El diario continuaba describiendo la lancha y haciendo referencia a las advertencias de los nativos acerca de los posibles peligros que podrían encontrar durante la travesía. Les habían recomendado navegar alejados de la orilla y no hacer caso a señales desde tierra, por si acaso. Por fin, Villeneuve comenzaba a narrar el viaje, denominando al día siguiente como *día uno*, y así sucesivamente. Al final de cada jornada, o aprovechando descansos en la travesía, Villeneuve se tomaba un tiempo para escribir su cuaderno de bitácora.

Del día uno al día tres, solamente cabía destacar la lluvia continua y la amable inspección de la policía fluvial brasileña, que tras comprobar sus pasaportes les informó que la siguiente patrulla con la que se topaban sería ya peruana: se acercaban a la frontera.

—Tardaron tres días desde Yacaril a la frontera —comentó David—. Esto nos puede dar una idea de dónde se encuentra ese poblado.

Royi se encogió de hombros y expelió un bufido cargado de irritación:

—O Villeneuve era un pésimo narrador, o este viaje ostenta el record Guinness de aburrimiento.

David dio la razón a Royi y se sumergió de nuevo en la lectura del diario. Al sexto día, la expedición llegó a la desembocadura del Unu Rono en el Purús, comenzando su viaje a través del afluente. El documento siguió con su monotonía habitual hasta el *día ocho*:

«Hoy, Adam Gilly y yo hemos cometido dos errores: el suyo ha sido empeñarse en pilotar el barco durante un trecho para matar el aburrimiento... el mío ha sido permitirselo. Adam no supo esquivar la roca que nos esperaba casi a ras del agua delante de nuestra proa. El casco se ha roto como si estuviera hecho de madera de balsa. Hemos salvado lo que nos ha dado tiempo antes de que la embarcación se hundiera definitivamente en el Unu Rono. Por fortuna, no navegábamos lejos de la orilla y hemos podido empujar los bultos que flotaban hasta tierra. La radio está inservible y mucha comida se ha estropeado, pero al menos hemos salvado una parte del equipaje que en estos momentos se seca al sol. Adam está más destrozado que el casco de nuestra nave, y por mucho que intento convencerle de que fue un accidente y de que me podía haber pasado a mí, él se culpa de lo sucedido. Enseguida ha surgido el debate acerca de si debemos abandonar o continuar.

Tras estudiar el empapado mapa de la zona, que está extendido en el suelo, Gérard calcula que Boca Verde no debe quedar demasiado lejos de donde estamos. Opina que sería una pena abandonar ahora que estamos tan cerca. El nuevo plan consiste en llegar a Boca Verde y explorar el Arroyo del Paraíso hasta donde buenamente podamos. Después, iremos río arriba hasta San Julián, donde buscaremos la manera de volver a casa. Si lo que buscábamos era una aventura de verdad, el destino nos la ha servido en bandeja y con toda la guarnición. A pesar de estar nerviosos y tensos por el percance sufrido, decidimos continuar. Somos los mejores.

Ya hemos seleccionado qué parte del equipaje llevaremos con nosotros y qué dejaremos aquí, muy probablemente para no volverlo a ver nunca más. Hemos decidido ocultar los bultos en la selva, fuera del alcance de ojos extraños: quizá las continuas advertencias sobre narcotraficantes y bandidos nos han vuelto paranoicos...».

—Yo habría hecho igual —aprobó Royi—. En esos lugares no hay que dejar rastro de tu presencia: para una banda de delincuentes, las provisiones que llevas encima significan semanas de supervivencia. Eso te convierte en una presa de lo más apetecible.

«Hemos distribuido lo que va a llevar cada uno de nosotros. Vamos más cargados de lo que nos gustaría, y la marcha será lenta y cansina. Perot, que es aficionado a la pesca y tiene un kit, asegura que comeremos pescado fresco a diario. Él y Gérard son los que mejor lo llevan: se toman la caminata como una fiesta y charlan todo el rato. Tieba encabeza la fila, mirando a un lado y a otro sin cesar, como si temiera alguna amenaza oculta en la espesura. Me recuerda a esos sargentos de las películas de Vietnam, machete en mano y siempre alerta.

Se ha hecho de noche, y hemos levantado un campamento al abrigo de unos árboles, a unos cincuenta metros del agua. Es curioso cómo el ser humano se adapta a cualquier vicisitud. La tensión de esta mañana ha dado paso a un nuevo ánimo, y nos sentimos mucho más relajados y optimistas. De hecho, voy a reunirme con mis compañeros. Ya basta de escribir por hoy...».

El noveno día transcurrió sin pena ni gloria, en un continuo avanzar por la orilla sin mayores complicaciones que algunas zonas donde tuvieron que abrirse paso a machetazos. Hasta ahora, no se habían topado ni con bestias ni con hombres. En cambio, el *día diez* sí que les deparó algunas sorpresas:

«Alrededor de las siete de la tarde, la jornada nos dio el regalo que más ansiábamos. Tieba ha sido el primero en darse cuenta de que a unos doscientos metros delante de nosotros se vislumbraba la silueta de algo que podía ser una piedra grande. Inconscientemente, y llevados por la excitación y el entusiasmo, echamos a correr hasta llegar a la roca que David Beltrán bautizó como Roca del Toro...».

—¡La Roca del Toro! —leyó Royi en voz alta.

—¡Shhh! Sigamos leyendo.

«... Ahora entendemos por qué este lugar ha pasado desapercibido durante tanto tiempo: desde el agua, Boca Verde parece un muro de vegetación tan impenetrable como el resto de la selva que amuralla las orillas del río, como si la entrada al arroyo hubiera sido camuflada por Dios. Es cuando apartas con tus manos el verdor que desciende desde los cielos y cruzas al otro lado cuando comprendes por qué llamaron a este lugar Arroyo del Paraíso. Una corriente de aguas cristalinas se pierde susurrante en la selva, reflejando en mil destellos los rayos del sol de la tarde que atraviesan las copas de los árboles con la misma magia con la que la luz atraviesa los rosetones multicolores de una catedral. Ambas orillas del riachuelo están cubiertas de una vegetación totalmente distinta a la que hemos podido ver hasta ahora, seguramente por haber estado expuesta durante milenios a la extraña iluminación de este lugar. Como bien dice Gérard, entran ganas de seguir el arroyo y ver adónde nos lleva. Una versión selvática de la senda amarilla del Mago de Oz. De todos modos, decidimos controlar nuestro entusiasmo y acampar aquí hasta mañana.

Día once: Es la primera vez que tengo la oportunidad de escribir en muchas horas. Ahora mismo son las diez de la mañana, y me encuentro alojado en una choza, en un poblado ubicado en mitad de la selva, más allá de Boca Verde. Anoche, Perot fue mordido por un animal en el pie. Adam Gilly, nuestro médico, le administró la antitetánica, aunque no pudo identificar qué fue lo que le mordió. Para nuestra sorpresa, quizá atraídos por los quejidos de nuestro amigo, aparecieron en el campamento varios indios. Nos llevamos un susto de muerte, pero nos tranquilizaron y se interesaron por Perot. Adam no se opuso a que uno de los nativos le aplicara un emplaste de hierbas, ya que seguramente ellos conocen mejores remedios contra mordeduras de animales que él. Los nativos nos invitaron a acompañarles a su aldea y, a pesar de ser de noche, levantamos el

campamento y fuimos con ellos. El trayecto fue penoso por la cojera de Perot, pero acabamos llegando a su poblado alrededor de las dos de la madrugada.

Esta aldea es muy diferente de lo que uno podría imaginar en el corazón de la selva, y sus habitantes también. El poblado está formado por casas de adobe y madera que forman calles simétricas, en un esquema urbanístico bien estructurado, rodeado por una empalizada defensiva que recuerda en cierto modo a los fuertes de los wésterns. Sus habitantes también distan mucho de esa idea de indio con taparrabos y hueso atravesado en la nariz que nos viene a la cabeza cuando hablamos de tribus amazónicas. Estos van vestidos, tienen unos rasgos más occidentales que la mayoría de los indígenas que nos hemos encontrado a lo largo de nuestro viaje, y nos tratan con unos modales exquisitos. Nos han alojado en una choza, y a Perot y a Gilly se los han llevado a una especie de hospital...».

—Una empalizada en la selva —murmuró Royi—. Eso no es propio de una tribu amazónica. ¿Podrían haber construido ese poblado dentro de una antigua fortificación española?

—Podría ser —respondió David, que empezó a sentir en sus tripas el hormigueo de la excitación.

«Gilly ha regresado de lo que llamamos el hospital. Perot ha sido tratado por un médico local que responde al nombre de Pedro, y ahora duerme. Se nos permite circular libremente por la aldea, aunque nos inquieta que hayan cerrado las puertas de la empalizada a nuestras espaldas. Eso nos hace sentir, en cierto modo, prisioneros. Los habitantes de la aldea, sin embargo, nos tratan como a invitados. Nos observan con amabilidad y, sobre todo, con mucha curiosidad. Les encanta mi cámara digital: cuando les hago fotos y se las muestro en pantalla, se ríen a carcajadas en cuanto se reconocen en ella.

También hemos descubierto que en el interior del recinto hay una segunda empalizada. Esta permanece permanentemente cerrada, y el acceso a ella no nos está permitido. La muralla, aunque no tan larga como la otra, es mucho más alta, y parece encastrada en un amasijo de vegetación y roca que la hace inexpugnable. Me pregunto qué habrá detrás...».

—Dos empalizadas —murmuró Royi—. ¿Para proteger qué?

—No lo sé, pero probablemente sean muy antiguas. Puede que detrás de esa muralla se alcen las ruinas de la *ciudad perdida* de Orellana.

«Esta tarde hemos visitado a Perot en el hospital, y hemos comprobado que su pie tiene mejor aspecto. Tanto Pedro, el curandero local, como Gilly, aseguran que se recuperará muy pronto...».

Las notas de Villeneuve continuaban describiendo el resto de la jornada sin aportar nada interesante. De repente, los periodistas se encontraron con un apunte hecho a bolígrafo por el transcriptor del diario: FALTAN VARIAS PÁGINAS EN EL DOCUMENTO ORIGINAL.

—Joder —gruñó Royi, cotejando una y otra vez su copia del documento en francés con la traducción—. ¡Se han perdido varios días del diario!

El último trozo de página que había sobrevivido a la jungla dejaba un mensaje inquietante:

«No puedo más. Sé que moriré muy pronto. El dolor es insoportable, pero debo dejar instrucciones de lo que hay que hacer por si alguien lee esto. Mis compañeros están vivos, pero no les dejan salir de la aldea. Yo he cometido una estupidez que he pagado con la vida. A quien encuentre este diario: contacte con Mercedes Rimbaud, mi prometida, a quien adoro con toda mi alma y cuyo recuerdo me acompaña en mis últimos momentos. Sus datos aparecen al principio del diario, junto con los de David Beltrán, de la revista española Grial. Avísenlo a él también: es el auténtico descubridor de Boca Verde y el más adecuado para conducir un equipo de rescate hasta mis amigos. Lamento mucho lo que hice, y pido a Dios que me perdone y que permita que el resto de mis compañeros vuelva a casa. Para mí, ya no queda esperanza».

No había más texto. El diario terminaba ahí. David y Royi se miraron durante un buen rato, sin hablar.

—¿Pero qué fue lo que hizo este hombre? —se preguntó por fin Royi, sin esperar realmente una respuesta.

—Seguro que la solución a ese enigma está en las páginas que faltan.

—Aquí hay más de un enigma sin resolver —dijo Royi, meneando su copia del *dossier*—. Hay algo que sí tengo claro: Villeneuve cometió un error que le llevó a morir lejos de la aldea, a bordo de una canoa a la deriva. La cuestión es... ¿qué coño hizo? ¿Y por qué los nativos no dejan a los demás que se vayan?

—Leamos lo que queda del *dossier* —propuso David, con la esperanza de encontrar alguna pista que vertiera algo más de luz sobre la historia.

El resto del informe enumeraba, sin entrar en demasiados detalles —detalles que indudablemente mencionarían sobornos e irregularidades—, las gestiones realizadas por Charles Forest con las autoridades brasileñas. Por lo que se desprendía de su

lectura, fue el propio Forest quien copió el material confidencial y quien hizo las anotaciones del diario.

—¿No es este Forest el tipo que ha muerto hoy? —preguntó David.

—El mismo.

Seguidamente, procedieron a leer los pasos previos de la operación «Delfín de Río», que no era más que un vago adelanto de una reunión que tendría lugar al día siguiente con el resto de participantes de la expedición de rescate. Justo cuando estaban terminando de leer los últimos folios, el teléfono de la habitación rompió el silencio de la noche. David consultó el reloj del ordenador y vio que eran las diez y media pasadas. Al otro lado de la línea, la voz de Valérie entonó una disculpa:

—Perdonen la demora, pero hemos tenido una tarde horrible —la joven sonaba cansada—. Hemos tenido que reorganizarlo todo a causa de la muerte de Charles Forest. Él iba a estar al mando de las operaciones en Brasil, así que imagínense...

—No se preocupe —la disculpó David—. Ya sabe que los españoles cenamos a estas horas. Incluso nos ha venido bien la tardanza: hemos tenido tiempo de leernos el *dossier* de arriba a abajo.

—Perfecto. La cena está lista y el señor LeVu les espera. Les veo en el vestíbulo.

—Bajamos en dos minutos —prometió David.

Royi ya se había levantado y esperaba a su amigo en la puerta:

—Bien —comenzó a decir—. Vamos a compartir mesa con uno de los hombres más poderosos del planeta, así que nada de eructar, nada de hacer ruido al sorber la sopa y, por supuesto, nada de limpiarse los mocos con la servilleta ¿está claro?

—Espero que sirvan algo con una buena salsa —dijo David—. ¿Los franceses hacen barquitos?

Royi le miró, condescendiente:

—Mi madre dice que si pinchas el pan con el tenedor queda más fino.

—¡No sabe igual que mojando el pan cogido con los dedos! —protestó David.

—Bueno, vamos allá y que no se den cuenta de que somos unos impresentables nada más llegar —Royi cedió el paso a David con una amanerada reverencia—. *Monsieur, s'il vous plait...*

Se dirigieron a la escalera principal. Abajo encontraron a Valérie, vestida con la misma ropa que traía desde España y con aspecto de haber corrido una maratón.

X

LOUIS LEVU ESPERABA A LOS PERIODISTAS DE PIE, junto a la mesa. Estos entraron en el gigantesco comedor acompañados por Valérie y Mercier. El empresario avanzó hacia ellos con la mano extendida y una amplia sonrisa, y Valérie sintió alivio al ver que volvía a tener el mismo aspecto de siempre. LeVu habló en un correctísimo español, teñido por un leve deje sudamericano:

—Antes de poder presentarles personalmente mis disculpas por no haber podido ir a recibirles al aeropuerto, quiero manifestarles mi más sincero agradecimiento por haber accedido a embarcarse en esta expedición de rescate. Nunca podré agradecerse bastante —reiteró LeVu, mirando fijamente a David a la vez que le estrechaba la mano—. Usted debe ser el señor Beltrán.

—Así es. Todo un placer conocerle, señor.

LeVu volvió sus ojos hacia Royi y también estrechó su mano con fuerza.

—Y usted es el genio de la imagen, Rogelio Durán —adivinó.

—Sí, señor, pero llámeme Royi —dijo, como era de esperar—. Todo el mundo lo hace.

LeVu les estudió de pies a cabeza, sin dejar de sonreír:

—Quiero que sepan que he visto sus trabajos en Grial y me parecen soberbios. Mis felicitaciones. ¿Les apetece una copa de vino? —les ofreció, conduciendo al grupo hasta la mesa—. Es una buena cosecha, confío en que les guste.

El comedor era una estancia grande, con tres balcones cubiertos por cortinas de terciopelo que daban al inmenso jardín delantero. Al fondo, rodeada por unos sillones de cuero y una mesa baja con ceniceros de porcelana, había una chimenea que en esos momentos estaba apagada. En el centro de la sala una mesa larga, rodeada por sillas a juego y cubierta por un mantel blanco, presidía la habitación. Sobre esta, en exposición, reposaban la vajilla y las copas de Bohemia. David observó que en un extremo de la habitación había, casi mimetizada con el resto de la decoración, una puerta doble con un par de ojos de buey que indudablemente daba a la cocina. El escenario era propio de una película antigua de aristócratas ingleses en las que un impecable David Niven utiliza una campanilla para convocar a un estirado mayordomo.

LeVu resultó ser un hombre bastante más sencillo de lo que los periodistas habían supuesto. Tras proponer un brindis por el éxito de la expedición, pasó a comentar con los reporteros detalles de sus trabajos en Grial, demostrándoles que era verdad que los había visionado. Como había previsto David, las puertas con ojos de buey se abrieron de par en par y dos sirvientes uniformados hicieron su entrada: un hombre

portando una bandeja y una mujer arrastrando una camarera cargada hasta los topes. Jacques Mercier, que no se estaba mostrando excesivamente locuaz, fue quien asignó los asientos, disponiendo a ambos periodistas al lado de LeVu, Valérie junto a Royi y el propio Mercier al lado de David. Mientras servían la cena, el periodista observó que Valérie no había tocado su copa de vino. Su aspecto era el de alguien que ha subido dos bombonas de butano a la azotea del Empire State por las escaleras.

LeVu llevó la voz cantante de la conversación durante toda la cena. Se interesó, sobre todo, por el trabajo de los periodistas, y estos se mostraron generosos saciando su curiosidad. Valérie y Mercier les escuchaban con educada atención, sin poder disimular que estaban deseando que la cena terminara para irse a descansar. Por fin, LeVu mencionó Boca Verde, y David y Royi le contaron cómo habían descubierto su entrada. El empresario también se había sentido cautivado por la belleza del lugar:

—Es, simplemente, impresionante —reconoció—. Tenemos varias fotografías sacadas por Villeneuve; podrán verlas mañana, durante la reunión. Para su tranquilidad, solo ha tenido acceso a ellas personal de máxima confianza. La confidencialidad está garantizada por contrato.

—Nos extrañó no ver las fotografías en el *dossier* —le comentó Royi, como de pasada—. ¿Hay alguna razón por la que no las han adjuntado?

Mercier intervino, secándose la comisura de los labios con la servilleta:

—Teníamos previsto incluirlas —explicó—, pero tratándose sobre todo de planos generales, nos dimos cuenta de que al imprimirlas en papel, por mucha calidad que aplicáramos, perdían muchísimo detalle, así que decidimos presentarlas mañana en una pantalla de alta resolución.

A pesar de que la explicación de Mercier era razonable, Royi se resistió a esperar al día siguiente para saber más:

—¿Podrían adelantarnos qué es lo que aparece en las fotos? —tras formular la pregunta a Mercier, se dirigió a LeVu—. Ya sé que las veremos mañana, pero me gustaría que nos avanzaran algo —le guiñó un ojo—. Además de cámara y fotógrafo, también soy periodista, y eso conlleva ser cotilla como una vieja.

—¿Podemos ofrecerles algún adelanto a nuestros amigos, Jacques? —le preguntó LeVu a Mercier.

—Por supuesto —concedió Mercier, como si realmente LeVu necesitara su permiso—. Hay una serie de fotografías urbanas que suponemos fueron hechas en Río de Janeiro, São Paulo o alguna otra ciudad de Brasil, antes de que la expedición se internara en el río. Hemos localizado un par de ellas en lo que debe ser Yacaril, ya que aparece la lancha y unos indios subidos a ella, probablemente los mecánicos que se mencionan en el diario. Luego hay fotografías de la selva hechas desde el barco, otras de los chicos acampados y unas cuantas de lo que con toda seguridad es Boca Verde y el Arroyo del Paraíso, que son las que antes mencionó el señor LeVu. Pero las más importantes, a nuestro entender, son dos fotografías hechas en la aldea donde, en teoría, se encuentran ahora mismo: en la primera, están sentados en lo que

creemos es el hospital. Junto a ellos hay alguien que suponemos es el médico indígena que se menciona en el *dossier*. La segunda está hecha en una calle del poblado, donde posan junto a un grupo de nativos, todos muy sonrientes.

—Esa fotografía es la que nos da más esperanzas —intervino Valérie, más por inyectar otra dosis de ánimo a LeVu que por ampliar la explicación de Mercier—. De ella se desprende que, al menos, cuando se hizo la foto, Gérard y sus compañeros se llevaban bien con los nativos. Todos aparecen en ella, menos Villeneuve. Suponemos que fue él quien la hizo.

—No quiero sonar agorero —comenzó a decir David—, pero no podemos olvidar que Villeneuve recibió un tiro en la espalda, probablemente procedente del arma de uno de esos nativos. ¿Hay alguna teoría al respecto?

Mercier volvió a tomar la palabra:

—Según el diario, Villeneuve cometió una estupidez de la que se arrepiente en las últimas páginas. Por desgracia, faltan algunas y no podemos tener certeza de qué fue lo que realmente hizo. Si tenemos en cuenta que la canoa en la que apareció iba cargada de aperos de pesca y objetos de fabricación indígena, podemos afirmar que Villeneuve no preparó la embarcación para emprender el viaje en busca de ayuda: no llevaba saco de dormir, no llevaba cerillas ni encendedor para hacer fuego, no llevaba comida... Eso nos lleva a pensar que, tal vez, Villeneuve robó la canoa para escapar.

—También es posible que fuera sorprendido por narcotraficantes o guerrilleros durante su huida... —comentó Valérie.

—Yo descartaría esa teoría —dijo Royi—. Los narcos y guerrilleros se surten de armas en el mercado negro, y este se basa sobre todo en fusiles de asalto de fabricación estadounidense de calibre 5,56 o soviéticos de 5,45 o 7,62. Cuando hablamos de armas automáticas de menor tamaño suelen ser de fabricación alemana o israelí, de 9 milímetros *parabellum*. Todas estas armas utilizan munición blindada. Esto significa que la bala de plomo va recubierta de metal, lo que facilita su penetración en el objetivo. Si hubieran disparado a Villeneuve con una de estas armas, el proyectil habría salido por su pecho, es decir, la herida tendría orificio de salida.

LeVu y el resto de la mesa escuchaba con interés la explicación de Royi. Este, viendo que había logrado captar su interés, prosiguió con su hipótesis:

—Villeneuve permanece vivo durante días, lo que me lleva a pensar que la bala no penetró demasiado en su espalda. De hecho, en la transcripción del informe forense se afirma que la causa de la muerte se debió a la infección, no al propio balazo. Probablemente, se trate de un proyectil de calibre más grueso de lo normal, fabricado de plomo maleable y sin blindaje, disparado por una escopeta o, tal vez, incluso por un arma de fabricación casera con poco poder de penetración —hizo una pausa antes de llegar a su conclusión—. A Villeneuve no lo mataron con un arma de guerra convencional.

—Excelente deducción —aplaudió LeVu, admirado.

David intervino:

—El tipo de arma con el que dispararon a Villeneuve no tiene tanta importancia como el hecho de que, probablemente, fueran los mismos indios que aparecen en las fotos quienes lo hicieran. Para nuestra tranquilidad, han demostrado que actúan de forma civilizada: ayudan a un herido, permiten a los forasteros circular libremente por su aldea y los tratan correctamente. Es evidente que no se trata de una tribu hostil. Según sus propias palabras, Villeneuve cometió *una estupidez*: puede que robara algo, agrediera a alguien... eso no podemos saberlo. De todos modos, no me encaja que castiguen a los demás si no tuvieron nada que ver en el incidente.

Valérie, que seguía sin tocar el vino y apenas había probado bocado, tomó la palabra:

—Hay algo que no paro de preguntarme. ¿Por qué no les dejan salir de la aldea? ¿No sería más lógico que, una vez curado Perot, les dejaran marchar?

—No es nada frecuente, pero algunas tribus muestran ese comportamiento —explicó David—. Si un extraño pisa su poblado, pasa a formar parte de la tribu, para garantizar la seguridad de su emplazamiento o por alguna extraña tradición ancestral. Acaban siendo huéspedes forzosos.

—Eso quiere decir que tal vez encontremos resistencia por parte de los indios —apuntó LeVu.

—No necesariamente —David esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Tengo experiencia en tratar con tribus amazónicas, conozco sus lenguas y sus costumbres, sé cómo aproximarme a ellos de forma pacífica y confío en poder sacar a Gérard y a sus amigos de allí sin mayores complicaciones y, sobre todo, sin violencia —guardó silencio durante unos instantes—. Pero de todas formas, tenemos que ir preparados por si las cosas no van bien del todo.

La conversación se detuvo durante unos instantes cuando los sirvientes regresaron para retirar los platos y preguntar a los comensales si deseaban postre y café. Todo el mundo coincidió en ir directamente al café, así que LeVu propuso tomarlo junto a la chimenea. Una vez acomodados en los sillones, fue él mismo quien lo sirvió:

—Si desean tomar una copa después del café solo tienen que decírmelo —ofreció, atrayendo hacia sí un carrito con ruedas cargado de botellas con todo tipo de licores. El café resultó ser delicioso. Tras unos sorbos, David se atrevió a plantear una de las preguntas más delicadas de su arsenal.

—Señor LeVu, comprenderé si no me responde a lo que voy a preguntarle, pero...

—Estamos en el mismo barco, señor Beltrán —le interrumpió—, así que hágalo sin miedo.

—Normalmente, nadie tendría acceso a pruebas como las que obran en nuestro poder. Me refiero a la copia del diario, las fotos, el informe forense...

LeVu volvió a interrumpirle:

—El Grupo LeVu mantiene acuerdos comerciales muy jugosos con los gobiernos de muchos países, entre ellos Brasil. Cuando nos avisaron de que Villeneuve llevaba consigo noticias sobre el paradero de mi hijo, negociamos un permiso para organizar una operación de rescate desde Brasil...

—¿Por qué no desde Perú? —preguntó Royi—. De hecho, nosotros llegamos a Boca Verde descendiendo el Unu Rono desde San Julián. El trayecto es muchísimo más corto desde allí.

LeVu sonrió con amargura:

—Lo mismo que le digo que nuestras relaciones con Brasil son óptimas, le diré (y le ruego que sea discreto con lo que va a oír ahora) que nuestras relaciones con Perú son pésimas desde tiempos de Alberto Fujimori. Permítame que no entre en detalles, pero podemos decir que nos largamos de allí dando un portazo.

—Entiendo —dijo Royi.

LeVu continuó respondiendo la pregunta de David:

—En cuanto dispusimos del permiso para poder organizar el rescate desde Brasil, quisimos hacernos con todo el material relativo al caso. No sé si sabrán que hoy hemos sufrido la pérdida de Charles Forest —David y Royi asintieron y musitaron un mecánico pésame—. Gracias a él, disponemos de todo el material que aparece en el *dossier*. Antes de que lo insinúen: sí, ha habido dinero a cambio de esa información —sonrió de medio lado—. Alguien en la policía de Manaus permitió a Charles acceder al diario y a la cámara, pero solo para su visualización, ya que eran pruebas policiales y no podían salir de la comisaría bajo ningún concepto. Charles se las ingenió para fotografiar las páginas que se salvaron del diario original y para pasar las fotos del ordenador de la policía a un reproductor MP3 que llevaba en el bolsillo.

—Un hombre con recursos —intervino Royi—. Ni James Bond, vamos...

—Charles también tuvo acceso al informe forense. Lo malo fue que tuvo que hacer las transcripciones a toda prisa, de ahí la imprecisión de muchos datos —LeVu suspiró—. Charles los tenía bien puestos. El *dossier* que ustedes han leído es la suma de todo lo que pudo recopilar.

Terminaron el café, y LeVu se levantó para servirles una copa. Valérie y Mercier la rechazaron cortésmente, pero los periodistas, más descansados que ellos, la aceptaron de buena gana. LeVu les recomendó un *brandy* muy especial que reposaba dentro de una botella con una etiqueta negra, y aunque no era su tipo de bebida preferida, decidieron catarlo. No tenían previsto beber mucho, así que aprovecharon para probar aquel licor que, probablemente, nunca más tendrían ocasión de saborear. El aroma y el color del *brandy* eran irresistibles. Al primer sorbo, Royi decidió que no volvería a beber otra cosa en su vida, ignorando, claro está, que cada botella costaba en el mercado alrededor de setecientos euros. Cuando se enteró del precio, lamió hasta la última gota.

—Conde de Garvey —recitó LeVu, haciendo girar la copa en su mano—. Para mí y para muchos, el mejor *brandy* del mundo. ¡Y es español, como ustedes! —añadió,

con un guiño.

La reunión alrededor de la inactiva chimenea se prolongó hasta pasadas las dos. LeVu fue el primero en retirarse, invitando a sus huéspedes a que permanecieran en el comedor todo el tiempo que desearan. Valérie fue la siguiente en marcharse, no sin antes recordarles que la reunión estaba prevista a las diez de la mañana.

—Yo también me voy a la cama —anunció Mercier, levantándose del sillón—. Hoy ha sido un día agotador, y mañana nos espera una jornada repleta de trabajo. Hasta mañana, caballeros.

David y Royi se quedaron solos. Una vez vacías sus copas, decidieron que ya no pintaban nada allí. El silencio que reinaba en la mansión a aquella hora era sepulcral.

—¿Nos llevamos al Conde a la habitación? —propuso Royi, con sus ojos clavados en la botella.

—¡Ni se te ocurra!

David le sacó del comedor a rastras y le empujó hasta la escalera que conducía a sus aposentos. Una vez dentro de la habitación, encendió el ordenador que había sobre la mesa:

—Voy a revisar el correo. No lo hago desde el viernes.

—Muy bien —aprobó Royi, cotilleando descaradamente por encima de su hombro—. ¿Hay algo de Grial, o solo publicidad de Viagra?

—Ahora veremos. Se está descargando.

David recibió solo dos mensajes nuevos. El primero de la lista, propaganda de colchones, fue borrado sin contemplaciones. Sin embargo, la dirección del segundo le llamó la atención: fermintirado@interacre.com.br.

—¡Coño, que casualidad! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—El final de los *emails* brasileños es *br*, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo un mensaje de Brasil.

David dio doble clic sobre el encabezamiento, que decía simplemente: «A la atención del señor David Beltrán». El texto estaba escrito en español:

«Estimado Señor Beltrán:

Mi nombre es Fermín Tirado. Soy el sacerdote encargado de una misión que colabora con Médicos Sin Fronteras cerca de Sena Madureira, en Acre, Brasil. El motivo de este correo es informarle que soy una de las personas que descubrió el cadáver de un joven europeo en una canoa a la deriva, en el río Purús. Es muy probable que ya esté enterado de este suceso, ya que en un diario que portaba el joven a la hora de su muerte se facilitaban instrucciones para contactar con usted.

No puedo avanzarle nada ahora, pero creo que tengo algo que podría ser de su interés. Le ruego me llame el lunes al teléfono 11 68 4564 5695 a las diez de la noche hora española (nuestra diferencia horaria actualmente es de siete horas).

Pregunte por Fermín Tirado. Estaré esperando su llamada.

Le ruego encarecidamente que no mencione este correo a nadie.

Atentos saludos,

Fermín Tirado

Sena Madureira, Brasil».

Los periodistas se quedaron boquiabiertos.

—¡Busca el nombre en internet! —sugirió Royi con vehemencia, aunque David ya se había anticipado e introducía los datos del presunto sacerdote en el buscador. Enseguida aparecieron varios resultados, entre ellos algunos satisfactorios, procedentes de versiones online de revistas religiosas, en las que se mencionaba la misión de Fermín Tirado y su labor en Sena Madureira. David y Royi leyeron durante un rato algunos artículos donde aparecía el nombre del sacerdote.

—El *email* es auténtico, y el cura también —dijo David—. ¿Qué diablos tendrá que decirnos?

—Por lo pronto, nos pide que seamos discretos, así que cerremos el pico hasta que hablemos con él mañana. Porque vas a llamarle, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —confirmó David—. ¡Joder, con el fin de fiesta! ¿Y ahora, quien duerme?

Royi se rascó la barbilla, pensando en una solución al problema del insomnio:

—Yo creo que si nos tomáramos otra copita de ese *brandy*, el sueño vendría más fácilmente...

A pesar de que no era mala idea, no se atrevieron a bajar de nuevo al comedor, pero sí que especularon durante un buen rato sobre el *email*. Por fin, el sueño acabó haciendo presa en ellos, y David y Royi durmieron de un tirón hasta la mañana siguiente.

XI

VALÉRIE TOCÓ DIANA A LAS OCHO Y MEDIA DE LA MAÑANA, llamando a los periodistas por la línea interior de la mansión. Cinco minutos después, dejaron en la puerta de la habitación de David un carrito de madera con un desayuno compuesto de café, té, leche, zumo de naranja natural, una cubitera conteniendo hielo, pan recién hecho, algunas piezas de bollería y un canasto de fruta.

—¡Ni en un hotel de cinco estrellas! —comentó entusiasmado Royi, untando mantequilla en la rebanada de pan que acababa de escoger de una cesta de mimbre.

Tras desayunar y tomar una ducha, bajaron con intención de hacer tiempo en el jardín hasta las diez. Un poco de aire libre les vendría bien. Un guardia de seguridad les interceptó educadamente en el recibidor y les entregó dos tarjetas de banda magnética y dos cartulinas plastificadas; estas últimas estaban dotadas de una pinza de metal y llevaban escritas la palabra *visitor*.

—Les ruego lleven estas tarjetas a la vista en todo momento —aunque habló en francés, lo hizo lo bastante despacio para que los periodistas le entendieran—. Así evitarán que los vigilantes les paren cada vez que les vean. Las tarjetas magnéticas les permitirán entrar y salir de las zonas restringidas. Que pasen un buen día —se despidió.

Afuera, el tiempo había mejorado respecto al día anterior y, aunque nublado, no parecía que fuera a llover. Los periodistas decidieron dar un paseo para admirar la mansión y sus jardines. Aquí y allá encontraron jardineros trabajando en la magnífica flora que rodeaba la estructura. Mientras paseaban, David llamó la atención a Royi sobre un punto importante del que todavía no habían hablado:

—Aún no hemos discutido con LeVu de lo que podremos filmar y lo que no. Tenemos entre manos dos posibles reportajes: uno el rescate en sí, y otro lo que pueda haber más allá de Boca Verde. Deberíamos pensar cómo vamos a plantearnos el documental —el periodista se detuvo unos instantes y manifestó sus temores en voz alta—. No te extrañe que LeVu no quiera que grabemos a su hijo y a sus amigos en el momento del rescate.

—Tal vez deberíamos haber negociado eso antes de llegar tan lejos —rezongó Royi, dando una patada a una piedrecita del jardín; el fotógrafo se volvió hacia su amigo—. ¿Te has dado cuenta de que llevamos dos días en esto, y es la primera vez que hablamos del reportaje?

David se echó las manos a la cabeza, abriendo mucho los ojos:

—La estamos cagando —admitió—. ¡Estamos siendo más humanos que periodistas!

—Somos la vergüenza de la profesión —suspiró Royi, fingiéndose abatido.

Se echaron a reír. Se habían implicado en este asunto pensando más en Gérard y en sus compañeros que el reportaje. Ambos coincidieron en que Andrade les fusilaría sin piedad, y con razón.

—Sacaré el tema durante la reunión —decidió David—. Empezaré tirando por lo alto y pediré permiso para filmarlo todo, sin excepción. Como dice mi madre, ya vendrá luego *el tío Paco* con las rebajas...

—El tío Louis, en este caso —le corrigió Royi.

Mientras recorrían los jardines, discutieron sobre el enfoque que darían al reportaje en caso de que LeVu les permitiera filmar a discreción. Como siempre que se embarcaban en un proyecto, las ideas fluían con la fuerza de un torrente. Tras barajar varias posibilidades, coincidieron en que podrían comenzar el documental centrándose en la operación de rescate para luego, una vez en Boca Verde, intercalar documentación de Orellana con la operación de salvamento. En una segunda parte, se centrarían en la exploración de la zona, si es que encontraban algo que mereciera la pena. Dibujando escenarios en el aire, David visualizaba la realización del documental:

—Tendremos que utilizar dos cámaras en la entrada de Boca Verde: la fija de trípode y la tuya, y si hace falta, realzar la iluminación con focos estratégicos. Ya en Madrid habrá que buscar una música acorde con las imágenes, que realce la grandiosidad del paisaje... los espectadores tienen que enmudecer ante esas escenas.

—Sí, que luego Gerardo el del Reinaldo me dice que son una mierda —por la imaginación de Royi desfilaban espectaculares planos de vídeo, alternados con foto fija—. ¿Qué te parece filmar las negociaciones con los indios con cámara oculta? —propuso—. Incluí dos microcámaras de infrarrojos de última generación en el equipo, por si las moscas.

—Buena idea —aplaudió David—. Eso siempre da un toque de veracidad al reportaje...

Durante un buen rato desarrollaron el esquema inicial del documental, hasta que una figura femenina les devolvió a la realidad desde el porche de la casa. Valérie les hacía señas con la mano.

—La jefa —señaló Royi, devolviéndole el saludo.

Valérie había cambiado su *look* minifaldero por unos ajustados tejanos y un jersey rojo de cuello alto. Llevaba la melena rubia recogida en una cola de caballo que descendía reluciente por su espalda. Sus manos sostenían un montón de carpetas idénticas junto a su inseparable teléfono móvil, que sorprendentemente permanecía callado. Cuando los periodistas llegaron a su altura, Valérie les preguntó por las tarjetas magnéticas. David y Royi se las mostraron.

—Todo lo que vean aquí es absolutamente confidencial —les advirtió, mirándoles fijamente a los ojos—. La mansión del señor LeVu no solo es su casa: hay mucho más de lo que se aprecia a simple vista. Sígueme, por favor.

Valérie entró en la mansión y les condujo a través de un pasillo lateral hasta llegar a una puerta blindada custodiada por un vigilante. La joven señaló un pequeño mazacote de metal con una ranura vertical encastrado en la pared:

—Pasen una de sus tarjetas por ese lector, por favor.

Royi deslizó la suya y la puerta se abrió con un chasquido. Valérie les invitó a pasar a un corredor pintado de blanco e iluminado con fluorescentes. Ni un detalle de decoración, ni siquiera un grabado en la pared o una planta de plástico. Tan solo vieron cámaras de seguridad que seguían sus pasos con absoluto descaro, como diciéndoles: «*¡Os tenemos controlados, mamones!*».

—Por aquí —rogó Valérie, precediendo la marcha.

Giraron a la derecha y encontraron puertas a un lado y a otro, algunas dotadas de dispositivos magnéticos de apertura como el que acababan de utilizar, y otras con placas de cristal y teclados numéricos: lectores de huellas dactilares.

—Impresionante búnker —comentó Royi—. ¿Dónde nos encontramos, exactamente?

—Están ustedes en el corazón del Grupo LeVu —informó Valérie—. Aquí se concentran los equipos de I+D de la empresa.

—¿I+D? —preguntó David.

—Investigación y Desarrollo —Valérie se detuvo delante de un ascensor y señaló otro lector de tarjetas—. Pruebe ahora la suya, David —este obedeció y la puerta se abrió. Valérie les invitó a entrar. Una vez dentro, marcó el botón del primer piso.

—En esta zona del edificio trabajan varios equipos en diferentes proyectos —continuó explicando—. Cada equipo es autónomo y totalmente independiente, de forma que algunos ni siquiera conocen la existencia de los otros. La comunicación entre ellos, cuando la hay, es filtrada (y a veces codificada) por personal de total confianza del señor LeVu. Hay una jerarquía de niveles de seguridad, y cada empleado tiene acceso, exclusivamente, a los departamentos a los que está asignado.

Royi examinó su tarjeta minuciosamente, pero no tenía inscripciones ni leyendas descifrables. Como la curiosidad le mordía las tripas, no pudo evitar preguntar:

—¿De qué nivel son nuestras tarjetas? —Royi quería saber hasta qué punto podría husmear por el búnker. Valérie le sonrió, divertida. Royi le caía bien, a pesar de que tenían caracteres muy diferentes. David recordó las pocas veces que había visto sonreír a Valérie y descubrió que, detrás de todas y cada una de ellas, había habido algún comentario de Royi.

—Me temo que sus tarjetas son de nivel uno. Solamente tendrán acceso a la zona de reuniones de la planta alta, pero al menos podrán entrar y salir de ella cuando quieran. ¡Ah, y algo importante! No tendré que abrirles la puerta cada vez que quieran ir al baño.

—¡Por favor, dígame que no hay cámaras en el váter! —rogó Royi, con las manos cruzadas sobre el pecho—. ¡Soy incapaz de echar una gota si me siento observado!

Jacques Mercier giró la cabeza al oír la risa de Valérie, que salía del ascensor acompañada por David y Royi. Mercier estaba en mitad del pasillo junto a un hombre de unos treinta y cinco años que, sin ser gordo del todo, lucía con orgullo una prominente barriguita cervecera; tenía el cabello rizado y la barba a juego, ambos de color castaño claro (la barba más clara que el pelo), y parecía que no había visto un peine en seis meses; sus vivos ojos azules, parapetados detrás de unas gafas de montura redondeada, parecían sonreír por su cuenta. Aquel tipo pertenecía a esa clase de gente que cae bien a la primera.

—Buenos días —Mercier estiró sus labios hasta componer algo parecido a una sonrisa—. Me encanta el buen humor por la mañana temprano —acto seguido se volvió hacia el barbudo—. Permítanme que les presente: doctor Stephen Warwick. Ellos son David Beltrán y Rogelio Durán. A Valérie Delacroix creo que la conoces de la última convención...

—Así es —recordó Stephen, que tenía cierto deje andaluz en su español; seguidamente se dirigió a los periodistas—. Ayer me entretuve viendo algunos de vuestros trabajos para Grial —comentó, mientras estrechaba sus manos—. Son la leche, os felicito. Es un honor para mí viajar con vosotros.

Mercier tomó la palabra de nuevo:

—El doctor Warwick les acompañará durante todo el viaje: es el médico de la expedición.

—¡Pero ni se os ocurra llamarme doctor Warwick! —advirtió, con los ojos muy abiertos—. Stephen y de tú, por favor.

—Me parece perfecto, Stephen. A mí, llámame Royi...

—... todo el mundo lo hace —terminó Valérie por él. Royi alzó las cejas y se atrevió a sacarle la lengua.

—Será un placer viajar contigo, Stephen —dijo David—. Tu español es perfecto. ¿Eres inglés?

El eco de la carcajada de Stephen resonó en el pasillo vacío:

—¡Imposible ser inglés y hablar castellano medio bien! —afirmó—. Soy *llanito*: nací y me crié en Gibraltar —aclaró, por si alguno de los presentes desconocía el gentilicio.

Un grupo de personas comenzaba a concentrarse frente a la puerta de la sala de reuniones.

—Menudo ejército —comentó Royi, con su mirada puesta en la multitud que entraba lentamente al salón.

—Son los administrativos, ingenieros y técnicos de telecomunicaciones que forman el equipo que viajará a Brasil —explicó Mercier—. Unos pocos irán a nuestra oficina de Sena Madureira; el resto trabajará en el campamento base, a orillas del Purús. La primera parte de la reunión tratará del sistema de comunicaciones que usaremos para mantener el contacto con ustedes en todo momento. Sospecho que todos esos datos técnicos les aburrirán un poco —aventuró—. Después de un *coffee*

break, nos quedaremos en la sala solo nosotros —Mercier abarcó con un gesto al grupo formado por David, Royi, Valérie, Stephen y él mismo, el señor LeVu y el representante del equipo de seguridad—. El personal técnico de «Delfín de Río» no tiene por qué conocer todos los pormenores de la operación —concluyó.

—La política de súper *top secret*, firma de la casa —comentó Royi, con ironía.

—Esa política nos ha ido muy bien hasta ahora —se defendió Mercier, intentando sonar amable. Echó un vistazo a su reloj—. Vamos adentro, son casi las diez.

La sala de reuniones estaba dotada de dos filas de mesas largas, dispuestas como los bancos de una iglesia, sobre las que habían repartido bolígrafos y blocs de notas con el logotipo del Grupo LeVu. Al fondo de la sala, flanqueada por una pantalla enorme, se encontraba la mesa presidencial con tres sillas preparadas. Atrás del todo, sobre un soporte metálico con ruedas, reposaba un ordenador portátil, abierto y encendido. David, Royi y Stephen fueron acomodados en primera fila. Los técnicos e ingenieros ocuparon poco a poco los sitios libres, hasta que la sala se llenó del todo. Valérie y Mercier esperaron de pie hasta que otra puerta, diferente de la que habían utilizado para acceder a la sala, se abrió para dar paso a Louis LeVu. Entró acompañado por un hombre de unos cincuenta y tantos, calvo, algo entrado en carnes y vestido con un rancio traje de chaqueta gris marengo. Valérie cerró la puerta, y Mercier se colocó junto al ordenador portátil. Pulsó una tecla y la pantalla gigante cobró vida, mostrando una imagen fija del logotipo del Grupo LeVu. Haciendo uso del micrófono emplazado sobre la mesa presidencial, LeVu saludó a los presentes. Valérie se sentó a su derecha, y el hombre calvo a su izquierda. LeVu le presentó como el señor Drummond, representante del equipo de seguridad que acompañaría a la expedición. LeVu cedió la palabra a Mercier, que abandonó su puesto junto al portátil para presentar a David y Royi. Después de dedicar unas palabras de agradecimiento y halago a los periodistas, centró su discurso en Stephen:

—Como muchos de ustedes sabrán, el doctor Warwick pertenece al Grupo LeVu —explicó—. Actualmente, trabaja en nuestra división de electromedicina en Lyon. Hemos solicitado su colaboración en «Delfín de Río» por ser especialista en enfermedades tropicales y tener una gran experiencia en animales venenosos. Antes de ser fichado por nuestro Grupo, el doctor Warwick trabajaba desarrollando proyectos farmacéuticos en la selva de Brasil.

—Seis años en Mato Grosso —puntualizó Stephen, saludando tímidamente al resto de la sala desde su asiento.

Mercier apuntó un pequeño control remoto al PC, y en la pantalla de plasma apareció un mapa de Brasil y Perú. El río Purús y su afluente, el Unu Rono, aparecían resaltados en un azul casi fluorescente.

—La operación «Delfín de Río» estará formada por tres equipos principales: el primero es el administrativo, que opera desde Manaus —Mercier señaló la ciudad en el mapa—. Este equipo ha quedado reducido a un solo hombre: Maurice Carbonnier, abogado. Es nuestro enlace con la administración brasileña. Ustedes son el segundo

equipo —dijo, señalando a los técnicos e ingenieros—. Serán los encargados de mantener, en todo momento, las comunicaciones con el tercer equipo, compuesto por los señores Beltrán, Durán y Warwick, que remontarán el río en una lancha junto a seis escoltas. Ya conocemos su misión: traer de vuelta a casa a Gérard y a sus compañeros. Ahora, hablemos de las comunicaciones —anunció, dirigiéndose de nuevo a los ingenieros—. Observen esta imagen.

Jacques señaló un punto en el mapa que apareció en pantalla:

—Sena Madureira, un pequeño municipio de la región de Acre, en Brasil. Hemos dispuesto una oficina en un apartamento de reciente construcción, al límite del núcleo urbano, en una zona de máxima visibilidad que ofrece una óptima recepción y transmisión de datos. Es nuestro último nexo con la civilización. Yo estaré allí las veinticuatro horas del día. Los informes que recibamos en el campamento base serán reenviados allí y, posteriormente, nosotros los transmitiremos a París.

Valérie se levantó, cargada con el montón de carpetas que había traído consigo. Como un crupier que reparte cartas, comenzó a distribuir las entre el personal de telecomunicaciones:

—En la reunión anterior, ya les avanzamos la tecnología que emplearíamos en «Delfín de Río». En estas carpetas encontrarán los manuales técnicos de los equipos. Deben estudiarlos como si fuera el catecismo y llevarlos encima en todo momento, por si les fallara la memoria.

Mercier se dirigió ahora a David, Royi y Stephen:

—Estaremos comunicados con ustedes mediante un satélite de última generación, propiedad del Grupo LeVu, de forma que mantendremos una conexión permanente entre el campamento base y el barco donde viajarán. Podremos hablar mediante radio digital, mantener comunicación escrita por chat, acceder a internet e intercambiar datos y archivos con nosotros a alta velocidad. El campamento base donde instalaremos el equipo principal se encuentra a unos treinta kilómetros de Sena Madureira, en la orilla derecha del Purús, cerca de Yacaril. Según los últimos informes, las obras están muy avanzadas. Nuestros ingenieros en Brasil eligieron ese emplazamiento porque es el último lugar donde llega corriente eléctrica con regularidad, procedente de una central cercana.

—¿Nosotros zarparemos desde ese campamento base? —quiso saber David.

—Sí —respondió Mercier—. En un principio, pensamos instalar la base en el mismo Yacaril, pero luego preferimos hacerlo en un lugar más discreto, sin extraños husmeando por los alrededores.

LeVu tomó la palabra:

—Además del sistema informático vía satélite, llevarán teléfonos Iridium con los que podrán comunicar con nosotros en todo momento y desde cualquier lugar, en caso (Dios no lo quiera) que se presentara algún problema. Como verán, la comunicación entre el barco y la base está garantizada.

—También dispondrán de esto —Mercier mostró un pequeño aro de goma amarillo—. Estas pulseras nos permitirán tenerles localizados mediante un sistema GPS. Mientras las lleven puestas, su posición individual aparecerá en nuestras pantallas, y sabremos en todo momento dónde están.

Las dos horas siguientes se dedicaron a tratar con los ingenieros los aspectos más avanzados del sistema de telecomunicaciones. Debido al francés técnico que usaban, aquel galimatías resultó ininteligible para David y Royi, que estuvieron a punto de echar una cabezadita. Alrededor de las doce y media, tras un breve turno de preguntas y respuestas, LeVu dio por terminada la primera parte de la reunión, despidiéndose de los ingenieros y los técnicos.

—Vamos a hacer un descanso para tomar algo —informó Valérie a David, Royi y Stephen, que abandonaron sus asientos con alivio—. Reanudaremos la reunión en treinta minutos.

Encontraron un *catering* preparado en la salita adyacente, donde solo entraron LeVu, Drummond, Valérie, Mercier, David, Royi y Stephen. LeVu y Drummond, algo apartados del grupo, conversaban en voz baja con sendas tazas de café en la mano. Stephen, que no paraba de hablar y comentar aspectos referentes al viaje mientras atacaba sin piedad a los aperitivos, estaba resultando ser una compañía muy amena. Se le veía entusiasmado con la expedición. Fue el teléfono de Valérie lo único que consiguió interrumpirle durante un instante:

—¿Me disculpan un segundo?

La joven se apartó para responder a la llamada. Detrás de ella, Stephen y los periodistas reanudaron su charla. Valérie saludó a su interlocutor, asintió dos veces con la cabeza e inmediatamente le pasó el móvil a Louis LeVu, quien lo atendió con expresión grave. Tras un par de minutos de conversación, el empresario devolvió el teléfono a su dueña.

—Era Maurice Carbonnier —explicó a los presentes—. Llamaba desde el laboratorio del forense. Acaba de identificar el cuerpo de Charles Forest. Dice que estaba completamente carbonizado —LeVu se dirigió a Valérie y a Mercier—. Mañana por la mañana comenzará con los trámites de repatriación. En Brasil aún es de madrugada. Me da pena el pobre chico, ha tenido que ser una experiencia horrible.

Después de un respetuoso y breve silencio, la situación volvió a la normalidad: LeVu reanudó su conversación con Drummond, y Valérie y Mercier se apartaron un poco para comentar la noticia de Carbonnier. Mientras charlaban, los periodistas y Stephen probaron todos los bollitos que había en la mesa, sin excepción. Minutos después, LeVu les propuso volver a la sala. La estancia, casi vacía, parecía ahora más grande.

—Ahora viene la parte más interesante para ustedes —comenzó a decir LeVu—. Ya no les aburriremos más con detalles técnicos. Ustedes son quienes arriesgarán el pellejo para traer de vuelta a Gérard y a sus amigos, pero por supuesto, no estarán solos. Charles Forest tuvo el acierto de contactar con el grupo representado por el

señor Drummond, y les aseguro que son los mejores en su oficio. Señor Drummond... —LeVu le cedió la palabra.

—Ante todo, lamento no poder obsequiarles con una presentación multimedia del grupo al que represento, con fotos, detalles, etc. —se excusó Drummond—. Esta es la primera vez que trabajamos para una empresa privada. Se puede decir que la labor de nuestra organización consiste en cooperar con gobiernos de todo el mundo para proporcionar seguridad en procesos electorales complicados, conferencias de paz, negociaciones difíciles, eventos deportivos con riesgo de atentados... También participamos en acciones antiterroristas y contra el narcotráfico en varias regiones del mundo, incluyendo la selva amazónica, donde habitualmente opera el equipo que les acompañará.

—¿Cómo se llama su organización? —preguntó Royi.

Drummond le dedicó una mirada condescendiente. Royi se dijo que aquel tipo parecía sacado de una película de cine negro de los cincuenta. Una versión calva y algo más gruesa de Peter Lorre.

—Lamento no poder decírselo —se disculpó—. Llamémosla simplemente *la Organización*. Lo que sí puedo decirle es el nombre clave del equipo que velará por su seguridad: *team Hydra*. Por cierto, no deben grabarles. No es por ponerles pegas, no me malinterpreten, pero no podemos hacer públicas las caras de unos hombres y mujeres que el mes que viene pueden estar llevando a cabo una operación encubierta en El Salvador, Guatemala o en cualquier otro país latinoamericano. Espero que lo entiendan.

—Precisamente de eso queríamos hablar, señor LeVu —intervino David, aprovechando que el tema había saltado a la palestra—. Aún no tenemos claro lo que podremos grabar y lo que no. Hemos podido comprobar el celo extremo con el que ustedes manejan la información dentro de su empresa. Sería un desastre para nosotros vivir esta operación de rescate y no poder filmarla con libertad.

—Seré breve y conciso —dijo LeVu—. Desde que zarpen del campamento base, ustedes podrán filmar lo que deseen, siempre y cuando respeten la identidad de los integrantes del equipo Hydra, como exige el señor Drummond. Tienen libertad total para grabar el rescate de mi hijo y sus amigos. Para ustedes será un reportaje muy valioso, y para mí representará un gran triunfo personal.

«Y otro testimonio de la gloriosa omnipotencia de Louis LeVu, el Rey del Mambo de las telecomunicaciones y de lo que se presente», pensó David, aceptando las condiciones con un movimiento de cabeza y una sonrisa educada. Aquel zorro sabía cuándo dejar sus esqueletos dentro del armario y cuándo sacarlos a pasear. Por algo era uno de los tipos más ricos del mundo, qué demonios. Drummond volvió a hablar:

—En estos momentos, el team Hydra remonta el río Purús, rumbo al campamento base. Navegan en una lancha fluvial blindada de dieciocho metros de eslora, a la cual se dotará del equipo digital de comunicaciones del que se habló antes. Junto a ustedes

viajarán seis hombres: cinco soldados además de Woods, comandante en jefe del team Hydra.

—O sea, que seremos nueve en total —calculó Royi en voz alta.

—Exacto: ustedes tres, Woods, el navegante que pilotará la lancha, un médico y tres hombres de apoyo.

—¡Dos médicos a bordo! —exclamó Stephen—. Un médico cura, dos dudan... ya conocen el resto de la frase.

Drummond aceptó la broma con una sonrisa de compromiso:

—Tanto el médico como el navegante poseen el mismo entrenamiento militar que el resto del equipo, así que considérenlos *multiusos*. Nuestra misión consiste en mantenerles a salvo ante cualquier peligro que pueda presentarse durante el viaje; y puedo decirles, con orgullo, que estarán en las mejores manos —Drummond efectuó una breve pausa que aprovechó para dar un sorbo a su vaso de agua—. Hay otro detalle importante que les dará aún más tranquilidad: nuestro equipo dispone de un permiso especial que les permite operar con total y absoluta libertad en la mayoría de los países de América Latina. Esta fue una de las razones primordiales por las que Charles Forest contrató nuestros servicios: mientras estén bajo la protección del equipo Hydra, ni la policía ni el ejército les molestará. Ya saben que en ciertos países, la policía y el ejército son más peligrosos que los propios delincuentes.

David y Royi intercambiaron una mirada de aprobación: Drummond tenía más razón que un santo. Este siguió hablando, y la reunión continuó durante algo más de una hora en la que se discutieron otros detalles de la expedición. Los periodistas no pudieron ocultar su alegría cuando LeVu les comunicó que la persona a cargo del campamento base, que originalmente iba a ser Charles Forest, sería Valérie. Ella les caía mucho mejor que el estirado Jacques Mercier, que sin llegar a ser un tipo desagradable, tenía algo que no terminaba de convencerles. Mercier se dirigió al ordenador portátil y anunció que había llegado el momento de visionar las fotografías de la cámara de Villeneuve. Los periodistas estiraron el cuello como perros de presa cuando la primera de las imágenes apareció en la pantalla gigante.

Las primeras fotos eran las típicas instantáneas desenfadadas tomadas en vacaciones: los chicos aparecían en un bar sosteniendo unas caipirinhas; en un aeropuerto señalando un panel de horarios; en otro bar con un pibón de infarto; bailando samba con una mulata que no llevaría encima de su cuerpo ni diez centímetros de tela... En una de las fotografías aparecían todos los miembros del grupo, incluido Villeneuve, con el Corcovado mirándoles el culo desde las alturas. Seguramente le habían pedido a alguien que hiciera la foto. Mercier había superpuesto sus nombres encima de cada uno de ellos, de forma que ahora cada personaje del diario tenía su propia cara. Por su aspecto, David calculó que ninguno de ellos superaba los veinticinco años de edad.

Siguieron dos fotos, hechas desde dentro de un todoterreno, que les trajeron a la memoria el viaje por la pista embarrada hacia Yacaril. La siguiente mostraba a unos

indios trabajando en una lancha. Uno de ellos sonreía abiertamente a la cámara. Los nativos iban vestidos con imitaciones de Lacoste —se podía apreciar el famoso cocodrilo en la parte frontal de los niquis— y tejanos. David señaló al que sonreía:

—Por sus rasgos, este indio podría ser *jaminaua* o *iananua* —comentó, de manera anecdótica—. Esta etnia proviene de los *naua*, de la zona del Acre. Están al borde de la extinción: en todo Brasil no quedarán ni trescientos individuos —apuntó.

LeVu se sintió impresionado por el fugaz alarde de conocimientos de David:

—¿Es capaz de saber a qué tribu pertenece un indio solo con mirarlo, señor Beltrán?

—No es fácil, ya que en la mayoría de los casos están muy mezclados —reconoció David—. En realidad, hablamos más de etnias que de tribus en sí. Son razas con diferente morfología física: unos son pequeños, del tamaño de niños; otros tienen el cabello lacio como la crin de un caballo; otros rizos ensortijados similares a los de las tribus africanas; diferentes óvalos faciales, diferentes tipos de cráneos... Cada etnia tiene sus costumbres, sus tradiciones y cada una de ellas es un mundo aparte. Pero sí, más o menos, puedo distinguirlos.

—Impresionante —dijo LeVu.

El poblado que aparecía en esas fotos tenía que ser Yacaril. No era muy distinto de las cientos de aldeas pequeñas que se pueden encontrar a patadas en la orilla del Purús o del Amazonas, con sus chozas construidas con madera, cañas o planchas metálicas rapiñadas de las ciudades cercanas. Las siguientes fotografías mostraban al grupo ya en la selva, pero era imposible saber dónde habían sido tomadas. La pantalla cambió de imagen varias veces hasta que apareció algo que sí reconocieron los periodistas:

—¡La Roca del Toro! —señaló Royi, con entusiasmo—. Desde este ángulo no se aprecia muy bien, pero desde el río sí que parece un toro.

La siguiente fotografía mostraba Boca Verde en todo su esplendor. Valérie comprobó que los ojos de los periodistas se iluminaban al volver a contemplar aquello que consideraban suyo. Parecían incapaces de hablar.

Aunque ya había visto la foto con anterioridad, Valérie se dejó cautivar por aquel telón verde de vegetación que caía desde los árboles. Le pareció aún más hermoso que la primera vez. De repente, sintió la extraña necesidad de estar allí, de entrar y fundirse con el paisaje. Estaba experimentando una especie de paradójica nostalgia, como si echara de menos ese lugar donde nunca había estado. Aquello le trajo a la mente una tarjeta que acompañaba a un antiguo disco de vinilo que había en su casa, de niña: el *Wish You Were Here* de Pink Floyd. Dentro de ese disco, junto a la funda de papel con las letras de las canciones, venía una postal que mostraba una extensión de agua azul, levemente ondulada. Al fondo, unas extrañas rocas dibujaban caprichosas figuras a contraluz. Del agua sobresalían unas piernas masculinas que parecían formar parte del paisaje. Esa imagen había cautivado a Valérie desde siempre, y a veces soñaba con sumergirse en esas aguas. *Ojalá estuvieras aquí.*

Ahora, veinte años más tarde, sentía lo mismo ante las fotografías de Boca Verde. La imagen de la pantalla cambió para mostrar ahora una vista de la bóveda que formaban los árboles más allá de la entrada. Los rayos del sol, multicolores, eran trazados con regla desde los huecos que permitían el paso de la luz hasta el suelo, donde la hierba se teñía con hermosos reflejos. El agua mostraba estrellas de luz allí donde esta incidía, transformando el paisaje en un lugar de belleza inimaginable.

—Es... precioso —susurró Stephen, ensimismado—. Parece sacado de un cuento de hadas.

Las fotografías siguieron sucediéndose, mostrando el Arroyo del Paraíso abriendo aquel mágico sendero que se internaba en la selva, siempre con esos juegos de agua y luz que evocaban a los periodistas recuerdos de cuando estuvieron allí. Las fotos siguientes habían sido tiradas más hacia el interior, en una zona que ellos no exploraron. La belleza era sobrecogedora. Aunque la mayor parte de las imágenes solo plasmaban paisaje, aquellas en las que aparecía algún miembro de la expedición resaltaban aún más la grandeza del lugar.

—Las dos que vienen ahora son las que mencionamos anoche —anunció Mercier—. Fueron hechas en la aldea. Les ruego que las estudien con atención, por si descubrieran algo...

Mercier pulsó el intro y apareció la primera fotografía. Había sido tomada dentro de una estructura que parecía hecha de adobe, con un acabado perfecto, muy distinto al de las construcciones bastas y caóticas que uno podría esperar encontrarse en un poblado perdido de la mano de Dios. Al fondo se distinguía un armario de madera y mimbre cuyos vértices y esquinas habían sido tallados con filigranas. Había tres personas en primer plano: una de ellas era Perot, que levantaba triunfante el pulgar, sonriendo a cámara. A su lado, hablando con el que posiblemente sería el médico mencionado por Villeneuve en su cuaderno, estaba Gilly, vistiendo una camisa clara rematada por un pañuelo rojo al cuello. El tercero, el supuesto médico de la tribu —el tal Pedro—, había sido sorprendido por el *flash* de la cámara. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia su interlocutor, como si estuviera escuchándole, pero su cara de sorpresa revelaba que la foto le había pillado de improviso. Su tez era morena, su cabello lacio, y sus facciones menos duras y angulosas que las de los indios *panos* que habitan esa zona de Perú. Lejos de ir semidesnudo, el curandero lucía un blusón con bordados, cuello abierto y cordones cruzados, que recordaba un poco a un *kaftan*.

—¿Hay alguna foto más? —preguntó David.

—Queda la última y, para nosotros, la más importante.

Se trataba de un plano general, tomado a unos seis o siete metros del grupo. David lo estudió atentamente, fijándose primero en el escenario donde se había tirado la instantánea, una calle formada por dos hileras paralelas de casas de paredes blancas. Los tejados parecían estar cubiertos por hojas grandes, apelmazadas con alguna sustancia que oscurecía su color natural, probablemente algún tipo de

repelente de agua. Una mujer miraba al objetivo con curiosidad, asomada a través de la ventana de su cabaña. En el centro de la imagen, de izquierda a derecha, y rodeados por nativos que parecían ansiosos por salir en la foto, se encontraban Perot, Gérard, Gilly y Tieba. Este último estaba agachado junto a unos críos rebosantes de felicidad. Tanto él como los niños señalaban al fotógrafo. Por la expresión de su cara, Tieba estaba soltando un *¡Atención, que sale el pajarito!*, *¡Patata!*, o cualquier chorrada de esas que preceden a una foto de grupo.

—Menuda colección de dientes —observó Royi.

Todos sonreían en la foto, sin excepción, transmitiendo una sólida sensación de armonía. David estudió a cada uno de los nativos que aparecían en pantalla. Uno de ellos tenía una cabellera larga y ondulada que caía sobre una cara de mentón prominente, en una cortinilla de pelo que le daba un aspecto extrañamente moderno. Su nariz era fina y alargada. El resto de los hombres que aparecían en la foto tampoco compartían los rasgos achatados de las etnias amazónicas. Todos ellos, incluidos los niños, iban completamente vestidos con blusones, pantalones y calzado, cosa que le extrañó, ya que incluso en las tribus más próximas a las ciudades, era normal ver indígenas descalzos. Royi los denominaba *pies indómitos*.

—¿Le dicen algo las fotos? —se interesó LeVu—. ¿Tiene idea a qué etnia pertenecen?

David negó con la cabeza.

—Definitivamente, no son panos. Tampoco es una tribu nómada. Fíjense en las casas: se aprecia una construcción muy sólida. No son las típicas cabañas que duran tres meses y luego se desmantelan para ser reconstruidas en cualquier otro lugar. Esa gente vive allí, esa es su aldea y sabemos que la tienen fortificada. También van completamente vestidos, lo que me induce a pensar que, posiblemente, mantengan algún contacto con la civilización. Hay algo en la foto anterior que me ha llamado la atención y me gustaría comentarles —David se dirigió a Mercier—. ¿Puede ponerla de nuevo, por favor? Gracias —el interior del hospital apareció en pantalla, y David hizo una seña a LeVu—. Fíjese en el trabajo de tallado de ese mueble —LeVu se levantó para examinar más de cerca la imagen—. Aparte de ser un armario funcional, lo han construido pensando en hacer algo ornamental. Este tipo de detalles no son propios de una tribu de no contactados. Fíjese también en la ropa que lleva el médico nativo: está hasta bordada. Me recuerda, en cierto modo, a los blusones medievales. Estos indígenas están mucho más avanzados que la mayoría de las tribus de la Amazonia —concluyó—, y eso, en principio, es una ventaja para nosotros.

LeVu asintió con la cabeza, meditabundo, y volvió a ocupar su asiento:

—¿Tiene algún plan para acercarse a esos nativos, señor Beltrán?

David reflexionó unos instantes antes de hablar:

—Una vez lleguemos a Boca Verde, propongo dividir el equipo en dos. En el primero iríamos Royi, algún miembro del equipo de seguridad y yo. Formaríamos la *fuerza negociadora*, por llamarlo de algún modo. A Villeneuve no le quitaron su

cámara, por lo que no creo que a nosotros nos quiten nuestros teléfonos vía satélite, así que podríamos permanecer comunicados con el segundo grupo, que esperaría nuestras instrucciones, oculto en la selva. Si vemos que las negociaciones van por mal camino o que intentan retenernos en la aldea, el segundo grupo entra en acción. Por supuesto, preferiría que fuera una acción intimidatoria, nunca un asalto que provoque bajas entre los nativos.

Drummond carraspeó antes de hablar:

—No se preocupe por eso, señor Beltrán —le tranquilizó—. Woods sabe cómo actuar en cada momento y qué fuerza aplicar en cada caso. Muchas de las misiones en las que participan nuestros equipos son del tipo que nosotros llamamos de *control de masas*. En caso de que tengan que intervenir, le garantizo que no utilizarán una fuerza letal.

Royi iba a decir que si la cosa se ponía fea, por él como si usaban balas dum-dum, pero le dio apuro poner en evidencia a su amigo. Él había estado en muchas situaciones de vida o muerte cuando trabajaba como reportero de guerra, y conocía esa sensación de saber que puedes morir en cualquier momento. David nunca había estado en una situación realmente seria, y aún mantenía una actitud políticamente correcta respecto al uso de la violencia. Royi, en cambio, lo tenía clarísimo: si tenía que haber bajas, prefería que fueran del bando contrario... y confiaba en que Woods y los Hydra lo tuvieran igual de claro que él.

La reunión se prolongó durante veinte minutos más, durante los cuales Drummond garantizó una y otra vez la seguridad de los periodistas y del doctor Warwick, refiriéndose a ellos como *los civiles*. Sabía vender bien su Organización. Zarparán del campamento base a bordo de la lancha del equipo Hydra, navegarán por el Purús hasta la desembocadura del Unu Rono y luego lo remontarán hasta Boca Verde. Un viaje largo y tedioso. «*El peor peligro de esta expedición será morir de aburrimiento*», había dicho Drummond, «*Por lo demás, viajarán siempre bajo la protección de la mejor fuerza de elite del mundo*». Una vez en Boca Verde, se organizarían los dos grupos sugeridos por David y buscarían la aldea. Sobre el papel, la operación no entrañaba grandes riesgos. Valérie comprobó con alegría que su jefe estaba contento. Cuando la reunión llegó a su fin, LeVu estrechó la mano de Drummond con fuerza:

—Me alegro de que Charles les eligiera para la operación, muchísimas gracias. Tengo la completa seguridad de que sus hombres harán un trabajo magnífico —LeVu se dirigió entonces a los demás—. Por lo que a ustedes respecta, saldrán junto con el resto de la expedición pasado mañana, martes. Tenemos prevista la llegada a Sena Madureira el jueves, unas treinta y seis horas después de despegar de París. No será un viaje corto, aunque intentaremos que sea lo más agradable posible. Nos volveremos a ver antes de que tomen el vuelo, así que todavía no me despido de ustedes. ¿Alguna pregunta más, antes de dar por terminada la reunión?

No hubo ninguna. LeVu y Drummond desaparecieron por la puerta lateral, y los demás salieron al pasillo principal. Estaba desierto, y se producían ecos al hablar. Antes de entrar en el ascensor, Stephen se dirigió a David y Royi:

—Tengo una mala noticia, en el caso de que tengáis aversión a los pinchazos. Sabéis que para este viaje a la selva es obligatorio ponerse una batería de vacunas, ¿verdad?

Mercier se puso muy tieso, como si el tema le incomodara.

—Lo suponemos —dijo David—. ¿Cuándo nos las ponemos?

—Las tengo en mi habitación —informó—. ¿Qué os parece si nos las *chutamos* ahora y nos quitamos eso de en medio?

Mercier alzó las cejas y miró su reloj:

—Bueno, a mí me queda bastante trabajo por hacer —se excusó—. Además, mi destino en Brasil es urbano, no pisaré la selva para nada, así que no veo la necesidad de ponérmelas. Luego les veo... *¡au revoir!*

Y en menos de dos segundos, Mercier había desaparecido por una de las puertas. Royi dibujó una sonrisa maléfica en su rostro:

—Algo en mi interior me decía que era un cagón —siseó—. Es el típico tío arrogante que aparenta que se va a comer el mundo y luego se caga por una inyección...

Valérie clavó sus ojos verdes en Royi, con una expresión que distaba mucho de ser seria:

—¿Es mi imaginación, o me parece que Jacques no le cae demasiado bien?

—Pobrecito, no me ha hecho nada... —reconoció—. Pero es que esos trepas prepotentes que parecen andar con un palo metido por el culo, me repatean... es algo que no puedo remediar.

Valérie reprimió una risita y abrió la puerta del ascensor, invitándoles a entrar.

Se dijo que Royi había calado a la perfección a Jacques Mercier.

XII

FALTABAN MENOS DE CINCO MINUTOS para que dieran las tres de la tarde en Sena Madureira. El padre Fermín daba sorbos nerviosos al café negro que Jorge Grimaldi le había llevado al puesto de ordenador que ocupaba —como siempre gratis— en el ciber-café. Aquella tarde de lunes, Grimaldi andaba liado con un pedido de DVDs que acababa de recibir: daba de alta cada película con un lector de códigos, guardaba el disco en un lugar seguro y colocaba la carátula vacía en el expositor de la sección de videoclub, al fondo del establecimiento.

El padre Fermín, que se había entretenido buscando información sobre David Beltrán en internet (lo que le había llevado a sumergirse durante un buen rato en la web de Grial), no cesaba de mirar el reloj de pared que tenía a su espalda. El ciber-café estaba casi vacío a esa hora. Tan solo había una pareja compartiendo el mismo puesto a unos metros del sacerdote, y otro usuario con pinta de extranjero en un PC próximo a la entrada.

Tres *ding-dong* anunciaron que alguien acababa de cruzar las fronteras del local de Grimaldi. El padre Fermín, concentrado en el reloj de pared, no vio acercarse al recién llegado hasta que una mano se posó en su hombro, haciéndole dar un respingo.

—¡Pero mira quien está aquí! —exclamó una voz agradablemente sorprendida—. ¡O pasamos meses sin vernos, o nos vemos más de lo que a mi mujer le gustaría!

El padre Fermín estuvo a punto de regurgitar el corazón. Mientras se ponía de pie para saludar a Lucio Sampaio, se acordó de toda la familia de Murphy y de la infalibilidad de su puta ley.

—¡Lucio! —el cura deseó que Dios teletransportara a Sampaio al otro lado de la ciudad, o a la mierda, si no había otro destino disponible—. ¡Qué sorpresa!

Este le mostró dos estuches de plástico rojo con el logo serigrafiado (y descascarillado) del ciber-café:

—Vengo a devolverle esto a Jorge. ¿Dónde anda?

—Al fondo —el sacerdote lanzó una ojeada furtiva al reloj. Un minuto para las tres—. Está clasificando una mercancía... *dentro* —recalcó.

—¿Esperas a alguien? No paras de mirar el reloj.

«Será cabrón...».

—Espero una llamada de unos amigos de España —improvisó—. Me suelen llamar aquí. Ya sabes, en la misión no hay teléfono...

—Si te parece, cuando termines te invito a tomar un café de verdad, ¡no el alquitrán pegajoso que prepara este *chupa mates*! —Sampaio habló más alto de la cuenta, para que Grimaldi lo oyese.

La respuesta del argentino les llegó como una retahíla canturreada cuya última estrofa terminaba en algo parecido a «... *podés meterte la cafetera bien caliente por el orto*». Sampaio y Fermín rieron, este último más por los nervios que por la contestación de Grimaldi. Sampaio se acercó al mostrador, donde estaba el teléfono. Si David Beltrán llamaba ahora, el padre Fermín tendría que hablar justo al lado del policía.

Grimaldi surgió del área de videoclub, dirigiéndose a Sampaio:

—A ver, *pelado*, ¿qué tenés vos contra mi café? —preguntó, estrechándole la mano—. ¿Le gustaron las películas a Sandrita?

—A Sandra sí, yo me quedé muerto en el sillón —señaló al cura—. Este mensajero del Anticristo me hizo pillar una buena antes de ayer.

—¡Ché, sí que es cierto! —recordó Grimaldi—. ¡El sábado vino bien caliente el padrecito! No se pueden juntar ustedes dos, ¿eh? ¡La *pucha*, par de borrachos! — Grimaldi alargó la palabra: *borráaaaaaaaaachos*.

El sonido del teléfono les interrumpió. Grimaldi descolgó el auricular, y el padre Fermín se olvidó de respirar. Tendría que improvisar a toda máquina para que Sampaio no descubriera que hablaba, nada más y nada menos, con David Beltrán.

—¡Pronto! —dijo Grimaldi, alzando la voz como si no hiciera falta teléfono para que le oyeran; una breve pausa—. Sí, está aquí, se pone —le tendió el auricular al padre Fermín. Su hombro derecho rozaba el izquierdo de Sampaio. «*Parece mi puto hermano siamés*», pensó.

—¿Sí?

—Buenas tardes. ¿Hablo con el padre Fermín Tirado? —preguntó una voz de presentador al otro lado del aparato; el sacerdote articuló otro escueto sí—. Soy David Beltrán, recibí su *email*...

Aunque Sampaio conversaba animadamente con Grimaldi, el padre Fermín sabía que si decía algo que sonara sospechoso, la antena que Sampaio traía de serie en el culo le enfocaría, enterándose de todo por muy bajito que hablara. Intentó separarse de él, pero la pared del local se lo impedía. Entonces se le ocurrió una idea desesperada: hablar muy rápido y en jerga. Sampaio hablaba español, pero no hasta el punto de entender el galimatías que estaba a punto de soltar. El padre Fermín confió en que David Beltrán se diera cuenta de que no era buen momento para hablar:

—¡Vale, perita! —dijo el cura a velocidad de vértigo, recuperando la jerga de los barrios más marginales de Málaga—. La ruina es que tengo *ropa tendía* y es chungo paliquear. Aunque son guiris se *puén* quedar con la copla. ¿Podríamos darle a la muí en otro momento? Chamullo así a cosa hecha, *pa* no dar el cante, ¿vale? Espero que lo entienda... —añadió.

Sampaio y Grimaldi miraron al padre Fermín, asombrados:

—¿Estás poseído? —preguntó el policía, formando una cruz con los dedos índices—. ¡Hablas una lengua ininteligible!

El padre Fermín tapó el auricular con la mano:

—Jerga gitana —mintió—. Si les hablo en castellano normal, ni se enteran.

En París, David estuvo a punto de soltar una carcajada al oír semejante *mix* de cheli y caló. Él también tapó el auricular para dirigirse a Royi. La jerigonza había cumplido su misión:

—El cura no puede hablar en este momento. Hay ropa tendida —David destapó el auricular—. Mensaje recibido, padre. Ahora respóndame todo lo asépticamente que pueda, ¿ok? No quiero ponerle en un compromiso.

—Ajá.

—¿Ellos pueden oírme a mí?

—No.

—Perfecto. Escuche, tengo previsto llegar el jueves a Sena Madureira, y voy a estar en la ciudad al menos un par de días. ¿Me sigue?

—Sí, sí, perfectamente —el padre Fermín sintió un cosquilleo de excitación en la barriga.

—Si le parece bien, podríamos vernos el viernes por la mañana. Voy con mi compañero de trabajo, Rogelio Durán. ¿Le parece bien?

—Sí —el sacerdote comprobó que Sampaio andaba entretenido, examinando las novedades que Grimaldi le mostraba sin parar de hablar—. Este es mi número móvil...

David copió el número en un papel con el logo del Grupo LeVu.

—No hay cobertura en la misión, pero el viernes estaré en la ciudad a partir de las doce del mediodía. Me llaman a esa hora, ¿ok?

—Ok —David anotó la hora debajo del número de teléfono—. Hasta el viernes, pues. Un saludo, padre.

—Hasta el viernes.

El padre Fermín colgó el teléfono, agradecido por la complicidad del periodista. Al darse la vuelta, vio que sus amigos le observaban con descaro. Decidió que no era buen negocio juntarse con gente tan cotilla como él.

—¿Esperas visita el viernes? —le preguntó directamente Sampaio, que no había podido evitar afinar la oreja mientras examinaba los DVDs. Durante una milésima de segundo, el padre Fermín se imaginó a sí mismo estrangulando al policía con el cable del teléfono, pero en lugar de eso se inventó una trola.

—Unos chavales de una ONG vienen de paso por Sena —explicó, apuntándose un pecado contra el octavo mandamiento. Durante un loco instante, imaginó a un ángel alado, con una resplandeciente túnica blanca y una gorra de plato, poniéndole una multa—. Mis feligreses del Barrio de la Palmilla de Málaga les hablaron de mí, y quieren conocerme. No sé, a lo mejor quieren sacarme en su revista...

—Te vas a hacer famoso —aseguró Sampaio, con sorna—. El nuevo Vicente Ferrer. ¿Por qué no te dejas una barba de siete días, como la suya?

El padre Fermín pellizcó a Sampaio en el trapecio. Apretó más de la cuenta, y el otro hizo una mueca de dolor, levantando el hombro para protegerse. Al carajo, se lo

merecía.

—¿Y por qué no te pagas ese café en el Borges, y así dejamos trabajar en paz a este alma en pena? —el sacerdote condujo a Sampaio hasta la salida, sin soltar la presa—. ¡Hasta luego, Jorge! ¡Te limpio el ciber de pasma!

—¿En el Borges? —protestó Sampaio, que respiró con alivio al ser liberado—. ¿Pero tú no tienes voto de pobreza, cabrón?

—¡Ché, eligió bien el padrecito! —gritó Grimaldi desde el mostrador—. ¡Fermín, pedí también copa!

—¡Me muero por un Chivas! —proclamó, despidiéndose de Grimaldi.

—¡Chivas! —Sampaio estaba indignado—. ¡Pero si tú no bebes nunca Chivas!

—Siempre tiene que haber una primera vez para todo —sentenció.

Pusieron rumbo al Café Borges. Sampaio había relegado la llamada al olvido. De todas formas, el padre Fermín decidió que a partir del jueves andaría con mucho ojo. Lo último que quería era que Lucio Sampaio le pillara en compañía de David Beltrán.

—Ha sido la conversación más surrealista de mi vida —rio David, pasándole a Royi el papel con las notas tomadas durante la llamada—. Memoriza este número en tu móvil.

—¿Entonces, no ha largado nada de nada?

—Nada, había moros en la costa. Me ha dicho que en la misión no hay cobertura, y este teléfono al que he llamado tiene toda la pinta de ser de un bar, o algo parecido. El tío que contestó casi me deja sordo. Tenemos que llamarle a ese móvil el viernes, después de las doce del mediodía.

—Ese cura me tiene en ascuas. ¿Qué querrá decirnos?

—El viernes lo sabremos —David cambió de tema—. Por cierto, ¿qué te parece Stephen?

Royi recordó el rato tan agradable que habían pasado con él esa misma tarde. Después de comer, habían ido a su cuarto, donde el médico guardaba una botella de Johnnie Walker y una provisión infinita de hielos en el congelador. David, Royi y Stephen estuvieron de tertulia hasta que Mercier les llamó para enseñarles los catálogos del material de supervivencia para el viaje.

Había de todo: alicates y navajas multiuso, machetes, mosquiteras, ropa y calzado de inmejorable calidad, binoculares, y un sinfín de chismes que habrían hecho babear al aventurero más exigente. Después de revisar los catálogos y de que Mercier se fuera con viento fresco, disfrutaron de una amena charla hasta cerca de las diez, hora en la que telefonearon al cura.

—Stephen me cae fenomenal —dijo Royi—. Es alegre como un chaval, se ve que pasa de malos rollos y además le encanta el *whisky*, factor que le hace muy afín conmigo.

—A mí también me cae muy bien —coincidió David—. Tenemos que inventarnos una excusa creíble para quitárnoslo de encima el viernes. Seguro que quiere salir de marcha desde por la mañana.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Royi, consultando su reloj—. ¿Bajamos a ver si está lista la cena? Si aún no lo está, le metemos un tiento a la botella cara —subió y bajó las cejas varias veces—. ¿No tenemos ADN de Mercier? Podríamos dejar una muestra en la botella, por si el equipo ese de I+D de LeVu inicia una investigación...

—Ahora cojo un bastoncillo del cuarto de baño. Si esta noche cena con nosotros, aprovecharé un descuido y se lo meteré en la boca. He visto eso en la tele.

—Entonces ya no hay excusa posible. Vamos, antes de que te entren remordimientos.

Bajaron las escaleras, dispuestos a perpetrar la felonía. Para colmo, abajo les esperaba un sonriente Stephen, que se apuntó, sin pensárselo dos veces, a la «Operación Brandy».

Aquello tenía pinta de ser el inicio de una gran amistad.

XIII

EL ASIENTO DEL BELL 206B en el que Jean Blanch sobrevolaba el Purús formaba parte de su culo desde hacía una semana, y Mike Grant, el piloto, se había convertido en el grano. Grant era norteamericano, había servido en el ejército de su país durante veintitrés años y le encantaba presumir de haber pertenecido al tercer escuadrón del Séptimo Regimiento de Caballería en Irak, a los mandos de un Kiowa Warrior. A pesar de todo ese orgullo patriótico, el deseo de engordar su cuenta corriente había prevalecido sobre su vocación militar, lo que le hizo colgar su traje mimetizado en el armario, dos años atrás, y pasarse al sector civil, mejor remunerado y no tan peligroso. Eso sí, conservaba un cargamento de memorias, anécdotas y hazañas bélicas que no dudaba en relatar (con todo lujo de detalles) en cuanto su sistema de adquisición de objetivos localizaba un oído dispuesto a escucharle. Por desgracia para Blanch, durante la última semana él había sido el único objetivo a tiro. Grant había sido contratado por Charles Forest ocho días atrás. Su helicóptero Bell tenía capacidad para cinco pasajeros y una autonomía de setecientos kilómetros; estaba dotado de flotadores y podía posarse tanto en tierra como en el agua, lo que lo convertía en un transporte idóneo para Blanch, el ingeniero jefe de «Delfín de Río».

Blanch llevaba treinta horas sin pegar ojo. Su última cabezada la había dado, precisamente, en el asiento del Bell, durante el viaje de vuelta de Río Branco a Sena Madureira, acunado, por supuesto, por las batallitas de Grant.

En Río Branco, un cuatrimotor Hércules procedente de Texas había descargado un convoy de camiones todoterreno que transportaría por tierra el equipo de comunicaciones para el campamento base, a orillas del Purús. Fue en Río Branco donde Blanch recibió la noticia de la muerte de Forest. Ni siquiera tuvo tiempo para el duelo. Inmediatamente después de recibir la flota de camiones, voló al campamento base para supervisar las obras.

Levantar una base tan lejos de la civilización era toda una odisea, aunque la empresa local encargada de su construcción estaba haciendo un trabajo más que bueno, estimulada, eso sí, por el inagotable presupuesto de la cartera de Louis LeVu. Por su parte, Blanch había contratado a un ingeniero de telecomunicaciones y a tres técnicos más para que instalaran los equipos procedentes de Texas. Su idea era montar los sistemas de radio digital y sus monumentales antenas antes de la llegada del personal de Francia. Eso ahorraría trabajo a los ingenieros del Grupo LeVu y permitiría adelantar la expedición de rescate uno o dos días.

—Me pregunto si ya habrá camas en los barracones —el sonido metálico de la voz de Blanch llegó a Grant a través de los auriculares—. ¡Me caigo de sueño!

—Seguro que sí —dijo el piloto, que acababa de divisar a lo lejos una concentración de casetones prefabricados salpicada por el color amarillo de la maquinaria pesada. Grant señaló la zona con el dedo—. Ahí está el campamento base. No tiene mala pinta...

Conforme se acercaban, fueron testigos de la frenética actividad que reinaba en él. Hombres que se veían del tamaño de hormigas pululaban entre las estructuras prefabricadas, descargando bultos de un par de barcos atracados en un embarcadero construido en la orilla. Aquí y allá se distinguían excavadoras, grúas, volquetes y demás. Habían estado allí cuatro días antes, y los progresos eran evidentes. El piloto le dio a Blanch un leve codazo:

—¡Han instalado la helisuperficie! —Grant señaló una plataforma construida con planchas metálicas, algo apartada de los casetones—. Lástima que aún no hayan pintado la hache: eso da *glamour* a cualquier instalación.

—Pues estrénela —le dijo Blanch—. Es capaz de aterrizar sin la hache, ¿verdad?

Grant miró a su patrón de reojo, con una sonrisa de autosuficiencia:

—¿Bromea?

El piloto operó el cíclico y el colectivo y enderezó el Bell para iniciar la maniobra de aterrizaje. Los trabajadores se apartaron prudentemente del torbellino de la aeronave, que se posó en la plataforma levantando una nube de polvo. Aliviado, Blanch colgó los auriculares en el techo de la cabina y pisó tierra firme, echando una ojeada desde allí a las obras. La parada de los rotores del helicóptero no silenció en absoluto la selva, ya que el resto de la orquesta formada por excavadoras, sierras radiales, taladros y demás herramientas no detuvieron su cacofónica sinfonía.

—Si no me necesita, estiraré un poco las piernas —dijo Grant, frotándose los muslos—. Tengo los músculos al borde del colapso.

—No voy a necesitarle en unas horas, así que puede hacer lo que quiera. Eso sí, mantenga eso encendido en todo momento —Blanch señaló el teléfono Iridium que colgaba del cinturón del piloto.

—No se preocupe por eso, jefe.

El joven ingeniero avanzó hacia los barracones y vio surgir de entre ellos a un hombre delgado, bajito y con bigote, de unos cincuenta años de edad, que avanzaba hacia él con pasos rápidos. Sorteaba hábilmente bultos, rollos de cable y demás material esparcido por el suelo, como si atravesara una improvisada pista americana. Conforme se acercaba, Blanch apreció que el hombre tenía rasgos árabes. Portaba una carpeta con papeles sujetos por una pinza cromada, y en su cabeza lucía un casco de obrero de color naranja oscuro, que contrastaba con los cascos amarillos que llevaban los demás. Blanch dedujo que el color podría ser símbolo de rango.

—¿Señor Blanch? —el hombre (libanés para más señas) le estrechó la mano llevándosela luego al corazón, a la usanza islámica—. Soy Ahmed Shalabi, el jefe de obras —hablaba a gritos, intentando hacerse oír a través del estruendo de las máquinas—. Bienvenido al campamento base.

—Encantado, señor Shalabi —le saludó Blanch—. Veo que la cosa va bastante bien —observó—. ¿Hay algo de lo que me tenga que informar? ¿Algún problema?

—¡En absoluto! —exclamó Shalabi, pletórico—. Para esta noche tendremos los barracones completamente terminados, los generadores de energía funcionando y, mañana a medio día, como mucho, los acondicionadores de aire instalados. ¿Cuándo llegan los ingenieros de Francia?

—El viernes, y mañana los camiones que traen los equipos de comunicaciones.

—No hay problema. Los ingenieros brasileños ya han tirado el cableado y están construyendo la torre de la antena —el libanés señaló una estructura metálica que se erguía, a medio hacer, junto al barracón más grande del campamento—. ¿Quiere verla?

Blanch examinó la torre donde irían las antenas. Le faltaba poco para sobrepasar la altura de los árboles que rodeaban la base. El barracón grande que había al lado albergaría los equipos de telecomunicaciones y los puestos de control. Desde allí, los ingenieros del Grupo LeVu mantendrían un contacto permanente con la expedición. Blanch no pudo hacer otra cosa que felicitar a Shalabi por cómo iban las obras. Este se puso tan feliz, que el ingeniero temió por un segundo que comenzara a dar saltos de alegría.

—¿Hay algún sitio donde pueda echarme un rato? —preguntó Blanch—. Llevo dos días sin dormir.

—Claro que sí, sígame —Shalabi precedió la marcha dirigiéndose hacia uno de los barracones más cercanos a la orilla del río. Mientras caminaba, señaló unas cajas de cartón enormes que reposaban sobre palés de madera—. Lamentablemente, los equipos de aire acondicionado no estarán listos hasta mañana...

—Sobreviviré —aseguró Blanch, mientras el libanés le invitaba a entrar al barracón.

—Como puede ver, estas estructuras tienen tabiques que forman habitaciones individuales con cama, armario, mesa de trabajo y silla —Blanch contó doce habitáculos idénticos en el barracón—. Esa puerta del fondo lleva a los lavabos. Dentro hay *mucho* papel higiénico, por si quiere usted hacer caca.

—Bueno es saberlo —dijo Blanch, aliviado al saber que no tendría que limpiarse el culo con un manojito de ortigas.

—También está operativo el barracón de las duchas. No tiene pérdida: está justo al lado del depósito de agua grande —explicó—. Nuestra cantina también funciona, y los refrigeradores están hasta los topes de bebidas frías, por si le apetece. Si desea comer algo cuando despierte, dígamelo —dando por terminada su lista de ofertas, Shalabi se despidió con una sonrisa—. Que descance, señor Blanch.

—Muchas gracias. Si me necesitara para cualquier cosa, no dude en despertarme.

Blanch tardó veinte segundos en estar en calzoncillos sobre la cama. Le importó un bledo el calor y el ruido. Cayó profundamente dormido hasta que, cinco horas más tarde, le despertó el sonido de su teléfono Iridium. Era Maurice Carbonnier, desde

Manaos, para confirmarle que el viernes llegarían los integrantes de «Delfín de Río» a Brasil. También le informó que Valérie Delacroix sustituiría a Forest como jefe de operaciones en el campamento base. Blanch solo conocía a la mujer de oídas, pero nunca había coincidido con ella en persona. Tras recibir estas novedades, Blanch se durmió de nuevo, y esta vez no despertó hasta seis horas más tarde.

Mientras Blanch yacía en brazos de Morfeo, al otro lado del mundo el resto de los miembros de «Delfín de Río» introducía sus equipajes en un autocar aparcado frente a la fachada principal de la mansión LeVu. El Grupo había fletado un vuelo que les llevaría hasta el aeropuerto internacional Presidente Médici de Río Branco, haciendo una breve escala en Río de Janeiro. El último tramo del viaje hasta Sena Madureira lo harían desde un autobús que les esperaría a pie de pista. Todo un periplo.

Louis LeVu apareció por la puerta principal de la mansión, acompañado de Valérie y Mercier. Estos, como el resto de sus compañeros, también tiraban de sus maletas con ruedas. LeVu tuvo tiempo para despedirse, uno por uno, de todos los hombres y mujeres que estaban a punto de abandonar Francia para pasar las próximas semanas muy lejos de las comodidades de Europa. David y Royi se encontraban algo apartados del grupo, junto al autocar. Desde donde estaban, comprobaron cómo LeVu tenía palabras para todos y cada uno de sus empleados, terminando cada despedida con un fuerte apretón de manos o un abrazo. Stephen fue el último en recibir las atenciones de su jefe, que tras hablar durante un par de minutos con él, le cogió paternalmente de la nuca y le propinó un par de palmaditas en el hombro. Finalmente, LeVu se acercó a los periodistas, llevándoselos un poco más lejos del autocar:

—Ustedes son los únicos integrantes de «Delfín de Río» que no pertenecen al Grupo LeVu. Todos mis empleados serán ascendidos y obtendrán un aumento de sueldo en cuanto vuelvan de la misión. A ustedes no puedo premiarles así, pero les garantizo que recibirán una recompensa más que generosa por su colaboración, más aun siendo los auténticos protagonistas de esta expedición —les dedicó una sonrisa franca—. Que no hayan mencionado el dinero en ningún momento dice mucho de ustedes.

David le estrechó la mano:

—Lo más importante para nosotros es traer a Gérard y a sus amigos de vuelta a casa —dijo de corazón, rezando para que Royi no metiera la pata con alguno de sus míticos comentarios—. Espero que la próxima vez que nos veamos sea tomándonos una copa en compañía de Gérard.

—Si la copa es del *brandy mágico*, me apunto —intervino Royi—. Si no es mucho pedir, claro.

LeVu se echó a reír de buena gana y estrechó su mano:

—Cuando vuelva le regalaré una caja —prometió—. Buen viaje, y que Dios les bendiga.

Dicho esto, LeVu giró sobre sus talones y se encaminó hacia el porche de la mansión, donde se encontraban Valérie y Mercier. Habló con ellos durante unos

instantes, dio un apretón de manos a Mercier y luego abrazó a la joven durante unos segundos. Cuando se apartó de ella, visiblemente emocionado, acarició su mejilla, de la misma forma en que un padre acaricia el rostro de una hija. David, que acababa de subir al autocar junto a Royi, espió la escena a través de los cristales y descubrió en ese momento el lado más humano de Louis LeVu. Finalizada la despedida, el empresario desapareció tras las puertas de su mansión. Valérie y Mercier subieron al autocar, ocupando las plazas más próximas al conductor. Los periodistas divisaron al fondo del pasillo a Stephen, que había tomado al asalto la última fila de asientos, indicándoles vehementemente que se acercaran.

—Esta es la fila de los niños malos —declaró—. Si nos aburrimos, siempre podemos tirar cosas a los *pringaos* de delante.

—O cantar canciones guarras —propuso Royi, mientras se abría paso hasta el asiento más próximo a la ventana—. Tengo un repertorio de mis tiempos de estudiante que haría enrojecer a un cabo primero de la Legión.

—¿Qué os dijo el jefe? —indagó Stephen, curioso—. Entre nosotros —el médico bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, a mí me ha prometido un aumento de sueldo muy jugoso y la libertad de elegir destino en cualquier lugar del mundo dentro del Grupo. ¿Y a vosotros?

—Pasta, en caso de que sobrevivamos a esta ruina —dijo Royi—. Si palmamos, se la ahorra.

David puso los ojos en blanco:

—Bueno, no ha dicho exactamente eso... —desmintió, aunque después de pensárselo mejor, le dio la razón a Royi—. Espera, espera, es verdad: si cascamos se ahorra el dinero.

Royi hizo un gesto de cansancio:

—¿Ves, Stephen? Digo verdades como templos, y nunca me toma en serio...

—Entonces os dará dinero... ¿Ha mencionado la cantidad?

—La verdad es que no hemos hablado de eso —dijo David.

Detrás de sus gafas, los ojos azules de Stephen centellearon:

—Pues preparaos. La generosidad del señor LeVu puede llegar a ser apabullante.

Royi se repantigó en la esquina del autocar, ocupando dos de los cinco asientos de la fila:

—Lo primero que haré con ese dinero será contratar a un *stripper* enano para que le baile a Andrade encima de la mesa, lo grabaré personalmente en vídeo y lo colgaré en internet. Y ahora que lo pienso... prefiero dormir a cantar canciones guarras. Despertadme cuando llegemos a Sena Madureira, ¿ok?

El motor del autocar vibró y sus puertas se cerraron con una exhalación. El vehículo comenzó a moverse. A través de la luna trasera, los ocupantes de la fila de los niños malos (menos Royi, que había entrado inmediatamente en fase R.E.M.) vieron cómo la impresionante fachada de la mansión de Louis LeVu se hacía pequeña en la distancia.

Mientras el avión corría por la pista del aeropuerto Charles De Gaulle dejando atrás suelo francés, una lancha con seis tripulantes, cinco hombres y una mujer, remontaba el Purús brasileño bajo una fina e insistente lluvia. Aunque la visibilidad no era óptima, el piloto alcanzó a distinguir unas señales procedentes de otra embarcación que se encontraba delante de ellos, a unos doscientos metros río arriba:

—¡Tenemos compañía! —gritó.

Los otros cinco ocupantes se resguardaban de la lluvia en la cabina, debajo del puente de mando. Uno de ellos, un hombre atlético de cincuenta y tantos años, de piel curtida y cabello canoso cortado a cepillo, subió al puente con unos prismáticos en la mano. Las gotas de agua y la velocidad del barco le obligaban a mantener casi cerrados sus ojos estrechos y oscuros. A través de los binoculares, vio una lancha rápida aproximándose hacia ellos. En su popa distinguió la silueta de una ametralladora, y por las marcas del casco supo que se trataba de una patrullera de la Policía Militar brasileña.

—Contesta a sus señales y para máquinas —ordenó al piloto, bajando, a continuación, los escalones que conducían a la cabina del barco. En cuanto estuvo allí, se dirigió a su tripulación—. Salid todos fuera y pasadme vuestras *Tarjetas Titanio*.

La mujer y los tres hombres salieron a la cubierta, que estaba protegida de la lluvia por un grueso toldo caqui que no paraba de gotear por los lados. Todos entregaron al jefe unas tarjetas de plástico plateadas, algo más grandes que las de crédito. En cada una de ellas figuraban los datos y la fotografía digitalizada de su portador, junto a varios hologramas de difícil interpretación y el sello del gobierno de Brasil impreso en una marca de agua.

—No creo que esto nos demore mucho —dijo el jefe a su tripulación, que al igual que él, vestía prendas militares; el hecho de que cada uno de ellos llevara un tipo de uniformidad diferente, les hacían no parecer miembros de una misma unidad militar—. ¡Jones, tú mantente sentado, no los asustes!

Los ocupantes de la lancha rieron la broma, y Jones se limitó a sonreír, sin sentirse ofendido. Nada más lejos: estaba muy orgulloso de su aspecto.

Jones era negro como el azabache, medía alrededor de dos metros de altura y lucía una poderosa musculatura que amenazaba con romper la ajustada camiseta verde caqui que apenas la contenía. Su cabeza, pulcramente afeitada, brillaba a causa del agua de lluvia, que también resbalaba por un rostro surcado por cicatrices simétricas que formaban una especie de dibujo ritual de significado desconocido para sus compañeros, recuerdo de sus años como combatiente en África.

Pero lo más inquietante de Jones eran sus ojos. Su esclerótica era casi roja, como si estuviera eternamente irritada, y sus iris, de un extraño color miel claro, no casaban en absoluto con su piel negra como la obsidiana. Con la luz adecuada, los ojos de Jones refulgían como un par de ascuas ardientes. Su aspecto intimidaba y él lo sabía.

Pero lejos de importarle, había sabido sacarle partido durante su carrera como mercenario.

La patrullera se encontraba ya a pocos metros de ellos. En su cubierta, aparte del piloto, había tres hombres más: un oficial con su pie reposando en la borda, un soldado portando un subfusil y un tercero apoyado de forma casual en la ametralladora de popa. Las defensas de goma de ambas naves se tocaron y crujieron.

—Buenos días —saludó el oficial, llevándose la mano a la visera—. ¿Me permiten la documentación de la embarcación y sus pasaportes?

El hombre del pelo canoso devolvió el saludo y tendió las seis tarjetas de plástico al oficial. Este empezó a examinarlas y puso cara de asombro:

—¡*Cartões Titânio!* —exclamó, comprobando que los rostros que aparecían en ellas coincidían con los de los tripulantes de la lancha. Aquellos salvoconductos se concedían de forma secreta y en muy contados casos a agentes extranjeros que colaboraban de forma habitual con las fuerzas de seguridad nacionales, proporcionándoles inmunidad diplomática y libertad absoluta de actuación dentro del territorio que cubrían—. Había oído hablar de ellas, pero es la primera vez que las veo con mis propios ojos —el oficial devolvió las tarjetas al jefe del comando—. Incluso hay quien asegura que son una leyenda urbana. Al menos, yo ya sé que no lo son. ¿Qué les trae por Acre, señor Woods? ¿Tenemos algún problema que requiera la presencia de un equipo Titanio en la zona?

—Ninguno. Estamos de paso. Nos dirigimos a Perú, en misión civil.

—¿También tienen el equivalente peruano del *Cartão Titânio*? —preguntó el patrullero.

—Tenemos uno para cada país de Sudamérica —informó Woods—, aunque la mayoría de nuestras operaciones se desarrollan en el Amazonas. Somos peces de río como usted, oficial.

El policía efectuó un rápido examen visual a la lancha, más por curiosidad que por otra cosa. Indudablemente, se trataba de una embarcación de guerra, aunque en aquel momento los emplazamientos para armas que podían localizarse por toda su eslora estuviesen vacíos. En la proa del casco, de color verde oliva, podía leerse la palabra «REVENANT» escrita en serigrafía militar. Junto al nombre del barco, escrupulosamente pintado y a todo color, resaltaba el dibujo de un dragón cuyas siete cabezas mostraban sus dientes de forma amenazadora. Si el oficial hubiera tenido algún conocimiento de mitología griega, habría sabido que aquella bestia era una hidra. Su inspección fue interrumpida por la voz de Woods:

—¿Todo en orden, oficial? ¿Podemos continuar?

El patrullero repitió el saludo militar e indicó a su piloto que se separara de la Revenant:

—Por supuesto, señor Woods. Buena suerte con su misión.

Woods se despidió del oficial y siguió con la vista a la patrullera, hasta que esta se fundió con la lluvia. La única mujer del grupo, una chica morena, de pelo rizado, y

rasgos hispanos, se dirigió a su jefe.

—¿No habría sido mejor pedirles que comunicaran a las demás patrullas que andamos por aquí? —preguntó, con una expresión de alerta en sus ojos almendrados—. Así no tendremos que parar cada vez que nos topemos con una...

Woods indicó al piloto que reanudara la navegación:

—Quiero mantener un perfil bajo —explicó a la joven—. Prefiero pasar los controles uno a uno que anunciar nuestra presencia a bombo y platillo. Cuanta menos gente sepa que estamos aquí, mejor —el comandante se dirigió al resto de sus hombres—. Volved dentro.

Todos regresaron a la cabina menos Woods, que se quedó a solas debajo del toldo, contemplando cómo la superficie del Purús era asaeteada por las gotas de lluvia. Si no sufrían ningún percance, llegarían al campamento base al día siguiente. Una vez recogieran al resto de la expedición, la Revenant remontaría, por segunda vez en su historia, las desiertas aguas del Unu Rono. «*Espero que esta vez sea diferente*», pensó Woods. Desde la proa de la Revenant, las siete cabezas de la hidra sonreían a la selva, mientras el agua de lluvia resbalaba lentamente por sus fauces abiertas, como saliva brotando de sus bocas.

XIV

EL AUTOCAR SE DETUVO frente a la fachada del Hotel Dez de Julho liberando, por fin, a sus agotados ocupantes. A muchos les pareció un sueño cuando Valérie les pidió que sacaran el equipaje del autobús y esperaran en el vestíbulo del hotel. Si la última etapa del viaje por carretera hubiera durado una hora más, la operación «Delfín de Río» se habría ido al garete por suicidio colectivo.

Aunque el Dez de Julho era uno de los hoteles más modernos y confortables de Sena Madureira, sus constructores no habían apostado por la belleza sino por la funcionalidad. Sus líneas eran rectas, su decoración austera y sus servicios los justos. En definitiva, no era el típico establecimiento que uno recuerda de por vida sino, más bien, el clon de esos típicos hoteles de tres estrellas que podemos encontrarnos en cualquier lugar del mundo y que acaban pasando por nuestra memoria sin pena ni gloria.

—Esto me recuerda a un viaje de estudios —comentó Royi, contemplando al grupo de hombres y mujeres que esperaban instrucciones junto a maletas, bolsas de viaje y mochilas; el fotógrafo señaló a Valérie—. ¡Atención! La *seño* va a distribuir las habitaciones. Me pido con David. Con el tiempo, mi sistema inmunológico ha aprendido a asimilar sus pedos —explicó a Stephen—. Si tuviera que hacerse un tatuaje, lo que más le pegaría sería un símbolo de *biohazard* en el culo.

David se volvió hacia Stephen:

—¿Quién necesita un manager teniendo a Royi? Sabe vender mis cualidades como nadie...

Mientras Valérie comprobaba la lista de nombres con el recepcionista del hotel, Mercier saludaba a un hombre de unos cincuenta años, de piel muy morena y cejas espesas. El desconocido vestía un traje de lino claro, y lucía un tupé esculpido a laca y cepillo que trajo a la mente de Royi la imagen de cierto cantante venezolano:

—¿Quién es ese tipo? —preguntó a Stephen—. ¿El que le rueda las escenas peligrosas a José Luis Rodríguez, «El Puma»?

David expelió una risa contenida por la nariz:

—Es clavado —admitió—, pero por favor, Royi... compórtate.

Un par de ingenieros se agregaron a la charla de Mercier y el *Puma*, como si le conocieran de antes. Stephen repasó las convenciones internacionales del Grupo LeVu a las que había asistido. No sabía cuándo ni dónde, pero sí estaba seguro de haber visto a ese hombre de aspecto rimbombante en alguna ocasión. Más por eliminación que por conocimiento, al final acertó quien era:

—Juraría que es el director general del Grupo en Brasil —Stephen se esforzó por recordar su nombre—. Se llama algo que también suena a LeVu: Levi, Liby, o algo así.

Valérie también se incorporó al corrillo del Puma. Este se irguió exageradamente ante ella, casi cuadrándose. Mientras conversaba con Valérie, asentía constantemente, dando cabezazos con su tupé. Era la típica danza ritual de lameculos profesional que intenta agradar a su superior a toda costa, transmitiéndole alto y claro un «*tú ordenas y yo obedezco, mi amo*». La actitud neutra de Valérie revelaba que aún no era consciente del gran poder que ostentaba ahora en el Grupo. Al contrario que el resto, ella aún se consideraba una ejecutiva más. Los demás, en cambio, la veían como el sagrado avatar del todopoderoso Dios LeVu en la Tierra, poseedora del don de destituir a un director nacional porque el olor de su loción de afeitado le produce alergia.

El hombre del tupé sacó de su chaqueta una hoja de papel que curiosamente salió de su bolsillo perfectamente plegada y sin una arruga, a juego con su impecable traje. Valérie, Mercier y el Puma la estudiaron durante unos momentos. Valérie se hizo cargo del papel y se dirigió al vestíbulo repleto de gente:

—¿Me prestan atención? —se hizo el silencio—. Gracias. Quizá alguno de ustedes ya tenga el placer de conocer al señor Marcel Lauby...

—Eso, joder, Lauby —susurró Stephen, a punto de darse una palmada en la frente.

—El señor Lauby es el director general del Grupo en Brasil, y ha estado trabajando, junto con Jean Blanch, en poner a punto las instalaciones que utilizaremos durante esta operación —el Puma levantó la mano a modo de saludo, siendo respondido por un murmullo de salutación; Valérie reanudó su discurso cuando todos se callaron—. El señor Lauby me acaba de informar que las obras del campamento base están prácticamente listas, por lo que mañana mismo comenzaremos a trabajar en los equipos de transmisiones —la joven examinó el papel y llamó al primer grupo—. ¡Equipo destinado a la central de Sena Madureira!

Cuatro hombres y dos mujeres dieron un paso adelante. Lauby tomó la palabra:

—Mañana por la mañana, a las once en punto, les recogeremos en un microbús que les llevará a nuestras oficinas —informó—. Estas se encuentran ubicadas en un piso amplio y cómodo que será su hogar mientras permanezcan aquí. Estarán bajo las órdenes directas del señor Jacques Mercier. Hasta entonces, dispongan de su tiempo como deseen.

Mercier repartió seis tarjetas llave, y el primer equipo se dirigió a los ascensores, rumbo a sus habitaciones. Valérie habló entonces a los ingenieros y técnicos, veinte personas en total:

—Me temo que a nosotros nos espera un viaje bastante más largo. Nos veremos mañana aquí, a las nueve.

Lauby intervino, en tono empalagoso:

—Lamentablemente, no gozarán de las mismas comodidades de la ciudad, pero les aseguro que hemos acondicionado el campamento base con los últimos adelantos en confort. Estoy convencido de que las instalaciones les sorprenderán muy gratamente.

Mientras Mercier repartía las tarjetas de las habitaciones, Valérie volvió a tomar la palabra:

—Como ya saben, yo estaré al mando del campamento, aunque en lo tocante a comunicaciones, Jean Blanch es la máxima autoridad. Ahora les recomiendo que descansen, el viaje no será cómodo. Esto es todo, nos veremos luego, a la hora de la cena.

Conforme los presentes se hacían con sus llaves, iban subiendo a sus habitaciones. Finalmente, en el vestíbulo solo quedaron Lauby, Mercier, Valérie, Stephen y los periodistas.

—Tengo una buena noticia para ustedes tres —dijo Valérie, dirigiéndose a David, Royi y Stephen—: tienen libertad absoluta hasta las ocho de la mañana del lunes. A nosotros aún nos queda trabajo que hacer en la selva, y es absurdo que pasen el fin de semana allí, de brazos cruzados. Les sugiero que aprovechen estos días para conocer la ciudad. Permítanme que les presente al señor Marcel Lauby...

El repeinado caballero se acercó con sonrisa complaciente, mientras Valérie comenzaba la ronda de presentaciones. David sintió una oleada de pánico, consciente de que Royi mantenía una endiablada lucha interna para no informar al hombre de su asombroso parecido. Por suerte para él, se contuvo y no hizo ningún comentario, aunque si uno afinaba el oído, podía oírle tararear entre dientes eso de «*numerao, numerao, viva la enumeración*». Tras las presentaciones, Lauby repartió tarjetas con su número de teléfono, por si le necesitaban durante el fin de semana. Mercier, que había terminado de ultimar algo con el recepcionista del hotel, se disculpó y subió a su habitación. Aprovechando la ida de Mercier, Lauby consultó su reloj y pidió permiso para marcharse, argumentando que tenía trabajo pendiente en la oficina. Tras unos sumisos cabezazos dedicados a su flamante jefa, Lauby y su tupé salieron por la puerta del hotel Dez de Julho, dejando a la mujer con los tres hombres.

—Voy a intentar dormir un poco —dijo Valérie—. Nos vemos a la hora de la cena, ¿ok?

—Seguro —dijo David—. Espero que el *jet lag* nos deje echar una cabezada.

Valérie se despidió y subió a su habitación por las escaleras, para desentumecer un poco las piernas. Echaba de menos su entrenamiento diario, que se había prometido reanudar sin falta en cuanto llegara al campamento base. Mientras esperaba el ascensor, Stephen se frotó las manos como una mosca en un espejo. Su cara se iluminó con una sonrisa de alegría infinita:

—Hoy es jueves, así que tenemos un fin de semana enterito para nosotros, con todos los gastos pagados. ¡Va a arder Sena!

Royi ejecutó su particular interpretación de la danza de la felicidad ante la mirada perpleja del recepcionista del hotel:

—¡Tenemos que aprovecharlo a tope! —planeó Royi—. Además, hay que tener en cuenta que esta puede ser nuestra última juerga: quien sabe si no acabaremos tomando un *jacuzzi* en la olla de los caníbales —el fotógrafo ofreció a Stephen su mano extendida—. Acabo de decidir que, a partir de mañana por la noche, viviré mi versión *brasileira* de *Leaving Las Vegas*.

—¡Cuenta conmigo, colega! —se apuntó Stephen, cerrando el trato.

David aprovechó la ocasión para comunicarle que él y Royi estarían ocupados hasta bien entrada la tarde del día siguiente. Si todo iba como tenían previsto, contactarían con Fermín Tirado alrededor de las doce. A pesar de que el médico les inspiraba confianza, prefirieron dejarle al margen del asunto. Stephen, prudente, ni preguntó qué iban a hacer:

—No os preocupéis por mí —dijo—. Haré un *vuelo de reconocimiento* por la ciudad y os informaré dónde están los mejores antros.

La puerta del ascensor se abrió con una suave campanada de aviso.

—Me veo el lunes por la mañana vomitando en el barco —vaticinó Royi.

Stephen entornó los ojos, con expresión soñadora:

—Como dice mi amigo Manolo, de La Línea de la Concepción: lo *pasemo* tan bien que hasta *gomitemo*.

—¡Amén! —remachó Royi, pulsando el botón de subida.

Carlinho Pelaes estaba sentado en el suelo, a unos metros de la orilla del Purús. Tenía su cantimplora de agua fresca cerca y su escopeta del .12 encima de sus muslos. Llevaba la camisa del uniforme de la empresa de seguridad abierta, intentando luchar, sin éxito, contra el calor que reinaba aquella tarde en la jungla. Carlinho había empezado a trabajar como guardia de seguridad hacía ocho meses. Era uno de los pocos trabajos honrados que requerían dos de las pocas virtudes de Carlinho: valor y puntería. El chico, que no llegaba los veinte, manejaba armas de fuego desde los trece años, y si bien nunca había matado a nadie, sí que había disparado contra algún que otro objetivo de menos de cuatro patas.

Era de Santa Rosa, la última población brasileña del Purús, justo en la frontera con Perú. Fue un hermano de su padre, que había prosperado lo suficiente para mudarse al municipio de Manoel Urbano, quien le consiguió trabajo en la empresa de seguridad de un amigo. Su buen tío Germán, que sospechaba que el pequeño Carlinho se había mezclado con malas compañías durante unos meses que pasó en Perú, confiaba en que un trabajo digno apartaría al chico definitivamente de las influencias perniciosas.

A unas decenas de metros detrás de Carlinho, un grupo de obreros trabajaba sin descanso en los barracones de aquella base que en tan pocos días había sido levantada en la selva. El ejército de trabajadores que había invadido la zona en días pasados había menguado hasta quedar reducido a un pequeño retén que daba los últimos

toques al campamento. El trabajo de Carlinho consistía en espantar a cualquier curioso que apareciera por allí, atraído por el ruido de las máquinas. Esa tarde, el joven recibió el encargo de vigilar el río. Por lo visto, esperaban la llegada de una embarcación con seis tripulantes.

Aún había luz del día cuando oyó el ruido de un motor a lo lejos. Al cabo de unos instantes, Carlinho distinguió la silueta de la lancha navegando próxima a la orilla. Se puso en pie e hizo señas al piloto para que aminorara la velocidad. Cuando la embarcación estuvo cerca y pudo verla mejor, el corazón de Carlinho casi se para en seco:

«*¡No puede ser! ¡Debe ser un barco del mismo modelo, no puede ser el mismo!*».

La lancha se detuvo a pocos metros de él. Un gringo saludó con la mano desde cubierta. Carlinho examinó la embarcación con detenimiento, convencido de que no era la primera vez que la veía.

—Buenos días —saludó el gringo—. Me llamo Woods. El señor Blanch nos espera.

Los ojos del centinela recorrieron la embarcación de proa a popa. El barco que recordaba era una fortaleza flotante repleta de armas pesadas. Este, en cambio, iba desarmado. «*Es un barco igual, nada más*», se dijo, «*Debe de haber cientos, o tal vez miles, como este*».

—¿Hay algún problema? —preguntó el gringo, al ver que el vigilante no abría la boca.

Carlinho dio paso a la lancha con la mano, como un guardia urbano. Woods le saludó al pasar, y la *Revenant* continuó rumbo al pantalán en el que atracaría. Carlinho comunicó a su jefe, a través del walkie, que el barco que esperaban se dirigía al embarcadero.

Fue entonces cuando el joven vio emerger, de la cabina del barco, la imponente figura de un gigante de piel negra con ojos rojos como carbones. Era la primera vez que le veía, pero había oído hablar de él en muchas ocasiones. Sus dudas se disiparon de golpe, ahora estaba absolutamente seguro:

Eran *ellos*.

Carlinho sintió mariposas en el estómago pensando en el precio que pagarían sus antiguos compañeros de trabajo en Perú por la información que acababa de obtener. El joven decidió que al día siguiente, en cuanto acabara su turno y regresase a Manoel Urbano, llamaría por teléfono a Santos Monzón: un tipo al que había conocido un año atrás y que daba el perfil exacto de lo que su tío Germán denominaba *malas compañías*.

XV

LA CALLE DONDE SE UBICABA EL CAFÉ BORGES tenía algo en común con muchísimas calles de Brasil: una extraña coexistencia de tercermundismo intrínseco con lujo extremo. La esquina izquierda de la manzana había sido devorada por una terraza con suelo de tierra y sin nombre visible al público, donde se servía la versión más peleona del violáceo y dulzón vino del país, cerveza y refrescos de lata —los pocos vasos de cristal de que disponía el chiringuito estaban reservados para el *vinho* o la *cachaça*—, y *feijões* servidos en platos de papel que se alabeaban peligrosamente por el peso del potaje. Estos platos debían ser llevados hasta las mesas plegables, mediante equilibrios imposibles, por el propio cliente (por supuesto, el local carecía de servicio de camareros). No había barra, propiamente dicha, sino una consecución de cuatro arcones refrigeradores que alternaban propaganda de Coca-Cola y guaraná Antarctica. Este pintoresco bar de *chão de terra* solía estar lleno de gente a todas horas, sobre todo parroquianos de clase humilde y estudiantes que se sentaban allí, durante sus descansos escolares, para tomar un refresco a un precio asequible para sus bolsillos.

Justo pasando esta anónima terraza, y dejando atrás el clásico Bar da Vila —cuya especialidad era la cerveza tirada (el *chope*), la comida casera, y las interminables timbas de truco^[12]—, se encontraba el Borges.

El Café Borges era el exponente perfecto del primer mundo. Cafetería de ocho de la mañana a nueve de la noche, reabría sus puertas convertido en *pub* a partir de las diez, hora en que las mesas eran retiradas y el local se transformaba, a velocidad digna de boxes de fórmula uno, en el local preferido de los noctámbulos pudientes de Sena Madureira y alrededores. Su fachada de mármol enmarcaba una puerta de madera y metal dorado, custodiada eternamente por un portero joven y atractivo que se apresuraba a abrirla al paso del cliente. Dentro, el visitante se encontraba con un exquisito mobiliario fabricado en maderas nobles, que recibían mimos constantes de dos empleados que trabajaban exclusivamente en su cuidado. La iluminación, sabiamente estudiada, realzaba los tonos cálidos de la tela de manteles y cortinas, creando un acogedor ambiente para pasar un rato entre amigos delante de una taza de *expresso* o una copa de la selecta bodega de importación del Borges. La oferta gastronómica del establecimiento consistía en bollería hecha en sus propios hornos y a una extensa carta de sándwiches de diseño, cuyos precios eran comparables al de un churrasco de cuatrocientos gramos servido en un buen restaurante. Abierto desde hacía cinco años, el Café Borges era, sin duda, lo más *chic* de la ciudad.

Sentado en una de las mesas más discretas y escondidas del Borges, el padre Fermín esperaba a los periodistas. Desde su escondrijo, controlaba la puerta del local gracias a una combinación fortuita de espejos y cristales. David y Royi llegaron poco antes de la una en punto. El sacerdote reconoció enseguida a David Beltrán (de quien había visto fotos en la web de Grial), y dedujo que el hombre alto de pelo rizado que le acompañaba con un bolso de lona cruzado al torso no podía ser otro que Rogelio Durán. El padre Fermín se levantó y les hizo gestos para que se acercaran.

—Ese debe ser —dijo David, dirigiéndose a él. Royi le siguió.

Después de una breve ronda de presentaciones, el padre Fermín les invitó a sentarse.

—Antes de nada, me gustaría disculparme por lo del otro día. El número que les di pertenece a un ciber-café, y la mala suerte quiso que un amigo mío, policía para más señas, entrara justo cuando sonó el teléfono. Lo tenía pegado a mí. Es un buen tipo —aclaró—, y de hecho, la poca información que tengo sobre este caso me la ha facilitado él. Pero ya saben: hay veces en que uno no sabe dónde termina el amigo y dónde empieza el policía. No me pareció prudente hablar en ese momento, le ruego que me perdone.

—No hay nada que perdonar —dijo David—. Hizo usted bien, y además, me lo pasé en grande.

Un camarero se acercó y repartió tres cartas. El padre Fermín hizo una sugerencia:

—Si les parece bien, podemos comer un sándwich. Luego, si tienen tiempo, me gustaría llevarles a la misión. Tengo algo allí que quiero que vean.

—Claro que sí, tenemos tiempo —dijo David—. ¿No puede adelantarnos nada ahora?

—Preferiría no hacerlo —objetó el padre Fermín, enigmático.

—Desde luego, padre, sabe cómo mantener el suspense —observó Royi—. ¡Debe ser un *crack* preparando sermones!

El misionero se echó a reír:

—Mi último sermón data de hace, por lo menos, dos años. No se chive a mis superiores, pero ni celebro misa ni asisto a ella desde poco después de llegar a Acre —confesó con una triste sonrisa—. Mi trabajo aquí consiste en ayudar a la gente, no en convertirles al catolicismo ni a desviarles de sus costumbres y creencias. Hace tiempo que tiré la toalla en ese sentido, así que prefiero limitarme a echarles una mano y a educar a sus hijos. Si hago mal, ya me castigará Dios.

—Voy a pedirme un guaraná para brindar por usted —dijo Royi. Había probado el guaraná por primera vez la noche anterior, y le había parecido genial, para ser una bebida sin alcohol—. Comulgo incondicionalmente con los *curas hippies*: debería haber más en el mundo como usted, y le estoy hablando completamente en serio.

Tras consultar la carta del Borges, pidieron unos sándwiches más extravagantes que sabrosos, rellenos de algo que ni David ni Royi quisieron investigar. Cuando el

padre Fermín intentó pagar, los periodistas se lo impidieron a la española, es decir, metiéndole los billetes en la cara al camarero, lo que casi le provoca un *shock* al pobre garçom, nada acostumbrado a los modos ibéricos. Abandonaron el Borges alrededor de las dos menos cuarto, rumbo al Suzuki del sacerdote. A los pocos minutos, el vehículo dejaba atrás Sena Madureira y rodaba por la BR-364, que apenas presentaba tráfico a esa hora. Tras atravesar una comarcal y una pista de tierra, llegaron a la misión unos treinta y cinco minutos más tarde. Después de una breve visita guiada por sus dominios, el padre Fermín invitó a los periodistas a entrar en su casa.

—Me recuerda al cuarto donde tengo el ordenador —confesó Royi, contemplando el desorden organizado que reinaba en la habitación—. ¿A que si alguien le mueve un papel, usted se da cuenta?

—Aquí no entra nadie. Soy amo y señor de este castillo desde que se fue mi compañero. Discúlpenme un segundo —el padre Fermín se tiró literalmente al suelo, apartando cajas y sacando trastos de debajo de la cama—. ¿Pueden hacer sitio en la mesa, por favor? —pidió, desde debajo del colchón.

Royi apartó las cuatro cosas que había encima, dejando su superficie despejada. El sacerdote emergió de debajo de la cama sujetando el fardo de João y un pequeño paquete de plástico transparente:

—Guantes de goma —explicó, arrojando el paquete sobre la mesa—. Si van a tocar esto, úsenlos.

David se puso los guantes, sintiendo en su piel el talco que impregnaba su interior. Mientras tanto, el padre Fermín desataba los nudos de la cuerda. Por fin retiró el último doblez, dejando al descubierto la espada, pulida y brillante. Los periodistas la contemplaron en silencio durante unos segundos. Aunque los dos se veían impresionados, los ojos de David parecían los de un niño de cinco años que acaba de descubrir que los Reyes le han dejado su juguete favorito.

—¿Puedo cogerla?

—Por supuesto —el sacerdote se dirigió a Royi—. Póngase unos guantes, y cójala usted también...

Este rechazó la oferta con un gesto:

—Él es el experto en antiguallas. Lo mío son las armas de fuego —Royi simuló disparar una metralleta invisible—, y si son automáticas, mejor.

—El modelo pertenece al siglo *xvi* —murmuró David—. No hay firmas ni contrastes... —el periodista la empuñó. El arma estaba perfectamente equilibrada. Buscó y rebuscó alguna marca comercial en ella. Nada. Luego examinó la hoja. Estaba concienzudamente afilada a mano—. ¿De dónde la ha sacado?

—El hombre de la canoa la traía en sus manos, agarrada así —el padre Fermín imitó la postura que João había recreado, allí mismo, dos días atrás—. El pescador que encontró el cadáver la cogió, antes de que llegara la policía. Pensó que podría

sacar algunos reales vendiéndola. El pobre se arrepintió unos días después y la trajo aquí.

—¿Y usted la ha ocultado desde entonces? —Roi dio un silbido—. Como se entere la poli...

—Si la policía se entera, un hombre inocente y sin recursos acabará pagando el pato por este crimen —dijo el sacerdote, dirigiéndose luego a David—. Decidí tomar contacto con usted porque su nombre y su correo electrónico aparecen en el diario que llevaba encima el muerto de la canoa...

—¿Ha visto ese diario? —preguntó David.

—No. Sé que existe porque a mi amigo el policía se le escapó: le tiré de la lengua mientras estábamos cocidos de cachaça. También sacó un papel con su nombre y su correo electrónico, y lo memoricé —el padre Fermín soltó una risita—. Deben pensar que estoy loco, pero el caso es que decidí escribirle. Pensé que esta espada podría darle alguna pista —hizo una breve pausa—. ¿Saben que el diario y la cámara fotográfica del muerto fueron robados en Manaos?

David frunció el ceño, sorprendido de nuevo, e intercambió una mirada de recelo con Roi:

—¿Robados? ¿Quién lo hizo?

—Al parecer, fue un asalto casual —dijo el padre Fermín—, simple mala suerte. El policía de paisano que transportaba las pruebas desde un laboratorio a la comisaría fue atacado en plena calle. Sucede todos los días en Brasil. No solo le robaron las pruebas, sino todo lo que llevaba encima.

David se dirigió a Roi:

—¿Crees que nuestro *patrocinador* necesitaría recurrir al robo para obtener las pruebas del caso?

Roi levantó exageradamente una ceja:

—¿Con la pasta que tiene? ¡Ni de coña! Lo más probable es que el robo haya sido casual, como dice el padre Fermín.

—¿Pueden decirme quién es su... patrocinador? —preguntó el misionero.

—No estoy autorizado para decírselo —se disculpó David—, lo siento.

—Pero el hijo de ese hombre es uno de los desaparecidos, ¿verdad? —el periodista asintió con la cabeza; el cura estaba bien informado—. Entiendo —el padre Fermín señaló la espada, que David aún sostenía en la mano—. ¿Y qué opina de eso?

David movió la espada en el aire un par de veces y luego la dejó encima de la mesa. Tanto el padre Fermín como Roi esperaban su veredicto:

—La espada no es una réplica —comenzó a decir, quitándose los guantes de látex—, o sea, es un arma de verdad, afilada y preparada para matar. Su diseño es del siglo XVI pero, definitivamente, no pertenece a esa época.

Una sombra de decepción cruzó el semblante de Roi:

—Y yo que pensaba que era una prueba de que habían encontrado algo allí...

—Es imposible que una espada del siglo XVI se conserve así después de estar expuesta al clima de la selva durante cientos de años —objetó David—. De hecho, este tipo de acero es desconocido para mí. Es ligero como el titanio, y su hoja está increíblemente afilada. Me atrevería a decir que esta espada está fabricada con una aleación moderna y de altísima calidad, aunque no hay marca comercial que dé pistas del fabricante. Quizá haya sido forjada por un artesano, quién sabe...

El padre Fermín se dejó caer en una silla, tan desengañado como Royi:

—He de confesar que veo demasiado cine —suspiró—. Hasta ahora pensé que la espada era auténtica, y el hecho de que hubiera aparecido un cadáver empuñándola avivó mi imaginación...

David sintió empatía por él. Entendía perfectamente cómo se sentía:

—¿Padre, si le cuento algo más de todo esto, lo tratará como secreto de confesión?

—Por supuesto que sí.

—El hijo de nuestro patrocinador es amigo mío. El objeto de su viaje fue investigar una zona perdida en la selva donde podrían encontrarse las ruinas de un enclave español del siglo XVI que aún no ha sido descubierto.

El sacerdote escuchaba atentamente al periodista.

—Al ver la espada, yo también pensé que podría ser una prueba fehaciente de que efectivamente habían encontrado algo —confesó—, pero después de examinarla, me he dado cuenta de que no es una espada antigua.

—¿Y de dónde pudo sacarla el muerto? —preguntó el sacerdote.

—Probablemente se la hizo un artesano por encargo —aventuró David—. Quizá sea solo un capricho de *friki*. Si hay algo de lo que estoy seguro, es de que esa espada no tiene cuatrocientos años.

El padre Fermín comenzó a envolver de nuevo la espada:

—He de reconocer que me he llevado una decepción...

—Ya somos dos —dijo Royi.

—¿Entonces, ustedes forman parte de esa expedición de rescate?

—Sí —contestó David—. Vamos a remontar el Unu Rono. Los chicos están allí.

—Tenemos permiso para filmar el rescate —informó Royi, mientras el padre Fermín volvía a tirarse al suelo para guardar el fardo—, así que seguramente podrá verlo en DVD dentro de unos meses.

—Ese río es peligroso —les advirtió el sacerdote, sacudiéndose los pantalones—. Se dice que está controlado por narcotraficantes, y hay quien asegura que hay refugiados de la guerrilla peruana ocultos allí desde hace años.

—Nosotros ya navegamos por él y nunca sufrimos ningún percance —recordó Royi—. Si no metes las narices donde no debes, nadie se mete contigo.

—De todas formas, tengan cuidado. Si tuvieran la amabilidad de llamarme alguna vez, solo para que yo sepa que se encuentran bien, se lo agradecería mucho.

—Así lo haremos —le prometió David. Aquel cura era excelente.

—¿Tienen prisa? —preguntó el padre Fermín—. Ya que están aquí, me gustaría enseñarles los alrededores y así conocen a los nativos para los que trabajamos.

—¿Podemos filmar? —preguntó Royi, sacando una pequeña cámara digital de la bolsa de lona que llevaba colgada al hombro—. Podríamos intentar que Grial incluyera el material que grabemos junto al documental de la misión de rescate. Es una buena oportunidad para dar a conocer su labor aquí y... ¿quién sabe? —Royi le guiñó un ojo—. Tal vez caiga algún que otro donativo.

—Me parece muy bien —aceptó el padre Fermín—, y respecto a los donativos... ¡Dios le oiga! Si algo necesita esta gente es ayuda económica. Puede filmar todas las instalaciones de la misión, menos mi cuarto —el sacerdote puso los ojos en blanco—. ¡Si mi madre descubre lo desordenado que lo tengo, no me libra de una hora de bronca telefónica ni Dios!

Royi volvió a pasearse, cámara en ristre, por las instalaciones del complejo, mientras el padre Fermín repetía el *tour* de nuevo por los diferentes barracones. David improvisó algunas preguntas al sacerdote, que fueron fielmente registradas por el ojo electrónico de la videocámara. Veinte minutos después, Royi anunció que tenía suficiente material.

—Pues si han terminado aquí, demos un paseo —propuso el sacerdote, subiendo al Suzuki.

Durante las horas siguientes, visitaron las modestas haciendas de los alrededores, entre ellas la choza de João, Irene y Nelson. Los indios se mostraron muy sorprendidos al oír a David dirigirse a ellos en amahuaca, lengua en la que se defendía con soltura. Los críos se partían de risa al ver a un hombre blanco hablando su lengua natal, que muchos de ellos desconocían. Hablar portugués abría puertas más allá de la selva; el amahuaca te mantenía preso dentro de ella.

Nadie se resistió a ser filmado. Hubo incluso un padre de familia que obligó a los suyos a vestirse con sus mejores galas para ser inmortalizados con la mayor elegancia posible dentro de su limitadísimo y humilde vestuario. En el transcurso de aquella apacible tarde, los periodistas constataron que el padre Fermín era muy querido por los habitantes de la zona, sobre todo por los más jóvenes.

—Estos chavales sueñan con emigrar a la ciudad en cuanto crezcan —dijo el sacerdote, mirando a cámara. Al fondo de la toma, los más pequeños demostraban sus conocimientos de lectura a coro—. Mi misión aquí es prepararles para que puedan optar a un puesto de trabajo digno, que les permita ayudar a sus familias —dijo, mostrando la pequeña superficie de terreno cultivado que había junto a la choza—. ¿Ven este pequeño huerto? Es la principal fuente de ingresos de esta familia. Malvendiendo lo que sacan aquí, no llegan a los cincuenta o sesenta dólares al mes... y esta familia está formada por nueve miembros —el padre Fermín despeinó cariñosamente al más pequeño—. Si uno solo de estos críos consigue obtener un trabajo que le permita integrarse en la sociedad, mi labor aquí habrá sido un éxito. Me conformo simplemente con eso.

Alrededor de las siete de la tarde, los periodistas decidieron que ya era una hora prudente para volver a Sena Madureira. El sacerdote les llevó de vuelta a la ciudad, dejándoles en la puerta del hotel.

—Mucha suerte —el padre Fermín estrechó las manos de los periodistas—. ¿Me llamarán?

—En cuanto regresemos, si no antes —le aseguró David.

—Rezaré por ustedes —prometió.

Los periodistas bajaron del Suzuki. David rodeó el *jeep* y se asomó a la ventanilla del padre Fermín:

—Antes de que se vaya, padre...

—¿Sí?

—Solo quería decirle que puede sentirse muy orgulloso del trabajo que hace con esa gente. Se lo digo de corazón.

El padre Fermín agradeció el halago de David con una sonrisa, se despidió de los periodistas con la mano mientras metía segunda y desapareció a la vuelta de la esquina. El ruido del motor se fue apagando poco a poco.

—Un tío acojonante —sentenció Royi.

—Sin duda —coincidió David, consultando su reloj—. Será mejor que descansemos un rato, porque de aquí a dos horas alguien que tú y yo sabemos aporreará la puerta de nuestra habitación, entonando himnos de guerra.

—¡Dios, es verdad, se me había olvidado! —exclamó Royi, santiguándose—. ¡Debe estar ya engrasándose el codo para practicar el *levantamiento de vidrio* durante toda la noche!

La profecía de David se cumplió alrededor de las diez, cuando un informadísimo Stephen Warwick dio un parte tan extensivo como detallado de todos los garitos de copas de la ciudad. Por supuesto, aquella noche y la siguiente, tras el consabido vía crucis a la española por todos los bares de Sena Madureira, desembocaron en el Borges, donde festejaron hasta el amanecer.

No se habrían divertido tanto si hubieran sabido que a pocos kilómetros de distancia, un joven llamado Carlinho Pelaes estaba vendiéndoles por trescientos dólares a uno de los hombres más peligrosos de Perú. Un hombre cuya falta de piedad podía ser solo comparable a la tremenda sed de venganza que corroía sus entrañas desde hacía once meses.

Un hombre al que el mundo consideraba muerto.

XVI

SANTOS MONZÓN AVANZABA POR LA ESTRECHA VEREDA horadada en la selva, seguido de cerca por Virgilio Huaranca, su guardaespaldas y hombre de confianza. Aquel molesto paseo, empapado en sudor, rodeado de mosquitos y con siete ojos para no pisar una serpiente o una trampa oculta en la hojarasca, era lo último que Monzón habría planeado para esa mañana de domingo. Pero lo cierto es que tenía que comunicar un mensaje muy importante a Salvador Montalbán, y usar la radio no habría sido prudente. No tenía más remedio que ver en persona a su jefe, y eso suponía tener que hacer un penoso viaje a lo más profundo de la selva.

Monzón tenía veinticuatro años, un espeso cabello negro ondulado, ojos rasgados y sonrisa de dientes grandes y blancos. Solía vestir con ropa de marca, a la que él, de forma innata, le daba un toque hortera de *narcogalán*. Entró con catorce años en la organización de Montalbán, y gracias a su buena presencia y saber estar —que no estaban reñidos con freír a tiros a alguien en una discoteca por un desafortunado codazo—, Santos Monzón había sido ascendido hasta alcanzar un cargo equivalente a lo que, en una empresa normal, podría ser un jefe de ventas. Su catálogo de productos no era extenso ni difícil de vender: no tenía que preocuparse por aprender sus virtudes, ni tenía que estresarse en octubre para preparar la campaña de navidad. En realidad, su catálogo se reducía a un solo artículo, eso sí, muy rentable.

Cocaína.

Santos era el encargado de rematar —a veces, la palabra rematar adquiriría su significado más literal— las transacciones de su jefe con los compradores. Él era quien llevaba la droga y recibía, a cambio, el dinero acordado. Estas operaciones podían realizarse en Perú o en cualquier otro país de la zona norte de Sudamérica. La verdad es que el joven adoraba su trabajo: tenía un alto factor de riesgo que le enganchaba como engancha la heroína a un yonqui (a veces, algún que otro negocio acababa a tiro limpio, lo que daba salsa a su vida). Viajaba con frecuencia a ciudades importantes, incluyendo Miami, donde esperaba establecerse algún día. Dentro de la organización de Montalbán, Monzón era afortunado: sus comisiones le permitían disfrutar de un lujo y un nivel de vida infinitamente mejor que el del resto de sus compañeros, que solían pasar meses y meses incomunicados en la jungla. Él solamente visitaba la selva cuando tenía que llevar dinero en efectivo a su jefe, o si tenía que comunicar un mensaje importante que no pudiera ser transmitido por radio, como era el caso.

El teléfono móvil de Virgilio Huaranca había sonado la noche del viernes, justo cuando Monzón se dirigía a una sauna de Pucallpa para relajarse y echar un polvo. Ya

había elegido de antemano a su compañera de juerga para ese fin de semana: una chica morena llamada Nadia, agraciada con unas medidas de vértigo, a la que había conocido en su anterior visita al local, hacía poco más de un mes. Tomarían una sauna, luego se la llevaría a cenar al restaurante más caro de Pucallpa, uno de esos que solamente los turistas y los narcos pueden permitirse. Después esnifarían unas rayas, tomarían unas copas y se encerrarían en una *suite* de lujo para ponerse hasta el culo de todo hasta el lunes. Un plan apetecible, abortado por la puta llamada de Carlinho Pelaes.

Como hacían cada vez que tenían que ir a la selva, utilizaron un helicóptero que les llevó hasta una zona despejada a unos seis kilómetros de donde se encontraba el laboratorio de Montalbán. Siempre viajaban en la misma aeronave, propiedad de un piloto ruso que aceptaba dinero negro sin rechistar y no hacía preguntas —de hecho, no hablaba nunca—. El helicóptero les llevaba hasta el descampado, y una vez allí, el ruso se quitaba de en medio hasta que recibía la orden de recogida por radio. El último trecho del camino era, inevitablemente, a pie. Para llegar hasta el complejo de Montalbán, había que atravesar un laberinto de veredas repleto de bichos, cortados, trampas y vigilantes armados que sufrían tics nerviosos en el dedo del gatillo. Para alguien que no conociera el camino a la perfección, llegar hasta la cueva de Montalbán era imposible, aunque desde hacía casi un año, la vida en la selva estaba siendo muy tranquila para el capo: ni incursiones de la policía, ni patrullas del ejército, ni helicópteros de reconocimiento sobrevolando la selva...

Nada.

Aquella tranquilidad obedecía a que, oficialmente, la banda de Montalbán había sido desarticulada once meses atrás, en una brutal y sangrienta operación militar que saltó a prensa y televisión a nivel mundial. Los informativos proclamaron la muerte de Montalbán durante dos semanas consecutivas, aunque el cuerpo del narco nunca apareció. Es difícil encontrar un cadáver en la selva, sobre todo después de un bombardeo con napalm. El narcotraficante había aprovechado la noticia de su propia muerte para reclutar un nuevo ejército y reorganizarse en secreto, esta vez aún más escondido, en el interior de la selva que bañaba el Unu Rono.

Monzón y su guardaespaldas llegaron a una intersección de senderos tan estrechos que hasta eran difíciles de ver. La vegetación apenas dejaba diez o quince centímetros de paso, y había que embutirse entre los frondosos matorrales para abrirse paso a duras penas, sufriendo arañazos en la piel desnuda de brazos y rostro. Monzón calculó que ya deberían andar cerca de la zona vigilada por los hombres de Montalbán, así que decidió revelar su presencia:

—Da la señal —ordenó Monzón a Virgilio Huaranca. Este entrecruzó sus manos frente a la boca y ejecutó una soberbia imitación del canto de un ave salvaje. La secuencia de notas, enrevesada y natural a la vez, resonó por toda la selva. Un silbido similar respondió al de Virgilio, sendero abajo.

—Allá están —dijo Monzón, deslizándose por la hojarasca que alfombraba la vereda.

Encontraron al hombre que había respondido al santo y seña a unos doscientos metros. El centinela parecía cualquier cosa menos un sicario: era un hombre de marcados rasgos indios vestido de camuflaje, con pómulos como pelotas de golf y sonrisa afable. Lucía con orgullo una barriga colosal, producto de su afición a las galletas de chocolate que consumía a modo de pasatiempo durante sus guardias. Nadie diría, por su expresión bonachona, que aquel hombre no dudaría en utilizar su *cuerno de chivo* (como llaman los narcos al AK-47 Kalashnikov) a las primeras de cambio. En esa zona perdida de la mano de Dios, trabajar para un narco no es algo tan dramático como lo es en el mundo occidental. En un lugar donde la miseria muestra su peor cara, y las oportunidades de trabajo son pocas y pésimamente pagadas, los más valientes deciden pasar a la ilegalidad (a veces incluso sin ser totalmente conscientes de ello) para dar a los suyos una vida lo más digna posible. Llevar un arma es parte de su trabajo. Utilizarla, también.

—¡Permítame, señor Santos! —rogó el centinela, sacando su *walkie talkie* del cinto—. Ahorita llamo a los otros *guachimanes* para que no les *baleen*.

—Mejor que alguien nos acompañe —propuso Monzón al vigilante—. Todavía no conocemos bien el último trecho hasta el laboratorio nuevo.

—¡Yo mismito, señor! —se ofreció el hombre del cuerno de chivo, feliz de ser útil al lugarteniente de don Salvador—. Acá quedan más *guachimanes*, así que la zona queda vigilada. ¡Vámonos, pues!

Monzón y Virgilio Huaranca siguieron al centinela, que respondía al nombre de Antón. Siguiendo sus indicaciones, pisaron donde tenían que pisar y saltaron donde tenían que saltar. Sin él, seguro que habrían acabado ensartados en una trampa de pinchos, o colgando de la copa de un árbol, dentro de una red. Por fin, llegaron al lugar donde se hallaba el nuevo laboratorio de Salvador Montalbán, que él mismo había bautizado como *la Madriguera*.

Las obras de la Madriguera ya estaban avanzadas cuando el antiguo laboratorio fue arrasado, lo que facilitó la reorganización de la banda después del fortísimo y sangriento golpe que recibieron. La cueva en la que ahora se alojaban los laboratorios había sido descubierta por sus hombres años atrás, por casualidad, en la zona más alta de la selva. Lo que desde fuera parecía una pequeña caverna semioculta por la vegetación, había resultado ser la entrada a una profunda red de túneles. Montalbán decidió que aquel lugar era idóneo para albergar su laboratorio, y comenzó unas obras de acondicionamiento que lenta, pero inexorablemente, fueron llevadas a cabo. Los túneles fueron apuntalados, se reforzaron los muros con hormigón y vigas y se practicaron respiraderos cuyas tomas de aire eran invisibles desde el exterior. Desde el aire, la cueva era ilocalizable; desde tierra, el entrampado y vigilado laberinto de selva mantenía apartados a los intrusos.

Monzón y Huaranca llegaron, precedidos por Antón, hasta la entrada de la Madriguera. Allí encontraron a un par de hombres armados vigilando la puerta, sentados a la sombra de una red de camuflaje. Santos se sorprendió, una vez más, de lo difícil que era ver la entrada incluso a un par de metros de ella. Los centinelas apartaron la vegetación y abrieron una pesada puerta de metal, pintada del mismo color del follaje.

—Patrón, si no me necesita más, me vuelvo a mi puesto —dijo Antón, considerando su misión cumplida.

—Ándale y gracias —Monzón premió a Antón con un billete de cincuenta dólares americanos, y este desapareció en la selva dedicándole bendiciones. Cincuenta dólares por seguir vivo le pareció a Monzón una ganga.

El interior de la Madriguera era una obra de ingeniería poblada por un ejército de hombres armados. En su parte más exterior, los corredores estaban iluminados por antorchas sujetas a la pared que daban al lugar un ambiente sobrecogedor. Conforme se internaba en el complejo subterráneo, Monzón se preguntó cómo habrían llevado hasta allí todo el material y la maquinaria necesarios para construirlo. No habían recorrido ni cincuenta metros cuando una figura familiar salió a su encuentro:

—¡Bienvenidos a la Madriguera! —el hombre, un individuo menudo, de rostro afilado y cabellos lacios y rubios, hablaba español con marcado acento alemán—. ¡Pero qué sorpresa! ¡Don Salvador no me comentó que venían!

—Aún no sabe que estamos acá, Schmeisser —dijo Monzón, abrazando al químico—. Tenemos un recado para él que le hará más que feliz.

Arnold Schmeisser saludó a Virgilio Huaranca con un apretón de manos, que este aceptó en silencio. En la organización de Montalbán, el químico había llegado a alcanzar un rango de poder especial. Para el capo, las manos de Schmeisser valían su peso en oro: nadie procesaba la cocaína como él. Por ello era tratado a cuerpo de rey y gozaba de una autoridad que superaba, en muchos casos, a los más fieles lugartenientes del narco. Como se dice en el argot de los narcos, Schmeisser era un *cocinero* extraordinario, y eso, don Salvador, sabía apreciarlo.

—El jefe está en el laboratorio, síganme —les invitó Schmeisser, precediendo la marcha cueva adentro; mientras caminaba, les mostraba con orgullo el interior de la caverna—. ¿Qué te parece la Madriguera, Santos? ¿La habías visto ya terminada?

—La última vez que estuve acá fue hace más o menos tres meses, y aún estaban de obras. La verdad es que quedó impresionante —reconoció.

La cueva efectuaba un giro a la derecha y descendía en una leve pendiente que había sido recubierta con mezcla, formando un pavimento que evitaba resbalones. Más al interior, las antorchas daban paso a lámparas eléctricas protegidas por un armazón metálico, separadas a modo de guirnaldas por cables sujetos a la pared mediante grapas. Aquí y allá se veían montones de bultos, camastros, mesas, armarios y mobiliario de todo tipo, dispuesto de forma caótica. Sobre todo, llamaba la atención la cantidad de gente que había allí dentro. Muchas de las caras eran

desconocidas para Monzón, ya que pertenecían a los reclutas que reemplazaron a las numerosas bajas causadas por el ataque del ejército, once meses atrás.

—¿Ven? —Schmeisser señaló las bombillas que iluminaban el corredor—. A partir de acá tenemos luz eléctrica. Decidimos meter los generadores lejos de la entrada. Desde fuera no se oyen, aunque la selva esté en silencio.

La cueva se bifurcaba ahora en dos corredores: el de la izquierda daba a una estancia grande que hacía las funciones de almacén y dormitorio. El de la derecha, que fue el que tomaron los tres hombres, desembocaba en la gruta donde se habían instalado los laboratorios de proceso de cocaína. El fuerte olor de los productos químicos inundó las fosas nasales de los recién llegados, y eso que aún faltaban unos metros para llegar a la *cocina*.

A un lado del corredor, encontraron un nicho excavado en la pared. Una reja de hierro oxidado, asegurada con un candado, clausuraba el diminuto habitáculo. Dentro, tumbado de lado, había un hombre extremadamente delgado, con el cuerpo lleno de hematomas y heridas. Respiraba con dificultad, como si estuviera a punto de asfixiarse. El hedor a orina y a excrementos echaba para atrás. Virgilio Huaranca, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo, se alejó de aquella terrible escena, intentando no vomitar.

—¿Y este? —preguntó Monzón, refiriéndose al desgraciado que jadeaba en su jaula.

Schmeisser miró al esqueleto viviente y soltó una risita cruel:

—Un pendejo cabrón, que no tuvo mejor idea que intentar robarse del laboratorio un kilo de *perica*. Hay gente nueva en la familia, Santos, y algunos como este, no saben lo que es la honradez. ¡Pues hay que reeducarles, carajo!

El hombre del nicho emitió un gemido, incapaz de articular palabra. Monzón pensó que era un milagro que aún estuviera vivo.

—Ahorita está en su semana de descanso —prosiguió el alemán. Se veía que disfrutaba con aquello—. Lo reparamos un poco para que no se nos muera, y así la semana que viene le recordamos otra vez que no hay que robarle a don Salvador —golpeó con su mano abierta la reja de metal, haciéndola sonar estrepitosamente; el pobre diablo se sobresaltó, encogiéndose lo poco que pudo en su fétido agujero. Casi no parecía humano—. ¿Ven lo calladito que está ahora este ladrón? —gritó Schmeisser a pleno pulmón; su voz desencadenó ecos por toda la cueva—. ¡Tendrían que verle llorar cuando le ponemos las pinzas en los huevos! ¡Aúlla como una vieja cuando le metemos corriente hasta aburrirnos! —hizo una breve pausa y, bajando la voz a un tono normal, siguió explicando las torturas—. Luego le pegamos un repaso con vergajos, y cuando vemos que va a morirse, le curamos de nuevo. No somos monstruos: no queremos matarlo —aclaró con cinismo—. Solo queremos que sirva de ejemplo a los nuevos, y que así sepan el precio que se paga por robar a don Salvador Montalbán.

Dejaron atrás al muerto en vida y continuaron por el corredor hacia el laboratorio. Este se encontraba en la caverna más grande de todas, donde se habían instalado extractores y respiraderos que daban salida a los vapores tóxicos que emanaban del proceso de elaboración. En un rincón apartado, se podían ver bidones de queroseno, cajones conteniendo potasa y, algo más alejados de estos, una buena cantidad de frascos de ácido sulfúrico, junto a otros contenedores de productos químicos. Monzón contó cinco *cocineros* trabajando. De pie, vestido con unos desgastados *jeans* y una camisa roja a cuadros, un hombre de cincuenta y tantos años, alto, algo grueso y con un espeso bigote negro oculto detrás de su mascarilla, supervisaba con celo el trabajo de los químicos. Cuando oyó los pasos de los hombres acercándose, levantó la vista y vio a Schmeisser acompañado por Monzón y su guardaespaldas. El hombre del bigote se quitó la mascarilla de un tirón y fue al encuentro de los recién llegados, preguntándose, no sin cierta preocupación, el motivo de aquella visita sorpresa:

—¡Santos! —saludó, zarandeándole amistosamente—. ¿Pasó algo, mi hijito?

—Nada malo, don Salvador —le tranquilizó—. ¿Podemos platicar en privado un momentito? Traigo una noticia que creo que le va a gustar.

Montalbán pasó un brazo por encima del hombro del joven y le condujo al pequeño habitáculo que eran sus aposentos, dejando a Virgilio Huaranca atrás, en el pasillo. El mobiliario era espartano: una cama metálica, una mesa, unas sillas y un armario. En la pared, una pequeña repisa albergaba unos pocos libros y algunas botellas de licor. Bajo este estante, otro pequeño armario auxiliar colgaba de la pared de forma precaria, debido a la curvatura del muro. Siempre pensando en el día de su jubilación, Montalbán había decidido posponer todas sus comodidades para el futuro, comodidades que sí disfrutaban su esposa e hijas en su mansión de Miami, donde gozaban de un lujoso exilio. Hacía muchos años que Montalbán había decidido vivir oculto en la selva, como una especie de guerrillero.

—¿Quieres un pisco? —preguntó a Monzón, sacando del armario dos vasos y cogiendo una botella de barro del estante—. Siéntese, mi hijo.

—Gracias, don Salvador —aceptó este, ocupando una silla frente a él.

Ambos alzaron sus vasos y brindaron en silencio. Después del primer trago ritual, Montalbán preguntó a Monzón:

—¿Cuál es esa noticia tan importante que le hizo venir en fin de semana, Santitos?

—¿Recuerda a Carlinho Pelaes, don Salvador? Era guachimán de la zona del río...

El capo hizo memoria. Por muy numeroso que fuera su ejército, solía recordar el nombre y apellido de todos sus hombres:

—¿El *brasileiro* de Santa Rosa? —preguntó al fin.

—Ese mismito, señor.

—Se fue a trabajar a no sé dónde después del ataque... —recordó.

—Trabaja para una empresa de seguridad de Manoel Urbano. Ahorita vigila un campamento que unos gringos levantaron en el río, cerca de Sena Madureira. Dice que desde allá van a mandar un barco para rescatar a unos tipos que se perdieron en la selva, o algo así...

—¿Y qué carajo tiene que ver eso con nosotros? —le interrumpió.

—Carlinho dice que es el mismo barco donde pasó lo de Héctor...

La reacción inmediata de Montalbán fue golpear la mesa con el vaso, con tal fuerza que hizo que el licor saliera disparado en todas direcciones y que Monzón diera un respingo y se encogiera en su silla, presa del terror. El espeso bigote del narco temblaba, adivinándose, detrás del mismo, unos dientes tan apretados que amenazaban con estallar por la presión.

—¿Está seguro? —los ojos de Montalbán daban miedo—. ¿No será que vienen a jodernos otra vez?

Monzón negó con la cabeza e intentó esbozar una sonrisa, en un desesperado intento por aplacar el ataque de cólera de su jefe. No sería la primera ocasión en la que Montalbán cometiera una barbaridad a cuenta de un ataque de ira:

—Ellos nos dan por muertos, don Salvador —razonó el lugarteniente—. Carlinho me platicó que la lancha va sin ametralladoras, y que oyó que van en misión civil...

Montalbán volvió a interrumpir a Santos:

—¿Y cómo está tan seguro ese cabrón de que es la misma lancha, y no otra parecida?

Monzón tomó aire antes de dar a conocer a Montalbán el dato que probaba que aquella embarcación era la misma que, un año atrás, había cortado la huida de los hombres del capo por el Unu Rono, diezmándolos con una terrible lluvia de fuego. Encomendándose a Nuestra Señora de la Merced, rezó porque la reacción de su jefe no fuera desmedida:

—Carlinho vio a bordo al *demonio negro*...

Monzón, a pesar de estar acostumbrado a tratar con lo peor del hampa, no pudo disimular el miedo que le provocó la explosión de cólera del narco. La botella de barro de pisco estalló a pocos centímetros de su rostro, a causa del brutal manotazo de Montalbán. El capo se apoyó en la mesa de forma tan violenta que los vasos saltaron sobre los trozos del caneco, encharcando aún más la superficie de madera. Viendo aquella reacción, Monzón ya no estuvo tan seguro de que aquella información le pareciera tan *paja* a su patrón.

—¿¡Dónde carajo están esos coños de madre!?! —vociferó Montalbán a diez centímetros del rostro de Monzón, que en ese momento era asaltado por historias de reyes antiguos que mataban mensajeros—. ¡Voy a comerme sus huevos, como que me llamo Salvador Montalbán!

—Van... van a remontar el Unu Rono —balbuceó, intentando sonar optimista—. Quise platicarle esto porque podríamos cacharlos por el camino —Santos decidió jugarla, tocando un tema tabú—. ¡Tendrá la *chance* de vengar a su hijo Héctor!

En lugar de provocar un nuevo estallido de cólera (que habría provocado que Monzón se cagara en sus pantalones de marca), Montalbán se apartó de la mesa y comenzó a dar vueltas por la habitación, pensativo. Como bien sabía Monzón, las reacciones del jefe nunca eran del todo previsibles, así que decidió continuar acurrucado en su silla, a verlas venir. Montalbán evaluaba, en silencio, los riesgos que acarrearía un ataque por sorpresa a la lancha. La sangre le hervía en las venas desde hacía once meses. Jamás nadie le había hecho una afrenta como la de aquellos gringos.

Nadie, jamás, había tenido los huevos suficientes.

Montalbán no guardaba rencor ni a la policía ni al ejército peruano. Los militares habían hecho su trabajo, y él aceptaba su derrota con deportividad: aquel día les había tocado perder el partido. Al menos, siempre le quedaría el orgullo de que sus hombres se habían defendido con valentía. La prueba es que el ejército no pudo tomar un prisionero vivo: los hombres de Montalbán causaron muchas bajas antes de morir. Quien no escapó, dio su vida por él en la selva.

Pero lo peor de ese día fue lo que sucedió a bordo de aquella lancha.

Una vez se dio cuenta de que había perdido, Montalbán ordenó a los supervivientes de su ejército que se dispersaran. El único camino viable era el río, y fue allí donde se toparon con aquellos malditos gringos, a bordo de aquel puercoespín de ametralladoras.

Aquel fatídico día, junto con Arnold Schmeisser, Montalbán consiguió huir en dirección a la Madriguera, confiando en que el laberinto que formaban sus veredas y las numerosas trampas que escondía el camino les mantuvieran seguros hasta poder reagruparse. Desde el río les llegaba el sonido de los disparos y los gritos de sus hombres cayendo bajo el fuego de las ametralladoras. Pero la peor pesadilla vendría después, cuando el estruendo de las armas de fuego enmudeció y dio paso a unos terribles alaridos de dolor.

Los alaridos de dolor de su hijo Héctor.

Montalbán escuchó, impotente, una voz de mujer amplificadas por unos altavoces a todo volumen. Aquella zorra le provocaba desde el río:

—¡Montalbán, cobarde, hijo de puta! ¡Escucha como sufre tu hijo! ¡Sal de tu escondite, si es que tienes huevos! ¡Entrégate y esto parará!

Con un rugido de ira, Montalbán corrió ladera abajo, hacia la voz. La guerra psicológica había surtido efecto. Schmeisser se había interpuesto en su camino, intentando disuadirle de que no lo hiciera, ya que aquello era claramente una trampa. El químico había resultado ser un obstáculo fácilmente superable por el corpulento Montalbán, que lo había apartado de un empujón lanzándose en un vertiginoso descenso cuesta abajo, hacia el río. Pero aquella carrera no le sirvió de nada: de repente, la selva se encendió delante de él como si le hubiera caído el sol encima, y una fuerza invisible le lanzó contra unos matorrales a varios metros de distancia. Desde el suelo, Montalbán vio pasar, a modo de fin de fiesta, a los dos aviones que

acababan de bombardear con napalm el área que rodeaba lo que había sido, hasta entonces, su laboratorio. La muralla de fuego le cerró definitivamente el paso, así que su única alternativa fue retomar, junto a Schmeisser, el camino ascendente hacia la Madriguera. Por primera vez en décadas, Salvador Montalbán lloró como un niño, y su llanto se prolongó durante incontables días, e interminables noches.

Después del ataque, los supervivientes comenzaron a llegar paulatinamente a la Madriguera. Algunos habían sido testigos del triste destino de Héctor a manos de los gringos. Cuando Montalbán supo lo que el demonio negro le había hecho a su hijo, un dolor inenarrable se alojó para siempre en lo más profundo de su corazón. Desde entonces, no había día ni noche en que no pensara en la terrible agonía de su Héctor, ni momento en el que no soñara despierto con el día de la venganza. Y todo su odio se enfocaba, sobre todo, en el ejecutor de su hijo: aquel hombre negro al que sus hombres describían como una bestia sobrenatural.

Y ahora, inesperadamente, el destino le servía la venganza en bandeja.

El narco, ahora más calmado, decidió tranquilizar a Monzón, que esperaba a la parca acurrucado en su silla. Alzándolo por los hombros, le obsequió con un abrazo paternal:

—¡Hiciste bien, Santos, mi hijito! —le felicitó—. Perdona mi mal genio, pero oír hablar de esos *remamahuevos* me corrompe el alma. ¿Recompensaste a Carlinho?

—Nuestro hombre en Manoel Urbano le pagó trescientos dólares —dijo, aún nervioso.

Montalbán sonrió ante aquella cantidad ridícula que, sin duda, había hecho feliz a Carlinho. Comenzó a dibujar el ataque en su mente, aunque tenía claro que debía mantener el anonimato. La principal baza de su negocio era la creencia general de que estaba muerto, y no quería arriesgarse a estar de nuevo en el punto de mira de las autoridades. Tras reflexionar unos minutos, dijo:

—Santos, quiero que te ocupes de esto personalmente —viendo su expresión de alarma, Montalbán se apresuró a tranquilizarle—. No tienes que participar en la balacera, pero sí quiero que trates en persona con quien quiero que se encargue de esos hijos de puta: Víctor Sánchez.

—El señor de Cayáhi —dijo Monzón, aliviado. Saber que Sánchez y sus guerrilleros estarían en el ajo le daba tranquilidad. Eran buenos.

—Sus hombres están bien entrenados y conocen el Unu Rono como la palma de su mano. Sánchez controla esa zona, y me debe más de un favor. ¿Conoces el Paso del Jaguar?

Monzón asintió con la cabeza. Por supuesto que conocía el Paso del Jaguar: un lugar donde el Unu Rono se estrechaba a causa de una lengua de tierra que se extendía desde su orilla derecha hasta más allá de la mitad de su cauce. El lugar perfecto para una emboscada.

—Los gringos no tienen más remedio que pasar por allí —Montalbán recreó el Paso del Jaguar en su mente—. Si utilizamos embarcaciones rápidas, les cacharemos

por sorpresa.

—No olvide que esa lancha está bien blindada, señor —le recordó Monzón.

Montalbán esbozó una enigmática sonrisa de medio lado:

—Acompáñeme, mi hijito —dijo, abriendo la puerta de la habitación—. Le enseñaré mi último juguete, recién traído de Estados Unidos.

Abandonaron la estancia, dejando atrás el laboratorio. Monzón buscó con la mirada a Virgilio Huaranca, pero no lo encontró. «*Andará por ahí solo, como siempre*». Montalbán, que caminaba con pasos largos y decididos, le condujo hasta una gran pila de cajas de madera, algunas de ellas dotadas con asas de cuerda para facilitar su transporte. Por las marcas serigrafiadas y el tamaño alargado de las mismas, era evidente que contenían armas. El capo se detuvo junto a una que destacaba del resto por su mayor tamaño, accionó dos cierres metálicos y abrió su tapa, descubriendo su contenido a Monzón, que abrió la boca, impresionado:

—¡Estas solo las vi en el cine! —confesó, contemplando el gran mazacote de metal pavonado que su jefe le mostraba con orgullo.

—Es linda, ¿verdad? Esta belleza joderá esa puta lancha en mil pedazos. Ahora, escúchame...

Y Montalbán comenzó a darle instrucciones.

Virgilio Huaranca vio aparecer a su jefe por un recodo del corredor, una hora después. Monzón no tenía una expresión demasiado halagüeña:

—La jodimos —dijo, entre dientes—. El jefe quiere que me encargue en persona de esta vaina.

—¿No volvemos a la ciudad?

—Un carajo —gruñó—. Piensa atacar la lancha de los gringos en el Paso del Jaguar, y quiere que nosotros tratemos con Víctor Sánchez en Cayáhi. Tendremos que ir hasta allá andando...

—¿Y luego?

—Nosotros *ranaremos*^[13] desde tierra, no más. Los guerrilleros de Sánchez harán el resto.

En ese momento, una maldición resonó por la caverna. Provenía del pasillo cercano al laboratorio.

—¿Qué carajo pasa ahora? —quiso saber Monzón—. Vayamos a ver.

Monzón y Huaranca llegaron a la zona donde se encontraba el nicho que albergaba al prisionero torturado, donde ya se arremolinaba un corrillo de gente. El desgraciado permanecía completamente inmóvil, con los ojos abiertos y en blanco. Schmeisser se abrió paso a empujones hasta el cadáver y le tomó el pulso. No había que ser forense para certificar que había pasado a mejor vida:

—Un paro cardíaco —diagnosticó, dándoselas de especialista ante los campesinos—. ¡Sáquenlo fuera y entiérrenlo bien lejos, que no apeste! —ordenó; luego, se volvió hacia Monzón y Huaranca, encogiéndose de hombros—. ¡Qué le vamos a hacer... bastante que aguantó el hijo de puta!

Dicho esto, dio media vuelta y regresó al laboratorio.

Virgilio Huaranca acarició imperceptiblemente, por fuera del pantalón, el aerosol que guardaba en el bolsillo. A simple vista parecía uno de esos *sprays* que se utilizan para refrescar el aliento o para combatir las molestias de garganta. Nadie podría imaginar que, en lugar de un medicamento, aquello contenía un veneno capaz de matar a un hombre en segundos sin dejar rastro. Instintivamente, su mano fue del *spray* al crucifijo de oro que colgaba de una cadena sobre su pecho.

En silencio, rezó una oración por el alma de aquel desdichado a quien acababa de librar de su sufrimiento, sin que nadie —por fortuna para él—, se hubiera percatado de ello.

Aquella tarde de domingo, a muchos kilómetros de la Madriguera y a unos cuarenta del campamento base de «Delfín de Río», el nuevo sistema de comunicaciones digitales de la Revenant superó, con rotundo éxito, todas las pruebas a las que fue sometido por el mismo equipo técnico que lo había instalado en la lancha. En la cabina de mando, junto al timón, habían atornillado dos soportes con cargador incorporado para los terminales Iridium. Al lado de estos, junto a la radio convencional de la lancha, habían colocado la emisora digital, conectada a un ordenador portátil acomodado debajo del puente, en la cabina. Los técnicos habían adaptado en el mástil una antena que sobrepasaba en casi dos metros a la original de la Revenant, y junto a esta, una parabólica de pequeño diámetro, pero de extraordinaria potencia.

Desde el barco, efectuaron y contestaron llamadas, enviaron y recibieron *emails*, navegaron por la red y hasta se descargaron vídeos. El sistema informático funcionaba al cien por cien. Una vez superadas las pruebas, la lancha regresó al campamento base para ultimar los preparativos finales: al día siguiente zarparían, rumbo a Boca Verde.

Woods se encontraba en la popa de la lancha, con la mirada perdida en dirección a Perú. En ese momento, aparte de él, se encontraban en la Revenant dos miembros más del equipo Hydra: Miles y Duke. Miles era el navegante, y era el segundo más joven del equipo Hydra, después de Migale, la chica hispana. Miles no había cumplido aún los treinta y era norteamericano, como la mayoría del team. Tenía pinta de surfista: era rubio, atlético, con cabeza ovalada, ojos azules, nariz respingona y sonrisa agradable. Había servido durante siete años como suboficial entrenador en los boinas verdes, hasta que decidió abandonar el ejército para enrolarse en el team Hydra. Aparte de una impresionante mejora en su sueldo, Miles siempre había soñado con participar en operaciones reales, cansado de años y años de continuas e interminables maniobras con las fuerzas especiales.

El otro tripulante a bordo respondía al nombre clave de Duke, apodo que se había ganado por su aspecto elegante y señorial. Alto, delgado, y de facciones refinadas coronadas por un lacio y brillante cabello rubio que caía sobre su frente, tenía aspecto de lord inglés. Tenía cuarenta y dos años —aunque aparentaba menos edad— y era

natural de Carshalton, Surrey. En su Inglaterra natal, había servido en el SAS, siempre en operaciones de alto riesgo a las que se presentaba voluntario con una frecuencia que asustaba a sus superiores. Duke siempre destacó por su valor. Lo demostró en su bautismo de fuego en las Malvinas, siendo un mozalbete: embutido en un traje de neopreno, sumergido hasta los ojos en las gélidas aguas de las Falklands, Duke guió, mediante designadores láser, los ataques de los Harrier de la RAF contra los búnkers argentinos. Su última misión con el SAS tuvo lugar en Sierra Leona, en septiembre de 2000. Allí formó parte de la Operación Barras, liberando a los rehenes ingleses retenidos por el líder rebelde Foday Kallay. Tras ser condecorado por última vez, decidió probar suerte como soldado de fortuna y acabó en las filas del team Hydra, a las órdenes de Woods.

—¿Qué te preocupa, jefe? —preguntó Duke, sentándose junto a él en la popa de la Revenant—. No será Montalbán, ¿no?

Woods le miró de reojo:

—Te parecerá mentira, pero sí. Tengo un mal presentimiento...

—Montalbán no pudo sobrevivir a ese asalto, y menos aún después de que barrieran la zona con napalm. Allí no quedó nadie vivo.

Woods mantuvo su mirada perdida en el horizonte, así que Duke aprovechó su silencio para aportar más argumentos positivos:

—Imagina por un momento que sobreviviera —elucubró—. La mayor parte de sus hombres murieron, y sus instalaciones fueron arrasadas. Si Montalbán escapó, en estos momentos estará lejos de Perú, con una cara nueva, disfrutando de la fortuna que ha amasado durante todos estos años.

—Lo que dices es lógico, pero ya sabes que los malos presentimientos son difíciles de acallar. ¿Tú nunca has tenido un mal presentimiento, inglés?

Duke miró hacia arriba, tratando de hacer memoria:

—Sí, una vez. En Irak tuve el presentimiento de que mi mujer me engañaba con un tipo.

—¿Y te engañaba con un tipo?

—No exactamente —suspiró Duke—. Al final me enteré de que me estaba poniendo los cuernos con su compañera de bufete, que para colmo era horrorosa. Ni te imaginas la vergüenza que pasé durante el juicio.

Woods se echó a reír.

—Ahora en serio, jefe —dijo Duke—. ¿Quieres que armemos el barco? Quizá te quedes más tranquilo...

Woods rechazó la idea con un gesto:

—No me hagas caso —exhaló una bocanada de aire—. Dejemos la Revenant como está. No quiero alarmar a nuestro pasaje llevando las ametralladoras montadas. Seremos discretos, ¿ok? —Woods sonrió y propinó una palmada en el hombro de Duke—. En cuanto dejemos atrás la zona que tú y yo sabemos, se me pasará el mal rollo.

—¿Prometido?

—Prometido.

Duke devolvió la palmada en el hombro a Woods y subió al puente con Miles, el piloto. El sol ya agonizaba cuando la lancha atracó en el pantalán del campamento base. Blanch, Valérie, y el resto del equipo técnico de «Delfín de Río», celebraron con champán el éxito de las pruebas. El mensaje que transmitieron a París fue escueto:

Transmisión / recepción voz: satisfactorio.

Transmisión / recepción datos: satisfactorio.

Transmisión / recepción Iridium: satisfactorio.

Conexión Internet vía satélite: satisfactoria.

Seguimiento GPS: satisfactorio.

Niveles de ruido: n/a.

Evaluación general: óptima.

Delfín de Río listo para zarpar.

Plan según horario previsto.

Mientras tanto, a muchos kilómetros río arriba en territorio peruano, una columna de hombres cargados como mulas se dirigía hacia una pequeña aldea a orillas del río Unu Rono. La aldea se llamaba Cayáhi, y aún faltaban tres días para llegar. Durante el incómodo viaje a pie, Monzón no dejó de preguntarse si no habría sido mejor pegarle un tiro en la cabeza a Carlinho en lugar de avisar a Montalbán de la presencia de los gringos. En estos momentos, podría estar revolcándose con Nadia en la *suite* del hotel, en lugar de estar pateando la selva, bajo una lluvia insistente que parecía que nunca iba a parar. Para colmo de males, a Monzón no le hacía ni pizca de gracia tener que enfrentarse a aquellos gringos, que ya habían demostrado en el pasado que, además de ser tremendamente letales, no conocían la piedad. Aquello no pintaba nada bien, no señor.

Santos Monzón, al igual que Woods, tenía un mal presentimiento.

XVII

DAVID, ROYI Y STEPHEN disfrutaron de un fin de semana increíblemente divertido en Sena Madureira. El gran descubrimiento había sido el binomio formado por Royi y Stephen, absolutamente demoledor con cuatro copas encima. Si la intención de los periodistas había sido pasar desapercibidos, su intento había culminado en un fracaso estrepitoso. El viernes por la noche acabaron siendo las estrellas de la barra del Borges, educando a la *jet set* de Acre en el noble arte de mezclar *whisky* con Coca-Cola, cosa que, al parecer, a nadie más se le había ocurrido antes en tan remota zona del mundo. La novedad del *cubata de whisky* fue todo un éxito, tanto así que el dueño del Borges les perdonó la cuenta en agradecimiento por el aporte cultural recibido y por el regalo de una nueva especialidad de la casa. El sábado por la noche, repuestos de la resaca anterior, el trío volvió a arrasarse en el Borges. Muchos de los clientes ya les llamaban por su nombre de pila.

Increíblemente, nunca se les fue la lengua más de la cuenta, a pesar del alto nivel de alcoholemia y las interminables charlas en *portuñol* mantenidas con la fauna nocturna local. Ninguno de ellos reveló los verdaderos motivos por los que estaban en la ciudad: cuando algún lugareño se interesaba por lo que hacían en Sena, ellos respondían que iban a filmar un documental sobre la fauna del Purús. Nadie cuestionó aquella patraña, nacida el viernes por la noche en un *rodizio* local, mientras cenaban carne servida en espada.

El domingo, más tranquilo, se dedicaron a descansar y a tratar de remontar la terrible resaca. No hubo noticias hasta las nueve de la noche, cuando Mercier les llamó para comentarles que todo había ido bien y que saldrían el lunes por la mañana, como estaba previsto.

Fue el propio Mercier quien les recogió, a las nueve de la mañana del lunes, en un todoterreno que él mismo condujo hasta un descampado a las afueras de la ciudad, donde aguardaba el helicóptero de Mike Grant para llevarles a la base. Mercier se despidió de ellos y, tras desearles suerte, se marchó en su 4 × 4 a su oficina de Sena Madureira.

Una vez dejaron atrás las zonas urbanas, la visión del Purús desde el aire resultó ser impresionante: un mar de vegetación verde se extendía a ambos lados del río, flanqueándolo como una muralla viviente de apariencia impenetrable que se perdía en el horizonte y parecía no tener fin. Resultaba difícil creer que aquella selva estuviera tan cerca de la ciudad, ocultando tantos y tantos misterios a los ojos de sus habitantes. En algunas zonas de la orilla del río, la corriente había formado playas de arena clara que acababan difuminándose con la vegetación reinante; en otras, eran los árboles

quienes lo invadían con sus raíces, como si probaran, con sus pies enmarañados, la temperatura del agua. De vez en cuando, divisaban pequeñas barcas de pescadores o mercaderes que daban vida al río. Royi no pudo resistir la tentación de tomar algunos planos aéreos, maldiciendo por no tener allí su mejor cámara que, según Mercier, ya estaba en la base, junto al resto de su equipo.

De los tres pasajeros del Bell, quien mejor se lo pasaba era Stephen. Su expresión de felicidad hacía fácil adivinar cómo había sido aquel hombre treinta años atrás, cuando jugaba en las tranquilas calles de Gibraltar, a la sombra del peñón:

—¡Qué lujo! —exclamó a gritos, intentando hacerse entender por encima del ensordecedor ruido de los rotores; el médico abrazaba en su regazo su voluminosa mochila, que se había negado a depositar en el compartimento de equipajes alegando que contenía material extremadamente frágil—. ¡Y yo que me temía un viaje por tierra brincando en los baches! Nos cuidan bien, ¿eh?

—Esta es la primera vez que subo a un helicóptero —confesó David, hablando también a gritos—. Pensaba que se movería más, no sé —intentó elegir cuidadosamente la frase para explicar la sensación que le producía el vuelo—. Parece como si estuviéramos parados —se dirigió a Royi—. ¿Tú sí habías subido antes a uno de estos, no?

—Varias veces —Royi guardó su cámara en la funda, satisfecho de los planos rodados—. Pero la mejor fue a bordo de un pajarraco de Naciones Unidas: un Lynx inglés. Nos tirotearon a las afueras de Sarajevo. El piloto tuvo que hacer una maniobra de auto rotación en mitad del campo. Casi me cago encima —reconoció.

—¿Una auto rotación? —preguntó Stephen—. ¿Qué es eso?

—Una maniobra que permite al helicóptero aterrizar con el motor parado, como si cayera en paracaídas —explicó Mike Grant, adelantándose a Royi, quién le lanzó una mirada de reojo poco amistosa—. Estos aparatos no pueden planear, así que cuando tenemos un contratiempo, recurrimos a esa maniobra. Es nuestra única oportunidad para no estrellarnos contra el suelo.

—Nunca te acostarás sin aprender algo nuevo —recitó Stephen.

—Yo serví en el tercer escuadrón del Séptimo Regimiento de Caballería en Irak —dejó caer Grant, que estaba deseando soltarlo desde el despegue—. Tenía asignado un Kiowa Warrior —giró la cabeza hacia Royi, que seguía mirándole como si pretendiera hacerle estallar el cerebro mediante ondas mentales—. Usted fue reportero de guerra, ¿no? —el fotógrafo respondió con un misterioso alzamiento de cejas—. Entonces conocerá el Kiowa Warrior...

—¡Por supuesto! —contestó Royi, con sonrisa de cobra real—. Le felicito: el ejército debió considerar que era usted un magnífico piloto para asignarle un Kiowa, ya que ese cacharro es una antigualla de los tiempos de Vietnam, bastante más difícil de volar que los helicópteros de combate actuales, como puede ser el Apache —David dejó de respirar al comprobar que aquel comentario sarcástico había transformado la sonrisa autosuficiente de Grant en una mueca de difícil

interpretación. Para colmo, el fotógrafo se dirigió a sus amigos para rematarle sin piedad—. A ver, chicos, cómo puedo explicarlo para que lo entendáis... Podríamos decir que el Kiowa es el equivalente al Seat Panda de los helicópteros de combate...

David propinó a Royi una patada que fue recibida con alegría, sabedor de que acababa de aplastar moralmente al piloto. Stephen fingió concentrarse en el paisaje para que Grant no lo viera descojonarse de risa, y este, recordándose a sí mismo que aquel fotógrafo bastardo sabelotodo e hijo de puta era su cliente, decidió morderse la lengua y tragarse la humillación. Nadie habló hasta que Grant anunció, con un gruñido preñado de rencor, la llegada a destino. Desde arriba, la visión del campamento base imponía: las altas antenas, montadas sobre torres de metal, sobrepasaban en muchos metros la arboleda que rodeaba el claro, donde habían sido instalados los barracones de color blanco y azul; en la orilla, los muelles de aluminio albergaban varias embarcaciones de diferentes tamaños. Una espesa alambrada cercaba todo el complejo, dándole aspecto de zona militar.

—¡Joder, menudo chiringuito han montado! —exclamó Stephen, mientras el Bell se detenía en vuelo estacionario a quince metros sobre el campamento.

Valérie esperaba la llegada del helicóptero algo apartada de la zona de aterrizaje. Tenía la mano puesta en forma de visera sobre los ojos, que entrecerraba instintivamente a causa de la ventolera provocada por la hélice del Bell sobre la helisuperficie, la cual ya lucía, pintada en amarillo, la típica hache rodeada por una circunferencia. La joven vestía unos *jeans* y una camisa holgada de tono azul claro, e iba sin maquillar, detalle este que no escapó a los periodistas en cuanto pisaron tierra. Aunque seguía siendo muy atractiva, su imagen estaba muy lejos de la mujer sofisticada que, apenas unos días antes, había entrado en la redacción de Grial arrancando murmullos de admiración a la plantilla. El Bell tocó tierra, y Valérie se acercó al aparato una vez que sus rotores perdieron velocidad. La puerta corredera se abrió. El primero en salir fue Royi, seguido de David. El último fue Stephen, que sostenía su mochila en brazos. Parecía pesar una tonelada.

—¡Bienvenidos! —saludó Valérie, con una actitud alegre que distaba cada vez más de aquel estirado comportamiento del que había hecho gala en la redacción de Grial—. ¿Han tenido buen viaje?

—Aburrido —dijo Royi, sacando su mochila del compartimento de carga del helicóptero—. Esta vez ni siquiera me han ametrallado.

Valérie, que no tenía ni idea de por dónde iban los tiros, se limitó a esbozar una sonrisa de compromiso:

—El material de filmación está en el almacén —informó—. ¿Vamos?

—Vamos —dijo Royi—. Espero que haya llegado todo entero...

Stephen, que había conseguido a duras penas colgarse su mochila a la espalda —su megalítico contenido era un enigma para todos—, preguntó a Valérie:

—¿También está preparado el material médico que llevaremos en el barco?

—También —la joven señaló uno de los edificios prefabricados—. ¿Ve ese barracón de allí? Dentro encontrará al doctor Coelho, el médico de la base. Pregúntele a él.

—Gracias —dijo Stephen, dirigiendo sus pasos a la enfermería. Visto desde atrás, con la voluminosa mochila a la espalda, parecía una versión más delgada de Obélix—. Luego os veo.

Valérie condujo a los periodistas hasta otro de los barracones y abrió la puerta, usando una pequeña llave que formaba parte de un manojito unido por un aro metálico a una plaquita de plástico. En su interior había bultos de todas clases, más o menos ordenados en diferentes pilas. Buscó con la mirada hasta dar con unas cajas de aluminio, precintadas con cinta adhesiva serigrafiada con el logotipo de la empresa de transporte. Eran cuatro maletones reforzados, que Royi desprecintó cuidadosamente, comprobando que sus cámaras y demás enseres de filmación se encontraban en perfecto estado. El material principal que había viajado desde la redacción de Grial hasta el campamento base se componía de dos cámaras fotográficas y dos de vídeo, todas ellas digitales. Las de fotos eran dos Nikon exactamente iguales, pero dotadas de objetivos diferentes. La videocámara principal de Royi, con la que había filmado sus dos últimos reportajes, era una JVC digital que podía grabar en alta definición tanto en disco duro como en cintas de formato MiniDV. El fotógrafo comprobó, satisfecho, que había cintas de sobra y que habían incluido tres discos duros extraíbles de alta capacidad, enfundados en mochilas protectoras, listos para ser conectados a la cámara. Por último, acomodado dentro de una pequeña caja de plástico, había un diminuto sistema de micro cámara preparado para ser ocultado en cualquier sitio y grabar sin llamar la atención, incluso en la más absoluta oscuridad. El resto del material estaba compuesto por trípodes, reflectores, objetivos, y demás accesorios de rodaje. Aparte de ese equipo, Royi llevaba siempre encima la mini cámara digital que había usado en la misión del padre Fermín y en el helicóptero.

—Todo perfecto —aprobó Royi, devolviendo la JVC a su estuche con el mismo cariño con el que depositaría a un bebé en su cuna.

Valérie se sentó sobre unas cajas con los hombros caídos hacia adelante, los codos apoyados en los muslos y las manos lacias colgando. David y Royi cruzaron una mirada entre ellos, extrañados por el comportamiento tan poco habitual de la joven, que hasta ahora siempre había rebotado hiperactividad.

—¿Estás cansada, Valérie? —le preguntó David, preocupado, sin darse cuenta de que la había tuteado por primera vez—. No te veo en tu salsa.

Ella agradeció que David diera el primer paso para aparecerse del usted:

—Cansada no, aburrida. Aquí no tengo nada que hacer, aparte de esperar noticias vuestras desde la lancha —dijo—. Y encima, dispongo de un ejército de técnicos que se ocupará de ello. He de pensar a qué dedicar todo este tiempo libre, o el campamento se me vendrá encima. La verdad es que no estoy acostumbrada a esta inactividad.

—Vente con nosotros —la invitó Royi—. Una mujer a bordo siempre viene bien.

—Ya lleváis una a bordo —apuntó Valérie—. Uno de los miembros del equipo de seguridad es una mujer. Luego os los presentaré.

—¿Qué tal son? —preguntó David, interesado en conocer su opinión.

Valérie torció el gesto. David y Royi no supieron interpretar si era buena señal o no:

—Ufff... no son como me los imaginaba —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Más que un equipo de seguridad, parece el reparto de una *peli* de Chuck Norris.

—Bueno, en la selva no creo que puedan ir de traje negro y gafas oscuras —razonó Royi.

—Uno de ellos me produce escalofríos —reconoció Valérie—. Es un tipo de casi dos metros, negro como el carbón, todo músculo, con la cara llena de cicatrices y la cabeza afeitada; y tiene unos ojos tan rojos que podría encender un cigarrillo con ellos. Antes les vi entrar en la cantina —se apeó de las cajas de un brinco—. Vamos allí y les conocéis.

Royi salió el último, llevando en brazos la caja de aluminio que contenía la JVC, incapaz de separarse de ella. A mitad de camino de la cantina, un hombre joven y sonriente se acercó hasta ellos con la mano extendida. Valérie se apresuró a presentarles:

—David, Royi —la mujer utilizó el diminutivo directamente—. Jean Blanch, nuestro ingeniero jefe de telecomunicaciones.

—Es un placer conocer a los auténticos héroes de «Delfín de Río». —Blanch les estrechó las manos; su español, muy correcto, tenía cierto acento catalán—. No sé si les habrán dicho que está todo dispuesto para que salgan esta misma mañana.

—Nosotros también estamos listos —dijo David; luego, abarcó el campamento con un gesto de su mano—. Han montado aquí un tinglado espectacular: felicidades.

Blanch agradeció el cumplido y ocupó los siguientes minutos de la conversación en explicarles con todo detalle la instalación de los equipos de transmisiones en la lancha y los sobresalientes resultados obtenidos en las pruebas. De repente, el ingeniero se golpeó la frente con la palma de la mano:

—¡Casi se me olvida! —Blanch metió la mano en uno de los bolsillos de su chaleco y sacó tres pulseras de goma—. A partir de ahora, llévenlas puestas en todo momento. Así les tendremos controlados por GPS.

—¡Qué detalle! —apreció Royi, colocándose la suya en la muñeca derecha—. Llevan nuestros nombres impresos.

—Nuestro sistema codifica su presencia en un mapa que aparece en pantalla —dijo Blanch—. No solo vemos un punto: sabemos quién es ese punto —soltó una risita—. Así no se nos pierden.

—Genial —dijo David, colocándose la suya.

—Esta es la del doctor Warwick —Blanch le tendió la pulsera a David—. ¿Se la da usted?

—Por supuesto —aceptó, guardándola en el bolsillo.

—Bien, pues luego les veo —dijo Blanch—. Tengo que hacer unas últimas comprobaciones en el sistema de radio digital. Si me disculpan...

Blanch se dirigió a paso ligero hacia el barracón que estaba junto a la torre de la antena parabólica. Valérie, David y Royi llegaron a la cantina. Ella abrió la puerta (normalmente cerrada para no desperdiciar frigorías) y les invitó a entrar. Aquel barracón era algo más grande y cuadrado que la mayoría de las estructuras del complejo, y estaba dividido en dos habitáculos: una cocina en la parte posterior y lo que era la cantina en sí, donde se atendía al personal. Detrás de la barra de aluminio había un barman tan concentrado en manipular la máquina de café expresso que ni se dio cuenta de que había clientes nuevos en el local. Habían metido más mesas y sillas de la cuenta, lo que convertía el trayecto hacia la barra en una prueba de obstáculos. En ese momento, la única clientela que disfrutaba del ambiente climatizado de la cantina estaba formada por cuatro hombres y una mujer sentados en una de las mesas. No hacía falta ser Sherlock Holmes para deducir que eran el equipo Hydra. David y Royi buscaron con la vista al gigante negro, comprobando, decepcionados, que no estaba allí. Woods y sus hombres (que a diferencia del barman sí que se habían percatado de su llegada) se levantaron a la vez para recibir a los recién llegados. Una vez más, Valérie tomó la iniciativa con las presentaciones:

—Señor Woods, ellos son David Beltrán y Royi Durán —el jefe del team les saludó con un apretón de manos, dibujando en sus facciones una dura sonrisa de medio lado—. El doctor Warwick está haciéndose cargo del material médico —le excusó Valérie—. Le conocerá dentro de un rato.

—Un placer —dijo Woods, hablando un más que correcto español—. Permítanme que les presente a mi equipo. Comencemos con las damas: Migale.

La chica de rasgos hispanos se adelantó y estrechó la mano a los periodistas. Estos pudieron apreciar la fibrosa complejión de la mujer, cuyas venas del brazo parecían a punto de reventar. No era muy alta, tenía pechos pequeños, abdominales que se dibujaban bajo su ceñida camiseta caqui y un pelo negro y rizado que casi le tapaba los ojos, dándole aspecto de pandillera del Bronx. Ni siquiera Royi se atrevió a preguntar por qué se apodaba como una de las arañas más letales del mundo.

—Este *gentleman* es Duke —presentó Woods.

—Encantado —saludó el inglés, acompañando sus palabras con una leve inclinación de cabeza.

—Miles, nuestro navegante y piloto —el joven sonrió y saludó con la mano. Era el que tenía un aspecto más normal de todos; el típico chico guapo que podemos ver sentado en una terraza, tomando una caña con su novia—. Es a él a quien tienen que pedir responsabilidades en caso de mareo.

—Encontrarán las bolsas higiénicas debajo de sus asientos —recitó Miles.

—Y por último, este es Stitches, nuestro médico —los periodistas apreciaron que, al igual que Migale, tenía una musculatura muy trabajada—. Espero que no tengamos que necesitar sus servicios y nos conformemos con verle hacer flexiones a bordo. Me falta presentarles a Jones. Seguramente estará en la lancha. Espero que no se dejen intimidar por su aspecto: les aseguro que no muerde.

Valérie le propinó a David un golpecito en la parte trasera del muslo con disimulo, a modo de *¿qué te dije?* El deseo de los periodistas por conocer a Jones empezaba a rozar el morbo. Que el propio Woods les advirtiera sobre su aspecto era significativo.

—¿Qué les parece si les explico nuestro itinerario? —Woods se dirigió a sus hombres—. Vosotros seguid desayunando, yo me ocupo de esto.

Woods se dirigió a la mesa más alejada de la barra y abrió el bolso portaplanos que llevaba en bandolera. Sacó de él una funda de plástico con cierre hermético que protegía un mapa pulcramente doblado, que extendió bajo la atenta mirada de David y Royi. Este, cansado de cargar con el estuche de la cámara, lo dejó sobre una de las sillas.

—¡Vaya obra de arte! —exclamó Royi, que jamás había visto un mapa tan detallado—. ¿De dónde lo ha sacado? Hemos buscado algo así en Sena Madureira y no encontramos nada parecido...

—Este mapa no se vende en papelerías —aseguró Woods, planchándolo cuidadosamente con la palma de la mano—. Este es el mapa oficial que utiliza la DINANDRO para sus operaciones.

—¿La DINANDRO? —preguntó David. Era la primera vez que oía esas siglas.

—Dirección Nacional Antidroga de Perú —explicó Woods—. Aquí aparecen nombres de aldeas, poblados, zonas de avistamiento de no contactados, posibles emplazamientos de campamentos de narcos... en definitiva, todo.

—¡Mira! —Royi dio un codazo a David, señalando un punto en el mapa—. Aquí sí que aparece Yacaril. ¡No lo encontramos ni en internet! —explicó a Woods.

—¿Podrían señalar en el mapa el lugar al que ustedes llaman Boca Verde? —preguntó Woods.

David recorrió el Purús con el índice hasta localizar el afluente llamado Unu Rono. Después de titubear un poco, dibujó un círculo con el dedo en una zona del mapa, a unos cuantos centímetros de su desembocadura.

—Lamento no poder ser más preciso —se excusó—. Calculo que por aquí, más o menos.

Woods llamó a su navegante, que en ese momento departía con sus compañeros en la mesa:

—Miles, ven un momento —el joven no le hizo esperar—. ¿Podrías hacer un cálculo en millas desde donde estamos hasta este punto?

Miles se inclinó sobre la mesa, mordiéndose el labio inferior. Después de unos segundos, dijo:

—En línea recta, unas doscientas millas —Miles levantó la vista hacia Woods—, pero con lo tortuoso que es el Unu Rono, esa distancia podría multiplicarse por dos.

—Por eso se llama Unu Rono —comentó David—. En *sharanaua* significa serpiente de agua o anaconda.

—Interesante —dijo Woods, centrándose de nuevo en el mapa—. Si no sufrimos contratiempos y mantenemos la velocidad de crucero de la Revenant, llegaremos en una semana, más o menos. Navegaremos solo de día: no quiero correr demasiados riesgos con ustedes a bordo.

—¿Dormiremos en la lancha? —quiso saber David.

—No, estaríamos demasiado hacinados. Acamparemos a diario.

Woods dobló cuidadosamente el mapa y lo devolvió a su funda protectora, que a su vez regresó al portaplanos. Luego se dirigió a los periodistas, apoyando los nudillos sobre la mesa:

—Ahora me gustaría hablar de las normas a seguir durante el viaje —dijo—. Ustedes tienen la misión de conducirnos hasta Boca Verde e identificar su entrada, comunicarse con los nativos y filmar lo que quieran —Woods les miró a los ojos, primero a David y luego a Royi—. Hasta aquí estamos de acuerdo, ¿verdad?

Los periodistas asintieron.

—Mi misión y la de mi equipo consiste en mantenerles vivos y traer a Gérard LeVu y a sus amigos de vuelta —prosiguió—. Si desean que detengamos la lancha en algún lugar concreto para rodar, lo haremos, siempre y cuando consideremos el lugar seguro y la parada no signifique perder demasiado tiempo —Woods clavó su vista en David—. Ya saben que no pueden filmarnos a nosotros...

—Lo sabemos —le tranquilizó David—. No se preocupe por eso.

—Ok —aprobo Woods—. Hay algo que me gustaría dejar claro desde el principio: si por manos del diablo se presenta alguna situación que yo considere peligrosa, espero que obedezcan mis órdenes al pie de la letra y no las cuestionen bajo ningún concepto. ¿Entendido?

La conversación se transformó en un silencioso duelo de miradas entre Woods y los periodistas. Realmente, Woods no estaba pidiendo nada del otro mundo, pero su tono sonaba incómodamente imperativo. Royi rompió el silencio con una pregunta:

—¿Qué es lo que usted considera una situación peligrosa?

Woods ladeó la cabeza levemente, en un gesto que Royi no supo interpretar:

—Señor Durán, mi vida transcurre en lugares donde el peligro está presente de forma constante...

—Yo también he vivido así —le interrumpió Royi, desafiante—. Desempeñé mi trabajo en primera línea...

—Entonces sabe a lo que me refiero —esta vez fue Woods quien interrumpió a Royi—. En el Unu Rono, el peligro puede acechar en cualquier sitio.

Royi no se achantó:

—Le recuerdo que nosotros estuvimos allí, y no es para tanto.

Woods resopló como una olla a presión. David temió que la cosa fuera a peor, pero en lugar de eso, el Hydra abrió sus manos y les tranquilizó:

—Quiero que me entiendan: personalmente, estoy convencido de que no habrá contratiempos, pero en un lugar como el Unu Rono, nunca se sabe —a pesar de que Woods usaba un tono suave, era evidente que Royi le había soliviantado—. Lo único que les pido es que no cuestionen mi orden si en algún momento les digo *salgamos de aquí*. Solo eso —concluyó.

David propinó una patadita a Royi para que mantuviera el pico cerrado y diera por zanjada la discusión. Lo último que deseaba era comenzar el viaje con tensiones:

—De acuerdo —aceptó, cambiando de tema a toda prisa—. ¿Podemos ver la lancha?

—Por supuesto, síganme.

Woods encabezó la marcha, seguido de cerca por David y Royi, que volvía a cargar con el estuche de la JVC. Mientras caminaban hacia el muelle, Valérie fue interceptada por un individuo que le endosó unos papeles urgentes que ella tuvo que leer *in situ*:

—¿Me disculpan un momento? Blanch quiere que le firme esto...

Todos la disculparon, y los periodistas siguieron a Woods hasta el embarcadero. Allí estaba la Revenant. Royi dejó su carga sobre el pantalán y examinó la lancha con sonrisa burlona:

—¡Pero si es una *Monitor*! —para sorpresa de Woods, identificó correctamente el tipo de embarcación—. ¡Debe tener por lo menos cuarenta años! ¡Y yo que pensaba que sería una embarcación ultra moderna...!

«¡Coño, Royi, no empieces otra vez!», maldijo David para sus adentros. Deseó fervientemente que su colega se metiera la lengua en el culo y no la sacara hasta que estuvieran de regreso en Madrid.

—Que un árbol no le impida ver el bosque, señor Durán —silabeó Woods, aguantando con gallardía la acometida de Royi, que no perdía su sonrisa mientras estudiaba el barco—. La Revenant ha sido modificada casi por completo: su motor es nuevo, su blindaje ha sido mejorado, sus sistemas de navegación son de última generación... y para colmo, ayer le instalaron unos equipos digitales dignos de la NASA —Woods señaló la proa con el dedo—. También hemos mejorado la habitabilidad, eliminando las torretas de artillería y aligerando significativamente su peso. Si tienen la bondad de subir a bordo...

David pegó un codazo a Royi en las costillas (esta vez a mala leche y con intención de que le doliera) y saltó a la bañera de la Revenant. Royi se restregó la zona del impacto y recogió la caja de la cámara.

Woods les fue mostrando las diversas modificaciones hechas a lo largo de su historia (no lo mencionó, pero la Revenant había recibido su bautismo de fuego en el delta del Mekong, durante la guerra de Vietnam), y la verdad es que se veía impecable. La torreta de proa, que originalmente albergaba un obús de ciento cinco

milímetros, había sido eliminada, dejando en su lugar un foso redondo que en aquellos momentos estaba vacío, aunque Royi adivinó a primera vista que estaba preparado para albergar algún tipo de arma pesada, quizás una ametralladora de grueso calibre o algo similar. La bañera, que ocupaba más de la mitad de la nave, no había sido modificada, aunque sí habían acoplado cajones metálicos que servían, a la vez, de asientos y de almacenaje. La cabina había sido ampliada y reforzada con unas planchas blindadas que la protegían del fuego de armas ligeras. El pequeño puente de mando, que originalmente era al aire libre, había sido también cerrado con placas blindadas para ofrecer mayor protección. El puente se comunicaba con la cabina por una escalinata metálica de cinco peldaños. En el mástil, elevándose unos metros sobre la zona más alta de la obra muerta, estaban las antenas de radio y de radar, esta última con forma de palangana. Desde el puente salían unos tubos horizontales que sostenían el toldo corredizo que cubría la bañera en caso de lluvia. David se asomó por la borda y comprobó la extraña construcción del casco de la nave, que presentaba líneas formadas por estrechas barras de acero que parecían unir las planchas de metal entre ellas.

—¿Por qué tiene el casco esta forma tan peculiar? —preguntó, intrigado.

—Lo que usted ve no es realmente el casco —le aclaró Woods—. A esto se le llama *armadura de barras* —el comandante golpeó una de las planchas con sus nudillos, produciendo un sonido hueco—. ¿Lo ha oído? Hay una cámara de aire entre el casco y la armadura, lo que impediría que un proyectil de carga hueca lo perforara.

—¿Y es realmente eficaz? —preguntó Royi, escéptico.

—En teoría, sí. Lo cierto es que no nos disparan todos los días con cargas huecas —reconoció Woods, con una sonrisa ladeada—. Vengan conmigo a popa, por favor.

La zona de la bañera, junto con la cabina, era la que más comodidades ofrecía, siempre dentro de la concepción espartana de la nave. Sobre los contenedores que hacían las funciones de asientos reposaban unos delgados cojines de lona, cuyo color original había sido devorado por el sol. En el centro de la bañera había una mesa plegable anclada a la cubierta, para evitar que se deslizara con el movimiento del barco:

—Aquí es donde más tiempo pasamos —dijo Woods; seguidamente, señaló la cara interna de la bañera, que le llegaba casi a la altura de la cadera—. ¿Ven estos refuerzos de metal? —David y Royi asintieron—. Lo que voy a decirles ahora no es para alarmarles: considérenlo el equivalente a la información que reciben antes de despegar en un vuelo comercial, cuando les muestran las salidas de emergencia y les enseñan cómo ponerse el chaleco salvavidas o las mascarillas de oxígeno.

Woods se agachó y golpeó con los nudillos las planchas de metal soldadas en la parte interna de la bañera. Esta vez no sonó a hueco:

—Desgraciadamente, es imposible colocar estas planchas por todo el barco, ya que entonces no flotaría —explicó—. Este blindaje de acero adicional es nuestro seguro de vida. Si tuviéramos la mala suerte de que nos dispararan con armas de

fuego, con cerbatanas o con arcos... con lo que sea: en cuanto yo grite ¡al suelo! túmbense siempre en esta zona. Estas planchas son prácticamente impenetrables.

—¿El blindaje de la cabina no es suficiente? —preguntó David.

—Es suficiente para la mayoría de los casos —aseguró Woods—. Pero a veces, bajo ciertas circunstancias, una bala puede atravesar un blindaje. Si me hacen caso y se tumban en la bañera, les aseguro que estarán a salvo.

Royi imaginó una granada cayendo dentro de la lancha. En ese caso, de nada serviría aquel blindaje adicional. Mientras pensaba en esa posibilidad, Woods le arrebató amablemente la caja de aluminio de la cámara JVC:

—Permítame que guarde esto en uno de los contenedores blindados —sugirió—. Por cómo lo trata, supongo que contiene algo frágil...

—Es mi mejor cámara —dijo Royi, observando cómo Woods retiraba uno de los cojines, levantaba la tapadera que hacía las veces de asiento y abría uno de los contenedores. El comandante de los Hydra guardó el estuche de aluminio en su interior. Para alivio de Royi, lo hizo con suma delicadeza.

—¿Tienen más equipo? —preguntó Woods—. Aquí hay sitio para tres o cuatro cajas más.

—Hay tres como esta, más o menos, en el almacén —dijo Royi, agradecido—. ¿Las vamos trayendo?

—Mi gente se ocupará de eso —ofreció Woods, dirigiendo su mirada hacia el muelle—. Bueno, aquí llega el Hydra que aún no conocen.

Los periodistas giraron la cabeza hacia el pantalán y vieron acercarse a la mole negra. El color de su piel era tan oscuro que daba la impresión de provocar reflejos azulados bajo la luz de la mañana. David y Royi no distinguieron un solo vello; ni siquiera tenía cejas. Si no medía dos metros, poco le faltaba. Su camisa caqui abierta mostraba, sobre sus voluminosos pectorales, un amasijo de dijes y amuletos colgados de cadenas y cordones. Cuando estuvo más cerca, pudieron apreciar unas cicatrices simétricas en su rostro, que partían desde el entrecejo surcando frente, mejillas, nariz, mentón y barbilla. Sin lugar a dudas, guardaban un significado ritual o religioso que escapaba al conocimiento de los periodistas. Pero lo que más les impresionó fueron sus ojos: estos resaltaban, rojizos e inyectados en sangre, como faros en el marco negro de su cara.

—Jones, te presento a David Beltrán y a Rogelio Durán.

El gigante les saludó con un leve cabeceo, dibujando una sonrisa capaz de competir con la de la mismísima Gioconda.

—Es hombre de pocas palabras —explicó Woods, como si Jones no estuviera presente—. No es la persona más divertida del mundo, pero merece la pena tenerlo cerca cuando hay problemas.

—No lo dudo ni un instante —murmuró Royi, sin dejar de examinar la inquietante figura del gigante, que desapareció, sin pronunciar palabra, dentro de la cabina de la Revenant.

Justo en ese momento, la voz de Valérie sonó a sus espaldas.

—Ya estoy de vuelta —anunció, para seguidamente dirigirse a los periodistas—. ¿Os importa acompañarme al almacén? Quiero que recojáis vuestro equipo de supervivencia.

—Vayan con ella —concedió Woods—. Luego nos vemos.

Valérie condujo a los periodistas hasta otro almacén, donde les mostró una exposición de ropa, mochilas, correajes y cajas conteniendo equipo de aventura de las mejores marcas. Una vez solos, a puerta cerrada, Royi no pudo reprimir cambiar impresiones con Valérie:

—Esos tipos no son un equipo de seguridad *normal*: son unos *mercs* de la hostia.

—¡Claro! —en el tono de Valérie no había el menor atisbo de sorpresa—. ¿Por qué crees que dije que eran diferentes a como los había imaginado? Me pregunto de donde los sacó Forest...

—Probablemente, de un videojuego —aseguró Royi.

Tres golpes en la puerta interrumpieron las risas, dando paso a la cara sonriente de Stephen. Llevaba las manos ocupadas por varias bolsas de plástico repletas de medicamentos e instrumental médico. De su espalda, como si formara ya parte de su anatomía, colgaba su *mochila-menhir*:

—¿Se puede? Os vi entrar desde la ventana de la cantina...

—Pasa —le invitó David—. Estábamos cotilleando.

—*Shit*, boys —rezongó Stephen, cerrando la puerta con el pie—. Acabo de conocer a los Hydra. Vaya pinta de perros de la guerra, colega: de esos que se cuelgan una ristra de orejas en el cuello y posan orgullosos para *Informe Semanal*...

David, Royi y Valérie soltaron una risa cargada de complicidad que dejó fuera de juego al médico:

—¿A qué viene tanto cachondeo? —preguntó, picado.

—Has visto *solo* a los que están en la cantina, ¿verdad? —le preguntó Royi.

—Sí, a los tres pavos y a doña Migale. Me dijeron que el jefe estaba con vosotros en la lancha...

—Pues si esos te han dado mala espina, espera conocer a Jones —le advirtió Royi—. Pero antes, voy a darte algo que vas a necesitar —el fotógrafo empezó a rebuscar por las cajas que abarrotaban el almacén—. Valérie, por favor, ¿me puedes decir dónde está el papel higiénico?

Una vez más, los tres estallaron en carcajadas, contagiando incluso a Stephen, que no acababa de pillar la broma:

—¿Pero quién coño es ese Jones? Me estáis acojonando, joder —confesó.

—Ya en serio, chicos —Royi se secaba las lágrimas con el dorso de la mano, resistiéndose a proporcionar información a Stephen; lo último que quería era perderse su cara cuando conociera a Jones—. ¡Con menuda peña nos vamos a embarcar! Joder, qué miedo dan...

Valérie se puso seria:

—¿Queréis que llame al señor LeVu? No tenéis que embarcaros con ellos si no os inspiran confianza...

David rechazó la idea, dejando que la lógica se impusiera a sus impresiones. Los habían juzgado por su aspecto, y nadie con dos dedos de frente esperaría que algo denominado equipo Hydra estuviera compuesto por seminaristas:

—Tienen pinta de ser muy buenos. Cualquiera se sentiría seguro teniendo a esas bestias de su parte.

—Se ve que son profesionales —dijo Royi—. Espero que no sobreactúen y se limiten a escoltarnos sin fantasmadas: solo faltaría que ametrallaran a las canoas que nos crucemos por el río al grito de ¡Charlie!

Valérie negó con la cabeza:

—Por lo que cobran, deben ser los mejores —a la joven le vino a la mente la cifra astronómica que su jefe le comunicó en la batcueva—. De todas formas, como vamos a estar comunicados, al menor percance me enviáis un mensaje personal. Además de la radio y los teléfonos, podéis contactar conmigo por *messenger* a cualquier hora, ¿ok?

—No creo que vayamos a tener problemas con ellos —dijo Royi—. Lo cierto es que se nos ha ido la olla cuando hemos visto sus pintas. Hay una cosa muy importante: para ellos, esta misión va a ser como un paseo por el parque y, según sabemos, tienen patente de corso en Sudamérica, cosa que nos viene de perlas. Son idóneos para este trabajo —sentenció.

Todos estuvieron de acuerdo. Stephen, que había permanecido en silencio, levantó el dedo:

—¿Puedo preguntaros algo?

—Por supuesto —concedió Valérie.

—¿Quién coño es Jones?

Como única respuesta, el médico recibió otra carcajada.

Poco antes de las doce de la mañana, los nueve miembros de la expedición se encontraban ya a bordo de la Revenant. Los periodistas y el médico (*los civiles*, como les llamaban los Hydra) habían sustituido parte de su ropa original por prendas especiales de alta calidad, casi todas en tonos caqui o verdosos, que de algún modo les mimetizaban con los mercenarios. Habían seleccionado machetes, navajas multiuso, sacos de dormir, linternas y demás equipo personal de entre la amplia selección que el Grupo LeVu había puesto a su disposición. Stephen había conocido, por fin, a Woods y a Jones. Después de saludar al gigante le pidió a Royi, por lo bajini, un rollo de papel higiénico. Valérie, acompañada de Blanch y de casi todo el personal de «Delfín de Río», despidió a la expedición desde el muelle. Blanch les hizo un gesto señalándose su propia muñeca, recordándoles que nunca se desprendieran de sus pulseras localizadoras. Duke y Stitches soltaron amarras.

—¡Ya sabéis! —gritó Valérie, mientras la Revenant se separaba del muelle—. ¡Mantenedme informada!

—¡Descuida! —David se llevó el puño al corazón en gesto de despedida—. ¡Nos veremos pronto!

Poco podía imaginar Valérie que las palabras de David eran una premonición, y que los dos volverían a encontrarse antes de una semana.

La Revenant se había alejado unos trescientos metros del campamento base cuando Royi echó en falta a Stephen en la bañera. Le localizó en el foso de proa, peleándose con las correas de su mochila. Llevado por la curiosidad, se sentó a su lado:

—No has soltado eso desde que saliste del hotel —observó Royi—. ¿Se puede saber qué cojones llevas ahí dentro que pesa tanto?

—Contrabando —confesó Stephen, con una mirada culpable—. ¡Joder, tenía miedo de que me dijeran que no podía traerlo! Por eso no me separé de ella ni un minuto.

Stephen terminó de abrir la mochila y comenzó a extraer su contenido como si manipulara nitroglicerina. Cuando Royi vio de qué se trataba, no pudo reprimir una exclamación:

—¡La madre que te parió!

Royi contó doce botellas de Johnnie Walker envueltas entre la ropa de Stephen. Este movió las cejas arriba y abajo, en un gesto mefistofélico.

—Es por si tenemos que celebrar algo —dijo, con cara de niño travieso—. O por si nos aburrimos por las noches...

Royi se echó a reír. El viaje no podía haber comenzado mejor.

XVIII

—¡CAYÁHI, PATRÓN!

El guía señalaba con el dedo un conjunto de chozas de caña y madera que formaban una aldea muy cerca de la orilla del Unu Rono, trescientos metros por debajo de la colina donde se encontraban. Santos Monzón consultó su reloj: cerca de las cuatro de la tarde del miércoles. Llevaban a sus espaldas tres días de marcha casi ininterrumpida a través de la selva; tres días en los que habían arrastrado sus almas por parajes impracticables cargados como animales. Aparte de los bultos inherentes a una expedición, llevaban dos cajas de madera que contenían lo que Salvador Montalbán había llamado *su último juguete*. Ojalá funcionara tan bien contra la lancha de los gringos como él esperaba. Monzón sentía que aquella operación le venía grande, por mucho que Víctor Sánchez y sus guerrilleros fueran a llevar la voz cantante en el asalto. Una cosa es un tiroteo entre hampones, y otra muy diferente desencadenar una guerra contra tropas de élite.

—Pásame el walkie —ordenó Monzón a Virgilio Huaranca. Tras comprobar que estaba en la frecuencia correcta, llamó a Montalbán.

Desde que se mudó a la Madriguera, Montalbán jamás había emitido desde allí por miedo a ser localizado. Había ordenado instalar un puesto de radio camuflado en la parte más alta del monte, en lo más profundo de su entrampado laberinto. Montalbán jamás hablaba personalmente a través del micrófono, sino que dictaba sus mensajes al operador de radio de turno y este los repetía palabra por palabra. Lo último que deseaba era resucitar ante las autoridades por algo tan estúpido como hablar por una emisora.

Ese miércoles, Montalbán llevaba cuatro horas aburrido en el puesto de radio, a la espera de noticias de Monzón. Según sus cálculos, estaba a punto de llegar a Cayáhi. Cuando oyó su voz a través del altavoz de la emisora, se levantó de un salto y azuzó a su operador para que contestara.

—Xóya para yóvaa... xóya para yóvaa... —aunque el sonido era débil, el mensaje llegaba a los narcos con suficiente claridad—. Cambio.

—Acá yóvaa, cambio.

—Llegamos —anunció Monzón—. Cambio.

Montalbán dictó al hombre de la radio:

—Dile que siga con el plan previsto, que acá no hay novedad —hizo una pausa—. Y que me llame cuando *ampayem*^[14] a esos *cojudos*. Si los agarran vivos, mejor, y si los matan, que me traigan sus *tutumas*^[15] para colgarlas en la Madriguera.

Monzón recibió el mensaje alto y claro, cerró la comunicación, apagó el walkie y se lo devolvió a Virgilio. Este hizo una seña y comenzaron el descenso por la resbaladiza vereda que llevaba a Cayáhi.

Cayáhi no era una aldea antigua levantada por nativos, sino que había nacido de la evolución de un *huarique*, una guarida de delincuentes. La mayor parte de sus habitantes provenían de núcleos urbanos, eran más o menos jóvenes y todos, sin excepción, tenían problemas con la ley. Cuando alguien quería desaparecer definitivamente, no había mejor lugar en Perú que Cayáhi.

La aldea no figuraba en los mapas ni recibía visitas molestas de las autoridades. El motivo de esta invisibilidad bien podía ser fruto de la casualidad, o bien producto de algún oscuro acuerdo entre ellos y Víctor Sánchez, fundador de Cayáhi y líder de la banda que lo habitaba. En mitad de la selva y a orillas del río, Cayáhi era un punto neurálgico para la distribución de droga y contrabando en la región. Desde allí partían embarcaciones rápidas, capaces de evitar a las patrulleras de la policía con pasmosa facilidad, que efectuaban entregas de cocaína a intermediarios que posteriormente la sacaban del país a través de la selva. Sin llegar a ser empleado de Montalbán, Víctor Sánchez colaboraba estrechamente con él en las tareas de distribución de coca. De hecho, Sánchez recibía dinero del capo incluso en temporadas en las que sus servicios no eran necesarios.

Uno de los centinelas ocultos en la selva observó cómo la expedición descendía a trompicones por la vereda que conducía hasta la aldea. El vigilante reconoció enseguida a Monzón, pero en lugar de revelarse, alertó discretamente a su jefe tirando de un cordón casi invisible que pasaba por encima de su cabeza, hábilmente camuflado entre la vegetación. Una campanilla sonó dos veces en la cabaña de Víctor Sánchez, haciendo que este se levantara de su sillón favorito. Tenía visita. Sánchez apagó la tele y salió de su choza. Si en lugar de Monzón hubiera sido un desconocido, el sonido de la campana habría sido sustituido por el ladrido de los cuernos de chivo.

Sánchez dejó atrás el eterno runrún del grupo electrógeno. El ruidoso aparato proporcionaba electricidad a los pocos electrodomésticos que le servían de nexo con la civilización, abandonada años atrás para renacer en su nueva vida de *chuncho* — como llaman los viejos a los habitantes de la selva—. En cuanto dirigió sus ojos a la ladera, vio al grupo encabezado por Monzón.

El señor de Cayáhi tenía cerca de sesenta años y era natural de Lima. Era de complexión delgada, tenía la piel bronceada por el sol y lucía una melena plateada que le caía más abajo de los hombros. A finales de los setenta, había formado parte de un comando del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru que fue desarticulado en Lima por la policía, frustrando un atentado que planeaban desde hacía meses contra el congresista Javier Diez Canseco. Aquello fue un chivatazo, sin duda. Sánchez fue el único al que no detuvieron en el piso franco que ocupaban en San Juan de Lurigancho. El asalto le pilló de compras. Al regresar del mercado, encontró el edificio rodeado de coches de policía. Lo último que vio, desde lejos, fue a sus

compañeros de comando desfilar con las manos en la nuca, rumbo a los furgones celulares.

El joven Sánchez intentó ocultarse en la ciudad, pero la difusión de su fotografía en prensa y el hecho de que su cara empapelara los muros de Lima convirtieron su estancia en la capital en algo extremadamente peligroso. Se había convertido en uno de los terroristas más buscados de Perú, y sería cuestión de tiempo que la policía lo acorralara. Antes de que estrechasen más el cerco, Sánchez decidió abandonar Lima e internarse en la selva. Allí logró contactar con otro comando del MRTA que le ayudó a alcanzar la zona este de Perú, donde se unió a otros Túpac Amaru, cuya misión consistía en atacar propiedades del gobierno en el Departamento de Ucayali.

A mediados de los ochenta, harto de la disciplina y de la sangrienta lucha idealista del MRTA, Sánchez lideró una revuelta dentro de su propio comando que culminó con el asesinato —él lo llamó ejecución— de su jefe. Tras esta traición a la causa, él y sus hombres huyeron hasta la orilla del Unu Rono, donde levantaron un pequeño poblado al que llamaron Cayáhi. Allí permanecieron invisibles tanto para la guerrilla como para la policía, dedicándose a transportar drogas al servicio de los narcos de la región para sobrevivir. Poco a poco, la población de Cayáhi fue cambiando y creciendo: algunos de los terroristas se enrolaron con los traficantes (muchos de ellos acabaron en las filas del ejército de Montalbán), otros murieron por diferentes causas y otros, simplemente, se marcharon de allí buscando un cambio de vida, quizá intentando el camino de la reinserción cuando, a finales de los noventa, el MRTA daba sus últimos coletazos. Otros hombres y mujeres fueron llegando a la aldea, se fortaleció la alianza con Montalbán, y Cayáhi prosperó en silencio, siempre a espaldas de la civilización y desconectada del mundo exterior.

La visita de Monzón no pilló por sorpresa a Sánchez. Este ya había recibido instrucciones para colaborar con él en todo lo que fuera preciso. De hecho, el guerrillero ya había puesto a funcionar su rústico pero eficaz servicio de inteligencia para mantenerse informado de los movimientos de los gringos a lo largo del río. En cuanto Monzón entró en la aldea, Sánchez salió a recibirle con los brazos abiertos:

—¡Pero miren qué *churro*^[16] tenemos acá, muchachas! —gritó, convocando a las jóvenes de Cayáhi, que comenzaron a asomarse, risueñas, a las ventanas de sus chozas—. ¡Pero fíjense no más en la *pedra*^[17] de mi amigo Santos, que bien que podría ser galán de novelas!

—¿Cómo estás, *teclo*^[18]? —Monzón le abrazó, cansado—. ¿Ya te dijeron por qué estamos acá?

Sánchez asintió.

—Sí, y estamos preparados. Pronto tendremos noticias de los gringos. Tengo gente *luqueando*^[19] el río desde Santa Rosa hasta acá.

Los diez hombres que acompañaban a Monzón se sentaron, exhaustos, a la sombra de las cabañas. Algunos se refrescaban el rostro en el río; otros bebían agua de sus cantimploras; solo uno de ellos permanecía de pie, alerta a todo lo que sucedía

a su alrededor: Virgilio Huaranca. Unas cuantas aldeanas salieron a recibir a los recién llegados, ofreciéndoles refrescos fríos. Sánchez les hizo una seña, animándolas a agasajar a los hombres de Montalbán.

—Deja que tu patota se divierta con mis *jugadoras* —dijo, conduciendo a Monzón al interior de su cabaña—. Tú y yo vamos a jalar algo de *talco* y a tomar unas *chelas* mientras platicamos.

El ruido del generador y el olor a gasolina en el interior de la choza hizo fruncir la nariz a Monzón. La cabaña, una barraca de barrio pobre, era toda una *suite* en la selva. El mobiliario era escaso: un camastro de muelles, un sillón viejo, una mesa y un par de sillas. Sobre un modesto aparador, un televisor portátil conectado a una parabólica ofrecía, en ese momento, un partido de fútbol entre dos equipos que Monzón no supo identificar. Junto al televisor, había un pequeño y anticuado frigorífico de una puerta de donde Sánchez sacó dos cervezas casi congeladas, que puso encima de la mesa. Junto a estas, el exguerrillero colocó una bolsa de cocaína y la caja vacía de un *compact disc*.

—Esta perica es de vuestra última remesa —le informó Sánchez—. Es de la *merfi*^[20].

Tras dar un trago inacabable a su cerveza helada, Monzón preparó dos rayas de coca sobre la superficie de la caja del CD. Con movimientos hábiles y eléctricos, dibujó dos líneas de droga a golpe de tarjeta de crédito, con la misma habilidad de esos cocineros tailandeses que hacen malabares con el cuchillo cortando la carne y la verdura en tu propia mesa. No se podía decir que Monzón fuera un adicto, pero de vez en cuando (sobre todo los fines de semana) sí que se daba el lujo de meterse unas rayas. Después de la caminata de tres días, nada le apetecía más que meterse un tiro.

—Toma —Sánchez le tendió un billete de cien dólares—. Con esto sabe más rico.

Monzón formó un canutillo con el billete y lo introdujo por el orificio derecho de su nariz. Aspiró fuertemente y notó el polvo introducirse por sus fosas nasales y pasar, amargo, a través de su garganta. Miró hacia el techo, permitiendo que la droga bajara aún más. Aquello le hizo lagrimear un poco.

—*Bacán*^[21] —dijo, meneando la cabeza y sintiéndose inmediatamente mucho menos cansado—. El puto Schmeisser la hace cada vez mejor...

Sánchez dio un trago a su cerveza y quitó el volumen al televisor con el mando a distancia. Se metió su raya, la aspiró bien hondo y fue al grano, sin preámbulos:

—Me dijo don Salvador que quiere que ampayemos a los gringos en el Paso del Jaguar.

Monzón asintió:

—El patrón quiere que les atacéis desde el agua, por si acaso navegan alejados de la orilla.

—Ya oí hablar de la lancha de los gringos —dijo Sánchez—. Me dijeron que iba armada hasta por el poto y blindada como *rochabús*^[22]. Yo tengo planeado un ataque

desde el agua, pero apoyado por tiradores desde lo alto el paso. Tendrán ángulo de tiro por encima del blindaje del barco.

—Según nos informaron, la lancha ahorita va desarmada. De todos modos, el jefe nos prestó algo que creo que les joderá bien —Monzón se levantó—. Sígueme y te lo enseño.

Salieron de la choza con las cervezas en la mano. Las chicas se habían llevado a los hombres de Monzón a la estructura que hacía las veces de cantina, situada en la zona más alejada de la orilla. Fuera solo quedaba Virgilio Huaranca, sentado sobre las cajas de madera que contenían el arma definitiva de Montalbán.

—Víctor, este es mi *chaleco*^[23] —le presentó—. Virgilio, abre la caja para que el señor Sánchez vea lo que hay dentro.

Virgilio abrió el cajón. Cuando Sánchez vio lo que contenía, dio un silbido de admiración.

—Para esto traemos un *huayco*^[24] de munición —dijo Monzón—. ¿Tienes algún barco que pueda llevar esto encima sin que se *truene*?

—Tengo dos que servirán —aseguró Sánchez—. Sígueme, loco.

Sánchez se internó en la espesura seguido de cerca por Monzón, que dejó a Virgilio custodiando las cajas. Sorteando algunos troncos caídos, Sánchez se abrió paso hasta una zona de vegetación cuyo suelo enfangado arrancó un gruñido a Monzón, hartado ya de selva y cada vez más ansioso por volver a la ciudad. El barrizal desembocó en un estrecho pero profundo afluente donde había dos embarcaciones cubiertas por redes de camuflaje. Sánchez retiró una, mostrando la lancha que ocultaba. Tenía una eslora de cerca de siete metros, sin cabina, y estaba fabricada en fibra de vidrio blanca. En la popa, dos motores Evinrude gemelos le proporcionaban un poder excesivo para su poco peso. El puesto de timonel estaba en popa, y se reducía a un pequeño volante metálico y a una palanca aceleradora.

—Estas vuelan sobre el río —afirmó Sánchez, orgulloso—. Si montamos ese chisme en una de estas, se convierte en una lancha de asalto del carajo.

Monzón asintió. Nada le gustaría más que los guerrilleros de Sánchez sorprendieran a la lancha, mataran a todos los gringos y hundieran el paquete completo en el fondo del Unu Rono. Él volvería a las comodidades de la ciudad, seguramente con una buena recompensa de Montalbán en el bolsillo.

Y su jefe, después de un año de pesadillas y de sed de venganza, podría volver a dormir en paz.

Si a los periodistas les había parecido aburrido el viaje que describía Antoine Villeneuve en su diario, el suyo lo estaba siendo tanto o más. Después de dos días de viaje, la tónica general de la travesía era la rutina. La Revenant sería una magnífica embarcación de asalto, pero era, definitivamente, incómoda para transportar a nueve personas a bordo; y eso que Woods había insistido en que David, Royi y Stephen (los civiles) ocuparan el lugar más confortable del barco. Durante el día, junto con Duke (que invertía gran parte de su tiempo en leer y era el más conversador de los Hydra),

pasaban las horas repantigados en los asientos de la bañera, en la popa. Migale y Stitches ocupaban normalmente el foso de proa, machacándose a flexiones o a ejercicios con pesas; Woods solía acompañar a Miles en el puente, y Jones dormía — o como decía Royi, hibernaba— dentro de la cabina hasta la puesta de sol. Se despertaba alrededor de las seis de la tarde para asumir las labores de vigilancia del campamento, que desempeñaba en lugares tan escondidos que casi nunca sabían por dónde andaba. Eso no estaba mal del todo, ya que así solo disfrutaban de su inquietante presencia durante un par de horas al día.

Desde esa misma mañana del miércoles, los civiles habían comenzado a entretenerse con el ordenador instalado en la cabina de la Revenant. Habían tardado dos días en atreverse a hacerlo, ya que era allí donde dormía Jones durante el día. Una vez que comprobaron que no se despertaba fácilmente, entraban y salían de la cabina como Pedro por su casa.

Aunque manejar el PC con Jones dormido al lado inspiraba cierto respeto, pronto se acostumbraron a su presencia. David y Royi se entretenían, sobre todo, chateando con Valérie (que pasaba horas enteras en internet, aburrída como una ostra). Stephen, en cambio, prefería invertir su tiempo navegando por la red. De todas formas, la cabina era incómoda, por lo que pasaban casi todo el día en popa, contemplando el paisaje, charlando entre ellos o dormitando al aire libre.

Las noches en la selva eran muy largas, ya que la incomodidad de las tiendas y los sacos de dormir hacían que David, Royi y Stephen se despertaran a menudo. Los sonidos de la jungla les sobresaltaban, y la humedad les incomodaba horrores. Woods les había ofrecido dormir en la cabina de la Revenant, pero ellos habían declinado la oferta. Preferían estar cerca de los mercenarios a estar solos en la lancha, por mucho que Royi defendiera, delante de los Hydra, que pernoctaban en el campamento para no recibir un trato distinto. Si los Hydra podían hacerlo, ellos también.

Pero ese miércoles estaban pletóricos: después de varios días de selva, iban a dormir en un hotel. Si todo iba como estaba previsto, pronto llegarían a Santa Rosa do Purús, la primera y última escala que harían en una ciudad convencional. Si es que Santa Rosa do Purús podía considerarse una ciudad convencional, claro está. Alrededor de las siete de la tarde, Woods bajó los peldaños que le separaban del puente, dirigiéndose especialmente a los civiles:

—Cojan lo que necesiten para esta noche; en unos minutos llegaremos a Santa Rosa. Ah, y preparen sus pasaportes: después de esto viene Perú.

Mientras Woods daba instrucciones a su tripulación, un par de ojos escondidos en la selva observaban a la Revenant en su navegar por la orilla derecha del Purús. El dueño de esos ojos, seguro de haber identificado correctamente a la lancha, pronunció dos palabras a través de un *walkie-talkie*:

—Están aquí.

XIX

SANTA ROSA DO PURÚS ERA UN LUGAR, cuanto menos, peculiar. La electricidad no llegaba a todos los edificios, y la iluminación mediante antorchas y candiles se alternaba con las bombillas de bajo vataje que se alimentaban de un precario tendido eléctrico procedente de alguna central que no daba abasto para todos. Las calles empedradas se alternaban con callejones sin asfaltar, y las construcciones modernas de tres pisos se alzaban junto a edificios antiguos que parecían al borde del derrumbe. A pesar de parecer una ciudad a medio hacer, Santa Rosa tenía un encanto especial que la hacía única, además de ser la última ciudad brasileña del Purús.

David, Royi y Stephen sellaron los pasaportes en el mismo muelle, en una pequeña caseta que hacía las veces de puesto de aduanas. Mientras Woods y los Hydra se identificaban con sus Tarjetas Titanio, Stephen expresó su deseo de utilizar el ordenador de la Revenant mientras los periodistas daban una vuelta por Santa Rosa:

—Aprovecharé la soledad para escribir a mi familia —dijo—. No me concentro con Jones durmiendo en la cabina.

Royi, que llevaba su amada JVC armada con una potente antorcha, se sintió decepcionado. Sin Stephen, una incursión nocturna en un lugar donde puede haber bares perdía mucho encanto:

—Me habría gustado que vinieras con nosotros a rodar algunos planos en el pueblo...

—No me apetece dar un paseo ahora —rezongó el médico—. Woods dice que el hotel está en el mismo puerto. En cuanto acabe con mis *emails*, os espero en el bar.

—De acuerdo, allí nos veremos —acordó David; luego se volvió hacia Royi, hablándole con retintín—. Vamos a pedirle permiso al jefe para grabar.

Woods, que estaba reunido con el resto de sus hombres a treinta metros de los pantalanes, no les puso ninguna pega, aparte de querer garantizar su seguridad:

—Santa Rosa es un lugar bastante seguro para lo que es Brasil —dijo Woods—, pero yo me quedaría más tranquilo si alguien de mi equipo les acompañara. ¿Les parece bien?

Aquella sugerencia sonó a orden maquillada. David se dijo para sus adentros que si rechazaba la compañía de los Hydra, Woods no les permitiría adentrarse solos en Santa Rosa. Después de recorrer medio mundo con Royi, David se sintió un niño al que tienen que darle permiso hasta para hacer pis.

—Me parece bien —respondió David, pragmático—. ¿Quién viene con nosotros?

—Yo mismo —se ofreció Stitches, dando un paso al frente.

—Y yo también, si no les importa —esta vez fue Duke quien habló—. Me apetece estirar las piernas.

Woods se dirigió a los demás:

—Vosotros haced lo que queráis. Nuestro hotel es ese de allí —Woods señaló un edificio que lucía un letrero que rezaba: *Hotel Santa Rosa*; Royi se dijo que tal derroche de originalidad le habría producido al dueño un derrame cerebral—. Yo me encargo de contratar las habitaciones. Cuando volváis, dad vuestro nombre en recepción, ¿de acuerdo?

—Date prisa, no vaya a haber *overbooking* —le apremió Duke—. Apuesto a que hay tres grupos de japoneses peleándose para reservar una *suite* en el *Hyatt* de Santa Rosa.

—¿Suele venir gente aquí? —preguntó Stephen, que no había captado la ironía del inglés.

—Ni Dios —contestó Migale, mirándole de reojo.

El crepúsculo se cernía sobre la ciudad, pintándola con colores de fantasía. Jones fue el primero en abandonar el grupo, desapareciendo por una callejuela cercana al hotel. Miles y Migale se fueron a dar una vuelta en otra dirección. Stephen regresó a la *Revenant* a escribir sus correos, y Woods se metió en el *Hotel Santa Rosa*. Los periodistas, acompañados por Duke y Stitches, se internaron en las calles a la caza de alguna imagen que mereciera la pena, aunque fuera como mero relleno.

Stephen disfrutó por primera vez, desde que salió de París, del placer de la soledad. Sus compañeros de viaje le parecían inmejorables, pero después de tantos días juntos, necesitaba estirarse a gusto en su propio espacio, aunque fuera por unos minutos. Sentado frente al portátil, redactó un primer correo electrónico destinado a su hermano Tony, que servía como teniente del Ejército Británico en un acuartelamiento cerca de Londres. Tony, el menor de los Warwick, estaba felizmente casado con Conchi, una andaluza encantadora con la que salía desde sus años de instituto en Gibraltar. Hacía poco más de tres años que habían sido padres de un pequeño a quien habían llamado Steve en honor a su tío. Stephen, que no tenía hijos, volcaba en su sobrino un cariño desmesurado, y no hacía más que mandarle regalos y malcriarlo a la menor ocasión. Stephen incluyó en el *email* una tarjeta electrónica con un Pato Donald (el personaje favorito del pequeñajo) que exclamaba alegremente: *I miss you!*^[25] mientras sostenía un manojo de globos. Stephen acabó el correo rogándole a su hermano que comunicara a sus padres que se encontraba bien, y que no se preocuparan por él.

El siguiente correo fue para su exmujer, a la cual no veía desde hacía más de cinco años, pero con la que mantenía una cordial relación de amistad por *email* y, en ocasiones especiales, por teléfono. Cynthia era norteamericana, nacida en Iowa y licenciada en biología. Ambos se conocieron años atrás en Mato Grosso, mientras participaban en un proyecto de investigación toxicológica para una firma

farmacéutica. Aunque Stephen sentía adoración por Cynthia, tenían caracteres diametralmente opuestos: mientras él era un hombre cordial, divertido y alocado — un niño eterno, como solía decir su madre—, ella era una mujer cerebral, organizada y volcada en exceso en su carrera. No es que Stephen no cumpliera con sus obligaciones: en su trabajo era increíblemente eficiente, rayando a veces en la genialidad; era en su vida privada donde aparentaba no haber cumplido aún los dieciocho, rasgo ese que mantenía bien pasada la treintena. Fuera del ámbito profesional, daba la impresión de que el doctor Warwick no deseara responsabilidades adicionales, entre las que se encontraba tener descendencia. Cada vez que su esposa tocaba el tema de los niños, Stephen alegaba que no se sentía realmente preparado. La pena fue que después de siete años de matrimonio, cuando Cynthia se convenció de que, efectivamente, su marido decía la verdad acerca de su falta de preparación para ser padre, esta le sorprendió con una demanda de divorcio que no tuvo vuelta atrás. Abatido y con un gran sentimiento de pérdida, Stephen abandonó Brasil y regresó a Europa, donde entró a formar parte del Grupo LeVu. Su madre le dijo, en una ocasión, que el fracaso de su matrimonio le había condenado a ser un niño grande por siempre jamás. Él nunca supo si su madre le dijo eso con cariño o como reproche.

Stephen se despidió de Cynthia y pulsó el botón de enviar. Justo cuando el *email* despegaba a través de la red, el médico oyó una voz aflautada que le saludaba desde fuera:

—¡Oi, senhor!

Stephen se asomó fuera de la cabina para localizar a la dueña de aquella vocecita. De pie, en el muelle, descubrió a una niña de unos siete u ocho años, vestida con una camiseta en la que aparecían las Sailor Moon en posición de combate, rodeadas de una ininteligible caligrafía japonesa. La cría también llevaba puestos unos *jeans* desgastados que cubrían sus piernas flacuchas. Dos enormes ojazos oscuros brillaban en su carita sonriente, coronada por un abundante pelo negro y rizado que le daban un aire tierno y travieso a la vez. Stephen le devolvió la sonrisa y el saludo:

—¡Oi, menina! ¿Tudo bem?

—¿Hablas español? —le preguntó la cría; su castellano tenía ese típico deje brasileño, sensual y encantador, que hace que las últimas eses de las palabras suenen a ches y que las eles finales se prolonguen hasta el infinito.

—Sí, señorita —contestó Stephen, acercándose a la borda—. Tú lo hablas muy bien. ¿Lo aprendes en la escuela?

La niña pareció no oírle, o no entenderle:

—¿Este barco es tuyo? —le preguntó, en cambio.

—No es mío, pero viajo en él —explicó Stephen—. ¡Yo no sabría cómo manejarlo!

La niña examinaba el barco con sus ojos vivarachos sin dejar de sonreír.

—¿Cómo te llamas, pequeñaja?

—Rosa, como mi ciudad —respondió con orgullo.

—Un nombre precioso. Yo soy Stephen.

Rosa continuó con su interrogatorio. Solo le faltaba ponerle a Stephen un flexo en la cara:

—¿Este barco es de guerra?

El médico se echó a reír:

—¿Te parece un barco de guerra?

—Está pintado de verde —observó Rosa—. Los barcos de guerra van pintados de verde o gris. Y este lleva un monstruo allí —la pequeña señaló el dibujo de la hidra con el dedo. El ingenuo razonamiento de la cría amplió la sonrisa de Stephen.

—Pues puede que tengas razón, Rosa —admitió—. Pero... ¿tú ves cañones y ametralladoras?

La niña negó con la cabeza, soltando una risita.

—¿Quieres subir y ver la lancha por dentro? —ofreció Stephen, cambiando de tema.

—¡Sí! —aceptó la niña, agarrándose a la mano del médico para cruzar la pasarela que unía la Revenant con el pantalán. Stephen la aupó y la hizo aterrizar suavemente en la bañera.

—¿Has visto qué grande? —el médico abarcó la lancha entera con un gesto—. Aquí tomamos el sol cuando no llueve, ¿ves? Y aquí hay un camarote, mira —la niña echó una ojeada desde fuera, sin atreverse a entrar, a pesar de que el PC encendido y los equipos de radio le llamaban la atención. Luego se fijó en las escaleras que subían al puente de mando—. No subas por ahí, cielo —le advirtió Stephen—, podrías caerte.

La niña, obediente, no hizo ni amago de subir, limitándose a estudiar todo con ojos curiosos.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó.

—¿De tripulación? Nueve personas.

—¿Y todos duermen en el barco?

—¡Que va! —Stephen rechazó la idea con histriónicos aspavientos—. Acampamos por las noches en la selva. Aquí dentro tendríamos que dormir unos encima de otros, y fíjate lo incómodo que sería. Además... ¡a algunos de mis compañeros les huelen los pies a demonios! —el gibraltareño se tapó la nariz con los dedos y bizqueó, provocando más risas a la niña.

—¿Y van muy lejos?

—Bastante. Vamos a hacer un reportaje para la tele, ¿sabes? Filmaremos pececitos, cocodrilos y otros animales en el Unu Rono —mintió.

—¡Guau!

Una voz procedente del muelle sobresaltó al médico e hizo que la expresión de la cría adquiriese un tinte de temor. Stephen reconoció enseguida la voz de Woods:

—*What the fuck is doing that brat aboard!!!?*^[26]

—¡Lo siento! —se disculpó Stephen, respondiéndole también en inglés—. Ha sido culpa mía: yo la invité a que entrara para que viera el barco... Lo siento.

Al médico le embargó súbitamente un embarazoso sentimiento de apuro. Quizá no había sido una buena idea dejar pasar a la niña. El barco no era suyo, y si la cría tenía la mala pata de caerse o tener cualquier tipo de accidente, aquello podría acarrearle problemas a Woods. La chiquilla miró con ojos muy asustados al jefe de los Hydra, que ahora le tendía la mano desde el pantalán, invitándola a cruzar de nuevo la pasarela de vuelta al muelle.

—Vete a casa, nena —dijo Woods—. Ya es tarde y no son horas de que andes por las calles.

—Adiós, Rosa —Stephen levantó la mano con timidez, en señal de despedida. El episodio le había dejado mal sabor de boca: al final, la cría había pasado un mal rato por su culpa.

—Adiós —se despidió la pequeña, dedicando una triste mirada de gratitud al médico y otra de reproche a Woods. Se alejó al trote y desapareció por las calles perpendiculares al muelle.

Woods esperó a que Rosa se perdiera de vista definitivamente para encararse con Stephen. Tenía la mandíbula tan apretada que este pensó que iba a estallarle en mil pedazos. Durante un instante, el médico creyó que iba a recibir un puñetazo en la cara, pero después de unos segundos de tensión, Woods exhaló un suspiro y sus facciones se relajaron:

—Le ruego que no vuelva a hacer algo así, doctor Warwick —a Stephen le asustó ese cambio de humor tan súbito; estaba claro que Woods se había autocontrolado para no arrancarle la cabeza como a una gamba—. No podemos permitirnos el lujo de que alguien ajeno a la tripulación sufra un accidente a bordo de la Revenant. Además, no olvide que este es un barco militar. La próxima vez que desee invitar a alguien a bordo, consúltemelo antes, ¿ok?

Woods terminó su discurso con una comprensiva sonrisa que descolocó aún más a Stephen.

—Tiene usted razón —admitió el médico, apesadumbrado—. He sido un gilipollas.

—Tampoco ha sido para tanto —dijo Woods, dándole una palmada amistosa en el hombro—. Venga, le invito a una cerveza fría para olvidar este absurdo incidente y, por favor, disculpe mis malos modos.

Woods sacó un par de botellines de Budweiser de la nevera de la Revenant. Aunque no era la marca favorita de Stephen, este la aceptó con una sonrisa forzada. Al menos le serviría de antesala a las copas que tomaría más tarde con sus amigos. De todos modos, había aprendido una cosa esa noche:

Mejor no soliviantar a Woods.

Rosa trotaba de vuelta a casa cuando se encontró con los cuatro extranjeros en la plaza mayor de Santa Rosa. Enseguida adivinó que aquellos forasteros formaban

parte de la tripulación del barco de guerra. Dos de ellos eran del mismo estilo del hombre antipático que la acababa de echar de la lancha. «Soldados», dedujo la pequeña, acostumbrada a ver a los militares que patrullaban por la ciudad o por los lindes de la frontera. Los otros dos, en cambio, tenían un aspecto diferente, menos amenazador. La niña comprobó que su amigo Stephen no le había mentado: los que no eran soldados llevaban una cámara con una luz tan potente que iluminaba la plaza como si fuera de día, atrayendo la atención de los paseantes. Rosa se preguntó qué estarían filmando, porque allí no había ni cocodrilos, ni pececitos, ni animales salvajes. Llegando a la conclusión de que aquella película iba a ser la más aburrida de todos los tiempos, decidió tomar la alternativa en el mundo del cine plantándose de un salto justo delante del objetivo. Rosa colocó sus pulgares en las sienes y comenzó a mover las manos compulsivamente, componiendo el universal gesto de burla en dirección a la cámara.

—Anda, Royi —David señaló a la niña, divertido—. Ya tienes actriz principal. ¡Hola, guapa!

Royi dejó de filmar inmediatamente. Lanzando una mirada asesina a la pequeña por encima de la cámara, le sacó la lengua, desafiante. Rosa le devolvió el gesto, pasando el turno de afrentas faciales a Royi, que le enseñó los dientes de arriba, frunció la nariz, e intentó poner los ojos en blanco. La chiquilla, sin achantarse lo más mínimo, tiró de sus párpados inferiores hacia abajo, levantó la punta de su nariz con otro de sus deditos y sacó la lengua, a la vez que emitía un prolongado e inacabable sonido gutural. Royi, que sostenía la cámara con la mano, era incapaz de contraatacar con alguna de las muecas más monstruosas de su repertorio, así que optó por encender la potente antorcha de la JVC y filmar a la pequeña mientras esta le obsequiaba con su cara más espantosa.

—¡Tú te lo has buscado! —rio Royi, sin dejar de enfocarla—. ¡Ahora vas a salir en la tele con esa carota de bicharraco, y todo el mundo va a reírse de ti! ¡Tooonta, tooonta!

La reacción de la niña fue soltar una carcajada desafiante, hacerle un sonoro y bien coreografiado corte de mangas —el más elaborado que habían dedicado a Royi en su vida— y gritarle:

—Vai morder seu pai na bunda!^[27] —y dicho esto, desapareció a todo gas por una de las calles perpendiculares a la plaza, dejando atrás los ecos de las risotadas de David, Stitches y Duke.

—No me traduzcáis lo que me ha dicho —rogó Royi, derrotado—. Me lo puedo figurar por el gesto que ha acompañado la frase...

—Eso te pasa por empezar peleas que no puedes ganar —rio David.

—¡Qué coño, empezó ella! —protestó Royi, indignado.

Mientras tanto, la pequeña Rosa recorrió a paso ligero callejuelas de tierra batida, dobló esquinas y se introdujo por callejones iluminados por farolillos. Finalmente, entró en el portal de una casa de dos pisos y subió las escaleras. Llamó a una de las

puertas con sus nudillos, y un hombre moreno y huesudo la invitó a pasar. Tras revolverle los rizos, comenzó a interrogarla:

—Y bien, Rosinha, cuéntame, ¿qué fue lo que viste?

—Es un barco verde. Se llama Revenant. Tiene un dibujo de un dragón muy feo, que da mucho miedo. En él viajan nueve personas.

—¿Lograste entrar?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Viste armas dentro?

—No, pero es un barco de guerra. Me echó un soldado gringo —explicó—: hablaba inglés.

—¿Cómo sabes que era un soldado?

—¡Porque iba vestido como un soldado, y tenía el pelo muy corto y era muy antipático!

—Ajá.

—El que me invitó a entrar en la lancha se llama Stephen. Es muy simpático. Ese no es soldado, y habla español —aclaró.

—¿Qué más viste dentro del barco?

—Muchas radios con luces y hasta una de esas computadoras que parecen una maletita.

—Ajá —repitió el hombre.

—En el barco también va gente que hace películas —explicó la niña con los ojos muy abiertos—. ¡He salido en una poniendo cara de monstruo! —y repitió la mueca para su amigo.

—¿No me digas? —exclamó este, fingiendo miedo—. ¿Y qué películas hacen esos gringos?

—Esos no son gringos —puntualizó Rosa—. Van a hacer un reportaje de animales en el Unu Rono. ¡Ah! Y por las noches duermen en la selva: no caben en el barco —explicó, convencida de que ese detalle debía ser muy importante.

—Entiendo —dijo el hombre, sonriendo—. Rosinha...

—¿Qué?

—Te has portado muy bien —el hombre sacó cincuenta reales del bolsillo—. No le cuentes esto a nadie, ¿de acuerdo?

La niña se llevó el índice a los labios con complicidad, para luego encogerse de hombros y echarse a reír. El hombre le dio el dinero:

—Dale esto a papá, y dile de mi parte que te compre algo bonito, ¿ok?

—¡Gracias! —dijo la niña, guardándose el billete en el bolsillo de sus *jeans*.

—Ahora vete a casa, corre —la instó el hombre, abriendo la puerta que daba a la escalera.

Rosa salió del piso y desapareció escaleras abajo. Una vez solo, el individuo transmitió a través de un *walkie-talkie* todo lo que la niña le había contado acerca de la Revenant y su tripulación. El mensaje fue recibido en otra radio portátil a unos

doce kilómetros río arriba, donde fue escuchado con atención y repetido, sin omitir una palabra, a través del micro. Así, sucesivamente, dando saltos de pocos kilómetros siempre río arriba y haciendo escalas en diferentes aparatos de radio, la información remontó el Purús, se desvió a través del Unu Rono y llegó, treinta minutos después, a su destino final: Cayáhi.

Víctor Sánchez fue informado con pelos y señales de todo lo que su hombre en Santa Rosa había sonsacado a la niña. Incluso le fue revelado el nombre de la embarcación, que hasta ahora le era desconocido. Al menos, por ahora, la lancha iba desarmada —este detalle le supuso un gran alivio— y era verdad que la misión que la traía de vuelta al Unu Rono era civil. Otro detalle que le pareció positivo fue saber que de los nueve tripulantes, tres de ellos eran reporteros, por lo cual tendría que preocuparse solamente de seis militares. La pequeña Rosa, sin saberlo, había hecho un gran trabajo de espionaje para la organización de Salvador Montalbán.

Monzón y Sánchez comentaron las novedades sentados sobre unas sillas plegables cerca del río, disfrutando de la agradable temperatura de la noche y tomando unas cervezas. Un poco más allá, siempre cerca de Monzón pero con la mente lejos de allí, se encontraba Virgilio Huaranca. Monzón reunía, mentalmente, todos los datos del informe recibido por radio:

—Entonces fueron unos reporteros españoles los que contrataron a los gringos...

—Lo mejor de todo es que esta vez no hay armas pesadas, bróder —dijo Sánchez—. Eso es que no esperan un ataque. Si no se entretienen mucho por el camino, esos coños de madre cruzarán el paso del Jaguar en tres o cuatro días, no más...

—Pues allá les ampayaremos. Tengo ganas de acabar esta chamba^[28] y volver a Pucallpa, viejo.

—Antes tendrás que pasar por la Madriguera para dejarles las cabezas de los gringos a don Salvador —le recordó Sánchez.

—¿Y qué pasará con los reporteros? Ellos no tienen nada que ver con lo de Héctor Montalbán.

Sánchez se encogió de hombros, dando un trago a su botellín.

—Daños colaterales, mi hijito —suspiró, fingiendo pesadumbre—. Daños colaterales.

Virgilio Huaranca no pudo evitar oír ese fragmento de la conversación. Instintivamente, su mano acarició el crucifijo que colgaba de su cuello. En la oscuridad de la noche, rezó en silencio. Los días venideros prometían ser un auténtico baño de sangre.

Y lo peor de todo era que parte de esa sangre iba a ser sangre inocente.

Jones dejó atrás el núcleo urbano de Santa Rosa do Purús. Caminaba solo, con paso rápido, moviéndose por la selva como un felino gigantesco con ojos capaces de ver en la oscuridad. Jones, consciente de que su aspecto intimidaba a la gente, caminaba por los senderos más apartados, había aprendido a fundirse con la noche y a

moverse en silencio sin ser visto ni oído. El mundo latía a un ritmo diferente al suyo. Él estaba, simplemente, en otra frecuencia paralela a la del resto.

Media hora antes, Jones no había tenido más remedio que dejarse ver en un establecimiento público, cosa que solo hacía cuando era imprescindible. Había entrado en una pequeña carnicería, y nada más cruzar el umbral de la puerta, había captado las miradas de inquietud de los dueños del establecimiento, un matrimonio maduro que se esforzaba por recibir a Jones como si fuera un cliente normal y corriente. Por mucho que fingían tranquilidad, su miedo se oía desde el otro lado del mostrador de cristal y aluminio que exponía, bajo una luz fluorescente, las piezas de carne y embutido.

—¿Venden cerdos? —preguntó Jones, que casi no movía los labios al hablar. Su voz, cavernosa, ponía los pelos de punta.

—¿Se refiere a cerdos vivos? —preguntó el carnicero, haciendo un alto en su tarea de filetear un lomo de vaca.

El gigante asintió con la cabeza.

—No, lo siento, pero podemos ofrecerle...

—¿Qué animales vivos tiene? —le interrumpió.

—Solamente pollos, señor —intervino la mujer, hablando muy deprisa. Estaba nerviosa.

—¿Puedo verlos?

—Claro —la mujer suplicó a su marido con la mirada que la acompañase a la trastienda, reacia a quedarse a solas con Jones—. ¿Sería tan amable de pasar por aquí?

Sin pronunciar una sola palabra, Jones acompañó a la mujer a la trastienda, seguido de cerca por el marido. Como soldado veterano que era, el mercenario intuyó que el dueño de la carnicería aún llevaba en la mano el cuchillo con el que había fileteado el lomo. Por suerte para el carnicero, no iba a necesitarlo. Para Jones, habría sido un juego de niños arrebatarse el arma y degollarle en menos de un segundo, pero no estaba allí para matar, sino para atender los deseos de su dueña, la gran dama todopoderosa a la que él adoraba.

La señora le mostró una jaula que contenía varios pollos vivos, de diferentes colores y tamaños, encerrados en compartimentos separados por tela metálica. Jones se agachó para ver mejor el contenido de aquel *Guantánamo* en miniatura y señaló un ejemplar grande, de plumaje negro:

—Ese.

—Ese es un gallo adulto, señor. ¿Le servirá para el plato que va a coci...?

La carnicera no pudo acabar la frase.

—¡Ese!

—¡No hay problema, señor! —intervino el marido, que lo último que quería era enfadar a aquel tipo. Dejando el cuchillo sobre una mesa cercana, metió la mano en la

jaula y atrapó al gallo negro por el pescuezo, provocando aleteos y cacareos entre sus congéneres.

Jones pagó al carnicero diez reales más de lo que le pidió por el ave y abandonó la carnicería, dejando a sus propietarios resoplando de alivio. Salió de la ciudad y se internó en la selva hasta encontrar un pequeño claro lejos de miradas indiscretas. En su mano izquierda, sujeto por las patas, llevaba el gallo negro que, resignado a su suerte, había dejado de aletear. Ató las patas del animal con un trozo de cordón y lo dejó sobre la hierba, cerca de él.

Se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Sacó una pequeña bolsa de tela de uno de los bolsillos de su pantalón y la colocó abierta junto al gallo. Utilizando sus manos, escarbó un pequeño hoyo en el suelo y dibujó con el dedo, a su alrededor, una circunferencia que luego dividió en ocho radios que partían del centro. El *vevé*, el símbolo de la divinidad, estaba listo. La ofrenda a la Señora estaba a punto de empezar.

En el agujero practicado en lo que había acabado siendo el centro del *vevé*, Jones colocó unas ramas que roció con combustible de mechero. Encendió la hoguera y arrojó sobre ella unos polvos, que hicieron que el fuego reaccionara violentamente con una sorda explosión púrpura.

Dentro de su cabeza comenzaron a sonar tambores, como si un grupo de percussionistas endemoniados interpretaran una repetitiva cadencia de sonidos sin fin. Jones comenzó a bailar, primero lentamente, para ir acelerando el ritmo conforme la música le envolvía.

«*Ezili Kalikae elu*».

Voces invisibles coreaban con él el himno en honor a su Señora, hasta convertirse en una especie de mantra que

«*Ala loa ki red*».

abría los ojos de su mente a otros mundos, rasgando la realidad en jirones ante él como una tela raída por el tiempo.

«*Ezili u madé kocho*».

Jones escuchó la llamada de su Señora,

«*M'ape ba u li*».

una dama de lujuria y muerte que le permitía, a cambio de ser satisfecha en sus sangrientos caprichos,

«*Ezili madé kabri dé pié*».

transformarse en un guerrero imparable, borrando el miedo de su corazón y otorgándole el poder de sembrar muerte y destrucción

«*Katé pum pra pu ba li*».

en nombre de Erzulie Kalika.

Jones bailó a la luz del fuego sin parar. Su danza, aparentemente caótica, estaba compuesta de precisos movimientos de pies y manos. Su boca babeante coreaba las voces que invocaban a su *loa*, al espíritu furioso y vengador que le proporcionaba

fuerza y valor desde que había contactado por primera vez con la Diosa años atrás, en el Congo. Jones no había alcanzado aún el honor de ser poseído por la propia Erzulie Kalika, pero mientras su alma se preparaba para poder compartir algún día su ser con ella, esta le enviaba loas menores que le otorgaban extraordinarios poderes para la guerra.

A estas alturas del ritual, la selva ya había desaparecido ante los ojos de Jones, que a la luz de la hoguera mostraban solamente la enrojecida esclerótica, que junto a las escarificaciones de su cara, le daban el aspecto de un demonio. Un *yé rouge*: un *ojos rojos*. Así llaman, en el Haití natal de Jones, a quienes nacen con la marca del mal en sus ojos.

Como si formase parte de la coreografía, Jones extendió el brazo y agarró al gallo por el pescuezo; acercó el pico del animal a su boca, como si fuera a besarlo. En lugar de darle un beso, lo que hizo fue arrancarle el pico y la lengua de una dentellada.

El pobre animal intentó patalear con sus extremidades atadas, moviendo sus alas a la vez que proyectaba finos chorros de sangre como si fuera una plumífera y macabra pistola de agua. Jones depositó al gallo aún vivo sobre las llamas, sujetándolo con su mano e ignorando el dolor que le producía el fuego. El olor a plumas quemadas invadió el aire de la noche. El sacrificio a la diosa Erzulie Kalika estaba hecho, aunque para ella, el gallo solamente era un vulgar aperitivo.

«*Tu demandes a cabrit avec deux pieds*»^[29]

El gallo dejó de moverse .

«*Où je pourrai le trouver pour toi...*»^[30]

A Jones no le cabía duda de que muy pronto encontraría algún sacrificio digno de su Señora. A lo largo de sus años como soldado, Jones había sacrificado en su honor a muchos, muchísimos *cabritos de dos pies*. Cada muerte en el campo de batalla era una ofrenda dedicada a Erzulie Kalika. Cada bala, llamarada, cuchillada o rotura de cuello... todas habían sido consagradas a su Señora.

El mercenario aceleró el ya de por sí frenético ritmo de su danza. Erzulie Kalika estaba satisfecha y había llegado el momento de que el loa enviado por ella entrara en él. Jones notó unas vibraciones en el estómago, y su cuerpo comenzó a convulsionarse violentamente, lo cual no le impidió continuar con su espasmódica danza en el suelo del claro.

El loa había llegado, y estaba dentro de él.

El *ti bon ange*, el alma de Jones, se echó a un lado para dejar vía libre al loa. Jones dejó de bailar. El loa sentó el cuerpo de Jones en el suelo y rebuscó en la bolsa de tela hasta que dio con un cigarro puro que el mercenario, que no fumaba, había dejado allí como una ofrenda para él. El loa encendió el puro en la hoguera y fumó con ansia, mientras revolvía la ropa de Jones buscando una petaca de ron. Dio dos largos tragos y, ya saciado de sus deseos terrenales, permitió que el *ti bon ange* de Jones contemplara, a través de sus ojos, la tierra de los muertos.

El haitiano vio decenas de espectros frente a él. Aunque no los conocía a todos, sí recordaba a algunos. Sus rostros aún conservaban la expresión de terror que tuvieron a la hora de su muerte. Todos ellos habían sido sacrificados en honor a Erzulie Kalika, y la diosa los mantenía, como trofeos animados, prisioneros en su parcela del infierno.

El ti bon ange de Jones se relajó, esperando el mensaje de los muertos. De repente, de entre la multitud de figuras fantasmales, surgió la de un hombre que en vida fue joven y fuerte. Jones distinguió el abdomen del espectro abierto en canal. Claro que se acordaba de él. La Señora lo consideraba su mejor regalo. El espíritu del destripado se le acercó, lívido y desencajado.

«*No temas, bokor*»^[31] —le murmuró el loa al oído. Jones pudo oler su aliento apestando a tabaco y alcohol—. «*Este alma en pena no te hará daño. Quiere hablarte. Puede que lo que te diga sea verdad, y puede que no. Recibe sus palabras con prudencia y sopésalas antes de sacar una conclusión*».

La aparición abrió la boca como si quisiera hablar, pero no llegó a emitir sonido alguno. Sin embargo, sus ojos desorbitados sí que lanzaron un mensaje al ti bon ange de Jones. Un breve mensaje cargado de odio, resentimiento y deseos de venganza:

«*Esto aún no ha acabado*».

El espectro caminó hacia atrás, regresando a la multitud de almas que ahora se fundían en una masa de ectoplasma. La tierra de los muertos se desmoronó poco a poco ante los ojos de Jones, a la vez que su ti bon ange recuperaba el control de su cuerpo. Volvió a sentir su propia carne, febril y empapada en sudor. El loa, después de permitirle conocer el mensaje de los muertos, se había marchado, dejándole tumbado boca arriba, junto a la hoguera, exhausto bajo un tapiz de estrellas.

Tal vez el resto del viaje no iba a ser tan tranquilo como esperaban. Puede que aquello fuera la premonición de algún peligro que les aguardaría en el Unu Rono... justo donde el espíritu eviscerado había muerto, once meses atrás, sacrificado en honor a Erzulie Kalika.

Jones sonrió, mostrando a la noche unos dientes puntiagudos y afilados, como los de un tiburón. Si el espectro tenía razón, sería una ocasión ideal para aumentar la colección de *cabritos de dos pies* de su Señora. El haitiano estaba convencido de que Erzulie Kalika le convertiría en su avatar en la Tierra si era capaz de ofrecerle una legión de almas sacrificadas en su nombre...

Y ella, a cambio, le premiaría con un poder prácticamente ilimitado.

XX

EL CEMENTERIO DE PÈRE LACHAISE es todo lo exquisitamente maravilloso que un cementerio puede llegar a ser. Sus tumbas y panteones, tanto de gente anónima como de ilustres celebridades, son todo un espectáculo para el visitante, que acaba pasando horas y horas recorriendo sus avenidas rodeadas de arboledas, olvidándose a veces de que está en un camposanto. En la Avenida Transversale Trois, no muy lejos de la tumba de Oscar Wilde, Louis LeVu había adquirido años atrás, a cambio de una pequeña fortuna, un pequeño panteón que estaba a punto de recibir a su primer inquilino. Paradójicamente, este no era de su misma sangre. Charles Forest descansaría allí, como si fuera un miembro más de la familia. Era lo menos que Louis LeVu podía hacer por él.

La presentación del certificado de defunción de Forest en el registro había revelado datos sobre él desconocidos hasta ahora. Adèle, la secretaria personal de LeVu, le había llamado el día anterior para ponerle al día de la información rescatada de la administración francesa.

—¿Me estás diciendo que Charles tiene un hermano menor? —había preguntado LeVu, que vivía con la certeza de que Forest no tenía familiares.

—Así consta en el juzgado. Su nombre es Georges Forest y, si sigue vivo, ahora mismo debe tener cincuenta y dos años. Los padres de Charles emigraron a Estados Unidos en los cincuenta, y allí fue donde nació Georges. Charles no acompañó a sus padres a América; él se quedó en Francia.

—Comprendo. O sea que crecieron separados...

Adèle siguió leyendo sus notas:

—La madre de Charles Forest murió en Estados Unidos en 1960, y poco después, en 1963, falleció el padre. Del pequeño Georges nada se sabe, al menos en los registros de nuestro país.

—¿Has hecho gestiones para localizarlo?

—Encontramos varios Georges Forest en internet, pero ninguno coincide cronológicamente con nuestro hombre. Quizá en Estados Unidos sepan algo de él. Es posible que alguna familia se hiciera cargo del pequeño al quedar huérfano y le dieran sus apellidos... o pudo pasar a depender de algún organismo de acogida, quién sabe. ¿Quiere que intente averiguarlo?

LeVu decidió entonces que suficiente lío tenían ya con «Delfín de Río» como para abrir otro frente de investigación en Estados Unidos, así que prefirió dejarlo correr y decirle a Adèle que olvidara el asunto. Si Charles nunca había mencionado a su hermano, por algo sería.

Los asistentes al entierro de Forest eran, en su totalidad, altos ejecutivos del Grupo LeVu. Incluso tratándose de un grupo no demasiado numeroso, el panteón no tenía capacidad suficiente para albergarlos a todos, por lo que algunos tuvieron que conformarse con asistir a la ceremonia desde fuera. Tras el último responso, los empleados del Père Lachaise sellaron con una losa de mármol el nicho que Charles Forest ocuparía de ahora en adelante.

—Descansa en paz, amigo —murmuró LeVu, acariciando la lápida a modo de despedida. Dando media vuelta, salió del panteón, permitiendo que el encargado del cementerio lo cerrara con llave y deseando, para sus adentros, que tardara muchos, muchos años, en volver a abrirse.

Mientras se dirigía en coche hacia su edificio del centro de París, LeVu recibió una llamada de Adèle desde el HQ. Debía ser algo urgente, ya que había dado instrucciones de que no le molestaran.

—¿Allô, Adèle?

—Lamento molestarle, señor LeVu...

—No te preocupes, Adèle —la disculpó—. El entierro ya acabó.

—Se trata de Maurice Carbonnier —anunció—. Acabamos de recibir un fax desde Manaos.

El teléfono sonó en Sena Madureira, despertando a Jacques Mercier de un sueño excepcionalmente vívido en el que estaba rodeado de una manada de tías despampanantes dispuestas a dejarle sin una gota de esperma en el cuerpo. Mercier soltó una maldición y comprobó la hora en el despertador digital: las 5:30 AM. Lo primero que le vino a la mente fue la expedición. «¡Ojalá no hayan tenido algún percance en Santa Rosa!». El auricular saltó tres veces en su mano antes de poder agarrarlo bien:

—¿Allô? —su voz era la de un moribundo amordazado con cinta americana.

LeVu le atropelló, hablando a toda máquina:

—¡Jacques! —su jefe sonaba preocupado, cabreado, o ambas cosas a la vez—. ¡Voy a transmitirte un fax, léelo y hablamos!

Mercier se sentó en su ordenador y abrió el *software* de fax. Enseguida recibió el mensaje de LeVu. Era una carta de Maurice Carbonnier dirigida al fax directo de Adèle, en el HQ:

ATTN: Sr. Louis LeVu.

Estimado Sr. LeVu:

Lamento mucho comunicarle que, debido a una inmejorable oferta de trabajo recibida durante mi estancia en Manaos, a partir de hoy dejo de prestar mis servicios en el Grupo LeVu. Todos los asuntos legales y administrativos están acabados, por lo cual no creo que mi marcha sea un grave inconveniente a estas alturas de la operación. Por otra parte, el señor Lauby está al tanto de todas mis gestiones. Podrán

encontrar toda la documentación en la habitación del hotel que hasta ahora nos ha servido de oficina. Él o cualquier otro miembro de confianza del Grupo en Manaos podrá hacerse cargo de ella y ocupar mi puesto sin mayor problema.

Por supuesto, cuente con mi discreción respecto a la operación en la que hemos trabajado. Para mí ha sido un honor y un privilegio formar parte de su empresa, aunque no puedo negar que estos últimos días han sido muy duros, debido sobre todo al golpe que ha supuesto para mí la trágica muerte del Sr. Forest.

Sin otro particular, aprovecho la ocasión para agradecerle la confianza depositada en mí y desearle mucha suerte con Delfín de Río. Deseo, de todo corazón, que muy pronto pueda reunirse con su hijo.

Firmado: Maurice Carbonnier.

—¿Lo has leído? —preguntó LeVu, vehemente.

—Acabo de leerlo, señor —confirmó Mercier, ya despabilado del todo—. ¿Sabemos el nombre de la empresa que lo ha contratado?

—No. ¿Tú sospechabas algo de esto?

—No tenía ni idea —aseguró—. De hecho, no hablo con Carbonnier desde hace dos semanas.

—¡El muy cabrón nos ha dejado colgados y ni siquiera ha dejado un teléfono o una dirección de contacto! —gritó LeVu, indignado— ¡No estoy acostumbrado a que me hagan esto, joder!

Mercier, que no sabía ni qué decir ni qué hacer, solicitó instrucciones:

—¿Qué quiere que hagamos?

—Por lo pronto, que Lauby se haga cargo de la documentación en Manaos, ¡pero que ni se le ocurra llevársela a las oficinas del grupo! —LeVu deseaba la máxima discreción, y en Brasil no confiaba en nadie a excepción de Lauby—. Que ocupe la habitación de Carbonnier y espere instrucciones.

—Entendido. Hablaré con él a primera hora de la mañana.

—¡Tengo el gafe! —exclamó LeVu—. Forest se mata... Carbonnier se nos va... ¿Qué será lo siguiente?

Mercier, sin saber qué responder, se limitó a encogerse de hombros en la oscuridad de su habitación. LeVu tampoco esperaba una respuesta. Pero si hubieran tenido una bola de cristal, los dos se habrían echado las manos a la cabeza al ver las calamidades que aún quedaban por venir.

—¡DIOSSSSSS! —gritó Stephen, saliendo de la cabina de la Revenant dando traspiés hacia atrás. Llevaba una mano en el corazón. David, que estaba sentado en la mesa de la bañera, se levantó de un brinco y le agarró por detrás, impidiendo que acabara de espaldas en el suelo. Lo primero que temió el periodista fue que aquello

estuviera producido por algo que hubiera comido o bebido durante la noche anterior, en Santa Rosa do Purús. Lo primero que le vino a la cabeza fue un infarto.

—¿Qué sucede? —preguntó Woods, abandonando el puente de mando de un salto y agarrando por el hombro al médico, que estaba lívido como un muerto y señalaba, sin decir palabra, al interior de la cabina. Woods temió, por un momento, que una serpiente o cualquier otra alimaña se hubiera colado en el barco. Descartó la idea al recordar que Stephen había pasado años en Mato Grosso cazando ofidios, por lo que era improbable que la presencia de un bicho a bordo le asustase de ese modo. A excepción de Miles, que seguía pilotando, todos se arremolinaron alrededor de Stephen, que ahora, más repuesto, pedía calma con las manos.

—Ha sido una tontería —reconoció entre jadeos—. ¡Pero me he llevado el susto más grande de mi vida!

—Pero ¿qué ha pasado? —quiso saber Royi. Dentro del camarote, el fotógrafo vio a Jones tumbado boca arriba, en su estado habitual de hibernación diurna.

—¡Nada, nada! —el médico se sentía ahora avergonzado por el espectáculo que acababa de protagonizar—. He entrado en la cabina para coger un vaso de agua fría del refrigerador, y cuando lo abrí y se encendió la luz, he visto a Jones durmiendo... con la boca abierta.

Los Hydra soltaron al unísono una carcajada que hizo temblar la selva, lo que provocó las miradas recelosas de David y Royi, que no entendían el por qué de las risotadas. Woods palmeó el hombro del médico y, sin decir una palabra, regresó sacudiendo la cabeza al puente. Miles, que también había oído la historia de Stephen, lloraba de risa.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó David, visiblemente irritado.

Stephen pidió silencio llevándose el índice a los labios y habló en voz muy baja, aunque aquella precaución sobraba: Jones solo se despertaba alarmado por su sexto sentido, no por cualquier ruido mundano por muy desagradable y estridente que fuera. Se podría caer una cristalería y hacerse añicos en el suelo del camarote y Jones seguiría durmiendo; un chapoteo no identificado a treinta metros de la lancha y Jones se despertaría y se asomaría por la borda, con sus sentidos en alerta máxima.

—Venid, pero no hagáis ruido —Stephen cogió de las manos a los periodistas y entró de puntillas en la cabina de la Revenant, mientras los Hydra intercambiaban comentarios entre ellos sin quitar ojo de encima al trío que se aventuraba a hurtadillas en la guarida del dragón.

Dentro estaba oscuro, y el rostro de Jones no pasaba de ser una difusa mancha negra. Stephen abrió la puerta del frigorífico y su luz iluminó al durmiente, dibujando unas marcadas sombras sobre aquellas facciones surcadas por cicatrices. Fue entonces cuando entendieron su sobresalto.

—¡COÑÑÑÑÑIO! —esta vez fue Royi quien salió de la cabina como empujado por un resorte.

David y Stephen siguieron al fotógrafo a la bañera, intercambiando miradas entre ellos.

—¿Lo habéis visto, no? —preguntó Stephen—. Ahora entendéis por qué casi me da el *yuyu*.

—No veía nada tan terrorífico desde el exorcismo de México —aseguró Royi, descompuesto.

Duke estaba sentado en la bañera, mirando a los civiles por encima de su libro. Aunque no había podido evitar la carcajada inicial, él no había continuado burlándose de ellos. David se acercó a él:

—¿Por qué tiene Jones los dientes afilados y puntiagudos como agujas? —preguntó. Su tono exigía una respuesta.

El inglés cerró el libro y lo dejó sobre la mesa. Era indiscutible que, de todo el equipo Hydra, era el que más se diferenciaba del resto en lo tocante a clase y a modales:

—Debe tener un significado tribal o religioso —explicó—. La verdad es que nunca nos ha contado por qué se los afiló, pero sí sabemos que lo hizo en África. Probablemente eso forme parte de algún ritual guerrero, al igual que las escarificaciones de su rostro.

—Ahora entiendo por qué siempre tiene la boca cerrada —refunfuñó Stephen, reprimiendo un escalofrío.

—Jones es diferente al resto de nosotros —reconoció el inglés, mirando hacia dentro de la cabina, donde el gigante dormía—. Nosotros somos soldados: Woods, Miles, Migale, Stitches, yo... lo mismo que los otros miembros de Hydra que no han venido con nosotros. Jones es mucho más que eso. Es un *mwinyi asikari*: un señor de la guerra. Nació para ser guerrero, y vive consagrado a ello.

—¿Pasó muchos años en África? —preguntó Royi, interesado en la historia.

—En realidad no sabemos casi nada de su pasado. Habla muy poco. Solo sabemos que nació en Haití, que se marchó a África con su padre cuando era casi un bebé, y que recibió su bautismo de fuego con ocho años.

—Un *niño de la guerra*... —murmuró David.

—No sabemos cuánto tiempo pasó en África —continuó Duke—. Yo solo sé que me gusta tenerlo a mi lado en combate. Jones vale por diez de nosotros: es la máquina de guerra perfecta.

—No lo dudo ni por un momento —dijo David, lanzando una fugaz mirada al interior de la cabina.

—¡Duke! —la voz de Woods llamó la atención de los ocupantes de la bañera—. ¡No estamos aquí para contarnos nuestras vidas! ¿Ok? ¡Si quieres hablar, habla del tiempo! Luego te llevo el Times, y así tendrás otros temas de conversación con tus amigos del club. ¿Quieres que también te sirva tu puto té de las cinco?

El inglés volvió a su lectura, no sin antes hacer un gesto con las cejas a los periodistas como diciendo: «¡qué le vamos a hacer, él es así!».

Y la Revenant siguió surcando las tranquilas aguas del Purús.

Al atardecer, Miles detuvo la Revenant en la orilla derecha del río para acampar. Horas antes, unos agentes de la Patrulla Fronteriza peruana sellaron los pasaportes de David, Royi y Stephen. No tuvieron problemas en reconocer las tarjetas titanio expedidas por el gobierno de Perú. Al menos, ya estaban legalmente en el país, cosa que preocupaba a los periodistas desde que cruzaron por la mañana la frontera sin que nadie controlara sus documentos.

Jones, como todas las tardes, ya estaba despierto y alerta. El bokor colgaba cargadores de munición en su correa y comprobaba una vez más el perfecto funcionamiento de su Heckler & Koch MP5, a la cual enroscó un silenciador cilíndrico que hacía que el arma aparentara ser más grande de lo que realmente era. Una vez consideró que todo se encontraba en perfecto orden, Jones se acercó a Woods, que descansaba apoyado en un tronco a unos cincuenta metros del campamento. Tenía la vista fija en el río, absorto en sus pensamientos. Woods le saludó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Jones.

«*Esto aún no ha acabado*».

Woods volvió a dirigir su mirada río arriba. Aunque la lógica le decía que Salvador Montalbán estaba muerto, le turbaba el hecho de tener que pasar de nuevo por el escenario donde, once meses atrás, había vivido la operación militar más sangrienta y aterradora de toda su carrera. Woods se había esforzado por olvidar durante todo ese año aquella fatídica mañana, pero no había sido capaz. Ahora, para colmo, tendría que revivir la historia una vez más. Sus recuerdos del Unu Rono habían mutado en un paraje fantasmal, habitado por demonios clamando venganza.

—Es una tontería, Jones —reconoció—. Es por *ese lugar*. Aún me pone los pelos de punta.

—Montalbán ya no es una amenaza. Él está muerto y su organización desmantelada. Te sentirás mejor cuando dejemos esa zona atrás.

«*Esto aún no ha acabado*».

—Lo sé —admitió Woods—, pero no puedo quitarme de encima este mal presentimiento —clavó sus ojos en los de Jones—. ¿Te has dado cuenta de que nunca hablamos de lo que pasó allí? Ni siquiera entre nosotros, como si quisiéramos borrar ese episodio de nuestras mentes.

—Todo lo que había que hablar se habló en su momento. Solo hicimos lo que debíamos hacer.

Woods guardó silencio, hipnotizado por los brillos que el sol agonizante arrancaba al agua. Cuando Jones se dio cuenta de que su jefe no tenía más que decir, se levantó, no sin antes proponerle algo:

—Comprendo que no quieras armar la Revenant, pero quizá estaríamos más tranquilos con el armamento ligero cerca —sugirió—. Los civiles no se espantarán por unos fusiles de asalto.

A Woods le pareció una buena idea. Un arma siempre da seguridad.

—Eso haremos. Gracias, Jones.

El gigante dio media vuelta y caminó hacia el interior de la selva para buscar un buen puesto de vigilancia. Antes de que se alejara demasiado, Woods le llamó de nuevo:

—¡Jones!

—¿Sí? —el bokor giró la cabeza hacia él.

—¿A ti no te da mal rollo volver a ese lugar?

—No —mintió Jones, fingiendo una sonrisa que no dejaba ver sus dientes.

«*Esto aún no ha acabado*».

Woods aceptó la respuesta y volvió a perder, una vez más, su mirada en el Purús. Jones se internó en la maleza, repitiendo para sus adentros, como un mantra maldito, el críptico mensaje del destripado:

«*Esto aún no ha acabado*».

Si aquel mensaje tenía algún significado, encontrarían la respuesta en el Unu Rono, cuando abandonaran el curso del Purús. Si alguien les esperaba río arriba, con planes de venganza, Jones se los regalaría a su Señora como *cabritos de dos pies*. Si el fantasma solo se había tirado un farol —a veces los espíritus disfrutaban mortificando a los vivos—, atravesarían la zona sin percances, y el festín para Erzulie Kalika tendría que esperar.

Al menos unos días más.

XX

*OPERACIÓN Merlín Negro, ribera del Unu Rono,
Perú, 2003 (once meses atrás).*

JONES SE ARRASTRABA POR LA SELVA con su machete de jungla en la mano. Poseía aquel arma desde sus tiempos de combatiente en África, y aunque su aspecto tosco y primitivo llevara a engaño, su hoja era capaz, en manos de su dueño, de partir en dos a un hombre por la cintura. Su objetivo actual se encontraba a menos de veinte metros. Debía actuar rápido para evitar que el centinela emitiera cualquier sonido que pudiera alertar a los narcotraficantes que dormían en el campamento cercano. La misión de Jones consistía en eliminar silenciosamente a los vigilantes que hacían guardia al sur y al oeste del laboratorio de proceso de cocaína de Salvador Montalbán, y debía hacerlo antes del amanecer, que ya comenzaba a despuntar. Whisper, el otro miembro femenino del team Hydra, se había ocupado ya de los de la zona este y norte, usando una ballesta dotada de visor nocturno. La joven, menuda y de rasgos orientales —su padre era americano y su madre japonesa— era capaz de moverse en silencio por la selva muchísimo más rápido que Jones. Su maestría con las armas blancas la hacían idónea en misiones de infiltración. Sus dardos, cuyas cabezas parecían fabricadas con cuchillas de afeitar en forma de pirámide, habían atravesado a cuatro hombres que no tuvieron ocasión ni de exhalar un último suspiro. Jones, por su parte, ya había decapitado a tres. El último y somnoliento centinela que quedaba con vida logró dar una cabezadita justo antes de que el machete de Jones le cortara la cabeza de un golpe. Desde el suelo, sus ojos se abrieron una última vez, contemplando, asombrados, cómo su cuerpo sin cabeza permanecía sentado, como si nada hubiera pasado.

—Centinelas eliminados en sur y oeste —susurró Jones a través del pequeño micro que le mantenía comunicado con el resto de la fuerza de ataque.

—Vía libre en norte y este —susurró la sugerente voz de Whisper.

Rodeando el laboratorio de Montalbán, se encontraba la fuerza de asalto peruana, formada por efectivos de la policía antidroga y por miembros del GRUFE, el Grupo de Fuerzas Especiales del ejército. Estos estaban envueltos en unos atuendos de camuflaje llenos de flecos y jirones que les mimetizaban eficazmente con la vegetación. La concentración de tropas más densa se encontraba al sur, a fin de impedir que los narcos huyeran hacia el interior de la selva. Al este y al oeste del laboratorio, el terreno presentaba más dificultades para escapar, por lo cual José Eduardo Corrientes, el comandante en jefe de la Operación Merlín Negro, se había limitado a desplegar un par de pelotones que, según él, bastarían para cortar con total

efectividad la huida de los narcotraficantes por los flancos. El plan consistía en forzar su retirada hacia el Unu Rono, cercándolos hasta arrojarles literalmente al río, donde les esperaba un destacamento mercenario con renombrada experiencia en operaciones fluviales de ese tipo: el equipo Hydra. El comandante Corrientes había manifestado su interés por capturar vivo a Montalbán y a sus cabecillas. Woods le había contestado, con frialdad, que apuntarían a las piernas.

Cuando Corrientes recibió las novedades de Jones y Whisper a través de su intercomunicador, soltó una risa nerviosa. Nadie en Lima sabía exactamente por qué Corrientes había sido puesto al mando de la Operación Merlín Negro, habiendo en el ejército peruano militares muchísimo más brillantes que él y mucho mejor cualificados para llevar a cabo una intervención de esa envergadura. Se rumoreaba que el hecho de estar casado con la hija de uno de los hombres de confianza del Ministro de Defensa había tenido mucho que ver en el asunto. José Eduardo Corrientes era el típico militar engreído que trata siempre de sentar cátedra al hablar, sin darse cuenta de que suele hacer el ridículo en recepciones oficiales y en actos a los que acude vestido con su impoluto uniforme de gala, creyéndose que va disfrazado de Dios. Sus compañeros de profesión le consideraban un inepto presuntuoso desde que era cadete de la Escuela Militar de Chorrillos, donde había acabado siendo objeto de burlas y chascarrillos por parte de sus compañeros de academia. Lo más triste de todo fue que, al contraer matrimonio, se convirtió en un payaso influyente y bien relacionado, aderezado con esa típica mala leche que caracteriza a los resentidos.

Una vez eliminados los centinelas, el ejército disponía de vía libre para cerrar el cerco sobre el laboratorio e intentar apresar vivos a los narcos, aunque había que ser realmente estúpido para confiar en una rendición sin lucha por parte de Montalbán. Las órdenes del Gobierno eran tajantes: ante la menor resistencia, fuego a discreción. Las fuerzas armadas peruanas y la DINANDRO eran conscientes de que Montalbán lideraba un ejército bien preparado, bien equipado, y que contaba con la ventaja de conocer su territorio a la perfección.

—¡Avancen hacia el laboratorio! —ordenó Corrientes a través de su intercomunicador.

Las tropas marcharon lentamente hacia el claro que albergaba el pequeño complejo del laboratorio, formado por chozas de madera cubiertas por redes de camuflaje y por tiendas de campaña. Cuando se encontraban a cincuenta metros del objetivo, un grito desgarrador resonó desde el oeste:

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

El soldado que gritaba estaba de pie, manoteando frenéticamente en el aire como si estuviera a punto de caerse al suelo, cosa que era imposible debido a que la trampa de estacas que le había empalado su muslo derecho lo mantenía erguido a la fuerza. Su compañero le sujetó por la cintura y comenzó a llamar a gritos a un médico, presa de los nervios.

Al sur, no muy lejos de donde se encontraba Corrientes, una explosión proyectó a dos soldados por el aire. A los pocos segundos, otra explosión similar sonó algo más allá, seguida de más alaridos de dolor. Los soldados peruanos se arrojaron al suelo, frenando su avance. Corrientes rugió de ira: el factor sorpresa acababa de irse al garete.

«*Minas Claymore*» —maldijo Jones para sus adentros, recorriendo la vereda que le separaba del río con la agilidad de una pantera. El haitiano había buscado minas durante toda la noche, mientras se arrastraba por el perímetro para neutralizar a los centinelas. Le había sorprendido no encontrar ninguna. Ahora sabía por qué: en lugar de colocarlas en la periferia, las habían puesto peligrosamente cerca del claro. Nadie habría imaginado que estarían tan próximas al laboratorio. Como era de esperar, las explosiones y los gritos fueron seguidos por voces de alarma. Los *cuernos de chivo* comenzaron a escupir balas en todas direcciones, descartando la posibilidad de una rendición incruenta. En mitad de aquella confusión, el comandante Corrientes no tuvo una idea mejor que dirigirse a los narcos a través de un megáfono a todo volumen:

—¡Atención, les habla el Ejército! ¡Tiren las armas! ¡Están rode...!

Aquella inacabada advertencia provocó que el fuego se concentrara en la zona donde se encontraba el comandante. A su alrededor, algunos hombres cayeron, abatidos por las balas. Los demás soldados, tumbados boca abajo con sus rostros hundidos en la hierba, aguardaban intimidados a que enmudecieran los Kalashnikovs. Corrientes ladró una orden a través de su intercomunicador; aquello se le escapaba de las manos, y eso no podía permitirselo:

—¡Fuego de mortero!

En seguida se oyó un zumbido y una de las cabañas más céntricas voló en mil pedazos, en medio de una nube de fuego y humo. Instantes después, una segunda explosión destruyó un pequeño cobertizo oculto bajo una red mimetizada. Al menos, durante unos segundos, cesó el fuego desde el campamento.

—¡Adelante! ¡Y cuidado con las trampas!

Agachados para presentar el menor blanco posible, las tropas avanzaron hacia el laboratorio. El fuego enemigo ya no era tan denso, pero eso no significaba que la amenaza hubiera menguado. Los narcos se dispersaban abriéndose camino a través de la selva, y aquello no le convenía al comandante Corrientes, ya que era consciente de que al abrigo de la espesura, los hombres de Montalbán tendrían ventaja sobre sus soldados. Cuando llegaron a unos treinta metros del claro, el comandante ordenó fuego a discreción contra los pequeños edificios del campamento. Las balas agujerearon limpiamente las maderas, cañas y chapas de las estructuras del poblado. Oyeron algún que otro grito: por fortuna no todas las balas se perdían. Corrientes pudo ver cómo un chaval de unos dieciséis o diecisiete años se arrastraba por el claro, herido en una pierna, tirando como podía de su AK-47. El chico pareció convulsionar cuando las ráfagas de los fusiles Galil del GRUFE lo remataron en el suelo.

Solo unos pocos hombres de Montalbán resistían aún en el laboratorio, y estos caían poco a poco ante el avance de las tropas peruanas, muy superiores en número. Casi con toda seguridad, tal y como estaba previsto, los narcos huirían hacia el río. El comandante utilizó su intercomunicador para contactar con la Revenant. Corrientes se sentía avergonzado por el fracaso de su ataque sorpresa, sobre todo después de comprobar la eficacia quirúrgica de los Hydra eliminando a los centinelas:

—Delta a Romeo.

—Aquí Romeo.

—El factor sorpresa falló...

—No hace falta que lo jure —le interrumpió Woods.

—Los narcos se dirigen hacia el río, como estaba previsto —continuó Corrientes, pasando por alto la impertinencia de Woods—. En cuanto los tengan a tiro, son todo suyos, y anden atentos por si Montalbán o algún pez gordo asoma la nariz: valen más vivos que muertos.

—No hace falta que me recuerde cual es mi trabajo, comandante —contestó Woods, a quien Corrientes le caía como una patada en las pelotas; cerró la comunicación sin dar al militar opción a réplica y se dirigió a sus comandos—. Chicos, los *patitos* vienen de camino, así que estad atentos.

En el campamento, ahora bajo control de las fuerzas armadas, el ambiente estaba más tranquilo. El suelo del claro estaba alfombrado de cadáveres tumbados sobre charcos de sangre. Las bajas eran cuantiosas por ambos lados, y Corrientes comenzó a preocuparse por el informe que tendría que presentar en Lima cuando aquello terminase. Por ahora, nadie había visto a Montalbán ni a sus cabecillas. El comandante confiaba en que el capo iría en alguno de los grupos que se dirigían hacia el río, donde la Revenant les cortaría el paso; aunque la posibilidad de capturarle vivo, viendo la ferocidad de la resistencia de los narcos, le parecía cada vez más remota.

—¡Mi comandante! —un joven teniente del GRUFE, cubierto de barro y sudor, se personó junto a Corrientes—. Acá está todo bajo control... ¿Perseguimos a los que huyen hacia el río?

Aunque el plan inicial consistía en empujar a los narcos desde el sur hacia el Unu Rono, José Eduardo Corrientes temió que sus soldados fuesen presa fácil de los narcos una vez dentro de la espesura. Eso si no caían antes en alguna de las trampas desplegadas alrededor del laboratorio. Reacio a sufrir más bajas, Corrientes hizo uso de un as que traía escondido en la manga. Un as que todo el mundo, incluido Woods, desconocía.

—Hay cambio de planes —respondió; seguidamente, se dirigió a sus tropas a través de un potente aparato de radio que uno de sus hombres llevaba a la espalda—. ¡A todas las unidades! ¡Replieguense hacia el sur, zona de reunión uno!

El teniente del GRUFE frunció el ceño, aunque no se atrevió a cuestionar la orden de su superior. La zona de reunión uno estaba casi a dos kilómetros del campamento

de Montalbán, en el interior de la selva. Aquello sonaba a retirada, a no ser que el comandante guardara alguna sorpresa. A continuación, Corrientes buscó otra frecuencia en la radio y pulsó el botón de transmisión del micro:

—¡Delta a Cóndor! —una pausa—. ¡Delta a Cóndor... responda, Cóndor!

Una voz cargada de estática respondió al comandante:

—Aquí Cóndor Uno, cambio.

—Adelante con el plan B. ¿Tiempo estimado de llegada? Cambio.

—Ocho minutos. ¿Es suficiente para que salgan de allá? Cambio.

—Suficiente —aseguró Corrientes—. Nos alejamos del objetivo. Mantengo abierta la comunicación —el comandante se dirigió a sus tropas—. ¡Nos vamos! ¡Deprisa, deprisa!

Mientras se retiraban hacia el sur, Corrientes recibía los informes de los diferentes jefes de pelotón a través de su intercomunicador. Ni rastro de Montalbán. Por el este, los hombres del narco fueron hostigados por las fuerzas peruanas de forma que no tuvieron más remedio que dirigirse hacia el río con el resto de la desbandada. En cambio, el capitán que comandaba los dos pelotones que habían intentado cortar el paso a los delincuentes por el oeste, informaba que un pequeño grupo había logrado romper el cerco.

—¿Va Montalbán con ellos? —quiso saber Corrientes, rezando para que el narco no huyera hacia la zona más alta de la selva.

—No lo sé, mi comandante —confesó el capitán—. Nos dejan atrás poco a poco y no paran de devolver el fuego.

—Abandone la persecución y saque a sus hombres de allá —ordenó Corrientes—. Diríjanse a la zona de reunión uno.

—A la orden —respondió el capitán, cortando la comunicación.

Poco a poco, las tropas peruanas se alejaban del laboratorio, cuidando de no activar alguna de las trampas ocultas en el camino. Los narcos seguían dispersándose en grupos cada vez más pequeños. Al ver que las tropas se retiraban, algunos dejaron de correr para ocultarse en la selva; otros, envalentonados por el repliegue de los asaltantes, persiguieron a los soldados, provocando nuevos intercambios de disparos y alguna que otra baja más. En el río, la Revenant, completamente armada, esperaba a que los narcos comenzaran a asomar el morro. Ocultos en la orilla, Jones, Stitches, Whisper y Doggy estaban listos para interceptar a los que intentaran llegar al agua.

—¡Recordad! —gritó Woods a sus artilleros, que apuntaban sus armas protegidos por planchas blindadas—. ¡Apuntad a las piernas!

El primer narco surgió por sorpresa de entre los matorrales con su Kalashnikov en la mano. No era ninguno de los objetivos principales. La M60 de Duke escupió una breve ráfaga que destrozó las rodillas del fugitivo. El desgraciado profirió un grito de dolor y cayó de bruces. Antes de que pudiera reaccionar, tenía a Doggy encima.

—¿Dónde está Montalbán? —preguntó este en español, colocando la afilada hoja de su cuchillo en la oreja del herido, que no paraba de aullar—. ¿Dónde está

Montalbán?

Viendo que no obtenía respuesta, el Hydra le propinó un doloroso corte en el cartílago, lo que provocó que los gritos se intensificaran aún más.

—¿Dónde está Montalbán, hijoputa?

El narco se desmayó y Doggy le remató, clavándole el cuchillo en la nuca y girando su muñeca hasta oír un chasquido. Los siguientes fugitivos aparecieron disparando como locos sus AK-47, así que los artilleros de la Revenant no pudieron permitirse el lujo de apuntar a las piernas, dirigiendo ráfagas cruzadas que acabaron con ellos en dos segundos. Los cuatro Hydra agazapados en la orilla aguardaban la llegada de más narcos, pero de la selva ya no salía nadie. Tampoco se oían disparos cercanos, por lo cual Woods se preguntó qué diablos estaba pasando: según el plan previsto, las tropas peruanas deberían estar avanzando detrás de los narcos, forzándoles a huir hacia el río.

—Jones, Whisper, echad un vistazo —ordenó Woods a través de su intercomunicador; la selva estaba demasiado tranquila—. Tened cuidado: es posible que esos mamones se estén reagrupando...

Los dos comandos se internaron de nuevo en la selva. Era evidente que los narcos habían detectado la presencia de la Revenant en el río y se negaban a abandonar la protección de la selva. Tampoco había rastro de los soldados peruanos.

—Por aquí no se ve a nadie —informó Whisper—. ¿Qué coño está pasando?

Jones se arrastró hacia el interior de la selva, atravesando matorrales espinosos, silencioso como una serpiente. De repente, oyó murmullos a su derecha. El haitiano se dirigió hacia allí reptando y vislumbró, entre la vegetación, un pequeño claro donde seis hombres armados espiaban a la Revenant al amparo del follaje. Uno de ellos se dirigía al resto, hablando con autoridad. Sopesaban las posibilidades de tomar una ruta alternativa. En un momento dado, el hombre giró la cabeza y Jones le reconoció enseguida por las fotografías del *dossier* que el Ministerio de Defensa peruano les había facilitado: aquel tipo no era otro que Héctor Montalbán, el hijo mayor y mano derecha del narcotraficante.

Jones estaba demasiado cerca para usar el intercomunicador. Llevaba en su mano derecha el subfusil Heckler & Koch con silenciador, pero no se atrevía a utilizarlo: quería capturar vivo a Héctor. No era la primera vez que el bokor se encontraba en desventaja de seis a uno, pero el hecho de no poder matarlos a todos añadía dificultad al asunto. Si la vida de Héctor no tuviera importancia para la misión, aquellos seis individuos ya habrían sido sacrificados a Erzulie Kalika. Mientras tanto, en el río, Woods comenzaba a perder los nervios. ¿Dónde demonios estaban los soldados peruanos? Woods tenía la certeza de que tarde o temprano los narcos se reagruparían, y entonces estarían en posición de efectuar un ataque masivo contra la Revenant. ¿Y si llevaban armas pesadas? Preocupado y enfadado por la falta de noticias, Woods intentó comunicar con Corrientes:

—¡Romeo a Delta!

Silencio.

—¡Romeo a Delta! —gritó a través del comunicador.

Poco podía imaginar Woods que José Eduardo Corrientes había cambiado la frecuencia de su intercomunicador para hablar con sus tropas y había olvidado informarle de su cambio de planes. La Revenant se encontraba ahora aislada de la fuerza principal de ataque.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Woods—. ¿Dónde cojones están?

—Aquí desde luego no, jefe —murmuró Whisper desde la selva—. Un momento... veo un grupo enemigo acercarse desde el sur —la mujer asomó un poco más la cabeza—. Nada de soldados, jefe. Los narcos van hacia el río, pero no parece que nadie les persiga...

—De acuerdo —resopló Woods—. Por lo visto estamos solos. Volved al barco.

Stitches y Doggy, que se encontraban en la orilla, fueron los primeros en nadar hacia la lancha. En cuanto estos estuvieron a tiro de los narcos, sonaron disparos procedentes de la selva y el agua se levantó en pequeñas columnas alrededor de sus cabezas. Woods se dirigió a Migale, que esperaba órdenes al mando de una M61 Vulcan Gatling de veinte milímetros instalada en el foso de proa:

—¡Migale, silencia a esos hijos de perra!

La ametralladora giró vertiginosamente con un chirrido eléctrico, escupiendo fuego hacia el lugar de donde provenían los disparos. Las balas trazadoras dibujaban su recorrido con estelas brillantes que recordaban a los rayos láser de las películas de ciencia ficción. Las ramas saltaban en pedazos, los troncos de los árboles se desintegraban en astillas y cualquier desafortunado que se interponía en la trayectoria de los proyectiles perforantes de la Vulcan, diseñados originalmente para abatir aviones, resultaba literalmente despedazado. Aunque los hombres de Montalbán intentaban ocultarse detrás de cualquier relieve del terreno que pudiera protegerlos de aquella terrible amenaza, era extremadamente difícil escapar a un arma con una cadencia de tiro de seis mil disparos por minuto y un poder de perforación inenarrable.

Aunque la Gatling barría un área bastante alejada de donde se encontraba Héctor Montalbán y su grupo, estos no pudieron evitar enfocar su atención hacia la zona que devastaban los proyectiles de veinte milímetros. Jones aprovechó esta distracción, saltó detrás de los narcos y golpeó brutalmente la cabeza de Héctor, que perdió el conocimiento en el acto. Debido al estruendo de la Gatling, los cinco narcos restantes ni se percataron de la presencia del bokor hasta que fue demasiado tarde. La MP5, cuyo retroceso la habría hecho saltar en otros brazos distintos a los de Jones, ni siquiera vibró en su mano. Era como si les señalara con el dedo de la muerte. Jones les remató en el suelo con una última ráfaga. Erzulie Kalika estaría contenta: cinco cabritos más para su colección de espectros.

Woods hizo la señal de alto el fuego y la Vulcan, humeante, perdió velocidad. Una vez más, dejaron de oírse disparos. Doggy y Stitches habían logrado llegar ilesos

a la Revenant, y sus compañeros les ayudaban a subir a bordo, haciéndoles sitio para que ocuparan posiciones de combate. Desde el barco, vieron a Whisper corretear por la zona barrida por Migale. Segura de estar fuera del ángulo de tiro de los narcos, Whisper se atrevió a trepar por la ladera para identificar a los cadáveres. Ninguno de ellos era uno de los objetivos principales. Fue entonces cuando de la espesura surgió la silueta de Jones cargando con el cuerpo inconsciente y maniatado de Héctor Montalbán. El haitiano hizo señas a la Revenant.

—¡Jones trae un paquete! —gritó Duke desde detrás de su M60.

—Héctor Montalbán —informó Jones a través del intercomunicador.

La lancha, con todos sus artilleros prestos a devolver cualquier intento de ataque, se aproximó a la orilla hasta tocar tierra con el casco. Whisper descendió por la ladera, sorteando matorrales y troncos, y saltó a bordo de la Revenant, protegiéndose rápidamente tras el blindaje de la bañera. Jones lanzó a Héctor Montalbán por encima de la borda como si fuera un fardo. La selva seguía en silencio. Finalmente, Jones abordó la lancha. Con una hábil maniobra de Miles, la Revenant se separó de la orilla y quedó en posición de combate, lista para volver a obliterar cualquier resistencia. Woods intentó reanimar al hijo de Montalbán abofeteándole la cara. El joven, que seguía inconsciente, tenía veintitantos años, era moreno, fuerte y bien parecido, con unas facciones bastante más finas y atractivas que las de su padre.

—Le has dado fuerte, ¿eh, Jones? —rió Duke—. Me parece que tardará un buen rato en despertarse.

Jones ignoró a Duke y cargó de nuevo con Héctor como si fuera un muñeco de trapo, dirigiéndose hacia la parte delantera de la cubierta, justo debajo del puente. El bokor dejó al prisionero en el suelo y brincó a proa, donde estaba Migale y su Vulcan. Jones sacó un rollo de cuerda de nylon de uno de los contenedores adosados al foso. Woods le detuvo, poniéndole la mano en el pecho: él era el único que tenía autoridad y huevos suficientes para cuestionar las extravagantes decisiones que a veces tomaba el haitiano.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, en voz baja—. Podías haberlo metido en la cabina. ¿Por qué le has traído aquí?

Jones clavó en él sus ojos eternamente enrojecidos sin dejar de desenrollar la cuerda. La mayor parte de la tripulación permanecía ajena a ellos, pendientes de un posible contraataque desde tierra.

—No se atreverán a disparar con Héctor en cubierta —argumentó Jones—. Además, vamos a conseguir que su padre salga de su escondite.

Woods reflexionó un instante y creyó adivinar qué se proponía el gigante:

—¿Vas a obligar a Héctor a que pida a su padre que se entregue?

Jones asintió en silencio.

—¿Y si se niega? Tal vez no esté dispuesto a colaborar...

—Colaborará —aseguró Jones, esbozando una sonrisa que puso al descubierto sus dientes.

Woods inspiró hondo. Esta no iba a ser la primera vez que torturaran a un prisionero, ni tampoco sería la última. Además, qué cojones, el imbécil de Corrientes les había dejado aislados y sin apoyo. En ese momento, Woods se sintió con derecho a dinamitar el mundo, si hacía falta:

—Adelante —le autorizó—, haz lo que creas conveniente.

Jones substituyó la brida de plástico que había utilizado para maniatar a Héctor por la cuerda de escalada, amarrando primero su muñeca izquierda a una de las agarraderas más altas de la mampara exterior de la cabina, e izándole hasta dejarlo colgando de ella. Seguidamente, repitió la misma operación con la mano derecha, lo que hizo que Héctor quedara casi suspendido en el aire, crucificado en la parte exterior de la cabina de la Revenant. Sus pies, que apenas rozaban la cubierta, fueron inmovilizados del mismo modo, quedando su cuerpo en posición de aspa.

—¡Stitches! —llamó Woods—. ¡Reánimalo!

El doctor abrió un pequeño botiquín y extrajo un frasco de amoníaco; luego empapó generosamente un algodón y lo aplicó en las fosas nasales de Héctor. Este dio un respingo, sacudió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y regresó al mundo de los vivos. Lo primero que vio fue el rostro surcado de cicatrices de Jones y sus ojos de fuego fijos en él. El hijo de Montalbán se dio cuenta enseguida de su situación. Al girar la cabeza hacia el otro lado, se encontró con Stitches y Woods.

—Bienvenido a bordo, Héctor —dijo este—. No queremos hacerte daño...

—¡Qué te jodan, gringo cabrón! —le interrumpió furiosamente, agitándose violentamente e intentando lanzar, sin éxito, un rodillazo al jefe de los Hydra.

—Escúchame, Héctor —le rogó Woods, pasando por alto su patético intento de agresión—, llevas las de perder. Si cooperas y consigues que tu padre se rinda os entregaremos a las autoridades y tendréis un juicio justo. No hay necesidad de morir en esta selva de mierda.

Woods levantó la vista hacia el puente e hizo una seña a Miles, cerrando ligeramente el puño y moviendo el pulgar repetidas veces. A Miles no le costó adivinar que su jefe quería el micrófono de la radio. El piloto lo descolgó por una de las aberturas laterales de la cabina. Stitches lo recogió y lo tendió a su jefe, forzando casi al máximo la longitud del cable extensible. Woods llamó de nuevo a Miles, señalándole con el dedo los altavoces en forma de bocina:

—Pon el volumen a tope —le ordenó; aquello provocó que los altavoces emitieran un estridente pitido al acoplarse con el micro. Woods tiró aún más del cable, hasta que el *efecto Larsen* cesó—. ¡Probando! —su voz sonó ahora alta y clara a través de los altavoces, propagándose como un eco a través del silencio que impregnaba la selva.

Héctor Montalbán asaeteaba a Woods con una mirada de desprecio, ignorando la terrorífica sonrisa de Jones a cinco centímetros de su cara. Tras el *shock* inicial al verse crucificado, Héctor no presentaba síntomas de miedo. Sabía que valía más vivo que muerto, y eso le infundía seguridad.

—Quiero que ahora le digas a tu padre que te tenemos, y que exigimos su rendición —le dijo Woods—. Si no se entrega, lo que te suceda a partir de ahora será exclusivamente culpa suya.

—¡Que te jodan, gringo cabrón! —repitió Héctor, mostrando los dientes.

Woods se acarició la barbilla, como un director de instituto que no sabe qué castigo aplicar al alumno que ha pillado fumando en el váter. Héctor tenía muchos huevos, así que había llegado la hora de ponérselos de corbata.

—Tu repertorio de insultos es muy limitado —se quejó Woods, haciendo una seña a Jones.

El bokor propinó a Héctor un puñetazo justo debajo de las costillas, causándole un dolor muy agudo debido a su posición en aspa. El joven fracasó en su intento por respirar, y los siguientes momentos fueron angustiosos a causa de la asfixia. Pero a pesar del ahogo y del dolor, no gritó; ni siquiera gimió. Tras unos segundos, Héctor tragó, por fin, una bocanada de aire. Woods volvió a hablarle en tono afable, sosteniendo el micrófono delante de su boca:

—Venga, Héctor, no seas así. Dile a tu padre que se entregue. No seas necio y acepta la oportunidad que te ofrezco de salir vivo de esta.

—¡Chinga a tu vieja, gringo maricón! ¡Tortúrame lo que te salga de los huevos, de mí no sacarás nada!

Procedentes de la selva llegaron gritos de ánimo mezclados con insultos en español. Era evidente que había público, pero como había previsto Jones, no se atrevían a abrir fuego por miedo a alcanzar a Héctor.

—¡Miles, pon la lancha de proa a la orilla! —ordenó Woods, a través del micrófono; su voz resonó a todo volumen— ¡Vamos a ofrecer a nuestra audiencia un espectáculo que nunca olvidará!

La Revenant se posicionó mirando hacia tierra, con Migale y su mortífera Gatling escrutando la vegetación en busca de cualquier movimiento. Con suerte, el padre de Héctor estaría presenciando la escena, y nada mejor que sacarle de sus casillas para hacerle salir de su escondite:

—¡Héctor, saluda a tus fans! —la voz de Woods, amplificada por los altavoces, parecía la de un comentarista deportivo—. Jones, enseña a nuestro distinguido público lo hábil que eres con el cuchillo.

El haitiano extrajo de su bota un puñal corto de doble filo y, con sádica lentitud, hundió la punta en el muslo tenso de Héctor. Las facciones del joven se crisparon y enrojecieron, pero de su boca no brotó ni un solo sonido. Los Hydra que alcanzaron a ver aquello desde donde estaban fruncieron el ceño. Era un espectáculo de lo más desagradable.

—Su umbral de dolor es muy alto —susurró Stitches a Woods, que perdía la paciencia por momentos.

—¿Vas a hablar, o prefieres que atraigamos a tu padre con tus gritos? —el ultimátum de Woods sonó aterrador—. ¡Te juro que podemos hacerte chillar como

una puta vieja!

Los narcos escondidos en la selva comenzaron a vociferar de nuevo, y Woods temió que estos se echaran la manta a la cabeza y comenzaran a disparar sin importarles que Héctor Montalbán estuviera en la línea de fuego. La tensión empezó a notarse hasta en los miembros más serenos del equipo Hydra, que apuntaban sus armas hacia la selva, atentos a cualquier movimiento sospechoso.

A Héctor no parecían asustarle las amenazas. De su frente brotaban gotas de sudor que resbalaban por su cara y cuello, empapando su camisa entreabierta:

—Mi viejo vendrá, sí, pero para *debutarte el poto*^[32], gringo remamahuevos —a continuación, dirigió su mirada desafiante a Jones, que jugueteaba con el cuchillo manchado de sangre—, a ti y a este *grone*^[33] de mierda.

Jones intercambió una mirada con Woods. Héctor estaba resultando un hueso duro de roer.

—Puedo aplicarle un *tratamiento especial* —propuso Jones—. Gritará... y mucho.

Woods se encaró con el prisionero, que sangraba profusamente por la herida del muslo. Antes de dar rienda suelta a la creatividad de Jones, Woods quiso darle una última oportunidad. Después de agujerearle una pierna, no quería ni imaginar qué otras sorpresas guardaría Jones en su caja de Pandora:

—Héctor, no me obligues a dejarte en sus manos —una vez más, colocó el micrófono en su labios—. Dile a tu padre que...

El escupitajo de Héctor le alcanzó justo en la boca, interrumpiéndole. Por un segundo, Woods estuvo a punto de desenfundar su revólver y descerrajarle un tiro en la frente. El comandante se enfrentó, por última vez, a la mirada desafiante del hijo de Montalbán, que era vitoreado por un invisible coro de narcos desde la espesura. No iba a perder más tiempo discutiendo con él, así que Woods decidió dar carta blanca a Jones:

—¡Se acabó! —gritó, tirando por la borda la poca paciencia que le quedaba—. Jones, quiero que sus gritos se oigan hasta en el mismísimo infierno, así que... ¡HAZ GRITAR A ESTE HIJO DE PUTA!

Héctor inspiró profundamente, aguardando su destino con valentía. Jones le rasgó la camisa con su cuchillo botero, arrancándosela de un tirón y dejando su torso desnudo. El joven esperaba, con la mirada fija en el horizonte, el siguiente movimiento del puñal. «¿Dónde lo clavará ahora?», se preguntó, tragándose su propio miedo. Sabía que iba a dolerle, y mucho. Aguantaría o moriría, pero había algo que tenía bien claro: haría lo posible para que su padre no le oyera gritar.

La punta del cuchillo de Jones se hundió en la parte izquierda de su abdomen, penetrando unos pocos centímetros en la fibrosa carne del joven, más o menos a la altura del pantalón, para luego ir trazando una finísima línea roja de izquierda a derecha, despacio, como un harakiri a cámara lenta. Los miembros del team que pudieron ver la escena se sintieron aterrados: habían visto a Jones torturar con

anterioridad, pero siempre se había limitado a dar golpes o a algún que otro corte con el cuchillo. Normalmente, su sola presencia era suficiente para que el prisionero cantara. Pero nunca antes habían contemplado un ritual tan lento y con tan poca respuesta por parte de la víctima, que seguía sin emitir sonido alguno, aparte de algún que otro resoplido apenas recogido por el micro de Woods, que hacía lo posible por mantener la vista apartada de aquel horror.

—Ezili madé kabri dé pié —musitó Jones, tan bajo que nadie más pudo oírle.

Con una escalofriante decisión, la mano de Jones se hundió hasta la muñeca en la herida que cruzaba el vientre de Héctor Montalbán, provocando que el desdichado abriera los ojos como si estos quisieran escapar de sus cuencas. De un fuerte tirón, los intestinos del joven salieron de su cuerpo, sostenidos por la férrea mano de Jones, que los alzó hasta elevarlos a la altura de su vista. La sangre, mezclada con otros líquidos malolientes, le chorreaba por el brazo. Woods no daba crédito a lo que estaba viendo, y Stitches, que en su carrera como médico de guerra había visto de todo, tuvo que agarrarse a la borda para no caerse. Tras mostrar las tripas a su dueño, Jones las arrojó sobre la cubierta con desprecio, provocando un vomitivo sonido chapoteante. Como una cascada de carne viva, los intestinos de Héctor colgaron desde el agujero de su vientre hasta la cubierta de la Revenant, emanando un hedor espantoso. Aterrorizado e inmerso en un dolor que sobrepasaba su resistencia, el joven no pudo evitar comenzar a gritar y a llorar con desesperación.

Miles se tapaba los oídos desde el puente intentando, sin éxito, no escuchar aquellos terroríficos alaridos. Stitches tenía las manos en la cabeza, sin acabar de asimilar la escena. Migale se había girado desde el puesto de la Vulcan y su expresión revelaba que tampoco daba crédito a sus ojos. Los Hydra que estaban en popa no pudieron ver el espectáculo, pero sí oyeron los gritos y olieron el pestilente hedor. Woods, procurando no pisar los intestinos del hijo de Montalbán, apretó el botón del micrófono. Sus gritos resonaron a volumen brutal por toda la selva. Desde la espesura, un creciente rugido de rabia inició un aterrador *crescendo*. Woods gritó órdenes, intentando hacerse oír por encima de aquel estruendo:

—¡Stitches! —gritó, sacando al médico de su trance— ¡Ocupa la posición de Migale en la Vulcan! ¡Migale! ¡Ven aquí y repite lo más fuerte que puedas lo que yo te vaya diciendo!

Migale, que era capaz de hacerse oír a kilómetros cuando gritaba, fue sustituida por Stitches en la Vulcan. El médico dio gracias a Dios por tener otra cosa que hacer distinta a asistir a la carnicería de Jones. Woods le pasó el micrófono a la joven. Los gritos de Héctor eran tan fuertes que ya no necesitaban amplificación externa. Adelantándose a los disparos de los narcos, Woods ordenó fuego a discreción.

La Vulcan volvió a barrer la selva, acompañada por las ametralladoras M60 repartidas por toda la lancha. Las balas trazadoras llovieron sobre el follaje. Cuando Woods se aseguró de que la selva permanecería en silencio durante otro rato, le ordenó a Migale:

—Repite lo que yo te diga y grítalo lo más fuerte que puedas.

Migale repitió, en español y a voz en grito, todo lo que Woods le dictó al oído. Su voz estridente inundó la selva, llegando hasta el último rincón de la espesura:

—¡Montalbán, cobarde, hijo de puta! ¡Escucha como sufre tu hijo! ¡Sal de tu escondite, si es que tienes huevos! ¡Entrégate y esto parará!

Aquello se le había escapado de las manos a Woods, pero ya no había remedio. Sus hombres se miraban unos a otros, aterrorizados por aquella escena dantesca que superaba con creces cualquier horror vivido hasta ahora. Jones, empapado en la sangre de Héctor, levantaba ahora su ensangrentado cuchillo en dirección a la selva, pronunciando entre dientes palabras que sus compañeros nunca llegaron a oír. Y como banda sonora, los aullidos de Héctor, acompañados por los insultos y provocaciones de Migale.

A cientos de metros al oeste, desde su escondite en la maleza, Salvador Montalbán oyó los gritos de dolor de su hijo. Fuera de sí, comenzó a descender por la ladera, gritando terribles amenazas a la vez que lloraba de miedo. Schmeisser intentó detenerlo, tratando de convencerle de que era una trampa. Fue inútil. Montalbán iba directo a las fauces del lobo.

De repente, un silbido estruendoso eclipsó la voz amplificada de Migale y los aullidos de Héctor. Los dos *Sapitos* aparecieron súbitamente, sobrevolando la selva ante la sorprendida mirada tanto del equipo Hydra como de los narcos. Montalbán, cegado por la rabia, ni advirtió la llegada de los Cessna A-37B Dragonfly que, volando casi a ras del suelo, soltaron su temible carga sobre el laboratorio de cocaína.

La atronadora explosión iluminó la mañana con una luz cegadora que se elevó muchos metros por encima de los árboles. El napalm hizo estallar los bidones de queroseno que se almacenaban en el laboratorio, formando un tsunami de fuego que se abrió paso a través de cientos de metros de selva, abrasando árboles, matorrales, chozas y a muchos de los narcos escondidos por la zona, incluyendo parte de la guardia de élite de Montalbán. Aquella muralla de llamas fue lo que le impidió al capo llegar hasta el río, y fue lo que le salvó de caer en la trampa de los gringos.

Woods maldijo la intervención de la aviación peruana. Por suerte, todos sus hombres se encontraban a salvo en la *Revenant*. Si Corrientes hubiera aparecido en ese momento, lo más probable es que Woods le hubiera volado la cabeza sin pensárselo dos veces.

Aquel mar de llamas acabó con cualquier posibilidad de atrapar con vida a Salvador Montalbán. Si el narco seguía vivo —algo difícil de creer viendo el infierno en el que se había convertido la selva—, jamás podría alcanzar la orilla del río, que comenzaba a ser pasto de un incendio que la devoraba con rapidez pasmosa. Woods evaluó la situación con la mandíbula tensa de rabia. Héctor ya no gritaba. Había perdido el conocimiento. El comandante ordenó a Migale que volviera a intercambiar el puesto de artillero con Stitches.

—¿Puedes hacer algo por él? —le preguntó Woods.

—¡Desatadlo! —Stitches se metió en la cabina para buscar una bolsa de instrumental médico; cuando regresó a proa, Woods y Jones habían cortado las ataduras de Héctor y le habían tumbado en cubierta, junto a sus intestinos; el charco de sangre era espectacular—. Ha perdido mucha sangre, no sé si esto valdrá de algo...

Y antes de que Stitches pudiera ponerse unos guantes de látex para volver a meterle los intestinos en el cuerpo, Héctor Montalbán exhaló un último suspiro gorjeante. El médico le tomó el pulso:

—Ha muerto —dijo, levantando la mirada hacia Jones, que contemplaba la escena sin inmutarse.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —gritó Woods, dirigiéndose luego a Jones— ¿No se te podía ocurrir otra cosa más que destriparle? —Woods estuvo a punto de añadir *maldito psicópata*, pero se reprimió. Jones le miró, impertérrito. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Tú querías que gritara, y ya viste que no era fácil —silabeó el gigante, con la barbilla bien alta—. Me dijiste que hiciera lo que tuviera que hacer, y lo hice. Tú eres tan responsable de esto como yo.

Woods apretó los puños. En la orilla, el incendio se propagaba con rapidez. Era la primera vez en su carrera militar que los acontecimientos le superaban. Los miembros del equipo que estaban en la popa de la Revenant abandonaron sus puestos de combate y se arremolinaron alrededor del cuerpo del narco. La selva ya no era una amenaza, sino un océano de fuego. Duke le puso la mano en el hombro a Woods:

—Somos un equipo. Hemos pasado muchas cosas juntos, y aunque esto de hoy ha sido un error, no te lo vas a comer tú solo —el inglés clavó sus ojos en los de Woods—. Yo estoy contigo.

Duke se volvió a sus compañeros:

—¿Qué decís, Hydra? ¿Estamos con Woods?

Los demás intercambiaron miradas mudas y asintieron. Whisper habló por todos:

—Estamos contigo, jefe. Todos somos responsables de esto.

Woods miró a Jones, luego al muerto y, por último, a sus comandos:

—Nadie va a ser responsable de nada —dijo—. ¡Miles, acerca la lancha a la orilla!

La Revenant tocó tierra, y Woods ordenó a Jones que arrojara el cuerpo de Héctor Montalbán a las llamas. Si no llovía pronto, aquel incendio arrasaría sin piedad muchísimas hectáreas de jungla. Jones cargó con el cadáver hasta la muralla de fuego. Una vez allí, se cercioró de que las pruebas de su barbarie fueran pasto de las llamas. Cuando regresó al barco, Woods miró a todos y cada uno de sus soldados:

—Esto de hoy *no ha pasado* —dijo—. Miles, vámonos de aquí.

Y la Revenant se fue, dejando atrás el resplandeciente infierno en que se había convertido la selva. Sus tripulantes jamás imaginaron que algunos de los hombres de Montalbán, capaces de moverse por las laberínticas veredas de la selva a velocidad

felina, lograron sobrevivir a la masacre y contemplaron escondidos, en silencio, y mascando con dolor su impotencia, toda la tortura y muerte de Héctor Montalbán. Días más tarde, en la Madriguera, contarían a su patrón con todo lujo de detalles el calvario padecido por su hijo, inyectándole en sus venas un germen de odio atroz y eterno.

Para el gobierno de Perú, la Operación Merlín Negro fue un éxito total. El laboratorio había sido arrasado y la banda de Montalbán desarticulada. La muerte del capo se hizo pública, a pesar de que su cadáver nunca se encontró. Las bajas sufridas entre el grupo mixto del GRUFE y de la DINANDRO fueron minimizadas ante la opinión pública, y el comandante José Eduardo Corrientes fue condecorado, a pesar del incisivo informe de Woods recalcando su ineptitud e irresponsabilidad. Myth —la organización madre del team Hydra— recibió su pago religiosamente, y esta ingresó en las cuentas privadas de los hombres de Woods una jugosa cantidad. Para ellos, en cambio, aquella operación supuso un fracaso, tanto profesional como personal.

Duke siempre comparó el episodio de Héctor Montalbán con la muerte del albatros en *La Balada del Viejo Marinero*, de Samuel Taylor Coleridge: todos se hicieron responsables de aquello y, como los marineros del poema de Coleridge, todos, de alguna forma, fueron maldecidos. Nunca volvieron a hablar de lo sucedido aquella mañana en el Unu Rono. La pasión y muerte de Héctor Montalbán se convirtió en un sobrecogedor secreto entre ellos, y en un secreto a voces entre los miembros de la reorganizada banda de Montalbán que, desde la Madriguera, once meses después, planeaba su venganza contra los asesinos de su hijo.

XXII

HACÍA DOS DÍAS que la expedición había cruzado la frontera de Perú. El día anterior, viernes, la Revenant había dejado atrás las aguas del Purús para internarse en el sinuoso Unu Rono. El río parecía desierto, como si la Revenant fuera la única embarcación que perturbara sus tranquilas aguas. Ni patrullas fluviales, ni canoas de pescadores, ni esquifes de mercaderes. Nada. La selva que flanqueaba las dos orillas del río asemejaba una infinita muralla verde, y la altura de los árboles que crecían a izquierda y derecha, unido a las curvas que trazaba el río, impedían ver más allá de un kilómetro de distancia. Miles escrutaba el Unu Rono con los ojos entrecerrados, en busca de rocas casi a ras del agua (como la que había hecho naufragar a Gérard), tramos de menor calado o troncos arrastrados por la corriente. Esto hizo que la velocidad de crucero de la Revenant cayera en picado.

David, Royi y Stephen admiraban en silencio el impresionante paisaje selvático que les ofrecía el Unu Rono, repantigados en los asientos de la bañera, donde también vegetaba Duke. El inglés, aburrido, luchaba por no quedarse traspuesto con su libro en la mano.

—¡Duke! —la voz de Woods le sacó de su letargo—. ¡Sube al puente!

El inglés se despabiló de mala gana y obedeció. Stephen, aprovechando su ausencia, se asomó furtivamente al interior de la cabina, comprobando que Jones estaba dormido.

—¿Necesitas una estaca? —le susurró Royi—. ¡Tiembla ante el terrible poder de Blacula^[34]! —canturreó, con voz trémula.

—¡Por Dios, Royi, déjate de bromas con ese tipo! —le regañó David, preocupado—. Si un día te oye, no sé por dónde nos puede salir... No creo que el sentido del humor sea su fuerte.

—¡Relájate, coño, que no se entera! —le tranquilizó Royi.

Stephen le mandó callar con el dedo, comprobó una vez más que Jones soñaba con los angelitos y que Woods, Duke y Miles seguían ocupados en el puente. Mediante gestos, convocó a David y Royi para que se acercaran, componiendo un corrillo conspirador:

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntó Royi.

—No os he comentado nada de esto antes porque siempre había alguien cerca —comenzó a decir Stephen—. Anoche vi algo extraño en el campamento. Me levanté a eso de la una de la madrugada y vi una luz roja a pocos metros. Me acerqué a ver quién era, y era Woods. Estaba leyendo un libro...

—¿Y qué? —preguntó David, que no veía nada raro en que Woods dedicara un rato a la lectura.

—Lo raro no es que estuviera leyendo —dijo Stephen, lanzando otra ojeada al puente—. Lo que me llamó la atención fue que, cuando le saludé, Woods se sobresaltó y guardó inmediatamente el libro en su bandolera... como si lo escondiera.

—¿En la bandolera dónde guarda el mapa de la DINANDRO? —preguntó Royi; Stephen asintió—. La verdad es que no se la quita ni para cagar —añadió.

—A eso voy. Woods parecía un adolescente al que acaban de pillar con una revista pornográfica en el cuarto de baño. Se levantó con esa cara que pone cuando está realmente cabreado y temí que fuera a montarme un pollo. Yo le expliqué que iba a mear, y él me soltó algo así como que es muy peligroso acercarse a alguien en la selva de noche, sin hacer ruido —el médico hizo una pausa—. Meé y regresé al campamento.

—Seguramente fue eso —dijo David—. Le asustaste y le quitaste las ganas de leer.

—No —rechazó categóricamente Stephen—. La expresión de Woods cuando le pillé leyendo fue de furia, no de susto. ¿Qué libro es ese, y por qué lo lee de madrugada mientras todos duermen, en vez de hacerlo de día, con luz? ¿Por qué no se separa nunca de esa bandolera?

Royi dibujó una expresión de escepticismo en su rostro:

—No sé, pero los mercenarios suelen ser unos tipos muy paranoicos. De todas formas, ya me muero por saber qué libro es ese. Quizá sea *Impotencia sexual y su tratamiento* —aventuró—. En ese caso, yo te habría pegado un tiro por descubrirme, Stephen.

Dejaron la conversación cuando Duke, ya totalmente espabilado, regresó a la bañera tras haber resuelto sus asuntos en el puente. El inglés abrió uno de los contenedores blindados y comenzó a rebuscar dentro:

—No os alarméis —advirtió, a la vez que sacaba del contenedor dos fusiles de asalto M4 con lanzagranadas de cuarenta milímetros adaptados bajo el guardamano—. El jefe quiere que tengamos esto a mano por si las moscas, ¿ok?

—¡Joder, qué bichos! —exclamó Royi—. ¿De verdad no hay nada de lo que preocuparse?

—Simple precaución —contestó Duke, guiñándole un ojo—. Apuesto a que estamos más solos que la una en este río.

Alrededor de las cinco de la tarde, una hora y media antes de lo que lo hacía habitualmente, Jones se despertó de repente. Se dirigió hacia la proa, quedándose de pie en su extremo como un enorme mascarón. Escudriñaba la selva en silencio; parecía poder atravesarla con la vista. Woods intercambió una elocuente mirada con Miles y abandonó el puente para reunirse con él. Desde el foso de proa, Migale y Stitches observaban al haitiano sin hablar.

—Estamos cerca, ¿verdad? —le preguntó Woods a Jones.

—Estamos llegando —respondió este, sin quitar los ojos de la selva.

A unos cien metros por delante de la Revenant, una neblina se extendía flotando a baja altura sobre el agua. El inusitado silencio que envolvía el aire con su sobrecogedor manto daba al lúgubre paisaje un toque espectral. Miles se concentró aún más en la navegación, atento tanto a sus instrumentos como al río, intentando prever cualquier obstáculo oculto en la bruma. A cámara lenta, la lancha penetró en la niebla, y todos los Hydra se levantaron, casi a la vez, para contemplar el tétrico paisaje que se desplegaba a babor. Todos reconocieron el lugar: habían llegado a la altura del Unu Rono donde vivieron la experiencia más salvaje de su vida. «*El asesino siempre vuelve al lugar del crimen*», pensó Woods.

David, que se encontraba en la cabina chateando con Valérie, salió al exterior para reunirse con Royi y Stephen. Los tres observaron cómo los Hydra contemplaban casi en éxtasis la orilla izquierda del río, formando parte de una insólita coreografía inerte. Duke, muy cerca de ellos, también perdía su mirada en la selva, que se movía lentamente como una película muda ante el avance de la Revenant.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Royi a David en voz baja.

—Ni idea. Jones se despertó de un salto, como si hubiera adivinado que estábamos llegando a este lugar, y se fue directo a la proa.

—Este sitio me da escalofríos —murmuró Stephen—. ¿Habrá presentido algo Jones? Ese tío cada vez me da más *cague*...

David estudió a los Hydra. Parecían estar en una especie de trance masivo. Aquella tranquilidad resultaba aún más inquietante. Royi decidió preguntarle a Duke que, como el resto de sus compañeros, también perdía la vista en la orilla serpenteada por jirones de bruma.

—¿Pasa algo? ¿Qué lugar es este?

—No pasa nada —Duke forzó una sonrisa—. Simplemente hay niebla, y debemos vigilar que no haya obstáculos en nuestro camino, eso es todo.

Royi no era tan estúpido para comprar esa idea a la primera:

—No veo a nadie mirando hacia delante, y los instrumentos de este barco son lo suficientemente precisos para localizar una piedra de mechero a cincuenta metros —le rebatió, clavándole una mirada inquisidora—. Jones ha brincado de la cama y ahora todos vosotros contempláis la selva como si fuerais una panda de zombis. ¿Qué cojones está pasando, Duke?

Este señaló a sus compañeros con el dedo:

—¿Ves a alguien en posición de combate? —Royi guardó silencio, sin contestar—. ¿Ves a alguien empuñando un arma?

La verdad era que no. Todo estaba sumamente tranquilo, tanto dentro como fuera del barco. De todos modos, aquella situación no era en absoluto normal. Royi se limitó a asentir con la cabeza a Duke, optando por no crear una polémica. David y Stephen parecían haberse unido al trance, y ellos también contemplaban la selva, intentando figurarse qué diablos esperaban ver en aquel follaje enmarañado. «*Quizás*

esto sea contagioso», se dijo Royi, decidiendo encarar la situación desde otro punto de vista.

Sacó la JVC de su estuche y contempló la selva a través de su monitor. La cámara era como un escudo invulnerable: detrás de ella, se sentía en otra dimensión. En Bosnia solía filmar en mitad de una lluvia de proyectiles, ignorando los gritos de sus compañeros que le instaban a protegerse detrás de cualquier obstáculo mientras le tildaban de loco. Milagrosamente, jamás resultó herido. Además de aislarle de la realidad, la cámara anesthesiaba su conciencia, lo que le permitía capturar sin dolor las imágenes más aterradoras, como si estas pertenecieran al metraje de una película que alguien, previamente, se hubiera encargado de rodar con los mejores efectos especiales del mercado. Detrás de la cámara, nada parecía estar pasando de verdad.

Ahora, su cámara captaba selva; solo selva y nada más. ¿Por qué demonios todos contemplaban el paisaje de aquella manera si no había nada más que follaje y bruma?

Y de repente, en la pequeña pantalla de su JVC apareció una zona desolada, con el verdor arrancado a tirones, como si un tornado de viento y fuego se hubiese cebado cruelmente con la vegetación. El suelo, ennegrecido en algunas zonas, no había podido recuperar la capa de hierba y humus que lo había cubierto durante millones de años. Por un instante, Royi bajó la cámara y miró con sus propios ojos la selva mutilada.

Stephen ladeó la cabeza, intentando oír algo en el aire de la tarde, pero no tuvo éxito. El silencio que cubría la zona con su capa invisible, los retazos de vegetación enferma, el ennegrecido terreno cubierto de bruma y los árboles desnudos y grises elevando sus huesudas manos implorando justicia al cielo, daban al paisaje un aspecto fantasmal.

—Como dicen los indios, la selva llora en silencio —musitó Stephen, sobrecogido.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó David a Duke—. ¿Quién arrasó la selva de esta manera?

—No tengo ni idea —mintió Duke, sin quitar los ojos de aquella desolación.

—Bombas incendiarias —dijo Royi, desde detrás de su cámara—. El incendio fue tan intenso que la selva no ha podido recuperarse de él.

El inglés fingió no oír al fotógrafo.

—¿Qué había ahí para que lo bombardearan de esa forma? —se preguntó Stephen en voz alta.

—Apuesto a que no era un convento de las Carmelitas Descalzas —aventuró Royi, sin dejar de filmar—. Probablemente se tratara de un nido de traficantes, o de un campamento de guerrilleros...

David examinó a los mercenarios. Ahora intercambiaban miradas y susurraban entre ellos. Migale señalaba la zona alta del terreno, y Stitches, a su lado, asentía con la cabeza. Duke les observaba disimuladamente, lanzando a su vez ojeadas a la selva quemada que poco a poco dejaban atrás. Aquel lugar, aun estando absolutamente en

calma, gritaba de dolor. Duke subió al puente con Miles. Una vez solos en la bañera, los civiles comentaron el extraño episodio:

—Me da en la nariz que saben lo que sucedió aquí —apostó David.

—¿Tú crees? —intervino Stephen—. Duke ha dicho que no tenía ni idea...

—No seas ingenuo, Stephen —Royi regresó la cámara al contenedor blindado—.

Yo diría más: creo que ellos tuvieron algo que ver con esto.

David asintió con la cabeza. Royi acababa de leerle el pensamiento:

—¿Crees que bombardearon la selva desde el río?

El fotógrafo negó con la cabeza:

—Esa orilla ha sido arrasada desde el aire, y no recientemente —Royi examinó el terreno devastado, que poco a poco iba quedando atrás—. Si os fijáis, hay pequeños brotes de hierba en algunos lugares. Después de un ataque como ese, la vegetación tarda meses, incluso años, en recuperarse del todo.

—Aquí tuvo que pasar algo muy fuerte —dijo David—. La forma en la que miraban no era normal.

—¿Y si le preguntamos a Woods? —sugirió Stephen.

—Woods no soltará prenda —aseguró David—. Lo único que conseguiremos será irritarle. Aún nos quedan muchos días de misión, y lo último que quiero es tener malos rollos con esta gente.

—Tienes razón —aceptó Stephen.

—De todas formas siempre podemos poner la oreja, a ver si nos enteramos de algo mientras hablan entre ellos —sugirió Royi—. Sobre todo tú, Stephen, que entiendes inglés mejor que nosotros dos.

—Aguzaré el oído —prometió.

La zona devastada terminó desapareciendo en la estela de la Revenant. Cuando ya no era más que un recuerdo, Jones le dijo a Woods, casi al oído:

—¿Ves? Ya pasó...

—Es como si este lugar hubiera quedado maldito —dijo Woods, que regresó al puente de mando, dejando a Jones solo en la proa—. Aprovecha la luz y navega una hora más —le ordenó a Miles—. Lo último que deseo es acampar cerca de aquí.

—A la orden, jefe. La verdad es que a mí tampoco me gusta este sitio.

Una hora después del episodio de la niebla, mientras los Hydra buscaban un lugar adecuado para acampar, uno de los centinelas de Salvador Montalbán le pedía permiso a Schmeisser para dar novedades al capo. Había venido corriendo desde la orilla del Unu Rono. El cocinero alemán le acompañó personalmente a los aposentos del jefe, quien le recibió, sonriente y expectante.

—Patrón, no hará ni una hora que el barco de los gringos pasó por el río —jadeó—. Vine para acá lo más rápido que pude.

Montalbán esbozó una sonrisa lobuna. Si todo iba bien, los gringos llegarían al Paso del Jaguar al día siguiente. La fuerza de ataque tendría que prepararse de inmediato.

—¡Nuestro momento se acerca! —exclamó Montalbán, entusiasmado—. ¡Vete ahorita al puesto de radio y que avisen a Santos, para que tenga todo listo para la mechadera^[35]!

—¡A la orden, patrón!

El vigilante abandonó la Madriguera a la carrera. Evitando trampas y culebreando por el laberinto que formaba la vegetación, llegó al puesto de radio. Allí dio instrucciones al operador para que contactara con Cayáhi.

Sánchez y Monzón tenían todo listo para la emboscada. El Paso del Jaguar se encontraba a unos kilómetros de Cayáhi, río abajo. Quince minutos después de recibir la comunicación, el sonido de unos potentes motores fueraborda perturbó la selva, y dos embarcaciones rápidas surgieron de un pequeño afluente del Unu Rono, encauzando la corriente principal del río a toda velocidad.

Una de ellas llevaba, instalado sobre unos soportes metálicos, el juguete de Montalbán.

XXIII

LA JORNADA SIGUIENTE COMENZÓ MÁS TEMPRANO DE LA CUENTA: no eran ni las cinco de la madrugada cuando todos estaban despiertos y dando vueltas como tigres enjaulados, así que Woods decidió levantar el campamento y reanudar la travesía. Conforme remontaban el Unu Rono, el cauce del río se hacía más profundo, lo que permitía a Miles aumentar la velocidad de crucero. El piloto nunca había navegado tan arriba en las aguas del Unu Rono, y le alegró ver que el panorama pintaba mucho mejor ahora que antes. «*Si no hay complicaciones, llegaremos a nuestro destino en dos o tres días*», había dicho a David, en un arranque de optimismo.

Pronto sería la una de la tarde, y daba la sensación de que habían avanzado más en aquellas últimas ocho horas que en los últimos tres días. La Revenant agradecía las aguas más profundas, y Miles apretaba la palanca aceleradora con alegría. Jones no dormía, y sustituía a Woods en el puente como acompañante de Miles. Woods, que había extendido el mapa de la DINANDRO sobre la mesa de la bañera, hizo un gesto a los civiles, invitándoles a mirar. Duke y Stitches estaban con él.

—Acérquense —David, Royi y Stephen se inclinaron sobre la mesa, agradecidos por el detalle—. Estamos aquí —les explicó Woods, señalando un punto en el mapa—. Ahora tendremos que reducir la velocidad para pasar por este estrechamiento del río —señaló otra zona, próxima a la anterior—. En cuanto dejemos atrás este paso, todo será coser y cantar.

—El Paso del Jaguar —leyó Royi, torciendo el cuello para leer mejor.

Woods dobló cuidadosamente el mapa, lo introdujo en el plástico y lo guardó dentro de su inseparable bandolera. La cerró tan rápidamente que ni los periodistas ni Stephen pudieron echar un vistazo a lo que había en su interior.

El Paso del Jaguar, de encontrarse en una zona más accesible, sería sin duda un exitoso destino turístico a causa de su belleza salvaje. A ambos lados del río, la selva se levantaba en empinados y altos montes cubiertos completamente de vegetación, formando un valle a través del cual discurrían las aguas del Unu Rono. Las orillas de aquel tramo del río eran peligrosas para la navegación: raíces enormes, grandes trozos de roca y matorrales espinosos invadían sus aguas, amenazando con golpear o incluso hacer encallar al barco que osara aproximarse demasiado.

El paso en sí estaba formado por una muralla natural compuesta de una amalgama de vegetación, tierra y rocas —estas casi totalmente cubiertas de musgo—, que yacía sobre el río procedente de la orilla derecha, como si el monte se hubiese quedado dormido y hubiera dejado caer despreocupadamente su brazo sobre el agua, formando

una especie de puente a medio terminar. Dependiendo de la época del año, el paso se elevaba cerca de seis metros sobre el río, y su anchura de vado, sin ser totalmente recta, rozaba los dos metros y medio. El origen de ese trozo de terreno era incierto, y se discutía si había sido producto de desprendimientos de tierra procedentes del monte o si se trataba del trabajo de ingeniería inconcluso de antiguos habitantes de la zona. Aunque el brazo de tierra obligaba a los barcos a rodearlo, no detenía el curso del río, cuyas aguas lo atravesaban en una miríada de grietas y oquedades formando pequeñas cascadas y chorros espumosos en su pared.

Al final de aquel brazo de terreno, sobre el que no era difícil caminar, los nativos habían construido un primitivo teleférico de madera que les permitía cruzar el río. La obra de ingeniería, rústica a más no poder, funcionaba correctamente desde hacía varias décadas: el sistema, compuesto por travesaños de madera, poleas y maromas, se operaba manualmente desde tierra, permitiendo que una familia alojada en su cesta colgante pudiera alcanzar la orilla izquierda del Unu Rono entre vaivenes dignos de una atracción de feria. Una vez al otro lado, conectaban con la red de estrechos caminos que comunicaban los diferentes poblados entre sí. La selva era tan espesa en la región que solamente era transitable a través de unas pocas veredas prácticamente devoradas por la vegetación, que se mantenían abiertas a duras penas gracias al paso de los indios, que las utilizaban para comerciar con las aldeas de las zonas más altas.

El espectacular panorama del Paso del Jaguar apareció frente a la Revenant poco después de la una de la tarde. Desde lejos se oía el rugido del agua al correr rauda por los orificios que atravesaban el brazo de terreno que estrechaba el río. Desde el puente de mando, Woods y Jones escrutaban la zona a través de sus binoculares.

David, Royi y Stephen se asomaron por la borda para contemplar mejor el espectáculo. Miles redujo la velocidad para cruzar el paso. Royi, sin pensárselo dos veces, sacó su JVC. Aquello era digno de ser filmado en todo su esplendor.

—¡Joder! —exclamó Royi, que veía el Paso ampliado por el *zoom* de la cámara—. ¡Hay un teleférico para cruzar el río! ¡Me voy a proa!

Agarrándose con precaución a los asideros de la parte exterior de la cabina, y arrastrando los pies para evitar caer por la borda con la cámara, Royi alcanzó la cubierta de proa y brincó dentro del foso, donde Stitches y Migale jugaban a las cartas. Los mercenarios no le hicieron ni caso. David y Stephen le siguieron, pero no se atrevieron a invadir el foso. Desde allí, Royi disfrutaba de una vista libre de obstáculos.

—Tecnología de los Picapiedra —comentó, filmando el teleférico.

—¿No pasasteis por aquí la otra vez que estuvisteis en el río? —le preguntó Stephen a David.

—No —respondió él—. Estuvimos río arriba, más cerca de San Julián. Este lugar es una maravilla.

Después del teleférico, Royi filmó el brazo de tierra atravesado por los chorros de agua espumosa. Sin lugar a dudas, aquel era el paisaje más bello que había filmado en

lo que llevaba de viaje.

David elevó la vista hacia el puente de mando, donde Jones, Woods y Miles parecían discutir. El haitiano bajó a la cabina. Cuando subió de nuevo, llevaba su Heckler en la mano. Jones no despegaba la vista del brazo de tierra que poco a poco iba quedando a estribor. Woods abrió uno de los ventanucos del puente y se dirigió a David, que era quien estaba más cerca:

—No se asusten, pero les ruego que vuelvan a la bañera. Simple precaución, nada más.

David iba a avisar a Royi, pero este ya iba de vuelta a la bañera para tomar un plano del Paso del Jaguar desde popa. El periodista le hizo una seña a Stephen y ambos siguieron a Royi, que ya se apostaba en los asientos traseros. Mientras tanto, en el puente, Woods le daba órdenes a Miles en voz baja:

—Navega por el centro del Paso. Mantente lo más alejado que puedas de la lengua de tierra sin aproximarte demasiado a la orilla, ¿de acuerdo?

El piloto le miró de reojo:

—No me digas que también te da mala espina este sitio...

—Me da mala espina todo el puto río —gruñó Woods—. Detrás de ese montón de tierra podría haber todo un ejército...

Miles prefirió no opinar. Entre las paranoias de Woods y el misticismo de Jones, empezaba a pensar que formaba parte de una coral de locos. Mientras tanto, en popa, Royi no paraba de halagar la grandeza del lugar:

—Si no fuera porque sé que me va a mandar a la mierda, le pedía a Woods que parara y me dejara filmar en tierra.

—Tú no lo has oído, pero cuando estábamos en la proa, Woods me ha pedido que volviéramos a la bañera —le comentó David, en voz baja—. Y Jones ha cogido su arma...

—¿Y eso?

—Jones es como los perros que presienten la tormenta. Ayer se despertó justo antes de que pasáramos por la *zona cero*, y hoy no ha dormido ni un minuto. Lleva todo el puto día despierto, y eso para mí es mala señal...

—Los poderes de Blacula escapan a nuestro entendimiento, mortal —declamó Royi con voz cavernosa, mostrando su dentadura superior y poniendo los ojos en blanco.

Navegando despacio, la Revenant rodeó aquella especie de puente a medio hacer que vomitaba mil lenguas de espuma con un canturreo idílico.

Siguiendo las órdenes de Woods, Miles cruzó el paso por el centro. A estribor, la muralla de seis metros de altura fue quedando atrás. Jones y Woods escrutaron atentamente la parte trasera del paso, y una luz de alarma se encendió en su interior al divisar, a unos cien metros de distancia, unos matorrales que caían desde el brazo de terreno hacia el agua de forma poco natural. Desde la lancha, era imposible ver qué había detrás.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Woods, intentando enfocar con sus prismáticos el amasijo de vegetación—. ¿Jones, distingues algo?

—En esos matorrales hay algo que no me gusta —murmuró el haitiano, empuñando con más fuerza su MP5.

—A toda máquina —ordenó Woods—. Alejémonos de aquí.

A Miles, aquella orden le pareció poco sabia:

—No puedo, jefe... hasta que el río no se ensanche del todo no sería prudente aumentar la...

—¡TE HE DICHO QUE A TODA MAQUINA! —vociferó Woods.

Stitches y Migale se levantaron inmediatamente al oír el grito. De un salto, abandonaron el foso y se dirigieron a la cabina del barco. En la bañera, Duke se volvió hacia donde estaban los civiles y les lanzó una orden muy simple mientras el motor de la Revenant rugía como nunca antes lo había hecho:

—¡Al suelo! ¡Y no salgáis de la zona de máximo blindaje!

La aceleración casi les hizo caer. Stitches y Migale tuvieron que agarrarse a los hierros exteriores de la cabina para no salir despedidos. Los periodistas y el médico, que nunca imaginaron que llegarían a recibir aquella orden, se agarraron a la borda para no caer al suelo. Duke se lanzó literalmente sobre ellos, empujándoles hacia abajo para que aplastaran sus cuerpos contra la cubierta. Stephen cayó de bruces, sujetándose las patillas de las gafas; Royi abrazó su cámara, tratando de protegerla a cualquier precio. David se encogió bajo la mesa en posición fetal, con el corazón latiéndole a mil por hora. Migale y Stitches entraron en la cabina en busca de sus armas. Duke, en cuclillas junto a los civiles, asomó su cabeza por la borda apuntando a la nada con su fusil de asalto M4. No había objetivos a la vista. El miedo y la confusión se mascaban en el aire como si fuera chicle.

Woods intentaba a toda costa mantener la sospechosa mata de vegetación dentro del círculo de sus prismáticos. Rogó a Dios para que todo fuera una falsa alarma, aunque luego tuviera que aguantar las burlas de sus hombres durante días. Jones también mantenía la vista fija en los matorrales; algo en su interior le decía que había algo malo en ellos. Fue entonces cuando de detrás de aquella acumulación de matorrales surgió, a toda velocidad, una lancha de fibra de vidrio con dos gigantescos fueraborda que hacían un ruido infernal. Tan solo iban dos hombres a bordo: uno era el piloto, que la manejaba desde un rudimentario asiento en la popa; el otro era un artillero dispuesto a estrenar el juguete de Salvador Montalbán: una ametralladora pesada Browning M2 de calibre .50 montada sobre un trípode de metal. La lancha de asalto estaba a unos ciento cincuenta metros, y se acercaba a toda velocidad.

—¡Mierda! —exclamó Woods—. ¡Fuego a discreción!

Fue como si hubiera dado la orden a los ocupantes de la lancha enemiga en lugar de a sus hombres: la Browning lanzó una primera ráfaga corta contra la popa de la Revenant. El artillero apuntaba a la zona del casco donde se alojaba el motor, aunque aquello no preocupaba demasiado a los Hydra, que confiaban en su blindaje adicional

y se protegían aplastándose contra la cubierta. No era la primera vez que eran tiroteados con munición de calibre .50, y hasta ahora, el blindaje especial siempre había resistido.

Pero aquellos proyectiles ni rebotaron en el casco ni se incrustaron en él: cada impacto fue seguido de una pequeña explosión que hacía saltar por el aire trozos de acero al rojo vivo, como si la borda estuviera hecha de madera en vez de metal.

Jones fue el primero en darse cuenta de que la verdadera amenaza no estaba en la ametralladora, sino en el tipo de munición que disparaba. Sin pensárselo dos veces, agarró a Woods y a Miles por la cintura y los tres volaron desde el puente hasta el suelo de la bañera, dejando la lancha a la deriva y a toda máquina. Otra nueva ráfaga abrió un agujero en la parte superior de la borda de popa, justo sobre las cabezas de los que se aplastaban desesperadamente contra el suelo. Las balas atravesaban la armadura de barras como si fuera de plástico. En la bañera se oyó el grave sonido de los proyectiles al ser detenidos por el espeso blindaje adicional: sin aquellas gruesas planchas de metal, ahora estarían todos muertos.

Woods empuñó su pistola con los ojos muy abiertos, intentando recuperarse del golpe recibido al caer sobre cubierta. Miles agarró a Jones por el hombro de su camiseta:

—¿Estás loco? ¡El barco va ahora a la deriva!

Jones le miró con sus ojos incandescentes:

—¡Nos están disparando con munición *Raufoss*!

Los Hydra conocían la munición *Raufoss*, aunque nunca antes se habían enfrentado a ella. Sabían que era de fabricación noruega, muy difícil de conseguir e increíblemente destructiva. Era perforante debido a su núcleo de tungsteno, incendiaria gracias a la mezcla inflamable que contenía, y fragmentaria a causa de la carga de circonio que alojaba en su interior. La única posibilidad de sobrevivir a aquellos proyectiles era mantenerse apiñados en la zona de máximo blindaje de la bañera. Ninguno de los comandos se atrevía a asomarse, y el ruido de los fuerabordas se oía cada vez más cerca.

Y de repente, se desencadenó una atronadora tormenta de fuego.

La *Revenant* se estremeció y varió su rumbo al recibir las ráfagas de la *Browning* por encima de su línea de flotación, agujereando la armadura de barras y dañando el casco, aunque sin llegar a perforarlo críticamente. Desde la lancha rápida, el artillero apuntó a la obra muerta de la *Revenant* y apretó el disparador de la ametralladora, que vibró entre sus puños. El mástil cayó, segado como una espiga de trigo por los proyectiles *Raufoss*, arrastrando al fondo del río la agujereada palangana del radar y todas las antenas, cuyos cables fueron cortados limpiamente por las esquirlas de metal al rojo que saltaban por doquier. La cabina y el puente de mando se transformaron en un colador. Una lluvia de diminutos trozos de cristal cayó sobre las espaldas de los ocupantes de la bañera, que se protegían de los fragmentos incandescentes como podían. El fuego se propagó por el cuadro de instrumentos del

barco, que chisporroteaba a causa de los cortocircuitos. Un humeante pedazo de teléfono Iridium cayó muy cerca de la cara del aterrorizado Stephen, quién lo apartó de su lado como si fuera a morderle. La Revenant continuó dando bandazos a toda máquina, acercándose peligrosamente a la orilla izquierda del Unu Rono. La Browning no paró de escupir balas explosivas hasta que la cabina se rasgó en jirones como un vestido viejo. Miles, que ya daba por perdido el sistema eléctrico de la nave, rezaba para que el blindaje adicional resistiera y que el depósito de combustible no fuera alcanzado.

La Revenant, cuya cabina ya no era más que un amasijo de metal ardiente, recibió otra ráfaga que acabó por seccionar el eje de transmisión que gobernaba el timón desde el puente, provocando que la nave se moviera en zigzag, como si la pilotara un borracho. La única zona de la embarcación que seguía entera era la bañera, donde civiles y mercenarios se hacinaban cuerpo a tierra. Pero todo ese blindaje sería inútil si la lancha se acercaba lo suficiente para arrojar dentro una granada de mano. Si eso sucedía, la gloriosa historia del equipo Hydra acabaría allí: derrotados por una barca de fibra de vidrio y una ametralladora manejada por un campesino analfabeto. El motor de la Revenant, que ya no recibía electricidad, se vino abajo. La embarcación perdió velocidad. Otra andanada de balas explosivas destruyó lo poco que quedaba de la obra muerta, obsequiando a los refugiados de la bañera con otro diluvio de diminutas esquirlas de metal al rojo. Solo un milagro podría salvarles.

Y ese milagro se produjo: de repente, la Browning enmudeció.

Tumbados como estaban, no pudieron ver la cara de asombro del artillero de la lancha cuando se dio cuenta de que su humeante juguete acababa de quedarse sin munición. Nunca hubiera pensado que aquella pesada caja repleta de cartuchos explosivos durase tan poco. De todas formas, no veía movimiento en la Revenant. Era imposible que los gringos hubieran sobrevivido a ese ataque. Los dos hombres de Sánchez intercambiaron una sonrisa de triunfo al ver cómo la nave en llamas era arrastrada por la corriente hacia la orilla, a la deriva, como un animal herido de muerte.

—Arrímate a la lancha —le ordenó el artillero al piloto, desenfundando un machete de jungla y agarrando un saco de arpillera—. Recogemos las cabezas de esos cabrones y nos vamos de aquí...

Enfilaron la proa hacia la errática Revenant, navegando muy despacio, con intención de abordarla y decapitar a sus ocupantes, estuvieran vivos o muertos. No se encontraban ni a quince metros cuando recibieron el que sería el último gran susto de sus vidas: como accionados por resortes, de la destrozada bañera surgieron tres hombres como payasos diabólicos de una caja de sorpresas. Uno de ellos era rubio y delgado, otro de cuerpo fibroso y de mandíbula prominente, y el tercero un negro enorme con ojos de dragón. Duke, Stitches y Jones abrieron fuego a la vez.

Los sicarios encajaron, entre los dos, más de treinta impactos. El artillero salió despedido por encima de la borda y cayó al Unu Rono, emitiendo una nube roja que

se expandió por las aguas del río. El piloto quedó tendido boca arriba sobre un desproporcionado charco de sangre, mirando al cielo con una petrificada expresión de sorpresa en su rostro.

Los Hydra tomaron posiciones en la Revenant y escrutaron la selva por si hubiera más emboscados, pero todo parecía estar tranquilo. Al parecer, la fuerza de ataque se limitaba a aquella lancha, que ya estaba fuera de combate. Miles comenzó a apagar con su propia camisa los pequeños incendios de la cabina y del puente... o mejor dicho, de lo poco que quedaba de ellos. Migale sofocaba otros fuegos con una manta que acababa de sacar de uno de los contenedores de popa.

—¿Están todos bien? —preguntó a gritos Woods—. ¿Algún herido?

Stephen y David estaban pálidos como muertos pero ilesos, a excepción de algunos arañazos leves producidos por los fragmentos de cristal y metal. Royi, aunque había estado otras veces bajo el fuego, no se explicaba aún cómo habían sobrevivido a aquel apocalipsis. Por suerte, el blindaje adicional había funcionado a las mil maravillas.

—Creo que estamos todos bien —informó Royi, sintiéndose aliviado al comprobar que su JVC estaba intacta.

—¡Ustedes tres quédense ahí! —ordenó contundentemente Woods, impidiendo que el fotógrafo terminara de incorporarse; a continuación, se dirigió al resto de sus hombres—. ¡Stitches, captura esa lancha! ¡Migale y Duke, montad las M60! ¡Miles, quiero un informe de daños!

Jones cogió uno de los M4 con lanzagranadas y se echó la Heckler a la espalda, junto a su machete. Stitches ya nadaba hacia la lancha enemiga, cuyo motor fueraborda funcionaba al ralentí mientras era arrastrada por la corriente, paralela a la Revenant. El médico se encaramó a la borda de la lancha, encontrándose cara a cara con el cadáver del piloto. No encontró nada en sus bolsillos, aparte de una cajetilla de cigarrillos, un encendedor de plástico y unos dólares americanos; no iba vestido con las típicas prendas paramilitares de los guerrilleros, sino con unos pantalones de lona, unas zapatillas de deporte y una camisa que, detrás de toda la sangre que la cubría, había sido naranja. El médico lo arrojó por la borda. El olor a pólvora flotaba en el aire, a pesar de que la brisa procedente de la selva arrastraba consigo aromas frescos y agradables. Sentándose en el puesto del piloto, Stitches maniobró la embarcación capturada hasta quedar muy cerca de la maltrecha Revenant.

—El sistema eléctrico está destrozado —dijo Miles con impotencia, intentando arrancar sin éxito la Revenant. Mover el volante del timón fue como mover uno de esos volantitos de plástico que incorporan algunas sillas para bebés—. Tampoco tenemos transmisión, ni instrumentos de navegación.

—¿Se ha salvado algo del equipo de comunicaciones? —quiso saber Woods, que observaba cómo Migale y Duke encajaban las ametralladoras M60 en los emplazamientos de estribor y babor.

Miles comprobó que el ordenador estaba hecho trizas, que no tenían antenas y que los teléfonos Iridium y los equipos de comunicaciones habían sido desintegrados por las Raufoss. Ni la radio convencional se había librado de la catástrofe: estaban absolutamente incomunicados y a la deriva.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Royi. Viendo que no obtendría respuestas, decidió exponer lo que pensaba—. El arma y la munición que han empleado son *demasiado* adecuadas para un objetivo blindado como la Revenant. Esos cabrones nos estaban esperando —dedujo.

—¡Eso no lo sabemos! —ladró Woods—. ¡Lo que me preocupa ahora es sacarles vivos de aquí, así que haga el favor de callarse y no joder!

Royi decidió morderse la lengua y no tentar más la suerte: Woods se encontraba muy tenso, y una discusión con él solo podría desembocar en un estallido de cólera. Mientras tanto Stitches, ayudado por Miles, amarraba la lancha capturada a la proa de la Revenant. Tras unas precisas maniobras de Stitches al mando del improvisado remolcador, ambas embarcaciones tocaron tierra. Miles echó el ancla a mano, dejando a la Revenant inerte sobre el limo flotante, junto a una densa capa de vegetación que, procedente de la ribera del río, invadía gran parte de su eslora.

—Asegurad el perímetro —ordenó Woods.

Armas en ristre, los seis militares examinaron los alrededores. El Paso del Jaguar se encontraba a unos cien metros detrás de ellos. Aquel lugar era perfecto para ocultar tiradores camuflados. Migale apuntó su M60 hacia el Paso, atenta a cualquier movimiento sospechoso. Duke instaló su ametralladora en el foso de proa, previniendo un segundo ataque por el agua.

—¿Qué vamos a hacer ahora, jefe? —preguntó Migale.

—Por lo pronto, esperar a ver si todo ha terminado —respondió Woods—. Luego pensaremos cómo salir de aquí. Miles, echa un vistazo, a ver qué podemos salvar de la lancha.

A unos trescientos metros de distancia, en la misma orilla donde se encontraba varada la Revenant, Víctor Sánchez, Santos Monzón, Virgilio Huaranca y un puñado de hombres de Cayáhi rumiaban su decepción al amparo de los matorrales. Habían presenciado con euforia el ataque de la lancha rápida, y habían sido testigos, con impotencia, del inesperado cambio de tornas. Monzón se había puesto muy nervioso al ver caer a los hombres de Sánchez, pero este, con muchos años de guerrilla a sus espaldas, intentó mostrarle el lado más brillante de la escena:

—¡Que no te dé la chiripiorca^[36], bróder! —Sánchez acompañó sus palabras con palmaditas tranquilizadoras en el brazo—. El barco quedó malogrado. No podrán salir de allí.

—¿Y por qué no atacamos ya con la otra lancha y acabamos con esta mierda de una vez?

Sánchez negó con la cabeza. «*Esta juventud, siempre tan impaciente*», pensó.

—Ahorita están en máxima alerta, Santos —explicó—. Dos de nuestros hombres se dirigen al Paso, muy cerca de donde están los gringos; tenemos otros seis en la otra lancha y nuestro grupito acá. Los gringos no son pendejos: esperan un segundo ataque. Déjelos que se confíen. Tarde o temprano abandonarán su barco e intentarán escapar en nuestra barquita, y esa no tiene blindaje —el guerrillero le guiñó el ojo, con picardía.

Monzón entendió el plan y se relajó un poco. Detrás de él, sentado en el suelo y con su Kalashnikov en las rodillas, Virgilio Huaranca comprobó la hora en su reloj: algo más de la una y media de la tarde. En silencio, con movimientos parsimoniosos, sacó una empanada de su mochila y la degustó con deleite. Solo Dios sabía si aquel iba a ser el último almuerzo de su vida.

XXIV

«*Delfín puede que no conteste porque aparece como No Conectado*».

GUY LAFONT NO DIO IMPORTANCIA AL TEXTO que informaba que *Delfín* acababa de cerrar su conexión en el *messenger*. No era extraño que el apodo *Delfín* —el indicativo oficial de la Revenant que solía usar Woods—, fuera sustituido por el *nick* de alguno de sus pasajeros civiles. Seguro que *Delfín* daría paso, en unos instantes, a *Davidgrial*, que no era otro que David Beltrán. Las largas charlas por chat entre él y Valérie Delacroix eran la comidilla del campamento base. En un lugar tan apartado como aquel, y con tan poca cosa que hacer, el cotilleo era un pasatiempo más que decente.

Pasaron dos minutos y no apareció ningún otro usuario en el *messenger*. Lafont activó entonces el *Yahoo*, por si estuvieran allí. No estaban. Probó el *Skype*. Tampoco. Aquello comenzó a parecerle extraño.

El técnico testeó su propia conexión a internet y comprobó que podía navegar sin problemas. Algo sucedía con el ordenador de la lancha: o bien habían sufrido una pérdida de conexión o el portátil se había averiado. Solo había una forma de averiguarlo: Lafont se colocó unos auriculares con micro y trató de comunicarse con la Revenant a través de la radio vía satélite:

—¡Arrecife a *Delfín*! ¿Me reciben? ¿Tienen algún problema?

Silencio. Repitió la llamada cuatro veces: nada.

«*Deben de tener el sistema eléctrico averiado*». Lafont cogió el teléfono Iridium mientras examinaba la pantalla del GPS. La Revenant no se movía. Estaba pegada a la orilla del río. «*Habrán parado para arreglar la avería*», supuso. Seleccionó un número de la memoria de su teléfono y efectuó la primera llamada. El receptor Iridium de la Revenant estaba apagado. Llamó al otro terminal. También apagado.

Aquello le escamó aún más. Los terminales Iridium eran independientes del sistema eléctrico de la nave, a no ser que fueran tan estúpidos de no haberlos puesto a cargar.

Lafont tuvo que afrontar el hecho de que habían perdido totalmente la comunicación con la Revenant. Quitándose los auriculares de un tirón, salió del barracón prefabricado recibiendo la bofetada de calor que contrastaba con los veinticuatro grados de su interior.

—¡Señorita Delacroix! —gritó a pleno pulmón desde la puerta—. ¿Alguien ha visto a la señorita Delacroix?

La joven, alertada por los gritos, salió al trote del barracón donde se alojaba. Lafont le hizo señas con la mano, y ella corrió, literalmente, hacia el casetón de comunicaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Valérie, entrando en la estructura a la carrera.

—Hemos perdido la comunicación con la Revenant. No hay forma de contactar con ellos.

Ella examinó las pantallas del centro de control:

—¿No funciona nada? ¿Ha probado el Iridium?

—Tienen los teléfonos apagados —le informó Lafont, permitiéndole sentarse en el asiento principal y cerrando la puerta de una patada—. No responden a la radio y tienen el ordenador desconectado —señaló la pantalla del GPS—. Fíjese, el barco no se mueve.

Valérie se mordió el labio inferior, preocupada. Todo indicaba que habían chocado con algo.

—¿Puede poner el *zoom* al máximo?

Lafont colocó el puntero del ratón sobre la Revenant y movió la rueda. El *zoom* se acercó, y los puntos luminosos se separaron. Valérie comprobó, animada, que se movían:

—Por lo menos están vivos. Mire, Woods se mueve ahora... Miles también...

—Los periodistas no se mueven —observó Lafont, agorero. Valérie le dedicó una mirada criminal.

—¿No se le ha ocurrido que pueden estar sentados? —gruñó—. Algo ha provocado que se queden sin electricidad a bordo. Tal vez hayan chocado contra cualquier cosa...

—¿Y cómo se explica que no funcionen los teléfonos Iridium?

—Tal vez ha habido un incendio y se han quemado —elucubró Valérie—. ¡Yo qué sé!

—Es una hipótesis lógica —aceptó Lafont, clavando sus ojos en su jefa, que tenía la mirada perdida en la pantalla del GPS—. Y bien, usted dirá qué hacemos. ¿Avisamos a Blanch?

—Blanch está en Sena Madureira —dijo Valérie, tamborileando en la mesa con sus cuidadas uñas—. Tardaría horas en llegar. ¿Tiene por ahí un terminal Iridium a plena carga?

Lafont le mostró un Motorola que reposaba sobre la mesa. Valérie lo cogió con un rápido movimiento y abandonó su asiento de un brinco.

—¿Qué pretende hacer? —le preguntó Lafont, sorprendido.

—Voy a ir en el helicóptero a comprobar que todos están bien.

El técnico no dio crédito a lo que acababa de oír:

—¿Pero cómo va a ir usted? ¡Deme ese teléfono, y yo mismo iré!

—Usted se queda aquí, por si volviera la comunicación —le ordenó Valérie—. Llevo una semana sin hacer nada, y este paseo me salvará de una muerte por

aburrimiento. ¿Y Grant?

—Debe andar por la cantina —aventuró Lafont, decidido a no discutir con su jefa—. Suele comer a esta hora.

—Hoy comerá más tarde. Imprima las coordenadas de la Revenant y llévemelas al helicóptero.

Y dicho esto, abandonó el centro de control como una exhalación, llevándose consigo el terminal Iridium.

Veinte minutos después, el Bell 206B de Grant sobrevolaba el Purús. Valérie, sentada en el asiento del copiloto con los pesados auriculares puestos, llevaba en su regazo el teléfono vía satélite. No paraba de darle vueltas a la cabeza, intentando imaginar qué podría haberle pasado a la expedición... y algunos de los pensamientos que venían a su mente no eran del todo agradables. Valérie recordó lo que le había dicho a Louis LeVu dos semanas atrás: es difícil parar las torturas a las que nos somete nuestra imaginación en estos casos.

Grant hablaba muy deprisa por radio, en un inglés americano sofocado por el ruido de los rotores que Valérie no fue capaz de entender. Cuando este despidió a su interlocutor, ella le interrogó con la mirada.

—Acabo de hablar con el propietario de una maderera que hay cerca de donde vamos —explicó Grant—. Es americano, amigo de un conocido mío. Ha accedido a vendernos combustible. Este pájaro no puede ir y volver sin repostar.

—Me parece bien —aprobó Valérie—. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—A esta velocidad, unas tres horas.

Valérie asintió. Iban a cubrir en pocas horas el trayecto que la lancha había tardado casi una semana en recorrer. Si Boca Verde no hubiera sido un lugar tan difícil de identificar desde el aire, podrían haber trasladado al equipo en helicóptero. La verdad es que la selva, desde el cielo, no era más que una mancha verde atravesada por una interminable corriente de agua. Valérie intentó poner la mente en blanco y relajarse ante el formidable paisaje que sobrevolaba, en un intento de exorcizar los preocupantes pensamientos que desfilaban por su mente, pero justo cuando estaba a punto de entrar en un nirvana contemplativo, la voz de Lafont a través de la radio se lo impidió:

—¡Señorita Delacroix! ¿Me recibe?

—Le recibo.

—Uno de ellos se aleja del grupo y se dirige al interior de la selva.

—¿Va solo? —preguntó Valérie, preocupada—. ¿Quién es?

—Jones —respondió Lafont—. Y sí, va solo.

Los artilleros de la Revenant no descuidaban su guardia ni un momento, controlando el perímetro alrededor de la lancha a través de las miras de sus ametralladoras. Miles y Woods intentaban, sin éxito, poner en funcionamiento el sistema eléctrico del barco: gran parte del cableado estaba quemado, y el generador principal no daba señales de vida. Jones, por su parte, había pedido permiso a Woods

para trepar hasta la zona más alta del monte, desde donde tendría una panorámica global del terreno. La selva adyacente a la orilla donde reposaba la Revenant era prácticamente impenetrable, pero Jones, lejos de buscar un camino, abrió el suyo propio a machetazos.

Detrás de aquella enmarañada muralla vegetal de varios metros de espesor, Jones se encontró con un bosque selvático que ascendía por la ladera hasta la cima del monte. La pendiente era tan empinada que hubo tramos en los que tuvo que escalar. Por fin, tras cuarenta y cinco minutos de ascensión, el haitiano contempló desde lo alto el Paso del Jaguar y sus alrededores. Desde su posición privilegiada, Jones peinó la zona con sus prismáticos y confirmó algo que ya sospechaba:

No estaban solos.

—Jones está de regreso —informó Lafont a través de la emisora—. Se dirige de vuelta al barco.

Valérie recibió la noticia con alivio. La joven fue consciente en ese momento de que su pie derecho no paraba de moverse arriba y abajo en un convulsivo tic, como si accionara el bombo de una batería a ritmo de *heavy metal*. Valérie recordó una frase española que definía perfectamente su estado actual: estaba de los nervios.

—¿Este trasto no puede ir más rápido? —preguntó al piloto en tono inquisidor.

—Tenemos que economizar combustible —explicó Grant, con una sonrisa comprensiva; entendía perfectamente la ansiedad de Valérie—. No se preocupe, verá como todo queda en un susto.

Jones regresó a la Revenant por el mismo camino que había abierto a golpe de machete. Todos dejaron lo que estaban haciendo para oír su informe. Como de costumbre, la expresión del escarificado rostro era tan hermética que hacía imposible adivinar si traía buenas o malas noticias. Fue muy escueto:

—Tenemos compañía —dijo.

—¿Son muchos? —preguntó Woods.

David, Royi y Stephen estaban sentados en un rincón de la bañera. Les habían prohibido moverse de allí. Los tres intercambiaron miradas de preocupación: la fiesta no había acabado aún. Los Hydra podrían estar acostumbrados a ser tiroteados con munición explosiva, pero aquello estaba resultando ser demasiado para ellos.

—Hay una lancha en la otra orilla —dijo el haitiano; los Hydra comenzaron a buscarla con la vista—. No os molestéis, no se ve desde aquí. He contado seis hombres. La buena noticia es que no he visto armas pesadas.

—¿Solo armas de mano? —quiso saber Woods.

—Fusiles de asalto —especificó Jones. A continuación, señaló discretamente con la cabeza el brazo de tierra del Paso del Jaguar—. Hay dos tiradores agazapados ahí arriba. Desde aquí no se ven. Esos pueden ser más peligrosos que los seis del barco: tienen un ángulo de tiro inmejorable.

—¿Eso es todo?

—Todo lo que he visto. Puede haber más, ocultos en la selva...

Stitches, que había instalado una tercera M60 cerca de la de Migale, se dirigió a Woods:

—¿Qué hacemos, jefe?

Woods evaluó las circunstancias. Si querían sacar a la Revenant de allí, tendrían que usar la lancha capturada a modo de remolcador. Aunque sus dos motores fueraborda eran muy poderosos para propulsar una embarcación ligera, apenas podrían tirar de la pesada lancha de combate y su carga. Navegarían muy despacio, convirtiéndose en un blanco fácil. Si decidían hacerlo así, se presentaba un dilema importante: ¿Río arriba o río abajo? Río abajo era impensable: desde su posición, los tipos que acechaban el Paso del Jaguar podrían ametrallar a la Revenant a placer o, peor aún, bombardearla con granadas. Navegar río arriba tampoco era una opción fiable: la segunda lancha podría acabar con el frágil remolcador y dejar a la Revenant definitivamente a la deriva, a merced de tiradores ocultos en la selva. Woods decidió decantarse por una tercera opción, bastante más conservadora:

—Aquí estamos fuera del alcance de los hombres del Paso, y tenemos un flanco entero protegido por el terreno —dijo—. Si navegamos, seremos un blanco lento y fácil, y los que vayan en la lancha remolcadora estarán desprotegidos —Woods señaló río arriba—. Esos tipos esperan nuestro siguiente movimiento, pero tienen el tiempo en su contra. Si nos quedamos aquí, creerán que esperamos refuerzos, y eso les impulsará a atacarnos antes de que lleguen. Cuando vengan, les estaremos esperando.

Todos aprobaron la decisión de Woods, que enseguida comenzó a impartir órdenes para preparar la defensa. Asignó a Miles y a Jones la tarea de colocar un par de trampas explosivas en la zona adyacente al río. Así se evitarían sorpresas desde tierra. Duke, Stitches y Migale controlaban el perímetro fluvial con sus ametralladoras. Por ahora, todo seguía en calma.

Woods encomendó a los civiles la tarea de limpiar la cubierta de la Revenant de trozos de metal y cristal. Eso les mantendría ocupados y tendrían menos tiempo para pensar.

—Si oyen un motor, tumbense inmediatamente —les recordó una vez más—. ¿Entendido?

—Entendido —respondieron los tres a la vez.

—Hemos salido de situaciones peores, créanme —les aseguró Woods, intentando sonar tranquilizador—. Si esos bastardos deciden atacar, los mandaremos al infierno.

David, Royi y Stephen se enfrascaron en sus tareas de limpieza, tirando al río las esquirlas más afiladas y los trozos de cristal más grandes. La Revenant estaba hecha trizas. Royi invirtió diez segundos en devolver la JVC a su estuche de aluminio y volvió a ponerse manos a la obra:

—¡Para lo que hemos quedado! —exclamó—. Mucha universidad, mucho máster, un currículum envidiable... y acabamos currando de chachas en mitad de la selva.

Stephen arrojó un puñado de cristales al río:

—Espero que en el campamento base se hayan enterado de esto. Si no veo aparecer a la policía o al ejército de aquí a un rato, me pondré a gritar.

—Ojalá sean rápidos tomando una decisión, y no piensen que se nos ha averiado la radio así, sin más —dijo David—. Entre una cosa y otra, puede que tardemos horas en recibir ayuda. Y si Woods está en lo cierto, nos va a tocar mamarnos otro tiroteo antes de que veamos una cara amiga por aquí.

Quince minutos después, la Revenant estaba más o menos limpia de trozos punzantes. Los civiles se sentaron de nuevo en el suelo de la bañera, protegidos por el blindaje especial. No hablaron mucho. Estaban sumidos en sus pensamientos, rezando porque el segundo enfrentamiento contra los hombres del río no tuviera lugar nunca.

No podían sospechar que ese enfrentamiento iba a producirse antes de lo que esperaban.

El reloj de Valérie marcaba las cinco menos cuarto cuando Grant llamó su atención por segunda vez en la última media hora. La primera vez había sido para que contemplara una extensa área de monte arrasado por el fuego, que destacaba como una mancha ennegrecida en medio del verdor de la selva. Grant aseguró, con el tono pedante que adoptaba cuando tocaba temas militares, que aquella devastación solo había podido ser causada por napalm o por alguna otra sustancia química. A Valérie le importaba un pimiento. Ahora, el piloto señalaba a lo lejos el Paso del Jaguar:

—¿Bonito lugar, eh?

—Precioso —reconoció Valérie, sin mostrar mucho entusiasmo—. ¿Falta mucho para llegar?

—Precisamente por eso estoy reduciendo la velocidad. Voy a bajar un poco más. En cualquier momento avistaremos la lancha.

El aparato descendió hasta volar a unos veinte metros por encima de las aguas del Unu Rono. Valérie advirtió a Grant de la presencia del teleférico que unía el brazo de tierra con la orilla.

—Tranquila, señorita, ya lo he visto —dijo él, sin ofenderse.

El helicóptero se deslizó un poco hacia la izquierda. A lo lejos, abarloada contra la orilla, vieron la inconfundible silueta de la Revenant.

—¡Ahí están! —anunció Grant, con una sonrisa de triunfo.

—¡Se acerca un helicóptero! —gritó Migale, apuntando su M60 hacia el cielo.

Woods levantó la vista. Efectivamente, un aparato se dirigía hacia ellos a poca velocidad. Los periodistas se incorporaron un poco para ver la silueta de la aeronave. Royi reconoció en el acto el Bell 206B de Mike Grant:

—¡No disparen! ¡Es de los nuestros!

—¡Joder! —exclamó Woods—. ¿Cómo se les ocurre venir hasta aquí?

—¿En serio cree usted que se les ha pasado por la cabeza que nos han ametrallado? —preguntó Royi, con sarcasmo. Woods pasó por alto el comentario. A

su espalda, Jones y Miles saltaron a bordo de la Revenant, después de haber colocado minas Claymore en pasos estratégicos. La defensa estaba preparada.

El helicóptero reducía velocidad. La intención del piloto estaba clara: iba a ejecutar una maniobra de amaraje para posarse justo al lado de la Revenant. Los ocupantes de la lancha sintieron una impotencia terrible al no poder informar a Grant del peligro que corrían, y decidieron disuadirlo de la única forma posible: por gestos. Todos, sin excepción, manotearon frenéticamente como si empujaran el aire, intentando decirle al piloto que diera la vuelta. Por desgracia, a la distancia a la que se encontraban, sus señales de peligro fueron interpretadas de forma muy distinta.

—¡Les veo! —gritó Valérie, radiante de felicidad—. ¡Están bien! ¡Nos saludan! ¿Lo ve?

Grant estaba a punto de sobrevolar el paso, contagiado por su entusiasmo. Lo primero que haría sería poner a salvo a los periodistas y al médico. Tal vez el dueño de la maderera, donde iban a repostar, accedería a alojarles mientras él buscaba ayuda para la lancha de los Hydra. Justo en ese momento, el brazo de tierra pasaba por debajo del helicóptero. De repente, los cristales de la parte inferior de la cabina vibraron, y unos agujeros en forma de telaraña se dibujaron en ellos como por arte de magia. Grant dio un respingo en su asiento. Valérie oyó un traqueteo en el techo de la cabina, y al levantar la vista, comprobó que la superficie tapizada presentaba ahora tres orificios del diámetro de un céntimo de euro. Se oyeron más golpes en la parte trasera de la aeronave. Valérie, que había perdido su saludable color en cuestión de un segundo, miró fijamente al piloto:

—¿Nos han disparado? —preguntó incrédula a Grant, que mantenía el control del helicóptero con una mueca tensa en su rostro.

Valérie dirigió instintivamente la vista al suelo del aparato, y lo que vio no le gustó nada: debajo del asiento del piloto empezaba a formarse un charco de sangre.

—¿Podéis ver a esos hijos de puta? —vociferó Woods, saltando como un loco sobre la borda de popa, intentando localizar, sin éxito, a los que disparaban contra el helicóptero.

—¡Negativo, jefe! —gritó Migale—. ¡No tengo ángulo desde aquí!

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

El helicóptero prosiguió su vuelo sobre el río, pero ya no se dirigía hacia ellos, sino que avanzaba en línea recta, dejando a la Revenant a su izquierda. El aparato volaba con aparente normalidad, lo que hizo suponer a Woods que las balas no le habían alcanzado en ningún punto vital. Mientras tanto, en el asiento del piloto, Grant luchaba por no perder el conocimiento. Al pasar al lado de la lancha, Grant y Valérie descubrieron los terribles daños sufridos por la cabina y el puente, transformados ahora en un amasijo de metal informe que no recordaba para nada a su estructura original. La Revenant se mantenía a flote de milagro, y Grant se preguntaba, apretando los dientes a causa del dolor, si la embarcación aguantaría un segundo ataque.

Víctor Sánchez decidió que aquel era un momento de confusión perfecto para actuar. Sin pensárselo dos veces, dio la orden de ataque a través de su walkietalkie. Con sus motores bramando a tope de revoluciones, la segunda lancha abandonó su escondrijo en la ribera del río, enfilando la proa hacia la Revenant, que se encontraba a medio kilómetro de distancia. Dos de sus ocupantes, apostados en la parte delantera de la embarcación, empuñaban lanzagranadas M79 de 40 milímetros. Antiguados pero efectivos, asemejaban trabucos de boca recta. Si lograban acercarse a unos cincuenta metros, no les sería difícil colar un par de granadas en la Revenant. Luego vendría el trabajo fácil: meter los pedazos de los gringos en bolsas de plástico.

Grant sintió que las fuerzas le abandonaban. Era cuestión de tiempo que las dos heridas que tenía en el vientre acabaran con él. Su intención inicial había sido posar el helicóptero en el río antes de morir, pero ese sexto sentido que acompaña a los guerreros en el campo de batalla le hizo dirigir su mirada río arriba y divisar una lancha rápida acercándose a toda velocidad hacia la Revenant. Enseguida intuyó que aquella pequeña barca de fibra de vidrio representaba una amenaza letal. Mike Grant había vivido los mejores años de su vida como soldado, y decidió, en ese preciso instante, morir como tal:

—¡Salte al agua!

—¿Qué? —Valérie aún no había asimilado del todo la situación en la que se encontraba. Solo sabía que estaba muy asustada y que Grant había sido alcanzado, pero se resignaba a creer que su viaje terminaría allí, a veinte metros de altura sobre un río infestado de tipos armados y de Dios sabe qué más.

—¡Salte! —repitió el piloto, empujándola con su mano derecha—. ¡Salte, deprisa!

Valérie se deshizo del cinturón de seguridad con la maestría de quien ha viajado innumerables veces en avión, y abrió la portezuela del helicóptero a toda prisa. Oyó más disparos y, aunque por su cabeza pasaron imágenes de pirañas, caimanes, rocas, y demás terrores ocultos bajo las aguas oscuras, colocó un pie en el flotador del helicóptero y se lanzó al Unu Rono sin dudarlo. Mientras caía, le dio la sensación de que era el río el que se acercaba a ella y no al contrario. Su cuerpo reaccionó con un escalofrío ante la temperatura del agua, aunque esa sensación fue relegada por otra de alivio al comprobar que había suficiente profundidad como para no chocar contra el fondo. De todas formas, el peligro no había pasado, así que Valérie emergió a la superficie durante un segundo, tomó una bocanada de aire y se sumergió de nuevo en el agua, intentando permanecer escondida.

En la Revenant, Migale maldecía ante la imposibilidad de devolver el fuego a los que habían disparado contra el helicóptero. El resto de los Hydra, que habían visto a alguien saltar del aparato, seguían con la mirada las extrañas evoluciones del Bell, que ahora les mostraba la cola y se alejaba de ellos. Fue entonces cuando descubrieron la nueva amenaza que se dirigía hacia ellos a gran velocidad:

—¡Se acerca la otra lancha! —gritó Woods, saltando al interior de la bañera—. ¡Preparados!

David y Stephen, con la lección perfectamente aprendida, se acurrucaron tras la zona de máximo blindaje. Royi se mantuvo asomado para no perderse nada de lo que pasaba en el río. Stitches, Duke y Migale apuntaron sus ametralladoras hacia la lancha, maldiciendo al comprobar que entre esta y sus armas se interponía el helicóptero, cada vez más cerca de la superficie del agua.

—¿Qué demonios pretende ese tipo? —gritó Duke, perplejo ante aquella maniobra suicida—. ¡Va a estrellarse!

Grant, ya sin Valérie a bordo, apuntó la nariz del Bell hacia la lancha y aceleró al máximo. Desde la embarcación de fibra, los hombres de Sánchez vieron con horror lo que se les venía encima. Con un fuerte giro de timón, el piloto de la lancha intentó escapar de la trayectoria del helicóptero kamikaze, pero Grant, incluso herido de muerte, dominaba demasiado bien el arte de volar como para perder una presa tan fácil. Realizando un súbito quiebro, se lanzó literalmente sobre el enemigo.

Tal vez los ocupantes de la lancha podrían haber tenido una oportunidad si se hubieran arrojado al agua a tiempo, en lugar de esperar al último segundo. Uno de los granaderos de proa, llevado por el pánico, no tuvo mejor idea que disparar su M79 a bocajarro contra el helicóptero. El aspa del Bell partió en dos la proa de la lancha al mismo tiempo que la granada entraba en el helicóptero a través del parabrisas, haciéndolo estallar en el aire. La bola de metal y fuego se precipitó sobre la embarcación, y una lluvia de fibra de vidrio y trozos de carne cayó sobre las aguas del Unu Rono. Grant murió en una acción de guerra que jamás sería condecorada, vestido de paisano y con un helicóptero muy diferente al Kiowa Warrior que con tanto orgullo pilotó en Irak. Pero si alguien hubiera visto su cara a través de las llamas, habría comprobado que el americano se había ido de este mundo con una amplia sonrisa de triunfo en sus labios.

—¡Joder! —exclamó Stitches, boquiabierto—. ¡Qué huevos!

El río apagó las llamas de los restos del helicóptero, que se hundió en el agua elevando una gran columna de humo al cielo. Woods decidió que aquel era un buen momento para salir de allí, así que comenzó a impartir órdenes a diestro y siniestro. David, Royi y Stephen, desobedeciendo las órdenes de Woods, habían presenciado el ataque suicida de Grant asomados por la borda. Duke recordó a su jefe que alguien había saltado al río desde el helicóptero. Efectivamente, no tardaron en divisar una cabeza a unos cien metros de donde se encontraban.

—¡Miles, tú y Jones id en el remolcador, nos largamos de aquí! ¡Migale, tú mantén a los bastardos del paso a raya! ¡No les dejes asomarse ni un segundo!

Remolcada por la lancha de Sánchez, la Revenant surcó de nuevo las aguas del Unu Rono. Woods, desde el foso de proa, ordenó a Miles que recogiera al superviviente del helicóptero. El improvisado remolcador, con la Revenant

moribunda a cuestras, se aproximó a su objetivo a la escasa velocidad que le permitían los Evinrude. Royi fue el primero en identificar al naufrago:

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, sorprendido— ¡Es Valérie!

Mientras tanto, río arriba, Víctor Sánchez blasfemaba y empujaba a su escuadrón al interior de la selva. Monzón, seguido por Virgilio Huaranca y el resto de sus hombres, no paraba de lamentarse:

—¡Don Salvador nos cortará los huevos! —repetía, con las manos en la cabeza—. ¿Pero cómo perdimos las dos lanchas?

—¡Ay, carajo! —Sánchez no acababa de creerse lo que acababa de ver—. ¡Pero quién se iba a imaginar que iba a aparecer un helicóptero, no jodas! ¡Y que se *aventara* de esa manera, el muy cabrón!

—¡A ver si eres capaz de explicárselo a don Salvador! —le retó Monzón, desesperado. Cada vez le atraía más la idea de meterse el cañón de un *cuerno de chivo* por la boca y apretar el gatillo, a ver qué pasaba luego.

—¡Esto no acabó todavía! —aseguró Sánchez, furioso. Seguidamente, ordenó por radio a los hombres del paso que se replegaran; por ahora no podían permitirse más bajas—. Los gringos no llegarán muy lejos a remolque —pensó en voz alta—. ¡Tendrán que parar en algún sitio, y allá les agarraremos!

Monzón no tenía ganas de nada, excepto de morir. Solo Dios sabía el castigo que le esperaba si volvían con las manos vacías y sin el juguete de Montalbán. De repente, se acordó de aquella piltrafa humana empotrada en la pared de la Madriguera como un esquelético santo en su hornacina. Mientras Monzón se visualizaba a sí mismo dentro del nicho, con treinta kilos menos y cagado hasta los sobacos, Sánchez no paraba de hablar por su walkie. A varios cientos de metros, la Revenant, a remolque, volvía a remontar el río.

Desde su escondrijo en la selva, vieron cómo la lancha se detenía durante unos instantes para recoger algo o a alguien del agua. Luego, enfiló proa hacia la orilla opuesta, alejándose de ellos. El futuro próximo pintaba oscuro: o bien se enfrentaban cara a cara con aquellos gringos invencibles, o bien serían el blanco de la ira y la frustración de Montalbán.

Monzón se dijo que los tripulantes de las lanchas habían tenido suerte: al menos, para ellos, la pesadilla había terminado.

Valérie fue izada a bordo por Duke y Royi, para ser inmediatamente enviada a hacer compañía a los civiles en el suelo de la bañera. Miles puso rumbo al lugar donde flotaban los restos del helicóptero y la lancha, a unos doscientos metros frente a ellos. Valérie, que se sentó al lado de David, fue recibida con una sonrisa del periodista:

—No sé si darte la bienvenida a bordo o decirte que estás loca.

Valérie ignoró las palabras de David. Parecía buscar a alguien en la lancha. El periodista se dijo que la joven estaba en un estado próximo al *shock*.

—¿Y Grant? —preguntó Valérie—. ¿Pudo saltar a tiempo?

David negó con la cabeza.

—No, pero ha muerto como él quería: como un héroe —sintió un nudo en la garganta. Después de lo mucho que habían criticado al piloto, no había más remedio que reconocer que aquel tipo se había ido de este mundo demostrando que le sobraban cojones para haber cumplido con creces todas las batallitas que contaba—. Se lanzó contra la lancha enemiga como un kamikaze.

Valérie trató de centrarse en la situación y no pensar en la muerte de Grant. Ya habría tiempo de llorarle. De repente, se dio un golpe en la frente, como si acabara de recordar algo:

—¡Merde! ¡Perdí el teléfono Iridium que traje de la base! ¡Se me cayó al saltar del helicóptero!

—¿Un teléfono Iridium?

—Sí. Los que lleváis a bordo no funcionan, ¿no?

Royi, que estaba frente a ella, negó con la cabeza:

—La radio, el ordenador, los teléfonos... todo ha quedado hecho polvo.

Valérie se tomó unos instantes para examinar la ruina flotante en la que se había convertido la Revenant. Por mucho que intentó imaginarse lo que había pasado, su mente no fue capaz de recrear la ferocidad del ataque.

—Os han dado, pero bien... ¿Quiénes eran esos tipos, y por qué os atacaron?

—Ni idea —respondió David—. No sabemos si son piratas, narcos o guerrilleros. Cuando estemos más tranquilos, hablaremos seriamente con Woods. Aquí hay algo que huele raro —dijo.

—Esos tipos venían preparados para atacar *esta* lancha —afirmó Royi, totalmente seguro de lo que decía—. Unos simples bandidos llevan fusiles de asalto y poco más. Pero esa ametralladora y esa munición explosiva... —sonrió de medio lado—. ¡Yo eso no lo he visto ni en la guerra, chicos! Esas balas están diseñadas, especialmente, para acabar con un objetivo como este.

Stephen intervino. Su color pálido no había mejorado desde el ataque:

—Valérie, vas a ordenar que den la vuelta, ¿verdad?

—En cuanto encontremos una radio llamaré a la policía —aseguró, sin dudarle ni un momento—. De todas formas, en el campamento base habrán advertido la pérdida de contacto con el helicóptero. No creo que tarden mucho en darse cuenta de que aquí sucede algo grave. Blanch tomará medidas —afirmó, convencida.

—Si sobrevivimos... —Stephen no pudo evitar soltar la frase.

David decidió cambiar de tema. Lo último que necesitaban era una conversación deprimente:

—¿Y cómo es que viniste personalmente? ¿No había nadie más para hacerlo?

Valérie le dedicó una sonrisa cansada:

—Ya te dije que me aburría soberanamente.

—Pues has venido al lugar apropiado —le aseguró Royi, señalando a los mercenarios—. Con esta gente no se aburre uno.

Corroborando las palabras del fotógrafo, un grito de Duke interrumpió la conversación.

—¡Hombre a las dos! —gritó—. ¡A cien metros!

Woods ordenó ir a por él. Conforme se acercaban, vieron a alguien que intentaba alcanzar la orilla a nado. Por sus movimientos descompasados, dedujeron que estaba herido. Woods apuntó un poco a la derecha con su revólver y disparó. El agua salpicó a unos dos metros del nadador, que dio un respingo y se detuvo, mostrando sus manos desnudas fuera del agua.

—¡Jones, súbelo a bordo!

Cuando llegaron a su altura, comprobaron que se trataba de un hombre de unos treinta años. Tenía facciones redondeadas y carnosas, lo que denotaba sangre india en sus venas. La expresión del tipo, que mantenía en todo momento sus brazos en alto, era de auténtico pavor. Se trataba del piloto de la lancha. Al ver que el choque contra el helicóptero era inevitable, había saltado por la borda y se había sumergido en el río hasta tocar fondo. Ni por esas había escapado ileso: un trozo de metal se le había alojado en la parte trasera de la pantorrilla. Apenas sentía la pierna.

Jones le agarró por la pechera de la camisa, y el hombre no supo si tomarse la confianza de sujetarse instintivamente al musculoso brazo que le izaba como si fuera un pelele. El gigante acercó la cara del prisionero a diez centímetros de la suya, obsequiándole con la sonrisa más laxante del Universo. El desgraciado estaba mudo de terror.

—Bienvenido a bordo —silabeó Jones, dándole un golpe en la cabeza que lo puso a dormir de inmediato.

—Miles, ya puedes seguir —ordenó Woods.

La Revenant, remolcada como un toro muerto, remontó lentamente el río dejando atrás el Paso del Jaguar. En unas horas oscurecería, y su tripulación debería estar preparada para cualquier cosa que les trajera la noche.

XXV

HACÍA CUARENTA Y CINCO MINUTOS que las comunicaciones entre el campamento base y el helicóptero se habían interrumpido, pero Guy Lafont no estaba dispuesto a tirar la toalla. Detrás de él, un corrillo formado por tres de sus compañeros exponían hipótesis más o menos optimistas acerca de lo que podía haber sucedido. Carmen Delort, que desempeñaba el mismo trabajo que Lafont en otro turno, expuso su teoría:

—Lo más probable es que hayan entrado en un valle —dijo—. No olvides que el helicóptero no lleva a bordo una radio digital de largo alcance como la Revenant.

Jean Paul Cousin, uno de los principales ingenieros de telecomunicaciones de la operación, le dio la razón. Cousin no solo era mayor y más experto que el resto de sus compañeros —estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta—. También tenía un carácter tranquilo y analítico que transmitía seguridad y calma; su sentido común y su sosegada forma de hablar le proporcionaban una serena y amable autoridad.

—Carmen tiene razón, Guy. También es probable que hayan apagado el sistema eléctrico mientras se hacen cargo de la situación.

—Yo esperaré un tiempo prudencial antes de avisar a Blanch —sugirió Carmen—. Dale treinta minutos más.

De repente, Lafont dio un brinco en su asiento:

—¡Soy un imbécil! —gritó, agarrando el teléfono Iridium que había sobre la mesa como si quisiera estrangularlo—. ¡Menuda cabeza de mierda tengo! ¡Olvidé que Valérie se llevó un Iridium!

—Es para matarte —le recriminó Phil Renard, el más joven de los cuatro.

—Y que lo digas —dijo Lafont, consultando la lista de números de teléfono—. Este es...

Marcó el número y solo obtuvo el mensaje de terminal apagado.

—¿No contestan? —preguntó Carmen, ante la expresión preocupada de Lafont.

—Voy a intentarlo de nuevo. Vamos... vamos...

Como ya era habitual aquella tarde, no obtuvo respuesta.

—¡Esto cada vez huele peor! —exclamó desesperado, dejando el terminal sobre la mesa.

En ese preciso instante, los puntos luminosos de la pantalla del GPS comenzaron a moverse. Phil fue el primero en darse cuenta, llamando la atención de los demás.

—¿Ves cómo hay que tener paciencia? —aleccionó Cousin, apoyando su mano en el hombro de Lafont—. Ya navegan de nuevo.

—¿Y qué diablos pasa con el helicóptero? —preguntó Lafont.

—Dales unos minutos más —sugirió Cousin, con su habitual tono sereno—. Si dentro de un rato no se restablece la comunicación, llamaremos a Blanch.

La Revenant continuó su agonizante navegar por la margen derecha del Unu Rono. Ahora pasaban por una zona despejada, amplia y de vegetación poco frondosa. No era el terreno idóneo para una emboscada.

Los civiles —que habían pasado a ser cuatro con Valérie— permanecían sentados en el suelo de la bañera, conversando entre ellos en voz baja. La joven sustituyó su ropa mojada por prendas del equipo Hydra: Stitches, que era solo un poco más alto que ella, le prestó unos pantalones de camuflaje; Migale, aunque era bastante más menuda, le dejó una camiseta caqui de tirantes que se le ceñía como un guante de látex. David, Royi y Stephen disimularon resoplidos de admiración. Valérie puso a secar sus botines empapados. Tan solo unos calcetines deportivos blancos cubrían sus pies.

La lancha remolcadora parecía un vagón del metro de Tokio en hora punta. Miles ocupaba el asiento del piloto. En el centro de la barca estaban Woods, Stitches y Jones, que abultaba como tres pasajeros. Finalmente, sentado en el asiento corrido, estaba el prisionero, que comenzaba a recuperarse del mazazo de Jones.

Duke se dirigió a los civiles en la bañera de la Revenant:

—Oigan lo que oigan, permanezcan sentados, ¿de acuerdo?

Todos asintieron. Era evidente que en la lancha remolcadora iba a tener lugar un interrogatorio. Valérie iba a protestar, pero Royi la calmó, cogiéndole la mano:

—Esto es desagradable, pero necesario. No olvides que ese tipo intentó matarnos.

Lo primero que vio el hombre de Cayáhi al recobrar el conocimiento fue la gran mancha de sangre vertida por sus compañeros, que al secarse había impregnado la lancha de un nauseabundo olor a carnicería. Al levantar la cabeza, se encontró con un hombre de músculos definidos sentado sobre la ametralladora de Montalbán, que yacía desmontada junto a su soporte. A su lado, de pie, se erguía otro individuo, al que su intuición identificó enseguida como el jefe. Un aliento cálido en la nuca le reveló la presencia de Jones. La herida de la pierna le dolía, pero no podía tocársela: tenía las manos sujetas por una brida de plástico. El que parecía ser el jefe le dedicó una sonrisa y se sentó frente a él, en el banco de fibra que atravesaba la lancha de babor a estribor.

El prisionero notó entonces dos manos enormes sobre sus trapecios. Si pretendían darle un masaje, seguro que iba a ser el más doloroso del mundo.

—Bien, bien, bien —comenzó a decir Woods en español—. Bienvenido al mundo de los vivos. Como ya habrás adivinado, esto es un interrogatorio: si dices la verdad, te curaremos esa herida de la pierna, podrás volver a casa con tu familia y esta tarde quedará en tu memoria como un mal sueño.

El prisionero asintió, amedrentado.

—En cambio, si decides no cooperar, serás torturado de forma tan atroz que nos suplicarás llorando que te matemos. Me he explicado bien, ¿verdad?

El hombre se encogió instintivamente. Por supuesto que sabía que cumplirían su amenaza: la historia de la tortura y muerte de Héctor Montalbán se había propagado por la selva como un reguero de pólvora, y cada nueva versión de la leyenda era aún más aterradora y surrealista que la anterior. La que él conocía, aseguraba que el demonio negro se había comido el corazón de Héctor, para luego vomitar al cielo un potente chorro de sangre. Y ahora tenía las garras del demonio negro en sus hombros. El cuento de terror se había hecho realidad. Woods le hizo la primera pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor —respondió el prisionero, con un hilo de voz.

—Muy bien, Juan. Primera pregunta importante: ¿para quién trabajas?

—Mi patrón se llama Víctor Sánchez, señor —contestó, sin titubear.

Woods frunció el ceño e interrogó a sus hombres con la mirada. Estos le hicieron ver con un gesto que no tenían ni idea de quién era ese tal Sánchez.

—No nos suena el nombre —dijo Woods; inmediatamente, los dedos de Jones aumentaron la presión, pellizcando los trapecios del prisionero—. ¿Quién es ese Víctor Sánchez?

—¡Un exguerrillero, señor! —Juan habló atropelladamente, intentando evitar a toda costa el inminente castigo—. ¡Nos encargaron emboscarles en el Paso del Jaguar, pero Sánchez no tiene nada personal contra ustedes! —el prisionero bajó la vista, avergonzado por la facilidad con la que estaba confesándolo todo—. Quien encargó el trabajo fue Salvador Montalbán.

Esta vez, el cruce de miradas fue mucho más elocuente. Al final, los malos presentimientos de Woods habían resultado ser ciertos. Montalbán no solo estaba vivo, sino que sabía que estaban en el Unu Rono y había ordenado a unos tipos que les atacaran.

—Así que Montalbán sobrevivió a la Operación Merlín Negro...

—Sí, señor —confirmó Juan—. Después del ataque, reunió a los supervivientes, reclutó más hombres y se movieron a otro *huarique*.

—¿Cómo supo Montalbán que estábamos aquí?

—Por lo que oí, se lo contó un superviviente del ataque a la primera *cocina*, señor. Reconoció su lancha por casualidad, en Brasil, y se enteró de que ustedes veían para acá...

Woods compuso una mueca de disgusto. Saber quién les había delatado no era tan importante como saber por dónde podrían venir nuevos ataques:

—¿Dónde se encuentra el nuevo escondite de Montalbán?

La pregunta de Woods provocó que Juan palideciera aún más. Él era solo un peón de Sánchez, y no tenía ni idea de dónde estaba La Madriguera. El desdichado intentó sonar lo más convincente posible:

—Señor, le juro por mis hijitos que eso no lo sé...

Por desgracia para él, Juan no sonó todo lo convincente que debiera. Los dedos de Jones le pellizcaron los trapecios con la fuerza de unas tenazas, causándole un dolor

tan intenso que estuvo a punto de desmayarse de nuevo. El terrible y prolongado alarido llegó claramente hasta la bañera de la Revenant. Nadie dijo nada, como si ese grito nunca hubiera existido. Jones aflojó la presa y Woods reanudó el interrogatorio. Juan lloraba como un niño; desde luego, no era el prisionero que más aguantara del mundo.

—Mi querido amigo Juan, no te creo —Woods contemplaba sus propias uñas con dedicación, sin dignarse a mirar al prisionero—. Te doy una segunda oportunidad para que recapacites y me digas dónde está la nueva guarida de Montalbán, o Jones te desgarrará los músculos de los hombros, y eso debe doler muchísimo...

—¡No, por favor, señor, le digo la verdad! —el miedo hacía que Juan sollozara en vez de hablar—. ¡Yo no trabajo para Montalbán, ni le he visto en mi vida! ¡Mi patrón, Víctor Sánchez, aceptó este *cachuelo*^[37] porque tiene negocios con él, pero yo no le conozco! ¡Se lo juro!

Woods decidió llevar el interrogatorio por otros derroteros, permitiendo durante unos segundos que el prisionero se deshiciera en un mar de lágrimas. Juan estaba demasiado asustado para mentir, y por otra parte era bastante lógico que desconociera la ubicación del escondite de Montalbán.

—¿Cuántos hombres formaban vuestro grupo de ataque?

—Trajimos dos *voladeras* —Juan sorbió los mocos, consciente de que acababa de superar un peligroso bache del interrogatorio—. Esta y la que yo manejaba. Mi patrón está en la otra orilla, con ocho *gentes* más.

Juan dio un respingo al oír la voz grave de Jones en su oreja:

—Había dos hombres en el paso...

—Sí, señor, sí —dijo Juan a toda prisa—. Esos dos también cuentan dentro de los ocho que ya dije.

Woods hizo el recuento en voz alta:

—Entonces, quedan seis hombres en la otra orilla, los dos del paso y tú. ¿Nadie más?

—Nadie más, señor —afirmó Juan, rotundo.

Ocho hombres, en dos grupos y dispersos. Si los del paso pretendían reunirse con los suyos, deberían utilizar el teleférico, para luego avanzar por la selva hasta donde estuviese Sánchez. Con un poco de suerte, activarían las minas Claymore que habían dejado en la orilla. Si Sánchez planeaba otro ataque con los supervivientes de su mermada fuerza, tardaría horas en producirse.

—Muy bien —dijo Woods, satisfecho con los resultados obtenidos hasta ahora—. Quiero que eches un vistazo a esto —Woods extendió ante Juan el mapa de la DINANDRO—. Señálame aquí la ubicación de la base de operaciones de tu patrón.

Juan consiguió palidecer aún más. Lo último que deseaba era revelar la localización de Cayáhi y poner a su propia familia en peligro:

—Señor, por favor, se lo ruego... allá vive gente inocente...

La presión de los dedos de Jones superó con creces el apretón anterior, provocando un nuevo grito de dolor, mucho más desgarrador que el primero. El haitiano acercó sus fauces a la oreja derecha de Juan y entrechocó sus dientes, recordándole que no tendría ningún reparo en arrancársela de una dentellada.

—Ya basta —ordenó Woods a Jones; este aflojó la presa de inmediato—. Como comprenderás, Juan, si quiero conocer la ubicación de vuestra base no es para atacarla con una lancha hecha pedazos —el razonamiento sonó muy lógico—. Quiero saber dónde está para mantenerme lejos de ella y no meterme en la boca del lobo, ¿comprendes?

Juan asintió con los ojos empapados en lágrimas. Al dolor físico se añadió la vergüenza y el desprecio hacia sí mismo:

—No viene en el mapa. Se llama Cayáhi. Está a unos veinticinco kilómetros, río arriba.

—Señala su posición —le ordenó Woods.

Juan señaló un punto del mapa con su temblorosa nariz. Stitches escribió con un bolígrafo el nombre del poblado, justo donde el sudor del prisionero había dejado una marca. Aquel gesto le pareció a Juan la firma de una condena a muerte. Los ojos del cautivo se elevaron hacia Woods, implorantes:

—De nuevo le ruego, señor... allá vive gente inocente, no les haga daño.

—No te preocupes, Juan —contestó Woods—. Nos mantendremos lejos de Cayáhi. Ahora, una última cosa antes de que te dejemos marchar: ¿Hay algún lugar cercano donde podamos reparar nuestro barco o conseguir otro? —Woods le guiñó un ojo, pidiendo complicidad—. Por supuesto, debe ser un lugar que no esté bajo la influencia de nuestro amigo Montalbán.

—Don Salvador pierde *palanca*^[38] río arriba, señor —reveló Juan—. Si tienen *lana*^[39] suficiente, encontrarán ayuda en la *Hacienda del Goblin*.

Woods, Stitches y Miles estuvieron a punto de echarse a reír.

—¿La Hacienda de quién, has dicho? —preguntó Woods.

—La Hacienda del Goblin —repitió Juan, rezando para no recibir otro pellizco de Jones—. Ese tiene buena *palanca* acá, hasta con la Fuerza Fluvial. No se dedica a la perica, sino a negocios legales. El Goblin está bien, bien *parado*^[40] —informó—. Si siguen a esta velocidad, llegarán antes del anochecer.

Stitches soltó una risita:

—Me muero por conocer a ese Goblin.

Woods mostró el mapa a Juan por segunda vez:

—Señálame el lugar.

—Ahí está —señaló con la nariz—. Ese sí que viene, ¿vio?

—Hacienda Van der Vorst —leyó Woods. El nombre estaba en letras verdes. Según el código de la DINANDRO, un lugar de confianza para el ejército y la policía —. ¿Es esta?

—Esa misma, señor. Es que el dueño se llama así, pero todos la conocen como Hacienda del Goblin —explicó.

—¿Y por qué le llaman goblin? —quiso saber Stitches, intrigado por el apodo.

—No lo sé, señor. Ni siquiera sé qué significa. No le conozco en persona, no sabría decirle...

Woods le mostró el mapa a Miles. A la velocidad a la que navegaban, calculó que llegarían a la hacienda en tres horas. Juan había hablado de dinero. Por suerte, había un buen montón de dólares americanos en la Revenant. Woods no vio otra opción que ir a la Hacienda del Goblin. Si tenían un taller, tal vez podrían hacer un apaño en la transmisión de la lancha y reparar el sistema eléctrico o, en el peor de los casos, comprar o alquilar un barco.

Juan se preguntó si el interrogatorio habría concluido. Se sentía avergonzado por haber revelado tanta información (habría cantado la Traviatta si se lo hubieran pedido), y ahora el miedo a dar la cara ante Sánchez le intranquilizaba casi tanto como estar prisionero de los Hydra. Si su patrón se enteraba de que había sido capturado, le sometería a otro interrogatorio, y esa idea no le entusiasmaba en absoluto. Mientras reflexionaba sobre esto, Woods volvió a hablarle:

—¿Tienes algo más que contarnos antes de que te liberemos, Juan?

Juan recibió con agradecimiento y alegría las palabras de Woods. De repente, las leyendas negras le parecieron exageraciones y tonterías.

—Señor, ya le dije todo lo que sé —aseguró, sonriente—. No contaré nada de esto a nadie, se lo juro por mis hijos, señor...

—Seguro que no le contarás nada a nadie. Jones, libérale...

—Dios le bendiga, señ...

No pudo terminar su bendición. Ni se dio cuenta de que Jones le había agarrado por la nuca y la barbilla, ni sintió dolor cuando su cuello se quebró como una caña seca entre sus garras. El cuerpo sin vida de Juan fue arrojado cuidadosamente por babor, de forma que no se oyera el chapoteo al caer al agua. Desde donde estaban, los civiles no vieron pasar el cadáver arrastrado por la corriente. Mientras Juan se hundía en la estela de la Revenant, Woods celebraba un cónclave con Stitches, Jones y Miles. Las preguntas de los civiles iban a ser inevitables, así que la hora de contarles la verdad (al menos parte de ella) había llegado. Woods saltó del remolcador a la Revenant y se dirigió a la bañera, donde le aguardaban los periodistas, el médico y la ejecutiva.

—Sé que tienen preguntas —se anticipó Woods, antes de que alguno de ellos pudiera abrir la boca para hablar—, y estoy dispuesto a responderlas.

Royi se levantó y se encaramó a la masa informe de la cabina para echar una ojeada a la remolcadora. Quería comprobar hasta qué punto habían maltratado al prisionero. La sorpresa fue que no vio al hombre por ningún lado:

—¿Y el prisionero? —le preguntó a Woods.

—Le hemos dejado marchar —mintió este—. Nos dijo lo que queríamos saber, así que cumplimos nuestra parte del trato —Woods compuso un gesto altivo—. Somos gente justa, señor Durán.

—No sé si son gente justa —dijo Royi—, pero sí sé que son idiotas. ¿Cómo se les ocurre dejarle ir? ¡En cuanto se reúna con los suyos, tendremos problemas!

David notó un pellizco en el estómago ante la tensión que se estaba generando entre Royi y el irascible Woods. Valérie miraba a uno y a otro, sorprendida. Stephen no movía un músculo de la cara, como si no estuviera allí. Woods respondió a Royi, clavándole una mirada corrosiva:

—No crea que porque ha trabajado dos o tres años sacando fotos en el frente lo sabe usted todo sobre este oficio, señor Durán —dijo Woods—. Si he soltado al prisionero, es porque estoy seguro de que no es un peligro para nosotros.

—Le ruego disculpe las formas de Royi, señor Woods —intervino David, mandando callar al fotógrafo con la mirada a la vez que rompía una lanza por él—, pero creo que tiene razón. Yo no he estado en el frente en mi vida, pero también pienso que no ha sido buena idea soltar al prisionero...

Woods suspiró con impaciencia, pero al menos contestó a David razonadamente:

—Señor Beltrán, ese pobre diablo ha largado tanta información que lo último que deseará es volver a cruzarse con sus compañeros —dijo—. Si le cogen, le someterán a un interrogatorio que hará que el nuestro parezca una fiesta de cumpleaños —Woods se dirigió a los demás—. Ahora, si me permiten continuar...

Todos guardaron silencio, esperando sus palabras.

—Lo que van a oír ahora es absolutamente confidencial —la mirada de Woods se clavó durante unos segundos en los periodistas, dejando claro que la advertencia iba dirigida especialmente a ellos—. ¿Recuerdan la zona devastada por la que pasamos ayer?

Todos asintieron, incluso Valérie. Ella la había sobrevolado hacía tan solo un rato.

—Ahí había un laboratorio de cocaína, propiedad de un narcotraficante llamado Salvador Montalbán. Hace poco menos de un año, colaboramos con las fuerzas armadas peruanas en una operación que tenía como objetivo la destrucción del laboratorio y la captura o muerte de Montalbán. La misión de la Revenant consistía en cortar la retirada de los narcos por el río, mientras las tropas peruanas asaltaban el campamento.

—¿Iban en esta misma lancha? —quiso saber Valérie.

—Sí, aunque mucho más armada. Normalmente, la Revenant va dotada de armamento pesado y blindajes adicionales. Para esta misión civil los dejamos en nuestra base, en Brasil. Reconozco que nunca sospeché que sufriríamos un ataque —se lamentó.

Valérie aceptó la explicación con un gruñido, y Woods retomó su discurso:

—No quiero aburrirles con detalles. Tan solo les diré que a causa de la ineptitud del comandante peruano, aquella operación culminó en un ataque aéreo que nos tomó

por sorpresa tanto a los narcos como a nosotros. Estuvimos a punto de sufrir bajas en nuestro propio equipo. Aquello acabó siendo un baño de sangre. Las bajas entre los narcos fueron muchas, y uno de los que cayó fue Héctor, el hijo de Montalbán.

Por supuesto, Woods omitió el episodio de la tortura y muerte de Héctor a manos de Jones, y nadie de su equipo levantó la mano para recordarlo. Aquello era, sin lugar a dudas, el secreto mejor guardado del team Hydra.

—Las autoridades dieron por muerto a Montalbán, nosotros cobramos nuestros honorarios y volvimos a casa —prosiguió Woods—. Once meses después, se nos contrató para «Delfín de Río». Por supuesto, si hubiéramos sospechado que Montalbán seguía vivo, habríamos utilizado otra lancha o habríamos rechazado el trabajo. Por desgracia, ahora sabemos que Montalbán no solo sobrevivió al ataque, sino que logró reorganizar su banda y ahora opera desde otra guarida.

—¿Entonces, fue Montalbán quien nos atacó? —preguntó Stephen.

—En cierto modo, sí —respondió Woods—. Montalbán le ordenó el ataque a un tal Víctor Sánchez, una especie de guerrillero local. Según el prisionero, alguien identificó a la Revenant en Brasil y se lo chivó al narco. La buena noticia es que la fuerza de ataque ha sido diezmada, y Sánchez y un puñado de hombres se encuentran lejos de nosotros, dispersos y sin barco. Por ahora, estamos a salvo.

—Entonces estamos en medio de una venganza personal —concluyó Royi—. Sin comerlo ni beberlo, nos encontramos en el punto de mira de un narco, navegando con los que él considera asesinos de su hijo —el fotógrafo miró a David de reojo—. Una situación bastante *kafkiana*, ¿no crees?

Valérie posó su mano sobre el brazo de David, impidiéndole contestar. Los ojos de la mujer mostraban una fuerte determinación:

—Señor Woods, como representante de Louis LeVu y como máxima responsable de «Delfín de Río», me veo obligada a suspender la operación. No estamos en condiciones de seguir.

Woods sostuvo la rotunda mirada de la joven y torció el gesto:

—Dar media vuelta no es buena idea, señorita Delacroix —objetó—. El nuevo cuartel general de Montalbán se encuentra río abajo, por lo que descender el Unu Rono nos expondría peligrosamente a ese bastardo.

—¿Qué sugiere entonces? No voy a permitir que mi equipo viaje en una embarcación averiada y en compañía de unos soldados que son el objetivo principal de una banda de narcos —el razonamiento de Valérie era contundente—. En cuanto tengamos acceso a una radio o a un teléfono, pediré que envíen un helicóptero a recogernos.

—Boca Verde no queda demasiado lejos —dijo Woods—. Hay una hacienda a tres horas de aquí donde podremos reparar la Revenant o adquirir una nueva embarcación —Woods sacó el mapa de su bandolera, mostrándoles el lugar—. El dueño, un tal Van der Vorst, mantiene buenas relaciones con el ejército y la policía, y seguramente querrá ayudarnos.

—Woods tiene razón en una cosa —dijo Royi, a pesar de que darle la razón al mercenario le producía dolor de estómago—. Es más peligroso ir río abajo o quedarnos aquí que proseguir viaje.

Stephen se rascaba la barba, nervioso:

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no sufriremos un segundo ataque?

Woods le respondió de inmediato. Su voz mostraba seguridad:

—El tipo de la lancha confesó que la fuerza de asalto fue derrotada, y le garantizo que sé cuándo un prisionero dice la verdad. De todas formas, puede regresar al campamento base en ese helicóptero, y usted también, señor Durán. Al único que necesitamos para identificar Boca Verde y comunicarse con los nativos es al señor Beltrán. Si el resto decide abandonar, lo entenderé...

—No pienso abandonar —afirmó Royi, lanzándole a Woods una mirada furiosa que este recibió sin inmutarse—. Si David va, yo voy con él. ¿Tú que dices?

David reflexionó en silencio, bajo la mirada inquisidora de Valérie:

—Si conseguimos otro barco y usted está seguro de que no vamos a sufrir otro ataque, yo no tengo inconveniente en continuar el viaje. Stephen, tú vuelve con Valérie...

El médico irguió la cabeza y llenó sus pulmones de aire:

—Jamás en mi vida he pasado tanto miedo como hoy —reconoció—, pero si decidís continuar, estaré con vosotros hasta el final.

Valérie le miró, asombrada. Le parecía increíble la fortaleza de los lazos creados entre Stephen y los periodistas en tan solo unos pocos días:

—Entonces es oficial: están todos locos —dijo, dirigiéndose luego a Woods—. Hagamos una cosa: en cuanto lleguemos a esa hacienda llamaré al señor LeVu. Le comentaré que ustedes están de acuerdo en proseguir viaje y dejaremos que sea él quien decida si la operación sigue adelante o no.

—Me parece bien —aceptó Woods—. No olvide informarle que Boca Verde se encuentra a dos o tres días de navegación, y que nosotros garantizamos la seguridad de la expedición.

—También pediré un helicóptero. Quiero volver a la base —Valérie miró a Stephen—. Si cambia de opinión, puede venir conmigo...

—Gracias —contestó el médico—, pero ya tomé mi decisión.

Royi, cuyos ánimos se habían enfriado un poco, se dirigió a Woods en un tono bastante menos beligerante que el que había empleado con él hasta ahora:

—Ese Van der lo que sea... ¿Es de absoluta confianza?

—Nadie es de absoluta confianza en esta parte del mundo —replicó Woods—, y a pesar de que ese tipo está bien considerado por las autoridades, pienso tomar precauciones. ¡Jones!

El haitiano se reunió con Woods, Duke y los civiles en la bañera. Enseguida se les unieron Migale y Stitches. Woods desarrolló, sobre la marcha, un plan de aproximación a la hacienda que garantizaría la seguridad del equipo. Cuando el

comandante concluyó, ni siquiera Royi fue capaz de ponerle pegasa al plan: por muy mal que le cayera, Woods era un estratega fuera de serie.

—Se me olvidaba: hay algo que quiero que sepan de antemano para que no les pille de improviso y les de la risa —les advirtió Woods, dirigiéndose especialmente a Royi—. No sabemos por qué, pero a Van der Vorst se le conoce como el Goblin. De hecho, todos llaman a su hacienda la Hacienda del Goblin.

—¿La Hacienda del Goblin? —repitió Royi, incrédulo—. Ya me están dando ganas de reírme.

Migale puso sus manos en la nuca y suspiró, haciendo que sus pequeños pero bien formados pechos se elevaran bajo su camiseta:

—Apuesto cincuenta dólares a que nuestro anfitrión no se parece a George Clooney.

XXVI

JACQUES MERCIER COLGÓ EL TELÉFONO DE SU DESPACHO de Sena Madureira, tras despedirse de Louis LeVu, alrededor de las seis y cuarto de la tarde. Sentado en la silla de enfrente, Jean Blanch, que había escuchado toda la conversación por el manos libres, compartía con él una expresión incrédula. Hacía apenas cuarenta y cinco minutos que habían recibido la noticia de la pérdida de contacto con la Revenant y el helicóptero. Para colmo de males, Valérie había tenido la gloriosa idea que acudir personalmente al rescate. Al menos, el GPS indicaba que la lancha y sus tripulantes proseguían viaje río arriba.

Mercier, como segundo al mando después de Valérie, había asumido la responsabilidad de contactar con LeVu, tarea nada fácil al no disponer de su número privado y ser cerca de la una de la mañana en París. Tras varias gestiones telefónicas que pasaron por la omnipresente Adèle, Mercier logró, por fin, contactar con él en la mansión. En cuanto recibió la llamada, LeVu se dirigió a paso ligero hacia la batcueva, donde escuchó el preocupante informe de Mercier.

Pero lo más sorprendente fue la respuesta de LeVu ante la iniciativa de Mercier de denunciar los hechos a las autoridades peruanas. El empresario le contestó con un rotundo no. Cuando Mercier insistió en la posibilidad de que la expedición podría haber sufrido un accidente grave o, aún peor, un asalto, LeVu fue tajante:

—¡No informe bajo ningún concepto a las autoridades peruanas! —su tono no admitía réplica—. ¡Bajo ningún concepto! Hay otras salidas para esta situación, así que dejen el asunto en mis manos. Confíen en mí, y no hagan nada sin mi consentimiento.

Dicho esto, se despidió bruscamente de Mercier y le colgó el teléfono. Él y Blanch se quedaron chafados en sus sillones.

—Lo has oído, ¿no? —le preguntó Mercier a Blanch.

Este se apretó el labio inferior, meditabundo, y guardó silencio.

—¿Por qué diablos no quiere avisar a la policía? —se preguntó Mercier, en voz alta; al ejecutivo se le pasó una idea por la cabeza que lo puso a sudar en el acto—. Espero que no nos mande a nosotros a buscarles...

—No creo que quiera arriesgar lo que queda de su alto mando en Brasil —opinó Blanch, desestimando la idea; el ingeniero jefe se recostó en su sillón, intentando asimilar la situación de crisis en la que se habían visto envueltos tras la llamada de Lafont—. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Vas a mudarte al campamento para asumir el mando?

—Prefiero quedarme aquí, en Sena —decidió, tras pensárselo unos segundos—. Tú asume el mando en la base. Hasta que el jefe no diga lo que hay que hacer, mantén al equipo alerta y que nadie tome decisiones por su cuenta.

—Me parece bien —aceptó Blanch, levantándose—. Pues si no necesitas nada más, me voy para allá... y que Dios nos asista.

Mercier sostuvo la mirada de Blanch durante unos segundos:

—Amén, amigo mío... amén.

Louis LeVu daba vueltas en círculo por la batcueva, como el Tío Gilito en su *Sala de las Preocupaciones*. La mayoría de las pantallas de plasma estaban apagadas, lo que daba a la estancia un aire más tenebroso y triste de lo normal. LeVu se esforzaba por ver el vaso medio lleno: al menos, la expedición continuaba viaje río arriba. Pero ¿y Valérie? Ella era quien más le preocupaba. La idea de perderla, después de la muerte de Forest, le desgarraba el alma.

Maldijo en voz alta, dando un puñetazo en la mesa que nadie más que él oyó. Su hijo no podía haber elegido un sitio peor para perderse que Perú. En cualquier otro país, Louis LeVu no habría tenido problemas para poner al gobierno patas arriba y conseguir los mejores medios para recuperar a su hijo. Un chasquido de sus dedos, y pondría a bailar hasta el presidente de la nación.

Pero precisamente, en Perú, Louis LeVu no se atrevía ni a preguntar la hora. Llamar a la policía allí no era una opción, sino más bien una especie de suicidio. Si su nombre volvía a salir a la palestra, el antiguo escándalo dormido podría volver a despertar, y eso era lo último que deseaba, y más en estos momentos delicados. De todos modos, aún tenía a quién recurrir. A pesar de ser una hora intempestiva, no dudó en marcar un número de teléfono que fue respondido por una voz adormecida:

—Aquí Drummond, ¿quién es?

—Señor Drummond, disculpe la hora. Soy Louis LeVu.

Drummond pareció despabilarse un poco:

—¡Ah, señor LeVu, encantado de oírle! —saludó, fingiendo que la llamada no le había molestado—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me temo que ha sucedido algo malo.

LeVu le contó con pelos y señales la extraña parada de la Revenant, la desaparición del helicóptero y la pérdida de contacto con la expedición. Drummond, que tomaba notas de todo lo que decía, intentó tranquilizarle:

—Si las señales del GPS se mueven, es que siguen vivos. El equipo Hydra es uno de los mejores de nuestra organización, y la Revenant una fortaleza flotante. Lo más probable es que hayan sufrido una avería eléctrica. O también que ellos mismos hayan interrumpido las transmisiones por razones de seguridad...

—¿Y qué me dice del helicóptero? Me da muy mala espina...

—Bueno, no anticipemos acontecimientos hasta comprobar *in situ* lo que ha sucedido —repuso Drummond, manteniendo su enfoque positivo—. Como recordará, el equipo Hydra está formado por diez personas: seis navegan en la Revenant; los

otros cuatro se encuentran acuartelados en Manaus, a la espera de órdenes. Contactaré con ellos para que vayan a buscar a la expedición a bordo de uno de nuestros helicópteros. La discreción será total, como hasta ahora.

—¿Cuándo estarán listos? —preguntó LeVu. Se le notaba impaciente.

—Contactaré con ellos en cuanto cuelgue. Por favor, tome nota de este correo electrónico...

Drummond dictó una dirección de *email* a LeVu:

—Quiero que los encargados del seguimiento por GPS envíen a este *email*, cada quince minutos, las coordenadas de la lancha. Eso nos permitirá conocer su posición casi en tiempo real.

—Me parece perfecto —dijo LeVu, anotando las instrucciones en un papel.

—Y no se preocupe —le tranquilizó Drummond—. Mantendremos a la policía peruana al margen de todo esto.

—Le estoy muy agradecido. Desde luego, sus servicios valen lo que cuestan.

Aunque LeVu no pudo verlo, Drummond sonrió, satisfecho:

—Les encontraremos, señor LeVu —aseguró.

—Muchas gracias otra vez, señor Drummond. Estaremos en contacto.

LeVu colgó el teléfono, dedicando un agradecimiento póstumo a Charles Forest por su acierto al contratar los servicios de aquella misteriosa organización. Aunque los honorarios acordados rozaban lo prohibitivo, LeVu estaba cada vez más contento de haberles confiado la expedición. También confiaba ciegamente en su discreción. De hecho, LeVu tuvo que explicar a Drummond, con pelos y señales, las razones por las que debían evitar mencionar su nombre en Perú. Acosado por sus preguntas, no tuvo más remedio que levantarse las faldas y enseñarle sus vergüenzas.

Al comienzo de la planificación de «Delfín de Río», Drummond consideró absurdo el hecho de iniciar la operación desde Brasil. Era mucho más fácil y barato instalar el campamento base en San Julián, cerca del nacimiento del Unu Rono, y transportar al grupo de rescate por vía aérea hasta Boca Verde, una vez localizado el lugar por barco. LeVu se resistió a aceptar aquella sugerencia de forma obstinada e irracional, pero ante la insistencia de Drummond y sus sospechas acerca de que LeVu guardaba algún secreto que podría llegar a obstaculizar el desarrollo de la operación, el empresario decidió confesar la verdad, apelando al secreto profesional y confiando en que la organización iba a mantener una discreción total al respecto.

A finales de los ochenta, el Grupo LeVu mantenía oficinas en Lima, operando como intermediaria en jugosas transacciones entre Perú y terceros países. Durante el primer gobierno de Fujimori, el Grupo se benefició de la privatización de empresas estatales y recibió diversos privilegios —entre ellos exoneración de impuestos—, lo que hizo que muchas de las operaciones de LeVu en Sudamérica se realizaran desde Lima. Durante la década de los noventa, los negocios del Grupo en Perú fueron viento en popa. Fue en 2000 cuando Louis LeVu se vio involucrado en el escándalo de los vídeos de Vladimiro Montesinos. En uno de los *vladivideos*, aparecía el propio

Louis LeVu haciendo entrega de una generosa cantidad en efectivo a un miembro del partido de Alberto Fujimori. Aquello desencadenó un terremoto en Perú.

Las oficinas del Grupo en Lima fueron precintadas por las autoridades, y su capital, congelado. Tanto el posterior presidente, Valentín Paniagua, como su sucesor, Alejandro Toledo, aseguraron que si Louis LeVu pisaba alguna vez suelo peruano, sería juzgado por financiación ilegal de partidos. Una vez expropiadas sus oficinas en Lima, el escándalo no llegó a tener demasiada repercusión a nivel internacional, así que Louis LeVu decidió asumir las pérdidas y no remover más aquel barreño de mierda. La cosa, aparentemente, se había olvidado con el tiempo.

Pero si ahora acudían a la policía y su apellido salía a relucir, cabía el riesgo de que el gobierno peruano aprovechara la ocasión para dar un escarmiento ejemplar al todopoderoso magnate europeo. Lo último que quería LeVu era despertar al dragón durmiente, y menos aún con su hijo perdido en su guarida. Lo que tuviera que arreglar allí, lo arreglaría por su cuenta.

LeVu volvió a marcar el número de Mercier. Trató de tranquilizarle, poniéndole al corriente de sus gestiones con Drummond. Una vez más, le recordó que no debía tomar contacto con las autoridades. LeVu era consciente de que aquello suscitaría rumores y habladurías entre sus empleados, pero a estas alturas le daba igual. Miró la hora. A pesar de ser de madrugada, aún le quedaban llamadas por hacer.

Cuando Woods no estaba presente, el mando del equipo Hydra recaía sobre un hombre rubio y fuerte, de barba y cabello extremadamente cortos, que respondía al nombre clave de Khayn. Tenía cuarenta y cuatro años, era norteamericano y cargaba con una larga carrera militar a sus espaldas. Sirvió durante años en los SEAL^[41], participando en diversas operaciones por todo el mundo. Su última misión con ellos fue en Afganistán, en la Operación Anaconda, en marzo de 2002. Aquella decepcionante misión, cuyo objetivo principal pretendía eliminar la presencia talibán en el Valle de Shahi Kot, costó un alto precio en bajas norteamericanas y no tuvo el éxito esperado: la mayoría de los terroristas lograron escapar de los bombardeos estadounidenses, y la que había sido anunciada como *la última gran batalla contra los talibán* pasaría a la historia como un dudosa y mal elaborada operación militar. Tras este fiasco, el que hasta entonces había sido el mayor Richard L. Robbins abandonó los SEAL, pasó a formar parte del equipo Hydra, y se convirtió en Khayn.

Desde que empezó «Delfín de Río», los cuatro miembros de reserva del team Hydra disfrutaban de unos días de descanso en los que solo tenían que estar localizables en el chalé que hacía las veces de cuartel general, en Manaos. Durante ese tiempo holgazaneaban, jugaban a videojuegos y pasaban las horas muertas frente al televisor, sin que el resto del vecindario sospechara que aquella casita de dos plantas albergaba un escuadrón de tropas de elite en su interior.

Esa tarde, Khayn recibió una llamada de Drummond alrededor de las siete. El comandante accidental de los Hydra anotó en un papel la información facilitada por el coordinador de equipos. Las órdenes eran claras: viajarían en avión hasta un

aeródromo de Feijó, donde les recogería un helicóptero del equipo Wyvern (una versión aerotransportada de los Hydra); volarían hasta el Unu Rono, buscarían a Woods, se unirían a él, y transmitirían novedades por teléfono vía satélite. Drummond le comunicó a Khayn que recibirían cada quince minutos, por *email*, las coordenadas actualizadas de la expedición.

Horas después, el resto del equipo Hydra, comandado por Khayn, despegaba en un *jet* privado desde el aeropuerto de Manaus. Siguiendo un protocolo de total anonimato, los mercenarios cubrían su rostro con pasamontañas. Las Tarjetas Titanio les permitieron cruzar los controles de seguridad del aeropuerto completamente armados y equipados. Llevaban con ellos dos teléfonos Iridium y una potente emisora autónoma que les permitiría contactar con la Revenant, si es que esta aún conservaba operativo su sistema de radio. Si todo salía como estaba previsto, en cuestión de horas se reunirían con Woods, y el team Hydra volvería a estar completo.

Drummond nunca sospechó que su orden no había hecho más que adelantar veinticuatro horas el viaje de los mercenarios. El día anterior, Woods ya había dado instrucciones a Khayn para que se reunieran con ellos en algún punto del Unu Rono, río arriba. Una operación paralela a «Delfín de Río», desconocida para LeVu y Drummond, acababa de ponerse en marcha.

Marcel Lauby se aburría como una ostra en la habitación del hotel de Manaus. Rodeado por los expedientes dejados por Carbonnier tras su desertión, se sentía, en cierto modo, prisionero. LeVu le había nombrado *guardián de los archivos* y le había encomendado la tarea de investigar qué empresa había contratado a Carbonnier. La llamada de su jefe le sorprendió: en Europa eran más de las dos de la madrugada, y su jefe nunca le llamaba personalmente, sino que lo hacía a través de Valérie o de Mercier. Algo raro pasaba...

—¡Señor LeVu, cuanto honor! —Lauby solía hacer gala de un exagerado protocolo, típico de los decimonónicos modales portugueses heredados por Brasil—. Es todo un placer para mí...

—Deje los cumplidos para otra ocasión —le cortó LeVu, sin contemplaciones—. Ha ocurrido algo grave.

LeVu puso al día a Lauby acerca de los hechos acaecidos esa misma tarde, ordenándole discreción absoluta para evitar filtraciones más allá del círculo interno de «Delfín de Río». Lauby, que vivió en su día la implicación de LeVu en el escándalo de los *vladivideos*, no necesitó más explicaciones. LeVu confiaba en Lauby: podía no ser el hombre más brillante del mundo, pero era honesto y sabía ser discreto. Lauby aprovechó la llamada de LeVu para informarle de las gestiones realizadas acerca de la marcha de Carbonnier:

—Se fue del hotel poco después de poner el fax, entregó la llave en recepción y ni siquiera pidió un taxi. Tampoco dijo adónde iba. Ayer hice gestiones telefónicas en el consulado francés y me aseguraron que no sabían nada de ningún Maurice Carbonnier...

—Para solicitar un permiso de trabajo tiene que contactar con el consulado, ¿no es así?

—En principio, sí. En Brasilia me facilitaron el teléfono de un tipo llamado Cecil Février, que hace las funciones de cónsul francés en Manaos. Este me aseguró que tampoco había oído hablar de Carbonnier. Luego llamé a los aeropuertos y al departamento de aduanas, y desde allí me aseguran que nadie con ese nombre ha salido del país.

—O sea, que Carbonnier sigue en Brasil —dedujo LeVu.

—Sí —dijo Lauby—, siempre y cuando no se haya ido de forma ilegal, cosa que dudo. De todas formas, he puesto en alerta a la embajada de Francia en São Paulo, por si se dirigiera a ellos para el permiso de trabajo. Si intenta salir de Brasil, le cazaremos —afirmó—. Tal vez incluso siga aquí, en la ciudad. ¿Quiere que llame a los hoteles de Manaos, uno por uno?

LeVu le aprobó su iniciativa:

—En cuanto averigüe algo, dígamelo. Quiero saber quién se atreve a robarme a uno de mis empleados. No estoy acostumbrado a esto, ¿sabe?

—A mí también me ha sorprendido la marcha de Carbonnier —dijo Lauby—. No sé qué otra empresa le pagará lo que le pagamos nosotros...

LeVu consultó su reloj y comprobó que ya habían pasado unos minutos de las dos y media de la madrugada. Hasta el día siguiente, no podría hacer nada más, así que decidió irse a dormir. El asunto estaba en manos de Drummond, y a LeVu le quedaba el trabajo más desesperante del mundo: aguardar acontecimientos sin poder hacer nada. Tras agradecerle a Lauby sus gestiones, colgó el teléfono y se dirigió con paso cansino a su dormitorio.

Sorprendentemente, LeVu se durmió a los pocos minutos de meterse en la cama. No despertó a su esposa, ni le contó nada de lo sucedido con la expedición. ¿Para qué? La madre de Gérard no hacía más que llorar por su hijo, y conocer las últimas noticias no le haría bien alguno. La ignorancia es el mejor anestésico que existe.

A miles de kilómetros de allí, mientras París dormía, la Revenant, a remolque de la pequeña lancha de fibra de vidrio, llegaba al primer puesto de control de la Hacienda del Goblin, donde fue recibida por un centinela armado.

Sin embargo, no todos los integrantes de «Delfín de Río» estaban a bordo en ese momento. Faltaba uno de ellos, que había desembarcado antes de llegar a la hacienda, siguiendo un astuto plan de Woods.

XXVII

AÚN FALTABA UN BUEN RATO PARA QUE OSCURECIERA cuando Miles detuvo la remolcadora a pocos metros del lugar donde se encontraba sentado un joven armado con una escopeta. Por la cara que puso, este parecía preguntarse cómo podía seguir a flote aquella ruina atada a la lancha. El centinela, que en ningún momento manifestó una actitud hostil hacia los recién llegados, se limitó a observarles con curiosidad. Woods sospechó que aquel individuo formaba parte del personal de seguridad del Goblin. Si era así, el panorama no pintaba mal: el hombre no les había dado el alto, ni había levantado el arma. El hecho de que llevara una escopeta de caza normal y corriente en lugar de un fusil de asalto le pareció positivo a Woods.

—Mantened las manos visibles en todo momento —dijo Woods, en voz baja—. No parece mal tipo, así que no le asustemos.

Woods sonrió al hombre desde la Revenant, y este le devolvió el saludo. Con pasos lentos, el centinela se acercó a la orilla. La escena recordaba a la típica parada que se hace para preguntar al lugareño de turno por dónde se va al pueblo. Woods le saludó en español:

—Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes —el vigilante no paraba de mirar a la Revenant, que en algunas zonas recordaba a un queso gruyer—. ¿Precisan ayuda?

—Me temo que sí —reconoció Woods, abarcando la Revenant con un barrido de su mano—. Nos atacaron unos bandidos río abajo.

—Un ataque bien grueso, patrón —opinó el vigilante—. ¿Con qué les *plomearon*?

—Con algo muy gordo —respondió Woods, cambiando de tema rápidamente—. ¿Trabaja usted para el señor Van der Vorst?

El centinela asintió:

—Sí señor, a menos de quinientos metros se ubica su hacienda.

Woods decidió que lo más correcto sería identificarse, así que le mostró su Tarjeta Titanio desde el barco. La reacción del joven fue la misma que si le hubiera enseñado una foto de su tatarabuelo.

—Me llamo Woods, y estoy al mando de esta expedición —explicó—. Formamos parte de un equipo internacional de operaciones especiales que colabora con el gobierno de su país. Hemos eliminado al grupo que nos atacó, pero uno de mis hombres ha muerto y nuestra embarcación ha sufrido averías importantes —Woods mezclaba mentiras con verdades, pero eso no sorprendió a sus compañeros de viaje. Los embustes formaban parte del plan—. En nuestras hojas de ruta, la Hacienda Van

der Vorst aparece como el lugar más próximo dónde acudir en caso de apuro. Por lo que sabemos, el Gobierno considera al señor Van der Vorst un hombre de orden y, como puede ver, necesitamos ayuda. ¿Podríamos hablar con él?

El hombre se apoyó la escopeta en la pierna y sacó un diminuto *walkie-talkie*:

—Si me permiten, le hablo a mi capataz.

El centinela se alejó unos pasos. Tras intercambiar algunas frases breves con alguien, guardó el *walkie-talkie* y regresó a la orilla:

—Sigan para adelante y verán un muelle. Allá les aguarda Canaza, mi capataz. Hable con él, ¿ok, patrón?

—Canaza —repitió Woods, memorizándolo—. Gracias, amigo.

—De nada, señor.

El centinela se sentó de nuevo en la orilla y se despidió de la Revenant. La lancha continuó navegando río arriba, y Miles no tardó en divisar el muelle a proa. Estaba construido de madera recia y era capaz de albergar holgadamente varias embarcaciones del tamaño de la Revenant. Contaron cuatro barcos de tamaño considerable atracados en sus pantalanos, cada uno de ellos de diferente tipo, además de diversas barquitas pequeñas, algunas similares a la *voladera* capturada. Sobre los muelles, se apilaban sacos, cajones, barriles y rollos de cuerda que traían a la mente el decorado de una película de piratas. Sobre uno de los pantalanos vacíos, se encontraban dos hombres que hacían señas a la Revenant, invitándola a atracar.

Conforme se acercaban al muelle, descubrieron la espectacular belleza del embarcadero y de los edificios que lo rodeaban. Comparado con las humildes y primitivas aldeas que habían dejado atrás, aquel lugar era una auténtica maravilla. Una cosa les quedó clara desde el principio: el Goblin tenía un gusto exquisito. Si el resto de la hacienda era tan hermosa como la plaza aledaña al embarcadero, la visita merecería la pena.

Los edificios eran de un estilo singular, que fundía lo colonial con la estética de las casas de campo centroeuropeas. Las fachadas de color albero eran atravesadas por sólidas vigas de madera vista, con ventanas de cristales biselados adornadas con arriates repletos de exóticas flores debajo de cada una de ellas. Las construcciones, de dos plantas, estaban rematadas por cubiertas de teja oscura, casi negra, cuya inclinación estaba perfectamente estudiada para repeler el agua de lluvia. El rumor de los inevitables generadores de gasolina era nulo, lo que hacía pensar que se alojaban en casetones insonorizados. Sobre uno de los edificios más alejados, este de una sola planta, se distinguían paneles solares y una red de tuberías externas que desaparecían en la espesura de la selva. Stephen fue el primero en adivinar que aquel edificio estaba dedicado a duchas y aseos provistos de agua caliente, un privilegio casi impensable en aquel lugar perdido de la mano de Dios. Al fondo de la plaza, y eclipsando la vista más allá de él, se erguía el edificio más imponente de todos.

Era del mismo estilo que los demás, pero este desplegaba un precioso porche en la entrada; su fachada, bastante más grande que la del resto, estaba engalanada con

guirnaldas de banderines y dotada de focos que le proporcionaban, en la noche, una iluminación señorial. Repartidas por toda la plaza había farolas de gas de estilo victoriano que, en ese preciso momento, eran encendidas a mano por un empleado de la hacienda. Un lugar de ensueño.

—Cuando estuve destinado en Alemania vi edificios muy parecidos a estos en las zonas rurales —comentó Stitches, con mirada evocadora.

Valérie recorrió la plaza con los ojos:

—Es como un trozo de Europa en mitad de la selva...

Miles acercó la *Revenant* al pantalán, hasta que las boyas que colgaban por la borda se estrujaron contra el muelle, quejándose como si les doliera. Los dos hombres que esperaban en el embarcadero aplaudieron la destreza del piloto y amarraron los barcos a unos noráis. Uno de ellos era un jovenzuelo con marcados rasgos indígenas; el otro, cercano a la cuarentena, tenía aspecto europeo, aunque su acento revelaba que, o bien era peruano (aunque no lo pareciera), o bien había pasado el suficiente tiempo en el país como para contagiarse del deje cantarín de sus habitantes:

—Bienvenidos a la Hacienda Van der Vorst —saludó, estrechando la mano de Woods, que ya se encaramaba a la astillada borda de la *Revenant* para saltar al muelle—. Me llamo Pedro Canaza.

—Woods —se presentó—. No sé si su centinela le habrá puesto en antecedentes...

Canaza asintió enérgicamente, estrechando ahora la mano a Duke, que fue el siguiente en desembarcar.

—Sí que me informó, y quiero darle mi pésame por la muerte de su hombre —Woods fingió resignación ante las condolencias de Canaza—. No quiero resultar grosero pero ¿podrían mostrarme alguna acreditación para que pueda informar con propiedad a mi patrón sobre quiénes son ustedes?

—En absoluto me parece una grosería —respondió Woods—. Tenga.

Woods le tendió su Tarjeta Titanio. Al contrario que muchos policías y patrulleros que se habían topado con anterioridad, Canaza reconoció el documento al instante:

—¡Una Tarjeta Titanio! —Canaza la examinó con la expresión de un crío que tiene en sus manos el cromo que le falta para completar su colección—. Es la primera vez que veo una de estas...

—Sí, no suelen salir de premio en los *corn flakes* —bromeó Woods—. De todos modos, quiero que tranquilice a su patrón: estamos en una misión civil. Lo del ataque no estaba previsto. Ha sido una sorpresita...

Canaza le devolvió la documentación y asintió con la cabeza:

—Si son tan amables de aguardar acá —rogó—. Voy a poner al corriente de todo a mi patrón. El señor Van der Vorst estará encantado de recibirles. Y no teman, están entre amigos —añadió.

—Esperaremos aquí, muchas gracias —aceptó Woods.

Canaza y su acompañante abandonaron el muelle y atravesaron la plaza, dirigiéndose hacia el edificio de los banderines. Los viajeros cruzaron miradas entre ellos, satisfechos por el buen recibimiento. Miles fue el último en saltar al muelle; se acercó al grupo y soltó una risita nerviosa:

—Somos un desastre —dijo, señalando la cubierta de la *voladeira* con el pulgar—. Ni siquiera hemos limpiado el charco de sangre.

—Echa una manta por encima —le ordenó Woods—. Luego lo limpiaremos.

—Ya lo hago yo —se ofreció Migale, saltando de vuelta al barco.

—Espero que tengan una radio lo bastante potente —deseó Valérie en voz alta—. En el campamento base estarán subiéndose por las paredes...

Stephen, sin pronunciar palabra, regresó a la bañera y abrió uno de los contenedores de babor.

—¿Qué andas buscando ahí dentro? —le preguntó Royi, extrañado.

—Voy a comprobar algo —contestó, revolviendo el compartimento. De repente, su rostro se iluminó—. ¡Bien, sobrevivieron!

Stephen levantó al cielo, feliz, una de sus botellas de Johnnie Walker. Su cara reflejaba tal dicha que hizo reír a los que se encontraban cerca.

—¡No penséis que tengo el mono del alcohol! —exclamó Stephen, ante las risas—. Quiero regalarle una al Goblin ese, como muestra de agradecimiento.

—¿Cuántas se han salvado? —preguntó Royi; un trago más tarde no le vendría mal. Stephen hizo recuento de su bodega particular.

—¡Joder, todas! Ha sido una suerte que estuvieran a babor.

—Antes abrí uno de los contenedores donde guardamos nuestro equipo para dejar la JVC —recordó Royi—. No vi nada raro, pero voy a echar un vistazo...

—Espero que el blindaje haya aguantado —dijo David, esquivando las afiladas rebabas de metal de la *Revenant* y saltando dentro.

David y Royi registraron los dos compartimentos donde almacenaban el material de rodaje. Todo parecía estar intacto. Royi comprobó el funcionamiento de las unidades de disco duro. Encendían. El blindaje no solo había salvado sus vidas: también habían salvado el reportaje. Royi revisó la cámara de mano que siempre llevaba en su bolso. La encendió y rodó un plano corto a Stephen, que posó mostrando la botella.

—Cojonudo —el fotógrafo devolvió la cámara al bolso y se lo colgó en bandolera—. Todo funciona a la perfección.

—Quiero decirte algo antes de que saltemos a tierra, Royi —David se cercioró de que solo él y Stephen le oían—. Córdete un poco cuando le hables a Woods. Ese tipo no está acostumbrado a discutir, y no quiero tener problemas con él. Suficiente movida hemos tenido hasta ahora...

—¡Vale, vale! —rezongó Royi, temiendo que la reprimenda se convirtiera en un sermón.

Los civiles se reunieron con los Hydra en el embarcadero. Al llegar, vieron movimiento en la entrada del edificio principal, donde dos individuos, al mando de Canaza, abrían la puerta de doble hoja de par en par.

—¿Alguna novedad? —preguntó David a Valérie.

—Parece que nuestro anfitrión va a salir de su mansión de un momento a otro —dijo, observando que otras seis personas formaban un pasillo en el exterior—. Menudo protocolo se traen: ni que fuera un jeque árabe...

Canaza, expectante, vigilaba el interior de la mansión desde el porche. De repente, cuatro personas salieron del edificio, escoltando a una figura menuda que caminaba con pasitos cortos. Lo primero que pensaron los recién llegados fue que se trataba del hijo pequeño de Van der Vorst, un niño delgaducho de aspecto relamido disfrazado de adulto. Cuando estuvo más cerca del embarcadero, se dieron cuenta de que estaban equivocados:

Aquella figura de poco más de un metro de altura era el propio Van der Vorst.

—Ahora ya sabemos por qué le llaman Goblin —susurró Stitches.

Su diminuto cuerpo era flaco y totalmente proporcionado. Sus manos, finas, empuñaban un elegante bastón de diseño barroco, no porque lo necesitara realmente, sino por puro esnobismo; el dedito anular de su mano derecha estaba adornado por un anillo de oro con una espectacular piedra roja engarzada, probablemente un rubí; vestía un traje de lino color hueso, con chaleco a juego y una camisa cerrada al cuello rematada con una corbata de llamativos colores, desafiando el calor de la selva. Su cabecita, muy redonda, estaba tocada por un elegante sombrero. Royi diría más tarde que le recordaba a José Carioca, el lorito de Walt Disney. Al acercarse más a los recién llegados, estos apreciaron que su rostro, si no agraciado, era agradable. Era difícil calcular su edad: Van der Vorst podría tener igual treinta años que setenta y, a pesar de su enanismo hipofisario, destilaba carisma y elegancia. Cuando estuvo a dos metros del grupo, se detuvo, sonriendo:

—¡Bienvenidos! —saludó en un español tocado por un leve acento holandés; su voz era aguda, casi molesta—. Siéntanse como si estuvieran en su casa.

Dicho esto, saludó a sus invitados uno a uno, repartiendo apretones de manos e interesándose por sus nombres. Al llegar el turno de las mujeres, el Goblin besó sus manos sin dejar de mirarlas a los ojos, lo que le pareció muy cómico a Royi. Migale no era en absoluto el tipo de dama acostumbrada a cumplidos tan cursis, sino más bien una tía que echa pulsos en las tabernas de camioneros después de quedar primera en el concurso de eructos. Su cara al recibir el beso fue digna de foto. Valérie, más acostumbrada a los cumplidos, aceptó el gesto con una sonrisa. Una vez concluida la bienvenida, Van der Vorst habló a Woods:

—Canaza me ha contado su... percance, y también me ha dicho que viajan en misión civil —dijo. El Goblin parecía un niño repipi capaz de expresarse con la propiedad de un adulto. Daba un poco de repelús—. Me ha dicho que sufrieron una baja...

Woods fingió pesadumbre y suspiró con resignación. Los civiles comentarían, más tarde, sus grandes dotes de actor:

—Por desgracia, sí. Era uno de mis mejores hombres.

—¿Su cadáver está en la lancha? —quiso saber el Goblin.

—No pudimos recuperarlo —respondió Woods—. Cayó al río y fue arrastrado por la corriente.

—Lo lamento —dijo el Goblin, apoyando su manita en el antebrazo de Woods. Acompañado por Canaza, se dirigió al borde del muelle y sometió a la Revenant a un escrupuloso examen, deteniéndose allá donde las Raufoss habían causado más estragos. Recorrió el casco con la vista. Al llegar a la proa, se fijó en el nombre de la lancha y en la hidra pintada en él—. Revenant —silabeó, agachándose un poco para contemplar más de cerca al monstruo. Volviéndose hacia Woods, señaló el emblema con la punta del bastón—. No quiero pecar de indiscreto, pero... ¿no fue este el barco que participó en la operación «Merlín Negro» el año pasado?

Los Hydra intercambiaron miradas furtivas entre ellos: el pequeñajo estaba bien informado. Woods decidió que sería estúpido negarlo. Si Van der Vorst mantenía tan buenas relaciones con las autoridades, no era de extrañar que tuviera información detallada sobre el operativo contra Montalbán.

—Me impresiona usted —reconoció Woods—. ¿Puedo saber quién le dijo el nombre de nuestro barco? Si no es secreto de estado, claro —bromeó.

—La vida aquí es aburrida, señor Woods —se lamentó el Goblin, encogiéndose de hombros—. Aquí nunca pasa nada. El año pasado, durante meses, no se habló de otra cosa —volvió a señalar el dibujo de la Hydra con su bastón—. Tengo un amigo en la Fuerza Fluvial que cena conmigo de vez en cuando. Me describió la lancha y me comentó que llevaba un dragón pintado en la proa. A propósito, ¿con qué les han disparado?

—Munición explosiva —contestó Woods, sin entrar en detalles.

—Ajá... ¿Tienen idea de quién lo hizo?

—No tenemos ni idea —mintió Woods—. El único que podría estar detrás de esto es Salvador Montalbán, y él está muerto, ¿no es así?

El Goblin le miró a los ojos durante unos instantes, con una expresión indescifrable en aquel rostro que no reflejaba la edad. Algo en su mirada hacía sospechar que no iba a ser del todo sincero en su respuesta:

—No se sabe —dijo, al fin—. Su cuerpo nunca se encontró, lo que tampoco es tan raro si tenemos en cuenta que la zona fue arrasada con bombas incendiarias. Si está vivo o no, eso forma parte de las leyendas que corren por la selva. Es algo que no me quita el sueño: ni Montalbán se metió jamás en mis negocios ni yo en los suyos —el pequeñajo, seguido por Woods y Canaza, abandonó el embarcadero para reunirse con el resto de sus invitados—. Pedro me ha dicho que han venido a mi casa en busca de auxilio. ¿Cómo puedo ayudarles?

Woods señaló a la Revenant con el pulgar:

—Necesitamos proseguir viaje río arriba. Nuestra lancha tiene averiada la transmisión y el sistema eléctrico. Con las piezas adecuadas podríamos arreglarla. ¿Es posible hacerlo aquí?

—Eso tendrán que decirlo mis técnicos. Lamentablemente, no se encuentran aquí en este momento. Están en San Julián, recogiendo un equipo de radio nuevo —explicó—. El nuestro dio su último suspiro anteayer. De todas formas regresarán mañana, alrededor del mediodía.

La cara de Valérie era la de una niña que acaba de enterarse de que los Reyes son los padres:

—¿No hay ninguna radio que funcione? —preguntó, desolada.

—Ahora mismo no, señorita —se lamentó el Goblin—, pero mañana, antes de la hora de comer, tendrá a su disposición la mejor radio a mil kilómetros a la redonda —señaló con su índice encanijado el tejado de la mansión—. ¿Ve esa antena larga? Me permite hablar con Holanda con más claridad que si usara el teléfono.

—¿Y no tiene un teléfono? —le preguntó Valérie, sin darse por vencida—. ¿O un ordenador con conexión a Internet?

—Me temo que no, señorita Delacroix —dijo el Goblin, haciendo gala de su buena memoria al acordarse del apellido de Valérie—. Me parece que tanto el barco como la radio tendrán que esperar hasta mañana...

—Lo cierto es que tenemos mucha prisa —intervino Woods—. Vamos contra reloj y nos gustaría zarpar cuanto antes. ¿Podría vendernos un barco?

El Goblin se mostró sorprendido por la propuesta. Woods se había enamorado a primera vista de un yate de unos veinte metros de eslora, de diseño deportivo y bajo calado, llamado Manqu Qhapaq^[42], a pesar de que sospechaba que estaba fuera de su alcance: aquella obra de arte construida en fibra de vidrio tenía toda la pinta de ser la embarcación personal de Van der Vorst. El resto de los barcos atracados en el muelle quedaban ensombrecidos por la sofisticada embarcación pero, a estas alturas, Woods se conformaría con cualquier cosa que pudiera llevarles río arriba.

—Para ser sincero, nunca me he planteado vender uno de mis barcos —contestó el Goblin; parecía que pensara en voz alta—. No soy un hombre amante de lujos superfluos: si tengo estas embarcaciones es porque las necesito —el hombrecillo alternaba su mirada entre los barcos y Woods—. La verdad es que me pone usted en un compromiso...

A Woods le dio la sensación de que aquella palabrería no era más que un ardid del enano para pedir un precio desorbitado por la peor de sus carracas; no había que olvidar que el Goblin era un hombre de negocios. De todas formas, no tenía otra opción: si para obtener un barco era necesario soltarle al holandés un buen fajo de billetes, Woods lo haría sin dudarlo y ya se lo incluiría a LeVu en la factura final.

—Lamento ponerle en un compromiso, pero estoy en un apuro —repuso Woods—. Sé que la venta de uno de sus barcos significa un trastorno para usted —hizo una

breve pausa, mirándole fijamente—. Tengo un montón de dólares americanos a bordo de la Revenant, y estoy dispuesto a pagar el precio que usted me pida.

El hacendado rechazó la idea con un gesto:

—No es mi intención sonar prepotente, señor Woods, pero si hay algo que me sobra es dinero —las palabras del Goblin hicieron que el mercenario se sintiera incómodo y ridículo a la vez—. Déjeme que le proponga una cosa: mis técnicos regresarán mañana por la mañana. Si le parece bien, puedo prestarle el barco en el que ellos viajan para que reanuden su viaje. Es un buen barco, lo suficientemente grande para que vayan cómodos. Río arriba, la cosa está tranquila. No creo que tengan la mala suerte de que les ametralen otra vez —el hombrecillo soltó una risita de rata—. Mientras ustedes prosiguen viaje, mis técnicos le harán un apaño a la Revenant para que pueda navegar hasta un astillero. Cuando regresen de su misión, ustedes me devuelven mi barco, yo a ustedes el suyo, y en paz. Me conformo con el placer de ayudarles.

Woods consultó a Miles con la mirada y este le devolvió un gesto de aprobación.

—Es más de lo que esperaba, señor Van der Vorst —dijo Woods—. Pero insisto en compensarle por las molestias.

El Goblin negó con la cabeza:

—Considérelo un favor —dijo—. El barco que voy a prestarles no es una maravilla, pero les servirá —el Goblin se dirigió a Miles—. Tiene quince metros de eslora, poco calado, un motor intraborda que les dará una velocidad de crucero decente y un pequeño camarote que les protegerá de la lluvia.

Royi, que había estado atento a la conversación, intervino:

—Entonces, hasta mañana no podemos hacer más que esperar...

El Goblin giró su cabeza hacia él y le dedicó una sonrisa:

—Pronto anochecerá. Les ruego acepten mi hospitalidad y disfruten de las comodidades de mi hacienda. Disponemos de agua caliente y camas confortables. ¿Desde cuándo no duermen en un colchón?

«Desde anoche», pensó Valérie, enfurruñada. Sus compañeros de viaje, que llevaban días durmiendo en el suelo, celebraron la oferta del Goblin con optimismo.

—También me haría muy feliz que cenaran conmigo. ¿Qué me dice, señor Woods? ¿Podríamos intercambiar anécdotas durante la cena! ¡Apuesto a que tiene un buen repertorio de historias interesantes!

Woods echó un vistazo a su grupo. La verdad es que les vendría bien tomar una ducha, cambiarse de ropa y dormir en una cama. El fotógrafo tenía razón: no había nada que hacer hasta que regresaran los técnicos, así que aceptar la invitación del Goblin le pareció una buena idea.

—Muchas gracias —Woods estrechó con cuidado la diminuta manita del hacendado—. Es usted muy amable.

Stephen dio un paso al frente y ofreció su botella de *whisky* al Goblin:

—Le ruego acepte este humilde detalle, señor Van der Worst^[43] —Royi se mordió la mejilla por dentro para no soltar una carcajada; si el Goblin advirtió la metedura de pata, no dio muestras de ello—. Es algo insignificante comparado con su generosidad, pero no tenemos mucho más que ofrecerle...

El Goblin sostuvo la botella, admirándola como si fuera la primera vez que veía una. En sus manos, parecía desproporcionadamente grande:

—¡Johnnie Walker! ¡Muchas gracias, doctor Warwick! —una vez más, el Goblin hizo alarde de su magnífica memoria—. La abriremos después de la cena. Yo tomaré solo un vasito pequeño —rio—. Alguien de mi tamaño no puede beber demasiado...

El comentario fue celebrado con una risa educada. El Goblin dio instrucciones a Canaza para que sus hombres, que esperaban en la plaza, condujeran a los invitados a sus habitaciones, no sin antes mostrarles el barracón de las duchas y proporcionarles productos de baño. Les citó una hora después, en el comedor. Una vez que comprobó que los forasteros eran atendidos por su personal, el Goblin regresó al edificio principal, que aparte de albergar sus habitaciones privadas, hacía las veces de palacio presidencial de la república independiente que era la Hacienda del Goblin.

En el amplio y lujoso comedor, el Goblin impartió órdenes para que la velada fuera un éxito. Le excitaba la idea de sentar a su mesa a los protagonistas del relato más escalofriante que jamás hubiera oído. Por desgracia, faltaba el personaje principal del cuento de terror: el monstruo.

Por descarte, el Goblin dedujo que quien había muerto en el tiroteo no había sido otro que el *demonio negro* (como lo llamaban quienes juraban haberle visto devorar crudo el corazón de Héctor Montalbán). Una lástima. El Goblin habría dado cualquier cosa por comprobar si aquel ser depravado y sanguinario era tan terrible como lo pintaban. Personalmente, lo dudaba.

Los monstruos no existen.

«*Si le miras fijamente a sus ojos de fuego, te vuelves loco de inmediato*», habían llegado a afirmar los testigos de sus atrocidades.

El Goblin no pudo contener la risa. Aquel todopoderoso demonio no había podido detener las balas. Seguramente, ser tan corpulento y arrastrar esa leyenda negra le había convertido en el objetivo principal de los tiradores. Los monstruos no existen: tan solo hay hombres de carne y hueso que sangran, sufren y mueren. Y aquel ridículo mito de piel negra no había sido diferente al resto. Descanse en paz... o arda en el infierno.

Eric Van der Vorst, más conocido como el Goblin, encendió las velas de los dos candelabros de plata que había sobre la larga mesa donde se celebraría la cena. Un último toque de distinción. Satisfecho con la atmósfera acogedora conseguida, se sentó en un sillón de orejas que había en un rincón, junto a una lámpara de pie. Estaba hecho a su medida, como una butaca infantil demasiado barroca para un crío.

A él también le habían llamado monstruo desde que tenía uso de razón. De pequeño, sus compañeros de colegio le rechazaban con esa crueldad que solo los

niños son capaces de ejercer sin mostrar remordimiento. Durante su juventud, mientras sus compañeros de universidad disfrutaban de las fiestas, del sexo y la vida, el pequeño monstruo se dedicó a estudiar incansablemente para ser algo más que el enano del grupo, el goblin, como le llamaban quienes en aquella época leían a Tolkien. Aquel apodo nunca le molestó. Incluso él lo utilizaba cuando se reía de sí mismo, anticipándose así a que los demás se rieran de él.

Pero las risas que provocó durante las primeras etapas de su vida se fueron apagando en cuanto el Goblin terminó sus estudios y comenzó a trabajar. A los veinticinco ya había reunido su primer millón de marcos trabajando como agente de bolsa en Alemania. A los treinta, ya había adquirido terrenos en Sudamérica que supo explotar hasta amasar una fortuna incalculable. Sin dinero eres un monstruo; con dinero, eres un dios. Y Eric Van der Vorst había pasado de ser un monstruo a ser un dios. Ahora gobernaba un mundo en miniatura. El enano perseguido en el patio del colegio era amo y señor de su propio universo.

Los monstruos de verdad, definitivamente, no existen.

XXVIII

DETRÁS DE LA MANSIÓN PRINCIPAL que presidía la hermosa plaza que daba al embarcadero, se extendían los campos de cultivo del Goblin. La fachada trasera era el punto de partida de un camino flanqueado por árboles altos y frondosos que se curvaban entre sí, formando un túnel que sombreaba la vereda que conducía a las plantaciones. Convertir la selva en campos de cultivo había llevado consigo un costoso proceso de deforestación, los mejores tratamientos de fertilidad, y dos años de trabajo. Había merecido la pena, y mucho: aquel vivero se había convertido en la principal fuente de ingresos del Goblin.

El negocio secundario de Van der Vorst abría sus puertas en un edificio grande que quedaba justo enfrente del barracón de las duchas, al otro lado de la plaza. Era un local parecido a las *General Stores* del oeste americano. Allí se vendía prácticamente de todo, y sin competencia alguna a menos de ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

A pesar de estar en el culo del mundo, el éxito del almacén había sido rotundo. Diariamente, indios venidos de tribus perdidas de la mano de Dios acudían a adquirir medicamentos, ropa, calzado, herramientas, o lo que fuera que necesitaran. Solían pagar un precio excesivo mediante trueques que siempre beneficiaban al Goblin. A cambio de objetos comunes, entregaban pequeñas piedras preciosas, pepitas de oro, piezas de artesanía, recursos procedentes de la caza o cualquier otra cosa que triplicara —como mínimo— el valor de la compra. En definitiva, aquel rincón a orillas del Unu Rono resultaba más que rentable para Eric Van der Vorst.

Los forasteros, tras disfrutar de una deliciosa ducha caliente, fueron conducidos a las dependencias para invitados, muy parecidas a las de cualquier hotel de calidad media. Las habitaciones, equipadas con dos camas, fueron ocupadas por parejas: David dormiría con Royi, Duke con Stephen y Stitches con Woods. Miles y Migale harían guardia durante toda la noche en la Revenant, así que Valérie iba a disfrutar de una habitación para ella sola.

Nadie en la hacienda se extrañó cuando Miles y Migale prepararon las ametralladoras en la borda de babor de la Revenant; parecían acostumbrados a ver armas de este tipo. Woods supervisó el armado de la lancha desde el embarcadero. Consultaba su reloj con frecuencia: no quería llegar tarde a la cena. Dirigió la vista a la plaza iluminada por las farolas de gas y vio a los periodistas esperando cerca del porche de la mansión. Se palpó la cintura, comprobando que su revólver Colt de dos pulgadas estaba en su funda, oculto por la camisa caqui que llevaba por fuera del pantalón. No veía bien ir armado a la cena, pero estaba tan habituado a llevar un arma

encima que se sentía desnudo sin una. A su espalda, Woods oyó la voz de alguien que le pedía paso:

—Perdone, señor —al volverse, vio a un indio cargado con una caja que parecía muy pesada—. Permiso...

—Perdóneme usted a mí —se excusó Woods, dejándole pasar—. El undécimo mandamiento es no estorbar.

La cara de ese indio le resultaba hasta familiar, lo mismo que las de los demás trabajadores de la hacienda. Las idas y venidas de las mismas personas le hicieron pensar que la plantilla del Goblin era más reducida de lo que en principio parecía. Woods vio a Canaza acercarse al muelle, así que aprovechó la ocasión para sonsacarle:

—¿No son ustedes muy pocos para el trabajo que hay? —le preguntó Woods, en tono inocente—. Siempre veo pasar a los mismos... —apuntó.

—Hay muchas familias que viven en las plantaciones, a dos millas de aquí —le explicó Canaza—. Los hombres que ve usted ahorita son los que trabajan en la tienda, en el muelle y en la mansión. Mañana por la mañana este lugar estará mucho más concurrido. Les enseñaré las plantaciones antes de que se vayan, es una visita hermosa.

—Será un placer.

—Luego nos vemos —se disculpó Canaza—. Tengo que atender un asunto en el barco del patrón.

—Por supuesto.

Woods volvió a consultar su reloj y se dirigió a Miles y Migale:

—¿No queréis que os relevemos Stitches y yo de madrugada?

—No hace falta —dijo Miles—. Estaremos bien aquí, no te preocupes.

—No creo que alguien venga a tocarnos las pelotas esta noche —dijo Woods—. De todos modos, manteneos alerta y recordad que no estáis solos.

Miles y Migale sabían a lo que se refería su jefe. El piloto, que llevaba en la frente un visor nocturno, se despidió de Woods:

—Disfruta de la cena, jefe. Nosotros no quitaremos ojo del río.

Woods caminó hacia la plaza bajo un cielo nocturno digno de ser immortalizado en un lienzo: límpido, estrellado y acunado por la canción de un millar de grillos invisibles. Stitches y Duke se reunieron con él cerca de la tienda. Al lado opuesto de la plaza, Stephen se había unido a David y Royi y charlaba animadamente con ellos. El asalto parecía ahora muy lejano.

Valérie fue la última en bajar a la plaza. Nadie le reprochó su tardanza: el resultado había merecido la pena. Aunque iba sin maquillar, su belleza natural brillaba sin necesidad de carmines, sombra de ojos o colorete. Su melena suelta, que caía sobre sus hombros como una cascada dorada, reflejaba la luz de las farolas, dándole un aspecto majestuoso. Cuando el Goblin se enteró de que Valérie no tenía otra cosa que ponerse más que el pantalón de camuflaje y la estrecha camiseta de

Migale, le hizo llegar a su habitación un conjunto más adecuado para la cena. Este consistía en una blusa blanca que dejaba sus hombros gloriosamente esculpidos al descubierto, además de una falda negra que llegaba casi hasta el suelo. Esta le cubría sus espléndidas piernas y sus botines, detalle este que alivió a Valérie, ya que el hecho de no tener un calzado acorde con su atuendo le horrorizaba. Con pasos lentos, se aproximó a sus compañeros de viaje.

—Está para morirse —murmuró Royi sin mover los labios, como un ventrílocuo.

—Es preciosa —reconoció David, con la mirada fija en ella.

—¿Por qué no cerramos nuestras bocas babeantes y vamos a que nos sirvan suculentos manjares? —propuso Stephen, acariciándose la barriga con la mano—. Tengo tanta hambre que hasta se me está olvidando el susto de hoy...

Valérie se unió al corrillo, esperando un piropo que nunca llegó. «*Siempre igual*», pensó con amargura, «*impongo demasiado a los hombres*».

—Perdonad la tardanza —la joven comprobó que los Hydra se encontraban al otro lado de la plaza y que no podían oírla—. ¿Os sentáis a mi lado en la mesa? Me sentiría más cómoda que con ellos...

David se adelantó a sus compañeros, ofreciéndole un brazo que ella aceptó agradecida. Los ojos de ambos se encontraron durante un segundo. David leyó en ellos que, a pesar de ser una mujer decidida y de temperamento indomable, los acontecimientos vividos esa tarde habían sido demasiado para ella. Los campos de batalla de Valérie tenían forma de despachos, salas de juntas o restaurantes de lujo. Sus ojos parecían pedir a gritos dejar atrás aquella selva que, como animal urbano que era, desconocía y temía. Obsequiándola con un reconfortante apretón, David la llevó del brazo a través de la puerta de la mansión, seguidos de cerca por Royi y Stephen. Los Hydra, al ver que los civiles entraban en el edificio, fueron detrás.

Una vez dentro, Canaza les condujo hasta el comedor. Sobre la mesa había una vajilla de porcelana inglesa, acompañada por cubiertos de plata perfectamente ordenados junto a los platos. La cristalería era de diseño rancio, y sus piezas eran tan finas que amenazaban con estallar en la mano. Los candelabros encendidos daban un ambiente misterioso a la estancia. El Goblin les esperaba de pie, vestido con un traje de chaqueta gris oscuro. Enseguida se percató de la ausencia de Miles y Migale. Parecía como si nada pudiera escapar a su control.

—¿Y la dama del pelo rizado y el piloto? —preguntó.

—Están de guardia en la Revenant —le informó Woods, confiando en no ofender al Goblin—. No quiero implicarle ni a usted ni a sus hombres en esto. No es su guerra. Si se produce un ataque, queremos ser nosotros quienes respondamos a él.

—Le agradezco su consideración —dijo el Goblin—. Si se siente más tranquilo dejando un retén en la lancha, me parece perfecto. Pero la verdad, no creo que nadie se atreva a atacarles en mi muelle. Si lo hicieran, las represalias de la Fuerza Fluvial serían contundentes —Woods se sintió aliviado al oír aquello—. Lo que sí me sabe mal es que sus centinelas no disfruten de la cena. Puedo ordenar a mis hombres que

se la sirvan en el muelle —propuso—. ¡Sin vino, por supuesto! —el Goblin emitió su risita de rata—. Una guardia es una guardia...

Woods no tuvo más remedio que aceptar la cortesía:

—Se lo agradezco, es usted un anfitrión insuperable.

—Es un placer para mí —aseguró el Goblin, que dio instrucciones a uno de sus empleados para que les llevara la cena a Miles y Migale. Una vez se aseguró de que su orden sería cumplida, se dirigió a sus invitados—. Les ruego que se sienten. Espero que el vino que he elegido para la cena sea de su agrado.

Presidiendo la mesa, el anfitrión acomodó a Woods a su derecha. Duke y Stitches se colocaron al lado de su jefe. El Goblin invitó a Valérie a sentarse a su izquierda, frente a Woods. David ocupó la silla adyacente, y Royi y Stephen las siguientes. Sin darse cuenta, los civiles se habían sentado frente a los mercenarios, como si inconscientemente se hubieran declarado dos grupos diferentes sin intención de mezclarse más de lo estrictamente necesario. El hacendado descorchó la botella de vino con sorprendente habilidad: un Croze-Hermitage francés que fue muy celebrado por Valérie. Una vez llenas las copas, Eric Van der Vorst propuso un brindis:

—¡Por el éxito de su misión! —exclamó, alzando su copa.

—Amén —contestó Royi, levantando la suya.

El Croze-Hermitage deleitó a Valérie, que tras beber el primer sorbo admiró la copa que lo contenía como si fuera el Cáliz de Cristo. Aunque David, Royi y Stephen hubieran preferido un vino español y no tan intenso como el francés, también alabaron educadamente la elección del Goblin. Demasiado bueno era, para estar en mitad de ninguna parte.

—Cuénteme —comenzó a decir el Goblin, dirigiéndose a Woods—. ¿Puede saberse en qué consiste su misión actual, o es secreto de estado?

Woods se secó los labios con la servilleta. Había llegado el momento de representar la función que habían ensayado horas antes en la Revenant:

—La editorial a la que pertenecen los señores Beltrán y Durán nos ha contratado para que les brindemos transporte y escolta hasta la zona alta del Unu Rono. Allí rodarán un documental sobre la fauna del río —Woods hablaba en tono cansino, como si aquel trabajo le aburriese—. Como verá, es una misión civil y carente de interés, muy diferente a «Merlín Negro».

—¡Así que son ustedes periodistas! —exclamó el Goblin, dirigiéndose ahora a los españoles—. Disculpen mi curiosidad, pero... ¿por qué viajan acompañados de una fuerza de elite?

—Si no hubiéramos venido con ellos, ahora mismo estaríamos muertos —respondió David, tratando de sonar amable—. La verdad es que nunca sospechamos que sufriríamos un ataque como el de esta tarde. De todas formas, nuestra editorial decidió contratar a los mejores.

—Ya veo —el Goblin dio un trago de vino tan ridículo que no habría mareado ni a una lagartija—. ¿Para qué editorial trabajan? Los servicios de un equipo Titanio no

están al alcance de cualquiera, así que debe de tratarse de una muy importante...

David, sorprendido por la pregunta del Goblin, no supo que decir. Tampoco quería revelar datos reales sobre Grial. Afortunadamente, Woods intervino a toda velocidad y con increíble acierto:

—Le seré franco. La revista donde trabajan estos señores no dispone ni en sueños del presupuesto necesario para contratar nuestros servicios, pero hemos llegado a un buen acuerdo para ambas partes: nosotros les cubrimos en este reportaje y ellos, a cambio, rodarán un informativo destinado a futuros clientes de nuestra organización —Woods señaló a los periodistas—. David Beltrán y Rogelio Durán son unos artistas y, lo más importante, saben ser discretos —el comandante rubricó su frase con un guiño.

David estuvo a punto de expeler un suspiro de alivio. Woods improvisaba como una esposa infiel. Justo en ese momento, la puerta que comunicaba con la cocina se abrió, dando paso a varios hombres que portaban bandejas con diferentes tipos de ensalada, algunas de ellas bastante exóticas. Stephen se fijó en un plato de arroz blanco con rodajas de naranja, aceitunas negras, trozos de algo que parecía pimienta y aceite de oliva virgen de la mejor calidad. Todo un lujo en aquel rincón del mundo.

—Es ensalada saudí de arroz —explicó el Goblin—. Nuestro chef adora la cocina árabe.

—Tiene una pinta sensacional —admitió Stephen, contemplando el plato con voracidad.

—Sírvanse a placer, pero les recomiendo que no se atraquen. Aún nos espera una selección de carnes a la brasa.

—Ya se huele desde aquí —advirtió David, sirviendo un poco de ensalada no identificada a Valérie y pasando luego el plato a sus compañeros.

A partir de ese momento, la conversación giró principalmente sobre «Merlín Negro». El Goblin estaba al tanto de muchos detalles que no eran de dominio público, lo que hacía evidente que estaba muy bien relacionado con las autoridades. Incluso se atrevió a opinar del desafortunado ataque aéreo y de la gestión de Corrientes, a quien definió como un *notorio patán*.

—A propósito —dijo el Goblin de repente—. Veo que entre ustedes no se encuentra el hombre al que los nativos llaman el *demonio negro*.

El Goblin advirtió cómo los rostros de los Hydra adoptaban una expresión sombría que fue interpretada por él como aflicción. Woods clavó la mirada en su plato de ensalada. Dándose cuenta de que había metido la pata, el hacendado se disculpó:

—¡Oh, no me digan que fue él quien murió hoy! No sabe cuánto lo siento. Mis más sinceras condolencias.

—Murió como siempre había querido —dijo Woods—. En combate.

—Me habría gustado conocerle —confesó el Goblin—. ¡Si oyeran las historias que circulan en la selva sobre él! Existen varias versiones, algunas más espeluznantes

que otras...

Justo en el momento en que Woods se disponía a cambiar de tema, Royi mostró su interés por aquellas leyendas. Tal vez revelarían algo más sobre aquel inquietante compañero de viaje de rostro escarificado, ojos inyectados en sangre y dentadura de escualo:

—¿Qué historias cuentan sobre él, señor Van der Vorst?

Woods, irritado, le lanzó una mirada de hielo que Royi fingió no ver.

—Muchas, y ninguna de ellas agradable, la verdad —el Goblin negó con la cabeza, como si rechazara la veracidad de aquellos relatos—. No sé si hago mal, hablando de esto ahora...

—La verdad es que me gustaría escuchar la historia —se adelantó Royi a Woods, que le habría matado allí mismo, sin dudar; el fotógrafo lanzó un impertinente guiño al comandante de los Hydra—. ¿Qué más da? Solo son leyendas...

El Goblin jugueteó con su copa de vino, sin saber muy bien si lo que estaba a punto de largar cabrearía más a Woods de lo que ya parecía estar:

—La historia es bastante truculenta, y apuesto a que ha sido exagerada por el boca a boca —comenzó a decir, curándose en salud—. Lo que cuentan los supervivientes es que el demonio negro, después de torturar al hijo de Montalbán, le arrancó el corazón y lo devoró delante de todos, levantándolo al cielo con el rostro y el cuerpo empapado en sangre, como si oficiara una especie de ritual...

—¡Coño! —soltó Stephen; conociendo a Jones, la historia le pareció de lo más verosímil.

David y Valérie interrogaron a Woods con la mirada. Nadie en la mesa hizo un gesto. Stephen, más pragmático que nadie, decidió concentrarse en su ensalada saudí, intentando pasar desapercibido ante la tormenta que estaba a punto de desatarse. Fue el propio Goblin quien quitó hierro al asunto:

—Son historias ridículas, y no hay que darles ningún crédito —el hombrecillo habló tan precipitadamente que casi no se le entendió—. Estoy seguro de que ustedes, como militares profesionales que son, jamás permitirían una atrocidad así.

El silencio eléctrico que reinó en la mesa pareció lanzar al viento acusaciones de culpabilidad. Para colmo, las caras de circunstancias de los mercenarios daban que pensar. Tal vez la leyenda no fuera tan leyenda. La sombra de la duda extendió sus alas membranosas sobre los civiles, que comenzaron a replantearse seriamente la integridad moral de sus protectores. Fue Woods quien quebró el silencio:

—Mis hombres son soldados ejemplares, señor Van der Vorst —el Goblin pareció empequeñecer aún más bajo la mirada severa de Woods—. El demonio negro, como aquí lo llaman, era un hombre que tenía un aspecto inquietante, es cierto, y seguramente fue ese aspecto lo que aterró a la caterva de indios supersticiosos que comandaba el hijo de puta de Montalbán —el tono de Woods iba *in crescendo*, como si la ira se abriera paso a zarpazos dentro de él—. Nuestro trabajo consiste en librar al mundo de terroristas, narcos y demás escoria. Si tenemos que degollar a algún hijo de

perra para cumplir nuestra misión, no dude que lo haremos, y luego dormiremos como angelitos, con la conciencia bien tranquila porque habremos hecho lo correcto.

Tras este breve discurso volvió el silencio. Aquellas palabras habían brotado de lo más profundo del estómago de Woods, dejando boquiabierto al Goblin y preocupados a los civiles. El hacendado sentía una mezcla de culpabilidad y miedo, convencido de que había sacado un tema delicado en un mal momento. Aunque el Goblin creía que el enfado de Woods era debido a la pérdida de su hombre, los civiles sabían que la muerte de Jones no era más que una patraña para mantener al gigante oculto, cubriéndoles las espaldas si la cosa se ponía fea. Royi cruzó una mirada con David: a Woods le había molestado *demasiado* el tema de Jones.

David repasó mentalmente las palabras de Woods. Por primera vez, había visto la cara oculta del comandante de los Hydra: un hombre implacable con el lema *el fin justifica los medios* grabado a fuego en su frente. Ellos eran los buenos, el resto, los malos. Tal vez lo del corazón devorado no había sido exactamente así, pero es indudable que toda leyenda se basa en un hecho. David se acordó del prisionero que habían interrogado horas antes, y ya no estuvo tan seguro de que el hombre hubiera sido liberado. Probablemente se lo habrían cargado, sin más. Era uno de los malos.

—Le ruego que me perdone —musitó el Goblin, dirigiéndose a Woods; parecía un cachorrito que acabara de mearse en la alfombra del salón—. Como usted bien dice, los indios son supersticiosos y les encanta alimentar leyendas absurdas...

Woods, haciendo gala de uno de sus bruscos cambios de humor, también entonó una disculpa dirigida a su anfitrión:

—Le ruego que me perdone usted a mí, señor Van der Vorst. La verdad es que hemos tenido un día horrible. Brindo por usted.

Mientras brindaban mecánicamente, los empleados del holandés entraron de nuevo en el comedor, trayendo bandejas con carne a la brasa, además de unos recipientes con deliciosas salsas de diferentes colores y sabores. El Goblin, que ya no se atrevía a seguir hablando del team Hydra, enfocó su atención en los periodistas. Temeroso de que la conversación les llevara hacia arenas movedizas, David decidió dar la vuelta a la tortilla y formular él las preguntas:

—Tengo entendido que posee usted plantaciones en el interior...

—Así es —confirmó el Goblin—. Mañana por la mañana las visitarán.

—Me pregunto qué se puede cultivar aquí que sea rentable. Este lugar está muy lejos, y solo los gastos de transporte deben encarecer enormemente sus productos.

El Goblin esbozó una sonrisa enigmática, cortando un trocito diminuto de filete con movimientos de cirujano:

—Si le dijera que cultivo flores, ¿me creería?

Royi soltó una risita:

—Las únicas flores rentables que conozco podrían llevarle a la cárcel.

Sin dejar de sonreír, el Goblin negó con la cabeza. Su expresión adquirió un aire de autosuficiencia. Estaba claro que le encantaba hablar de aquello:

—Mis flores son mucho más rentables que el opio, y no me comprometen ante las autoridades, se lo aseguro.

—Me tiene usted intrigado —dijo Royi, entrecerrando los ojos.

—Hace unos años, comencé a tocar el mercado de las flores en Brasil. Importé un cargamento de semillas de *tulipa gesneriana* de Holanda. Es el tulipán que todos ustedes conocen —explicó—. Mis tulipanes tuvieron una gran aceptación entre las principales cadenas de floristerías de Brasil, Argentina, Paraguay... No es que fuera a hacerme rico con eso, pero en aquella época ya tenía otros negocios, y mis invernaderos me proporcionaban un beneficio decente y pocos quebraderos de cabeza.

—Un renglón más en su balance de fin de año —apuntó Valérie.

—Exacto. Al frente de mi empresa, puse a un biólogo americano aficionado a crear híbridos de plantas. Solía experimentar cruzando dos o más especies diferentes. No les aburriré con detalles, pero el caso es que consiguió crear un nuevo tulipán, al cruzar el *tulipa gesneriana* con una flor parecida a la amapola que crece en algunas zonas de la selva amazónica.

—Interesante —reconoció Duke, que al igual que sus compañeros, había hablado muy poco durante la cena.

—La flor no solo es muy bella. También contiene un alcaloide que puede ser utilizado como ingrediente principal para un nuevo tipo de anestésico, potencialmente menos peligroso que los que actualmente se utilizan en los quirófanos de todo el mundo.

—Un anestésico que presenta menos riesgos que los actuales —repitió Stephen—. ¿Y usted posee la patente?

El Goblin asintió.

—Así es. Por ahora, la compañía americana que lo está desarrollando solamente lo ha empleado para elaborar anestésicos locales, sobre todo destinadas a intervenciones odontológicas. Pero esto no ha hecho más que empezar: calculamos que en dos o tres años estaremos en posición de comercializar un nuevo anestésico que reemplazará a los fármacos que se usan actualmente para la anestesia general.

—Tal y como lo pinta, es un negocio muy rentable —reconoció Stitches.

—Así es —confirmó el Goblin—. Este lugar perdido de la civilización cumple dos funciones: la primera, ser la tierra madre del cultivo de nuestro híbrido, y la segunda, mantenernos fuera del alcance de los ojos de nuestros competidores hasta que el producto final sea comercializado —el Goblin lanzó un guiño de complicidad a David y Royi—. ¿Sabrán guardar el secreto, aun siendo periodistas?

—Cuenta con ello —le aseguró David, hablando por los dos.

Los invitados dieron buena cuenta de la cena. La carne estaba deliciosa, en su punto. Cuando terminaron, el Goblin hizo una seña a uno de sus empleados. Este desapareció por la puerta de la cocina, para reaparecer poco después con una bandeja sobre la que había una botella sin etiqueta llena de un líquido rojizo, con una batería

de vasitos de barro a su alrededor. El empleado dejó la bandeja en la mesa, justo enfrente del anfitrión.

—Antes de degustar el *whisky* escocés, cortesía del doctor Warwick, me gustaría que probaran este digestivo —propuso el Goblin, vertiendo en cada vasito una pequeña cantidad del licor—. No tiene alcohol —aclaró.

—¿Qué es? —preguntó Royi, olfateándolo—. Si sabe como huele debe ser una maravilla.

—Lo es —aseguró el Goblin, terminando de llenar el último vaso de sus invitados—. Es parecido al licor de moras, pero aún más delicioso —el hacendado inclinó la botella sobre su propio vaso y lo levantó—. ¡Por ustedes!

Todos bebieron el chupito. Su gusto recordaba en cierto modo al de las gominolas, y dejaba en la lengua una sensación chispeante. Era un néctar dulce y a la vez embriagador. Stephen fue el primero en halagar la bebida:

—¡Está exquisito! —sentenció—. ¿Es una receta local o un producto comercial?

El Goblin estudió a sus invitados uno por uno, como si esperara algún tipo de reacción. Stephen reparó en lo raro que era el rostro del holandés: este se alargaba por la frente y sus orejas se estiraban hacia afuera como si le crecieran de repente. Sin poder evitarlo, soltó una risotada y miró a Royi, que a su vez no le quitaba el ojo de encima, babeando como un bóxer. El fotógrafo vio la carcajada de Stephen como un chorro de colores surgiendo de su boca y giró su cabeza a cámara lenta, comprobando cómo las velas que iluminaban la estancia formaban extrañas siluetas en la oscuridad, infundiéndole un súbito temor. Woods se agarraba ambos lados de la cabeza y estiraba su piel hacia atrás, achinando los ojos y contrayendo su boca en una horrible mueca de desesperación. Duke miraba a Stitches y este a Valérie, que se tapaba la boca horrorizada ante la visión de la barba de Stephen llena de gusanos. Acompañada por una orquesta sinfónica invisible, la voz del Goblin resonó en las cabezas de sus invitados, aunque estos ya no eran capaces de entender lo que decía. David, sonriendo como un idiota, notó un extraño calor subiendo de su estómago al cerebro. Poco a poco, perdía la consciencia. Sus ojos se pusieron en blanco y fue el primero en caer sobre la mesa.

—Contestando a su pregunta, doctor Warwick, si es que aún puede oírme, tengo el placer de informarle que esta receta es de nuestra cosecha, y tiene como principal ingrediente nuestra peculiar flor —el Goblin apartó su vaso, completamente vacío y seco—. Quien lo bebe, es inicialmente asaltado por alucinaciones más potentes que las provocadas por la *lisergamida*^[44]. Seguidamente, caerá en un profundo trance hipnótico, con pérdida de conciencia. Afortunadamente para quien lo consume, el dolor deja de existir.

Woods intentó echar mano de su revólver, pero sus brazos no le respondían. La sala le daba vueltas, pero ¿qué más le daba? Se encontraba maravillosamente bien, así que decidió dejar caer la cabeza hacia atrás y dejarse llevar por el torrente de

sensaciones que recorrían su cuerpo y su mente. En menos de un minuto, todos los invitados estaban inconscientes.

Los hombres de Van der Vorst, encabezados por Canaza, registraron a los visitantes, despojándoles de las armas que llevaban escondidas y de cualquier objeto que pudiera ser utilizado como tal. En el embarcadero, junto a la Revenant, Migale y Miles también habían tenido ocasión de probar el digestivo, y ahora se encontraban tirados en mitad de la plaza, balbuceando incoherencias bajo la luz de las farolas. Uno tras otro, los visitantes acabaron tendidos junto a Migale y Miles. El que no desvariaba, estaba dormido.

Canaza abrió la puerta blindada que daba acceso a un pequeño edificio destinado a almacén. Era similar a las demás casas que formaban la plaza, aunque esta tenía solamente un piso y sus ventanas, sin cristales, estaban enrejadas. Dentro, tan solo había sacos de harina, grano, trigo y algunas cajas de alimentos. Los empleados de Canaza ataron los tobillos y las muñecas de los prisioneros con cinta aislante. Uno a uno, fueron introducidos en el almacén. Una vez que estuvieron todos dentro, Canaza cerró la puerta con llave. El Goblin, que había supervisado la operación en silencio, se dirigió a él:

—¿Avisaste ya por radio a Víctor Sánchez?

—Vendrán a recogerlos mañana por la mañana, aunque me dijeron que se tardarían un poco. Estos tipos les jodieron los dos barcos que tenían.

El rostro del Goblin reflejaba pesadumbre. Aquellos visitantes le caían bastante mejor que Sánchez y sus matones, pero este le había dado su palabra de que, si les entregaba a los gringos, sus mercancías podrían viajar por el Unu Rono sin tener que pagar peaje a Cayáhi. Sánchez era un terrorista y un mafioso, pero también era un hombre de palabra. Entregando a aquellos desconocidos, el Goblin compraba su libertad. Si se negaba, solo Dios sabía las represalias que podrían sufrir a manos de esos criminales...

—Deja en la hacienda tan solo a los hombres de más confianza —le ordenó el Goblin—. Que los labriegos se tomen mañana el día de descanso. No quiero ver a nadie por aquí hasta que hayamos hecho la entrega.

—Les prohibí venir acá hasta nueva orden —le tranquilizó Canaza.

—Muy bien. Esto no me enorgullece en absoluto, ¿sabes?

—Váyase a dormir, patrón, y no se mortifique —le consoló Canaza—. Usted hizo lo mejor para todos. Ellos solo son unos desconocidos.

El Goblin, cabizbajo, regresó al edificio principal. Cuando abrió la puerta de su dormitorio, observó que la ventana estaba abierta. No le dio mayor importancia y la cerró. Cambió su traje de chaqueta por un pijama de raso anaranjado, trepó a su cama y apagó la lámpara de la mesita de noche. No llevaba ni dos minutos con los ojos cerrados cuando una fuerte presión en su boca le impidió gritar del susto. Manoteando como un niño que se ahoga, logró dar con la perilla y la luz inundó de

nuevo la habitación. Si hubiera sabido de antemano lo que iba a encontrarse, jamás habría pulsado el interruptor.

Sobre él, a horcajadas, se encorbaba una mole negra que parecía pesar una tonelada. Supo quién era al instante. Lo primero que vio fue su boca, llena de dientes afilados, brillantes por la saliva. De esa boca brotó una lengua roja que acarició los labios gruesos, en un gesto diabólicamente libidinoso. Luego vio las cicatrices, surcando su rostro como una telaraña de carne abrasada o rota. Y los ojos. Los ojos de aquel demonio brillaban como si tuvieran luz propia. Ni en su peor pesadilla le habría imaginado así. Eric Van der Vorst notó cómo su vejiga se descargaba contra su voluntad, mojando su pijama hecho a medida. Aquel fantasma regresado del averno apretó aún más su presa y silabeó, muy cerca de su oreja:

—¡Bienvenido al infierno!

El Goblin supo entonces que había estado equivocado.

Los monstruos, definitivamente, existían.

XXIX

—¡ALSTUBLIEFT, GENADE!

Los lloriqueos del Goblin no eran más que una letanía musitada, difícil de oír incluso en el silencio de la noche. Las amenazas de Jones rebajaron su voz hasta convertirla en un susurro inaudible. El haitiano cargaba el insignificante peso del Goblin bajo su brazo izquierdo, como si fuera un esperpéntico muñeco de ventrílocuo. En su mano derecha, empuñado como si fuera una simple pistola, el subfusil Heckler & Koch MP5 con silenciador apuntaba hacia lo alto de la escalera que llevaba al piso de arriba, listo para abatir a quien cometiera el error de asomarse.

Jones subía los peldaños lentamente, evitando hacer crujir la madera. Su destino era una habitación del último piso que albergaba, además del equipo de radio de la hacienda —de alta potencia y, por supuesto, en perfecto estado de funcionamiento—, un sistema de megafonía con unos altavoces repartidos por toda la plaza. Fue el propio Goblin quien reveló la existencia de ese sistema tras un breve pero incisivo interrogatorio. El haitiano ni siquiera tuvo que aplicar dolor: el prisionero había confesado, entre lloros y peticiones de piedad, todo lo que Jones necesitaba saber, incluido su acuerdo con Sánchez.

—¡Alstublieft, genade! ¡Alstublieft, genade!

Las susurradas súplicas en neerlandés empezaban a cansar a Jones, que agarró al Goblin por la pechera del pijama, alzándole hasta que sus rostros quedaron a menos de cinco centímetros de distancia:

—¡Cállate, o te arranco los dedos a mordiscos!

La amenaza obtuvo resultados inmediatos. La pintoresca pareja continuó su ascensión, llegando por fin al rellano del último piso. El Goblin señaló con un dedo escuchimizado una puerta al final del pasillo: tras ella estaba la radio. El propio Van der Vorst informó a Jones que en aquel cuarto siempre solía haber alguien. Quería cooperar con el monstruo en todo lo posible. Así, tal vez, podría vivir para contarlo...

La puerta estaba entornada y la luz de la habitación encendida. Jones empujó el batiente con el pie y cruzó el umbral, moviéndose con sigilo. Un hombre roncaba sobre un sofá, con el rostro enterrado en el respaldo. El Goblin oyó un ruido sordo y notó una leve sacudida. De la cabeza del durmiente manó un chorro de sangre oscura, como si hubieran olvidado cerrar el grifo de un barril de vino. Aparte de aquel desdichado, no había nadie más por los alrededores. Jones se acercó a la mesa donde se apilaban los equipos de radio, colocando al Goblin de pie sobre la silla, como un niño pequeño al que sus padres van a dejarle jugar con los aparatos:

—Conecta la megafonía —ordenó, con su voz gutural.

Las manos del Goblin, trémulas, intentaban encender el amplificador que activaría el micrófono de diseño anticuado que reposaba sobre la mesa.

—Perdóneme, estoy nervioso —se excusó, accionando un par de interruptores; el sistema de megafonía cobró vida—. Ya.

Jones apoyó la boca del silenciador en su cabeza, y el Goblin comenzó a transmitir:

—¡Atención! —chilló el Goblin a través del micro con su voz de rata—. ¡Salgan todos a la plaza! ¡Desarmados! ¡Si no lo hacen me matarán!

La mano izquierda de Jones agarró la nuca del Goblin como si fuera a estrellar su cabeza contra la mesa. La presión le hizo gritar de dolor. Muerto de miedo, el Goblin se preguntó qué había hecho mal.

—¡Más volumen! —exigió Jones.

Van der Vorst lo subió al máximo. Incluso cuando no hablaba, se captaba un zumbido por los altavoces. Jones vigilaba la plaza por la ventana. En ella ya había un par de hombres mirando hacia arriba, intentando averiguar qué demonios pasaba. Ahora, la voz del Goblin se escuchaba a toda potencia:

—¡Salgan todos a la plaza! ¡Desarmados! ¡Si no lo hacen me matarán! ¡Salgan todos, por favor! ¡Deprisa, deprisa!

Otros dos individuos salieron del edificio y se reunieron con sus compañeros en el centro de la plaza. Ya eran cuatro los que dirigían sus miradas asustadas hacia la ventana del cuarto de la radio.

—¿Cuántos hombres hay en la hacienda? —preguntó Jones.

El Goblin se concentró, intentando hacer un recuento mental:

—Dieciocho —dijo, finalmente.

—¿Incluyendo los vigilantes? —el Goblin asintió con la cabeza, y Jones se echó a reír—. Entonces quedan quince. Decapité a dos vigilantes hace un rato, y el del sofá ahora duerme para siempre —el bokor zarandó una vez más al prisionero—. ¡Repite el mensaje!

El Goblin obedeció, sin parar de chillar por el micro hasta contar quince hombres en la plaza. Sus rostros, iluminados por la luz de gas de las farolas, mostraban una expresión de temor.

—Como aparezca alguien más, morirás —le aseguró Jones.

—¡No hay nadie más, se lo juro! —protestó el Goblin, mientras Jones le agarraba de nuevo por la pechera del pijama y se acercaba con él a la ventana para que sus hombres pudieran verlo. La silueta del bokor sujetando al Goblin se recortó contra la luz del cuarto de la radio. Incluso al contraluz, sus ojos parecían brillar como carbones. Los hombres del Goblin no tardaron en adivinar de quien se trataba:

—¡Es el demonio negro! —exclamó alguien.

Jones se dirigió a los de la plaza, que le contemplaban expectantes, carentes de valor para intentar cualquier heroicidad. Era evidente que no estaban habituados a situaciones extremas como aquella:

—¡La vida de vuestro jefe depende de vosotros! —bramó Jones—. ¡No quiero ver un arma! ¡Vaciad vuestros bolsillos! ¡AHORA!

Las pistolas de Woods y Stitches, más dos cuchillos de monte, fueron depositados en el suelo junto a encendedores, paquetes de tabaco, llaves, pañuelos, bolígrafos y demás objetos inofensivos. Eso era todo.

—¿Quién tiene la llave del almacén? —preguntó Jones a través del sistema de megafonía.

—Yo —dijo Canaza, dando un paso al frente; el capataz se preguntó si no habría sido un error conservar las llaves en su bolsillo.

—¡Quiero a todo el mundo tumbado boca abajo y con las manos atrás! —ordenó Jones, sacudiendo al Goblin como si fuera una marioneta—. ¡El de las llaves! ¿Tienes cinta adhesiva?

Canaza inspeccionó el montón de cosas que había sobre el suelo de la plaza y localizó los dos rollos de cinta de embalar que habían utilizado para inmovilizar a los prisioneros. Moviéndose muy despacio, los recogió del suelo y los levantó en el aire, mostrándoselos a Jones.

—¡Ata a tus hombres con las manos en la espalda! —ordenó el haitiano—. ¡Un movimiento sospechoso y el enano morirá!

El Goblin se aferraba con sus pequeñas manos al inmenso puño del haitiano, como si fuera un monito. Apretaba muy fuerte los ojos, como si así pudiera despertar de aquella horrible pesadilla. Parecía estar en trance. Abajo, en la plaza, Canaza maniataba a sus hombres, uno por uno. Nadie osó moverse ni protestar. Jones sabía que ya estaban derrotados, resignados e incapaces de rebelarse. En sus cabezas solo había una esperanza: colaborar con el enemigo y esperar piedad.

—¡Todos atados! —anunció el capataz, como si acabara de superar una prueba de un concurso de televisión. Cincuenta puntos para Pedro Canaza, y posibilidad de llegar a la final. Jones le ordenó tumbarse boca abajo, con los brazos en cruz. En su mano, aún sostenía el último rollo de cinta adhesiva.

—¡Que nadie intente moverse! —gritó el bokor—. ¡Vamos a bajar!

Jones volvió a colocarse al Goblin bajo el brazo, sorteó el creciente charco de sangre procedente del sofá y bajó las escaleras. Estaba convencido de que nadie se atrevería a hacer ninguna tontería. Era tan consciente del miedo que había provocado, que tenía la certeza de que cuando llegara a la plaza se encontraría exactamente el mismo panorama que había visto desde la ventana. Así fue. Nadie osó ni siquiera mirarlo. Solo Canaza se levantó de un brinco cuando Jones se lo ordenó.

—Saca a los míos de ahí dentro —dijo, señalando el almacén con la MP5.

Canaza sacó las llaves de su bolsillo muy despacio, para que Jones las viera. Caminando hacia atrás, se acercó a la puerta blindada y la abrió. Jones inspeccionó desde fuera el interior del almacén, mientras Canaza sacaba a Stitches arrastrándolo por las axilas. El médico permanecía despierto, aunque con los ojos extraviados, visiblemente afectado por la droga.

—Ponlo allí —ordenó Jones, señalando un punto alejado del almacén y cercano al embarcadero—. Y a los demás, con él.

—Como usted ordene —Canaza depositó a Stitches en el lugar señalado por Jones. Luego volvió al almacén y repitió la operación con Stephen que, al contrario de Stitches, estaba inconsciente y con las gafas torcidas sobre su cara. Uno por uno, todos los prisioneros fueron trasladados. Al igual que Stitches, Migale, Duke y David también estaban despiertos, aunque sumidos en un profundo trance hipnótico. David quedó tumbado de costado, mirando hacia el almacén del que acababa de ser rescatado. En su imaginación, veía siluetas fantasmales y oía sonidos y voces que no existían, pero se encontraba a gusto. En aquel momento, no sentía ni miedo, ni dolor, ni le importaba nada.

Jones aún cargaba con el Goblin, aunque ahora lo llevaba de nuevo agarrado por la pechera del pijama, como si fuera un maletín. Los piecitos del prisionero arrastraban, inertes, por el suelo. Canaza, junto al almacén, con las manos arriba, esperó nuevas instrucciones. Jones se dirigió al resto de los hombres de la plaza:

—¡Vosotros! —les llamó—. ¡Adentro!

Todos se levantaron dando trompicones y se dirigieron al almacén, mansos como corderos. No se oyó una mosca. Cuando hubo entrado el último, Canaza permaneció junto a la puerta, sin saber si entrar o quedarse fuera.

—Enciérralos con llave —dijo Jones.

Mientras Canaza obedecía, Jones echó una ojeada al edificio; los prisioneros se asomaban, expectantes, a través de las ventanas enrejadas. No había cristales, tal vez para mantenerlo continuamente ventilado. Sin que nadie le dijera nada, Canaza rindió las llaves del almacén, depositándolas en el suelo. A continuación, levantó los brazos por encima de la cabeza. Jones, con el Goblin aún en la mano, se acercó al capataz:

—¿Cuándo llegarán los hombres de Víctor Sánchez?

—Como muy pronto, a mediodía —respondió Canaza—. Ellos creen que están ustedes presos y no les quedan barcos rápidos, así que tardarán un poco en llegar...

Jones apuntó a Canaza con su MP5 y apretó el gatillo. El hombre de confianza del Goblin notó un golpe seco debajo del esternón, seguido de un dolor agudo. Cuando miró hacia abajo, vio su camisa teñirse de rojo. Canaza intentó taponar con sus manos el desagüe de nueve milímetros de diámetro por donde se le escapaba la vida, pero poco pudo hacer para evitar su destino. Como un toro herido de muerte, cayó de rodillas y quedó tendido frente a la puerta del almacén, con su cabeza tocando el suelo. Los prisioneros presenciaron la ejecución en primera fila, horrorizados. Jones ignoró sus gritos. La visión del cadáver de Canaza, con la cara en el suelo y los ojos abiertos de par en par, sacó al Goblin de su trance. El pequeñajo se agarró fuertemente al puño de Jones, pataleando.

—¡Escúcheme, soy rico, inmensamente rico! —gritó, atropellándose al hablar—. ¡Imagine una cifra y yo la duplicaré!

Jones levantó aún más al Goblin en el aire, clavando el silenciador en su entrepierna. En el almacén, algunos gritaban de terror, otros suplicaban clemencia y otros, simplemente, lloraban. Música para los oídos del bokor.

—¿Cuándo pasará el efecto de la droga? —le preguntó al Goblin.

—En dos o tres horas, como mucho —aseguró este, retomando rápidamente su intento de soborno—. ¿Qué me dice de mi oferta? ¡Millones de dólares, transferidos donde usted me diga! ¡Piénselo!

Jones esbozó una sonrisa que al Goblin le pareció apocalíptica.

—Voy a ser yo quien te haga una proposición, señor enano —comenzó a decir Jones. El haitiano señaló al almacén con su MP5. Por las ventanas asomaban caras asustadas, todas muy pendientes de lo que pasaba en la plaza—. Fíjate en ellos, quiero que les mires a los ojos.

Jones se paseó alrededor del almacén, cerciorándose de que Van der Vorst se enfrentara a las miradas implorantes de sus hombres.

—Los reconoces a todos, ¿verdad? —el Goblin asintió con la cabeza—. Conoces sus nombres, sabes si están casados, como se llaman sus novias y si tienen hijos, ¿no es así? —el Goblin asintió de nuevo, sin soltar el puño de Jones—. Pues elige: ¿tu vida, o las suyas?

—¿Co... cómo? —tartamudeó el Goblin—. ¿Mi vida o las suyas?

Jones le hundió el silenciador en la ingle, haciéndole chillar. En el almacén, el rumor creciente se volvió vocerío. Los prisioneros rogaban piedad, y clamaban al Goblin para que no les condenara a muerte. Sabían que el demonio negro no dudaría en matarlos, lo mismo que a Héctor Montalbán.

—¡Es fácil! —rugió Jones, sin dejar de sonreír—. ¡Pídeme que los mate y vivirás! ¿Qué son para ti, aparte de esclavos prescindibles? —el cañón del MP5 volvió a clavarse en la entrepierna del Goblin—. ¿Qué me dices, señor enano? Decídetelo deprisa, antes de que...

—¡Acepto! ¡Acepto! —le interrumpió Van der Vorst, llorando a moco tendido—. ¡Mi vida por la de ellos!

—¡Más fuerte, enano! —gritó Jones—. ¿Qué quieres que haga?

—¡Que los mate! ¡Quiero que los mate! ¡Mátelos y perdóneme la vida, por favor, por favor...! —y Eric Van der Vorst se deshizo en llanto.

El rugido del almacén se transformó en un bramido de odio. Los más valientes gritaban e insultaban al Goblin por su cobardía; otros lloraban, nombrando a sus mujeres y a sus hijos. Otros, simplemente gritaban un *no* que parecía no tener fin. Jones acercó a Eric Van der Vorst a las ventanas del almacén, para que se enfrentara una vez más con los hombres a los que acababa de condenar. El desgraciado apartaba la vista, incapaz de sostener sus miradas. Jones se alejó unos pasos del almacén y mostró los dientes, en una mueca que habría hecho salir corriendo al mismísimo Satán:

—¡Este es vuestro jefe! —gritó, levantando al Goblin por encima de su cabeza, como si lo ofrendara a las estrellas que presenciaban aquel drama desde las alturas—. ¡Un ser indigno que merece ser castigado!

Dicho esto, Jones describió un movimiento descendente con la mano y aplastó al Goblin contra el suelo. El hombrecillo impactó de plancha, abriéndose dolorosamente la barbilla, pero la mala suerte quiso que no perdiera el conocimiento. La gigantesca garra no dejó de apretar. Van der Vorst sintió que se quedaba sin aire. El público que voceaba desde las ventanas del almacén jaleaba ahora a Jones: las tornas parecían haber cambiado.

—¡Mátalo! ¡Mata a ese hijoputa!

Jones dio dos pasos atrás, y el Goblin creyó que había dado su castigo por concluido. Tal vez se conformaría con haberle humillado delante de sus hombres. Tal vez...

Pero el Goblin estaba equivocado.

«*M'ape ba u li, ezili madé kabri dé pié*».

El castigo no había hecho más que empezar.

Eric Van der Vorst no vio el pie de Jones descendiendo sobre su pierna. El crujido de su fémur haciéndose astillas le llegó junto a un dolor sin precedentes. El Goblin lanzó a la noche un alarido sobrecogedor, que no fue nada comparado con el que vino después, cuando el bokor le pulverizó la otra pierna. Hubo un tercer pisotón, y uno de sus tobillos se convirtió en arena bajo la gigantesca bota.

«*Eric, recuerda que tus huesos no son como los de los demás niños... debes tener mucho cuidado cuando juegues, porque te puedes hacer daño con mucha facilidad, cariño*». La voz de su madre resonaba en su mente mientras Jones le destruía los huesos de las extremidades a pisotones. Intentó reptar, y entonces el pie impactó en su mano derecha, quebrándole los dedos.

—¡Moeder! —Eric Van der Vorst llamó a su madre entre llantos interrumpidos por gritos de dolor—. ¡MOEDER!

«*Katé pum pra pu ba li*».

Jones pateó en el suelo al Goblin, ante la mirada aterrorizada de sus hombres. Estos ya ni le animaban, ni rogaban por sus vidas, ni eran capaces de articular palabra. El pánico solo les permitía gritar y gritar. Aquel espectáculo habría hecho vomitar a los espectadores de un circo romano.

El Goblin tuvo la suerte de perder el conocimiento, pero Jones siguió pisándole brazos y piernas hasta cerciorarse de que no podría volver a andar. Los huesos de sus extremidades habían sido reducidos a pulpa. Era un milagro que siguiera vivo. El bokor ordenó silencio. Los prisioneros obedecieron y se apiñaron en el centro de la estancia. Jones les lanzó una mirada ígnea a través de la ventana. Temblaban. Se puso un dedo en los labios, siseó y se alejó, rumbo al embarcadero.

Jones volvió a centrarse en su misión. Tenía que preparar la evacuación, y lo primero era conseguir un barco. Según el Goblin, no podría contar con sus

compañeros hasta dentro de dos o tres horas, así que decidió ocuparse de todo personalmente. Sin saberlo, coincidió con Woods en la elección del barco. Jones subió al puente del Manqu Qhapaq, comprobando, satisfecho, que tenía las llaves puestas. Sin pensárselo dos veces, comenzó a trasladar equipo de la Revenant al yate. Hizo varios viajes, transportando armas, municiones, equipajes personales y provisiones.

Revisó la Revenant por última vez. Lo único importante que quedaba a bordo eran las cámaras de los periodistas. Jones tomó en sus manos la adorada JVC de Royi y la destrozó contra la borda. Luego, la arrojó al río. Discos duros, cámaras y focos compartieron el mismo destino de la JVC. A partir de ahora, no habría tiempo para los caprichos de los civiles. Había llegado el momento de cortar los últimos jirones del cordón umbilical que les unía con el campamento base. Los periodistas, el médico y la ejecutiva habían pasado a ser meros peones de un nuevo juego que acababa de empezar.

Jones examinó a sus compañeros durmientes, tirando de sus párpados hacia abajo. Aún tardarían en despertar. En el almacén se oían voces. Hablaban en voz baja, pero Jones podía oír lo que decían. Discutían entre ellos. Los más optimistas afirmaban que el demonio negro tendría piedad; otros, lloriqueando, presentían la muerte. Mientras caminaba por la plaza, el bokor oyó una voz de mujer dentro de su cabeza. Una voz empapada de una irresistible sensualidad:

«Tienes muchos cabritos ahí dentro, y yo sigo teniendo hambre...».

Alguien, en el almacén, se lamentaba de que no volvería a ver a sus hijos. A Jones eso no le conmovía. Su padre fue asesinado cuando él era muy pequeño, y Jones había crecido más sano y más fuerte que esos niños mimados aferrados a las faldas de sus madres. Fue criado por señores de la guerra, soldados implacables y valientes que nunca le trataron como a un crío. El regalo de su noveno cumpleaños fue un fusil de asalto. Forjaron su cuerpo y su mente para ser la máquina de combate perfecta. También eliminaron los sentimientos inútiles que solo sirven para debilitarla: Jones no sentía miedo, nunca tenía hambre, jamás se quejaba de frío o de calor, no conocía el cansancio, ni por supuesto el amor.

Pero sí conocía la devoción. Devoción a Erzulie Kalika. En África, Jones había oído, de labios de los grandes sacerdotes de vudú Petro, el secreto para entrar en comunión con la Diosa. Muy pocos lo conseguían, porque morían antes de cumplir su objetivo. Era necesario sacrificar decenas, cientos de cabritos de dos pies... y eso es difícil para un asesino, cuya vida suele ser corta. Por eso Jones se unió al team Hydra. Con ellos, podía matar a placer, sin consecuencias, y aumentar así la colección de almas de Erzulie Kalika hasta saciarla definitivamente. Entonces, ella se fundiría con su *ti bon ange* y él sería su avatar en el mundo de los vivos.

Un semidiós guerrero: la máxima aspiración de Jones.

Erzulie Kalika tenía hambre, y él tenía un almacén lleno de cabritos. ¿Quién siente piedad por el pavo el Día de Acción de Gracias?

Jones regresó al embarcadero y vio, junto a los surtidores de gasolina, una hilera de bidones de los que se utilizan en el ejército. Agarró uno de los *jerry cans* y se dirigió hacia la parte trasera del almacén. Manejando el bidón de veinte litros como si no pesara más de dos kilos, roció las paredes con gasolina, cerciorándose de que se empaparan bien. El combustible penetró a través de las ventanas desprovistas de cristales, salpicando a los aterrorizados prisioneros, que al darse cuenta de lo que se les avecinaba entonaron una nueva sinfonía de gritos de terror. Mientras impregnaba el almacén de gasolina, Jones oyó cómo los desdichados trataban de derribar, a base de cargas, la puerta blindada que les separaba del exterior.

«*Ezili Kalikae elu...*».

Jones elevó su mirada al cielo, aunque sus ojos ni siquiera veían ya las estrellas que contemplaban desde el infinito el sacrificio que estaba a punto de ofrecer a su Diosa. Sus ojos ahora solo veían el mundo oscuro de los muertos.

«*Ala loa ki red, Ezili u madé kocho...*».

A través de las rejas, rostros implorantes apestando a gasolina gritaban a la noche.

«*M'ape ba u li...*».

El haitiano describía movimientos de vaivén con el *jerry can*, haciendo que el líquido entrara una y otra vez por las ventanas. La histeria dentro del almacén rozaba el paroxismo.

«*Ezili madé kabri dé pié...*».

Dando por concluido su trabajo, Jones dejó el bidón al lado de la puerta. Sacó una bengala del bolsillo de su pantalón y la prendió ante la mirada impotente de los prisioneros. La llama danzante, de color festivo, resaltó aún más la incandescencia de sus ojos.

«*Katé pum pra pu ba li!*».

Arrojó la bengala junto al bidón, provocando una deflagración que envolvió en llamas el almacén. El fuego penetró por las ventanas como una bestia multiforme, alcanzando a los prisioneros, que entonaron al unísono un último aullido de terror. Fue un grito intenso pero breve, que pronto dejó paso al relajante crepitar de las llamas devorando la estructura de madera y ladrillo.

Jones se sentó junto a sus compañeros dormidos para contemplar el infierno que él mismo había desencadenado. En menos de quince minutos, la estructura de madera del almacén se vino abajo. De sus ruinas emanaba un olor a carne quemada con cereal tostado. Las llamas se propagaron al edificio adyacente, donde el Goblin alojaba a sus invitados. Las tuberías de PVC del barracón de las duchas se fundieron, soltando un chorro de agua insuficiente para apagar el fuego. Una espesa columna de humo se elevó en el cielo, nublando las estrellas.

Fue en ese momento cuando Jones escuchó un lamento agudo: era el Goblin, que despertaba de su inconsciencia hecho un puro quejido. Babeaba como un bebé, y no le quedaban extremidades para moverse. El haitiano le miró con la misma expresión de alguien que está viendo la tele y de repente se da cuenta de que se ha colado una

cucaracha en la salita de estar. El bokor se levantó despacio y se dirigió hacia él. «*Que no me toque, por Dios, que no me toque, que me duele el respirar, por Dios que no me toque, que ya me ha hecho bastante daño, por Dios que no me toque*». Sin pronunciar palabra, Jones se agachó, agarró al enano por el torso —que era la única parte de su cuerpo que permanecía íntegra— y lo alzó en el aire. El hombrecillo profirió un alarido cuando sus extremidades rotas fueron atraídas por la fuerza de la gravedad, pero el dolor quedó relegado por el miedo cuando se dio cuenta de que el monstruo se dirigía hacia el incendio.

Como un muñeco de trapo roto, Eric Van der Vorst fue arrojado vivo a las llamas. Tardó muy poco en morir, y sus chillidos tan solo acompañaron durante unos instantes la canción del fuego.

Jones volvió al embarcadero, a velar el sueño de sus compañeros dormidos. Una vez más, había sido un buen guerrero. Erzulie Kalika estaría orgullosa de él. Mientras esperaba a que los demás despertaran, Jones dedicó una diabólica plegaria a su loa, llenando sus pulmones de su aroma favorito.

El aroma de la muerte.

XXX

DESPERTAR A LOS DURMIENTES no fue tan fácil como el Goblin había asegurado, incluso después de las dos horas que, según él, tardaban en desaparecer los efectos del narcótico. Jones comprobó la hora en su reloj: las dos menos veinte de la madrugada.

El incendio no tenía pinta de propagarse a la mansión del Goblin o a las construcciones de la zona norte, donde se ubicaba la tienda. El fuego continuaba activo, y así permanecería durante las próximas horas hasta que no tuviera con qué alimentarse. Previendo posibles explosiones, Jones había quitado las bombonas de gas de las farolas y las había arrojado al río, dejando la plaza iluminada tan solo por el resplandor de las llamas y por las pocas luces que permanecían encendidas en el edificio principal.

Jones aprovechó el tiempo y curioseó dentro de la tienda del Goblin. Esa noche había una oferta especial: todo gratis. Cogió lo que consideró oportuno y lo llevó al Manqu Qhapaq. El yate del Goblin tenía más capacidad de almacenaje que la difunta Revenant. Después del saqueo, decidió reanimar a Woods a toda costa. Había ciertos temas sobre los que Jones no podía decidir, y necesitaba a su comandante despierto. Lo arrastró por las axilas hasta el porche de la tienda, apartándolo de los demás durmientes.

El gigante le abofeteó suavemente hasta conseguir arrancarle unos gruñidos de protesta. Luego, lo sacudió hasta que abrió los ojos:

—Qué feo eres, cabrón —murmuró Woods, que lo primero que vio al despertar fue la cara escarificada de Jones a diez centímetros de la suya; este le sacudió con más fuerza, hasta que abrió los párpados definitivamente—. ¡Ya vale, ya vale! —protestó—. Joder, qué sueño —Woods se incorporó, para quedar cegado por el incendio—. ¿Qué cojones ha pasado aquí?

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó Jones.

Woods se tomó unos segundos para hacer memoria.

—El Goblin nos drogó con una bebida. ¿Qué pasó después?

—El enano nos vendió a ese tal Víctor Sánchez. Vendrán a por nosotros mañana, alrededor del mediodía. De momento, no tenemos prisa.

—Joder. ¿Y dónde está el Goblin?

—Muerto.

—¿Te lo has cargado?

—Yo no —mintió Jones—. Murió en el incendio.

—¿Cómo empezó el fuego? —le preguntó Woods, inquisidor.

Jones relató su versión de los hechos, una mezcla de mentiras y verdades:

—Mientras estabais prisioneros, entré en el dormitorio del enano y lo tomé de rehén. Obligué a sus hombres a rendirse y a que os sacaran del almacén. Luego los encerré a todos dentro. Yo estaba en el embarcadero, rescatando cosas de la Revenant, y oí una explosión; se conoce que esos tipos provocaron un fuego e hicieron estallar un *jerrycan* de gasolina que había al lado del edificio —Jones señaló el incendio—. Ahí ves el resultado.

Woods escuchaba la historia de Jones con el ceño fruncido:

—¿Para qué provocarían ellos un incendio?

Jones clavó en él sus ojos ígneos. El interrogatorio le importunaba:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Quizá fueran tan estúpidos como para intentar quemar la puerta blindada, o tal vez quisieron llamar la atención, no lo sé. Lo que sé es que os he sacado de un apuro, sin ayuda y sin bajas en nuestro bando —le reprochó—. Eso es lo importante, ¿no?

Woods bajó la vista, apabullado por la contestación de Jones. Aunque no estaba demasiado convencido de su historia, no se sintió con ánimos ni con fuerza moral para discutir. No era la primera vez que Jones les salvaba el culo. Aquel puto hércules valía como el resto de su comando junto. Woods decidió no pensar más en los lugareños: tal vez Jones se había excedido, como de costumbre, pero si era así, las llamas, una vez más, devorarían las pruebas.

—Necesitamos un barco para irnos de aquí —dijo Woods, cambiando de tema.

—Ya he escogido uno. Te va a gustar —le anticipó Jones.

—Ya me imagino cuál es. Llévame a verlo.

Se dirigieron al embarcadero, dejando dormir un rato más a los demás. Woods los quería descansados para recibir a los hombres de Sánchez. Se sintió triste al pasar junto a la Revenant. Aquella lancha había sido su barco durante años, y ahora le partía el alma verla varada y agonizante en aquel muelle iluminado por el resplandor naranja de las llamas. Aunque la idea de hundirla en el Unu Rono hacía que su corazón le diera un vuelco en el pecho, decidió que sería lo más acertado. Mejor sacrificarla que verla en otras manos.

—Este es —dijo Jones, al llegar junto al Manqu Qhapaq—. Todas nuestras cosas están a bordo.

—Has tenido buen gusto —celebró Woods, cruzando la lujosa pasarela de madera noble y aluminio—. Veamos cómo es por dentro.

El barco rezumaba lujo por los cuatro costados. La bañera, dotada de asientos acolchados infinitamente más confortables que los de la Revenant, disponía, al igual que esta, de una mesa plegable en mitad del habitáculo. Woods abrió la puerta acristalada de doble hoja que daba paso al interior del yate y pulsó un interruptor que reveló un saloncito amplio y elegante; al fondo, una escalera descendía a los camarotes y la bodega. Woods dedicó una sonrisa a Jones, confiando en destensar un poco el ambiente entre ellos:

—Lástima que no tenga blindaje. Subamos al puente.

Aunque no podía competir ni por asomo con la tecnología militar de la Revenant, el yate disponía de todo lo necesario para navegar por el río. Debajo del cuadro de instrumentos, Woods descubrió la emisora de radio.

—No es una maravilla, pero servirá para comunicarnos con el resto del equipo cuando llegue.

—¿Cuándo y dónde nos reuniremos con ellos?

—Dentro de dos días, río arriba —informó Woods.

—En el edificio principal de la hacienda hay una emisora de largo alcance —dijo Jones—. Si quieres contactar con Brasil, puedes hacerlo.

Woods se acarició el mentón, meditabundo:

—Hay que contactar con el campamento base para decirles que estamos vivos y para que envíen a alguien a recoger a la señorita Delacroix. No quiero que esté presente cuando nos reunamos con el resto del team. *Él* viene con ellos, y no quiero que ella le vea.

Jones asintió con la cabeza.

—Llévame a esa radio —le pidió Woods.

Abandonaron el embarcadero y cruzaron la plaza, dejando a los durmientes a la derecha y el incendio a la izquierda. Jones condujo a su jefe hasta el cuarto de la radio, advirtiéndole acerca del cadáver del sofá. Woods refunfuñó al verlo: el tipo había recibido el disparo en la nuca. Por cómo había muerto, aquel desgraciado nunca supuso una amenaza para el haitiano. Una vez más, Jones había despachado los problemas por la vía rápida.

—Saquémosle de aquí —propuso Woods, temeroso de que alguno de los civiles subiera y descubriera al muerto—. Ayúdame.

Arrastraron el sofá con su ocupante a otra habitación, y cubrieron la mancha de sangre del suelo con una alfombra. Woods se sentó en la silla del operador y puso la radio en marcha. Aunque esta era bastante sofisticada y estaba compuesta por varios módulos infestados de pantallas digitales, botones, potenciómetros y leds, el militar acabó dando con la tecla. Introdujo la frecuencia de radio del campamento base y pulsó el botón del micro:

—¡Aquí Woods! ¿Me reciben?

En la base, Jean Blanch casi arrolla al técnico de guardia para contestar personalmente. Estuvo a punto de ponerse a dar saltos de alegría:

—¡Woods, aquí Blanch! ¡Ni se imagina cuánto me alegro de oírle!

—Lo mismo digo —rio Woods.

—¿Qué ha sucedido? ¿Están todos bien? ¿Y Valérie y Grant, están con ustedes?

Woods trató de sintetizar la información al máximo:

—Nosotros estamos bien, y Valérie también. En estos momentos está descansando —el mercenario tomó un poco de aire antes de comunicar la mala

noticia a Blanch—. Grant ha muerto. Fuimos atacados por unos bandidos en el río. Abatieron el helicóptero, pero Valérie pudo saltar a tiempo. Está ilesa.

—¡Joder! —exclamó Blanch—. ¿Y los bandidos?

—Olvídese de ellos, ya son historia —le tranquilizó Woods—. Nuestro principal problema es que el equipo de telecomunicaciones del barco ha sido completamente destruido. Ahora mismo estoy transmitiendo desde una hacienda, a orillas del río.

—¿Y su barco? ¿Puede navegar?

—No, pero tampoco se preocupe por eso. Hemos conseguido otro. Beltrán, Durán y el doctor Warwick están de acuerdo en seguir adelante con la operación, aunque le anticipo que no podremos contactar con ustedes en los próximos días. La radio del barco no es lo bastante potente —explicó.

—Pero ¿no será peligroso? ¿Y si vuelven a atacar los bandidos?

—No hay bandidos río arriba —le aseguró Woods—. Estamos muy cerca de nuestro destino y no merece la pena tirar la toalla ahora. Lo que sí necesito es que envíen un helicóptero para recoger a la señorita Delacroix...

De repente, la luz osciló, como si los grupos electrógenos estuvieran a punto de venirse abajo. Woods sospechó que la electricidad amenazaba con interrumpirse:

—¡Blanch! ¡La corriente está comenzando a fallar! ¡Es posible que la comunicación se corte de un momento a otro!

—No se preocupe y escúcheme con atención —dijo el ingeniero, hablando tan deprisa como era capaz—. No se muevan de ahí. Tenemos su posición por GPS, y precisamente en estos momentos se dirige hacia ustedes un helicóp...

Una explosión ensordecedora interrumpió la comunicación, y una deflagración salvaje iluminó la noche, elevando una enorme bola de fuego hacia el cielo. El incendio se avivó en el ala sur de la plaza. La luz se fue en toda la hacienda, que ahora era alumbrada tan solo por las llamas.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Woods a gritos.

Jones se asomó por la ventana y vio una pequeña estructura, detrás de las ruinas del barracón de las duchas, completamente envuelta en llamas:

—La caseta de los generadores —dijo—. El fuego ha alcanzado los depósitos de gasolina.

—Vámonos de aquí —decidió Woods, encendiendo una linterna de bolsillo del tamaño de una estilográfica.

Una vez fuera, en la plaza, comprobaron que a pesar de que las llamas eran ahora más altas que antes, era poco probable que se propagaran a la mansión del Goblin. Lo peor era que la explosión había quemado el tendido eléctrico. Volvían a estar incomunicados. Woods recordó a Jones las últimas palabras de Blanch, antes de que la radio se apagara:

—Blanch dijo que no nos moviéramos. Al parecer, viene un helicóptero de camino...

—¿Un helicóptero de quién? ¿De la policía, del ejército...?

Woods se echó a reír:

—Créeme, te garantizo que no será ni de la policía, ni del ejército. Probablemente sea un helicóptero privado —aventuró. El comandante dirigió su mirada hacia el río—. Ahora, nuestra prioridad es cómo vamos a recibir a nuestro amigo Sánchez. Tenemos que prepararle una bonita fiesta sorpresa.

Woods y Jones, a la luz del incendio, comenzaron a planificar la estrategia a seguir. En esta ocasión, contaban con una ventaja.

Esta vez, estaban preparados.

El helicóptero, un Sikorsky S-61 de gran tamaño, sobrevolaba la selva, aterrorizando a las criaturas de la noche con el sonido de sus rotores, que en el silencio de la jungla atronaban como una vertiginosa tormenta. El aparato era tripulado por dos pilotos del team Wyvern, que en aquellos momentos se asaban de calor bajo sus pasamontañas.

—No aguanto más esta mierda —gruñó el copiloto, quitándose el casco y sacándose la prenda que le cubría la cabeza—. Esta norma de anonimato es absurda. ¡Estamos todos en el mismo bando, joder!

—Estoy de acuerdo —dijo el piloto, imitándole—. Nuestros invitados deben estar pasando también un calor de mil demonios —activó el intercomunicador del compartimento de pasajeros—. Chicos, si no os quitáis las bragas de la cara se os cocerá la cabeza como si fuera un jodido huevo duro. Tranquilos, no nos fijaremos en vuestros caretos...

Khayn fue el primero en arrancarse el pasamontañas, y los demás Hydra le imitaron. Tan solo uno de ellos, que dormía profundamente con la barbilla apoyada en el pecho, mantuvo la prenda puesta. Whisper movió su cabeza con fuerza de un lado a otro, intentando que su pelo negro y lacio volviera a su estado original tras dos horas de apelmazamiento. Sus atractivos ojos rasgados se dirigieron al teléfono Iridium de Khayn, que emitía una serie de pitidos que, después de repetirse cada quince minutos durante las últimas horas, habían acabado siendo una cantinela repetitiva a la que nadie hacía caso. Khayn pulsó la tecla de borrado sin leer el mensaje. Había hecho lo mismo las seis últimas veces. Whisper le fulminó con la mirada:

—Otro mensaje que borras sin leerlo —le reprochó.

—Todos los que hemos recibido hasta ahora han sido exactamente iguales —rezongó Khayn—. Se repiten una y otra vez las mismas coordenadas, y no creo que empiecen a moverse a estas horas de la madrugada. Si te hace feliz, leeré el siguiente.

La muchacha reprimió una mueca de desagrado y perdió su mirada en el techo del Sikorsky. A Whisper le gustaba (o mejor dicho, le obsesionaba) el trabajo bien hecho. Woods achacaba ese perfeccionismo a la sangre japonesa de su madre. En cambio Khayn, sin dejar de ser un buen soldado, tenía una forma de actuar algo caótica, y eso sacaba de quicio a Whisper.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Tyrell, un tipo grandote cuya piel cetrina, cabello negro y nariz aguileña le daba aspecto de sioux, a pesar de que por sus venas no corriera ni una gota de sangre india.

Khayn consultó su reloj:

—Ahora mismo son las cuatro y diez. Calculo que antes de las seis.

Un tipo bajito, de voz cascada y cara desagradable, se desperezó como si quisiera descoyuntarse:

—Voy a intentar dormir un rato, como nuestro amigo —dijo Doggy, tumbándose en el asiento y señalando al pasajero que dormía con el pasamontañas puesto—. No ha parado de roncar desde que despegamos de Feijó. Deberíamos despertarle: le va a dar algo, con eso puesto.

—No hace falta despertarle, déjame a mí —Whisper se acercó al durmiente con el andar sigiloso de una gata. Haciendo gala de una pasmosa habilidad, le quitó al hombre el ajustado pasamontañas; este siguió durmiendo, sin inmutarse. Ella observó su rostro—. Me recuerda a su hermano —dijo—, ¿a vosotros no?

—¡Bah! Tampoco se parece tanto... —la contradijo Doggy.

—¿Cómo que no? —protestó ella—. Fíjate bien en su expresión... es idéntica...

El sonido del Iridium al recibir el mensaje hizo que la joven se olvidara de su discusión con Doggy.

—Comprueba eso —exigió Whisper a Khayn, señalando el teléfono con el dedo a la vez que le taladraba con una mirada amenazadora.

Khayn pulsó el botón de recepción con gesto cansino. Tras leer el texto en pantalla, acercó el aparato a la nariz de Whisper, como si pretendiera restregárselo por la cara:

—¿Ves? ¡Las mismas putas coordenadas! —dijo—. ¿Ya estás más tranquila, doña pluscuamperfecta? —Khayn le dio el teléfono a la joven—. Ya que te gusta tanto, controla tú esta mierda. Despiértame cuando lleguemos.

Khayn se tumbó en el asiento del Sikorsky y Whisper se hizo cargo del teléfono. No le faltaban ganas de estampárselo en la cabeza. Ella sí que leería cada uno de los mensajes que llegaran, aunque las coordenadas fueran siempre las mismas. Lo que ella y Khayn ignoraban, es que uno de los mensajes borrados sin leer era diferente al resto. Lo habían recibido una hora antes:

«Rcvd news frm Woods. Pilot dead, everybody ok. V. Delacroix alive with them. Revenant dmgd, *bring* Delacroix back. Blanch»^[45].

Si lo hubieran leído, Whisper no le habría quitado el pasamontañas al pasajero dormido.

A las cuatro de la madrugada, tanto los Hydra como los civiles se encontraban en pie. A pesar de sentirse muy cansados, lucharon por despabilarse y no dormirse otra vez. Woods formalizó ante el grupo la versión falseada de los hechos de Jones. De

momento, nadie la puso en duda. El incendio comenzaba a remitir, por lo que era improbable que alcanzara la residencia del Goblin o los edificios del otro lado de la plaza. Woods hizo pública su conversación con Blanch, haciendo hincapié en que un helicóptero venía de camino. Valérie recibió la noticia con entusiasmo, deseosa de regresar al campamento base y olvidarse de aquel día de perros. David y Royi intentaron convencer a Stephen para que se fuera con Valérie, pero él rechazó el ofrecimiento una vez más. Había tomado una decisión y la mantendría hasta el final.

Mientras los mercenarios preparaban la sorpresa para Sánchez, David y Royi decidieron trasladar su material de filmación al Manqu Qhapaq. Royi saltó a la bañera de la Revenant para pasar los bultos a David, que esperaba en el pantalán. Cuando abrió el primer contenedor, la mandíbula inferior del fotógrafo se descolgó de sus bisagras:

—¿Y las cámaras? —gritó Royi, que abrió el segundo contenedor para comprobar que también estaba vacío—. ¿Dónde coño están las putas cámaras?

David saltó a bordo de la Revenant, retirando los cojines y abriendo todos los contenedores. Tan solo faltaban las telarañas de los tebeos.

—Cálmate —David intentó tranquilizar a Royi, que comenzaba a incubar una explosión de juramentos de proporciones gargantuescas—. Jones las habrá llevado al otro barco —localizó a Jones cerca del embarcadero, formando corrillo con los otros Hydra—. ¡Jones! ¡Jones!

Este hizo una seña a sus compañeros para que esperaran y se acercó al barco.

—¿Y las cámaras? —le preguntó David, desde la bañera—. ¿Las has llevado al yate?

Jones negó con la cabeza, con expresión impertérrita:

—No las he visto —dijo—. ¿Estaban ahí?

—¡Estaban aquí! —explotó Royi, señalando los cajones metálicos vacíos; de repente, descubrió en el suelo un trozo de plástico negro que reconoció en el acto—. ¡Mierda! ¡Esto es de la JVC! ¡Algún hijo de puta se la ha cargado!

Jones mantuvo su expresión hermética:

—Habrán sido los hombres del Goblin —dijo, señalando las ruinas del almacén con el pulgar—. Creo que es tarde para pedirles explicaciones.

A David no le hizo ninguna gracia la ironía de Jones. Este dio media vuelta y, sin decir palabra, regresó junto a los suyos. Royi, al borde de la alferecía, maldijo y profirió insultos hasta que se vino abajo, dejándose caer sobre los asientos de la Revenant.

—¡El reportaje a la mierda! —estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Stephen y Valérie, atraídos por el griterío de Royi, se acercaron al muelle.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Valérie, sorprendida por el estado de nervios de Royi y por la expresión lúgubre de David.

—Al demonio el reportaje. No hay cámaras, las han roto...

—¿Quién? —preguntó Stephen, sin esperar realmente una respuesta.

—Jones culpa a los hombres de Van der Vorst —dijo David—, pero no me fío ni un pelo de él —el periodista apenas reprimió un gesto de ira—. Si no fuera por Gérard, me largaba contigo en el helicóptero, Valérie —ella iba a decirle que podía hacerlo, pero David no la dejó decir ni mu—. Ni lo sueñes, no pienso darme por vencido. Gérard es más importante que el reportaje.

—¿Y tu cámara digital pequeña? —le preguntó Stephen a Royi, recordando el bolso que llevaba siempre en bandolera.

Este señaló el edificio de invitados, envuelto en llamas:

—Ahí yace mi cámara personal —dijo, con amargura—. ¡Descanse en paz! Debería haber seguido el ejemplo de Woods. Miradle: ahí está, con su puta bandolera cosida al sobaco.

—Joder, tío, lo siento —le consoló Stephen, dándole unas palmaditas en el hombro, a modo de pésame.

Royi, sentado en la bañera, sostuvo durante un rato el trozo de su cámara, como si fuera una reliquia sagrada. David, de pie, clavó sus ojos en los Hydra, que preparaban el recibimiento a los hombres de Sánchez. No habían transcurrido veinticuatro horas del anterior ataque, y ya se preparaban para otro enfrentamiento armado.

David decidió, para sus adentros, que aquel viaje estaba resultando demasiado *divertido* para su gusto.

—Repasemos el plan —dijo Woods, rodeado de sus hombres—. Esos tipos llegarán por el río. Tenemos que dejar que se acerquen hasta que se pongan a tiro —el comandante dirigió una mueca de disgusto a las ruinas, aún en llamas—. Ojalá llueva: si ven el incendio desde lejos, es probable que den la vuelta.

»Miles, tú ocultarás el Manqu Qhapaq río abajo: lo último que queremos es que sufra daños. Luego, tu misión consistirá en esperarles en el pantalán y hacerles señas para que se acerquen, haciéndote pasar por un empleado de la hacienda. Conforme se aproximen al muelle, dirígete al interior de la plaza. Mantente siempre fuera de tiro.

»Duke —el comandante se dirigió al británico—. Tú les esperarás ahí arriba —ordenó, señalando con el dedo un enorme y frondoso árbol que colindaba con la alambrada que rodeaba la hacienda—. Utilizarás uno de los rifles con mira telescópica. Cárgate a su piloto en cuanto puedas y también a quien intente sustituirlo. Quiero ese barco parado o fuera de control.

—Dalo por hecho, jefe —dijo Duke, guiñándole un ojo.

—Migale —la chica hispana clavó en Woods sus ojos negros—. Te quiero con una M60 apostada en el muelle. Camúflate con telas, sacos, redes... con lo que encuentres. En cuanto estén a tiro, acribíllales.

—Ok.

—Stitches, tú subirás al piso de arriba de la mansión y colocarás tu M60 de forma que puedas barrer la plaza en el improbable caso de que lleguen a desembarcar.

Stitches acató la orden con un movimiento de cabeza. Por ahora, aquello no parecía demasiado complicado.

—Jones y yo nos esconderemos en una de las barcas rápidas —explicó Woods—. Si intentan escapar o se quedan a la deriva, nos acercaremos y les meteremos un par de granadas en el barco.

—¿Y los civiles? —preguntó Duke—. ¿Dónde estarán mientras tanto?

—La mujer, camino de Brasil —presumió Woods—. A los periodistas y al médico los ocultaremos en una habitación interior del edificio principal, lejos del tiroteo. No creo que esos tipos lleguen a desembarcar nunca —Woods palmeó el hombro de Migale—. No hay nada más peligroso que estar en las miras de la ametralladora de nuestra chica favorita.

—Discrepo —dijo Duke, solemnemente—. Es mucho más peligroso que Stitches te trate las hemorroides.

Menos Jones, que continuaba con su expresión glacial, todos los Hydra se echaron a reír. Stitches dedicó un insulto de colega a Duke y le obsequió con un puñetazo en el bíceps. Woods sonrió, satisfecho al comprobar que la moral de sus hombres estaba alta.

—Descansad hasta que llegue el helicóptero —sugirió—, aún queda mucha noche por delante. Jones y yo prepararemos una zona de aterrizaje y os avisaremos en cuanto oigamos el ruido de los rotores. Con lo silenciosa que está la selva, sonarán como una jodida tormenta.

—Es curioso cómo te cambia la vida de un plumazo.

Las palabras de Stephen rompieron el silencio en el que se habían sumido tras el disgusto por la pérdida de las cámaras. David, Royi y Valérie observaron al médico. Parecía encontrarse muy lejos de allí.

—Antes del mediodía de ayer, para mí habría supuesto un trauma ver morir a alguien de forma violenta —dijo—. Puede parecer exagerado: al fin y al cabo soy médico, y los médicos suelen estar familiarizados con la muerte. Yo, por suerte o por desgracia, he dedicado mi carrera a la investigación, y he tenido muy poco trato con pacientes —Stephen parecía hablar más para sí mismo que para sus compañeros—. Ayer me habría espantado saber que en esas ruinas humeantes hay catorce o quince personas calcinadas. Eso sin contar el reguero de cadáveres que dejamos atrás, en el río...

—No te culpes —murmuró Royi, que aún rumiaba su desgracia, cabizbajo—. Lo de ayer fue en defensa propia, y lo del almacén, ellos mismos lo provocaron...

Stephen se acarició la barba rubia:

—Eso lo tengo claro. Pero ¿sabéis lo que siento cuando pienso que el Goblin y sus hombres están muertos dentro de esa pira?

Los demás le miraron en silencio, preguntándose si aquello era una pregunta retórica. No lo fue. Stephen tenía una respuesta para ellos:

—No siento nada —reconoció—. No siento absolutamente nada, como si todo esto no tuviera que ver conmigo.

—Conozco ese sentimiento —dijo Royi—. Te sientes un mero espectador de la tragedia, como si no fuera real. Era la sensación que yo tenía en mis tiempos de reportero de guerra...

—Exacto —dijo Stephen—. Y dentro de unas horas habrá más muertes, cuando los tipos de ese tal Sánchez vengan a buscarnos. Volveremos a oír disparos, a ver cadáveres, a oler la sangre... y nosotros lo viviremos como si fuera lo más natural del mundo.

Valérie entendió perfectamente a Stephen, y se dio cuenta de que ella estaba un paso por detrás de él: todavía se sentía aterrorizada por los acontecimientos pasados y por los que quedaban por venir. Saber que se encontraría lejos de allí cuando llegaran los hombres de Sánchez no le tranquilizaba demasiado. Tenía miedo por los que ya consideraba sus amigos.

—Ojalá el señor LeVu aborte la expedición —deseó en voz alta—. Esto se nos está yendo de las manos. Lo que empezó siendo una operación de rescate se ha convertido en una maldita guerra.

Woods y Jones prepararon la LZ^[46] detrás de la mansión, en una explanada que quedaba a un lado de la bóveda de árboles que llevaba a los invernaderos cubiertos por plásticos donde se cultivaban los *tulipanes mutantes*, como los llamaba Stitches. Jones señaló la improvisada helisuperficie con un círculo formado con ocho faroles tipo *camping gas*, cortesía de la tienda del Goblin.

David, Royi y Duke acompañaron a Valérie hasta la explanada, donde Woods y Jones aguardaban la llegada del helicóptero. Stephen había preferido echarse un rato en una cama. Valérie estaba ansiosa por dejar atrás aquel maldito lugar. Al llegar a la LZ, Woods la saludó con una sonrisa de lo más cortés; cuando quería, podía ser encantador:

—Cuando llegue a la base, haga lo posible para tranquilizar al personal —le rogó—. Para usted, estas cosas solo pasan en las noticias, pero para nosotros no es más que un trabajo rutinario. Sánchez no tiene nada que hacer contra mi equipo, y le garantizo que ni los periodistas ni el doctor Warwick correrán peligro alguno —su tono de seguridad era lapidario—. Créame, seguir con la operación es lo más acertado. En unos días, estaremos de vuelta con Gérard y sus amigos.

—Lo peor será la falta de noticias —se lamentó Valérie—. Nos comeremos las uñas en el campamento base hasta que vuelvan. Comuníquense con nosotros en cuanto tengan ocasión —la joven soltó un suspiro—. Teníamos el último grito en telecomunicaciones y no ha servido para nada. Esta selva no perdona —sentenció.

—No se preocupe, señorita —la tranquilizó Woods—. Confíe en nosotros. Ya ha visto lo bien que funcionamos en situaciones adversas.

—En eso tiene razón —reconoció Valérie, dirigiéndose ahora a Jones, que asistía a la conversación en silencio—. Todavía no le he dado las gracias por salvarnos:

usted equivale a un ejército.

Jones respondió al halago con algo parecido a una sonrisa. De repente, en la lejanía, comenzó a oírse un rumor extraño. Duke fue el primero en divisar unas luces en el horizonte.

—Ahí viene el helicóptero —anunció.

Los pilotos divisaron desde el aire la improvisada pista de aterrizaje y avisaron al pasaje de la llegada a destino. El Sikorsky sobrevoló la plantación a baja altura, haciendo aletear con violencia los plásticos protectores de los invernaderos. Cuando estuvo cerca de la helisuperficie, el helicóptero encendió un potente foco que iluminó el terreno frente a él como si fuera de día, revelando la presencia del comité de bienvenida que esperaba en tierra. El piloto efectuó una rápida maniobra de aterrizaje y en pocos segundos las ruedas tocaron tierra en mitad de una furiosa polvareda.

—¡Joder, qué bicho! —exclamó Duke, a gritos—. ¿A quién han enviado, al Séptimo de Caballería Aerotransportada?

—¡Es un Sea King! —gritó Royi, identificando el modelo de inmediato—. ¡Este helicóptero no tiene pinta de ser de la policía!

Woods se protegió los ojos con la mano, tratando de resguardarse tanto de la polvareda como de la deslumbrante luz del foco. Esperaba un helicóptero civil, similar al Bell de Grant, por lo que se sintió desconcertado al comprobar que el aparato que tenía frente a él era un modelo militar de gran tamaño. La puerta corredera de estribor del Sikorsky se abrió. Uno de los pilotos saltó a tierra y saludó de pasada a Woods, que era quien se encontraba más cerca. A continuación, cinco siluetas cargadas con mochilas a rebosar de equipo siguieron al piloto. Las sospechas de Woods se hicieron realidad al oír la voz de Khayn saludándole alegremente:

—¡Sorpresa! —exclamó—. ¡Di que te alegras de vernos!

Woods sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—Habíamos quedado para dentro de dos días —le recordó Woods a Khayn, tratando de que nadie más le oyera—. ¿Qué hacéis aquí?

—Ordenes de arriba —respondió Khayn, que señaló la columna de humo que se alzaba procedente de la plaza—. ¿Ha habido festival, no?

Antes de que Woods pudiera abrir la boca de nuevo, el piloto le abordó, mostrándole su tarjeta titanio:

—West, team Wyvern, copiloto de este pajarraco. ¿Es usted Woods?

—Sí —respondió este, lacónico.

—Mi compañero está rellenando el informe de vuelo. Tiene que firmarlo.

—De acuerdo —aceptó Woods, sin quitar ojo al resto de su equipo, que permanecía detrás de Khayn; el comandante de los Hydra intentó no parecer nervioso—. Tienen que llevar a una pasajera de vuelta al campamento base de «Delfín de Río».

—Así que la joven está con ustedes —dijo West, a quien habían informado de la posible presencia de Michael Grant y Valérie Delacroix en el punto de destino—. ¿Y

el piloto?

Woods negó con la cabeza y West se encogió de hombros:

—Lo siento —dijo, por cumplir—. Ahora le traerán el informe.

Desde su posición algo alejada del helicóptero, David, Royi y Valérie se preguntaron quiénes eran los cinco tipos que acababan de bajar del Sea King. Era evidente que Woods les conocía.

—¿Quiénes son? —le preguntó Royi a Duke.

—El resto de los miembros de nuestro equipo —contestó.

Royi se dio cuenta de que Duke se movía adelante y atrás, como si algo le inquietara. Parecía nervioso. Valérie, en cambio, se veía feliz. Espontáneamente, dio dos besos a David y otros dos a Royi, despidiéndose:

—Me voy más tranquila sabiendo que os protege un ejército —rio—. Por favor, tened cuidado y recordad que en última instancia vosotros estáis al mando. Si veis que las cosas se ponen feas, dad media vuelta, ¿ok?

—Todo saldrá bien —la tranquilizó David, acariciándole el brazo.

—Despedidme de Stephen —les recordó Valérie.

—Ese se ha hecho el dormido para no caer en la tentación de pirarse contigo —apostó Royi, malévolo.

Valérie se echó a reír:

—No creo. La verdad es que es más valiente de lo que parece.

—Sí que lo es —corroboró David—. Buen viaje, hasta dentro de unos días.

La chica dedicó una sonrisa a los periodistas, se despidió de Duke con un gesto y caminó hacia el helicóptero. Frente al morro del aparato, bañados por la intensa luz del foco, vio a Woods conversando con uno de los pilotos. El otro, sentado dentro de la cabina, escribía en una especie de cuaderno tamaño folio. Conforme caminaba, Valérie advirtió cómo uno de los nuevos Hydra se ocultaba detrás de sus compañeros, agachando la cabeza como si pretendiese esconderse de ella. La joven, extrañada, se fijó en él, y este disimuló aún más. Valérie se detuvo y examinó la silueta masculina: había algo en ella que le resultó familiar. Picada por la curiosidad, Valérie decidió presentar sus respetos a los mercenarios y así, de paso, intentar verle la cara a aquel tipo misterioso.

Woods giró la cabeza y vio a Valérie yendo hacia sus hombres. El copiloto le preguntó:

—¿Es esa nuestra pasajera?

Woods ignoró la pregunta de West, que vio cómo su interlocutor se dirigía hacia la joven a toda prisa:

—¡Señorita Delacroix! ¡Venga aquí, por favor!

Al oír el apellido Delacroix, una luz de alerta se encendió en Khayn y en los demás Hydra. Ahora eran ellos quienes trataban de formar una muralla humana alrededor del tipo, que miraba hacia el suelo. Whisper se maldijo por haberle quitado el pasamontañas en el helicóptero.

—¡Señorita Delacroix! —Woods la sujetó por el brazo—. ¡Suba al helicóptero, tenemos prisa!

Valérie contempló la mano que la agarraba con una mirada cargada de incredulidad y furia. Con un movimiento de rotación, liberó su brazo de la presa del sorprendido Woods, que no esperaba que se zafara de él con tanta facilidad.

—¿Cómo se atreve a ponerme la mano encima? —le retó ella, fulminándole con sus ojos verdes.

David y Royi, testigos del forcejeo, avanzaron hacia el helicóptero, preguntándose qué diablos sucedía. Duke se interpuso en su camino, deteniéndoles con la mano extendida:

—Quédense aquí —las palabras no eran ni un ruego ni una orden. Los periodistas le miraron, boquiabiertos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó David. Tanto él como Royi comenzaron a tener un mal presentimiento.

—Quédense aquí, por favor —insistió Duke—. La identidad de los otros miembros de nuestro comando son secretas —improvisó.

—¡Y una mierda! —exclamó Royi—. ¿Por qué ha agarrado Woods a Valérie por el brazo?

Mientras ese diálogo tenía lugar, West iba detrás de Woods, preguntándose el motivo de aquella súbita tensión que parecía ir en aumento. Desde la cabina, el piloto del Sikorsky advirtió que algo no iba bien. Sin atreverse aún a bajar del aparato, esperó a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—¿Sucede algo? —preguntó West a Woods—. Es nuestra pasajera, ¿verdad?

—Sí, lo es —dijo Woods, dirigiéndose de nuevo a Valérie. Se le veía muy nervioso—. Señorita Delacroix, suba a ese helicóptero inmediatamente.

Valérie propinó un rápido empujón a Woods, apartó a los mercenarios con más facilidad de lo que ellos habrían esperado y se plantó justo al lado del desconocido. Sintiendo finalmente cazado, este se dio la vuelta y la miró directamente a los ojos.

La joven se preguntó si aún no estaría bajo los efectos de la droga del Goblin. Retrocedió unos pasos, anonadada, hasta que tropezó con Woods a su espalda. Por supuesto que conocía a aquel hombre, a pesar de su cabello teñido de negro y la barba de varios días. Su atuendo también era muy distinto al habitual traje de marca y a la corbata impecablemente anudada al cuello.

David y Royi intentaron avanzar hacia Valérie, pero Duke se lo impidió, apuntándoles sin contemplaciones con su M4. La mirada del inglés revelaba que no se sentía feliz de hacer lo que estaba haciendo. Los periodistas se pararon en seco, paralizados por la sorpresa.

Mientras tanto, el hombre misterioso avanzó unos pasos hacia Valérie. Woods la sujetó con fuerza por detrás. Ella, esta vez, ni siquiera intentó soltarse de la presa. Tras unos segundos de silencio, el quinto Hydra habló, dibujando en su cara una sonrisa de medio lado que recordaba mucho a la de Clint Eastwood:

—No esperaba encontrarte aquí, Valérie —dijo, hablando muy despacio—. Pensé que nunca más volvería a verte.

Valérie, algo más repuesta del susto, logró contestarle con un hilo de voz:

—Yo también pensé que nunca más volvería a verle, señor Forest.

XXXI

—¿pUEDO SABER QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ? —preguntó West a Woods.

—Cambio de planes —el comandante de los Hydra mantenía a Valérie inmovilizada—. La señorita ha decidido quedarse.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Valérie, que intentó revolverse, esta vez, sin éxito. Se planteó propinar un cabezazo a Woods, pero viendo que los mercenarios levantaban sus armas, decidió que no sería un movimiento prudente.

—¡Déjeme subir a ese helicóptero! —ordenó Valérie a Woods—. ¡Esto es un secuestro!

West no entendía nada, ni siquiera sabía quiénes eran los buenos y quién los malos. Lo que sí sabía era que aquella joven era Valérie Delacroix, y Drummond le había dicho que era la representante de Louis LeVu en Brasil. Echó una ojeada hacia donde estaban los periodistas y vio a Duke apuntándoles con su M4. Sin pensárselo dos veces, con un rápido movimiento, West sacó la .45 que llevaba en el cinto y apuntó a Woods a la cabeza.

—No sé qué cojones pretende —dijo—, pero ya ha oído a la chica: suéltela. —el copiloto se dirigió a los Hydra—. ¡Y ustedes, tiren las armas!

Los mercenarios, en lugar de obedecerle, le apuntaron con sus fusiles de asalto. Todos a excepción de Forest, que retrocedió unos pasos, separándose del grupo con cautela.

El piloto, que aún estaba sentado en la cabina del Sikorsky, dejó el informe de vuelo sobre el asiento del copiloto y lanzó una maldición cuando vio a West apuntando a Woods y a todos apuntando a West. Notó algo duro en la cabeza y levantó instintivamente las manos. Se volvió lentamente y vio a un gigantesco hombre negro apuntándole con un Heckler & Koch MP5.

—Sal del helicóptero —le ordenó Jones, con su voz gutural.

Afuera, West no se dejaba intimidar y mantenía encañonado a Woods:

—¡Ordene a sus hombres que tiren las armas!

—Me parece que no está usted en posición de dar órdenes —le contestó Woods, girando sobre sus talones hasta colocar a Valérie entre él y el copiloto—. Contaré hasta tres, y será usted quien deje esa pistola en el suelo.

—¡Antes le vuelo la cabeza! —amenazó West, apuntando a Woods entre los ojos.

—Algo me dice que no le va a dar tiempo —suspiró Woods—. Uno, dos...

West ya estaba muerto cuando Woods pronunció el tres.

La cabeza del piloto cayó hacia delante como si estuviera sujeta al tronco por una bisagra de piel. Detrás de él, Whisper conservaba la posición final de su ataque como

si el tiempo se hubiera detenido: su cuerpo menudo y atlético, embutido en el uniforme negro, permanecía con las piernas flexionadas; la mano derecha, la que empuñaba la katana, señalaba hacia atrás. Su postura recordaba a la de un surfista cabalgando en la cresta de una ola. La hoja de la espada, afilada como una navaja de barbero, ni siquiera se había manchado de sangre. Ejecutando un movimiento perfectamente estudiado, la joven devolvió el arma a la funda rematada con adornos de bronce viejo que colgaba a su espalda.

Valérie estuvo a punto de desmayarse. Buscó con la vista a David y a Royi, y lo que vio le desesperanzó aún más: los dos estaban con las manos en alto, encañonados por Duke. Los periodistas miraban, con rostro desencajado, cómo West, prácticamente decapitado, daba dos pasos hacia delante y caía al suelo. Woods empujó a Valérie hacia sus hombros. Khayn la inmovilizó, y ella no opuso resistencia. No tenía ánimos para hacerlo. Estaba vencida.

El piloto salió del helicóptero con las manos en alto, encañonado por Jones. Caminó unos metros, hasta quedar bañado por la luz del foco. Vio el cadáver de su compañero tendido en un charco de sangre. Debajo del aparatoso casco de vuelo, el sudor le caía a chorros. El piloto sintió la certeza de que estaba viviendo el último minuto de su vida.

—Quieto —le ordenó Jones, desde atrás.

Woods se acercó a donde estaban. En su mano llevaba el pequeño revólver chato del .38. El piloto, intentando controlar su miedo, le habló con toda la decisión que fue capaz de invocar:

—La Organización sabe que estamos aquí —le advirtió—. Está cometiendo un grave error.

Woods soltó una risita cínica:

—A estas alturas, un error más no importa.

Dicho esto, Woods disparó un único y certero tiro en el corazón del piloto, que cayó de espaldas, muerto en el acto. Valérie se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos con fuerza, deseando despertar de aquella pesadilla. David y Royi se preguntaron en silencio quien sería el siguiente en morir. El fotógrafo se encaró a Duke:

—¿Joder, qué está pasando aquí?

Duke no contestó. Doggy, el Hydra bajito y con cara de perro, forzó a los periodistas a colocar las manos en la espalda; seguidamente, las inmovilizó con bridas de plástico. Tyrell, el cara de sioux, hizo lo mismo con Valérie. Ahora eran oficialmente prisioneros.

Woods echó un último vistazo al piloto muerto y caminó despacio hacia los civiles, con el revólver aún caliente en la mano. Jones le seguía dos pasos por detrás. El resplandor del foco del helicóptero daba un efecto teatral a la escena: un contraluz típico del cine negro de los cincuenta. Los demás Hydra empujaron a Valérie hasta

donde estaban los periodistas, que intercambiaron miradas lúgubres con ella. Forest seguía al grupo en silencio, manteniéndose algo alejado. Woods habló a sus hombres:

—Quitadles las pulseras localizadoras y encerradlos donde no estorben. Y no os olvidéis del médico. Está durmiendo en la mansión.

Tyrell y Doggy les despojaron de los localizadores GPS y se los entregaron a Woods. Este se los guardó en un bolsillo. A pesar de estar terriblemente asustado, Royi se atrevió a hablar:

—¿Es usted consciente de que esto es un secuestro? Se está metiendo en un buen lío...

Woods le clavó una mirada insolente. Primero a él, luego a David y por último a Valérie. Royi recordó todos los enfrentamientos que había tenido con Woods hasta la fecha y lanzó una mirada de preocupación al revólver que por ahora, afortunadamente, apuntaba al suelo. Si Woods pensaba matar a alguien, él tenía el noventa por ciento de las papeletas.

—Señor Durán —comenzó a decir Woods, muy despacio—, le agradecería que a partir de ahora mantuviera esa boca cerrada —dicho esto, el comandante se dirigió a los prisioneros, en general—. Ahora mando yo, y cuando mando, exijo que se acaten mis órdenes sin rechistar. Si se portan bien, podrán volver a sus casas cuando todo esto termine. Obedezcan a pies juntillas, no hagan preguntas y, por supuesto, no intenten ninguna heroicidad.

Valérie se moría por preguntarle a Charles Forest qué demonios tenía que ver en todo aquello, pero Woods había sido claro: no quería preguntas, y ya habían visto cómo se las gastaba. Valérie estaba segura de que Woods no dudaría en despachar a cualquiera que le resultase molesto con la misma diligencia con la que se había cargado a los pilotos.

—Lleváoslos —ordenó Woods, dirigiéndose luego a Forest—. Tú quédate aquí, quiero hablar contigo.

David, Royi y Valérie fueron conducidos a la mansión a punta de fusil por los Hydra. Junto al helicóptero, acompañados por los dos cadáveres y bañados por la luz del foco, tan solo quedaron Woods y Forest. El alba comenzaba a despuntar en el horizonte, desterrando una noche que había resultado ser larga, muy larga. Woods enfundó el revólver y dio dos pasos hacia el ejecutivo, fundiéndose con él en un abrazo que duró varios segundos. Cuando terminaron de abrazarse, Woods reprendió amablemente a Forest:

—¿Cómo se te ocurre salir a cara descubierta, Charles? Si no te hubieras quitado el pasamontañas, los pilotos estarían vivos, Delacroix de camino a la base y nosotros seguiríamos con el plan tal y como estaba previsto —el mercenario lanzó una mirada de preocupación al helicóptero y a los cadáveres—. Ahora se nos ha complicado la cosa. En cuanto la Organización descubra esto, estaremos en su punto de mira.

—Para empezar, yo no me quité el pasamontañas —se defendió Forest—. Alguien me lo quitó mientras dormía. Además, ¿cómo iba a imaginar que Valérie

estaba con vosotros? ¡Debería estar en el campamento base!

—¿No os avisaron de que ella estaba aquí?

—Que yo sepa, no. Lo último que me interesa es que corra la noticia de que sigo vivo —rezongó—. ¿Qué piensas hacer con ellos?

—El único que nos interesa realmente es David Beltrán. Los demás son prescindibles. De todas formas, voy a mantenerlos con vida mientras pueda; Beltrán tiene más cojones de lo que aparenta, y podría resistirse a colaborar si nos cargamos a alguno de sus compañeros. Además, nos servirán de rehenes si la cosa se pone fea.

—¿Por qué es Beltrán tan importante para la operación? —preguntó Forest, intrigado—. Gérard y sus amigos no tuvieron problemas para localizar Boca Verde. No creo que sea tan complicado dar con el sitio...

—No es solo por eso. Beltrán conoce la lengua de los indígenas, y eso puede ahorrarnos muchos problemas —Woods guiñó un ojo a Forest—. Y no olvides que solo él sabe cómo abrir ciertas puertas...

Forest asintió con la cabeza:

—Cierto —dijo—. Había olvidado el detalle de las puertas...

—Un detalle *muy* importante —puntualizó Woods, que cambió de tema a continuación—. ¿Cómo han ido las cosas por Manaos, Charles?

—Todo perfecto. Tanto el policía como Carbonnier están fuera de circulación. Tu gente funciona de maravilla.

Charles Forest había quedado impresionado por la eficacia del team Hydra. En un tiempo record habían preparado toda la farsa de su muerte en un aparatoso accidente de tráfico, habían robado las pruebas de Antoine Villeneuve de forma que todo pareciese un vulgar asalto, y habían eliminado a las dos únicas personas que estaban al corriente de su operación paralela: el comisario encargado del caso, Manoel Oliveira, y Maurice Carbonnier, el abogado del Grupo LeVu. Por último, habían conseguido colar al propio Forest en el helicóptero del team Wyvern y cruzar la frontera de Perú. Un diez en eficacia.

—Cuando te propuse este asunto, temí que no quisieras hacerlo —confesó Forest—. Sé que tu trabajo en la Organización Myth está muy bien pagado.

Woods soltó una risita amarga:

—Está bien pagado, sí. ¿Pero de qué me sirve el dinero estando muerto, Charles? No conozco a nadie de Myth que haya podido jubilarse del todo. Si sobrevives a tu periodo como combatiente, sabes demasiado como para que te den un generoso finiquito y te vayas de veraneo indefinido a las Fidji. O acabas esclavizado en la burocracia de la Organización, trabajando en la sombra hasta que te mueres de viejo, o bien un día recibes en tu casa la visita de un tipo que te mete dos tiros en la cabeza. En este trabajo, no puedes pedir la cuenta e irte. Funciona como una secta: una vez dentro, no puedes salir.

Forest esbozó su sonrisa de Eastwood y palmeó el hombro de Woods:

—Si esto sale bien, nos iremos de vacaciones indefinidas adonde tú elijas — prometió—. Cambiaremos de identidad y dedicaremos el resto de nuestras vidas a tomar cócteles, a cepillarnos jovencitas, a conducir coches de lujo y a vivir como reyes.

—Me parece un plan perfecto —aceptó Woods—. De todas formas, tú seguirás pagando las copas. ¡No permitirás que lo haga tu hermano pequeño!

Forest soltó una carcajada y volvió a abrazar a su hermano.

—Tenía ganas de verte, Georges.

—Y yo a ti, viejo. ¿Cuándo fue la última vez?

—En el noventa y nueve, en Nueva York.

—¡Ah, sí, lo recuerdo! —Woods se echó a reír—. ¡Aquella sí que fue una buena! Al menos no hemos perdido el contacto durante todos estos años...

—Internet es un milagro para quienes viven lejos —sentenció Forest.

—Cierto, aunque cuando internet no existía tampoco perdimos el contacto. Desde que murió papá, nunca me faltaron tus llamadas ni tus cartas.

Forest agachó la mirada, como si la mención de aquella época le doliera. Cuando habló, su voz sonó culpable:

—Eras solo un niño, y yo un joven ambicioso que te dejó solo en América...

—Nunca estuve solo, Charles. Jamás me faltó nada en casa de los Woods. Si hubieran tenido un hijo propio, no lo habrían querido más que a mí.

El ejecutivo sonrió al recordar a los Woods, el anciano matrimonio vecino de los Forest en Estados Unidos. La pareja, que no había podido tener hijos, solía quedarse con el pequeño Georges mientras sus padres trabajaban. Él pasaba horas y horas en casa de los Woods, recibiendo más cariño, mimos y regalos que los que sus propios padres podían ofrecerle. Cuando falleció el padre de Georges, tres años después de que lo hiciera su madre, los Woods se hicieron cargo del pequeño, rellenando una miríada de papeles y superando infinitos trámites hasta conseguir legalizar la adopción. La señora Woods solía decir que era un regalo del Señor. «*¡Si hasta tiene nuestro apellido!*»^[47]. Pocos años después, un infarto de miocardio al volante de su coche dejó al joven Georges Woods completamente solo. Los Woods fallecieron el mismo día, en el mismo accidente de tráfico. A los diecisiete años, Georges rechazó regresar a Europa con Charles y se alistó en el ejército, donde se forjó una carrera repleta de éxitos. Whisper tenía razón: ambos se parecían, no tanto físicamente (aunque compartían la dureza de sus rasgos y algunos gestos) como por su carácter. Cada uno en lo suyo, eran tipos duros, forjados a hierro y fuego: Charles en el mundo de los negocios y Woods en el de la guerra; dos lobos solitarios que habían dejado atrás los escrúpulos, lo mismo que las serpientes mudan la piel.

—Vamos con los demás —propuso Woods—. Todavía hay cosas que hacer.

Mientras caminaban hacia la plaza, Woods puso al día a su hermano de los últimos acontecimientos, advirtiéndole también de la próxima llegada de los hombres

de Sánchez. Forest no se mostró preocupado: tenía confianza absoluta en los Hydra. Al llegar a la plaza, no pudo reprimir un silbido de asombro:

—¿Esto ha sido cosa vuestra? —preguntó, contemplando las ruinas humeantes.

—Más bien cosa de Jones —puntualizó Woods—. Él dice que lo provocaron los empleados de la hacienda, pero yo no le creo del todo...

En el rostro de Forest se dibujó una mueca de desprecio:

—No sé cómo no te has deshecho ya de ese tipo —a Forest no le caía bien Jones desde que su hermano le contó el fatídico episodio de Héctor Montalbán—. Esa bestia acabará siendo tu perdición... o mejor dicho, nuestra perdición. Me jode que esté con nosotros en esto.

—Si no fuera por esa bestia, ahora estaríamos prisioneros, esperando como corderos a que Sánchez venga a recogernos —dijo Woods—. No quiero ni pensar lo que habría hecho Montalbán con nosotros.

Forest lanzó a su hermano una mirada de soslayo:

—Por muy buen soldado que sea, Jones no deja de ser un psicópata. No hay que tener un doctorado en psiquiatría para saber que ese tipo no anda bien de la azotea...

Woods se paró en seco. No quería acercarse a sus hombres y arriesgarse a que alguno oyera una conversación tan delicada:

—Cuando esto termine y repartamos el botín, el team Hydra se disolverá y cada uno irá por su lado —dijo—. No veremos a Jones nunca más, pero mientras dure esta operación, te ruego que dejes las cosas como están y no me calientes la cabeza con tus opiniones. ¿De acuerdo?

Forest gruñó algo ininteligible. Woods siguió hablando:

—Quiero que estés fuera de peligro en todo momento —Woods señaló la mansión adornada con banderines—. Entra ahí dentro y quédate en una de las habitaciones interiores. Pase lo que pase, no salgas hasta que yo te lo diga —el comandante pasó revista al uniforme negro de su hermano, comprobando que de su cinturón colgaba una funda de neopreno con una Beretta de 9 milímetros—. ¿Sabes usarla?

—Sí —respondió Forest—, no te preocupes por mí.

Woods le dio una última palmada en el hombro a su hermano mayor:

—Luego te veo, tengo trabajo que hacer.

Forest cruzó las puertas de la mansión sumido en sus pensamientos. Le preocupaba que Valérie, los periodistas y el médico supieran que su muerte no había sido más que una pantomima. En cuanto Beltrán dejara de serles útil, convencería a su hermano para que los matara. A los cuatro. Durante su vida empresarial, Forest nunca había dejado flecos sueltos.

Y esta vez, tampoco pensaba dejarlos.

Los cuatro civiles fueron encerrados en una sombría habitación de servicio de la mansión del Goblin. Doggy les custodiaba desde fuera. Aquel tipo, además de tener una cara capaz de cortar una mayonesa, se había mostrado brusco y desagradable con

ellos. Stephen, que había sido apresado por Stitches mientras dormía plácidamente en una cama, todavía no era del todo consciente de lo que pasaba. No abrió la boca cuando Stitches le maniató. No opuso resistencia ni hizo comentario alguno, como si estuviera dispuesto a aceptar cualquier cosa que viniera a partir de ahora. Se sentía tan jodido que le daba igual todo:

—La verdad es que el sueldo no justifica esto —reflexionó en voz alta, mientras apoyaba la espalda contra la pared. Estaba sentado en una de las dos camas que había en la habitación, cuyo escaso mobiliario adicional consistía en una estantería que soportaba un ventilador y un televisor antediluviano que agonizaba sobre un mueble auxiliar. Al no haber corriente, ambos estaban apagados—. ¿Pero qué les hemos hecho nosotros a estos tipos para que nos traten así?

Nadie supo responder la pregunta que Stephen lanzó al aire. Royi, que se encontraba sentado junto a él en la cama, se dirigió a Valérie:

—¿Ese Forest no era el que había muerto en un accidente de coche?

Valérie emitió un suspiro, seguido de una risita irónica:

—Ese mismo, y ahí le tienes: con mejor aspecto que nunca.

David intervino. Quería aclarar sus ideas:

—¿Estamos hablando de que la noticia de la muerte de Forest fue un error, o estamos hablando de que el propio Forest fingió su muerte?

—Lo que me faltaba por oír... —resopló Stephen.

—Todo apunta a que su muerte fue una farsa —dijo Valérie—. El cadáver fue identificado por Maurice Carbonnier y repatriado a Francia.

—¿Y qué coño pinta Forest aquí, con los Hydra? —preguntó Royi.

—Él fue quien contrató a estos tipos *antes de morir* —Valérie no pudo contener la risa al darse cuenta de la estupidez que acababa de soltar—. ¿Pero qué diablos estoy diciendo? Lo que cuenta es que ha venido con ellos, vestido como ellos y les conoce. Desconozco los planes de los Hydra, pero estoy segura de que Forest forma parte de ellos.

—O ellos forman parte del plan de Forest —apuntó Royi, dando la vuelta a la tortilla.

—¿Cuál es tu teoría? —le preguntó David, intrigado.

—¿Cuánto pueden valer Gérard LeVu y sus amigos, Valérie?

La cara de la joven se alargó tanto que no hubiera desentonado de extra en un cuadro del Greco:

—¿Piensas que el plan consiste en pedir rescate por Gérard una vez que le encontremos?

—No solo por Gérard —Royi fue aún más lejos—. No creo que sus amigos provengan de hogares humildes. Ya conoces el dicho: las buenas yuntas, Dios las cría y ellas se juntan. Imagínate la cifra que pueden pedir por ellos a sus familias.

—Un plan de pensiones inmejorable para Forest —murmuró David—. Para colmo, al estar muerto, queda libre de toda sospecha.

—¿Cuánto estaría dispuesto a pagar Louis LeVu por su hijo, Valérie? —le preguntó Royi.

—No podría decir una cifra, pero la fortuna del señor LeVu es incalculable. El rescate podría ascender a una cifra astronómica.

—Más que suficiente para forrar a Forest, a Woods y a sus mariachis —concluyó Royi.

Stephen, que seguía repantigado en la cama con la espalda contra la pared, intervino:

—¿Y qué va a ser de nosotros? No creo que valgamos mucho para ellos.

—Quizá nos metan en el *pack* de secuestrados —aventuró David—. Si hubieran querido matarnos, ya lo habrían hecho. Somos rehenes, y valemos más vivos que muertos.

Stephen gruñó, agorero:

—Al menos hasta que llegemos a Boca Verde...

David no estaba de acuerdo con él:

—No. Una vez has visto las fotos no es tan difícil de localizar. Fíjate como Gérard y sus amigos encontraron la entrada, siguiendo el río.

Valérie se movió un poco. Se sentía incómoda con las manos en la espalda:

—La cuestión es que estamos a merced de esos individuos, y ya nos hemos dado cuenta de que matar no es obstáculo para ellos —concluyó, apesadumbrada—. No me creo que el incendio fuera provocado por los hombres de Van der Vorst: acordaos de que Jones andaba por los alrededores, guardándonos las espaldas.

—Jones me da más miedo que los otros nueve juntos —confesó David, con un escalofrío—. Lo único que podemos hacer es obedecer sin rechistar y estar muy atentos. Seguimos vivos por alguna razón. Si averiguamos cual es, tendremos fuerza para negociar con ellos, y eso nos permitirá ganar tiempo.

Los civiles se quedaron en silencio hasta que, sorprendentemente, se quedaron dormidos. Poco a poco pasaron las horas, y el sol se elevó en las alturas, bañando con su luz el cementerio en que se había convertido la hacienda del Goblin.

—Se acerca un barco.

La voz de Duke llegó con claridad a los pequeños intercomunicadores de diadema de los Hydra. Esta vez no iban a pillarles por sorpresa, como el día anterior en el Paso del Jaguar. Ahora estaban perfectamente equipados y coordinados. Ahora eran absolutamente letales. Desde su puesto en la copa del árbol, Duke enfocó a la embarcación que se aproximaba desde el sur con su mira telescópica. Era muy diferente a las maniobrables lanchas rápidas del día anterior. Esta no era más que una destartalada carraca de madera con mucha obra muerta, despintada y renqueante, con neumáticos antediluvianos colgando de su borda y con los cristales tan sucios que se veían mates a través de la óptica del rifle. Aquel barco no era más que una ruina flotante.

—Miles y Tyrell, al embarcadero —ordenó Woods, a través del micro del intercomunicador.

Los dos hombres se colocaron en el muelle y comenzaron a hacer señas al barco, que aún estaba lejos. Para no levantar sospechas, ambos vestían ropa civil rapiñada de la tienda del Goblin.

—¿Qué tal, Migale? —preguntó Woods.

—Bien, jefe —la voz de la chica sonó metálica por los auriculares—. Esperando tu orden para abrir fuego.

Antes de dar esa orden, Woods quería cerciorarse de que la carraca era realmente la de Sánchez. Si bien no escatimaba en muertos a la hora de cumplir una misión, tampoco le gustaba ametrallar a inocentes. A través del visor telescópico de su rifle, Duke vigilaba la carraca: si era la de Sánchez, no tardaría en enfilarse hacia el embarcadero. El silencio expectante fue roto por una maldición del inglés:

—¡Mierda!

—¿Qué sucede, Duke? —preguntó Woods.

—¡Están dando la vuelta! ¡Se marchan!

La recogida de los prisioneros prometía ser un trabajo fácil. Eric Van der Vorst había asegurado que estos estaban maniatados y drogados, listos para ser transportados a Cayáhi. Una vez que los llevaran allí, Víctor Sánchez esperaba instrucciones de Salvador Montalbán. Santos Monzón rezaba para que el capo ordenara ejecutar a los gringos inmediatamente; prefería cargar con sus cabezas a llevarlos vivos hasta la Madriguera, lo que se le antojaba un trabajo tan peligroso como transportar bidones de nitroglicerina.

Sánchez encomendó la recogida a cinco de sus mejores hombres. Estaban capitaneados por Márquez, uno de sus más leales y eficaces lugartenientes. Tal y como estaba planteada, la operación no tenía por qué costar más vidas humanas. Suficientes hombres había perdido ya.

Sánchez, Monzón y sus hombres habían pasado casi toda la noche recorriendo a ciegas la cenagosa ribera del Unu Rono. Caminaron por la orilla opuesta de la Hacienda del Goblin, sabiendo que los gringos estaban allí. Sánchez confiaba en que el plan de Van der Vorst diera resultado. Una pequeña barca procedente de Cayáhi les recogió a tres kilómetros de la hacienda, río arriba, llevándoles de vuelta a la aldea. Sánchez ya había apalabrado por radio un barco en San Julián: una antigualla ruinosa lo bastante grande para transportar a los prisioneros. La carraca llegó a Cayáhi a las siete de la mañana, y a las nueve ya navegaba rumbo a la hacienda.

Con los cinco sentidos puestos en la radio, Sánchez se resistía a dormirse. Monzón, Huaranca y el resto de los hombres, dormían en una de las cabañas. Sánchez, en cambio, quería estar despierto cuando llegaran los gringos. Medio adormilado, dispuso sobre la mesa una batería de tres rayas de cocaína que desterraron inmediatamente el sueño. No les ofreció a los dos hombres que le

acompañaban, que presenciaron la esnifada con envidia. Justo aspiraba profundamente cuando la voz de Márquez sonó por el altavoz:

—Acá Metro —anunció Márquez—. ¿Me oyen? Cambio.

—Acá Sierra —Sánchez respondió personalmente—, cambio.

—Estamos a media milla de nuestro objetivo, pero allá pasa algo raro: hay mucho humo, como si hubiera habido un incendio, y nadie responde en la radio de la hacienda. Tampoco vemos el yate del Goblin en el embarcadero —Márquez hizo una pausa—. Esto me huele muy mal, patrón... cambio.

Sánchez tardó unos instantes en procesar la información. A él también le daba mala espina todo aquello. El Manqu Qhapaq solo abandonaba el embarcadero cuando el Goblin viajaba, y el maldito enano había prometido a Sánchez que estaría allí para la entrega de los prisioneros. ¿Por qué no estaba el yate en el embarcadero? ¿Y de dónde venía ese humo? Sánchez decidió que no correría riesgos innecesarios: si realmente no sucedía nada en la hacienda, no sería inconveniente para el Goblin retener a los prisioneros durante unas horas más. Ya los recogerían más tarde, cuando consiguieran contactar con él.

—No vamos a arriesgaremos —decidió Sánchez—. Regrésate para acá y espera nuevas órdenes. Cambio.

—¡Roger, patrón! Corto.

Márquez dejó el micro en su sitio y se dirigió a su piloto:

—*Pega la vuelta*. Nos vamos de aquí.

—¡Fuera! —ordenó Doggy a los civiles, abriendo de golpe la puerta del cuarto—. ¡Deprisa!

Tras este brusco despertar, David, Royi, Stephen y Valérie, con las manos en la espalda, tardaron unos segundos en reaccionar. Azuzados por el mercenario —al que seguramente llamaban Doggy por la cara de perro con la que Dios le había castigado—, salieron a la dolorosa claridad de la plaza, presidida por un sol que proyectaba en el suelo las sombras alargadas de los árboles que la rodeaban. Aunque ya no había fuego, de los escombros calcinados se elevaba una columna de humo que parecía infinita. El barco del Goblin se acercaba al embarcadero a toda máquina, mientras Woods instaba a sus hombres para que lo abordaran de inmediato. Cuando los prisioneros llegaron al muelle corriendo a trompicones, la pasarela ya estaba bajada y esperándoles. Una vez a bordo de la embarcación, les condujeron a empujones hasta el habitáculo que hacía las veces de bodega. De camino a su nueva celda, vieron a Forest sentado en el saloncito del yate. Fingía mirar a través de los ojos de buey, seguramente para evitar la mirada de Valérie. Los cuatro prisioneros se acomodaron en el suelo de la bodega, y Doggy se sentó frente a ellos.

Duke esperó junto a la pasarela a que Tyrell, que se encontraba a bordo de la Revenant, desembarcara de esta para dirigirse al Manqu Qhapaq. Woods, que había desechado el plan original de atacar el barco de Sánchez utilizando la lancha rápida,

observaba desde la bañera cómo Tyrell lanzaba una última ojeada a la Revenant mientras trotaba por el embarcadero hacia el yate.

—¿Todo listo? —preguntó Woods al hombre de piel cetrina.

—Todo listo —confirmó este, sentándose en la bañera.

El yate se separó del pantalán en cuanto Duke recogió la pasarela. Tyrell, sentado junto a Woods, no quitaba ojo al embarcadero. Miles, al mando de la nave, sabía lo que venía a continuación. Tenía un nudo en la garganta que casi le impedía respirar. Con los ojos empañados por las lágrimas, desvió la mirada de su rumbo para contemplar la Revenant por última vez.

—Adelante —ordenó Woods.

Tyrell oprimió el botón del pequeño detonador que sostenía en su mano derecha. Inmediatamente, la visión de la Revenant fue sustituida por una impresionante bola de fuego que se llevó por delante el embarcadero y los otros barcos atracados en él. Los depósitos de combustible cercanos al muelle, alcanzados por la explosión, estallaron violentamente esculpiendo un hongo negro, naranja y rojo que se elevó a muchos metros por encima del suelo. Una vez más, las llamas hicieron de la Hacienda del Goblin su reino. La Revenant, despedazada por las cargas colocadas por Tyrell, encontró su reposo final en el fondo del Unu Rono. En el puente del Manqu Qhapaq, Miles sintió cómo parte de su alma se hundía con ella.

—Mejor así que en otras manos —se consoló Woods.

Tyrell asintió con desdén. En la cubierta de proa, Migale y Stitches estaban tendidos con las M60 apoyadas en sus bípodes. Las cintas de munición blindada del 7,62 alfombraban la superficie antideslizante de fibra. Sus órdenes eran claras: abrirían fuego en cuanto estuvieran a distancia de tiro. De ese modo, los ocupantes de la carraca, en caso de llevar fusiles de asalto, serían incapaces de devolver el fuego con precisión. El barco de Sánchez sería acribillado por popa hasta que se detuviera o se hundiera. Woods no creía que llevaran armas pesadas; al fin y al cabo, su misión consistía en recoger prisioneros drogados.

—A la velocidad a la que vamos, les alcanzaremos en pocos minutos —dijo Migale a Stitches.

Stitches asintió y se concentró en las miras de su M60. Mientras tanto, Woods introdujo su mano en el bolsillo y extrajo un colorido ramillete de pulseras de goma. Allí estaban todas, con el nombre de cada miembro de «Delfín de Río» grabado en ellas: las de los civiles, las de sus hombres y la suya propia. Woods las fue arrojando al río, una por una, como quien deshoja una margarita y deja caer con languidez sus pétalos al agua. La corriente las abrazó y jugueteó con ellas, llevándoselas río abajo. Una tras otra, ejecutaron una danza caprichosa que las llevó a un destino que solo Dios conocía.

La última conexión con el campamento base había sido eliminada de forma definitiva.

Diez minutos después, los primeros proyectiles alcanzaron la popa del barco de Márquez, que informaba desesperadamente, a través de la radio, que estaban siendo tiroteados desde el Manqu Qhapaq. El yate, muchísimo más veloz, le ganaba terreno inexorablemente. Al otro lado de la transmisión, Sánchez, Monzón (a quien habían despertado no hacía ni un minuto) y un reducido grupo de hombres de Cayáhi, oyeron los gritos de la tripulación a través de la emisora. También se oyó el sonido de unos cristales al quebrarse en mil pedazos y, por último, el lamento de Márquez al encajar las balas que le arrancaron el alma del cuerpo. Luego, silencio. Márquez había soltado el botón del micrófono al morir, dejando que la imaginación de su audiencia recreara a gusto de cada cual el final de aquella batalla que, una vez más, habían perdido.

—¡Déjenos solos! —ordenó Sánchez, echando de la cabaña a todos menos a Monzón. Este se dejó caer en una silla, con una cara que hacía fácil adivinar el aspecto que tendría sobre una mesa de autopsias.

—¿Y ahora qué, bróder? —Monzón estaba al borde del llanto.

—Los gringos remontan el río, y a nosotros ya no nos quedan barcos. Tan solo tenemos la barquita pequeña con la que nos recogieron anoche...

Sánchez tenía la vista perdida en la pared de la cabaña, como si pudiera ver a través de ella. Monzón, aterrado ante la idea de regresar a la Madriguera portando malas noticias, a punto estuvo de agarrarle de las solapas:

—¡Dígame qué podemos hacer, viejo!

—Jugárnoslo todo a una carta —respondió Sánchez, después de un rato de silencio—. Tengo cuatro lanzacohetes RPG en el almacén. Los gringos no tienen más remedio que pasar por enfrente de Cayáhi. Si navegan por el centro, estarán fuera de nuestro alcance, y tendremos que jodernos... Pero si nos dividimos en dos grupos, cada uno de ellos con dos RPG, y el barco pasa cerca de una u otra orilla... ¡BANG! Dos *rockets* y al infierno.

Monzón tamborileó con sus dedos en la mesa de la radio:

—Dos grupos acechando el paso del barco —resumió—. Uno desde acá y otro desde la otra orilla...

Sánchez asintió con la cabeza. Monzón lo había captado a la primera.

—¿Y si los gringos deciden atacar Cayáhi? —preguntó Monzón.

—No creo que eso suceda —respondió Sánchez, ignorando que tanto el piloto de la *voladeira* como Canaza habían largado información a mansalva—. Seguro que los gringos culpan a Montalbán de los ataques, y piensan que envía sus fuerzas desde San Julián. Cayáhi ni siquiera aparece en los mapas. ¿Cómo pueden saber que estamos acá? —ante el silencio de Monzón, el guerrillero hizo un aspaviento con la mano y se levantó de la silla, pletórico—. Voy a ordenar a Orlando que cruce el río en la barquita, con tres hombres y dos RPG. Nosotros nos organizaremos acá con los otros dos. Si pasan cerca de esta orilla, nos divertiremos mucho: acá seremos más.

Monzón suspiró, levantándose también:

—¿Y qué hacemos si volvemos a joderla?

Sánchez giró la cabeza hacia Monzón, y este se dijo que en las últimas horas el ex Túpac Amaru había envejecido diez años:

—Prefiero que los gringos nos maten.

XXXII

—CINCO HOMBRES, TODOS MUERTOS —informó Stitches desde el barco de Sánchez, ahora abarloado al Manqu Qhapaq. La carraca estaba encharcada de sangre y hecha trizas por las balas. Stitches levantó un AK-47 para enseñárselo a Woods—. Hay varios como este. Eran ellos, sin duda.

Woods, asomado a la borda del yate del Goblin, se sintió aliviado: no se habían equivocado de objetivo. Como había previsto, el mayor alcance y la rápida cadencia de tiro de las M60 no habían permitido devolver el fuego a los hombres de Sánchez. Stitches intentaba esquivar los pegajosos charcos de sangre que inundaban la cubierta de madera. Más que una lluvia de balas, había sido un diluvio: el cadáver que menos impactos presentaba, tenía por lo menos diez. El médico observó que el micrófono de la radio, ahora inservible, colgaba fuera de su soporte. Probablemente, los hombres de Sánchez habían contactado con su base antes de caer.

Woods ordenó volar la carraca. No quería dejar un barco fantasma a la deriva que pudiera alertar a una patrulla. Al igual que hizo con la Revenant, Tyrell detonó la carga a distancia, provocando una explosión que partió en dos la tumba flotante.

—Ahora, a por Cayáhi —dijo Woods, decidido a erradicar cualquier amenaza procedente de la aldea—. Aún tardaremos algunas horas en llegar, así que descansad un rato. Khayn y yo trazaremos el plan de ataque.

Jones dormía en cubierta, con su boca entreabierta dejando al descubierto su abominable dentadura. Los demás se echaron donde pudieron: unos en el salón, otros ocuparon los pequeños camarotes cerca de la bodega, otros se tendieron en cubierta utilizando sus mochilas como almohadas y otros descansaron sobre los asientos acolchados de la bañera, donde Woods había abierto la mesa para desplegar el mapa de la DINANDRO.

—A esta velocidad, llegaremos en tres o cuatro horas —calculó Khayn, consultando su reloj—. No pensarás atacar desde el río, ¿verdad?

—Ni de broma —respondió Woods, que no quería poner en peligro el yate—. ¿Ves esta curva del río? —Khayn asintió—. Está más o menos a una milla de Cayáhi, fuera de su línea de visión; desde la aldea no podrán vernos —recalcó—. Mi plan es fondear aquí, desembarcar y atacar la aldea por tierra desde el norte, rodeándola en formación de media luna.

—¿Y no sería mejor proseguir viaje y dejar la aldea atrás? —propuso Khayn, que confiaba en la velocidad del Manqu Qhapaq para sobrepasar la amenaza de Cayáhi sin arriesgarse a más tiroteos—. No creo que les queden muchas ganas de seguir combatiendo...

Woods se mordió el labio inferior, meditó unos segundos y negó con la cabeza:

—Quiero estar seguro de que no van a perseguirnos más, ni por el río ni por tierra —Woods clavó su mirada en los ojos de Khayn—, y quiero estar *completamente seguro*. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Khayn asintió. Por supuesto que sabía lo que quería decir.

A pesar de que no figuraba en ninguno, Cayáhi iba a ser borrada del mapa.

Hora y media después, los miembros del team Hydra se ajustaban sus equipos y revisaban sus armas, preparándose para la acción. Aún faltaban unos minutos para llegar al recodo donde ocultarían el Manqu Qhapaq. El asalto a Cayáhi no debería presentar demasiadas dificultades, por lo cual había muy poco que explicar en el *briefing*: Jones y Whisper, como de costumbre, irían por delante, limpiando el terreno de trampas y centinelas, en caso de que hubiera vigilantes desplegados por la zona. Una vez a distancia de tiro, las ametralladoras de Migale y Stitches barrerían la aldea desde dos ángulos distintos. Para esta operación, en la que tendrían que moverse a través de la selva, eligieron dos ametralladoras MINIMI de calibre 5,56 con bípode, bastante más ligeras que las M60. El resto del team se armó con M4 con lanzagranadas, a excepción de Whisper y Jones, que portaban sus habituales Heckler & Koch MP5 silenciadas y su katana y machete, respectivamente. Además de sus armas de fuego, todos colgaron granadas de fragmentación en sus correajes. Los únicos que no se equiparon fueron Forest y Miles. Ellos se quedarían a bordo del yate, custodiando a los prisioneros. Woods estaba convencido del éxito de la ofensiva. Contaban con el factor sorpresa.

—¿Me recibís bien? —murmuró Woods a través del micrófono que se deslizaba por el lado izquierdo de su mejilla.

Todos respondieron afirmativamente. Los intercomunicadores funcionaban. Veinte minutos después, Miles fondeó el yate a unos metros de la orilla del río. Los Hydra tuvieron que mojarse el culo para llegar a tierra. Forest se despidió de su hermano desde la bañera. Se le veía preocupado.

—No te preocupes por nosotros —le tranquilizó Woods, dedicándole una sonrisa de optimismo—. ¡Esto va a ser pan comido!

Forest y Miles vieron cómo el team se alejaba por la orilla del río. Aún tendrían que recorrer un buen trecho de selva antes de llegar a Cayáhi. Forest decidió ponerse a cubierto del sol, que cada vez estaba más alto en el cielo, y entró en el salón, tumbándose de nuevo en el sofá. Miles decidió bajar a la bodega para echarle un vistazo a los prisioneros. Todos dormían con la cabeza reposando en sus mochilas excepto Valérie, que le recibió con una mirada de desconfianza. Estaba sentada, con la espalda apoyada en la mampara.

—Solo he bajado a ver cómo estaban —Miles habló en voz muy baja, respetando el sueño de los durmientes—. Estaré en el salón, ¿ok?

Al igual que Duke, Miles reflejaba cierta humanidad en su mirada, aunque Valérie se dijo que no debía dejarse engañar por las apariencias: él era tan mercenario como

los demás. Miles sonrió fugazmente y se fue. El instinto femenino de Valérie olió debilidad, una debilidad que podría usar a su favor si tenía la sangre fría y las agallas suficientes. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el olor a cerrado de la bodega. Aunque se consideraba una mujer valiente, nunca había hecho algo que pudiera considerarse una heroicidad.

Valérie controló su respiración y empezó a flexionar y a estirar las piernas. La falda larga las dejó al descubierto, musculadas y bien torneadas a la vez, aunque en la bodega no había nadie despierto para admirarlas. Movié la espalda lo que sus manos atadas le permitieron; giró el cuello en movimientos de rotación y tensó sus brazos para luego relajarlos y volverlos a tensar. Mientras calentaba sus músculos y los latidos de su corazón se disparaban, Valérie forjó un plan en su cabeza.

El team Hydra, con Jones y Whisper a la vanguardia, avanzó desde el norte en dirección a Cayáhi. La vegetación resultó no ser tan espesa como ellos hubieran deseado. El amplio espacio entre los árboles y la ausencia de vegetación impenetrable hacían que el camino resultase fácil de transitar, pero también mucho más peligroso en cuanto estuvieran dentro del alcance visual de los vigilantes de la aldea. Fue por extremar las precauciones que la última etapa de la ofensiva a Cayáhi se hizo más lenta.

Whisper y Jones desactivaron unas cuantas trampas bastante rudimentarias, consistentes en resortes con estacas y en alguna que otra red de captura. Jones estuvo a punto de meter el pie en un agujero muy bien disimulado, cuyo fondo era un puercoespín de maderas puntiagudas, probablemente impregnadas con excrementos para infectar la herida. La causa de su despiste fue la posibilidad de ser descubierto desde las copas de los árboles, lo que le ponía bastante nervioso y le hacía mirar constantemente hacia arriba.

Woods, Khayn, Stitches, Migale, Duke, Tyrell y Doggy avanzaban por etapas, atentos a las señales de Whisper y Jones. Súbitamente, la joven de rasgos asiáticos levantó el puño en señal de alto: había visto algo.

Sin atreverse a hablar a través del intercomunicador, Whisper sacó lentamente la katana de la funda que llevaba a la espalda, avanzando con andares de pantera hasta ocultarse detrás de un árbol. Jones se agachó y apuntó con su MP5 hacia la zona que se encontraba frente a la chica, aunque él no había localizado aún el objetivo de su compañera. Whisper saltó, silenciosa como una sombra, hacia otro árbol, acortando un poco más la distancia entre ella y su víctima. Unos segundos de inmovilidad total y, de repente, la asesina ejecutó un *sprint* que la hizo desaparecer de la vista. Jones avanzó detrás de ella. Cuando volvió a verla, Whisper se encontraba junto al cuerpo sin vida de un centinela. Como siempre, había sido rápida, silenciosa y mortal. Casi a gatas, con la espada aún en la mano, Whisper dejó atrás el cadáver y se asomó al borde de un cortado cubierto de matorrales desde donde se divisaban varias cabañas agrupadas en un claro junto al río. No vio otros vigilantes por los alrededores. La joven distinguió voces agudas procedentes de la cabaña más alejada de la orilla. De

una choza cercana, surgió un hombre barrigón, calvo y cercano a los sesenta. El tipo encendió un cigarrillo, intoxicando con su humo el aire de la mañana. Llevaba un Kalashnikov en bandolera.

—Todo tranquilo —comunicó Whisper en voz baja, a través del micro—. Solo un hombre armado a la vista. Se oyen mujeres en el edificio grande. Puede que también haya niños. No veo un solo barco en el río.

—Despleguémonos —decidió Woods.

Así comenzó el cerco a la aldea, aunque Whisper estaba en un error:

No todo estaba tan tranquilo en Cayáhi como parecía a simple vista.

Habían transcurrido dos horas desde que los Hydra desembarcaran del Manqu Qhapaq. Valérie llevaba un buen rato calentando sus músculos y dándole vueltas a la cabeza, en un estado de nervios tal que hasta sentía náuseas. Nunca antes había experimentado una ansiedad tan asfixiante, ni siquiera en exámenes decisivos en la universidad ni en las más inquisidoras entrevistas de trabajo. Esta vez, aunque sonase a tópico, iba a ser cuestión de vida o muerte.

Sus compañeros seguían durmiendo. Mejor. Si estuvieran despiertos, seguro que se opondrían a lo que estaba a punto de hacer. Valérie inspiró hondo una última vez. Haciendo uso únicamente de sus piernas, se levantó del suelo y se acercó a la puerta cerrada:

—¡Miles! —la joven no quiso levantar mucho la voz; tenía la boca seca como el esparto—. ¡Miles!

El navegante oyó la llamada de la joven desde el salón. Bajó las escaleras, abrió la puerta y se la encontró justo detrás. Ella aprovechó para examinar con disimulo el equipo del joven, localizando una pistola colgada en la parte izquierda del cinturón y un pequeño cuchillo embutido en su bota derecha. El Hydra alzó las cejas, esperando a que hablara.

—Tengo un problema —susurró Valérie, lanzando una mirada de reojo a sus compañeros. Seguían dormidos como bebés.

—¿Qué problema? —le preguntó Miles, con el ceño fruncido.

—Me está viniendo la regla —Valérie fingió sentirse apurada; el piloto no reaccionó, así que decidió ser más explícita—. El periodo, la menstruación... noto que me está bajando y no tengo nada para... ya me entiende. Vine a la selva sin equipaje —le recordó.

Miles meneó la cabeza ante aquel embarazoso imprevisto. Reprimiendo un suspiro, abrió la puerta un poco más.

—Venga conmigo, pero pórtese bien —le advirtió, permitiendo que ella subiera las escaleras delante de él. Miles echó un vistazo a sus espaldas, y decidió que los tres civiles maniatados no darían problemas. Dejó la puerta abierta, para así poder oír si se movían—. Vamos a ver si Whisper o Migale llevan algo que pueda servirle. Sus mochilas están fuera —explicó.

Camino de la bañera, Valérie vio a Forest tumbado en el asiento acolchado que recorría la mampara estribor del salón. Roncaba como un jabalí con carraspera. La joven apreció que él también llevaba una pistola al cinto.

Cuando salió al aire libre, Valérie respiró profundamente y examinó los alrededores. El Manqu Qhapaq se encontraba fondeado a unos tres metros de la orilla, en un recodo del río, frente a una selva más boscosa y menos densa que la que rodeaba la Hacienda del Goblin. Miles, que se había adelantado a ella, comenzó a remover las mochilas hasta localizar una de ellas:

—Esta es la de Migale, a ver si hay suerte... —el joven revolvió en su interior hasta que por fin encontró lo que buscaba—. ¿Esto le sirve?

Miles sostenía en la mano una caja de tampones.

—¡Claro, gracias! —celebró ella—. Pero tenemos otro problema...

La joven se dio la vuelta y le mostró las manos atadas a la espalda. Miles se sintió un idiota, con la caja de tampones en la mano, sin saber qué decir o qué hacer. Estaba claro que él no iba a ponerle el tampón. Miles rebuscó en el bolsillo de su pantalón hasta dar con una brida idéntica a la que sujetaba las muñecas de Valérie y sacó el cuchillo de la bota:

—No haga ninguna tontería —movió la brida delante de su cara—. En cuanto se ponga el tampón volveré a atarla, ¿ok?

—De acuerdo, no sabe cuánto se lo agradezco —contestó Valérie, separando los brazos del cuerpo para que Miles cortara sus ataduras.

Él cortó la brida de un solo tajo. Lo hizo con total tranquilidad, seguro de que aquella refinada ejecutiva, acostumbrada a llevar zapatos de tacón alto, trajes de chaqueta y falda corta, no supondría peligro alguno para él.

Miles tardó muy poco en darse cuenta de que acababa de cometer el error más grande de su vida.

El team Hydra rodeó la aldea en formación de media luna cerrada. Stitches se tumbó con su MINIMI en la vertiente norte de la colina, mientras Migale elegía una posición más al interior, al noreste. Ambos gozaban de un ángulo de tiro perfecto para barrer a placer el poblado con fuego cruzado. Whisper fue la primera en pisar el descampado donde estaban las chozas, mientras Jones avanzaba agachado hacia la cabaña donde se encontraba el equipo de radio, identificable por la antena instalada en su tejado. Intentando no ser descubierto, el bokor se asomó al interior del edificio a través de una de las ventanas. Dentro había dos individuos: uno de ellos se aburría junto a la emisora, medio adormecido por el canturreo de su compañero que, repantigado en una silla, ojeaba con indiferencia una vieja y arrugada revista para adultos. Jones hizo una uve con los dedos: dos objetivos. Mientras tanto, Whisper inspeccionaba otras cabañas, avanzando casi a gatas y manteniéndose en todo momento fuera de la vista del fumador, que observaba el cielo desde la puerta de la choza con aires de jubilado feliz. La joven se ocultó detrás de unos barriles de madera, justo cuando la voz de Duke le llegaba a través del auricular:

—Tengo al del cigarro a tiro...

—Parece ser que no hay demasiada gente en casa —intervino Khayn.

—Tal vez ya nos hemos cargado a la mayor parte del censo —bromeó Woods, optimista—. Migale, Stitches, cubridnos...

El resto del comando avanzó con sus fusiles de asalto listos para abrir fuego. Procurando no ser vistos, se aproximaron con sigilo a diferentes cabañas, intentando mantenerse en todo momento fuera del ángulo de visión del único hombre visible en la aldea.

Una vez más, el team Hydra iba a por todas.

Tan solo a unas decenas de metros al sur, ajenos a lo que sucedía en Cayáhi, Víctor Sánchez, Santos Monzón, Virgilio Huaranca y dieciséis hombres más, aguardaban el paso del Manqu Qhapaq. Otros cuatro guerrilleros, también armados con lanzacohetes RPG de fabricación rusa, aguardaban al otro lado del río. Si el yate pasaba cerca de alguna de las dos orillas, estaría a tiro de los RPG y acabaría en el fondo del Unu Rono. En cambio, si los gringos decidían navegar por el centro del río, no habría nada que hacer: se les escaparían y el problema de Sánchez y Monzón ya no serían ellos, sino Salvador Montalbán.

Sánchez y sus hombres estaban apostados cerca del riachuelo que había servido de escondrijo a las lanchas rápidas. Desde allí, no podían ver lo que sucedía en la aldea a causa de la vegetación y los desniveles del terreno.

Ninguno de ellos sospechó, ni por un segundo, que los gringos que esperaban por el río estaban asaltando Cayáhi desde tierra.

«Cuando ejecutes el pumse, no solo has de tener en cuenta los movimientos de tus manos y tus pies. Pelearás contra enemigos que no existen, pero tienes que visualizarlos como si fueran reales. Sé rápida y precisa en tus técnicas, pero no pierdas nunca el equilibrio físico ni mental. Golpea a tus rivales sabiendo que, con cada gong keok^[48], uno de ellos quedará fuera de combate».

Con las palabras de su *sabomin*^[49] coreano resonando aún en su cabeza, Valérie se frotó las muñecas recién liberadas de la brida. Sentía que una mano invisible le estrujaba las tripas desde dentro, sin piedad. Sabía que había llegado el momento de poner en práctica todo lo aprendido desde que su padre la inscribiera en el *dochan* cuando tenía tan solo diez años.

«Nunca temas enfrentarte a un oponente en un combate real, Valérie. Ten precaución, pero no miedo. En condiciones normales, tú tendrás más técnica, más velocidad y más entrenamiento que él. Mantén la cabeza fría y piensa que solo es un combate más, como los que celebramos aquí, en el dochan. Pero debes tener en cuenta algo muy importante: en un combate real, tú tendrás una superioridad aplastante. Lo que realmente ha de preocuparte es no causar daños irreversibles a tu adversario». Valérie siempre había sido una alumna aventajada, y su *sabomin* no se cansaba de repetírselo cada vez que él mismo medía sus fuerzas con ella en la lona.

La bañera del Manqu Qhapaq no era el escenario idóneo para una pelea cuerpo a cuerpo. No era demasiado amplia, estaba repleta de mochilas desperdigadas y la mesa estaba a medio plegar. Miles, con el cuchillo en la mano derecha, ofrecía a Valérie la caja de tampones. El piloto se encontraba a menos de un metro de ella.

«*Jamás pierdas de vista los ojos de tu enemigo: verás más en ellos que en sus manos o pies*».

En una rápida y arriesgada acción, Valérie agarró con fuerza la muñeca derecha de Miles, torciéndola dolorosamente para mantener el cuchillo lejos de su brazo; con la palma de la otra mano, la joven le propinó un golpe seco en el codo. Una mueca de dolor sustituyó a la de sorpresa en el rostro de Miles. El cuchillo cayó en cubierta, y el piloto fue lanzado dos metros atrás de un violento empujón.

Valérie retrocedió un par de pasos y adoptó la posición *pyongi sogui*, con los pies ligeramente separados y sus puños protegiendo torso y rostro. Ahora se encontraba a una distancia perfecta para enfrentarse a Miles, que la miraba desde popa con una mezcla de sorpresa, admiración y rabia. Mascullando una maldición entre dientes, e ignorando el dolor en el codo, la mano del piloto fue en busca de la pistola que colgaba de su cinturón.

Al mismo tiempo, el pie de Valérie cortó el aire.

—Stitches, Migale —susurró Woods a través del intercomunicador—. ¡Fuego de cobertura!

Las dos ametralladoras ladraron al unísono, abatiendo al fumador. Del interior de la choza salió un segundo individuo armado cuya vida fue segada en el acto por las balas de 5,56.

Whisper, katana en mano, se apostó junto a la puerta de otra de las casas, interceptando con su hoja la salida de dos de sus ocupantes, que cayeron heridos de muerte. Un tercero disparó dos veces desde dentro, a través de la pared de madera. Las balas pasaron muy cerca de ella. Con una cabriola, la joven volvió a su refugio detrás de los barriles:

—¡Hombre armado en la casa que está justo enfrente de mí! —gritó, preparando su Heckler.

El fuego cruzado de las dos MINIMI se concentró en la cabaña señalada por Whisper. Su ocupante, tumbado en el suelo, reptó como una lagartija por debajo de la lluvia de balas hasta refugiarse debajo de uno de los camastros. Ahí se quedó, hasta que los proyectiles dejaron de atravesar el edificio. Milagrosamente, ni uno solo de ellos le alcanzó.

Justo al comenzar el ataque, Jones introdujo su MP5 por la ventana de la choza de la radio y despachó a los dos que había dentro. Desde su posición, vio la puerta de la casa grande del fondo abrirse de par en par y vomitar una riada de mujeres y niños corriendo, gritando y llorando. Algunas jóvenes sostenían bebés en sus brazos, intentando no ser arrolladas por la estampida.

—¡No les disparéis si ellas no lo hacen antes! —ordenó Woods, observando cómo escapaban al galope y se internaban en la selva sin mirar atrás.

Migale siguió la huida de las mujeres y los niños a través de las miras de su MINIMI, intentando anticiparse a cualquier movimiento sospechoso. A los pocos segundos, habían desaparecido en la espesura, en dirección contraria a la aldea, que ahora parecía desierta. El silencio volvió a reinar en el poblado.

—¿Ya está? —preguntó Khayn, que se había esperado una resistencia más fuerte—. ¿Esto es todo?

—Hagamos recuento de cuerpos —ordenó Woods por el micro.

—Dos —dijo Whisper, refiriéndose a los que había matado ella.

—Dos en la choza de la radio —contabilizó Jones.

—Tres —dijo Stitches, hablando por él y Migale—. El *fumeta*, su compañero y el que estaba dentro de la casa que hemos convertido en un colador.

—Siete —murmuró Khayn—. Me sigue pareciendo poca gente.

—¿Conocéis el aspecto de ese tal Sánchez? —preguntó Doggy.

—Negativo —respondió Woods—, pero le reconoceremos en cuanto le veamos: los líderes de esta gentuza tienen un sello especial de fábrica. Registremos las cabañas —ordenó, sin saber que su presencia ya había sido detectada por Sánchez y sus hombres.

Sánchez y sus guerrilleros intercambiaron miradas desencajadas al oír el sonido de las MINIMI. El sobresalto inicial dio paso a la explosión de adrenalina.

—¡Están en la aldea! —exclamó uno de los hombres, que fue sujetado por su jefe en cuanto hizo amago de salir corriendo hacia el poblado.

—¡Quédense todos quietos, carajo! —ordenó Sánchez, impidiendo que los suyos se dejaran llevar por el impulso ciego de defender la aldea—. ¿Quiénes quedaron allá?

—Siete u ocho hombres, las *jermas* y los *churres*^[50] —le informó un hombre joven a la vez que montaba su Kalashnikov; sus ojos delataban que estaba dispuesto a cualquier cosa.

Los disparos resonaban por toda la aldea, a no más de cien metros de dónde estaban. Sánchez maldijo para sus adentros. ¿Cómo habían relacionado los gringos Cayáhi con los ataques? ¿Cómo sabían, siquiera, dónde se encontraba la aldea? El Goblin o alguno de sus empleados se había ido de la lengua, seguro. «*O tal vez uno de mis hombres fue apresado y no tuvo huevos de aguantar el interrogatorio*». Esa idea le hizo sentirse aún más furioso.

—Vamos para la aldea, pero manténganse a cubierto —ordenó Sánchez—. No podemos permitirnos más bajas, ¿ok?

El tiroteo cesó antes de que llegaran a Cayáhi. El único sonido que siguió oyéndose fue el eco de los gritos de las mujeres y los niños alejándose en la selva. Un sonido alentador, que les infundió cierto alivio.

—Vamos a ranear desde donde no nos vean —decidió Sánchez, azuzando a sus hombres—. Se me abren en abanico, ¿ok?

Tanto los hombres de Sánchez como los de Monzón tomaron posiciones en una elevación del terreno que les permitía observar la aldea sin ser vistos. Ahora eran ellos quienes gozaban de la ventaja de la altura. Si los gringos se ponían a tiro, los joderían sin compasión. Monzón temblaba de nervios: él era un matón, un sicario, pero nunca antes había participado en un combate de estas proporciones. El lugarteniente de Montalbán no veía el final de aquella aventura amarga que le había tocado vivir, y no se sentía preparado para enfrentarse a aquellos mercenarios que habían demostrado ser imparables. Monzón permaneció pegado a Sánchez, seguido de cerca por Virgilio Huaranca. Este, armado con un Kalashnikov, se mantenía atento a su jefe.

La aldea, en un principio, les pareció desierta, hasta que de repente tres figuras armadas emergieron de detrás de sus escondites. Los AK-47 los adquirieron como objetivos, esperando la orden de fuego. En cuanto Sánchez la gritara, una nueva lluvia de proyectiles azotaría Cayáhi.

Dollio chagui.

La patada de Valérie describió un semicírculo e impactó con inusitada violencia en la mejilla de Miles, que perdió el equilibrio por segunda vez, fracasando en su intento de sacar el arma. Los asientos de la bañera le impidieron caer al suelo, y solo su fortaleza física y su preparación le permitieron aguantar el terrible golpe sin perder el conocimiento.

Mon dollio nako chagui.

Valérie giraba mientras lanzaba patadas que eran paradas a duras penas por los brazos de Miles, que se protegía, incrédulo, del vertiginoso ataque. Ni por asomo habría sospechado que aquella belleza guardara en su manga una técnica de combate tan depurada y demoledora.

Ella ya no estaba más nerviosa que cuando se enfrentaba a un compañero de dochan sobre la lona. Ni siquiera se planteaba que, en cualquier momento, Miles pudiera sacar la pistola o recoger el cuchillo y acabar con su vida. Le tenía acorralado. El piloto solo hacía lo posible por cubrirse y no recibir más de la cuenta. Valérie estaba ganando el combate. Solo tenía que aprovechar una grieta en su guardia y ejecutar el golpe de gracia.

«Mira a los ojos de tu adversario».

Valérie dejó de patear a Miles para volver a adoptar una postura equilibrada durante una milésima de segundo. En ese minúsculo intervalo de tiempo, detectó algo en los ojos del Hydra que reveló una nueva amenaza a su espalda: el joven miraba detrás de ella. Confiando más en su instinto que en sus sentidos, Valérie ejecutó a ciegas uno de los movimientos del pumse:

Tuit chagui.

Un ronco estertor a sus espaldas reveló que la cox había impactado contra el tórax de alguien que ahora volaba, de vuelta al salón, a través de la puerta de cristal abierta. Ella ni siquiera giró la cabeza para comprobar a quién había pateado, rezando para no fuera ninguno de sus amigos. Miles aprovechó la ocasión para intentar sacar de nuevo la pistola. Una vez más, no fue lo bastante rápido.

Tuio mon dollio tuit chagui.

Valérie se elevó en el aire, como si una hélice invisible la impulsara hacia arriba. Ahora que las manos de Miles se encontraban en la funda del arma, la cabeza del piloto quedaba desprotegida. Se lo jugaba todo en aquel ataque: si la patada no alcanzaba a su oponente, probablemente este sacaría la pistola y le dispararía. Su sabomin, hombre sabio y conservador, jamás habría aprobado un movimiento tan extremo y arriesgado.

Pero por suerte o por desgracia, su sabomin no estaba allí, y si el ataque tenía éxito, la pelea terminaría por *KO*.

Stitches descendió la ladera que rodeaba Cayáhi hasta emplazar su MINIMI detrás de unos troncos caídos, en un punto cercano a la orilla. Desde allí dominaba la parte exterior de la aldea y el río. El médico ignoraba que ahora presentaba un blanco fácil e inmóvil para los tiradores de Sánchez.

Los demás Hydra (a excepción de Migale, que conservó su posición privilegiada por si tenía que cubrir a sus compañeros desde arriba) comenzaron a registrar las chozas. Jones y Doggy comprobaron que los de la radio estaban muertos y se dirigieron al siguiente edificio. Vacío. Khayn y Duke inspeccionaron otras cabañas y tampoco encontraron a nadie. Whisper, desde su escondrijo detrás de los barriles, oteó hacia la zona por donde habían desaparecido las mujeres. Aunque no captó nada sospechoso, quiso quedarse tranquila, así que avanzó hacia el edificio grande, con una granada de fragmentación en la mano, dispuesta a comprobar si realmente estaba vacío.

Tyrell se dirigió en solitario hacia la cabaña ametrallada por las MINIMI. La luz del sol penetraba en su interior a través de la miríada de agujeros de bala, transformándola en una especie de discoteca pobretona y escasa de vatios. Convencido de que nadie habría podido sobrevivir dentro de aquel *queso gruyere* de madera y caña, se asomó a su interior tomando menos precauciones de las que debía. Tyrell pagó caro su error: desde debajo del camastro, el superviviente del ametrallamiento le disparó dos veces con una pistola, hiriéndole de muerte.

Y entonces, como si aquellos dos disparos hubieran gritado la orden de fuego, el infierno se desencadenó por segunda vez sobre Cayáhi.

David, Royi y Stephen se levantaron de un brinco, sobresaltados por el ruido de la lucha y los estridentes *kiai* de Valérie. Lo primero que vieron al abrir los ojos fue la puerta de la bodega abierta; detrás de esta, la escalera que ascendía hacia el salón parecía llamarles. Royi escaló los peldaños de dos en dos, seguido de cerca por sus compañeros. Aunque maniatados le serían de poca utilidad a Valérie, no podían

quedarse parados mientras ella se partía la cara por ellos. De repente, Royi tuvo que apartarse para esquivar a Charles Forest, que se le venía encima dando traspiés, como si acabara de ser embestido por un camión de mudanzas. David y Stephen se pegaron a la pared para evitar que chocara con ellos. Royi fue el primero en advertir que Forest dejaba caer algo mientras rodaba escaleras abajo. Enseguida identificó lo que era:

—¡¡¡Coged esa puta pistola!!!

David y Stephen persiguieron a Forest en su caída, intentando no enredarse con sus piernas. El ejecutivo aterrizó en la bodega de cabeza, lanzando asmáticos hipidos de dolor. Los civiles aún no sabían qué coño estaba montando Valérie en la bañera, pero ver a Forest en un estado tan lamentable prometía. David se sentó de culo y recogió la pistola del suelo, empuñándola con su mano derecha atada a la espalda y apuntando a ciegas a Forest. Desde el salón, les llegó la voz de Royi:

—¡Si se mueve, pegadle una patada en la cabeza! ¡Voy con Valérie!

Stephen decidió curarse en salud. Sin pensárselo dos veces, lanzó una patada con todas sus fuerzas a la cabeza de Forest, como si esta fuera un balón esperando un penalti. El ejecutivo perdió el conocimiento en el acto.

—¡Joder, Stephen! —exclamó David, asombrado ante la violencia del patadón—. ¿Cómo puedes ser tan bruto?

Stephen se encogió de hombros, con cara de no haber roto un plato en su vida. En ese momento, ni él ni David sabían aún que la pelea entre Valérie y Miles también había tocado a su fin. Royi, en cambio, sí llegó a tiempo para presenciar el desenlace.

—¡¡¡FUEGO!!!

La orden de Sánchez coreó los disparos que habían acabado con la vida de Tyrell, dando paso al sonido de los kalashnikovs. Jones logró ponerse a cubierto detrás de una de las cabañas, pero Doggy no fue tan rápido y su pequeña silueta fue abatida por las balas enemigas. El haitiano soltó una maldición, y el fuego de sus ojos se intensificó aún más. Tomado por sorpresa, no fue capaz de localizar la procedencia de la voz que había dado la orden de fuego. Whisper, sorprendida a mitad de camino de la casa que había alojado a las mujeres y a los niños, corría ahora a campo abierto en medio de una lluvia de proyectiles que levantaba nubes de polvo a su alrededor. Por fortuna para ella, pudo refugiarse detrás de un edificio cercano del que ocultaba a Jones.

—¡Los disparos proceden de ese terraplén! —gritó Khayn a través del intercomunicador; él y Duke se encontraban cuerpo a tierra detrás de otra choza, sin atreverse a asomar el morro—. ¡Manteneos a cubierto!

Stitches giró su MINIMI y barrió la selva al otro lado de la aldea. Migale, desde su posición, mantenía inactiva su ametralladora, incapaz de localizar la procedencia de los disparos; su munición era limitada, y no quería malgastarla disparando a ciegas.

Sánchez, desde su escondrijo detrás del terraplén, llamó a uno de los hombres armados con lanzacohetes:

—¡Cálleme a ese cabrón de una puta vez! —le ordenó, señalando a Stitches; este disparaba contra la espesura a ciegas y sin acierto.

El aterrador zumbido del cohete surcando el aire a pocos metros de altura hizo que los Hydra encogieran sus cabezas como tortugas en su caparazón. Detrás de Woods y Khayn, la tierra se sacudió con violencia. En un principio, pensaron que el disparo había fallado, pero no tardaron en echar de menos el sonido de la ametralladora de Stitches. Cuando giraron la cabeza hacia donde estaba, se dieron cuenta de que le habían alcanzado de lleno. Su MINIMI estaba en el suelo, inerte, sobre la tierra calcinada que servía de reposo a sus restos humeantes.

—¡Mierda! —exclamó Duke—. ¡Han volado a Stitches por los aires!

Al oír la mala noticia a través de los auriculares, Migale comenzó a disparar en dirección al terraplén que ocultaba a los hombres de Sánchez, como si estuviera poseída por el diablo y ya no le importara la munición. Los guerrilleros se parapetaron detrás de la elevación del terreno, esperando a que cesara el fuego. Monzón, junto a Sánchez, contabilizó las bajas enemigas:

—¡Tres menos, bróder! —informó, entusiasmado.

Sánchez felicitó al autor del disparo contra Stitches:

—¡Ese *rocket*^[51] estuvo buenísimo! —el tirador, orgulloso de sí mismo, montó su AK-47, presto a seguir luchando—. ¡Jodiste al gringo, cabrón!

Por encima de sus cabezas, las balas de Migale azotaban la vegetación sin causar daño alguno. Disparaba sin descanso, cegada por tal ira que ni siquiera oyó a la mujer que se le acercaba por detrás. La nativa de Cayáhi, que había localizado la posición de Migale en su huida, había improvisado una lanza sacando punta a una rama con su navaja. El ruido de la MINIMI le hacía fácil mantener el sigilo. Sin pensárselo dos veces, le hundió el palo en la nuca apoyando todo el peso de su cuerpo en él, como si plantara una sombrilla en la playa. Mientras mataba a Migale, la mujer lanzó a los cuatro vientos un grito cargado de rabia. El súbito y fúnebre silencio de la ametralladora hizo que Woods y los suyos se temieran lo peor:

—¿Migale?

Por mucho que repitieron su nombre cuatro veces, no hubo respuesta.

—¡Joder, no! —maldijo Khayn que, al igual que Monzón, llevaba la contabilidad de las bajas del team.

En cuanto las ráfagas de la MINIMI de Migale cesaron, Sánchez aulló la orden de fuego a discreción, abriendo el turno de disparos para los defensores de la aldea. Aquel grito bastó para que Jones le localizara:

—¡Objetivo principal a quince metros de la orilla, oculto tras un montículo en desfilada, justo a la izquierda del matorral con frutos rojos!

—¡Zona localizada! —confirmó Khayn.

—Localizado —dijo Duke.

—Preparad los lanzagranadas —ordenó Woods. Si era Sánchez quien daba las órdenes y conseguían matarlo, los defensores de Cayáhi perderían el mejor motivo para seguir luchando—. En cuanto cese el fuego, ya sabéis lo que hay que hacer...

Whisper había aprovechado el último barrido del arma de Migale para ocultarse detrás de la agujereada cabaña que aún albergaba al hombre que había matado a Tyrell. Los de Cayáhi disparaban indiscriminadamente a las casas, confiando en alcanzar a los invasores que se protegían detrás de ellas. Whisper se agazapó junto a la ventana, aguardando el momento oportuno para asomarse y acabar con su ocupante, si es que el fuego amigo procedente del terraplén no lo había hecho ya.

—¡Alto el fuego! —gritó Sánchez, confirmando una vez más su posición.

—¡AHORA!

A excepción de Whisper, todos los Hydra abandonaron sus escondrijos y salieron al descubierto para disparar a la vez los lanzagranadas de cuarenta milímetros adosados en sus fusiles M4. Jones también arrojó una granada, pero esta impulsada por la fuerza de su brazo. En cuanto el haitiano salió de su escondrijo, una mano empuñando una pistola apareció por la ventana que vigilaba Whisper. En un vertiginoso movimiento, la joven describió un relampagueante círculo con su katana, amputando limpiamente la mano del ejecutor de Tyrell a la altura de la muñeca. El aldeano, dentro de la choza, caminaba de un lado a otro como un pollo sin cabeza, sujetándose el muñón mientras profería gritos de histeria. Su sangre regaba las paredes agujereadas como un aspersor.

Sorprendidos por la repentina aparición de los mercenarios a campo abierto, algunos de los guerrilleros abrieron fuego torpemente, sin alcanzar a ningún objetivo. Las cuatro granadas estallaron simultáneamente donde se encontraban Sánchez y Monzón. Los demás se arrojaron al suelo, detrás del terraplén, sorprendidos por las explosiones. Jones, quitándole la anilla a una segunda granada, la arrojó a otra zona de la espesura, más para garantizarse unos segundos de tranquilidad que para causar víctimas. Aprovechando el alto el fuego, Whisper le dio el tiro de gracia al manco vociferante y corrió a refugiarse detrás de otro de los edificios.

—¿Habremos alcanzado a Sánchez? —se preguntó Duke en voz alta, a través del intercomunicador.

—Pronto lo sabremos... —jadeó Woods, atento al silencio que reinaba ahora en la selva.

Desde el salón del Manqu Qhapaq, Royi contempló atónito cómo la falda de Valérie ocultaba el sol en su vuelo. La joven parecía estar suspendida a un metro de la cubierta, con una de sus piernas flexionada en el aire mientras la otra impactaba contra la cara de Miles produciendo un crujido escalofriante. El fotógrafo se quedó paralizado: ver a Valérie desencadenar tal furia no era fácil de asimilar.

Miles, que una vez más había fracasado en su intento de desenfundar el arma, cubrió con sus manos el surtidor de sangre en que se había convertido su nariz. Cayó sentado sobre uno de los asientos de la bañera, al borde del desmayo a causa del

dolor. Como un niño enrabiado, pateó a ciegas, intentando apartar a Valérie, que había aterrizado a su lado y levantaba ahora la pierna derecha por encima de su cabeza. Miles no pudo hacer más que encogerse para recibir la terrible patada descendente. El impacto del talón contra su hombro le paralizó el brazo izquierdo. Valérie remató al navegante con dos puñetazos en el plexo solar. Miles, babeante y vencido, perdió el conocimiento. Presintiendo otra presencia a su espalda, Valérie giró sobre sí misma con la pierna preparada para lanzar otra patada. Por suerte para él, reconoció a Royi a tiempo:

—¡Soy yo, soy yo! —gritó el fotógrafo—. ¿Puedes soltarme?

Valérie recogió del suelo el cuchillo de Miles y cortó la brida que sujetaba las muñecas de Royi. Este se frotó las marcas rojizas que había dejado el plástico en su piel a la vez que le dedicaba una sonrisa de agradecimiento. Valérie rebuscó entre mochilas y asientos hasta dar con la brida nueva que Miles había soltado durante la pelea:

—Ayúdame —le pidió a Royi, acercándose al piloto inconsciente.

De nariz para abajo, el rostro de Miles estaba absolutamente pintado con el rojo de su sangre. Valérie le quitó la pistola y se la pasó a Royi, que se la guardó en el pantalón. Entre los dos, le ataron las manos a la espalda, asegurándose de que sería totalmente inofensivo una vez recobrarla la conciencia. Ella sacó unos pantalones de una mochila al azar y los ató fuertemente a los tobillos de Miles.

—¿A quién le di la patada? —preguntó Valérie; le preocupaba haber alcanzado a alguno de los suyos por error—. Lancé un *tuit chagui* a ciegas...

—¿Un *tuchi* qué? —Royi decidió enseguida que el nombre técnico del golpe le importaba un comino—. Pues se la diste a tu difunto jefe —hizo un cómico hincapié en la palabra *difunto*—. Si alguna vez te hizo *mobbing*, no hace falta que te quejes al sindicato: la venganza ha sido sublime.

Valérie no pudo evitar que se le escapara una risita. La idea de haber pateado a su idolatrado modelo a seguir le pareció terriblemente divertida.

—Merde... —musitó la chica en francés.

—Pues el muy hijoputa llevaba una pipa en la mano —comentó Royi—, así que te libraste de una buena.

—Bajemos con David y Stephen —sugirió Valérie, sin querer pensar demasiado si Forest habría sido capaz de matarla por la espalda—. Tenemos que largarnos de aquí antes de que vuelvan los otros.

Virgilio Huaranca se levantó del suelo, aún aturdido por las explosiones. La onda expansiva le había arrojado a varios metros de donde se encontraba apostado. Se examinó a sí mismo y comprobó, aliviado, que no le faltaba ningún miembro y que solo presentaba heridas sin importancia. Por suerte, se había separado unos metros de Sánchez y Monzón para tener un mejor ángulo de tiro, y eso le había salvado la vida. El suelo frente a él estaba ennegrecido, y algunas zonas de hierba seca ardían aquí y allá. Buscó a Monzón con la vista, pero no le encontró. Fue al recorrer los matorrales

más apartados cuando vio un trozo de pierna enfundada en los restos del pantalón de su jefe. Virgilio luchó contra las arcadas. A unos metros de distancia había más pedazos. Era evidente que había sufrido un impacto directo. Virgilio se santiguó, rezando en silencio mientras buscaba a Sánchez por los alrededores. Una tos ahogada procedente de detrás de unos arbustos llamó su atención. Virgilio rodeó el matorral y encontró allí al señor de Cayáhi, pálido y malherido, pero consciente. La metralla le había alcanzado en varias partes de su cuerpo, y una de sus piernas estaba casi cercenada a la altura de la espinilla. Sánchez agarró a Virgilio por la solapa y le habló muy cerca de su cara:

—Virgilio, *mijito* —su voz, aunque débil, mostraba entereza, cosa digna de admirar teniendo en cuenta que estaba literalmente destrozado—, ya perdimos. Don Salvador no podrá tomar represalias contra Cayáhi, porque Cayáhi dejó de existir desde hoy —una punzada de dolor crispó su rostro—. Esta no es tu guerra, bróder, ni la de los míos. Ya no queda nada por lo que luchar, ni tenemos nada que perder...

En la selva reinaba el silencio. Detrás de Virgilio, los hombres de Sánchez se miraban unos a otros, tal vez esperando una última orden de su jefe. Agazapados detrás del terraplén, ni siquiera osaban moverse.

—No tengo fuerzas para gritar, Virgilio, así que hazlo tú por mí: di a mis hombres que he caído, y que se oculten en la selva. Tú también, huye —Sánchez se mordió el labio inferior en un gesto de dolor—. Los gringos me buscan a mí. Ya nada puedes hacer por este viejo... yo ya estoy frío.

Virgilio se dijo que Sánchez tenía razón: con Monzón descansando en piezas, ya no tenía nada por lo que luchar. Por otra parte, la idea de volver a la Madriguera con noticias de fracaso le pareció un suicidio. Ahora tenía una oportunidad para alejarse del mal camino tomado años atrás para sacar a su familia de la pobreza extrema en la que vivía, y decidió no desaprovecharla. Haciendo bocina con las manos, cumplió la última voluntad de Sánchez, gritando a pleno pulmón, para que amigos y enemigos lo oyeran:

—¡Alto el fuego! ¡Víctor Sánchez ha caído, no disparen más y huyan! ¡Su última voluntad es que no haya más muertos! ¡Váyanse, váyanse!

Y dicho esto, Virgilio se internó en la selva, dejando atrás el campo de batalla. Tomó un camino distinto al que tomaron los aldeanos, que huían desesperadamente hacia el interior, jadeantes, vencidos, tristes y muertos de miedo. A partir de ahora, Virgilio Huaranca caminaría solo, lejos de la violencia en la que había vivido durante los últimos años. Ni siquiera se despidió de los hombres de Montalbán que vinieron con él desde la Madriguera, y que ahora seguían a los de Cayáhi en su carrera hacia el interior, donde las mujeres y los niños recibían asustados a los últimos supervivientes del poblado. La mujer que había acabado con la vida de Migale se abrazó a su marido, presa de un ataque de nervios, mezclando miedo, remordimiento y felicidad. Los aldeanos, acompañados por los narcos que jamás regresarían con Montalbán, dejaron atrás para siempre el pueblo fantasma en que se había convertido Cayáhi.

Horas más tarde, cuando los Hydra se hubieron marchado, los cuatro hombres que cruzaron el río para emboscar al Manqu Qhapaq regresaron al poblado. Recogieron lo poco que pudieron aprovechar y desaparecieron, cerrando así el epílogo de la historia de Cayáhi.

Una vez que comprobaron que el enemigo había huido al interior de la selva, los miembros del equipo Hydra abandonaron sus escondites. Avanzaron con cautela hacia donde se encontraba Sánchez, alertas por si se tratara de una trampa. Pronto se dieron cuenta de que no era así. A pesar de haber pagado un precio alto en bajas, el team Hydra había vencido contra los esbirros de Montalbán, y esta vez, de forma definitiva.

XXXIII

DAVID Y STEPHEN, con sus manos ahora libres, ayudaron a Royi y a Valérie a maniatar a Forest, que a pesar de emitir algún que otro quejido lastimero no acababa de salir de su estado de inconsciencia. Royi inmovilizó los tobillos del ejecutivo con un cable eléctrico arrancado de una afeitadora que encontró en el aseo, y las muñecas con una de las bridas que Miles guardaba en el bolsillo. Mientras se las robaba, Royi se tomó unos segundos para examinar el rostro inflamado y ensangrentado del piloto:

—Si buscáramos en una enciclopedia la palabra *paliza*, esto ilustraría perfectamente el artículo —comentó Royi, señalando la cara de Miles—. Este tío necesitará cirugía para volver a respirar bien por la nariz.

Los ecos del tiroteo de Cayáhi llegaron hasta el barco. Aunque era una prueba fehaciente de que los mercenarios estaban lejos y ocupados, los civiles hicieron el equipaje a toda prisa. Tenían que alejarse todo lo posible de Woods y rezar para que este no decidiera perseguirles. David, Royi y Valérie sacaron de las mochilas de los Hydra todo lo necesario para pasar una larga temporada en la selva, mientras Stephen, en la bodega, recolectaba provisiones sin perder de vista a Forest, que de vez en cuando se lamentaba en sueños.

Royi intentó probar la radio, pero no había corriente en el barco: las llaves no estaban puestas. Registraron a conciencia a Miles, pero no las llevaba encima. En su afán por entorpecer al team Hydra, el fotógrafo la emprendió a golpes con los instrumentos del yate, utilizando la empuñadura del cuchillo de combate que había colgado de su cinturón. Tras hacer añicos los instrumentos del puente, pulverizó la radio hasta cerciorarse de que quedaba completamente inservible: si ellos no podían utilizarla, Woods tampoco. Para rematar la faena, Royi introdujo la mano por debajo del panel de instrumentos, sacando de su sitio, de un fuerte tirón, un grueso manojó de cables que no dudó en cortar con su cuchillo, ocultándolos de nuevo lo mejor que pudo detrás del cuadro de mandos. Aquello los mantendría entretenidos durante un buen rato.

—¡Hey, venid a ver lo que he encontrado!

La voz de David atrajo a sus compañeros al salón. Cuando llegaron, vieron que este sostenía en la mano el teléfono Iridium de Khayn.

—¡Un teléfono! —exclamó, mientras marcaba un número. Le faltaba ponerse a bailar de alegría—. ¡Estamos salvados!

—¿A quién llamas? —le preguntó Royi.

—A Grial. Es el único número que me sé de memoria, y allí siempre hay alguien. Les diré que despierten a Andrade y que avisen a la policía.

David pulsó el botón de llamada, pero no sucedió nada. Al comprobar la pantalla, soltó una maldición:

—¡No, joder, no!

—¿Qué pasa?

—¡Me pide un código para activar las llamadas!

—Era demasiado bonito para ser cierto —refunfuñó Valérie—. Ya veremos si podemos hacer algo con eso cuando salgamos de aquí. Lo que me interesa ahora es largarme bien lejos de este barco...

—Ni se te ocurra apagarlo, David —le advirtió Royi—. No conocemos el PIN.

David guardó el teléfono en su mochila. Él y Royi continuaron registrando el barco, llevándole a Valérie todo lo que podía ser de utilidad. Stephen contribuyó, entre otras cosas, con latas de conserva, chocolate, frutos secos y botellas de agua mineral, con las que llenaron ocho cantimploras afanadas a los Hydra. Los cuatro se ciñeron correajes y cinturones de lona, colgando en ellos cuchillos, navajas multiuso, linternas, y demás equipo de supervivencia. Royi dejó para el final unas voluminosas cajas pintadas de verde oliva que ya había visto con anterioridad en la Revenant:

—Armas —anunció, sacando una Heckler & Koch MP5 idéntica a las de Jones y Whisper—. ¿Sabéis manejarlas?

—Más o menos —dijo Stephen, cogiendo otra de la caja—. Se introduce el cargador, se tira hacia atrás de esta palanca para montarla, se quita el seguro y se dispara, ¿no?

—Apuntando siempre a los malos y no a nosotros —apuntilló Royi, pasando otra MP5 a Valérie junto con dos cargadores llenos. La chica titubeó un poco al coger el arma, pero se la colgó al hombro sin pronunciar palabra—. Perfecto, Stephen, te doy un sobresaliente.

—¡Dios bendiga a las películas de Chuck Norris! —oró el gibraltareño, recogiendo tres cargadores más e introduciéndolos dentro su mochila, que era la que más abultaba de todas.

Continuaron registrando las cajas de armas y municiones, recogiendo también un par de pistolas de nueve milímetros *parabellum*. Mientras se equipaban, Stephen manifestó sus inquietudes:

—¿Qué harán estos tipos cuando vuelvan? ¿Vendrán a por nosotros o irán directamente a por Gérard?

—Espero que elijan la segunda opción —rezongó Royi, ajustándose los correajes al cuerpo—. Aunque no sé... nuestra fuga va a cabrearles mucho.

Valérie sustituyó la falda y la blusa por una camiseta negra y unos vaqueros que, como luego comentarían sus compañeros, le hacían un culo glorioso. Encima de la camiseta, se puso una camisa verde *camo* grande y holgada, que sirvió de base para el arnés de correajes. La joven practicó montando y desmontando su MP5, después de que Royi le dedicara una concisa pero instructiva clase particular. Stephen, que

andaba husmeando por el puente, bajó a la bañera llevando en sus manos una cajita abierta:

—Esto puede ser muy útil —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Dentro de la caja, perfectamente encajado en un lecho de gomaespuma, había algo parecido a un bolígrafo sobredimensionado y varios cilindros chatos de metal, dotados de rosca.

—¡Un lanzador de bengalas! —celebró Royi—. Trae, yo lo llevaré.

El eco de un lamento les llegó desde la bodega. David, que en ese momento registraba los camarotes, asomó la cabeza al salón e hizo señas a sus amigos para que le acompañaran. Forest había despertado y ahora forcejeaba inútilmente con sus ataduras. Valérie se sentía incómoda, y era de entender: pasando por alto el detalle de que era un cabrón, el tipo a quien había hecho rodar por una escalera de una patada no era otro que su otrora admirado jefe. Valérie decidió que incluiría eso en su *curriculum vitae*.

—Me quedaré aquí, por si despertara Miles —se excusó en voz baja, reacia a bajar a la bodega—. Además, quiero terminar el equipaje cuanto antes.

David asintió y le dio un comprensivo apretón en el brazo. Royi y Stephen le esperaban en el salón. Los tres se enfrentaron a la escalera como si descendiese a los infiernos. En una película, encararse a un prisionero parece bastante normal, pero en la vida real, afrontar la mirada acusadora de un preso indefenso, por muy hijo de perra que sea, es un trago de mal gusto para cualquiera que no esté entrenado para ello.

Forest se encontraba recostado en la pared, en posición fetal. Mantenía el hombro derecho levantado, como si esperara una agresión. Alternaba maldiciones en francés con bufidos quejumbrosos. Era evidente que a su cuerpo de más de sesenta años no le había sentado nada bien el castigo recibido. En la cabeza, donde había impactado el pie de Stephen, tenía un chichón del tamaño de una mandarina. David lanzó al médico una mirada de reproche, que este encajó como si no fuera con él. Fue Royi quien espontáneamente tomó las riendas del interrogatorio:

—¿Habla usted español, Señor Forest?

—¡Que te *enculen*, maricón! —escupió este, pronunciando *maguicón* con un marcadísimo acento francés. A Royi le recordó al *Inspector Clouseau*.

—Ya veo que sí —dijo el fotógrafo muy tranquilo, sin entrar al trapo—. Como puede ver, las tornas han cambiado: ahora mandamos nosotros.

Forest se echó a reír con ganas, aunque la expresión de su rostro reflejó que cada carcajada cobraba su precio en punzadas de dolor. Sus ojos se clavaron en los de Royi. Estaba claro que aquel tiburón, acostumbrado a dominar en las negociaciones, no iba a achantarse fácilmente a pesar de encontrarse en una situación desfavorable.

—Disponemos de poco tiempo, así que iré al grano —Royi montó la MP5 a dos centímetros de la nariz de Forest—. ¿Qué pinta usted en todo esto y qué piensan hacer con Gérard y sus amigos cuando les encuentren?

—Qu'est-ce que vous dites? Je ne parle pas espagnol...

—Claro que habla español, hijo de puta, pero si lo prefiere respóndame en francés, en inglés o en esperanto —Royi le apuntó a las piernas, y Forest le obsequió con una mirada arrogante. Si tenía miedo, lo disimulaba muy bien—. Le repito que no tenemos tiempo, así que no me tiene para que le deje las piernas como un colador antes de largarme de este barco. ¿Qué cojones pinta usted en todo esto y qué tienen pensado hacer con Gérard?

—Royi —David estaba detrás de él. Le preocupaba que le disparara de verdad, llevado por un arranque de ira—. Déjalo, vámonos de aquí...

Forest desvió su vista hacia David, con una sonrisa draconiana:

—¡Ah, todo un clásico! Poli bueno, poli malo...

—¿Qué pierna prefiere primero? —siseó Royi sin dejar de apuntar a Forest, que parecía no perder ni un ápice de aplomo—. ¡Hable de una puta vez!

—¡Royi, por el amor de Dios!

El cañón del subfusil temblaba, transmitiendo la furia que crecía dentro de Royi. David conocía a su amigo como si fuera su hermano, pero nunca antes había vivido con él algo tan intenso. El periodista temía cada vez más que Royi, en un estallido de cólera, apretara el gatillo. Para colmo de males, Forest no paraba de provocarle desde el suelo:

—¡Le faltan pelotas! ¡Dispáreme! —soltó una carcajada que resonó en la bodega como un réquiem—. No es tan fácil como apretar el disparador de su cámara, ¿verdad, *mon ami*? ¡Usted no es más que un fotógrafo de mierda!

Royi saboreó un indigesto cóctel de rabia, nerviosismo e impotencia. Durante una milésima de segundo, se visualizó a sí mismo metiéndole a Forest el cañón de la MP5 por su boca arrogante. ¡Bang! El grafiti que dibujarían sus sesos en la bodega molaría un montón. Pero a pesar de sus continuas bravatas, no era fácil disparar a sangre fría a un tipo indefenso. El cabrón de Forest tenía razón: Royi era un puto fotógrafo, no un asesino.

En ese momento les llegó el eco del sonido de una explosión. No era el típico repiqueteo de ametralladoras a las que ya ni prestaban atención desde hacía rato: aquel ruido había sido producido por algo mucho más potente.

—Eso ha sonado fuerte... —dijo Stephen, sin saber que en ese preciso instante Stitches había sido volatilizado por el impacto directo de un cohete.

—¡Vámonos ya, Royi! —David tiró fuertemente de él, en dirección a las escaleras—. A todo cerdo le llega su San Martín, y a este viejo hijo de puta no tardará en llegarle...

Forest se sintió ganador al ver a Royi bajar definitivamente su arma y darle la espalda. Se echó a reír de nuevo:

—¡Eso es, largaos! ¡Corred como conejos! ¡Y decidle a la puta de Delacroix que, cuando os cojamos, me encargará personalmente de ella!

—SHUT THE FUCK UP!!!^[52]

El rugido de Stephen fue rubricado por otro tremendo patadón, que esta vez alcanzó con precisión quirúrgica el cóccix de Forest. El viejo aulló de dolor, a pesar de que la patada le había dejado sin respiración. David se tapó los ojos con la mano, impactado, y Royi celebró el golpe con gusto. Por lo visto, patear a Forest se había convertido en el *hobby* favorito de Stephen.

—Estos chulos a los que se les va la boca cuando creen que no van a cobrar se merecen esto y más —manifestó el médico, sin mostrar ni rastro de arrepentimiento—. ¡Vámonos, y que se joda!

Forest, que resoplaba como si tuviera una caldera en el culo, profirió una completa retahíla de insultos y amenazas en francés, la mayoría de ellos ininteligibles para los fugitivos, que ya subían las escaleras para reunirse con Valérie. Pero de repente, una frase les hizo detenerse en seco:

—... mon frère va t'arracher les yeux...

«*Mi hermano va a sacarte los ojos*».

—¿Habéis entendido lo que yo? —preguntó Royi.

David giró la cabeza hacia Forest que, ahora callado como un muerto, mascaba su cólera entre jadeos.

—Su hermano... —repitió David en un susurro—. Mirada fría y arrogante, rostro alargado, arrugas marcadas junto a los ojos...

—Woods —acertó Stephen—. Este tipo es hermano de Woods.

—Woods... Forest... hasta tienen el mismo apellido, joder —David se dio cuenta entonces de que Forest había abandonado su actitud prepotente, consciente de que había hablado más de la cuenta—. Eso explica su conexión con el equipo Hydra.

Royi cerró la puerta de la bodega, dejando a Forest dentro:

—Lo que aún no sabemos es lo que pretenden —dijo—. Subamos a cubierta: tenemos que decidir lo que vamos a hacer con él...

Valérie había terminado de cerrar las mochilas, lista para abandonar el barco. Fue Royi quién la puso al corriente de las últimas noticias:

—Agárrate, Valérie... Forest y Woods son hermanos.

Ella abrió la boca, incrédula:

—No es posible. Forest no tiene familia...

—Pues le ha salido un hermanito americano, mercenario y cabrón —Royi miró por turnos a sus compañeros—. ¿Y bien, qué hacemos con él? Si lo llevamos con nosotros, tendremos algo para negociar con Woods —sugirió.

Tras reflexionar unos instantes, David decidió que aquello no sería lo más prudente:

—Woods iría detrás de nosotros y no pararía hasta rescatar a su hermano. No sé vosotros, pero yo no quiero tener detrás de mí a Jones o a la de la katana. Solo de pensarlo, me dan escalofríos...

Stephen opinaba lo mismo que él:

—David tiene razón. Si nos metemos en la selva, es posible que sigan su camino e intenten coger a Gérard antes de que nosotros alertemos a las autoridades. Para ellos, será una carrera contra reloj...

A lo lejos resonaron varias explosiones más. Las granadas de los Hydra acababan de caer sobre Santos Monzón y Víctor Sánchez.

—Más artillería —murmuró Royi, girando la cabeza hacia el ruido.

A partir de ahí, no se oyó nada más. Los segundos transcurrieron hasta sumar un minuto. Nada. Solo silencio.

—Parece que la batalla ha terminado —adivinó Stephen.

—Ojalá hayan ganado los de la aldea —deseó Valérie en voz alta.

—Es una pelea de malos contra peores —sentenció David—, y nos ha pillado en medio. Larguémonos de una vez.

Valérie fue la primera en echarse su mochila a la espalda, y sus compañeros la imitaron un segundo después. Para un desconocido, podrían pasar por miembros del equipo Hydra, completamente equipados y armados hasta los dientes. Al coger su mochila, Stephen tiró al suelo, sin querer, otra que estaba junto a la suya. Al caer, esta reveló una bolsa de lona delgada y aplastada que había debajo. Los tres hombres la reconocieron de inmediato:

—¡Joder! —Royi se arrojó literalmente sobre ella, mientras David y Stephen celebraban el hallazgo como si acabaran de pescar un salmón de treinta kilos. El fotógrafo fue el primero en abandonar el yate, con una sonrisa feliz en su rostro. Mientras estuvo en el agua, sostuvo la bolsa de lona junto con su mochila y su arma por encima de la cabeza, para que no se mojaran.

—¿Qué demonios hay en esa bandolera que os hace tan felices? —les preguntó Valérie, intrigada.

—Ahí dentro está el mapa de Woods —le contestó Stephen, descolgándose por la escalerilla del barco. El agua le cubría hasta el pecho. Como Royi, también mantuvo la mochila y el arma en alto—. Es un mapa muy detallado. Nos valdrá para llegar a algún lugar civilizado, si Dios quiere...

Valérie asintió y siguió a David a través del agua hasta la orilla. Los cuatro estaban empapados desde el pecho hasta los pies, pero sus armas y mochilas estaban completamente secas. Stephen le dedicó un gesto obsceno al Manqu Qhapaq antes de internarse en la selva. En ese momento, ni él ni sus compañeros sospechaban que dentro de la preciada bandolera de Woods había algo muchísimo más valioso que el mapa de la DINANDRO.

Woods, Khayn, Jones, Duke y Whisper avanzaron hacia la zona donde habían caído las granadas. Como de costumbre, Jones y Whisper se adelantaron al grupo. No había ni rastro de los hombres de Sánchez. Lo que sí vieron fueron trozos de Monzón, que ya estaban siendo picoteados por los insectos locales en un festín de zumbidos. Los Hydra no captaron señales de vida hasta que una voz les llamó desde detrás de unos arbustos. Los mercenarios, sin bajar la guardia, apuntaron sus armas hacia ella.

—¡Ya dejen de buscar, gringos! —la voz, aunque cansada, mantenía un tono firme—. ¡Acá estoy y, si quieren hacerme un favor, péguenme un tiro, qué carajo! —una risita doliente siguió a estas palabras. Después de dar un rodeo, los mercenarios llegaron hasta donde estaba Sánchez.

Los Hydra se encontraron frente a un hombre que, mortalmente herido, esperaba su destino tumbado panza arriba sobre la hojarasca. Encima de su pecho ensangrentado tenía una pequeña bolsa de plástico que contenía polvo blanco; al lado de esta, había un billete enrollado. La última cocaína de Sánchez no solo alegraba un poco su agonía; también le servía de anestésico. Antes de que este se lo confirmara, Woods supo que aquel moribundo de cola de caballo plateada era Víctor Sánchez. El jefe de los Hydra estudió sus rasgos: en un lugar más civilizado, habría podido pasar por un profesor de universidad o por un escritor bohemio. La luz de la inteligencia brillaba en sus ojos. A pesar de estar derrotado y medio muerto, Sánchez aún mostraba el aplomo y el carisma del líder que había sido durante la mayor parte de su vida.

—Víctor Sánchez, supongo —le preguntó Woods.

—Evidentemente, no soy el doctor Livingstone —bromeó Sánchez—. Cien puntos para usted, bróder —la risa ante su propio chiste le costó al moribundo una punzada de dolor que transformó su rostro en una máscara de tormento; en unos instantes, recobró de nuevo su expresión de paz y fijó su vista en Jones—. Así que es verdad que el demonio negro existe...

Jones le miró sin pronunciar palabra, dejando hablar a Woods:

—¿Y los demás? ¿Adónde fueron sus hombres?

Sánchez esbozó una sonrisa cansada:

—Mis hombres ya no son míos, esta ya no es su guerra, y Cayáhi, sin mí, no es nada. Mis gentes se perderán por la selva, buscarán alguna aldea que los acoja y malvivirán como puedan. No los persigan —Sánchez dirigió una mirada suplicante a Woods—. Ni yo ni ellos tenemos nada contra ustedes.

—¿Salvador Montalbán?

—Ya se ganó otros cien puntos, amigo. Él fue quien ordenó el ataque. El muy cabrón andará bravo con nosotros por los siglos de los siglos, a pesar de que su sed de venganza nos costó muchas vidas —Sánchez tosió violentamente, expeliendo gotitas de sangre. Luego, miró fijamente a Jones—. Negro, deberías hacerle al padre lo mismo que al hijo: Montalbán siempre fue y será un coño de madre...

Jones no pudo reprimir una sonrisa. Sánchez le caía bien. Tenía un par de cojones muy bien puestos.

—Y ahora, si ustedes no necesitan nada más, les ruego que me dejen frío de una jodida vez. Me meto mi última jalada de blanquita y me mandan para el infierno, no más.

Los Hydra intercambiaron miradas. A lo largo de su carrera habían matado a gente a sangre fría, pero esta era la primera vez que alguien les solicitaba su propia

ejecución. Sánchez tenía clase hasta para irse de este mundo. Jones dio un paso al frente para encargarse del trabajo sucio:

—Id a ver qué le pasó a Migale. Tranquilos, no sufrirá.

Los Hydra dejaron a Sánchez (que hacía esfuerzos sobrehumanos por esnifar la cocaína que quedaba en la bolsa) en compañía de Jones. Este espolvoreó por encima del moribundo una especie de ceniza procedente de una talega de piel. Sánchez no tenía miedo. Incluso le pareció divertido ver a aquel gigante negro recitando absurdos galimatías:

—Creo que lo que te metes tú es mejor aún que lo mío —Sánchez se chupó un dedo manchado de coca, mientras escuchaba la letanía del bokor.

«... *M'ape ba u li, ezili madé kabri dé pié...*».

Hacía tiempo que Jones no practicaba un ritual aderezado con toda la liturgia que tanto complacía a Erzulie Kalika. Además, esta vez no ofrecía a su Señora campesinos aterrorizados o un enano llorón. Esta vez, era un guerrero valeroso con muchas muertes a sus espaldas. Recitando su oración impía, Jones dibujó el vevé alrededor del cuerpo de Sánchez, que contemplaba la ceremonia como si la estuvieran dando en el National Geographic.

Jones notó cómo el loa reemplazaba a su *ti bon ange*. Al haitiano ya le daba igual que alguno de sus compañeros regresara y lo encontrara en ese éxtasis inexplicable. Poco a poco, estaba dejando de ser él. Su cuerpo oscilaba de un lado a otro, repitiendo los rituales que ya había practicado a las afueras de Santa Rosa do Purús unos días antes.

«*Katé pum pra pu ba li*».

Jones, enajenado, elevó el machete por encima de su cabeza. Sánchez cerró los ojos. Ni siquiera sintió dolor cuando la hoja de acero le decapitó.

Fue entonces cuando Jones se sintió invadido por la sensación más intensa que hubiera experimentado jamás. El loa guerrero salió despedido de su cuerpo como el tapón de una botella de champán, expulsado por otra presencia increíblemente más poderosa que tensó los músculos del bokor en un espasmo placentero como un orgasmo y a la vez doloroso como el peor de los calambres. Sus ojos, absolutamente rojos y vueltos hacia atrás, se alzaron hacia un cielo que ya ni siquiera veían.

Ella estaba, por fin, dentro de él. Jones sintió un poder inenarrable corriendo por sus venas. El bokor, después de muchos años de sacrificios de cabritos de dos pies, había conseguido entrar en comunión con su Señora. Ahora, Erzulie Kalika moraba dentro de él.

El círculo se había cerrado.

A partir de ahora, Jones sería aún más imparable.

Duke bajó por la ladera con el cadáver de Migale al hombro. Llevaba la MINIMI cogida por el asa, como si fuera el maletín de ejecutivo más letal del mercado. Los ojos del inglés revelaban que había llorado por su compañera; extraer la estaca de su nuca había resultado muy doloroso para él. Woods, Khayn y Whisper habían apilado

los cadáveres de Doggy y Tyrell sobre un montón de madera procedente de las cabañas. Duke depositó a Migale junto a sus compañeros caídos. Luchando contra las náuseas, también añadieron los pedazos de Stitches que pudieron encontrar. Woods musitó una breve oración y prendió fuego a la improvisada pira. Nadie pronunció un responso por los muertos de Cayáhi.

Desde la hoguera, los Hydra divisaron a Jones acercándose por el terraplén. Había tardado un buen rato. Woods supuso que Jones habría dejado tiempo a Sánchez para esnifar su droga y que, tras acabar con él, lo habría enterrado. Nadie sospechó que lo que Jones acababa de officiar, a modo de extremaunción, había sido un ritual de vudú Petro.

—¿Todo listo? —le preguntó Woods a Jones.

En lugar de contestarle, el bokor clavó sus ojos enrojecidos en el río:

—Debemos regresar inmediatamente al barco —dijo—. Presiento que algo no va bien allí...

XXXIV

JONES HABÍA ACERTADO. Cuando los Hydra subieron a bordo del Manqu Qhapaq, se encontraron con un Miles maltrecho, repantigado en el asiento de popa, maniatado y con la cara hecha un cromo. El navegante, que había recobrado el conocimiento unos minutos antes de que llegaran sus compañeros, narró con voz nasal cómo Valérie Delacroix le había engañado para luego sorprenderle con un feroz ataque que le había dejado KO. Woods le taladró con una mirada cargada de reproche, furia y decepción. «*Un exboina verde noqueado por una damisela en apuros con tetas de silicona... ¡manda cojones!*».

Mientras Woods decidía si ahogaba o no a Miles en el río, Jones y Whisper subieron a su hermano a la bañera. Forest, que lucía en la cabeza un llamativo chichón, le contó a su hermano cómo Valérie le había tirado por las escaleras y cómo había sido reducido por los civiles.

—¡El medicucho de mierda me ha pateado dos veces en el suelo! —Forest babeaba de venganza, palpándose el bollo—. ¡Como me lo eche a la cara, le arranco los huevos!

Woods obsequió a Miles y a su hermano con una mirada glacial:

—Aún no me explico cómo una secretaria desarmada os ha podido dejar a los dos fuera de combate —les reprochó, despiadadamente—. Para colmo, vosotros sí estabais armados.

—¡No tienes ni idea de cómo pega! —se defendió Miles, que muy a pesar suyo sonó gracioso—. ¡Esa zorra sabe muy bien lo que se hace!

Woods fijó su atención en el piloto:

—Y tú, especialmente, has sido un idiota. Solo a un absoluto retrasado se le ocurriría soltarla.

—¿Qué querías que hiciera? —protestó Miles, que pagaba cada palabra con dolor—. ¡Me engañó con esa mierda del tampón! ¿Cómo iba a imaginar que fuera tan peligrosa?

Woods imitó la voz de Miles, ridiculizándole delante de sus compañeros. Estos asistían a la humillación sin atreverse a comentar nada:

—«Me engañó con esa mierda del tampón... ¿Cómo iba a imaginar que fuera tan peligrosa...?». ¡Mírate! —aulló—. ¡Mira a Charles! —el tono de Woods se elevaba cada vez más—. ¿Si hubiera tenido la regla, acaso se habría desangrado? ¡No! —se respondió él mismo—. ¡Era tu prisionera, coño! ¡Si no fueras un perfecto idiota, los civiles seguirían allí abajo, dentro de esa puta bodega! —Woods crispó su rostro y

cerró los puños, luchando por controlar la rabia que sentía—. ¡Debería pegarte un tiro ahora mismo!

—¿Sabéis hacia dónde fueron? —preguntó Whisper, escrutando la orilla.

—Si no os habéis cruzado con ellos, es que han tomado esa vereda —respondió Miles, señalando con el dedo un camino rodeado de vegetación que se internaba en la selva; de repente, reparó en la ausencia de Stitches, Migale, Tyrell y Doggy—. ¿Dónde están los demás? ¿Vienen detrás de vosotros?

—Han muerto —le informó Woods, en un tono carente de emoción—. Los hombres de Sánchez nos estaban esperando en Cayáhi.

—Joder... —murmuró Miles, convencido de que en ese momento, Woods habría preferido que hubiera muerto él antes que cualquier otro de sus comandos. Duke le puso al día de lo sucedido en Cayáhi, mientras sus compañeros hacían recuento de lo que habían saqueado los civiles.

—Se han llevado varias armas —anunció Khayn, examinando las cajas abiertas—, y faltan varios cargadores.

—Lo han registrado todo —comprobó Whisper—. Va a ser difícil saber lo que se han llevado.

—¿Y las llaves del barco? —preguntó Woods, alarmado.

—Aquí —contestó Jones, lanzando a su jefe un pequeño llavero de aro que este atrapó al vuelo. Woods respiró aliviado: una vez más, Jones había cuidado hasta el último detalle—. Me las llevé previniendo... *esto*.

Woods asintió y lanzó otra mirada corrosiva a Miles. Este la encajó cabizbajo, con los ojos clavados en las mochilas revueltas.

—Bien hecho —felicitó Woods a Jones. Seguidamente, se dirigió a Miles—. ¿Y tú, has comprobado si el barco está bien?

—Aún no —reconoció este, levantándose y comprobando que el cuerpo no le dolía tanto como su orgullo—. Subamos al puente...

Woods, que sostenía el llavero en la mano, acompañó a Miles, seguidos por Duke y Whisper. Enseguida descubrieron el estropicio causado por Royi: había trozos de cristal y plástico por doquier, y la radio parecía haber salido de debajo de las ruedas de un camión.

—¡Hijos de puta! —maldijo Woods.

—Me parece que les subestimamos —comentó Duke, sonriendo de medio lado—. Les dan una paliza a sus carceleros, nos desvalijan, sabotean el barco y se largan con nuestras armas —soltó una risita—. No está mal para cuatro aficionados...

Whisper se encaró con él, irritada:

—Te caen bien, ¿verdad?

Duke no dejó de sonreír, pero optó por quedarse callado. El horno no estaba para bollos.

—Pásame las llaves —le pidió Miles a Woods—. Voy a probar si arranca.

El Manqu Qhapaq no reaccionó al giro de la llave. Miles lo intentó hasta cuatro veces, y el resultado fue como girar la llave de un armario ropero: no había contacto. Woods inspiró profundamente, en un ejercicio de autocontrol destinado a no arrancarle la cabeza al navegante, que acumulaba cada vez más culpas a ojos de su jefe.

—Voy... voy a echar un vistazo ahí abajo —tartamudeó Miles, agachándose bajo el cuadro de mandos. Enseguida vio el manajo de cables cortados; por suerte, había sido un corte limpio—. Bueno, podía haber sido peor. Me llevará un rato empalmar los cables, pero una vez que lo haya hecho, tendremos corriente en el barco.

Woods emitió un gruñido y se dio la vuelta hacia Whisper y Duke:

—Dejémosle trabajar tranquilo, vamos abajo.

En la bañera, Jones rebuscaba entre las mochilas con el ceño fruncido. Duke y Whisper pasaron de largo y entraron en el salón para reunirse con Khayn, que acababa de revisar la bodega. Woods se paró junto al haitiano:

—¿Qué estás buscando?

—¿Dónde dejaste tu bolsa? —preguntó Jones, alzando la mirada.

Woods palideció de sopetón y se lanzó como un poseso hacia el montón de mochilas que ocupaban los asientos de la bañera. Las arrojó al suelo sin miramiento alguno, las recogió de nuevo, las abrió, las registró y las volvió a tirar. Parecía un heroinómano en busca de la papelina perdida. Woods había dejado su portaplanos oculto bajo un montón de petates, convencido de que estaría seguro bajo el ojo vigilante de Miles. Por supuesto, nunca habría podido imaginar la gloriosa intervención de la versión femenina de Jean Claude Van Damme. Forest, viendo a su hermano al borde de una crisis nerviosa, se acercó a él sin dejar de frotarse el recuerdo que Stephen le había dejado en la cabeza:

—¿Qué es lo que andas buscando?

—¡Mi portaplanos! —exclamó Woods—. ¡Se lo han llevado!

La expresión de Forest reflejó la misma preocupación desencajada de su hermano. Él también sabía lo que había dentro de la bolsa:

—¿Estás seguro? —balbuceó.

Woods asintió, propinando un puñetazo de rabia al asiento acolchado. Para rematar el momento, y verificando el tópico que reza que las desgracias nunca vienen solas, Khayn emergió del salón anunciando otra mala nueva:

—Esos mamones se han llevado nuestro teléfono Iridium.

Woods estaba a punto de sufrir un colapso:

—¡Joder! ¿Es que no se les ha escapado ni un solo detalle a esos hijos de perra?

—Tampoco te preocupes demasiado por ese teléfono —le tranquilizó Khayn—. Está protegido por contraseña. Ese chisme solo puede recibir llamadas, y nadie va a llamarles.

Forest tomó la palabra, dirigiéndose a su hermano:

—Tenemos que decidir ya qué vamos a hacer. O continuamos con el plan sin Beltrán, a nuestro modo, o vamos a buscarlo.

—Continuar la misión *a nuestro modo* será bastante más difícil y peligroso, y no olvides que hemos sufrido cuatro bajas —gruñó Woods, mordiéndose el labio inferior—. Hay que recuperar a Beltrán y la bolsa.

—¿Quieres que vaya a buscarles? —preguntó Jones—. Van muy cargados y no están acostumbrados a moverse por la selva. No andarán lejos.

Woods le puso una mano en el hombro. Era como tocar una estatua:

—Llévate a Whisper contigo. Solo me interesan David Beltrán y el portaplanos. Si tienes que matar a alguno de ellos... hazlo.

—Si haces eso, Beltrán se negará a cooperar —objetó Duke—. Esos tipos tienen más cojones de lo que creemos.

Woods le dedicó una mirada de autosuficiencia:

—Por las buenas o por las malas, te juro que cooperará.

Jones soltó una risita siniestra ante el comentario de Woods. Sin perder más tiempo, se internó en la selva seguido por Whisper, tomando la única ruta posible de escape, monte arriba. Seguir el rastro de los fugitivos iba a ser pan comido.

El team Griffon había recibido la orden de entrar en acción esa misma mañana, minutos después de que la Organización perdiera contacto con el helicóptero del team Wyvern y de que en el campamento base comunicaran, al correo electrónico facilitado por Drummond, que los miembros de la expedición descendían por el Unu Rono en lo que parecía ser una huida caótica, según las lecturas del GPS. El team Griffon, que operaba desde una base oculta cerca de Yurimaguas, en Perú, desplegó una fuerza de asalto consistente en un helicóptero UH-60L Black Hawk, completamente artillado, y dos ágiles AH-1 Cobra, con órdenes de localizar a los dos equipos perdidos.

DoMarco, el comandante del team Griffon, viajaba en el asiento del copiloto del Black Hawk portando en su regazo un ordenador portátil en el que había instalado el *software* de seguimiento por GPS que Blanch le había enviado por *email*. DoMarco, un italoamericano moreno, de talla media y ojos tristes, ordenó a los dos Cobra reconocer la Hacienda Van der Vorst mientras ellos daban caza a las señales GPS que navegaban río abajo, no lejos de allí. Pronto comprobaron que no había ni rastro de los expedicionarios. Uno de los miembros de Griffon recuperó una pulsera atrapada en unas raíces. Sobre esta podía leerse el nombre de Migale. Una por una, siguieron al resto de las pulseras, pero no encontraron a ninguno de sus propietarios:

—Alguien arrojó las pulseras al río para despistarnos —concluyó DoMarco—. Comuniquen esto al campamento base para que no pierdan tiempo siguiendo pistas falsas —seguidamente, contactó con los helicópteros de ataque—. Matrona a bebés: ¿cómo andan las cosas en el objetivo?

—Aquí Bebé 2 —contestó uno de los pilotos de Cobra—. La hacienda ha sido incendiada, pero no se ve movimiento ahí abajo. Acabo de localizar el helicóptero de

los Wyvern. Hay dos cuerpos al lado: me temo que se trata de los pilotos. El aparato parece estar en buen estado...

DoMarco frunció el ceño. Aquello no le gustaba en absoluto:

—Vamos de camino —anunció a través de la radio—. Cubridnos desde el aire.

A los cinco minutos, el Black Hawk aterrizaba a unos metros del Sikorsky. Este mantenía aún su foco encendido, ahora atenuado por el resplandor del sol. Del Black Hawk saltaron diez hombres armados con fusiles de asalto que avanzaron corriendo hacia la parte trasera de la mansión, cubiertos en todo momento por los Cobra, que vigilaban desde el cielo prestos a arrasar la hacienda al menor indicio de movimiento. DoMarco y Rider, su piloto desde hacía varios años, se dirigieron hacia el Sikorsky de los Wyvern. Rider llevaba en la mano una pequeña metralleta M10, solo algo más grande que una pistola normal, mientras que DoMarco empuñaba su fiel Colt 1911 del .45. El primer cuerpo que vieron fue el del copiloto, que yacía panza arriba en medio de un impresionante charco de sangre. Las moscas, hambrientas, formaban una nube negra sobre él.

—Dios —murmuró Rider—, este hombre está casi decapitado...

DoMarco no se recreó en la vista del cadáver, sino que continuó avanzando hacia el segundo cuerpo tendido frente al helicóptero, que también dirigía sus ojos sin vida hacia el cielo:

—Aquí está el piloto. A este le pegaron un tiro en el pecho.

—El aparato está intacto —comentó Rider, examinando concienzudamente el Sikorsky—. Ni un impacto de bala...

—Aquí no hubo tiroteo —dedujo DoMarco—. Estos hombres fueron ejecutados.

Rider se asomó al interior del helicóptero, precedido por su M10. Estaba vacío, y en el habitáculo de pasajeros no había nada fuera de lo común. Fue al llegar a la carlinga cuando descubrió algo sobre uno de los asientos:

—¡Jefe, ven a ver esto!

DoMarco, que recibía novedades a través de su intercomunicador, entró en el Sikorsky y se reunió con Rider. Según los informes recibidos, las cosas estaban tranquilas en la hacienda:

—¿Has encontrado algo?

Rider le tendió la carpeta con el informe de vuelo:

—El informe en sí no dice nada —aclaró, señalando un punto en el papel—, pero mira lo que pone aquí.

El dedo de Rider señalaba una frase escrita con letra temblorosa, muy diferente de la caligrafía perfectamente legible con la que el piloto del team Wyvern había escrito el resto del informe:

«*Check helmet camera!*»^[53].

Rider se sentó en el asiento del piloto y encendió una pantalla TFT en el cuadro de mandos del Sikorsky. Retrocedió a máxima velocidad la grabación registrada por la cámara del casco, hasta unos momentos antes del aterrizaje:

—Prepárate —dijo—. Es probable que el piloto grabara su propia muerte.

DoMarco guardó silencio mientras Rider trasteaba con los controles de video. Por fin, las imágenes tomadas en vuelo fueron reemplazadas por las registradas en tierra. Al cabo de un par de minutos, como en una película muda, DoMarco y Rider fueron espectadores del forcejeo de Valérie con Woods, de cómo los periodistas eran encañonados y, por último, del disparo a bocajarro que acabó con la vida del piloto. Por suerte o por desgracia, la cámara no había captado la muerte del copiloto a manos de Whisper. Rider paró el video, y DoMarco inspiró profundamente:

—Esto no le va a gustar a Drummond —dijo, soltando el aire.

Horas después, mientras el equipo Hydra combatía en Cayáhi, Drummond retransmitió el informe de DoMarco (que se había quedado en la Hacienda del Goblin a la espera de órdenes) al alto mando de la Organización Myth. Drummond aguardaba con nerviosismo el comienzo de la videoconferencia con su superior. Esta era la primera vez, en la historia de la Organización, que uno de sus equipos adquiriría el *status* de *rogue squad*. De repente, el rostro severo de un hombre de unos sesenta años apareció en la pantalla de su portátil:

—Hemos leído el informe y visualizado con detenimiento el video y las fotos que ha adjuntado DoMarco —dijo el hombre, al que Drummond conocía como el *Grandmaster*—. Como de costumbre, ha hecho usted un trabajo excelente de coordinación de equipos, le felicito.

Drummond asintió a la webcam y musitó un simple gracias, esperando a que el *Grandmaster* continuara hablando. Este agachó la cabeza, como si leyera algo:

—DoMarco ha encontrado centinelas decapitados y cadáveres calcinados que no corresponden a ninguno de nuestros hombres ni a los civiles.

También hay un par de lugareños ejecutados a tiros —el *Grandmaster* siguió resumiendo el informe, tomándose tiempo para localizar datos de interés—. Han incendiado la mitad de la hacienda, han saqueado un almacén de provisiones y han volado el embarcadero con todas las embarcaciones, incluida la *Revenant*. Luego secuestraron a los civiles de la expedición y asesinaron a los pilotos del team *Wyvern* —el *Grandmaster* levantó la vista del informe—. Si le digo la verdad, ya hasta pongo en duda que fueran atacados por bandidos.

Drummond se preguntó si sus jefes no pensarían que él estaba involucrado en los planes de Woods. El *Grandmaster* clavó un par de ojos azules en la cámara. En pantalla, se veían enormes.

—En el informe de vuelo se menciona que cinco miembros del team Hydra embarcaron en Feijó —prosiguió—. De los diez Hydra, seis de ellos salieron en la *Revenant* desde Brasil, y cuatro fueron movilizados ayer desde Manaos. ¿Quién es ese quinto pasajero?

Drummond se quedó perplejo delante de su PC:

—Primera noticia que tengo, señor. ¿Un quinto pasajero?

El *Grandmaster* frunció un poco más el ceño a través de la webcam:

—Ignoramos qué ha llevado a Woods a actuar a nuestras espaldas, pero todo apunta a que se mueve por intereses propios. En estos momentos, el team Hydra está marcado como rogue squad: sus fotografías están siendo distribuidas a todos los servicios de inteligencia del mundo, sus tarjetas Titanio han sido anuladas y nuestra gente tiene orden de dispararles en cuanto les vean. No podrán pisar un aeropuerto, una estación de tren o un puerto marítimo sin que les detengan.

Drummond parpadeó tres veces:

—Perdone, señor. ¿No vamos a enviar a nadie para detenerlos? Le recuerdo que hay cuatro civiles con ellos. Probablemente, Woods los tenga como rehenes...

—Intentar detener al team Hydra en la selva nos costaría un alto precio en vidas y recursos, lo que lamentablemente no podemos permitirnos. De todos modos, lo más probable es que esos civiles ya estén muertos...

Drummond estuvo a punto de decirle al Grandmaster que no estaba de acuerdo con aquella decisión tomada a la ligera, pero sabía que cualquier objeción sería inútil. Lo único que conseguiría sería indisponer a sus superiores contra él. La suerte estaba echada, y los dados no habían sido favorables para los civiles:

—¿Y qué hacemos con nuestro cliente?

—Dé de baja los números de teléfono y *email* que le haya facilitado, y transfiera a su cuenta el importe de los pagos efectuados hasta ahora. No le dé ninguna explicación —advirtió—. El contrato queda rescindido unilateral e irrevocablemente.

—Entiendo —respondió Drummond. El Grandmaster podría haberlo resumido todo con un: *dígale a nuestro cliente que le den mucho por culo.*

—Drummond...

—¿Sí, señor?

—¿Tiene idea de por qué Woods está haciendo esto?

—Ojalá lo supiera —el tono de Drummond sonó sincero.

La imagen del Grandmaster asintió en la pantalla:

—Si le cojo vivo, le juro que nos lo contará.

Drummond no lo dudó ni un momento.

Hacía más de tres horas que David, Royi, Stephen y Valérie recorrían una senda ascendente a través de la selva. El terreno se elevaba cada vez más y, cargados de equipo como iban, la marcha se convertía poco a poco en un suplicio. Para colmo, una fina pero insistente lluvia les acompañó desde poco después de abandonar el yate. El terreno estaba cada vez más embarrado y resbaladizo, transformando la hojarasca que lo cubría en una superficie traicionera. A pesar de ello, caminaban deprisa, obsesionados por alejarse del río.

—Por ahora no hemos encontrado ni una sola bifurcación en el camino —se quejó Royi—. Como decidan perseguirnos, acabarán cazándonos como a conejos.

—Pues no nos detengamos —jadeó Valérie—. Espero que este sendero lleve a algún lugar civilizado.

Stephen, que iba el último de la fila, intervino:

—¿Sois conscientes de que si el ejército o la policía nos encuentra armados con metralletas lo vamos a tener muy crudo? Somos extranjeros, no tenemos licencia de armas y estamos en mitad de la selva. Nos hincharán a hostias y nos meterán en un calabozo denigrante antes de que nos dejen abrir la boca.

Hasta entonces, nadie se había planteado aquello. Estaban en un punto en el que el instinto de supervivencia relegaba las normas a un segundo plano.

—Al menos, todos llevamos la documentación encima, ¿no? —quiso saber David.

—Yo llevo el pasaporte en la mochila —dijo Valérie—, pero no sellé la entrada en Perú. Además, está hecho un guiñapo por culpa del agua...

David soltó una risita:

—Bueno, apuesto a que serás la inmigrante ilegal más *sexy* del país.

—Cierto —intervino Royi—. Quizás hasta te impongan una banda y todo, Valérie...

—Estoy segura de que Mercier habrá denunciado nuestra desaparición a la policía —dijo ella—, así que no creo que les pille por sorpresa...

Valérie se interrumpió al ver que Royi, que encabezaba la marcha, se paraba en seco:

—No sé si lo que estoy viendo es bueno o malo —dijo este.

Frente a ellos se abría una grieta de unos veinte metros de anchura, cruzada por un puente de cuerda de frágil aspecto. Al fondo del precipicio, muy abajo, corría alegremente un riachuelo flanqueado por dos paredes verticales que formaban una garganta. No se veía otro paso ni a la izquierda ni a la derecha, así que la única posibilidad de continuar el viaje pasaba obligatoriamente por aquel puente construido por un entramado de lianas entrecruzadas en un caos amenazador.

—¿Cómo andáis de vértigo? —preguntó Royi, mirando a sus compañeros con preocupación.

—Mal —reconoció Stephen—. ¡Con decirte que estoy planteándome volver y pedirle perdón a Woods de rodillas! Tal vez se conforme con darme un par de hostias...

David comprobó la solidez del puente meneando una cuerda amarrada a una de las gruesas estacas que formaban la sujeción principal del entramado. En cuanto lo hizo, todo el puente se movió como una serpiente viva:

—En las películas, estas cosas siempre se sueltan y los protagonistas acaban colgando en el aire, gritando como locos —comentó, torciendo la nariz.

—Pues no nos queda otra que atravesarlo —Royi se ajustó la mochila—. Lo haremos de uno en uno, yo el primero.

El fotógrafo se agarró con ambas manos a las lianas que hacían las veces de barandilla, colocando un pie sobre una de las cuerdas que hacía de travesaño. Por mucho que intentaba mantener un equilibrio estable, el puente no paraba de balancearse de un lado para otro. Intentando enfocar la vista en su pie, y que esta no

volara hacia el riachuelo que corría muchos metros más abajo, Royi dio otro paso, y luego otro. En tierra firme, sus compañeros aguantaban la respiración, rezando en silencio. Finalmente, dando un saltito, Royi llegó a la otra orilla del precipicio:

—¡No es tan difícil como parece! —gritó, haciéndoles señas con la mano—. El truco está en enfocar la vista en el pie y olvidarse del resto.

—¡Facilísimo! —aseguró Stephen, irónico—. ¿Alguien tiene unas gafas bifocales que prestarme? Así veré el fondo desenfocado en todo momento.

—Ahora yo —pidió Valérie, dando un paso al frente—. Guardar cola para estas cosas siempre me ha puesto muy nerviosa.

Tanteó las cuerdas con el pie y, para sorpresa de todos, atravesó el puente con mucha más seguridad que Royi y en mucho menos tiempo. A David y a Royi les faltó aplaudir. Stephen, sin embargo, miraba el entramado de cuerdas como si estuviera construido con serpientes vivas.

—Ahora tú —le dijo David a Stephen.

—¿Por qué ahora yo? —protestó este.

—Porque es probable que si te quedas el último, te niegues a cruzar el puente —repuso el periodista, obteniendo a cambio una mirada fulminante de Stephen—. Pásame tu arma, así irás más ligero.

Stephen, ofendido, apartó a David de un empujón. Agarrándose con ambas manos, tocó los travesaños con el pie. Al dejar caer el peso del cuerpo sobre el puente sintió, con los ojos cerrados, cómo se balanceaba la estructura.

—Lo estás haciendo muy bien —le animó David, al comprobar que el médico había avanzado un par de pasos más—. Sigue así...

Desde la orilla opuesta, Royi le murmuró a Valérie con voz inaudible:

—Va con los ojos cerrados. Si le da el ataque de pánico en mitad del puente, tendremos problemas.

El médico avanzó su pie izquierdo, luego el derecho, luego el izquierdo otra vez. Al llegar al centro del puente, se agarró firmemente a las barandillas de cuerda. Temblaba de arriba a abajo como un flan. Royi y Valérie, que le veían de frente, observaron que su tez era la de un muerto.

—¡Ya ha pasado lo peor! —le animó Valérie—. ¡Sigue!

Durante unos segundos que parecieron eternos, Stephen continuó petrificado, pero acabó dando otro paso más, y otro, siempre con los ojos cerrados, hasta que dejó atrás el ecuador del puente. No faltaban ni cinco metros para llegar a la otra orilla.

—¡Ya es tuyo, Stephen! —le gritó David, ajustándose su mochila y su Heckler, dispuesto a cruzar el puente detrás del médico. Aunque no había dicho ni mu, a él tampoco le hacía gracia atravesar aquel amasijo de cuerdas, pero era consciente de no haber más remedio, si querían dejar a sus enemigos atrás.

Finalmente, Stephen llegó a dos metros de la orilla opuesta. Royi y Valérie tendieron sus manos para ayudarlo en el último tramo, pero él, muy digno, las rechazó. De dos zancadas, se plantó junto a ellos:

—¡Ya empiezo a estar harto de que me subestiméis! —les reprochó con una furia que nadie tomó en serio—. ¿Veis cómo he podido cruzar?

—Si no te echaras a llorar cada vez que tienes que hacer algo, no pasaría eso —dijo Royi—. Mira cómo cruza David sin... ¡¡¡DAVID!!!

A Royi le pareció ver la escena a cámara lenta: el pie izquierdo de David había resbalado sobre la cuerda húmeda, haciendo que su pierna se introdujera entre dos lianas. El periodista se agarró con fuerza a lo que pudo y quedó tumbado sobre el puente, jadeando de miedo y contemplando, desde arriba, la terrible caída libre que le separaba del fondo del precipicio.

¡¡¡DAVID!!!

Jones oyó el grito muy a lo lejos, apenas un eco fantasma. Ladeó la cabeza y dirigió su mirada hacia el lugar de donde procedía, como una gigantesca pantera negra que olfatea su presa. Whisper, que no había oído nada, levantó su Heckler & Koch, alarmada:

—¿Qué pasa?

—Están ahí arriba —respondió Jones—. ¡Vamos!

Y apretaron el paso por el sendero, quitando el seguro a sus armas.

—¡Tranquilo! —Royi ya se descolgaba la mochila, dispuesto a socorrer a su amigo—. ¡No te muevas, voy a por ti!

—¡No! —gritó David—. No sé si esto aguantará el peso de los dos. ¡Quédate ahí!

David comenzó a arrastrarse por el entramado de cuerdas, intentando sacar su pierna de entre los travesaños. Desde su posición, no podía evitar ver el fondo del abismo, lo que le producía una sensación de vértigo difícil de soportar. Muy despacio, se colocó a cuatro patas y, agarrándose fuertemente con las manos a los cordajes que formaban la barandilla del puente, se levantó, tirando de su propio peso incrementado por el de la mochila y el subfusil. Volvía a estar de pie. Desde la otra orilla, Royi le animaba a acercarse:

—Ahora, tranquilo... —jadeó.

Stephen y Valérie contemplaban la escena en silencio y angustiados. Poco a poco, el periodista avanzó por el puente de cuerdas, hasta que finalmente llegó junto a sus compañeros, arrancándoles un suspiro de alivio.

—¡Qué susto nos has dado, cabrón! —le reprendió Stephen, dándole un abrazo—. ¡Al final, yo lo he hecho mejor que tú!

—Que conste que lo hice a propósito... —bromeó David. Aún tenía la cara color ceniza.

—Pues ahora viene lo más divertido —anunció Royi, sacando el cuchillo de supervivencia de su funda—. ¡Ayudadme con esto!

El fotógrafo comenzó a cortar el cordaje del puente, utilizando el borde aserrado del cuchillo. Las sogas, gruesas y mojadas, se resistían al filo. Los otros le imitaron, centrándose cada uno en una cuerda diferente.

—Como más adelante no haya salida, nos vamos a reír mucho —comentó Stephen, sin dejar de cortar su cuerda.

—Prefiero arriesgarme —rezongó David—. Si desmantelamos el puente, no podrán seguirnos.

Royi consiguió cortar una de las sogas y ya trabajaba en la siguiente.

—¿A cuánto ascenderá la multa por destruir mobiliario público en la selva? —bromeó Valérie, a punto de acabar con la suya.

—La pena consiste en reducción de cabeza —contestó Royi—. Lo malo es que te mantienen con vida: acabas con un aspecto deprimente y tienes que utilizar patucos de bebé como boina.

Finalmente, las últimas cuerdas crujieron y todo el entramado del puente se vino abajo, azotando la pared opuesta del barranco como si fuera un látigo.

—Ahora sí que no hay vuelta atrás —sentenció Stephen.

—No echemos raíces aquí —sugirió David—, vamos.

Aquella zona de la selva era similar a la del lado opuesto; el único camino practicable se internaba en la maleza y ganaba en altura. Al menos había dejado de llover. Anochecería en pocas horas, y necesitaban un lugar para pernoctar. Tras caminar durante una hora y media más, decidieron descansar en un recoveco, al lado del camino. Gracias al techo formado por las copas de los árboles, el suelo se había mantenido seco y, en cierto modo, acogedor. Royi se sentó, se quitó la mochila y sacó la bandolera de Woods. Extrajo de ella el mapa de la DINANDRO, cuidadosamente plegado dentro de su funda de plástico transparente. Junto a este, encontró un librito deteriorado que mostró a sus compañeros antes de empezar a ojearlo:

—¿Qué es eso? —preguntó David.

—Debe ser lo que leía Woods aquella noche... —apostó Stephen.

Royi abrió la boca, asombrado, sin dejar de pasar rápidamente las hojas del ajado cuaderno, cuyas páginas, salpicadas de sospechosas manchas rojas, albergaban un manuscrito que le resultó familiar. El fotógrafo cerró el libro y lo miró y remiró por fuera, ante la expectación de sus amigos.

—Royi, ¿qué es? —le preguntó David, intrigado.

En lugar de responder a su pregunta, Royi le tendió el cuaderno:

—Hemos sido víctimas de un engaño. Échale un vistazo a esto...

David lo examinó. Mientras lo hacía, su expresión se tornó muy parecida a la de Royi. Stephen y Valérie no pudieron resistir más la curiosidad:

—¿Nos podéis decir qué diablos es eso?

David, sin dejar de pasar las páginas, reveló el misterio:

—Ya sabemos por qué Woods guardaba este libro con tanto celo —el periodista levantó la vista hacia sus compañeros de viaje—. Este es el auténtico diario de Antoine Villeneuve y, por lo poco que he leído, es muy diferente a la versión descafeinada que nos facilitaron en París.

XXXV

JONES Y WHISPER LLEGARON AL BORDE DEL ABISMO INFRANQUEABLE que se extendía ante ellos. El puente inutilizado colgaba ahora de las estacas que habían constituido su soporte, como si fuera una escala de cuerda sobredimensionada y a la vez demasiado corta como para llegar hasta el fondo del barranco. Whisper se asomó al cortado y buscó otro paso a izquierda y a derecha. Nada. Les habían cortado el camino.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. Por aquí no podemos seguir...

—Volvamos al barco —decidió Jones, sin dejar de mirar al otro lado—. Lo más probable es que la selva haga el trabajo por nosotros.

Emprendieron el camino de regreso a paso ligero. Cuesta abajo, el trote era más llevadero y rápido. En el río, el resto del equipo les esperaba a bordo del Manqu Qhapaq que, gracias a los arreglos de Miles, volvía a tener corriente y estaba listo para zarpar.

Dos horas después de que Jones y Whisper se dieran por vencidos frente al puente saboteado, David y sus compañeros se disponían a leer el diario original de Villeneuve. Habían colocado unas mantas ligeras en el suelo, improvisando un burdo campamento sin más techo que las copas de los árboles. Royi, Stephen y Valérie seguían la lectura del diario por encima del hombro de David, semejando una coral que comparte partitura. Valérie, a su lado, le ayudaba en la traducción de las frases más complejas en francés.

El diario presentaba indicios de salpicaduras de agua, restregones con hierba y manchas de sangre, algunas de ellas con la forma inconfundible de una huella dactilar. David y Royi comprobaron que la falsificación que leyeron en París había sido copiada literalmente del original hasta el décimo día. Todo estaba exactamente igual, con puntos y comas: la descripción del viaje hasta Sena Madureira, la llegada a Yacaril, la monótona y aburrida travesía del río, el desafortunado accidente que hundió la lancha y la continuación del viaje a pie hasta Boca Verde. A partir del décimo día, el diario narraba hechos inéditos, muy distintos a los de la versión de Forest. La letra de Villeneuve resultaba más difícil de leer conforme avanzaban las páginas; un reflejo de la tensión bajo la que se encontraba mientras escribía. Las diferencias entre el original y la copia comenzaban justo después de que Villeneuve narrara su llegada a Boca Verde y la decisión del grupo de acampar allí:

«El pulso me late a mil por hora y las piernas me tiemblan como si fueran de gelatina. Son las ocho y cuarto de la tarde, ya ha anochecido, y desde hace rato tenemos la sensación de que algo o

alguien nos vigila desde la espesura. Al principio creímos que no era más que una paranoia de Tieba, pero ahora estamos seguros de que no estamos solos. Afortunadamente, sea lo que sea, no se ha mostrado hostil... por ahora».

—¿No venía ahora la mordedura de Perot? —recordó Royi, haciendo alarde de memoria y deseoso por anticiparse a los acontecimientos.

—Ahora veremos —dijo David, que continuó leyendo—. Mira esto: Villeneuve tuvo que hacer una pausa forzosa en la narración y no pudo continuar hasta varias horas después...

«La verdad es que no sé por dónde empezar. Me siento asustado y nervioso, y a pesar de ser de madrugada y de haber caminado sin descanso durante horas, no soy capaz de pegar ojo. Me encuentro encerrado en el interior de una cabaña, junto con Tieba y Gilly, en un poblado al que nos han conducido por la fuerza. Perot, que resultó herido por nuestros captores, se recupera en algo que podría ser un lazareto, y Gérard ha sido llevado a otro lugar, sospechamos que para ser interrogado. Intentaré relatar los hechos lo mejor que pueda...».

—Perot en el hospital —señaló Royi, mirando a David de reojo—, pero herido por sus captores y no por un animal. ¿A que lo que le mordió en el pie a Perot fue un indio?

—¡No jodas! —dijo Stephen, que por un momento no cogió la broma.

—Esto es muy distinto a lo que se narraba en la *versión oficial* —rezongó David.

«Tras varias horas de sentirnos vigilados, Perot decidió desafiar al enemigo invisible que nos acechaba. Machete en mano, comenzó a golpear los matorrales, haciendo caso omiso a nuestros ruegos para que dejara de hacerlo. De repente, Perot hincó una rodilla en tierra mientras se agarraba el tobillo: le habían disparado un dardo. Inmediatamente después, un enjambre de indios se materializó a nuestro alrededor, apuntándonos con arcos y cerbatanas. Su aspecto a la luz de la hoguera era aterrador: llevaban sus cuerpos semidesnudos pintados de verde oscuro, cubiertos casi por completo de ramajes que les camuflaban perfectamente con la selva. En un acto reflejo levantamos las manos, rogando a Dios para que nuestros asaltantes supieran interpretar aquel gesto como una rendición...».

—Ahí tienes la *mordedura* —le indicó David a Royi—. Un dardo.

—Y una tribu de no contactados más allá de Boca Verde que no se anda con chiquitas —puntualizó Royi—. El cabrón de Forest escribió una versión mucho más *light* de los hechos para nosotros.

—¡Qué hijoputa! —escupió Stephen, con desprecio—. Si me lo vuelvo a echar a la cara, le daré una patada en los huevos.

David le miró de reojo, a punto de echarse a reír:

—Creo que es lo único que te falta por patearle, Stephen. Sigamos...

«Gérard intentó tranquilizar a los nativos hablándoles en español y mostrando en todo momento una actitud sumisa. El jefe del grupo se dirigió a él, gritándole en un galimatías ininteligible que ante nuestro asombro, Gérard entendió. Nuestro amigo explicó al indígena, en su propia lengua, que veníamos en son de paz, y pidió clemencia para Perot, que era objetivo de varios arcos. Tras la intervención de Gérard, los indios se relajaron un poco. Según él, la lengua que usan estos salvajes es un dialecto de un idioma autóctono que él conoce: el “charnois”...».

Royi frunció el ceño, dirigiéndose a David:

—¿Qué cojones es el *charnois*? Tiene nombre de uno de esos vinos franchutes de mierda —en cuanto soltó la frase, el fotógrafo fue consciente de su cagada y se apresuró a disculparse, visiblemente abochornado—. Joder, perdona, Valérie, no quise decir eso...

La joven quitó importancia al asunto con un gesto tan despreocupado como divertido:

—Charnois —leyó en voz alta. Sonó *shagnuá*.

—¡Claro! —David soltó la carcajada que llevaba reprimiendo desde la metedura de pata de Royi—. ¡Joder, cómo despista verlo escrito como se pronuncia en francés!

Royi le dedicó un alzamiento de ceja, al más puro estilo Roger Moore:

—No me irás a decir ahora que conoces el *charnuá* ese de Dios...

—*Sharanaua* —silabeó David—. Es una lengua indígena de la zona. No sabía que Gérard lo hablara. Pensé que solo hablaba amahuaca.

—¿Y tú? —le preguntó Stephen—. ¿Tú también lo hablas?

—No es que lo domine, ni mucho menos —puntualizó David, modesto—, pero me defiendo.

Royi puso la mano en el hombro de Stephen, a la vez que le dedicaba a David una mirada de condescendencia:

—Este tío domina todas las tonterías que no sirven en otro sitio más que aquí, donde no viene ni Dios. En el fondo es un friki...

Valérie le dedicó una mirada cargada de admiración a David, que recibía las chanzas de Royi con buen talante:

—Pues ahora que estamos aquí, esas tonterías me parecen una bendición —
sentenció ella—. ¿Seguimos leyendo?

«A partir de ese momento, la comunicación entre nosotros y los indios dependió siempre de Gérard. Nos obligaron a levantar el campamento y nos condujeron arroyo arriba. Solo nos arrebataron los machetes de jungla y los cuchillos, pero nos dejaron conservar el resto de nuestro equipo, que ellos contemplaban con curiosidad. Gilly extrajo el dardo del pie de Perot y le inyectó la antitetánica ante la atónita mirada de los nativos, quienes seguramente jamás habían visto una jeringuilla. Uno de ellos insistió en aplicar un emplaste de hierbas a la herida, y Perot, que asombrosamente había recuperado su habitual buen humor, aseguró que aquello mitigó el dolor. Durante horas, seguimos el curso del riachuelo en una oscuridad casi total, caminando lentamente a causa de la cojera de Perot. Por fin distinguimos luces a lo lejos, que luego resultaron ser faroles. Incluso de noche, aquella selva era especial. Parecíamos estar dentro de un túnel en el que aquí y allá se vislumbrara alguna que otra estrella, con el cielo prácticamente cubierto por las copas de los árboles.

Por fin nos apartamos del arroyo, dejándolo a nuestra derecha, y nos dirigimos hacia la luz de los faroles. Nos detuvimos frente a un foso de más de quince metros de anchura y unos cinco o seis metros de profundidad. En lugar de agua, el fondo del foso era un mar de estacas afiladas como púas. Clavados en ellas pudimos distinguir, a la luz de los faroles, los esqueletos de los desdichados que o bien habían intentado cruzar el foso, o bien habían sido arrojados a él para morir empalados. Al otro lado de la zanja se levantaba una empalizada alta, construida en piedra, madera y adobe. Desde lo alto de la muralla, unos hombres nos observaban en silencio.

Una vez al borde del foso, nos temimos lo peor cuando nuestros captores volvieron a tensar sus arcos, apuntando sus flechas a nuestras espaldas, mientras el jefe gritaba en dirección a la empalizada. En aquel momento, tuvimos la certeza de que nuestra vida dependía de la respuesta de los hombres asomados a las almenas, como si ellos fueran dueños de nuestro destino...».

—Qué lugar más extraño, ¿verdad? —intervino Royi, interrumpiendo la lectura.

—¡Y que lo digas! —coincidió David, levantando la cabeza del manuscrito—. Yo no conozco ninguna tribu amazónica que construya empalizadas y las rodee con un foso de estacas. Es probable que tanto la muralla como el foso fueran construidos hace siglos, y si los datos que manejamos son ciertos, quizá fueran los hombres de

Orellana quienes lo hicieran. No sería raro que alguna tribu encontrara esas ruinas y las aprovechara para asentar su aldea —conjeturó—. Escuchad lo que viene ahora: esta tecnología no es común en la selva...

«La única respuesta que recibimos por parte de aquellos hombres fue la bajada de un enorme puente levadizo que nos permitió cruzar el foso y entrar en lo que ha resultado ser un poblado cuyas dimensiones reales no hemos podido apreciar debido a la falta de luz. Ahora me encuentro encerrado en una cabaña junto a Gilly y Tieba, a la luz de un candil. No sé dónde habrán llevado a Gérard. Gilly y Tieba duermen, y yo debería hacer lo mismo, a pesar del miedo que tengo.

»Día once: Gérard ha vuelto con nosotros y, sorprendentemente, nos ha comunicado que se nos permite caminar libremente por el poblado. En cuanto han abierto la puerta de nuestra cabaña, hemos salido a explorarlo. Los habitantes de esta aldea son muy diferentes a los indios que nos condujeron hasta aquí: estos hablan español, visten ropa y calzado, tienen unos rasgos menos raciales que la mayoría de los indígenas que nos hemos encontrado a lo largo de nuestro viaje y nos tratan más como a invitados que como a prisioneros. Aunque están mucho más avanzados que los indios verdes, se asombran de cosas tan cotidianas como un reloj de pulsera. Por ejemplo, mi cámara digital les fascina: me piden una y otra vez que les fotografíe, y luego se ríen a carcajadas cuando se reconocen en la pantalla.

El poblado es mucho más grande de lo que creíamos, y está compuesto en su totalidad por casas que se alinean formando calles que transcurren paralelas entre sí, en una urbanización muy diferente a las caóticas aldeas supuestamente más avanzadas y cercanas a la civilización que hemos encontrado en nuestro viaje, como podría ser Yacaril. Hay calles que funcionan como mercado, donde se puede adquirir, aparte de alimentos, ropa, herramientas y demás enseres fabricados con una artesanía exquisita. Los aldeanos nos han regalado muchas cosas, pero a pesar de esta inusitada amabilidad, no podemos olvidar que fuimos traídos aquí por la fuerza. Tampoco se nos permite acercarnos al puente levadizo, que por lo visto es la única salida que tiene la aldea...».

—Así que esto es un *one way ticket*^[54] —comentó Stephen—. Con razón Forest ocultó esta información: nadie en su sano juicio viaja a un lugar dónde acabas prisionero.

Valérie intervino:

—Ahora entiendo por qué Forest contactó con los Hydra: la única manera de salir de allí es por la fuerza, y nadie mejor que ellos para eso.

«La empalizada exterior forma una “C” alrededor del poblado. En la parte posterior de la aldea hemos visto una segunda empalizada, más estrecha que la primera pero muchísimo más alta y sólida. Sabemos que esta muralla, que está flanqueada por paredes naturales de roca cubiertas de vegetación y musgo, separa el poblado de otra zona que no conocemos, a la que se accede a través de una gigantesca puerta de madera de doble hoja que permanece cerrada a cal y canto. Los habitantes de la aldea se refieren a esa misteriosa zona como el Fuerte.

Hemos visitado a Perot en el hospital. A pesar de carecer de los medios más básicos, es un lugar limpio y ordenado, repleto de frascos de remedios locales. Allí hemos conocido a Pedro, el médico de la aldea, un hombre tranquilo y afable que nos inspira confianza. Gilly afirma que la herida de Perot evoluciona favorablemente tras haber recibido las curas de Pedro, a quien he fotografiado mientras conversaba con él. Un recuerdo, por si algún día salimos de aquí...».

—Esa foto la vimos en Paris —recordó Royi.

«Además de Perot, en el hospital hay otro paciente: un viejo que probablemente pertenezca a la misma tribu que nos asaltó, ya que su aspecto es muy parecido al de ellos. Tiene una herida muy fea en la pierna, y según parece, los remedios de Pedro no son suficientes para detener la infección...».

Villeneuve continuaba describiendo sus vivencias en el poblado, manteniendo un tono monótono y aburrido que solo volvía a animarse un poco más adelante:

«Al anochecer, volvieron a llamar a Gérard, que regresó media hora más tarde. Se le veía excitado: había estado al otro lado de la segunda empalizada, en el Fuerte. Aunque prácticamente no había pasado de la puerta, nos contó que vio una ciudadela de dimensiones considerables, rodeada por una pared rocosa que forma un enorme cráter a su alrededor. Dice que desde dentro del Fuerte no se puede ver el cielo, a pesar de que anoche el firmamento estuvo despejado y plagado de estrellas. Gérard sospecha que la ciudadela está protegida por algún tipo de cubierta. Eso explicaría cómo una ciudad de ese tamaño nunca ha sido avistada por una aeronave o por un satélite...».

Tras leer este párrafo, David levantó los ojos hacia Royi:

—Según esto, más allá de Boca Verde no hay unas simples ruinas, sino una ciudad en activo que nadie ha descubierto aún...

Stephen levantó su mirada hacia el cielo. Comenzaba a oscurecer.

—Será mejor que sigamos leyendo: pronto no habrá luz.

«Gérard nos ha informado que ha conocido a la máxima autoridad de la ciudad, un hombre educado y de trato exquisito del cual no ha querido darnos demasiados detalles. Ese hombre, a quien Gérard llama “el Jefe”, ha manifestado su buena disposición para que nos integremos en el pueblo, siempre y cuando nuestro comportamiento sea pacífico y nos hagamos merecedores de tal honor. También ha confirmado nuestro peor temor: nunca se nos permitirá abandonar la ciudad. En resumen: estamos condenados a una amable cadena perpetua en un lugar perdido en mitad de ninguna parte...».

El relato continuaba durante media página más sin aportar ningún dato interesante, hasta que de nuevo, algo sucedió el día decimotercero. Los trazos se veían rápidos e irregulares, como si Villeneuve los hubiera escrito con prisa:

«Día trece: la jornada de hoy ha venido cargada de novedades. Pedro, el médico local, ha pedido a Gilly que examine al anciano del hospital, por si sus conocimientos pudieran ser de ayuda. Tras reconocer al viejo, Adam aseguró a Pedro que sin antibióticos que frenen la infección, el hombre morirá en tres o cuatro días. Solo hay una posibilidad: recuperar las medicinas que dejamos en la selva tras el naufragio. Al parecer, el viejo es pariente del jefe de la tribu que nos capturó. Es por ello que el interés en salvarlo es grande...».

A cuenta de este asunto, Gérard y Gilly fueron convocados en el Fuerte por el Jefe. Esta vez, les llevaron más al interior, hacia lo más profundo de la ciudadela. Ambos se quedaron atónitos: las calles de lo que llaman el Fuerte, formadas por casas construidas en piedra y madera, se extienden a ambos lados de una amplia avenida. Al final de esta, se yergue la pirámide más grande que Gérard y Gilly hayan visto jamás. Se trata de un edificio de planta cuadrada, que en cierto modo recuerda a los zigurats mesopotámicos, cuya altura total es recorrida por una amplia escalera exterior que asciende hasta su cima, desde donde parte una red de camuflaje que mantiene oculto el Fuerte desde el cielo. Gérard insiste en que si esta pirámide fuera conocida, sería considerada una de las maravillas del mundo, dejando atrás en belleza y majestuosidad incluso a las de Gizeh...».

—Podría tratarse de un *ushnu* —aventuró David, visiblemente excitado por lo que estaba leyendo—, el más grande encontrado hasta la fecha. Los *ushnus* están compuestos por superficies cuadradas o rectangulares que forman una pirámide truncada, y una escalera une las diferentes plantas tal y como cuenta Villeneuve, aunque son mucho más pequeños que este.

—¿Y para qué servían esos... como se llamen? —quiso saber Royi.

—Hacían la función de estrado —explicó David, tratando de dibujar uno en el aire—. Desde lo alto, el inca celebraba reuniones de carácter social, político o religioso. Pero esto, sin duda, es algo muchísimo más grande que un *ushnu*. Sigamos leyendo: esto se pone interesante...

«Gérard y Gilly fueron conducidos a una sala dentro de la pirámide, donde les dejaron solos durante un par de minutos. En dicha sala, esculpido a bajo relieve, hay lo que parece ser un plano en alzada del edificio, rodeado de extraños petroglifos que Gérard fue incapaz de descifrar. Gérard afirma que la única persona que él conoce que tal vez fuera capaz de hacerlo es su amigo David Beltrán, el periodista español...».

—¿También sabes descifrar jeroglíficos? —preguntó Stephen.

Royi respondió por David:

—Preincaicos, incaicos y postincaicos —afirmó, adoptando un tono solemne—. Te diré más: cuando David entra a mear en el servicio de un bar, intenta descifrar el dibujo de los alicatados.

—Todo empezó como un *hobby*, cuando era niño —rememoró David—. Posteriormente, continué desarrollándolo en la universidad, donde tenía más medios de estudio a mi alcance, hasta que adquirí la preparación necesaria para descifrar petroglifos incas y anteriores al Imperio. De todas formas, no me considero una autoridad en ello —puntualizó.

—Es excesivamente modesto —rezongó Royi—, ni puto caso.

David volvió a concentrarse en la lectura del diario:

«Gérard reconoció en el plano varios pasadizos subterráneos que parten del edificio, quizá construidos como rutas de escape en caso de ataque. Gérard no pudo examinar los relieves durante más tiempo, porque enseguida fueron conducidos hacia otra sala donde se celebraría la reunión con el Jefe. De camino a la otra estancia, Gérard descubrió otra habitación en cuyo fondo pudo ver una puerta redonda con unos extraños pulsadores de colores encastrados en el muro. Gérard recuerda que David Beltrán le habló, en más de una ocasión, de estas puertas que se abren pulsando una secuencia determinada de colores y que activan una trampa si se introduce

erróneamente. Lástima que Beltrán no esté aquí: tal vez detrás de esa puerta se encuentre nuestra única vía de escape...».

David repasó el párrafo tres veces, como si no acabara de creerse lo que acababa de leer. Royi le pasó la mano por delante de los ojos hasta que logró sacarle de su ensimismamiento:

—¡La *secuencia de Dietrich!* —exclamó David, pasando de la abstracción al entusiasmo.

Stephen miró a David por encima de las gafas:

—Ah, también sabes descifrar el enigma de la puerta...

—Si la leyenda es cierta, sí —afirmó David; el periodista se dio cuenta de que ninguno de sus compañeros tenía idea de lo que hablaba, así que decidió darles una somera explicación—. Eduard Von Dietrich fue un arqueólogo del siglo XIX que afirmó haber descubierto en Colombia un templo preincaico cuyas cámaras se comunicaban entre sí mediante puertas accionadas por mecanismos de apertura basados en códigos de colores, usando una sofisticada tecnología muy anterior al imperio inca. Según cuentan, pasó años probando combinaciones, hasta que al final dio con una que le permitió abrir todas las puertas que encontró a su paso.

—¿Un solo código para todas las puertas? —preguntó Royi.

—Así es. Al parecer, era un código universal para todos los miembros de aquella civilización. Según cuenta la leyenda, Von Dietrich fue capaz de abrir, con la misma secuencia de colores, una puerta similar a las de su templo colombiano en unas ruinas de Ecuador. Lamentablemente, el terremoto que azotó Colombia y Ecuador en agosto de 1868 destruyó, entre otros, los templos en los que Von Dietrich efectuó sus investigaciones. No se volvió a encontrar otra puerta similar para probar lo que desde entonces se conoce como la Secuencia de Dietrich. Oficialmente, los descubrimientos de Eduard Von Dietrich fueron desacreditados por sus colegas de la época, y su secuencia pasó a formar parte de las leyendas que nutren la historia de la arqueología.

—Increíble —murmuró Stephen, que había seguido el relato con suma atención—. Así que, en teoría, tienes la clave para abrir esa puerta...

—Si la leyenda es cierta, sí —repitió David, sumiéndose de nuevo en la lectura.

«Cuando por fin llegaron a la sala donde se iba a celebrar la reunión, Gérard y Gilly fueron informados de que el Jefe se retrasaría un poco. Una vez más, se quedaron solos. Mientras esperaban, Gérard descubrió, en la pared, una piedra del tamaño de un ladrillo que parecía estar suelta. Sin poder reprimir la curiosidad, la retiraron. Alumbrándose con una pequeña linterna de bolsillo, Gérard se asomó al hueco dejado por la piedra, y cuál fue su sorpresa al descubrir lo que parece ser una cámara mortuoria repleta de oro y piedras preciosas. Las dimensiones reales de dicha cámara

son desconocidas, pero lo poco que pudo alumbrar el foco de la linterna ya podría tener un valor incalculable. Gérard y Gilly, asustados, volvieron a colocar la piedra en su sitio...».

Los cuatro dejaron de leer a la vez. Ese último párrafo fue más revelador que todo lo leído hasta ahora.

—Así que se trata de eso —murmuró Valérie, releyéndolo—. Woods y Forest no van a por Gérard: su objetivo, en realidad, es ese tesoro.

Royi se dirigió a David:

—Creo que ya sé cuál es tu papel en todo esto: te necesitan para que abras esa puerta cerrada. Quizá pretendan entrar en la pirámide usando los pasadizos que menciona Villeneuve, o bien entrar de otro modo y salir por esa puerta.

—Podría ser —reflexionó David, intentando figurarse el plan de Woods—. La verdad es que todo son conjeturas, y hay tantas lagunas en esto...

—Pues ahora que están solos, no sé si se arriesgarán a que los indios les asalten en plena jungla —dijo Stephen—. Puede que hayamos desbaratado sus planes con nuestra huida.

—Es posible —admitió David—. Por muy armados que vayan no creo que puedan cruzar el foso de estacas y sortear la empalizada. Necesitan a alguien que les abra desde dentro, o bien colarse por una puerta trasera...

Valérie meneó la cabeza, meditabunda:

—Si es a Charles Forest a quien se le ha ocurrido este golpe, no creo que se dé por vencido tan fácilmente —opinó—. Le conozco muy bien, y no es de los que tiran la toalla ante las dificultades.

Retomaron la lectura del diario. Durante página y media, Villeneuve describió cómo Gérard y Gilly habían sido recibidos por el Jefe con objeto de ultimar la búsqueda de los antibióticos. Al final, el propio Villeneuve fue designado para la misión. A partir de ahí, las siguientes páginas eran las que se encontraban en peor estado: manchas de barro y sangre empañaban la escritura, y el trazo de Villeneuve se volvía aún más difícil de leer.

«Día 16: Hace tres días que abandoné la aldea junto a dos hombres armados con espadas y arcabuces que parecen escupidos a través del túnel del tiempo. Estoy herido y me encuentro muy débil, a bordo de una canoa robada, y no sé ni cómo tengo fuerzas para escribir...».

David y Royi entrecruzaron una mirada fugaz que pasó desapercibida para Stephen y Valérie. Ellos habían visto una de esas espadas en la misión del padre Fermín, en Sena Madureira. En cierto modo, era terrible seguir leyendo, sabiendo de antemano lo que venía ahora:

«Cuando llegamos al lugar donde dejamos escondidas nuestras cosas, aproveché que uno de mis escoltas se alejó un poco hacia la espesura para atacar al que permanecía junto a mí, clavándole en la pierna un cuchillo que acababa de encontrar en el mismo fardo donde estaban los medicamentos. Sentí un remordimiento horrible al hacerlo, ya que ese hombre se portó bien conmigo durante todo el viaje... pero dejarle cojo me aseguraba no ser perseguido en mi huida río abajo. Antes de que su compañero surgiera de entre los matorrales alertado por los gritos, cogí la espada y el arcabuz del herido y huí lo más deprisa que pude. Oí una detonación detrás de mí y sentí un dolor sordo en la espalda: el otro me había disparado. En aquel momento, la herida no me pareció demasiado grave. La bala, al ser disparada desde muy lejos, no penetró demasiado en mi cuerpo. Ahora creo que eso solo sirvió para hacer más grande la agonía que sufro en estos momentos...».

—Le dispararon con un arcabuz —intervino Royi, deteniendo momentáneamente la lectura del documento—. Por eso la policía no pudo especificar el calibre del arma: no es un calibre comercial, sino una munición artesanal.

«Corrí durante horas por la orilla del río, al borde del agotamiento y sin dejar de mirar atrás, temiendo recibir el tiro de gracia. Fue poco antes del atardecer cuando me tropecé con dos hombres que pescaban cerca de la orilla, a bordo de una canoa. No dudé en robársela, amenazándoles con el arcabuz. No opusieron resistencia: huyeron hacia la selva, muertos de miedo. Desde entonces voy a la deriva, arrastrado por la corriente. Estoy demasiado débil para remar, y el único esfuerzo que puedo permitirme es utilizar uno de los remos como timón, para no encallar en la orilla...».

La caligrafía de Villeneuve sufrió un nuevo deterioro en el siguiente párrafo, que al parecer había sido escrito mucho tiempo después del anterior:

«He perdido la noción del tiempo, pero sé que llevo varios días a la deriva, y ni rastro de la policía fluvial ni de ningún otro ser humano. Mi única compañía son los insectos, que me devoran vivo...».

—Varios días —repitió en voz alta Stephen—. Ese pobre chaval tuvo que sufrir una agonía atroz.

«No voy a salir de esta. Sencillamente, no puedo más. Sé que moriré muy pronto. El dolor de la herida se ha vuelto insoportable, y la fiebre me quema por dentro. Solo deseo que si alguien encuentra este cuaderno, se lo envíe a Mercedes Rimbaud, mi prometida, a la cual adoro con toda mi alma y cuyo recuerdo me acompaña en estos últimos momentos. Sus datos figuran al principio de este cuaderno. Que sea ella quien comunique a los familiares de mis compañeros el contenido de este diario. Una última advertencia: no intenten un rescate. No lo conseguirán...».

Esas fueron las últimas palabras escritas por Antoine Villeneuve antes de morir. Comparando las dos versiones del diario, era evidente que la falsificación que Forest hizo llegar a París estaba concebida para inducir a David a embarcarse en el rescate, con chantaje emocional incluido: páginas que faltaban, información perdida, atisbos de descubrimientos que no se desvelaban... La artera versión de Forest estaba hecha a propósito para alimentar la curiosidad del periodista, además de presentar la expedición como una operación de bajo riesgo.

David cerró el diario. Sus compañeros se miraban unos a otros, intentando adivinar quién sería el primero en decir algo. La noche se cernía sobre la selva y, por fortuna, el poco cielo que se vislumbraba a través de las copas de los árboles se veía libre de nubes. Royi fue quien rompió el silencio:

—Al menos ya sabemos la verdad. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé —contestó David—. Creo que esto nos supera. Lo mejor será avisar a las autoridades y que ellos se encarguen de sacar de allí a Gérard y a sus compañeros, por mucho que le joda a LeVu.

—Es lo más sensato que he oído últimamente —le apoyó Stephen—. El propio Villeneuve lo advierte al final del diario: *no intenten un rescate*.

—Que conste que me muero por conocer esa ciudadela —confesó David—. Si tuviera una cámara, no dudaría en meterme en la boca del lobo.

Royi intervino:

—Lo que tenemos que hacer es contactar con las autoridades cuanto antes. Tal vez podamos negociar con ellos la filmación del rescate, quien sabe...

Valérie, a quien le importaba un bledo el reportaje, echó mano a la bandolera de Woods. Sacó el mapa envuelto en la funda de plástico y lo extendió sobre la hojarasca:

—Nunca he sido buena en esto —confesó—. ¿Me echáis una mano?

Royi se colocó a su lado:

—A nosotros tampoco se nos da bien, pero intentaremos ayudarte. ¿Qué es lo que buscas?

—El puesto de policía más cercano —respondió ella.

Royi trató de localizar la zona en la que se encontraban. Desde Cayáhi, trazó una línea selva adentro, identificando lo que podría ser el arroyo del puente colgante. Tras unos segundos, señaló un punto en el mapa:

—Nosotros estamos, más o menos... por aquí.

—Pues no hay puntos con nombre por los alrededores —observó Stephen, desencantado—. Solo Cayáhi, y no es precisamente mi destino favorito.

David se unió a la búsqueda por encima del hombro de Royi. El lugar más cercano con presencia militar se llamaba Pueblo Valderrama, y se encontraba a unos ochenta kilómetros al sur, algo alejado de la ribera del Unu Rono. El mapa de la DINANDRO señalaba, mediante un símbolo, que allí existía un cuartel de la Fuerza Fluvial.

—Pueblo Valderrama —leyó David en voz alta—. Aquí está el ejército. Es un buen paseo a través de la selva.

Stephen se encogió de hombros:

—Mejor la selva que el río: lo último que quiero es tropezarme con nuestros amigos.

—Yo también pienso que atravesar la selva es la mejor opción —dijo David—. Podemos avanzar sin perder de vista el río, para no perdernos. Con suerte, encontraremos un camino. En tres o cuatro días, a lo sumo, llegaremos a Pueblo Valderrama. ¿Qué os parece?

Todos estuvieron de acuerdo. Cualquier cosa antes que exponerse a Woods y a su equipo de asesinos.

—Pues eso haremos —dijo David, guardando el mapa—. Será mejor que durmamos. En cuanto haya luz, reanudaremos el viaje.

Royi comprobó su Heckler & Koch, sentándose junto a David, que ya extendía su saco de dormir sobre la manta:

—Yo haré el primer turno de guardia. Cuando me dé sueño, despierto a alguno de vosotros para que me releve, ¿ok?

Y así, asustados y a la intemperie, pernoctaron junto al sendero. Nadie durmió bien esa noche. Las revelaciones del diario de Villeneuve mantuvieron las mentes de los cuatro bien ocupadas hasta el amanecer.

XXXVI

LOUIS LEVU COLGÓ EL TELÉFONO intoxicado por una mezcla a partes iguales de rabia e impotencia. Paseó durante minutos interminables por la batcueva, bañado por el resplandor de los monitores de plasma que forraban las paredes, tamborileando con sus dedos sobre la mesa de madera cada vez que su vagabundeo por la estancia le hacía pasar cerca de ella. Consultó su reloj: las siete y veinte de la tarde, poco antes del mediodía en Brasil. Mientras caminaba en círculos, LeVu no paraba de darle vueltas a la llamada de Drummond.

Al final, el impresionante dispositivo tecnológico y humano desplegado en Brasil no había servido para nada. Lo que él preveía como otro de sus grandes triunfos había terminado siendo una catástrofe que ya había costado, al menos, dos vidas: la de Charles Forest y la de Mike Grant. Dos por ahora, y el panorama no era demasiado halagüeño, porque todo apuntaba a que la lista de bajas sería aún más larga.

«Le llamo siguiendo una iniciativa personal contraria a las órdenes de mi Organización, pero creo que tiene derecho a conocer esto», le había dicho Drummond de carrerilla. *«Hemos perdido el contacto con la expedición y con nuestro helicóptero de rescate. Mis superiores descartan la posibilidad de arriesgar más efectivos en esta operación. A pesar de todo, tengo razones suficientes para pensar que los miembros de “Delfín de Río” continúan sanos y salvos, y que prosiguen viaje río arriba. No pierda la esperanza. Lamento no poder decirle nada más, pero ya me estoy jugando mucho con esta llamada. A partir de ahora, cualquier intento de comunicar conmigo será en vano: nuestro teléfono y el email de contacto han sido eliminados. Personalmente, lamento mucho esta decisión de la Organización, y le deseo mucha suerte en esta empresa. El importe íntegro de lo que nos transfirió le será reembolsado de inmediato en su cuenta. Y recuerde: yo nunca hice esta llamada».*

LeVu dio un puñetazo en la mesa. Se sentía furioso y solo. Cuánto le habría gustado que Charles Forest estuviera allí para poder compartir con él sus temores y preocupaciones, como había hecho en tantas otras ocasiones. Si en aquel momento alguien le hubiera revelado la verdad acerca de su querido y recordado Forest, a LeVu le habría dado un paro cardíaco.

Dando por concluido su paseo por la sala, el empresario se dirigió a la sofisticada consola de control que se erguía detrás de la mesa de despacho, ocupando el asiento ergonómico que la presidía. Abrió un programa de videoconferencia y envió un par de señales acústicas a la central de Sena Madureira. A los pocos segundos se abrió

una ventana en la que apareció el rostro de Jacques Mercier, sorprendido de que su jefe recurriera a la videoconferencia en lugar del teléfono, como era habitual:

—¡Señor LeVu, qué sorpresa! —le saludó Mercier, atusándose sus cabellos en un gesto involuntario—. ¿En qué puedo ayudarle?

Mientras hablaba, LeVu abrió una segunda ventana de videoconferencia en su ordenador:

—¿Estás solo en la habitación, Jacques?

—Sí, señor, y con la puerta cerrada.

—Perfecto. Espera un momento mientras conecto con el campamento base: tengo que informaros de algo muy importante a Blanch y a ti.

La imagen de Mercier asintió en el monitor de LeVu. En un segundo recuadro, apareció el rostro anónimo de uno de los técnicos del equipo de Blanch, que recibió la orden directa de LeVu de avisar inmediatamente al ingeniero jefe. En menos de un minuto, Blanch estaba en la ventana adyacente a la que ocupaba Mercier:

—¿Estás solo? —le preguntó LeVu.

—Sí, señor —confirmó Blanch.

—Antes de nada... ¿Ha habido alguna noticia de última hora?

—Lo último fue el informe sobre los localizadores GPS que le envié por fax —le recordó Mercier—, el que mencionaba que las pulseras fueron arrojadas al río para inducirnos a error...

—Lo he leído —le cortó LeVu; desde la otra ventana, la imagen de Blanch miraba a cámara, expectante—. Acabo de recibir una llamada de Drummond, comunicándome que la Organización ha decidido rescindir unilateralmente el contrato verbal que manteníamos con ellos. A partir de ahora, estamos solos.

—¿Cómo? —Mercier parpadeó como si le hubieran lanzado un vaso de agua fría a la cara—. ¿Nos dejan tirados en mitad de la operación?

—La Organización se limita a devolvernos el importe íntegro de sus honorarios y se niega a enviar otro equipo de rescate. Según dicen, no quieren arriesgar más vidas en esta operación. Drummond me ha comunicado esto a espaldas de sus superiores. O al menos, eso dice él...

Mercier tomó la palabra, indignado:

—¿Pero... pero... no podemos exigirles responsabilidades de alguna forma? —el joven no paraba quieto en su silla, como si le hubieran echado picapica por el cuello de la camisa—. ¡No pueden abandonar al equipo de rescate en mitad de la selva, y menos después de sufrir un ataque!

—¿Tú conoces el nombre de esa misteriosa Organización? —le preguntó LeVu a Mercier, que no tuvo más remedio que negar con la cabeza—. Lo único que tenemos es un número de teléfono que ya no funciona y el nombre de Drummond, que probablemente sea falso. Esta gente no tiene cara para abofetearles, ni culo que patearles. Nos han dejado solos y no podemos hacer otra cosa que jodernos.

—Y para colmo, no sabemos qué sucede en realidad —rumió Blanch—. Es posible que ya estén todos muertos y no nos lo hayan dicho.

LeVu negó con la cabeza:

—Drummond cree que el team continúa con vida y que van río arriba —dijo—. Lo malo es que no hay forma de comunicar con ellos.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —quiso saber Mercier.

LeVu se recostó en su asiento:

—Por ahora no comunicuéis al resto del equipo lo que ha sucedido —ordenó—. Continúa a la espera de noticias. Si es cierto que siguen vivos, tarde o temprano contactarán con nosotros.

—¿No piensa avisar a la policía? —preguntó Blanch—. Deberíamos denunciar esto cuanto antes...

Louis LeVu le lanzó una mirada congelante a través de la webcam:

—Se hará en su momento, y solo si es estrictamente necesario —contestó con una frialdad que daba miedo—. No creas que la policía peruana se tomará demasiadas molestias en arriesgar hombres para buscar a una panda de mercenarios y a un par de periodistas que se han embarcado en un rescate por cuenta ajena. Antes prefiero organizar otro equipo o ir a buscarles yo mismo, si hace falta.

Tanto Mercier como Blanch guardaron silencio. La testarudez de LeVu comenzaba a rayar en lo estúpido. Claro que ni Mercier ni Blanch estaban al corriente de las cuentas pendientes que arrastraba su jefe en Perú.

—Vosotros limitaos a hacer lo que yo os diga, y no toméis ninguna decisión sin informarme primero —ordenó LeVu, en un tono que no dejaba lugar a réplica—. Si hay cambio de planes, seréis los primeros en saberlo, ¿ok?

—De acuerdo —aceptó Blanch, de mala gana.

En la otra pantalla, Mercier asintió con la cabeza. Sin extenderse demasiado en la despedida, LeVu dio por terminada la videoconferencia. En Brasil, tanto Mercier como Blanch quedaron sumidos en oscuras reflexiones. A ninguno de los dos le convencía la postura de su jefe ante la situación. Por ahora, lo único que podían hacer era esperar y rezar para que la expedición siguiera con vida y contactara con ellos. En un acto reflejo, Blanch subió un poco el volumen de la radio, como si así pudiera oír, de repente, la voz de cualquiera de los miembros de «Delfín de Río» informando que se encontraban bien.

Por desgracia, lo único que oyó fue el crepitar de la estática.

Miles pilotaba el Manqu Qhapaq a muy poca velocidad. Ni el radar ni el resto de los instrumentos funcionaban, por lo que tenía que navegar con un ojo en el río y otro en Khayn, que le advertía desde proa de los obstáculos que iba encontrando a su paso. A Miles ya no le dolían tanto sus hematomas como su amor propio (había tenido que aguantar más de una broma acerca de la paliza recibida), y a Woods parecía estar pasándosele el enfado, a pesar de que, de vez en cuando, el joven le sorprendía mirándole de soslayo, con cierto rencor en sus ojos.

La noche anterior, después de que Jones y Whisper regresaran al Manqu Qhapaq, Woods y sus hombres debatieron acerca de lo que harían a continuación. Eran conscientes de que tarde o temprano los periodistas leerían el auténtico diario de Villeneuve, y eso les revelaría tanto los verdaderos motivos de los Hydra para dirigirse a la ciudadela perdida, como los peligros que tendrían que afrontar si se acercaban a Boca Verde. Lo más probable era que después de leer el diario, Beltrán y compañía decidieran ir al puesto de policía más cercano a denunciar los hechos. Por su parte, Woods mantenía serias dudas de que los civiles lograran salir de la jungla: si se internaban más en ella, probablemente se perderían y sería la propia selva la que los matara; y si acaso eran lo bastante tontos como para acercarse a la orilla del río, tarde o temprano se tropezarían con ellos.

La principal preocupación de Woods y Forest consistía en cómo llegar hasta la aldea sin ser atacados por los indios, ahora que no contaban con la ayuda de David Beltrán para negociar con ellos, ni con la posibilidad de dividir la expedición en dos para que el periodista les abriera la puerta trasera de la ciudadela protegida por un código secreto. Jones sorprendió a sus compañeros con un plan nada convincente, que a pesar de ser cuestionado por su extravagancia, fue finalmente aceptado por Woods, quien claudicó ante la pasmosa seguridad del haitiano. «*Confiad en mí y tendremos vía libre hasta la ciudadela*», aseguró Jones. Como poseedor de la última palabra, Woods dio luz verde al plan del bokor. Aunque muchas veces dieran miedo, era un hecho que las ideas de Jones funcionaban, por muy locas que parecieran.

A Woods también le preocupaba la incursión en la aldea. Sin un negociador, iba a ser violenta. No había más remedio que entrar y salir por la fuerza. Woods confiaba en que sus defensores no tendrían nada que hacer contra sus armas automáticas. Si tenía que verter sangre para llegar a la cámara del tesoro, lo haría sin inmutarse.

Otra de las decisiones tomadas la noche anterior fue la de avanzar a bordo del Manqu Qhapaq hasta encontrar un recoveco en el río donde poder ocultarlo. La última etapa del viaje hacia Boca Verde sería por tierra, como hicieron Gérard y sus compañeros.

Woods se encontraba sentado en la bañera, contemplando el paisaje. Duke, que acababa de despertarse de una siesta, se sentó a su lado:

—¿En qué piensas, jefe?

—En nada en particular. ¿Has podido dormir algo?

—Sí, hora y media —precisó Duke; tras deleitarse durante un rato con el silencio de la tarde, el inglés se atrevió a plantear a Woods algo que rondaba su cabeza desde el día anterior—. Jefe, ¿y si los civiles deciden dirigirse a la aldea por su cuenta? —Duke recibió una mirada taladradora de Woods; su simpatía por los fugitivos ya había suscitado suspicacias entre sus compañeros—. ¡No me mires así, joder! Hay que reconocer que tienen un par de huevos. Creo que nos equivocamos al subestimarles: se han escapado, han impedido que les persigamos y van armados. Si han leído el

diario, cabe la posibilidad de que se dirijan a la ciudadela e incluso adviertan a los lugareños de nuestra llegada. ¿No te has parado a pensar en ello?

—Esos tipos han actuado hasta ahora como ratas acorraladas —sentenció Woods, desestimando los temores de Duke—. Han sacado valor del miedo, nada más. Ahora que son libres, lo único que desean es volver a la tranquilidad de sus casas, así que deja de darle vueltas al asunto.

Duke optó por cambiar de tercio:

—¿Crees que el plan de Jones funcionará con los indios? A mí me parece una locura...

—A mí también —reconoció Woods—, pero si él dice que va a funcionar, funcionará. Tengo fe ciega en ese cabrón. Nunca falla.

Duke bajó un poco el tono de voz:

—¿No te has fijado que Jones está algo... diferente? Le veo cambiado desde hace un par de días...

—¿Cambiado en qué sentido?

—No sabría decirte, pero desde lo de Cayáhi le veo más raro que nunca. En ocasiones parece ver y oír cosas que nosotros no vemos ni oímos. Es como si estuviera en una frecuencia distinta a la del resto de los mortales...

—Jones siempre ha tenido su punto místico, eso no es nuevo. Mientras nos siga sacando las castañas del fuego en los momentos difíciles, como si se apunta a la Iglesia de la Cienciología.

Duke asintió con la cabeza e inspiró profundamente el aroma de la tarde. Woods tenía razón. Tanto él como el resto de los Hydra le debían demasiado a Jones.

XXXVI

—¿NO OS SUENA ESTE SITIO? —preguntó Valérie, deteniéndose en seco—. No sé si os habéis dado cuenta, pero esta es la tercera vez que pasamos por aquí.

David, Royi y Stephen recorrieron el lugar con la vista. Era difícil saber si Valérie tenía razón o no. La selva era muy parecida en todas partes, y ellos seguían un sendero flanqueado de vegetación impenetrable a derecha e izquierda. Si aquel camino les hacía trazar círculos, iba a ser complicado no seguir haciéndolo. Royi desenroscó el mango de su cuchillo para consultar la diminuta brújula alojada en él. David extendió el mapa de la DINANDRO en el suelo, y los dos, en cuclillas, se enfrascaron en su estudio. Stephen y Valérie cruzaron una mirada de escepticismo, conscientes de que ninguno de ellos sabía cómo usar el mapa.

—¿Cuándo vamos a reconocer que andamos más perdidos que Marco el día de la madre? —preguntó Stephen. David y Royi, dándose por aludidos, levantaron la vista del mapa—. Sobre el papel, es facilísimo trazar una línea recta y decir que tomando tal dirección llegaremos a Pueblo Valderrama, pero luego resulta que no es tan sencillo como parece. Este puto sendero nos está haciendo dar vueltas en círculo.

Royi se incorporó, mostrando las palmas en señal de rendición:

—Entonces, tú dirás qué hacemos. Si quieres, caminamos a ciegas, a ver a donde llegamos.

—¡Ya estamos caminando a ciegas! —replicó—. Hemos seguido este sendero durante todo el día, y cada vez que llegamos a una bifurcación, tomamos la que debería acercarnos más al río. Pues bien, ya sabemos que eso no funciona.

Royi suspiró. Stephen tenía razón.

—¿Por qué no marcamos el camino cada vez que el sendero se bifurque? —sugirió Valérie—. Así sabremos si hemos pasado antes por la marca.

—No es mala idea —aprobó David.

Valérie sacó su cuchillo de la funda y se agachó junto a un tronco caído. Peló la corteza muerta y dibujó una flecha sobre la madera con la punta:

—Bien, a partir de ahora marcaremos troncos, piedras... lo que haya en cada bifurcación. ¿De acuerdo?

David guardó el mapa y encabezó de nuevo la marcha. A los pocos minutos, encontraron la primera bifurcación del sendero.

—Vayamos hacia la izquierda —propuso Stephen, apresurándose a grabar una flecha que señalaba el camino a seguir con su cuchillo—. Lo peor de esto es que estamos dejando un rastro cojonudo.

La vereda ascendía suavemente por el monte, y pronto descubrieron una zona en la que no habían estado antes: por fin habían salido de la cinta de Möbius por la que habían caminado hasta ahora. Durante un par de horas, el sendero subió y bajó por la ladera, ensanchándose en algunos tramos y estrechándose en otros. Se detuvieron al llegar a una pequeña explanada. La selva se descongestionaba allí, difuminando el camino. Los árboles que anteriormente se erguían en formación cerrada ahora se distanciaban los unos de los otros, formando un bosque. Royi consultó de nuevo la brújula: si continuaban caminando en línea recta, se dirigirían hacia el este, al interior de la selva. Girando sobre sus talones, se orientó hacia el sur y señaló con el dedo:

—Si seguimos por aquí, todo recto, llegaremos al río.

A pesar de que aproximarse demasiado al Unu Rono conllevaba el riesgo de tener un encontronazo con Woods, necesitaban permanecer lo suficientemente cerca para no perderse. Caminaron durante un buen rato por un terreno sombreado y fácil de atravesar, rodeados de árboles por todas partes pero sin el agobio laberíntico del sendero. Finalmente, el terreno comenzó a descender en una leve pendiente. En cuanto divisaran el agua a lo lejos, ya tendrían una referencia clara para orientarse. Ya solo tendrían que mantenerse ocultos y no acercarse a la orilla más de lo necesario.

—Parece ser que vamos bien, ¿no? —preguntó Valérie, animada.

—Sí —confirmó Royi, que sostenía la brújula en la mano—. Si el camino no se complica de nuevo, será fácil mantener un rumbo paralelo al río.

La selva se tornó de nuevo más espesa ladera abajo, hasta volver a definirse en una vereda estrecha. Una vez más, encontraron zonas donde los árboles cerraban filas formando murallas infranqueables. Cuando se encontraron con la primera bifurcación, decidieron seguir el camino de la derecha, marcando en un árbol la consabida flecha. Dos minutos después, se tropezaron con la primera serpiente que veían desde que abandonaran la civilización. Era un ejemplar de llamativos colores que medía cerca de dos metros. El encuentro fue de lo más decepcionante: el reptil se paseó insolentemente ante ellos y desapareció en la selva como si nunca hubiera estado allí.

—Se me había olvidado que en la jungla hay cosas de estas —dijo David, que aparte de los inevitables insectos y pájaros, no recordaba haber visto ningún animal hasta ahora—. Es enorme, ¿eh?

—¡Bah! Es una *machanche*, una serpiente inofensiva —informó Stephen, tan seguro de sí mismo que sus compañeros no pudieron evitar una expresión de sorpresa. El médico se enfrentó a sus miradas con un alzamiento de ceja—. ¿Por qué creéis que LeVu me incluyó en la expedición? Los bichos venenosos son mi especialidad. ¡Soy una eminencia en mi campo, *pringaos!*

Royi le dedicó una histriónica reverencia:

—Permitidme que me descubra ante vos —dijo—. Hasta ahora, pensé que lo único que sabía hacer vuesa merced era darle al *whisky* y dar por saco.

Stephen proyectó hacia arriba su dedo corazón, con una sonrisa de gato de Cheshire en la boca:

—Mirad quien habló: don Rogelio Durán, el abstemio.

—A vuestro servicio —Roiy repitió la reverencia.

David y Valérie se echaron a reír. Al menos, aún conservaban el sentido del humor, después de todo lo que habían pasado.

—¡Ojalá nos quedara alguna botella de *whisky*! —exclamó David—. Imaginaos qué delicia, poder echar un traguito por la noche...

Los ojos de Stephen refulgieron con picardía. Sin pronunciar palabra, dejó la Heckler & Koch en el suelo y se desprendió de su mochila, colocándola sobre la hojarasca. David, Roiy y Valérie le observaron en silencio.

Stephen introdujo el brazo hasta el hombro en la mochila, y de dentro sacó no una, sino tres botellas de Johnnie Walker. A Valérie le entró tal ataque de risa que todos temieron que se meara en los pantalones. Roiy tomó una botella en sus manos, la elevó en el aire y besó su culo de cristal, en éxtasis. David, contagiado por el ataque de risa de Valérie (nunca la habían visto reírse tanto), le dio un abrazo a Stephen, que era el único que mantenía una regia compostura.

—¿Cómo no nos dijiste nada antes? —le preguntó David—. ¡Estaba convencido de que las botellas se habían perdido!

—Juraría que estas no son las mías. Estas las encontré abajo, en la bodega. En cuanto las vi, me dije: a tomar por culo, para nosotros.

—¡Eres un *crack*! —le alabó Roiy, palmeándole el hombro.

—Esta noche le metemos un tiento —propuso Stephen, guardando de nuevo el *whisky* en la mochila—. ¡Dormiremos como angelitos!

Charlando alegremente, prosiguieron la marcha a través del sendero. Viéndoles tan pletóricos, era difícil imaginar que acababan de salir de una situación límite y que, en realidad, no tenían ni idea de cómo acabaría aquella aventura. Caminaron durante un buen rato, hasta que llegaron a una encrucijada que ofrecía tres posibilidades. Roiy se agachó para examinar el suelo, como un rastreador indio:

—Si os fijáis bien, la hierba que cubre este camino es más corta e irregular —comentó, señalando el terreno—, como si se utilizara más a menudo.

—Sí, es posible que pase una persona cada seis meses —se burló Valérie. La joven sacó el cuchillo de su funda para marcar el camino—. ¿Qué hacemos? ¿Continuamos por el sendero que propone Roiy?

—Me parece bien —dijo David.

Stephen también estuvo de acuerdo. Valérie grabó una flecha en la corteza de un árbol y siguieron la vereda. Al cabo de un rato, Roiy hizo otra propuesta al grupo:

—Si os parece bien, caminamos media hora más y luego paramos a comer algo —Roiy se dirigió a Stephen—. No llevarás un jamón de pata negra en la mochila, ¿verdad?

—Lo siento —se disculpó este, desolado—. Pero si al señor le apetece, podría prepararle una paella de marisco; de segundo me permito sugerirle un chuletón de Ávila y de postre, helado de tiramisú o profiteroles con chocolate fundido.

—¡Joder, no habléis de comidas *buenas*! —suplicó David, con la boca hecha agua—. Si salimos de esta, lo primero que haré al llegar a España será comerme una tabla de pulpo a la gallega, una tortilla de patatas con cebolla, una cazuela de callos y un rabo de toro...

—¿En qué orden? —se interesó Royi, al que no le cuadraban muy bien los platos tan antagónicos elegidos por su amigo—. Yo, con un bocata de calamares me conformo...

—Pues yo me apunto a una paella —soñó Valérie en voz alta.

—¡Cómo se nota que eres guiri! —le reprendió Royi, perdonándole la vida con la mirada—. Ahora dime que la acompañarás con sangría y directamente me corto las venas...

Stephen se paró en seco:

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Comamos algo aquí mismo! Nos abrimos unas latas y descansamos un rato.

—Me parece una idea excelente —aprobó Royi, dejando su macuto en el suelo.

Los cuatro se sentaron formando un círculo, registrando sus mochilas en busca de las provisiones saqueadas del yate. Eligieron unas latas de sardinas en aceite, un trozo de embutido rojizo no identificado —pero de pinta deliciosa—, y una tableta de chocolate. Todo un festín campestre. Valérie desató las mantas que llevaban enrolladas sobre las mochilas y las extendió en el suelo:

—Nos merecemos una siestecita —decidió, una vez dieron cuenta del improvisado banquete—. Llevamos caminando sin descanso desde el amanecer.

Royi fue el primero en aceptar la sugerencia, tumbándose cuan largo era sobre una de las mantas y apoyando su cabeza sobre la mochila. Stephen se tumbó a su lado, y Valérie hizo lo propio un poco más lejos. David, que no tenía sueño, se quedó haciendo guardia con su Heckler sobre las rodillas. Apoyándose en un árbol (no sin antes comprobar que no había ningún bicho, ya que la serpiente le había recordado dónde estaba), sacó de la mochila el teléfono de los Hydra. Una vez más, marcó el número de Grial. De nuevo, al pulsar la tecla de llamada, obtuvo un mensaje en pantalla pidiéndole el código de seguridad. David probó diferentes combinaciones de teclas, intentando desbloquear el teléfono. Imposible. ¿Tendrían los Hydra otro Iridium? ¿Le llamarían al terminal robado? ¿Podrían localizarle si contestaba la llamada?

Mientras reflexionaba sobre todas esas posibilidades, David captó un ruido procedente de la espesura, un poco más abajo de donde se encontraban. Contuvo la respiración. Se oía claramente la vegetación crujiendo bajo los pies apresurados de alguien que mascullaba palabras ininteligibles. Con el corazón al galope y el estómago centrifugando, David quitó el seguro a la Heckler. Despertó a sus

compañeros sin hacer ruido, poniéndose el dedo en los labios con vehemencia, indicándoles que mantuvieran silencio. Royi se levantó despacio y cogió su subfusil. Valérie y Stephen le imitaron, absolutamente despabilados y con la adrenalina fluyendo a tope.

Los ruidos se oían cada vez más cerca, así como el sonido de la voz, que aunque por ahora era imposible de entender, parecía la de un hombre muy enfadado. Aguzando el oído, poco a poco comenzaron a captar palabras:

—¡Ven para acá, hijoputa! —dijo la voz, pronunciando *p'acá*—. ¡Trae p'acá eso o me cago en tus muertos!

David, Royi y Stephen cruzaron miradas de asombro. El acento de aquel desconocido era, indiscutiblemente, andaluz:

—¡Que bajas y me devuelvas la bolsa, cabrón! —hubo una pausa y luego un ruido de ramas; el tipo había lanzado una piedra—. ¡Qué bajas, coño ya! —esta última frase fue replicada por un chillido agudo, de animal.

David se tiró del párpado inferior con el índice, sugiriendo ir a echar un vistazo al intruso que se peleaba con los árboles. Por lo menos, no era uno de los Hydra. Avanzaron en cuclillas por el sendero, ocultándose entre los matorrales, hasta que localizaron al dueño de la voz.

Abajo, en otra vereda que corría paralela al camino en el que se encontraban, había un joven de veintitantos años. Era alto y espigado, con un pelo lacio y grasiento que le caía por ambos lados de la cara. Tenía una nariz ganchuda que sobresalía de su rostro como si fuera un pico. Para colmo, tenía el mentón caído, lo que le daba aún más aspecto de pájaro. Estaba muy tieso, en mitad del sendero, con las manos en jarras y mirando a la copa de un árbol. No había ningún arma de fuego a la vista.

—¡Que me devuelvas la bolsa, me cago en tu puta madre! —desde arriba, algo le volvió a dedicar un grito estridente, lo que encolerizó más al larguirucho, que comenzó a buscar en el suelo otra arma arrojadiza—. ¡Te vas a enterar, mamón!

El tipo lanzó algo hacia la copa del árbol, y esta vez, el chillido que respondió fue de dolor. Una bolsa de lona aterrizó justo al lado del narizotas.

En lo alto, un maquisapa negro abandonó su refugio, saltando de árbol en árbol hasta desaparecer. Orgulloso de su victoria, el tipo recogió la bolsa —que curiosamente daba la impresión de moverse sola—, y dedicó un explícito gesto con su dedo corazón a la zona por donde había desaparecido el mono.

—Quizá ese tipo sepa cómo llegar a Pueblo Valderrama —apuntó David, en voz muy baja—. Ese tío es español, y parece inofensivo.

—Siempre y cuando no intentemos quitarle su bolsa —puntualizó Royi—. Hablemos con él.

El narizotas estaba tan absorto en el contenido de su talega que ni siquiera oyó al cuarteto acercándose.

—¡Hola! —saludó Royi, cordial—. ¿Eres español?

El larguirucho soltó la bolsa como si de repente estuviera al rojo vivo, levantó las manos por encima de la cabeza y arrancó a llorar desconsoladamente. El grupo, sobresaltado por esta reacción, levantó instintivamente sus armas hacia él. Valérie observó, espantada, cómo varias serpientes escapaban de la bolsa, desapareciendo entre los matorrales.

—¡Ay, ay, ay, ay! —imploró el hombre, de cuyas fosas nasales surgieron dos velas de mocos espesas como gel de ecógrafo—. ¡No me hagan ná, por favor, no me hagan ná!

Royi bajó el arma y extendió la mano, intentando calmar al hombre. David también bajó su Heckler e hizo un gesto a Stephen y a Valérie para que le imitaran.

—¡Yo no he hecho ná! —juraba el desconocido sin bajar las manos y sin dejar de llorar a moco tendido—. ¡Las bichas son pa comer, no pa venderlas! ¡No me hagan ná, por favor, no me hagan ná!

—No vamos a hacerte nada —le prometió Royi, que no sabía muy bien qué hacer para calmar al hombre—. Somos amigos, no vamos a hacerte daño.

El llorón no quitaba ojo de encima a las armas:

—¿No sois policías?

Royi se señaló a sí mismo y al resto de sus compañeros.

—¿Tenemos pintas de pasma, joder?

El hombre examinó detenidamente al grupo. Al parecer, decidió que sí que tenían pinta de policías, porque siguió llorando con suma aflicción.

—Este tío está totalmente colgado —susurró David a Stephen. La verdad es que no hacía falta estar doctorado en psiquiatría para llegar a esa conclusión.

—A ver, tío, escúchame —Royi perdía la paciencia por momentos—. ¡No somos putos policías!

—¿Ni de la secreta? —repuso el llorón, sorbiendo ruidosamente por la nariz.

David temió por un momento que Royi le disparara. Para su alivio, respiró hondo y logró mantenerse en calma:

—¡Que no, joder, te lo juro! —se dirigió a él con dulzura—. A ver... ¿eres español?

El tipo asintió con la cabeza.

—Tranquilo, tío —intervino Stephen; el médico dio unos pasos hacia él, lo que provocó que el hombre encogiera el cuello, como si esperara un pescozón—. ¡Baja las manos de una vez, coño, nadie va a dispararte!

El llorón bajó lentamente las manos y se limpió los mocos con la manga, lo que casi provoca un ataque a Valérie. Royi extendió su mano lentamente, esperando a que se la estrechara. El tipo la contempló cauteloso y, tras vacilar unos instantes, se la estrechó. Aquel simple gesto pareció inyectarle cierta dosis de tranquilidad.

—Me llamo Royi —se presentó.

—¿Qué nombre es ese?

—Rogelio.

El desconocido sonrió. Al hacerlo, sus incisivos se proyectaron fuera de los labios. «Este tío es feo de cojones», pensó Stephen.

—Con razón prefieres que te llamen Royi, colega —se atrevió a bromear el llorón—. Yo me llamo Joaquín, pero tó dios me llama Juaqui.

Royi le soltó la mano, sonriendo.

—Pues encantado, Juaqui. Ella es Valérie, él es David y él Stephen.

—Hola —saludó Juaqui, secándose las lágrimas—. Joer, tronco, que susto m'habéis dao. Pensaba que era la pasma, tío, y yo paso de volver al talego en este puto país —una vez roto el hielo, Juaqui resultó ser muy locuaz—. Antes me cuelgo de una viga, por mi mare. Mira que le dije al juez que m'habían trincao por una tontería, que me dejara irme pa España y que yo dejaba de molestar aquí, en este país. Pero na, joer, me metieron en la trena y tó por una chalaúra.

David, Royi y Stephen estaban al borde de un ataque de risa. Valérie, aunque hablaba español perfectamente, no estaba preparada para captar en su totalidad el discurso de Juaqui, por lo que se limitó a atenderle con educación.

—¿Qué hiciste para acabar en la cárcel? —quiso saber David.

—Ná, tronco, comerme el marrón de unos colegas. Me metieron farla en la mochila, tío —Juaqui se mordió la lengua con rabia, como si quisiera pegar a aquellos colegas que sabe Dios dónde andarían ahora—. La farla era de mi compadre, que andará de birritas en Málaga, tan tranquilo el hijoputa, asín reviente... pero él (y mis otros colegas) declararon que era mía y aquí me tenéis ahora, tó tirao en mitá la selva, con una ruina en lo alto que ni pa qué...

—¿Qué es farla? —preguntó Valérie a Stephen.

—Farlopa... cocaína.

—Ah...

—Pues ya os digo, gente, al final me comí el marrón yo solo —prosiguió Juaqui—. Me enchironaron, pero hubo un motín en la cárcel y me llevaron por delante en la avalancha. Cuando me di cuenta, estaba fuera, con treinta presos más... ¡No veas la cardiaquera que pasé!

—¿Te fugaste de la cárcel? —preguntó Royi, cada vez más asombrado ante la rocambolesca historia de Juaqui.

—¡Pos claro, tronco! —dijo Juaqui, como si fugarse de un presidio fuera lo más normal—. Yo no tuve na que ver, ¿eh? —aclaró, manteniendo su postura de inocencia universal—. Cuando rompieron el muro y se cargaron a los guardias, yo estaba detrás de la peña... pero ya sabes cómo son estas cosas: de repente... ¡zas! Es como en los Sanfermines, tío... estás corriendo y no sabes ni pa donde vas. Pues yo, a correr también...

—¿Y cómo llegaste hasta aquí?

—Pues como no tenía papeles, si me trincaban era un marrón que te cagas: fugao, amotinao, pendiente de cumplir condena e indocumentao. Me pillan y salgo de aquí con noventa años, socio. Así que un colega del talego me trajo hasta donde comienza

la selva, y allí me dijo: «Ea, búscate la vida y si puedes, cruza la frontera». —Juaqui se encogió de hombros—. ¡Cómo si eso fuera fácil! Primeramente, no tenía ni puta idea de dónde estaba la frontera, así que me puse a andar y andar y andar, pero sin meterme mucho en la selva pa no perderme y pa que no me comiera un bicho. Entonces llegué a un pueblecito en el quinto carajo, donde conocí a unos tipos bastante legales con los que llegué a un acuerdo: trabajar pa ellos durante un año en la selva, a cambio de unos papeles falsos pa pirarme de Perú. La verdad es que se portan conmigo de puta madre. Son unos tíos muy *perita*.

Royi estaba fascinado por la historia:

—¿Y a qué te dedicas? —el fotógrafo señaló la bolsa vacía con el pie—. Antes vi salir serpientes de ahí dentro...

Juaqui recogió la bolsa, con cara de disgusto.

—Pos sí, colega, pero por vuestra culpa s'han escapao. Ahora tengo que pillar más, y esas cabronas se esconden como moros debajo un camión.

—Así que cazas serpientes...

—Serpientes, monos, loros... lo que pidan —Juaqui se sacó de detrás de los pantalones una vara con un nudo corredizo en el extremo—. Esto es pa las bichas —explicó, mostrando el artefacto con orgullo.

—Tráfico ilegal de animales —dijo Stephen, mirando fijamente a Juaqui. Él le observó con desconfianza—. Por eso te acojonaste cuando pensaste que éramos policías.

—Esto es más sano que la droga, ¿eh, compadre? —se defendió Juaqui—. La droga es ruina, y esto es educativo pa los chavales —David y Royi se mordían los carrillos por dentro para no estallar en carcajadas—. Esto es un bien social, tronco, no te equivoques.

—Bueno —concedió Stephen, tratando de no reírse en su cara—. Si lo miramos desde ese punto de vista, tienes razón.

—Pos ya os he contaó mi movida, gente —concluyó Juaqui—. Y ahora vosotros, ¿qué hacéis en mitá la selva con metralletas?

David se apresuró a tomar la palabra para narrar una versión maquillada de la historia:

—Vinimos a filmar un documental sobre el río Unu Rono. El equipo de seguridad que nos acompañaba resultó ser una panda de bandidos. Nos robaron todo el material de filmación y nos secuestraron para pedir rescate a la revista para la que trabajamos. Tuvimos suerte y escapamos, llevándonos estas armas con nosotros. Ahora buscamos la forma de llegar a Pueblo Valderrama.

Juaqui compuso un gesto de admiración con su rostro pajaril:

—Como se nota que eres periodista, tronco... has contaó la movida de puta madre en tres palabras, no como yo, que me enrolló como una persiana —Juaqui se frotó el mentón—. Pos yo no tengo ni idea de dónde queda eso de Juanito Valderrama, pero si os parece hacemos una cosa: mi campamento está cerca y allí

están mis colegas. Uno de ellos es más indio que el que sale en la etiqueta del ron Cacique y controla esta zona de puta madre. Le preguntamos a él y que os diga cómo llegar. Es un tío legal, así que tranquilos, ¿eh?

Los cuatro intercambiaron miradas entre ellos. Era una opción. Al fin y al cabo, no iban desarmados, y seguro que los cazadores furtivos no serían peores que los Hydra.

—De acuerdo, Juaqui —aprobó David—. Acompáñanos a recoger unas cosas que hemos dejado aquí al lado y te seguimos.

Una vez recogieron las mantas y las mochilas, siguieron a Juaqui por el sendero. Mientras caminaba, este no paraba de contar anécdotas de su estancia en Perú: en cuatro meses cumpliría el trato con la banda de furtivos y podría volver a España. También les dio detalles sobre su trabajo, de cómo de vez en cuando un barco les recogía en el río para hacerse cargo de las capturas y los trasladaba a otro lugar, si es que había demanda de algún animal diferente.

—Lo peor son los monos, colega —aseguró mientras sorteaba un tronco caído—. Ahí he estado dos veces. Es un bosque perdido que está a tomar por culo y tenemos que trincar a los monos con redes. Los titís son fáciles, pero los monos *gansos*... ¡uf!

—¿Monos gansos? —preguntó Valérie, extrañada.

Juaqui miró a Valérie como si fuera un bicho raro. David, Royi y Stephen clavaron la vista en el suelo para disimular la risa.

—¿Usted es guiri, verdad? Le hago la pregunta con todo respeto del mundo, no me se ofenda...

—Pues sí, Juaqui, soy francesa —respondió ella, sin sentirse ofendida.

—¡Como la tortilla! —exclamó Juaqui, guiñándole el ojo—. Es broma, señora. Pos ganso significa también grande —le aclaró Juaqui, acompañando su explicación con elocuentes gestos de sus manos—. Una cosa gansa es una cosa grande.

—Tomaré nota —prometió Valérie, señalando a sus compañeros con el pulgar—. Mis amigos dejan mucho que desear como *profes* de español...

Juaqui, halagado, prosiguió con sus historias sobre cacerías de bichos, narrando con todo detalle mordiscos (mostrando cada vez una cicatriz distinta), arañazos (más cicatrices, viejas y recientes), ensalzó su simpatía por los lagartos («*esos son de puta madre, ni muerden, ni gritan, ni arañan ni ná... se quedan ahí tó apollardaos, esperando a que los pilles y ya está*») y condenó la idiotez de los gobiernos por prohibir la venta de esos animales («*Ya ves, igualito van a vivir en casa de un americano con billetes que aquí, en mitá la selva, pa que se los coma otro bicho... si el que compra una cosa de estas es porque quiere a los animales y los cuida, ¿me entendéis?*»).

Después de dos horas de marcha y de monólogo interminable, cruzaron un arroyuelo hasta llegar a una escalera natural esculpida por raíces en una pendiente. Poco más allá, en un pequeño claro, vislumbraron una tienda de campaña

confeccionada con lona de camuflaje. Junto a esta había tres hombres que parecían charlar entre ellos. En cuanto los vio, Juaqui se paró en seco y dio el alto al grupo:

—Hay un tío que no conozco con mis colegas —advirtió—. A lo mejor es uno de los jefes, no lo sé...

—¿No se cabrearán si nos ve? —preguntó Royi.

—¡Que va, hombre, que va! Esta gente es muy perita —aseguró Juaqui—. Además, vosotros sois los que tenéis las metralletas —les recordó—. Si se pone tonto lo acojonáis y al carajo.

—Yo flipo con lo fácil que lo ve todo este tío —susurró Stephen a David—. Me encantaría ser así, aunque tuviera que desayunar bocatas de hachís...

Juaqui saludó desde lo alto con un silbido para no asustar a sus colegas. Los tres hombres que se encontraban junto a la tienda giraron la cabeza hacia los recién llegados, que ya brincaban por las escaleras de raíces en dirección al claro. Juaqui tomó la iniciativa de las presentaciones sin recordar, por supuesto, ni un solo nombre. Al menos, presentó correctamente a sus dos compañeros como Amancio y Cholo. Como decidió que el desconocido no tenía demasiada pinta de jefe, no le hizo el menor caso. Tanto Amancio como Cholo eran indios, pero los rasgos de Cholo eran infinitamente más raciales que los de su compañero. Cholo era un hombre de edad indefinida. Si uno se basaba en el curtido aspecto de su piel, lo mismo podía tener treinta años que sesenta. Vestía una indumentaria bastante *sui generis*, compuesta por una camisa amplia (que recordaba una carta de colores especial para decorar furgonetas *hippies*) y unos pantalones con rayas horizontales tan esplendorosamente cromáticas que parecían recién sacados de una tienda de disfraces; su cabeza, enmarcada por un pelo largo, lacio y brillante, estaba adornada con una bandana tan colorista como el resto de su atuendo. La remataban un par de plumas al más puro estilo sioux. Juaqui se dirigió a él, señalando con la mano a los recién llegados:

—Estos son unos paisanos míos que me he *tropezao* más arriba, Cholo —explicó—. A ver si puedes echarles una mano...

—¿Por qué llevan metralletas? —le interrumpió este con sequedad, sin apartar la vista de los subfusiles—. Esas no son armas normales para caminar por la selva.

—Las armas no son nuestras —explicó David, tendiendo una mano que Cholo, de momento, no aceptó—. Me llamo David Beltrán, soy periodista.

—Esto me huele mal, Cholo —dijo Amancio—. Por acá nunca pasa nadie, y hoy nos encontramos con todos estos *patas*^[55], como si fuera *tono*^[56].

Juaqui examinó detenidamente al que había confundido con uno de sus jefes: era un hombre joven, de complexión atlética y cabeza ovalada, cuyo pelo muy corto y rostro impassible le daba aire de militar. El desconocido, que no había abierto la boca, observaba con recelo a los extranjeros.

—¿Y este colega quién es? —preguntó Juaqui.

—Le encontramos en la selva, también calzado —informó Amancio; todos, sin excepción, entendieron que la expresión *calzado* quería decir armado—. Este llevaba

un cuerno de chivo...

—Que les entregué inmediatamente en cuanto ustedes me lo pidieron —puntualizó el desconocido, rompiendo su silencio; por su acento, también era peruano—. Ya les dije antes que no busco problemas.

David, Royi, Stephen y Valérie cruzaron miradas elocuentes entre ellos. A lo último que estaban dispuestos era a entregar sus armas. Cholo, meditabundo, no paraba de rascarse la barbilla mientras clavaba sus ojillos en ellos. Estaba claro que al indio no le hacía ninguna gracia que cinco desconocidos, todos armados, aparecieran de repente en las inmediaciones de su zona de trabajo. Aquello no pintaba bien. Si eran policías: malo. Si eran delincuentes: malo. Si eran gente decente —cosa que Cholo dudaba, teniendo en cuenta que todos portaban armas automáticas—, acabarían contactando con la policía y les contarían que se habían encontrado con cazadores furtivos. Todas las opciones le parecían malas.

—¿Qué carajo se les perdió a ustedes en la selva para ir calzados como *terrucos*^[57]?

—Como le dije, somos periodistas —repitió David—. Nuestra revista contrató un equipo de seguridad para que nos ofreciera protección en nuestro viaje...

—¿Periodistas armados con metralletas? —le interrumpió Cholo, escéptico. Era evidente que estaba reacio a creerle, contara lo que contara.

—Ya le dije que las armas no son nuestras. Los miembros de nuestro equipo de seguridad nos robaron las cámaras y nos secuestraron en la bodega de un barco, pero nos las ingeniamos para escapar y arrebatarnos estas metralletas. No queremos causarle problemas, créame —le aseguró David—. Solo queremos llegar a Pueblo Valderrama y salir de la selva.

—Pueblo Valderrama ya no existe —dijo Cholo—. Nunca fue un pueblo, sino una base militar, y fue desmantelada hace años. ¿Quién les dijo que sigue en pie?

David, Royi, Stephen y Valérie intercambiaron miradas de preocupación. A todos les pareció que Cholo había sido sincero en su afirmación. David sacó su mapa y señaló el lugar con el dedo:

—¿Acá pone Pueblo Valderrama? —le preguntó el indio, revelando su analfabetismo; David asintió con la cabeza—. Pues ya le digo yo que ese lugar desapareció hace años. Allá no queda nada —Cholo meditó unos segundos frente al mapa—. Déjeme que hable con mi compañero.

El indio se alejó de David e intercambió unas frases inaudibles con Amancio. Este negó varias veces con la cabeza: todo apuntaba a que era aún más reticente que Cholo a ayudar a los desconocidos. Finalmente, tras dar por concluida la charla, Cholo se acercó de nuevo a los recién llegados:

—Acá no pueden quedarse —dijo, implacable—. Si es verdad lo que cuentan, los *faites*^[58] que les agarraron andarán siguiéndoles el rastro, y no queremos que vengan acá y paguemos nosotros por ustedes.

—No queremos quedarnos aquí —dijo David—. Solo queremos que nos indique dónde podemos encontrar un destacamento de la policía o del ejército —el periodista le mostró de nuevo el mapa—. Tiene mi palabra de que no les mencionaremos en ningún momento. Solo queremos volver a casa...

Cholo perdía la paciencia por momentos:

—Mire, no me creo que sean periodistas. No me creo lo que me cuentan de ese secuestro. ¡No me fío de ustedes, carajo! ¿Tan difícil es de entender? ¡Solo quiero que se vayan de una vez!

El desconocido, que había asistido a la conversación en silencio, se dirigió a David:

—¿Ustedes viajaban a bordo de una lancha que fue atacada hace dos días en el Paso del Jaguar?

Los cuatro apretaron con más fuerza las empuñaduras de sus subfusiles. Sus miradas convergieron en el desconocido.

—¿Cómo sabe usted eso? —le preguntó Royi, levantando un poco más el cañón de su Heckler.

El desconocido le sostuvo la mirada durante unos segundos y se dirigió a Cholo:

—Puede confiar en ellos —le aseguró—, son periodistas de *de veras*.

—¿Y cómo carajo estás tan seguro, bróder? —quiso saber Cholo.

—Porque yo estaba con la banda que atacó ese barco.

Los periodistas, el médico y la ejecutiva dieron un paso atrás y encañonaron al hombre a la vez. Amancio y Cholo retrocedieron, y aunque las Heckler no apuntaban hacia ellos, levantaron las manos en señal de rendición. Entre ellos intercambiaron miradas de *ya te lo dije*. Juaqui guardó un silencio prudente y contempló la escena como si no se encontrara realmente allí. Al fin y al cabo, había sido él quien había traído el problema al campamento. Quien reaccionó de forma más extraña fue el desconocido: en lugar de levantar las manos, tendió la derecha hacia David, que era quien se encontraba más cerca de él.

—No soy su enemigo —le aseguró con voz firme, manteniendo su mano extendida y mirándole fijamente a los ojos—. Ahorita les explicaré mi historia y lo entenderán todo. Mi nombre es Virgilio Huaranca.

XVIII

DAVID OBSERVÓ DURANTE UN RATO la mano que le tendía Virgilio. Respondiendo a un impulso que ni él mismo fue capaz de explicar luego, se la estrechó. El apretón le transmitió fuerza y honestidad. Sin soltarle la mano a David, Virgilio se dirigió a los demás:

—Antes de que me prejuzguen, quiero que me escuchen —miró a los presentes, uno por uno—. No soy una amenaza para ustedes, créanme.

Cholo, que había pasado de la posición de manos arriba a cruzar los brazos sobre el pecho —lo que hizo que pareciera aún más un viejo jefe sioux—, presencié la escena con desconfianza, sin enterarse bien de lo que sucedía. Amancio, su compañero, no cesaba de mascullar cerca de su oreja, mientras Juaqui mantenía la boca cerrada, por si acaso. El indio se acarició el mentón lampiño con aire meditabundo:

—Creo que ya *me hice bolas* —confesó, señalando a David con un dedo nudoso—. Ustedes dijeron hace un minuto que su propio equipo de seguridad les apresó —Cholo clavó ahora sus ojillos en Virgilio—. Y tú dices que atacaste el barco donde ellos navegaban... —Cholo repasó los escasos datos de los que disponía, y decidió que cada vez entendía menos—. Pero tú no eres uno de los del equipo de seguridad... ¿Quiénes son los buenos y quienes los malos, bróder?

—En esta guerra no hubo buenos —sentenció Virgilio—. Fue una guerra de malos contra malos, y estas cuatro *gentes* estaban por el medio. Permítanme que les cuente todo...

Conforme Virgilio narraba su historia, las Heckler fueron bajando hasta apuntar al suelo. Incluso Cholo pareció más relajado al escuchar el relato que Virgilio desgranaba con valentía y sinceridad. Comenzó su relato con el chivatazo de Carlinho Pelaes. Aunque Virgilio sabía por él que el objetivo de la operación era un rescate, decidió no mencionarlo delante de los cazadores de serpientes: si los periodistas no habían mencionado ese dato, sus razones tendrían. También narró la visita a la Madriguera y la muerte de Héctor Montalbán el año anterior a manos de los gringos. Prosiguió con el viaje a Cayáhi, describió el plan de ataque en el Paso del Jaguar y la sorpresa de Víctor Sánchez al ser derrotado en el río. También contó cómo Sánchez forzó al Goblin a entregarles.

—Ese tipejo nos drogó durante la cena y nos encerró en un almacén —explicó Royi—. Precisamente fue Jones quien nos sacó de allí...

—¿Jones es el demonio negro? —preguntó Virgilio. Algo le decía que Royi se refería a él.

—Ese mismo. Él solito se las apañó para reducir a todos los empleados del Goblin y encerrarlos en el mismo almacén donde nos tenían confinados —Roi hizo una pausa—. Cuando despertamos, ese almacén había ardiendo con todos ellos dentro. Woods dijo que fueron ellos mismos quienes iniciaron el fuego, pero me da en la nariz que Jones tuvo algo que ver en eso...

Virgilio narró a continuación el segundo revés recibido por Sánchez al asistir en directo, por la radio, al ametrallamiento de la lancha de Márquez:

—Fue entonces cuando decidió emboscarles en Cayáhi —dijo.

—Woods se adelantó a los movimientos de Sánchez —dijo David—. Ocultó el yate y preparó un asalto al poblado, por sorpresa y desde tierra.

—Permítame una pregunta: ¿cómo adivinaron los gringos que los ataques procedían de Cayáhi?

—Woods capturó a un superviviente de la lancha que embistió el helicóptero —contestó Roi—. Por lo que se ve, aquel desgraciado les dio el recital completo e hizo un bis.

—Eso lo aclara todo —dijo Virgilio—. De todas formas, los gringos pagaron caro el ataque a Cayáhi...

—¿Qué quieres decir con que pagaron caro el ataque? —le preguntó Roi—. ¿Ganasteis?

—No, pero matamos a tres o cuatro. No puedo dar detalles porque yo me encontraba junto a mi patrón detrás de una elevación del terreno, y no participé mucho en la balacera. Pero sé que los nuestros *se echaron* a varios de ellos.

—Tres o cuatro bajas —Valérie hizo un rápido recuento—. Eso significa que ahora son siete u ocho, contando a Forest...

—¡Algo es algo! —exclamó Stephen, que recibió la nueva con alegría—. ¿No sabrías decirnos quienes fueron los que cayeron? Sé que no conoces sus nombres, pero... ¿podrías describirlos?

—Lo siento —se disculpó Virgilio—. Mi misión era defender a mi patrón, y desde donde estábamos se veía bien poco.

—¿Qué fue de tu patrón? —se interesó Roi.

—Los gringos *aventaron* granadas adonde estábamos. Yo sobreviví de milagro porque me encontraba algo alejado. Mi patrón fue despedazado por los bombazos, y Sánchez quedó malherido. Cuando me fui, aún estaba vivo, pero no creo que durara mucho más. Fue él mismo quien me ordenó gritar retirada. Huimos hacia el interior, en desbandada. Yo escapé solo, y desde entonces intento abandonar la selva —Virgilio señaló a Amancio—. Él fue la primera persona con la que me crucé desde que salí de Cayáhi. Y esta es mi historia —concluyó—. Ustedes nunca fueron nuestro objetivo: su único pecado fue estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno —esbozó una sonrisa melancólica—, y créanme que me alegro de que hayan sobrevivido.

Cholo sonrió, mostrando una dentadura mellada y medio podrida, que a pesar de su fealdad fue reconfortante para todos menos para Amancio, que asistía, ceñudo, al repentino cambio de humor de su compañero. Cholo paseó su mirada por los rostros de todos los presentes, acariciándose una vez más el mentón en lo que ya estaba claro que era un tic:

—Tengo que confesarles que es la historia más extraña que oí en toda mi vida, pero ahora veo que dicen la verdad —admitió—. Estas cosas tan raras solo suceden en la selva, donde Dios no se pasea...

Animado por el cambio de actitud de su compañero, Juaqui se atrevió a hablar:

—¡Pos claro, Cholo, ya te dije que esta gente es legal!

El indio le fulminó con las rendijas negras que eran sus ojos:

—¡Cállese la boca, cojudo, y no me interrumpa! ¡Si hubieran sido terrucos me los habría traído igual, no joda! —su tono regañón cambió inmediatamente a uno más suave al dirigirse a los visitantes—. Ustedes ya me dijeron que quieren contactar con las autoridades —Cholo miró fijamente a Virgilio—. ¿Y tú? Tú eres más criminal que nosotros, bróder. La tombería te cachará en cuanto asomes la nariz.

—No estoy fichado, ni tengo cuentas pendientes con la justicia, así que eso no es problema. Solo quiero salir de la selva y volver a la civilización, pero hacerlo solo será difícil —Virgilio se dirigió a David—. Me gustaría ir con ustedes: sé manejar un arma y podré serles útil...

David lanzó a Virgilio una mirada cargada de dudas. Su valentía y sinceridad eran dignas de aplauso, pero la idea de llevarle con ellos (y para colmo, armado) no le hacía demasiado feliz. El periodista decidió convocar una reunión con carácter inmediato:

—Deja que discutamos esto entre nosotros —le pidió David a Virgilio—. No podemos tomar esta decisión a la ligera.

Virgilio asintió con la cabeza e hizo un elocuente gesto con la mano, invitando al periodista a que hiciera lo que tuviese que hacer.

—Prepararé un cafecito mientras conversan —ofreció Cholo, pasando por alto la mirada de reprobación de Amancio, que le taladraba la nuca con los ojos—. Antes de nada, quiero que sepan que he decidido ayudarles.

Juaqui celebró la decisión de Cholo cerrando el puño y flexionando el brazo en gesto de victoria. Todos los invitados, sin excepción, dedicaron a Cholo palabras de agradecimiento.

—¡Pero! —exclamó Cholo, elevando a la vez la voz y el dedo—. Han de jurarme que no nos mencionarán ante la tombería o los milicos. Cuando les encuentren, les molerán a preguntas, y no queremos acabar en la *cana*^[59]. Nos jugamos demasiado y tenemos familia, por mucho que les disguste lo que hacemos acá para ganarnos el pan.

—Tiene nuestra palabra de que nos olvidaremos completamente de ustedes en cuanto salgamos de aquí —le prometió solemnemente David. El periodista sostuvo

firmeramente la mirada de Cholo.

—Ok, pues. Ustedes hablen lo que tengan que hablar, y mientras yo preparo el cafecito.

Dicho esto, desapareció en el interior de la tienda de campaña seguido tan de cerca por Amancio que cualquiera hubiera dicho que fueran siameses. Los periodistas, Stephen y Valérie se separaron para debatir, entre susurros, si era acertado o no llevar a Virgilio con ellos, dejando al guardaespaldas en compañía de Juaqui, que aprovechó las circunstancias para preguntarle, con la discreción que le caracterizaba, por el número de personas que se había cargado a lo largo de su carrera de sicario. Al mismo tiempo, en la tienda, Amancio hostigaba a Cholo mientras este giraba la manivela de un molinillo antediluviano, impregnando el ambiente con el aroma del café recién molido.

—¿Pero estás loco? —le reprimió Amancio en voz baja, convencido de que su amigo había perdido la cabeza al dejarse convencer por aquellos extranjeros sospechosos—. ¡No podemos arriesgarnos a que larguen ante la tombería, aunque sea por descuido!

—Tú sígueme la corriente y tenme confianza, bróder —le pidió Cholo, sin dejar de accionar la manivela—. Nunca dirán nada a nadie, ¿ok?

—¿Pero cómo estás tan seguro de eso, Cholo? —Amancio hablaba en voz muy baja, para que la conversación no se filtrara fuera de la tienda—. ¡Son extraños y van armados! ¿Cómo te fías de ellos?

Cholo interrumpió el movimiento circular de su mano:

—¡Escúcheme bien, carajo! ¡Usted va a tenerme confianza y a seguirme la onda en todo lo que yo diga! ¿Ok? —aquello era claramente una orden, y Amancio decidió guardar silencio. Sabía perfectamente que cuando Cholo se enfadaba era inútil discutir con él—. ¡Diga lo que diga, haga lo que haga, usted mantiene cerrado el pico, y no interviene ni opina! Esos cabrones nunca hablarán con la policía, ¿ok? Confía en mí, bróder.

Amancio se resignó y cerró la boca, mientras su compañero ponía agua a hervir en un hornillo de gas. Cholo comprendía sus temores, y le habría gustado tranquilizarle compartiendo con él el plan que tenía en mente. Cholo era el primer interesado en que las autoridades se mantuviesen lejos de sus actividades: tenía mujer e hijos que alimentar, y lo último que deseaba era ir a la cárcel dejando a su familia desvalida en la paupérrima aldea donde vivían, a muchos kilómetros de allí, y menos por culpa de una panda de desconocidos, por muy inocentes que fueran. De todas formas, todos los días morían miles y miles de inocentes en el mundo. Cholo no podía permitirse correr riesgos, así que había tomado una decisión: una decisión tan extrema y miserable que no se sentía con ánimos para compartirla ni siquiera con su amigo Amancio. Cholo advirtió que este miraba hacia la puerta de la tienda, y adivinó que alguien se había asomado a su interior.

—¡Qué olorcito a café! —dijo Royi, olfateando como un sabueso.

—En dos minutos estará listo —anunció Cholo—. ¿Ya decidieron qué hacer con su nuevo amigo?

—Sí, vendrá con nosotros, pero por ahora irá desarmado. Él ha aceptado esa condición —Roi paseó la vista por el interior de la tienda, como si buscara algo—. ¿Tienen aquí su arma, verdad?

—Amancio, dale el cuerno de chivo —ordenó Cholo, que recibió otra mirada de reproche de su compañero.

Amancio sacó el AK-47 y una bandolera con cargadores de detrás de unos terrarios llenos de serpientes. Roi recibió el arma y sus accesorios con un escueto *gracias* y salió de la tienda para reunirse con sus amigos, que ahora respondían a las preguntas de Virgilio acerca de los Hydra.

Cholo salió de la tienda con algunas tazas y vasos de plástico. Los llevaba cogidos de cualquier manera con sus dedos rematados por uñas parecidas a conchas de mejillones. Amancio, detrás de él, sostenía el cazo con el humeante café de pucherete; en la mano izquierda, traía un frasco de azúcar en cuyo interior, enterrada prácticamente hasta el mango, se apreciaba una cuchara cuyo estado de limpieza era más que cuestionable. Valérie y David, más escrupulosos que el resto, se apresuraron a ofrecer las escudillas de aluminio de sus cantimploras, con la excusa de no querer ensuciar los vasos de Cholo. Aunque nadie dijo nada en voz alta, todos esperaron a que Cholo y Amancio bebieran primero, cerciorándose así de que aquello no era la versión caliente del brebaje del Goblin. Una vez que todo el mundo estuvo servido, Cholo expuso su plan de viaje:

—Mañana saldremos al amanecer hacia el interior —informó—. Para que no se me pierdan por el camino, yo mismo les acompañaré hasta un lugar desde donde llegarán fácilmente a una base militar. Por supuesto, no les acompañaré durante todo el viaje —aclaró—. No quiero que me *cachén*...

—Una base activa, ¿verdad? —preguntó Stephen, recordando el destino de Pueblo Valderrama.

—Sí, se encuentra a dos días de camino. La selva en esa zona es espesa, pero no impenetrable, así que no tendrán problema para avanzar —Cholo se dio cuenta de que Amancio le escuchaba, tan atento como confundido; por fortuna, mantuvo la boca cerrada—. Una vez les deje solos, continúen recto, siempre hacia el norte, hasta que encuentren una pista con señales de neumáticos: síganla hacia la izquierda y llegarán a la base —Cholo entrecerró sus ojillos un poco más—. Recuerden que llegaron allá por casualidad: ustedes jamás nos vieron.

—No se preocupe por eso —dijeron al unísono David y Roi.

—Bien —aprobó Cholo—. Yo solo espero que no tenga que arrepentirme de esto.

—¿No puedo ir con vosotros, Cholo? —pidió Juaqui, que vio la ocasión ideal para escapar, por un día, de su rutina de trabajo—. Me molaría acompañaros...

—Tú te quedarás acá e intentarás cazar el doble que lo que perdiste hoy, cabrón —le reprendió Cholo—. ¿Qué es esa *rocaza*^[60] de que un maquisapa te robó la bolsa?

—¡Es verdad tronco, que te lo digan ellos!

—Es cierto, Cholo —le aseguró Royi, echándose a reír—. Fuimos testigos de cómo se enfrentó al mono y de cómo recuperó la bolsa... En realidad, las serpientes se escaparon por nuestra culpa —confesó—. Al vernos, Juaqui se asustó y la soltó.

Cholo masculló algo entre dientes y golpeó a Juaqui en la cabeza con el cazo, produciendo un sonido hueco. Tras esa demostración de disciplina, le ofreció a Valérie una tumbona de aluminio y un sitio en el interior de la tienda, para que pasara la noche más cómodamente. Dentro había poco espacio, ya que estaba a rebosar de cachivaches y de terrarios. Valérie aceptó la hamaca, pero prefirió dormir junto a los suyos antes que hacerlo rodeada de serpientes.

—Ahorita le saco la hamaca —Cholo se puso en pie—. Amancio, acompáñame.

Los cazadores de serpientes entraron en la tienda de campaña. Amancio agarró a Cholo por la manga y le habló con un hilo de voz:

—¿A qué carajo de base les estás mandando, bróder? —preguntó. Cholo no contestó, como si no hubiera oído la pregunta—. Allá no hay ninguna base, ¿para dónde les mandas?

Cholo, que ya sacaba la hamaca plegable de detrás de un montón de cajas apiladas al fondo de la tienda, le habló con una expresión tensa:

—No me preguntes más nada —para sorpresa de Amancio, el tono de Cholo, en vez de regañón, sonó implorante—. Te dije antes que me tuvieras confianza, ¿ok? Pues hazlo, no más.

Amancio guardó silencio. Sin saberlo, Cholo ya le había contestado.

Afuera, los periodistas habían extendido el mapa en el suelo, intentando localizar —por supuesto, a voleo y sin éxito— la base mencionada por Cholo. Este colocó la hamaca cerca de la tienda. David le pidió que le echara una ojeada al mapa. Para que dejaran de incordiarle, el indio señaló una zona y luego regresó a la tienda con Amancio.

—Este nuevo destino nos aleja del río —dijo Royi, una vez que Cholo se hubo alejado—. Cuanto más lejos del Unu Rono, más lejos de los Hydra.

—Si es que aún siguen por aquí —apuntó Stephen—. ¿Os imagináis que Woods o Jones hayan palmado en Cayáhi?

—¡Quién sabe! —exclamó Royi, a quien solo le faltó exclamar un *¡Dios te oiga!* Al fotógrafo le caían especialmente mal esos dos. De hecho, el único de los Hydra que le gustaba algo era Duke; incluso le apenaba pensar que el inglés fuera uno de los caídos. Royi imaginó su quiniela perfecta de muertos: Woods, Jones, la japonesa de la katana y, si las bajas eran cuatro, el enano con cara de perro.

Royi solo acertó el veinticinco por ciento de su quiniela.

El grupo esperó la hora de cenar sobre unas mantas desplegadas por el suelo del claro. Habían pasado el rato conversando con Virgilio. Cholo y Amancio se mantuvieron aparte, en la tienda. Juaqui, en cambio, participaba en el corro de sus paisanos, libre de la mirada represiva de su jefe. La creciente afinidad que se estaba

creando entre Virgilio y el grupo era no menos que sorprendente: Virgilio, a pesar de su aspecto rudo, era un hombre cultivado, hablaba con gran sensatez y propiedad y era poseedor de una mirada limpia. Poco a poco, iba siendo aceptado por todos, a pesar de haber estado en el bando enemigo.

Después de cenar el salado arroz blanco de Cholo, los visitantes dispusieron los sacos de dormir frente a la tienda. Estaban muy cerca unos de otros, formando una piña. Cholo estudió el cielo y aseguró que no llovería. Lo dijo con tal seguridad que nadie se planteó que pudiera equivocarse. Los cazadores de serpientes, incluido Juaqui, fueron los primeros en acostarse.

—Es un gesto de confianza —observó Virgilio, mientras Cholo cerraba la puerta de la tienda—. Se van a dormir, y nosotros estamos armados.

Valérie acomodó su tumbona junto al saco de David. Este la recibió con una sonrisa, y se acercó un poco más a ella. Después de dos días en la selva, aún olía estupendamente. Royi estaba sentado enfrente, con la Heckler encima de sus rodillas; él haría la primera guardia. A su izquierda estaban Stephen y Virgilio. Stephen sacó una de sus botellas de Johnnie Walker y pasó el tapón lleno de *whisky* por turnos, a modo de improvisados chupitos. Todos, sin excepción, bebieron. Guardaron silencio, como en una extraña comunión, contemplando el cielo estrellado. David examinó sin pudor a Virgilio, que parecía absorto en las estrellas, como si fuera la primera vez que las veía:

—Virgilio, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Cuando uno pide permiso para hacer una pregunta, es que su conciencia duda si debe hacerla —contestó él—, pero adelante...

—¿Cómo empezaste a trabajar para Monzón? —David se apresuró a matizar la pregunta—. Quiero decir... hablando en términos empresariales, tú no respondes al típico perfil de matón de un narco. Se te ve un hombre educado, con cierta preparación...

Virgilio sostuvo la mirada de David durante unos instantes. Sus ojos adoptaron cierto aire melancólico:

—¿Sabes lo que es vivir en los *callejones*? Ustedes los llaman los arrabales, o los barrios bajos...

David asintió, dejándole continuar.

—Allá solo hay droga, *patotas*, crimen, *rucas*^[61]... y mucha gente decente que tiene que malvivir rodeada de toda esa basura. Mi viejito murió con el hígado hecho gachas, y *chupó guarapo* hasta el minuto antes de reventar. Mi mamá se mataba limpiando oficinas por una miseria, hasta que se enfermó y tuvo que dejar de hacerlo. Yo tenía entonces diecinueve años, y tuve que abandonar mis estudios para trabajar y poder sacar adelante a mi mamá y a mis dos hermanos chicos... Pero lo peor fue que estos empezaron a juntarse con mala gente, y dejaron la escuela cuando tenían apenas nueve y once años.

»La poca lana que yo ganaba no alcanzaba para el mes, pues las medicinas de mi mamá se llevaban un buen bocado. Para colmo, mis hermanitos no hacían sino dar problemas. Entonces un buen día me encontré con Santos Monzón. Santos fue compañero mío en la escuela, cuando chiquitos. Él logró salir de los callejones, y ahora manejaba carro de importación, iba bien vestido, tenía plata... —Virgilio se encogió de hombros—. Ya saben cómo es eso...

»Santos sabía que yo era un hombre en el que se podía confiar, y ya se sabe que todo buen criminal necesita uno de esos a su lado. En aquel momento, yo solo pensé en mis hermanos: si alguien tenía que ser un delincuente en la familia para sacarla adelante, prefería serlo yo antes que ellos. Y así comenzó todo. A lo largo de esta etapa de mi vida tuve que hacer muchas cosas de las que me avergüenzo, pero mereció la pena: a los dos meses de comenzar a trabajar con Monzón, saqué a mi mamá de los callejones y le alquilé un pequeño departamento en Pucallpa, que al cabo de los años acabé comprando. En la ciudad, ella pudo recibir tratamiento para su enfermedad y ahorita hace una vida normal. Mis hermanos continuaron sus estudios: el más grande está en Lima, en la universidad, y el chico preparándose para el ingreso... —Monzón se miró las botas, meditabundo—. Sé que el fin nunca debe justificar los medios, pero al menos, me consuela pensar que mi mamá lleva una vida digna y que mis hermanos no acabarán muertos en la calle, cosidos a balazos.

Virgilio se calló, dando por concluida su historia, y en el campamento reinó el silencio hasta que Stephen lo quebró con una pregunta:

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿No te buscará Montalbán? De la mafia no se sale tan fácilmente...

—Eso no me preocupa —aseguró Virgilio—. Yo nunca fui empleado de Montalbán, sino de Monzón. Seguro que me dan por muerto y se olvidarán de mí, si es que se acuerdan de que existo. De todas formas, me quedan unos ahorritos que permitirán a mi familia vivir durante varios años, hasta que mis hermanos puedan valerse por sí mismos y cuidar de mi mamá —Virgilio hizo una pausa—. Lo que me gustaría realmente sería entrar en el seminario...

—¿En el seminario? —preguntó Royi, boquiabierto—. ¿Te refieres al seminario de curas?

Virgilio soltó una risotada, que sonó limpia y alegre en la noche:

—¿Te parece extraño, verdad? —rio—. ¡No te culpo, de veras! —los presentes intercambiaron miradas de sorpresa; jamás habrían imaginado que el guardaespaldas de un narco pudiera sentir la llamada de Dios—. Justo me preparaba para ingresar en el seminario cuando comencé a trabajar para Monzón —Virgilio acarició la cruz que llevaba bajo la camisa—. Cuando vives en un lugar como en el que yo me crié, te das cuenta de que la gente necesita mucha ayuda para salir adelante —Virgilio señaló a su alrededor con el brazo—. Los callejones son peores que esta selva: de allá no se sale, a no ser que uno venda su alma al Diablo, como yo hice.

—Me has dejado alucinado —confesó Stephen—. Creo que este *shock* bien merece otro traguito de Johnnie...

—Pues tienes razón —admitió Virgilio, aceptando el taponcito que le pasaba el médico—. ¡A su salud, amigos!

—Como buen aspirante a cura, le gusta privar de gañote —sentenció Royi, que disfrutaba regocijándose en la irreverencia.

Virgilioapuró el licor de un trago y devolvió el tapón a Stephen.

—Saben... —comenzó a decir, con aire soñador—. Me acabo de dar cuenta de que hacía años que no reía. Vivía siempre detrás de Santos, sin hablar, esperando órdenes... rezando en silencio para no tener que castigar a alguien ese día... Los que me conocieron trabajando para él me miraban como a bicho raro: siempre callado, nunca platicaba, nunca tomaba, nunca jalaba perica, nunca cogía rucas...

—O sea, que eras tan aburrido como David —apuntó Royi.

—Ahora tienes la oportunidad de empezar una nueva vida —dijo Valérie; sin darse cuenta, había posado su mano sobre la cabeza de David, que estaba sentado junto a su tumbona. Él se sintió algo turbado al notar el tacto de sus dedos en el pelo—. Considera tu etapa con Monzón como un paréntesis. A partir de ahora, haz todo lo que no pudiste hacer mientras trabajabas para él.

Royi observó la imagen de Valérie apoyada en David, y sintió en el estómago el resquemor inconfundible de los celos. Se dijo que era idiota. La selva empezaba a afectarle al cerebro, haciendo aflorar su instinto animal, provocando en él esa reacción absurda ante la única hembra de la manada. Ya que no era el lobo alfa, decidió ser un aguafiestas y mandó a todo cristo a la cama:

—A dormir, mañana nos espera una larga marcha al amanecer. Valérie, que pases una buena noche —seguidamente se dirigió a David—. Cuando me entre sueño te despierto para que me releves, ¿ok?

—De acuerdo —el periodista se acostó en el suelo y se cubrió con la manta. Valérie metió la mano en su saco de dormir y se dio la vuelta, para satisfacción de Royi—. Buenas noches a todos.

A los diez minutos, todos dormían menos él, que no paraba de pensar en el día siguiente. Si Cholo decía la verdad, contactarían con las autoridades peruanas en apenas dos días. El fotógrafo estaba decidido a proporcionar los datos necesarios sobre Woods, Forest y compañía, para que la justicia tomara las medidas oportunas contra ellos. Royi juró que no descansaría hasta que aquellos hijos de puta se pudrieran en la cárcel... o en la tumba.

Esa misma tarde, tan solo unas horas antes, Miles varó el Manqu Qhapaq en un recodo del río, oculto bajo las ramas lloronas de unos árboles. Una red de camuflaje y unos matojos estratégicamente colocados lo hicieron prácticamente invisible. Sacaron armas, municiones, explosivos, equipo y provisiones para una larga temporada en la selva. La última etapa hasta Boca Verde sería a pie.

Jones encabezaba la marcha. Al igual que el resto de sus compañeros, iba cargado de forma sobrehumana. Entre todos, llevaban más de trescientos cincuenta kilos de equipo para asaltar el enclave donde se encontraban Gérard LeVu y sus compañeros de viaje.

Forest no iba tan cargado como los Hydra, pero arrastraba los pies en la cola, cansado y molesto por algo que Woods parecía no ver, o mejor dicho, parecía no querer ver. En un alto para descansar, se llevó a su hermano aparte y le habló en voz muy baja, asegurándose de que nadie más pudiera oírles:

—Georges, a veces pareces tonto.

Woods recibió aquel comentario tan chocante como una toba en la nariz:

—¿A qué demonios viene eso ahora, Charles?

—Jones.

—¿Qué pasa con Jones?

—¿No te has dado cuenta de que ese monstruo va a su aire? —Forest clavó sus ojos en los de su hermano—. ¡Ese tipo hace lo que le da la gana, se pasa tu autoridad por los cojones y encima tú le ríes las gracias! —el ejecutivo comprobó una vez más que no había nadie escuchando—. ¡Ese plan con los indios es una locura, algo tan estúpido no puede funcionar!

—Si él dice que va a funcionar, funcionará —afirmó Woods—. Ya te he dicho que Jones lleva años salvándonos el culo en las situaciones más adversas. Si no fuera por él, ahora mismo estaríamos en las garras de Montalbán.

—¡Montalbán! —exclamó Forest—. ¡Jones y sus métodos brutales son los causantes del odio que os tiene Montalbán! ¡Si Jones no hubiera dado aquel espectáculo canibalesco destripando a su hijo, ahora no le tendríais detrás como un perro rabioso! —Woods permanecía callado; de vez en cuando, miraba hacia atrás. No quería que alguno de sus hombres oyera la conversación—. ¡Por Dios, Georges! ¿No te das cuenta de que ese tipo es un iluminado? ¡Da el perfil perfecto de un psicópata!

Woods no dijo nada. Por supuesto que sabía que Jones no era *normal*. El haitiano parecía vivir en una esfera de conciencia diferente a la del resto de la humanidad, pero eso a Woods le traía sin cuidado. Lo que le importaba de verdad era el hecho de que tenía entre sus hombres a la máquina de guerra más sorprendente, eficaz e implacable que había conocido en toda su vida, y eso que el comandante de los Hydra había combatido codo con codo con los mejores. Tener a Jones de tu lado era como invocar a un demonio del averno para que te sirva: tienes un aliado terrible y excepcional, pero no puedes intentar someterlo... y Jones no era muy diferente de un demonio.

—Solo te pido que tengas cuidado —le advirtió Forest—. No te das cuenta, pero te controla. A ti y al resto del team —guardó silencio durante unos instantes, como si le asustara pronunciar lo que dijo después—. Jones acabará contigo, Georges. Contigo y con todos nosotros si no tenemos cuidado. Piensa en ello.

Forest le dio una palmada en el hombro y se reunió con los demás, dejando a Woods solo y sumido en sus pensamientos. No sabía si agradecerle sus desvelos a Charles o maldecirle por la semilla de desconfianza que había plantado en él. En cierto modo, tenía razón. ¿Qué pasaría si Jones decidiera un día no obedecer sus órdenes? ¿Sería capaz de mostrar su autoridad como lo había hecho con Miles? Woods sintió un escalofrío al pensar en la posibilidad de tener que enfrentarse a Jones. Nunca se había dado el caso, pero si llegaba a darse... ¿qué pasaría?

—Acamparemos aquí —anunció Woods, dejando la mochila en el suelo; el equipo recibió la noticia con alegría, dejándose caer en la hojarasca tras un día de caminata—. Reanudaremos la marcha al amanecer.

Woods observó cómo Jones se despojaba de sus bultos, se desperezaba con un gruñido y revisaba su fusil de asalto como si hubiera olvidado que ya lo había hecho una hora antes. Su vida era la guerra. Luego miró a Forest, que se quitaba los calcetines para contemplar, disgustado, las ampollas de sus pies poco acostumbrados a caminar. ¿Intuiría Jones que su hermano le tenía entre ceja y ceja? Y si era así... ¿se atrevería a tomar represalias contra Charles?

Aquel pensamiento lúgubre atormentó a Woods durante toda la noche.

XXXIX

CHOLO TOCÓ DIANA ANTES DEL AMANECER. Tras un desayuno compuesto de café, fruta y algún que otro bollo envasado cuya fecha de caducidad era cosa del pasado, el indio encabezó la marcha tomando uno de los senderos que partía del claro donde se levantaba el campamento. Amancio se despidió del grupo de forma seca, sin disimular que para él era un alivio perder a los extranjeros de vista. Juaqui, en cambio, se prodigó en abrazos y promesas de futuras visitas (difícilmente realizables, ya que no apuntó ni una sola dirección, ni un solo teléfono) en cuanto cumpliera su compromiso con los cazadores de serpientes y regresara, por fin, a España.

El sendero se bifurcó, para luego descender en una pendiente tan pronunciada que más de una vez se produjeron resbalones y caídas, sobre todo tras un chaparrón que les sorprendió alrededor de las diez de la mañana y que transformó la hojarasca mojada en una pista de patinaje. Poco a poco, los pasillos que formaba la selva fueron abriéndose hasta convertirse en una zona boscosa que se podía transitar fácilmente en cualquier sentido. Los helechos arbóreos que parecían llover desde lo alto, daban sombra a la jungla y mitigaban el calor húmedo que hacía que la ropa se empapara en sudor y se pegara al cuerpo. Tras varias horas de marcha, llegaron a un lugar donde el terreno descendía en pronunciado terraplén hacia un extensísimo valle poblado por unos árboles tan altos y frondosos que dejaban en ridículo a los que habían encontrado hasta ahora; esta era, con diferencia, la zona más hermosa que habían visto desde el Paso del Jaguar.

Cholo, que se tomó unos instantes para contemplar el paisaje, anunció que a partir de ese momento deberían proseguir sin su compañía. El quinteto, que había puesto su destino en manos de aquel indio de piel curtida y ojos diminutos, escuchó sus indicaciones con suma atención:

—Déjeme la brujulita del cuchillo —le pidió Cholo a Royi; el indio, revelando una hipermetropía no corregida, la separó exageradamente de su cara—. Siempre hacia el norte —rezó, señalando la dirección con el dedo—. Desde aquí, caminen siempre hacia el norte, no se me desvíen.

—Siempre hacia el norte —repitió Royi, observando la pequeña aguja magnetizada que apuntaba, temblorosa, a la letra N.

—Atraviesen este valle y caminen hasta que encuentren la pista —prosiguió Cholo—. No creo que la alcancen hasta mañana a medio día. Una vez lleguen al camino, recuerden: a la izquierda.

—¿No tendremos problemas para localizar la base, verdad? —preguntó Stephen, apabullado ante la inmensidad verde que se abría ante él.

—Ninguno —aseguró Cholo—. No tengo que recordarles otra vez...

—... que nosotros no le vimos nunca —acabó la frase David, tendiendo la mano a Cholo, que la estrechó con una sonrisa desdentada—. Tiene nuestra palabra. Muchas gracias por su ayuda, Cholo: le debemos una.

El indio restó importancia al asunto con un gesto y se despidió de ellos. Uno detrás de otro, los fugitivos bajaron por el terraplén, correteando para mantener mejor el equilibrio. Se perdieron pronto de vista, engullidos por la masa de árboles que poblaba el valle. Esa fue la última vez que Cholo vio a aquellos extranjeros cuyo destino sería un enigma eterno para él. El indio emprendió el camino de regreso, rememorando las leyendas que circulaban acerca de la zona a la que les había enviado. Nadie sabía con certeza qué o quién habitaba aquella selva, pero había un hecho indiscutible: todo el que se internaba en ella desaparecía sin dejar rastro. Las tribus más supersticiosas afirmaban que eran los espíritus quienes dominaban aquellas tierras malditas, y que estos se llevaban a los intrusos a su mundo de tinieblas cuando osaban perturbar su descanso. Cholo desconocía lo que los extranjeros encontrarían más adelante pero, por supuesto, allí no había ninguna base ni jamás la había habido: ni siquiera el ejército se atrevía a internarse en aquella jungla embrujada. Cholo se oyó a sí mismo jadear mientras caminaba, dándose cuenta enseguida de que sus jadeos no eran de cansancio, sino de ansiedad. Cholo interpretó la presión que sentía en el pecho como su conciencia agarrándole las tripas desde dentro, una conciencia que le aplicaba un castigo bien merecido. Pero por mucho que le hostigasen los remordimientos, Cholo no podía arriesgarse a que los extranjeros contactaran con las autoridades. ¿Qué pensaban aquellos cinco ilusos? ¿Que la policía o el ejército iban a recibirlos con los brazos abiertos llevando armas automáticas consigo? Iban a necesitar muy buenos abogados y mucha suerte para demostrar que no eran guerrilleros, terroristas, narcotraficantes o algo peor, y Cholo sabía que bajo la presión de un interrogatorio, acabarían mencionando su encuentro con los cazadores de serpientes, riesgo que el indio no estaba dispuesto a asumir y menos aún por unos desconocidos. Intentando pensar en otra cosa, Cholo apretó el paso a la sombra de los helechos sin ser del todo consciente de que a partir de entonces sería víctima de su propia maldición: la visión de los rostros de aquellos a los que condujo bajo engaño hacia una suerte incierta le acompañaría en sus pesadillas durante el resto de su vida.

Desde aquel día, Cholo no volvió a dormir en paz.

Los fugitivos avanzaban a la sombra de los gigantescos árboles del valle, sin importarles siquiera los insectos que de vez en cuando perturbaban su paz. Royi, que encabezaba la marcha, cargaba con el Kalashnikov de Virgilio en la derecha y sostenía la mini brújula en la izquierda. De vez en cuando se detenía, desparramaba la vista a su alrededor y emitía algo parecido a un gruñido. Había algo que no le cuadraba.

—¿Sucede algo? —le preguntó Virgilio, que llevaba un trecho observándole—. Te oigo renegar desde hace rato. ¿Es por la brújula?

Royi se la pasó:

—Esto no es lo que mejor se me da —comenzó a decir—, pero si nos fijamos en la posición del sol, el norte debería estar, más o menos, en esa dirección...

Virgilio se quitó la mochila y comenzó a rebuscar en ella:

—Llevo una brújula —dijo—. Ni me molesté en sacarla, porque no sé cómo se maneja una verga de estas, y ni siquiera sé si es buena o mala... pero al menos comprobaremos si señalan al mismo lugar.

—Me parece una idea excelente —aprobó David. Stephen y Valérie aprovecharon el alto para sentarse en unas raíces cercanas—. Si las dos señalan al mismo lugar, sabremos que vamos por el buen camino, por mucho que el sol nos confunda.

Virgilio sacó una brújula cuadrada que desplegó en tres secciones unidas por bisagras. Aunque no había nadie capacitado para saber si era de buena calidad, su aspecto era muchísimo mejor que el del compás en miniatura de Royi. Pusieron las dos brújulas juntas y no hubo lugar a dudas: las dos señalaban exactamente en la misma dirección.

—¿Te quedas más tranquilo? —le preguntó Virgilio—. Lleva esta, mejor.

—Gracias —aceptó Royi, devolviendo la brujulita al mango del cuchillo—. Y sí, me quedo más tranquilo. Pensé que la del cuchillo estaba rota.

Stephen y Valérie se levantaron de su asiento y reanudaron la marcha. Les quedaba por delante día y medio de viaje a través de uno de los parajes más hermosos del planeta, y Valérie decidió disfrutarlo como si estuviera de vacaciones. David se apresuró a ponerse junto a ella. Habían compartido caminata y charla desde que salieron del campamento de los cazadores de serpientes. Valérie le recibió con una sonrisa tímida. Este acercamiento entre ellos no había pasado desapercibido a Royi, que se conformaba con la compañía de Virgilio en cabeza de la fila. Virgilio, aprovechando el silencio, comentó algo que guardaba en recámara desde que Cholo se marchó:

—Ayer no quise decir nada delante de los cazadores, pero sé que ustedes no vinieron al Unu Rono a filmar un documental.

Royi le miró de reojo, sorprendido por la declaración:

—¿Entonces, cuál es nuestra verdadera misión?

—Ustedes vinieron a rescatar a un grupo de jóvenes que se perdió en la selva —afirmó Virgilio con total seguridad—. Uno de ellos es hijo de un millonario europeo, que fue quien les contrató y quien montó un campamento cerca de Sena Madureira...

Valérie dejó escapar un suspiro, elevando sus ojos al cielo:

—Ahí debería estar yo, a veinte centímetros del aire acondicionado y con una lata de Coca-Cola *Light* fría en la mano.

—El que nos dio el chivatazo trabajaba de guachimán en su campamento —reveló Virgilio—. Es uno de los supervivientes del ataque contra Montalbán: por eso

reconoció la lancha y a los gringos.

El rostro de Stephen se crispó en una mueca de contrariedad:

—¡Joder, ya es mala suerte! ¿Y no pensó ese mierda que junto con los gringos viajaban personas que no tienen nada que ver con los Hydra, ni con Montalbán, ni con su puta madre?

Royi giró la cabeza hacia el médico, sin parar de caminar:

—¡Como si eso le importara! Fijo que recibió una jugosa recompensa por la información...

Virgilio no pudo reprimir una carcajada:

—Mejor ni les digo por cuánto les vendió...

—¡Me da igual! —exclamó Stephen, maldiciendo al delator con la furia sureña del Campo de Gibraltar—. ¡Así se lo gaste en medicinas y en ataúdes para sus muertos!

Mientras proseguían camino, Virgilio fue puesto al día por David y Royi de la aventura de Gérard LeVu, del diario de Villeneuve y de la aldea más allá de Boca Verde, aunque no mencionaron ni la pirámide ni el tesoro que había en su interior. Aunque la confianza en Virgilio iba en aumento, por ahora prefirieron mantener esos detalles en secreto.

—Esos pobres chicos la pasarán rezando para que les rescaten —se lamentó Virgilio—. Es una pena.

Caminaron durante toda la mañana, sin tensión ni sobresalto alguno. Hicieron un alto para comer alrededor de las cuatro de la tarde, y reanudaron la marcha una hora después. Conforme se adentraban en el valle, el paisaje se oscurecía paulatinamente: la vegetación, cada vez más espesa, daba tanta sombra al terreno que en ciertos tramos parecía de noche. A pesar de lo sombrío del paraje, su belleza era cada vez más espectacular: macizos de flores de extravagantes formas y colores, helechos arbóreos enormes que descendían desde el cielo como si quisieran capturarlos, pájaros ocultos cantando desde las copas de los árboles, lianas que cruzaban las alturas o caían lánguidamente hasta el suelo... la selva se tornaba más exótica a cada paso. David y Royi se detuvieron en seco:

—Este paisaje me resulta familiar —dijo Royi, explorando los alrededores con la vista.

—Sí —corroboró David—, y no me gusta nada de nada...

Stephen, que interpretó el comentario como un insulto a la belleza, le reprendió como a un blasfemo:

—¿Pero qué coño dices? ¡Esto es espectacular! ¡He pasado años en el Mato Grosso y jamás había estado en un lugar tan hermoso como este!

David le miró con una expresión digna de haber ilustrado el término *preocupación* en el Espasa-Calpe:

—Stephen, esto se parece cada vez más a la selva que vimos más allá de Boca Verde.

Stephen rechazó la idea con un gesto, a pesar de que el paisaje era casi idéntico al que aparecía en las fotos de Villeneuve:

—Boca Verde tiene que quedar mucho más al sur de donde estamos ahora —dijo—. Llevamos horas caminando, siempre hacia el norte.

Royi comprobó la brújula por enésima vez:

—Stephen tiene razón, David... pero es que este lugar recuerda tanto a Boca Verde que asusta.

Valérie intervino, intentando aportar algo de lógica a sus temores:

—Yo no veo tan raro que dos zonas más o menos cercanas estén pobladas por el mismo tipo de vegetación. Un bosque de pinos es casi igual en Francia, en España o en Italia, así que no sé por qué os asusta tanto que este lugar se parezca a Boca Verde.

—A mí el lugar en sí no me asusta —dijo Royi—. Es la horda de indios que puede esconder lo que me pone las pelotas por corbata...

—Si no paramos de imaginar cosas nos dará la *chiripiorca* —dijo Virgilio—. ¿Y si buscamos un lugar donde pasar la noche y seguimos viaje mañana?

—Tienes razón —dijo Royi—. Busquemos un sitio donde acampar.

Media hora más tarde, encontraron unos árboles caídos que formaban un pequeño refugio, donde incluso podrían dormir bajo techo si se apretujaban un poco. Utilizando varios helechos gigantes, sellaron las pocas grietas que dejaban los troncos entre sí, componiendo una rudimentaria cabaña cuyo suelo cubrieron con más helechos y hojarasca, a modo de colchón. Tras cerciorarse de que no hubiera nada de múltiples patas —o aún peor, carente de ellas— correteando por los alrededores, los cinco se instalaron bajo el refugio, donde estuvieron de cháchara hasta caer rendidos. Incluso David, que se había ofrecido voluntario para el primer turno de guardia, se quedó profundamente dormido. Por fortuna, nada ni nadie perturbó su descanso aquella noche.

Aunque a las cuatro de la madrugada ya estaban todos despiertos, la oscuridad total les disuadió de reemprender la marcha. Fue un acierto elegir aquel refugio, ya que durante la noche llovió copiosamente, y gracias a la improvisada cabaña ni se enteraron. Los cinco holgazanearon despiertos en sus sacos de dormir hasta que el sol comenzó a filtrarse tímidamente a través de la bóveda de helechos y hojas. Cuando pudieron ver algo, recogieron el campamento y caminaron rumbo norte.

El grupo se había acostumbrado al entorno por el que caminaban, y los comentarios acerca de la belleza del paisaje eran cada vez menos apasionados y frecuentes. Nada parecía impresionarlos ya, ni siquiera unos árboles del tamaño de secuoyas gigantes que encontraron en su camino. Fue alrededor del mediodía cuando Royi se detuvo en seco, al captar por el rabillo del ojo algo que brillaba a unos cincuenta metros de donde se encontraban, semioculto por la vegetación:

—¿Veis lo que yo veo, o esto se debe a un *flashback* de la droga del Goblin?

Desde donde estaban, los caminantes distinguieron la inconfundible silueta de una avioneta de tamaño medio que formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados con el

suelo. El morro del aparato y casi la totalidad del fuselaje habían sido engullidos por la vegetación.

—Echemos un vistazo —propuso David, empuñando con fuerza su Heckler & Koch.

Una vez cerca del aparato, descubrieron que le faltaba la mitad del ala izquierda. La hélice había quedado deformada por la violencia del choque, y dos de sus tres palas estaban prácticamente enterradas en el humus. Era imposible ver el interior de la cabina, ya que esta se encontraba cubierta por una espesa masa de helechos y ramas que mantenían al avión hociado contra el suelo. El óxido había conquistado implacablemente amplias zonas de la aeronave, lo que les hizo suponer que llevaba allí mucho tiempo. Virgilio y Royi se aproximaron al aparato avanzando muy despacio, como si fuera una bestia a punto de despertar. David sujetó a Valérie del brazo para que no se acercara más. Stephen se separó unos metros, apuntando al avión con su subfusil. En el lateral derecho del fuselaje se abría el hueco de acceso al avión. La portezuela, arrancada, no se veía por ninguna parte.

—¿Echamos un vistazo dentro? —sugirió Royi, que no pudo evitar imaginarse un esqueleto con uniforme de piloto a los mandos del avión, en una versión aérea del holandés errante.

—Voy yo —se ofreció Virgilio, que ya se había desprendido de su mochila e introducía la mitad del cuerpo por la puerta del avión.

—Ten cuidado —le advirtió David—. Ahí dentro puede haber una serpiente, o algo peor...

Virgilio comprobó que, a simple vista, no había nada ni nadie que temer, ni vivo ni muerto. Desde donde estaba, distinguió cuatro asientos para pasajeros y dos para los pilotos. El parabrisas de la cabina estaba resquebrajado y asediado por los helechos y las ramas caídas. Aupándose con los brazos, se metió en la avioneta. Lo primero que hizo fue deslizarse hacia la cabina, para encontrarse con un deteriorado cuadro de mandos sobre el que podían distinguirse unas manchas oscuras que podían ser de sangre, algo normal después de un aterrizaje forzoso. Virgilio intentó conectar la radio sin éxito: el aparato no tenía corriente. Allí no había nada más que ver, así que decidió trepar por los asientos hacia una puerta estrecha que separaba el habitáculo de pasajeros de la cola del avión. La puerta se abrió a la primera, revelando un compartimento de carga tan vacío como el resto del aparato.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Royi desde fuera.

—Nada —le informó Virgilio mientras salía de la avioneta—. Si alguna vez hubo carga, ya no está dentro. Tampoco hay rastro de la tripulación.

La voz de Stephen les alertó desde el otro lado del avión:

—Sí que hay rastro de la tripulación, venid a ver esto...

David y Valérie, que se habían mantenido alejados de la avioneta, fueron los primeros en llegar junto a Stephen, que apartaba unos helechos para mostrar una parte del fuselaje que hasta ahora había estado cubierta de maleza. Royi y Virgilio

llegaron inmediatamente después. El médico no dijo nada: sobaban las palabras. En el fuselaje, justo en el lugar opuesto donde se encontraba la puerta de acceso, se leían tres letras:

HEL

Por los trazos, era evidente que quien escribió aquello lo hizo a toda prisa, con los dedos, y usando una sustancia que por su color rojo parduzco bien podría ser sangre. En el suelo, casi enterrados en la hojarasca, había varios objetos aún reconocibles a pesar de haber sufrido el maltrato de la intemperie: un botiquín abierto y vacío, una caja cilíndrica de un medicamento cuya etiqueta había desaparecido a causa de las lluvias, unos sobres de plástico sellados que contenían puntos de sutura y, algo más allá, una pistola de señales de aspecto anticuado, devorada ferozmente por el óxido. Tras una lucha titánica contra el herrumbroso mecanismo basculante del cañón, David consiguió abrirla, solo para contemplar el cilindro vacío. Royi olisqueó el lanzador. A pesar de haber transcurrido sabe Dios cuanto tiempo, el fotógrafo reconoció el olor a pólvora:

—Alguien disparó esta pistola...

—Tal vez el mismo que escribió el mensaje —supuso Valérie.

—*Help* —murmuró Stephen—. Ayuda. Por lo que se ve, ni siquiera pudo terminar la palabra. Fijaos en el último trazo de la L: cae hacia abajo y se arrastra hacia la parte inferior del fuselaje...

—Como si se hubiera caído al suelo en el momento de escribirla —conjeturó Royi—, o hubiera sido arrastrado por alguien...

David se agachó para dejar la pistola de señales en el suelo, como si no quisiera que esta se deteriorara más de lo que ya estaba. Fue entonces cuando vislumbró un objeto alargado que sobresalía de la vegetación, justo debajo del fuselaje. El periodista alargó la mano y lo recogió. Era una vara fina, de madera, terminada en punta en uno de sus extremos y rematada con plumas en el otro. Cuando le mostró la flecha a sus compañeros, estos palidieron en el acto:

—No pongáis esa cara —les reprochó, a pesar de estar tan asustado como ellos—. Esto puede llevar aquí el mismo tiempo que el avión, así que no tenemos por qué ponernos histéricos, ¿vale?

La expresión de sus amigos reveló a David que su intento de tranquilizarles había fallado estrepitosamente. De repente, todos sus temores se hicieron tan reales que podían masticarse. Royi fue el primero en reaccionar:

—¡Larguémonos! —y sin pensarlo dos veces, lanzó el Kalashnikov y sus cargadores a Virgilio. Este los recibió con una mirada de agradecimiento, más por el gesto de confianza que por el hecho de recuperar el arma—. ¡Toma, te asciendo a tirador de elite!

—¿Pero adónde vamos? —quiso saber Stephen, que miraba asustado a su alrededor.

—¡Por lo pronto, lejos de aquí! —contestó Royi, echando a correr.

El grupo se alejó de la avioneta al trote, como si el peligro se concentrara justo en el lugar donde yacía. Tras unos minutos de carrera desenfrenada se detuvieron, jadeando como si acabaran de escapar de una jauría de mastines asesinos.

—¡Dios, qué mal rollo! —exclamó Stephen, resoplando—. ¡Os juro que si salimos de esta no volveré al campo ni de pícnic!

—Lo mismo digo —resopló Royi, que se percató de que David aún sostenía la flecha en la mano—. ¿Te dice algo esa cosa?

David negó con la cabeza. Aunque sus conocimientos eran amplios, no lo eran tanto como para poder identificar una etnia a partir de una flecha. Respondiendo a un impulso, la rompió y arrojó los pedazos a un matorral.

—¿No nos estamos dejando llevar por el pánico? —reflexionó en voz alta Valérie—. Esa flecha debe llevar ahí años...

—Probablemente —admitió Stephen—, pero también es una prueba irrefutable de que no estamos solos en esta selva.

La última frase del médico sonó absolutamente escalofriante. Mientras todos rumiaban sus terrores en silencio, Royi abrió la brújula y se encaró de nuevo al norte: si Cholo estaba en lo cierto, llegarían a la pista en tres o cuatro horas. Tras un par de minutos de descanso, reanudaron la marcha, esta vez más deprisa y con las armas en ristre, sin dejar de mirar atrás cada pocos segundos. Aquello ya no parecía una excursión campestre, sino una prueba militar. Para colmo de males, conforme avanzaban, la selva se espesaba más y más, de forma que ahora ya no podían caminar hacia donde ellos querían, sino por donde les obligaba la vegetación.

—Esto no es como lo describió Cholo —se quejó Royi, sorteando un tronco caído—. Me imaginaba un camino bastante más diáfano.

La selva se cerraba cada vez más, formando paredes impenetrables de árboles y matorrales. Como en la primera etapa de su fuga, ahora solo podían avanzar por un sendero. Nadie hablaba. Tan solo se oían los jadeos cansados del grupo. En el fondo, nadie quería pronunciar en voz alta lo que pensaba. Stephen fue el primero en perder los nervios:

—¡Mierda! —maldijo—. ¡Esto se está convirtiendo en un puto laberinto! ¡Ese Cholo hijo de puta ha hecho que nos perdamos a cosa hecha!

—No perdamos la calma, por favor —rogó David—. Rodeemos esta zona y retomemos de nuevo el rumbo norte. No creo que perdamos más que unos pocos minutos.

Cuando David giró sobre sus talones para desandar el camino, vio que este había desaparecido a sus espaldas, como si unos matorrales hubieran crecido de golpe detrás de ellos cortándoles el paso. Todos se quedaron clavados en el suelo, sin atreverse siquiera a respirar. No cabía duda: la selva les había rodeado por completo como por arte de magia. David no tardó en comprender que sus peores temores se habían hecho realidad:

—Bajad las armas —dijo sin mover los labios, como un ventrílocuo. Dejó que su Heckler quedara colgando de la correa y apartó sus manos de ella—. Tenemos compañía.

Completamente paralizados, los cinco se limitaron a mover los ojos de un lado a otro, intentando captar cualquier movimiento en el follaje. Todo parecía terriblemente normal.

—Soltad las armas y mantened las manos visibles —ordenó de nuevo David, intentando ver algo a través de los matorrales que les rodeaban. Dentro de uno de ellos, distinguió un par de ojillos clavados en él y se dio cuenta, con horror, de que acababa de cruzar su mirada con la de un observador oculto.

Todos dejaron que las armas colgaran de sus correas y alzaron los brazos muy despacio. A causa a la poca luz, era muy difícil ver lo que les rodeaba, pero ahora sí que empezaron a captar movimiento por todas partes.

Royi elevó la vista y descubrió que las copas de los árboles estaban infestadas de siluetas de hombres de baja estatura apuntándoles con arcos cortos.

—Ni se os ocurra mirar hacia arriba —susurró el fotógrafo.

Los indígenas, conscientes de que los extranjeros ya se habían percatado de su presencia, se despojaron de los ramajes y helechos que les permitían fundirse con la selva y se mostraron ante ellos sin reparos. Eran hombrecillos de cabeza redonda, coronada de cabello lacio y liso. Tal y como había descrito Villeneuve en su diario, llevaban la piel pintada en su totalidad de verde oscuro, lo que hacía resaltar el blanco de los pequeños ojos que iluminaban sus rostros chatos y fieros. Iban prácticamente desnudos, a excepción de taparrabos y abalorios tribales. Algunos adornaban sus orejas con aros, y otros atravesaban sus mejillas con astillas de hueso. Poco a poco, los indios cerraron el cerco alrededor de los intrusos.

—Tranquilos —tartamudeó David—, y tratad de sonreír...

—¿Estás de guasa? —espetó Stephen en voz muy baja—. Si consigo no cagarme encima me daré por satisfecho.

Uno de los indios, armado con un rudimentario machete, avanzó hacia David. Este, inspirando profundamente para controlar su nerviosismo, le habló en su lengua:

—*Uhuun anu* David —el indio se paró en seco al oír la presentación; el periodista se la repitió, sonriente—. *Uhuun anu* David ¿*Min ua nicatiromun*?

Los indios intercambiaron miradas de sorpresa. Probablemente, era la primera vez que oían a un blanco hablar en su idioma. De los matorrales que se encontraban más cerca de Valérie, a espaldas de David, surgió un indio de complexión más fuerte que

la del resto. Por su porte y por la cantidad de adornos que colgaban de su pecho, era evidente que se trataba del jefe. Este rodeó a los extranjeros y se colocó frente a David, desafiándole con mirada insolente. Royi y Virgilio, que estaban pendientes de los arqueros de los árboles, comprobaron que las flechas apuntaban ahora al periodista. Este volvió a repetir sus palabras, esta vez dedicadas al indio que le fulminaba con los ojos:

—Uhuun anu David. ¿Min ua nicatiromun?

El guerrero le examinó de arriba a abajo. Tras unos interminables segundos, le respondió:

—*Mun tapia.*

David mantuvo su sonrisa e inclino la cabeza ante él:

—Al menos hablan sharanaua —dijo en voz baja, sin dejar de sonreír ni un segundo—. Pase lo que pase no os mováis... y rezad lo que sepáis.

Y David prosiguió hablando con el jefe en sharanaua, ante la mirada expectante de amigos y enemigos.

XL

SI ALGUIEN LE HUBIERA PREGUNTADO A DAVID cuántas pulsaciones tenía en aquel momento, este habría respondido, sin dudar, que alrededor de quinientas. Dentro de lo malo, era capaz de comunicarse con el jefe de los indígenas en sharanaua, lo que ya era todo un éxito; el siguiente reto, mucho más difícil, consistía en no ser asesinados allí mismo. Obedeciendo a una orden del líder, los indios desarmaron a los intrusos. Ni hubo resistencia por parte de estos ni violencia por parte de los guerreros. Los encargados de transportar las armas de fuego las trataban con un respeto exagerado, manejándolas como si se tratara de algo extremadamente frágil o de algo increíblemente maligno que era preferible no despertar. «*Mejor eso a que se pongan a jugar con ellas y acaben pegándonos un tiro en los huevos*», pensó Stephen.

David se identificó ante el líder de los nativos como *yonomamisi*, es decir, como jefe, para que su interlocutor lo considerara digno de mantener una conversación con él. Protocolo salvaje, como lo definiría más tarde Royi. El jefe indio se presentó a sí mismo como Wis'Quay, haciendo sonar la q como una mezcla de j, c y k, parecido a como se pronunciaría en quechua.

—¿Por qué habéis venido a estas tierras? —quiso saber Wis'Quay.

—Somos gente de paz, poderoso Wis'Quay —respondió David, manteniendo su cabeza agachada en todo momento—. Venimos de más allá del mar, y no es nuestra intención causar mal alguno a estas tierras o a sus moradores.

—¿El mar? —preguntó Wis'Quay, intrigado—. ¿Qué es el mar?

David se dio cuenta de que aquellos hombres no habían oído nunca la palabra *ianmahuan*: mar. No era extraño: el universo de aquellos cazadores se reducía a aquel pedazo de selva. El periodista intentó explicar el término de forma que Wis'Quay y los suyos lo entendieran:

—Hay un lugar donde acaba la tierra, poderoso Wis'Quay, un río inmenso que parece no tener fin. Eso es el mar.

Wis'Quay se irguió un poco más, como si las palabras de David le hubieran impactado. A su alrededor, los guerreros comenzaron a murmurar entre ellos.

—Entonces venís de la tierra de los *hombres del sol*...

David no supo a qué se refería Wis'Quay con el término *hombres del sol*, pero intuyó que lo mejor sería seguirle la corriente:

—Así es, poderoso Wis'Quay. Hemos viajado desde la tierra de los *hombres del sol* en busca de unos jóvenes que fueron conducidos por tus guerreros a una aldea grande, rodeada de una gran pared.

Wis'Quay se preguntó cómo podía saber aquello aquel intruso de aspecto débil y piel blanca. Tal vez era más sabio de lo que aparentaba:

—No fueron los cazadores de Wis'Quay quienes capturaron a esos intrusos —aclaró—, fue otra partida de caza. Hay muchas patrullando estas tierras —de repente, el jefe lo vio todo claro—. Uno de ellos hirió a un hombre del sol y escapó. Por eso sabes que están aquí: el fugitivo os envía a por los suyos.

«*Así que llaman hombres del sol a los habitantes de la aldea...*», dedujo David.

—Los actos de ese hombre fueron castigados por la propia selva y sufrió una muerte cruel en el río, poderoso Wis'Quay —improvisó—. Antes de morir, dejó escrito dónde podíamos encontrar a sus amigos. Nosotros hemos venido aquí a interceder por ellos ante los hombres del sol. Te ruego, humildemente, que nos lleves a su poblado.

El jefe estudió a los prisioneros antes de pronunciar su última palabra:

—Wis'Quay no es más que un instrumento de los hombres del sol. Habéis violado los límites de sus tierras y seréis llevados ante ellos. Vuestro destino les pertenece, como les pertenece el destino de quienes habéis venido a buscar. Wis'Quay te saluda y desea que los hombres del sol se apiaden de ti.

Dando la conversación por terminada, se dirigió a un guerrero joven cuya nariz parecía una semiesfera chata y cornuda a causa del adorno de hueso que la atravesaba de lado a lado. Tras recibir instrucciones, el joven formó a los extranjeros en fila de a uno. David encabezaba la fila; tras él colocaron a Valérie, Royi, Virgilio y, finalmente, a Stephen. Wis'Quay cedió el mando al joven guerrero de la nariz perforada y desapareció en la selva, acompañado de varios cazadores más. Por lo visto, no sería él quien hiciera la entrega.

—¿Qué está pasando, David? —le preguntó Valérie en un susurro.

—Nos llevan a la aldea. La historia se repite.

Nariz cornuda reforzó la orden de marcha empujando a David con su arco. Los treinta indios encargados de custodiarles avanzaban alrededor de los prisioneros, haciendo impensable un intento de fuga. Mientras caminaban, el periodista explicó a sus amigos la conversación mantenida con Wis'Quay:

—Entonces nos van a entregar a los hombres del sol —resumió Royi—. ¿Por qué cojones los llaman así?

—Alguna razón habrá —respondió David—. Esta etnia es muy primitiva. Cuando lleguemos a la aldea, dejadme hablar a mí. Haré todo lo que esté en mi mano para que no nos maten a la primera.

—Es alentador oír eso —comentó Stephen desde la cola.

—Será mejor que nos callemos —sugirió Valérie—. Reservemos fuerzas para la caminata.

El concepto de descanso parecía no existir para aquellos indígenas menudos y fibrosos. Caminaron durante cinco horas sin detenerse ni una sola vez. Los prisioneros compensaban los rápidos pasos de sus captores con zancadas largas, y aun

así les era difícil seguir su ritmo. Todos estaban cansados, pero quien lo llevaba peor era Stephen, que iba el último y se retrasaba sin remedio. Avanzaba a trompicones, resoplando y renegando, e incluso a veces se detenía desafiante, solo para ser azuzado por nariz cornuda, que le regañaba sin contemplaciones.

—Métete el hueso de la nariz por el culo —le dijo Stephen, dedicándole una cínica sonrisa de oreja a oreja para disimular—. Ojalá te pique una víbora en la polla, se te caiga a trozos y yo lo vea, hijo de la gran puta.

—¿Estás bien, bróder? —se interesó Virgilio—. ¿Puedes seguir?

—Aguantaré —bufó Stephen—. ¡Estos putos monos no van a poder conmigo!

Royi chistó a David:

—¿Por qué no le preguntas a la portada del National Geographic cuánto falta para llegar?

David se dirigió a nariz cornuda en su lengua, pero este le ignoró descaradamente.

—No es nada *platicador*, ¿verdad? —comentó Virgilio.

—Regla número uno de los secuestradores —enunció Royi—: nunca entables relaciones con tus rehenes si no es para putearlos.

Después de dos horas de marcha ininterrumpida, la selva se transformó por completo en el espectáculo que David y Royi habían admirado más allá de Boca Verde y que Valérie y Stephen conocían solo por fotos. Las copas de los árboles filtraban la luz de sol, desgranándola en una lluvia de haces multicolores; el terreno se tornó más húmedo, y Stephen aseguró que muchas de las plantas que encontraban a su paso eran absolutamente desconocidas para él, y eso que alardeaba de conocer el catálogo de especies amazónicas de arriba a abajo; en ciertos tramos, la hierba estaba tan mojada que salpicaba al ser pisada. Finalmente, el canturreo de una corriente de agua llegó a sus oídos.

—Eso debe ser el Arroyo del Paraíso —apostó David—. Nos estamos acercando a la aldea a través de un camino distinto al que recorrió Gérard.

—Espero llegar vivo para verla —jadeó Stephen, desde la cola—. A lo peor reviento antes...

Sari no sabía que unas horas antes, a muchos kilómetros de distancia, el jefe de caza Wis'Quay había capturado a cinco intrusos. Normalmente pasaban meses, o incluso años, sin que se detectara la presencia de extranjeros en la selva. Sin embargo, esto parecía haber cambiado en los últimos tiempos.

Las leyes de los hombres del sol permitían a un extraño cruzar sus tierras, siempre que no levantara un campamento dentro de sus límites ni se acercara demasiado a la aldea. Si el intruso no pasaba de largo, los cazadores invisibles tenían la obligación de capturarlo y llevarlo ante ellos, siempre y cuando no se mostrara hostil: en ese caso, debía ser eliminado sin piedad.

Sari recordó las historias que contaba su padre acerca de una invasión que tuvo lugar hacía mucho, mucho tiempo. En aquella ocasión, los cazadores tuvieron que enfrentarse a intrusos vestidos con ropajes que intentaban imitar a la selva; hombres

malvados que portaban armas ensordecedoras parecidas a las que usaban los hombres del sol, que lanzaban flechas invisibles capaces de abrir agujeros mortales por arte de magia. Las armas que llevaban aquellos intrusos eran aún más terribles, ya que eran capaces de matar a varios guerreros a la vez. Aquel fatídico día, muchos cazadores perdieron la vida hasta que lograron derrotar al último de los invasores.

Esa tarde, la patrulla de Sari, compuesta por veinticinco cazadores, detectó intrusos en la orilla del río, justo en los lindes de las tierras de los hombres del sol. Su aspecto le recordó al de los invasores de las historias de su padre: estos vestían de negro, eran mucho más altos que el más alto de los cazadores invisibles, iban cargados como bestias y portaban armas ensordecedoras. Los *aiparis*, con su piel teñida de verde y envueltos en sus atuendos de camuflaje natural, se desplazaban paralelos a ellos. Lo hacían en silencio, atravesando la espesura, vigilando sus movimientos. Aunque los intrusos fueran guerreros, Sari no ordenaría atacar si ellos pasaban de largo y se iban en paz. Así rezaban las leyes de los hombres del sol.

—¡Hemos llegado! —anunció Duke, señalando a lo lejos la Roca del Toro—. ¡Bienvenidos a Boca Verde!

Woods contempló la roca que sobresalía del agua. La selva, a su izquierda, se alzaba más alta, espesa y majestuosa que nunca. Un lugar idóneo para ocultar un ejército. El comandante tendió una mano hacia Duke:

—Pásame el *walkie-talkie* —Duke se lo dio—. ¿Jones, me recibes?

—Alto y claro —la voz del haitiano sonó distorsionada por el altavoz.

—Destino a ciento cincuenta metros. ¿Qué hacemos ahora?

Jones se encontraba a dos kilómetros por detrás del grupo, avanzando lentamente por el agua, fuera de la vista de cualquier posible observador que les acechara desde la selva. Llevaba en la espalda una mochila gigantesca, envuelta en varias capas de plástico y cinta aislante. Eso le garantizaba que la delicada carga que contenía se mantuviera completamente seca.

—Dad media vuelta y acampad a unos quinientos metros —dijo—. Hacedlo en la orilla, donde se os vea bien. Me huele que no estáis solos, así que a nadie se le ocurra dar un paseo por la selva. Si permanecéis juntos y no os internáis en su territorio, no atacarán.

Los Hydra escrutaron disimuladamente la espesura, pero no captaron nada extraño en ella. Ni siquiera Whisper, cuyos sentidos eran más agudos que los del resto de sus compañeros, detectó la amenaza que se ocultaba en la selva.

—¿Cuándo será la fiesta? —le preguntó Woods a Jones.

—Esta noche, una hora después de que anochezca. Ya conocéis vuestra parte del *show*.

—Ok —suspiró Woods—. En tus manos encomiendo mi espíritu.

La risa grave y siniestra de Jones sonó a través del altavoz del *walkie*:

—Esos salvajes correrán a su aldea como conejos, te lo aseguro. A partir de hoy, no serán más un problema.

—Eso espero —dijo Woods, cerrando la comunicación.

Forest se le acercó. Su rostro tenía una expresión huraña:

—¿Se puede saber por qué tenemos que dar media vuelta y acampar a quinientos metros?

—Los chicos fueron capturados cuando levantaron su campamento más allá de Boca Verde, no antes —respondió Woods—. Jones dice que si no violamos su territorio, los indios no nos atacarán.

—Jones dice, Jones dice... —repitió Forest, con acritud—. ¿Qué pasa, que para ti lo que dice Jones es palabra de Dios?

Khayn se plantó al lado del ejecutivo, casi pegado a él:

—¿Por qué no sigue usted caminando hacia adelante y así comprobamos si es verdad que los indios atacan o no? —le sugirió, desafiante—. ¿O acaso tiene usted un plan mejor, señor sabelotodo?

Forest le fulminó con la mirada y se dirigió a su hermano:

—¿También tengo que aguantar los descaros de este tío, Georges?

Khayn soltó una risita de desprecio y escupió en el suelo. Woods decidió poner fin a la discusión, antes de que la cosa fuera a más:

—¡Basta ya! —ordenó—. No voy a tolerar esto. Haremos lo que ha dicho Jones —a continuación se volvió hacia Khayn—. Y tú, cuida el modo en que te diriges a mi hermano. No estamos aquí para pelear entre nosotros.

Desde su escondite, Sari presenció, sorprendido, cómo los extranjeros daban media vuelta y se alejaban de las tierras de los hombres del sol. Se sintió aliviado: él nunca había vertido la sangre de otro hombre, y tampoco deseaba hacerlo hoy.

—Se van —observó uno de los cazadores.

—Les seguiremos un trecho, a ver si se marchan definitivamente —propuso él—. Creo que los dioses no desean que la tierra sea mancillada hoy con la sangre de sus hijos.

Sari no podía estar más equivocado. En pocas horas, Boca Verde sería escenario de un festín de sangre y fuego.

Fue al atardecer cuando David y sus compañeros, siempre escoltados por los aiparis, vislumbraron por primera vez la empalizada a través de la vegetación. Cuando dejaron atrás los gigantescos árboles, la selva se abrió en un gigantesco claro, mostrando la muralla en todo su esplendor.

—¡No me la imaginaba así! —exclamó David, tan boquiabierto como los demás.

La empalizada era, en realidad, una muralla en toda regla. La construcción, mucho más sólida de lo que el diario daba a entender, era curvada y tan extensa que desde donde se encontraban no podían ver donde acababa. El baluarte se elevaba a más de quince metros de altura, terminando en unas almenas desde donde algunos centinelas observaban con curiosidad a los recién llegados. La mayor parte de la estructura estaba formada por bloques de piedra grisácea, alternados con otros de color arena que recordaban al adobe y que parecían haber sido implantados mucho

después de la construcción original, tal vez para reforzar la estructura o para parchearla. Sobre la superficie de estos bloques había frases grabadas a cincel, aunque resultaban ilegibles a esa distancia. En mitad de la muralla se encontraba el enorme puente levadizo, ahora izado, que impedía el paso a la aldea. El foso, de varios metros de profundidad, aislaba el poblado de la selva. Desde donde se encontraban, los prisioneros no eran capaces de comprobar si era verdad lo de las estacas y los esqueletos. Pronto saldrían de dudas.

Los aiparis les formaron uno al lado del otro y les empujaron hasta el borde del foso. El olor a agua estancada no tardó en llegarles. Villeneuve no había exagerado: el foso estaba completamente sembrado de estacas finas y afiladas como alfileres gigantes; su fondo permanecía embarrado y cenagoso por las frecuentes lluvias, y aquí y allá se veían cuerpos reducidos a esqueletos por el paso de los años, muchos de ellos empalados. Valérie apartó la mirada, impresionada:

—Mon Dieu... —la joven notó la mano de David cerrándose en torno a la suya; él la miró de reojo y le dedicó una leve sonrisa de ánimo, que ella correspondió con otra de compromiso. Lo estaba pasando fatal.

Nariz cornuda se dirigió a voz en grito a los centinelas que vigilaban las almenas, hablando a gran velocidad y gesticulando como si intentara espantar a un enjambre imaginario de avispas. David tan solo llegó a entender palabras sueltas. Lo que sí oyó claramente fue el crujido de los arcos al tensarse: los indios les apuntaban desde atrás.

El discurso fue seguido de un silencio inquietante. David observó por el rabillo del ojo a Valérie, que miraba al frente muy seria, cual reo que aguarda resignado el veredicto del jurado; a su derecha, Stephen se mordía el labio inferior, tamborileando con el pie; a su lado, Virgilio rezaba en silencio, acariciando el crucifijo que colgaba bajo su camisa. Royi, en el extremo opuesto de la fila, asomó la cabeza detrás de Virgilio y encontró la mirada de David. Royi le guiñó el ojo. El periodista se dio cuenta de que su amigo se había percatado de que él y Valérie estaban cogidos de la mano. David le devolvió el guiño con una sonrisa cómplice, quizá la última que podría dedicarle. «*Genio y figura, hasta en los peores momentos*», se dijo, sintiéndose invadido por una poderosa oleada de afecto hacia Royi, su compañero fiel e incondicional durante los últimos años de su vida.

Súbitamente, un hombre alto y adusto hizo su aparición en la cima del torreón que flanqueaba el puente levadizo, provocando que las miradas se dirigieran hacia lo alto. Desde su atalaya, el recién llegado, que vestía de una forma más que peculiar, contempló a los extranjeros en silencio, con expresión grave.

—¡Fijaos en su atuendo! —susurró David, emocionado—. ¡Parece escapado de un cuadro! ¡Lleva coraza y casco de conquistador!

—Y en excelente estado de conservación —puntualizó Royi—. Están perfectamente pulidos.

—Los hombres del sol —murmuró David—. Ahora lo entiendo: a plena luz del día, esa coraza debe reflejar el sol como si fuera un espejo.

—¡Bajad el puente! —ordenó el hombre acorazado en perfecto español; seguidamente, desapareció de la vista.

A los pocos segundos, el enorme puente levadizo inició su descenso entre crujidos de cuerdas, madera y metal. Nariz cornuda tiró de los prisioneros hacia atrás, apartándolos del borde del foso. David vio al indio sonreír por primera vez, mostrando una dentadura que encarnaba la peor pesadilla de un odontólogo. Una vez que el puente hubo bajado por completo, los aiparis les indicaron por señas que lo cruzaran.

Al otro lado del puente les esperaba el individuo que había dado la orden de bajarlo, flanqueado por una docena de hombres que, al igual que él, vestían coraza y morrión de acero. Debajo de los petos de metal reluciente, llevaban camisas de manga larga de color arena, pantalones oscuros y botas altas de cuero. Algunos empuñaban armas de fuego idénticas a los arcabuces antiguos; otros sujetaban alabardas de hojas brillantes y afiladas. El hombre alto y serio, que era a todas luces el jefe de aquella milicia, llevaba al cinto una espada fina y estilizada, muy parecida a la que los periodistas habían examinado en la misión del padre Fermín. En mitad del puente, los indios cedieron la custodia de los prisioneros a los soldados y les entregaron las armas automáticas. Tras una serie interminable de reverencias, nariz cornuda y sus hombres dieron media vuelta y se fundieron, una vez más, con la selva.

—¡Llevalas al almacén! —ordenó el oficial, aguando la fiesta a los soldados que manoseaban los subfusiles y el Kalashnikov—. ¡Y que nadie toque nada!

Dicho esto, el oficial se plantó frente a los prisioneros, examinándolos con absoluto descaro. Además de tener una estatura superior a la del resto de sus hombres, bajo la reluciente coraza se adivinaba una complexión delgada y fibrosa. Su rostro, adornado con una perilla afilada y unos bigotes tiesos y pasados de moda, era alargado, anguloso y ceñudo. Sus ojos, de color carbón y techados por unas espesas cejas negras, se clavaban en los extranjeros con furia mal contenida, cómo si su presencia en la aldea le molestara sobremanera. Tras pasarles revista sin ningún tipo de recato, se dirigió a ellos en tono autoritario:

—¿Habláis español?

Todos asintieron con la cabeza, dejando que David hablara por ellos:

—Hablamos español, señor —dijo—. Venimos de...

—Ya tendréis tiempo de hablar luego —le cortó el oficial—. Ahora seguidme... y no quiero oír ni una palabra.

Mientras caminaban tras él, flanqueados por la guardia, oyeron cómo las cuerdas del puente crujían de nuevo, cerrando la salida a sus espaldas.

Ahora estaban tan prisioneros como Gérard y sus amigos, si es que aún seguían con vida.

XLI

LA ALDEA ERA MUCHO MÁS GRANDE de lo que parecía a simple vista. Las casas, adosadas unas a otras, formaban calles abarrotadas de curiosos que se agolpaban para contemplar a los presos que, custodiados por la guardia —que intentaba disolver con mayor o menor éxito las aglomeraciones de gente—, eran conducidos hacia el barracón donde iban a ser confinados. David, que había imaginado el poblado como un puñado de chabolas de adobe y madera dispuestas de cualquier manera, se encontró con calles trazadas a escuadra y cartabón, siguiendo un esquema muy bien organizado. Las casas, de planta baja, lucían tejados a doble vertiente confeccionados con palmas y hojas gigantescas impregnadas con una sustancia desconocida que los aislaba de la lluvia. Las puertas, construidas con mimo y esmero, apostaban más por la belleza que por la solidez. Las ventanas, en lugar de cristales, lucían visillos tensos como pieles de tambor, lo que hacía pensar que tal vez desconocieran el arte de trabajar el vidrio. Las fachadas, pintadas de blanco, exhibían macetas de barro alegradas por flores exóticas. Stephen no pudo evitar acordarse de los pueblos andaluces cercanos a su Gibraltar natal.

El pavimento por el que caminaban estaba formado por piedras planas, separadas entre sí por líneas de hierba doblegada por el paso de hombres y bestias. La iluminación de las calles, apagada en esos momentos, corría a cargo de farolas pintadas de negro, además de haber infinidad de lámparas esculpidas en frutos barnizados que reposaban en los alféizares o colgaban de las fachadas como festivas calabazas de Halloween. Por la noche, debía ser algo hermoso.

Un dato que revelaba el tamaño de la aldea era la cantidad de gente que transitaba por sus callejuelas o se asomaba a la ventana para ver pasar a los presos. Hombres cargados con fardos, mujeres con bebés en brazos, chiquillos que seguían a los guardias sin parar de reír. A pesar de que el anochecer estaba próximo, las gentes invadían las calles dando rienda suelta a su curiosidad. La presencia de sangre india era evidente en algunos rostros, pero muchos de los aldeanos podrían pasar, perfectamente, por campesinos españoles.

El oficial de armadura labrada y cara de pocos amigos hacía oídos sordos a las preguntas de la gente acerca de los prisioneros, limitándose a apartarles con miradas cejijuntas o movimientos de su brazo extendido. El español que hablaban era tan peculiar como su aldea: aunque la morfología recordaba a la del castellano de siglos atrás, este había experimentado una evolución que le había acercado curiosamente al español moderno, pero conservando esa rimbombancia tan peculiar de antaño. Por la forma en la que se expresaban, era evidente que recibían algún tipo de formación

escolar a lo largo de sus vidas, lo que significaba un avance respecto a la incultura generalizada de los colonos que tomaron posesión, en el siglo XVI, de aquellas tierras que ahora habitaban sus descendientes.

Por fin llegaron a su destino: un barracón rectangular de unos sesenta metros cuadrados que alojaba en su interior una docena de camastros de madera dotados de colchones de plumas y vestidos con sábanas blancas, mantas livianas y almohadas raquílicas. El resto del mobiliario lo completaban una mesa de madera y cuatro sillas; al fondo del barracón, una cortina corrida revelaba un bacín, un barreño y una palangana (estos últimos llenos de agua limpia) y un jarro vacío.

—¡Dejad los morrales en el suelo! —ordenó el oficial; a continuación, se dirigió a sus hombres—. ¡Registradlos!

Los soldados volcaron las mochilas sobre los jergones y revolvieron su contenido. Seguramente buscaban más armas, porque no confiscaron más que las navajas y alicates multiusos. El *whisky* de Stephen fue abierto, olido, cerrado y devuelto a su macuto. Una vez inspeccionadas las mochilas, cachearon a todos, sin excepción. El soldado encargado de registrar a Valérie ni se extendió demasiado en la tarea ni abusó de la situación, reflejándose el apuro en el rubor de sus mejillas. A David le hicieron vaciar el contenido de la bandolera de Woods sobre uno de los camastros, pero nadie hizo el menor caso ni al mapa ni al diario de Villeneuve. El teléfono Iridium acabó sobre una de las sillas tras ser examinado con desdén, al igual que el estuche que contenía el lanzador de bengalas y sus cargas. Si los soldados hubieran adivinado lo que era, lo habrían confiscado con total seguridad.

El soldado que registraba a Virgilio encontró en su bolsillo el *spray* de veneno. Virgilio no lo había sacado de allí desde que acabó con el sufrimiento del prisionero de Montalbán. El soldado se lo pasó al oficial, que lo examinó con su sempiterno rostro ceñudo:

—¿Qué es esto? —preguntó, jugueteando con el pulverizador.

—Es para ahuyentar a los insectos —mintió Virgilio, rezando para que no diera medio giro a la boquilla y pulsara el aerosol—. Está vacío, ya no sirve.

El militar decidió que aquello no era peligroso y devolvió el *spray* a su dueño, que lo devolvió inmediatamente al bolsillo.

—Recojan sus cosas —ordenó, dando por finalizado el registro—. Permanecerán aquí, bajo vigilancia, hasta que Su Alta Señoría, el Virrey, tenga a bien interrogarles...

David saltó como si le hubieran clavado un dardo en el culo:

—¿Ha dicho usted *el Virrey*?

El oficial le lanzó una mirada corrosiva. Por unos instantes, los presentes temieron que fuera a abofetearlo. No lo hizo, ni siquiera le contestó. Giró sobre sus talones y salió del edificio, seguido por sus hombres. No oyeron correr cerrojo alguno, pero afuera quedaron algunos soldados de guardia. Royi, Stephen, Virgilio y Valérie se dejaron caer en los camastros, rendidos por la caminata y la tensión. David,

en cambio, no paró de dar vueltas por la estancia, excitado como un niño en la noche de reyes:

—¿Habéis oído lo que ha dicho? El jefe al que se refería Villeneuve en su diario es nada más y nada menos que un virrey.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Valérie, estirándose cuan larga era sobre su camastro. Se sentía agotada—. Ya sabíamos que detrás de la segunda empalizada hay un mandamás...

—El virrey era el representante de la corona española en los territorios conquistados —explicó someramente David—. Esa figura política desapareció en el siglo XIX... pero aquí hay uno en activo. ¡Increíble!

—A mí ya no me extraña nada —bostezó Valérie—. De todas formas, ya sospechábamos que íbamos a encontrar algo parecido a una civilización perdida...

David negó con la cabeza:

—Tras leer el relato de Villeneuve, yo me imaginé una aldea... como decirte... más *indígena*. Esta gente construyó un pueblo algo más primitivo que los del siglo XVI (algo normal, teniendo en cuenta que fue creado a partir de cero), pero su morfología es totalmente occidental si pasamos por alto la falta de algunos materiales de construcción que son imposibles de encontrar aquí y han sido sustituidos por productos locales.

—Y nosotros sin una cámara para filmarlo —refunfuñó Royi.

David pasó por alto el lúgubre comentario y siguió hablando:

—Después de leer el diario, tuve claro que esta aldea había pasado desapercibida para el resto del mundo, y que cabía la posibilidad de que estuviera habitada, no sabía si en su totalidad o en parte, por descendientes de conquistadores españoles. Me figuré que sus habitantes habrían conservado parte de la cultura, algunas armaduras y armas, algunos edificios de aquella época... ¡pero jamás me habría podido imaginar que mantuvieran un virreinato en activo! Este lugar es un pedazo de la Europa del XVI en el siglo XXI —David esbozó una sonrisa ensoñadora—. Esta, señores, es la última colonia del Imperio Español.

—Como tú lo dices, hasta acojona —reconoció Royi, que repitió la frase imitando la voz de presentador de David—. La última colonia del Imperio Español.

Stephen cogió el teléfono Iridium y fingió marcar un número:

—Dudo que a Inglaterra le interese cambiar esta mierda de sitio por Gibraltar, pero si queréis, llamo a Su Graciosa Majestad, a ver qué dice...

—Claro —rio Valérie—, para que venga de visita y la encierren aquí dentro...

Rieron tan fuerte que uno de los soldados se asomó al interior del barracón, al sonido del jolgorio. Tras comprobar que no pasaba nada raro, cerró la puerta de nuevo, diciéndose que aquellos extranjeros estaban como cabras.

—Como haya un manicomio en este sitio nos meten en él —dijo Royi—. Seamos unos prisioneros dignos, por favor: que no se den cuenta de que somos una panda de impresentables nada más llegar...

Stephen exhaló un suspiro tras las palabras de Royi, como si estas le hubieran propinado, sin querer, una bofetada de realidad. Sus ojos claros miraron al suelo detrás de las gafas, ahora tristes:

—¿Qué va a pasarnos ahora? —preguntó, sin esperar respuesta—. ¿No os habéis planteado la posibilidad de que ese virrey decida matarnos?

—Con Gérard y sus amigos no actuó así —dijo Royi—. No sé por qué tendría que proceder con nosotros de distinta manera...

—¿Y si se cargó a Gérard y a los otros cuando Villeneuve les hizo la jugarreta? —conjeturó Stephen—. Las últimas noticias que tenemos del grupo datan de antes de esa faena, quién sabe si...

David no le dejó seguir. Lo último que necesitaba en ese momento era que uno de los bajones de Stephen desmoralizara al grupo entero:

—Comprendo tus temores y te aseguro que todos los compartimos, pero... ¡mírame a la cara! —el gibraltareño obedeció y clavó sus ojos en los de David, quien no había perdido ni un ápice de entusiasmo—. ¿Tú crees que si hubieran querido matarnos, no lo habrían hecho ya?

Virgilio, que había permanecido callado hasta entonces, intervino:

—Si hubieran querido matarnos, lo habrían hecho junto al foso, fuera de la ciudad —razonó—. Pero no lo hicieron. Ni siquiera nos maltrataron.

—Está claro que obedecen a una ética que les impide castigar así porque sí —prosiguió David, que vio reforzadas sus palabras por asentimientos de cabeza de Royi y Valérie—. No son salvajes. Recuerda lo que escribió Villeneuve: al segundo día incluso les dejaron andar libremente por las calles.

Virgilio apoyó su mano en el antebrazo de Stephen:

—Si le sirve de consuelo, bróder, por mi trabajo sé reconocer a asesinos a primera vista... y le digo que estos no lo son.

—¿Y qué me decís del foso? —rezongó Stephen—. ¿Creéis que los esqueletos son de *atrezzo*?

—Sabe Dios desde cuando están ahí —intervino Royi. Pretendía quitarle importancia a aquello, aunque no era capaz de olvidar la horripilante visión de los huesos ensartados—. Esas costumbres macabras se pegan de los indígenas. Quizá sean enemigos de alguna batalla que tuvo lugar hace siglos...

—Seamos consecuentes —pidió David—. Venirnos abajo o asustarnos no nos llevará a nada. En estos momentos debemos tener fe y ser cautos —hizo una pausa—. Si el virrey nos llama a su presencia, dejadme hablar a mí, ¿ok? Haré lo posible para convencerle de que nos deje marchar.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Stephen—. ¿Tienes algo para negociar que pueda interesarle? Te recuerdo que estamos en sus manos.

—Ya se me ocurrirá algo —le aseguró David, guiñándole el ojo.

Royi sonrió:

—David tiene un pico magnífico. Nadie mejor que él para...

Royi fue interrumpido por tres golpecitos vehementes en la ventana de la pared del fondo. A través de los visillos distinguieron una silueta llamando con los nudillos. Royi, acompañado por el resto de sus compañeros, se acercó a ver quién era.

—¡Eh! ¡Mes amis! —la voz no era más que un susurro—. ¿Vous parlez français? ¿Do you speak english? ¿Español?

Todos se miraron boquiabiertos durante unos instantes, paralizados por la sorpresa. Stephen azuzó a Royi a base de empujones:

—¡Abre, coño!

Royi levantó los enganches que liberaban las hojas de la ventana y descubrió un rostro que fue reconocido enseguida por todos, a pesar de tener barba y el pelo más largo. Valérie fue la primera en llamarle por su nombre:

—¡¿Adam Gilly?!

El visitante dio un respingo:

—¿Me conoce, señorita?

—Soy Valérie Delacroix. Trabajo para Louis LeVu. Hemos venido a por vosotros...

Gilly no pudo evitar echarse a reír:

—Ya veo —dijo—. Bienvenidos a Alcatraz. ¿Queda alguien del equipo de rescate fuera de la aldea?

—Nosotros somos todo lo que queda del equipo de rescate —dijo David—. Es una larga historia...

Gilly le señaló con el dedo:

—¡Yo le conozco! ¡Usted es David Beltrán, el amigo de Gérard!

—El mismo. ¿Gérard está bien?

Gilly miró a izquierda y derecha para comprobar que no había moros en la costa y pasó por alto la pregunta de David. Había algo que le interesaba más:

—¿Cómo supieron que estamos aquí? ¿Les avisó Antoine?

Durante unos instantes reinó el silencio. Lógicamente, Adam Gilly ignoraba el trágico destino sufrido por su amigo. Valérie fue quien le dio la mala nueva:

—Antoine Villeneuve murió, Adam —el rostro de Gilly palideció en un segundo—. Supimos que estabais aquí gracias a su diario. Lo llevaba encima cuando le encontraron...

Gilly se echó las manos a la cabeza:

—¡Oh, mon Dieu! Primero Tieba, ahora Antoine...

—¿Tieba ha muerto? —preguntó Royi.

—Hace cuatro días bajaron el puente levadizo y él aprovechó para escapar corriendo —relató Gilly. Su voz mostraba aflicción—. Fue una idiotez por su parte. Yo no estaba allí —aclaró—. Tan solo oí las voces de los centinelas dándole el alto.

—¿Lo mataron los guardias? —preguntó Stephen.

—No, fueron los aiparis, los cazadores invisibles. Una patrulla le interceptó en cuanto se internó en la selva.

—¿Y Gérard y Perot? —preguntó Valérie—. ¿Se encuentran bien?

Gilly asintió.

—Perot está conmigo, en la aldea. A Gérard hace días que no le veo, pero sé que está bien: fue trasladado a la ciudadela que hay detrás de una puerta enorme, lo que ellos llaman *El Fuerte*.

—Sabemos algo de ese lugar por el diario de Villeneuve —dijo David.

—Gérard le cae especialmente bien al virrey, y le gusta tenerle cerca —explicó Gilly—. La última vez que vi a Gérard me contó que pasan horas y horas conversando. Es evidente que se han hecho amigos...

Aquello le pareció a David una buena señal. Probablemente, al virrey le fascinaba la información que Gérard —el único de los expedicionarios que hablaba un español fluido— traía del mundo exterior. David recordó la pregunta de Stephen: «¿Tienes algo para negociar que pueda interesarle?». Claro que tenía algo: conocimiento y sabiduría para compartir. Gilly lanzó otra ojeada temerosa a derecha e izquierda y se despidió con premura:

—Alguien se acerca. Trabajo en el hospital, me encontraréis allí cuando os liberen. Hablaremos con calma entonces, ¿de acuerdo?

—¿Tú crees que nos van a liberar? —le preguntó Stephen, incrédulo.

—A nosotros nos soltaron —contestó Gilly, encogiéndose de hombros—. Me voy. ¡Au revoir!

Y dicho esto, él mismo cerró la ventana y desapareció. Royi volvió a echar los pestillos:

—Alucinante —silabeó.

Todos volvieron a sentarse en los jergones. El encuentro inesperado con Gilly parecía haber espantado el cansancio, al menos de momento. David apoyó los codos en las rodillas y expuso su teoría más optimista:

—Creo que ganarnos la confianza del Virrey va a ser más sencillo de lo que creemos —apostó—. Lo mejor que podemos hacer ahora es descansar hasta que nos llamen. Una vez en presencia del Virrey, desplegaremos nuestros encantos para caerle tan bien como Gérard.

Stephen depositó una mirada cansada sobre David:

—Dios te oiga...

—Amén —respondió Royi, dejándose caer en el camastro.

Los demás le imitaron. Al cabo de treinta minutos todos dormían profundamente, ignorantes de que, a kilómetros de distancia, se preparaba un mortífero espectáculo de fuegos artificiales.

Los aiparis habían logrado mantenerse fuera del alcance de la mirada de la civilización a través de los siglos. Nadie conocía el emplazamiento de su aldea, si es que esta realmente existía. Si un amigo de la tribu buscaba a los aiparis, estos acababan encontrándole a él, surgiendo de la nada como espectros invocados. Otras veces eran ellos quienes acudían al poblado que los hombres del sol levantaron

alrededor de la morada de los dioses, después de que estos la abandonaran hacía ya mucho, mucho tiempo. Cuando los dioses se fueron, los aiparis veneraron a los hombres del sol, a quienes consideraron, además de sus sucesores, portadores de una nueva sabiduría y poder.

Los cazadores invisibles vigilaban esa selva desde hacía siglos, quizá milenios. Nadie lo sabía con certeza. En la antigüedad, era tal la ferocidad con la que repelían a las tribus nómadas que cruzaban su territorio, que pronto cobró fuerza el rumor de que aquellas tierras estaban habitadas por espíritus furiosos. Nadie en su sano juicio se internaba en aquella jungla de donde no se regresaba. Fue mucho más tarde, con la llegada de los hombres del sol, cuando sus costumbres tribales más salvajes fueron condenadas al olvido. Sin embargo, la leyenda de la selva maldita continuó viva hasta hoy.

Según dictaba la ley de los hombres del sol, Sari tenía que esperar a que aquellos intrusos armados abandonaran la región o traspasaran su frontera. Para su sorpresa, habían vuelto sobre sus pasos y acampaban al descubierto, fuera de los límites prohibidos. Aquello le desconcertó. Hasta que no se fueran de allí, él y sus cazadores tendrían que permanecer de guardia.

Sari contaba a cada rato las siluetas iluminadas por el resplandor anaranjado de la fogata: siempre eran seis. Permanecían sentados y no se alejaban del campamento. Mejor así. Con su atención enfocada en los extranjeros que charlaban junto a la hoguera, ningún aipari detectó la silueta negra que se desplazaba como un caimán por las aguas del Unu Rono, rumbo al Arroyo del Paraíso.

Cuando todo parecía estar más tranquilo que nunca, un alarido inhumano procedente del arroyo donde comenzaba el territorio prohibido hizo estremecer la selva, sobresaltando tanto a los aiparis como a los intrusos. La reacción de los extranjeros fue rápida: sin recoger siquiera las cosas del suelo o apagar la fogata, corrieron despavoridos río abajo, huyendo como si les persiguieran todos los espíritus malignos de la selva. Un segundo aullido volvió a poner los pelos de punta a los aiparis, y a lo lejos, un resplandor infernal iluminó la noche. Fuera lo que fuese lo que emitía aquellos terribles rugidos, había puesto a la fuga a los intrusos, a pesar de sus armas ensordecedoras. Sari estuvo tentado de echar a correr como los extranjeros, pero la ley se lo impedía: él era uno de los protectores de las tierras de los dioses, y era su deber defenderlas. A lo lejos, un terrorífico resplandor rojo comenzó a ascender al cielo, como si la tierra hubiera abierto sus entrañas y vomitara fuego.

Los cazadores se olvidaron de los intrusos. Ahora, su atención se centraba en aquella horripilante presencia que se manifestaba río arriba con una violencia desmesurada. Entrelazando las manos delante de sus labios, Sari emitió un ululato capaz de confundir al más experto de los ornitólogos. En respuesta a la llamada, sus hombres se concentraron a su alrededor. Sari impartió rápidas instrucciones y les arengó para que fueran valientes. Si algo les hacía falta ahora, era valor.

Sari avanzó por la orilla del río, seguido por sus hombres embutidos en sus disfraces de selva, sin importarles ya que alguien pudiera verles. El resplandor era cada vez más brillante, lo que les hizo temer que la selva estuviera en llamas. Una vez cerca del Arroyo del Paraíso, los aiparis cruzaron Boca Verde, se abrieron en círculo y atravesaron el riachuelo, rodeando el claro de donde provenían los rugidos y las luces espectrales. Con sus arcos tensos, se aproximaron al origen de aquel terror, hasta que pudieron divisar, a través de la espesura, lo que sin duda era la abominable encarnación de un espíritu maligno rezumando furia. Los aiparis, preparados durante toda su vida para luchar contra ejércitos de hombres, nunca se habían enfrentado a algo tan horrible.

Por el momento, el plan de Jones estaba funcionando. Había usado a sus compañeros como cebo para atraer la atención de los aiparis y así recorrer el trayecto hasta Boca Verde a nado. Dentro de dos grandes mochilas impermeabilizadas, Jones había transportado su equipo de efectos especiales hasta el claro elegido como escenario para su representación. Ahora que los indios estaban cerca, dejó el megáfono rescatado de la Revenant en el suelo, junto a las granadas señalizadoras que expelían un humo rojo y espeso hacia el cielo. Junto a estas, Jones había arrojado bengalas que iluminaban la escena desde abajo, creando un efecto de luces aterrador. Algunas ramas secas se habían incendiado, pero Jones no hizo nada por apagar los fuegos. Más efectos especiales para su función nocturna.

El bokor estaba desnudo de cintura para arriba, con la piel pintada con un betún de color rojo que brillaba a la luz de las bengalas como si fuera sangre fresca. Sabía que existía el riesgo de que los indios le dispararan en cuanto le vieran, pero apostaba diez a uno a que no lo harían: Jones había vivido gran parte de su vida en África, y sabía que la superstición en los salvajes supera con creces a su valor. Además, no tenía nada que temer: Erzulie Kalika le protegía. Desde que moraba en su interior, ningún mortal podría hacerle daño.

Jones adivinó los aterrorizados ojos de los indios espiándole desde la espesura, mientras él, utilizando un antiguo truco circense aprendido años atrás, escupía fuego por la boca mientras ejecutaba algo que, más que una danza, parecían los espasmos de un poseso. Ya tenía a su público donde quería, y ahora llegaba el momento del número fuerte en el que su propia audiencia se convertiría en protagonista. En una de sus evoluciones, Jones recogió del suelo un pequeño detonador.

Sari vio cómo el demonio alzaba los brazos al cielo a la vez que lanzaba al viento un alarido espeluznante. En ese preciso momento, el infierno se desencadenó.

Alrededor del claro, doce cargas de alta potencia estallaron a la vez. Cada una de ellas estaba adherida a un recipiente que contenía una mezcla de líquido inflamable y metralla. Las explosiones despedazaron a los cazadores que se encontraban más cerca. La selva se incendió en segundos. El líquido en llamas salpicaba a los indios, se adhería a su piel e impregnaba sus atuendos hechos de matojos, transformándolos en antorchas humanas vociferantes que chocaban contra sus compañeros en su

errática carrera. Sari distinguió, al resplandor de las llamas, el rostro desfigurado de un cazador cuyas facciones habían sido arrancadas por la metralla. El propio Sari notó un calor intenso: su traje de selva ardía, y las llamas le lamían el torso y la cara. El aipari, que no podía llorar porque sus lágrimas se evaporaban conforme las vertía, logró deshacerse de su atuendo incendiado y quedó desnudo, dolorido y desarmado. Ni se dio cuenta de que había dejado caer su arco.

En el claro, Jones recogió un segundo detonador sin dejar de ejecutar su danza macabra: esta vez, fueron ocho las cargas que hicieron temblar la selva. Sari vio con horror cómo uno de sus hombres sobrevolaba los matorrales envuelto en llamas, elevado por los aires por una fuerza sobrenatural. Por primera vez en su vida, gritó a pleno pulmón la orden de retirada. Justo en ese momento, notó cómo su brazo derecho se sacudía contra su voluntad y perdía la capacidad de moverse. Notó correr por su mano la calidez de la sangre al gotear. Otro golpe, esta vez en la espalda, le hizo caer de bruces, cortándole la respiración. Ahora oía silbidos en la noche, silbidos que eran seguidos por gritos de dolor. Cerca de donde se encontraba, Sari vio pasar a otro demonio, este con un solo ojo que reflejaba el resplandor de las llamas como si brillase con luz propia. Detrás del primer demonio aparecieron dos más, y para su espanto, uno de aquellos ojos brillantes se fijó en él. Sari hundió la cabeza en la hierba, resignado a su suerte.

Los pocos aiparis que aún eran capaces de correr se internaron gritando en la selva, poseídos por un terror sin precedentes. Solo cuatro de los veinticinco guerreros de Sari sobrevivieron para transmitir a sus hermanos la mala noticia: los demonios habían conquistado las tierras de los dioses.

—Zona asegurada —informó Khayn a través de su intercomunicador mientras remataba a Sari de un tiro en la cabeza. Retiró de sus ojos el visor nocturno y se lo colocó en la frente. El resplandor de las llamas, amplificado por los infrarrojos, resultaba insoportable—. ¿Todo bien por ahí?

El resto del team respondió afirmativamente. Cero bajas, y un éxito del cien por cien. Los únicos cazadores que quedaban en la zona agonizaban, heridos por la metralla, por el fuego o por las balas. Los Hydra les habían seguido sigilosamente y les habían atacado por la espalda. Por supuesto, dejaron huir a algunos para que transmitieran a los suyos el terrorífico armagedón que habían presenciado. El plan de Jones no dejaba flecos sueltos.

Woods también levantó su aparato de visión nocturna. A través de él, las expresiones de terror de los supervivientes, con sus pupilas encendidas como leds, eran de lo más siniestro. Se dirigió al claro iluminado por las bengalas y las bombas de humo. Jones le esperaba allí, sonriente. Bajo aquella luz espectral, la sonrisa afilada del bokor asustaba al miedo.

—Buen trabajo, Jones —le felicitó Woods, palmeándole el hombro teñido de rojo—. Esta vez, te has superado a ti mismo.

Todo había salido tal y como lo había previsto. Jones estaba seguro de que los indios no volverían aquella noche, pero de todas formas les dejaría un mensaje por si se atrevían a hacerlo a la luz del día. Desenfundando su machete, pidió ayuda al miembro más cualificado del equipo para terminar la última fase de su plan:

—Whisper, es hora de recoger la cosecha —dijo.

El sonido de las hojas de acero cortando las cabezas de los indios quebró el silencio de la noche en Boca Verde. Algunos de los aiparis estaban aún vivos cuando fueron decapitados, pero nadie pareció reparar en ello.

En un extremo del claro, apoyado en un árbol, Charles Forest contempló el incendio, tragándose sus propios sapos.

Una vez más, Jones había ganado.

XLII

EL PADRE FERMÍN estudiaba las paredes desnudas del piso donde el Grupo LeVu había instalado su oficina en Sena Madureira. No le fue difícil dar con el lugar, y eso que ignoraba la dirección y desconocía el nombre de la empresa. Sena Madureira es una ciudad pequeña, y preguntando se llega a Roma. Después de interrogar a cuatro transeúntes utilizando las palabras claves *extranjeros*, *franceses* y *telecomunicaciones*, sus averiguaciones le llevaron al pie de un edificio de reciente construcción, algo alejado del centro. Unas llamativas antenas emplazadas en la azotea revelaban la existencia de potentes equipos de radio. Se preguntó si aquello provocaría interferencias en los televisores. De ser así, podría desencadenar una revuelta asesina si le chafaba una tarde de *fútbol* al vecindario. En lugar de tomar el ascensor, subió los tres pisos por las escaleras, descubriendo que muchos de ellos estaban aún sin estrenar.

Le abrió la puerta una mujerona de unos treinta años y de aspecto hombruno, muy diferente del estereotipo de francesita *sexy* que suele rondar por las cabezas masculinas. Qué demonios, aquella *jaquetona* era un claro ejemplar de *callo malayo*. El callo malayo, que solo hablaba francés, examinó al sacerdote de arriba a abajo como si estuviera decidiendo si descuartizarlo con unas tijeras de podar o meterlo directamente en la destructora de documentos. Tras un torpe intercambio de frases en francés y español, al padre Fermín no le quedó del todo claro si ella había captado que era cura. Tras el fallido intento de diálogo, el callo malayo se encogió de hombros y señaló una silla pegada a la entrada, explicándole al padre Fermín (a gritos, como si este pudiera entenderla así mejor) que sería recibido en unos minutos, ya que los responsables de la oficina se encontraban celebrando un *meeting*. La *jaquetona* desapareció por una puerta y dejó al sacerdote sumido en una reconfortante soledad, como único actor de un escenario desangelado compuesto por tres puertas cerradas: la de la calle, la que se había tragado al callo y otra más a través de la cual se filtraban retazos ininteligibles de una conversación.

Esa puerta se abrió veinte minutos después, aunque nadie se asomó aún por su vano. El padre Fermín distinguió con claridad cuatro voces masculinas que conversaban en español, dos con acento francés y dos con acento portugués (uno de ellos hablaba tan mal castellano que más le habría valido hablar directamente en su lengua natal). El sacerdote afinó la oreja, fingiendo examinar concienzudamente la desnudez del techo. Por lo que oía, estaban resumiendo la reunión: el regalo perfecto para un cotilla como él.

—Coméntenlo con su jefe —sugirió el brasileño que mejor hablaba español—. Si deciden contratarnos, estaremos listos para partir en tres días.

—E shi *vaing* ushá licapterou ten que conshertá con piloshu con tempu —recomendó el otro brasileño, mezclando portugués y español con trinitrotolueno y arrojando dentro de la coctelera una cerilla encendida—. Shi tems licapterou, arrivaremos nel dia si podemos reposhtiá na madeira.

—¿Están seguros de que la maderera nos facilitará el combustible?

—Con dinero no hay problema —aseguró el que hablaba mejor castellano—. Quizá sería conveniente que nos adelantaran algo para los gastos que se puedan generar antes de partir...

—Eso será si decidimos contratarles —atajó un cuarto interlocutor en un tono que denotaba que no estaba dispuesto a morder el anzuelo—. Estaremos en contacto.

El vano de la puerta vomitó al cuarteto parlante. El padre Fermín se fijó primero en los que sin duda eran los brasileños: dos hombres de aspecto tosco, manos rudas, piel tostada por el sol y uñas ennegrecidas por la mugre. Los otros dos eran jóvenes, de buena presencia y aspecto cansado. Cuando estos vieron a padre Fermín, le dedicaron un gesto de saludo con la cabeza. Los brasileños salieron por la puerta y los franceses, nada más cerrarla, cruzaron entre ellos una mirada tan fugaz como elocuente: aquellos tipos no les inspiraban demasiada confianza. Enseguida dirigieron su atención hacia el padre Fermín, que esperaba de pie, con una sonrisa.

—Buenas tardes —saludó el más bajo de los dos—. Mi nombre es Jacques Mercier. ¿En qué puedo ayudarle?

—Jean Blanch —se presentó el ingeniero.

—Fermín Tirado... padre Fermín Tirado —dicho esto, al misionero le vino como un *flash* la clásica frase de *Bond... James Bond*, y estuvo a punto de soltar una carcajada, cosa que habría estado muy fuera de lugar.

Mercier levantó las cejas, sorprendido por haber confundido al cura con uno de los candidatos para la paradójica misión de rescatar al equipo de rescate. En las últimas veinticuatro horas, él y Blanch habían entrevistado a cinco tipos y ninguno les había convencido demasiado.

—Un sacerdote —dijo Mercier, sorprendido ante aquella extraña visita—. Pero no se quede aquí, padre... pase al despacho, por favor.

Mercier le condujo a través de la puerta que llevaba al despacho donde habían atendido a los brasileños. La estancia era grande y destartalada, con esa dejadez típica de las instalaciones provisionales. La mitad izquierda de la habitación estaba ocupada por una mesa de despacho, presidida por un sillón de dirección de cuero marrón, dos sillas a juego y una tercera que no pegaba ni con cola, sacada de sabe Dios dónde. Al otro extremo, junto a la ventana, una tabla larga de conglomerado, apoyada sobre caballetes de madera, albergaba equipos informáticos y lo que parecían ser emisoras de radio muy sofisticadas. Todo aquel alarde tecnológico estaba encendido en una feria de leds y pantallas digitales. Blanch apartó la silla que no hacía juego y la puso

junto a la pared, invitando al padre Fermín a sentarse en una de las más cómodas. El ingeniero ocupó la de al lado, dejando la presidencia a Mercier:

—¿A qué se debe su visita, padre?

El sacerdote fue al grano:

—Hace dos semanas, tuve el placer de conocer a David Beltrán y a Rogelio Durán, justo antes de que se embarcaran en su viaje —explicó, notando cómo la mirada de Blanch taladraba su oreja derecha—. Llevo dos o tres días llamando al móvil de Beltrán, y me sale apagado o fuera de cobertura, así que imagino que aún estarán en la selva. El motivo de mi visita es, simplemente, saber si todo va bien y preguntarles cuándo volverán.

Mercier frunció el ceño. Hasta ese momento se había figurado que el objetivo del cura era sacar un donativo para algún proyecto local, no interesarse por una operación, en teoría, secreta:

—¿David Beltrán le facilitó esta dirección?

—No, no —se apresuró a contestar—. Beltrán solo me dijo que viajaban patrocinados por una empresa francesa de telecomunicaciones. También me comentó que irían muy bien equipados en ese sentido. Sena Madureira es una ciudad pequeña, y no ha sido difícil encontrarles —el sacerdote señaló al techo y sonrió—. Las antenas les delatan.

Mercier se removió en su asiento, como si le hubieran echado cien gramos de ortigas por el cuello de la camisa. El padre Fermín sospechó que su presencia empezaba a incomodar a sus anfitriones.

—¿Qué más le contó David Beltrán de la expedición?

—Solo algo acerca de un reportaje sobre unas tribus de indios no contactados —la voz del sacerdote intentó sonar firme en su mentira; desde sus asientos, Blanch y Mercier le dedicaban una mirada de polígrafo—. No les ha pasado nada malo, ¿verdad?

El intento de sonrisa de Mercier fue un fracaso estrepitoso. El padre Fermín pensó que en el Actor's Studio le habrían echado a patadas.

—Se encuentran perfectamente, padre, no tiene por qué preocuparse —su voz sonó algo tensa, casi irritada—. Apuesto a que le llaman en cuanto vuelvan, dentro de unos días. Le prometo que la próxima vez que comunique con ellos, les enviaré un saludo de su parte.

El padre Fermín, que había dado clases durante años a maestros del engaño («*padre, le juro por Dios que no he copiado*») y había convivido con yonquis doctorados en falsedad («*Tronco, que se muera mi vieja si me he metido algo*»), detectó la mentira de Mercier a la primera. Como mentiroso, daba pena, lo que en cierto modo le honraba. Algo olía mal en todo aquello. A su derecha, Blanch seguía sin quitarle ojo de encima.

—¿Y no sería posible contactar con ellos ahora? —sugirió, señalando las emisoras al otro extremo de la habitación—. David Beltrán me aseguró que estarían

comunicados permanentemente —de nuevo, el sacerdote esbozó su mejor sonrisa—. Me quedaría mucho más tranquilo si pudiera hablar con él, aunque solo fuera decirle hola.

Mercier sintió que se le acababa la paciencia. Aquel cura del demonio estaba apretándole las tuercas, pero bien:

—Lo siento, pero no es posible. En estos momentos la expedición se encuentra en lo que denominamos una *zona oscura*.

—¿Una zona oscura?

—Zona oscura: un área donde el terreno impide captar la señal de radio.

El padre Fermín alzó las cejas:

—¿Y eso influye en las comunicaciones vía satélite? —Blanch y Mercier intercambiaron otra mirada de reojo—. No es que yo sea un experto, pero trabajo con Médicos sin Fronteras. Ellos utilizan teléfonos de ese tipo, y...

—Esas zonas oscuras existen —le interrumpió Mercier. El ejecutivo apenas podía reprimir las ganas de estrangular al cura—. De todos modos, no se preocupe: en cuanto recuperemos el contacto con la expedición, cosa que sucederá muy pronto, le comentaré al señor Beltrán que usted se ha interesado por él —Mercier se levantó de golpe—. ¿Alguna cosa más, padre?

El padre Fermín se dio cuenta de que le estaban echando, así que decidió largarse de allí antes de que lo hicieran a las bravas. Se levantó, compuso una sonrisa tan hipócrita como la de Mercier, y estrechó a desgana la mano que este le ofrecía:

—Nada más, gracias por atenderme. Espero que la expedición vuelva pronto, y ojalá no haya habido ningún percance —el sacerdote dejó escapar una risita—. ¡Qué tonterías digo! ¡Si sucediera algo nos enteraríamos muy pronto! La desaparición de unos periodistas españoles es una noticia que no escapa fácilmente a los informativos.

Mercier notó que los huevos se retraían dentro de su pelvis como cuernos de caracol. Sacerdote y ejecutivo mantuvieron sus miradas enfrentadas durante unos instantes interminables, mientras sus manos permanecían estrechadas con frialdad. Jean Blanch, que se había levantado también, apoyó la mano en el hombro del padre Fermín:

—No te molestes, Jacques. Yo acompaño al padre hasta la puerta.

Mercier se despidió del cura con una leve inclinación de cabeza, mientras Blanch le acompañaba al recibidor y cerraba la puerta a sus espaldas. La estancia que daba a la calle estaba vacía. El padre Fermín se llevó un buen susto cuando Blanch le giró por los hombros hasta colocar su cara frente a la suya. Por un momento, el misionero pensó que iba a agredirle, pero en vez de eso, Blanch le habló. O mejor dicho, dibujó en sus labios unas palabras que fueron perfectamente legibles a pesar de que no sonaron:

—Espere abajo, en el portal. Yo bajaré dentro de un rato.

Aturdido, más que sorprendido, el padre Fermín obedeció. Esperó a Blanch en el portal, sin saber si iba a recibir información o una paliza. Quince minutos después,

oyó una puerta cerrarse tres pisos más arriba. Finalmente, un nervioso Jean Blanch salió del ascensor.

—Vamos —le apremió este, en un susurro.

Blanch y el padre Fermín rodearon el edificio pegados a la pared, para evitar que Mercier les viera desde a la ventana. Atravesaron la calle al trote, el sacerdote siempre detrás del ingeniero, hasta llegar a un todo terreno con signos de haber circulado por las peores pistas del mundo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el padre Fermín, abrochándose el cinturón de seguridad.

Blanch arrancó el todo terreno.

—¿Conoce algún sitio donde podamos hablar tranquilos?

El padre Fermín guió a Blanch por las calles de Sena Madureira hasta un aparcadero cercano al Café Borges. Una vez en el establecimiento, buscó instintivamente la misma mesa que compartió con David y Royi. Estaba vacía. Justo cuando se sentaron, el teléfono de Blanch emitió una melodía:

—Discúlpeme un segundo —rogó, abriendo el móvil como si fuera una almeja—. ¿Allô? Sí, sí, no te preocupes —aunque hablaba en francés, el sacerdote no tuvo problemas para entender la conversación—. No. No te preocupes, paso la noche en la ciudad. No, no estoy en el hotel... comeré algo, tomaré una copa para relajarme y me iré a la cama. No, no merece la pena que vengas, Jacques, me acostaré pronto. Mañana, cuando llegue al campamento base, te llamo, ¿ok? Gracias, buenas noches...

Blanch cerró el teléfono y le sonrió al cura:

—Le ha puesto usted bastante nervioso —dijo.

—¿Tiene motivos para estarlo? —el padre Fermín recibió la carta de manos del camarero, que acababa de materializarse junto a la mesa—. ¿Qué le apetece tomar?

Blanch resopló, examinando la carta bajo la atenta mirada del *garçom*. El ingeniero no había reparado, hasta entonces, que en Brasil utilizaban el término francés para dirigirse a los camareros.

—Creo que tomaré un *gin tonic* —decidió al fin—. Me sentará bien.

—Le acompañaré con algo fuerte también —el padre Fermín se dirigió al camarero—. Um *gin tonic* pra o senhor e um Ballantines pra mim.

—¿Gelo? —el *garçom* anotó la comanda en una libretita de colores.

—Sim, por favor.

El camarero fue a la barra con pasos rápidos. Blanch giró la cabeza en todas direcciones, admirando el ambiente acogedor y lujoso del Borges.

—Sabe cuidarse bien, eh padre...

—No crea que vengo a menudo —dijo—. Aquí es donde un extranjero llama menos la atención. Este es el local más cosmopolita de la ciudad, por así decirlo. Me extraña que en su hotel no le hayan dado un folleto de este sitio.

—Esta es la primera noche que paso en el hotel —confesó Blanch—. Trabajo en el campamento base, río arriba. Soy el ingeniero jefe de esta expedición —hizo una

pausa—. No se ofenda, padre, pero... ¿Cómo puedo saber que es usted un sacerdote de verdad?

El padre Fermín se echó a reír y metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, de donde sacó una ajada billetera. La abrió y tendió a Blanch una tarjeta de plástico más o menos del tamaño de una de crédito:

—No me río de usted, ¿eh? —se excusó, mientras Blanch examinaba la tarjeta expedida por la diócesis de Málaga—. Me río porque cuando me hicieron esta identificación, me pareció una chorrada de marca mayor.

Blanch le devolvió la credencial.

—Perdone, padre, pero quería tener la certeza de que es usted quien dice ser.

—Es lógico —dijo el padre Fermín, yendo directamente al grano—. Eso de la zona oscura es una patraña, ¿verdad?

—Sí —reconoció Blanch—. Padre, lo que voy a contarle ahora es algo muy, muy confidencial.

—Lo trataré como un secreto de confesión. ¿Tan grave es?

El camarero llegó con las bebidas. El padre Fermín y Blanch observaron cómo el muchacho distribuía los posavasos de papel sobre la mesa con la gracia de un tahúr repartiendo naipes, para luego servirles las copas con elegancia amanerada. Blanch desconocía la marca de la ginebra, pero le dio igual. Lo que necesitaba era una buena dosis de alcohol en el cuerpo, y en aquel establecimiento no podía haber algo de mala calidad. Tan rápido y silencioso como llegó, el garçom abandonó la mesa para atacar a otra cercana, que acababa de ser ocupada por un trío formado por un cuarentón y dos mujeres jóvenes y atractivas. Blanch le dio un sorbo a su *gin tonic* —en aquel momento le pareció que era el mejor que había tomado en su vida— y retomó la conversación con el padre Fermín:

—Usted está al corriente del auténtico motivo de la expedición, ¿verdad?

El padre Fermín decidió poner las cartas boca arriba, aún a sabiendas de que dejaba en evidencia a los periodistas. Sin ser demasiado consciente de ello, en aquel preciso instante depositó su confianza en Blanch:

—Sí, sé que se trata de una operación de rescate y que el hijo de un multimillonario francés se encuentra entre los desaparecidos. Lo que no sé es quién es ese millonario ni cómo se llama su empresa. Beltrán y Durán me contaron lo imprescindible. No crea, ni por un momento, que se fueron de la lengua —dio un sorbo a su Ballantines, examinando la expresión de Blanch, que jugueteaba distraídamente con su *gin tonic*—. Ha pasado algo, ¿verdad?

Blanch levantó la vista de su copa:

—Hace cuatro días que perdimos el contacto con la expedición.

—¿Cuatro días?

—En la madrugada del domingo al lunes, para ser exactos.

El ingeniero relató los hechos sin omitir detalle alguno: el ataque de los bandidos que había acabado con la Revenant y los equipos de comunicaciones, la decisión de

Valérie Delacroix de acudir personalmente al lugar de los hechos, el abatimiento del helicóptero y la muerte del piloto.

—Esa madrugada, Woods contactó con nosotros por radio desde una hacienda, a orillas del Unu Rono —prosiguió—. Woods es el jefe del team Hydra, el equipo de seguridad de nuestra expedición. Yo hablé con él, personalmente. Woods me puso al corriente de la situación, aunque me aseguró que todo estaba bajo control. Me dijo que se encontraban cerca de su destino y que habían decidido, por unanimidad, proseguir viaje en otro barco que habían conseguido en la hacienda. Cuando le comuniqué que la Organización había enviado un helicóptero, él mismo sugirió que la señorita Delacroix regresara a nuestra base en él. Lo único que sabemos de ese helicóptero es que llegó a la hacienda. A partir de ahí, no hubo más noticias. Todo muy extraño.

—¿Y qué pasó con los bandidos? —preguntó el padre Fermín.

—Woods no tuvo tiempo de darme muchos detalles, porque la transmisión se interrumpió a causa de un corte de energía en la hacienda. Pero sí le dio tiempo a decirme que no teníamos que preocuparnos por ellos. Me da en la nariz que los despacharon —Blanch formó una pistola con sus dedos pulgar e índice y la movió repetidas veces, como si la disparara.

—Un equipo de seguridad muy bien preparado...

Blanch sonrió de medio lado:

—Ni se lo imagina, padre. Mercenarios que trabajan en operaciones encubiertas bajo la bandera del gobierno que pague por sus servicios. Y lo hacen con total inmunidad —explicó—. Normalmente no hacen trabajos a particulares, pero se ve que la billetera de mi jefe les hizo cambiar de opinión. Esos tipos dan miedo.

—¿Y cómo sabían ustedes que la expedición se encontraba en esa hacienda, en mitad de la selva? —preguntó el padre Fermín—. Usted ha dicho que esa Organización envió un helicóptero...

—Utilizamos localizadores GPS —explicó Blanch, señalando su propia muñeca—. Llevaban pulseras que nos permitían conocer en todo momento su posición exacta vía satélite.

El padre Fermín silbó:

—No les faltaba detalle, ¿eh?

—Para lo que sirvió... —refunfuñó Blanch—. Las pulseras acabaron flotando en el río: alguien las tiró al agua para despistarnos. Ese fue el último comunicado que recibimos de la Organización. Lo siguiente fue una llamada a mi jefe, rescindiendo unilateralmente el contrato, sin más explicaciones. De todas formas, el representante de la Organización le dijo, extraoficialmente, que tenía razones para creer que la expedición proseguía viaje río arriba. Por desgracia, no sabemos en qué se basa para afirmar eso. La verdad es que no tenemos ni idea de lo que sucedió después de la transmisión de Woods.

—En resumen: ustedes tienen indicios de que la expedición puede seguir con vida, pero hace cuatro días que no saben nada de ellos.

—Yo tengo una teoría, pero cada vez que la saco a relucir me tachan de paranoico y me mandan callar. Ayer, precisamente, llamé a mi jefe por teléfono para compartir mis inquietudes con él, y lo único que conseguí fue llevarme una bronca...

—Si desea compartir su hipótesis conmigo, adelante, soy todo oídos.

Blanch bajó la voz:

—Sospecho que nuestro equipo de seguridad está operando a espaldas de su propia organización, y mantienen a los periodistas, al médico de la expedición y a Valérie Delacroix, como rehenes —el ingeniero estudió el rostro del cura, en busca de algún tipo de reacción; el padre Fermín le prestaba atención sin mover un músculo de su cara—. Estoy seguro de que esos tipos tienen otros planes... desde el principio.

—¿Otros planes? —preguntó el sacerdote, intrigado.

—Secuestro —Blanch silabeó la palabra lentamente, como si la saboreara—. Víctima perfecta en un lugar perfecto. Esos tipos se mueven por la selva como si pasearan por el parque; buscarlos allí es buscar una aguja en un pajar. Para colmo de males, disponen de cuatro rehenes para poder ir cargándoselos de uno en uno si las negociaciones se ponen duras, y todo eso en un país donde mi empresa se niega a denunciar los hechos a las autoridades.

—¿Cómo?

—Se nos ha prohibido terminantemente contactar con la policía, al menos por ahora —confesó Blanch, con hastío—. Es por ello que estamos tratando de organizar otro equipo de rescate, para quemar todos los cartuchos posibles antes de denunciar la desaparición.

—Pero si su teoría es cierta, y esos mercenarios son ahora quienes manejan la situación siguiendo sus propios intereses, mandar otra partida de rescate sería enviar a personas a la muerte...

Blanch se encogió de hombros, con impotencia.

—¿Por qué cree que mi hipótesis resulta tan incómoda? Oficialmente, mi empresa aún confía en que Woods sigue de nuestro lado. Nuestro jefe nos obliga a creer que la expedición continúa su viaje río arriba en otro barco, y que no tardaremos en recibir noticias de ellos. Pero detrás de esa cortina de falsas esperanzas nos enfrentamos a preguntas cuya respuesta desconocemos: ¿qué le sucedió al helicóptero que la Organización envió a la hacienda? ¿Por qué la Organización decide súbitamente abandonar la operación? ¿Qué sucedió cuando se cortó la transmisión de Woods? —Blanch emitió un suspiro—. Mi jefe se aferra a que la decisión de la Organización está basada solamente en su deseo de no arriesgar más vidas y recursos en esta operación. De todas formas, mi jefe no debe estar tan convencido de eso cuando nos ha encargado organizar otro equipo de rescate.

El padre Fermín se recostó un poco en su asiento y reflexionó durante unos instantes:

—Tal vez Woods siga en el lado de los buenos y la expedición haya sufrido otro percance —aventuró.

Blanch hizo sonar los cubitos de hielo de su vaso:

—No lo sé. El caso es que estamos dando palos de ciego.

El sacerdote reparó en que ambas copas estaban en las últimas y llamó al garçom, quien los reabasteció con presteza. Una vez repostados, el padre Fermín apoyó ambos codos en la mesa:

—Creo que ahora me toca a mí revelar cierta información confidencial, y me temo que puede alimentar su *teoría de la conspiración*...

—Dispare, padre —dijo Blanch, divertido por la denominación empleada por el cura.

—Usted sabe quién es Antoine Villeneuve, ¿verdad?

Blanch parpadeó sorprendido, como si el cura le hubiera tirado el *whisky* a la cara.

—¡Claro! Tuve acceso al *dossier* que... ¿Pero cómo demonios sabe usted...?

—Yo fui uno de los que descubrió el cadáver de Villeneuve en el río —le interrumpió el padre Fermín, antes de que las sospechas del ingeniero recayeran sobre los periodistas.

—¡Joder! —exclamó Blanch.

El padre Fermín le puso al corriente del hallazgo del cadáver y de la información llegada desde Manaos acerca del robo del diario y de la cámara. No mencionó la espada. Después de escuchar al sacerdote, el ingeniero intentó encajar las diferentes piezas del rompecabezas:

—Es posible que Woods tenga algo que ver con el robo de esas pruebas —dedujo Blanch—. ¿Quién más podría estar interesado en este caso? —de repente, el ingeniero pareció detenerse en sus elucubraciones, como si un ser invisible hubiera pulsado su botón de pausa—. No puede ser...

El padre Fermín estuvo a punto de pasarle la mano por los ojos para sacarle del pasmo:

—¿Qué es lo que no puede ser? ¿Ha llegado a alguna conclusión?

Blanch regresó al mundo real:

—Woods fue contratado por Charles Forest, el hombre de confianza de mi jefe —explicó—. Días después, Forest falleció en un accidente de tráfico, en Porto Velho.

—¿Insinúa que pudo ser provocado?

—Podría ser, siempre dentro de nuestra teoría de la conspiración —Blanch volvió a sumirse en sus reflexiones—. Y ahora que lo pienso, también tenemos a Maurice Carbonnier, el abogado que trabajó junto a Forest en la gestión administrativa de esta operación en Manaos. Hace unos días se despidió de la empresa por fax, y se encuentra en paradero desconocido. Tal vez sabía demasiado, y también le han quitado de en medio.

—¿No cree usted que deberían contarle todo esto a la policía?

—Hay demasiadas cosas que me lo impiden padre, aparte del miedo a perder mi empleo. Debe haber alguna razón muy poderosa para que mi jefe no se atreva a alertar a las autoridades peruanas, incluso estando la vida de su hijo en juego. Tal vez él sepa algo que nosotros desconocemos y crea que es mejor no avisar a la policía, y no voy a ser yo quien la ponga sobre aviso esgrimiendo una hipótesis que podría no ser más que una estupidez —Blanch le dio un sorbo largo a su *gin tonic*—. Tal vez sería un error denunciar, quién sabe.

El padre Fermín tamborileó la mesa con el culo de su vaso. Entendía perfectamente los temores de Blanch, su inseguridad y su miedo a meter la pata dejándose llevar por una teoría que si bien no era del todo descabellada, no dejaba de ser una especulación carente de solidez.

—Padre, le ruego una vez más que considere esto como secreto de confesión. La única razón por la que se lo he contado es porque tenía la necesidad de hablar con alguien... y quien mejor que un cura.

—Lo entiendo.

—Prométame que no iré a la policía.

—Se lo prometo. De todas formas, acabo de decidir que voy a intentar hacer algunas averiguaciones por mi cuenta.

A Blanch se le escapó una breve carcajada, pensando que el sacerdote estaba de broma o que el *whisky* comenzaba a hacer efecto. Cuando se dio cuenta de que hablaba completamente en serio, la risa se le cortó de sopetón:

—¿Y qué demonios va a hacer usted, padre?

—Tengo un amigo en la policía que estará encantado de ayudarnos de forma confidencial.

—¡Joder, padre! —protestó Blanch—. ¡Hemos quedado en que nada de policía!

—Si veo que no está dispuesto a ayudarme extraoficialmente, le prometo que no le facilitaré ningún dato que pueda comprometerle a usted o a su empresa —le aseguró el padre Fermín—. Este amigo mío tiene un conocido en Manaos, y es muy probable que allí podamos averiguar algo sobre esos mercenarios, sobre la muerte de Forest y sobre la desaparición de ese Carbonnier. Estos son los puntos que más me interesan en estos momentos.

Blanch miró al sacerdote, boquiabierto:

—¿Me está diciendo que piensa ir a Manaos?

—Me deben vacaciones —rezongó el padre Fermín—. Convencer a mi amigo para que pida un par de días de permiso y me acompañe será más complicado —el sacerdote miró hacia el techo—. Tendré que inventarme una buena trola para que su mujer le deje ir... que Dios me perdone.

Blanch se echó a reír.

—Es usted increíble, padre. Aunque no creo que averigüe nada allí.

El padre Fermín se encogió de hombros:

—Entonces consideraré el viaje como unas vacaciones.

Blanch sacó un bolígrafo del bolsillo y apuntó, en una de las servilletas de papel del Borges, un número de doce dígitos junto con unas instrucciones escritas en letra legible:

—Este es mi teléfono personal. Es vía satélite, así que le advierto que la llamada será cara.

—Paga la Iglesia —apuntó el padre Fermín, leyendo en voz alta las instrucciones—. Marco primero este número, y cuando escuche el mensaje *Welcome to the Iridium Satellite Global Network* introduzco este otro, que es el suyo. Funciona así, ¿no?

—Perfecto —aprobó Blanch—. Usted también tiene móvil, ¿no?

El padre Fermín escribió, en otra servilleta, su propio número y el del ciber-café de Grimaldi.

—En la misión no hay cobertura, así que solo me localizará en el móvil si estoy en la ciudad, normalmente los viernes por la tarde y los fines de semana. Si no pudiera contactar conmigo a la primera, llame a este número: es de mi amigo Grimaldi. Dígale que quiere hablar conmigo y él me avisará.

—En Manaos no tendrá problemas de cobertura.

—Tiene razón. Le mantendré informado de todo lo que averigüe —el sacerdote guardó la servilleta con el número del Iridium en el bolsillo de la camisa—. ¿Si necesito algún dato más, me lo facilitará?

—Cuenta con ello —le prometió Blanch; el ingeniero entrecerró los ojos, clavándolos en los del misionero—. ¿Por qué hace esto por unos desconocidos, padre?

El padre Fermín se encogió de hombros y perdió la vista en su segundo *whisky*, que ya agonizaba en el vaso.

—Nunca quise ser cura para deleitar a las beatas con mis sermones. Mi objetivo era ayudar a los más necesitados, y luché durante años para estar donde estoy ahora: en un lugar olvidado de la mano de Dios, con personas que necesitan toda la ayuda del mundo. Si su teoría es cierta, en este momento no hay nadie que necesite más ayuda que los miembros de su expedición.

Blanch dedicó al sacerdote una sonrisa teñida de amargura:

—Padre, no quiero ser agorero... pero le recuerdo que si estoy en lo cierto, ya ha habido una muerte, o tal vez dos, en Manaos. Esos tipos son peligrosos.

—Lo sé, y le prometo que tendré cuidado —el padre Fermín apuró su copa, comprobó que el *gin tonic* de Blanch había pasado a mejor vida y llamó una vez más al camarero—. ¡Garçon!

El padre Fermín y Blanch compartieron charla y compañía durante una hora más. El sacerdote acompañó hasta el hotel al ingeniero y rechazó amablemente su invitación a cenar. Eran las ocho y media de la tarde, una hora perfecta para hacerle una visita a Lucio Sampaio.

XLIII

EL CAPITÁN FERNANDO RODRÍGUEZ DE LIRIA avanzaba a grandes zancadas por el camino empedrado que conducía a la gigantesca pirámide que presidía el Fuerte. Algunos le saludaban a su paso, a pesar de que él los ignoraba, con la mirada fija en el enorme y majestuoso edificio donde el Virrey esperaba su informe. La presencia de estos nuevos recién llegados atribulaba sobremanera al capitán, que no compartía con su Alta Señoría su frívolo aperturismo con los extraños. Rodríguez de Liria no podía entenderlo, y menos aun cuando dos de ellos habían infringido las leyes de la Plaza: uno, hiriendo a un soldado y escapando río abajo; el otro, intentando fugarse aprovechando un descuido. Este último, al menos, había pagado su osadía con la muerte. Para el capitán, existía una conexión entre la fuga de Villeneuve y la llegada de los españoles. La Ley había sido violada, y la existencia de la Plaza ya no era un secreto. Lo siguiente en venir sería, probablemente, un ataque desde el exterior.

Rodríguez de Liria conocía muy bien la historia de su ciudad-estado. Cuando los Antecesores cedieron su templo a los españoles, cuatrocientos años atrás, se dictó una ley que impedía a sus habitantes abandonar la Plaza y sus fronteras. El Templo de los Antecesores y el secreto que guardaba en sus entrañas deberían permanecer ocultos para siempre, o la desgracia caería sobre ellos. Jamás podrían tener contacto con el exterior.

Durante los primeros trescientos años de dominio español, los intrusos fueron castigados con la muerte. Con el tiempo, las intrusiones fueron distanciándose, y en los últimos años era muy raro que los aiparis capturaran a algún extranjero violando lo que ellos llamaban las tierras de los dioses. De hecho, en la última década, desde que Rodríguez de Liria tomó el mando del ejército de la Plaza, solo había habido una captura, aparte de los franceses del mes pasado y de este nuevo grupo de españoles. Para colmo, estos habían traído consigo algunos de esos pequeños arcabuces que se recargan solos, como por arte de magia. ¿Qué más provocaciones tendrían que soportar, y qué más ultrajes encajaría el virrey con una sonrisa cortés en su cara? Rodríguez de Liria llegó al Templo de los Antecesores empachado de disgusto e ira.

Los centinelas que flanqueaban la escalera exterior de la pirámide le saludaron, presentando ante él sus alabardas sin osar mirarle a la cara. Sabían distinguir cuándo estaba de mal humor y cuándo de un humor de perros, y aquella noche saltaba a la vista que al capitán se lo llevaban los demonios.

Tras cruzar tres puestos de guardia donde su sola presencia hizo enmudecer de temor a los centinelas, Rodríguez de Liria llegó hasta la estancia conocida como el

salón del trono. Este salón de amplias dimensiones estaba presidido por una ornamentada silla de madera al fondo, flanqueada por otras más pequeñas y humildes que rodeaban una mesa de gran tamaño colocada en el centro. Como en realidad nunca se celebraban recepciones multitudinarias, el anterior virrey había transformado la sala de audiencias en algo parecido a una sala de juntas, donde a veces se celebraban reuniones para discutir algún asunto especial. Allí, a la luz de las antorchas, aguardaban noticias las otras dos personas más importantes de la ciudad-estado.

El primero de ellos vestía hábito de franciscano, en una versión de tela bastante más ligera y fresca que la habitual túnica marrón de lana. Fray Rolando de Varas, que así se llamaba el prior y sumo representante del Cristianismo en el Fuerte, era un hombre bastante más joven de lo que aparentaba por su pelo canoso y su figura oronda. Rondaba los treinta años de edad, aunque bien podría decirse que tenía más de cuarenta. Tenía ojos de rana y labios gruesos y amoratados, lo que combinado con su palidez le daba aspecto enfermizo, a pesar de estar entrado en carnes. Su trabajo principal en la Plaza consistía en educar a niños y jóvenes, inculcándoles la fe en Jesucristo Nuestro Señor. También elegía a los nuevos frailes entre sus alumnos más brillantes, lo mismo que el anterior prior, fray Ginés Martín (muerto tres años atrás a causa de unas fiebres), le había elegido a él como su sucesor. Fray Rolando, en la Plaza, era maestro, cura, prior y obispo.

El otro hombre que había en la sala vestía una camisa blanca y unos pantalones negros embutidos en unas botas de media caña. Sus treinta y ocho primaveras eran difíciles de adivinar, no tanto por las arrugas de expresión que adornaban sus ojos vivaces como por la rancia perilla puntiaguda a juego con el fino y tieso bigote, bastante parecido al de Rodríguez de Liria; no era ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado, aunque en la zona abdominal su camisa se curvaba en una prometedora barriguita, retrasada solo por los entrenamientos de esgrima que tenían lugar entre él y su capitán de la guardia, que ahora se cuadraba ante él.

—Señoría... —Rodríguez de Liria también saludó al fraile, de pasada—. Fray Rolando...

—Déjate de protocolo, Fernando —le dijo el Virrey, acercándose a él—. Estamos solos. Nuestro amigo francés está arriba, enfrascado en los archivos. Aún no le he dicho que han llegado más forasteros —reveló.

Rodríguez de Liria frunció los labios, disgustado:

—Esto no me gusta, Diego —comenzó a decir—. ¡No me gusta un pelo! Primero los franceses, y ahora estos... Hemos protegido nuestro legado durante siglos. Un legado que costó mucha sangre a nuestros antepasados, y ahora está más en peligro que nunca —el capitán clavó una mirada de reproche en el Virrey—. Y tú acoges a estos extranjeros como invitados y permites que ese rufián francés meta las narices en nuestros archivos.

El fraile permanecía en silencio en un rincón, atento a la conversación. El Virrey, mientras tanto, intentaba calmar al militar:

—Amigo Fernando, ante todo, tranquilidad —dijo—. Los extranjeros no han hecho nada que merezca castigo. Uno intentó fugarse y los aiparis le mataron. ¿Qué más quieres? Todo sigue bajo control.

Rodríguez de Liria gruñó, clavando sus ojos en el Virrey. Este le dio una palmada amistosa en el bíceps:

—Destierra el miedo y el odio de tu corazón, Fernando. Podemos aprender mucho de estos extranjeros —el Virrey le sonrió—. Si lo que te preocupa es el cumplimiento de la Ley, descuida: esta seguirá cumpliéndose.

—Eres el Virrey, Diego —le recordó Rodríguez de Liria—. Eres el responsable de la seguridad de tu pueblo. Si nuestra existencia trasciende al mundo, el demonio de la codicia despertará, como ya ocurrió hace siglos, y eso nos abocará a nuestra destrucción —el capitán elevó el mentón, en actitud desafiante—. Y eso sin contar con el gran poder que recibirá quien se apodere de esta Plaza.

—La Ley se ha cumplido y se seguirá cumpliendo —insistió el virrey, tajante—. Además, no seamos hipócritas. ¿No fue esa misma codicia la que trajo a nuestros antepasados a este lugar?

Rodríguez de Liria prefirió no responder. Don Diego dio un breve paseo por la sala, iluminado por el resplandor de las llamas. Fray Rolando permanecía callado, sin perder detalle. Aunque eran amigos, las opiniones de Rodríguez de Liria y de su Alta Señoría eran muy distintas. El Virrey era un hombre ávido de conocimiento, y sentía curiosidad por todo aquello que estuviera fuera de las murallas de la Plaza; el capitán, en cambio, tenía un espíritu protector y conservador, basado en una interpretación estricta de la Ley. Fray Rolando sospechaba que don Fernando Rodríguez de Liria deseaba que don Diego, aún soltero, muriera sin descendencia, para así ocupar su cargo como segunda autoridad de la Plaza. Tiempo atrás, Fray Rolando puso al corriente a don Diego de sus sospechas, pero este no le dio crédito, recordándole con acritud que Fernando era amigo suyo desde la niñez. Fray Rolando le recordó, a su vez, que Judas Iscariote era uno de los apóstoles favoritos de Nuestro Señor Jesucristo. Aquello solo provocó la risa del Virrey y el enfado del fraile.

—La ley fue escrita por nuestros antepasados hace más de cuatrocientos años, Fernando —prosiguió don Diego, sentándose en una silla cercana a la mesa—. Han transcurrido cuatro siglos sin que sepamos qué sucede fuera de estas tierras. La llegada de Gérard ha sido una señal de Dios para que abramos los ojos —Rodríguez de Liria apretó la mandíbula, pero no dijo nada—. Las líneas blancas que a veces veíamos en el cielo han resultado ser naves que permiten volar a los hombres; los caballos han sido sustituidos por máquinas que recorren los caminos a diez veces la velocidad del galope; un hombre en España puede hablar con otro en Jerusalén como si estuvieran uno enfrente del otro; lo que sucede en el mundo se conoce en el otro extremo por medio de una caja donde aparecen imágenes que se mueven como por

arte de magia, y los viajes que antes duraban meses ahora duran tan solo unas horas...

Rodríguez de Liria no pudo aguantar más:

—¿Y tú te crees todo lo que te cuenta ese francés del demonio, Diego? ¿Y si Francia está en guerra con la Corona y él no es más que un espía enviado para descubrir nuestras debilidades?

Fray Rolando, a pesar de que el capitán no le caía demasiado bien, vio oportuno intervenir. En esta ocasión, estaba de acuerdo con él:

—Señoría, en eso tiene razón don Fernando: desconocemos si esas historias que narra el francés no son más que viles quimeras. Debemos tener prudencia...

—¡Claro que tenemos prudencia! —exclamó el Virrey—. ¡Por eso los mantenemos retenidos en la Plaza! ¡Y no me digáis que son unos malhechores porque uno se fugó y el otro intentó escapar! ¿Qué haríais vosotros si os privaran de la libertad, lejos de vuestras casas? ¿Acaso no tendríais miedo y querríais huir?

—Es el precio que han de pagar quienes se aventuran en nuestras tierras —sentenció el capitán, con una expresión de desprecio en su rostro—. Nuestros antepasados los arrojaban al foso, sin más.

—¿Y qué quieres que hagamos ahora, Fernando? —le preguntó el Virrey, levantándose de un salto a la vez que golpeaba el brazo de la silla con la palma de la mano—. ¿Quieres que los arrojemos al foso, o que los ahorquemos en las almenas de la muralla exterior, como escarmiento? Se me ocurre una idea mejor: ¿por qué no se los ofrecemos a los aiparis para que se los coman o los sacrifiquen a los dioses, como hacían antes de que nosotros llegáramos? —el Virrey se paseó por la sala con una expresión furiosa en su rostro—. A veces pienso que es peor el remedio que la enfermedad. Los indios capturan a todos los que se extravían en la selva, y a veces nos traen a gentes que ni sospechaban que estábamos aquí; gentes que habrían pasado de largo y que no tendríamos que custodiar de por vida si los aiparis no tuvieran órdenes de dar caza a todo el que cruza nuestras fronteras. Acordaos del *loco*. Si ellos no lo hubieran traído aquí, jamás habría venido por su propio pie.

—El loco usó magia negra contra un aipari —le recordó Rodríguez de Liria—. Además, está endemoniado. A ese sí que debimos arrojarlo al foso cuando lo trajeron...

Fray Rolando alzó las cejas:

—Ya no me acordaba del loco... ¿Sigue vivo?

El Virrey asintió:

—Lleva años en una celda, con la razón perdida. Habla una lengua desconocida y a veces es cierto que parece que los demonios lo poseen, pero así y todo estoy seguro de que si los aiparis no lo hubieran capturado, se habría marchado de nuestras tierras sin crearnos problemas. Los indios contaron que cayó del cielo y que, al intentar apresararlo, usó magia —don Diego se encogió de hombros—. Ojalá pudiera explicarnos qué fue lo que sucedió en realidad. De todos modos, ¿cómo

reaccionaríais vosotros al veros rodeados por una horda de salvajes? ¿Acaso no os defenderíais?

Rodríguez de Liria cruzó una mirada furtiva con fray Rolando. A pesar de que no sentía simpatía alguna por el fraile, intuía que a él tampoco le hacía gracia tener extranjeros pululando por la aldea. El Virrey decidió que ya no tenía ganas de seguir con aquella conversación, así que la dio por finalizada:

—Tráemelos aquí mañana por la mañana, Fernando —ordenó—. Quiero conocerles en persona.

—Ten mucho cuidado con ellos, Diego: estos traían armas de fuego...

—¿Tú irías desarmado por la selva? —una vez más, el capitán guardó un silencio arrogante—. Si fueran hostiles, habrían usado sus armas contra los indios en lugar de dejarse coger. Además, no olvides que estos son españoles, como nosotros. Quiero saber por su boca qué les trajo a nuestras tierras.

El fraile intervino, tímidamente:

—De todas formas, su Alta Señoría debe extremar las precauciones. Ha transcurrido poco tiempo entre la llegada de los franceses y de estos nuevos intrusos. Puede que haya relación entre ambos hechos...

—Tal vez, y te agradezco tu celo, Rolando —le dijo el Virrey al franciscano—. Tendré cuidado, no te preocupes. Podéis retiraros los dos.

—Señoría... —se despidió el capitán, girando sobre sus talones.

El fraile trazó una señal de la cruz en el aire y desapareció por la puerta, siguiendo los pasos del militar. El Virrey se quedó a solas y en silencio, fantaseando acerca de las nuevas que traerían los visitantes desde España y sobre ese mundo fantástico del que Gérard tanto le había hablado.

Rodríguez de Liria giró la cabeza cuando Fray Rolando pronunció su nombre a sus espaldas. El fraile jadeaba, lo que revelaba que llevaba un rato persiguiéndole por las calles solitarias de la Plaza.

—¿Qué se os ofrece, Fray Rolando? —le preguntó el capitán con sequedad, sin esforzarse en disimular que su mera presencia le importunaba.

—Quisiera compartir con vos el miedo que me inquieta, don Fernando —el fraile apreció que el militar trataba de disimular una expresión de muda sorpresa—. Es cierto que entre nosotros nunca hubo buen entendimiento, y que vuestros métodos han sido, en más de una ocasión, cuestionados por mí...

—Id al grano, y decidme qué os preocupa.

—Lo mismo que a vos —respondió fray Rolando, en voz baja. El fraile comprobó que no había nadie más en la calle—. Yo tampoco creo que la llegada de estos extranjeros sea fortuita. Es más, tengo el convencimiento de que fueron enviados por el francés que logró escapar —torció el gesto—. Algo me dice que detrás de los que han venido hoy, vendrán otros, y otros, y otros. Presagio tiempos peligrosos.

—Pues don Diego acoge y escucha a estos intrusos como si fueran ángeles enviados por Dios Nuestro Señor —gruñó el capitán—. La llegada de estos

extranjeros me recuerda a una historia que nos enseñaron en la escuela. Esa de los griegos y el caballo de madera...

—El caballo de Troya —dijo fray Rolando.

—El caballo de Troya —repitió el capitán—. Quizá ya tengamos enemigos dentro y el resto esté ahí afuera, esperando la señal para atacarnos.

El fraile suspiró:

—Esos son mis temores, don Fernando. Confío en que, por ahora, don Diego no quebrante la Ley, pero puede ser cuestión de tiempo que lo haga. Su Alta Señoría escucha demasiado a los extraños. Podrían invadirnos, aunque fuera de forma pacífica...

—Las invasiones pacíficas son las que han pasado a la Historia después de olvidar la sangre derramada —sentenció Rodríguez de Liria—. No hay invasiones pacíficas.

—¿Qué podemos hacer entonces? ¿Cómo debemos actuar?

Rodríguez de Liria evaluó hasta qué punto podría confiar en aquel fraile gordo y canoso que nunca fue santo de su devoción. El capitán sabía, por la Historia, que el clero siempre se arrima al sol que más calienta, y esta no iba a ser una excepción.

—Por ahora prudencia, Fray Rolando —dijo, aplicándose a sí mismo el consejo y no entrando en más detalles con el fraile—. Prudencia y ojo avizor. Como segunda autoridad de la Plaza, os juro por Dios que no permitiré que esta sea puesta en peligro, ni siquiera por un descuido del Virrey.

Fray Rolando asintió y se colocó la capucha, presto a encaminarse hacia el edificio de piedra que hacía las veces de iglesia, convento y escuela.

—Cuento con vos, don Fernando, y vos podéis contar conmigo a partir de ahora. Estamos juntos en esto...

Rodríguez de Liria contempló la oronda silueta del franciscano fundiéndose con la oscuridad de la noche. Sonrió de medio lado. Tener al primer ministro de Dios de su parte le inspiró confianza.

Jean Blanch dejó la habitación del hotel Dez de Julho a las siete de la mañana. No había dormido demasiado bien. Su charla con el padre Fermín le había tenido dando vueltas en la cama casi toda la noche. Cuando fue a pagar la factura con la VISA oro de la empresa, el recepcionista le entregó un sobre cerrado:

—Anoche, de madrugada, vino un señor y dejó esto para usted —el empleado señaló una de las mesas del vestíbulo—. Lo escribí ahí mismo, y me pidió que se lo entregara en mano. Insistió en que no le despertáramos.

—Muchas gracias —Blanch se alejó del mostrador para leer el contenido del sobre. Dentro había un papel con el logotipo del Dez de Julho, con un mensaje escrito con la caligrafía de alguien que lleva varias copas de más. El ingeniero no pudo reprimir una sonrisa.

«*Estimado Jean:*

No me pregunte cómo, pero he convencido a mi amigo para que nos ayude. Si todo va bien, en unas horas estaremos en un avión rumbo a Manaos. Si necesito su ayuda, le llamaré a ese número raro que me dio.

¡Que Dios reparta suerte!

Fdo: Fermín Tirado.

P.D. Si todo sale bien, le prometo que volveremos al Borges, ¡pero esta vez a hincharnos a copas con los miembros de la expedición!».

Blanch amplió aún más su sonrisa. Guardó el papel en el bolsillo de su pantalón, pagó la cuenta y se dirigió hacia su todoterreno, pensando que aquel cura era el tipo con más cojones que había conocido en toda su vida.

XLIV

CUL'CHIN LUCHABA CONTRA UN TERROR que le provocaba nauseas difíciles de contener. Durante toda la noche, los silbidos y ululatos que servían a los aiparis para comunicarse entre ellos poblaron el viento de noticias horripilantes. El mal se había mostrado abiertamente y sin sutilezas en las tierras de los dioses, y contra aquella furia infernal no servían ni arcos, ni cerbatanas, ni el valor legendario de todo un pueblo.

El hedor a quemado y a sangre golpeó a los treinta aiparis que formaban la partida de caza de Cul'chin. A pesar del calor que trajo el amanecer, el aipari sentía escalofríos dentro del amasijo de ramas y hojarasca que componían su atuendo de camuflaje. Al menos ya no había fuego; la lluvia nocturna había sofocado los incendios provocados por los demonios, transformando la hierba fresca en cenizas negras, pestilentes y húmedas.

¿Y si aún estaban allí? La mera idea de encontrárselos le aterrizzaba. Lo único que le impulsaba a continuar avanzando era la posibilidad de encontrar a algún aipari aún vivo. Cul'chin había oído, de labios de los supervivientes, el relato de la masacre que había convertido a una partida de cazadores en unos niños lloriqueantes y derrotados. Según sus testimonios, un gran demonio empapado en sangre había hecho que la tierra se abriera, vomitando una tormenta de fuego y piedras que arrancó los brazos y las piernas de muchos guerreros, como si fueran ramas secas alcanzadas por un rayo; otros se convirtieron en hogueras aullantes, que incendiaban a sus hermanos mientras corrían sin rumbo, cegados por el dolor y las llamas. Tras ese furioso castigo, otros demonios, estos con un cuerno en la frente que terminaba en un ojo mágico, remataron a los heridos sin piedad. Ni en los peores relatos antiguos se había descrito nunca tanto horror.

Cul'chin se había ofrecido voluntario para regresar a ese lugar maldito, al igual que los treinta guerreros que le acompañaban. Las demás patrullas se encontraban concentradas en su aldea, un lugar oculto que nadie más —ni siquiera los hombres del sol— conocía. En esos momentos, los ancianos decidían el destino de su pueblo. Los ululatos trajeron a Cul'chin noticias de que Wis'quay, junto con otros líderes, organizaban un éxodo de mujeres y niños hacia el interior. Aquello era la señal inequívoca de que la tribu se preparaba para abandonar las tierras que con tanto empeño habían defendido durante muchos siglos. La era de los aiparis estaba a punto de concluir.

El hedor del claro donde tuvo lugar la matanza era tan intenso que Cul'chin temió arrojar el estómago por la boca. Su pie derecho tropezó con algo, y al bajar la vista

comprobó que el obstáculo no era otra cosa que una pierna cercenada. Controlando a duras penas el cúmulo de emociones que le invadía, emitió un canto de advertencia para el resto de la patrulla. Los cazadores se abrieron en círculo, con los arcos a medio tensar, rodeando el claro. En el centro, cubierta por una lona, Cul'chin distinguió una estructura piramidal de más o menos un metro de altura. Aquel extraño monolito tenía que haber sido erigido por los demonios. Cul'chin olfateó el aire. Algo en su interior le decía que los espíritus malignos ya no estaban allí. Avanzó con pasos lentos hacia el centro del claro, seguido muy de cerca por sus guerreros.

A vista de pájaro, parecía como si un grupo de matorrales vivientes convergiera hacia el monolito, sincronizados en una especie de coreografía. Cul'chin ordenó a sus hombres que se detuvieran. Aproximadamente la mitad de ellos se encontraban junto a él, en el claro; el resto acechaba desde la espesura. Cul'chin se despojó de su disfraz de selva y se acercó a la pirámide, comprobando que esta le llegaba a la altura del pecho. Lo que había debajo de la lona apestaba terriblemente. Conteniendo la respiración, Cul'chin la retiró, y la visión de lo que ocultaba le arrancó una exclamación de horror.

Al menos una veintena de cabezas cortadas componían la macabra pirámide. Los que un día fueron rostros de guerreros implacables eran ahora testimonios cadavéricos del terror y el dolor. De una de las bocas abiertas en mudo y eterno grito surgió un ciempiés empachado del succulento relleno del cráneo. Alrededor del montón de cabezas zumbaban furiosos escuadrones de moscas, felices con el que sin duda estaba siendo el festín de su vida. El espectáculo era insoportable. Cul'chin notó cómo las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, pero hizo un esfuerzo y las contuvo: un aipari no llora. Reconoció a los hermanos cuyas facciones fueron respetadas por la metralla; otros, simplemente, no tenían cara, sino un amasijo de carne sanguinolenta.

La cabeza que coronaba la pirámide miraba en dirección opuesta a Cul'chin, así que este decidió rodear el monolito para encontrarse cara a cara con lo que quedaba de Sari. La expresión de su rostro muerto compungió tanto al guerrero que este no tuvo más remedio que apartar la vista, solo para descubrir en el suelo un horrible dibujo pintado con lo que indudablemente era sangre. Estaba hecho de trazos simples: representaba a un demonio de dientes afilados, de cuyo cuerpo brotaban líneas a modo de potencias, persiguiendo a unas siluetas diminutas, dibujadas con palitos, que corrían huyendo de él. El mensaje era fácil de entender:

«¡Fuera!».

Cul'chin decidió que no podían dejar las cabezas a merced de los carroñeros, así que extendió la lona en el suelo. La usaría para transportar lo que quedaba de sus hermanos hasta su aldea, donde recibirían honores dignos de quien ha muerto en combate. Sería una carga pesada y dolorosa, pero Cul'chin no podía dejar allí aquel tótem erigido con los restos de los suyos, aún a riesgo de enfurecer a los demonios.

Cuando Cul'chin tomó la cabeza de Sari entre sus manos, no se percató del cable que había atado a sus orejas. El clic que produjo la trampa fue sofocado por la explosión simultánea de tres cargas que hicieron saltar por encima del follaje a varios aiparis que se encontraban ocultos en la espesura. La metralla y el fuego volaron, de nuevo, en todas direcciones. Cul'chin vio cómo el hermano que estaba a su derecha se despojaba de su disfraz rápidamente, gritando como loco que algo le quemaba la espalda. El pánico poseyó a la patrulla; la furia del demonio se había desatado de nuevo, y esta vez a plena luz del día. Los cazadores invisibles ya no funcionaban como un solo hombre: unos se arrastraban por el suelo, agonizantes; otros saltaban aterrorizados y huían hacia el interior, lanzando aullidos de terror; los que estaban en la espesura y habían sobrevivido a las explosiones intentaban atender inútilmente a sus hermanos muertos o malheridos, algunos de ellos horriblemente mutilados. Cerca de Cul'chin, que milagrosamente no había recibido herida alguna, yacía un brazo amputado empuñando un arco.

Los demonios podían castigarles aún sin estar presentes. Eran más poderosos que los más poderosos espíritus de las leyendas aiparis. Cul'chin devolvió respetuosamente la cabeza de Sari —que había sujetado en sus manos en todo momento como si fuera un balón— a la pirámide de cráneos. Suplicó perdón a los espíritus malignos, doblegándose ante ellos, temeroso de una nueva explosión de ira. Si los demonios le habían dejado vivir, era para que transmitiera un mensaje a sus hermanos:

«Ahora este lugar es nuestro. Marchaos de aquí. Vuestro tiempo ha pasado. Fuera».

Cul'chin, avergonzado por su cobardía, reagrupó a los supervivientes y regresó a la aldea, dejando atrás sus aparatosos atuendos de camuflaje. Ya no les hacían falta. Los que escaparon ilesos a las explosiones ayudaban a caminar a los que aún tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Otros, menos afortunados, quedaron muertos o malheridos en los alrededores del claro.

El tiempo de los dioses había terminado para los aiparis. Ahora, el infierno había abierto sus puertas de par en par.

Charles Forest, al igual que los demás Hydra, giró la cabeza al oír las nuevas explosiones. Jones esbozó una de sus sonrisas de autosuficiencia mientras afilaba su machete. Khayn, que hacía guardia subido a un árbol, fue el único que hizo un comentario desde la rama en la que estaba subido:

—Se ve que nuestros amigos encontraron nuestra *booby trap*^[62].

Duke examinó a sus compañeros mientras limpiaba su arma. A su lado, Whisper sacaba brillo a la hoja de su katana, utilizando un trapo que había acabado teñido de rojo. A Duke le vino a la mente la imagen de los tres célebres monos: no ver, no oír, no hablar. Al final, aquello era lo más inteligente o, al menos, lo más pragmático. El inglés tenía cada vez más ganas de perder de vista a los que habían sido sus compañeros durante los últimos años. Lo que una vez fue una fuerza de cruzados

contra el mal mundial había acabado transformándose en una cuadrilla de asesinos trabajando en su propio beneficio. Y él no era diferente a ellos. Duke engrasó su fusil de asalto con rabia, pensando en lo diferente que era todo cuando se jugaba la vida al servicio de su país en las Falklands, en el Ulster o en Sierra Leona. Entonces, se sentía orgulloso de sí mismo; ahora, se avergonzaba.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Whisper. La joven había captado la ira contenida de Duke, que había soltado el cerrojo de su M4 de golpe, produciendo un fuerte chasquido.

—Nada —gruñó este, colocando el cargador con otro golpe seco.

Whisper le miró de reojo durante unos segundos y volvió a concentrarse en su espada. Estaban acampados a unos tres kilómetros al interior, en un lugar alto y frondoso, desde donde se dominaba una gran extensión de selva. Woods había decidido descansar unas horas y comprobar si Jones estaba en lo cierto y los aiparis habían dejado de ser una amenaza.

«*Esto es una batalla entre inteligencia y superstición* —le había dicho el haitiano—. *Aterrorízales lo suficiente, y ya tienes la guerra ganada*».

La verdad era que aquellos indígenas habían recibido una generosa sobredosis de terror y crueldad. De todas formas, curándose en salud, Woods decidió no bajar la guardia y organizó turnos de vigilancia por si resultaban ser menos supersticiosos de lo que Jones aseguraba. O peor aún, por si habían ido a chivarse a sus hermanos mayores de detrás de la muralla. Esos estaban bastante más avanzados que ellos. Woods no estaba seguro de que el team, con apenas siete efectivos (contando con Charles, que ni siquiera había recibido entrenamiento militar) pudiera contener a una horda de hombres armados, a pesar de contar con ametralladoras y granadas. Había que estar muy alerta.

Woods aprovechó el descanso de sus hombres para alejarse un poco y disfrutar un rato de la soledad. Si el asalto a la aldea salía bien, esta sería su última misión y el comienzo de una nueva vida de lujo y tranquilidad. La operación, de todos modos, iba a ser más complicada de lo que en principio había previsto. Por fortuna, la batalla contra los indios, que era lo que más le preocupaba, parecía ganada. Y una vez más, gracias a Jones.

Esta operación era distinta. Desconocían casi todo del enemigo: no sabían dónde se encontraba, ni cuántos eran, ni conocían la calidad de sus fortificaciones, ni tenían idea del armamento que manejaban. Algo tan primitivo y simple como una carga de caballería podría poner al team en apuros. Woods solo estaba seguro de una cosa: con ellos no valdría el terror psicológico de Jones. Si el pueblo decidía hacerles frente, lo pasarían mal. La Historia se había encargado de demostrar, en innumerables ocasiones, que no hay peor enemigo que una resistencia popular.

—¿Puedo hablar contigo, Georges?

La pregunta le sacó de sus reflexiones. El comandante palmeó dos veces el suelo, indicando a su hermano que se sentara a su lado. Desde donde estaban, una selva

infinita se extendía esplendorosa y brillante a sus pies. Forest inició la conversación con un reproche:

—Una vez más, has permitido que ese monstruo desencadene una matanza...

—No le culpes solo a él. Todos somos responsables.

—No estoy culpando a Jones —repuso Forest—. Tú eres el culpable principal. Cuando un pitbull muerde a alguien, quien se sienta en el banquillo es el dueño...

—Y al perro se le sacrifica —refunfuñó Woods, con aire cansado—. ¿Solo has venido para echarme una bronca, Charles? Es lo que menos necesito en estos momentos.

Forest perdió la vista en el paisaje. Había vivido los últimos días en la selva con la sensación de que se encontraba en un sueño excepcionalmente nítido, y era ahora cuando empezaba a ser consciente de que todo aquello era abrumadoramente real. Estaban a un paso de perpetrar el que probablemente iba a ser el robo más extravagante y suculento de la historia del crimen, en un lugar que no existía oficialmente y en unas condiciones de absoluta impunidad legal. Si lograban hacerse con el tesoro, tan solo les restaba esconderse hasta que les dieran por muertos (Forest estaba públicamente muerto y enterrado, eso que tenía ganado). De regreso a la civilización, visitarían a cierto cirujano plástico de confianza, obtendrían una nueva identidad y vivirían por todo lo alto en algún paraíso hasta el fin de sus días... aunque aún había algo que podía estropear el plan.

—Hay un par de cosas que me preocupan, Georges.

—Suéltalo.

—Das por supuesto que Valérie, los periodistas y el médico no sobrevivirán en la selva. ¿Y si lo consiguen y contactan con la policía?

Woods se encogió de hombros:

—No creo que lo consigan. Si no les mata algo o alguien antes, morirán de hambre o enfermos.

—Pues fueron muy hábiles para escaparse —rezongó Forest, obstinado—, y te recuerdo que van armados.

—El imbécil de Miles se confió demasiado. Solo tuvieron suerte, nada más. No confundas a una zorra que ha aprendido a dar dos patadas en un gimnasio, a un par de reporteros de medio pelo y a un médico borrachuzo con los Cuatro Fantásticos —Woods sonrió de medio lado—. Además, imagínate por un momento que consiguen salir de la selva: tendrán que dar tantas explicaciones a la policía antes de que logren aclarar algo que pasarán semanas hasta que los tomen en serio. Eso si no cometen la imprudencia de dejarse ver con armas automáticas. Probablemente les confundan con guerrilleros y les disparen en cuanto les vean.

—¿Y si nos tropezamos con Gérard en la aldea? Me reconocerá en el acto.

Woods le miró de reojo:

—Tú no participarás en el asalto —objetó—. No tienes el entrenamiento adecuado. No te ofendas, pero serías una carga más que una ayuda...

—¿Una carga? —protestó Forest—. ¿Y quién va a elegir las piezas más vendibles de la cámara del tesoro? ¿Tu todopoderoso Jones? —el ejecutivo obsequió a su hermano con una mirada de basilisco capaz de petrificar a la Gorgona—. ¡Vosotros seréis los mejores con las armas, pero cuando estéis frente a una montaña de objetos valiosos, no sabréis qué coño elegir! ¡Yo no tengo entrenamiento militar, pero vosotros no tenéis criterio!

Woods le pidió paz con las manos; esta vez, su hermano tenía razón.

—¡Ok, ok, tú ganas, vendrás con nosotros!

Forest se tomó unos segundos para saborear su victoria. Ahora solo le quedaba zanjear de antemano lo que más le preocupaba:

—En caso de encontrarnos con Gérard, quiero que le matéis sin contemplaciones, ¿de acuerdo? Quiero seguir estando oficialmente muerto...

—Como quieras —concedió Woods—. A estas alturas, ya nos da igual un muerto más o menos. Luego se lo diré a mis hombres.

Forest inspiró, satisfecho:

—¿Cuál es el siguiente paso, Georges?

—Por lo pronto, descansaremos durante unas horas —respondió—. Luego buscaremos la aldea. Antes de atacar, quiero reconocer el perímetro y evaluar las tácticas a seguir, así que supongo que hasta mañana o pasado no entraremos en acción —Woods hizo una pausa—. Confío en que Jones esté en lo cierto y los indios ya no sean un problema. Me da más miedo enfrentarme a ellos que asaltar la fortaleza.

—¿Cómo piensas asaltarla?

—Lo ideal sería infiltrarnos de noche, sin ser vistos, y llegar hasta la cámara del tesoro eliminando de forma silenciosa a quienes encontremos a nuestro paso. Sería llegar allí, coger todo lo que podamos y largarnos.

En ese momento, la voz de Miles sonó a sus espaldas:

—Perdón, jefe, ¿molesto?

—No, dime...

El navegante llevaba en la mano una brújula tan sofisticada que hacía que la de Virgilio pareciera salida de las estanterías de un todo a cien. Miles se la puso a Woods delante de las narices:

—A ver... ¿Qué notas raro?

Woods la examinó con desdén, sin muchas ganas de acertijos. Aunque la relación entre ellos había mejorado algo, Woods no había olvidado aún la cagada de Miles y aprovechaba cualquier ocasión para mostrarse agrio con él:

—Dime lo que sea de una vez, Miles, no tengo todo el puto día.

Este señaló con el dedo un punto indefinido del horizonte:

—Según la brújula el norte está allí, ¿ok? Pues bien, allí *no* está el norte —el piloto giró un cuarto de vuelta sobre sus talones—. El norte se encuentra, realmente, en esa dirección.

—¿Y eso por qué? ¿Está mal la brújula?

—Saca la tuya —le pidió Miles a Woods.

Este la sacó del bolsillo y la colocó al lado de la de Miles. Ambas señalaban al mismo punto.

—Como puedes ver, no se trata de la brújula —concluyó el piloto—. He caminado trazando un círculo amplio y he comprobado que la aguja siempre apunta hacia un lugar que se encuentra a unos seis o siete kilómetros de aquí y que, por supuesto, no coincide con el norte magnético.

—¿Y eso qué coño significa? —intervino Forest, intrigado.

Woods se adelantó a Miles en responder:

—Que hay algo en la selva que emite un campo magnético —dijo—. Un campo magnético muy potente.

Cuando el guardia despertó a los prisioneros para comunicarles que el Virrey les esperaba en el Fuerte, David comprobó en su reloj digital que eran las nueve y tres de la mañana. Curiosamente, los relojes analógicos de Royi y Valérie habían dejado de funcionar hacía horas, aunque nadie dio importancia a ese hecho. No era de extrañar, después de todo lo que habían pasado.

David se sorprendió de haber dormido tanto. Aquellos jergones espartanos habían obrado el milagro de esos colchones de látex que anuncian en televisión y que puedes pagar en cómodos plazos con solo llamar por teléfono. Valérie se incorporó medio dormida, desorientada y sin saber dónde estaba. David comprobó que estaba guapísima incluso recién levantada, con legañas como guisantes y con su melena al más puro estilo de la niña fantasma que sale del pozo en *The Ring*. Stephen recogió las gafas de debajo de la cama, gruñendo desde el minuto cero. Virgilio se levantó de un brinco, con la agilidad de alguien acostumbrado a estar siempre alerta. Royi, el último en regresar al mundo de los vivos, se estiró sin rubor alguno y miró a David, dedicándole una sonrisa somnolienta. Afuera les aguardaba un pelotón de soldados con coraza y alabardas. Por los murmullos que llegaban desde la calle, una multitud de curiosos rodeaba el edificio.

—*Alea jacta est* —rezongó Royi, chascando la lengua.

El que parecía ser jefe del grupo de hombres armados se dirigió a ellos hablando lentamente, como si temiera no ser entendido por los extranjeros:

—Os dirigiréis en todo momento al Virrey como *su Alta Señoría* —parecía un maestro aleccionando a una clase de primaria antes de recibir por primera vez la visita del director del colegio—. El Virrey es nuestra máxima autoridad y merece el mayor respeto.

—Así lo haremos —le aseguró David, dirigiéndose seguidamente a sus compañeros—. Vamos, no hagamos esperar a su Alta Señoría. Y recordad: dejadme hablar a mí.

El quinteto desfiló por las calles, escoltado por una docena de soldados, ante la mirada indiscreta de la gente. El oficial antipático que les recibió el día anterior no

hizo acto de presencia, lo que fue todo un alivio. Entre los curiosos que contemplaban cómo la guardia conducía a los visitantes al Fuerte, David reconoció el rostro sonriente de Adam Gilly, que levantó el pulgar en señal de ánimo. El periodista le guiñó un ojo.

Tras recorrer varias calles, la comitiva desembocó en una amplia avenida. Al fondo, vieron una sólida muralla de piedra, clausurada por una colosal puerta de doble hoja que en esos momentos permanecía cerrada. La inmensa pared no acababa en almenas, sino en troneras por donde asomaban centinelas con armas de fuego. Escalar la muralla era imposible, debido a su gran altura y a sus paredes carentes de salientes y ranuras. Flanqueando ambos lados de la fortificación, se elevaba, inmensa, otra pared infranqueable de roca natural cubierta de musgo. La segunda muralla impedía el paso a una formidable fortaleza creada por la naturaleza. Conforme se acercaban a ella, los prisioneros se sintieron compungidos por su grandiosidad:

—Es impresionante... —tartamudeó David, incapaz de encontrar palabras para describir lo que veía.

—Y nosotros sin una puta cámara —se lamentó Royi.

Las descomunales puertas comenzaron a abrirse de par en par, con un suave sonido de engranajes.

XLV

EL PAISAJE URBANO más allá de la segunda muralla era indescriptiblemente bello y singular. A unos doscientos metros de sus puertas, al fondo de una avenida flanqueada por hermosas casas de dos pisos que formaban estrechas calles entre ellas, se erguía la pirámide mencionada por Villeneuve, cuyo tamaño empequeñecía al resto de los edificios del Fuerte. Aunque parecía un ushnu, usar ese término para referirse a ella sería como llamar yate al Queen Elizabeth. A David le recordó, en cierto modo, a la pirámide de Quetzalcoatl de Teotihuacán, México, aunque esta que tenía delante estaba infinitamente mejor conservada y era aún más alta.

—Increíble —murmuró Royi.

David contó diez pisos que se comunicaban entre sí por una amplia escalera central que ascendía por su exterior hasta la cima del edificio. En cada nivel, una terraza precedía las entradas sin puertas que llevaban a su interior, todas ellas vigiladas por alabarderos acorazados.

—¡Mirad arriba! —exclamó Valérie, elevando la vista al cielo.

Desde el último piso de la pirámide partía, en todas direcciones, el intrincado entramado de una inmensa red de camuflaje que cubría completamente el cielo del Fuerte como una desproporcionada, omnipresente y tupida tela de araña. Del formidable entrelazado de cuerdas, redes y vegetación pendían pasarelas destinadas al personal encargado de su mantenimiento, una tarea no apta para acrófobos. Aquella red transformaba la luz del lugar en un eterno crepúsculo, a pesar de que eran poco más de las nueve de la mañana de un día soleado.

Tanto la avenida central como las calles que desembocaban en ella estaban iluminadas por farolas permanentemente encendidas; las calles adyacentes no estaban trazadas de forma lineal, sino que las formaban casas medio encastradas en roca y vegetación, a diferentes niveles, en un caos hermoso que recordaba, en cierto modo, a un gigantesco belén navideño. Los edificios, contruidos en piedra y madera vista, no tenían más de tres pisos de altura. La continua penumbra había permitido a los líquenes invadir gran parte de las fachadas, lo que en lugar de afearlas les proporcionaba un aire salvaje y decadente; los tejados, protegidos permanentemente de la lluvia por la red que cubría toda la ciudad, se veían lustrosos.

—Este lugar parece sacado de un cuento de hadas —comentó Valérie, detrás de David—. ¡Parece una ciudad construida dentro de una cueva enorme!

Los habitantes de este lado de la muralla eran también diferentes a los aldeanos que poblaban su exterior. La piel de los moradores del Fuerte era más clara que la de sus vecinos; evidentemente, se exponían mucho menos al sol. Algunos de ellos se

veían bastante pálidos, probablemente porque pasaban demasiado tiempo al amparo de la red de camuflaje; sus ropajes se veían más elaborados y elegantes que los atuendos de faena de los aldeanos, lo que hacía pensar que dentro del Fuerte residía la clase más acomodada o tal vez la de mejor cuna. Incluso sus rasgos reflejaban una mayor pureza de raza, como si a través de los siglos la sangre de aquella burguesía se hubiera mezclado muy poco con la de los indígenas.

La avenida alojaba pequeños pero lujosos puestos ambulantes, parecidos a los carrillos de chucherías, hoy casi extinguidos en nuestras ciudades. Estos, en lugar de golosinas, exhibían mercancías mucho más exquisitas: telas de vivos colores, joyería magistralmente labrada a mano, herramientas de todo tipo, y un sinfín de artículos de magnífica manufactura y gusto refinado. La avenida era, sin duda, el epicentro comercial del Fuerte. Tanto propietarios como clientes detuvieron sus negociaciones para observar el desfile formado por prisioneros y custodios. Nadie mostró excesiva sorpresa: desde la noche anterior, no se hablaba de otra cosa en la Plaza que no fuera de la llegada de los extranjeros.

Cuatro soldados, también ataviados con corazas y morriones de acero reluciente, se acercaron cuando la comitiva se encontraba a unos veinte metros de la pirámide. En lugar de alabardas, estos portaban en sus cintos espadas idénticas a la que el padre Fermín ocultaba bajo su cama. Uno de los espadachines, de más edad y engalanado con una banda amarilla que atravesaba su peto en diagonal, se dirigió a la escolta. Era evidente que tenía un grado superior al resto:

—Nosotros nos hacemos cargo —dijo, despidiendo a los que habían acompañado a los prisioneros hasta allí; el veterano les dedicó una mirada serena y amable—. Síganme vuestras mercedes, su Alta Señoría les espera en el salón del trono.

—Será un placer presentarle nuestros respetos —respondió David, inclinando la cabeza.

Los prisioneros reanudaron la marcha, flanqueados por los tres soldados más el que parecía ser su oficial. David y Royi examinaron con más detenimiento el atuendo de los militares. Aquel uniforme acorazado había evolucionado poco a partir del modelo original del siglo XVI: el morrión conservaba la famosa visera curva delantera y trasera, con una cresta en su cima, ornamentada con discretos toques dorados. La coraza, brillante como un espejo, lucía filigranas en sus bordes y cubría perfectamente pecho y espalda, dejando a la vista las mangas de la camisa que llevaban debajo. Aunque los brazos quedaban desprotegidos, la ausencia de armadura les proporcionaba mayor libertad de movimientos. Desde la parte inferior de la coraza colgaban dos placas de metal articuladas que cubrían las piernas casi hasta la rodilla; los pantalones, fabricados en cuero basto, se veían recios y lo suficientemente gruesos como para proteger al soldado de los matorrales espinosos de la selva. El paso de los siglos, y tal vez la dificultad de su confección, parecían haber relegado los típicos calzones acuchillados al foso del olvido. Las botas, algo más oscuras que los pantalones, eran altas y acampanadas en la caña, perfectas para caminar por la selva.

Los soldados no apremiaron a los extranjeros, tan solo les mostraron el camino. Más que como a prisioneros, les trataban como a huéspedes. Mientras ascendían los primeros escalones de la pirámide, David echó la vista atrás y comprobó que muchos civiles les miraban desde la avenida. Algunos saludaban con la mano, exhibiendo una sonrisa inocente. En ningún momento hubo un insulto, ni una imprecación, y eso que en la aldea se había aglomerado un número considerable de gente. Su comportamiento era una mezcla de curiosidad sana y de una educación y respeto difícil de imaginar en un lugar que había crecido de forma tan distinta a la del resto del mundo. David se preguntó hasta qué punto no habría sido mejor seguir un tipo de evolución de estas características, más pausado y menos estresante que el frenesí que trajo consigo la revolución industrial.

—Estos escalones son jodidos de subir —comentó Royi—. ¿No os habéis fijado en lo altos que son? Es como si estuvieran diseñados para tipos bastante más grandes que nosotros...

—Pues ahora que lo dices, sí —resopló Stephen, que era el más bajo de los cinco—. Para colmo, esto es grande como un Corte Inglés. El interior debe ser un laberinto —apostó, jadeante.

David examinó los relieves que adornaban el exterior de la pirámide. Por desgracia, le quedaban demasiado lejos para verlos con nitidez. Al llegar al tercer nivel, el soldado de la banda amarilla les mostró el acceso al interior:

—Por aquí.

Recorrieron corredores de piedra vista, poblados por soldados armados con alabardas y espadas, hasta llegar a pocos metros de una estancia que se adivinaba cálidamente iluminada por la luz que escapaba de su vano. El veterano les pidió que esperaran y se cuadró frente a la puerta abierta:

—Se presenta el sargento Tomás de Cabanillas, que trae a presencia de su Alta Señoría a...

Una voz jovial interrumpió al sargento desde dentro de la sala:

—Gracias, Tomás, que pasen. Tú quédate fuera, con tus hombres.

—A la orden, Señoría.

David fue el primero en entrar al salón del trono, comprobando que era muy distinto a como lo había imaginado. Sus compañeros le siguieron con una mezcla de timidez y sobrecogimiento. La estancia estaba presidida por una mesa amplia repleta de pan, queso, fruta y embutido, junto a varias jarras rebosantes de agua y leche. Había tres hombres dentro del salón: uno de ellos, por desgracia, era el oficial antipático, quien les dedicó su habitual gesto de desprecio. A su lado, también de pie, se encontraba un franciscano gordo y canoso, poseedor de una mirada ladina que en cierto modo no era mucho mejor que la del oficial. El tercero, por descarte el Virrey, era un hombre apuesto, con barba afilada y bigotes puntiagudos. Royi captó miradas iracundas del oficial antipático hacia la puerta; estaba claro que consideraba una imprudencia dejar a la guardia fuera del salón. A Royi tampoco le pasó desapercibido

el movimiento de su mano, que pasó de su cinturón al pomo de su espada. El Virrey se acercó a los recién llegados, estudiándolos uno por uno, con una curiosidad y descaro que superaba con creces al de los aldeanos. Se detuvo unos instantes frente a Valérie, obsequiándola con una galante inclinación de cabeza y una sonrisa. Ella, cortés, se la devolvió.

—Mi nombre es Diego de Orellana, Virrey de Nuevo Trujillo —se presentó—. Si vuestras intenciones son buenas, sed bienvenidos a mi casa.

Diego de Orellana. Nuevo Trujillo.

David creyó que iba a darle un pasmo. Aquello era la prueba fehaciente de que el misterioso Juan de Ayala decía la verdad en su documento. No solo habían bautizado el lugar como Nuevo Trujillo, en honor al pueblo natal de Francisco de Orellana, sino que su linaje se había mantenido a lo largo de cuatro siglos y medio. Intentando aparentar una serenidad que en aquel momento no tenía, David inició su turno de presentaciones:

—Señoría, este es Rogelio Durán —David rezó para que el fotógrafo no le diera la mano y le soltara *«pero llámeme Royi, todos lo hacen»*, y respiró tranquilo al comprobar que este se limitaba a inclinar la cabeza con respeto—. La señorita Valérie Delacroix —Valérie extendió la mano instintivamente hacia el virrey, y este la tomó entre las suyas con delicadeza, depositando en su dorso un beso lento y casi sensual. Esto arrancó una segunda sonrisa a la chica y provocó en David un ataque de cuernos—. Él es Virgilio Huaranca, y él, el doctor Stephen Warwick...

—¿Sois médico? —se interesó el Virrey.

—Así es, Alta Señoría, señor Virrey don Diego de Orellana —largó Stephen de corrido, a la vez que ejecutaba una reverencia tan exagerada que podría haber roto un ladrillo con la cabeza; Royi rogó a todos los santos para que no le diera un ataque de risa que pudiera acabar con todos descojonados en el foso de estacas—. Al servicio y entera disposición de su excelencia.

David se percató de que el Virrey se mordía el interior de los carrillos, haciendo esfuerzos sobrehumanos por aguantar la compostura. El temblor de sus labios fruncidos le traicionaba. Era reconfortante comprobar que el sentido del humor de don Diego gozaba de buena salud:

—Con decir Señoría es suficiente, doctor, muchas gracias —le corrigió amablemente don Diego—. Un médico siempre es bien recibido en Nuevo Trujillo —luego se dirigió a todos, en general—. Me consta que de donde proceden vuestras mercedes, no se utiliza el mismo lenguaje y protocolo que empleamos aquí, así que les pido que se expresen como lo hacen normalmente. Descuiden: si hubiera algo que no entendiera, les preguntaré.

David agradeció la deferencia y, finalmente, se presentó a sí mismo. El Virrey dirigió entonces su mirada hacia el militar y el fraile, que aguardaban de pie, junto a la mesa:

—Permítanme que les presente al más valeroso y leal defensor de nuestra Plaza, el capitán don Fernando Rodríguez de Liria, comandante en jefe de nuestro ejército... aunque creo que ya le conocen —este no movió ni un solo músculo de su cara, como si nadie hubiera pronunciado su nombre. A continuación, el Virrey señaló al fraile—. Y este es nuestro buen fray Rolando de Varas, máximo representante de la Iglesia en Nuevo Trujillo y educador de nuestros cachorros en la Palabra de Dios, en las letras y en los números —el fraile agradeció la presentación con una breve inclinación de cabeza—. Él es el responsable de nuestra escuela.

—Pues pueden sentirse orgullosos —le dijo David, de corazón—. Las gentes que hemos encontrado hasta ahora hacen gala de una educación exquisita, fruto sin duda de su buen trabajo.

El Virrey sonrió ante el halago, mientras fray Rolando intercambiaba una mirada fugaz con Rodríguez de Liria. Una vez más, Diego de Orellana se dejaba engatusar por las palabras envenenadas de los extranjeros.

—Deben estar hambrientos —apostó el Virrey, abarcando la mesa con un gesto—. Ruego a vuestras mercedes se sienten y coman algo. Mientras desayunamos, pueden contarme los motivos que les trajeron hasta aquí.

—Será un placer —aceptó David, continuando con su papel de portavoz. Con disimulo, hizo una imperceptible señal a sus compañeros para que se sentaran—. La verdad es que no hemos comido nada desde ayer. Este banquete es un detalle muy amable por su parte.

El Virrey hizo un gesto de aprobación y ocupó la presidencia. Fray Rolando se sentó a su izquierda y Rodríguez de Liria permaneció de pie, junto al Virrey, reacio a compartir mesa y mantel con aquellos prisioneros tratados como huéspedes. Ahora que era el único que estaba de pie en la sala, su aspecto era aún más intimidador. Su mano acariciaba la empuñadura de su espada, como si estuviera listo para emprenderla a estocadas en cualquier momento. El delicioso sabor de los alimentos hizo que la presencia amenazadora del capitán quedara relegada a un segundo plano. Tras varios días malcomiendo de latas, aquel ágape matutino sentaba de maravilla. Mientras comían, don Diego se dirigió a David:

—¿Os parece correcto que os llame simplemente David?

—Le agradecería de todo corazón que así lo hiciera, Señoría —concedió este, con una sonrisa.

—¿Con qué intención vinisteis a estas tierras, David?

«Primera pregunta del interrogatorio», pensó el periodista. Decidió ir con la verdad por delante cuidando, eso sí, de no revelar información comprometida. El militar y el fraile eran personajes muy influyentes en la Plaza, y parecían no compartir el talante progresista de don Diego.

—Nos consta que los nativos que defienden sus tierras trajeron aquí, hace pocas semanas, a unos jóvenes franceses —dijo David—. Uno de ellos se llama Gérard LeVu...

La respuesta del Virrey fue atropellada por la explosión de ira de Rodríguez de Liria, que saltó como accionado por un resorte:

—¡Sabía que vuestra llegada tenía que ver con la fuga del asesino francés! —bramó, desenfundando parte de la hoja de su espada; el súbito estallido de cólera sobresaltó a todos menos a Valérie, que clavó sus ojos en los del militar, desafiante—. ¡Así que fue él quien os avisó!

—Ese hombre está muerto —dijo Valérie—. Uno de sus guardias le mató —durante un instante se imaginó a sí misma dando a ese hijo de puta el mismo tratamiento que le había dado a Miles; seguro que aquel cabrón prepotente no esperaría algo así de una mujer.

—¿Y cómo os avisó el francés desde el infierno? —repuso Rodríguez de Liria, enfocando ahora su ira en Valérie—. ¿Acaso practicáis la brujería?

—¡Basta ya! —ordenó el Virrey, empujando la mano del capitán hasta hacerle enfundar su espada por completo—. ¡Oigámosles, Fernando, por el amor de Dios!

Don Diego despidió con un gesto a los soldados que habían entrado en la sala alertados por los gritos de su capitán. Valérie sintió el impacto de un pie en su pierna: David le mandaba callar. Su intervención había tensado el ambiente más de la cuenta. El periodista retomó la palabra:

—Encontraron el cadáver de Antoine Villeneuve río abajo, a muchos días de travesía de aquí. Llevaba encima un cuaderno en el que explicaba que Gérard y sus compañeros se encontraban en este lugar. Hemos venido desde muy lejos para rogar a su Alta Señoría que nos permita llevarles de vuelta a casa. Puede estar tranquilo: hemos mantenido esto en estricto secreto, y nadie, aparte de nosotros, conoce la existencia de esta ciudad.

La expresión del Virrey ya no era tan amable. Aquella conexión entre los franceses y los recién llegados le preocupaba, así como el hecho de haber sido mencionados en un documento:

—Lamento no poder concederos lo que pedís. La más inviolable de nuestras leyes dicta que todo aquel que conozca la existencia de Nuevo Trujillo no lo abandonará jamás. La seguridad de mi pueblo depende del cumplimiento de esa ley, y así ha sido por más de cuatro siglos.

—Somos gente de honor, Señoría —contraatacó David, dispuesto a no darse por vencido—. Si nos deja regresar a casa, junto con Gérard y sus compañeros, le juro ante Dios que el secreto de Nuevo Trujillo nos acompañará a la tumba.

Fray Rolando de Varas fingió una tos y habló con voz queda:

—¿Cómo podéis asegurar que todos guardarán el secreto de lo que han visto y oído aquí? ¿Sois, acaso, dueño de las voluntades de todos vuestros amigos? —el franciscano hizo una pausa—. ¿También de Gérard y de los franceses, maese David? —el periodista guardó silencio ante las preguntas capciosas del fraile—. Como comprenderéis, ese juramento no garantiza nada...

Mientras David pensaba qué decir a continuación, Rodríguez de Liria se dirigió al Virrey:

—Señoría, esta discusión está de más. No podemos ir en contra de la Ley —los ojos feroces del capitán se clavaron en David—. Uno logró fugarse y aquí tenemos el resultado: cinco han venido detrás. ¡Y sabe Dios cuántos más vendrán después! ¡Pronto tendremos un ejército rodeando nuestras murallas!

—¡Por el amor de Dios —protestó David—, nosotros no somos la vanguardia de ningún ejército!

La súbita reaparición del sargento Tomás de Cabanillas interrumpió el alegato de David. Su expresión serena y amable había sido reemplazada por un rictus de preocupación. Detrás de él, dos soldados se cuadraban ante las autoridades presentes en el salón del trono:

—Disculpad la interrupción, Señoría —se excusó, hablando muy rápido—. Mi capitán, os ruego acudáis a la puerta principal: hay un asunto que requiere vuestra presencia inmediata.

—¿Para qué? ¿No ves que estoy en una reunión importante?

—Se trata de los aiparis —tartamudeó el sargento—. Desean hablar con vos... y parece importante. Nunca les había visto tan nerviosos.

—Ve, Fernando —le instó el Virrey—. No te preocupes por mí, estaré bien.

—¡No pienso dejaros a solas con ellos! —bufó el militar—. ¡No me marcharé de aquí hasta que me releve un pelotón de guardias!

—No —replicó don Diego—. Ve y atiende a los aiparis. Es una orden.

—No hay nada que temer, capitán —le aseguró David, mirándole a los ojos—. Aunque hayamos traído armas con nosotros, somos gente de paz.

Rodríguez de Liria iba a mencionar una vez más al asesino francés, pero se mordió la lengua y salió escopeteado del salón. Se le oyó despotricar durante unos segundos, hasta que los ecos de sus palabras se perdieron en los corredores de la pirámide.

—Lamento la interrupción —se excusó el Virrey—. Ya que vuestras mercedes han mencionado a Gérard, me gustaría que asistiera a esta reunión —don Diego se volvió hacia el fraile—. Rolando, ¿te importaría llamar a Gérard?

El franciscano frunció el ceño:

—¿Su Señoría piensa quedarse a solas con... ellos?

Don Diego de Orellana soltó una carcajada:

—¿Tú también, mi buen fraile? Anda, ve, nadie me hará ningún mal.

También a regañadientes, fray Rolando abandonó el salón, dejando al Virrey a solas con los prisioneros. David sintió cierta excitación ante la idea de conocer en persona a ese amigo invisible con quien había pasado tan buenos momentos en el chat. Un amigo con el que ahora compartía un destino incierto en un lugar perdido de la mano de Dios.

—¿Dónde conocisteis a Gérard? —le preguntó don Diego a David.

—Le conocí en internet —respondió David, dándose cuenta enseguida de que aquel hombre no tendría ni idea de lo que era aquello—. Bueno, internet es... a ver si consigo explicarle...

—Sé lo que es internet. Gérard me ha hablado muchas veces de ello. Es una biblioteca infinita de textos, sonidos e imágenes que reúne todo el conocimiento del mundo. También sé que sirve para que las personas conversen, por muy lejos que se encuentren unas de otras.

Todos se quedaron, literalmente, boquiabiertos.

—Su Señoría no podría haberlo definido mejor —aseguró David.

El Virrey levantó la vista hacia el techo de piedra, en actitud soñadora:

—Daría lo que fuera por visitar vuestro mundo y contemplar con mis propios ojos esos prodigios, para ver si todo es tal y como lo imagino —se encogió de hombros, resignado—. Desafortunadamente, eso no es posible...

David vio, en esas palabras, una grieta en las defensas del Virrey:

—Quizá sea la hora de abandonar este encierro de siglos, Señoría —le sugirió, atreviéndose a ir más lejos—. Tal vez haya llegado el momento de mostrarse ante el mundo...

—No sería una buena idea —rechazó don Diego, negando con la cabeza—. Existen razones ancestrales por las que debemos permanecer ocultos. Razones que no son de la incumbencia de extraños —puntualizó.

David sospechó que aquella razón ancestral no era otra que el tesoro que escondía la pirámide. Si el Virrey llegaba a enterarse de que conocían su existencia, sus posibilidades de volver a casa quedarían reducidas a cero. Eso si no acababan en el foso de estacas, por saber más de la cuenta.

—¡Gérard! —saludó el Virrey, de repente—. ¡Entra!

Todos dirigieron su atención al recién llegado: un joven delgado, de cabello rubio y barba de dos semanas que parpadeaba atónito, como si acabara de encender la luz de su apartamento y hubiera encontrado a sus amigos, ataviados con capirotos de cartón y matasuegras, gritando al unísono: «¡Sorpresa!». Fray Rolando entró en la estancia justo detrás de él, como un espectro con sobrepeso. El fraile no le había explicado el motivo por el que había sido llamado al salón del trono, por lo que la presencia de los extranjeros había cogido a Gérard de improviso.

—¿Reconoces a estas gentes? —le preguntó don Diego.

Gérard estaba tan aturdido que tardó una eternidad en reaccionar, como si aún no diera crédito a lo que estaba viendo:

—¿¡Valérie!?

Ella le abrazó con fuerza. David temió, durante unos segundos, que sus labios se fundieran en un beso. En sus noches de insomnio, durante ese terrible duermevela en el que somos presa de los pensamientos más estrambóticos, David llegó a preguntarse si entre Valérie y Gérard había algo. Se sintió aliviado al comprobar que el abrazo no

pasó de ser lacrimógeno y fraternal. Gérard se separó de Valérie y la bombardeó a preguntas, hablando en francés a toda velocidad:

—¿Te ha enviado mi padre? ¿Cómo sabías que estábamos aquí? ¿Os avisó Antoine? ¿Se encuentra bien?

—Es una larga historia —respondió ella—. Ven, creo que es hora de que conozcas a alguien en persona...

David se dio cuenta de que Gérard ni siquiera había reparado en él hasta ese momento:

—¿¡David!?

—Pasaba por el barrio y decidí hacerte una visita —bromeó—. ¿No vas a darme un abrazo después del paseo que me has hecho dar, *franchise*?

Gérard se agarró con fuerza a su cuello, en un abrazo mucho más efusivo que el que se había dado con Valérie. Rompió a llorar como un crío, y David permaneció abrazado a él con un nudo en la garganta. Los demás presenciaron el encuentro con una sonrisa, a excepción del fraile, que asistía a la escena con rostro de cera.

—¡Tengo tanto que contarte! —le dijo Gérard, hablando un español casi tan bueno como el de Valérie—. ¡El documento de Juan de Ayala decía la verdad!

Royi se acercó a Gérard con la mano extendida:

—Y que lo digas. Soy Royi, el compañero de David...

—¡Ah, Royi! David me habló mucho de ti —Gérard le estrechó la mano y se volvió hacia Stephen y Virgilio—. A vosotros no os conozco, pero gracias por venir...

Stephen le estrechó la mano:

—Soy Stephen Warwick. Trabajo para tu padre: soy el médico de la expedición. Él es Virgilio, un amigo que hemos hecho en el camino.

Justo en ese instante, dos soldados jadeantes aparecieron por la puerta, a punto de arrollar a fray Rolando en su carrera:

—Señoría —balbuceó uno de ellos—, el capitán Rodríguez de Liria solicita vuestra presencia en la muralla exterior. Dice que el asunto es más grave de lo que pensaba.

Todos aguardaron la reacción de don Diego, preguntándose qué demonios estaría sucediendo afuera. David se dijo que le importaba muy poco, siempre y cuando no tuviera nada que ver con Woods y sus soldados. Si había algo que no deseaba, era tropezarse de nuevo con los Hydra. El Virrey empujó suavemente al franciscano hacia la salida:

—Ven conmigo, Rolando —luego se dirigió a los extranjeros—. Empezad a desayunar sin mí; volveré cuando despache este asunto.

Dicho esto, desaparecieron por la puerta del salón. Los soldados la cerraron tras ellos, dejándoles solos. Gérard se secó las últimas lágrimas:

—¿Cómo está Antoine? —preguntó—. Os ha avisado él, ¿verdad?

Gérard intuyó la mala noticia antes de que David le respondiera. El rostro del periodista había hablado por sí mismo:

—Antoine no sobrevivió. Su cadáver fue encontrado en una canoa a la deriva, a la altura de Sena Madureira. Supimos de este lugar gracias a su diario y a las fotos de su cámara. Tu padre organizó la expedición de rescate, pero tuvimos problemas inesperados durante el viaje —David consideró que no era el momento más oportuno para ponerle al corriente de todo—. Ya te lo explicaré con tiempo. Ahora, tenemos que idear una forma de salir de aquí.

Gérard se dejó caer en una silla. Se había planteado muchas veces la posibilidad de que Villeneuve estuviese muerto (sabía que le habían herido), pero saber que realmente lo estaba le abatió. Y ahora David hablaba de huida. Menudo chiste.

—Es imposible salir de aquí —dijo Gérard—. La muralla siempre está cerrada, y si consigues burlar a los centinelas, afuera te esperan los aiparis, y de ellos sí que no puedes escapar —miró al resto de los presentes con tristeza—. No sé si sabéis que Tieba intentó fugarse y no lo logró...

—Nos lo dijo Gilly —dijo Valérie—. Le vimos anoche en la aldea.

David se sentó frente a Gérard, al otro lado de la mesa:

—No hablo de escapar, sino de convencer al Virrey para que nos deje ir. ¿No lo has intentado?

—Me cansé de hacerlo. Si dependiera solo de él, tal vez habría alguna posibilidad. Esa ley que no cesan de nombrar le compromete ante su pueblo y, lo que es peor, ante los dos que le siguen en la escala de mando...

—El capitán gilipollas y el cura *bien alimentado* —matizó Royi.

—Exacto. Esos dos tienen más poder de lo que parece a simple vista —advirtió—. Nunca permitirán que Diego de Orellana quebrante la Ley. Me temo que mi padre os ha enviado a compartir conmigo una adorable y bucólica cadena perpetua —dijo, con amargura.

—Al menos no nos matarán, ¿verdad? —quiso saber Valérie, que todavía no veía claro su destino—. Creo que al Virrey le caemos bien...

—Ojo con los otros dos —advirtió Gérard—. El capitán Rodríguez de Liria no nos puede ver ni en pintura, y después de lo de Antoine y Tieba llegó a sugerirle al Virrey que nos encerraran en una mazmorra que tienen no sé dónde. Él sostiene que somos una mala influencia para el resto de las gentes de la aldea, y un riesgo para su seguridad.

—¿Y qué me dices del franciscano? —preguntó David.

—El fraile es un hombre oscuro. Habla poco y escucha mucho, pero me da en la nariz que tampoco somos santo de su devoción. Por fortuna, la voluntad del Virrey prevalece sobre la de ellos, al menos por ahora. A nosotros nos tratan prácticamente igual que al resto de los ciudadanos, aunque desde lo de Tieba no nos permiten acercarnos a la muralla exterior. Es más, don Diego está interesado en que lleguemos a formar parte de la comunidad: él ve positiva nuestra influencia, aunque nos está

prohibido hablar del mundo exterior con los lugareños. Seguramente, teme que les llenemos la cabeza de pájaros.

—Eso debe resultar difícil —comentó Royi—. Es casi imposible que en el transcurso de una conversación no acabes mencionando un ordenador, un teléfono, un televisor o un coche...

—Cierto. Como os iba contando, el Virrey nos ha asignado un trabajo a cada uno: Adam Gilly trabaja con el médico de la aldea. Perot eligió trabajar en unos cultivos que se encuentran dentro del perímetro —Gérard se echó a reír—. Por desgracia, aquí no le sería rentable montar el bufete de abogados que estaba a punto de abrir en París. Yo estoy dentro del Fuerte, al servicio de su Alta Señoría. Mantengo con él una especie de simbiosis: él siente fascinación por el mundo exterior, y yo por la historia de este lugar; él me permite sumergirme en sus archivos y yo, a cambio, le hablo de lo que hay fuera de estas murallas. Aunque en realidad, en este edificio hay otra biblioteca más —clavó su mirada en David—, la que está impresa en estos muros y que quizá tú puedas descifrar.

—Villeneuve recogió eso en su diario —dijo David—. También menciona una sala donde aparece un plano de la pirámide esculpido en la pared...

—Esa sala está aquí al lado. Si convences al Virrey de que puedes interpretar la escritura de estos muros, te lo habrás ganado por completo y te permitirá moverte a tu antojo por la pirámide. Los relieves de este lugar son un enigma para ellos: nadie sabe cómo descifrarlos.

—Pues si lo haces, obtendremos información y poder... —dijo Royi.

—Villeneuve también menciona una puerta como las que describe Eduard von Dietrich... —le recordó David.

Gérard puso cara de asombro:

—Vaya, solo le comenté eso de pasada... Efectivamente, hay una puerta dotada de ese mecanismo. Según el Virrey, no ha sido abierta jamás. La llaman la puerta maldita: se cuenta que una gran desgracia caerá sobre aquel que intente abrirla. Nadie sabe qué hay detrás.

—Pues si la secuencia de Dietrich funciona, nosotros seremos los primeros en saberlo —dijo David, guiñándole un ojo—. Con un poco de suerte, esa podría ser la puerta trasera de este lugar.

Gérard meneó la cabeza enérgicamente, de un lado a otro:

—Los aiparis nos interceptarían nada más salir, así que olvídate —el joven cambió de tema, volviendo al diario de Villeneuve—. ¿Qué más escribió Antoine sobre la pirámide? ¿No mencionó algo muy... llamativo?

David adivinó por dónde iban los tiros:

—¿Te refieres a la cámara mortuoria?

—¡Merde! ¡Le dije que no escribiera nada sobre eso!

David se acordó de los planes de saqueo de Woods y Forest:

—La verdad es que hizo mal en hacerlo, no me preguntes ahora por qué. Te lo explicaré más adelante.

Gérard se levantó y se dirigió a todos con cara de preocupación. La puerta del salón seguía cerrada, pero él bajó el tono de voz:

—Escuchadme, ellos no deben saber que conocemos la existencia de esa cámara —advirtió—. Nunca hablan de ella, como si no existiera. Creo que el origen de esa Ley que tanto mencionan es el tesoro que guardan allí. Si sospechan que sabemos más de la cuenta, solo Dios sabe qué medidas tomarán.

Stephen corroboró las palabras de Gérard:

—En eso estoy de acuerdo. Mantengamos el pico cerrado.

Virgilio sintió que se había perdido algo:

—¿Puedo saber de qué hablan? ¿Qué es eso de una cámara mortuoria?

David decidió que había llegado el momento de eliminar los últimos flecos de desconfianza que quedaban entre Virgilio y el grupo. Al fin y al cabo, compartían el mismo destino, y Virgilio había demostrado ser de fiar:

—Virgilio, sabemos por el diario de Villeneuve que hay una cámara mortuoria dentro de esta pirámide que contiene muchos objetos de oro en su interior —por alguna razón que ni él mismo entendía, David se sintió reacio a utilizar la palabra tesoro—. Oro y piedras preciosas, en grandes cantidades.

—¿Y cómo están tan seguros de que el oro sigue allá? —dudó él—. No se me ofendan, pero si seguimos la trayectoria de los españoles a lo largo de la Historia, no se caracterizaron por dejar los tesoros en su sitio durante mucho tiempo...

Royi puso los ojos en blanco:

—Lo último que me esperaba de ti era ese comentario antiespañol, maldito beato —dijo, medio en serio, medio en broma.

—El oro sigue allí —afirmó Gérard—. Lo he visto con mis propios ojos.

—Villeneuve también menciona eso en su diario —reveló Valérie—. Dice que movisteis una piedra y que visteis el tesoro a la luz de una linterna.

—¡Merde alors! —exclamó Gérard—. ¡Qué imprudente! Si ese diario llega a caer en malas manos, este lugar sería ahora el objetivo número uno de los saqueadores de tumbas.

Un silencio incómodo reinó en la sala, y algunas miradas más que elocuentes volaron entre David, Royi, Valérie y Stephen. A Gérard, aquello le olió fatal. El joven le puso una mano en el brazo de David:

—Cuando antes comenté que Antoine no debió escribir nada sobre la cámara mortuoria me diste la razón y me dijiste que me lo explicarías más tarde. Lo dijiste por algo, ¿verdad?

—Alguien más tuvo acceso al diario, antes de que llegara a nuestras manos —confesó David.

—¿Quién? —quiso saber Gérard.

—Es largo de contar —intervino Royi, echándole un cable a David—. El Virrey debe estar a punto de llegar, y no me gustaría que nos pillara hablando de esto. Te pondremos al corriente en cuanto estemos más tranquilos.

David se pasó por el forro los temores de su amigo:

—¿Cómo es esa tumba, Gérard? ¿Es grande?

Gérard soltó una risita y sacó del bolsillo una linterna Maglite Solitaire, solo algo más larga que la única pila AAA que la alimentaba:

—Esta miniatura da mucha más luz de lo que parece —explicó—. Cuando Gilly y yo nos asomamos al hueco del muro, alumbré el interior de la cámara, y por mucho que moví la linterna no llegamos a ver paredes. Solo vimos oro y gemas por todas partes...

—O sea, que es muy grande —dijo Stephen.

—¿Que si es grande? —rio Gérard—. Creo que nuestro amigo Francisco de Orellana encontró, por casualidad, lo que él y Pizarro buscaron durante años. Pero en lugar de hacer público su hallazgo, prefirió mantenerlo oculto, lejos de la codicia que les llevó a derramar un río de sangre.

Por un momento, el tiempo se detuvo. Lo que Gérard estaba a punto de soltar era previsible. Todos los que habían leído el diario de Villeneuve habían barajado, en algún momento, la posibilidad de que realmente se tratase de aquello. Pero les había parecido tan ridículo pronunciar su nombre en voz alta que nunca se habían atrevido a hacerlo. Las leyendas quedaban para los lectores de Grial. En la mayoría de los casos, tan solo eran eso: leyendas. Pero a veces, las leyendas son reales. Quizá fuera por estar dentro de una pirámide en mitad de la selva, prisioneros de conquistadores españoles al mando de un virrey en el siglo XXI, que no rompieron a reír a carcajadas cuando Gérard volvió a hablar:

—Llamadlo como queráis, pero me apuesto el pescuezo a que lo que hay dentro de esa cámara mortuoria no es otra cosa que aquello que los españoles conocieron una vez como El Dorado.

XLVI

EL ECO DE LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE GÉRARD quedó flotando en la sala como una nube de humo después de una explosión. El resplandor anaranjado de las antorchas sobre las caras de los presentes daba un toque teatral a la escena. David rompió el silencio. Como estudioso del tema, se resistía a creer a la primera lo que su amigo acababa de sugerir:

—Gérard, la mayoría de los historiadores coincide en que el mito de El Dorado no fue más que una quimera basada en los rituales de los *muiscas* en la laguna de Guatavita. Es evidente que aquí hay un tesoro, pero decir que se trata de El Dorado es como encontrar unas ruinas en la campiña inglesa y afirmar que podría ser Camelot.

—Puede ser —reconoció Gérard—, pero también hay quien describe El Dorado como algo parecido a lo que tenemos justo debajo de nosotros.

Stephen pidió tiempo muerto con las manos:

—¿Podéis explicar lo de esa laguna a quienes no hemos malgastado nuestra juventud esnifando polvo de libros viejos?

Royi dejó escapar la risa por las fosas nasales:

—Ahí le has dado bien, Stephen. Se me tenía que haber ocurrido a mí.

—La leyenda cuenta que el cacique de los muiscas, desnudo y con el cuerpo cubierto por completo de polvo dorado, arrojaba oro y piedras preciosas desde una barca al fondo de la laguna de Guatavita, como ofrenda a los dioses —explicó David—. Alexander von Humboldt la investigó entre los siglos XVIII y XIX. Incluso se atrevió a calcular el valor de lo que había en el fondo de la laguna: unos trescientos millones de dólares de la época. Drenaron la laguna varias veces, y aunque sí que es cierto que encontraron algunas gemas y algo de oro, nunca sacaron nada realmente valioso. No fue un negocio rentable.

Gérard dio por concluida la exposición de David y tomó la palabra:

—El concepto de El Dorado se ha difuminado mucho a través de los siglos, y la laguna de Guatavita es solo una de sus versiones. El Dorado pudo haber sido una persona, un ritual, o un lugar cargado de riquezas. Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana buscaron esto último: un lugar donde los indios almacenaban unas reservas de oro fabulosas. Lo malo fue que ni ellos mismos sabían con certeza dónde estaba.

—Y tú dices que ese lugar podría estar aquí —dijo David—. ¿En qué te basas para pensar que podría tratarse de El Dorado?

—En su tamaño, David —respondió Gérard, sin dudar—. Esa cámara es enorme, y lo poco que he podido ver desde el agujero recuerda a un vertedero donde hubieran apilado tesoros, en lugar de basura...

—Joder —gruñó Stephen, tratando de visualizar el lugar—. Lo que acabas de describir me recuerda a las guaridas de los dragones que aparecen en las novelas de fantasía épica...

—Buena comparación —aplaudió Gérard—. Hay otro detalle curioso: desde el agujero alcanzamos a ver dos sarcófagos, aunque creo que podría haber más. Sobre estos descansan dos efigies humanas que miden unos dos metros y medio, completamente doradas. Al principio creí que eran simples esculturas, pero pronto llegué a la conclusión de que estaban demasiado bien hechas, si las comparamos con las que podemos ver en otras salas...

—¿Qué quieres decir? —le preguntó David, confuso.

Gérard respondió a su pregunta con otra:

—¿No te has dado cuenta de que las cosas en este lugar parecen estar hechas para gente más grande que nosotros? —el joven buscó un ejemplo con la vista, pero no encontró nada adecuado para ilustrar su explicación—. Por ejemplo, los pomos de las puertas originales están colocados a la altura de nuestra clavícula; en ciertas dependencias hay camastros de piedra que se alzan a un metro del suelo...

—Los peldaños de la escalera exterior —intervino Stephen—. Son tan altos que casi hay que escalarlos...

—Ahí tenéis un ejemplo perfecto. Pues bien: si sumamos esas proporciones gigantescas a la perfección de esas efigies humanas de dos metros y medio, se puede llegar a la conclusión de no han sido esculpidas en el más estricto significado de la palabra —Gérard esbozó una sonrisa de medio lado que presagiaba que estaba a punto de soltar otra bomba por su boca—. Creo que esas estatuas son cadáveres momificados y cubiertos de oro, como los que se mencionan en algunas leyendas de El Dorado.

Royi, que había seguido con atención el discurso, no daba crédito a lo que oía:

—¿Estás diciendo que ahí dentro hay fiambres de dos metros y medio rebozados en oro? —el fotógrafo se preguntó si Gérard no habría perdido la razón a causa del cautiverio—. ¿Insinúas que este lugar fue construido por una raza de gigantes? —Royi le guiñó un ojo, como si le hubiera pillado la broma—. ¿No irás a decir ahora que son extraterrestres, verdad?

—Eso no puedo afirmarlo —reconoció Gérard, mostrando las palmas de las manos—. Lo que sí sé es que los españoles no fueron los primeros en llegar a este lugar. Arriba, en el archivo, hay documentos que mencionan a los antiguos moradores de lo que hoy es Nuevo Trujillo: los españoles les llamaron los Antecesores. Ellos fueron quienes construyeron esta pirámide, y quienes se la cedieron a Francisco de Orellana, siglos (o tal vez milenios) más tarde.

David parpadeó, empachado de información:

—¿Cómo que le cedieron la pirámide? No entiendo nada... ¿Orellana no tomó este lugar por la fuerza?

Gérard negó con la cabeza:

—Todo apunta a que fue un traspaso de poder. Os lo contaré desde el principio, así entenderéis muchas cosas de este lugar: cuando Orellana propuso a la Corona Española financiar el viaje de regreso al Amazonas para reclamar los nuevos territorios, se encontró con un sinfín de impedimentos y condiciones. El rey le ofreció apoyo militar (un buen número de tropas de caballería e infantería) pero muy poco dinero, quizá con la idea de que desistiera de su viaje. Aquel recorte en el presupuesto no tuvo el efecto que el rey esperaba. Orellana supo vender muy bien la idea de un río fácilmente navegable a inversores con ganas de expandirse en las Américas, así que utilizó los recursos militares de la Corona, más una cuantiosa inversión privada y fletó, nada más y nada menos, doce barcos.

A David pareció descolgársele la mandíbula:

—¿Doce barcos? La Historia menciona solo cuatro...

—Cuatro barcos con tropas y caballería partieron oficialmente de Sanlúcar de Barrameda; ocho más, fletados con capital privado, zarparon desde algún lugar de la costa gaditana y se reunieron con los otros en alta mar. En estos no viajaba la canalla habitual de la época, sino bachilleres, maestros, médicos, arquitectos, ingenieros, empresarios, trabajadores cualificados... incluso mujeres solteras dispuestas a emprender una nueva vida en una tierra nueva. Una fuerza colonizadora de lujo para establecer la ruta comercial más importante de las Indias.

»La llegada de la flota a la desembocadura del Amazonas la conocemos por el relato de Juan de Ayala —Gérard les recordó el acoso de la horda indígena a los barcos, la decisión de Orellana de remontar el Purús, su viaje por el Unu Rono y su fortuita llegada a Boca Verde; luego, se dirigió especialmente a David—. Como recordarás, la transcripción del documento de Juan de Ayala termina bruscamente cuando se internan en Boca Verde.

—Claro que me acuerdo —confirmó David.

—Pues bien, hay documentos en el archivo que desvelan el resto de la historia, incluyendo otros detalles interesantes que no menciona Juan de Ayala: veinte hombres a caballo remontaron el Arroyo del Paraíso, capitaneados por un tal Baltasar Maldonado. Los aiparis les salieron al paso, pero cuando les vieron montados a caballo y pertrechados con relucientes corazas los confundieron con dioses y se postraron ante ellos. Los militares tenían órdenes expresas de Francisco de Orellana (quien al parecer había aprendido la lección de su viaje anterior) de no utilizar la fuerza a no ser que fuera absolutamente necesario. No hubo derramamiento de sangre, y los aiparis les condujeron ante los Antecesores. Según los documentos del archivo, estos hablaban en una lengua extraña, y los soldados hablaban con ellos en español. Lo curioso es que a pesar de hablar idiomas distintos, ambos bandos se entendieron.

—¿Xenoglosia? —inquirió Royi, cada vez más estupefacto.

—Algo parecido —dijo Gérard—. La cuestión es que tras esa primera entrevista con los Antecesores, los soldados regresaron al Arroyo del Paraíso acompañados por

los aiparis e informaron a Orellana del hallazgo de la aldea y de la pirámide. Este ordenó un desembarco general: centenares de almas remontaron por tierra el Arroyo del Paraíso y recibieron de regalo tierras fértiles, aguas cristalinas y un templo fortificado lleno de riquezas. Fue el propio Orellana quien bautizó su nueva colonia como Nuevo Trujillo.

A David aquello no terminaba de cuadrarle:

—¿Pero por qué regalarles algo tan valioso a unos desconocidos?

—Ni idea, pero lo cierto es que lo entregaron todo —Gérard recalcó la palabra todo—. Lo curioso es que los Antecesores, una vez les traspasaron a los españoles la custodia de este lugar, desaparecieron de la noche a la mañana sin dejar rastro.

Valérie reflexionó en voz alta:

—Como si hubieran estado esperando a que alguien más civilizado que los indios viniera a hacerse cargo de todo esto...

Gérard le sonrió con complicidad:

—Has llegado a la misma conclusión que yo.

—¿Y los indios aceptaron a los nuevos señores así, sin más? —le preguntó David, fascinado por la historia.

—En esa época, este lugar estaba rodeado por varias aldeas primitivas, y la presencia de los españoles no fue encajada bien por todas. Las tensiones no tardaron en surgir, y la guerra fue inevitable. Por fortuna para los españoles, poseían armamento moderno y tenían a los aiparis de su lado. Estos les habían aceptado como sucesores de los Antecesores, que para ellos eran *dioses*. Durante esa época, los ingenieros reforzaron la muralla exterior y cavaron el foso de estacas, donde los enemigos vencidos eran arrojados sin piedad.

»De todas formas, no todos los nativos se enfrentaron a los españoles. Muchas tribus pacíficas fueron absorbidas por Nuevo Trujillo. Estos nuevos habitantes, junto con los indios que vivían en la aldea antes de la llegada de Orellana, se mezclaron con los colonos y formaron la etnia mestiza que hasta hoy puebla este lugar.

—¿Y los aiparis? —preguntó David—. ¿Nunca formaron parte de Nuevo Trujillo?

—Nunca —confirmó Gérard—, aunque siempre han sido sus mejores guardianes. Su carácter les impide vivir en un espacio cerrado, y menos aún bajo las órdenes de alguien; ellos se sienten parte de la selva, y han llevado a cabo su labor de vigilancia durante sabe Dios cuantos siglos solo porque así lo han querido, no porque alguien se lo ordene.

—Los guardianes de la Ley —recitó solemnemente Virgilio que, como de costumbre, escuchaba más que hablaba—. ¿Cómo surgió esa Ley?

—Es una larga historia que viene de lejos —comenzó a decir Gérard—. Desde que Orellana asumió el mando de este lugar, tuvo dos ideas muy claras: la primera es que quería contar con más tropas y recursos para que la Plaza fuera aún más fuerte e inexpugnable; la segunda es que no iba a informar a la Corona de la existencia de

Nuevo Trujillo ni del tesoro de la pirámide. Durante su última etapa en España, Orellana entabló amistad con un extravagante y rico exmilitar de origen italiano, establecido en Sevilla, llamado Valerio di Constanzia. Orellana estaba convencido de que este hombre, de espíritu aventurero, sería el candidato ideal para organizar una segunda expedición a Nuevo Trujillo.

»Aunque a Orellana le hubiera gustado hacer la gestión con Valerio di Constanzia en persona, no se atrevía a abandonar la Plaza mientras las tribus colindantes supusieran una amenaza. Por otra parte, tampoco le interesaba dejarse ver por España: prefería seguir oficialmente desaparecido. Fue durante una época en la que la guerra con los indios se recrudeció que Orellana decidió embarcar dentro de un bergantín a su esposa, Ana de Ayala, y a sus hermanas, rumbo a Sanlúcar de Barrameda. Regresaron a España con una misión: convencer a Valerio di Constanzia para que reclutara un ejército mercenario, organizara una segunda flota y regresara a Nuevo Trujillo con ellas a bordo.

»Ese bergantín que partió del Unu Rono nunca llegó a España, aunque la Historia sí que menciona su destino final: Isla Margarita. El por qué acabó su viaje allí continúa siendo un misterio. Pasaron los años, y Orellana dio por muerta tanto a su esposa como al resto de su tripulación.

»Es evidente que ninguno de ellos reveló la existencia de Nuevo Trujillo, como los siglos se han encargado de demostrar. Fueron esos mismos tripulantes quienes difundieron la falsa noticia de la muerte de Orellana, presentándose como únicos supervivientes de una encarnizada batalla y manteniendo el secreto de Nuevo Trujillo a salvo. Luego se desperdigaron por diferentes países de América del Sur y Centroamérica. Ana de Ayala se estableció en Panamá con uno de los tripulantes del bergantín, un tal Juan de Peñalosa. Probablemente, se resignó a no poder volver a Nuevo Trujillo junto a su marido...

David estaba fascinado viendo encajar las diferentes piezas del *puzzle*, pero todavía quedaba un enigma pendiente:

—¿Averiguaste algo sobre Juan de Ayala en los archivos?

—Nada —respondió Gérard—, lo que me lleva a pensar que Juan de Ayala es un seudónimo de Ana de Ayala. Probablemente, quien hizo la transcripción del cuaderno de viaje que yo tengo encontró el original en Panamá, allá por el siglo XVIII; doscientos años más tarde, fui yo quien se tropezó con esa transcripción por casualidad. Cosas de la vida...

Virgilio le recordó a Gérard que se había desviado del tema principal:

—¿Pero cuándo nace esa Ley que nos impide salir de aquí?

Gérard unió las palmas de las manos, pidiéndole perdón:

—Me enrollo demasiado —reconoció—. A Orellana le quedó el temor de que algún superviviente del bergantín desaparecido se fuera de la lengua y revelara la existencia de Nuevo Trujillo y, aún peor, del tesoro. Si algo de eso llegaba a oídos de Carlos I, este no dudaría en enviar una armada lo suficientemente poderosa como

para aplastarles. Las tropas de Nuevo Trujillo podían someter a tribus indígenas, pero enfrentarse al Ejército Español era una locura. Para Francisco de Orellana, ser invisible se convirtió en una obsesión. ¿Y cómo garantizarse que Nuevo Trujillo jamás sería descubierta? Fácil: no permitiendo a nadie salir de ella. Las tribus que la rodeaban fueron absorbidas o exterminadas. Todo aquel que quiso formar parte de la comunidad fue adoptado como uno de sus legítimos habitantes y contó con la protección de los españoles, pero a cambio, su libertad quedó delimitada por la muralla exterior. Solo se sale de Nuevo Trujillo para cazar o recolectar frutos, siempre vigilados por soldados y siempre bajo la amenaza de ser asesinados por los aiparis en caso de fuga. Ese fue el origen de la Ley, y así se mantiene hasta hoy.

—¿El virrey actual es descendiente de Orellana? —preguntó Valérie.

—Así es —confirmó Gérard—. Cuando dieron por muerta a Ana de Ayala, Francisco de Orellana se casó con la hija menor de uno de los arquitectos que viajaron con él desde España, una tal Rosalía Varea. Con ella tuvo tres hijos y, desde entonces, el linaje de los Orellana ha ostentado el poder en la Plaza. Paradójicamente, a pesar de haber pasado siglos a espaldas de la Corona Española, siguieron adoptando el título de virrey.

Royi hundió la cabeza entre sus manos. Se sentía más frustrado que nunca. David se acercó a él y le palmeó el hombro, consolándole como a un cachorrito nervioso:

—Este es el reportaje por el que cualquier periodista mataría a su propia madre —se lamentó Royi—. Estamos ante el mayor descubrimiento de los últimos tiempos, y no solo no tenemos una maldita cámara para filmarlo, sino que además, estamos atrapados en él —el fotógrafo elevó sus ojos entristecidos hacia David—. ¿Te imaginas los titulares?

Gérard no dejó responder a David:

—¿No te has parado a pensar en el impacto tan negativo que supondría hacer pública la existencia de este lugar? Sería el fin de Nuevo Trujillo y, nos guste o no, aquí vive gente inocente...

—¡No me jodas! —escupió Royi, esforzándose por no gritar. Aunque se sentía muy cabreado, no quería alertar a los guardias—. ¿Acaso tienes el Síndrome de Estocolmo? ¡No olvides que somos prisioneros de esos a quienes tú llamas gente inocente!

—No lo olvido ni por un momento —le aseguró Gérard, sin mostrarse ofendido por el estallido de Royi—. Pero tú tampoco olvides que este lugar pertenece hoy día a la República de Perú, ¿y cómo crees que reaccionaría el gobierno si se entera de la existencia de este lugar? ¿Crees que los habitantes de Nuevo Trujillo entregarían la Plaza sin luchar? —estaba claro que las palabras de Gérard no eran improvisadas, sino fruto de una profunda reflexión—. Estas gentes no pertenecen al siglo XXI, ¿cómo crees que se integrarían en un mundo desconocido para ellos? ¿Cómo encajarían en una era plagada de tensiones políticas, burocracia, tecnología...? ¿Y qué crees que sucedería si el gobierno descubre que tiene dentro de sus fronteras un

tesoro capaz de convertirlo en la primera potencia de Latinoamérica y quizá en uno de los países más ricos del planeta? Imagina ahora un golpe de estado y todos esos recursos cayendo en malas manos...

—Eso podría cambiar el orden mundial tal y como lo conocemos —murmuró Valérie.

—Exacto, y además traería consigo un baño de sangre —Gérard guardó silencio durante unos segundos. Quería dar tiempo a Royi y a los demás para digerir sus palabras—. Creo que lo mejor para todos es que este lugar permanezca en secreto durante unos cuantos siglos más.

Royi cruzó una mirada con David, y enseguida se dio cuenta de que él también estaba de acuerdo con Gérard. Si se examinaba el asunto a través de ese prisma, tenía razón: ni el mejor reportaje merece una muerte, y mucho menos una masacre. Stephen redirigió el debate hacia problemas más cercanos:

—Yo opino que deberíamos comenzar a pensar en cómo salir de aquí con vida. La idea de jubilarme en el hospital de la aldea no me seduce nada.

—Como dije antes, la puerta de la muralla exterior está siempre vigilada, y ahí afuera están los aiparis —recordó Gérard—. Escapar de aquí es imposible.

David intervino:

—Me gustaría visitar la sala del plano de la pirámide. Si localizamos una salida subterránea, nos largaremos de aquí por la puerta de atrás.

—Los aiparis están por todas partes —insistió Gérard—. Nos cogerán en cuanto salgamos al exterior.

—Puede ser, pero al menos tendremos una posibilidad de escapar...

—Lo más probable es que el virrey os separe, como hizo con nosotros —apuntó Gérard—. A Stephen seguro que lo destina al hospital. A David, en cuanto sepa que puede leer los grabados, lo mantendrá en la pirámide. A los demás os enviarán al perímetro exterior, a cuidar ganado, a trabajar la tierra o a hacer lo que mejor se os dé.

David vislumbró un mohín de tristeza en Valérie. La idea de separarse de ella en aquellas circunstancias le retorció las entrañas de mala manera. Además, no se imaginaba a la joven pasando el resto de su vida pastoreando o arando. De repente, se le ocurrió una idea que soltó en voz alta sin pensárselo dos veces y sin demasiado rubor:

—Valérie, si le decimos al virrey que somos pareja no creo que se niegue a que te quedes conmigo en el Fuerte —ella se le quedó mirando con una expresión neutra, sin saber qué decir—. Creo que estarás mejor aquí que en la aldea... pero no quiero forzarte a nada: tú haz lo que veas conveniente.

Valérie tardó poco en tomar una decisión. Obviando el bochorno que le provocaban las miradas de sus compañeros, aceptó:

—Bueno, yo... no tengo inconveniente —balbuceó—. Si a los demás no les parece mal...

—Por mí no hay problema —dijo Royi, admirando el magistral movimiento de ficha de David. Stephen y Virgilio tampoco pusieron pegas.

—Perfecto —David cambió de tema a toda velocidad—. Por favor, vosotros tres manteneos dóciles y no os metáis en problemas, ¿de acuerdo?

—Prometido —Royi rubricó su promesa con el saludo del planeta Vulcano, formando una V con la mano.

—Yo seguiré intentando convencer al Virrey, pero no me olvido de la puerta de Dietrich —apuntó David—. Si doy con una salida, ya se me ocurrirá alguna excusa para que nos reúnan de nuevo y pirarnos de aquí todos juntos.

—¿Crees que podrás ganarte su confianza? —le preguntó Royi.

—De aquí a dos días seré su mejor amigo —le aseguró, tajante.

—Joder, voy a ponerme celoso... —bromeó Gérard.

—David es irresistible cuando quiere —afirmó Royi, lanzándole un guiño a Valérie. Ella fingió no verlo—. Es capaz de todo menos de convencer al cabrón de nuestro jefe para que nos suba el sueldo.

Gérard desvió sus ojos hacia la puerta del salón:

—Hace una hora que se fue el Virrey. Tal vez el asunto de los indios es más grave de lo que parece. ¿Por qué no me ponéis al día de cómo llegasteis hasta aquí y de lo que sucedió durante el viaje? Creo que me lo merezco.

David cogió una manzana, la mordió y habló con la boca llena:

—Pues sí, parece ser que tenemos tiempo. A ver, por donde empiezo...

Gérard había acertado: el asunto que ocupaba a Diego de Orellana era bastante más grave de lo que en un principio pudieran pensar, así que David tuvo tiempo de sobra para contarle a su amigo toda la historia, desde el principio hasta el final.

Después de tres horas de discusiones infructuosas, los aiparis abandonaron la aldea y se fundieron con la selva, esta vez, para siempre. Ni siquiera el Virrey fue capaz de hacerles cambiar de opinión. Nadie supo adónde fueron, pero todo apuntaba a que nunca más los verían. Don Diego, Rodríguez de Liria y fray Rolando rumiaban la crisis en uno de los barracones del cuerpo de guardia.

—Nunca había visto a los indios tan asustados —comentó el fraile. Le era imposible quitarse de la cabeza el terror que había sustituido al gesto altivo y arrogante de los aiparis—. ¿Habrán sido atacados realmente por demonios del averno?

—¡No iréis a creer en semejantes patrañas! —rugió el capitán, con el ceño tan fruncido que ambas cejas se unieron en una sola—. ¡El enemigo ha sabido cómo llegar hasta lo más profundo del corazón de esos paganos primitivos, eso es todo! —el iracundo militar no podía imaginar hasta qué punto estaba en lo cierto—. ¡Apostaría mi brazo derecho a que los prisioneros tienen algo que ver con esto! ¡Deberíamos encarcelarlos de inmediato, tanto a los franceses como a los españoles!

El Virrey intervino, interrumpiendo el griterío del capitán:

—No vayas por ahí, Fernando. Mientras no haya pruebas que relacionen a los extranjeros con esos demonios, no se les aplicará castigo alguno. Además, el ataque ha tenido lugar muy lejos de aquí, en la desembocadura del arroyo; lo más probable es que no volvamos a tener noticias de esos... demonios, o lo que sean.

Rodríguez de Liria paseaba de un lado a otro, furibundo. Los tendones de su cuello se veían tensos como cuerdas de piano:

—Si esos malnacidos siguen allí, solo tendrán que remontar el arroyo para dar con Nuevo Trujillo... y ya no tenemos a los aiparis para detenerlos. Tampoco sabemos cuántos son...

Don Diego puso los ojos en blanco, harto de discutir, primero con el jefe aipari y ahora con el jefe de su ejército. Dijera lo que dijera y pasara lo que pasara, Rodríguez de Liria intentaría encontrar una conexión entre la desbandada de los indios y la aparición de los visitantes. Su odio hacia los extranjeros era cada vez más exacerbado.

—En más de una ocasión hemos sufrido el exceso de celo de los aiparis —le recordó el Virrey—. Fueron ellos quienes trajeron a los franceses aquí. Si los hubieran dejado en paz, probablemente se habrían quedado en el arroyo dos o tres días y luego se habrían marchado. Me gustaría saber qué ha pasado en realidad con esos demonios...

—¡Por los clavos de Cristo, Diego, esos bastardos han hecho una torre con las cabezas de los muertos! —protestó el capitán—. ¿Quiénes, aparte de unos seres infinitamente malvados, serían capaces de mostrar tal crueldad?

—¿Nosotros, por ejemplo, que vivimos rodeados por un foso repleto de cadáveres empalados?

El fraile observó cómo Rodríguez de Liria dedicaba al Virrey una mirada cataclísmica. Don Diego, en lugar de amilanarse, se levantó y se dirigió a él con voz gélida, dejando de lado el tuteo:

—Capitán, duplicad la guardia en la muralla y mantened la puerta principal cerrada a cal y canto hasta nueva orden. Eso es lo único que haremos por ahora —Rodríguez de Liria abrió la boca para objetar algo, pero el Virrey no se lo permitió—. Ni un comentario. Podéis retiraros.

Fray Rolando se sintió incómodo presenciando la humillación. Era la primera vez que veía al Virrey tratar de esa forma al capitán. Este hizo un saludo militar y dio media vuelta, con volutas de rencor brotando de sus orejas. La puerta del barracón se cerró, dejando solos al fraile y a don Diego. Este se dirigió al religioso, que continuaba sentado y en silencio:

—El odio le consume, Rolando —murmuró—. Si me sucediera algo y él se hiciera con el mando de la Plaza, sabe Dios qué sería de los extranjeros —don Diego aferraba el respaldo de la silla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. A él también le preocupaba la presencia de los intrusos en la selva, y más sabiendo que habían derrotado a los hasta ahora invictos aiparis, pero incluso en aquellos

momentos de incertidumbre, intentaba mantener la calma y la cordura—. Ojalá esos demonios de los que hablan los indios no encuentren Nuevo Trujillo...

—Si son hombres, tenemos un ejército para hacerles frente. Y si realmente son demonios, los expulsaremos en nombre de Dios, Nuestro Señor.

Don Diego recibió las palabras del fraile con una sonrisa. A pesar de ser un hombre taciturno, Rolando de Varas le daba más ánimos que el eternamente amargado Fernando Rodríguez de Liria. El último de los Orellana apoyó su mano en el hombro del franciscano:

—Mi buen y fiel amigo Rolando... ¿Tú estás conmigo, verdad?

El fraile dibujó una sonrisa con sus labios amoratados:

—Por supuesto que sí, Señoría —afirmó—. Siempre.

Mientras recibía en el hombro el apretón agradecido del Virrey, fray Rolando se preguntó si Dios consideraría aquella afirmación una mentira piadosa o una violación irremisible del octavo mandamiento.

XLVII

LA AUSENCIA DEL VIRREY cundió lo suficiente para que Gérard quedara informado con detalle de la truculenta operación de rescate y de las muchas vicisitudes pasadas. Lo que le sentó peor de todo fue la implicación de Forest en la trama:

—De pequeño, el muy hijo de puta insistía en que le llamara tío Charles —recordó con amargura—. Ahora me alegro de no haberlo hecho nunca. Si mi padre se entera de esto, le dará un infarto.

Royi abrió la puerta del salón del trono y se asomó al pasillo. Afuera había dos centinelas que le interrogaron con la mirada. Él les sonrió de oreja a oreja y volvió a cerrar la puerta. Ni rastro de Diego de Orellana.

—Hay algo que me ronda la cabeza desde hace rato —dijo Royi—. No sé si oísteis lo que dijeron los soldados cuando vinieron a avisar al Capitán Gilipollas...

—Pasaba algo en las puertas de la aldea, ¿no? —David intentó recordar, pero los nervios del encuentro con Gérard le habían impedido enterarse bien.

—Algo referente a los indios —puntualizó Virgilio, que sí había estado atento a las palabras de la guardia.

—Eso es —confirmó Royi—. Los aiparis requerían la presencia del gilipollas en la puerta, y luego los soldados vinieron a buscar al Virrey. No quiero mentar la bicha, pero sabéis lo que eso puede significar, ¿verdad?

En el salón reinó el silencio hasta que Stephen reunió el valor suficiente para nombrar tres veces al *Candyman*:

—¿Woods?

—Esos tipos no me preocupan —dijo Gérard—. Los aiparis no perdonan: si han cruzado las fronteras de la selva, ya están muertos o presos.

—La primera opción me gusta más —rezongó Stephen—. No me gustaría nada compartir encierro con esos hijos de la gran puta.

—Esos gringos están bien entrenados —les recordó Virgilio, preocupado—. Ellos saben que los indios vigilan la selva, y arcos y cerbatanas no son oponentes para armas automáticas.

—Pero el sigilo, el conocimiento del terreno y la superioridad numérica sí —replicó David, optimista—. Ya viste cómo funcionan esos aiparis: te rodean sin que te des cuenta.

Virgilio se santiguó:

—Ojalá sea así, bróder. Dios te oiga.

—En cuanto vuelva el Virrey saldremos de dudas —dijo Valérie—. Así que... ¿por qué no dejamos de especular y nos limitamos a esperar, a ver qué pasa?

Don Diego regresó poco antes de la una del mediodía. Entró en el salón del trono solo, con aspecto cansado y rostro circunspecto. Gérard se adelantó a formular la pregunta que nadie más se atrevía a hacer:

—¿Sucede algo con los aiparis, Señoría? Pasó algo en la puerta, ¿no?

Don Diego hizo un gesto cansino con la mano y cogió despreocupadamente un pequeño racimo de uvas de la mesa:

—Nada que os afecte o deba preocuparos —respondió, comiéndose una uva—. Pospondremos esta charla para más tarde: ahora me siento cansado. Por lo pronto, daré instrucciones para que os acomoden en la aldea.

Gérard intervino antes de que el Virrey diera por finalizada la audiencia:

—Don Diego, es posible que David sepa interpretar los relieves de los muros y pueda desvelar los enigmas que se ocultan en ellos.

El Virrey estudió minuciosamente a David y se dirigió a él con una uva aún en la boca:

—¿Es cierto eso?

—Sí —respondió David, sin que le temblara la voz—. Puedo hacerlo.

Don Diego se dirigió Gérard:

—Que se instale en tu casa —ordenó—. Comunicaré a la guardia que tiene mi permiso para visitar las salas y los archivos.

—Hay otra cosa, Señoría: se trata de la señorita Valérie.

El Virrey le dedicó a la joven una mirada seductora que no pasó desapercibida a nadie:

—Los deseos de nuestra hermosa invitada son órdenes para mí —dijo.

—Es la prometida de David —dijo Gérard, consciente de que acababa de pincharle el globo a su anfitrión con un alfiler—. A ella le gustaría estar con él...

Una leve sombra de decepción veló el rostro del Virrey. Había soñado con la oportunidad de conocer mejor a aquella maravillosa mujer de cabellos dorados, ojos verdes y silueta espectacular, tan diferente a las de Nuevo Trujillo. Y ahora resultaba estar fuera de su alcance. Como buen caballero, sin dar muestra alguna de derrota, accedió a la petición:

—¡Pues no se hable más! Como ya dije, sus deseos son órdenes para mí —el Virrey se dirigió a David—. Sois un hombre muy afortunado —emitió un suspiro—. Curiosas costumbres, las que permiten a los prometidos compartir techo sin ser condenados por la Iglesia. Ya veremos cómo se lo toma fray Rolando... —rio, dirigiéndose a la puerta—. Les veré más tarde. ¡Bienvenidos a Nuevo Trujillo!

Cuando abandonó la estancia, Royi no pudo evitar hacer un comentario:

—Esa última frase me ha recordado a una mítica de Sean Connery: *¡Bienvenidos a La Roca!*

Royi, Stephen y Virgilio fueron conducidos por dos soldados a la casa en la que convivirían con Adam Gilly y Robert Perot. El trayecto a través de la aldea fue muy diferente al desfile que habían protagonizado por la mañana: ahora eran acompañados por la guardia, no custodiados por ella. Los soldados recogieron las pertenencias de David y Valérie para trasladarlas a la casa que compartirían con Gérard en el Fuerte. Justo en ese momento, Gérard les mostraba la que sería su residencia común a partir de ahora: una acogedora casa de dos plantas en una calle secundaria, a unos sesenta metros del Templo de los Antecesores, que era como los *neotrujillanos* (como les había bautizado Royi) llamaban a la pirámide.

Gérard habitaba una de las dos habitaciones de la planta baja, cerca de la cocina de leña repleta de cachivaches que ocupaba gran parte de la misma. David, sin saber muy bien si por timidez o por miedo a un posible rechazo, eligió el dormitorio adyacente al de Gérard en la planta baja, así que Valérie no tuvo más elección que instalarse en una de las tres habitaciones libres del piso de arriba. Mientras la veía desaparecer escaleras arriba, David se preguntó por qué diantre había elegido la habitación de la planta baja en lugar de instalarse cerca de ella. Después del valiente paso adelante que había supuesto proponer a Valérie que se quedara con él en el Fuerte, había dado ahora dos pasos atrás sin saber por qué. Si Royi hubiera estado allí, se habría descojonado en su cara y le habría calificado (y con razón) de *pringao*.

—El Virrey mantiene algunas casas vacías para ocasiones especiales —explicó Gérard, ajeno al drama interno de David—. Por ejemplo, si un ciudadano tiene que hacer obras, ocupa una de estas mientras lo necesita. ¡Ojalá nuestros servicios sociales funcionaran así de bien! La nuestra tiene de todo menos baño: las letrinas se encuentran a unos veinte metros, calle arriba —la expresión de alarma de Valérie, recién llegada del piso de arriba, no pasó desapercibida a Gérard—. No te asustes, Val: están más limpias de lo imaginas, así que no te desmayes antes de tiempo.

—He de reconocer que la palabra letrina no me inspira nada bueno... pero sobreviviré.

—Ya verás cómo no es para tanto —rio Gérard—. ¿Qué os parece si os invito a comer fuera? Es lo menos que puedo hacer por vosotros después de todo lo que habéis pasado.

David alzó las cejas:

—¿Hay algún restaurante caro en la Plaza?

—No necesariamente caro, *mon ami*, pero sí que es el mejor de Nuevo Trujillo. De hecho, es el único que hay —apostilló.

—Entonces, apuesto lo que quieras a que acabará siendo nuestro favorito —aventuró Valérie.

El establecimiento se llamaba la Taberna de Caralobo, y acogía en su interior a su enjuto propietario, a tres camareras de edad indefinida y discutible atractivo, y a un homogéneo grupo de parroquianos varones que bebían diez veces más de lo que comían. El local, cuyo interior estaba forrado en madera, era alumbrado por un sinfín

de velas que aparte de dar al lugar aspecto de santuario le hacían oler a iglesia. Montones de barricas de vino de edad incalculable cubrían casi por completo las paredes del mesón, a excepción del testero donde se encontraba la enorme chimenea que hacía las veces de asador. Encima de esta, en lugar de la típica cabeza de toro o ciervo, medio cocodrilo disecado intentaba escapar del muro, con sus fauces abiertas clamando venganza.

Aunque el auténtico Caralobo murió allá por el siglo XVII, cada nuevo propietario de la taberna adquiría los derechos —o el sambenito— del apellido junto con las escrituras del establecimiento, y pasaba a ser conocido por Caralobo, le gustase o no. El Caralobo actual (que en realidad se llamaba Julián Sánchez) tampoco se libró de aquella tradición centenaria. Caralobo saludó a Gérard, disimulando su interés por la pareja de extranjeros, de quienes llevaba oyendo hablar desde el día anterior. El tabernero los acomodó en su mejor mesa, donde se convirtieron en el blanco perfecto de la curiosidad de los parroquianos, que de cuando en cuando alzaban sus jarras brindando a su salud. Gérard recomendó a sus invitados una deliciosa carne no identificada que sabía a venado, acompañada de unas succulentas patatas guisadas con especias desconocidas para ellos. Mientras esperaban a que la carne se churruscara en las brasas, Caralobo les sirvió unas jarras de un ácido vino tinto que fue recibido con entusiasmo.

La comida fue a la vez agradable e incómoda, debido a las constantes miradas de los lugareños. Era evidente que Valérie era el centro de atención de los clientes de la taberna, lo que provocaba que las camareras la trataran con sequedad, mortificadas de envidia ante su altura, su melena rubia y esas tetas que desafiaban orgullosas la ley de la gravedad bajo la ceñida camiseta.

—Luego te buscaremos ropa menos llamativa —sugirió Gérard—. La gente de aquí es buena, pero llevan siglos de retraso y aún no están acostumbrados a un bombón del siglo XXI. No querrás que las mujeres de Nuevo Trujillo te odien...

David se echó a reír, sin soltar la que ya era su tercera jarra de vino:

—Pues si alguna busca pelea, lleva las de perder —aseguró—. Valérie *escoñaría* a patadas a la rubia de Kill Bill...

Valérie soltó una carcajada que provocó más miradas altivas de las camareras.

—Será mejor que paguemos —sugirió Gérard—. Vamos a dar un paseo para bajar la comida y así os enseño la ciudad: merece la pena. ¡Julián!

Caralobo se acercó a la mesa, recibió las felicitaciones de sus nuevos clientes e hizo cuentas con suma rapidez:

—Tres raciones de carne y el vino... son siete pizarros, Gérard.

David miró a su amigo, sin dar crédito a lo que acababa de oír:

—¿Pizarros? ¿La moneda de Nuevo Trujillo se llama pizarro?

—Así es —confirmó Gérard, mientras depositaba ocho monedas en la mano abierta de Caralobo, quien recibía la generosa propina con sonrisa de cebra—. Homenaje de Francisco de Orellana a sus primos.

Gérard pasó una moneda a sus compañeros. El pizarro parecía estar fabricado de acero brillante; tenía el diámetro aproximado de una moneda de dos euros, pero mucho más fina. En una de sus caras había grabada una cruz potenziada, y en la otra el perfil de alguien con morrión que pretendía ser Francisco Pizarro.

—¿Cuántos tipos de pizarro hay? —preguntó Valérie—. No veo números por ningún lado...

—Solo existen monedas de un pizarro —dijo Gérard—. Cuando alguien reúne quinientos, el Virrey los sustituye por un vale nominativo firmado por él que equivale a esa cantidad. De ese modo, no hay que llevar sacos de monedas en las transacciones grandes. Aunque según tengo entendido, la mayor parte de estas se resuelven mediante trueques de mercancías o servicios.

—Un modelo económico interesante —opinó Valérie, sin dejar de examinar la moneda.

—El Virrey os dará dinero en cuanto os asigne un trabajo —dijo Gérard—. La verdad es que no he tenido problemas económicos desde que llegué.

—Tampoco hay mucho en lo que gastar —apuntó David.

—¿Has visto el metal con el que está fabricada la moneda? —le preguntó Gérard.

—¿Es acero?

—No. No sé qué metal es, pero no es acero como el que nosotros conocemos. Os llevaré a la herrería —propuso, levantándose de la mesa—. Allí os explicaré algo más sobre este material.

Abandonaron la Taberna de Caralobo y recorrieron varias callejuelas penumbrosas hasta que oyeron a lo lejos el inconfundible sonido de un martillo golpeando metal. Tras doblar una esquina, se encontraron frente a un establecimiento cuyas enormes puertas abiertas expelían el calor de todos los infiernos. Al fondo de la herrería, una forja enorme iluminaba el local; junto a esta, un hombre maduro con aspecto de poder arrancarle la cabeza de cuajo a un buey golpeaba una barra incandescente con un martillo que habría puesto a babear de envidia al mismísimo Thor. Por todas partes, a modo de muestrario, había espadas, cubiertos, utensilios de cocina, soportes para macetas, objetos de adorno, cadenas, herramientas, platos... de todo.

—¿Cómo estás, Fabián? —saludó Gérard al herrero. Este respondió con un cabeceo, sin dejar de golpear el yunque—. ¿Y los otros?

—Fueron a comer —el herrero levantó la vista un instante—. Así que estos son los forasteros que llegaron ayer...

—Como podéis ver, aquí las noticias vuelan —dijo Gérard a sus amigos.

—No se habla de otra cosa —reconoció Fabián—. Aquí nunca viene nadie y, de repente, nos salen extranjeros hasta de debajo de las piedras.

—Tienes razón —rio Gérard, que presentó a David y a Valérie—. Él es maese Fabián, el propietario de la herrería de Nuevo Trujillo —David y Valérie le saludaron

con una leve inclinación de cabeza—. Les he hablado maravillas de tus trabajos y me gustaría mostrarles el acero con el que fabricas tus piezas. ¿Puedo?

La vanidad del sudoroso herrero amplió su sonrisa. Incluso se permitió interrumpir su golpeteo durante medio segundo para abarcar su establecimiento con un gesto de su manaza:

—Sed bienvenidos. Enséñales lo que quieras, francés.

El trío se adentró en la herrería, algo parecido a meterse dentro de un horno de pan. En la pared izquierda del establecimiento, lejos del hades de la forja y de los enormes contenedores de agua parecidos a abrevaderos que servían para enfriar las piezas, se podían ver varios montones de lingotes de metal plateado clasificados por tamaños. Gérard cogió uno de los más pequeños y se lo lanzó a David, que lo atrapó al vuelo. Durante unos instantes, lo sopesó en la mano:

—¡Es ligerísimo!

—Aunque aquí lo llaman acero, *eso no es acero* —dijo Gérard—. Eso no es una aleación de hierro y carbono.

David le pasó el lingote a Valérie, que también lo recibió como si esperara que pesara más.

—¿Las corazas de los soldados están fabricadas con esto? —preguntó, dando vueltas al lingote en su mano.

—Las corazas, las armas y todo lo que es de metal —confirmó Gérard—. Es absolutamente inoxidable, fácil de trabajar y extremadamente resistente. A mi entender, es el metal perfecto.

—¿De dónde lo sacan? —quiso saber David—. ¿Hay minas aquí?

—No —respondió Gérard—, no lo extraen ellos. Que yo sepa, esto no se puede minar ni aquí ni en ningún otro lugar de la Tierra. Los Antecesores dejaron unas reservas impresionantes en el Templo: he visto cámaras enormes repletas de lingotes de todos los tamaños —hizo una pausa—. Este metal supera con creces a nuestro mejor acero inoxidable, y es más ligero que el titanio. ¿Crees que esta tecnología pertenece al siglo XVI?

—Por eso la espada que llevaba Villeneuve estaba en perfecto estado —recordó David—. Este material no sufre por el tiempo, ni por la humedad, y para colmo es ligerísimo.

Valérie devolvió el lingote a su montón. A su espalda, el herrero introdujo la pieza que acababa de moldear en el baño de agua, provocando un siseo y una nube de vapor. Gérard siguió hablando:

—Creo que esta es una prueba más de que los Antecesores disponían de una tecnología muy superior a la de los incas. Esta noche verás algunos grabados que te dejarán boquiabierto.

David asintió, sin atreverse aún a emitir opinión alguna. Se despidieron de Fabián y salieron de nuevo a la calle, que ahora resultaba aún más oscura y fresca tras abandonar la fragua.

—Este lugar es tan diferente... —dijo Valérie, elevando la vista hacia la omnipresente red que ocultaba la luz de la tarde—. Tiene una iluminación tan peculiar...

—A mí me recuerda en cierto modo a la atracción *Piratas del Caribe* de Disneyland —dijo Gérard—. Por suerte, los habitantes de Nuevo Trujillo son de mejor calaña. Seguidme, os enseñaré algo.

David y Valérie siguieron a Gérard por una estrecha callejuela que ascendía flanqueada por edificios de piedra alumbrados por farolillos similares a los que habían visto el día anterior en la aldea. Por fin, llegaron a una pared natural cubierta de musgo que ascendía en vertical hasta la red de camuflaje:

—Esta pared lo rodea todo, a excepción del hueco cerrado por la segunda muralla —explicó Gérard—. Imaginad un volcán vacío al que le falta un trozo de pared —formó un círculo abierto con sus manos—. Así es este lugar. Los Antecesores construyeron el templo en el centro y, posteriormente, los españoles levantaron la ciudad a su alrededor.

—¿La red de camuflaje parte de la cúspide de la pirámide hacia los bordes del cráter? —preguntó Valérie.

Gérard asintió.

—Sí, esa red ya estaba aquí cuando Orellana tomó el mando de este lugar. ¿Pero cuál era su propósito? No creo que la usaran de sombrilla. Creo que la fabricaron para que la pirámide no pudiese ser vista desde el cielo —Gérard hizo una pausa—. Lo que no paro de preguntarme es de qué o de quien trataban de ocultarla.

David sonrió mientras admiraba el intrincado entramado que cubría el Fuerte. Estaba claro que Gérard tenía una teoría muy clara de la procedencia de los Antecesores, pero David, pragmático, ni la rebatiría ni la apoyaría hasta tener acceso a más información.

—El Templo guarda muchas sorpresas —prosiguió Gérard—. Esta noche te mostraré los relieves y verás que son muy diferentes a los pictogramas incas que conoces —consultó su reloj digital—. ¿Qué os parece si vamos a casa y nos echamos un rato?

—¿Los españoles trajeron consigo el vicio de la siesta? —preguntó Valérie, divertida.

—¡Por suerte! —respondió Gérard, riendo—. Vamos.

Regresaron a casa dando un paseo. A aquella hora de la tarde había poca actividad en las calles, y solo se cruzaron con un par de lugareños que les dedicaron un fugaz saludo y una mirada amable. En Nuevo Trujillo se respiraba paz. David imaginó, durante unos instantes, una vida en aquel lugar, sumido en un pacífico aislamiento, muy lejos del trepidante rugido de la civilización. Quién sabe si años venideros de crisis, de cambio climático, de terrorismo internacional y de tensiones mundiales no harían de Nuevo Trujillo la mejor opción de futuro. Un remanso de tranquilidad alejado de la feroz tecnología, de las hipotecas, del estrés laboral, de las noticias

desagradables que nos bombardean a la hora de comer... Imaginó una plácida vida allí junto a Valérie y sus compañeros de viaje, con los que tanto había pasado. Quizá su destino era formar parte de un Shangri-La en mitad de la selva.

Gérard abrió la puerta de la casa y David y Valérie se dirigieron a sus respectivos aposentos para instalarse. El periodista, a solas en su cuarto, volcó el contenido de la mochila sobre la cama. Guardó en un cajón de la cómoda la bandolera de Woods con el mapa y el diario. Ya se lo mostraría a Gérard con calma. Mientras separaba la ropa limpia de la que necesitaba un lavado urgente, su mano tropezó con la gruesa antena a medio plegar del teléfono Iridium. El indicador continuaba mostrando la batería casi a tope.

—¿Tienes un teléfono por satélite y no me lo habías dicho? —le preguntó Gérard, que acababa de colarse en su habitación.

—Es como si no lo tuviera —rezongó David, tendiéndoselo—, a no ser que sepas cómo demonios se desbloquea. Se lo quitamos a los Hydra cuando nos fugamos del yate.

Gérard pulsó varias combinaciones de teclas sin resultado. Tras varios intentos, le devolvió el aparato a David, decepcionado:

—Solo funcionan los botones de llamar y colgar.

—Lo llevo encima por si llamaran los superiores de Woods. Seguramente, ellos estarán tan cabreados con él como nosotros. Quién sabe, tal vez envíen otro equipo de rescate...

—Pues tengo algo perfecto para que nos localicen. Ven conmigo.

Gérard llevó a David a su habitación y rebuscó en un cajón hasta dar con algo que el periodista confundió al principio con una consola portátil de videojuegos.

—Esto es un GPS digital —dijo Gérard, tendiéndole el aparato—. Si pulsamos este botón, obtenemos nuestras coordenadas actuales.

—O sea, que si alguien llama, podemos dar nuestra localización exacta para que vengan a recogernos...

—Así es. Llévelo encima siempre: nunca se sabe lo que puede pasar —Gérard consultó de nuevo su reloj—. Voy a echarme un rato. Luego iremos a ver los relieves, te prometo que alucinarás.

David hizo caso a su amigo. Tras organizar un poco su habitación —la cual le pareció la mejor *suite* del universo después de tantos días de selva—, se echó sobre la cama y se durmió a los cinco minutos.

Woods estudió el perímetro exterior de la aldea a través de sus prismáticos, oculto como un jaguar al acecho. Llegar hasta allí siguiendo la brújula había sido fácil, y los gigantescos y frondosos árboles que rodeaban Nuevo Trujillo ofrecían un escondite inmejorable para vigilar a su objetivo. Desde su posición, los Hydra disfrutaban de una panorámica diáfana de la muralla exterior y del foso que la rodeaba. Sobre la empalizada, centinelas acorazados, armados con arcabuces, daban vida a una ilustración digna de un libro de Historia.

Definitivamente, la aldea era mucho más grande de lo que Woods había imaginado. Era evidente que había más gente dentro de la que seis comandos y un ejecutivo sesentón podrían manejar, por mucho arsenal moderno que llevaran. Los prismáticos se movieron hacia la montaña que se elevaba por encima del pueblo. Por el diario, sabía de la existencia de la enorme red de camuflaje. Había que averiguar si era posible descolgarse a través de ella sin caer en una trampa sin salida. Como bien dijo Cloderlos de Laclos, no existe fortaleza inexpugnable, sino mal asediada. Y Woods estaba seguro de que encontraría una forma de traspasar las defensas del poblado.

Escondidos en la copa del árbol elegido por Woods como atalaya, los otros Hydra estudiaban el objetivo. Forest fue el único que quedó en tierra, al amparo del follaje. Trepar a un árbol de cincuenta metros de altura no era su deporte favorito.

—Tienen armas de fuego —murmuró Miles, espiando a través de sus prismáticos—, aunque parecen ser muy antiguas. Son de avancarga, de esas que tardas una eternidad en recargar por la boca...

—No es su tecnología lo que me asusta —dijo Woods—. Es su número.

Jones se encontraba cerca de Woods, en cuclillas sobre una rama. Sus ojos no miraban a la muralla, sino más arriba, a la cima de la montaña.

—¿Qué te parece entrar por ahí arriba, Jones? —le preguntó Woods.

—No perdemos nada echando un vistazo. Aún quedan varias horas de luz. Podría subir a la cima y ver si es posible...

Whisper, agazapada en otra rama cercana, se acercó gateando a Woods como una pantera:

—Esta noche veremos cómo iluminan el pueblo —dijo—. Si no hay demasiada luz, podría pasar por encima del foso usando el lanzagarfios...

—¿Ese chisme tiene alcance suficiente para eso? —preguntó Khayn, que estaba apostado por encima de sus compañeros, junto a Duke.

—Sí, si se dispara calculando bien la parábola —le confirmó Whisper—. Nuestra cuerda es lo suficientemente larga para atarla a una de las ramas altas. Una vez tensa, me será fácil cruzarla e infiltrarme en la aldea. Podría explorar el pueblo sin ser vista...

Woods meneó la cabeza. No estaba convencido del todo:

—Me parece demasiado arriesgado. De todas formas, hoy no atacaremos. Quiero observarlos y ver cómo actúan —Woods giró la vista hacia Jones—. Ve a echar un vistazo a la montaña, pero no vayas solo.

—Yo iré con él —se ofreció Khayn, descolgándose de la rama donde se encontraba. A pesar de ser un tipo corpulento, lo hizo con sorprendente agilidad.

—Ok —aceptó Woods—. Tened cuidado y suerte.

Jones y Khayn descendieron del árbol con facilidad simiesca. A los pocos segundos, desaparecieron en la espesura. Forest, que se había mantenido oculto en

todo momento por recomendación de su hermano, les vio alejarse en dirección a la montaña.

La luz comenzó a batirse en retirada ante el imparable avance de la noche en la selva. Royi, Stephen, Virgilio y Gilly recibieron a Perot en casa, después de su jornada laboral. Perot resultó ser un tipo sonriente y agradable, aunque poco participativo en las conversaciones debido sobre todo a que su español le habría costado un suspenso en primer curso. Eso sí, se reía por todo. Perot fue el encargado de preparar la cena. El fogón de leña donde trabajaba echaba humo como si por debajo circulara el *Orient Express* a toda máquina. Encima de la mesa de madera que presidía la estancia, se erguía majestuosa una de las botellas de Johnnie Walker de Stephen. Gilly la sostuvo en su mano, con una mirada de nostalgia:

—Creí que nunca volvería a ver una de estas —suspiró, retirando el tapón y deleitándose con el aroma del *whisky*—. Aunque el vino, la cerveza y el ron de aquí son de primera, nada puede compararse con un buen escocés.

—Et l'eau-de-vie? —le recordó Perot—. C'est formidable!

—¡Ah, el aguardiente! —rio Gilly—. ¡Ni se os ocurra probarlo! ¡Debe tener unos cien grados! A Perot le gusta porque ya es medio montaraz...

—En cuanto se acabe el *whisky*, Stephen se beberá lo más fuerte que destilen en la aldea —predijo Royi, acercándose a ver qué cocinaba Perot, que ya tenía preparada una ensalada con muy buena pinta en un cuenco de barro—. ¿Qué pescado es ese?

—*Poisson* de río —contestó Perot, mostrándole una rodaja—. Con condimento, sabe a *mérou*.

Stephen se frotó las manos:

—¿A mero? ¡Entonces debe estar delicioso!

Gilly se echó a reír:

—No te dejes embaucar por este mentiroso. Perot es la vergüenza de la *cuisine française*, aunque él se crea un gran chef...

El aludido, que no entendió ni la mitad de la frase en español de su amigo, se limitó a solidarizarse con la risa y a seguir aderezando el falso mero fluvial que acabó dejando por mentiroso a Gilly. Sin ser algo digno de entrar en el selecto universo de las *delicatessen*, el pescado de Perot estaba tan rico que Royi y Stephen besaron al cocinero, que se resistió, divertido. Durante el transcurso de la cena y después de esta, al calor del Johnnie Walker, Gilly y Perot fueron puestos al día de la epopeya vivida desde la salida de Sena Madureira hasta la llegada a Nuevo Trujillo. Gilly resumía en francés lo que se le escapaba a Perot, aunque cuando este ponía sus cinco sentidos en la conversación lo entendía casi todo. Alrededor de las once de la noche, alguien llamó con los nudillos a la puerta:

—Debe ser Pedro, el médico —dijo Gilly, levantándose a abrir—. Le dije que se pasara por aquí. Es un tipo estupendo, ya veréis.

Gilly abrió la puerta y dio la bienvenida a Pedro, a quien Royi y Stephen ya habían visto en foto. El médico se mostró inicialmente tímido, a pesar de que los

forasteros, ya animados por el tercer *whisky*, le recibieron calurosamente. Por mucho que rechazó educadamente el primer vaso de Johnnie Walker, la tenaz insistencia de Stephen le convenció para probarlo.

Tras dar el primer sorbo y poner una cara capaz de romper un espejo en mil pedazos, Pedro se replanteó su timidez y lo apuró, meneando su vaso para que le sirvieran un poco más.

—Esta mañana pasó algo raro —comentó Pedro, dándole un tiento al segundo vaso de *whisky*—. Un grupo grande de aiparis acudió a la puerta, y el propio Virrey tuvo que atenderles. Y ahora, cuando venía hacia acá, he visto que han reforzado la guardia en las murallas. Es todo muy extraño...

Royi, Stephen y Virgilio intercambiaron miradas de sospecha.

—¿Cree usted que es por nosotros? —le preguntó Virgilio.

—No —contestó Pedro, rotundo—. No tiene nada que ver. Algo asustó a los indios en la selva.

La alarma de Royi comenzó a destellar en rojo y a emitir pitidos:

—¿Que algo en la selva asustó a esos indios? ¡Se supone que son ellos los que dan miedo a los demás!

—Pues según dicen, estaban aterrorizados. Incluso se rumorea que se han marchado para siempre —Pedro dio un trago al *whisky*—. Lo que nos faltaba: que los aiparis dejen de protegernos...

Gilly agarró al médico local por el brazo:

—¿Para siempre? ¿Estás diciendo que los aiparis se han marchado para siempre?

—Eso se dice en la calle —de repente, Pedro tuvo la sensación de haber hablado más de la cuenta—. Pero no hagáis demasiado caso a los rumores. Aquí, en Nuevo Trujillo, los correveidiles siempre están prestos a sazonar con historietas nuestra apacible vida.

Stephen sirvió otra ronda. Mientras Pedro estuvo en casa, la conversación discurrió por otros derroteros. Si la noticia era cierta, se abría una nueva esperanza: sin los aiparis patrullando, una huida a través de la selva no sería algo descabellado. Había que avisar a David cuanto antes. Pero por otro lado, ¿qué o quién había hecho que los indios huyeran con el rabo entre las piernas? Aunque nadie se atrevió a mencionarlo en voz alta, a todos les vino a la mente la sombra de siete cabezas de la Hydra.

XLVIII

HABÍAN TRANSCURRIDO MENOS DE VEINTICUATRO HORAS desde que el padre Fermín, bajo los efectos del *whisky*, hiciera partícipe a Lucio Sampaio de la historia del equipo de rescate perdido y de lo que él ya denominaba oficialmente *la teoría de la conspiración de Blanch*. No escatimó en detalles, e incluso le confesó lo de la espada de João, a quien mantuvo en todo momento en el más absoluto anonimato. Para su sorpresa, Sampaio no le reprendió por sus insensateces, sino que se limitó a escucharle con una empatía que el sacerdote, sinceramente, no esperaba. Durante la conversación, Sampaio intentó convencerle para denunciar los hechos en comisaría. Ante su insistencia por mantener el asunto fuera de la policía, Sampaio no tuvo más remedio que rendirse. Y eso que la pretensión del cura era para acabar entre rejas: quería que Sampaio implicara en una investigación extraoficial a Carlos Varella, su colega de Manaos. El padre Fermín quería averiguarlo todo sobre los mercenarios, sobre su posible conexión con la muerte de Forest y con la desaparición de Carbonnier. La verdad es que esta era la primera vez que Fermín le pedía un favor importante, y Sampaio no tuvo el valor de negárselo. Eso le convertía, consecuentemente, en cómplice de aquella locura.

Sandra, la mujer de Sampaio, demostró también una comprensión sobrehumana al aceptar la descabellada petición del padre Fermín. El policía no tuvo que inventar ninguna excusa para viajar a Manaos: bastó con exponerle las razones del viaje y la necesidad de acompañar a su amigo. Sin Sampaio, el cura no tendría acceso a Varella, que era el hombre clave de la investigación.

Sampaio y Varella hablaron por teléfono durante una hora. El policía de Manaos comentó con él algunas de las extrañas irregularidades que rodeaban el caso, mostrándose muy colaborador en todo momento. Al final, la curiosidad también le picó a Sampaio, que se dejó atrapar por la trama más de lo que a él le habría gustado. Que el padre Fermín corriera con los gastos de avión y hotel también le ayudó a embarcarse en el viaje, para qué engañarse. Esa misma noche del jueves, Sampaio llamó a su superior para pedir una semana a cuenta de sus vacaciones. Este se la concedió sin objeciones. Inmediatamente después, y antes de que avanzara más la noche, el padre Fermín telefoneó a Consuelo Criado para rogarle que, hasta su vuelta, se hiciera cargo de la misión por las mañanas. La doctora no hizo ni una sola pregunta después de que el sacerdote le dijera que viajaba por motivos personales. Esa noche, el padre Fermín comprobó que era un hombre afortunado. Los amigos que tenía eran amigos de verdad.

El reloj de pared que adornaba la cafetería del hotel Best Western Lord Manaus señalaba las ocho menos cinco de la tarde del viernes. El padre Fermín y Lucio Sampaio habían pasado el día viajando, y ahora esperaban a Carlos Varella frente a una jarrita de acero inoxidable que contenía un delicioso café negro. Ya habían dado cuenta de dos tazas y, por fortuna para sus paladares y desgracia para sus nervios, aún quedaba una buena cantidad de café. Había poca clientela en la cafetería. La mayoría eran hombres solitarios con maletines a sus pies y agendas sobre la mesa: agentes comerciales o ejecutivos de empresa. El hotel era acogedor, estaba bien decorado y su personal era amable y servicial. El taxista que les había llevado desde el aeropuerto Brigadeiro Eduardo Gomes hasta el centro de Manaus no pudo haber hecho una recomendación mejor.

—Gracias otra vez por ser mi cómplice en esto —le agradeció el padre Fermín a Sampaio después de dar un sorbo a su taza—. No todo el mundo es capaz de hacer algo así por un amigo.

Sampaio se echó cuatro terrones de azúcar a la salud de su médico de cabecera y provocó un poderoso remolino en su café a fuerza de cucharilla:

—Tercera vez que me das las gracias hoy —le recordó—. ¿Cómo iba a rechazar unas vacaciones pagadas en la capital del Amazonas? Si te soy sincero, y dejando aparte la curiosidad que siento por este caso, has acabado contagiándome tu obsesión por ayudar a los *chicos perdidos* —al decir esto, visualizó sin querer a la horda de niños asilvestrados de Peter Pan.

El padre Fermín consultó el reloj de pared. Las ocho.

—¿Tu amigo suele ser puntual?

—Y tanto —dijo Sampaio, levantándose—, ahí está.

Por la puerta de cristal que daba acceso a la cafetería apareció un hombre que parecía bastante más joven que Sampaio, aunque los dos tenían prácticamente la misma edad. Carlos Varella tenía un aire metrosexual: era alto, con una mandíbula desafiante tan perfectamente afeitada y pulida que parecía esculpida en mármol, sin la menor sombra de barba; la nariz recordaba a las de las estatuas griegas, y sus ojos, de mirada autosuficiente y decidida, habitaban bajo dos cejas que sin lugar a dudas eran retocadas con una frecuencia mayor de la que imprime un de vez en cuando; su frente, ni demasiado estrecha ni demasiado ancha, daba paso a un cabello negro tan perfectamente peinado hacia atrás que se autodeclaraba sospechoso de acudir a la peluquería dos o tres veces al mes. El padre Fermín sorprendió a dos clientas entrecruzando comentarios de admiración ante la presencia del metro noventa de Varella, cuyo cuerpo cincelado a base de horas de gimnasio y rígida dieta proteínica avanzaba con la mano extendida hacia la mesa ocupada por ellos. Tras el saludo, las debidas presentaciones y el intercambio de protocolarias preguntas acerca de la salud de las respectivas familias, Varella dejó encima de la mesa un bolso de lona que contenía un ordenador portátil de última generación. El policía pidió al garçom una taza más, para compartir el café que aún humeaba en la jarra.

Tras una breve introducción de Sampaio, el padre Fermín pasó a relatar su conversación con Blanch y su teoría de la conspiración. Varella recibió la información sin muestras de escepticismo, lo que resultó un alivio para el sacerdote. Varella habló, dirigiéndose especialmente a él:

—A partir de este momento, nosotros tres formamos una sociedad secreta —el policía apoyó su mano en el antebrazo del padre Fermín—. Tú aquí no te juegas nada, amigo mío, pero a Lucio y a mí se nos puede caer el pelo si se descubre que estamos realizando una investigación paralela —Varella repasó de nuevo su frase y se corrigió a sí mismo—. Aunque si te digo la verdad, esto no es una investigación paralela: todo lo sucedido alrededor de este caso no se ha investigado en absoluto...

Sampaio preguntó:

—¿Piensas que ese misterioso patrocinador europeo tiene poder suficiente para echar tierra sobre el caso?

Varella frunció el ceño, sorprendido:

—¿Es que no sabéis quien está detrás de la expedición de rescate?

El padre Fermín y Sampaio negaron con la cabeza a la vez.

—Nada más y nada menos que Louis LeVu, presidente y propietario mayoritario del Grupo LeVu —por la expresión de sus interlocutores, era evidente que aquel nombre no les decía nada—. No importa, solo tenéis que saber que es uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo. Seguramente está silenciando las investigaciones para que la noticia de la desaparición de su hijo no llegue a oídos de la prensa.

—Según me comentó Blanch, el hecho de que esto esté sucediendo en Perú dificulta mucho las cosas —explicó el padre Fermín—. Parece ser que ese tal LeVu no es demasiado querido allí.

Varella se puso la bolsa de lona en su regazo:

—¿Tenéis conexión a internet en vuestra habitación?

—Ahora mismo te lo digo —respondió Sampaio—. ¡Garçom!

El camarero, tras cargar la consumición a la habitación, les confirmó que el hotel contaba con conexión a internet en todas las plantas, por lo cual solo tenían que enchufar el ordenador a la clavija telefónica, bajo el escritorio. A los pocos minutos, los tres se reunían alrededor del portátil de Varella.

—Vamos a visitar una base de datos que contiene información extremadamente confidencial. Fermín, tú como sacerdote sabes guardar secretos, ¿verdad?

—Palabrita del Niño Jesús —dijo el cura, besando una cruz formada con el pulgar y el índice. Varella y Sampaio se echaron a reír.

—Bien, crucemos los umbrales de la zona prohibida —murmuró Varella, tecleando una larga contraseña a la vez que entonaba compases de película de terror—. Ya estamos dentro. Esta base de datos funciona con un motor similar al de un buscador de internet —explicó—, pero en lugar de acceder a páginas públicas, accede a archivos compartidos por cuerpos de policía y servicios de inteligencia de todo el

mundo. El nivel en el que nos encontramos ahora no es el más restringido de todos: hay otras bases de datos aún más confidenciales, pero solo entraremos en ellas si es estrictamente necesario.

—¿Podemos saber el motivo por el que LeVu es tan reacio a contactar con las autoridades peruanas? —quiso saber el padre Fermín, que espiaba la pantalla del ordenador por encima del hombro de Varella.

—Veamos —el policía tecleó las palabras *Louis LeVu* y a continuación *Perú*—. Aquí hay algo —Varella pinchó el enlace y en pantalla apareció un documento de texto procedente de una base de datos de Lima—. Primer misterio resuelto: las oficinas del Grupo LeVu en Perú fueron expropiadas por el gobierno hace unos años, y sobre la cabeza de nuestro amigo gravita una acusación de financiación ilegal de partidos, impago de impuestos y alguna que otra cosa más. Dejarme que compruebe algo —leyó a velocidad de vértigo el resto del informe—. No hay nada acerca de una orden de busca y captura, pero de todos modos, si yo fuera LeVu, tampoco asomaría el hocico por Perú. Su mera presencia allí removería un barreño de mierda del tamaño de una piscina olímpica...

Sampaio cruzó con Varella una mirada cargada de indignación:

—Si fuera mi hijo quien estuviera perdido en esa selva, en lo último que pensaría sería en mi prestigio o en el de mi empresa...

Varella dedicó un alzamiento de cejas a su amigo, como si este acabara de soltar la mayor chorrada de todos los tiempos:

—¿Realmente crees que la policía sería de mucha ayuda en un caso como este, Lucio? —la pregunta sonó a reprimenda contra la ingenuidad de Sampaio—. ¿Crees que este señor sería atendido si pidiera ayuda oficial? —el propio Varella negó sus palabras con la cabeza—. Lo único que intentarían sería echarle el guante para propinar una bofetada propagandística a Europa en un escarmiento de proporciones internacionales. Imagínate el golpe de efecto que conseguiría Perú ante el mundo en su lucha contra la corrupción. Aunque no sé hasta qué punto es ético que como policía diga esto, si yo fuera Louis LeVu haría exactamente lo mismo que él.

Sampaio fue incapaz de rebatirle el argumento a Varella. Estaba claro que la ayuda que LeVu recibiría de las autoridades sería mínima, si no nula. El padre Fermín también entendió las razones por las que el empresario se resistía tenazmente a contactar con la policía: le acarrearía más inconvenientes que ventajas. Varella continuó tecleando en la base de datos. Ahora buscaba información sobre Antoine Villeneuve:

—La verdad es que la cantidad de irregularidades que presenta este caso son como para echarse las manos a la cabeza —rezongó, repasando algunos informes en el portátil y recordando hechos que él mismo había vivido durante las últimas tres semanas—. Por un lado tenemos la presión de LeVu para que el asunto no trascienda a la prensa. Esto no me parece anormal, pero lo que sí que es anormal es la diligencia con la que se cumple su petición. LeVu será un proscrito en Perú, pero

es evidente que aquí, en Brasil, es un tío influyente. Veamos: el cadáver de Villeneuve llega a Manaus y la investigación de la muerte se interrumpe debido a que esta se produce en Perú —Varella giró la cabeza hacia sus interlocutores—. Técnicamente, esto podría ser muy discutible, pero aquí nadie discutió nada: simplemente se canceló la investigación y punto. Lo siguiente es la sustracción por la fuerza de las pruebas del caso a uno de nuestros hombres —el policía resopló—. Ya son demasiadas casualidades, para mi gusto...

El padre Fermín intervino:

—También tenemos la muerte del hombre que contrató a los mercenarios, Charles Forest, y la desaparición de su ayudante, un tal Maurice Carbonnier. Esos dos eran el enlace de LeVu con las autoridades brasileñas, y a la vez los encargados de contratar a los mercenarios —el sacerdote echó un vistazo a la pantalla del portátil—. ¿Qué dice de ellos la base de datos?

—Vamos a ver —Varella entró en los archivos de su propia comisaría, donde encontró el expediente del accidente de Charles Forest—. Este hombre se estrelló contra un camión cisterna que transportaba líquido inflamable y quedó convertido en un churrasco. El cadáver fue repatriado a Francia tras ser identificado por un tal Maurice Carbonnier —hizo un gesto de sorpresa—. ¿No es este el tipo que acabas de mencionar? A ver qué tenemos sobre él —Varella tecleó el nombre—. Aquí consta que desde el Grupo LeVu se han efectuado consultas acerca de su paradero en el consulado francés en Brasilia y en la embajada francesa en São Paulo. Parece que la desaparición de Carbonnier es también un misterio para el señor LeVu. Según estos datos, Carbonnier aún sigue en Manaus... o al menos no ha abandonado la ciudad por vía aérea, como sería lo más lógico.

El padre Fermín intervino de nuevo:

—Blanch sospecha que tanto Forest como Carbonnier han podido ser eliminados por los mercenarios. Hasta podría ser que Forest y Carbonnier estuvieran metidos en esto desde el principio...

Varella se recostó en la silla y se acarició las comisuras de los labios, meditabundo. Conocía otro dato que aún no había revelado, no porque deseara mantenerlo oculto, sino porque hasta aquel preciso instante no había considerado que tuviera relación con la ya célebre teoría de la conspiración:

—Hay algo en lo que no había caído hasta ahora: justo al día siguiente del robo de las pruebas, Manoel Oliveira, el comisario encargado del caso, se fue de vacaciones.

—¿Vacaciones justo cuando roban las pruebas de un caso como este? —Sampaio no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Cómo es posible?

Varella se encogió de hombros:

—Ni te imaginas la poca importancia que se le dio a la desaparición de las pruebas en comisaría. Tan solo asignaron a un agente para que interrogara a unos cuantos peristas y poco más...

Varella apoyó su cabeza en los dedos índice y corazón de su mano izquierda, como si la apuntalara contra la mesa, mientras los engranajes de su cerebro funcionaban sin parar. Si el resultado de la ecuación que se planteaba en su mente era el que sospechaba, estarían ante un caso bastante más complicado de lo que ninguno de ellos imaginaba, y la famosa teoría de la conspiración de Blanch cobraría una fuerza y una lógica abrumadoras. El policía sacó su teléfono móvil y pidió silencio con un gesto:

—¿Aló? Hola, soy Carlos Varella. ¿Todo bien? Me alegro... ¿Sabes cuándo vuelve el comisario Oliveira? Sí, ya sé que está fuera de la ciudad, pero necesitaría hablar con él... ¿No ha dejado un número de contacto? Nada... ¿Y no tenéis el número de su celular? ¿Desconectado? Ah, que solo tenéis el de su ex esposa... ¿me lo puedes pasar? —Varella lo tecleó en el bloc de notas del PC—. Gracias. ¿Me podrías mandar un mensaje si llamara el comisario? No, no le digas que he llamado, no es nada importante, solo envíame un mensaje a mi celular. Gracias, muchas gracias... chao.

Pulsó el botón de colgar y tecleó otro número de teléfono:

—Desde que se fue no ha dado señales de vida, no responde a las llamadas y el único número de contacto que tienen en comisaría aparte del suyo es el de su ex mujer, con la cual me consta que acabó casi a palos —al otro lado de la línea, alguien descolgó el auricular—. ¿Aló? Buenas noches señora, perdone que le moleste. Le llamo de comisaría. Estamos intentando contactar con el comisario Oliveira. Sabemos que está de vacaciones, pero su celular no responde y... ah... sí... ah —a partir de ahí, Varella se limitó a guardar silencio, incapaz de interrumpir la vomitona de lindezas que la ex mujer de Oliveira dedicó a su ex marido. Después de tres minutos de aguantar el chaparrón, decidió despedirse—. Ok, pues muchas gracias... y lamento haberla molestado. Esperaré a su regreso entonces... buenas tardes.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó el padre Fermín, a quien le habría encantado escuchar la perorata de la ex mujer de Oliveira.

Varella puso los ojos en blanco:

—En resumen: que no tiene la menor idea de dónde puede estar, que cuando estaban casados él ya era experto en desaparecer sin dejar rastro, que seguramente andará con alguna *piranha*^[63] fundiéndose el sueldo en sabe Dios qué vicios y que no para de dar gracias al Señor por no haber tenido hijos, ya que así, al menos, puede permitirse el lujo de no tener que verlo más en lo que le resta de vida...

—Una historia de amor digna de cursillo prematrimonial —calificó el sacerdote, solemne.

—Deberías sugerir en comisaría que borren ese teléfono de contacto —dijo Sampaio.

Varella, lejos de reír el chiste, compuso una expresión preocupada:

—Esto me huele cada vez peor —gruñó—. Ya tenemos una muerte confirmada y dos desapariciones alrededor de este caso —clavó su vista en el sacerdote—. Si la

teoría de tu amigo Blanch es cierta, esos mercenarios podrían haber eliminado a todos los que sabían demasiado, incluyendo al comisario Oliveira.

—¿Pondrías en duda la honestidad del comisario? —le preguntó Sampaio.

—No pondría la mano en el fuego por él —respondió Varella, sin titubear ni un segundo—. Oliveira es el responsable de que no se haya seguido adelante con este caso, no sé si movido por los hilos de LeVu o de los mercenarios. Incluso pudo jugar a dos bandas. Dinero de por medio hay, eso seguro.

Sampaio comenzó a desarrollar una hipótesis en voz alta:

—Forest y su ayudante Carbonnier fueron los que trataron en todo momento con Oliveira, y a su vez fueron los que contrataron a los mercenarios. Forest seduce tanto a Oliveira como a... —Sampaio se dirigió al sacerdote—. ¿Cómo se llama el jefe del comando?

—Woods.

—Woods —repitió—. Forest propone a Oliveira y a Woods un negocio, que podría ser un secuestro o algo relacionado con información que aparece en las pruebas robadas, algo lo suficientemente goloso como para que Oliveira trague y obstaculice el caso y para que Woods y sus hombres den la espalda a la organización para la que trabajan —Varella y el padre Fermín atendían en silencio las elucubraciones del policía—. Pero Woods, consciente de que las investigaciones están paradas y teniendo en su poder la información que necesita para dar el golpe, decide eliminar a los peones innecesarios que ya han cumplido su cometido: hace que la muerte de Forest parezca un accidente, se quita de en medio a Carbonnier y por último, hace desaparecer al máximo responsable del caso... Ahora los mercenarios se encuentran en la selva, donde nadie va a atreverse a ir por ellos —Sampaio se dirigió al sacerdote—. Según me dijiste, los reporteros juegan un papel importante en la localización del hijo de LeVu, por lo cual Woods los mantendrá con vida, al menos mientras sean útiles.

El padre Fermín se sentó en la cama más próxima, comprobando cómo la hipótesis de Sampaio encajaba perfectamente con las ideas de Blanch:

—Entonces la teoría de Blanch no es tan descabellada como parece, ¿no?

—En absoluto —dijo Varella—. Vamos a intentar averiguar algo más acerca de esos mercenarios. Me comentaste en la cafetería que pertenecen a un comando que goza de una inmunidad similar a la del cuerpo diplomático, ¿no?

—Esa fue la comparación que hizo Blanch —recordó el sacerdote—. Realizan el trabajo sucio de los gobiernos a cambio de fuertes sumas de dinero...

—Entiendo —dijo Varella, haciendo aparecer en pantalla un portal que por las llamativas alertas y las numerosas ventanas de contraseñas debía pertenecer a una zona de máxima seguridad—. Vamos a entrar en un sitio donde dejaremos rastro de nuestra presencia, así que nos cubriremos las espaldas antes de hacerlo.

El padre Fermín no paraba de preguntarse cómo un simple inspector de policía podía conocer hasta la última clave de las bases de datos más confidenciales del

gobierno:

—¿Trabajas en el servicio de inteligencia? No entiendo demasiado de todo esto, pero por lo que veo tienes las llaves de muchas puertas... ¿Eres una especie de espía, o algo así?

Varella y Sampaio se echaron a reír:

—¡Mucho mejor que eso! —afirmó Varella, entre risas—. Soy el jefe de mantenimiento de los sistemas informáticos, así que tengo acceso a todas las bases de datos —le guiñó un ojo al sacerdote—. Digamos que soy uno de los médicos del sistema, junto con otros colegas que trabajan en Río, São Paulo, Brasilia... El problema es que voy a entrar en la base de datos del servicio secreto, y el programa deja constancia de la identidad de todo el que accede —Varella extrajo un *pendrive* del bolsillo y lo colocó delante de sus ojos, como un enfermero examinando el contenido de una jeringuilla—. Nunca pensé que usaría esto, pero la ocasión lo exige.

—¿Qué demonios es eso? —le preguntó Sampaio, mientras Varella encajaba el dispositivo en la ranura USB del portátil.

—Nuestra excusa para colarnos en el único lugar donde podemos averiguar algo sobre nuestro amigo Woods y sus secuaces —Varella seleccionó un archivo ejecutable de una larga lista—. Aquí está...

El padre Fermín, cuyos conocimientos de informática se reducían al messenger, al correo electrónico y a visitar webs de cine, no entendía nada. Tras efectuar varias operaciones en el PC, Varella dejó su teléfono móvil encima de la mesa, como si supiera de antemano que iban a llamarle. El sacerdote no pudo reprimir su curiosidad y se interesó también por el misterioso *pendrive*. Varella sonrió con autosuficiencia y devolvió el dispositivo a su bolsillo. Como un mago que accede a revelar su truco, Varella explicó:

—Es un simulador de virus informático, pero solo nosotros tres sabemos que es totalmente inocuo —una sonrisa diabólica se adueñó de su rostro—. Lo he introducido en el programa que enlaza las diferentes bases de datos. El antivirus lo detectará pero será incapaz de eliminarlo, así que en estos momentos estarán todos cagados de miedo y no tendrán más remedio que...

En ese preciso momento, una melodía electrónica interrumpió a Varella, cuya sonrisa pasó de ser diabólica a ser absolutamente mefistofélica:

—... llamarme para que les saque las castañas del fuego —adivinó, descolgando el teléfono con gesto amanerado—. ¿Aló? ¡Hombre, Silverio! ¿Cómo estás? ¿¡Cómo!? ¿Habéis abierto algún *email* raro o habéis visitado alguna de esas páginas guarras? ¡Os tengo dicho que paséis del porno en el trabajo, joder, que os meten cualquier mierda y luego soy yo quien se come el marrón! —una pausa, durante la cual el infeliz Silverio juró por su madre, por sus hijos y por su fox terrier que nadie en comisaría había visitado una de esas páginas—. Ahora mismo estoy al lado del Best Western; voy a ver si me dejan utilizar su línea de internet. Les diré que es una emergencia. Llama a Brasilia y comenta que voy a revisar todas las bases de datos,

incluidas las de máxima seguridad —otra pausa—. Toma nota de mi código de autorización: 73bg677t198ka. Ok, pero asegúrate de que quede constancia de que es una entrada para reparación de avería, y que se va a realizar desde el Best Western de Manaos, para que no se extrañen al ver una IP desconocida. Ahora mismo me pongo manos a la obra. Comunica también a Brasilia que voy a cerrar el acceso de todas las bases de datos por razones de seguridad —insistió—. En cuanto acabe te llamo. Gracias, Silverio...

Sampaio y el padre Fermín no daban crédito a la desfachatez de Varella que, tras dedicarles un guiño de complicidad, se concentró de nuevo en la pantalla del portátil, regocijándose de su maldad al más puro estilo Lex Luthor:

—No solo vamos a tener acceso a la zona prohibida, sino que además voy a cerrar la puerta para que nadie nos moleste —Varella tecleó las interminables contraseñas de memoria; en unos segundos, la pantalla cambió, dando paso a un buscador parecido al de antes—. Bien, ya estamos dentro del dormitorio del estado. Ahora podemos hurgar en sus intimidades, ver su ropa interior y qué juguetes sexuales se esconden en el cajón de la mesita de noche.

—No sé si felicitarte o detenerte —gruñó Sampaio, nada cómodo con los métodos de su colega—. Eres una amenaza para la seguridad nacional...

—¡Es por una buena causa! —protestó Varella—. Dijisteis que el jefe de los mercenarios se llama Woods, ¿verdad?

—Sí —confirmó el padre Fermín.

—Hmmm... no es un científico nuclear... no es un ex agente del FBI oculto en Río de Janeiro... no es un chivato de la policía de Florianópolis... ¡pero sí que puede ser el comandante de algo llamado «Equipo Titania»! —Varella pinchó aquella opción y en pantalla apareció un informe.

—¿Un equipo Titania? —repitió Sampaio—. ¿Qué es eso?

—Aquí pone que es una fuerza de elite especializada en operaciones encubiertas a las órdenes del país que les contrate —Varella prosiguió resumiendo el contenido de la base de datos—. Son portadores de una «tarjeta Titania» que les sirve de salvoconducto para moverse con total inmunidad por los países que contratan sus servicios. Estos tipos solo responden ante algo que se llama Organización Myth y ante el presidente del gobierno. Algo parecido a los dos ceros de 007...

—Licencia para matar —murmuraron a la vez Sampaio y el padre Fermín.

—Exacto. No hay duda de que este es el Woods que buscamos. Veamos... —retrocedió una página en el buscador y pinchó sobre el nombre. En pantalla apareció una ficha ilustrada con la misma foto que aparecía escaneada en su tarjeta Titania—. Hay poquísima información sobre él —se lamentó—. Nombre en clave: Woods. Probablemente ni sea su nombre real...

—Tiene cara de tipo duro —comentó el padre Fermín.

Varella prosiguió leyendo la ficha:

—Comandante de operaciones del Team Hydra, especialista en operaciones anfibas y guerrilla en la jungla. Acuerdo Titanio con Argentina, Chile, Perú, Brasil, Bolivia, Colombia, Venezuela... —el policía siguió con el dedo la lista de países—. Podemos decir que trabajan en toda Sudamérica, por lo cual estos tipos pueden moverse por donde quieran... Voy a pinchar en el enlace del Team Hydra, a ver qué sale...

La pantalla dio paso a una lista de diez tarjetas Titanio.

—El equipo está compuesto por diez hombres, incluyendo a Woods...

—Ese tipo pone los pelos de punta —comentó Sampaio, señalando la foto de Jones—. Tiene cara de hijoputa profesional —el policía continuó examinando las tarjetas, hasta llegar a las chicas—. Mirad, también hay dos *gatas* bastante lindas en el comando...

—Jamás me acostaría con una tía a la que llaman Migale —sentenció Varella, fingiendo un repelús—. La asiática me pone más...

—Yo no me acostaría con ninguna de ellas —aseveró el padre Fermín—. Por mucho que mi apellido suene algo indigno, soy cura...

Sampaio le miró de reojo, escéptico:

—¿Y con Mónica Bellucci?

—Con esa sí, porque hizo de María Magdalena en una película de Cristo y eso me da cierta licencia religiosa...

Varella prosiguió leyendo datos del team Hydra:

—Estos tipos tienen varios centros de operaciones en territorio brasileño... una base fluvial en Boca do Acre y... ¡Bingo! ¡Aquí hay una dirección en Manaus!

—¿En serio?

—Es una transversal de la calle Djalma Batista, no queda lejos de aquí. ¡Qué coño, vamos a echar un vistazo! —decidió.

El padre Fermín sintió un pellizco de nervios en el estómago. Había dado su palabra a Blanch de que no avisarían a la policía —evidentemente, la intervención de Varella había sido tan extraoficial que era hasta delictiva—, así que sin orden judicial poco podrían hacer, aparte de contemplar como idiotas la fachada de la casa. De todas formas, no perdían nada figoneando un poco. ¿Para qué, si no, habían viajado hasta Manaus? Varella invirtió unos minutos más en estudiar la base de datos hasta que consideró que lo más importante estaba leído. Luego eliminó el falso virus, cerró su portátil y llamó a Silverio para informarle que había borrado el troyano y de paso culpar de todo el turno de noche, amenazando con encontrar al responsable y meterle un paquete de proporciones bíblicas. Tras aquel derroche de cínica maldad, se dirigieron en coche hacia la calle Djalma Batista.

Aparcaron el Volkswagen de Varella en el centro comercial Amazonas 2, y luego se dirigieron a una transversal de Djalma Batista. Era una calle tranquila, donde se veía poco movimiento. Encontraron la dirección en dos minutos. Varella llevó a sus compañeros hasta un colmado cercano:

—Tomaos una cerveza mientras yo husmeo. Los tres juntos llamaremos demasiado la atención.

Sampaio y el padre Fermín se acomodaron en la diminuta y mal barnizada superficie de madera que hacía las veces de barra, entre sacos de patatas, cajas de detergente, cartones de huevos y torres de latas de conserva. Pidieron un par de Brahmas frías al tendero, un hombre de piel de azabache y sonrisa caballuna que se las sirvió alegremente, contento de atender a dos parroquianos distintos a su habitual clientela del barrio. A aquellas horas avanzadas de la tarde, a las puertas de la que sería una hermosa noche de viernes, un discreto trajín de mujeres y niños haciendo compras de última hora daba vida al establecimiento.

—Tu colega es para echarle de comer aparte —comentó el padre Fermín, tras dar un trago a su lata—. ¿De dónde lo has sacado?

—Conocí a Carlos en la Academia Nacional de Policía, en São Paulo, cuando accedimos al cuerpo superior. De eso hace ya unos cuantos años. El condenado era absolutamente brillante en todo. Quedó número dos de nuestra promoción, y porque no quiso quedar primero...

—¿Y tú? ¿Saliste también en el cuadro de honor?

—Yo fui del montón —reconoció Sampaio—. Las pruebas físicas me costaban sangre, sudor y lágrimas. Lo importante fue que pude elegir destino en Sena Madureira.

—¿Sandra nunca quiso abandonar su ciudad natal, verdad?

—Sena Madureira es un destino muy tranquilo, Fermín —le recordó Sampaio—. Ser policía en Río de Janeiro o en São Paulo es un sinvivir. Sandra me habría obligado a dejarlo o me habría dejado ella a mí, directamente.

Veinte minutos después, Varella cruzó la puerta del colmado luciendo una de sus diabólicas sonrisas, como un niño travieso que acaba de hacer una trastada merecedora de un año sin Playstation. Pidió una Coca-Cola *Light* al tendero y desgranó su informe en voz baja:

—Acertamos, es la casa. He preguntado a la señora de al lado por sus vecinos y me ha confirmado que son extranjeros, que no dan problemas, a pesar de que uno de ellos es (palabras textuales de la señora) *um preto enorme e horrível*^[64] —Varella se dirigió a Sampaio—. Como puedes ver, no solo a ti te pone los pelos de punta. La señora asegura que hace varios días que no ve movimiento en la casa. He estudiado el chalet: la puerta principal es blindada, pero la que da al patio trasero tiene pinta de ser carne de ganzúa. Todas las persianas están bajadas, por lo que no hay riesgo de que nos vean desde fuera si actuamos con cuidado...

Sampaio y el padre Fermín estuvieron a punto de dar un respingo.

—¿Estás sugiriendo un allanamiento de morada? —la expresión de Sampaio era el ejemplo universal de la estupefacción—. ¿Acaso has perdido el juicio?

—Si nuestras sospechas son ciertas, al final nos darán una medalla por esta travesura —aseguró Varella—. La única forma que tenemos de proseguir esta

investigación es colarnos en esa casa, y no creo que hayáis viajado desde Sena Madureira para quedaros en la puerta como dos gilipollas, ¿no?

El padre Fermín jamás había saltado en paracaídas, pero estaba seguro de que la sensación que sentiría ante la portezuela abierta del avión a mil pies de altura tenía que ser parecida a la que ahora experimentaba en su barriga. Por un momento, pensó que la cerveza le iba a salir por el culo.

—¡Pero esa casa tendrá un sistema de alarma! —protestó Sampaio, sudando tinta.

—¡Claro que sí! —confirmó Varella, sacando su móvil del bolsillo—. Pero resulta que conozco al dueño de la empresa de seguridad, y da la casualidad que me debe un favor bastante gordo —marcó el teléfono que había copiado de la placa de publicidad que había en la fachada del chalet; a los pocos segundos, alguien contestó su llamada—. ¿Con el señor Octavio, por favor? —guardó silencio durante un rato—. ¿Octavio, cómo estás? ¡Soy Carlos Varella! Yo también me alegro de oírte. Escúchame: ¿te acuerdas del favorcillo que te hice cuando tu hijo se vio envuelto en aquel lío de *maconha*^[65]? Pues resulta que necesito que me devuelvas el favor esta noche. Se trata de algo confidencial, así que confío en tu discreción. Toma nota de esta dirección...

El padre Fermín y Sampaio cruzaron una mirada digna de dos cristianos antes de ser arrojados a la arena del coliseo. Eran víctimas del huracán Varella, y ambos sabían que estaban a punto de complicarse la vida más de la cuenta.

El sacerdote se acabó su Brahma de un trago y pidió otra. La iba a necesitar. Entre sorbo y sorbo, se preguntó si en el economato de la cárcel habría cerveza. Sin conocer la respuesta, decidió disfrutarla como si fuera la última.

XLIX

DIEGO DE ORELLANA SABÍA que la marcha de los aiparis señalaba el comienzo de una nueva etapa en la historia de Nuevo Trujillo. Por ahora, la noticia de su huida no era más que un rumor entre los ciudadanos, pero no pasaría mucho tiempo antes de que los soldados revelaran a sus familias la gravedad de lo sucedido con los cazadores invisibles. Si la inseguridad arraigaba en el corazón de su pueblo, el Virrey tendría que enfrentarse a la primera crisis grave de su mandato.

Don Diego pasó la tarde del viernes reflexionando en la soledad de sus dependencias, en el cuarto nivel del Templo de los Antecesores. Fue el mismísimo Francisco de Orellana quien eligió esas estancias y, durante cuatro siglos, nadie ajeno al linaje las ocupó. Tumbado boca arriba sobre su cama, el Virrey no hacía más que formularse preguntas cuya respuesta desconocía. ¿Qué pasaría ahora, sin la impermeable barrera de los aiparis? ¿Y si Rodríguez de Liria tenía razón, y los culpables de aquella situación eran los intrusos? Asfixiado por las tribulaciones, don Diego abandonó sus dependencias y paseó, meditabundo, por los corredores vacíos del Templo. Bajó las diferentes rampas que comunicaban los distintos pisos del edificio y, sin ser plenamente consciente de ello, su vagabundeo le llevó hasta las mazmorras. Hacía años que no las visitaba. La falta de delincuencia hacía que la cárcel de Nuevo Trujillo tuviera un valor más simbólico que práctico.

La mazmorra solo tenía un recluso pudriéndose entre sus muros: un extranjero capturado años atrás por los aiparis conocido simplemente como *el Loco*. Un agrio tufillo a vino rancio condujo a don Diego al cubil de Eloy, el hombre que hacía las funciones de carcelero. Era raro que Eloy se dejara ver por el exterior. Tan solo algunas noches se acercaba a la taberna de Caralobo, para dar rienda suelta a su afición favorita: beber vino. Las largas temporadas lejos de la luz del sol acabaron dando aspecto de reo al carcelero, decolorando sus embrutecidas facciones con una palidez enfermiza, tan solo retocada por la rojez del alcohol. Así y todo, a pesar de su aspecto sórdido, su morada sórdida y su trabajo sórdido, nadie podía decir que Eloy fuera un mal hombre.

—¡Señoría! —exclamó este, sorprendido al descubrir al Virrey en la puerta de su cuchitril—. ¡Me habéis sobresaltado! —el carcelero se levantó de un salto y ejecutó una espasmódica reverencia que removió la amalgama de hedores de la habitación.

—He venido a ver al Loco —dijo don Diego, respirando por la boca para evitar el mal olor—. Llévame ante él.

Eloy levantó una ceja, extrañado, pero no iba a ser él quien cuestionara los deseos del Virrey. Cogió un manajo de llaves y le condujo a través del corredor que llevaba a

la mazmorra. Esta había sido construida siglos atrás por los españoles, a partir de unas estancias vacías que cerraron con barrotes de metal. Conforme se aproximaban a la celda, oyeron cantar al Loco.

—Es una de sus canciones diabólicas, Señoría —dijo Eloy sin mostrar miedo alguno, habituado a oírle—. No temáis, su furia no pasa de su boca.

*I see my red door and I want it painted black
No colors anymore I want them to turn black
I see the girls walk by dressed in their summer clothes...*

—A mí solo me parece una canción diferente a las nuestras —opinó el Virrey, provocando que los ojos de Eloy se convirtieran en dos esferas rojizas.

—¿Acaso su Señoría no reconoce la lengua del Demonio?

*I have to turn my head until my darkness goes
I see a line of cars and they're all painted black
With flowers and my love both never to come back...*

—¿Cómo estás tan seguro de que es la lengua del Diablo? ¿No has pensado que puede ser un idioma extranjero desconocido para nosotros?

Eloy optó por guardar silencio. Al fin y al cabo, las únicas lenguas que se conocían en la Plaza, aparte del español, eran el francés y el italiano que algunos de los colonos originales trajeron consigo. De aquellas lenguas poco se conservaba, aparte del conocimiento de su existencia. Siendo el inglés un idioma desconocido, Eloy había acabado proclamándolo oficialmente lengua de Satanás, para deleite de sus contertulios borrachos del Caralobo.

Llegaron a la celda donde el Loco hacía pedazos el *Paint it, Black* de los Rolling Stones. Aquel era su único entretenimiento: desgañitarse con el repertorio de toda una vida. Nunca había hablado español, ni había aprendido nada durante sus años de cautiverio. Eloy era la única persona que veía dos o tres veces al día, y este jamás le hablaba, temeroso de caer en su satánico embrujo. El carcelero golpeó los barrotes de la celda con la palma de la mano, principalmente para demostrarle al Virrey que tenía todo bajo control:

—¡Calla, hijo de Satanás! ¡Un respeto al Virrey!

El Loco, sentado en su camastro, levantó la vista y sonrió desafiante:

—What's the matter, you motherfucker? And who the fuck is that pimp? Errol Flynn^[66]?

El Loco era más joven de lo que aparentaba detrás de su barba salvaje y sus greñas. Quizá incluso más que el virrey. Su palidez natural era acentuada por años de oscuridad y encierro, y sus dientes, otrora blancos, estaban ahora amarillos y llenos de sarro. Lo único que quedaba atractivo de un rostro que antaño lo fue, eran unos ojos tan azules como el agua de una playa del Caribe.

—Mañana traeré a los extranjeros para que le vean —anunció don Diego—. Adecéntalo todo lo que puedas, que tenga un aspecto digno.

Eloy pareció no entenderle bien:

—¿Su Señoría va a traer a los extranjeros aquí, a ver a este desdichado?

—Tal vez alguno de ellos hable su lengua y pueda comunicarse con él. Este hombre podría ser inocente y llevar años purgando por el pecado de nuestra propia ignorancia —el Virrey dio media vuelta—. Volveré mañana por la mañana. Cumple con tu trabajo.

Eloy hizo el signo contra el mal de ojo a espaldas de don Diego. Este desapareció por el corredor que llevaba a la rampa, sin mirar atrás. El carcelero se preguntó si el Virrey no habría caído bajo el artero influjo del Maligno, y decidió que le daba igual. Si quería al preso limpio y en estado de revista, así lo encontraría al día siguiente. Eloy le echó un último vistazo al Loco y se dijo que el ingrato trabajo de adecentarlo sería mucho más llevadero con otra jarra de vino en el cuerpo.

Gérard llevó a David y a Valérie al Templo de los Antecesores al anochecer. Los interminables corredores iluminados por antorchas y braseros conectaban diferentes salas, muchas de ellas carentes de puertas, en cuyo interior se apilaban mercancías, se habían dispuesto estancias desangeladas de dudosa utilidad, o simplemente estaban vacías.

Tras recorrer un laberinto de pasillos, Gérard se detuvo al inicio del corredor que llevaba a la cámara mortuoria. Cuatro miembros de la guardia personal del Virrey, reconocibles por la banda que cruzaba diagonalmente sus corazas, vigilaban una puerta cerrada de aspecto sólido. Cerca de esta, en el lateral izquierdo del pasillo, había una estancia secundaria que dejaba escapar por su vano el tenue resplandor de candelabros encendidos.

—Esa habitación hace las funciones de cuerpo de guardia —explicó Gérard, en voz baja—. Dentro habrá cuatro o cinco soldados más.

David se imaginó a los Hydra arrojando granadas y acribillando a balazos a los centinelas armados con alabardas, espadas y arcabuces. Estaba claro que Gérard no era consciente de la amenaza que representaba el equipo Hydra en caso de que siguieran adelante con sus planes de saqueo. Para los mercenarios, eliminar a los centinelas sería coser y cantar.

—Seguidme —dijo Gérard, sacando a David de sus reflexiones—. Vamos a ver la tumba por el agujero de la pared.

David y Valérie le siguieron por otro corredor hasta una puerta de madera cuyo tirador les llegaba por el hombro.

—Esto es lo que yo os decía esta mañana —les recordó Gérard—. Esto no está a una altura normal —giró el tirador, y este cedió con un sonido metálico. Miró a un lado y a otro del pasillo, comprobando que no había moros en la cosa—. Vamos dentro.

El único mobiliario de la sala consistía en dos camastros de piedra que sobresalían de la pared, a más de un metro de altura del suelo. Los muros mostraban bajorrelieves que representaban figuras humanas diseñadas con trazos rectos y extraños. David comprobó que eran bastante diferentes a las que él conocía. Definitivamente, no eran incas. Valérie se encaramó a uno de los camastros de un salto, y sus pies quedaron colgando en el aire:

—La verdad es que los Antecesores debieron ser tipos muy altos.

—O eso es una mesa en vez de una cama —repuso David, empeñado en mantenerse escéptico.

Gérard se echó a reír:

—Eso es demasiado alto para ser una mesa, y tú lo sabes —cerró la puerta a sus espaldas, acercándose al muro de la izquierda armado con la Maglite Solitaire—. A ver si encuentro la piedra...

Tras palpar el muro durante unos segundos, la localizó.

—Échame una mano —le pidió a David.

Entre los dos retiraron la piedra y la depositaron cuidadosamente en el suelo. Gérard le pasó la linterna a David y señaló el agujero:

—Ahí lo tienes, todo tuyo.

—Espera, yo también quiero mirar —dijo Valérie, brincando al suelo.

David y Valérie se asomaron juntos por la abertura. El periodista giró el cuerpo de la linterna y el haz de luz alumbró el interior de la cámara. Los dos soltaron una exclamación de asombro: la cámara parecía no tener fin. David apuntó el foco al techo y a los lados. No vio pared alguna. La estancia tenía pinta de ser enorme.

El periodista barrió el suelo con el haz de la Maglite, alumbrando montones de oro y arrancando destellos a gemas de todos los tamaños y colores. La mayor parte del oro estaba sin trabajar, formando un mar de pepitas y lingotes, aunque también era posible distinguir algún que otro objeto tallado. Al elevar el foco de la linterna, descubrieron las enormes efigies doradas que reposaban sobre los túmulos. Gérard tenía razón: aquellas estatuas eran demasiado realistas comparadas con las que habían visto hasta ahora; es más, su hiperrealismo daba escalofríos. La más cercana representaba a un varón de gigantesca estatura, de constitución enjuta y perfil solemne, tocado con una especie de sombrero cilíndrico. Sus manos reposaban a lo largo de su silueta, en la típica posición del cadáver que espera la autopsia.

—¿Qué opinas ahora? —le preguntó Gérard a David.

—Tienes razón —claudicó este—. No parecen esculturas.

—Son altos, como jugadores de baloncesto —murmuró Valérie.

—Puede que más —dijo Gérard—. Pongamos la piedra de nuevo en su sitio —entre él y David volvieron a tapar el agujero. El periodista seguía alucinado—. ¿Habías visto algo igual, David?

—No —reconoció, categórico—. Esas figuras no se parecen a nada que yo haya visto antes, ni siquiera en fotos. Me pregunto de qué etnia serán...

—Vamos ahora a la sala del plano —propuso Gérard—. Seguro que tampoco te deja indiferente...

Recorrieron más corredores alumbrados por antorchas hasta ascender por una rampa que llevaba al piso de arriba. A esas horas de la noche, la tranquilidad en el Templo era absoluta. No se cruzaron con nadie, como si el edificio estuviera abandonado. Por fin llegaron a una estancia rectangular de unos quince metros de profundidad por diez de anchura. En ella no había más que cinco braseros iluminando un enorme relieve en piedra que ocupaba la zona central del testero de la izquierda. El relieve representaba un corte en sección del Templo de los Antecesores, con sus rampas, estancias y pasillos fielmente representados. David descubrió una línea gruesa en la zona inferior de la pirámide que bien podría ser un túnel. Tal vez era la vía de escape que buscaban. Al seguirlo con la vista, vio que se interrumpía al llegar a la cenefa surcada por extravagantes signos que rodeaba el relieve. Gérard señaló los símbolos esculpidos en la piedra:

—¿Crees que esto podría ser un alfabeto?

David examinó los caracteres durante un rato:

—Nunca había visto nada igual. Fíjate cómo se repiten estos signos. Podría tratarse de un alfabeto que compagina letras con ideogramas —David se centró ahora en la línea que partía de la base de la pirámide—. Y esto que se interrumpe aquí podría ser un túnel hacia el exterior. Podríamos ir a buscar la entrada —sugirió.

—Podemos probar la puerta redonda del primer piso, la que se abre con el código de colores —propuso Gérard.

Mientras tanto, Valérie examinaba concienzudamente la cenefa. En lugar de fijarse en los pictogramas, la chica centraba su atención en la unión entre el marco de piedra y el plano de la pirámide. Con un enérgico soplido, Valérie eliminó la acumulación centenaria de polvo, revelando una rendija:

—¡Escuchad, esto tiene pinta de moverse! —exclamó, empujando el grabado; este no cedió ni un milímetro—. No sé si se moverá hacia adentro, o verticalmente...

A David se le encendió una lucecita. Recorrió la estancia mirando hacia arriba, buscando algo en la zona más alta de la pared, hasta que localizó un par de piedras de aspecto algo diferente al resto, justo al lado de la entrada. Estaban tan altas que no podía alcanzarlas con la mano.

—¿Valérie, te importaría subirte a mis hombros y empujar esas piedras de ahí arriba?

La joven se encaramó a sus hombros con facilidad gatuna. Mientras David aguantaba estoicamente su peso, ella presionó las piedras. Estas se hundieron un poco en el muro y se ocultaron lateralmente, revelando un nicho de la profundidad de una caja de zapatos. Dentro había algo.

—¡Hay una palanca! —exclamó Valérie—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía —dijo David—, pero dejándome llevar por la teoría de los gigantes de Gérard, supuse que si había algo, estaría por las alturas...

—¿Qué hago? ¿La acciono?

—¿Y si es el botón de autodestrucción del Templo? —planteó Gérard, medio en serio, medio en broma.

—Pues entonces nuestro cautiverio habrá terminado —resolvió David—. Dale, Valérie.

Ella bajó la palanca. Inmediatamente, un temblor sordo hizo vibrar la estancia, como un *subwoofer* con la reverberación al máximo. Valérie brincó al suelo y se colocó junto a David y Gérard cerca de la puerta. Para sorpresa general, el plano del Templo comenzó a subir lentamente, como una persiana, mostrando una oquedad en la pared de la cual surgía lentamente una representación tridimensional de la pirámide.

—¡Joder! —exclamó David. Sus compañeros estaban tan anonadados que no pudieron pronunciar palabra.

La parte central de la habitación fue invadida por una plataforma que sostenía una maqueta a escala de la pirámide, esculpida con todo detalle en un material parecido a la piedra pero muchísimo más ligero. Todo estaba perfectamente reproducido, desde la escalera exterior hasta las balconadas de cada piso, pero lo más llamativo era que la pirámide no reposaba sobre su planta baja, sino sobre un complejo de corredores y cámaras subterráneas que ocupaban casi el mismo tamaño que la parte superior del Templo. David y Gérard se agacharon instintivamente y comprobaron que el interior de la maqueta estaba hueco. Ambos siguieron con la vista el tubo que representaba el túnel que llevaba al subterráneo.

—¿Todo eso está debajo de nosotros? —preguntó Valérie, incrédula.

—Eso parece —contestó Gérard, entusiasmado—. No he encontrado referencias a estos subterráneos en los archivos. De hecho, creo que nadie más, aparte de nosotros, sabe que el Templo de los Antecesores continúa bajo tierra.

—¡Acabo de localizar la entrada del túnel! —anunció David, asomándose a la parte baja de la maqueta. Parecía un mecánico revisando los bajos de un coche—. Está en el primer piso, así que es muy probable que sea la puerta de Dietrich —el periodista siguió el corredor con el dedo, comprobando que este giraba y se bifurcaba en otros, hasta acabar en una cámara de proporciones descomunales—. Podría haber una salida al exterior, pero soy incapaz de localizarla. Hay que bajar ahí como sea.

Las comisuras de los labios de Valérie se curvaron en un rictus de preocupación:

—¿No será peligroso entrar ahí dentro a oscuras? Eso es un laberinto...

—Me arriesgaré —dijo David—. ¿Gérard, me llevas a la puerta redonda?

—Sí, pero antes dejemos esto como estaba.

Valérie se subió de nuevo a los hombros de David y accionó la palanca. Tal y como había salido, la maqueta volvió a introducirse en el muro; una vez dentro, el relieve bajó. La habitación quedó como la encontraron.

—¿Qué tipo de mecanismo mueve eso? —preguntó ella, intrigada.

—En estos momentos, es lo que menos me preocupa de todo, cielo —le contestó David, con un guiño—. Llévanos a la puerta de Dietrich, Gérard.

Caminando deprisa por la excitación, recorrieron de nuevo los pasillos de piedra, bajaron al primer piso y atravesaron el corredor donde se encontraba la habitación de la puerta redonda. Gérard anunció el fin del trayecto.

La sala era más bien pequeña, de unos cinco metros de ancho por diez de profundidad. El único mobiliario consistía en un par de mesas de madera a los lados. Al fondo, rodeada por una cenefa repleta de inscripciones similares a las que rodeaban el plano en relieve de la pirámide, había una puerta de piedra redonda que ocupaba casi todo el testero. A su izquierda se podían ver seis pulsadores del tamaño de pelotas de tenis, cada uno de un color diferente. David los acarició suavemente. Si no hubiera habido nadie más en la sala se habría puesto a bailar de felicidad:

—Aquí tenemos el jueguito de Eduard Von Dietrich. Si su secuencia de colores funciona, esta puerta se abrirá.

—¿Y si la combinación es errónea? —preguntó Valérie, alarmada.

David se alejó de la puerta y examinó la habitación. No tardó en descubrir las ranuras de aspecto sospechoso que horadaban los muros laterales de la sala.

—Esto tiene toda la pinta de ser una trampa —dijo Gérard, que también había reparado en las extrañas hendiduras.

—Ahora lo veremos —dijo David—. Ayudadme con estas mesas.

Siguiendo sus instrucciones, volcaron las mesas y las colocaron a cada lado de la puerta de Dietrich. En caso de que algo saliera disparado por las paredes, las mesas harían de parapeto.

—Las ranuras son demasiado estrechas para que salgan dardos —observó Gérard—. ¿Y si lo que sale es gas?

—Pues mantendré la respiración y rezaré —contestó David, que se encontraba agachado entre las mesas con la mano sobre las bolas de colores—. Ahora salid de la habitación, por favor.

—¡Un momento! —exclamó Valérie—. ¿Puedes decirnos antes cual es el orden de la secuencia de Dietrich?

—Por supuesto. No es más que la sucesión de seis de los siete colores del arco iris, del más frío al más cálido: violeta, azul, verde, amarillo, naranja y rojo, en ese orden.

Valérie memorizó la secuencia. Aunque intentaba aparentar serenidad, temblaba como un flan viendo a David dentro de un burladero improvisado, a punto de introducir un código que podría activar una trampa mortal. Sin poder frenar su impulso, corrió hacia él y le besó en la mejilla. Un único beso fugaz, que puso más nervioso a David que los pulsadores a los que se enfrentaba.

—Suerte —le deseó Valérie con un hilo de voz.

Salió de la habitación acompañada de Gérard. Desde el pasillo, levantó el pulgar hacia David. A pesar de no haber sido nunca demasiado religiosa, Valérie se

sorprendió a sí misma rezando.

David se concentró en los pulsadores. Sudaba como si acabara de jugar un partido de *squash* en una sauna. Muy despacio, pulsó el botón violeta, sin que se produjera reacción alguna en la sala. Luego el azul. Se hundían suavemente. El verde también cedió sin problemas. ¿Y si los siglos hubieran estropeado el mecanismo? Amarillo. ¿Y si introducía mal la combinación? Se imaginó las ranuras de los muros disparando discos afilados como hojas de afeitar. Aquello sería una novedad respecto a las trampas de dardos de un solo uso encontradas en algunas ruinas. ¿Serían esos discos capaces de atravesar las mesas que lo protegían? Botón naranja. ¿Y si Gérard tenía razón y aquel lugar había sido construido por una raza tecnológicamente avanzada cuyo arsenal consistía en cosas más letales que simples dardos o discos afilados? ¿Y si de las ranuras surgía fuego, o una descarga de energía, y la habitación se convertía en un infierno? David pulsó el botón rojo con la misma determinación que un terrorista activa los explosivos que lleva pegados al cuerpo.

Con un extraño sonido mecánico, la puerta desapareció rodando hacia la derecha, revelando la entrada de un túnel abovedado que descendía hacia la oscuridad. Nada salió de las ranuras de la pared. Aturdido y aún sin respirar, David hizo un gesto a sus amigos para que se acercaran. Estos entraron en la sala como si estuviera sembrada de minas.

Los tres se plantaron frente al túnel, sin atreverse a entrar. Gérard enfocó su linterna hacia el interior: era tubular, de unos cuatro metros de alto por ocho de ancho. Encastrados en techo y paredes, se apreciaban unos conductos construidos con algo parecido al cristal.

—Esto da mucho miedo —comentó Valérie. La voz le temblaba.

—¿Habría otro mecanismo de Dietrich al otro lado? —se preguntó en voz alta Gérard mientras apartaba una de las mesas de la puerta.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo David.

En cuanto el periodista cruzó la puerta, los conductos transparentes que recorrían las paredes y el techo abovedado comenzaron a brillar con una intensidad creciente, formando tres líneas de luz que descendían por el túnel, iluminándolo con un verde espectral.

—No me lo puedo creer —murmuró una vez repuesto del susto—. En mi vida había visto una tecnología tan... diferente.

Gérard, que ya había retirado las dos mesas, se adentró unos metros en el túnel. Valérie no se atrevió a acompañarle. Se quedó en la puerta, mordiéndose la uña del pulgar.

—Lo que irradia esta luz es una especie de gel fosforescente —dijo Gérard, pasando la mano por la superficie del conducto. Sorprendentemente, estaba fría—. Esto no parece cristal. Parece algo parecido al cuarzo...

David también acarició la superficie, pero por mucho que le interesara el sistema de iluminación del túnel, vio algo por el rabillo del ojo que le pareció mucho más

importante:

—¡Mira, hay otro mecanismo de Dietrich a este lado! —su entusiasmo superaba al miedo que sentía; la verdad es que estaba cagado, aunque no lo pareciera—. Eso significa que podremos cerrar la puerta detrás de nosotros cuando nos larguemos de aquí. Si hay una salida, no tendremos que andar mirando hacia atrás todo el tiempo...

Valérie contemplaba desde fuera a sus amigos bañados por la luz verdosa del túnel. Le recordaba a la entrada de esas casas del terror de los parques de atracciones que acaban asustándote por muy valiente que seas:

—¿Vamos a explorarlo ahora? —preguntó.

—Mejor mañana por la noche y llevando algo de equipo —propuso David—. No sabemos qué encontraremos ahí abajo, ni cuánto tiempo tardaremos en explorarlo. ¿Tú qué opinas, Gérard?

—Me parece bien. Así tendremos tiempo de contarles este descubrimiento a los demás.

Valérie se atrevió a entrar en el túnel, dejando que su vista se perdiera donde confluían las líneas luminosas de las paredes y el techo:

—¿De verdad creéis que esto lleva al exterior?

—Es probable —dijo David—. Quizá salgamos de aquí antes de lo que pensamos.

—¿Y qué haremos una vez fuera? —preguntó Valérie—. ¿Habéis olvidado a los aiparis?

David y Gérard intercambiaron una mirada de contrariedad. Hasta ese momento no habían pensado en ellos. De todos modos, David no permitió que aquello le amilanara:

—Es posible que este túnel desemboque lejos de Nuevo Trujillo, fuera de la zona que controlan esos indios...

Gérard se mostró menos optimista:

—Valérie tiene razón, David: los aiparis nos cazarán nada más salir. Acuérdate de lo que le pasó a Tieba.

—Ya se nos ocurrirá algo —gruñó David, resistiéndose a que le amargaran el descubrimiento—. Lo primero es explorar el túnel, a ver adónde lleva.

David y Gérard regresaron a la sala. En cuanto lo hicieron, la luz verde se atenuó hasta apagarse del todo. Era evidente que había algún dispositivo que detectaba la presencia de gente en el pasillo.

—Esto lo contamos y no nos cree nadie —apostó Gérard.

—Voy a cerrar la puerta —advirtió David. Sus amigos le ayudaron a formar otra vez el parapeto con las mesas—. Espero que sirva la misma secuencia.

Gérard y Valérie salieron de la sala. Una vez más, reinó en ella la tensión. David introdujo la secuencia de Dietrich y la puerta quedó cerrada por una nueva losa que rodó desde la izquierda. El periodista imaginó que habría varias dentro del muro,

dispuestas de la misma forma que el tambor de un revólver. Exhalando un suspiro de alivio, llamó a sus amigos:

—Ayudadme a poner las mesas en su sitio. Gérard, mañana tendremos que inventarnos alguna historia para que el Virrey nos permita reunirnos con Royi, Stephen y los demás al otro lado de la muralla...

—No hace falta —aseguró Gérard—. Mañana es sábado, día de mercado en la aldea. Nos reuniremos con ellos allí, y encima lo pasaremos en grande. Por ahora, nos está saliendo todo rodado...

El trío abandonó el Templo de los Antecesores por una de las puertas del primer nivel. Los guardias les desearon buenas noches, al igual que las pocas personas con las que se cruzaron mientras se dirigían a la casa que ahora compartían. En la seguridad de su salón-cocina, David, Gérard y Valérie estuvieron planeando la incursión del día siguiente hasta bien avanzada la noche.

L

LA ABUNDANTE VEGETACIÓN que cubría la montaña hueca que alojaba en su interior el Templo de los Antecesores hacía que su escalada fuera fácil. Nadie había pisado esas laderas desde hacía muchísimo tiempo, y menos aún intrusos. Durante siglos, los aiparis los habían mantenido lejos, pero por desgracia, ellos ya no estaban allí. Esa tarde de viernes, fueron los mismos demonios que les expulsaron quienes profanaron impunemente el monte sagrado.

En cuanto Jones y Khayn alcanzaron la cima, se encontraron con la gigantesca telaraña artificial que convergía hacia el centro del cráter, cubriendo un diámetro de centenares de metros en una obra de ingeniería sin precedentes: gruesos cables radiales eran atravesados por cuerdas de diferentes grosores que a su vez se entrelazaban con telas verdes y trozos de vegetación. Todo aquello formaba un espeso cielo raso que ocultaba la ciudadela de la vista.

—Es como estar al borde de un volcán —comentó Khayn, tanteando la red con el pie—. ¿Crees que aguantará nuestro peso?

Jones dejó su arma en el suelo y comenzó a gatear por la red. En algunos lugares, los huecos entre las cuerdas eran lo suficientemente amplios como para que un hombre pudiera escurrirse y caer al vacío. Avanzó con cuidado durante unos metros, e incluso se atrevió a balancearse para comprobar la resistencia del entramado:

—Aguantará de sobra.

Khayn separó algunas cuerdas próximas a él y encajó la cabeza entre ellas para mirar. Tan solo vio negrura y el resplandor de las luces, muy abajo:

—¡Joder! ¿Cómo vamos a descolgarnos desde aquí? Por lo menos hay quince pisos de altura, tal vez más...

—Estos cables parten del centro del cráter —dijo Jones, que seguía a cuatro patas sobre la red—. Allí debe haber algún enganche. Espérame aquí.

El haitiano avanzó como una gigantesca viuda negra hasta que Khayn le perdió de vista. Media hora después reapareció, gateando hasta alcanzar el borde rocoso del monte.

—La red parte de unas columnas que hay en el último piso de la pirámide que menciona el francés en su diario; creo que fueron construidas especialmente para ello —Jones recogió su arma del suelo—. Hay unos tres metros de la red a la azotea, así que será fácil descolgarnos con una cuerda.

Khayn soltó una risita malvada:

—¿Has pensado en el hermano de Woods? No creo que esté para estos trotes...

Jones exhibió su afilada dentadura en una sonrisa cruel:

—Lo descolgaremos como lo que es: un bulto viejo.

Sin nada más que hacer allí, emprendieron el camino de regreso al campamento. Mientras se deslizaban pendiente abajo, Khayn sintió la necesidad de compartir con Jones algo que le atormentaba desde que abandonó Manaos. Algo importante, que no se había atrevido a comentar con Woods:

—Jones, una pregunta... ¿crees que volveremos a Manaos algún día?

El haitiano le miró de reojo, descubriendo en él una expresión que revelaba algún esqueleto en el armario:

—¿Acaso te preocupa algo? —le preguntó con su voz ronca.

Khayn suspiró:

—Dejé algo importante por hacer en Manaos —confesó—. Me acordé en el helicóptero, cuando ya no había remedio...

Jones se detuvo y se encaró a Khayn. No le hizo falta preguntarle nada: el tipo estaba loco por soltarlo.

—Se trata del abogado y del policía...

El bokor soltó algo parecido a una risita irónica y siguió caminando monte abajo. Si Whisper se enteraba de aquello, no habría nadie en el mundo capaz de impedirle que decapitara a Khayn como a un pollo. Jones se dijo que sería divertido.

—La llamada de Drummond nos cogió por sorpresa... —se defendió Khayn, a pesar de que Jones no había abierto el pico—. ¡No me dio tiempo a hacerlo, joder!

Jones se detuvo en seco y se enfrentó a Khayn. A este le pareció que el haitiano había duplicado su tamaño como por arte de magia. Tal vez era efecto de la vergüenza. Los ojos de Jones le transmitieron asco y desprecio:

—Excusas —silabeó, con esa voz que daba escalofríos—. Siempre excusas, Khayn, eternas excusas por trabajos mal hechos o sin acabar. Estoy seguro de que los SEAL celebraron una fiesta el día que decidiste irte...

Khayn encajó en silencio la humillación. Él mismo era consciente de que ostentaba el puesto de segundo jefe del team Hydra solo por ser el más veterano después de Woods, no por méritos propios —esto era algo que Whisper había puesto sobre el tapete durante alguna de sus habituales discusiones—. Tragándose su dignidad, retomó el tema que tanto le preocupaba mientras seguía a Jones ladera abajo:

—Mejor no le digo nada a Woods, ¿verdad? Si esto nos sale bien, no se enterará nunca...

—Después de los delitos que llevamos a nuestras espaldas, esto no tendría que quitarte el sueño. Referente a Woods, tranquilo: no seré yo quien le cuente tu *descuido*. De todas formas, él ya sabe que eres un incompetente.

Khayn siguió desliziéndose por la pendiente. Jamás le replicaría a Jones. No tenía cojones. Como Woods, y como el resto de los Hydra, le tenía un gran respeto al haitiano. ¿Respeto? Tal vez respeto no era más que un eufemismo de la palabra miedo.

Lo que Khayn no podía imaginar era que dos policías y un cura entrometido se tropezarían con *su descuido* esa misma noche.

Acababan de dar las once de la noche en Manaus cuando Carlos Varella saltó el seto trasero del chalé de los Hydra. El frondoso matorral que rodeaba la finca le ocultó de la vista de los vecinos, y el silencio era la prueba fehaciente de que Octavio había desactivado el sistema de alarma desde la central. Varella se dirigió a la puerta trasera, se puso un par de guantes de látex que guardaba en el bolsillo y sacó un juego de ganzúas con las que hurgó en la cerradura. Esta emitió un clic que sonó a rendición. Comprobando que todas las persianas estaban completamente bajadas, encendió la luz de la cocina. Enseguida encontró el telefonillo de la verja que separaba el descuidado jardín de la calle.

Una llamada perdida al móvil de Sampaio anunció vía libre para entrar. No se veía ni un alma en la calle. El padre Fermín y él se acercaron a la entrada del chalé y pulsaron el botón del portero automático. La verja se abrió con un zumbido y el dúo cruzó el jardín a paso ligero. Varella había dejado entornada la puerta principal. Una vez dentro, les tendió unos guantes idénticos a los suyos.

—Tengo ganas de mear, de cagar y de vomitar —anunció el padre Fermín, cuyas manos temblaban como las de un enfermo de Parkinson—. ¡Nunca he tenido tanto miedo como ahora!

Varella pulsó el interruptor de la luz, revelando un amplio distribuidor que daba acceso a la cocina, a un amplio salón y a dos estancias más, ocultas tras puertas cerradas con llave:

—Desde fuera no se ve nada —les tranquilizó—. Si no os quitáis los guantes, no causáis un estropicio ni hacéis ruido, nadie se enterará de esto, ¿ok? —Varella miró al padre Fermín—. Y por supuesto, nada de ir al baño...

—Ok —respondió Sampaio por él—. ¿Por dónde empezamos?

Varella les condujo a la cocina. Sampaio abrió la nevera. Dentro había muchas latas de refrescos, cartones de leche desnatada, algún que otro yogur caducado y un cargamento de fruta; sobre la mesa de la cocina había una caja de cartón grasienta que un día contuvo una *pizza* del diámetro del timón del Wasa; sobre el fregadero, formando una pila, había una torre de platos y vasos limpios. En los armarios encontraron, además de una batería de cocina con aspecto de haber sido muy poco usada, varios paquetes de cereales, proteínas de las que usan los culturistas y muchas latas de conservas. Presidiendo las provisiones, un frasco de manteca de cacahuete mostraba los restos de su pegajoso contenido a través del cristal.

—Prueba irrefutable de que aquí viven americanos —dijo Varella, con gesto de asco—. Solo ellos son capaces de saborear esa plasta...

—Tú sigue, a ver si logras que vomite en la cocina... —se quejó el padre Fermín desde un rincón.

—Aquí no hay nada interesante —dijo Varella, dando la estancia por registrada—. Restos de comida, una basura llena de cartones... nada que pueda darnos una

pista. Dejaremos las dos puertas cerradas con llave para el final —propuso—. Vamos primero al salón, y luego al piso de arriba.

El mobiliario del salón consistía en una mesa de comedor, un tresillo, un televisor de pantalla convencional conectado a una Xbox, un aparador con varias revistas desparramadas por encima y unas estanterías con algunos libros y un par de videojuegos para la consola. Había poca cosa que remover, y en menos de diez minutos dieron por finalizado el registro.

—Nada —dijo Varella—. Vamos arriba, a ver si hay más suerte...

Los tres subieron por las escaleras que conducían al segundo piso, donde había cinco dormitorios espartanos como camaretas de cuartel. En cada habitación había dos o tres camas, a excepción de una de ellas que era individual, algo más grande y con baño propio.

—Esta debe ser la del jefe —apostó Varella—. La dejamos para el final, ¿vale?

En las *habitaciones de la tropa*, como las bautizó espontáneamente Sampaio, no encontraron más que alguna que otra revista, varias medicinas entre las que estaban los complejos vitamínicos de Stitches, uniformes, ropa de paisano y otros objetos personales sin interés. Había ropa femenina en una de las habitaciones, por lo que dedujeron que era el cuarto de las chicas. En uno de los cajones encontraron una colección de armas blancas orientales. El padre Fermín cogió un par de cuchillos idénticos que tenían forma de punzón y unos guardamanos sobredimensionados en forma de u:

—Estos salen mucho en las películas de kung-fu —el cura empuñó las armas con las puntas hacia los codos, imitando una postura que había visto en el cine y soltando un grito ridículo—. Se llaman *sai*.

—Se ve que no son de *atrezzo* —dijo Varella—. Seguro que nuestra amiga la *china* sabe usarlos...

El padre Fermín los devolvió al cajón.

—Nada en las otras habitaciones —informó Sampaio desde el pasillo—. Vamos a echar un vistazo a la del jefe...

La habitación de Woods estaba al final del pasillo y era más amplia que las otras. Lo más llamativo que encontraron en las estanterías fueron decenas de mapas de diferentes zonas de América del Sur y Central. Aparte de eso, no había nada más. Los cajones de la mesita de noche tampoco contenían nada interesante.

—Ni un puto carné de biblioteca —se lamentó Varella, mientras abría uno de los armarios—. Seguramente no encontraremos ningún documento revelador —de repente, se tropezó con una serie de trajes pulcramente planchados—. ¡Joder, nuestro hombre viste de Armani!

—¿De Armani? —preguntaron a la vez el padre Fermín y Sampaio.

Varella sacó una percha del armario. De ella colgaba un traje que tenía aspecto de costar el doble de lo que él ganaba al mes:

—Armani, eso dice la etiqueta. Como este hay tres, y varias camisas de marca. También hay corbatas de seda...

Al padre Fermín le extrañó mucho todo aquello:

—No es la típica ropa que lleva un militar de paisano, a no ser que se crea James Bond. ¿Guarda un esmoquin ahí dentro? —preguntó.

Varella registró los trajes uno por uno. Dentro de una de las americanas encontró una etiqueta grapada al bolsillo interior. La examinó más de cerca: decía «Teinturerie Eiffel —Paris», y había un número escrito a bolígrafo.

—¿Eso es la etiqueta de una tintorería de París? —preguntó Sampaio, extrañado.

—Eso parece —respondió Varella—. Creo que aparte de tener caprichos caros, nuestro amigo Woods es un gran viajero.

El padre Fermín rebuscó entre las perchas hasta dar con otros pantalones, estos de un estilo mucho más casual que los Armani. Los sacó del armario con cuidado y los extendió sobre la cama:

—Carlos, ¿me pasas un pantalón de Armani?

—Claro —respondió Varella.

Los dos pantalones estaban ahora juntos sobre la cama. El Armani era algo más ancho de cintura y bastante más corto que el otro. Los tres llegaron inmediatamente a la misma conclusión.

—Estos pantalones no son de la misma persona —dijo Sampaio—. El dueño de los Armani es algo más grueso y más bajo que el otro...

Varella siguió registrando el armario y comprobó que, incluso en lo tocante a ropa más casual, se distinguían dos estilos muy diferentes:

—Definitivamente, aquí hay ropa de dos personas distintas... y una de ellas ha estado en Francia hace poco.

—Forest o Carbonnier... —murmuró el padre Fermín.

—Carbonnier —puntualizó Sampaio—, Forest está muerto.

—Dejemos esto como estaba y echemos un vistazo a las habitaciones cerradas de abajo —propuso Varella, devolviendo la ropa a sus perchas.

La primera cerradura no fue rival para Varella. Detrás de la puerta encontraron un despacho amplio y, al igual que el resto de la casa, escasamente amueblado. En el centro había una mesa destartada sobre la que descansaba una impresora multifunción conectada a un teléfono con pantalla digital; al lado de la impresora había un grueso taco de folios en blanco, y al otro extremo de la mesa un cubilete conteniendo bolígrafos y rotuladores. Como único adorno de la mesa, había un águila de cristal de *swarovski* y latón que extendía sus alas sobre una semiesfera transparente. El centro de la mesa estaba vacío. Una marca rectangular en el polvo revelaba que, durante mucho tiempo, había habido allí un ordenador portátil. Al otro extremo de la habitación había un sofá horroroso junto a una lámpara de pie que rozaba peligrosamente lo *kitsch*. En un rincón, un televisor portátil de marca no identificada reposaba sobre un mueble auxiliar que albergaba en su balda inferior un

vídeo VHS y un reproductor de DVD. Al fondo, adosado a la pared, había un mueble con dos armarios inferiores y unas estanterías que alojaban una colección de películas pertenecientes al suplemento de un dominical, la mayoría de ellas aún precintadas; un par de plantas de plástico intentaban mejorar el ambiente impersonal del mobiliario que mal vestía la habitación.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Sampaio.

—No hay mucho donde buscar —dijo Varella—. Yo registraré los cajones del escritorio, Fermín que se ocupe del mueble de la pared y tú del resto, ¿de acuerdo?

Así lo hicieron. El padre Fermín examinó la videoteca de los Hydra, satisfecho al comprobar que había visto todas las películas de la estantería. Miró balda por balda por arriba y por abajo, escaló el mueble y exploró la parte superior, que casi llegaba al techo. Nada. Finalmente, abrió los armarios y allí sí que encontró algo: tres cajas exactamente iguales con la marca Motorola impresa en ellas. Mientras las sacaba, la voz de Varella le sobresaltó:

—¡Mirad lo que he encontrado! —celebró, agitando un pequeño llavero de plástico con tres llaves—. Quizá no tenga que forzar la puerta que nos queda —Varella reparó entonces en las cajas que el padre Fermín dejaba sobre la mesa—. ¿Celulares?

—Sí, pero no son celulares normales. Estos funcionan vía satélite y tienen cobertura en todas partes. Llevo un año detrás del obispado para que me compren uno...

—Ah, ya sé cuáles son —dijo Varella, cogiendo una de las cajas—. ¿Están todas llenas?

—Todas menos esta —dijo el padre Fermín, mostrando el interior de la caja vacía—. Tal vez este lo lleven encima. Aquí solo queda el manual de instrucciones y la garantía.

—Cuando termines, déjalo todo como estaba —le recordó Varella, concentrándose de nuevo en el registro de los cajones.

El padre Fermín hojeó las instrucciones del teléfono y, para su sorpresa, encontró dentro una tarjeta con un número de doce dígitos que indudablemente pertenecía al terminal. Comprobando que ni Varella ni Sampaio estaban pendientes de él, se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa y devolvió las cajas al armario. Por alguna razón que ni él mismo entendía, decidió mantener el hallazgo de la tarjeta en secreto. Detrás de él, la voz de Sampaio anunció otro descubrimiento:

—Echa un vistazo a esto, Carlos —el policía le lanzó a Varella un diario doblado. Este lo cazó al vuelo—. Estaba en un revistero, detrás del sofá.

Varella abrió el periódico. Se trataba de un ejemplar de Le Monde, fechado diez días atrás.

—¿Un ejemplar de Le Monde? —preguntó el padre Fermín, extrañado—. Podría ser del dueño de los Armani...

—Este ejemplar fue comprado en el aeropuerto —explicó Varella, mostrando el sello de la tienda de prensa del Brigadeiro Eduardo Gomes; pasó varias páginas y encontró algo que le hizo alzar las cejas—. ¡Joder, mirad esto!

Varella dobló el periódico y les mostró una esquila mortuoria que ocupaba media página. En ella aparecía el nombre de Charles Forest, y había sido encargada por el Grupo LeVu. El policía le pasó el diario al padre Fermín.

—Esto huele cada vez peor —dijo Varella, torciendo la nariz—, y todo apunta a ese tal Carbonnier: ropa cara de ejecutivo en la habitación del jefe, un periódico francés con la esquila de Forest...

—¡Esperad! —interrumpió el padre Fermín, que había hojeado hasta la penúltima hoja del periódico—. ¡Mirad esto!

Dobló el diario de la misma forma en que lo había hecho Varella, aunque en esta ocasión en lugar de una esquila les mostró un crucigrama a medio hacer, relleno con unas letras mayúsculas de trazos bastante peculiares.

—¡Este crucigrama lo relleno Charles Forest! —afirmó el sacerdote, con una seguridad total.

—¿Pero qué dices? —exclamó Sampaio, quitándole el diario—. ¿Cómo iba a rellenar Forest un crucigrama en un diario que lleva su esquila?

—Será la letra de Carbonnier... —dijo Varella, ciñéndose a su teoría.

—No —insistió el sacerdote—, fue Forest. Lucio, lee la seis vertical.

Sampaio buscó la pregunta. A pesar de estar escrita en francés, la entendió: «Actriz italiana, nacida en 1931, que participó en la película *La Notte*». Quien resolvió el crucigrama había escrito *Monica Vitti*. El policía miró a su amigo como si este acabara de volverse loco:

—¿En esto te basas para afirmar que fue el difunto Charles Forest quien relleno este crucigrama una vez muerto? Yo me decanto más por lo que dice Carlos: apuesto a que esto lo escribió Carbonnier.

El padre Fermín insistió una vez más:

—No. Es muy difícil que un joven como Carbonnier conozca la respuesta a esa pregunta. En cambio, alguien de sesenta años como Forest, sí.

—Eso no prueba nada, Fermín —repuso Varella—. Carbonnier, o quien fuera, pudo haberlo consultado en internet.

—Si lo hubiera consultado en internet, habría consultado las demás preguntas, y este crucigrama está a medio hacer. El que lo relleno *conocía* la respuesta —el padre Fermín sacó su teléfono móvil y buscó un número en la agenda—. Con un poco de suerte saldremos de dudas ahora mismo...

—¿A quién llamas? —quiso saber Sampaio, receloso.

—¿Blanch? —preguntó el padre Fermín—. Hola, no... aún nada, pero hay algo que me interesa y quizá tú sepas. ¿Has visto alguna vez la letra de Charles Forest? Cualquier cosa... unas notas, unas instrucciones... si está escrito en mayúsculas mucho mejor —el sacerdote se dirigió en voz baja a sus compañeros, tapando el

micrófono con la mano—. Va a llamar a uno de los ingenieros, que conserva un memorando con anotaciones de puño y letra de Forest —una pausa—. Sí, Blanch, sigo aquí. ¿Lo tienes? Espera un segundo...

El padre Fermín pulsó dos veces un botón de su móvil y activó el manos libres, para que Sampaio y Varella oyeran lo que decía Blanch.

—¿Podrías describirme cómo es la letra A mayúscula?

La voz de Blanch sonó nasal y distante por el altavoz del teléfono:

—Es como un triángulo, algo más ancho en la base... como la letra griega delta.

El padre Fermín mostró el crucigrama a sus compañeros. Todas las letras A coincidían con la descripción de Blanch.

—¿Y las eses?

Blanch pareció pensárselo un poco:

—Redondas y definidas... la curva inferior es muy cerrada. Casi se confunden con una G.

Una vez más, la letra coincidía con la descripción.

—Suficiente, Blanch, muchas gracias. Te mantendré informado...

—¿Pero... has descubierto algo?

—Tranquilo, te mantendré informado —le cortó, intentando no sonar demasiado brusco—. Ahora no puedo hablar, ya te llamaré. ¡Chao!

El padre Fermín colgó su teléfono y desafió con la mirada a los policías, cuyas mandíbulas colgaban inertes de sus bisagras.

—Increíble —murmuró Varella, admirado—. Si algún día decides dejar los hábitos y hacerte poli, te aseguro que acabarás protagonizando una serie de televisión.

Sampaio intentó asimilar el nuevo rumbo que tomaba el caso:

—¿Entonces es Forest quien está detrás de todo esto?

—No sé si está vivo o muerto —dijo el padre Fermín—, pero sí tengo claro que ha estado alojado aquí y ha rellenado un crucigrama diez días después de estrellarse contra un camión cisterna.

Varella reflexionó durante unos segundos:

—En cuanto salgamos de aquí iré a comisaría y buscaré toda la información que haya sobre ese accidente —dijo—. Quizá haya sido una farsa. Desgraciadamente, conseguir dos cadáveres anónimos y calcinarlos no es demasiado difícil en Brasil. Dejemos todo como estaba y probemos esta llave en la puerta que nos queda. Quizá nos aguarde alguna sorpresa más.

El padre Fermín ya no sentía el pellizco de los nervios en el estómago, ni remordimiento por haber allanado un domicilio. Ahora se alegraba de que su viaje no hubiera sido en vano. Lo difícil sería convencer a sus amigos policías de que no iniciaran una investigación oficial, cosa que, por otra parte, sería lo más lógico y natural. Varella probó las llaves en la puerta que quedaba por abrir. La segunda reveló unas escaleras empinadas que descendían a un sótano.

—Bajemos al cuarto de los ratones —dijo Varella, pulsando el interruptor de la luz. Unos fluorescentes medio muertos bañaron la estancia subterránea con un resplandor blanco y mortecino.

El sótano ocupaba, al menos, la mitad de la superficie del chalet. Dentro había montones de cajas apiladas, la mayoría de ellas conteniendo uniformes de camuflaje, equipo de supervivencia y cosas así. En uno de los testeros laterales, casi completamente forrado de estanterías repletas de latas de conserva, había un congelador industrial tipo arcón, cerrado con un candado convencional. Junto a este, una lavadora-secadora grande y un cesto de ropa sucia revelaban que, aparte de almacén, el sótano hacía las veces de lavandería. Sampaio se aventuró detrás de los montones de cajas y descubrió una puerta blindada. La golpeó con los nudillos, provocando un ruido sordo:

—Esta sí que no vas a poder abrirla —dijo.

Varella ni lo intentó. Sabía de antemano que era imposible.

—Ahí deben guardar armas —aventuró. Tenía su atención centrada en el arcón congelador—. ¿Por qué le habrán puesto un candado? O uno de estos tipos es un comedor compulsivo...

—... o es ahí donde guardan el *occiso* —bromeó el padre Fermín, imitando el doblaje latino de Perry Mason—. ¿Se puede abrir?

—Claro —dijo Varella, que echó mano de nuevo a su juego de ganzúas al ver que la llave que faltaba por probar no funcionaba—. No creo que guarden un fiambre en un sitio tan obvio —el candado emitió un clic y se abrió—. Ya está.

Varella dio un respingo al levantar la tapadera y encontrarse con el *descuido* de Khayn:

—¡Madre de Dios!

Dentro del congelador había dos cuerpos, uno encima del otro. Varella reconoció inmediatamente al que estaba arriba. Aquella cara regordeta, la calva reluciente y el bigote *demodé* eran inconfundibles:

—Os presento al comisario Oliveira. Recordadme que llame a su exmujer: esta noticia le alegrará el día. Échame una mano, Lucio, a ver quién es el otro...

Apartaron al comisario y descubrieron el segundo cadáver: un hombre joven, de cabello castaño oscuro y una expresión de autosuficiencia total a pesar de lucir un orificio de bala en la frente. La camisa del muerto, manchada de sangre, era de esas que carecen de botones en los puños para permitir el uso de gemelos. Camisa de ejecutivo. El padre Fermín se apartó del congelador, incapaz de seguir contemplando su macabro contenido.

—Este debe ser Carbonnier —dijo Sampaio, ayudando a Varella a colocar los cadáveres como estaban—. Cerremos esto y salgamos de aquí.

Tras dejarlo todo tal y como lo habían encontrado, regresaron a la planta baja, apagaron las luces y salieron por la puerta principal sin ser vistos. Parecían tres amigos en una noche de viernes, en busca de un bar para tomar una copa. Durante el

trayecto, Varella llamó al dueño de la empresa de seguridad para que reactivara la alarma del chalé. Cuando colgó el teléfono, ya en la calle Djalma Batista, el policía se detuvo y se dirigió al padre Fermín:

—¿Y ahora qué? Ya sabemos que ese Blanch estaba en lo cierto. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Estoy deseando llamar a Blanch para confirmarle que Woods y sus hombres son una panda de asesinos —respondió—. Aparte de eso, no sé qué más hacer...

—¡Ni se te ocurra contarle lo que hemos hecho! —le advirtió Sampaio.

—No te preocupes, Lucio —el sacerdote se sumió durante unos instantes en sus pensamientos—. Es posible que los periodistas y el resto de la expedición ya estén muertos. Si esos tipos son capaces de cargarse a un comisario de policía, son capaces de cualquier cosa...

—Vosotros id al hotel, tomaros una copa y descansad un rato —les sugirió Varella—. Yo voy a acercarme por comisaría, a ver qué averiguo sobre el accidente de Forest. ¿Dónde se estrelló?

—Cerca de Porto Velho —dijo el sacerdote.

—Porto Velho —repitió Varella—. Escucha, Fermín: ahora que sabemos que se ha cometido un doble asesinato, no tenemos más remedio que denunciar el caso —el padre Fermín abrió la boca para protestar, pero el policía le calmó con un ademán—. ¡Tranquilo! No voy a mezclar estas muertes con la expedición, pero al menos esos tipos tendrán una orden de busca y captura que les hará perder su inmunidad. Voy a encargarme de que sus caras estén bien visibles en todos los aeropuertos y comisarías del mundo. Y por favor, no le digas nada a Blanch hasta que yo te lo diga, ¿ok? Aún hay cabos sueltos por atar —Varella le guiñó un ojo—. Ten paciencia y confía en mí, ¿vale?

Sampaio puso la mano en el hombro de su amigo:

—Carlos tiene razón, Fermín: esto es lo mejor —luego se dirigió a Varella—. Lo que aún no sé es cómo vas a denunciar esto. No puedes contar que hemos forzado las cerraduras del chalé tras extorsionar al dueño de la empresa de alarmas...

—Ya se me ocurrirá algo —aseguró Varella, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que, efectivamente, algo se le ocurriría—. Os llevaré al hotel. A mí me espera una noche muy larga. Mañana por la mañana, en cuanto tenga novedades, os llamaré, ¿de acuerdo? Hasta entonces, Fermín, no hables con Blanch, por favor —insistió.

—De acuerdo. Esperaré tus noticias antes de llamarle.

Mientras se dirigían en coche hacia el Best Western Lord Manaus, el padre Fermín comprobó que la tarjeta del teléfono Iridium que posiblemente llevaba Woods encima seguía en su bolsillo. Respondiendo a una corazonada, decidió no revelar esta última carta a los policías. ¿Qué pasaría si llamaba a ese número? ¿Sería capaz de mantener una conversación con Woods? ¿Pondría eso en peligro la vida de los rehenes, si es que estos seguían vivos?

El padre Fermín decidió esperar las noticias de Varella. A pesar de que se metió en la cama nada más llegar al hotel, fue incapaz de conciliar el sueño. Esa noche, tenía demasiadas cosas rondándole la cabeza.

LI

CARLOS VARELLA SE HABÍA PRESENTADO alrededor de las doce de la noche en comisaría, asegurando haber recibido una llamada anónima informando que el comisario Oliveira podría estar secuestrado en un chalé de Manaos. A la una y veinte de la madrugada ya tenían la orden judicial, y ocho agentes armados hasta los dientes irrumpieron junto a Varella en la casa que él mismo había registrado unas horas antes. Supo disimular muy bien que había estado allí antes, y eso que el olor de su colonia aún flotaba en el aire; por suerte, no hubo nadie lo suficientemente sagaz para advertirlo. También supo fingir sorpresa cuando los agentes descubrieron los dos cuerpos dentro del arcón. Tras dejar al forense y a su equipo trabajando en el chalé, Varella, convencido de que Charles Forest seguía con vida, dedicó gran parte de la madrugada a desvelar el misterio de su accidente. Poco después del amanecer de una frenética noche en la que había sacado de la cama a medio Brasil sin remordimiento alguno, Varella decidió llamar desde una cabina al Best Western Lord Manaus para poner al corriente de sus averiguaciones a sus compañeros de allanamiento. El padre Fermín, de sueño mucho más ligero que Sampaio —capaz de echarse una siesta en un concierto de AC/DC—, fue quien descolgó el teléfono de la habitación que compartían:

—Buenos días, Carlos —le saludó—. ¿Alguna novedad?

—Ni se te ocurra preguntarme cómo lo he hecho, pero los dos cadáveres ya están en el depósito, y sí: el hombre joven que había dentro del frigorífico es Carbonnier. Referente a Forest, he hecho algunas llamadas a Porto Velho. Ni alquiló un coche en el aeropuerto, ni hay constancia alguna de un choque entre un automóvil y un camión cisterna. En cambio, me han enviado por fax la copia de un permiso de rodaje para una supuesta película en una carretera abandonada a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. En ese permiso se menciona una explosión controlada de dos vehículos. La muerte de Forest fue una comedia: Oliveira divulgó una noticia falsa en comisaría y aquí nadie contrastó la información.

—¿Y entonces, el cadáver que se envió a Francia...?

—No lo sé —respondió Varella—. Podría ser un fiambre sin reclamar, o algún desgraciado al que se cargaron. Lo que sí te puedo asegurar es que dentro de la caja de zinc que enviaron a París no iba Charles Forest. En el informe consta que fue Carbonnier quien identificó el cadáver, lo que prueba que estaba tan pringado en este asunto como Oliveira.

—¿Se sabe algo más de Forest? —Nada, aunque lo más lógico es que siga vivo. ¿Si no, para qué tantas molestias en hacer creer a todo el mundo que ha muerto? El

silencio reinó en la línea durante unos instantes:

—Tengo la impresión de que voy a fallarle a Blanch —dijo el padre Fermín—, porque de todo esto se informará a la policía peruana, ¿no es así?

—No inmediatamente —respondió Varella—. Por lo pronto ya nos han apartado del caso. Al tratarse de un equipo Titanio, la investigación recaerá sobre el servicio secreto brasileño. Probablemente será el Presidente quien exija responsabilidades a la organización de la que depende ese tal Woods. La verdad es que no tengo ni idea de cómo funcionan este tipo de casos...

—Me temo que si las autoridades intervienen, la vida de los miembros de la expedición correrá peligro...

—Ni siquiera sabemos si están vivos —repuso Varella—. Ha habido al menos dos asesinatos, y ahora sabemos que esos tipos son muy peligrosos.

—Tengo que informar a Blanch de lo que hemos averiguado —dijo el padre Fermín—. Para eso vine.

Varella guardó silencio durante unos segundos:

—Si quieres hacerlo, hazlo, pero ten presente que organizar otro equipo de rescate será enviar a inocentes al matadero. Si esos periodistas aún no han muerto, son rehenes... y ya sabemos que esos tipos no dudan en apretar el gatillo. Si Blanch está en lo cierto y su móvil es el secuestro, tarde o temprano serán ellos quienes contacten con LeVu.

El padre Fermín guardó un silencio lúgubre. Varella tenía razón. Ahora que sabían que los mercenarios actuaban por su cuenta, enviar otra expedición era una locura. Por otra parte, avisar a la policía peruana era lo último que LeVu deseaba, y sabe Dios qué consecuencias acarrearía. El sacerdote, sentado en la cama, saboreó las hieles de la impotencia.

—¿Fermín? —preguntó Varella, que pensó por un momento que la comunicación se había cortado.

—Creo que mi trabajo aquí ha terminado, Carlos —dijo al fin—. Al menos hemos averiguado gran parte de la verdad, aunque lo que sabemos nos deja atados de pies y manos. Llamaré a Blanch más tarde y le pondré al corriente de lo que hay —decidió.

—Por favor, no le cuentes cómo lo hicimos —le rogó Varella—. Lo de anoche me puede costar el empleo, o algo peor...

—Tranquilo. Solo le diré que ya sabemos que Woods actúa por su cuenta, que Forest está vivo, que Carbonnier y el comisario estaban implicados, que ambos están muertos, que todo apunta a que su teoría del secuestro es cierta, y que lo mejor que podemos hacer es esperar. ¿Te parece bien eso?

—Sí. ¿Cuándo le llamarás?

—Cuando ordene mis pensamientos.

El policía sonrió dentro de la cabina:

—Muy bien, amigo. Me encantaría comer con vosotros, pero no creo que ahora que hemos levantado esta liebre sea prudente que nos vean juntos, y menos aún si

alguien se entera de que eres quien denunció la aparición del cadáver de Villeneuve.

—Lo entiendo.

—Si descubro algo más te llamaré —le prometió Varella—. Cuando esto se resuelva os devolveré la visita, pero esta vez sin asaltar chales...

—Será un placer. Nunca podré agradecerte bastante lo que has hecho por mí.

—No tienes por qué hacerlo —repuso Varella—. Además, mis superiores me han felicitado por mi intervención y la de mi (imaginario) soplón. Al final me he apuntado un buen tanto gracias a ti. Ahora que lo pienso, Oliveira ha dejado el puesto de comisario vacante... debería mover mis hilos —un ruido de mal agüero invadió la línea—. Fermín, la cabina acaba de tragarse mi última moneda. Un abrazo muy fuerte... y si necesitas tomar contacto conmigo, llámame al celular. ¡Buena suerte!

El padre Fermín apenas tuvo tiempo de despedirse. En la cama de al lado, Sampaio seguía durmiendo, envuelto en su sábana como una gigantesca larva blanca. Sentado en la cama, el sacerdote trató de poner sus pensamientos en orden. Aún no sabía cómo enfocar el asunto con Blanch.

El mercado sabatino de Nuevo Trujillo era una fiesta semanal que venía repitiéndose a lo largo de los siglos sin perder un ápice de frescura. Desde primeras horas de la mañana, cada cual improvisaba su tenderete en la avenida que conectaba el puente levadizo con el Fuerte. Allí podía encontrarse cualquier cosa: desde vetustos cachivaches usados hasta pasteles recién hechos, pasando por animales vivos, juguetes, armas... todo lo imaginable. Artistas locales entonaban cánticos y poemas, algunos antiguos, otros nuevos, acompañando sus interpretaciones con instrumentos de percusión y cuerda. Un par de mozas de muy buen ver danzaban con alegría, jaleadas por el público que se congregaba a su alrededor. Ovejas balando, cerdos gruñendo y algún que otro caballo relinchando esperaban cambiar de dueño a cambio de pizarros o de cualquier otra cosa. Puestos de comida y bebida, protegidos por toldos de llamativos colores, hacían las veces de tascas ambulantes, y el pan recién hecho y los cuencos de lustrosa mantequilla salada invitaban a un opíparo desayuno.

Fue el propio sargento Tomás de Cabanillas quien sugirió a Gérard que llevara a sus nuevos huéspedes a conocer el mercado. En cuanto cruzaron las puertas de la muralla del Fuerte, los forasteros se dieron de bruces con la feliz algarabía que alegraba la mañana. El pueblo, libre ahora de la celosa mirada de los soldados, se acercaba a ellos para ofrecerles comida y bebida; los comerciantes les enseñaban las mercancías expuestas en los improvisados mostradores y otros, simplemente, tan solo querían verles de cerca.

—Hay que reconocer que esta gente es encantadora —dijo Valérie, colocándose al cuello un hermoso pañuelo que uno de los tenderos insistió en regalarle.

—Espíritus puros sin malear —sentenció Gérard—. A veces me pregunto si no sería mejor olvidarse del mundo y quedarse aquí.

David, que oyó la conversación por casualidad desde un tenderete de morrales de cuero, volvió la vista hacia su amigo:

—Eso mismo pensé yo ayer, enaltecido por el vino del Caralobo. Pero luego reflexioné más despacio e imaginé qué pasaría si un día se me cayera un empaste, o cómo sobreviviríamos a unas fiebres tropicales, o cómo corregiríamos nuestra vista si empezara a fallarnos con la edad. Posiblemente, pasaríamos el resto de nuestra vida preguntándonos qué demonios sucede fuera de estos muros, para acabar muriendo de cáncer de próstata a los cincuenta —hizo una pausa—. No es lo mismo ser ciego de nacimiento que quedarse ciego cuando ya sabes lo que es ver.

Justo cuando Gérard iba a darle la razón, una llamada a gritos condenó la conversación al olvido. A pocos metros de distancia, Royi se abrió paso a través del gentío:

—¡David, Gérard! —el fotógrafo llegó hasta ellos, despertando a su paso la admiración de un grupo de jovencísimas muchachas de hermosos rasgos mestizos que cuchicheaban entre ellas y soltaban risitas nerviosas—. Hola, Valérie —Royi bajó la voz hasta convertirla en un murmullo conspirador—. Tengo que contaros algo súper importante, pero no aquí.

El grupo abandonó la avenida del mercado sorteando puestos de mercaderes hasta tomar una calle desierta que les llevó hasta la casa que Royi, Stephen y Virgilio compartían con los franceses. Allí les esperaban los demás. Tras un breve intercambio de saludos y preguntas de cortesía, todos se sentaron para escuchar las buenas nuevas:

—¡Tenemos una noticia que es la hostia! —anunció Royi.

—Nosotros también —replicó David—, pero por favor, tú primero.

El fotógrafo se hizo de rogar durante unos segundos. Stephen, a su lado, sonreía feliz. Virgilio y los franceses, desperdigados por toda la sala, parecían compartir su mismo entusiasmo:

—Los aiparis se han largado —dijo Royi, al fin—. Algo les asustó: se han marchado de la selva.

Gérard se mostró estupefacto por la noticia:

—¿Algo les asustó? ¿Pero... el qué? ¿Cómo fue?

—No tengo ni pajolera idea, pero el caso es que esos putos indios ya no están ahí fuera. ¡Se han largado y se rumorea que para siempre! La gente del pueblo está acojonada...

Valérie parpadeó, intentando asimilar el giro que había dado la situación:

—¿Quieres decir que si logramos salir de aquí, no habrá indios invisibles cazándonos ahí afuera?

—¡Exacto! —intervino Stephen, mucho más animado que la última vez que le vieron—. Esa fue la razón por la que el Virrey tuvo que abandonar ayer la reunión, y la causa por la que se ha reforzado la guardia en las almenas. ¡Nuevo Trujillo ya no cuenta con la protección de los aiparis!

Gérard se quedó boquiabierto y se rascó la frente, consciente de que aquella moneda tenía dos caras muy diferentes:

—Los aiparis llevan siglos defendiendo estas tierras. Si han decidido huir de repente es porque hay algo ahí afuera contra lo que no pueden luchar —Gérard clavó una mirada de preocupación en David—. ¿Podrían ser los Hydra?

Stephen se adelantó a David, para que este no empezara a elucubrar:

—Eso mismo pensamos nosotros en un principio... Pero según nos han dicho, la movida fue anteanoche. Si hubieran sido los Hydra, ya habrían atacado la aldea, ¿no os parece?

—Probablemente haya sido otra cosa —apostó Royi, apoyando la teoría de Stephen—. No creo que Woods haya decidido seguir con sus planes, después de sufrir bajas en Cayáhi y de habernos perdido el rastro. Lo más seguro es que ahora esté intentando salir del país para salvarle el culo a su hermanito —ante el incrédulo silencio de David, Gérard y Valérie, Royi optó por ponerse en el peor de los casos—. De acuerdo, supongamos por un momento que fueron los Hydra quienes asustaron a los aiparis: ¿cómo podrían cruzar el foso de estacas y la muralla? —el fotógrafo rechazó la idea con un gesto despreocupado—. Además, la superioridad numérica a la que se enfrentarían es abrumadora, aquí no tienen ninguna posibilidad...

Valérie le lanzó una mirada desde la silla que ocupaba en un rincón:

—No olvides que Jones tomó la Hacienda del Goblin en solitario...

—Asaltar este lugar sería un suicidio para los gringos —opinó Virgilio, posicionándose del lado de los optimistas—. Las defensas de este lugar son viejitas, pero eficaces...

David se puso en pie y pidió calma:

—A ver, no sabemos si los Hydra están ahí fuera o no —comenzó a decir—. Lo que sí es un hecho es que los aiparis ya no vigilan la selva, ¿es así? —Royi, Stephen y los franceses asintieron con la cabeza—. Pues bien, nosotros tenemos una noticia tan buena como la vuestra: hemos conseguido abrir la puerta protegida por la secuencia de Dietrich.

David les habló entonces del hallazgo de la maqueta tridimensional de la pirámide, de la red de salas y pasadizos subterráneos y de la puerta redonda que daba al pasillo que se iluminaba automáticamente, detalle que despertó incredulidad y asombro.

—Si la maqueta es fiel a la realidad, sospechamos que ese complejo subterráneo desemboca en el exterior —prosiguió David—, así que si los aiparis ya no patrullan la jungla y estamos en lo cierto, podremos largarnos de aquí cuando queramos. Esta noche, Gérard, Valérie y yo exploraremos los subterráneos para comprobar si realmente existe esa salida.

—¡Joder, yo quiero ir con vosotros! —protestó Royi.

—Lo sé, pero no queremos levantar sospechas. Si encontramos una salida detrás de la puerta de Dietrich, lo siguiente será ingeniárnosla para poder reunirnos todos en

la pirámide y largarnos sin que se enteren. Ya se nos ocurrirá algo...

Gilly soltó una breve pero sonora risa que llamó la atención de todos:

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso, Adam? —le preguntó Gérard.

—En realidad nada, perdóname —se excusó Gilly, encogiéndose de hombros—. Solo pensaba que esta pobre gente creerá que hemos desaparecido sin dejar rastro, como los Antecesores —el médico rio de nuevo—. ¡Otro enigma más para sus archivos!

Las palabras de Gilly tuvieron un significado mucho más trascendental para David que para el resto de los presentes. Sin ser consciente de ello, era muy posible que el médico hubiera dado en el clavo:

—¡Claro! —exclamó David—. ¡Esa tuvo que ser la ruta que tomaron los Antecesores para marcharse sin ser vistos! ¡Si antes sospechaba que allí abajo había una salida, ahora estoy completamente seguro de que la hay!

—Pues esta noche saldremos de dudas —dijo Gérard, poniéndose de pie—. Ahora deberíamos dejarnos ver por el mercado. No creo que a nuestros anfitriones les haga mucha gracia encontrarnos aquí, conspirando.

Los forasteros regresaron al mercado, disfrutaron de los espectáculos callejeros y desayunaron pan recién hecho untado con la mejor mantequilla del universo. Los lugareños más atrevidos les asediaron a preguntas sobre el mundo exterior que ellos evitaron responder. Era evidente que el germen de la curiosidad había infectado los corazones de aquellas sencillas gentes, y que por mucho que las autoridades hubieran hecho lo imposible por impedirlo, las noticias sobre la existencia de otros lugares cargados de adelantos y maravillas se había convertido en el sueño quimérico de aquellos seres aislados del resto del mundo. «*No quiero ni pensar en el efecto que tendría aquí un televisor conectado a una antena parabólica*» —comentó Royi, horas después—. «*Cinco minutos de emisión podrían provocar un éxodo en masa sin precedentes, e imaginad el impacto que recibirían estas personas al entrar en contacto con la civilización*».

A media mañana, mientras degustaban unos pastelitos de hojaldre y azúcar que gentilmente les ofreció una oronda cincuentona, dos soldados de la guardia personal del Virrey se personaron en el mercado para entregar a Gérard una carta enrollada. El joven la extendió, resumiéndola en voz alta:

—Es de don Diego. Me pide que lleve al salón del trono a cualquiera de nosotros que domine una lengua diferente del castellano y el francés —Gérard hizo una mueca de extrañeza—. Qué raro, no explica nada más...

—Yo hablo inglés igual de mal que español —bromeó Stephen—. ¿Servirá?

—Ni idea. Ven conmigo y veremos si lo que necesita don Diego es un traductor de inglés.

—¿Vamos nosotros también? —preguntó Valérie.

—David y tú tenéis vía libre para entrar y salir del Templo desde el momento en que don Diego os permitió quedaros en el Fuerte —Gérard se dirigió luego al resto de

sus compañeros, con una sonrisa malvada—. A vosotros, lamentablemente, se os considera un hatajo de bribones condenados al *apartheid*, lo siento...

—Va te faire encouler!^[67] —rió Perot, dedicándole un gesto obsceno.

Diez minutos después, Gérard, David, Valérie y Stephen saludaban al Virrey en el salón del trono. Tenía cara de haber dormido mal, prueba fehaciente de que la crisis de los aiparis era cierta. Después de darles la bienvenida y preguntarles cómo habían pasado su primera noche en el Fuerte, don Diego les pidió que le siguieran. Acompañados por cuatro soldados de su guardia personal, descendieron por las rampas que llevaban a la mazmorra.

—Hace unos años, los aiparis trajeron a un extranjero a nuestras puertas —les explicó don Diego, enfilando el empinado corredor en el que se encontraba la lóbrega covacha del carcelero—. Según los indios, usó magia contra ellos antes de ser apresado. Lo trajeron herido, profiriendo aullidos en una lengua desconocida, y no fueron pocos quienes me pidieron que pusiera fin a su vida. Tras curarle sus heridas, decidí confinarlo en una celda. La verdad es que este desgraciado acabó cayendo en el olvido, y solo vuestra llegada me ha hecho acordarme de él.

La silueta de Eloy se recortó al contraluz de las antorchas que alumbraban el final del corredor. El desagradable olor que emanaba llegó a los visitantes antes de que estos distinguieran sus facciones abyectas. El carcelero, tras dedicarle una reverencia al Virrey, los examinó con desconfianza: si don Diego decidía encerrarlos, su faena se multiplicaría por cuatro. La mirada de Eloy se detuvo en Valérie, que caminaba detrás del Virrey. La lascivia brilló durante unos segundos en sus ojos hundidos. Eloy se dijo que tener a aquella hembra en la mazmorra haría mucho más llevaderos sus días de oscuridad.

—El preso está dispuesto, tal y como ordenasteis —anunció.

—Este es Eloy, el ocioso carcelero de Nuevo Trujillo —le presentó el Virrey—. No dejéis que su aspecto os intimide pues, en el fondo, aun siendo amante del vino y de no dar un palo al agua, es cristiano de buen corazón y nunca hizo mal a nadie —el carcelero mantuvo una sonrisa bobalicona, sin saber si sentirse halagado u ofendido—. Llévanos a la celda del Loco, Eloy.

Precedidos por el hediondo personaje, la comitiva recorrió las celdas vacías hasta llegar a la que ocupaba el único preso de la Plaza. Este permanecía hoy en silencio, temeroso al escuchar los pasos que se acercaban y que bien podrían ser el anuncio de una ejecución pospuesta durante años de agónica soledad. El Virrey comprobó que el Loco tenía mejor aspecto: su barba y cabellos habían recibido agua y jabón y habían sido recortados (a trasquilones) por las manos torpes del carcelero; las partes visibles de su cuerpo se veían aseadas, y sus harapos habían sido sustituidos por ropa vieja pero limpia rapiñada de algún almacén olvidado. El prisionero no tardó en darse cuenta de que los extranjeros que acompañaban al Virrey procedían de la civilización, lo que le hizo brincar de su camastro y agarrar los barrotes de su celda como si quisiera arrancarlos con sus manos:

—Oh, my God! Where are you from? Are you here to release me^[68]? —al otro lado de los barrotes, Eloy se encogió de hombros con desdén, demostrando a los presentes que estaba acostumbrado a escuchar los sinsentidos del Maligno—. Please, help me!!!^[69]

—Habla inglés —dijeron todos a la vez.

—Hablo su idioma, Señoría —se adelantó Stephen, para luego dirigirse al Loco—. Please, wait a second... *everything* is alright, ok^[70]?

—Inglés —repitió el Virrey, lanzando una irónica mirada de reojo al carcelero, que observaba a Stephen con desconfianza—. Así que esta no es la lengua de Satanás...

Gérard dejó escapar una risita:

—Señoría, este idioma es universal en el mundo, como lo fue el latín hace siglos —explicó—. Nuestros hijos lo aprenden en la escuela...

Don Diego asintió con la cabeza y se dirigió a Eloy:

—Vuelve a tu morada —le ordenó—. Adecentaste bien al preso: hoy parece más humano que ayer. Y ya sabes, cuando le oigas hablar y cantar, no hagas cruces ni signos contra el mal agüero, que este desdichado es tan hombre como nosotros, no un engendro del Diablo ansioso por confundirnos.

El carcelero hizo una reverencia de mala gana y se alejó por el pasillo, preguntándose qué pintaban allí aquellos extranjeros que parecían tan amigos del Virrey y que, para más inri, entendían la lengua de Belcebú.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó el Loco en inglés—. ¿Qué lugar es este? ¡Llevo años encerrado en esta celda, sin hablar con nadie! ¿Vais a sacarme de aquí, verdad?

—Espera un momento, por favor —le pidió Stephen. Seguidamente, se dirigió al Virrey en castellano—. Señoría, está muy nervioso. Dice que es la primera vez que habla con alguien en muchos años...

—Dice la verdad —reconoció don Diego—, nadie en Nuevo Trujillo habla su lengua. Preguntadle cómo se llama, de dónde viene y cómo llegó a nuestra selva.

Stephen tranquilizó al preso y le aseguró que no le iba a pasar nada malo. Esto le provocó al Loco un ataque de llanto que duró cerca de dos minutos. Una vez desahogado, comenzó a relatar su historia con un hablar sosegado que fue fielmente traducido por Stephen, frase a frase:

—Se llama Ron Baxter y es de Sídney, Australia —las cejas del Virrey se alzaron y el gibraltareño se apresuró a darle una somera explicación—. Australia es un continente, en el Océano Pacífico —don Diego hizo un gesto de desdén con la mano, instándole a continuar; ya le preguntaría más tarde a Gérard por ese continente desconocido—. Una tormenta le sorprendió mientras pilotaba una avioneta que debía entregar en Lima.

—Una máquina voladora, Señoría —le aclaró Gérard.

—Dice que su aparato fue alcanzado por un rayo, lo que le obligó a hacer un aterrizaje forzoso en plena noche —Stephen traducía sobre la marcha las palabras del piloto—. Resultó herido en el accidente, pero no de gravedad. Poco después, unos indios surgieron de la nada y le rodearon. Dice que se asustó mucho y que se defendió con la única arma que tenía a mano: una pistola de bengalas. Le acertó a uno en un pie. No tenía intención de matarle... Los indios le dispararon dos flechas a las piernas. Intentó dejar un mensaje en el avión utilizando su propia sangre, aunque no le dio tiempo a hacerlo: se lo llevaron de allí a rastras.

«*Help, sin la última p*», recordaron quienes vieron los restos de la avioneta, aunque nadie hizo comentario alguno. Stephen continuó traduciendo:

—Luego le trajeron al poblado, le curaron las heridas y le encerraron aquí. Quiere saber qué lugar es este y quienes somos nosotros —el médico miró a don Diego, que ahora parecía ausente—. ¿Qué le digo, Señoría?

El Virrey sondeó los ojos implorantes del preso. Tras unos instantes de reflexión, habló en voz alta para que Stephen tradujera sus palabras:

—Decidle que su situación será reconsiderada y que en breve recibirá buenas nuevas. Pronto podrá volver a ver salir el sol por las mañanas.

Stephen repitió en inglés el breve discurso del Virrey. En los ojos azules del piloto, después de mucho tiempo, centelleó la luz de la esperanza.

Alrededor del mediodía, mientras tomaban un café tardío en una animada terraza próxima al hotel, el padre Fermín puso al corriente a su amigo Sampaio de su conversación con Varella. El sacerdote aún no se había decidido a llamar a Blanch, sabedor de que lo que había averiguado tendría el efecto de un jarro de agua helada en el ánimo de los ingenieros del campamento base.

—Esta tarde llamaré a Carlos para ver si ha podido averiguar algo más —decidió Sampaio—. Yo de ti pospondría esa llamada a Blanch hasta que tengas bien claro qué vas a decirle.

El padre Fermín estaba recostado en su silla de aluminio, sintiendo en la espalda el frío reconfortante del metal. Sus dedos jugueteaban con la taza de café, y su mirada se perdía en los edificios bajos que eclipsan la selva que rodea Manaos:

—No paro de ponerme en el lugar de esos pobres chicos —murmuró—. Tal vez estén sufriendo un infierno a manos de esos desalmados, y nosotros aquí, sin poder hacer nada.

—Lo más sensato sería poner en alerta a la policía peruana —insistió Sampaio una vez más.

—Haría falta un ejército muy bien preparado para parar a un comando como este. ¿Crees que Perú arriesgará medios y soldados para buscar una aguja en un pajar? —Sampaio guardó silencio, incapaz de rebatirle—. Una aguja larga y puntiaguda, capaz de lanzar estocadas mortales si la encuentran. Esto, mi querido Lucio, es un calvario en toda regla, para ellos y para nosotros.

El policía dio un sorbo a su café, resignado. Habían decidido regresar a Sena Madureira al día siguiente, y era evidente que aquel sábado iba a ser muy diferente de lo que Sampaio entendía como un fin de semana de relax y diversión. Ese día, el ameno y valeroso Fermín Tirado amenazaba con ser la peor compañía del mundo.

LII

APENAS FALTABAN DOS HORAS para que las tinieblas cayeran sobre Nuevo Trujillo. Tomás de Cabanillas, saliente de servicio, encaminó sus pasos hacia la muralla exterior para hacer una visita de cortesía a su amigo Lorenzo Prados, el sargento de guardia entrante. Cabanillas se dirigió al barracón donde los centinelas descansaban a la espera de relevar a los del turno actual. Cuando estos se percataron de la presencia del suboficial, se pusieron en pie de un brinco y se cuadraron:

—Descansad —ordenó Cabanillas, acompañando sus palabras con un gesto amable—. Busco al sargento Prados... ¿Está por aquí?

—Anda por las almenas, mi sargento —informó presto un chaval espigado y de cara granujienta que no llevaba en la milicia ni un mes; Cabanillas lo identificó inmediatamente como Perico, el hijo de Felisa, una de las panaderas de la aldea—. ¿Quiere vuestra merced que vaya a buscarle?

—No hace falta, Perico. Yo voy.

El sargento abandonó el cuerpo de guardia y subió los peldaños que llevaban a las almenas que dominaban el perímetro exterior de Nuevo Trujillo. Cada veinte metros, un arcabucero vigilaba la selva, espesa y oscura a pesar de ser aún de día. Ahora que sabían que los aiparis no estaban, la jungla parecía más siniestra y amenazadora que nunca. Tomás de Cabanillas localizó a su amigo Lorenzo Prados en el ala izquierda de la muralla, con los ojos clavados en la abundante vegetación que rodeaba la aldea:

—Pareces soñar despierto —le sorprendió Cabanillas—. ¿Qué es lo que miras tan fijamente?

—¡Tomás, qué susto me has dado! —exclamó el sargento Prados, dando un respingo—. Lo que miro tan fijamente es precisamente lo que no veo. Es como si algo invisible nos acechara desde la selva.

Cabanillas soltó una carcajada y palmeó a su amigo en la espalda:

—¡No irás a creer ahora en cuentos de demonios!

—Cuando el río suena, agua lleva —citó Prados, sin compartir el buen humor de Cabanillas—. Desde que los indios se marcharon, el puente ha permanecido izado, y no sé cuánto tiempo más permanecerá así. Algún día, nuestros cazadores tendrán que salir en busca de presas, y sin los aiparis ahí fuera, no sé si se atreverán —el sargento elevó su vista al cielo—. Para colmo de males, esta noche habrá tormenta y de las fuertes.

Cabanillas no lo dudó ni por un momento. Prados no se equivocaba en sus predicciones meteorológicas y, si afirmaba que esa noche iba a llover, llovería. Conversaron durante un rato en el adarve. Mientras tanto, alguien escondido en la

copa de un árbol, a muchas decenas de metros, les espiaba a través de un visor telescópico como si fuera el tercer contertulio de la charla.

—Desde aquí cubro buena parte de la muralla —informó Miles, sin separar el ojo de la óptica de su rifle de francotirador—. Ahora mismo tengo a tiro a dos blancos perfectos.

Miles estaba oculto en la copa de un árbol gigantesco, junto a Woods, Jones y Whisper. Con unos trozos de madera, unas cuerdas y unas hojas, habían construido un puesto de tirador bastante confortable, desde donde se dominaba la parte superior de las almenas y el foso de estacas. A su lado, Whisper comprobó la robustez de una rama cercana:

—Esta es buena para atar el cable —dijo, moviéndola con fuerza—, y la altura es perfecta para descolgarme hasta la muralla.

—La noche ayudará —profetizó Jones, mirando al cielo—. Va a llover.

—Mejor, menos gente en las calles —celebró Woods—. Whisper, ve a descansar un rato. Te quiero lista en cinco horas —luego se dirigió a Jones—. Espero que nuestro plan funcione.

Jones dibujó su sonrisa de escualo:

—Funcionará, como siempre —aseguró.

Eran casi las diez de la noche y el padre Fermín aún no había reunido fuerzas para llamar a Blanch. Se había quedado dormido en la habitación del hotel alrededor de las seis. Su sueño no fue tranquilo, sino un cúmulo de pesadillas absurdas que no logró recordar. Cuando despertó, encontró una nota de Sampaio encima de la mesita de noche: «*Me voy a tomar una copa por ahí. Si te ves con ganas de acompañarme, llámame al celular*». Decidió no hacerlo. Lo último que deseaba era amargarle a Lucio su paseo por Manaos con su taciturna presencia.

Varella no había dado señales de vida, lo que por otra parte era de esperar: ahora que el caso había pasado a esferas superiores, la posibilidad de que se filtrara alguna novedad era mínima, por no decir nula. El padre Fermín se sentía cada vez más impotente. Decidió dar un paseo por Manaos, antes de que la habitación se le cayera encima. Tomó una ducha reconfortante, seleccionó un polo *beige* del armario y recogió la documentación, el dinero y la VISA del bolsillo de la camisa que había llevado el día anterior. Fue entonces cuando encontró la tarjeta con el número del teléfono Iridium que había robado del chalet de los Hydra. Su corazón comenzó a acelerarse. ¿Respondería Woods o alguno de sus hombres si llamaba? Podría inventarse una historia y fingir que se había equivocado de número, esas cosas pasan, quizá hasta con los teléfonos vía satélite...

No se lo pensó dos veces. Siguiendo un impulso, sacó su móvil y siguió las instrucciones que le había dado Blanch en el Borges. Al cabo de unos segundos, escuchó el mensaje:

«*Welcome to the Iridium Satellite Global Network...*».

David había pasado la tarde de ese sábado esperando, con los nervios a flor de piel, a que la noche trajera soledad a los corredores del Templo de los Antecesores. Después de comer con sus amigos en el mercado, él, Gérard y Valérie habían regresado al Fuerte. La joven había preparado tres cantimploras de agua y algunas provisiones para la incursión nocturna; Virgilio le había prestado una linterna algo más grande que la Maglite de Gérard y unas cuantas pilas de repuesto, y Royi, por su parte, le había dado la caja que contenía el lanzador de bengalas:

—Por si las moscas —dijo—. Esto puede servir de arma si os tropezáis con algún bicho allá abajo.

David compartió parte de la tarde con Gérard en los archivos de Nuevo Trujillo, una biblioteca bastante más grande y nutrida de lo que había imaginado en un principio. Las estanterías alternaban volúmenes que tenían siglos de antigüedad con otros nuevos, copiados de los originales por los amanuenses que trabajaban en los amplios pupitres de madera que ocupaban el centro de la sala. David se sorprendió al comprobar que se habían escrito muchos libros desde que Orellana tomó posesión de la Plaza. Era evidente que entre los colonos originales se contaban hombres de letras que supieron plasmar su cultura y vivencias en papel, hasta constituir una biblioteca de valor incalculable, formada por tomos y pergaminos sueltos. La historia de Nuevo Trujillo reposaba en aquellos anaqueles de madera, una historia que, paradójicamente, había pasado inadvertida a la Historia con mayúsculas.

David y Gérard curiosearon por la biblioteca sin que nadie les molestara. El único que se asomó fugazmente al archivo fue fray Rolando de Varas. El fraile no pudo evitar fruncir el ceño al ver a los extranjeros, aunque se abstuvo de hacer comentario alguno, sabedor de que contaban con el beneplácito del Virrey.

Media hora antes del anochecer, David quiso dar un paseo a solas por los niveles superiores de la pirámide. Su ascensión le llevó a una de las últimas terrazas, desde donde se dominaba el imponente paisaje urbano de Nuevo Trujillo. Una vez más, el periodista quedó admirado ante la visión de las calles iluminadas por faroles, que a vista de pájaro recordaban a un gigantesco y hermoso diorama de fantasía. Remontó los altos peldaños de la escalera exterior hasta coronar la cúspide del edificio. Arriba del todo encontró una arcada cuadrangular que descansaba sobre robustas columnas de piedra, desde la que partía la red de camuflaje que cubría todo el Fuerte. Le hubiera gustado tocarla, pero ni saltando la habría alcanzado: estaba, por lo menos, a tres metros por encima de él. Se quedó un rato observando aquella obra de ingeniería. Ni siquiera el omnipresente ojo electrónico de los satélites había podido desvelar el secreto que ocultaba.

La estridente melodía procedente del bolsillo de su pantalón casi le cuesta un infarto de miocardio. Lo último que se esperaba en ese momento de paz era que el teléfono Iridium saliera de su estado de coma. Con manos temblorosas, David sacó el terminal y se enfrentó a él, aterrado. ¿Y si era Woods? ¿Tendría algún modo de

localizar la llamada si contestaba? ¿Y si era un equipo de rescate quien llamaba? Tercer tono, no podía permitirse el lujo de esperar más, tenía que arriesgarse...

—¿Diga? —consiguió articular, de milagro.

—Buenas noches —dijo alguien en perfecto castellano a través del auricular—. No sé si me he equivocado... ¿Hablo con la misión San Francisco de Asís?

—¡No, pero espere, no cuelgue, por favor! —David habló a gritos—. ¡Escúcheme con atención...!

En Manaos, el padre Fermín reconoció inmediatamente la inconfundible voz de presentador del periodista. Por un momento, el sacerdote pensó que el corazón iba a salirse del pecho:

—¿David Beltrán? —preguntó atropelladamente—. ¿Es usted David Beltrán?

—¿Quién es? —quiso saber David, desconfiado y temeroso.

—¡Soy Fermín Tirado, de la misión de Sena Madureira! ¿Se acuerda de mí?

David sintió que la consistencia de sus piernas se rebajaba a la de dos espárragos de lata. Incapaz de sostenerse en pie, se agachó poco a poco hasta quedar sentado en el suelo:

—¡Claro que me acuerdo de usted, padre! ¿Pero... cómo tiene este número de teléfono?

—Es una larga historia. Lo primero: ¿están todos bien?

David decidió que tenía que aprovechar aquel milagro al máximo, así que no había tiempo para preguntas banales. Aquella llamada podría facilitarles muchísimo las cosas:

—Padre, la batería del teléfono no durará eternamente y no hay posibilidad de recargarla, así que vayamos al grano —dijo, hablando muy rápido—. ¿Hay algún equipo de rescate en camino?

—Que yo sepa no. Nadie sabe dónde están ustedes.

—Está bien, padre, escúcheme con atención entonces...

David le contó en menos de diez minutos toda la odisea pasada desde el ataque de los hombres de Víctor Sánchez hasta la llegada a la aldea donde habían encontrado a Gérard y a sus amigos, aunque se abstuvo de mencionar la pirámide y omitió, por descontado, el hecho de que el lugar estuviera poblado por conquistadores españoles que apenas habían evolucionado desde el siglo XVI. Nuevo Trujillo había sobrevivido gracias a permanecer encerrado en una burbuja, y así debía seguir. Ni el padre Fermín, ni los ingenieros de «Delfín de Río», ni mucho menos las autoridades peruanas, debían conocer la existencia de aquel paréntesis espacio-temporal perdido en mitad de la selva. Aquellas buenas gentes no se merecían la invasión de una civilización que probablemente se mostraría implacable con ellos.

—Si todo va bien, mañana por la noche nos iremos de la aldea —prosiguió David—. Nuestra intención es ir a pie hasta San Julián, pero si pudieran enviarnos un helicóptero nos ahorraríamos muchas penurias: no se imagina cuánto deseo pisar el

asfalto de nuevo. Espere un momento, padre —el periodista sacó el GPS del bolsillo—. Tome nota de estas coordenadas...

David le dictó los números que aparecieron en la pantalla digital y comprobó dos veces que el padre Fermín los había apuntado correctamente:

—Facilite estas coordenadas al equipo de rescate y que se dirijan hacia el punto del Unu Rono más próximo a ellas. Dígales que no se internen en la selva bajo ningún concepto, que nos esperen en el río. Nosotros nos dirigiremos directamente a la orilla cuando salgamos de aquí. ¿Cree que es posible que estén aquí el lunes por la mañana?

—Voy a hacer lo imposible para que así sea —prometió el padre Fermín—. Disponemos de treinta y seis horas, y en cuanto cuelgue voy a llamar al campamento base para que se pongan en movimiento.

—Recuerde: somos ocho personas. Y por favor, no olvide comunicar al señor LeVu que Gérard y Valérie están bien.

—No se preocupe, se lo diré a Blanch. Y también le comunicaré la muerte de ese joven... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Roland Tieba.

—Roland Tieba —repitió el sacerdote—, una lástima. Lo que sí va a cabrear mucho a Louis LeVu es saber que Charles Forest está detrás de todo esto desde el principio. Tuvo que ser todo un *shock* verle aparecer vivo y coleando —el padre Fermín no quiso extenderse demasiado para no gastar más batería de la precisa—. Cuando tengamos ocasión de hablar con más calma le contaré cómo averiguamos que Forest estaba vivo...

—Me muero por saberlo —dijo David—. El lunes por la mañana, en cuanto estemos fuera de aquí, lanzaremos una bengala al cielo. Que el equipo de rescate lance otra. Esa será la señal de que todo va bien, ¿de acuerdo?

—Lanzar bengalas... —tomó nota—. ¿Cómo anda de batería?

David examinó el indicador de carga de la pantalla y comprobó, con horror, que esta había descendido de forma alarmante:

—¡Joder, este chisme consume una barbaridad! ¡Le queda alrededor de un cuarto de barra!

—No se preocupe, haremos lo siguiente: si hubiera algún problema, le telefonaré mañana a esta misma hora. Si no le llamo, es que todo va bien y habrá un helicóptero en el río esperándoles el lunes por la mañana, ¿ok?

—Ok.

—Con suerte, la batería durará hasta el lunes, siempre y cuando no utilice el teléfono.

—Eso espero —dijo David—. Otra cosa importante: si el lunes por la mañana no damos señales de vida, significará que no hemos podido escapar. Si eso sucediera, que el helicóptero dé media vuelta y regrese. De ninguna manera —el periodista pronunció estas tres últimas palabras de forma contundente—, repito: de ninguna

manera entren en la selva. Si tenemos que aplazar nuestra fuga, nos las apañaremos para llegar a San Julián a pie.

—Verá cómo todo va bien —le animó el padre Fermín—. Ahora voy a colgar: hay que ahorrar batería.

—De acuerdo padre. Estaremos en deuda con usted eternamente.

—No tiene importancia. Rezaré por ustedes.

El padre Fermín no escuchó el amén con el que David se despidió. Nada más colgar, el periodista bajó la escalera exterior del Templo de los Antecesores a toda velocidad. Tenía que comunicar la milagrosa buena nueva a sus amigos, y tenía que hacerlo ya.

Treinta minutos después, en el campamento base, Blanch reclamaba a gritos la atención de todo el personal desde las escaleras del casetón principal de comunicaciones. Ingenieros, técnicos y operarios diversos se apelotonaron alrededor del edificio prefabricado, intuyendo que por fin iban a recibir alguna noticia después de una semana de silencio. Los más supersticiosos cruzaron los dedos, temiendo lo peor. Cuando todos estuvieron presentes, Blanch levantó los puños al cielo, en señal de triunfo:

—¡Sabemos dónde están! ¡Gérard, Valérie, los periodistas, el doctor Warwick... todos se encuentran bien!

Los gritos de júbilo resonaron por la selva, a la vez que la masa frente al barracón dio saltos regados con lágrimas de alegría. Blanch explicó los últimos acontecimientos muy someramente, omitiendo los detalles que no todo el mundo debía conocer, como la implicación de Forest en la traición o la muerte de Tieba:

—Esto es confidencial por ahora —prosiguió—, así que no comentéis nada con el exterior hasta que se os permita hacerlo —Blanch guardó unos segundos de emocionado silencio—. ¡Vamos a traer a los nuestros de vuelta a casa!

Dicho esto, Blanch desapareció de nuevo en el interior del casetón de telecomunicaciones, dejando fuera a unos hombres y mujeres que habían recibido, por fin, la dosis de esperanza que necesitaban. El ingeniero jefe llamó a Jacques Mercier a la oficina de Sena Madureira. El ejecutivo se encontraba en aquel momento jugando al solitario en el PC, aburrido como una ostra. Cuando terminó de escuchar la historia de Blanch, no dio crédito a la osadía del cura y sumó dos y dos a su estilo:

—Tú has estado detrás de todo esto —acusó a Blanch—. Te conchabaste con el cura después de su visita a la oficina, ¿verdad?

—Sí, pero a estas alturas me la suda lo que pienses tú o el señor LeVu —espetó Blanch, sin dejar que el gran inquisidor Mercier arruinara su momento—. Las autoridades peruanas ni se enterarán de este rescate, así que nuestro jefe puede respirar tranquilo. Es lo que él quiere, ¿no?

Mercier echó humo por las orejas. Blanch iba a anotarse un tanto glorioso delante de Louis LeVu, a pesar de haberse limpiado el culo con las reglas y haber actuado por

su cuenta y riesgo, relegándolo a él, el jefe principal (aunque accidental) de «Delfín de Río», a un discreto segundo plano o quizá aún peor, al olvido.

—Es sábado noche —gruñó Mercier—. ¿Cómo vamos a preparar un equipo de rescate para que esté en Boca Verde el lunes por la mañana? ¿No podremos estar allí a tiempo!

—Fermín Tirado se hará cargo del rescate personalmente —dijo Blanch—. Tiene contactos en Perú que pueden proporcionarle un transporte rápido hasta el Unu Rono. Tan solo necesita dinero para contratarlo. Me aseguró que en cuanto colgara, empezaría las gestiones.

—¡Me lo figuraba! —la exclamación de Mercier sonó triunfal—. ¡El cura nos pide dinero! ¿No te has parado a pensar que puede tratarse de una estafa?

Blanch no aguantó más. Si lo hubiera tenido enfrente, le habría hecho tragar los dientes a Mercier:

—¿Una estafa? —gritó, sin disimular su cólera—. ¡Jacques, por el amor de Dios, ese sacerdote es nuestra única esperanza para recoger a los nuestros el lunes por la mañana y para que el puto nombre de Louis LeVu no se oiga en Perú! ¡Haz algo útil por primera vez desde que Valérie Delacroix se marchó y pon los medios necesarios para que el padre Fermín termine el trabajo por nosotros!

Mercier tardó unos segundos en encajar la bronca que acababa de recibir. Durante unos instantes, estuvo tentado de replicar a Blanch, pero optó por mantener un tono sosegado:

—Voy a llamar al señor LeVu para que considere esto. Creo que tenemos que pensar con...

—¡Y una mierda! —le interrumpió el ingeniero—. ¡Yo soy quien va a llamarle ahora mismo, y hará lo que yo le diga, le guste o no! Ha llegado el momento de actuar, y vamos a hacerlo rápido...

—Jean, te estás precipitando y estás cavando tu propia fosa. Deberíamos investigar algo más al cura antes de...

—¡No hay tiempo, maldita sea! —por segunda vez, Blanch no dejó a Mercier terminar su frase—. ¡Voy a encargarme de que el lunes por la mañana haya un transporte esperando a nuestra gente en el río, cueste lo que cueste, y si en el precio va incluido mi empleo, pues que le den mucho por culo a mi empleo, a LeVu y a ti!

—¡Joder, Jean...! ¿Jean?

Mercier se quedó mirando el teléfono con cara de gilipollas: Blanch acababa de colgarle.

Media hora después, era Louis LeVu quien colgaba el teléfono en París, no sin antes haber transferido trescientos mil dólares americanos a la cuenta que el padre Fermín le había facilitado a Blanch. El sacerdote había prometido devolver hasta el último céntimo que sobrara, pero quería disponer de dinero suficiente para contratar los vuelos más directos y sobornar a quien hiciera falta. El padre Fermín recibió la llamada de Blanch de camino al aeropuerto Brigadeiro Eduardo Gomes: tenía vía

libre para actuar y era temporalmente rico. Allí mismo concertó, con una empresa de aerotaxis, un vuelo directo e inmediato a Pucallpa. Ni siquiera se despidió de Sampaio. No tenía ni tiempo ni ganas de recibir un sermón, por muy sensato que este fuera. Sabiendo por David que los Hydra llevaban días sin dar señales de vida, tampoco veía tan arriesgado volar en el helicóptero de rescate hasta el Unu Rono. Horas más tarde, Sampaio se encontró una nota encima de su cama en la que el padre Fermín le transmitía su agradecimiento y le explicaba que se iba de operación de rescate. La alcoholemia de Sampaio bajó de 0,6 a 0,1 en menos de un minuto. Ya lo cogería en Sena Madureira. El puto cura cabezón se iba a enterar.

Alrededor de las once de la noche, el padre Fermín llamó a la doctora Consuelo Criado desde el Cessna Citation en el que volaba destino a Pucallpa. La doctora, que tenía colegas de Médicos sin Fronteras en Perú, no tardó en proporcionarle varios contactos a los que el sacerdote podría recurrir. Una vez más, hizo pocas preguntas y se conformó con un escueto y poco prometedor «*ya te lo explicaré*» como respuesta. El padre Fermín tiró de la lista de amigos de Consuelo y llamó a un tal José Luis Riaño, coordinador de logística de MSF en Perú. No dudó en marcar el número a pesar de lo avanzado de la noche. Tras presentarse y mencionar a la doctora Criado, el sacerdote le preguntó a Riaño cómo llegar lo más rápido posible a San Julián.

—La verdad es que allí no tenemos a nadie —dijo Riaño—, pero cada vez que hemos necesitado transporte por la zona del Purús, hemos recurrido a Sven Bauer — el padre Fermín anotó el nombre en un papel—. Es un alemán bastante desagradable de tratar, pero tiene un hidroavión permanentemente amarrado en el río, a las afueras de la localidad de Alerta. Si necesita estar el lunes en el Unu Rono, Bauer es su mejor opción.

—¿Mejor un hidroavión que un helicóptero o un barco?

—No sé si es mejor o peor, pero a Bauer lo encontrará enseguida y su aparato tiene capacidad de sobra para ocho personas. Si hay presupuesto para pagar el precio abusivo que le pedirá, llegará a tiempo a su cita. Espere un momento, padre: voy a buscarle el número.

En un par de minutos, el teléfono de Sven Bauer quedó grabado en el móvil del padre Fermín, quien se despidió agradecido del amable José Luis Riaño, que no vaciló en ponerse a su disposición para cualquier otra cosa que pudiera ofrecérsele. La siguiente llamada fue para el piloto. Después del cuarto tono, un ininteligible sonido gutural resonó al otro lado de la línea.

—¿Sven Bauer?

—A sus órdenes —o el piloto tenía un acento alemán de lo más raro, o estaba pasado de copas, cosa nada extraña siendo sábado noche.

—Soy el padre Fermín Tirado. José Luis Riaño, de Médicos sin Fronteras, me ha facilitado su teléfono. Necesito transporte urgente hasta el alto Unu Rono, cerca de San Julián.

—San Julián —repitió Bauer, con otro gruñido—. ¿Qué se le ha perdido por allí?

—Unos cooperantes —mintió el misionero—. Su embarcación se fue a pique mientras navegaban hacia allí. He quedado en recogerles el lunes por la mañana. Tengo las coordenadas, así que no será difícil amerizar cerca de donde están...

—¿Sabe que hay narcos y guerrilleros en el Unu Rono? —el tono de Bauer presagiaba un alto plus de peligrosidad—. Mi avión es un blanco fácil para ellos...

—Le garantizo que la zona en la que se encuentran es segura —dijo el padre Fermín—. El trabajo es fácil: amerizar, recogerles y de vuelta a casa.

—No iré al Unu Rono por menos de cincuenta mil dólares, por adelantado —dijo Bauer en un tono que no dejaba puertas abiertas a la negociación—. Además, si quiere que tengamos todo listo para estar allí el lunes por la mañana, tengo que empezar a prepararlo todo ya: me echa usted a perder el fin de semana, ¿sabe?, y eso hay que pagarlo.

El padre Fermín estaba comprobando que lo que le advirtió Riaño era verdad: aquel tipo era bastante desagradable de tratar.

—De acuerdo —aceptó, sin tiempo ni ganas de regatear; al fin y al cabo, quemaba pólvora ajena—. Su hidroavión tiene capacidad para ocho personas, ¿no?

—Y para tres o cuatro invitados más. ¿Sabe cómo encontrarme?

—Riaño me dijo que tiene su avión a las afueras de Alerta.

—Así es. Pregunte en el aeropuerto por mí. Cualquier taxista le traerá hasta mi casa.

—Ok, mantenga su móvil operativo, por favor. Tendrá noticias mías pronto.

Bauer colgó. El padre Fermín se levantó de su asiento y se acercó a la cabina, donde los pilotos le recibieron con sendas sonrisas. Después de tratar con Bauer, aquellos hombres pulcramente uniformados le parecieron ángeles. Ojalá al Cessna le crecieran patines para poder ir con ellos en busca de los chicos perdidos...

—Hay cambio de rumbo —anunció—. Si es posible, claro...

—Usted dirá —dijo el piloto.

—Aeropuerto de Alerta, distrito de Ucayali.

Tras intercambiar unas palabras por radio y calcular el combustible, el piloto dijo:

—Sí que es posible, padre. Cambiamos rumbo hacia Alerta.

LIII

TAL Y COMO PREDIJO EL SARGENTO PRADOS, el cielo nocturno estalló en un maremágnum de agua y electricidad, arrojando sobre Nuevo Trujillo un diluvio que habría puesto a hacer gárgaras a Noé. Los centinelas de la muralla, cubiertos con enormes ponchos, sufrían estoicamente en sus puestos, incapaces de ver más allá de sus narices y luchando por mantener encendidos los faroles de aceite. Bajo aquella lluvia torrencial, los arcabuces dejaban de ser fiables, con sus ruedas de ignición empapadas y una visibilidad prácticamente nula.

—¡Aún nos partirá un rayo! —vaticinó a gritos uno de los centinelas a su compañero, justo después de que un trueno ensordecedor hiciera temblar la tierra—. ¿Puedes ver algo?

—¡Nada! —respondió la voz de un segundo centinela en la oscuridad.

Mientras el cielo se abría sobre sus cabezas, los soldados se acurrucaban dentro de sus ponchos, que acababan calándose y siendo más una carga que una protección contra el agua. Sus ojos no miraban más allá de sus propias corazas empapadas, a la espera de que aquella maldita lluvia amainara de una vez. Ninguno de ellos detectó la silueta completamente negra que se acercaba al foso con el sigilo de un fantasma.

—Tengo a tiro a los centinelas más próximos a ti, Jones —informó Miles a través del intercomunicador—. Están más ocupados en mantenerse secos que en hacer su trabajo.

Jones elevó el rifle lanzador de garfios hacia el cielo, como si su objetivo fuera abatir a la tormenta. La lluvia que le agujijoneaba el rostro parecía no importarle en absoluto. Desde que sentía a Erzulie Kalika habitando dentro de él, se había vuelto insensible al dolor, al frío, al calor o a cualquier sensación mundana que pudiera perturbarle. Sus sentidos, en cambio, parecían haberse potenciado más allá de lo humano. Jones se movía en la oscuridad intermitentemente alumbrada por los relámpagos como un murciélago que, aun siendo ciego, percibe los obstáculos con precisión asombrosa. El lanzador no hizo ruido, y el garfio y la cuerda sujeta a él cruzaron el foso de estacas, remontando la muralla como una serpiente. Jones tiró del cabo hasta cerciorarse de que el arpón había quedado bien sujeto a la almena:

—Tensadlo —ordenó por el micrófono.

Khayn y Duke, desde la copa del árbol elegido para montar el teleférico, tiraron de la cuerda hasta que esta quedó tensa; luego la aseguraron a una rama gruesa y firme. Woods estaba junto a ellos, revisando el parco equipo que Whisper llevaría consigo en su incursión. El único que no andaba por las alturas era Forest, que

permanecía oculto a ras del suelo, más o menos a salvo de la lluvia debajo de unas lonas mimetizadas. A pesar de la tormenta, hacía esfuerzos por dormir.

—Ten mucho cuidado ahí dentro —le recordó Woods a Whisper mientras le cerraba la cremallera del chaquetón impermeable que protegía el peligroso cargamento que llevaba adosado al cuerpo—. Te quiero de vuelta y de una pieza.

—No te preocupes, jefe —le tranquilizó ella, dedicándole una sonrisa.

Woods le palmeó cariñosamente la mejilla:

—Suerte, preciosa.

Whisper comprobó que la Beretta de nueve milímetros se encontraba en la funda del cinturón. La katana, como de costumbre, colgaba de su espalda.

—Bueno, allá voy —dijo, pasando un aparejo de cuerdas sobre el cable que se perdía en la oscuridad—. Espero que esto no ceda justo cuando pase por encima de las estacas...

—Aguantará —la tranquilizó Duke, comprobando una vez más la tensión de la cuerda.

Whisper se deslizó por el cable con los pies por delante, desapareciendo enseguida de la vista. Sabía que el final del trayecto era la pared, por lo que se preparó para impactar contra ella en la oscuridad. Afortunadamente, la pendiente no era muy pronunciada y la velocidad de descenso no fue demasiado rápida. Justo cuando sobrevolaba el temible foso, un relámpago inundó la noche con su luz blanquecina, dibujando la silueta de la mujer en el aire. Nadie en las almenas vio nada. Por fin, las botas militares de Whisper chocaron contra la muralla: fin del viaje. Tanteó el borde de las almenas con la mano. Cuando encontró el apoyo adecuado, trepó hasta quedar en cuclillas sobre el adarve.

—Ten cuidado —susurró la voz de Miles en su auricular—. Hay dos centinelas. Uno a cada lado, a unos diez metros de ti.

Whisper se pegó a la cara interna de la almena. No se atrevía a separarse de ella por miedo a ser detectada. Si daban la voz de alarma, tendría que abortar el plan y salir de allí a toda prisa, así que decidió no correr riesgos y emitió un leve chasquido con la lengua a través del micrófono que acariciaba su mejilla. Aquella era la señal para que Miles le despejara el camino.

¡Clac!

El piloto inspiró profundamente y apuntó al centinela que se encontraba a la derecha de Whisper. Por suerte para él, era un blanco estático, y pudo jugar con el *zoom* hasta que tuvo su cabeza bien visible en el centro de la cruceta. Acariciando el gatillo muy suavemente, dejó que el disparo silenciado le sorprendiera. El rifle de precisión exhaló un suspiro portador de muerte que se mezcló con los sonidos de la tormenta. Whisper vio cómo el cuerpo del soldado caía tumbado en el adarve, cubierto completamente por el poncho empapado. Cuando el siguiente relámpago iluminó la noche, localizó unas escaleras de piedra que descendían hasta el suelo.

¡Clac, clac!

Dos chasquidos de lengua: vía libre, no hacía falta abatir al segundo centinela. Whisper se acercó al hombre caído y lo incorporó hasta dejarlo descansando contra la almena, como si nada hubiera sucedido. Con la katana en una mano y el visor nocturno en la otra, bajó las escaleras y se ocultó bajo los soportales que reforzaban la muralla. No quería usar permanentemente el visor para no ser deslumbrada por los relámpagos, así que dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Avanzando muy despacio, con la espalda pegada a la pared y a resguardo de la lluvia, exploró el entorno que le rodeaba. Gracias a otro relámpago, distinguió las casas bajas que conformaban las calles de la aldea. No había un alma en ellas. La joven abandonó el soportal y se internó en las calles apagadas. Le fue fácil localizar la avenida principal. Siempre pegada a los edificios, se aproximó a las enormes puertas que daban acceso al Fuerte. No le hizo falta la luz del día para comprobar que eran completamente inexpugnables. Asaltar esa muralla —aun contando con el moderno arsenal de los Hydra— sería poco menos que un suicidio. Whisper estaba ahora más convencida que nunca de que el plan de Jones era lo más acertado: entrar directamente a través de la red de camuflaje. Pero para eso, tenían que mantener al enemigo entretenido y pendiente del exterior, y a la vez, encerrado en la aldea.

Whisper comprobó que el mortífero cargamento adherido a su cuerpo con cinta aislante estaba en su sitio. Ahora venía la parte más difícil de su misión. Avanzando entre las casas para no tropezarse con ninguna patrulla inoportuna, se deslizó hasta las inmediaciones de la muralla exterior, pobremente iluminada por faroles colocados bajo los soportales, a resguardo de la lluvia. El puente levadizo tenía, a cada lado, una torre sin puertas que apenas superaba en unos centímetros la altura de la empalizada. Dentro de estas torres se encontraban los mecanismos de poleas que servían para subir y bajar la pasarela. Algo más lejos, adosado a la muralla, se encontraba el cobertizo destinado al cuerpo de guardia, donde sí se percibía movimiento. Whisper distinguió a contraluz la silueta de un centinela acorazado que contemplaba el aguacero desde la puerta. En cuanto el soldado se cansó del espectáculo y regresó al barracón, ella aprovechó para acercarse al trote a la torre de la izquierda. El interior estaba iluminado por un par de candelabros incapaces de alegrar el ambiente sombrío que reinaba en la estancia. No había nadie dentro. Manteniendo la respiración, pasó por delante de la puerta hasta llegar a su objetivo principal: el puente levadizo. Abrió la cremallera de su impermeable y comenzó a tirar de la cinta aislante, liberando el complejo artefacto explosivo que Khayn había preparado horas antes. Manipulando con sumo cuidado las cargas, trepó por la superficie del puente como una araña, aprovechando las grietas y salientes de la madera. Colocó la primera carga plástica a unos tres metros del suelo, pegada a la obra de la muralla. Plantó la siguiente a la misma altura, en el centro, con cuidado de no estropear el cable que las unía entre sí. La tercera la adosó en la unión entre el puente y la torre de la derecha. Finalmente, ya en el suelo, colocó las últimas en las esquinas del puente. Whisper se separó unos

pasos para admirar las cinco cargas de C4 conectadas entre sí. Por último, conectó el temporizador:

—Cargas colocadas —comunicó a través del micrófono—. Esto se irá al infierno en siete minutos.

—Eres la mejor —dijo Woods—. Cuidado ahora a la salida...

—Sigo cubriéndote —intervino Miles.

Manteniéndose en todo momento pegada a la muralla, Whisper correteó por los soportales hasta llegar a la zona oscura por la que había entrado. Optó por no tomar la primera escalera que encontró, segura de que no era la que había usado para bajar del adarve. Cuando vislumbró la siguiente, no supo con seguridad si era la correcta o no: la falta de luz dificultaba mucho las cosas. Consultó su reloj digital: dentro de tres minutos y medio las cargas volarían el puente levadizo y sabe Dios qué más. No era experta en explosivos, pero tenía la impresión de que habían utilizado C4 para volar la Gran Muralla China; Khayn había insistido en que era mejor pasarse que quedarse corto. Whisper decidió que no tenía tiempo de pensar en eso. Subió por las escaleras a gatas y se asomó al adarve, echando un vistazo a través del visor nocturno. Desde su posición, divisó un bulto cercano a la almena, probablemente el soldado abatido por Miles. Whisper buscó el garfio que representaba su vía de escape, pero no lo encontró por ningún sitio. Justo en ese momento, recibió a Miles a través de su auricular:

—Te veo, preciosa. Estás a treinta metros del punto de inserción.

Whisper maldijo para sus adentros: había tomado una escalera equivocada, y tenía poco más de dos minutos para salir de allí. Ahora estaba segura de que el centinela que tenía frente a ella no era el mismo al que Miles le había pegado un tiro, por mucho que permaneciera inmóvil como un muerto. Envuelto en su poncho, el soldado estaba apoyado en la almena, fuera del alcance de las miras de Miles. Whisper supo que tendría que ser ella quien acabara con él... y rápido. El reloj seguía corriendo en su contra. Acercándose sigilosamente, levantó la katana por encima de la cabeza con intención de partir a su víctima en dos. En lugar del sonido seco del tajo, fue una campanada metálica lo que acompañó al retroceso que sintió en los brazos al rebotar la hoja contra la coraza. Fue como si Whisper hubiera descargado un golpe con todas sus fuerzas contra la torreta de un carro de combate. Como accionado por un resorte, el soldado se levantó de un salto. Whisper, todavía aturdida por el golpe que casi le hace soltar la katana, distinguió el cañón de un arma surgiendo de debajo del poncho.

—¡¡¡ALERTA!!! —el centinela voceaba a pleno pulmón—. ¡¡¡NOS ATACAN!!!
¡¡¡ALERTA!!!

Whisper apartó la boca del arcabuz de una patada, consiguiendo que la bala destinada a ella se perdiera en la tormenta. Una campana comenzó a tañer, y luego otra, a la vez que muchas voces repetían la voz de alarma por doquier. El soldado se despojó del poncho empapado y se lo echó por encima a Whisper, que no pudo

esquivarlo por la estrechez del adarve. Medio segundo después, el centinela le arrojó el arcabuz descargado con todas sus fuerzas. Ella lo paró con los brazos, y de nuevo estuvo a punto de dejar caer la katana. El soldado aprovechó el instante que tardó Whisper en deshacerse del poncho para desenvainar su espada.

Aquel adversario era un guerrero bien entrenado y una amenaza realmente peligrosa, así que Whisper retrocedió un par de pasos y adoptó una postura defensiva. La katana, que habría atravesado sin problemas una armadura de hierro, era ineficaz contra el reluciente blindaje que protegía a su enemigo. De repente, el rostro del centinela estalló en una nube de sangre pulverizada.

—Siento interrumpir tu duelo de forma tan poco honorable —se disculpó Miles a través del auricular—, pero tienes que largarte de ahí cagando leches: se acercan muchos por detrás.

Whisper enfundó la katana y corrió a toda velocidad por el adarve. Pasó junto al cuerpo del primer centinela abatido por Miles y localizó el garfio a unos diez metros por delante de ella. Una salva de disparos se confundió entonces con un trueno, y la joven sintió las balas desplazando la lluvia a su alrededor. Se encaramó a la almena y saltó hacia la cuerda, tratando de apartar de su mente la imagen de las estacas que aguardaban un error suyo en el fondo del foso. Ayudándose de pies y manos, ascendió por el cable todo lo rápido que pudo, consciente de que era un blanco fácil para los arcabuces enemigos.

El sargento Prados encabezaba la columna de soldados que, armados con arcabuces, espadas y alabardas, corrían por la muralla a la caza del intruso. Sus siluetas pasaban tan rápido por el visor de Miles que este no pudo concentrarse en un solo blanco, por lo que disparó tres tiros casi a voleo. Una de las balas impactó en el brazo de uno de los soldados, que se arrojó al suelo gritando. Prados comprendió entonces que estaban a merced de un enemigo invisible.

—¡Agachaos! —ordenó, empujando hacia abajo a sus hombres más cercanos—. ¡Nos disparan desde los árboles!

Los soldados desaparecieron de la vista de Miles. Este aprovechó el respiro para desviar el visor hacia Whisper, que ya había superado la amenaza del foso de estacas y se descolgaba de la cuerda, aterrizando en cuclillas sobre la hierba. Antes de echar a correr hacia la espesura, la joven comprobó su reloj: poco más de un minuto para los fuegos artificiales.

—¡Cortad la cuerda!

En la copa del árbol, Duke cortó el cable con su cuchillo:

—Listo —dijo, dejándola caer.

—¡Os quiero a todos fuera de los árboles! —ordenó Woods, temeroso de que los arcabuceros abrieran fuego a discreción—. ¡Todos abajo!

Miles se colgó el rifle de francotirador a la espalda y abandonó su puesto en la copa del árbol. Abajo, en el suelo, Jones empujaba a Whisper al interior de la selva, donde Forest se acurrucaba con el corazón latiéndole a toda velocidad. Woods, Khayn

y Duke también descendieron de las alturas para refugiarse en la espesura. Si las cargas fallaban o el puente no quedaba totalmente destruido, era más que probable que una horda armada hasta los dientes saliera en su busca, sedientos de sangre. Si eso sucedía, sería el final del team Hydra. Whisper, que recuperaba el aliento apoyada en un tronco, agarró a Woods por la manga cuando este pasaba por su lado:

—Sus armaduras —jadeó—. Sus armaduras son impenetrables...

Un estruendo más fuerte que cien truenos interrumpió a Whisper y estremeció la noche, iluminándola con un resplandor anaranjado que hizo que todos, sin excepción, enterraran sus cabezas en los hombros. No solo fue el puente levadizo lo que voló por los aires: las dos torres que albergaban los mecanismos de elevación saltaron en pedazos junto con varios metros de muralla; parte del adarve se vino abajo, arrojando a uno de los centinelas al foso de estacas. Trozos de piedra agujerearon las casas cercanas, y el cuerpo de guardia se desplomó como si estuviese hecho de arena. Por suerte, no quedaba nadie en su interior.

—¡Sí! —gritó Woods, cerrando los puños en señal de triunfo.

El polvo se convirtió en barro al contacto con el agua, y esta en una lluvia marrón que cayó sobre la guardia como un mal presagio. El sargento Prados, acurrucado en el adarve junto a sus aterrorizados hombres, no terminaba de creerse lo que acababa de suceder. Arrastrándose sin abandonar la protección de la almena, Prados se acercó a un centinela completamente envuelto en un poncho que se movía muy despacio y se tocaba la cabeza como si estuviera herido. El resplandor de un relámpago reveló la identidad del soldado:

—¡Perico! ¿Estás bien, zagal?

—Algo me golpeó muy fuerte en la cabeza, mi sargento —dijo el chico, restregándose un lado del cuero cabelludo—, pero no se preocupe vuestra merced por mí: mi santa madre dice que la tengo dura como un leño, y por lo visto, tiene razón...

Perico, el hijo de la panadera, había tenido suerte: la bala de Miles, incapaz de atravesar el morrión, tan solo le había dejado sin sentido. Esa noche, el chaval volvió a nacer.

Mientras tanto, en la aldea, las campanas seguían repicando, y hombres, mujeres y niños abandonaban sus casas en desbandada corriendo hacia la segunda muralla con lo puesto, en busca de la seguridad del Fuerte. Royi y sus compañeros habían saltado de la cama sobresaltados por el estruendo y, tras vestirse a toda prisa, metían ahora en sus mochilas lo que buenamente podían. Horas antes, David les había puesto al corriente de la llamada del padre Fermín, y todo el entusiasmo que sintieron ante la milagrosa noticia quedaba ahora relegado a un segundo plano a causa de esta nueva situación de alarma.

—¡Deprisa! —les instaba Gilly, metiendo sus pertenencias a toda velocidad en un raído morral de lona—. ¡Tenemos que ir al Fuerte!

Perot, que al igual que Gilly recogía lo que podía, preguntó en francés:

—¿Qué fue eso? ¿Cayó un rayo en la aldea?

—Eso no fue un trueno, bróder —aseguró Virgilio—. Eso fue una explosión, y muy potente.

—Están aquí —dijo Stephen con voz lúgubre—. Los Hydra están aquí.

—Pues no sé cómo van a asaltar este lugar, por muchos explosivos que tengan —rezongó Royi, cerrando su mochila—. No van a poder luchar contra todo el ejército de Nuevo Trujillo. En el fondo, este follón nos viene de perlas: nos reuniremos con David en el Fuerte y nos largaremos por la puerta de atrás esta misma noche, si podemos. Ahora, salgamos de aquí...

Encabezados por Gilly, abandonaron la casa. En la calle, la multitud galopaba en estampida hacia el Fuerte, y cada vez más soldados armados corrían en dirección contraria bajo la insistente lluvia. Los extranjeros se dejaron arrastrar por un torrente humano que desembocó en la avenida, y fue entonces cuando descubrieron, a la luz de un relámpago, lo que le había sucedido a la muralla:

—¡Madre del amor hermoso!

En lugar del puente levadizo se veía ahora un agujero enorme, como si una gigantesca bola de demolición se hubiera llevado por delante el muro. Ya no había forma de cruzar el foso: el enemigo había incomunicado Nuevo Trujillo con el exterior.

—¿Por qué han hecho eso? —se preguntó Royi en voz alta—. ¿Por qué han volado el único acceso a la aldea?

—Ni lo sé ni me interesa —gruñó Stephen, sin dejar de correr—. ¡Si quieres hacer conjeturas, hazlas cuando estemos al otro lado de la muralla!

Hicieron caso al médico y trotaron hacia las puertas abiertas del Fuerte. Una vez dentro, se mezclaron con una multitud asustada que preguntaba a gritos qué sucedía. Era tanta la gente aglomerada en la avenida que moverse hacia el Templo era imposible. A contra corriente, soldados armados intentaban que la muchedumbre se desplazase hacia las calles laterales y despejara el paso de las tropas que acudían a defender la aldea.

—En cuanto esto se despeje un poco, tenemos que correr hacia la pirámide lo más rápido que podamos —dijo Gilly—. Eso si no morimos aplastados antes...

El estruendo de la explosión sorprendió a David, Gérard y Valérie mientras se dirigían a la puerta de Dietrich. Los tres intercambiaron miradas de preocupación y comprobaron, alarmados, cómo la guardia comenzaba a recorrer los pasillos del Templo de los Antecesores a toda prisa. David empujó a sus amigos al interior de una habitación de paredes desnudas que parecía no tener uso alguno:

—¡Algo ha pasado ahí afuera! ¡Eso no ha sido un trueno!

—Parecía una explosión —afirmó Gérard—. ¿Crees que podrían ser *ellos*?

—¡Escuchad! —Valérie pidió silencio con las manos—. Se oyen campanas... muchas campanas.

—Es la alarma de la ciudad —explicó Gérard—. Cuando suena, todo el mundo se acuartela en el Fuerte. Según tengo entendido, esto no sucede desde hace años...

—¿Eso quiere decir que Royi, Stephen y los demás vendrán hacia este lado de la muralla? —preguntó David.

—Claro —dijo Gérard—, no creo que les dejen fuera...

—¡Bien! —celebró David—. Aprovecharemos la confusión para reunirnos con ellos y entrar todos juntos en el túnel.

—¿Todos juntos? —preguntó Valérie—. ¿Y si no hay salida? ¿Y si esa explosión ha sido provocada por Woods?

—Apuesto cien contra uno a que sí hay salida —aseguró David, absolutamente convencido de lo que decía—. Una vez dentro, cerraremos la puerta a nuestras espaldas. Ni los Hydra ni el ejército de Nuevo Trujillo podrá perseguirnos. Desapareceremos como lo hicieron los Antecesores hace cuatrocientos años —Gérard y Valérie comenzaron a contagiarse del entusiasmo del periodista—. Encontraremos la puerta que da a la selva y esperaremos hasta el lunes escondidos en el subterráneo.

—Entonces necesitaremos comida y agua para todos —dijo Valérie, mostrando el pequeño hatillo que colgaba de su cinturón—. Esto lo preparé pensando solo en el paseo de esta noche...

—Vayamos a casa a por provisiones —propuso Gérard—. Con suerte encontraremos a nuestros amigos ahí fuera...

Se dirigieron hacia la salida más próxima, pero no recorrieron ni la mitad del camino cuando cuatro soldados les dieron el alto:

—No podéis salir del Templo —dijo escuetamente el que parecía ser el jefe. Tenía su alabarda adelantada, en una actitud de velada amenaza. Gérard se sintió sorprendido. Era la primera vez que un soldado le intimidaba de esa forma:

—Vamos a nuestra casa —dijo, intentando fingir tranquilidad—. Vivimos muy cerca y...

—No podéis salir del Templo —repitió mecánicamente el soldado—. Órdenes del capitán Rodríguez de Liria.

—¡Pero tenemos permiso del Virrey...! —protestó Gérard.

Las hojas de las alabardas le hicieron callar. Ahora, los cuatro soldados les apuntaban con sus armas, y la amenaza velada había pasado a ser una amenaza explícita. Los tres levantaron las manos en señal de rendición. Algo realmente grave debía estar sucediendo fuera. Sin mediar más palabras entre captores y cautivos, fueron conducidos al salón del trono, cerraron la puerta detrás de ellos y dejaron un retén en el pasillo para que no salieran.

—Era demasiado bonito para ser cierto —murmuró Valérie, dejando su hatillo en una de las mesas, junto a la pared—. Y demasiado fácil...

Fernando Rodríguez de Liria se abrió paso a empujones a través de la multitud que corría en desbandada hacia el Fuerte. Ignorando el aguacero, llegó hasta las inmediaciones de lo que había sido la entrada de la muralla exterior, que ahora no era más que un enorme agujero. Varios oficiales recién levantados, a medio vestir y ajustándose las corazas sobre su ropa empapada, intentaban coordinar a sus hombres

a la vez que se preguntaban unos a otros qué había sucedido con el puente levadizo. El sargento Prados se adelantó a dar novedades a Rodríguez de Liria, que inspeccionaba el desastre con ojos fieros:

—Mi capitán, hemos visto a alguien huir como una sombra por las almenas. Probablemente fue quien colocó la pólvora en el puente —el sargento Prados le tendió el garfio con el cable cortado—. Cruzó el foso colgado de este cabo, mientras otros le cubrían disparando desde las copas de los árboles. Me temo que sus arcabuces tienen más alcance que los nuestros, aunque una buena nueva es que nuestra armadura detiene sus balas...

Rodríguez de Liria sostuvo durante unos instantes el garfio en la mano, lo contempló como si fuera el objeto más repugnante del universo, y lo arrojó con desprecio al barro. La expresión de su rostro daba más miedo que de costumbre:

—¡Artes diabólicas de ese mundo enloquecido que tanto admira nuestro Virrey! Hacen falta muchos barriles de pólvora para volar el puente y hacer ese agujero en la muralla. ¿A cuántos extraños dices que visteis?

—Solo a uno, mi capitán.

—Entonces tienen algo mucho más poderoso que la pólvora. ¿Hemos sufrido bajas?

—Dos, mi capitán. Un hombre alcanzado por un disparo y otro que fue lanzado al foso por la explosión. También hay un herido de bala, pero sobrevivirá.

Rodríguez de Liria llamó a voces a los oficiales. Estos vinieron corriendo y se cuadraron ante él con sus morriones chorreando agua. Cuando los tuvo a todos delante, les habló alto y claro:

—El enemigo nos ha encerrado en una ratonera. No podemos salir, pero tampoco les dejaremos entrar. Preparad una barricada frente a las puertas y esperad fuego desde el exterior. Sus armas tienen un gran alcance, pero nuestras armaduras paran sus proyectiles, ¡así que no quiero ver a nadie sin acorazar! Que los artesanos comiencen a construir pasarelas lo bastante resistentes como para que podamos cruzar el foso. Me da igual cuántos enemigos haya ahí afuera. ¡Vamos a expulsarlos de nuestras tierras!

—¿Pero... quién nos asedia? —preguntó un soldado anónimo, desde las filas de atrás—. ¿Quién posee armas tan poderosas como para destruir una muralla de piedra?

Justo en ese momento, Rodríguez de Liria divisó por el rabillo del ojo la rolliza silueta encapuchada de fray Rolando de Varas, surgiendo de las tinieblas como un espectro. Caminando con pasos cortos, el fraile se puso a su lado y se dirigió a las tropas:

—¿Y aún os preguntáis quién nos amenaza? —la voz del franciscano se elevó por encima de la tormenta, que de vez en cuando iluminaba el cuadro con los fogonazos de los relámpagos—. ¿Quién puede ser dueño de un poder de destrucción tal? —los soldados guardaron silencio—. ¡Pues yo os lo digo: los secuaces de los espías que

nuestro Virrey ha dejado entrar en nuestra casa! ¡Sus malas artes han llevado a don Diego de Orellana a la locura, y ahora él nos ha vendido al enemigo!

Un murmullo asustado vibró en la noche. Fray Rolando dirigió una mirada de soslayo a Rodríguez de Liria, que seguía su discurso con atención:

—¡Tenemos que poner freno a la locura del Virrey! —gritó fray Rolando—. ¡Por mucho que nos duela, en esta hora oscura no podemos confiar en él!

—¡Es cierto! —se atrevió a gritar otra voz anónima, que no tardó en ser coreada por otras.

—¡Por suerte —prosiguió fray Rolando, acallando los comentarios de la soldadesca—, tenemos entre nosotros a alguien capaz de detener al enemigo y de castigar a los espías! —el franciscano clavó sus ojos en el capitán—. ¡Capitán Fernando Rodríguez de Liria, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, os insto a que toméis el mando de la Plaza y protegáis a nuestro pueblo de la insensatez de nuestro gobernante! ¡Nuevo Trujillo os necesita!

Esta vez, el murmullo fue más sonoro y virulento, a pesar de que no todos los presentes estuvieran de acuerdo en que la mejor opción para la Plaza era que Rodríguez de Liria relevara al Virrey en el mando.

—¡No podemos hacerle eso a don Diego! —gritó otra voz—. ¿Dónde está la justicia que nuestros antepasados nos enseñaron?

—¿Y dónde está el Virrey ahora? —preguntó alguien, indignado—. ¡En el Templo, con sus amigos extranjeros!

—¡Eso es cierto!

—¡No, no lo es! —respondió otra voz—. ¡Tenemos que escucharle a él también!

Fray Rolando elevó las manos al cielo, reclamando silencio:

—¡Se hará justicia cuando todo esto termine! —prometió—. ¡Pero ahora el Virrey está bajo el influjo satánico de los extranjeros, yo mismo lo he visto con mis propios ojos! ¡Tenemos una batalla que ganar, y vuestros hijos están en peligro! ¡Y yo os digo que Diego de Orellana no hará nada para salvar a vuestras familias!

—¡Tiene razón! —aulló otra voz—. ¡Tenemos que luchar!

Rodríguez de Liria dio un paso al frente, gritando con voz de trueno:

—¡Soldados de Nuevo Trujillo! ¡Nuestra prioridad ahora es defender nuestra casa, y lo haremos todos juntos! ¡Somos un ejército invicto desde que los abuelos de nuestros abuelos tomaran posesión de estas tierras, y os juro ante Dios que eso no va a cambiar! —un coro de vítores respondieron sus palabras—. ¡Desde este momento, asumo el mando de la Plaza hasta que don Diego de Orellana responda ante un tribunal por el delito de traición!

La ovación que se elevó por encima de la tormenta, si no general, sí fue lanzada al viento por la mayoría de los presentes. Fray Rolando disimuló una sonrisa de triunfo bajo la capucha de su hábito.

—¡Teniente Artegui! —llamó el capitán—. ¡Prended a don Diego de Orellana y a los espías y llevadlos a las mazmorras!

—¿Sin juicio? —gritó alguien, indignado.

—¡Tendrá un juicio justo en cuanto expulsemos al enemigo de nuestras tierras! —gritó el capitán—. ¡Mientras tanto, es más seguro para todos que permanezca bajo arresto! ¡Artegui...!

—¡A la orden! —respondió el oficial, volviéndose a sus hombres—. ¡Atención!

Treinta soldados trotaron tras el joven teniente. Fueron hacia el Templo, decididos a cumplir la orden del capitán. La guerra había estallado, y ahora haría falta algo más que el aperturismo y la bondad de don Diego de Orellana para mantener el orden y la seguridad en Nuevo Trujillo. Mientras corrían, uno de los soldados le comentó a su compañero:

—Siempre supe que esos forasteros no traerían nada bueno...

—En estos momentos, confío más en el capitán que en el Virrey —confesó el otro—. Quiera Dios que salgamos de esta con vida...

—¡Más rápido! —ordenó el teniente Artegui, a la cabeza.

El destacamento apretó el paso bajo la lluvia. Delante de ellos, el sargento Tomás de Cabanillas, jefe de la guardia personal del Virrey, corría a toda prisa hacia el Templo de los Antecesores, rezando para que sus piernas le permitieran encontrarse con don Diego antes de que lo hicieran los hombres de Artegui.

LIV

LA ORDEN DE DETENCIÓN de Diego de Orellana se propagó tan rápido que todo el mundo la conocía antes de que el destacamento encargado de apresarlos llegara al pie del Templo. Mientras el teniente Artegui y sus treinta hombres encarrilaban la avenida principal, el sargento Cabanillas escalaba los peldaños exteriores de la pirámide entre resuellos provocados por la tensión y el esfuerzo. A su espalda, en las calles, los habitantes del pueblo se congregaban al abrigo de la fortaleza: hombres nerviosos y expectantes, mujeres con bebés aferrados en sus brazos y niños brincando excitados (y en cierto modo encantados) con aquel jolgorio que ni siquiera entendían. Desde la terraza del primer nivel de la pirámide, Cabanillas giró la cabeza y vio a los soldados de Artegui aproximándose a paso ligero. El sargento entró a toda prisa en el edificio, aunque su carrera fue muy corta: en el primer corredor se topó de frente con don Diego de Orellana que, ataviado con su coraza más lujosa, se dirigía al exterior, escoltado por diez miembros de su guardia personal. El Virrey se detuvo al verle, leyendo en el rostro del sargento miedo y desasosiego. Los soldados se cuadraron ante su jefe. Antes de que abriera la boca, don Diego supo que Cabanillas traía malas noticias:

—Señoría —jadeó Cabanillas, con ojos de carnero degollado—. El capitán Rodríguez de Liria, apoyado por fray Rolando de Varas, ha tomado el mando de Nuevo Trujillo. El ejército le apoya, Señoría, y a vos se os acusa de traición...

Los soldados que acompañaban a don Diego dibujaron expresiones de espanto en sus rostros. No así el propio Virrey, quien recibió la noticia impasible, como si no le sorprendiera demasiado.

—En estos momentos, un destacamento viene hacia aquí para apresaros —prosiguió el sargento, desenvainando su espada y mostrando su afilada hoja a los presentes—. Sabed que tanto yo, como el resto de mis hombres, estamos dispuestos a morir por vos... y si alguno de ellos da un paso atrás, teñiré mi acero con su sangre.

—Nadie morirá aquí esta noche, Tomás —el Virrey empleó un tono sosegado, como si los hechos no fueran realmente tan graves—. ¿Qué ha sucedido exactamente en la muralla exterior? En estos momentos me dirigía hacia allí...

—Han volado el puente y las torres, como si hubieran hecho estallar un polvorín entero —explicó el sargento—. El capitán y fray Rolando han convencido al ejército de que su Señoría y los extranjeros son los culpables del ataque...

Don Diego sintió un mortificante desasosiego en su interior. Los peores presagios de Rodríguez de Liria se habían hecho realidad: el enemigo se había mostrado al fin, haciendo gala de una fuerza muy superior a la que hubieran podido imaginar. El

fantasma de la culpa le abrazó con sus gélidos tentáculos. ¡Qué ingenuo había sido! ¡Qué poco le había costado dejarse seducir por Gérard y su mundo mágico! Don Diego se sintió culpable: había abierto las puertas al enemigo, y ahora su pueblo pagaría su error con dolor y sangre.

—¡Los soldados se acercan, Señoría! —le recordó Cabanillas, con mirada implorante—. ¡Dad la orden y venderemos caras nuestras vidas!

—Como ya dije antes, nadie morirá aquí esta noche —repitió el Virrey, para luego dirigirse a su guardia—. Envainad vuestras espadas. Responderé de mis errores ante Nuevo Trujillo.

Cabanillas se atrevió a colocar su mano en el peto del Virrey, impidiéndole avanzar hacia la salida:

—¿Acaso creéis que Rodríguez de Liria mostrará piedad? —se le veía desesperado—. ¡Lo que él busca es arrebatarnos para siempre el mando de la Plaza!

Don Diego puso una mano enguantada sobre la del sargento de su guardia personal. Le dio un apretón y le dedicó una sonrisa de resignación:

—Tomás, no olvides que vuestro principal objetivo ahora es defender la Plaza. Unid vuestras fuerzas a las del resto del ejército, sin rencores, y luchad como un solo hombre para vencer al enemigo. Ahora tengo que afrontar mi responsabilidad y mi destino... y he de hacerlo solo.

Diego de Orellana apartó al veterano sargento con tanta dulzura como firmeza, caminando lentamente hacia la salida y dejando atrás a los miembros de su guardia personal, hundidos en una ciénaga de pena e indignación. Cabanillas ocultó el rostro entre sus manos y rompió a llorar como un niño. Ya en la terraza exterior, el Virrey divisó la formación de soldados subiendo la escalera a paso ligero. Enseguida reconoció al teniente Artegui a la cabeza. Don Diego recordó lo que Gérard le había contado acerca de una cruel guerra civil que tuvo lugar en España, hacía tan solo unas décadas. Aquella guerra hizo que los hermanos pelearan entre sí, sembrando de muertos campos y ciudades y dejando encendidos, durante mucho tiempo, rescoldos de odio en un país devastado. Lo último que don Diego quería para su pequeña ciudad-estado era algo así, y si se empeñaba en aferrarse al trono, dividiría Nuevo Trujillo entre sus seguidores y los de Rodríguez de Liria. La sangre correría sin remedio y, lo que era peor, el Virrey tampoco tenía fuerza moral para oponer resistencia: se consideraba culpable de aquella situación.

El teniente Artegui y sus tropas llegaron a la terraza donde les esperaba Don Diego. Luchando contra la congoja que le producía enfrentarse a él, el oficial comenzó a pronunciar la orden de detención:

—Don Diego de Orellana, por orden del capitán don Fernando Rodríguez de Liria...

—Ahórrate eso, Jacinto —le interrumpió el Virrey, llamándole por su nombre—. Sé a lo que vienes. Llévame ante el capitán Rodríguez de Liria...

—Eso no es posible, Señoría —repuso el teniente—. Tenemos orden de llevaros a las mazmorras, donde permaneceréis encerrado hasta que os llegue la hora de responder de vuestros errores ante Dios y ante el pueblo.

Abajo, en la calle, una multitud se agolpaba para asistir, incrédulos, a la detención del Virrey. Las discusiones entre los presentes no tardaron en producirse: mientras unos defendían vehementemente a don Diego, otros le culpaban a él y a los extranjeros del ataque enemigo. Artegui tendió la mano hacia su ilustre prisionero:

—Vuestra espada, Señoría... —murmuró con timidez.

Don Diego sacó la espada de su funda, admirándola durante unos instantes antes de entregarla al oficial. Detrás del Virrey, la guardia personal contemplaba la escena con infinita tristeza. Don Diego les dedicó una última sonrisa de agradecimiento para luego dirigirse al teniente:

—Jacinto, he ordenado a mi guardia personal que luche a vuestro lado en esta guerra —dijo, clavando sus ojos en los de Artegui—. Confío en que serán tratados como los demás soldados de la Plaza.

El teniente Artegui echó un vistazo a la guardia personal del Virrey. Eran la elite de las tropas de Nuevo Trujillo, un grupo en el que solo los más preparados tenían cabida. Unas tropas que era mejor tener a tu lado que en tu contra y que ahora asistían, taciturnos, al apresamiento del hombre al que habían servido durante años.

—El enemigo está ahí fuera —recordó el teniente—, y lucharemos contra él todos juntos.

Don Diego giró sobre sus talones. Conocía el camino que conducía a las mazmorras. Su guardia se cuadró a su paso, tragándose las lágrimas con rabia. Artegui, con la espada del Virrey en la mano, caminó junto a él por los desiertos pasillos del Templo.

—¿Qué órdenes hay respecto a los extranjeros? —le preguntó don Diego.

—Serán detenidos y encarcelados, Señoría.

—Confío en el buen criterio y en la buena voluntad de todos vosotros, Jacinto. Aunque todo apunta a que son culpables, habrá que oírles antes de tomar una decisión sobre su suerte. Así ha sido siempre la justicia en Nuevo Trujillo, no lo olvides.

Artegui se guardó su opinión. La comitiva llegó, por fin, a la rampa que descendía a las mazmorras. Eloy, que ya había sido advertido del cambio de gobierno en la Plaza, aguardaba acongojado a su nuevo preso. Esquivaba su mirada como si este fuera la Medusa. Cabizbajo y callado como un muerto, acomodó a don Diego en la celda más próxima a la entrada. El Virrey fue despojado de su armadura y del cinturón, cuya hebilla podía servir como arma. Cuando la llave giró en la cerradura, Artegui y sus hombres abandonaron la prisión. Eloy lanzó una última mirada al Virrey antes de regresar a su pestilente cuartucho:

—Lo siento, Señoría... —fue lo único que alcanzó a decir.

A varias celdas de distancia, el Loco cantaba entre dientes una vieja canción de Elvis, preguntándose quién sería su nuevo compañero de encierro.

La canción que cantaba era *Jailhouse Rock*^[71].

David, Gérard y Valérie fueron prendidos en el salón del trono por el destacamento de Artegui. Esta vez sí que hubo empujones e insultos. Gérard, asombrado ante este inusitado comportamiento, se dirigió a los soldados:

—¿A qué viene todo esto? ¿Ha sido el Virrey quien ha ordenado detenernos? ¿Qué ha sucedido ahí afuera?

Uno de los alabarderos le pinchó en la pierna, aunque sin llegar a hacerle sangre:

—¡Silencio!

El teniente Artegui se adelantó y colocó la espada del Virrey muy cerca del rostro de Gérard. Su actitud era bastante amenazadora:

—¿La reconoces, francés?

—Es la espada de don Diego —respondió Gérard, siguiendo con la vista el temible filo que bailaba a pocos centímetros de su nariz.

—¿Y no te preguntas por qué la tengo yo?

David y Valérie, con los brazos en alto y rodeados de espadas y alabardas, rezaban para que el oficial no usara el arma contra Gérard. Este decidió que lo más prudente sería no responder a la pregunta del teniente.

—Diego de Orellana está en prisión —dijo Artegui—. Se le acusa de traición.

—¿De traición? —protestó Gérard, que se temía lo peor—. ¡Don Diego no es ningún traidor!

—Tú y tus amigos tenéis la culpa de todo —le acusó—. Le habéis corrompido con vuestras mentiras y le habéis sonsacado información sobre nuestras defensas, y ahora los *vuestros* atacan nuestra ciudad.

—¿Los *nuestros*? —Gérard deseó con todas sus fuerzas despertar de aquella terrible pesadilla—. ¿Pero quiénes son los nuestros? ¡Nosotros no tenemos nada que ver con todo esto!

David y Valérie entrecruzaron una mirada furtiva: ¿quién, si no Woods, podía estar detrás de aquel ataque?

—¡Basta de palabrería! —rugió Artegui, dando por concluida la charla—. ¡Ya tendréis ocasión de defenderos ante el tribunal! ¡Registradles!

Los soldados les obligaron a vaciar sus bolsillos. Uno de ellos tomó en sus manos el GPS y el teléfono Iridium como si fueran los objetos más preciosos que hubiera admirado jamás. En un arrebato de ira, Artegui se los arrebató con violencia y los estrelló contra el suelo, haciéndolos añicos:

—¿Tú también vas a caer en la fascinación de estos ingenios diabólicos? —le reprobó.

El soldado guardó silencio, avergonzado, y siguió con el cacheo. David contempló con impotencia los aparatos rotos e inservibles; ahora sí que estaban definitivamente incomunicados. De todos modos, ese era un problema secundario: la cárcel les esperaba, si es que no les ejecutaban antes. El lunes por la mañana no

habría nadie en el río esperando al equipo de rescate. David hizo un esfuerzo titánico para no echarse a llorar delante de todos.

Los soldados les quitaron todo lo que podía ser usado como arma, dejándoles solo el calzado, el pantalón y la camisa. Las cantimploras de agua fueron depositadas encima de la mesa, justo al lado del hatillo de Valérie. Esta respiró aliviada al comprobar que nadie había reparado en él. Si lo abrían y sospechaban que el tubo lanzador de bengalas era un arma, la reacción de los soldados, tal y como estaban las cosas, no sería agradable.

Dando el registro por finalizado, Artegui ordenó apresar a los demás extranjeros. Veinte hombres salieron en su busca, encabezados por un sargento. Fue el propio Artegui, acompañado por diez soldados, quien condujo a David, Gérard y Valérie a las mazmorras. Mientras recorrían los corredores a la luz de las antorchas, Gérard se atrevió a preguntar:

—¿Si don Diego está preso, quien manda ahora en la Plaza? —ya se imaginaba la respuesta, pero de todos modos quería oírla de labios del teniente.

—Alguien que sabe cómo protegerla de verdad —respondió este, sin dejar de mirar al frente—. El capitán don Fernando Rodríguez de Liria.

El trío de prisioneros sintió el peso de una losa invisible sobre sus espaldas. Con el Capitán Gilipollas al mando, hubiera juicio o no, ya conocían el veredicto de antemano:

Culpables.

Royi, Stephen, Virgilio, Gilly y Perot fueron detenidos mientras se abrían paso hacia el Templo de los Antecesores. El intento de Gilly por pedir una explicación fue respondido por un golpe de alabarda, que si bien fue propinado con el astil y sin intención de hacer demasiado daño, sí que tuvo un eficaz efecto intimidatorio. En mitad de la calle, y ante la mirada de cientos de personas, fueron despojados de sus mochilas y registrados de la misma forma que Gérard, David y Valérie lo habían sido minutos antes. Royi observó, con impotencia, cómo uno de los soldados se echaba su macuto al hombro. Dentro, además de su ropa, estaba el diario de Villeneuve y el mapa de la DINANDRO.

—Me parece que ya no somos huéspedes, chicos —murmuró Royi.

—¡Silencio! —le gritó uno de los soldados, acompañando la orden con una mirada fulminante.

Y a punta de alabarda, desfilaron en silencio hacia las mazmorras del Templo, bajo la mirada recelosa de un pueblo que comprobaba cómo los amigos del Virrey se acababan de convertir en reos.

Todo amante del cine ha soñado alguna vez con ser el protagonista de una película. En la pantalla, ser un héroe no parece demasiado complicado: se toman decisiones rápidas y fulminantes sin pensar en sus resultados, se mata impunemente al malo y sin consecuencias legales, se roba un coche sacando al conductor inocente de la solapa para perseguir al criminal de turno, y uno se liga a una hembra espectacular,

condenándose gustoso a una eterna dieta a base de perdices en algún paraíso perdido y, preferentemente, fiscal.

El padre Fermín, gran aficionado al cine, se veía a sí mismo como el héroe de una película de acción. Su misión: rescatar a unos excursionistas perdidos en el corazón de una selva plagada de peligros. Ahí estaba él (el *muchachito*, como habría dicho su madre), en la puerta del pequeño y completamente desierto aeropuerto de Alerta, asediado por temores que los *protas* de las pelis nunca parecen sentir. Para colmo de males, aquel ambiente sombrío y húmedo le recordaba mucho al cartel de *El Exorcista*.

—Encima soy cura y llevo una maleta en la mano... manda cojones.

Desde la puerta desvencijada del aeropuerto, el héroe contempló el único taxi a muchos kilómetros a la redonda: un modelo americano con al menos treinta años de antigüedad y con aspecto de haber pasado por diez propietarios diferentes. El letrero de *taxi* parecía escrito por un enfermo grave de Parkinson con algo que por su color y textura bien podía ser cal. Una leve pero insistente llovizna ponía la guinda a una ya de por sí tétrica madrugada. Un poco más lejos de allí, fuera de su vista, la voz de un hombre absolutamente borracho gritaba amenazadoras incongruencias acompañadas del sonido de cristales rotos. Un héroe de película nunca tiene las pelotas por corbata, pero el padre Fermín no estaba a las órdenes de un director esperando la voz de corten. El espectáculo debía continuar, a pesar del miedo que tenía.

El taxista, un tipo de piel oscura, taimados ojos rasgados y una gorra con unas deshilachadas iniciales NY encasquetada hasta las cejas, se quedó mirando al padre Fermín desde dentro del coche. Uno de los empleados del aeropuerto le había llamado a su casa en mitad de la noche para avisarle de que un vuelo privado llegaría esa misma madrugada. Ser taxista en Alerta era tan lucrativo como vender tangas en Kabul, así que había que aprovechar cualquier oportunidad para hacer negocio.

—Buenas noches —le saludó el padre Fermín, asomándose a la ventanilla del copiloto—. ¿Está libre?

—Solo porque logré escaparme de la jaula —el sacerdote se mostró impasible ante el intento de broma del taxista—. No me haga caso, soy un *chonguero*^[72]. A sus órdenes, patrón, suba al auto...

El padre Fermín dejó la maleta en el asiento de atrás —limpio como el jergón de un burdel medieval de tercera— y se sentó a su lado, apoyando el brazo sobre ella, en ademán protector.

—Busco a un piloto llamado Sven Bauer.

El taxista consultó su reloj, un Casio digital de plástico de veinte años de antigüedad que milagrosamente aún funcionaba:

—¿Le espera el alemán *chingón* a estas horas? Son más de las tres...

—Sí, me está esperando.

—Pues siendo sábado noche andará mamado, le advierto —dijo el taxista, arrancando el coche.

—Qué le vamos a hacer —suspiró el padre Fermín.

—Ok, pues —rezongó el taxista, encogiéndose de hombros y tomando la carretera de salida del aeropuerto—. Tardaremos por lo menos una hora en llegar a lo de Bauer, así que puede *jatear*^[73] un poco, si tiene sueño.

El padre Fermín hizo un esfuerzo por relajarse, pero fue en vano. En las películas, el taxista a veces resulta ser un psicópata al que hay que derrotar en una brutal y desgarradora pelea a muerte. El sacerdote no tenía ninguna gana de pelea, así que si el taxista resultaba ser un asesino, pues se dejaría matar y listo. Así acabaría la película menos taquillera de la historia. Por suerte, el tipo de la gorra no pasó de ser un auténtico coñazo que no paró de hablar de su trabajo: aparte de llevar pasajeros, también hacía transporte de mercancías, ambulancia, guía turístico, *catering* casero y todo lo que pudiera hacerse en un automóvil. El padre Fermín barajó entonces la posibilidad de que aquel coche fuera también una casa de putas ambulante, lo que explicaría el deplorable estado de la tapicería.

Cuarenta minutos después, el coche se detuvo ante una casa de tres pisos de estilo colonial. Unas farolas exteriores iluminaban el edificio de madera, que estaba en muy buen estado a pesar de estar a orillas del Purús y rodeado de selva, a merced de una humedad extrema. En el río, iluminado por unos potentes focos, se distinguía un embarcadero donde se encontraban estacionados una lancha de unos ocho metros de eslora y un hidroavión de considerable tamaño. Una señora gorda, de unos cincuenta años de edad y con un quinqué de gas en la mano, salió a recibir al padre Fermín, que en aquel momento luchaba por sacar su maleta del asiento trasero del taxi, como si la población autóctona de microorganismos que habitaba el ecosistema de la tapicería pugnara por quedarse con ella a base de tirones.

—¿Qué le debo? —le preguntó al taxista una vez rescató su equipaje.

—Déjeme pensar —el hombre se rascó la cabeza por encima de la gorra y frunció el labio; el padre Fermín vio venir un clavo monumental—. Por la hora que es, de madrugada, y la espera en el aeropuerto... ¿Qué le parecen veinte dólares, patroncito?

El padre Fermín sacó del bolsillo un billete de cincuenta dólares, sustituyendo la aversión inicial que había sentido hacia aquel individuo por un sentimiento de lástima. Los ojos del taxista revelaron que aquellos cincuenta dólares eran toda una fortuna para él. Sin atreverse siquiera a tocar el billete, el pobre hombre balbuceó:

—No tengo cambio de *tanto*, patrón...

—No quiero el cambio —el sacerdote le sonrió por primera vez—. Quédeselo, es para usted.

El taxista besó la barbuda efigie del presidente Grant como si fuera la foto de su padre, se quitó la gorra de NY mostrando sin pudor un pelo grasiento que podría competir con el de una foca mojada y estrechó las manos del sacerdote como si agitara una coctelera, facilitándole su número de teléfono y poniéndose a su entera

disposición. En cuanto el padre Fermín despidió al taxista, la señora gorda del quinqué se presentó, sonriente:

—Buenas noches, *padrecito* —la mujer obsequió al sacerdote con una leve genuflexión que a este se le antojó ridícula—. Mi nombre es Orlanda. El señor Bauer se encuentra ocupado ahorita con los preparativos del vuelo. Me pidió que le alojara en el cuarto de invitados y le comunicara que tiene previsto despegar mañana, antes de mediodía.

—Muy agradecido. ¿Es usted la señora Bauer?

La mujer negó con la cabeza, sin dejar de sonreír:

—Solo soy su asistenta —explicó—, aunque también podría considerarme su secretaria. Acompañeme, por favor. Espero que la habitación sea de su agrado...

El padre Fermín siguió a Orlanda y a su quinqué hasta el porche de la casa, comprobando con alivio que el domicilio del piloto alemán era muy diferente a la barraca plagada de ratas que había imaginado tras su conversación telefónica con él. En el embarcadero, a lo lejos, el misionero divisó a alguien encaramado encima del ala del hidroavión, una silueta corpulenta que probablemente fuera el propio Bauer. El alemán chingón, como lo había denominado el taxista, se lo estaba currando a pesar de la hora.

—Su habitación está arriba —informó Orlanda—. Sígame, por favor.

—Con mucho gusto.

Delante de su cara, las generosas posaderas de la mujer oscilaron mientras ascendían las escaleras que conducían al cuarto de invitados, una habitación limpia y acogedora, con una cama confortable, un armario amplio y una ventana con vistas al río. Sorprendentemente, como un perfecto héroe del celuloide, el padre Fermín durmió plácidamente hasta la mañana siguiente.

LV

UNAS HORAS ANTES DE QUE EL PADRE FERMÍN ATERRIZARA en el aeropuerto de Alerta, Royi, Stephen, Virgilio, Perot y Gilly fueron encerrados en la cárcel de Nuevo Trujillo. Don Diego, desde su celda, observó en silencio cómo los soldados empujaban a los prisioneros al interior del calabozo. Gérard, David y Valérie, que ya ocupaban una celda cada uno, presenciaron impotentes cómo Eloy, parco en palabras, distribuía a sus amigos en celdas individuales. El rostro del carcelero mostraba contrariedad: nunca antes había tenido a su cargo a tantos presos, y mucho menos a un virrey. Al fondo de la galería, el loco asistía a los nuevos acontecimientos aferrado a los barrotes, con sus ojos azules inundados de lágrimas. Su sueño de libertad se desmoronaba como un castillo de naipes.

Mientras tanto, el capitán Rodríguez de Liria, obsesionado con el asedio, reasignaba la mayor parte de la guardia personal del Virrey a reforzar la defensa de la aldea. En la pirámide tan solo quedó el puñado de hombres que él consideró estrictamente necesario:

—El enemigo está fuera, no aquí —explicó al teniente Artegui y a los miembros de la guardia personal del Virrey, que atendían a las órdenes del capitán sin mostrar excesivo entusiasmo—. Si llegan hasta el Templo, será porque todos nosotros habremos muerto. Lo único que quiero aquí dentro es un retén que mantenga alejados a los curiosos, ¿entendido?

—¿Entonces, cómo asignamos los puestos de centinela, mi capitán?

—Cuatro soldados al pie de la escalera exterior —respondió—. A partir de ahora, la entrada al Templo queda prohibida a todo aquel que no resida en él —luego, se dirigió a un cabo de la guardia personal del Virrey; Rodríguez de Liria había relevado del cargo a Cabanillas. El veterano sargento era *demasiado* leal a don Diego—. ¿Cuánta gente compone habitualmente el retén de la Tumba?

—Ocho hombres, mi capitán —respondió.

—Un desperdicio —decidió—. Con dos, sobra.

—¿Solo dos, mi capitán? —repuso el cabo, titubeante.

Rodríguez de Liria clavó sus ojos en el joven:

—¿Cuántas veces ha estado en peligro la seguridad de la Tumba?

—Nunca, mi capitán —reconoció el cabo—, pero ahora estamos bajo ataque y...

El oficial le interrumpió:

—¡Esos malnacidos nunca llegarán hasta aquí! Ahora que sabemos que están ahí fuera, no permitiremos que crucen el foso. Y si por manos del diablo lo consiguen,

tendrán que romper las defensas del Fuerte —negó con la cabeza—. Dos hombres custodiando la tumba, ¿entendido?

El cabo acató la orden. Rodríguez de Liria se dirigió a Artegui:

—Pon a dos soldados de confianza a vigilar la rampa de las mazmorras. Que nadie entre en ellas. Los prisioneros deben permanecer incomunicados hasta que todo esto acabe.

—A la orden, mi capitán —respondió Artegui.

—El resto de la guardia que se reúna con las demás tropas en la aldea —ordenó finalmente Rodríguez de Liria—. Queda mucho por hacer ahí fuera.

Después de que Eloy asignara las celdas, los soldados abandonaron la cárcel. Taciturno, y sin responder a las preguntas, el carcelero pasó un cuenco de agua y un trozo de pan a cada preso. Cuando le tocó el turno al Virrey, Eloy agachó la cabeza. Una vez repartidos los alimentos, regresó a su guarida a toda prisa. Tener a don Diego como prisionero le provocaba pena e incomodidad, así que cuanto menos tuviera que enfrentarse a su mirada, mejor. La suerte de los extranjeros le importaba menos. Es más, si Rodríguez de Liria decidía ejecutarlos, mejor para él: menos faena tendría. En cambio, el destino de don Diego sí le preocupaba. El Virrey siempre se había portado bien con él, y a excepción del loco poseso, jamás había ordenado encerrar a nadie... y algo le decía a Eloy que si el capitán tomaba definitivamente el mando de la Plaza, era más que probable que su trabajo de carcelero se multiplicaría por cien.

Don Diego y Valérie, que ocupaban las celdas más próximas a la entrada del corredor, comprobaron que Eloy no andaba espiando tras el quicio de la puerta. Una vez se cercioraron de que no estaba, el Virrey habló:

—Hablad con franqueza. ¿Tenéis algo que ver con este ataque?

Todos aguardaron a que David o Gérard dijeran algo. La verdad era bastante complicada de explicar, y más aún de entender. Ante la pregunta del Virrey, no cabía un sí o un no categórico como respuesta. Aunque ellos no fueran culpables directos del ataque, sí que tenían que ver con la presencia de los mercenarios en Nuevo Trujillo. Gérard se sentía especialmente culpable: si se hubiera quedado en casa, nadie habría muerto, no estarían prisioneros a la espera de un destino incierto, ni habría inocentes sufriendo un asedio a manos de unos desalmados. Justo cuando estaba a punto de inculparse, David, que ocupaba la celda contigua a la del Virrey, tomó la palabra:

—Señoría, le juro que nosotros no tenemos nada que ver con este ataque, pero le mentiría si le dijera que no sé quiénes son los que han atacado la aldea...

—Explícate mejor —le instó don Diego, pasando de repente al tuteo.

—Señoría, sospecho que se trata del grupo de mercenarios que nos acompañó durante gran parte de nuestro viaje. Desgraciadamente, nos traicionaron a mitad de camino y tuvimos que escapar de ellos...

David no podía ver al Virrey, pero Valérie sí. Esta apreció en su rostro una mueca de reproche:

—¿Y por qué me ocultasteis eso hasta ahora? De haberlo sabido, habríamos tomado precauciones...

—Estábamos convencidos de que no llegarían hasta aquí —reconoció David—. Les imaginábamos bien lejos...

El Virrey guardó unos instantes de silencio, meditabundo:

—Entonces fueron ellos los responsables de la carnicería de los aiparis...

—¿Carnicería de los aiparis? —repitió Gérard, desde su celda.

—Los indios hablaron de un demonio que masacró a sus guerreros, haciendo brotar tierra y fuego del suelo —recordó el Virrey—. Criatura infernal o no, el caso es que asesinó a muchos cazadores invisibles...

Al oír la palabra *demonio*, la imagen de Jones asaltó inmediatamente a los extranjeros. Era curioso: quienes sentían su ira siempre lo calificaban así. El periodista decidió no explicarle al Virrey quién era Jones. Lo que tenía que hacer era desenmascarar a los asaltantes, no mitificar a uno de ellos.

—Señoría, si los que atacan Nuevo Trujillo son los mismos que nos acompañaron, no son más que seis o siete, y no hay demonios entre ellos, solo hombres que sangran y mueren como cualquiera de nosotros.

El Virrey rio, escéptico:

—¿Tan solo seis o siete bribones son capaces de ahuyentar a los aiparis y volar nuestro puente levadizo?

—Le aseguro que solo son seis o siete —insistió David—, pero están muy bien entrenados para la guerra, llevan armas automáticas y explosivos de alta potencia. Son una amenaza seria, pero créame, no tienen nada que hacer contra la superioridad numérica de su ejército.

El Virrey trató de encajar de algún modo las piezas del rompecabezas. Por supuesto, él desconocía que la existencia de la cámara mortuoria (la Tumba, como era conocida en Nuevo Trujillo) no era un secreto para los extranjeros, así que el móvil del saqueo ni se le pasó por la cabeza:

—Si en verdad son tan pocos no podrán tomar la ciudad —razonó en voz alta—. ¿Entonces, por qué nos atacan? No encuentro sentido en comenzar una batalla que no pueden ganar...

David se dio cuenta de que, a cada segundo que pasaba, sus palabras perdían credibilidad y fuerza ante el Virrey. Por un momento, estuvo tentado de contarle toda la verdad: que Villeneuve había mencionado el tesoro de la cámara mortuoria en su diario, que este había caído accidentalmente en manos de Woods y que el único objetivo de los mercenarios era llevarse en sus alforjas todo el oro que fueran capaces de cargar. Tras pensárselo un poco más, decidió que sería mejor no hacerlo: si el Virrey se enteraba de que el secreto de Nuevo Trujillo ya no era tal, su situación y la de sus compañeros iría a peor sin remedio. Así pues, el periodista eligió la versión más creíble de la historia, confiando en que sus amigos le apoyaran en su mentira:

—Señoría, como ya sabe, nosotros vinimos aquí para negociar la liberación de Gérard y sus amigos. A mitad de camino, y sin previo aviso, Woods, que así se llama el jefe de los soldados que nos acompañaban, nos traicionó. Nos encerraron en la bodega de un barco y fuimos tratados como prisioneros a partir de entonces —don Diego seguía el relato de David en silencio, sin interrumpirle—. No tardamos en descubrir que Woods y sus hombres tenían un plan paralelo al nuestro: ellos deseaban liberar a Gérard, pero no para llevarlo de vuelta a casa, sino para pedir una fuerte suma de dinero a su padre a cambio de su libertad.

Valérie y Gérard fueron testigos del cambio de expresión en el rostro del Virrey. Era obvio que aquella versión de la historia le parecía más creíble.

—Yo trabajo para el padre de Gérard —intervino Valérie, clavando sus ojos verdes en los del Virrey—. Es un hombre inmensamente rico, más rico incluso que el mismísimo rey de España.

David siguió desgranando su versión de los hechos:

—Aprovechando un descuido, logramos escapar del barco y huimos a través de la selva. Les despistamos... o al menos, eso pensamos. Nuestra intención era llegar hasta algún lugar civilizado para denunciarles, pero acabamos desviándonos accidentalmente del rumbo. Hay algo en este lugar que hace que las brújulas funcionen mal, no sé si lo sabrá. La cuestión es que nos perdimos y fuimos capturados por los aiparis. El resto de la historia ya la conoce...

Don Diego clavó sus ojos en Valérie y Gérard, cuyas celdas quedaban frente a la suya:

—De haber sabido esto a tiempo, habríamos previsto el ataque —insistió, dolido.

—El ataque de hoy nos ha sorprendido a nosotros tanto como a ustedes —aseguró David, tratando de sonar convincente—. Jamás imaginamos que esos tipos pudieran llegar hasta aquí. Además, es muy probable que ellos ignoren que estamos en Nuevo Trujillo. Apuesto a que nos dan por perdidos o muertos.

Ron Baxter el Loco, que ocupaba la celda contigua a la de Stephen y no entendía nada de español, rogó al gibraltareño que tradujera sobre la marcha lo que se hablaba en el corredor, cosa que este fue haciendo en voz baja.

—Entonces te buscan a ti —concluyó el Virrey, dirigiéndose a Gérard.

David notó entonces cómo el corazón le daba un vuelco en el pecho. Había algo que ni siquiera se había planteado hasta ahora: ¿y si el Virrey decidía que lo más seguro para su pueblo era entregar a Gérard? ¿Y si los incluían a todos ellos en el paquete? La idea de caer en las garras de Woods y su banda de asesinos le parecía tan aterradora como el foso de estacas.

—¿Todo lo que ha contado David es verdad, Gérard?

—Es verdad, don Diego —afirmó el joven sin que le temblara la voz.

—Pues repetiréis todo esto ante el capitán Rodríguez de Liria. Él cree firmemente que vosotros sois los responsables de este ataque, y apuesto que a estas horas todo Nuevo Trujillo piensa igual que él. Tenéis que informarle de que los que asedian la

ciudad no son más que un puñado de rufianes bien armados. El capitán es un hombre de modales rudos, pero eso no implica que no sea honesto y justo. Él escuchará vuestras palabras —aseguró.

David sabía que ninguno de sus compañeros compartía la buena opinión del Virrey acerca del Capitán Gilipollas. Sin querer contrariarle demasiado, el periodista quiso exponer su mayor temor en ese momento:

—Señoría... ¿y si el capitán decide entregarnos a Woods a cambio del cese de las hostilidades?

—Eso no sucederá —dijo, tajante—. Iría en contra de la Ley. Ese tal Woods y sus hombres morirán o serán apresados, pero nadie abandona Nuevo Trujillo. No podemos permitir que ni uno solo de ellos escape —don Diego se dirigió a Gérard—. Desde el principio he tenido la certeza de que sois hombres de paz, y así lo sigo creyendo. Lo difícil será convencer al Capitán y a fray Rolando, pero confío en que la luz de la justicia les alumbre cuando escuchen vuestro alegato.

Dicho esto, el Virrey llamó a gritos a Eloy, que no tardó en personarse en el quicio de la puerta, precedido por su familiar tufo a vino rancio. Don Diego se dirigió a él con la misma autoridad que hubiera empleado si entre los dos no se interpusiese una reja de acero:

—Eloy, haz que avisen al capitán Rodríguez de Liria y a fray Rolando de Varas: tengo que informarles de algo de suma importancia —el carcelero parpadeó varias veces con sus ojos pitañosos, indeciso, por lo que el Virrey le apremió—. ¡Vamos, corre! ¡No te entretengas!

Como si acabara de despertar de un trance, el ebrio carcelero trotó rampa arriba.

Fernando Rodríguez de Liria no acudió inmediatamente a su entrevista con el Virrey. Se tomó su tiempo —varias horas— para disponer la defensa de la Plaza y comentar el requerimiento de don Diego con fray Rolando. Este se mostró nervioso ante la idea de enfrentarse al Virrey. Ante esa muestra de cobardía, el capitán le dedicó una mirada no exenta de desprecio y le recomendó no asistir a la reunión. No era momento de debilidades, y Rodríguez de Liria no confiaba en la entereza del fraile. Rolando de Varas era una comadreja pusilánime, y eso no le parecía mal al capitán. Para él, manejar a su antojo al franciscano sería un juego de niños. En cuanto se librara del Virrey, el poder político, militar y religioso de Nuevo Trujillo estaría bajo su puño. Aquella idea le proporcionaba un placer incommensurable.

Los dos centinelas que vigilaban la rampa de las mazmorras se cuadraron ante Rodríguez de Liria. Este pasó de largo, como si no existieran, rumbo al cuchitril de Eloy. El capitán estuvo a punto de sorprenderle dando un trago a una jarra de vino que este escondió bajo la mesa con esa habilidad innata que poseen todos los aficionados a lo reprobable:

—Ca... capitán... —tartamudeó.

—Quédate aquí —le ordenó—. Quiero hablar a solas con los prisioneros.

Eloy asintió con la cabeza y suspiró aliviado cuando el oficial desapareció por el pasillo que conducía a las celdas. Cuando llegó a la galería, encontró a los prisioneros asomados a las rejas. A la primera persona que vio fue a Valérie, a quien dedicó una mirada desafiante que ella sostuvo con sus hermosos ojos verdes. Luego paseó su vista por el corredor, deleitándose con el cuadro que formaban las manos agarradas a los barrotes. A su derecha, Diego de Orellana permanecía en pie, en el centro de su celda, esperando en digna pose un saludo que nunca llegó. En lugar de eso, Rodríguez de Liria se plantó frente a él, en silencio, esperando a que comenzara a hablar.

—Fernando, tengo respuestas a muchas preguntas y buenas nuevas para la Plaza —dijo al fin el Virrey.

—¿Desde cuándo es una buena nueva que el enemigo nos encierre dentro de nuestras propias murallas? —preguntó el capitán, con sorna—. ¿No habrás querido decir que es una buena noticia para ti y para tus amigos espías?

—¡Por Dios, Fernando, escucha lo que tengo que decirte! —le rogó el Virrey, casi gritando—. ¡Yo fui el primero en pensar que había sido engañado por Gérard! ¿Por qué crees, si no, que me entregué sin oponer resistencia?

—¿Quizá porque mis hombres tenían órdenes de acabar contigo si te oponías al arresto? —siseó Rodríguez de Liria, mostrando sus dientes en una sonrisa cínica. Seguidamente, se dirigió a los presos en general—. ¡Vosotros sois los culpables de este asedio! ¡Vuestro ejército rodea nuestros muros, esperando el momento oportuno para asestar el golpe definitivo! ¡Hombres, mujeres y niños morirán por tu necedad, Diego!

—¡No hay ningún ejército invasor, maldita sea! —bramó el Virrey, harto de la cabezonería del militar—. ¡Son solo seis o siete bandidos que quieren llevarse consigo a Gérard para pedir rescate a su familia, solo eso!

Rodríguez de Liria recordó el informe del sargento Prados, que aseguraba haber detectado tan solo a una persona dentro de la aldea, la misma que había usado una cuerda y un garfio para sortear la muralla. A pesar de que aquello era congruente con lo que decía el Virrey, el capitán no dio su brazo a torcer. Al contrario, levantó una ceja con escepticismo:

—¿Y solo seis o siete hombres son capaces de asediar nuestra ciudad? —el capitán soltó una carcajada odiosa y meneó la cabeza—. Aún sigues bajo el embrujo de estos canallas, Diego...

—Fernando, a pesar de sus armas, podemos aplastarles por superioridad numérica. Escucha a David: verás cómo todo adquiere sentido y comprobarás que nuestra situación no es tan desesperada como parece. David, cuéntale al capitán la historia desde el principio —le pidió al periodista.

Contra todo pronóstico, Rodríguez de Liria permitió que David desgranara su relato sin interrupciones. Conforme narraba los hechos con su voz de presentador de documentales, la verdad le parecía cada vez más indiscutible al capitán, aunque este

no lo reconocería jamás. Al contrario, le convenía mostrarse cínico e incrédulo. Todo encajaba de forma lógica: si el ejército atacante hubiera sido lo suficientemente numeroso, el intruso, en vez de volar el puente, lo habría bajado para permitir que sus tropas irrumpieran en la aldea antes de que las fuerzas locales tuvieran tiempo de organizarse, en lugar de convertir el pueblo en una ratonera. Era evidente que la destrucción del puente tenía como objetivo impedir que el ejército de Nuevo Trujillo saliera a campo abierto. Probablemente, aquello no era más que un golpe de efecto para ejercer presión a la hora de negociar la entrega de Gérard. ¿Entregar al francés al enemigo ahora que sabía que solo eran una panda de facinerosos? ¡Jamás! Gérard sería su prisionero hasta que decidiera ejecutarlo, y ese momento no tardaría mucho en llegar.

David dio por concluida su historia. El silencio reflexivo del capitán encendió una efímera chispa de esperanza en el corazón de los prisioneros. Tal vez don Diego tuviera razón al afirmar que, bajo aquella coraza de arrogancia y xenofobia, se ocultaba un hombre justo. Si hubieran podido leer la mente del capitán, se habrían horrorizado al comprobar lo equivocados que estaban. Rodríguez de Liria conocía ahora la debilidad del enemigo, y no iba a revelarla a los habitantes de Nuevo Trujillo bajo ningún concepto. Es más, sus planes para hacerse con el poder absoluto se habían reforzado tras el discurso de David. El militar solo necesitaría una victoria sobre el formidable —e imaginario— ejército invasor para que el pueblo lo aclamara como el héroe que derrotó al terrible intruso al que el propio Diego de Orellana había invitado a su mesa. Si jugaba bien sus cartas, hasta los más acérrimos partidarios del Virrey lo elevarían a los altares. La era de los Orellana tocaría a su fin junto a la de los aiparis. Dos molestias innecesarias eliminadas de un plumazo.

—Ya sabes la verdad —dijo don Diego, sacando al capitán de sus reflexiones—. ¿Qué vas a hacer ahora, Fernando?

—¿Qué crees tú que debería hacer? —le preguntó este a su vez.

—Lo primero, dejar que los extranjeros expliquen la verdad al pueblo. Eso tranquilizará a las gentes. Lo segundo, acabar con esos bellacos, y eso lo haremos más fácilmente si luchamos juntos.

El oficial alzó una ceja:

—¿Insinúas que debería liberaros? —el tono de la pregunta sonó extremadamente desmoralizador—. ¿Crees que voy a dejar que tú y estos bastardos campéis por Nuevo Trujillo como si nada hubiera sucedido? —soltó una risotada—. ¡Diego, estás más loco de lo que pensaba!

El Virrey perdió entonces la poca paciencia que le quedaba:

—¡Exijo que comuniquen la verdad al pueblo! —gritó, recuperando la autoridad que había permanecido dormida en algún rincón de su alma durante las últimas horas—. ¡Exijo que se nos libere inmediatamente o...!

—¿O qué? —le interrumpió el capitán, elevando la voz por encima de la suya; conscientemente o no, su mano voló hacia la empuñadura de la espada, y todos

temieron por un instante que ensartara al Virrey a través de los barrotes—. ¡Estás acabado, Diego, tanto tú como estos hijos de perra! ¡A ojos de tu pueblo eres un traidor, y yo soy el único capaz de derrotar al enemigo al que nos has vendido! —el capitán se dirigió entonces a los otros presos, que guardaban un acongojado silencio—. En cuanto todo esto acabe, tendréis un juicio, por supuesto que sí, ¡pero creo que ya conocéis el veredicto!

—¡Fernando, maldito seas! —gritó don Diego, sacudiendo inútilmente los barrotes de su celda—. ¿Cómo puedes hablar así? ¿Acaso has perdido la razón?

—¿Yo? —rio el oficial, abriendo los ojos desorbitadamente—. ¿Yo? ¡Pregúntale a tu pueblo quien es el loco! —Rodríguez de Liria mostró sus dientes superiores en una mueca de infinito desprecio—. Cuando esto acabe, será tu propio pueblo quien pida a gritos tu muerte. ¡Y te juro que será un placer para mí dar esa orden como nuevo virrey de Nuevo Trujillo!

Y dicho esto, Rodríguez de Liria giró sobre sus talones, dejando atrás las mazmorras y a sus desolados ocupantes. Dando grandes zancadas, el militar pasó por delante de la hedionda covacha de Eloy y ascendió la rampa que conducía al primer piso, donde recordó insistentemente a los centinelas que no dejaran pasar a nadie, bajo ningún concepto. Salió de la pirámide y fue en busca de fray Rolando. Tenía que confirmar públicamente la presencia de una numerosa fuerza de asalto en las afueras la ciudad y culpar de ello, por supuesto, al traidor Diego de Orellana y a sus amigos extranjeros. Si todo salía según sus planes, serían los mismos habitantes de Nuevo Trujillo quienes suplicaran a Fernando Rodríguez de Liria que se hiciera cargo del gobierno de la ciudad-estado.

Desde su celda, Valérie contempló la figura humillada de don Diego de Orellana. Permanecía sentado en su camastro, con la cabeza enterrada entre sus manos, inmóvil como una estatua. En la celda contigua, David también se mostraba abatido y meditabundo. El silencio en la galería era total, a excepción de la suave voz de Stephen resumiéndole a Ron Baxter la conversación que había tenido lugar en la mazmorra. El piloto le habló a Stephen con una escalofriante determinación:

—Si deciden ejecutaros, espero que hagan lo mismo conmigo. Prefiero morir a seguir encerrado en esta pocilga con ese borracho asqueroso.

—Aún no está todo perdido —dijo Royi, cerciorándose una vez más que el pasillo seguía desierto—, ¿no es así, David?

Gérard se adelantó a la respuesta de su amigo:

—Si logramos hacernos con las llaves de la prisión, solo tendríamos que alcanzar la puerta de Dietrich y... ¡voilà!

Valérie observó cómo don Diego levantaba la cabeza, intrigado por la conversación. La joven decidió que era justo ponerle en antecedentes. Al fin y al cabo, ahora todos compartían el mismo destino:

—Señoría, tenemos un plan de fuga —reveló—. Con un poco de suerte, saldremos de aquí...

A David le sorprendió la iniciativa de Valérie, pero no le pareció mal. Todos eran presos. Don Diego abrió la boca y clavó sus ojos en la chica. Pensó que había perdido el juicio, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta el funesto futuro que le aguardaba:

—Mi señora, nadie escapa de Nuevo Trujillo —afirmó, hablándole como si tuviera cinco años—. Y por si no os habíais dado cuenta, estáis encerrada bajo llave...

—El carcelero siempre las lleva consigo —dijo ella—. Arrebatárselas será pan comido.

El Virrey se levantó de su camastro y se acercó un poco más a los barrotes, para comprobar si Valérie se estaba permitiendo el lujo y la osadía de tomarle el pelo. En cuanto se enfrentó a los decididos ojos verdes, se dio cuenta de que hablaba completamente en serio.

—Supongamos que conseguís arrebatarse las llaves a Eloy. ¿Cómo sortearéis a los guardias de la prisión? ¿Y cómo conseguiréis atravesar el Fuerte y cruzar el foso? Es imposible, todo el ejército de Nuevo Trujillo está ahí afuera. Os dispararán en cuanto os vean...

—No hay que salir del templo para escapar —dijo tranquilamente David, haciendo que el Virrey ladeara la cabeza en dirección a su celda—. Solo tendríamos que conseguir las llaves y neutralizar a los centinelas de la prisión. Hemos salido de situaciones peores, Señoría, créame.

—Gérard mencionó antes una puerta —recordó el Virrey—. ¿Es la puerta redonda de piedra?

—Sí —respondió—. Hay un corredor detrás que probablemente lleva al exterior.

—La *puerta prohibida* —musitó don Diego—. Los Antecesores advirtieron a nuestros antepasados que una gran desgracia caería sobre aquel que intentara abrirla.

—Pues algo de razón tenían —ironizó Royi—. David lo hizo, y mirad dónde hemos acabado: en la trena.

—¿¡La habéis abierto!?! —preguntó el Virrey, escandalizado.

—Sí, Señoría —respondió David—, y si uno conoce la combinación que la abre no sufre desgracia alguna. Una vez que la cerremos detrás de nosotros estaremos a salvo. Desapareceremos de la misma forma que lo hicieron los Antecesores hace cuatrocientos años.

El Virrey reflexionó durante unos instantes, sorprendido y decepcionado por este plan que, evidentemente, no estaba siendo improvisado sobre la marcha. Don Diego dedicó una mirada de reproche a Gérard:

—Entonces pensabais fugaros incluso antes de que comenzara el ataque...

Gérard no tuvo fuerzas para mentirle:

—Don Diego, pertenecemos a otro mundo. Lo mismo que no se puede mantener a un pez fuera del agua, nosotros tampoco podemos quedarnos aquí para siempre.

El Virrey se dejó caer en su camastro. Su rostro reflejaba amargura:

—No pasará mucho tiempo antes de que nuestro secreto deje de serlo. Entonces sí que habrá llegado nuestro fin...

—Que volvamos a casa no implica que revelemos su secreto —dijo Royi—. No todo el mundo ahí fuera es igual que Woods y sus hombres. A nosotros, Nuevo Trujillo y sus gentes nos importan, y solo deseamos que sigan viviendo en paz durante muchos siglos más. Pero como ya ha dicho Gérard, este no es nuestro mundo, y menos ahora que lo único que nos espera es un castigo que no merecemos, probablemente la muerte...

El Virrey clavó sus ojos en el suelo, incapaz de disimular la lucha interna que se desarrollaba en lo más profundo de su alma:

—Por muchos disparates que haya dicho ese bastardo de Fernando, yo aún creo en la justicia de los habitantes de Nuevo Trujillo —dijo—. Ellos no permitirán que seamos ejecutados por un delito del que somos inocentes. Me niego a creer que se dejen manipular por él, que es el auténtico traidor...

David sintió lástima por el Virrey. El tono de su voz era el de un hombre aplastado por los pilares de sus más firmes creencias y principios. Alguien que se agarra desesperadamente con las uñas al borde del precipicio pero que sabe que es imposible resistir más de dos o tres segundos antes de precipitarse a él.

—Abra los ojos, Señoría —le rogó desde su celda—. El capitán Rodríguez de Liria ha usurpado su poder, y no va a permitir que nadie se lo arrebatte. Si usted se queda aquí, morirá. Su única oportunidad... nuestra única oportunidad —se corrigió—, es fugarnos todos juntos.

Don Diego desorbitó los ojos, incrédulo:

—¿Sugieres que huya con vosotros?

—Creo que no tiene otra opción, si quiere seguir vivo...

El Virrey se echó a reír, aunque su risa sonó afligida:

—¿Acaso habéis olvidado lo que habéis argumentado hace tan solo un instante? —le dedicó una mirada cansada a Valérie y a Gérard, que eran los únicos a los que podía ver desde su celda—. Igual que vosotros no pertenecéis a este lugar, yo no pertenezco a vuestro mundo. ¿Qué puedo hacer yo en él? Para los vuestros, siempre seré un extraño, un bárbaro...

—Mi padre es inmensamente rico —le interrumpió Gérard, con vehemencia—. Con nosotros tendrá todo lo que necesite, podrá conocer el mundo exterior y maravillarse con sus prodigios —era evidente que la idea de acompañar al Virrey en ese viaje de descubrimiento era muy atrayente para Gérard—. No pasará mucho tiempo antes de poder pasar por uno más de nosotros. Y hay otra gran diferencia entre mi mundo y el suyo, Señoría: allí será usted libre —al oír esto, el Virrey sintió un nudo en la garganta, aunque optó por guardar un silencio digno—. Aquí solo le espera la muerte. Venga con nosotros, ya no tiene nada que perder...

Don Diego no contestó enseguida. Por mucho que se resistiese a creerlo, era obvio que tanto su suerte como la de los extranjeros estaba decidida de antemano.

Tras unos instantes de reflexión, rompió su silencio:

—Cruzaré con vosotros la puerta prohibida y me cercioraré de que escapáis sanos y salvos —concedió, para sorpresa y alivio de todos—. Una vez en la selva, decidiré si continúo el viaje con vosotros o si afronto mi destino aquí, en Nuevo Trujillo —Gérard intentó decir algo, pero el Virrey le mandó callar con un enérgico chistido—. Es mi última palabra. Si decido volver, no me lo impediréis: me permitiréis hacerlo libremente.

—Yo lo veo justo —se adelantó a decir Royi, antes de que Gérard o David efectuaran otro inútil (y quizá contraproducente) intento por convencerle—. Señoría, se hará como usted dice. Se lo prometo.

—Hay algo que me preocupa —dijo don Diego—. ¿Cómo nos haremos con el llavero de Eloy?

Valérie esbozó una sonrisa enigmática:

—Deje eso de mi cuenta.

—¿De vuestra cuenta, mi señora? —el Virrey sonó escéptico.

Royi intervino de nuevo:

—Gracias a Valérie escapamos de Woods y sus hombres. Si Eloy se pone a su alcance —cosa que no será difícil—, lo dejará fuera de combate antes de que pueda parpadear...

Valérie observó cómo don Diego componía una mueca de incredulidad. No pudo evitar sonreír. Muy pronto, el Virrey se tragaría sus prejuicios machistas y la vería como algo más que una damisela en apuros. Virgilio también intervino, rompiendo el prolongado silencio que había mantenido hasta ahora:

—Si algo aprendí en mi trabajo anterior fue a pelear —por suerte o por desgracia, su etapa como guardaespaldas de Monzón había llenado su currículum de innumerables trifulcas—, así que cuenten conmigo para lo que sea. Prefiero morir luchando que esperar aquí sentado.

Al fondo del pasillo se oyó la voz de Stephen:

—¿Entonces, cuando nos largamos? —preguntó.

—Si todo va bien, el helicóptero estará en el río el lunes por la mañana —dijo David, que a pesar de haber perdido su reloj calculó que faltarían tan solo unas pocas horas para el amanecer del domingo—. Lo más prudente es intentarlo al anochecer, cuando hay menos gente en los corredores del templo.

Don Diego se sintió alarmado por la mención del equipo de rescate:

—¿Hay más extranjeros en la selva, aparte de los bandidos?

—Llegarán pasado mañana, Señoría —respondió David—. Tranquilo, no se acercarán a Nuevo Trujillo, ni sabrán nunca de su existencia. Nos recogerán en el río, más allá del Arroyo del Paraíso —de repente, recordó un detalle que había pasado por alto—. ¡Mierda, las bengalas! —exclamó—. ¡Quedé en lanzar una para señalar nuestra posición!

—Están en mi hatillo, en el salón del trono —recordó Valérie—. Los soldados ni siquiera repararon en él. Con suerte, tal vez siga allí...

—Iremos a buscarlo antes de largarnos —propuso Gérard—. Por esos corredores no suele haber nadie en un domingo por la noche...

—Pues no hablemos más de esto por ahora —recomendó David, previniendo una súbita aparición del carcelero—. Intentemos descansar un poco. Mañana será un día muy largo.

A pesar de los nervios, aquella madrugada de domingo fue más apacible para los presos que para los soldados de Nuevo Trujillo, que trabajaron sin descanso levantando barricadas a pocos metros del enorme agujero dejado por las cargas de C4. Aunque Rodríguez de Liria sabía ahora que el enemigo no era tan poderoso como imaginaban sus tropas, no cesó de impartir instrucciones para reforzar las defensas de la aldea, como si afuera acecharan mil soldados. La tormenta cesó bien avanzada la noche, y las estrellas volvieron a titilar sobre el suelo mojado de Nuevo Trujillo. La aldea se mantenía a oscuras ante el temor de nuevos ataques. Protegidos detrás de las almenas u ocultos tras los parapetos improvisados frente al agujero de la muralla, los soldados aguzaban el oído, intentando detectar cualquier movimiento sospechoso en la oscuridad.

—La coraza me está haciendo una rozadura en el cuello —se quejó uno de los soldados apostados tras la primera empalizada. Esta estaba fabricada con cajas de madera, ruedas de carro, sacos de tierra y escombros—. Voy a quitarme la camisa mojada...

—El capitán nos ha prohibido quitarnos la armadura —le advirtió su compañero—. Yo de ti no le desobedecería: ya sabes cómo se las gasta.

—¿Eres idiota, o qué? —le espetó el otro, aflojando una de las correas de cuero del hombro—. Con esta oscuridad ni se dará cuenta...

En cuanto el soldado se levantó para sacarse el peto por la cabeza su cuerpo sufrió un espasmo, para luego desplomarse sobre su compañero.

—¡Socorro! —gritó este, comprobando con horror que su amigo estaba muerto—. ¡Han matado a Laurentino!

Como respuesta a sus lamentos, dos docenas de arcabuces iluminaron la noche, asustando a las aves durmientes con su estampido. Al otro lado de la empalizada, a muchos metros de distancia, Khayn, que había relevado a Miles en el puesto de francotirador, soltó una risita triunfal ante el caos desencadenado por su único disparo. Otra cucharada de terror para los sitiados.

—¡Pueden vernos en la oscuridad! —repetía alguien a gritos—. ¡Pueden vernos en la oscuridad!

Aquel griterío fue música para Jones que, apostado tras unos matorrales, se dejó embriagar por la dulce melodía del miedo. «*Claro que podemos ver en la oscuridad: somos los amos de la noche, los recolectores de vuestras almas insignificantes... somos vuestra perdición*». Los arcabuces estaban descargados, sus portadores

asustados y Erzulie Kalika hambrienta. Jones empuñó su M4 con lanzagranadas y avanzó hacia el foso, violando la oscuridad de la noche con su visor nocturno. Una vez enfrente del agujero que había sustituido al puente levadizo, elevó su arma hacia el cielo y disparó un proyectil de 40 milímetros. Este describió una parábola que acabó justo en la primera barricada, donde los arcabuceros recargaban a toda prisa.

La granada hizo saltar por los aires el parapeto y a los soldados que se ocultaban detrás. A pesar de sus resistentes armaduras, la explosión acabó con cuatro hombres, hirió a varios más e hizo que la confusión reinara en la aldea.

—¡Tienen cañones! —aulló un soldado desde la segunda barricada.

La convicción de que estaban bajo fuego artillero fue inmediata. ¿Cómo podían imaginar que tal destrucción había sido provocada por un solo hombre con un arma más ligera que uno de sus arcabuces? Amparado por la oscuridad, Jones dio media vuelta y se fundió de nuevo con la selva.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Woods a través del intercomunicador. El ruido de la explosión acababa de despertarle.

—He volado la barricada que había frente a la puerta —le informó Jones, con desdén—. Tenemos que mantenerlos ocupados; nos conviene que estén ahí, no en la pirámide.

—¡La próxima vez pregunta antes de disparar! —le espetó Woods, con aspereza.

Jones ni se molestó en contestarle. Desde debajo de las lonas que le servían de refugio, Forest lanzó una mirada de reproche a su hermano: una vez más, Jones había hecho lo que le había salido de las pelotas, pasándose la autoridad de su comandante por sus santos y negros huevos.

A pesar de que esa noche no se produjeron más ataques, la idea de que un formidable ejército mantenía la Plaza sitiada parecía ahora más real que nunca. Rodríguez de Liria no cabía en sí de gozo. A primera hora de la mañana del domingo, acompañado por fray Rolando —a quien tampoco había revelado que el ejército invasor estaba compuesto tan solo por seis o siete soldados—, convocó al pueblo al pie del Templo. Había llegado el momento de hacer público su primer parte de guerra. Desde la terraza del primer nivel, engalanado con su mejor armadura, se dirigió a la expectante multitud con su voz de trueno.

En su discurso, cargado de mentiras y medias verdades, Rodríguez de Liria inculpó despiadadamente a los extranjeros y al propio Diego de Orellana, haciéndoles responsables de la dolorosa situación que atravesaban. No obstante, el capitán juró ante Dios y ante su pueblo que no solo defenderían la Plaza, sino que aplastarían a la fuerza invasora en un feroz contraataque.

El gentío recibió aquella dosis de moral con vítores. En aquellos momentos difíciles, necesitaban a alguien lo suficientemente fuerte como para sacarlos del pozo de desesperanza en el que estaban sumidos. Pero además, el capitán Rodríguez de Liria tenía otras bazas para reafirmar su nueva posición ante los habitantes de la

ciudad, algo que hacía ya mucho tiempo que los moradores de Nuevo Trujillo anhelaban en silencio:

—¡Destruiremos al enemigo, aunque este nos triplique en número! —prometió, alzando su puño enguantado—. ¿Y sabéis qué haremos cuando el último de ellos agonice empalado en el foso? —hizo una pausa; desde la multitud le llegaron murmullos de expectación—. ¡No nos conformaremos con vivir encerrados en este lugar, como nos han mantenido los Orellana durante cuatro siglos! ¡Ahora que los aiparis se han ido, extenderemos nuestras fronteras más allá de nuestras murallas! ¡Crearemos nuevos asentamientos, convertiremos la selva en campos de cultivo! ¡Creceremos, y nos convertiremos en una poderosa nación!

Fray Rolando, a su lado, le dedicó una mirada de admiración. Rodríguez de Liria no podía haber sido más astuto y oportunista: acababa de reavivar el germen de la expansión, hibernado durante cuatrocientos años de mandato de los Orellana. El pueblo, enaltecido, le aclamaba. Embriagados por la visión de nuevas riquezas, los habitantes de Nuevo Trujillo trocaron su miedo en entusiasmo. El franciscano se dijo que aquel zorro arrogante sabía cómo manejar a las gentes.

Solo se oyeron voces de desacuerdo cuando Rodríguez de Liria sugirió tomar medidas inmediatas contra Diego de Orellana y los extranjeros. A pesar de haberlo pintado como un traidor infame, no eran pocos los que exigían un juicio justo para el Virrey, alegando que era víctima del hechizo del enemigo. Ante aquella división de opiniones, que cada vez subía más de tono, el capitán optó por ser prudente: estaba claro que Diego de Orellana aún tenía partidarios en Nuevo Trujillo, y un castigo sin juicio previo provocaría, inevitablemente, enfrentamientos que no interesaban en absoluto al nuevo gobernante. Así pues, por muy fuerte que fuera su deseo de eliminar al Virrey y a sus amigos, decidió tranquilizar a su audiencia con bellas palabras:

—Don Diego de Orellana y los espías tendrán un juicio justo cuando la paz reine otra vez en Nuevo Trujillo —prometió ante la mirada de aprobación del gentío—. Nuestra misión inmediata es acabar con el enemigo que nos amenaza —entonces se volvió hacia el franciscano—. ¡Y juro ante Dios y ante mi pueblo que lo haremos juntos!

Un clamor de esperanza inundó la calle. Por suerte o por desgracia, no llegó a oídos de los prisioneros que, curiosamente —y a pesar de que se les avecinaba un día cargado de tensiones—, dormían en paz.

Faltaban unos minutos para las doce del mediodía del domingo. Sentado en el asiento del copiloto del de Havilland DHC-6 de Sven Bauer, el padre Fermín contemplaba la selva en silencio, con la mirada perdida en el verde mar de vegetación que se extendía por debajo de él. El hidroavión era más espacioso y estaba mejor cuidado de lo que el sacerdote había supuesto en un principio.

Bauer le había confirmado, con su manera de actuar, lo que José Luis Riaño ya le había adelantado durante su conversación telefónica: el alemán era desagradable,

prepotente y malencarado. Rechazaba sistemáticamente, con gruñidos guturales, cualquier intento de entablar conversación. Se limitaba a mirar al morro del avión a través del parabrisas, y solo desviaba sus ojos a los instrumentos cuando era estrictamente necesario. Tras un incómodo silencio que ya duraba horas, el padre Fermín intentó romper —una vez más— el iceberg que se interponía entre ellos:

—¿Falta mucho para San Julián? —le preguntó.

El piloto le miró de reojo y torció la boca en una mueca:

—Me recuerda usted a uno de esos niños que no paran de joder a su padre en el asiento trasero del coche —dijo, rompiendo su silencio al fin—. Si tiene ganas de mear, dígamelo, que paro en cualquier lado...

El padre Fermín dirigió una mirada cansina al alemán, que ahora, por primera vez, esbozaba algo parecido a una sonrisa, dejando al descubierto unos dientes grandes e irregulares, como de orangután. El cura pensó que para lo que había soltado por aquella boca, más le hubiera valido quedarse callado:

—¿Nunca le han dicho que es usted muy gracioso?

—Va incluido en el precio, padre —respondió Bauer, manteniendo su sonrisa simiesca—. Llegaremos a San Julián dentro de una hora. Le va a encantar el sitio: es donde Cristo perdió el gorro...

—Cojonudo entonces —respondió el padre Fermín, socarrón—. Si encuentro el puto gorro, lo llevaré a mi parroquia y me forraré vendiendo réplicas.

Bauer le dedicó al sacerdote una mirada divertida. No volvió a abrir el pico hasta que amerizaron a orillas de San Julián, una hora y cuarto después.

LVI

DUKE SE AJUSTÓ AL CUERPO EL ESCASO EQUIPO que llevaría consigo en lo que a Woods le gustaba llamar *el golpe final*. Tanto él como sus compañeros desmontaron los lanzagranadas de los M4, apilándolos en un montón en el suelo; el último de los proyectiles de 40 milímetros había sido lanzado por encima de la muralla hacía poco más de un cuarto de hora, sembrando un nuevo caos entre los defensores de la aldea.

Para esta última fase de la ofensiva, cada hombre portaría un M4 con dos cargadores de repuesto, dos cantimploras llenas de agua, cuchillo, linterna, algo de comida en los bolsillos y, a la espalda, una mochila completamente vacía, destinada a ser cargada hasta los topes de oro y piedras preciosas. Si todo salía bien, esa misma noche emprenderían el camino de regreso hacia el Manqu Qhapaq, se reequiparían para pasar una temporada en la selva y hundirían el barco para no dejar pistas. Una vez que el asunto se enfriase, Woods conduciría a sus hombres al distrito de Curimana, donde les aguardaban documentos falsos que les proporcionarían una nueva identidad. Después de eso, el team Hydra se disolvería para siempre, dejando tras de sí tan solo una mancha negra en los archivos de la Organización Myth.

Duke terminó de acomodarse los correajes. A pocos metros de él, Jones revisaba por enésima vez el filo de su machete de jungla y lo deslizaba dentro de la funda de cuero que llevaba a la espalda. El inglés evitó que sus miradas se cruzaran. La presencia de Jones nunca le había incomodado hasta entonces. Es más, siempre había sentido una gran admiración por quien él consideraba la encarnación del *Guerrero Definitivo*.

Pero algo muy inquietante le había sucedido con él, horas atrás.

Esa mañana, Jones invirtió una eternidad obsesiva de tiempo en afilar su arma. El filo de aquella hoja podía competir con el de la katana de Whisper, que hacía realidad la leyenda de cortar un papel de fumar en el aire. Duke disfrutó durante un rato del ritual. Sentado en el suelo, cerca de Jones, contempló cómo este pasaba la piedra de afilar por su machete de una forma casi sexual, como se acaricia la curva de la espalda de una amante. Estaban algo apartados del grupo, y la bucólica tranquilidad del momento invitó a Duke a formular a su compañero una pregunta que le rondaba la cabeza desde el principio de la operación:

—Jones, ¿puedo preguntarte algo?

Como única respuesta, el haitiano alzó sus casi inexistentes cejas, lo que fue interpretado por Duke como un sí.

—La verdad, tío, no te imagino pasando el resto de tus días en una isla del Caribe rodeado de fulanas y bebiendo *bloody maries* —comenzó a decir—. No te veo lejos de la guerra, colega. Es como imaginar a Darth Vader tomando el sol en la playa con una mulata sentada en sus rodillas.

Jones hizo un amago de sonrisa, sin dejar de pasar la piedra por el filo.

—¿Quién es ese?

Duke se echó a reír:

—Un tipo tan alto como tú, pero con menos mala leche —aprovechando el *feeling* del momento, el inglés se atrevió a formular la pregunta del millón—. ¿Qué harás cuando estés forrado de pasta? ¿Tienes algún plan en la cabeza?

Sin dejar de oficiar la chirriante liturgia, los enrojecidos ojos de Jones se clavaron como dardos en Duke. Este se preguntó cómo habría sido Jones antes de las escarificaciones y del afilado de sus dientes años atrás, y visualizó a un hombre atractivo y poseedor de un poderoso magnetismo. Poco se sabía de su historia antes de enrolarse en el equipo Hydra, aparte de su participación en innumerables conflictos en África desde que tuvo edad suficiente para empuñar un arma. El aura de misterio que rodeaba a aquella alegoría de la muerte ocultaba, sin duda, años de horrores inimaginables y de violencia sin límites.

—Construiré un templo —le respondió.

—¿Un templo? —repitió Duke. Por un momento pensó que estaba tomándole el pelo—. ¿Una iglesia... o algo así?

En el rostro de Jones se trazó una extraña sonrisa que dejó entrever su abominable dentadura:

—Algo así...

—Desconocía esa faceta religiosa tuya —se sorprendió Duke, satisfecho al comprobar que su intuición era cierta: no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que a Jones el dinero y el lujo le importaban más bien poco—. Cuéntame más sobre ese templo. ¿A qué culto se dedicará? Joder, yo estaría encantado de colaborar en un proyecto así, ¿sabes? —añadió.

Fue entonces cuando Jones dejó de afilar su machete y giró la cabeza hacia Duke. El inglés se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien. La expresión del haitiano se había suavizado de forma extraña, como si sus músculos faciales se relajaran por completo; su cabeza se agachó en una postura que recordaba a la de una serpiente a punto de atacar y sus ojos se elevaron tanto que sus iris casi se ocultaron del todo tras los párpados, dejando a la vista tan solo la enrojecida esclerótica. Jones habló entonces, pero su voz no sonó con su eco profundo habitual, sino que formó una sucesión de sensuales sílabas pronunciadas con un matiz que a Duke se le antojó extrañamente femenino e impensable para las cuerdas vocales del guerrero:

—¿Te gustaría unirse a nuestra causa, inglés? —al oír aquel espeluznante timbre de voz, los huevos de Duke decidieron esconderse en algún lugar recóndito del

interior de su cuerpo, como si se sintieran amenazados—. ¿Serías fiel a la Señora y dedicarías tu vida a saciar su hambre de almas?

Una estridente alarma en el interior de Duke le advirtió que no siguiera indagando, que no preguntara quién era aquella Señora que parecía manifestarse a través de Jones en una versión inédita de la niña del exorcista interpretada por un tipo con aspecto de campeón de los pesos pesados. Aquello del hambre de almas no había sonado para nada poético, sino más bien literal. ¿Pero de qué demonios se extrañaba? Era evidente que cualquier culto que pudiera atraer a aquel dispensador de dolor ambulante jamás podría ser bueno. ¿Podía alguien en su sano juicio imaginarse a Jones, con su cara plagada de cicatrices y sus fauces de tiburón, predicando el evangelio según San Mateo y repartiendo limosnas entre los pobres? Tal y como apareció, aquella presencia siniestra pareció desvanecerse, y Jones, como si nada hubiera pasado, siguió afilando su machete en silencio: chiss... chiss...

—Creo que mi vocación no llega a tanto —tartamudeó Duke, preguntándose si no habría sido víctima de una traviesa y terrorífica alucinación—. Te deseo mucha suerte en tu empresa, amigo.

Disimulando su miedo y esforzándose por andar en lugar de correr, Duke se reunió con sus compañeros, dejando a Jones con el afilado eterno de su machete. Nunca antes había sentido una necesidad tan apremiante de refugiarse en el grupo. Ellos representaban la realidad. Jones, la pesadilla.

Jones compuso una mueca de disgusto cuando se quedó solo. Erzulie Kalika había cometido la imprudencia de mostrarse ante alguien no preparado para ella. «*Cuando Su Santuario en la Tierra sea erigido, solo aquellos dignos de servir a Erzulie Kalika tendrán el privilegio de oír las palabras del Loa Supremo, que concederá venganzas atroces y recompensas inimaginables a cambio de sacrificios de cabritos de dos pies*». Los *houngans*^[74] que veían a Erzulie como una dama sensual, bondadosa y tierna estaban equivocados. La Erzulie Kalika que habitaba dentro de Jones, o mejor dicho, la que él creía que moraba dentro de él, era cruel, bebía sangre y otorgaba poderes extraordinarios a sus siervos. Y cuando Su Templo estuviera terminado, Jones dejaría de ser Jones para convertirse su avatar en la Tierra.

Así sería.

Duke no comentó con nadie el extraño episodio de aquella mañana. Llevaba horas intentando convencerse a sí mismo de que todo había sido una mala pasada de su imaginación, pero no era capaz de quitarse de la cabeza la voz que había intentado seducirle a través de Jones. «¿Serías fiel a la Señora y dedicarías tu vida a saciar su hambre de almas?». El inglés sintió un escalofrío al recordar aquellas palabras. Justo en ese momento, Jones pasó por su lado y le dedicó una mirada de reojo. «*Que Dios nos proteja*», pensó Duke, «*tenemos un asesino con doble personalidad entre nosotros*». La imagen de Héctor Montalbán destripado le vino a la mente como un terrorífico *flashback*. Esa mañana, después de tantos años luchando a su lado, Duke había tenido ocasión de contemplar durante unos instantes la verdadera faz del diablo.

—Ha llegado la hora —anunció Woods—, son las cinco. Tardaremos un buen rato en alcanzar la cima, así que estará a punto de anochecer cuando llegemos. Repasemos el plan: nuestra misión es entrar en la pirámide, localizar la cámara mortuoria, cargar nuestras mochilas con lo más valioso y largarnos por donde hemos venido —Woods se dirigió especialmente a Jones y Whisper—. Preferiría no tener que matar a nadie, pero si hubiera que hacerlo, que sea sin ruido. Ya sabéis a lo que me refiero.

Whisper le guiñó un ojo. Jones ni se inmutó. Duke lanzó una mirada furtiva al machete enfundado y tuvo una premonición: «*Esa hoja se teñirá de sangre hoy*».

—Charles, ¿estás listo? —le preguntó Woods a su hermano.

—Sí —confirmó Forest, acomodándose la pistola que llevaba al cinto—. Vámonos.

—Adelante, pues. Cumplamos esta misión de una puta vez.

Miles, en la cola de la fila, dibujó en su rostro una sonrisa que le costó una punzada de dolor. Aunque su cara estaba menos hinchada, aún le dolían los hematomas causados por la paliza de Valérie:

—Nuestra última misión —puntualizó.

«*Gracias a Dios*», pensó Duke, sin sospechar que tan solo le quedaban unas pocas horas de vida.

Mientras tanto, las puertas del Fuerte se abrieron para dejar paso al puente portátil en el que cerca de sesenta artesanos, dirigidos por el maestro herrero Fabián, habían trabajado desde la noche anterior. La pasarela consistía en una estructura de acero con travesaños de madera, tan sólida o más que el antiguo puente levadizo. Después de varias horas sin sufrir ataques, Rodríguez de Liria desplegó su ejército: la hora de su glorioso contraataque había llegado.

Un carro y unos soportes con ruedas mantenían el puente portátil levantado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Su aspecto recordaba al de una máquina de asedio medieval. El ingenio, mucho más ligero de lo que parecía a simple vista, era empujado por los mismos artesanos que lo habían construido, escoltados por soldados equipados para la guerra. A un lado de la avenida, la caballería de Nuevo Trujillo, completamente preparada, aguardaba la orden de ataque. Los caballos acorazados relinchaban mientras sus jinetes tiraban de las riendas. Muy pronto, toda esa energía se desencadenaría en el campo de batalla. Rodríguez de Liria, de pie en el adarve de la muralla, presenciaba junto a fray Rolando de Varas el avance del puente hacia el foso.

—¿No es demasiado arriesgado salir a campo abierto? —le preguntó el franciscano al capitán, que lucía una vez más su armadura de gala y un casco cilíndrico adornado con una enorme pluma roja—. ¿Y si aprovechan el puente para romper nuestras defensas y entrar en la aldea?

Rodríguez de Liria le repasó de arriba a abajo, frunciendo la nariz ante el miedo que exudaban sus grasientos poros:

—Se supone que sois hombre de fe —dijo—. No sé si la fe que tenéis en Dios es poca o mucha, la verdad es que me trae sin cuidado... Pero os exijo que tengáis fe en mí: hoy seréis testigo de cómo aplastaré al enemigo.

El fraile no se atrevió a abrir la boca. Tan solo rezó para que Rodríguez de Liria tuviera razón. De todos modos, había algo en el aire que daba a entender que las tornas habían cambiado. Incluso los arcabuceros escrutaban la selva sin miedo desde las almenas, como si recibir un tiro fuera ahora algo impensable. El ambiente que se respiraba en Nuevo Trujillo era de victoria.

Rodríguez de Liria contuvo la respiración cuando el puente llegó a la orilla del foso. Si el enemigo seguía allí y tenía armas pesadas, podrían volar ese puente como hicieron con la barricada la noche anterior, y las bajas esta vez serían muchas. La pequeña multitud que empujaba la pasarela obedecía las órdenes de Fabián, que dirigía la operación a unos metros por detrás:

—¡Ahora! —gritó el herrero—. ¡Quitad los soportes!

Dos artesanos quitaron los pasadores que liberaban los soportes de madera que mantenían erguido el puente, y este cayó por su peso, golpeando con fuerza el otro lado del foso. Rodríguez de Liria inspeccionó la selva desde la muralla. No había ni rastro del enemigo.

—¡Asegurad el puente al suelo! —ordenó Fabián a sus hombres, haciendo aspavientos con sus robustas manos—. ¡Rápido, rápido!

Rodríguez de Liria bajó de las almenas, seguro de que los extranjeros habrían huido hacia el río como si les persiguiera el mismísimo diablo. Probablemente habían sido testigos, desde su escondite en los árboles, de cómo el ejército se preparaba para salir a su encuentro. Uno de los caballerizos llevó el corcel de Rodríguez de Liria al pie de la muralla. Una vez a lomos de su caballo, contempló el formidable ejército que ahora consideraba de su propiedad. Desde las almenas, los arcabuces apuntaron a la selva; tropas de infantería reemplazaban ahora a los artesanos, que una vez asegurado el puente regresaban al trote hacia el abrigo del Fuerte; la caballería, que había avanzado hasta colocarse cerca del foso, esperaba en formación la orden de ataque.

—¡Atención! —gritó el capitán, encabritando a posta a su caballo—. ¡Orden de combate!

Caballería e infantería se desplegaron, siguiendo el plan de ataque de Rodríguez de Liria. Este se puso al frente de sus tropas:

—¡A por ellos, sin piedad! —gritó, espoleando a su montura.

Profiriendo un ensordecedor grito de guerra, la caballería de Nuevo Trujillo cruzó el puente en busca del enemigo. Los soldados de infantería, armados hasta los dientes, les siguieron a la carrera. Todos sentían el pellizco de los nervios en el estómago. Todos menos Rodríguez de Liria, que era el único que sabía que se enfrentaban a un ejército imaginario.

En las mazmorras, todos fingían dormir excepto Valérie. Ya debía ser de noche: la hora de la fuga había llegado. Aferrándose a los barrotes, como si así se la pudiera oír mejor, Valérie llamó al carcelero, intentando no formar demasiado escándalo:

—¡Eloy! ¡Shhh, Eloy!

La tambaleante figura de Eloy se dejó ver a la entrada del pasillo. Si el vino no le jugaba una mala pasada, habría jurado que la belleza de cabellos de oro le llamaba por su nombre. ¡Menuda hembra! Más alta que muchos hombres de Nuevo Trujillo y con unos pechos grandes pero donde debían estar, no como aquellas ubres fofas de las furcias que se cepillaba a cambio de un par de pizarros en el trastero del Caralobo. Aquella mujer, sin duda, pertenecía a una especie distinta a las demás. Y ahora estaba prisionera en sus dominios, como una princesa en la guarida del dragón. A través de los barrotes, Eloy admiró con ojos ebrios su belleza. Sobre todo se fijó en el vertiginoso escote que revelaba su camisa, bastante más desabrochada que de costumbre.

—¿Qué quieres? —balbuceó Eloy, sin quitar ojo a las tetas de Valérie. Esta paseó su vista por la grotesca anatomía del carcelero hasta comprobar que el manajo de llaves colgaba de su cinturón. Por supuesto, el iluso Eloy interpretó aquella mirada de forma muy distinta.

—Poca cosa —ronroneó ella, acercándose más a la reja—. Solo algo de comida caliente y un trago de ese vino que guardas en tu casa —el carcelero frunció el ceño, desconfiado—. Me he quedado con hambre después del pan duro que trajiste para cenar...

Eloy revisó las demás celdas y comprobó que tanto el Virrey como los otros reclusos dormían en silencio. La única despierta era la mujer.

—No hay privilegios para los presos —gruñó Eloy, acercándose a la celda y hablando en voz baja para no despertar a los durmientes; desde donde se encontraba, Valérie divisó una espesa baba amarillenta en la comisura de sus labios—. Hasta nueva orden, no hay más que pan y agua para vosotros...

Valérie ensombreció su rostro con una expresión apenada, mientras su mano derecha jugueteaba con los botones de su blusa:

—Todos duermen —cuchicheó—. Puedo hacer algo por ti, a cambio. Te juro que no le diré a nadie que me diste comida y vino...

Eloy se relamió y comprobó, una vez más, que todos dormían. Con dedo tembloroso, el carcelero le señaló las tetas:

—¡Enseñamelas! —le pidió, mostrando sin complejos su sonrisa cariada—. ¡Si me las enseñas te traigo una jarra de vino y un muslo de pollo!

Valérie sonrió con picardía, separándose un poco de los barrotes y desabrochando otro botón de su blusa. Ahora tenía que conseguir que el carcelero se acercara un poco más:

—Por ese festín te dejo hasta que me las toques —le propuso, arqueando la espalda para proyectar aún más sus pechos hacia adelante—. Venga, no tengas

miedo... jamás habrás tocado algo como esto...

Con pulso vacilante, la mano derecha de Eloy, parecida a una garra abierta, cruzó la frontera de los barrotes en dirección al pecho de Valérie.

Jaque mate.

El carcelero perdió el equilibrio a causa del tremendo tirón, golpeándose la cabeza contra la reja. Antes de que pudiera reaccionar, tenía el brazo retorcido en una dolorosa posición forzada. Si intentaba algún movimiento, se lo rompería sin remedio. Antes de que pudiera pedir auxilio, su grito fue sofocado por una pinza formada por unos implacables dedos que apretaron su garganta como si pretendieran hundirse en su carne. La mano que le quedaba libre agarró la muñeca de su agresora en un último amago de defensa. Fue inútil. Poco a poco, las luces se apagaron para Eloy, que cayó inconsciente por el estrangulamiento. Los que fingían dormir se asomaron al corredor para contemplar la silueta inerte del carcelero recostada contra los barrotes de la celda. Valérie le desabrochó el cinturón a Eloy, haciéndose con el manojito de llaves. Después de probar varias, logró abrir su celda. La joven salió al pasillo, abrochándose apresuradamente los botones de la blusa.

—Increíble —murmuró el Virrey, henchido de admiración—. Vos... vos sois... increíble. ¡Jamás pensé que una mujer pudiera hacer algo así!

—Las cosas han cambiado mucho para las mujeres en cuatrocientos años, Señoría —apuntilló Valérie, despojando a Eloy de su camisa llena de lamparones; ahora, todos se asomaban al pasillo esperando su turno para ser liberados.

—¿Está muerto? —le preguntó David a Valérie.

—Solo inconsciente, pero tardará un rato en despertar.

—Magnífico. ¿Me pasas el llavero?

Valérie se lo dio a David, que no tardó en dar con la llave correcta. Mientras el periodista abría el resto de las celdas, Valérie maniató a Eloy con su propio cinturón; seguidamente, rasgó la camisa del carcelero en tres jirones: el primero, el más largo, fue a parar a sus tobillos; el segundo fue hecho una bola e introducido en su boca abierta, y el tercero aseguró la bola en una fuerte mordaza.

—Si vomita con eso en la boca se asfixiará —le advirtió Gilly.

—El alcohol le matará tarde o temprano, así que si vomita, peor para él —dijo Valérie—. Qué asco, si me llega a tocar las tetas, me las corto...

—Eso sería una gran pérdida para la Humanidad —dijo David, dedicándole un guiño; Valérie se mordió el labio inferior y bajó la mirada, halagada y apurada a la vez. El periodista jamás reconocería que escuchar a la chica provocando a Eloy le había puesto cachondo.

Royi y Gérard ayudaron a Valérie a depositar al inconsciente Eloy sobre el camastro. Una vez encerrado, Valérie arrojó el llavero dentro de una de las celdas más alejadas. Stephen, al fondo del corredor, conducía a Ron Baxter por el hombro:

—Yo me encargo de él —dijo, confiando en que nadie pondría inconvenientes a que el piloto, que no hablaba español y podía acabar siendo una carga, les

acompañara en la fuga—. Le he dicho que guarde silencio absoluto y que haga todo lo que yo le diga.

Don Diego les dirigió una sonrisa franca:

—Si algo puede aliviar el remordimiento que me causa haber mantenido a este inocente encerrado, es ayudarlo a volver a su casa.

Virgilio se asomó al corredor que llevaba al cuarto de Eloy. Estaba desierto. Si había centinelas, estos se encontraban en lo más alto de la rampa:

—Acá no se ve un alma. Quizá anden en el piso de arriba...

—Es posible —dijo don Diego—. Lo que no sabemos es cuántos son...

—Un arma no nos vendría mal —sugirió Virgilio—. Tal vez el viejo guarde algo en su covacha...

—Echemos un vistazo —propuso Royi—. Valérie, tú ve delante. Dale una mano de hostias al primero que te encuentres.

Los diez fugitivos, encabezados a partir de entonces por Virgilio, Valérie y el Virrey —los tres más preparados para la lucha—, se colaron en el cubil de Eloy. Tras registrar las cochambrosas pertenencias del carcelero, lo único útil que encontraron bajo un montón de trapos mugrientos fue un sucísimo cuchillo de cocina. A pesar de la pringue que cubría el utensilio, no se apreciaba ni el menor rastro de óxido en él.

—Si mi padre viera este acero, no pararía hasta patentarlo —sonrió Gérard, tendiéndole el cuchillo a Virgilio—. Fabricaríamos los mejores *ginsu* del mundo.

Baxter permanecía silencioso, sin separarse de Stephen, como si este fuera el cicerone de la visita guiada al Maravilloso Mundo Fuera de la Cárcel. El Loco era, quizá, quien estaba menos nervioso de todos. Su resignación había llegado a tal punto a lo largo de años de cautiverio que cualquier cosa a partir de ahora sería bien recibida, aunque fuera una estocada en el abdomen. ¿Qué había peor que cumplir cadena perpetua en una celda de dos por dos en un lugar tan surrealista como aquella mazmorra que acababa de abandonar?

Virgilio, cuchillo en mano, fue el primero en acometer la rampa que conducía al piso de arriba. Conforme subían por ella, las voces de los centinelas comenzaron a oírse más cercanas. Al parecer estaban enfrascados en una animada conversación. Por fin divisaron sus siluetas de espaldas a ellos. Los dos estaban apoyados en sendas alabardas más altas que ellos mismos. Don Diego sacudió las mangas de Virgilio y Valérie, reclamando su atención sin hacer ruido. Mediante gestos, les pidió que no los mataran. Valérie levantó un pulgar tranquilizador. Virgilio asintió y se guardó el cuchillo en el pantalón. De todas formas, el arma era inútil contra una alabarda, y prefería tener las dos manos libres para sujetar el astil.

Muy lentamente, casi a gatas, Virgilio, Valérie y don Diego se acercaron a los centinelas, mientras sus compañeros se mantenían agachados con el corazón a toda máquina.

El trío pilló a los soldados completamente desprevenidos.

Valérie le arrebató limpiamente la alabarda al de la derecha y le propinó un fuerte golpe con el astil en los testículos. El soldado se los agarró, con los ojos en blanco, y cayó de rodillas al suelo de piedra. Una patada giratoria en pleno rostro le dejó inconsciente.

A la izquierda de Valérie, el segundo soldado estaba siendo neutralizado: Virgilio sujetaba firmemente la alabarda, mientras el Virrey le apretaba el cuello con el brazo, impidiéndole gritar. Cuando el centinela fue consciente de que estaba forcejeando con el mismísimo Diego de Orellana, abrió las manos y soltó el arma. Valérie aprovechó el momento para propinarle un fuerte derechazo que lo puso a dormir. Royi examinó a los soldados inconscientes:

—Valérie, ¿tú no tienes novio, verdad? —le preguntó.

—No, ¿por?

—Por nada... ahora ya sé por qué. Yo, al menos, no tendría cojones...

Valérie le dedicó una mirada divertida. Virgilio, mientras tanto, se asomó al pasillo para comprobar si el ruido había alertado a alguien:

—Vacío —informó, exhalando un suspiro de alivio.

—A estas horas no suele haber nadie por aquí —le recordó Gérard—. Lo que me extraña es que solo haya dos centinelas vigilando la cárcel...

—Ni se les ha pasado por la cabeza que pudiéramos escapar —dedujo don Diego—. Fernando habrá dejado un retén en el exterior del templo y habrá reforzado la defensa de la Plaza con mi guardia personal —supuso, con acierto.

—¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó Virgilio.

—Será mejor que los encerremos —decidió Royi—. Ayudadme.

Gilly, Royi, Gérard y Perot cargaron con los centinelas hasta las celdas que habían ocupado Stephen y Baxter, al fondo de la galería. No había tiempo para atarlos ni amordazarlos, así que se limitaron a dejarlos tendidos sobre los camastros, confiando en que por mucho que gritaran nadie les oiría. Una vez encerrados, escondieron el llavero de Eloy bajo el jergón de una de las celdas vacías.

—Dad gracias a que no me las trago —dijo Royi, dirigiéndose a los soldados inconscientes que, por supuesto, no podían oírle—. Larguémonos de aquí de una puta vez...

Cuando se reunieron con los demás en la rampa, David les puso al corriente del plan que seguirían a partir de ahora:

—Necesitamos las bengalas que están en el salón del trono...

Don Diego le interrumpió:

—Conozco una ruta hacia los niveles superiores que no se utiliza nunca —informó—. Son unos viejos almacenes comunicados entre sí por trampillas y escaleras que llegan hasta el cuarto piso; eso nos evitará muchos pasillos.

—Cojonudo, ¿no? —opinó Royi.

David se dirigió a Gérard:

—Valérie, tú y yo iremos al salón del trono para ver si el hatillo con las bengalas sigue allí —el periodista se sintió incómodo al pedirle algo tan arriesgado a su amigo—. Sé que es peligroso, pero tú conoces estos corredores mejor que nadie.

—Encantado de hacerlo. Además, con Valérie sería capaz de pasear por Harlem vestido con túnica blanca y capirote —añadió.

—Mis dependencias se encuentran en el cuarto nivel —explicó el Virrey—. Allí cogeremos comida, agua y armas de fuego. Estas alabardas no sirven en distancias cortas, y menos aún si no estáis entrenados en su manejo —apuntó—. Cuando recojáis el hatillo, nos reuniremos en el almacén del tercer nivel. Desde allí bajaremos hasta el primero, donde está la puerta prohibida.

—¿Y qué hacemos si nos sucede algo? —preguntó Gérard—. Imaginad que tuviéramos que separarnos por cualquier motivo, ¿dónde nos encontramos?

David reclamó la atención de todos sus compañeros:

—Escuchad, lo que voy a deciros ahora es muy importante. El mecanismo de apertura de la puerta de Dietrich tiene seis pulsadores de colores: violeta, azul, verde, amarillo, naranja y rojo. Esa es la secuencia correcta: del color más frío al más cálido, ¿de acuerdo? —el periodista repitió la combinación tres veces, cerciorándose de que todo el mundo la memorizaba—. Si la introducís mal, solo Dios sabe qué puede pasar: hemos estado allí y las paredes tienen toda la pinta de albergar una trampa. Si tenemos que separarnos, no hay lugar más seguro para esperar a los demás que detrás de esa puerta. Los primeros en llegar, que la cierren desde dentro. ¿Entendido?

—Me parece una buena idea —aprobó Stephen—. Este pasillo me está poniendo nervioso. ¿Qué os parece si nos largamos de aquí antes de que venga alguien?

—Estoy de acuerdo con Stephen —corroboró Royi—. Vámonos.

Haciendo el menor ruido posible, los fugitivos trotaron por los corredores desiertos hasta llegar a una puerta de madera. Don Diego la abrió y les invitó a entrar. La estancia era tan pequeña que apenas cabían todos. Dentro, tan solo había viejas cajas olvidadas y una escalera vertical que ascendía hasta una trampilla.

—De niño jugaba a recorrer el Templo sin ser visto —recordó don Diego, con una evocadora sonrisa en el rostro—. Nunca imaginé que algún día tendría que hacerlo por necesidad.

Uno por uno, treparon por la escalera y desaparecieron por la trampilla. La habitación del segundo piso era algo más grande que la del primero, pero se veía igual de abandonada y polvorienta. Una única puerta al fondo la comunicaba con el corredor.

—En esta planta están los almacenes generales —informó el Virrey; seguidamente, señaló con la mano la escalera que ascendía al tercer nivel—. En la siguiente, está el salón del trono.

El grupo trepó al trastero del tercer nivel. Don Diego abrió la puerta con cautela y se asomó al pasillo. El corredor parecía tan desierto como el de la primera planta. Gérard, David y Valérie se dispusieron a salir:

—Tened cuidado —les rogó el Virrey, sujetando a Gérard por el hombro—. Si oís ruido, escondeos en la primera habitación abierta que veáis.

—Eso haremos. Vosotros tened cuidado también, ¿de acuerdo?

Don Diego les vio desaparecer por un recodo del pasillo. Sin perder más tiempo, instó a los demás a que treparan hacia la trampilla que llevaba al cuarto piso, donde estaban sus dependencias personales. El siguiente almacén era diferente a los anteriores. Las paredes de este estaban casi completamente ocultas tras grandes barricadas de vino, de un modo parecido a como estaban dispuestas en la taberna de Caralobo.

—Mi abuelo utilizaba este cuarto de bodega —explicó el Virrey, girando el pomo de la puerta que daba al pasillo—. Mis aposentos no están lejos de aquí. Espero que no haya nadie rondando por los archivos...

—¿Y si el Capitán Gilipollas ha decidido ocupar el *palacio presidencial*? —preguntó Royi—. Es lo primero que hacen los advenedizos...

El Virrey habló con escalofriante firmeza:

—Si ha osado hacer eso, le mataré con mis propias manos.

Los fugitivos abandonaron la bodega del abuelo, dirigiéndose a las habitaciones de don Diego. Ni se les pasó por la cabeza que Woods y sus hombres llevaban más de veinte minutos dentro de la pirámide, y que su viaje hacia los niveles inferiores les llevaría a recorrer, inevitablemente, el mismo pasillo donde se encontraban las dependencias del Virrey.

Sin saberlo, estaban más en peligro que nunca.

Triunfante, iluminado por la cálida luz de las antorchas de la aldea, el capitán Fernando Rodríguez de Liria avanzó por la avenida principal a lomos de su caballo. Los aldeanos, que ahora circulaban de nuevo libremente, vitoreaban a las tropas que habían expulsado al enemigo sin sufrir ni una baja. En la muralla exterior, una cuadrilla de artesanos trabajaba en un mecanismo que permitiría a la pasarela portátil subir y bajar mientras se reconstruía el puente levadizo. La seguridad de Nuevo Trujillo se restablecía a un ritmo imparable.

Rodríguez de Liria también recibió las alabanzas de los paisanos en el Fuerte. Se sentía satisfecho de sí mismo: había sido lo bastante inteligente como para convertir un paseo por la selva en una victoria que pasaría a los anales de Nuevo Trujillo. De todas formas, aunque no lo decía, había algo que le preocupaba: aquellos bandidos habían logrado huir, y cabía la posibilidad de que regresaran algún día con refuerzos. Ahora conocía de primera mano el poder de los artefactos que se construían en el exterior, así que reforzaría aún más las defensas de la ciudad e incrementaría el número de tropas. Sembraría la selva con trampas y sustituiría a los aiparis por patrullas propias, que exterminarían *in situ* a todo aquel que osara cruzar las fronteras de sus tierras. Ya no habría más prisioneros. Una nueva era de poder militar estaba a punto de comenzar.

Ahora solo le quedaba arreglarlo todo para el juicio que condenaría al Virrey y a sus amigos a la pena de muerte. En cuanto se quitara la armadura y se pusiera otra ropa, buscaría a fray Rolando para empezar a preparar el proceso. Si todo iba bien, los reos serían ejecutados antes de una semana.

Pero aquella noche, lo que pedía a gritos Nuevo Trujillo era un festejo. Las gentes, en las calles, celebraban la victoria: los músicos interpretaban sus canciones más alegres, los bailarines danzaban entre la multitud y los niños, a pesar de ser de noche, correteaban por doquier, contagiados del júbilo de sus mayores. Comida y vino comenzaron a correr, y las tropas, orgullosas de su primera batalla, volvían a sus casas a despojarse de armas y armaduras para unirse a los suyos en la fiesta.

Poco podían sospechar que el enemigo se paseaba ahora por el mismísimo corazón del Templo de los Antecesores, camino del tesoro que el linaje de los Orellana había protegido durante más de cuatrocientos años.

Aquella noche iba a ser muy larga.

LVIII

LA CALMA QUE REINABA EN LOS CORREDORES DE LA PIRÁMIDE era más inquietante que tranquilizadora. Forest caminaba pegado a su hermano, procurando hacer el menor ruido posible. A pesar no tener el entrenamiento de los Hydra, había aguantado su ritmo de marcha sin morir en el intento y había gateado por la red de camuflaje sin quejarse ni una sola vez del vértigo. Solo necesitó ayuda para descolgarse hasta el Templo. Nada mal para un directivo de empresa sesentón.

Woods se planteó cortar camino por la escalera exterior, pero la presencia de centinelas al pie del edificio y de cientos de civiles en las calles le hizo cambiar de idea. Si les veían, estaban perdidos. No hubo tiempo para deleitarse con el impactante paisaje nocturno de Nuevo Trujillo. Se colaron en el Templo por la entrada del noveno nivel, emprendiendo el tortuoso camino de bajada a través del laberíntico pasillo. Woods desconocía la ubicación exacta de la cámara del tesoro. Tan solo sabía, por el diario de Villeneuve, que estaba en uno de los pisos inferiores. Por allí tendrían que empezar a buscarla.

Al ser la novena planta la más pequeña de todas, tardaron poco en localizar la rampa de descenso a los pisos inferiores. Woods señalaba con tiza cada bifurcación, dibujando una flecha casi a ras del suelo, de forma que no fuera demasiado visible. Si tenían que salir corriendo de allí, más les valía no perderse por los pasillos.

Los niveles superiores estaban desiertos, y las pocas habitaciones que encontraron a su paso se veían vacías, como si nunca hubieran sido utilizadas. Sigilosos como felinos, bajaron por varias rampas hasta llegar al cuarto nivel. Este, al contrario que los superiores, se veía habitado. Todavía no se habían encontrado con nadie, pero había signos evidentes de que había vida en esa planta. Los corredores estaban limpios e iluminados con velas nuevas, y los aparadores contenían vajillas de cerámica, mantelerías, cuberterías, y demás menaje. Todo se veía reluciente. En silencio, con Whisper a la cabeza, los Hydra recorrieron la galería que albergaba las celdas de los escribanos del Archivo. Todas las puertas estaban cerradas. Al doblar una esquina, la joven levantó el puño izquierdo, parando al grupo en seco.

Al fondo del pasillo, un hombre de aspecto inofensivo cotejaba unos papeles sobre una cómoda de madera. El movimiento de su cabeza y de su índice evidenciaba que comparaba dos textos entre sí. Tras invertir un par de minutos en dicha tarea, el amanuense enrolló ambos pergaminos y se encaminó al Archivo, alejándose de los Hydra. Aquel tipo nunca supo la suerte que tuvo esa noche al tomar ese corredor.

—Ahora ya sabemos que no estamos solos —dijo Khayn—. Por un momento, pensé que no había nadie aquí dentro...

—Mantened los ojos bien abiertos —les recordó Woods, quien dedicó un gesto de aprobación a Whisper—. Sigamos, la rampa al siguiente nivel no debe andar muy lejos.

Doblaron un par de esquinas más y llegaron hasta las puertas abiertas del Archivo. Whisper se asomó y vio al escribano del pasillo encaramado en lo alto de una escalera. Andaba tan enfrascado archivando la copia del documento en una de las lejas superiores que no detectó a las siete sombras que se deslizaron como espectros a sus espaldas.

Conforme avanzaban por el corredor, la decoración se recargaba cada vez más. Estatuas de extravagante diseño, tapices representando soldados con armadura de conquistador, exquisitos muebles de madera tallada y blandones de diferentes estilos adornaban la galería. A mano izquierda encontraron una puerta de doble hoja, algo más grande que las otras. Esta, a diferencia de las demás, estaba confeccionada con maderas de diferentes tonos rojizos, cuyos bordes eran rematados con refuerzos de metal finamente repujados y pulidos. Era toda una obra de arte.

—Ahí dentro debe de haber algo importante —elucubró Woods.

—Puede ser —respondió Forest—, pero no es la cámara del tesoro. Esa está más abajo —le recordó.

Jones arrimó la oreja a la puerta:

—Ahí dentro hay alguien —silabeó, sin que sus labios emitieran sonido alguno.

—¡Pues vámonos de aquí cagando leches! —ordenó Woods con un siseo—. ¡Venga, deprisa!

Dejaron la puerta atrás y siguieron su camino. No tardaron en encontrar la rampa que descendía al tercer nivel. Ahora les quedaba buscar, puerta por puerta, la cámara del tesoro.

—Ahí fuera hay alguien —siseó Royi, con un hilo de voz.

Don Diego pidió calma con las manos y todos se quedaron petrificados, como Sam Neill delante del tiranosaurio en *Parque Jurásico*. Royi, con la oreja pegada a la puerta, oyó unos pasos alejándose por el pasillo.

—Creo que se han ido —suspiró, aliviado. Royi nunca supo que tan solo cinco centímetros de madera habían separado la oreja de Jones de la suya.

Las seis habitaciones que formaban las dependencias personales del Virrey estaban amuebladas de forma exquisita. La mayor parte de las paredes estaban forradas de tapices que mezclaban motivos indígenas con imágenes menos abstractas de figuras humanas. Uno de los cuartos tenía tres testers de estanterías repletas de libros y recuerdos familiares, a modo de pequeño museo.

La habitación más llamativa de todas era el dormitorio, presidido por una cama del tamaño de un campo de petanca, como diría más tarde Gilly. Después de recorrer las seis estancias que componían el *palacio presidencial* —como lo denominaba Royi—, se llegaba a la conclusión de que su propietario era poseedor de un gusto refinado y a la vez poco ostentoso.

Abstraído en lo que parecía más un registro que una búsqueda, el Virrey revolvía armarios, cómodas, baúles y estantes, a la caza de cualquier cosa que pudiera serles útil en la huida. Don Diego se embutió en una coraza de metal, colgándose al cinto una de sus espadas favoritas. Luego se encaramó en una banqueta y descolgó de la pared dos arcabuces repujados en oro:

—Están cargados —advirtió—. Lástima que aquí no tenga ni pólvora ni balas para recargarlos... solo podremos dispararlos una vez.

—Mejor eso que nada —opinó Royi, viendo la botella medio llena.

El primer arcabuz fue para Virgilio, que se adelantó para recogerlo. El segundo permaneció en el aire durante un rato, sin que nadie se decidiera a hacerse cargo de él. Para sorpresa de todos, fue Perot quien se lo quedó.

—Robert tiene experiencia con armas de fuego —explicó Gilly, ante la mirada escéptica del resto del grupo—. Practica el tiro al plato.

—Espero que no le tiemble el pulso si tiene que disparar contra alguien —rezongó Stephen, a quien no le convencía demasiado que Perot fuera el responsable de una de las armas; la verdad es que el médico confiaba mucho más en sus amigos que en los colegas pijos de Gérard.

Don Diego repasó lo que habían recogido: un par de odres de agua fresca, unas cuantas piezas de fruta, cuchillos de cocina para todos y un par de zapatos de cuero para Baxter, que después de varios años sintió de nuevo la maravillosa sensación opresora del calzado en sus pies.

—Puede que te molesten un poco, después de tanto tiempo —le advirtió Stephen—, pero te ahorrarán sufrimientos en la selva.

—Me encanta llevarlos —suspiró Baxter—. Durante todos estos años he luchado por convencerme a mí mismo de que no me estaba convirtiendo en un animal. Estos zapatos significan mucho más para mí que el simple hecho de ir calzado, no sé si me explico bien...

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —dijo Stephen.

Don Diego dio dos palmadas sordas:

—Recojamos todo esto y volvamos al almacén —abrió la puerta y se asomó al pasillo con cautela; no se veía un alma en él—. Gérard y los otros no tardarán en llegar.

Los Hydra se refugiaron en la primera sala que encontraron y cerraron la puerta a sus espaldas. La siguiente fase del plan consistía en encontrar la cámara del tesoro, y para ello Woods había previsto organizarse en tres grupos:

—Whisper, tú y Khayn buscad por el ala izquierda —Woods le pasó a Khayn un trozo de su tiza; luego se dirigió a Duke y a Jones, dejando caer en la palma abierta del inglés otro pedacito—. Vosotros dos, por el ala derecha. Miles, tú y yo exploraremos los pasillos centrales.

—¿Y yo? —preguntó Forest, jugueteando nervioso con la mochila vacía que colgaba de su hombro.

—Tú te quedas aquí —respondió Woods, sin darle opción a protestar; seguidamente, se dirigió a los demás—. Si el tesoro no está en este nivel, nos distribuiremos de la misma forma en el segundo, ¿ok? —todos asintieron; el plan no era demasiado complicado—. Tened mucho cuidado.

Las tres parejas se distribuyeron por los diferentes corredores para llevar a cabo la misión de reconocimiento. Duke caminaba detrás de Jones con semblante taciturno. No era la primera vez que le acompañaba en una patrulla. De hecho, siempre había experimentado una reconfortante sensación de invulnerabilidad estando a su lado. Pero hoy, esa sensación de seguridad había dado paso a un miedo inexplicable. A Duke le asustaba más la posibilidad de que Jones se volviera de repente hacia él con los ojos en blanco y esa escalofriante voz de zorra en celo («¿Te gustaría unirte a nuestra causa, inglés?») que encontrarse con veinte tíos escapados de *Las Lanzas* de Velázquez dispuestos a meterles tres metros de pica por el culo.

Mientras avanzaban, Jones se asomaba a las habitaciones que encontraba abiertas o aplastaba su oreja contra las puertas cerradas, a la caza del más leve susurro. Las estancias que iba abriendo estaban tan vacías como el resto del edificio. Por fin, después de doblar varias esquinas e inspeccionar muchas habitaciones desiertas, Jones captó algo detrás de una puerta. Ronquidos. Sin hacer ruido, giró el pomo e irrumpió como una exhalación en el pequeño dormitorio, donde reinaba un denso hedor a sudor, pies y pedos. Jones cubrió la boca del durmiente con su mano. Este se despertó de sopetón, abriendo los ojos como si estuvieran a punto de salir disparados de su cara.

—¿Hablas español?

Un temblor convulso respondió afirmativamente a la pregunta. El hombre sintió el filo de una hoja en su cuello. Duke, mientras tanto, controlaba el pasillo desde la puerta.

—¿Entiendes lo que digo? —otro asentimiento—. Bien, ahora retiraré mi mano para que puedas responder a mis preguntas: si se te ocurre gritar, tendrás dos bocas para hacerlo, aunque la segunda que te abriré en el cuello solo te servirá para ahogarte en tu propia sangre, ¿comprendes?

Tercer asentimiento, acompañado esta vez por brillo de lágrimas. Cuando la manaza de Jones se apartó, Duke comprobó que el hombre que yacía en la cama era un pobre viejo, probablemente enfermo, que por los surcos de sus arrugas debía tener por lo menos noventa años. Tal vez fueran menos, pero ya se sabe: lejos de la civilización, la edad pesa mucho más. La boca del anciano, desdentada, estaba húmeda de babas y crispada por el miedo. «*Seguro que es la primera vez que ve a un negro*», pensó Duke, «*y para colmo, este tiene el tamaño de un grizzly y un rostro digno de película de Wes Craven*».

—¿Dónde está la cámara del tesoro?

—¿La... cámara... del tesoro?

El balbuceo del viejo fue sofocado de nuevo por la mano de Jones. Los ojos rojos del bokor se desorbitaron y sus dientes entrechocaron a muy pocos centímetros de la nariz del anciano. Este intentó gritar, pero la tenaz mordaza de carne se lo impidió. El filo del machete dibujó una finísima y dolorosa línea roja en la piel pellejosa del cuello.

—No juegues conmigo, viejo —masculló Jones—. Sabemos que hay una cámara llena de oro y gemas, y vas a decirme dónde está. Contaré hasta tres: uno, dos...

—¡En el primer nivel! —el terror hizo que el anciano aspirara el aire al hablar en lugar de expelerlo, transformando sus palabras en una súplica asmática; desde la puerta, Duke asistía al sufrimiento del abuelo con los pelos de punta—. ¡En el primer nivel! ¡Por favor, piedad!

«Que no mate al pobre viejo, por Dios, que no lo mate. Si acaso que lo deje inconsciente, pero que no lo mate, por favor...».

—Primer nivel —repitió Jones—. ¿En qué parte del primer nivel?

«Díselo, viejo, díselo y no lo cabrees, por lo que más quieras...».

—Segundo corredor a la izquierda, conforme se entra al Templo —gorjeó el anciano a toda velocidad, sin apartar la vista de las fauces de Jones—. No tiene pérdida, la guardia personal del Virrey vigila la puerta...

«La guardia personal del Virrey, ¿dónde coño estamos metidos? Segundo corredor a la izquierda conforme se entra por el acceso principal. Ahora, jodido psicópata, límitate a darle un golpe en la cabeza y deja inconsciente al pobre viejo, pero no lo mates, cabrón, no hagas caso a lo que te dicen las voces que escuchas en esa batidora que tienes por cerebro, maldito loco hijo de puta».

Duke se dio cuenta de que el sudor manaba a chorros a través de sus poros, y notó cómo su corazón se aceleraba más y más hasta alcanzar un ritmo intolerable. Como si pudiera leer sus pensamientos, Jones giró su cabeza hacia él, clavando sus terribles ojos rojos en los suyos. *«Huele mi miedo, ese cabrón huele mi miedo, pero yo tengo un arma en la mano y veintiocho balas que podrían mandarle al infierno de una puta vez, pero eso daría al traste con la misión, y no puedo fallar a mis compañeros... aún soy un soldado, y he de mantener la calma...».*

(«¿Te gustaría unirme a nuestra causa, inglés?»)

... a pesar de tener como compañero a un maniaco cuyo respeto por la vida humana es cero».

—Os ruego tengáis piedad de este pobre viejo —lloriqueó el anciano, buscando el rostro más humano de Duke; desde la puerta, este no podía apartar la mirada de aquella enjuta figura suplicante—. No diré nada, lo juro por...

Las palabras se transformaron en un gorgoteo y los ojos del anciano se abrieron desproporcionadamente. La sangre comenzó a empapar las sábanas como si estas estuvieran hechas de papel de cocina. Jones se irguió y se enfrentó a Duke, que reculó varios pasos. El anciano, degollado como un cabrito, sufría sus últimas convulsiones, elevando un huesudo brazo implorante hacia los cielos.

—Aparta eso de mí —ordenó Jones, con voz carente de emoción.

Duke se sorprendió al comprobar que, efectivamente, apuntaba al haitiano con su M4. «*Una ligera presión del dedo enviaría a este monstruo donde debería estar. Es humano, tiene que sangrar, pero... ¿y si no muere? ¿Y si realmente es inmortal? Le he visto tantas veces hacer lo imposible que no me extrañaría que siguiera vivo después de recibir un cargador entero en el cuerpo*».

—No podíamos dejarle con vida —dijo Jones, señalando el cañón del M4—. Baja eso.

Era difícil distinguir si Jones rogaba u ordenaba. Duke siguió dando pasos hacia atrás hasta que chocó contra la pared del corredor. «*Aprieta el gatillo, ten los cojones suficientes para apretar el gatillo, aunque ese disparo atraiga a todo el puto pueblo. Quizá eso sea lo mejor. Quizá eso sea lo más justo*».

—Era solo un viejo indefenso, joder —protestó Duke, indignado—. Podrías haberlo dejado sin sentido, pero no... ¡tuviste que matarlo, puto loco de mierda!

Jones asintió con la cabeza y levantó las manos muy despacio, en un movimiento armónico que a Duke le pareció de *tai chi*. Era la primera vez que le veía adoptar una postura de rendición. En su mano derecha, el machete reflejaba la luz anaranjada de las antorchas que alumbraban el corredor.

—Haz lo que creas justo, Duke —le desafió Jones, exponiendo su tórax al fusil de asalto—. Si crees que merezco la muerte por preservar la seguridad del comando, mátame. Vivo preparado para morir, aunque nunca pensé que lo haría a manos de alguien a quien he salvado la vida más veces de las que puedo recordar.

Touché.

(«*¿Te gustaría unirte a nuestra causa, inglés?*»).

—Hazlo, Duke. Si crees que es justo, hazlo...

El M4 tembló durante unos instantes, para luego bajar hasta quedar apuntando al suelo. El labio inferior del inglés se contagió del temblor del arma. Duke estuvo a punto de echarse a llorar. Por un momento, pareció que iba a decir algo, pero simplemente movió la cabeza de un lado a otro, en un éxtasis de negación. No podía hacerlo. Por muy hijo de puta que fuera aquel asesino monstruoso, le debía demasiado. ¿Cuántas veces le había salvado la vida? Con el rostro transformado en una máscara de desprecio y pena, Duke relajó definitivamente el arma.

—Acabemos esta puta misión de una vez —escupió, al fin—. Espero no volver a verte más después de que todo esto termine...

Jones bajó las manos y le habló como si nada hubiera sucedido entre ellos:

—Vamos a decirle a los demás dónde está la cámara del tesoro.

—Sí —suspiró Duke—. Ve delante, te sigo.

Un paso, dos, tres, cuatro... ¡vuelta!

Duke no lo vio venir. Lo primero que sintió fue una fuerte presión en el estómago, a la vez que notaba cómo sus pies abandonaban el suelo, como si levitase. A pocos centímetros de él, la horrible cara de Jones se contraía en un gesto de ira que hacía

que sus fosas nasales se abrieran como las de un toro. Como en un sueño a cámara lenta, Duke oyó el sonido de su M4 chocando contra el suelo, mientras sus ojos descendían hacia su propio estómago para encontrar el puño cerrado de Jones apretado contra su uniforme negro. Fue en ese momento cuando sintió más dolor, pero para su sorpresa, no en el abdomen, sino en la espalda. Si hubiera sido capaz de girar la cabeza ciento ochenta grados, habría visto cuarenta centímetros de acero sobresaliendo por debajo de sus omoplatos. «*Al final, no me equivoqué*», pensó Duke, «*el jodido machete se tiñó de sangre*». Jones lo levantó un poco más en el aire. En su ascenso, la punta del arma arrancó chispas de la pared.

—¿Acaso creías que podías *matarnos*, inglés? —el uso del plural mayestático no pasó desapercibido al agonizante Duke, que a estas alturas no era capaz de articular palabra—. Ni cien como tú podrían hacerlo. ¿Sabes lo que sois todos vosotros para mi Señora y para mí, inglés? ¡Solo sois comida!

Lo que más le dolió a Duke fue el trayecto de salida de la hoja, lento y cruel. Intentó gritar, pero de su boca solo salió un breve gemido acompañado de un borbotón de sangre. Se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la piedra. Jones limpió la sangre del machete en el pantalón de Duke, recogió su M4 del suelo y le quitó la mochila vacía que colgaba de su hombro.

—A esos que llamas amigos solo les interesa esto —le dijo Jones, meneando el macuto de lona delante de la cara de Duke—. ¿Crees que llorarán tu muerte? —el haitiano se respondió a sí mismo, negando con la cabeza—. Se alegrarán al saber que hay un saco de oro más para repartir.

Duke, que tapaba con sus manos la herida del abdomen, no tuvo fuerzas para responderle. Cada vez se sentía más cansado.

—Adiós, inglés —se despidió Jones, dando media vuelta—. Con suerte, no durarás mucho.

El haitiano le abandonó en el pasillo, orientándose a través de los corredores hasta llegar a la estancia donde esperaba Forest. Los demás ya estaban de vuelta allí, después de no haber encontrado nada en ese piso. En cuanto vieron llegar solo a Jones, echaron de menos a su compañero.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Woods, temiéndose lo peor.

—Duke ha muerto —le respondió Jones, tendiéndole su M4.

—¡No! —exclamó Miles—. ¿Cómo ha sido?

Todos los ojos se clavaron en el bokor, quien mintió con su habitual tono frío y sosegado:

—Le sorprendió un hombre armado con una espada. Estaba escondido dentro de una habitación. Lo atravesó de lado a lado antes de que pudiera reaccionar.

—Estos tíos están bien entrenados —intervino Whisper reforzando, sin querer, la patraña de Jones—. Ya os conté mi pelea con el de la almena...

—¿Y tú? —le pinchó Miles a Jones—. ¿Dónde estabas?

—En la habitación de al lado —contestó este, sin inmutarse—. Solo tardé un segundo, pero Duke ya estaba muerto. Ese cabrón fue muy rápido.

—Joder —gruñó Khayn—. ¿Alguien más oyó la pelea?

—Duke no gritó, y al otro no le dejé. Lo bueno es que pude sacarle al tipo la localización de la cámara del tesoro antes de matarle —el bokor hizo una breve pausa—. Está en el primer nivel, en el segundo corredor de la izquierda según se entra a la pirámide. Hay guardias vigilándola —apuntó.

—¿Cuántos? —preguntó Woods.

—No lo sé. Murió antes de decírmelo.

La historia de Jones le pareció una patraña a Forest. La verdad es que ninguno de los mercenarios estaba convencido de su veracidad, pero el tiempo corría en su contra a velocidad supersónica. Estaban en la cima de la montaña rusa y ya no había forma de parar al carricoche. No tenían otra opción más que aceptar la historia de Jones y tomar una decisión inmediata.

—Vayamos al primer nivel y terminemos esto cuanto antes —ordenó Woods, poniéndose en camino.

Los seis supervivientes del team Hydra descendieron por las rampas, y esta vez no estaban dispuestos a esconderse. No había tiempo para el sigilo.

Jones sonrió para sus adentros. El espíritu vengador de Erzulie Kalika parecía haber contagiado a sus compañeros.

—¡Aquí está!

Valérie abrió el hatillo con expresión triunfante. El lanzador de bengalas estaba dentro, junto con las linternas, las pilas y la carne seca. Las cantimploras también estaban en el suelo. El paseo había merecido la pena.

—¡Formidable! —celebró Gérard—. ¡Somos los mejores!

—Volvamos al almacén y no tentemos más a la suerte —sugirió David, cuyo estómago estaba en pleno proceso de centrifugado—. Estoy deseando reunirme con los demás.

Abandonaron el salón del trono tomando ahora menos precauciones que durante la ida. Hasta ahora no habían encontrado un alma por los corredores, y eso les había infundido cierta seguridad. Lo más probable era que el Capitán Gilipollas hubiera restringido el paso a la pirámide y los pocos que pernoctaban dentro estuvieran recluidos en sus aposentos. Fue al doblar un recodo del pasillo cuando Valérie se detuvo en seco y empujó a sus compañeros hacia atrás. David y Gérard la interrogaron con la mirada, con el corazón a mil por hora.

—Me ha parecido ver a alguien en el pasillo —Valérie respiró profundamente, intentando calmarse—. Esperad, no os asoméis...

Echó una ojeada al corredor y distinguió la silueta de un hombre recostado contra la pared, con la cabeza contra el pecho y las piernas extendidas, como si durmiera una buena borrachera. Bajo la vacilante luz de las antorchas, se adivinaban ropajes muy

distintos a los de los habitantes de Nuevo Trujillo. Aquel hombre, a quien Valérie aún no había reconocido, vestía un uniforme que bien podía ser azul oscuro o negro.

—¿Está muerto? —preguntó Gérard. Tanto él como David habían hecho caso omiso a la prohibición de Valérie y se habían asomado al corredor.

—Me parece que es uno de *ellos* —susurró Valérie.

—¿Uno de los Hydra? —preguntó Gérard, alarmado.

—Desde aquí parece Duke... —aventuró David.

—Echemos un vistazo —propuso la joven, poniéndose en marcha.

Supieron que era Duke mucho antes de llegar a su altura. Cuando estuvieron más cerca, descubrieron que estaba sentado en un charco de su propia sangre, con la que había escrito su último mensaje:

JONES KILLED ME [75]

—Jones —leyó David en voz alta. La luz de las antorchas disimuló la pérdida de color de su cara—. Dios, ese cabrón está aquí...

De repente, Duke levantó la cabeza y abrió los ojos, dándoles a los tres el susto del año. Su boca ensangrentada se abrió, intentando decir algo. Su dedo, tembloroso, señaló el mensaje escrito con letras rojas.

—No haga esfuerzos —le pidió Valérie, agachándose junto a él; en ese momento, sentía más compasión que temor—. Así que Jones le hizo esto...

Duke asintió con la cabeza, y de sus labios brotó un siseante *yesssssss*. Si no se hubiera estado muriendo, al inglés le habría sorprendido toparse a la señorita Delacroix y al hijo de Louis LeVu en el corredor, pero a estas alturas todo le traía sin cuidado.

—Entonces, llegaron hasta aquí... —prosiguió Valérie—. ¿Han venido a por el tesoro o a por nosotros?

Duke acompañó sus palabras con gestos de dolor:

—Oro... vinimos... por el oro —logró decir.

—¿Usted y quien más? Sabemos que sufrieron bajas en Cayáhi...

—Seis... seis más... escuche... ellos no deben... saber... que están ustedes aquí... deben esconderse...

—Dios, ¿cómo puede tener fuerzas para hablar? —se preguntó Gérard, horrorizado.

Valérie continuó con su interrogatorio. Aquella información podía salvarles la vida:

—¿Dónde están los otros? ¿Están en este nivel?

—Están en... en la primera planta... cuidado con ellos... sobre todo con Jones...

Esas fueron las últimas palabras de Duke, el punto y final de un héroe que abandonó su brillante carrera militar para ser soldado de fortuna. Una fortuna que, por desgracia para él, nunca llegó a disfrutar.

—Duke siempre fue mi Hydra favorito —dijo David. No se dio cuenta, pero su comentario sonó a responso—. Comparado con los otros, era todo un caballero.

—Vamos con los demás —dijo Valérie—. Habrá que andar con mucho cuidado en el primer nivel: los Hydra están allí.

De repente, Gérard agarró a sus amigos por los brazos, ladeando la cabeza como si escuchara con atención. Ahora que se había hecho el silencio, se oyeron voces lejanas acercándose. Si no se marchaban de allí rápido, los descubrirían con toda seguridad.

—¡Corred! —dijo Gérard.

No tuvieron más remedio que dar media vuelta y alejarse de allí a toda prisa, maldiciendo para sus adentros. En cuanto encontraran el cadáver, el pasillo que llevaba al almacén donde tenían que reunirse con los demás se llenaría de curiosos. Unos estridentes chillidos femeninos revelaron que aquello ya estaba sucediendo.

—¡Por aquí! —indicó Gérard, empujando a sus amigos al interior de una habitación con aspecto de despacho abandonado; el joven echó el pestillo y se quedó de espaldas contra la puerta, resoplando como si acabara de correr la maratón—. Merde... ¿Qué hacemos ahora?

—No podemos escondernos aquí eternamente —opinó Valérie—. Esto pronto será una feria.

—¿Hay otro camino para llegar al almacén? —preguntó David.

—Sí, pero es demasiado arriesgado —dijo Gérard—. Lo mejor será ir directamente a la puerta de Dietrich; la rampa de bajada está cerca de aquí. Cuando los otros oigan el jaleo en el corredor bajarán por las trampillas. No les quedará otro remedio...

—¿Y qué pasa con los Hydra? —preguntó Valérie.

—Su objetivo es la cámara del tesoro —le recordó David—, no tenemos por qué topárnoslos —de repente, se acordó de sus amigos—. Joder, Royi, Stephen y los demás no saben que están aquí...

—La puerta de Dietrich está cerca del almacén y lejos de la cámara del tesoro —le tranquilizó Gérard—. Si no se desvían, no se cruzarán con ellos.

David decidió actuar, no había tiempo que perder:

—Pues que sea lo que Dios quiera —rezongó, abriendo la puerta y echando una ojeada al corredor. Por ahora, estaba vacío—. ¡Vamos!

Avanzando con extrema cautela, recorrieron el trayecto que les separaba de la rampa que llevaba al segundo piso. A excepción de los ecos del tumulto que comenzaba a formarse alrededor del cuerpo de Duke, los pasillos del Templo de los Antecesores seguían tan tranquilos como antes.

Mientras tanto, en el primer piso, el equipo Hydra se asomaba, armas en ristre, al corredor que daba acceso a la cámara mortuoria. El único momento de tensión tuvo lugar al pasar cerca de la puerta que daba al exterior. Por fortuna para ellos, los

soldados que vigilaban la terraza del Templo estaban distraídos con los festejos que se celebraban abajo, en la avenida.

—Solo veo dos guardias —susurró Woods, a la vez que enroscaba un silenciador en el cañón de su pistola de 9 milímetros—. Esto va a ser más fácil de lo que pensaba.

Dicho esto, Woods avanzó con paso firme hacia el escaso retén que Rodríguez de Liria había asignado para custodiar el oro por el que tanta sangre habían derramado sus antepasados.

LVIII

LOS DOS GUARDIAS QUE CUSTODIABAN EL ACCESO A LA CÁMARA MORTUORIA adelantaron sus alabardas hacia el extraño que se abalanzaba hacia ellos esgrimiendo un sospechoso objeto negro. La pistola silenciada apenas hizo ruido: como dos escupitajos portadores de muerte, los disparos alcanzaron a los centinelas en el rostro, el único punto vital que quedaba desprotegido por el acero antibalas. Murieron en el acto, sin emitir ni un mísero quejido. Detrás de Woods, el resto del team Hydra irrumpió en el cuerpo de guardia, que también estaba desierto. La estancia tenía un aspecto casi medieval, con sus camastros de madera y su tosco mobiliario.

—¿Ya está? —a Khayn le parecía mentira que todo hubiera acabado en menos de diez segundos—. Pensé que encontraríamos más resistencia...

—Se ve que nuestro plan de distracción funcionó de maravilla —dedujo Miles.

—Ni se les ha pasado por la mente que alguien pudiera entrar por arriba —dijo Woods, mientras agarraba a uno de los guardias muertos por debajo de las axilas—. Ayúdame a esconder a estos dos ahí dentro —ordenó, arrastrando al caído al interior del cuerpo de guardia.

Los cadáveres fueron depositados sobre sendos camastros. Whisper los tapó con mantas, de forma que a simple vista parecieran dormidos. Cerró la puerta del cuerpo de guardia con tal delicadeza que cualquiera diría que no quería despertarlos. En el corredor, sus compañeros se enfrentaban a la puerta de la cámara del tesoro, que a excepción de ser más alta y ancha de lo normal, no tenía nada de especial. Woods puso la mano en el pomo y se dirigió a los suyos, esbozando una sonrisa triunfal:

—Señores, ahí dentro hay más de lo que podremos gastar en toda nuestra vida. Cuando salgamos de aquí, cualquier cosa que deseemos podrá hacerse realidad — todos se contagiaron de la sonrisa de Woods menos Jones, que permanecía distante —. Miles, ve al principio del corredor y encárgate de que todo siga en orden. Al menor movimiento, avísanos. Dale tu mochila a mi hermano: él se hará cargo de ella.

Miles le tendió la mochila vacía a Forest:

—Llénela de cosas brillantes, Charles —le pidió, guiñándole un ojo.

—Nos llevaremos lo más caro del escaparate —le aseguró este, devolviéndole el guiño.

Miles se dirigió a su puesto como un niño que espera nervioso los regalos de Navidad. Woods mantuvo agarrado el pomo de la puerta durante unos interminables segundos, como si quisiera prolongar un poco más ese momento. Finalmente, lo giró y la puerta de la cámara se abrió.

Al contrario que el resto del edificio, esta no estaba iluminada. Dentro reinaba una negrura tan espesa como la tinta de un calamar, y el silencio era tan sobrecogedor que parecía absorber cualquier ruido procedente del exterior, como si su atmósfera sobrenatural exigiera paz eterna. Cuatrocientos años atrás, aquella cámara había sido bautizada por el propio Francisco de Orellana como La Tumba, y así se refirió a ella en los escasos documentos que la mencionaban. Como si fuera portador de una sangrienta maldición, el nombre de El Dorado fue proscrito por Orellana, convirtiéndose en palabra tabú para los habitantes de Nuevo Trujillo. Conforme pasaron los años, generación tras generación, aquel tesoro secreto fue perdiendo interés para los habitantes de la Plaza, pasando a ser una reliquia que reposaba entre los muros del Templo sin valor real para ellos, ya que nadie necesitaba riquezas en la sociedad en la que vivían. Y ahora, cuatro siglos después, hombres infectados por el virus de la codicia habían vuelto a derramar sangre inocente por aquel tesoro maldito.

Los Hydra se pusieron unas cintas en la cabeza que llevaban un par de linternas adosadas a la altura de la sien. Las encendieron casi a la vez, y los diferentes haces de luz desgarraron la oscuridad de la Tumba en todas direcciones, revelando un inenarrable paisaje de oro y piedras preciosas que se extendía más allá de donde alcanzaban a ver. Los tesoros formaban auténticas colinas y montañas que se perdían en la oscuridad. A pesar de que se esperaban algo parecido, la visión de aquel tesoro sin precedentes les dejó paralizados y mudos. Fue Khayn —tal vez el menos inteligente de ellos— quien rompió el silencio. Lo hizo con una palabra que, a pesar de ser vulgar, fue la más adecuada para ilustrar lo que veían sus ojos:

—*Fuck...*

—¡Guardias! —gritaba una mujer como loca en el pasillo—. ¿Pero dónde están los guardias? ¡¡¡Guardias!!!

Royi intercambió una mirada de preocupación con don Diego. Aunque se encontraban a salvo tras la puerta del almacén del tercer piso (el Virrey la había cerrado por dentro), temían por Gérard, David y Valérie. Detrás de ellos, los demás permanecían en silencio, intentando controlar los nervios.

—¿Los habrán cachado? —se preguntó en voz alta Virgilio.

Don Diego pidió silencio con la mano:

—Esperad, oigo algo...

Justo afuera, un recién llegado comenzó a despotricar en voz alta:

—¿A qué viene este jaleo, por el amor de Dios? —en cuanto habló, el Virrey lo reconoció como Martín, uno de los escribanos más ancianos del Archivo—. ¡Desde arriba se oyen vuestras voces!

—¡Un extranjero! —gritó la mujer que reclamaba a gritos la presencia de los guardias—. ¡Hay un extranjero muerto en el pasillo!

Don Diego y Royi notaron que el corazón les daba un vuelco, pero no despegaron sus orejas de la puerta:

—¿Un extranjero? —la voz del escribano reflejaba extrañeza—. ¿Uno de los presos...?

—¡No, no! —negó la mujer, con vehemencia—. Este es nuevo, no es uno de los amigos del Virrey.

Royi y don Diego resoplaron a la vez, aliviados al saber que no era ninguno de los suyos. De todas formas, aquello no auguraba nada bueno.

—Lo han atravesado de parte a parte —prosiguió la mujer, encantada de poder compartir los detalles más escabrosos con el recién llegado—. ¡Es horrible, ven a verlo!

Y dicho esto, los dos se dirigieron al pasillo adyacente, donde les esperaba la morbosa escena. Royi se dirigió de inmediato a sus compañeros para explicarles lo que él y el Virrey habían oído a través de la puerta:

—Ha aparecido un intruso muerto, pero no es ni Gérard, ni David ni Valérie —dijo—. Me temo que este lugar va a llenarse muy pronto de guardias.

Stephen se adelantó un paso, con el rostro visiblemente desencajado:

—Si no es de los nuestros, ¿quién coño es?

—Pues uno de los Hydra, ¿quién si no? —dijo Royi, a quien tampoco le hacía feliz saber que andaban por la pirámide—. De todas formas, quédate con lo positivo: otro más a criar malvas. Con suerte se los cargarán a todos...

—¿Cómo habrán llegado hasta aquí? —se preguntó Stephen.

Don Diego tomó la palabra, listo para la acción:

—Bajaremos por las trampillas hasta el primer piso —propuso, imprimiendo urgencia a su frase—. No hay tiempo que perder. Si nos quedamos aquí nos atraparán tarde o temprano.

—¿Y Gérard, David y Valérie? —preguntó Gilly.

—Habrán ido a la puerta de Dietrich, como quedamos —adivinó Royi—. Es imposible que no se hayan enterado de este follón: los gritos de esa señora se habrán oído hasta en Brasil.

—Entonces, vayamos para allá nosotros también —propuso Stephen, que tradujo las últimas novedades a Ron Baxter; este permanecía pegado a él como si fuera su sidecar. Lejos de crear problemas, el piloto se mostraba dócil en todo momento.

Virgilio abrió la trampilla del suelo y bajó por la escalinata que conducía al segundo nivel:

—No echemos raíces acá, bróders... vayamos hacia la famosa puerta.

—¡Deberíamos haber traído un puto camión de mudanzas! —exclamó Khayn, entusiasmado, mientras arrancaba destellos al tesoro con el doble haz de luz de sus linternas.

La Tumba resultó ser una estancia rectangular bastante más grande que una cancha de baloncesto, inundada de montículos formados por objetos de oro y piedras preciosas que cubrían hasta el último centímetro de su suelo. Los Hydra caminaron

torpemente sobre las movedizas colinas doradas, haciendo crujir las riquezas bajo sus pies.

Forest, a la cabeza del grupo, avanzó a traspies por el inestable mar de oro. Se adentraron en la cámara hasta que sus linternas alumbraron la pared del fondo. Frente a esta, dispuestos en forma de U invertida, había siete catafalcos de piedra sobre los cuales reposaban siete efigies humanas de oro. Forest agarró a su hermano de la manga y le arrastró hacia uno de los tálamos:

—¡Mira esto, Georges! ¡Fíjate en la perfección de estas estatuas! —el ejecutivo la rodeó, admirando las estilizadas proporciones de la figura pero sin atreverse a tocarla—. Si están hechas de oro macizo su valor es incalculable...

—¡Deberíamos haber traído un puto camión de mudanzas! —repitió Khayn, a la vez que recogía una hermosa daga con mango de oro y piedras preciosas incrustadas—. ¿Puedo quedármela? —como nadie le respondió, tomó el silencio como un sí y se la encajó en el cinturón, a lo pirata.

—No hay tiempo que perder —apremió Woods a su hermano—. Hagamos lo que hemos venido a hacer.

Forest comenzó a seleccionar del botín, centrándose especialmente en diamantes, rubíes, esmeraldas y pepitas de oro, la mayoría de ellos de considerable tamaño. Metió en las mochilas lo que consideró más vendible, desechando las piezas demasiado labradas y los objetos grandes que a su entender tendrían peor salida en el mercado. Los demás fueron incapaces de refrenar su ansia: mientras Forest llenaba sus macutos, Woods, Khayn y Whisper arramplaron con todo lo que pudieron llevar encima. Un expolio en toda regla. Jones fue el único que se limitó a darle su mochila a Forest, sin rapiñar nada por su cuenta. De hecho, el haitiano era el único que estaba atento a una posible voz de alarma de Miles.

Una vez con los bolsillos repletos de oro y joyas, Woods, arrastrado por una morbosa curiosidad, se acercó a uno de los sarcófagos que tanto habían llamado la atención a su hermano. A la luz de las linternas, la escultura parecía escalofriantemente real, como si pudiera abrir los ojos de repente y agarrarle del cuello al más puro estilo de las películas de la Hammer. Sus estilizadas y bien proporcionadas dimensiones contrastaban con su gigantesco tamaño, digno de un jugador de la NBA excepcionalmente alto. Woods acercó dos dedos en forma de pinza al bíceps de la estatua. Lo hizo lentamente, como si en el fondo de su ser temiera despertar al durmiente dorado. Sus dedos oprimieron el brazo de la estatua y la sensación que tuvo fue de sorpresa y repulsión:

El tacto de la escultura era blando, muy similar al de la carne.

Woods se apartó de ella y se abstuvo de comentar nada al respecto. Instó a su hermano para que se diera prisa. Comenzaba a sentirse incómodo dentro de la Tumba. Forest cerró las mochilas una por una, rezando para que no reventaran por el exceso de carga. Lo último que deseaba el viejo tiburón era hacer realidad ese sabio refrán que afirma que la avaricia rompe el saco.

Mientras sus compañeros expoliaban la Tumba, Miles avanzó hasta la siguiente intersección de corredores, desde donde se podían tener controlados dos pasillos más. Se ocultó detrás de una esquina, de modo que si aparecía alguien, podría sorprenderlo con facilidad.

Todo estuvo en calma hasta que divisó una cabeza cautelosa asomándose al fondo del pasillo. Miles retrocedió un par de centímetros, sobresaltado, pero siguió vigilando. Era prácticamente imposible que lo detectaran a esa distancia, y menos aún bajo la luz danzarina de las antorchas adosadas a la pared. De pronto, tres siluetas cruzaron a hurtadillas la encrucijada de corredores, desapareciendo por la otra esquina.

«¡Qué demonios! ¡No puede ser!».

A pesar de la distancia, Miles había reconocido a dos de ellos:

«¡El puto periodista y la zorra francesa!». ¿Cómo habrían conseguido llegar hasta allí? ¿Y qué hacían merodeando por la pirámide como vulgares ladrones? Obedeciendo a un impulso más fuerte que su sentido del deber, Miles abandonó su puesto y se lanzó a la carrera tras ellos. Si los perdía, sería difícil encontrarlos de nuevo. Aquellos malditos corredores eran un laberinto. Llevado por su intuición, dobló hacia la derecha justo a tiempo de distinguir a alguien que desaparecía por una esquina lejana. Sin pensárselo, y tirando la prudencia por la borda, el navegante les gritó a los fugitivos todo un clásico:

—*Stop, or I'll shoot*^[76]!!!

David, Gérard y Valérie dieron un respingo y salieron disparados a toda velocidad, como si corrieran el *sprint* final de una carrera. No hacía falta ser un genio para adivinar que aquella orden no procedía de un soldado de Nuevo Trujillo.

—¡Merde, merde, merde! —mascullaba Gérard, sin dejar de correr.

La mente de David trabajaba a toda máquina. Para ellos, no sería muy difícil despistar a su perseguidor (o perseguidores, porque no sabían exactamente cuántos eran) y ocultarse en el túnel, tras la puerta de Dietrich. Pero ¿qué pasaría con Royi y su grupo? Ahora los Hydra sabían que estaban allí, y corrían el peligro de ser cazados en los pasillos. De repente, al periodista se le ocurrió una idea desesperada, por no decir demencial:

—¡Gérard, vamos a la puerta de Dietrich, pero no por la ruta más corta! —jadeó—. ¡Da un rodeo, necesito un poco de tiempo!

—¿Tiempo para qué? —Gérard dobló otra esquina a la izquierda.

—¡Confiad en mí! —rogó David—. ¡Cuando llegemos a la sala de la puerta, haced exactamente lo que yo os diga!

Gérard giró por varios corredores, buscando un camino alternativo hacia la sala. De momento, parecía que habían despistado a su perseguidor. Por fin, agotados y sudorosos, llegaron a su objetivo. A Gérard, la puerta de Dietrich le pareció más majestuosa y esperanzadora que nunca. Jadeante y casi exhausto, David agarró una de las mesas de madera adosadas a la pared:

—¡Ayudadme con esto!

—¿Es que no vamos a abrir la puerta? —preguntó Valérie.

—¡No hay tiempo para preguntas! —le espetó David, a la vez que volcaba la mesa con ayuda de Gérard—. Vamos a colocarlas como la otra vez —explicó, arrastrándola hasta que quedó a un lado de la puerta de Dietrich—. Esta ya está bien, ahora la otra...

Por segunda vez, improvisaron un parapeto a ambos lados de la puerta. Cuando estuvo montado, David obligó a sus amigos a refugiarse entre las mesas junto a él. Ni Gérard ni Valérie tenían idea de lo que pretendía hacer, pero obedecieron sin rechistar.

—Pase lo que pase, no salgáis del parapeto —les ordenó David—. Ni se os ocurra asomaros...

En cuclillas y en silencio, contemplaron con el alma en vilo la puerta que daba al corredor, esperando a que su perseguidor apareciera por ella. Al cabo de unos instantes, oyeron a alguien acercándose a paso ligero. David rezó para que no entrara en la sala disparando como un loco.

—Ahí viene —susurró Valérie, tensa—. ¿Cuál es el plan?

—Tú reza —murmuró David—, y sigue agachada.

David y Valérie reconocieron a Miles en cuanto este se plantó en el vano de la puerta, precedido por el amenazador cañón de su M4. Ella apreció con satisfacción que su rostro de surfista continuaba hinchado, y que su nariz era ahora bastante menos atractiva que la que heredó de sus padres al nacer. Durante el breve duelo de miradas, nadie advirtió que David pulsaba aleatoriamente cinco de los seis pulsadores de colores.

—Señor Beltrán... —saludó Miles, feliz al ver a los fugitivos acorralados como ratas asustadas—. Señorita Delacroix... —el piloto clavó sus ojos en Gérard—. ¡Pero a quien tenemos aquí, si es el joven LeVu! —una sonrisa maquiavélica iluminó su rostro magullado—. A mi jefe le encantará conocerle en persona. Es usted muy valioso...

Nadie respondió. David, mientras tanto, mantenía su temblorosa mano sobre el último pulsador. Miles seguía parado en el quicio de la puerta. «*Avanza unos pasos más... solo dos o tres pasos más*».

—La verdad es que me quito el sombrero ante vosotros —aplaudió Miles, sin dejar de apuntarles—. Nunca pensé que llegaríais hasta aquí. Mi más sincera enhorabuena —introdujo su mano izquierda en el pantalón, sacando un puñado de bridas de plástico de las que usaban como grilletes. Clavó sus ojos en Valérie, y el último rastro de ironía abandonó su rostro—. Esta vez nada de trucos, puta: al menor movimiento, te frío. Y no sabes las ganas que tengo de hacerlo...

Y Miles avanzó hacia ellos.

«*¡Ya te tengo donde quería, hijo de la gran puta... y ahora, Dios, que esto funcione!*».

David protegió a Valérie con su brazo y oprimió el sexto pulsador con los ojos cerrados. Un chirrido estridente inundó la habitación. Gérard, que se había echado también sobre Valérie, sintió que algo impactaba contra el parapeto, haciendo que las mesas chocaran entre sí. Los tres quedaron encajonados entre las patas, que por suerte resistieron. Otros sonidos, aún más desagradables, inundaron la habitación: el de tela al rasgarse, el de metal arañando metal y un lastimero gemido humano que sonó a estertor. Luchando para que Valérie no liberara la cabeza de su abrazo protector, David reunió fuerzas para echar una ojeada a lo que había sucedido al introducir una secuencia errónea. Tan solo pudo articular una palabra a media voz:

—Joder...

—¡Sacrebleu! —exclamó Gérard, al abrir los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Valérie, a quien David no dejaba levantar la cabeza.

Miles permanecía de pie, sostenido por las innumerables cuchillas de acero que habían surgido de las paredes ensartándolo de lado a lado. «*Así que esto es lo que le pasa a la ayudante del mago cuando el truco de las espadas falla*», pensó Gérard, aterrado. El rostro de Miles, con los ojos a punto de desprenderse de sus órbitas, se veía desfigurado a causa del metal que comprimía la piel de sus mejillas, perforándola en un sinfín de agujeros. Su cuello se había transformado en un surtidor de sangre, y sus brazos, muy pegados al tronco, le forzaban a adoptar una grotesca postura mendicante, con una de las bridas aún colgando de uno de sus dedos en milagroso equilibrio.

—Ahora sabemos que la leyenda de las trampas es cierta —dijo David, haciendo esfuerzos sobrehumanos por no desmayarse ante la estampa de Miles atravesado como un alfiletero de carne; con un brusco movimiento, Valérie se zafó de su brazo y se enfrentó al sangriento polichinela en el que se había convertido. Se mordió el labio para no gritar—. No quería que lo vieras —se excusó David, abrazándola de nuevo—. No es agradable...

Por fortuna para ellos, las mesas habían resistido el envite de las cuchillas surgidas de los muros. A excepción de la zona protegida por el parapeto, la sala era totalmente intransitable a causa de los cientos de finas lanzas de metal que la cruzaban a todo lo ancho. Justo cuando Valérie iba a preguntar cómo diablos iban a salir de allí, un concierto de engranajes rechinó tras los muros y las cuchillas comenzaron a retraerse, regresando lentamente a los alojamientos donde habían permanecido durante siglos. Conforme se retiraban, la carne de Miles se estiró ahora en sentido contrario, hasta quedar liberada completamente del metal, lo que provocó que el navegante se desplomara en un enorme charco de sangre. La fuerza del mecanismo arrastró las mesas hasta que chocaron contra la pared. Entonces, algo pareció protestar con un lastimero crujido al otro lado del muro.

—Jamás me perdonaré esto —dijo David, incapaz de apartar la vista de Miles.

—Has hecho lo que debías —le consoló Gérard—. ¿Qué crees que habrían hecho ellos con nosotros?

—Según Duke, ahora solo quedan cinco... —contabilizó Valérie.

Gérard recogió el fusil de asalto del suelo. Aparte de arañado y manchado de sangre, parecía estar en perfecto estado:

—¿Sabes manejar esto? —le preguntó a David.

—Sí. Ni te imaginas la de cosas que hemos aprendido en este viaje.

—Pues esperemos a los demás dentro del túnel —sugirió Gérard, impaciente por perder de vista a Miles y a la laguna de sangre que se estaba formando en la sala.

David pulsó la secuencia correcta de colores y la puerta de piedra rodó hacia la derecha, mostrando una vez más el camino a los subterráneos. La extraña iluminación verdosa se activó en cuanto entraron.

—Apartaos, voy a cerrar esto —les advirtió David, oprimiendo los pulsadores situados al otro lado.

La puerta rodó de nuevo pero, para su sorpresa, esta se detuvo antes de cerrarse del todo, dejando un hueco en forma de media luna lo suficientemente grande como para que pasara por él un luchador de sumo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Valérie, lívida—. ¿Por qué no se cierra del todo?

—No lo sé —respondió David, sin saber exactamente qué hacer; inconscientemente, empuñó con más fuerza el M4—, pero es evidente que algo ha fallado.

—¿Por qué no le das otra vez? —preguntó Gérard.

—No me atrevo. ¿Y si se cierra y no se abre más? Si eso sucede, Royi y los demás estarán jodidos...

Si un ingeniero hubiera revisado el mecanismo que accionaba el cierre de la puerta, habría descubierto que este se había bloqueado al no recibir de vuelta la totalidad de las cuchillas que albergaba en su interior. Si a alguno de los tres fugitivos se le hubiera ocurrido tirar de las mesas hasta desclavar las lanzas, la puerta se habría cerrado de nuevo y habría vuelto a funcionar con normalidad. Por desgracia, no se le ocurrió a nadie.

Así pues, agazapados tras la puerta medio abierta y con el corazón al borde del colapso, David, Gérard y Valérie aguardaron la llegada de sus amigos, rezando para que fueran ellos y no los Hydra quienes cruzaran el umbral de aquella estancia cuyo suelo se encharcaba, cada vez más, con la sangre de Miles.

LIX

—¡TODOS FUERA! —a pesar del tono amable, la orden del sargento Cabanillas fue la antítesis de un ruego; los curiosos que se apelotonaban junto al cadáver desangrado de Duke le dedicaron miradas de decepción y reproche, como si les estuvieran echando de una fiesta—. No quiero ni a un paisano en el Templo hasta que el culpable de este crimen esté a buen recaudo o en el infierno. ¡Y no contad nada de esto a nadie! —gritó a los que se alejaban por el corredor—. No querréis que cunda el pánico, ¿verdad?

Los civiles abandonaron el edificio a regañadientes, renegando por lo bajini del bueno de Cabanillas. El sargento había sido llamado por los guardias que vigilaban el acceso a la pirámide desde la calle, ya que estos tenían órdenes expresas de Rodríguez de Liria de no abandonar su puesto bajo ningún concepto. Cabanillas acudió al lugar de los hechos en cuanto reunió a cinco de sus hombres más leales. Uno de ellos, un individuo alto y fibroso, se agachó junto a Duke, tratando de leer lo que había escrito en el suelo con su sangre:

—No entiendo lo que pone —se rindió—. No es uno de los que estaban en la Plaza, ¿verdad, mi sargento?

—No —le confirmó este.

—¿Entonces, quién es? —preguntó otro de sus hombres.

—Sin duda, uno de los soldados enemigos —razonó Cabanillas. Una sombra de preocupación cruzó el semblante de los presentes.

—O sea, ¿que están dentro de la Plaza?

Cabanillas les obsequió con un silencio elocuente.

—¿Entonces qué hacemos, mi sargento? —preguntó el alto.

—Por lo pronto mantener la calma —Cabanillas se dirigió al más joven de sus soldados, un chaval de menos de veinte años y de piernas rápidas—. Bernabé, ve a buscar al capitán Rodríguez de Liria e infórmale de que hay intrusos en el Templo. La última vez que le vi se dirigía a la Plaza de la Iglesia con fray Rolando.

—¡A sus órdenes! —dijo el zagal, y salió disparado por el corredor.

—Vamos a las mazmorras —ordenó el sargento—, a ver si todo está bien por allí.

Cortaron camino por la escalera exterior de la pirámide, entrando de nuevo en el edificio por el primer nivel. Lo primero que llamó la atención a Cabanillas fue la ausencia total de vigilancia en la rampa que descendía a las mazmorras. Tanto él como los cuatro soldados que le acompañaban empuñaron sus arcabuces y descendieron lentamente por el pasillo que llevaba a las celdas, dejando atrás el cuarto de Eloy y el aliento a vino rancio que escapaba por la puerta. Conforme se

acercaban a las mazmorras, comenzaron a oír voces pidiendo auxilio. Lo primero que vieron al cruzar el umbral de la puerta que daba al corredor de la cárcel fue a Eloy atado y amordazado dentro de una celda. Al fondo, los dos soldados encarcelados celebraban la llegada de sus libertadores.

—¡El Virrey y los extranjeros se han escapado! —advirtió uno de los hombres de Cabanillas.

—Espero que hayan dejado las llaves por aquí —dijo el sargento, al comprobar que las cerraduras estaban echadas—. ¡Buscadlas!

Los soldados registraron las celdas. Había pocos lugares donde esconder las llaves, y no tardaron en encontrarlas debajo de un colchón. Al primero que liberaron fue a Eloy, a quien despojaron de sus ataduras, para seguidamente abrir las celdas de los guardias. Los recién liberados comenzaron a hablar atropelladamente, hasta que Cabanillas les ordenó callar con un bufido nada habitual en él. El sargento estaba preocupado por la situación, sobre todo por la suerte de don Diego. La idea de que los extranjeros le hubieran tomado de rehén le atormentaba.

—Lo siento, mi sargento —se disculpó el soldado a quien Valérie le había roto la nariz; se sentía avergonzado ante su superior, y aquello no era nada comparado con lo que se le vendría encima cuando se las viera con el capitán—. Los prisioneros nos sorprendieron en la rampa y nos quitaron las armas. Todo fue muy rápido. Nos dejaron sin sentido...

—El Virrey iba con ellos, mi sargento —intervino el segundo centinela—. Él les ayudó a dejarnos fuera de combate...

—A mí esto me lo hizo la mujer —explicó el otro, señalándose su cara maltrecha—. Pelea sin armas mucho mejor que cualquier hombre.

—¡Que me lo digan a mí! —exclamó Eloy, que hasta el momento había mantenido la boca cerrada—. ¡La muy ladina me engañó! —el carcelero se echó a reír; no hacía falta un alcoholímetro para saber que aún estaba bajo los efectos del vino—. Me acerqué demasiado a la puerta y cuando me vine a dar cuenta me tenía contra la reja —por descontado, Eloy omitió el verdadero motivo por el cual se encontraba cerca de los barrotes—, me apretó el cuello y... ¡zas! ¡Me dejó dormido!

—Y te quitó las llaves... —dedujo Cabanillas.

—¡Claro! —respondió Eloy, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿No les ayudó nadie a escapar? —preguntó el sargento.

—Nadie. Se escaparon ellos solos, y con razón, para qué engañarnos —dijo Eloy, sorprendiendo a los presentes con sus palabras—. Estuve escuchándoles, escondido en el pasillo —explicó—. Les oí hablar entre ellos y también anduve espiando cuando recibieron la visita del capitán Rodríguez de Liria —el carcelero sonrió a Cabanillas—. ¡Soy el único que sabe la verdad! —alardeó, levantando un dedo tan ebrio como desafiante—. ¡El único en toda la Plaza que sabe la verdad! —apuntilló.

—¿La verdad de qué? —Cabanillas lanzó a Eloy una mirada que presagiaba tormenta; lo último que le apetecía en ese momento era tener que sacarle la

información con sacacorchos—. ¡Habla ya, maldita sea! ¡No hay tiempo que perder!

Eloy parpadeó y levantó la barbilla, muy digno. Ver tan enfadado al bueno de Tomás de Cabanillas era una novedad, y como bien decía su difunta madre, del agua mansa me libre Dios. Así que el carcelero decidió liarse la manta a la cabeza y contar absolutamente todo lo que había oído.

Eloy les contó a los presentes la conversación que había mantenido el Virrey con los prisioneros, y también la que mantuvieron con el capitán. La transcribió con pelos y señales, dejando a Cabanillas y a los presentes estupefactos al conocer las auténticas intenciones de Rodríguez de Liria. Al veterano sargento, aquello no le extrañó demasiado.

La historia, a pesar de venir de Eloy, uno de los borrachos oficiales de la Plaza, sonó más que convincente.

Rodríguez de Liria avanzó sin contemplaciones a través del jolgorio que tenía lugar en la avenida. A su lado, fray Rolando parecía al borde del infarto, incapaz de seguirle el ritmo. Bernabé, el veloz soldado que le había avisado de la aparición del cadáver, escoltaba al oficial, que buscaba a alguien entre la multitud con ojos furiosos. Por fin, encontró a su presa:

—¡Artegui!

El teniente Artegui, que en ese momento danzaba con su hija de tres años montada a horcajadas sobre sus hombros, giró la cabeza, fastidiado. Se olía que, para él, la fiesta estaba a punto de acabar. Sin dar explicaciones a su esposa, le entregó a la niña y se acercó a su superior:

—Mi capitán...

—Prepara a tu destacamento —le ordenó, hablándole en voz muy baja para no alertar a la gente—. Lo quiero en la terraza del primer nivel del Templo antes de lo que se tarda en rezar un credo.

—¿Sucedo algo, mi capitán? —le preguntó el teniente, alarmado.

—No creo que sea nada importante, pero tú haz lo que te ordeno. ¡Rápido!

Artegui improvisó una excusa absurda ante su mujer y corrió a casa a por su equipo. Por el camino, impartió disimuladas instrucciones a todo soldado que encontró. No quería sembrar el miedo en mitad de la fiesta. De todos modos, hubo quien se dio cuenta de que muchos militares abandonaban el festejo para ir a buscar sus armas y armaduras. Ante la creciente presión del ambiente, la mujer que había descubierto el cuerpo de Duke y había sido obligada a abandonar la pirámide por Cabanillas no pudo reprimirse más y dio rienda suelta a su lengua:

—No lo contéis a nadie —cuchicheó al oído de Teresa, la esposa de Marcial, el joyero—, pero hay un extranjero muerto en el Templo. No es uno de los amigos del Virrey —aclaró—, sino otro desconocido.

—¿Qué dices? —exclamó la otra, aterrorizada.

—¡Shhh! ¡No le digas nada a nadie! ¡El ejército no quiere que cunda el pánico!

Teresa, la esposa del joyero, se acercó a su marido con disimulo. El hombre, un cincuentón gordinflón y sonrosado, con aspecto de haber bebido más vino del que podía producir la ciudad, recibió a su mujer con una sonrisa que ponía en peligro de explosión sus mofletes carmesí.

—Marcial, no se te ocurra contarle esto a nadie —le advirtió Teresa al oído—. ¡Han encontrado un muerto en el Templo!

Y así se inició una cadena de quebradizas promesas de silencio que tuvo como resultado que a los pocos minutos, todo Nuevo Trujillo hablara sin reparos de que el enemigo estaba dentro de sus murallas.

Los Hydra descubrieron, contrariados, que Miles había abandonado su puesto. Woods y Forest cargaban, cada uno, con una mochila de más: el primero con la de Duke, que iba a ser repartida entre todos, y su hermano con la de Miles. Jones se asomó al cuerpo de guardia para comprobar si el navegante estaba dentro:

—No está aquí.

—¿Y por qué no está en su puesto? —se preguntó Khayn, airado—. ¿Qué coño habrá pasado?

Exploraron los corredores cercanos en busca de Miles. Iban con las armas por delante, dispuestos a disparar si era necesario. Forest, nervioso, avanzaba junto a su hermano, aferrando las valiosas sacas como si alguien fuera a arrebatarlas:

—¿Qué hacemos, Georges? Hasta ahora hemos tenido suerte, pero si nos quedamos demasiado tiempo por aquí acabarán descubriéndonos...

De repente, Jones se detuvo:

—Alguien viene.

Woods empujó a sus hombres dentro de la primera habitación abierta que encontraron. Jones dejó la puerta entornada y espió por la rendija. A los pocos segundos, dos tipos con aspecto de paisanos pasaron de largo. Uno de ellos parecía indignado:

—¡No sé por qué nos obligan a salir! —protestaba, irritado—. ¡Si el muerto ni siquiera es de la Plaza! ¡Dios bendiga a quien lo ha despachado!

—Los soldados van a registrar los pisos superiores —respondió el otro, infinitamente más calmado que su amigo—. Lo mejor es que salgamos fuera, así no les estorbamos.

—¡Me molesta que hurguen en mis aposentos! ¡Que me dejen un arma, y si encuentro a un extraño rondando yo mismo le mataré! —el tipo emitió un graznido de frustración—. ¡Precisamente hoy, que todo el mundo está fuera festejando y puedo trabajar en paz!

—Pues tranquilízate y disfruta de la fiesta. En cuanto terminen el registro podrás seguir trabajando, no te amargues...

Jones no pudo oír más, pero lo poco que había oído le bastaba:

—Afuera hay una fiesta —informó—, y arriba hay un registro. Por lo que he oído, han descubierto el cadáver de Duke...

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Forest a Woods; estaba cada vez más nervioso—. Si los soldados están registrando los pisos superiores, nos va a ser muy difícil salir de aquí sin que nos vean —de repente, le vino a la mente una idea aún más trágica—. ¿Y si descubren la cuerda y la quitan? ¡Nos quedaremos atrapados aquí dentro!

—¡Silencio! —le ordenó Woods—. Por lo pronto, vamos a buscar a Miles. Seguramente estará por aquí cerca. Tal vez haya tenido que esconderse. Si en cinco minutos no damos con él, nos largamos.

Sus palabras no convencieron demasiado a su hermano:

—¿Es que no has oído que hay soldados registrando los pisos superiores? ¡Por Dios, Georges! —Forest se esforzaba por no levantar la voz, a pesar de que en ese momento tenía unas ganas tremendas de gritar—. ¡Han cortado nuestra ruta de escape! —silabeó, con los ojos desorbitados.

Whisper, a pesar de ser consciente del peligro que corrían, quiso tranquilizar a Forest. Lo último que necesitaban era que el viejo perdiera la calma, cometiera un error y arrastrara a su hermano en él. La joven le puso la mano en el hombro, mirándole con sus hipnóticos ojos oblicuos:

—Charles, Jones y yo iremos delante —le dijo; su voz era como una caricia—. Si nos tropezamos con alguna patrulla, la eliminaremos sin hacer ruido —Whisper le dedicó una sonrisa encantadora, que difícilmente se podría atribuir a una asesina implacable—. Nadie puede con nosotros dos, ya nos conoce. Confíe en mí, saldremos de esta.

Forest asintió, con una sonrisa de compromiso. Woods le dedicó una mirada cargada de agradecimiento a Whisper, aunque en su interior no se sentía demasiado bien. Era consciente de que su hermano confiaba cada vez menos en él. Y para colmo, las cosas se estaban torciendo.

—Cinco minutos —dijo Woods—. Si no encontramos a Miles en cinco minutos, nos largamos.

Jones y Whisper encabezaron la marcha, machete y katana en mano, metiendo las narices en cada habitación abierta que encontraban a su paso. Woods, detrás de ellos, sostenía su pistola con silenciador apuntando al techo.

Nadie dijo nada, pero todos tenían el presentimiento de que aquello era una pérdida de tiempo.

Miles estaba muerto, y ellos, de algún modo, lo sabían.

David oyó ruido de pisadas en el pasillo e intentó mantener firme el M4, que temblaba en sus manos como si hubiera un terremoto de grado ocho en la escala de Richter. La entrada de la sala bailaba desenfrenadamente en la mira del arma. Por un instante, imaginó a los Hydra irrumpiendo en la estancia, disparando sus armas automáticas como locos; un segundo después, esa imagen fue relevada por una horda aullante, ataviada con armaduras relucientes y espadas afiladas como *Gillettes*. Casi grita de alegría al ver a don Diego y a Virgilio asomarse con cautela a la puerta de la

sala. Irremediablemente, su vista se clavó en la macabra estampa que ofrecía el cuerpo agujereado de Miles, tumbado sobre el charco de sangre.

—¡Estamos aquí! —les llamó David, controlando el volumen de su voz para no gritar—. ¡Dios, Dios, Dios, Dios, qué alegría veros, joder!

Los demás fueron entrando en la sala pegados a la pared, evitando pisar el lago rojo que se extendía por el centro de la habitación. Stephen fue el primero en reconocer la identidad del cadáver. Baxter iba pegado a él.

—Es Miles, ¿no? Joder... —Stephen puso cara de asco, con la espalda pegada al rincón—. ¿Qué coño le ha pasado?

—Luego te lo cuento —le respondió David, que llamó a Virgilio con la mano para entregarle su M4—. Toma, tengo un regalo para ti.

Virgilio lo recibió con mucho gusto, pasándole su arcabuz a Gilly. Había manejado con anterioridad fusiles M16, que eran muy parecidos a este. Comprobó que el cargador estaba lleno y que había un cartucho en recámara.

—Los Hydra están aquí... —anunció David.

—Ya nos lo olíamos —dijo Royi—. Oímos un follón en el pasillo. Al parecer, uno de ellos ha palmado...

—Duke —aclaró David—. Jones se lo ha cargado. Dejó un mensaje escrito con su propia sangre en el suelo.

—Joder —rezongó Royi—. Ya hasta se matan entre ellos...

—Antes de morir, Duke nos dijo que quedaban seis —intervino Valérie. Seguidamente, señaló a Miles—. Este ya no cuenta, así que ahora son cinco, incluyendo a Jones y Woods, que sabemos que sobrevivieron a Cayáhi.

Don Diego rodeó el cuerpo de Miles, tratando de no pisar la sangre. Por mucho que intentaba disimular la turbación que le causaba la escena, sus ojos como platos le traicionaban:

—¿Qué le ocurrió a este desgraciado? —quiso saber.

—Esto es lo que sucede cuando se introduce mal la secuencia de Dietrich —explicó Gérard—. Lo malo es que la puerta se ha quedado atascada. David no se ha atrevido a cerrarla de nuevo...

—Lo intentaré ahora, cuando estemos todos dentro del túnel —dijo el periodista—. La verdad es que este sistema anti intrusos es formidable.

—Ya comentaremos la eficacia de estas trampas con una copa por delante —le apremió Royi—. Lo que tenemos que hacer ahora es cerrar esta puerta detrás de nosotros. Hasta entonces, no estaré tranquilo —el fotógrafo cruzó la media luna abierta e inmediatamente fue bañado por la fantasmagórica luz verde que emanaba de las paredes—. Anda, ya sabemos quiénes fueron los precursores de las discotecas de pastilleros. Si todo está así de bien iluminado no necesitaremos las linternas —Royi recordó entonces la misión de sus amigos—. A todo esto... ¿recuperasteis las bengalas del salón del trono?

Valérie respondió sacudiendo el hatillo delante de sus narices.

—¡Cojonudo! —la felicitó Royi, cerrando el puño en señal de triunfo.

David dio dos palmadas, nervioso:

—¡Venga, no perdamos más tiempo! ¡Todos adentro!

En fila india, uno tras otro, cruzaron la abertura en forma de media luna. De repente, Stephen soltó una maldición desde la sala:

—¿Pasa algo, Stephen? —le preguntó David desde dentro el túnel.

—Nada, nada, solo que me despisté y pisé el charco de sangre. Qué asco, coño...

Cuando Stephen y Baxter estuvieron por fin al otro lado de la puerta, David oprimió los pulsadores en el orden correcto. Para su desilusión, nada sucedió; ni siquiera se escuchó un mísero quejido mecánico.

—Mierda —dijo David—. Pues la hemos cagado...

Gilly habló por primera vez desde que llegaron a la sala:

—Dios quiera que más adelante encontremos otra puerta que funcione, o no podré dejar de mirar hacia atrás constantemente.

—No tenemos más remedio que avanzar —dijo Royi—. Así que venga, bienvenidos al túnel del terror...

Perot se puso al final de la columna de marcha, justo detrás de Stephen y Baxter, a los que dejó pasar con una de sus radiantes sonrisas. El francés hacía gala en todo momento de un positivismo a prueba de bomba:

—*Vamós, vamós* —apremió en su español de todo a cien—. *Pgonto veguemos salidá...*

—Dios te oiga, amigo... —masculló David, en la cabeza del grupo.

Con un irrefrenable sentimiento de temor hacia lo desconocido, los diez fugitivos se dejaron engullir por las entrañas del Templo de los Antecesores, como almas procesionando rumbo a su juicio final.

Aunque la fiesta por la victoria no había sido oficialmente clausurada, el clima se había enrarecido a causa de los rumores sobre la presencia de intrusos en el Templo. Muchos militares, además de los treinta que formaban el destacamento de Artegui, habían recogido su equipo de batalla y ahora, armas en mano, se dirigían a la pirámide, alrededor de la cual se agolpaba una multitud asustada y ávida de noticias. Rodríguez de Liria, acompañado por fray Rolando, contempló la avenida llena de gente desde la terraza del primer nivel del edificio. Junto a ellos, en formación, las tropas de Artegui aguardaban órdenes. Al ver a toda esa audiencia reunida, Rodríguez de Liria decidió que era un momento inmejorable para clavar el último clavo del ataúd del aún virrey, don Diego de Orellana:

—¡Escuchadme! —gritó, dirigiéndose tanto a sus tropas como a la creciente multitud que se aglomeraba en la avenida—. ¡No sabemos cómo lo han conseguido, pero en estos momentos el enemigo está dentro del Templo! —un murmullo de preocupación brotó de la masa—. ¡Después de fracasar en su intento de tomar la ciudad, el enemigo trata ahora de liberar a Diego de Orellana y a los espías! ¿Quién conoce mejor las debilidades de la Plaza que el Virrey? —el capitán efectuó una

breve pausa para deleitarse en la confusión que estaba creando entre los presentes—. ¡Si el enemigo consigue su propósito, obtendrá información suficiente para destruirnos en su próximo ataque!

Justo cuando Rodríguez de Liria iba a añadir que la mejor opción era acabar de una vez por todas con Diego de Orellana, la voz de Tomás de Cabanillas se elevó por encima de la suya:

—¡Eso no es cierto, y lo sabéis! —el sargento apareció en la terraza del primer nivel acompañado por el carcelero, por los dos centinelas recién liberados y por sus cuatro soldados; seguidamente, avanzó unos pasos hacia las escaleras y se dirigió a la multitud—. ¡Todo esto no es más que un complot! ¡Eloy es el único que sabe la verdad, y creo que tenéis derecho a conocerla!

Rodríguez de Liria contempló, incrédulo, cómo Eloy se colocaba al lado de Cabanillas. Aquella interrupción había llegado tan de improviso que el atónito militar ni siquiera reaccionó.

—Su alta señoría don Diego de Orellana y los extranjeros han escapado de prisión —comenzó a decir Eloy, que fue inmediatamente interrumpido por el griterío de las gentes.

Aquella novedad cayó como un jarro de agua helada sobre Rodríguez de Liria, que cruzó una mirada de alarma con fray Rolando. Este, oculto bajo su capucha, estudiaba la dispar reacción del pueblo: mientras unos comentaban la fuga con evidentes gestos de preocupación, otros no podían disimular su alegría. El capitán fue consciente, en ese preciso instante, de que a pesar de su feroz campaña de desprestigio y de las favorables circunstancias que rodeaban a sus intrigas, no las tenía todas consigo.

—¿Estás diciendo que el ejército enemigo ha liberado al Virrey? —le preguntó Rodríguez de Liria a Eloy, que estaba flanqueado por Cabanillas y sus soldados. Si el capitán intentaba algo contra él, no dudarían en defenderle.

—Vos sabéis que no hay ningún ejército enemigo —le acusó Eloy, señalándole con el dedo—, como también sabéis que los que atacaron nuestras murallas no fueron más que unos cuantos bandidos. Tienen armas terribles, pero no son más que un puñado de rufianes que nunca desearon conquistar la ciudad —el carcelero se volvió hacia la gente—. ¡Escuché todas las conversaciones del Virrey con los extranjeros, y también escuché cómo el capitán Rodríguez de Liria les aseguró que iban a morir, ya que el juicio prometido no iba a ser más que una farsa! ¿Qué otra opción les quedaba a los condenados, más que escapar? ¡Don Diego no es un vulgar cordero que espera a su matarife, por el amor de Dios! ¡Es un Orellana!

—¡Cerrad la boca a ese rufián! —ordenó el capitán, al borde de la alferecía—. ¡Está borracho!

—¡Dejadle hablar! —gritó alguien desde la multitud—. ¡Eloy será un borracho, pero nunca miente!

Rodríguez de Liria no daba crédito a lo que estaba pasando: su historia desmontada a berridos por el borracho más roñoso de Nuevo Trujillo ante el beneplácito del Pueblo. Incluso los soldados que el capitán consideraba más leales prestaban sus oídos a las palabras del carcelero:

—Don Diego y sus amigos no son los culpables del asedio —sentenció Eloy, dirigiéndose especialmente a la muchedumbre que se agolpaba al pie de la pirámide —, y el capitán Rodríguez de Liria lo sabe mejor que nadie, pero claro, a río revuelto, ganancia de pescadores: no ha sido difícil para él convencernos de la culpabilidad del Virrey y de los forasteros —el carcelero efectuó una breve pausa, y su expresión, de repente, se vio reforzada por una sobriedad aplastante—. ¿Cómo hemos sido tan patanes de no darnos cuenta de que el único objetivo de Fernando Rodríguez de Liria ha sido, en todo momento, hacerse con el poder absoluto de la Plaza?

Un silencio sepulcral reinó en la calle tras esta grave acusación. Rodríguez de Liria, a pique de estallar, parecía uno de esos dibujos animados que se comen una guindilla y acaban expeliendo chorros de fuego por la boca:

—¡Mentira! —aulló, avanzando hacia Eloy en actitud amenazadora. Parecía estar fuera de sí—. ¡Haced callar a ese borracho de una vez o...!

Cabanillas se interpuso entre Eloy y el capitán:

—¿O lo matareis, como tenéis planeado hacer con el Virrey? —le interrumpió; el gentío, desde abajo, contempló boquiabierto la rebeldía del veterano militar, cuya honestidad y bondad estaban fuera de toda duda—. Aparte de amenazar a Eloy y de gritar como un poseso, ¿qué tenéis que decir en vuestra defensa?

—¿Que qué tengo que decir en mi defensa? —rugió el capitán, que en un veloz movimiento desenvainó su espada, dirigiendo su punta hacia el cuello de Cabanillas—. ¿Cómo te atreves, traidor repugnante...?

Como respuesta a ese gesto, cinco arcabuces apuntaron directamente a Rodríguez de Liria. El resto de arcabuceros también encaró sus armas de fuego, unos hacia Cabanillas, pero no pocos también hacia el capitán. El teniente Artegui no cesaba de mirar a unos y a otros sin saber qué hacer. En aquel momento, parecía que todo el mundo apuntaba a todo el mundo. Abajo, la muchedumbre presenciaba la escena en silencio, como espectadores de una dramática obra de teatro.

—¡Dejaremos que Eloy termine su historia! —gritó Cabanillas, que parecía más tranquilo que nunca—. Ahí adentro hay intrusos, pero no vienen precisamente a conquistar Nuevo Trujillo, como vos queréis hacernos creer. Eloy, sigue hablando...

—Ni el Virrey ni sus amigos tienen culpa de este ataque —insistió Eloy, mirando de reojo el maremágnum de arcabuces que sus declaraciones habían sacado a relucir—. Los extranjeros que atacaron nuestra muralla les escoltaron durante parte de su viaje, pero luego resultaron ser una panda de bribones y les traicionaron a mitad de camino. ¿Sabéis por qué? —Eloy hizo una pausa—. ¡Para raptar al amigo francés del Virrey! El zagal pertenece a una familia muy rica, y esos bandidos quieren pedir rescate por él. ¡Ese ejército invasor del que habla el capitán Rodríguez de Liria no

existe! ¡Os puedo asegurar que quienes nos han atacado son más enemigos de los extranjeros que nuestros! —concluyó.

—¡Este hombre delira! —gritó Rodríguez de Liria, que continuaba en el punto de mira de muchos arcabuces.

—¿Creéis que Eloy es tan listo como para inventarse una historia así? —le preguntó Cabanillas, sin darle ocasión a responder—. El tiempo apremia, mi capitán, y en estos momentos tenemos a un grupo de bellacos metidos en nuestra casa. Lo único que exijo, no como sargento de la guardia, sino como ciudadano de Nuevo Trujillo, es que tanto Diego de Orellana como los extranjeros sean escuchados. No permitiré que se les condene de antemano —el sargento se dirigió a la multitud—. ¡Y vosotros tampoco debéis permitirlo!

Un griterío casi unánime aprobó las palabras de Tomás de Cabanillas, e incluso algunas voces más osadas imprecaron a Rodríguez de Liria, amparadas por el anonimato de la muchedumbre. El capitán ardía en deseos de arremeter contra el sargento y el hediondo carcelero, pero tenía la seguridad de que si lo hacía, la multitud se le echaría encima sin dudarlo. A sus espaldas, el asustado fray Rolando contabilizaba los arcabuces que apuntaban al capitán, y comprobó, con espanto, que cada vez eran más. Rodríguez de Liria buscó la mirada encapuchada del franciscano, sintiendo que su autoridad se resquebrajaba a un ritmo alarmante. El teniente Artegui, consciente de que la situación no estaba tan clara ahora como en los dos últimos días, se acercó a su superior:

—¿Qué hacemos, mi capitán?

—Buscaremos a los fugitivos —le susurró en voz baja—, y en cuanto los encontremos...

Artegui hizo entonces algo que solo unos minutos antes habría sido incapaz de hacer: interrumpir a Rodríguez de Liria.

—Mi capitán, como ciudadano yo también exijo un juicio justo para don Diego de Orellana y los extranjeros —el joven oficial hizo una pausa y se atrevió incluso a añadir—, y no toleraré que nadie atente contra sus vidas. Creo que nuestro enemigo es otro.

En ese preciso instante, Fernando Rodríguez de Liria fue consciente de que su autoridad, más que resquebrajada, estaba hecha añicos.

LX

JONES FUE EL PRIMERO EN ASOMARSE A LA HABITACIÓN donde el cadáver de Miles se ahogaba en su propia sangre. Sin alterar un músculo de su rostro, el bokor hizo una señal a sus compañeros, que se encontraban agazapados detrás de él, contra la pared del pasillo:

—Ahí está Miles —dijo.

Los Hydra se enfrentaron a la escena con un silencio atragantado, hasta que Khayn lo quebrantó con una imprecación. La escena le pareció surrealista:

—¡Joder! ¿Quién ha podido hacerle esto?

Los ojos de Forest recorrieron la sala, reparando en la miríada de ranuras que horadaban las paredes:

—Ha sido *la habitación* —dijo, como si acusara con el dedo a las paredes agujereadas y a los pulsadores de colores—. Villeneuve menciona esta puerta en su diario. Tal vez Miles introdujo mal la combinación y activó la trampa sin querer. Fijaos en esos orificios... lo que le mató salió de ellos.

—Eso no tiene sentido —le rebatió Woods, esquivando con grandes zancadas el charco de sangre—. Miles está en el centro de la sala. Es imposible que alcanzara los pulsadores desde aquí... además, la puerta está entreabierta.

—Fijaos en esas mesas —apuntó Whisper—. Están dispuestas como si hubieran servido de protección a quien pulsó los botones. Quien lo hizo sabía lo que iba a suceder...

—¿Insinúas que Miles fue asesinado? —preguntó Khayn.

Jones señaló entonces unas huellas rojas que partían desde el sangriento cenagal. Se perdían en la media luna entreabierta y se internaban en la penumbra del pasadizo que se adivinaba detrás:

—Conozco esas pisadas.

Todos centraron su atención en las huellas de sangre. Woods se agachó junto a ellas:

—No me jodas... ¿de quién son?

—Del doctor Warwick —dijo Jones—. Las he visto muchas veces en el barro de la selva y en la cubierta de la Revenant. El dibujo de la suela y el tamaño del pie coinciden.

Woods abrió la boca, incrédulo:

—¡O sea, que están aquí! ¡Esos cabrones consiguieron llegar!

Forest, que intentaba digerir los acontecimientos sin sufrir una apoplejía, reclamó la atención de los mercenarios:

—¡Escuchad! Villeneuve decía que esta puerta podría ser una ruta de escape — lanzó una mirada suplicante a su hermano—. ¿No entiendes? ¡Ese túnel podría conducirnos fuera de aquí, y hemos tenido la gran suerte de encontrar el camino abierto!

—¿Y si estaba equivocado? —replicó Woods, incapaz de apartar la mirada del guiñapo que ahora era Miles—. No me seduce nada la idea de meterme en ese pasadizo, y menos aún sin saber adónde lleva.

Justo en ese momento, Whisper levantó la mano, poniendo fin a la discusión. A su lado, Jones apuntó su M4 hacia la puerta del pasillo:

—¡Callaos! —ordenó la chica, aguzando el oído; sus ojos se dirigieron hacia Jones—. ¿Lo oyes?

El bokor abrió sus fosas nasales, como un búfalo venteando el peligro. Los ecos de un trote resonaron a lo lejos. El inconfundible sonido de soldados acercándose a paso ligero. Jones se asomó con cuidado al pasillo:

—Ahí vienen —confirmó.

Forest agarró instintivamente las mochilas del tesoro con más fuerza, como si fuera a perderlas. En ese momento añoró la tensión pacífica de su vida empresarial, tan diferente del estrés a vida o muerte que padecía junto a su hermano y su menguante banda de soldados de fortuna:

—¿Qué hacemos? ¡Nos van a atrapar aquí dentro como a conejos!

Woods hizo caso omiso a los gimoteos de su hermano:

—¿Son muchos?

—Aún no lo sé —respondió Whisper, que también se había asomado al corredor.

Justo en ese momento, al fondo del pasillo, aparecieron los primeros soldados ataviados con sus relucientes corazas y sus característicos morriones de conquistador. Las antorchas arrancaban destellos naranjas al acero pulido.

—Llevan armas de fuego —comentó Jones, en un susurro.

—Parece que solo son cuatro —contó Whisper—. Espero tus órdenes.

Forest se ocultó detrás de la puerta de Dietrich, buscando la protección de la losa redonda. En cuanto estuvo al otro lado, el sistema de iluminación se activó, dándole un susto de muerte. Justo cuando se asomó para comentar aquello con los demás, vio con horror cómo su hermano, Khayn, Whisper y Jones salían al pasillo, armas en ristre. La galería de piedra amplificó el eco de las detonaciones de los fusiles de asalto. Forest oyó maldiciones en inglés y voces que gritaban en español, estas últimas alertando de la presencia de intrusos. Lo de pasar desapercibidos se había convertido, de repente, en un chiste. Como una rata acorralada, lo único que le quedaba a Forest era alzarse a dos patas y mostrar los dientes. Colgándose del hombro las mochilas que contenían su futuro, desenfundó la pistola. Respiró profundamente, conjuró ese valor del que había presumido siempre y decidió unirse a los Hydra en el combate. En ese momento, la muerte pasó de ser una entelequia a ser nauseabundamente real.

Ni siquiera llegó a asomarse al pasillo. Una voz en español gritó una orden de fuego, justo cuando sus compañeros irrumpían en tropel a través del vano de la puerta. El estampido de varias detonaciones simultáneas resonó en el corredor, y diez bolas de metal surcaron el aire, desgarrándolo en jirones a su paso. Solo una de ellas no acabó en la pared del fondo del pasillo.

—¡Mierda! —gruñó Khayn, cayéndose al suelo—. Me han dado...

Woods y Whisper le arrastraron a una esquina de la sala, mientras Jones salía de nuevo al pasillo, aprovechando que el enemigo recargaba sus arcabuces. Los primeros disparos de los Hydra habían acabado rebotando en las armaduras de los soldados, pero el bokor había aprendido la lección. La aparición del gigante negro sorprendió a los soldados de Nuevo Trujillo, que recularon ante los disparos del haitiano, que esta vez apuntó a las desprotegidas piernas para garantizarse el daño. Los heridos fueron sacados de la línea de tiro por sus compañeros, quedando el corredor momentáneamente despejado:

—En cuanto recarguen vendrán a por nosotros —vaticinó Jones, echando una ojeada a Khayn, que estaba recostado contra el muro. Woods y Whisper le atendían—. ¿Dónde le han dado?

El grueso proyectil le había entrado por el costado derecho, abriéndole una herida que perdía mucha sangre. El rostro de Khayn se decoloraba a cámara rápida. Woods no tenía los conocimientos médicos de Stitches, pero sí los suficientes como para saber que la bala había tocado algo importante.

—Joder —murmuró Khayn—, cómo duele...

Rubricó su frase con una tos sanguinolenta que manchó de rojo su barba rubia. Woods le hizo una seña a su hermano para que se acercara:

—No podemos hacer nada por él —le dijo al oído, confiando en que el moribundo no le oyera—. Quédate a su lado mientras defendemos la puerta.

Forest se agachó junto a Khayn. Este contemplaba el omnipresente cadáver de Miles con resignación, consciente de que pronto se reuniría con él. El ejecutivo, que nunca había sido demasiado bueno consolando al prójimo, liberó a Khayn de la carga que llevaba a la espalda:

—Déjame que te quite esto, estarás más cómodo...

—Felicidades —Khayn le dedicó a Forest una trémula sonrisa teñida de sangre e ironía—. Si salís de esta tocaréis a más...

—Tú lo has dicho —rezongó Forest, colocando la mochila de Khayn a su lado, como si aún la considerara de su legítima propiedad—. Si salimos de esta...

—¡Por la derecha! —gritó Whisper, al tiempo que efectuaba un único y certero disparo. Se escondió de nuevo tras el quicio de la puerta para evitar el fuego de respuesta—. Bien, creo que le he dado a uno en el cuello —celebró.

Woods y Jones mantuvieron a raya a los de la izquierda, que a pesar de ser ahora más numerosos, se lo pensaban dos veces antes de asomarse al corredor. Tras unos segundos de calma chicha, una voz de trueno resonó alta y clara en el pasillo:

—¡Rendíos, no os queda otra opción! ¡Si no lo hacéis, levantaremos un muro a cada lado del corredor y seréis emparedados! ¡Será divertido saber que estaréis comiéndolos a vuestros muertos tan solo para alargar una agonía que puede durar semanas!

Aquella diabólica amenaza consiguió arrancar una sonrisa a Jones. La idea de encerrar vivos a unos prisioneros para condenarles a una muerte lenta, aderezada además con una sugerencia al canibalismo, le pareció digna de él mismo. Desde el fondo de su alma, Erzulie Kalika rio a carcajadas.

—Me parece que no saben que esta puerta está abierta —dedujo Woods—. No nos queda más remedio que meternos en ese túnel, a riesgo de tropezarnos con nuestros viejos amigos —a Woods no le hacía demasiada gracia encontrarse con los civiles. A estas alturas, casi le daban miedo.

Forest recogió la mochila de Khayn y la convirtió en la número tres de su colección, echándosela al hombro como buenamente pudo. Khayn, a pesar de mantener la mano sobre su herida, seguía perdiendo sangre a ritmo de marcha fúnebre. Poco a poco, comenzaba a caer en la modorra que produce la antesala de la muerte.

—¿Qué vamos a hacer con él? —le preguntó Whisper a Woods.

No hubo ceremonia en el acto. Woods acercó el cañón de su M4 a la frente de Khayn y apretó el gatillo, efectuando un único y piadoso disparo que añadió aún más sangre al pantano rojo en que se había convertido la sala. Forest dio un respingo, asustado por la súbita detonación. Woods dirigió una lánguida mirada a su hermano, buscando su comprensión. Whisper y Jones, en la puerta, mantenían el pasillo bajo control. Por ahora, seguía despejado.

—Vámonos de aquí —dijo Woods. Su voz sonó más triste que nunca.

La fosforescencia verde bañó a los cuatro supervivientes en cuanto cruzaron la puerta de Dietrich. Durante unos segundos, se enfrentaron al túnel que descendía delante de ellos sin atreverse a dar un paso. Hasta Jones lucía un extraño brillo de temor en sus ojos inyectados en sangre.

—¿Este sistema de iluminación es obra de esta gente? —se preguntó Whisper en voz alta.

—Ni lo sé, ni me interesa —gruñó Woods—. Jones, vigila nuestras espaldas. Charles, mantente siempre detrás de mí. Whisper, tú y yo iremos delante.

El grupo descendió a través de la evanescente luz verde. Woods ocultaba, detrás de su silencio, un miedo como hacía mucho tiempo que no sentía. El todopoderoso equipo Hydra había sido eso: un equipo. Una maquinaria letal en la que cada uno de sus miembros era una pieza fundamental que la hacía funcionar con precisión suiza. Ahora, esa maquinaria no era más que un trasto averiado en el que solo las piezas más fuertes habían logrado mantenerse en su sitio, pero que ya no funcionaba bien. El team Hydra era un ser mutilado y vulnerable, que se adentraba en un lugar desconocido donde podrían encontrarse con una jauría de perros acorralados que ya

habían mostrado sus dientes en el pasado. Menuda paradoja: después de tantos años de operaciones encubiertas en los escenarios más peligrosos del mundo, Woods temía enfrentarse a un ejército formado por un par de periodistas, una ejecutiva con tetas de silicona, un médico borrachuzo y un puñado de hijos de papá.

El corredor quedó en silencio después del último disparo. Solo Rodríguez de Liria tuvo valor de asomarse al pasillo, preguntándose si alguno de los intrusos tendría arrestos para salir de la sala de la puerta prohibida. Al otro extremo de la galería, hombres de la guardia personal del Virrey, al mando del sargento Cabanillas, habían relevado a los caídos bajo el fuego de los Hydra.

Artegui había dividido su destacamento en dos pelotones: uno que él mismo comandaba, compuesto por quince hombres, y otro que puso a las órdenes del sargento Arias, un suboficial treintañero, enjuto, de facciones rapaces y ojillos redondos, que guardaba un extraordinario parecido con el general Montgomery, aunque esto él no lo sabía. El grupo de Arias se reunió con el de Cabanillas. Ambos mantenían una afable relación desde hacía años:

—Esos ya no salen de ahí, Tomás —apostó Arias, echando una ojeada al corredor vacío; sus hombres aguardaban órdenes detrás de él, listos para entrar en acción—. ¿Oíste la amenaza que les dedicó el capitán Rodríguez de Liria? —en vez de responder, Cabanillas hizo una mueca de desdén. Cada vez estaba más harto de Rodríguez de Liria—. El capitán está poseído por el diablo —prosiguió Arias, comprimiendo sus huesudas facciones en una sonrisa gargólica—. ¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Tres muertos y varios heridos —le respondió Cabanillas—, pero podían haber sido más. Por suerte, nuestra armadura nos protege bien.

—Espero que sea así, porque traigo órdenes de avanzar...

Cabanillas le miró de reojo:

—¿No íbamos a esperar aquí a que se rindieran?

—El capitán ha mandado traer escudos de los cuarteles —le informó Arias—. El plan es avanzar desde ambos lados, protegiéndonos con ellos.

Cabanillas entendió el ingenioso plan a la primera. Era justo reconocer que, como militar, Rodríguez de Liria era un fuera de serie. Como persona, sin embargo, era un demonio mezquino, escapado del infierno.

—¿Se sabe algo del Virrey? —preguntó Cabanillas, cambiando de tercio.

—Ni rastro de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

El veterano sargento dio una orden a sus hombres, y estos formaron detrás de él, como una banda callejera protegiendo a su líder:

—Arias, voy a buscar a don Diego —dijo Cabanillas—. Si vosotros lo encontráis antes que yo, protegedle... sobre todo del capitán.

Los finos labios del sargento Arias le obsequiaron con una sonrisa tranquilizadora:

—El propio Artegui no le quita ojo de encima, Tomás. El capitán no es tonto: sabe que si se toma la justicia por su mano le costará caro —apoyó la mano en el hombro de Cabanillas—. Tu intervención y la de Eloy nos han abierto los ojos, amigo.

Cabanillas le dedicó una mirada de agradecimiento y ordenó a sus hombres que le siguieran. A paso ligero, se dirigieron hacia un lugar donde tal vez podría haberse ocultado el Virrey. Un lugar cuya existencia era conocida por muy pocos, obedeciendo a una prohibición de más de cuatro siglos.

Un lugar que, en otros tiempos, fue conocido como El Dorado.

Sin saberlo, los soldados de Nuevo Trujillo recrearon algo que recordaba mucho a una formación de tortuga romana, aunque en lugar del típico pilum, por cada rendija que quedaba entre los escudos surgía la amenazadora boca de un arcabuz cargado. Como si de una procesión de silencio se tratara, los dos grupos armados se encontraron en la entrada de la sala donde, en teoría, estaba el enemigo acorralado. La primera línea descubrió, con sorpresa y horror, la puerta prohibida abierta y los dos intrusos muertos. No había duda de que la presa se les había escapado por la media luna negra que parecía burlarse de ellos desde la pared del fondo.

Rodríguez de Liria apartó a los soldados a empujones, irrumpiendo en el balneario de sangre en que se había convertido la sala. El cadáver de Miles, desangrado, ofrecía una visión de pesadilla; el de Khayn, apoyado contra la pared y con un agujero de bala en la frente, parecía disfrutar de la macabra estampa con sus ojos muertos.

—¿Qué clase de gente es esta, que mata a sus propios hombres? —se preguntó en voz alta Artegui, que estaba detrás de su capitán. Este no le respondió. Tenía sus ojos clavados en el fondo de la sala.

—Han cruzado la puerta prohibida... —murmuró.

Artegui no sabía adónde mirar: en mitad de la sala, el cuerpo asaeteado de Miles; a pocos metros de este, Khayn; frente a él, la puerta entreabierta invitándole a un viaje mortal. Entre todo ese catálogo de horrores, el teniente eligió examinar más de cerca a Miles, a pesar de que su estómago amenazaba con devolver hasta la última gota de vino y la última loncha de embutido que había ingerido en la fiesta. Uno de sus soldados, un mocetón bajito y fuerte con hechuras de enano de Tolkien, expresó en voz alta lo que la mayoría ya había adivinado:

—A este hombre lo ha matado esta sala —diagnosticó el pariente de Gimli, en tono fúnebre—. ¿Veis los agujeros de la pared, mi teniente? Algo que salió de ellos lo atravesó de parte a parte.

—¡Que nadie se acerque a esa puerta! —ordenó Artegui, convencido de que su hombre no decía ninguna tontería.

Mientras tanto, Rodríguez de Liria sacaba del cinturón de Khayn la daga enjoyada. Enseguida supo que la pieza procedía de la Tumba. El capitán era de los pocos que podían entrar en la cámara mortuoria a su antojo. «*Es posible que la*

descubrieran por casualidad», se dijo, reacio a pensar que aquellos cuatrocientos años de ostracismo no habían servido para mantener el secreto de la Tumba a salvo. Volvió a dejar la daga en el cinturón de Khayn, para que los soldados pensaran que la había traído consigo desde el exterior. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Artegui, que contemplaba la puerta prohibida con temor reverencial:

—¿Qué hacemos, mi capitán? Los Antecesores dejaron bien claro que esa puerta nunca debería ser cruzada —le recordó.

Rodríguez de Liria se quedó mirando fijamente la puerta entreabierta. Aunque no era supersticioso, en ese momento sentía el mismo miedo irracional que Artegui. Pero por otra parte, quería dar caza a los saqueadores. Si lograban escapar llevándose consigo el secreto de la Tumba, el final de Nuevo Trujillo sería cuestión de tiempo. Sin duda volverían, y esta vez, el ejército sí sería real.

—¿Cómo habrán abierto la puerta? —se preguntó Artegui en voz alta.

—Seguro que han usado uno de sus ingenios diabólicos —aventuró el capitán, dando por zanjada la cuestión—. Echemos un vistazo ahí dentro.

Artegui sintió que se le caían los palos del sombrero, pero lejos de recular y objetar al capitán, le acompañó hasta la media luna. Ni se dio cuenta de que pisó el charco de sangre, que comenzaba a secarse. Como si estuvieran hipnotizados, cruzaron la puerta del infierno a cámara lenta, ante la mirada espeluznada de la tropa. Cuando la luz verde iluminó sus rostros, Artegui brincó hacia atrás, tropezándose contra la puerta de piedra.

—¡Brujería! —exclamó, con los ojos desorbitados por el terror.

—Esto no es brujería —replicó Rodríguez de Liria—. Esto es sabiduría de los Antecesores.

Artegui se enfrentó a la rampa descendente, desenvainando su espada:

—¿Qué hacemos, mi capitán? No sabemos adónde lleva esto...

—No sé qué hacer —reconoció este, sin atreverse a avanzar—. Solo sé que el enemigo ha escapado por este pasadizo. Mi corazón me empuja a ir tras ellos, pero eso costaría la vida de muchos soldados...

Mientras Rodríguez de Liria se tomaba su tiempo para reflexionar sobre qué debía hacer a continuación, el sargento Arias entró en la sala, con su cara de aguilucho que parecía husmearlo todo:

—¿Y el capitán? —preguntó.

—Al otro lado de la puerta prohibida, mi sargento —respondió el enano de Tolkien—. Está con el teniente Artegui.

Siguiendo los dictados de su sentido común, decidió no unirse a aquella osada incursión si no era especialmente requerido para ello por sus superiores. Mientras estos decidían qué hacer al otro lado de la puerta, el sargento, incapaz de quedarse quieto, se dirigió a la tropa para poner algo de orden en el caos que reinaba en la sala:

—¡Despejemos un poco todo esto! —ordenó, a ritmo de briosas palmadas—. ¡Tú y tú, quitad de en medio ese cadáver! ¡Vosotros dos, sacad de aquí al otro! ¡Vosotros

cuatro, poned esas mesas en su sitio!

Tras esa batería de órdenes, el nefasto escenario se convirtió en un hervidero de actividad. Los cadáveres fueron sacados de la sala, dejando en el suelo una estela de sangre similar a la del toro que abandona la plaza arrastrado por los mulilleros. Los soldados encargados de retirar las mesas dieron un tirón para desclavarlas de los pinchos que salían de las paredes, y cuando lo consiguieron, estos volvieron a ocultarse en la pared.

Justo en ese momento, la estancia pareció quebrarse en un rugido mecánico, y la puerta redonda rodó hacia un lado, quedándose tan cerrada como lo había estado en los últimos cuatro siglos. Los que estaban dentro de la sala se quedaron paralizados, esperando algo horrible que, al final, no sucedió. Los soldados que acababan de liberar las mesas dirigieron sus ojos de carnero degollado hacia Arias, clamando inocencia. En el interior de los muros, los mecanismos habían vuelto a su sitio. Todo volvía a estar en orden.

—Nosotros... nosotros solo hemos retirado la mesa de la pared, mi sargento — tartamudeó uno de los soldados, con cara de haber roto, sin querer, la vajilla de los domingos.

Arias miró la puerta cerrada con esa sensación inequívoca que uno siente cuando está seguro de que acaba de meter la pata hasta el fondo. Sin querer, había decidido la suerte de Rodríguez de Liria y del teniente Artegui, que al otro lado de la puerta, maldecían a voz en grito.

LXI

EL TÚNEL DESEMBOCÓ EN UNA SALA DE PAREDES LISAS que se bifurcaba en dos nuevos corredores, uno que se abría hacia la izquierda, y otro a la derecha. La nueva estancia estaba sumida en una penumbra lánguida, apenas iluminada por los flecos de luz verde procedentes del túnel. A través de las sombras, se distinguía algo parecido a un pequeño altar de piedra que alojaba en su superficie una palanca de gran tamaño, que recordaba de alguna manera a los interruptores industriales del siglo XIX. Mientras todos contemplaban la consola con recelo, Virgilio, precedido por la seguridad del M4 de Miles, se atrevió a explorar unos metros de ambos corredores, hasta que una oscuridad impenetrable le persuadió de seguir avanzando.

—Acá necesitaremos linternas, bróder —le dijo a David, que se enfrentaba al enorme interruptor con los brazos en jarras; junto a este, don Diego, con la mano en la empuñadura de su espada, miraba a la consola como si escondiera en su interior una legión de demonios.

—¿Qué pasará si tocamos eso? —preguntó el Virrey al periodista, que seguía examinando el interruptor y sus alrededores, en busca de algún signo de trampa—. ¿No nos traerá algún infortunio?

—No creo que los Antecesores instalaran mecanismos anti-intrusos por todas partes —aventuró David, volviéndose hacia el resto del grupo—. ¿Qué hago, le doy?

Stephen, con su eterno Ron Baxter pegado a sus talones, se apresuró a contestar, harto de esperas:

—Dale... y que sea lo que Dios quiera.

Sin officiar ceremonia alguna, David bajó la palanca de golpe. Como respuesta a su acción, un zumbido eléctrico hizo vibrar la tétrica atmósfera subterránea, y dos globos se encendieron en el techo, inundando la sala con una cálida luz amarilla. Virgilio se alegró al comprobar que los pasillos también se habían iluminado.

—Increíble —murmuró Gilly—. Después de tantos siglos y funciona.

David exorcizó el miedo que había sentido al accionar el interruptor con un sonoro suspiro. Royi, a su lado, exploró con la vista la pequeña estancia, constatando que los globos de luz, al igual que las rozas acristaladas que recorrían el túnel que habían dejado atrás, estaban fabricados con el mismo material con aspecto de cuarzo transparente.

—¿Qué pasillo tomamos? —preguntó Valérie—. ¿Izquierda o derecha?

Virgilio dio un parco informe de su incursión en ellos:

—El de la izquierda sube y el de la derecha baja.

—Llevarán a diferentes niveles —dedujo Royi—. ¿Cuál tomamos?

—Ya bajamos mucho por el túnel —razonó don Diego, que intentaba calcular su posición actual respecto a la superficie—. Tal vez sea hora de subir.

—Pues no se hable más —dijo David—. A la izquierda.

El pasillo fue elevando su pendiente hasta convertirse en una rampa. Después de varios giros, encontraron un arco en la pared derecha del corredor que daba paso a un balcón desde donde admiraron un panorama tan sorprendente como espectacular. Apoyados en un antepecho de piedra, los fugitivos recorrieron con la vista el impresionante espacio que se abría tanto por debajo como por encima de donde se encontraban.

—¡Esto es enorme! —comentó Stephen, boquiabierto.

A veinte metros por debajo del mirador se extendía una superficie del tamaño aproximado de un campo de fútbol, delimitado por paredes de piedra lisa que conformaban el interior de un búnker de proporciones mastodónticas. Estaba iluminado por potentes focos que pendían del cielo raso, que se encontraba a unos diez metros por encima de sus cabezas. Símbolos extraños y marcas de propósito desconocido rompían de cuando en cuando la monotonía del suelo gris de la cámara, tabicada en algunas zonas por celosías translucidas dispuestas como los boxes de un circuito de carreras. En algunos lugares del suelo, unas columnas (de líneas tan cuadradas y simples como las del resto de la construcción) soportaban plataformas metálicas a las que se accedía mediante rampas. El único mobiliario —por llamarlo de algún modo— que quedaba en el subterráneo estaba formado por unos pocos cajones metálicos del tamaño de contenedores de basura, todos ellos abiertos y vacíos, desparramados por el lugar en un claro desorden que testificaba su abandono.

—Estamos dentro de la montaña que rodea el Fuerte —afirmó don Diego, tan estupefacto como el que más—. ¡Nunca imaginé que fuera hueca!

El mirador donde estaban no era el único que sobrevolaba el complejo: a cincuenta metros de distancia, en la pared de la izquierda, se divisaba un segundo balcón, y justo al frente, en el lado opuesto, había un tercero, también dotado de un pretil de piedra. Ambos balcones mostraban accesos a sendos corredores que se internaban en el muro. Gérard señaló el que estaba en la pared de enfrente:

—Mirad. ¿Qué es eso que hay a la izquierda del balcón?

Justo al lado, pegada a la pared, había una plataforma metálica compuesta de una plancha que hacía de suelo y una espartana barandilla de metal. El muro detrás de ella estaba surcado, a todo lo largo, por una roza abierta que conectaba ambos miradores.

—Parece que esa plataforma sirve para comunicar los dos balcones —dijo David, tratando de atravesar con su vista los muros que quedaban a su espalda—. Si los giros de este corredor no me confunden, Nuevo Trujillo queda justo detrás de nosotros, por lo cual, el pasillo que se abre ahí enfrente podría llevarnos a la salida.

—¿Crees que esa plataforma funcionará después de cuatrocientos años? —preguntó Gérard a David.

—No veo por qué no. Las luces funcionan, y son de la misma época...

—Solo hay una manera de comprobarlo —intervino Valérie—, llegar hasta ese corredor.

—Estoy de acuerdo —corroboró Royi—. Lo peor que puede pasar es que tengamos que volver por donde hemos venido.

Retomaron el corredor, que suavizó su pendiente hasta nivelarse del todo. Tras doblar un recodo del pasillo, encontraron una puerta que parecía ser la fuente del zumbido que llevaban oyendo desde que David accionara el interruptor de la consola. Junto a esta, había un botón del tamaño de una pelota de golf. En cuanto el periodista lo oprimió, la puerta se deslizó hacia un lado, ocultándose en la pared. En ese preciso instante, a Virgilio casi se le escapa el M4 de las manos, como si un ser invisible quisiera arrebatárselo desde dentro de la estancia. Con la puerta abierta, el zumbido era tan intenso que hacía imposible hablar sin levantar la voz.

—¿Qué coño hay ahí dentro? —preguntó Royi a gritos, tapándose los oídos con las manos.

Un colgante metálico que Gilly llevaba al cuello se colocó en posición horizontal, fuera de su camisa. Todo lo metálico quería entrar por voluntad propia dentro de la cámara, a excepción de los objetos fabricados con el acero de Nuevo Trujillo.

—¡Venid a ver esto! —llamó a gritos David, que se había internado unos pasos en la sala.

Dentro de una jaula construida con el acero de los Antecesores, había un dispositivo del tamaño de un tráiler que vibraba como si tuviera vida propia. Su forma era abovedada, como un cilindro cortado longitudinalmente y rematado en ambos extremos por dos bujes extrañamente tallados en un complicado diseño que no se sabía si era puramente ornamental o tenía alguna función específica. Un intrincado dibujo metálico recorría todo el ingenio, abrazando como venas de mercurio a seis vibrantes protuberancias semicirculares dispuestas en su superficie. Baxter quebró su silencio habitual para soltar una perorata en inglés que fue traducida por Stephen:

—Ron dice que eso es lo que produce la energía de este lugar. Actúa como un gigantesco solenoide, creando un campo magnético de potencia descomunal. Es por eso que atrae los objetos metálicos y vuelve locos a los instrumentos de navegación.

Royi lanzó una mirada acusadora al generador:

—Así que eso es lo que confunde a las brújulas y hace que los relojes dejen de funcionar —el fotógrafo reflexionó un par de segundos—. No puede ser, David lo ha puesto en marcha hace tan solo unos minutos...

—O no —rebató Gérard—. Tal vez ese interruptor sirva para ponerlo a pleno funcionamiento, pero recordad que las luces del túnel funcionaban antes de que David bajara la palanca. Lo más probable es que ese generador ya estuviera en marcha a baja intensidad, lo justo para mantener activos ciertos sistemas de este refugio. Eso explicaría la existencia permanente del campo magnético.

David hizo salir a todos fuera de la sala y cerró la puerta a sus espaldas, silenciando el rugido de la máquina y encerrando dentro a los tentáculos invisibles

que deseaban robar todo lo metálico que estuviera a su alcance. Una vez restaurada la paz en el corredor, retomaron la ruta hacia el balcón, rezando para que la pasarela les permitiera pasar al otro lado.

Woods, Forest, Jones y Whisper llegaron a la sala del interruptor unos minutos después de que David lo pulsara, sintiéndose aliviados al dejar atrás la fosforescencia esmeralda del túnel.

—¿Para qué servirá esta palanca? —se preguntó Whisper en voz alta.

Forest saltó como un resorte:

—¡Ni se te ocurra tocarla! Acuérdate de lo que le pasó a Miles...

—¡No iba a tocarla! —protestó ella.

—¿Cómo andáis de munición? —preguntó Woods, aprovechando el alto en el camino para revisar su armamento.

Jones sacó el cargador de su M4, prácticamente agotado, y lo sustituyó por el último lleno que le quedaba. Woods hizo lo mismo. Whisper no tenía cargador de reserva, pero al menos le quedaban unos cuantos cartuchos. El tiroteo del corredor había mermado de forma alarmante sus reservas.

—Espero que no tengamos que disparar demasiado —confió Woods, repartiendo su vista entre los dos corredores—. ¿Qué camino tomamos?

—¿El de la derecha? —sugirió Forest, a voleo.

—Me parece tan bueno como el de la izquierda —dijo Woods, internándose en él—. Mantened los ojos bien abiertos.

Tomás de Cabanillas encontró a los dos centinelas de la Tumba durmiendo el sueño eterno en el cuerpo de guardia. Se sintió muy apenado, ya que les conocía desde niños, pero no era momento de lloros ni de mostrar debilidad.

Reconoció en sus rostros los pequeños y mortíferos agujeros de bala de las armas de los intrusos. Ellos les habían asesinado.

Tras ordenar a sus hombres que se quedaran en el pasillo y hacer caso omiso a sus protestas, tomó una antorcha de la pared, abrió la puerta de la Tumba —algo que solo estaba permitido a unos pocos elegidos— y desapareció por ella. A pesar del eterno desorden que reinaba en la cámara, Cabanillas se dio cuenta de que alguien había estado allí. El suelo de la entrada, que solía ser el único espacio despejado de la Tumba, estaba salpicado aquí y allá de pequeñas piezas de oro y de diminutas piedras preciosas que parecían haber sido desechadas de un saqueo. Sin duda alguna, alguien había estado revolviendo los tesoros. Al igual que Rodríguez de Liria, Cabanillas se preguntó si los intrusos conocían de antes la existencia de la Tumba o si la habían encontrado por casualidad. Tras una rápida inspección que le convenció de que no había bicho viviente allí, salió de nuevo al pasillo, donde le esperaban sus hombres, expectantes.

—El Virrey no está aquí —anunció, sin revelarles que la Tumba había sido saqueada—. Sigamos buscando, no han podido esfumarse en el aire...

Cabanillas y sus hombres recorrieron el camino de regreso, registrando todas y cada una de las estancias que encontraron a su paso, hasta que la enjuta figura del sargento Arias apareció al fondo del corredor con aspecto de alma en pena. Les explicó atropelladamente lo que había pasado con la puerta prohibida, la fuga de los intrusos a través de ella y cómo, accidentalmente, Rodríguez de Liria y Artegui se habían quedado atrapados dentro. Aquella última noticia arrancó sonrisas malévolas entre los soldados.

—No hay tiempo que perder —les apremió Cabanillas. Tenía la corazonada de que aquella era la ruta de escape que había tomado don Diego; ¿por qué no iba a conocer el Virrey el secreto de la puerta prohibida? Al fin y al cabo, era el heredero directo de Francisco de Orellana—. Saca a todo el mundo del Templo y mantén un contingente armado en la puerta. Que nadie entre o salga. Vamos a formar un batallón de al menos doscientos hombres.

Arias le miró, extrañado:

—¿Puede saberse qué demonios pretendes hacer?

Cabanillas palmeó el huesudo hombro de su amigo. En ese momento, a Arias le pareció que el bueno de Tomás tenía veinte años menos:

—Te lo contaré mientras lo hacemos.

Rodríguez de Liria y Artegui, teñidos de la atmósfera verde que emanaba del gel, se sintieron condenados por el Altísimo al mismo tormento cruel con el que el capitán había amenazado minutos antes a los intrusos. Ahora eran ellos los emparedados vivos y, para colmo, no estaban solos allí dentro. Si les capturaban, tenían todas las papeletas para ser los primeros en formar parte del menú canibalesco.

—Mantengamos la calma —dijo Rodríguez de Liria, sin estar demasiado seguro si esas palabras iban dirigidas a Artegui, a él mismo, o a los dos—. Este lugar llevará a alguna parte...

Artegui se limitó a asentir y a respirar ruidosamente. El teniente se dio cuenta de que ambos empuñaban ahora sus espadas.

—Esos bastardos llevan armas de fuego y nos superan en número —le recordó Rodríguez de Liria—. Tenemos que ser muy prudentes.

Artegui asintió por segunda vez, incapaz de pronunciar palabra. Si tenía que luchar, lo haría con valor, aunque algo le decía que no volvería a ver la luz del día. Después de exhalar un profundo suspiro, se internaron en el túnel, espada en ristre.

Después de visitar varias habitaciones tan vacías como las de un edificio en construcción, el grupo de David se tropezó con una puerta muy diferente a las que habían encontrado hasta ahora. La única hoja que la componía lucía unas filigranas que se entrelazaban entre sí formando un intrincado dibujo. En la pared, encastrado junto a la puerta, había un pulsador idéntico al de la sala del generador.

—Agarra bien el fusil, Virgilio —bromeó Royi.

David pulsó el botón y la puerta se deslizó dentro de la pared, mostrando una sala muy distinta a la que alojaba al vibrante monstruo de metal. En esta reinaba un

silencio absoluto. David fue el primero en entrar, seguido muy de cerca por los demás. Todos, sin excepción, soltaron una exclamación de admiración ante la belleza de la estancia.

La sala, pentagonal, estaba bañada por una exquisita luz azul. En los vértices de los muros, cinco estatuas que recordaban mucho a las imágenes doradas de la cámara mortuoria parecían contemplar a los recién llegados, sentados en alargados tronos de piedra, con una sonrisa paternal congelada en sus rostros y unas hermosas manos de largos dedos señalando un artefacto en forma de seta, del tamaño de una mesa de juntas, que ocupaba el centro de la sala. Aquel extraño ingenio emitía un murmullo vibrante que evolucionó hasta convertirse en un acariciante canto de sirena eléctrico, impregnando el ambiente de una paz sobrenatural. La superficie del hongo, azulada bajo la luz de la sala, parecía fabricada de una especie de fibra de vidrio que prometía un tacto agradable. Como si estuvieran dirigidos por una mano invisible, los diez rodearon la seta. Esta comenzó a emitir un tenue resplandor, a modo de bienvenida.

—¿Qué diablos es esto? —susurró Royi que, al igual que sus compañeros, extendía ahora las manos a pocos centímetros de la cúpula. Aquello recordaba a una sesión de espiritismo de alta tecnología.

Siguiendo una hipnótica coreografía, todos posaron sus manos abiertas sobre el hongo. En cuanto conectaron con aquel extraño artilugio, una vertiginosa avalancha de imágenes en movimiento irrumpió en sus mentes a la velocidad de la luz, sumergiéndoles en una tormenta de acontecimientos ocurridos hacía mucho, muchísimo tiempo, en otra era.

Un millón de imágenes y conceptos desprovistos del innecesario disfraz de las palabras desfilaron dentro de sus cabezas. Contemplaron visiones de un joven planeta Tierra dominado por una raza mucho más avanzada que la nuestra. Esos seres superiores se repartían en varios imperios, coexistiendo en paz con los primitivos humanos, que para ellos eran poco más que animales interesantes a los que respetaban y observaban. Transcurrieron muchos milenios, y la joven raza humana, a la sombra de aquella civilización, evolucionó a gran velocidad ante la mirada amable de aquellos seres a quienes los hombres comenzaron a llamar dioses. Poco a poco, fueron integrándose dentro de aquel sistema dominado por la tecnología, tratando siempre de imitar a sus idolatrados tutores. De esa forma espontánea surgió la religión, abriéndose paso a zarpazos a través del manto de la tecnología. Al amparo de la especie dominante, una cultura propia de la raza humana comenzó a florecer.

Pero aquella vertiginosa evolución del homo sapiens no fue del agrado de todos. Los humanos, mucho más prolíficos que sus mentores, pronto superaron a estos en número, y su capacidad para adaptarse, aprender y sobrevivir fue observada con recelo por algunos sectores, que comenzaron a ver en dicha evolución una amenaza. Tuvo lugar, entonces, un cisma ideológico que desembocó en una guerra entre los partidarios del exterminio de la raza humana y de sus defensores.

Aquel feroz conflicto duró milenios en los que la tecnología militar creció alimentada por el odio. Hombres y dioses lucharon codo con codo y a la vez entre ellos, transformando el planeta en un gigantesco campo de batalla donde surgieron las primeras armas de destrucción masiva de la Historia, armas capaces de asolar regiones enteras.

Armas en cuya fabricación se utilizaban cantidades fabulosas de oro y piedras preciosas.

Fue el uso de una de esas armas lo que provocó que uno de los imperios más poderosos, situado en lo que hoy llamamos Mediterráneo, fuera engullido por el mar, que se tragó despiadadamente a millones de almas junto con todo el conocimiento que guardaban. No tardó en haber contraataque por parte de sus aliados, y lenta, pero inexorablemente, los diferentes imperios fueron cayendo uno tras otro en una contienda en la que no hubo vencedores, solo vencidos. El conflicto fue acabando poco a poco con aquella formidable civilización, que quedó reducida a unos pocos asentamientos militares donde dioses y hombres se lamentaban por aquella absurda guerra que había conducido al planeta a una involución catastrófica.

Y fue debido a aquella agónica decadencia que el hombre, tan divino como diabólico, optó por rebelarse contra los que hasta ahora habían llamado dioses, entablado con ellos una lucha que acabó con el exterminio casi total de la civilización que un día dominó la Tierra. La era del hombre había comenzado.

Huyendo del genocidio, los últimos representantes de aquella raza superior, los que luego serían llamados Los Antecesores, se ocultaron en las impenetrables selvas de Sudamérica, habitadas por pequeñas comunidades de hombres primitivos aislados del mundo y desconocedores de su existencia. Allí construyeron el último baluarte de su civilización, y una vez más coexistieron en paz con los seres humanos, que de nuevo los adoraron como a dioses. Fue en ese bastión donde las últimas armas de destrucción masiva fueron desmanteladas, y unas cantidades de oro en bruto y de piedras preciosas sin precedentes fueron reconvertidas en materia prima. Una vez que las armas quedaron reducidas a un amargo recuerdo, los Antecesores educaron a sus nuevos pupilos humanos en el arte de trabajar el oro y las gemas para crear objetos hermosos. La mayor parte de aquellas obras de joyería acabaron como ofrendas a los dioses, dentro de una de las cámaras más grandes del bastión. Los líderes fueron cayendo poco a poco, unos a causa de la enfermedad y otros porque simplemente su ciclo vital había expirado, y las montañas de oro y gemas con que los hombres los obsequiaron se fueron acumulando alrededor de sus sepulcros hasta formar el tesoro más valioso de la Tierra.

Y por fin, los Antecesores supervivientes recibieron la visita de unos hombres lo suficientemente avanzados para hacerse cargo de aquel baluarte y del arsenal en potencia que albergaba. Hombres que habían evolucionado mucho más que los nativos que les habían acompañado durante cientos de generaciones. En el momento

en que Francisco de Orellana aceptó ser el nuevo guardián del Templo, los últimos Antecesores desaparecieron sin dejar rastro, como si nunca hubieran estado allí.

Súbitamente, todo acabó. La seta guardó silencio, como si el documental hubiera tocado a su fin y una mano invisible hubiera dado un tirón del cable de corriente.

David fue el primero en separar sus manos de aquel formidable dispensador de conocimiento. Busco, inconscientemente, los ojos de sus compañeros. Era tanta la información recibida que sentía náuseas y mareos.

Virgilio fue el primero en hablar:

—¿Vieron lo mismo que yo?

David asintió con la cabeza. De algún modo, sabía que todos habían visto, o mejor dicho, habían vivido, lo mismo. Gérard, que se contemplaba las manos como si estas fueran a echar a arder de un momento a otro, murmuró:

—¿Sois conscientes de que sabemos algo que nadie más en el mundo sabe?

—Claro que soy consciente —respondió Royi, alejándose unos pasos de la seta, que ahora parecía dormida—, pero ¿y qué más da? Si algún día contamos esto, nos encerrarán en un manicomio.

David volvió a colocar las manos sobre la cúpula, pero esta vez no pasó nada. Algo decepcionado, se encogió de hombros:

—Somos los únicos que conocemos la verdadera historia del Hombre, y estamos condenados a llevárnosla a la tumba.

Stephen le habló a David:

—¿Tú habías oído alguna vez que el oro fuera un material usado con fines bélicos?

Este dibujó en sus labios una sonrisa evocadora:

—Según los escritos antiguos, el Arca de la Alianza estaba forrada de oro, y hay mucha gente que opina que fue un arma de destrucción terrible.

Royi le tocó el hombro a David, reclamando su atención:

—Mira —susurró el fotógrafo, señalando con disimulo a don Diego.

El Virrey, apartado del grupo, acariciaba con ternura la mano de una de las estatuas, que le devolvía la mirada con recíproco cariño. Aunque solo le veían la espalda, adivinaron que las lágrimas corrían por su rostro. Haciendo caso a ese sensor oculto que nos avisa cuando somos observados, don Diego se volvió hacia sus compañeros, sonriendo con tristeza:

—Se mataron entre ellos por nosotros, su cultura se apagó para que pudiéramos vivir, y fuimos nosotros mismos quienes los exterminamos. Y así y todo, cuando construyeron este lugar, acogieron a los humanos sin odio, sin revanchas —el Virrey le dedicó a la estatua una última mirada preñada de respeto—. No eran seres normales: eran realmente dioses.

Royi se atrevió a poner su mano en el hombro de don Diego, dejando de lado el protocolo. El Virrey le devolvió una sonrisa surcada de lágrimas y palmeó su mano, con afecto.

—Diego, eres un tío cojonudo —le dijo Royi.

Todos sintieron un escalofrío enternecedor ante aquella imagen de camaradería que, de algún modo, hermanaba el pasado con el presente. David echó de menos una cámara fotográfica para inmortalizar el momento. Fue Gilly quien devolvió al grupo a la acción:

—No es por cargarme este momento tan emotivo, pero si queremos estar en la selva al amanecer, deberíamos continuar buscando la salida.

—Tienes razón —dijo David—. Pongámonos en marcha. Cuando el último de sus amigos abandonó la sala, David pulsó el interruptor y cerró la puerta, sintiéndose feliz por haber sido bendecido con una sabiduría digna de dioses.

LXII

L CORREDOR DE LA DERECHA llevó al equipo Hydra al área inferior del complejo. El pavimento allí, liso y cementoso, aparecía salpicado de sombras oscuras resacas por el tiempo, como las que tatúan de por vida el suelo de un taller mecánico. Recorrieron su vasta extensión, sorteando los contenedores vacíos y encaramándose a las plataformas metálicas desde las que se disfrutaba de un plano general de la gigantesca estancia. Whisper elevó la vista al techo y quedó deslumbrada por los potentes focos que poblaban el cielo raso:

—Esto me recuerda a un garaje, o a un hangar —comentó, alejándose unos metros de sus compañeros—. Fijaos en esas líneas pintadas en el suelo: parecen delimitar plazas, como las de un aparcamiento, pero más grandes...

—Reservado para autobuses turísticos —ironizó Forest, que se recolocaba las mochilas cada dos por tres para que no se le clavaran en los hombros, y se dirigió a su hermano—. Tendríamos que buscar una salida, preferiblemente una que esté libre de trampas.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Woods—. Jones, Whisper, registremos a fondo este lugar.

Sin perder el contacto visual en ningún momento, cada uno de ellos se encaminó a un extremo del búnker, a la caza de cualquier indicio que pudiera apuntar a una salida. Jones peinó su zona sin dejar de mirar hacia arriba, con su instinto susurrándole al oído que el enemigo estaba por encima de sus cabezas. Revisó los espacios separados por las celosías translúcidas, comprobando que se encontraban tan vacíos como el resto del subterráneo. Por allí no había nada de interés, aunque todo apuntaba a que en el pasado sí que lo había habido.

A la derecha de Jones, Woods terminó de explorar la zona que se había asignado. Ni rastro de la salida. Vio que su hermano andaba cerca de la pared opuesta del búnker, no lejos del haitiano. Su expresión daba a entender que tampoco había tenido éxito en su búsqueda. Whisper, muy por detrás de ellos, casi en la entrada del corredor por el que habían bajado, comunicó a Woods con un gesto de decepción que tampoco había encontrado nada.

De repente, Jones levantó el puño izquierdo, reclamando la atención de sus compañeros. Como impulsado por un resorte, Woods se ocultó detrás de la columna de una de las plataformas metálicas. Whisper se refugió en el corredor, asomando solo media cara y el cañón de su M4. Forest se quedó paralizado. Jones le dirigió una mirada furiosa y le indicó con un aspaviento que se agazapara detrás de unos contenedores, cosa que hizo sin rechistar, a pesar de que recibir órdenes de alguien

que no fuera su hermano le sacaba de quicio. Jones se agachó justo a su lado y buscó a Woods con la vista. Cruzó una mirada con él, se puso un dedo en la oreja y señaló al techo. Woods le entendió a la primera: Jones había oído algo allá arriba.

—Quédate aquí y no te asomes —le ordenó Jones a Forest. En cuclillas recordaba a una tortuga, debajo de las tres mochilas—. No quiero que te peguen un tiro y tener que cargar contigo...

Forest se mordió la lengua. Nunca había permitido que nadie le hablara en ese tono, y mucho menos un loco hijo de puta medio salvaje como aquel. A pesar de la rabia, mantuvo su genio bajo control:

—Tú mandas —acató, mostrándole sus dientes en una caricatura de sonrisa.

Jones asintió, satisfecho, y elevó la vista a lo más alto del búnker. El bokor, concentrado en los sonidos que le llegaban desde arriba, no captó el brillo diabólico que refulgía en las pupilas de Forest.

Un brillo nada tranquilizador.

Los diez fugitivos llegaron al segundo balcón, que terminaba bruscamente en un cortado que parecía ser el muelle de atraque de la plataforma que había al otro lado del complejo. Tan solo un pretil de piedra lateral protegía al grupo de una caída de muchos metros.

—Cuidado —advirtió el Virrey al borde del abismo, dejando pasar a David. Este no tardó en descubrir, un poco por encima de su cabeza, cinco pulsadores de colores. Otro mecanismo de Dietrich.

—Volved al pasillo, por si las moscas —recomendó David, posando su mano sobre los botones, algo más pequeños que los de la puerta redonda—. Que este acceso esté protegido por código es buena señal: significa que hay algo importante al otro lado.

—Eso espero —rezongó Royi—. Dale de una vez, a ver qué pasa.

La plataforma se puso en marcha con un leve chirrido, iniciando un viaje tan lento que parecía interminable. A ese ritmo, tardaría por lo menos tres o cuatro minutos en llegar. A pesar de la lentitud de la pasarela, David recibió palmadas de agradecimiento y felicitaciones de sus compañeros. Mientras recibía la enhorabuena de Perot (que sacudía su mano como si intentara arrancársela), David notó el tacto cálido de una mano que electrizó hasta el último vello de su cuerpo. Al volverse, se tropezó con una sonrisa de Valérie que se le antojó inédita, acompañada de una mirada especial que hasta entonces nunca había visto en sus ojos verdes. Los dedos viajaron hasta su rostro, emanando un aura templada que le dejó sin respiración, a pesar de que intentaba, por todos los medios, disimular el huracán que le estremecía por dentro.

—Gracias, David —dijo ella, sin apartar la mano de su cara—. Te debemos la vida, ¿lo sabes, verdad?

En ese momento, a David le entraron ganas de mandar sus reparos al infierno y besarla delante de todos. Y lo habría hecho si no fuera porque Royi, justo detrás de

Valérie, improvisaba una versión muda y amanerada del *Lago de los Cisnes*, aliñada con aleteos de pestañas y estúpidas filigranas. Aquel ambiente hostil al romanticismo llevó a David a fingir una calma heroica y a esbozar un conato de sonrisa a lo Harrison Ford:

—Agradecédmelo cuando estemos fuera de aquí —respondió, aplazando el beso para cuando aquel cabrón que tenía como mejor amigo estuviese bien lejos; seguidamente, se dirigió a Valérie, en voz baja—. Ya sé cómo quiero que me des las gracias: con una cena en un sitio caro.

Valérie le dedicó un guiño con tintes de juramento:

—En el Maxim's, si hace falta —prometió.

Siguieron intercambiando frases de agradecimiento y ánimo, mientras la plataforma continuaba su exasperante viaje hacia ellos. Don Diego se mantenía algo apartado, en el pasillo. Estaba pensativo y asustado. En su interior, sabía que nunca sería feliz arrastrando consigo el remordimiento de haber dejado a su pueblo a merced de un tirano advenedizo. Además, aquel nuevo mundo al que se dirigía en condición de refugiado le asustaba enormemente. Sabía que estaba a punto de cruzar el punto sin retorno, y que la vida que había conocido hasta ahora quedaría irremediabilmente atrás.

Desde abajo, los Hydra observaron cómo la pasarela se ponía en movimiento, rumbo al balcón donde parloteaban los civiles. Por las voces, Woods adivinó que se trataba de un grupo mucho más numeroso de lo que había imaginado en un principio. Era posible que llevaran consigo el M4 de Miles, aunque Woods dudaba que hubiera algún tirador experimentado entre ellos. Jones y él tenían un pésimo ángulo de tiro. Estaban prácticamente debajo de la pasarela. Si querían disparar a los civiles, tendrían que abandonar sus escondites, retroceder muchos metros y exponerse al fuego enemigo. Por fin, la plataforma llegó al balcón, adaptándose al borde con un chasquido mecánico.

—¡Viajeros al tren! —bromeó Gérard.

El siempre sonriente Perot, con su arcabuz en la mano, fue el primero en comprobar la solidez de la plataforma, dando su visto bueno en forma de veloz parrafada en francés y un despampanante ademán de bienvenida a bordo. Virgilio fue el siguiente en subir, respondiendo a Perot con una sonrisa, aunque no había entendido ni una palabra. De uno en uno, fueron abordando la pasarela. David y Valérie fueron los últimos en hacerse hueco. Aquel chisme era la versión descapotable de un vagón del metro de Tokio en hora punta.

—No os mováis o nos caeremos —advirtió Valérie—. Los que hemos quedado pegados a la pared no tenemos sitio donde agarrarnos...

—¿Quieres ponerte aquí? —le ofreció Gilly.

—No hace falta, gracias. Si os quedáis quietos, todo irá bien.

David se estiró hasta tocar los seis botones de colores:

—¿Listos? —todos asintieron—. Pues allá vamos...

Introdujo la secuencia de Dietrich y la pasarela inició su parsimonioso viaje hacia el otro lado. Justo en ese momento, sonó el primer disparo de advertencia. Todos, sin excepción, se encogieron en la plataforma como animales asustados. David, Royi, Stephen y Valérie reconocieron la voz a la primera:

—¡Tirad las armas! —gritó Woods, surgiendo de detrás de la columna y efectuando dos disparos al aire—. ¡Tirad las armas ahora mismo!

El fusil de asalto de Whisper ladró desde el fondo del búnker. Sus disparos impactaron en el muro, un poco por encima de las cabezas de los civiles. Estos se agacharon instintivamente, y Valérie, que estaba al borde de la pasarela, perdió pie y cayó al vacío. En el último momento, estiró las manos y logró agarrarse a la abertura que recorría el muro de balcón a balcón, rezando para que el mecanismo de la plataforma no le amputara los dedos. Valérie, colgada del borde de piedra, presentaba un blanco perfecto. David, sin pensárselo dos veces, tomó impulso y regresó al balcón de un salto. No se mató de milagro: dio de bruces contra el suelo y se quedó con medio cuerpo colgando en el aire. Royi, incapaz de saltar desde donde estaba, maldijo al ver que sus amigos se quedaban en tierra:

—¡Mierda!

Virgilio dirigió un par de disparos hacia Whisper, que se vio obligada a refugiarse en el corredor. Mientras tanto Valérie, para asombro de todos, avanzaba en dirección al balcón impulsada únicamente por sus manos, con una agilidad tan solo comparable a su sangre fría. David retrepó al borde del mirador y se agachó tras el pretil de piedra. Allí, al menos, estaba a salvo de las balas:

—¡Venga, ya queda poco! —animó a Valérie, tendiéndole la mano—. ¡Lo estás haciendo muy bien!

—¿Por qué has saltado? —le reprendió ella, sin dejar de balancearse en el vacío—. ¡Ellos te necesitan al otro lado!

David echó una ojeada a la plataforma. Sus amigos, intimidados por los disparos, se encogían en el suelo en una estampa desoladora. Mientras tanto, Valérie extendía su pierna izquierda en busca de tierra firme. David agarró con fuerza a la joven y la atrajo hacia el balcón, rodando ambos hacia la seguridad del pretil de piedra. Ella se aferró a su cuello, sin dejar de reprocharle su acción.

—¿Cómo iba a dejarte a merced de esos cabrones? —repuso él—. ¡Antes prefiero que me maten!

Virgilio disparó hacia donde estaba Woods, frustrando su intento de salir a campo abierto. No había que ser muy listo para darse cuenta de que el M4 de Miles estaba en manos de un buen tirador.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Valérie.

—Traeré la plataforma de vuelta —respondió David—. Cruzaremos al otro lado antes de que esos hijos de puta suban hasta aquí.

David introdujo de nuevo la secuencia de Dietrich, pero no sucedió nada. Incapaz de resignarse, la introdujo dos veces más, sin éxito:

—Por lo visto, hay que esperar a que la plataforma llegue a su destino.

—Entonces solo nos queda esperar —dijo Valérie—. Volvamos al pasillo, no quiero que nos alcance una bala de rebote...

Desde su posición más alejada, Whisper había reconocido a Valérie y a David mientras ejecutaban su número circense. No había estado nada mal para una ejecutiva acostumbrada a encaramarse sobre Manolo Blahniks con el culo respingón embutido en una falda corta. El clic del percutor decepcionó a Whisper: su M4 acababa de quedarse sin munición. Irritada, dejó el fusil de asalto en el suelo, desenfundó la katana y se lanzó a la carrera por el mismo corredor por el que habían bajado hasta la zona inferior del complejo. Si tomaba el pasillo ascendente que partía de la sala de la consola, llegaría hasta el balcón donde estaban David y Valérie, y para ella no sería difícil reducirlos a punta de espada, por muchas artes marciales de gimnasio que dominara la rubia de oro. Woods adivinó la intención de Whisper y aplaudió su iniciativa, acorralado como estaba tras su columna por los disparos de Virgilio. La plataforma, que proseguía su exasperante viaje por encima de Woods y Jones, protegía a sus ocupantes con su propio suelo. Si querían darle a alguien, los mercenarios tendrían que moverse hacia atrás para conseguir el ángulo de tiro apropiado, y eso los expondría sin remedio al fuego enemigo.

Jones también reconoció a David al saltar. Era el único civil cuya vida valía algo, sobre todo si tenían que enfrentarse a una de esas puertas conectadas a una trampa asesina. En cambio, los desgraciados que viajaban en la plataforma eran totalmente prescindibles. Como si despertara de su letargo, Erzulie Kalika le habló dentro de su cabeza. Empezó haciéndolo con voz suave, pero poco a poco sus palabras se transformaron en un rugido hambriento que ensordeció a Jones. El loa, con la vehemencia de una niña maligna y caprichosa, deseó la sangre de los que se hacinaban en la pasarela: *«¡Mátalos no valen nada tan solo son cabrits sans cor cabrits sans cor cabrits sans cor cabrits sans cor cabrits sans cor cabrits sans cor cabrits sans cor...»*.

—Ezili Kalikae elu, Ala loa ki red...

Forest oyó el cántico aberrante de Jones mientras este abandonaba la protección de los contenedores, caminando hacia atrás y elevando su vista hacia la plataforma móvil. El ejecutivo observó, aterrado, cómo los ojos del bokor se desorbitaban y giraban hasta mostrar escleróticas tan rojas que parecían a punto de estallar en una explosión de sangre. De repente, aquellos ojos terroríficos volvieron a su posición normal. Jones apuntó a la plataforma, y disparó varias veces contra ella. Por suerte para sus ocupantes, las balas rebotaron en el acero.

—Ezili u madé kocho... M'ape ba u li...

Si el aspecto de Jones ya era horrible de por sí, esta nueva faceta que Forest descubría ahora desafiaba los límites de la cordura. Los labios del bokor, brillantes a causa de la saliva que resbalaba fuera de control, se retraían en su rezo exhibiendo unos dientes que al ejecutivo se le antojaron aún más largos y afilados que de

costumbre. Jones caminó hacia atrás, dando largas zancadas que parecían desplazarlo a cámara lenta. Sin parar de entonar su oración profana, buscaba el ángulo de tiro adecuado para acabar con los ocupantes de la plataforma:

—Ezili madé kabri dé pié...

Stephen fue el primero de los ocupantes de la plataforma en avistar a Jones y darse cuenta de que ahora sí que tenía un buen ángulo de tiro:

—¡Agachaos! —gritó a pleno pulmón, a la vez que tiraba de Baxter hacia abajo, forzándole a agacharse.

Virgilio disparó sus últimos cartuchos hacia Jones, pero este ni se inmutó, como si tuviese la certeza de que las balas no le alcanzarían. Virgilio soltó una maldición, manteniendo el arma vacía apuntada hacia el haitiano, como si aquello sirviera realmente de algo. A su lado, Gilly, con el corazón desbocado, desperdició su único tiro, que pasó muy por encima de la cabeza del objetivo, que ahora se paraba y les apuntaba con la parsimonia de un tirador olímpico.

Fue justo en ese momento cuando disparó Perot.

Desde que su padre le inculcara la afición por el tiro a los doce años, Perot había destrozado miles de discos de arcilla de once centímetros de diámetro, en el aire y en movimiento. La mole de Jones, erguida e inerte como una estatua, era un blanco tan fácil que hasta le dio risa.

La gruesa bola de metal penetró en el abdomen de Jones, haciéndole retroceder unos pasos y perder su posición de tiro. A pesar de que había recibido otros disparos a lo largo de su vida, el dolor de este fue distinto, como si le hubieran propinado un puñetazo con un puño americano al rojo vivo. El gigante vaciló durante unos segundos, procesando lo que acababa de ocurrirle. Ahora ya no oía a Erzulie Kalika, como si esta se hubiera sumergido en el pozo negro de su alma. Poco a poco, el dolor fue transformándose en rabia. Ignorando la quemazón de la herida, Jones apuntó una vez más a los fugitivos.

Y entonces recibió un segundo disparo, muy cerca del primero.

La ráfaga de Jones se perdió, inofensiva, en el cielo raso del búnker. El haitiano trastabilló hacia atrás, cayendo finalmente de espaldas sobre su mochila cargada de tesoros. Lo último que vio, antes de que las luces se apagarán, fue la figura borrosa de Forest sosteniendo en la mano la pistola con la que acababa de dispararle.

—Te pillé, monstruo —susurró el ejecutivo, dedicándole al bokor una sonrisa de despedida.

La caída de Jones envalentonó de tal forma a los ocupantes del teleférico que estos prorrumpieron en gritos de júbilo, levantando los puños al aire como *hooligans* enaltecidos. Stephen y Royi intercambiaron una mirada de satisfacción: Jones era humano. Sangraba. Y Jones, el guerrero definitivo, la máquina de matar perfecta, había sido abatido por un risueño tirador deportivo, incapaz de matar una mosca en otras circunstancias. Ellos eran la presa, sí, pero una presa capaz de derrotar al peor de sus depredadores. Stephen, que nunca había tenido demasiada confianza en el

bueno de Perot, le felicitó con un abrazo que casi le cuesta un par de costillas al francés.

—Manténganse agachados —les dijo Virgilio—. El otro cabrón todavía puede *balacearnos*.

—Ya casi llegamos —anunció Royi, sin quitar la vista del pasillo por donde habían desaparecido David y Valérie—. Espero poder enviar este chisme de vuelta...

Mientras tanto Woods, escondido detrás de su columna, trataba de asimilar que su mejor hombre había sido abatido. Se resistía a creerlo, pero ahí estaba: panza arriba, inmóvil, mirando al techo con los ojos cerrados... Una ola de magma comenzó a ascender desde lo más profundo de sus entrañas, como si un volcán entrara en erupción dentro de él. Desde su escondrijo, Forest aguantó la respiración, confiando en que su hermano no le hubiera visto rematar a Jones. Lo había hecho por su bien, qué coño. El cáncer que había infectado a Georges durante años había sido extirpado de raíz. El demonio que le había arrastrado a él y a su equipo a justificar las mayores atrocidades del mundo estaba ahora donde debía estar: ardiendo en el infierno.

Woods salió a campo abierto y corrió hasta donde estaba Jones. Nadie abrió fuego desde la plataforma. Lo más probable es que se hubieran quedado sin munición, y a él aún le quedaban algunos cartuchos en su M4, además de su pistola y la de su hermano. Sacudió a Jones, pero este no reaccionó. Woods dirigió una mirada furiosa hacia lo alto. La pasarela acababa de llegar a su destino. Profiriendo un grito de rabia, Woods apuntó a la pequeña multitud que abandonaba la plataforma y efectuó uno, dos, tres disparos. Se oyó un sonido metálico a la par que el Virrey daba un respingo: una de las balas había rebotado contra su coraza. Antes de que Woods pudiera efectuar un cuarto disparo, los fugitivos ya se habían adentrado en el pasillo, quedando definitivamente fuera de tiro.

—¿Estáis bien? —preguntó Gilly, examinando por encima a todos los miembros del grupo—. ¿Señoría?

—Tranquilo —respondió don Diego—. La bala rebotó en el peto.

—¿Los demás, todos bien? —insistió el médico, para interesarse seguidamente por el australiano—. ¿Baxter, are you ok?

Baxter asintió y levantó el pulgar. Fue entonces cuando Gilly se fijó en Stephen que, apoyado contra la pared, había sustituido su afable expresión habitual por una mueca desencajada. Su rostro estaba más lívido de lo normal.

—¿Stephen...?

El gibraltareño fracasó en su intento de componer una sonrisa:

—Estoy bien —pronunció, con voz quebrada.

Todas las miradas se centraron en él. Su camisa oscura disimulaba la mancha que se extendía desde su hombro, brillando tímidamente bajo la luz artificial del búnker. Cuando Gilly intentó descubrir la herida, Stephen le apartó la mano, dedicándole una mirada firme:

—Estoy bien —repitió, rechazando la ayuda—. La bala ha entrado y ha salido. No es grave.

—¿Cómo que no es grave? —replicó Gilly—. Déjame que te lo mire...

—Cuando lleguemos a la civilización —le cortó Stephen—. Ahora no tenemos ni material, ni tiempo. Sobreviviré —afirmó.

A pesar de estar terriblemente preocupado por Stephen, Royi trató de quitar hierro a la situación con un toque de humor:

—Tranquilos, el *whisky* que circula por las venas de este cabrón acabará con cualquier germen desde dentro —Stephen agradeció la broma con un amago de sonrisa; era evidente que la herida le dolía más de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero también estaba claro que poco se podía hacer en las circunstancias en las que se encontraban. No tenía más remedio que aguantarse hasta que llegara el equipo de rescate—. Aquí están los pulsadores —Royi introdujo la secuencia; inmediatamente, la plataforma se puso en movimiento—. Allá va otra vez. Qué lenta es, la hijaputa.

—¡Venid a ver esto! —gritó Gérard, desde el fondo del corredor.

Royi se abrió paso hasta él. Gérard estaba plantado frente a una decepcionante pared que transformaba el pasillo de la esperanza en un callejón sin salida. En vez de la ansiada puerta, lo que había allí era una gigantesca rueda de acero.

—Parece el timón de un barco pero a lo bestia —comentó Royi, enfrentándose a aquella nueva pieza del *puzzle*—. ¿Para qué servirá?

—Ni idea —dijo Gérard—. Tú dirás... ¿le damos?

—Prefiero esperar a David —decidió Royi, tras unos segundos de reflexión—. En tres o cuatro minutos, él y Valérie estarán con nosotros.

En cuanto oyeron los primeros disparos, Rodríguez de Liria y Artegui se escondieron en una de las habitaciones vacías del corredor ascendente. Desde su escondite, vieron pasar a Whisper por la puerta, corriendo como si la persiguiera el mismísimo diablo. Cruzaron una mirada de escepticismo entre ellos. Acababan de ver pasar a una mujer menuda armada con una espada y, para colmo, sola. Sin pensárselo dos veces, fueron tras ella. La joven, que corría a un ritmo difícil de seguir, ni siquiera se dio cuenta de que la perseguían.

Whisper recorrió el corredor principal a toda velocidad, pasando de largo el cuarto del generador y la sala del hongo. Al llegar al último recodo del pasillo, su instinto le ordenó aminorar la marcha. A partir de ahí, avanzó muy despacio, hasta que oyó a dos personas hablando en voz baja. David y Valérie no se dieron cuenta de que Whisper estaba detrás de ellos hasta que esta habló:

—*Game over*, chicos, poned las manos donde yo pueda verlas.

David y Valérie dieron un respingo. Les habían pillado por sorpresa. Resignados a su suerte, levantaron las manos y se enfrentaron a Whisper. Esta sujetaba la katana con sus manos junto a la oreja, en una posición defensiva:

—Dejad en el suelo todo lo que llevéis encima —ordenó.

David tiró el cuchillo de cocina y Valérie se descolgó el hatillo de las provisiones, dejándolo en el suelo. Los ojos oblicuos de Whisper siguieron sus movimientos con cautela.

—Esto es todo —dijo David, mostrando sus manos vacías.

Whisper dedicó una mirada de desdén al atractivo presentador de documentales y clavó su vista en Valérie:

—Felicidades por tu numerito a lo *Catwoman*. Demostraste mucho temple colgada ahí fuera. La paliza a Miles tampoco estuvo mal, la verdad...

—Se la mereció —sentenció Valérie, manteniendo la mirada de Whisper con actitud desafiante—. Tuvo un detalle bastante machista conmigo.

Whisper sonrió de medio lado:

—Ya veo que eres una chica dura —dijo, con ironía.

Valérie soltó un resoplido de indiferencia y no contestó. David intuyó que Whisper intentaba medir el nivel de miedo de Valérie, a quien sin duda consideraba un oponente mucho más peligroso que él, cosa que era cierta: él no le duraría a Whisper ni medio asalto.

—Tenéis muchas papeletas para salir con vida de esta si os portáis bien y hacéis lo que se os diga —Whisper palmeó la mochila que colgaba de su espalda—. Nosotros ya tenemos lo que vinimos a buscar, y lo único que queremos ahora es vivir para gastarlo. Según tengo entendido, tú sabes abrir las puertas de este sitio, ¿no?

David asintió con la cabeza.

—¿Adónde lleva esa plataforma?

—No estoy seguro, pero podría llevar al exterior.

Whisper asintió:

—No tardaremos en comprobarlo —la joven rebuscó en el bolsillo, tratando de localizar una brida de plástico—. Ahora, tumbaos en el suelo con las manos en la espalda... y nada de heroicidades, por la cuenta que os trae.

Justo se disponían a obedecer cuando vieron cómo Whisper sacaba la mano del bolsillo, agarraba su katana con las dos manos y daba media vuelta, como si algo acabara de sorprenderla por detrás. Por culpa del recodo del pasillo, no vieron quien acababa de unirse a la fiesta. No les hizo falta. Reconocieron la voz de trueno de Rodríguez de Liria a la primera:

—¡Suelta la espada, mujer! ¡Suéltala y mostraremos clemencia!

Whisper recibió a los dos espadachines con la sonrisa más cínica que pudo componer. Sus posturas erguidas y sus relucientes tizonas tenían el sabor de la escuela clásica, bastante predecible e inferior a su vertiginoso *kenjutsu*. Para Whisper, el único hándicap de aquel duelo a tres eran las impenetrables corazas de acero que protegían el torso de sus adversarios. Detrás de ella, David y Valérie retrocedieron unos pasos.

—Esperemos a ver cómo acaba esto —le susurró David a Valérie, con el corazón latiéndole a todo gas—. Ni se te ocurra meterte...

—¿Estás loco? Con un poco de suerte se matarán unos a otros...

Unos metros por delante de ellos, Whisper provocaba a sus oponentes:

—¿Por qué no cambiamos las tornas y sois vosotros los que tiráis las espadas? —propuso ella, sin dejar de sonreír—. Siempre será mejor que perder las pelotas a manos de una frágil damisela. ¡Menuda humillación!

Rodríguez de Liria hizo un mohín de resignación y elevó su arma hasta apuntar directamente al cuello de Whisper. Esta ni se inmutó.

—Nunca pensé que tendría que batirme con una mujer —el capitán se llevó la espada a la frente, a modo de saludo.

—Con una como yo, seguro que no —replicó Whisper, mostrando sus dientes en una mueca amenazadora.

En un segundo, el sonido de acero contra acero invadió el corredor. Whisper se lanzó sobre los militares en un apabullante ataque que les hizo retroceder mientras paraban, a duras penas, los veloces envites de la katana. Artegui lanzó una estocada a fondo que fue esquivada por Whisper mediante un salto acrobático, que ella aprovechó para disparar una patada contra el tórax blindado de Rodríguez de Liria. Aunque no le hizo daño, este se vio forzado a recular y a recomponer su postura. Whisper giró la katana en su mano, sujetándola como un puñal, y corrió hacia Artegui, que respondió al ataque con un sablazo a la cabeza de la mujer. Esta evitó el golpe mortal agachándose, a la vez que describía un arco con su arma que produjo un corte superficial en la pierna del teniente y una profunda herida en su amor propio: la primera sangre en brotar había sido la suya. Whisper se separó de ellos unos metros, levantó la katana por encima de su cabeza y les dedicó un beso, con guiño incluido.

Esta vez fue Rodríguez de Liria quién inició carga, en una serie de fintas y estocadas que no consiguieron romper la defensa de Whisper. Ella desviaba los golpes con unos mandobles tan brutales que habrían roto la espada del capitán si esta hubiera estado forjada con un acero distinto al de los Antecesores. Whisper contraatacó con furia, obligando a Rodríguez de Liria y a Artegui a retroceder corredor abajo, incapaces de aguantar en el sitio los ataques de la endiablada mujer. Aprovechando que ella ya no podía verles, David y Valérie recogieron del suelo el cuchillo y el hatillo; sin pensar en las consecuencias, se dirigieron al balcón. La plataforma viajaba hacia ellos, pero aún estaba a medio camino.

—Todavía tardará un poco —dijo David—. Con suerte, podremos subir a ella antes de que termine la pelea.

Royi, que estaba agazapado tras el pretil de su mirador para protegerse de los disparos de Woods, vio a David y a Valérie al otro lado del búnker. Sin importarle ser oído por los Hydra, llamó a su amigo a gritos:

—¡David, esto no tiene salida! ¡Solo hay un volante enorme, y no queremos tocarlo hasta que estéis aquí!

David hizo bocina con sus manos. Detrás de él, seguían oyéndose los sonidos metálicos de la batalla:

—¡Acciónalo! ¡Whisper y el Capitán Gilipollas están a hostia limpia aquí detrás!

—¿Quééééé? —preguntó Royi, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡¡¡Que te calles y le des a ese puto volante!!!

Royi maldijo entre dientes y desapareció de la vista. Whisper, a pesar de estar concentrada en el combate, adivinó que David y Valérie tramaban algo en el balcón. El periodista no le preocupaba demasiado, pero la francesa sí. Whisper no podía arriesgarse a que se abriera un segundo frente en su retaguardia. Tenía que acabar con aquello cuanto antes.

Jugándoselo todo en una arriesgada maniobra, Whisper volvió a proyectar su pie contra el pecho acorazado de Rodríguez de Liria. Fue tal la fuerza de la patada que este cayó de espaldas, dos metros más allá. Aprovechando una torpe estocada de Artegui, Whisper consiguió apresarlo por la muñeca, lo atrajo hacia sí y le atravesó el cuello con la katana. El acero se abrió paso a través de la nuca con una facilidad pasmosa. La boca del teniente, abierta como la de un pez fuera del agua, vomitó una bocanada de sangre que tiñó de rojo la mano de Whisper. Esta extrajo la espada bruscamente, trazando una exuberante parábola que regó de sangre las paredes del corredor.

En ese preciso instante, un temblor similar a un terremoto sacudió la totalidad del búnker. El aire vibró con un sonido grave, como si toda la montaña se moviera. Royi, don Diego y los demás retrocedieron unos pasos, alejándose del volante que acababan de girar a tope. La suerte estaba echada.

—Ahí abajo se está abriendo algo... —comentó David, justo antes de darse cuenta de que estaba hablando solo—. ¿¡Valérie!?

Valérie le hizo una seña desde el recodo del corredor, desde donde espiaba el combate de los tres espadachines.

—¡Joder, qué susto me has dado! —le reprochó David.

—Whisper acaba de cargarse a un soldado que venía con el capitán —le informó Valérie, abriendo el estuche del lanzador de bengalas que había sacado del hatillo. Ante la estupefacta mirada de David, enroscó una bengala en el tubo.

—¿Se puede saber qué demonios pretendes hacer con eso?

—Inclinar la balanza hacia el lado que más nos convenga.

—¿Y qué lado nos conviene más? —le preguntó David, confuso.

—Como diría Royi: no tengo ni puta idea.

David fue asaltado por una sensación de impotencia aderezada con unas gotas de vergüenza. Le habría gustado ocupar el lugar de Valérie, decirle que él se encargaría de hacer lo que ella iba a hacer. Pero tenía muy claro que, de los dos, Valérie era la más capacitada para este tipo de acciones.

—¡Deséame suerte! —le pidió ella, echando a correr pasillo abajo—. ¡Tú quédate aquí y avísame cuando llegue la plataforma! —le gritó.

David caminó unos pasos tras ella, sin perder de vista el balcón y la pasarela. Algo más abajo, el capitán y Whisper intercambiaban estocadas. A un lado de la

pared, el cuerpo sin vida de Artegui inundaba de sangre el corredor.

El gran problema al que se enfrentaba Whisper consistía en encontrar un punto vital de su oponente que no estuviera protegido por la armadura. Por otro lado, aquel espadachín de rancia perilla puntiaguda era bastante más diestro que su compañero. El combate, por ahora, estaba bastante igualado. Un brillo en los ojos de Rodríguez de Liria delató la aparición de Valérie en el pasillo. Whisper ni siquiera se dio la vuelta.

—Un nuevo gladiador entra en la arena —dijo la mercenaria, sin apartar los ojos del capitán—. ¿Por cuál de los dos bandos tomará partido?

—Gane quien gane, yo pierdo —sentenció Valérie, apuntando el lanzador de bengalas a las piernas de Whisper.

Un fogonazo y una columna de humo trazaron la trayectoria de la bengala hacia la parte trasera de la rodilla de Whisper. El plástico incandescente se clavó en su carne, produciéndole un dolor inenarrable que le obligó a arrodillarse, con su pantalón prendido en una humareda encarnada. Rodríguez de Liria, impresionado por la pirotecnia, retrocedió unos pasos. Whisper intentó arrancarse la bengala de la pierna, pero el intenso calor se lo impedía. La pernera de su pantalón, en llamas, desprendía chispas y trocitos de tela ardiendo.

—¡Me parece que te has equivocado de bando, puta! —gritó Whisper, volviéndose hacia Valérie con una expresión de odio mortal en su rostro crispado de dolor.

Aprovechando ese segundo de despiste, Rodríguez de Liria lanzó una estocada que se hundió profundamente en el brazo de Whisper, que a pesar de tener una pierna en llamas logró desviar la tizona del capitán con un violento mandoble. La bengala se extinguía poco a poco, pero ya había cumplido su cometido. Para Valérie, estaba cantado que Rodríguez de Liria iba a resultar vencedor, aunque Whisper, a pesar de estar tocada, aún presentaba batalla. «*Ojalá se hieran gravemente antes de morir* —deseó, en silencio—. *Así será más fácil rematarles*».

Fue David quien acalló sus crueles pensamientos:

—¡La plataforma está aquí! —anunció—. ¡Vámonos!

Valérie se reunió con él en el balcón. A su espalda, el duelo entre Whisper y Rodríguez de Liria proseguía, aunque por los gritos que se oían, la balanza se decantaba a favor del oficial. Saltaron sobre la plataforma, introdujeron la secuencia de colores, y esta reanudó su viaje de vuelta al otro lado, alejándose del campo de batalla con su insoportable lentitud.

—Le he metido una bengala a Whisper en la pierna —le contó Valérie a David mientras se sentaba en el suelo de la plataforma; el periodista la miró con la boca abierta—. Le ha tenido que doler horrores. Se le ha clavado en la parte de atrás de la rodilla...

—Joder, Valérie —David la miraba embelesado; había conocido a muchas mujeres, pero nunca a una como ella—. Ojalá tuviera yo la cuarta parte de tus

pelotas...

—No te creas, estaba muerta de miedo —cambió de tema—. Antes oí decir a Royi que no hay salida en ese pasillo...

—Allá abajo se ha abierto algo —le recordó David—. Puede que sea la salida. No hay más remedio que regresar por donde hemos venido, pero esta vez iremos todos juntos. Tenemos a don Diego, que sabe manejar la espada; también tenemos a Virgilio —el periodista rascó con un dedo la nariz de Valérie—, y te tenemos a ti, *madame* letal.

Súbitamente, el sonido de la batalla cesó en el pasillo. Era evidente que la lucha había terminado, aunque en ese momento no podían saber quién había resultado vencedor.

LXIII

WOODS AMINORÓ EL RITMO DE SU CARRERA para no dejar atrás a su hermano, que remontaba el corredor jadeando como un perro sediento. Al igual que Whisper, pasaron de largo la cámara del generador, la sala del hongo y las demás puertas que encontraron. Woods solo tenía una idea en mente: escapar de allí, y eso sería más fácil con David Beltrán. Whisper, él y su hermano se bastaban para controlar a un puñado de civiles. Fingiría negociar con ellos y les mantendría engañados hasta que estuvieran fuera de aquel maldito búnker. Una vez dejaran de ser útiles, no tendría piedad con ellos. No dejaría con vida a nadie que pudiera complicarles la existencia. Además, le debía esta venganza a Jones y a los demás caídos. Seguramente, a estas alturas, el periodista y la francesa ya estaban bajo control. Whisper era muy disuasoria con su katana en la mano.

Por desgracia para Woods, pronto comprobaría que Whisper había corrido la misma suerte que el resto de su equipo.

Los civiles contemplaron desde la plataforma móvil cómo las primeras luces del alba dibujaban un halo anaranjado sobre el suelo gris del búnker, dejando paso al aire fresco de la mañana, que poco a poco purificaba la rancia atmósfera que había reinado en la cueva artificial durante siglos. Abajo, en el mismo testero donde se encontraba el balcón que acababan de abandonar, la falda de la montaña se había desplazado hacia arriba, dejando una abertura rectangular lo suficientemente ancha y alta como para que pasara con holgura un cuatrimotor Hércules. La salida estaba abierta y les esperaba abajo.

A pesar de ello, sus rostros no estaban alegres. Aún tendrían que luchar por su libertad. Por lo pronto, el vencedor del combate a espada les estaría esperando en el corredor y, por si eso no fuera suficiente, todavía les quedaba enfrentarse a Woods y algún que otro Hydra más. Ellos solo contaban con la espada de don Diego, con las manos y pies de Valérie y el M4 descargado de Virgilio. Si a Woods le quedaba munición, estaban perdidos. La plataforma atracó en el balcón. Don Diego, Valérie y Virgilio fueron los primeros en desembarcar, seguidos de cerca por David y los demás.

—Ahora sabremos cómo acabó el duelo... —dijo Valérie.

El grupo se tropezó con los espadachines al girar el recodo del pasillo, y lo cierto era que ninguno de ellos tenía buen aspecto: Artegui, como buen militar, había vertido hasta la última gota de su sangre, que ahora resbalaba cuesta abajo en un riachuelo escarlata; no lejos de él, Whisper, oliendo a carne quemada y con varias heridas en su cuerpo, yacía de bruces, con el corazón atravesado por la hoja de

Rodríguez de Liria. El único que quedaba aún con vida no estaba mucho mejor que los otros dos: el capitán lucía un corte profundo en la mejilla, además de una fea herida en el muslo izquierdo cuyo caudal apenas era contenido por la presión de su mano. La katana de Whisper había logrado sortear la protección de la pierna, perforándole la femoral. Rodríguez de Liria, pálido como un fantasma, esbozó una sonrisa burlona al ver a don Diego caminando hacia él, espada en mano. El Virrey, que ya sabía de la presencia del capitán en el subterráneo por David y Valérie, no pudo evitar sentir compasión por quien un día fue su amigo.

—Mírate, Diego —comenzó a decir Rodríguez de Liria; su forma de hablar, entrecortada y sin fuerza, testimoniaba dolor y agotamiento. Era un milagro que se mantuviera en pie—. Has pasado de ser Virrey de la Corona Española en las Indias a ser cabecilla de un motín de presos. Si hubieras hecho lo que debías el día que los franceses pisaron Nuevo Trujillo, nada de esto habría pasado. Fuiste débil, como siempre lo has sido —el capitán elevó su espada hasta que quedó apuntando hacia don Diego—. Eres patético —escupió.

El Virrey tocó con la punta de su espada la temblorosa hoja de Rodríguez de Liria. Por muy buen esgrimista que fuera, no sería rival para él en el deplorable estado en que se encontraba.

—Ríndete, Fernando. Deja tu espada y no me obligues a hacer algo que no quiero...

—¡Mátame, si es que eres lo bastante hombre para hacerlo! —le retó. Don Diego clavó su mirada en la del capitán y se encontró con los ojos de alguien que, a pesar de estar en pie, ya estaba muerto—. ¡Aquí me tienes, cansado y herido! ¡Es tu gran oportunidad! ¡Vamos, hazlo!

Los gritos de Rodríguez de Liria detuvieron en seco a Woods y a Forest, que no fueron descubiertos de milagro. Conscientes de que algo importante sucedía, retrocedieron unos pasos por el corredor, permaneciendo fuera de la vista y con el oído muy atento.

—¡Hazlo de una vez! —le provocó de nuevo, lanzando una estocada burda y sin fuerza hacia el rostro de don Diego. Este paró el ataque, efectuó un veloz giro de muñeca y enganchó su hoja en la elaborada guarnición de la espada del oficial, desarmándolo en un impecable movimiento.

El capitán contempló su mano desnuda con mirada ebria, mientras su izquierda no lograba contener el torrente de sangre que manaba del muslo. Era la imagen de un muerto en vida. Valérie sintió las zarpas del remordimiento clavándose en su garganta. Al final, su macabro deseo se había hecho realidad, y Whisper y el capitán se habían matado mutuamente. Por fortuna para su cordura, no iba a tener que ser ella quien rematase al superviviente. Don Diego contempló a su rival desarmado, humillado y moribundo, mostrando sus dientes en una última sonrisa con aires de *rigor mortis*. Sin apartar su mirada de los ojos del Virrey, Rodríguez de Liria retiró la mano de la herida del muslo, dejando que la poca sangre que le quedaba en el cuerpo

escapara a borbotones. A los pocos segundos, el frío sopor del desangramiento le obligó a sentarse de espaldas a la pared, dejándose morir delante de todos. Don Diego no pudo evitar sentirse apesadumbrado. A pesar de todo lo que le había hecho, lamentó la muerte de quien un día fue su amigo. Con ademanes lentos, se santiguó y elevó la espada a modo de saludo:

—Que Dios se apiade de ti, Fernando.

Woods y Forest, ocultos en una habitación próxima, permanecían atentos a lo que sucedía en el pasillo. No querían revelarse antes de saber con quién se jugaban los cuartos. Había muchas voces desconocidas entre los civiles. Una de ellas habló en español con acento francés:

—Deberíamos irnos ya —dijo Gilly—. Espero que haya puntos de sutura y antibióticos en el helicóptero. Quiero tratarle la herida a Stephen cuanto antes...

Woods y Forest se quedaron boquiabiertos. Ni siquiera oyeron a Stephen insistir en que su herida no era tan grave como parecía.

—¿Has oído? —susurró Forest—. ¡Esperan un helicóptero!

Woods le mandó callar llevándose el índice a los labios. Aquella conversación era demasiado interesante como para perder detalle.

—¿Hay una hora estimada de llegada? —preguntó Gilly.

—Quedamos en encontrarnos en el río hoy, a primera hora de la mañana —le respondió David—. Espero que estén allí. Si nos fallan, tendremos que ir hasta San Julián a pie, sin armas ni provisiones...

—Voy a vendarle la herida a Stephen —decidió Gilly, rasgando una de las mangas de la camisa de Rodríguez de Liria—. No tardaré ni un minuto.

El corredor quedó en silencio tras estas palabras. Woods, hablando en un tono casi inaudible, se dirigió a su hermano:

—No sé cómo cojones lo han hecho, pero esos hijos de puta han conseguido avisar a un equipo de rescate —de repente, una lucecita se iluminó en su cabeza—. ¡Claro, el teléfono Iridium! ¡De algún modo, esos bastardos dieron con la forma de desbloquearlo!

—No he oído a Whisper —apuntó Forest—. ¿Dónde estará?

—Ni idea —respondió Woods, negándose a imaginar lo peor—. Estará escondida en alguna habitación. Tal vez la hayan herido...

—Pues si esos hijos de puta han contactado con la base, habrán contado todo lo que saben: la policía estará siguiendo nuestro rastro, las tarjetas Titanio no valdrán una mierda y el paso por el río estará bloqueado. Eso si tu organización no ha enviado un equipo para borrarlos del mapa.

Woods guardó silencio. Su hermano tenía razón.

—A estas alturas, la policía ya sabrá lo que sucedió en la hacienda del Goblin —prosiguió Forest—, por lo cual el Manqu Qhapaq estará en su lista de objetivos. Y para colmo, sabrán que mi muerte fue una farsa —el ejecutivo comenzó a sudar como

un pollo asado—. Estamos jodidos, Georges. ¿Cómo vamos a atravesar la selva, solos y sin provisiones?

Woods ya tenía un plan en mente:

—Usando su helicóptero para salir de aquí.

—¿Hablas de secuestrarlo?

Woods asintió, dando unos golpecitos a su M4. A pesar de que Forest intuía que aquel plan entrañaba una buena dosis de riesgo, no le quedaba más remedio que confiar en su hermano:

—Si ves que esa es nuestra única oportunidad, adelante. Tú mandas.

Woods se llevó el índice a los labios una vez más: el grupo se ponía en marcha. Instintivamente, tanto él como Forest se aplastaron contra la pared, mientras el sonido de las pisadas se alejaba corredor abajo.

—Vamos a dejar que se alejen un poco —dijo Woods—. Iremos detrás de ellos sin que se den cuenta.

—Suenan complicado —rezongó Forest.

—Tú mantente siempre detrás de mí —afuera volvió a hacerse el silencio—. Pero antes vamos a buscar a Whisper...

Al salir de la estancia, Woods y Forest estuvieron a punto de pisar el arroyo de sangre que se deslizaba pendiente abajo.

—Joder —exclamó Forest en un susurro, esquivándolo de un saltito.

—Veamos de quien es esta sangre —propuso Woods, remontando el pasillo sin más dilación. Se tropezaron con los tres cadáveres justo al girar el recodo. Enseguida vio a Whisper. A su lado, dos hombres ataviados con coraza lucían en su carne la dolorosa firma de su katana. Woods acarició el cabello liso y negro que caía sobre el rostro sin vida de la joven. Forest, algo alejado, presencié impasible el cuadro fúnebre. Por un instante, se planteó recoger también la mochila de Whisper, pero temió que su hermano estallara en un ataque de cólera. Tampoco había tenido valor para quitársela a Jones. Muy a su pesar, dos mochilas conteniendo una fortuna incalculable acompañarían a dos esqueletos por los siglos de los siglos. Le pareció todo un desperdicio.

—Aquí ya no podemos hacer nada, Georges —dijo Forest, impaciente por reanudar la marcha—. Acuérdate de ella cuando te cargues a esos mierdas.

Woods se incorporó, prometiéndose a sí mismo que el exterminio de su equipo sería vengado con una crueldad digna del propio Jones.

El aire de la mañana refrescaba el búnker por primera vez en varios siglos, y su desolador vacío era alegrado por el resplandor rojizo del sol recién levantado. Los fugitivos se detuvieron ante la enorme salida que se había abierto en la pared y que había desarraigado, en una colosal exhibición de potencia mecánica, los matorrales y árboles que se habían aferrado durante cuatrocientos años a la ladera de la montaña. El cauto silencio que mantenían fue roto por una parrafada de Baxter, inmediatamente traducida por Stephen:

—Ron dice que por esa abertura cabría de sobra un avión de pasajeros —el médico hizo una pausa—. Opina que este sitio podría ser un hangar...

Gérard recorrió el majestuoso volumen del búnker con la vista:

—Después de lo que vimos en la sala del hongo, seríamos unos necios si pensáramos que los que construyeron este lugar no disponían de máquinas capaces de volar —el joven dirigió su sonrisa hacia el piloto australiano—. Creo que Ron ha dado en el clavo: este lugar tiene todo el aspecto de ser eso, un hangar.

David, Royi y Valérie intercambiaron una mirada divertida. Si no hubieran recibido aquel torrente de información en la sala del hongo, habrían tachado de locos a Baxter y a Gérard. Pero por muy raro que pareciese, la imagen de naves despegando de aquel complejo subterráneo en pleno siglo XVI no les resultó descabellada.

—¿Adónde irían? —se preguntó Valérie, en voz alta.

—Eso no lo sabemos —respondió David, abrazándola; ella se apretó a él—. A algún lugar escondido, supongo.

—¿Y si quedan miembros de esa raza ocultos en algún lugar de la Tierra? —planteó Valérie—. ¿Sería posible?

Gérard la miró de reojo:

—Si es así, mejor que nunca se sepa —dijo—. Larguémonos de aquí y olvidemos todo lo que hemos visto, si es que somos capaces de hacerlo.

Royi, que no paraba de mirar atrás en busca de algún movimiento sospechoso, azuzó a sus compañeros para que salieran al exterior de una vez:

—Como dijo la médium enana más famosa de todos los tiempos: id hacia la luz —se volvió hacia Virgilio, que aún se escudaba detrás de su M4 descargado—. No hay ni rastro de Woods ni de los demás. ¿Dónde andarán?

—O se extraviaron por los corredores o ya salieron fuera del búnker.

—Lo más probable es que se hayan largado al ver la puerta abierta —presumió Valérie—. Tienen el oro, que es lo que querían. No tienen necesidad de arriesgarse más...

—Ojalá tengas razón —deseó David, acompañando a Valérie hacia la salida—. De todas formas estad alerta. Todavía pueden darnos un susto.

Las últimas miradas del grupo fueron para Jones, que yacía de espaldas sobre su mochila, a unos treinta metros de distancia. Nadie tuvo valor para acercarse a él. Los que habían tenido la desgracia de conocerle no sintieron ni una pizca de compasión por él; los que solo le conocían de oídas contemplaron su fornida figura de lejos, con esa mezcla de triunfo y respeto con la que se examina al monstruo abatido en los minutos finales de una película. Royi, el último en salir, se despidió de él levantando su dedo corazón:

—Ahí te quedas, Blacula. Que te den mucho por culo en el infierno.

En cuanto Royi cruzó el portalón abierto y salió a la selva, Woods y Forest salieron de su escondrijo, dirigiéndose a la salida con pasos cautelosos. Woods hizo el amago de acercarse a Jones, pero su hermano se lo impidió:

—No te atormentes más, Georges —le dijo—. No podemos hacer nada por él, y el tiempo corre en nuestra contra.

Woods le hizo caso, muy a su pesar. Asomó la nariz fuera del complejo con cautela. Los civiles, no lejos de allí, aún se restregaban los ojos, tratando de acostumbrarse a la luz. Estaban parados, como si estuvieran poniéndose de acuerdo hacia dónde ir. Por todas partes había arbustos y matojos despedazados, recién arrancados por la mastodóntica compuerta al elevarse. La ladera de la montaña, izada por gigantescos pernos metálicos, gravitaba ahora sobre el suelo como una inmensa guillotina. Al final, no habían necesitado a Beltrán para salir de allí. Mejor. Ahora ya no era valioso.

—Ese tiene un arma —susurró Forest, señalando a Virgilio.

—Me apuesto el cuello a que no tiene munición. Además, qué coño, ese será el primero que me cargue en cuanto localicemos el helicóptero.

Forest se fijó en la estrambótica figura de don Diego, que contemplaba la falda de la montaña como si quisiera atravesarla con la vista. Su mente, en ese momento, estaba en Nuevo Trujillo.

—¿Quién será ese tipo? —se preguntó Forest en voz alta—. ¿Y qué pinta con ellos? Reconozco a un pez gordo en cuanto lo veo, y ese tipo lo es...

Woods le mandó callar una vez más. Los civiles reanudaban la marcha y se internaban en la selva. No había tiempo que perder.

—Vamos. Camina detrás de mí, y pisa donde yo pise.

Don Diego y Virgilio encabezaron la marcha a través de la arboleda, que poco a poco cerró filas sobre sus cabezas, transformándose en la bóveda espesa y oscura que rodeaba la aldea. Después de andar un trecho, el Virrey se paró en seco, inclinando la cabeza hacia un lado, como si escuchara algo.

—¿Reconoce esta zona, Señoría? —le preguntó Royi.

—Reconozco el canto del Arroyo del Paraíso —respondió don Diego, que se abrió paso a través de un mar de helechos de hojas de tamaño prehistórico que le cubría hasta la cintura—. Seguidme, no debe estar lejos...

El grupo recibió la noticia con alegría. En cuanto encontraran el riachuelo, no tendrían más que seguir su curso hasta llegar a Boca Verde. Uno tras otro se metieron en el mar de helechos, intentando no imaginar qué fauna de más de cuatro patas —o peor aún, sin ellas— habitaría sus fondos. Los pasos de don Diego les condujeron a un claro del tamaño de una plaza, rodeado de árboles por todas partes. En el centro había una vieja fogata, con trazas de haber sido encendida hacía ya mucho tiempo, y unos cuantos palos más o menos rectos esparcidos por el suelo.

—Estos son los restos de un campamento aipari —dijo don Diego, removiendo las cenizas con el pie—. Ningún habitante de Nuevo Trujillo se aventura por esta zona...

De repente, Virgilio levantó la mano, dirigiendo su vista a la selva que cerraba el claro a su derecha:

—Escuchen... ¿No oyen eso?

El silencio que se hizo en el claro les permitió oír el rumor de algo que se acercaba hacia ellos atravesando la selva a toda velocidad y enmudeciendo de terror a los animales que la poblaban. Cuando el sonido creció hasta convertirse en un estruendo, supieron que era tarde para escapar.

Decenas de caballos tan acorazados como los jinetes que los espoleaban surgieron de la vegetación como relucientes espectros rampantes, rodeando a los fugitivos que, intimidados por su formidable presencia, quedaron paralizados por el miedo, a la espera de lo peor. Detrás de los jinetes, infantes armados hasta los dientes irrumpieron en el claro, mientras el sonido de un cuerno convocaba al resto de las tropas convirtiendo el lugar en un hervidero. Virgilio tiró el M4 al suelo y levantó las manos en señal de rendición, al igual que hicieron los demás, sabedores de que la suerte estaba echada. El único que no se inmutó ante la llegada del ejército de Nuevo Trujillo fue don Diego, que observó a los soldados con una expresión de calma en su rostro, como si lo que pudiera pasar a continuación le trajera sin cuidado.

Woods y Forest, alertados por el ruido de la caballería al galope, se metieron en el macizo de helechos y se arrojaron dentro de un providencial agujero lo bastante grande para que cupieran los dos. Acurrucados en el fondo del hoyo, se cubrieron de hojarasca lo mejor que pudieron y se quedaron quietos como muertos, respirando solo lo justo para no morir.

En el claro, don Diego desafiaba a los soldados con la mirada. Nadie hablaba ni se movía. Era evidente que aquellos hombres esperaban órdenes. Los caballos, nerviosos, pisoteaban el humus con sus belfos temblando de excitación. De repente, una voz familiar rompió el dramático silencio:

—¿Pero qué hacéis apuntando a su Alta Señoría, mentecatos? ¡Bajad las armas ahora mismo!

El dueño de la voz surgió de la espesura montado en un caballo desprovisto de armadura. Tomás de Cabanillas desmontó y se cuadró frente a don Diego; se le veía cansado, después de la noche más agitada de su vida. El Virrey recibió al jefe de su guardia personal con un saludo militar.

—Señoría, el ejército de Nuevo Trujillo está de nuevo a vuestras órdenes. Fueron muchos los que se dejaron arrastrar por las mentiras del capitán Rodríguez de Liria y de fray Rolando de Varas, pero ahora vuestro pueblo conoce la verdad. Los que se alzaron contra vos están dispuestos a acatar su castigo, por muy duro que este sea.

El Virrey posó su mano sobre el hombro acorazado del sargento:

—Nadie será castigado, mi buen amigo Tomás —don Diego dirigió su mirada hacia sus compañeros de fuga, que presenciaban la escena en silencio, impacientes por saber qué iba a pasar a continuación; viéndoles aún con las manos en alto, don Diego no pudo contener la risa—. ¿Pero... queréis bajar las manos de una vez?

Los nueve bajaron las manos y fue entonces cuando alguien gritó «¡Larga vida al Virrey!». Espadas, alabardas y arcabuces se elevaron al cielo, acompañando con sus

destellos al rugido de los vítores. Una bandada de pájaros abandonó su refugio en la copa de un árbol, asustada por el tronar de tantas voces gritando al unísono, mientras que un orfeón de monos se unió a la aclamación, deseando que aquellos seres tan ruidosos se largaran de su territorio de una vez por todas. Bajo la capa de hojarasca que les cubría en su agujero, Woods y Forest oyeron los ecos de la algarabía sin ser capaces de interpretar lo que sucedía en el claro. Don Diego levantó su espada en dirección a sus tropas, devolviéndoles el saludo y disimulando una sonrisa de orgullo. A su lado, Cabanillas se interesó por lo que había pasado en las entrañas del Templo.

—Rodríguez de Liria y Artegui han muerto, al igual que dos de los invasores —le informó don Diego, de forma somera.

—Han saqueado la Tumba, Señoría —dijo Cabanillas, avergonzado por lo que había sucedido—. El capitán rebajó la guardia de la cámara y los intrusos mataron a los dos soldados que la custodiaban. No sé cuánto habrán robado, pero sí sé que esos mal nacidos anduvieron revolviendo por allí.

—Eso ahora da igual, Tomás —respondió el Virrey, restando importancia al expolio—. No te mortifiques por ello.

—¿Queda algún intruso vivo, Señoría?

—Al menos dos, pero no sé si siguen dentro de la montaña o si escaparon por delante de nosotros.

—¿Ordeno a la caballería que dé una batida por la zona?

—Sí, pero hay algo que quiero dejar muy claro: que nadie entre en la montaña bajo ningún concepto. ¿Entendido?

En ese preciso instante, como obedeciendo a las palabras del Virrey, un retumbar propio de un terremoto sacudió la selva, sobresaltando a hombres y caballos. La compuerta del hangar, respondiendo a un mecanismo temporizador, se había cerrado de nuevo, provocando una nueva avalancha de tierra y matojos que cubrió la selva colindante con una asfixiante nube de polvo. Aunque la ladera de la montaña no podía verse desde el claro, todo el mundo adivinó lo que acababa de suceder.

—¿La puerta prohibida sigue abierta, Tomás? —preguntó don Diego, acordándose de la abertura por la que habían accedido al complejo subterráneo.

—No, Señoría. Esa puerta también se cerró sola, lo mismo que esta. Rodríguez de Liria y Artegui se quedaron encerrados dentro por accidente...

El Virrey se sintió más tranquilo:

—Pues entonces, todo vuelve a estar como siempre, mi querido amigo, y así debe seguir.

Cabanillas ordenó entonces a la caballería que buscara a los intrusos por la zona. Dos docenas de caballos, increíblemente acostumbrados a moverse por la selva a pesar de su armadura, partieron en todas direcciones. El sargento, una vez que los jinetes desaparecieron de la vista, volvió al lado del Virrey. Este le miró con ternura. Aquel hombre bueno había estado siempre a su lado, mostrando una lealtad inquebrantable. Don Diego le dio una palmada en el hombro:

—Tomás, cuando volvamos al Fuerte quiero que vayas a ver a Fabián.

—¿A Fabián? —Cabanillas supuso que don Diego tendría algún encargo para el herrero—. Por supuesto, Señoría. ¿Qué queréis que le diga?

—Que te fabrique una armadura nueva. La necesitas.

El sargento revisó su coraza, sin entender por qué tendría que sustituirla por otra.

—¿Qué le sucede a esta, Señoría? Está en perfecto estado...

—Es demasiado corriente para el capitán en jefe del ejército de Nuevo Trujillo —repuso don Diego, deleitándose con la cara de estupefacción del sargento—. Que Fabián te haga una nueva, con las más bellas filigranas, y que también te fabrique una espada acorde con tu nuevo rango.

—Yo... Señoría... —Cabanillas tartamudeó, tratando de luchar contra el nudo que se formaba en su garganta—. Será un honor para mí, Señoría —dijo al fin—. No os defraudaré.

—De eso estoy completamente seguro —subrayó el Virrey.

Royi se dejó llevar por el momento y empezó a aplaudir, siendo seguido por sus compañeros, después por el propio Virrey y luego por el resto de sus tropas. Cabanillas, emocionado, saludó primero a don Diego, luego a sus soldados y finalmente a los extranjeros, guiñándole un ojo a Royi en señal de agradecimiento. Todos, incluido Baxter, respondieron al saludo del flamante capitán llevándose la mano abierta a la sien.

—¿Y ellos, Señoría? —preguntó Cabanillas, refiriéndose a los extranjeros—. ¿Se quedarán con nosotros en la Plaza?

El Virrey dedicó una mirada a sus compañeros de fuga. En sus caras leyó una súplica silenciosa que le sobrecogió el alma. Solo unos minutos antes, don Diego se enfrentaba a un futuro incierto en un universo nuevo y mágico que no era el suyo. Ahora, mejor que nunca, comprendía lo que sentían aquellas nueve personas que temían no volver a ver su mundo. Ellos no pertenecían a Nuevo Trujillo, al igual que él no pertenecía al siglo XXI.

—Tengo plena confianza en ellos, Tomás, y sé que nuestro secreto estará a salvo. No creo que sea justo mantenerlos confinados en contra de su voluntad —el Virrey alzó la voz, asegurándose de que todos los presentes oyeran sus palabras—. Yo, Diego de Orellana, concedo la libertad a estos forasteros. A partir de ahora, serán considerados ciudadanos de honor de Nuevo Trujillo, pudiendo entrar y salir de sus murallas a su antojo —don Diego hizo una pausa y se dirigió al grupo—. Pero ahora, sois libres de marchar en paz... si es ese vuestro deseo.

David y Valérie intercambiaron una mirada de felicidad y se abrazaron. Royi y Stephen cerraron los puños en señal de victoria, lo que le costó una punzada de dolor al médico; Gilly y Perot entrechocaron sus manos en una sonora palmada, y Virgilio dirigió hacia Baxter un triunfante pulgar hacia arriba que arrancó una sonrisa al piloto. Gérard fue el primero en acercarse al Virrey, y dejando de lado cualquier protocolo, se fundió con él en un abrazo:

—Muchas gracias, Diego. Te prometo que algún día volveré.

—Gracias a ti, Gérard. Me has enseñado más que todos los libros del archivo juntos. Confío en que esto no es un adiós, sino un hasta pronto.

David también se acercó al Virrey para estrechar su mano:

—Gracias, Señoría. Personalmente, me encantaría disfrutar de su hospitalidad durante una temporada y estudiar todas las maravillas que guarda la Plaza, pero nuestro helicóptero estará a punto de llegar, si es que no ha llegado ya. Debemos irnos cuanto antes.

El capitán Cabanillas intervino:

—Será mejor que aguardéis a que vuelvan los batidores —sugirió—. Si todo está en orden, un pelotón os escoltará hasta el río.

David agradeció la oferta, pero la rechazó cortésmente:

—Señoría, no creo que sea prudente que sus hombres vengan con nosotros hasta el río —le dijo a don Diego—. Confío en mis compañeros, pero no conozco a los que forman el equipo de rescate, y está claro que soldados ataviados con corazas y arcabuces darían mucho de qué hablar, ¿no cree?

El Virrey asintió.

—Tienes razón —reconoció—. De todas formas, mis soldados pueden dar la vuelta antes de llegar al río. La verdad es que me quedo más tranquilo si vais acompañados. ¿Te parece bien que lo hagamos así?

—Me parece mejor, Señoría. Gracias otra vez.

Mientras esperaban el regreso de los exploradores, don Diego se despidió uno por uno de los que ahora consideraba sus amigos. A pesar de que sabía que era difícil, confiaba en volver a verlos en un futuro no muy lejano.

—¡Nada por aquí! —gritó uno de los jinetes, a pocos metros del agujero donde Woods y Forest se encogían como cochinillas—. ¿Vosotros habéis visto algo?

—Nada —respondió otro de los soldados—. Lo más seguro es que se hayan quedado encerrados en la montaña —apostó.

Un tercer jinete se acercó a los otros dos:

—He recorrido toda la zona —informó—. El único rastro que se aprecia en el suelo pertenece a su Alta Señoría y a los que le acompañan.

Woods se sintió aliviado al oír aquello. Había sido un acierto seguir en todo momento las huellas de los fugitivos.

—Pues entonces va a ser verdad que esos malnacidos se han quedado encerrados ahí dentro —concluyó el segundo jinete, forzando a su montura a dar la vuelta—. Regresemos a informar al Virrey. ¡Arre!

Woods y Forest asomaron la cabeza cuando oyeron alejarse a los caballos.

—¿Habrán capturado a Beltrán y a los demás? —se preguntó Woods.

—El tipo que estaba con ellos parecía un jefe militar, y ellos le trataban como a un amigo.

Woods reflexionó unos segundos:

—Me da igual si les devuelven a la aldea o les dejan marchar. Lo que me interesa ahora es hacerme con ese helicóptero. En cuanto la zona se despeje de soldados seguiremos el curso del arroyo hasta el Unu Rono. Tú estás preparado para la acción, ¿no?

Forest expelió una risita asmática y le enseñó a su hermano su pistola:

—A estas alturas, ya estoy preparado para cualquier cosa.

—Esperemos entonces a que esto se tranquilice —Woods giró la cabeza en dirección a la montaña que acababa de cerrar sus fauces, a pesar de que era imposible verla desde donde se encontraba—. El único consuelo que me queda es que Whisper y Jones descansan en una tumba digna.

Forest asintió con desdén, ignorando que se equivocaban en algo:

Jones ya no estaba dentro del subterráneo.

Jones había visto por el rabillo del ojo cómo Forest y Woods abandonaban el búnker detrás de los extranjeros. Inerte como un cadáver, el haitiano había logrado controlar el dolor y la hemorragia mediante técnicas mentales aprendidas de un viejo hechicero en África, muchos años atrás, cuando él no era más que un joven guerrero. Una vez solo en el hangar, Jones se había incorporado lo suficiente para examinar los dos impactos de bala: el disparo de Perot no había logrado penetrar demasiado en su cuerpo, y a pesar de doler mucho, apenas sangraba; el de Forest tampoco había tocado ningún órgano vital, aunque la bala sí que se había clavado profundamente en su carne.

Controlando el dolor, Jones se incorporó un poco más y sacó de uno de sus bolsillos una navaja multiusos junto con unos misteriosos saquitos de tela que dispuso en el suelo. De otro de sus bolsillos extrajo un kit de primeros auxilios tan pequeño que a un profano le habría parecido de juguete. Utilizando la punta de la navaja, extrajo la bala de Perot, limitándose a fruncir la nariz como única muestra de sufrimiento. Jones cerró el agujero utilizando hilo quirúrgico, aplicándose después un emplaste elaborado con unas hierbas procedentes de uno de los saquitos que mezcló con su propia saliva y que fijó a su piel mediante un apósito.

A continuación, Jones acometió la cura del disparo de Forest. Usando la navaja, el bokor amplió el orificio de bala hasta que este fue lo bastante grande como para que cupieran sus dedos pulgar e índice. Con una mueca de dolor, el haitiano logró hacerse con la bala, la cual arrojó lejos de sí una vez extraída. Cerró con sutura la segunda herida y se aplicó un nuevo emplaste de hierbas. Cuando terminó, el bokor se dejó caer de nuevo sobre la mochila, exhausto y con su cuerpo completamente empapado en sudor.

Jones abrió otra de sus bolsas y contempló con respeto el polvo amarillento que contenía. Aquel saquito de tela había permanecido cerrado durante más de veinte años, desde que un poderoso bokor del culto Petro se lo diera en África, advirtiéndole que su uso era más peligroso que la propia muerte. Jones se sentía muy débil, y sabía que aquella sustancia diabólica era su única esperanza. En su cabeza, Erzulie Kalika

le animó a usarla. Él era su avatar en la Tierra, no podía morir. Lentamente, la mano de Jones se cerró sobre el polvo.

Con un movimiento eléctrico, se lanzó la droga a la cara. Aquella sustancia abrasó sus fosas nasales, desgarró su garganta, y penetró por cada poro de su rostro, invadiendo inmediatamente su torrente sanguíneo. Los ojos de Jones giraron en sus órbitas; su boca se abrió en un grito mudo, mostrando sus dientes de pesadilla a la soledad del búnker; su cuerpo se retorció en dolorosos espasmos, y sus miembros se tensaron como si miles de voltios recorrieran su sistema nervioso, sintiendo la adrenalina circular por cada rincón de su ser a velocidad terminal. Después de dos minutos de agonía, Jones se levantó y acarició el machete que colgaba al lado de la mochila repleta de oro y gemas que Forest no tuvo valor de arrebatarle ni aun creyéndole muerto.

Charles Forest, el cobarde. Charles Forest, el traidor.

Erzulie Kalika clamó venganza a gritos.

Jones estuvo a punto de ser atrapado por la enorme puerta del complejo cuando esta se cerró a sus espaldas, pero ni siquiera tembló cuando el suelo se estremeció, levantando una tremenda polvareda y lanzando trozos de matorral y tierra en todas direcciones. Los sentidos del bokor, más agudos que nunca, captaron el galopar de los caballos mucho antes que nadie. Jones eligió el árbol más frondoso de los alrededores y trepó a su copa con la agilidad de un mono, manteniéndose tan quieto entre el ramaje que ni el observador más minucioso podría haberlo detectado. Desde allí sintió el murmullo del arroyo que conducía al río y escuchó los ecos de las voces de los soldados. Oculto en su atalaya, Jones soñó con los sacrificios que muy pronto ofrecería a Erzulie.

Ni siquiera Woods iba a alegrarse de saber que seguía con vida.

Porque Jones nunca había estado más loco y nunca había sido más peligroso que ahora, que había regresado de entre los muertos, como un mesías portador de dolor y sangre.

LXIV

AL ABRIGO DE UNOS MATORRALES, Woods y Forest observaron cómo los soldados que habían escoltado a los civiles durante un trecho daban media vuelta y regresaban a Nuevo Trujillo, convencidos por el propio Beltrán de que no tendrían problemas para llegar al Unu Rono por sí mismos. Al final, los periodistas habían cumplido con la operación «Delfín de Río» por su cuenta: llevaban a Gérard y a los demás de vuelta a casa. Por supuesto, no contaban con que Woods y Forest les seguían de cerca. Cuando el pintoresco pelotón acorazado desapareció de la vista, Forest exhaló una bocanada de aire que parecía llevar meses en sus pulmones; su voz tenía ese tembloroso *vibrato* que precede a la acción inminente:

—Ya están solos, Georges...

Woods le pidió paciencia con un gesto:

—No hay prisa. Esperaremos a que llegue el helicóptero.

Los hermanos abandonaron su escondite y avanzaron por la orilla del Arroyo del Paraíso. Cincuenta metros por delante de ellos, sus presas caminaban corriente abajo, ajenas a sus perseguidores.

—Me parece mentira oír de nuevo el rumor del río —dijo Gérard.

—¡Toda una canción de libertad! —exclamó Gilly, a su lado.

Valérie caminaba junto a David, que llevaba en la mano el estuche de las bengalas. Sus pies chapoteaban en el agua del riachuelo:

—¿Falta mucho para llegar a Boca Verde? —preguntó.

—Estamos cerca. Llegaremos en veinte minutos, media hora a lo sumo —calculó David.

En ese momento, Baxter agarró con fuerza a Stephen por el brazo sano, lo que le hizo ver las estrellas de todos modos. Los ojos azules del piloto estaban más abiertos que nunca. Señalando al cielo, reclamó silencio:

—Shhh, listen!

Todos aguzaron el oído, tratando de descifrar los sonidos de la selva. No tardaron en distinguir un zumbido lejano que crecía en intensidad conforme se acercaba.

—Listen! —repitió Baxter—. That's not a *copter*! That's a *fucking plane*^[77]!

El zumbido distante se transformó en el rugido inconfundible de motores. El grupo entero intercambió miradas eufóricas mientras David abría el estuche de las bengalas, tratando de cargar una a toda prisa.

—¡Lo que no consiga un puto cura! —exclamó Royi, que no acababa de creérselo—. ¡Ese bendito cabrón nos ha conseguido un avión!

David apuntó a las alturas y oprimió el disparador. La bengala trazó una estela de humo en su camino hacia el cielo, donde se transformó en una intensa luz roja a muchos metros por encima de las copas de los árboles que abovedaban el Arroyo del Paraíso.

Todos y cada uno de los miembros del grupo se olvidaron de respirar.

—¡Allí! —gritó el padre Fermín, señalando a través de la ventana del avión la estela de humo dejada por la bengala—. ¡Allí, Bauer! ¡Lo han conseguido! ¡Están ahí!

—Ya lo he visto —gruñó el piloto, girando suavemente los mandos—. Voy a hacer una pasada: rece para que no sean narcos.

Aquel parco intercambio de palabras había sido el primero en horas. El día anterior había resultado ser el domingo más incómodo en la vida del padre Fermín. El sacerdote se había alojado en una parodia de *bungalow* en San Julián, y Bauer había decidido permanecer en el hidroavión, limitándose a pisar tierra firme para comer algo y soplarse unas cervezas. La comunicación entre los dos había sido prácticamente nula. Era evidente que a Fermín Tirado no le gustaba Bauer, que a este tampoco le caía bien su cliente, ni le entusiasmaba la misión para la que había sido contratado. Una gozada de viaje.

El hidroavión sobrevoló la zona donde había sido lanzada la bengala. Las espesas copas de los árboles dejaban ver poca cosa, pero el piloto acabó avistando el arroyo. A pesar de que ni Bauer ni el padre Fermín tuvieron contacto visual con los fugitivos, estos sí que vieron la blanca panza del de Havilland DHC-6 pasando a solo unas decenas de metros por encima de sus cabezas, lo que provocó una nueva oleada de entusiasmo.

—¡Joder, qué grande es! —comentó Royi, impresionado por el tamaño del hidroavión—. ¡Por poco nos trae un 747!

Gérard sonrió a las alturas.

—Con solo pensar que pisaré cemento en unas horas, me entran ganas de llorar...

Escondido detrás de un árbol, a varias decenas de metros de los fugitivos, Woods también dirigió al cielo una sonrisa de admiración:

—Hay que reconocer que tienen clase —murmuró—. ¡Un hidroavión!

—A Louis LeVu le sobra dinero para traer a la Sexta Flota —aseguró Forest.

—Ese avión tiene autonomía suficiente para sacarnos del país —elucubró Woods, reanudando la marcha a la vez que los civiles—. Aceleremos el paso: la sorpresa final está a punto de llegar.

Poco se podía imaginar Woods que la Gran Sorpresa Final, con mayúsculas, les seguía a unas decenas de metros, encarnada en una mortífera sombra negra que seguía sus pasos babeando de odio.

El avistamiento del hidroavión inyectó una sobredosis de adrenalina en los fugitivos, que ahora avanzaban a paso ligero corriente abajo, sorteando alegremente piedras y ramas caídas con la misma vitalidad de una pandilla de chiquillos a la hora

del recreo. Nadie diría que acababan de vivir una noche que solo podía catalogarse como infernal.

En el interior del de Havilland DHC-6, la euforia del padre Fermín no era secundada por Bauer, que iniciaba a regañadientes la maniobra de amerizaje sobre el Unu Rono, mascullando frases sueltas en alemán que a pesar de no tener sentido para el sacerdote no sonaban en absoluto halagüeñas. A los pocos minutos, el hidroavión se posó junto a una playita arenosa en la orilla izquierda del río, pasando de largo la espectacular entrada de Boca Verde que el padre Fermín reconoció a primera vista. Una vez anclada la aeronave, Bauer le dio permiso para bajar a tierra. El cura, una vez fuera del avión, apuntó una pistola de señales a los cielos y apretó el gatillo. La bengala, más potente y luminosa que la lanzada por David, se elevó muy por encima de la selva, recreando una palmera de humo y brasas que fue vista a muchos kilómetros a la redonda.

—¡Miren allá! —Virgilio señaló por encima de las copas de los árboles, que apenas dejaban ver el cielo—. ¡Respondieron a nuestra bengala!

—¡Volvemos a casa! —gritó Gérard, saltando alrededor del sonriente Perot, que bromeaba con él en un francés tan rápido que resultaba ininteligible para los no galos—. ¡Robert, volvemos a casa!

Detrás de ellos, Woods y Forest también divisaron la bengala a través de la bóveda natural que ensombrecía la selva.

—¿Y si el equipo de rescate está armado? —preguntó Forest.

Woods se encogió de hombros:

—El único que me interesa con vida es el piloto. No me cargo a todos estos aquí y ahora porque el ruido de los disparos espantaría a los otros.

Continuaron avanzando detrás de sus presas, cuidándose de no ser oídos a pesar de que intentaban mantener el mismo ritmo de marcha que ellos.

—Esos cabrones no se cansan nunca —se quejó Forest, a quien las tres mochilas comenzaban a pesarle como si estuvieran rellenas de plomo.

Mientras tanto, en la orilla del río, el padre Fermín intentaba distinguir cualquier movimiento anormal en la vegetación que indicara la llegada de los periodistas. Nervioso como estaba, hizo el amago de alejarse unos pasos del avión para ir a su encuentro, pero Bauer lo detuvo de forma tajante:

—¡Ni se le ocurra! —le advirtió con su brusquedad característica. Bauer movía la cabeza de un lado a otro, vigilando los alrededores como un suricato atiborrado de esteroides—. Nos iremos de aquí en cuanto lleguen sus amigos: este sitio me da mala espina.

Transcurrieron unos minutos interminables hasta que el padre Fermín divisó al primer miembro del grupo emergiendo del verdor de Boca Verde a un centenar de metros de donde se encontraba. Hizo visera con la mano, tratando de reconocer a alguna de las nueve figuras lejanas que se dirigían hacia él. No tardó en localizar a David y a Royi entre los integrantes del grupo.

—Que se den prisa —apremió Bauer, detrás del misionero—. Quiero irme de aquí cuanto antes.

El padre Fermín estaba a un tris de perder la paciencia:

—¿Quiere dejar de quejarse? —le espetó, dirigiéndole una mirada corrosiva—. Con lo que cobra debería extenderles una puta alfombra roja.

El piloto lanzó una maldición en alemán y escupió al río. Por la expresión de su cara, era verdad que estaba muy nervioso. De repente, Bauer captó un leve movimiento en la vegetación a su izquierda. Lentamente, posó la mano en la riñonera de neopreno que contenía un revólver de dos pulgadas que había mantenido fuera de la vista de su cliente en todo momento, mientras clavaba sus ojos en un matorral cercano que ahora estaba tan inmóvil como un cuadro al óleo.

—¿Ha visto eso? —le preguntó al padre Fermín, que seguía pendiente del grupo que se acercaba.

—¿Que si he visto qué?

—Algo se ha movido en esos matorrales.

El sacerdote lanzó una rápida ojeada por encima del hombro sin apreciar nada anormal en la selva, y decidió que un alemán paranoico y desagradable no iba a amargarle un momento tan maravilloso como aquel:

—¿Por qué no va preparando el avión para el despegue? —le sugirió—. Estarán aquí en un minuto.

Bauer se irguió sobre el patín de estribor del hidroavión. Woods y Forest, que habían corrido como locos a través de la selva en línea recta, le espiaban desde la espesura, tratando de recuperar el aliento.

—Ese es el piloto —jadeó Woods—. Es el único al que quiero con vida. En cuanto lleguen los demás, atacaremos. Nos queda poca munición, así que no podemos malgastarla: ¿te ves capaz de disparar a sangre fría y a bocajarro?

Forest abrió sus fosas nasales, esnifó confianza del aire de la mañana y respondió con un rotundo sí.

—Pues entonces, atento a mi señal.

El padre Fermín se adelantó unos pasos para recibir al grupo encabezado por David. Al lado de este, Valérie exhibía una sonrisa radiante que despertó la admiración del sacerdote. Royi, en segunda fila, fue el primero en darle las gracias a su estilo:

—¡El vuelo 666 de la compañía MAL (Misiones Air Lines) con destino a la civilización está a punto de despegar! ¡Demos un aplauso a nuestro generoso patrocinador, el ínclito padre Fermín Tirado!

Entre risas y jolgorio, el padre Fermín y David se fundieron en un abrazo rompedor de costillas. Royi fue el siguiente en abrazar al misionero, como si fuera su mejor amigo. El resto del grupo aún no terminaba de creerse que pronto estarían en un lugar civilizado. El sacerdote no fue capaz de quedarse con los nombres de todos los que se le autopresentaron a toda prisa. De pie sobre el patín del hidroavión, Bauer,

con el ceño fruncido y sin dejar de vigilar la selva, les instó a que subieran a bordo. El piloto estaba demasiado nervioso para soportar ahora una tertulia a orillas del río:

—¡Suban al avión de una vez!

—El chófer del autobús escolar que nos ha tocado es de los chungos, ¿no, padre? —le preguntó Royi, entre dientes.

—¡No lo sabe usted bien! —el cura puso los ojos en blanco y luego su mirada se detuvo en Stephen—. ¿Qué le ha pasado en el hombro?

—Me lo atravesé con una astilla al caer al suelo —mintió Stephen, siguiendo el guión que habían pactado entre todos: no revelarían a nadie las extrañas circunstancias de la fuga, ni la existencia de ese reducto del siglo XVI llamado Nuevo Trujillo. De esa forma cumplirían su parte del trato con el Virrey—. No es tan serio como parece a simple vista...

—En San Julián hay un puesto médico —le dijo el padre Fermín—. No es la Clínica Ruber, pero le desinfectarán la herida hasta que pueda ser atendido en un hospital como Dios manda —el misionero reparó en que al iracundo piloto estaba a punto de darle algo—. Subamos al avión, o Bauer se largará sin nosotros... les aseguro que es capaz de hacerlo.

Justo cuando estaban a punto de abordar el aparato, una orden procedente de la selva les detuvo en seco, transformando de un plumazo el sonrosado sofoco de sus rostros en una lividez propia de figuras de cera:

—¡Que nadie se mueva! ¡Todo el mundo con las manos en la nuca!

Todos obedecieron, incluidos el padre Fermín y Bauer. El piloto fulminó al cura con una mirada recriminatoria que parecía rugir un silencioso y acusador: «*¡Ya te lo dije!*». David, Royi, Stephen, Gérard y Valérie reconocieron a Woods y a Forest de inmediato; los demás no habían tenido la desgracia de conocerles con anterioridad. Forest apenas asomaba la mitad del cuerpo de entre los matorrales, apuntando a Bauer con su pistola:

—¡Usted, quédese quieto y no sufrirá ningún daño! —le amenazó.

Bauer estudió a Forest. Enseguida se dio cuenta de que tenía un aspecto demasiado refinado como para ser un guerrillero o un vulgar delincuente; también advirtió que le temblaba el pulso bastante más que al otro tipo, que parecía mucho más curtido que él en operaciones de este tipo.

—¡De rodillas! —ordenó Woods—. ¡Ya!

Sin poder apartar la vista de la tenebrosa boca del M4, los fugitivos se arrodillaron en la ribera arenosa. Todo apuntaba a que, en esta ocasión, la suerte no iba a estar de su parte. David se encontró con la mirada desolada de Valérie. Esta vez, ni su maestría podría sacarles del apuro. A pocos metros de ella, Royi perdía su mirada en la selva, seguro de que iba a ser el primero en morir. Si Woods odiaba a alguno de ellos, era a él. Los demás permanecían en silencio, conscientes de que su destino ya no les pertenecía.

Con una sonrisa de triunfo en los labios, Woods examinó a sus prisioneros uno por uno. Algunos le eran completamente desconocidos, pero le daba igual: diez personas, diez balas. Al piloto lo mantendría con vida hasta que aterrizaran en algún lugar seguro y luego lo despacharía como al resto. A estas alturas, no estaba dispuesto a dejar cabos sueltos. Woods echó un vistazo al hidroavión. Bauer seguía de pie sobre el patín, con las manos en alto. Justo donde empezaba la selva, Forest apuntaba al piloto con su nueve milímetros.

Y entonces, de repente, Forest desapareció de la vista.

Abracadabra.

Algo lo había arrastrado consigo hacia el interior de la maleza.

Paralizado por la sorpresa, Woods no reaccionó hasta que los gritos de terror de su hermano pusieron su sangre a hervir:

—¡¡¡Georges, por favor!!! ¡Ayúdame, Georges! ¡No! ¡¡¡NO!!!

La desesperada petición de auxilio fue seguida de un alarido de dolor.

Woods corrió hacia la zona por la que había desaparecido su hermano, olvidándose por completo de sus prisioneros. Bauer, repuesto de la sorpresa de haber presenciado cómo la selva se tragaba a Forest, sacó su revólver y se lanzó a interceptar a Woods. Apretando los dientes con furia, Bauer disparó contra el mercenario, vaciando el tambor del arma. Una de las balas rozó el muslo de Woods, que se dio la vuelta instintivamente y apretó el gatillo de su M4. Bauer consiguió dar tres pasos antes de caer de bruces al suelo, con el corazón mortalmente agujereado. Mientras se internaba en la selva en pos de su hermano, Woods maldijo para sus adentros: acababa de cargarse al piloto. Ahora sí que estaba jodido. Tenía un avión, pero no tenía a nadie para manejarlo.

David y los demás vieron desaparecer a Woods en la espesura, siguiendo los gritos de dolor que aún resonaban por la selva. Se pusieron en pie de un salto: había que moverse y de prisa. Gilly y el padre Fermín corrieron hacia Bauer, que estaba inmóvil en el suelo, con el revólver vacío en la mano.

—Está muerto —certificó Gilly nada más ver las heridas del pecho. El padre Fermín trazó una señal de la cruz en el aire, a modo de póstuma extremaunción de campaña. El médico se volvió hacia los demás, que ya estaban de pie, cerca del avión—. ¿Qué hacemos ahora?

—Pues sin piloto, ya me dirás... —rezongó Royi, intentando ver más allá de la espesura—. ¿Qué cojones habrá pasado? ¿Habrán vuelto los indios?

—Algo arrastró a Forest al interior de la selva —comentó Stephen, que había presenciado la escena de principio a fin—. Algo con una fuerza bestial. Si ha sido un animal, no imagino qué clase de bicho puede ser.

—¿Entonces, qué hacemos? —preguntó Gilly. A su lado, Perot ya no sonreía, cosa que no había dejado de hacer ni en el peor de los momentos pasados. Aquello era una señal nefasta—. Ese tipo volverá, si no se lo come lo que se ha llevado al otro...

Baxter, que se había separado unos pasos de Stephen, se acercó a David y le sacudió el hombro, reclamando su atención. Hablando en inglés muy despacio, se dio unos golpecitos en el pecho:

—I can do it! —dijo, señalando seguidamente al hidroavión—. I can do it, no problem!

La luz de la esperanza iluminó los ojos de los nueve. Si no hubieran estado en una situación de vida o muerte, Royi habría abrazado al australiano hasta dejarle en coma:

—¡Claro, joder, él es piloto! —exclamó—. ¿Cómo no habíamos caído en eso antes? ¡Ron, *you are my fucking hero!*

Baxter subió al avión a toda prisa, seguido por los demás. David, en la orilla arenosa, cedía el paso a sus compañeros como si fuera un improvisado azafato. Justo ayudaba a Valérie a subir al patín, cuando se dio cuenta de algo:

En el interior de la selva, los gritos habían cesado de repente.

Woods siguió el rastro de sangre que mancillaba el vibrante verdor de la vegetación hasta tropezarse con las botas militares que calzaba su hermano. Este se encontraba solo, tumbado panza arriba con sus ojos sin vida clavados en el cielo. Su rostro reflejaba el intenso horror que había sufrido durante sus últimos segundos de vida. Tragándose las lágrimas, Woods examinó el cadáver de su hermano.

Lo primero que le vino a la mente fue la posibilidad de que algún animal de gran tamaño fuera el responsable de aquellas terribles heridas: el cuello presentaba marcas de desgarros sucios, la mejilla un mordisco profundo que dejaba al descubierto tendones, músculos y huesos, y su uniforme negro brillaba a causa de la sangre que lo empapaba. Fue entonces cuando descubrió que el brazo derecho de su hermano había sido amputado limpiamente a la altura del codo. Un corte perfecto que solo podía haber sido hecho por algo extremadamente afilado. Definitivamente, aquello no era obra de un animal.

—Me alegro de verte, Woods.

Woods estuvo a punto de sufrir un infarto al descubrir que un Jones resucitado de entre los muertos se había materializado a su espalda. Su aspecto era más espantoso que nunca: sus ojos sanguinolentos exhibían una mirada perdida; su boca, entreabierta y ensangrentada, dejaba entrever la terrible dentadura teñida de rojo. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, en una postura que recordaba a la de los enfermos mentales que vagabundean por el patio del sanatorio bajo los efectos de una medicación excesiva. El machete manchado de sangre en su mano era la prueba fehaciente de que había sido él quien había acabado con Forest.

—Tú... tú has matado a mi hermano —logró articular Woods, sin entender nada de lo que había pasado—. ¿Por qué, maldita sea? ¡Estábamos en el mismo equipo, joder!

Jones le mandó callar, colocando el dedo índice en sus labios. En las comisuras de estos, Woods apreció una burbujeante baba amarillenta de aspecto nauseabundo. Todo apuntaba a que el haitiano estaba drogado. Drogado, o algo aún peor.

—Tu hermano era un traidor al que solo le movía la ambición —siseó Jones, abriendo aún más sus diabólicos ojos—. ¿Quién crees que me disparó?

—No puede ser —objetó Woods—. Te dispararon desde la plataforma...

—Tu hermano creyó que yo podía morir —dijo el haitiano, haciendo caso omiso a la defensa de Woods—. Hace tiempo que ya no soy Jones, amigo mío. Mi nombre es Erzulie Kalika y Jones es... ¿cómo te lo puedo explicar para que lo entiendas? —el bokor elevó la mirada al cielo, como si allí estuviera la palabra que buscaba—. Una cáscara —dijo, al fin—. Jones es una simple cáscara...

Y dicho esto, de los labios de Jones brotó algo parecido a una risa, en el mismo timbre agudo que el día anterior había aterrorizado a Duke. Woods sintió que un miedo sin precedentes recorría hasta el último rincón de su sistema nervioso. Siempre había temido enfrentarse a Jones, pero verle en aquel estado de enajenación, convencido de estar poseído por una especie de ente maligno, era algo que superaba sus peores pesadillas. Por un momento, pensó que tal vez fuera verdad: él le había visto morir. Había recibido dos impactos de bala y ahora estaba allí de pie, frente a él, más fuerte y cruel que nunca.

Woods aún sostenía su M4. Si levantaba el cañón y apretaba el gatillo, las tripas de Jones se esparcirían por la selva. «*Es solo un hombre, no te vuelvas loco tú también*», se dijo, pero una mano invisible le impedía alzar su arma contra él.

Entonces Jones, como si acabara de leer su pensamiento, agarró el cañón del M4 con la mano izquierda y lo apartó de sí. Woods no pudo contrarrestar la fuerza sobrehumana del coloso. El arma se disparó una vez, accidentalmente, y la hoja del machete volvió a regar la selva con sangre.

Woods deseó desmayarse. Mientras aguantaba el dolor del muñón como podía, vio cómo Jones arrojaba el M4 a unos matorrales. Su mano amputada aún aferraba la empuñadura, y ahí se quedaría hasta que los animales la devoraran. Woods intentó recular, pero fue inútil: Jones le pisó el tobillo, haciendo que sus huesos emitieran un desagradable crujido.

—Ezili Kalikae elu, ala loa ki red...

Woods se resignó a su suerte, esperando con la cabeza gacha el golpe mortal.

Por fortuna para él, Jones le obsequió con una muerte rápida.

—¿Todos listos? —preguntó Stephen desde el asiento del copiloto, preguntándose con desconfianza si el trajín de botones y palancas que Baxter pulsaba aquí y allá tendría algún sentido. La herida del hombro, aunque le molestaba, le dolía algo menos que antes.

—Todos listos —confirmó Gilly desde el fondo del avión; a continuación, se dirigió hacia David—. ¿Adónde vamos ahora?

David, que ocupaba uno de los asientos situados junto a la puerta delantera del avión, giró la cabeza hacia la cola. A su lado, Virgilio estaba en silencio, con la cabeza gacha, mirando al suelo; el periodista se dijo que tal vez estaba rezando. Unos asientos más atrás, Valérie dormía en su asiento, con el cabello cayendo sobre su

rostro como un velo dorado. Había caído rendida de inmediato, completamente agotada.

—Remontaremos el río hasta San Julián, un pueblo a orillas del Unu Rono —le dijo David a Gilly—. Desde allí contactaremos con la base para que nos lleven de vuelta a Sena Madureira.

—¡Mi vida por una ducha caliente! —exclamó Royi, que estaba sentado junto al padre Fermín en la segunda fila de asientos, justo detrás de David—. La de veces que he soñado con la habitación del hotel Dez de Julho...

—Y no olvides los veinticinco mil *whiskies* que nos tomaremos en el Borges —intervino Stephen, recuperando instantáneamente su buen humor y olvidándose por unos momentos de su hombro—. Imagínatelos, con sus hielitos de verdad y todo...

Los dos motores del DHC-6 se pusieron en marcha. Todos sintieron en el estómago el cosquilleo típico que precede a un despegue. David se dirigió a Virgilio que, al parecer, había dejado de orar:

—Te has cerciorado de que nadie lleva armas a bordo, ¿verdad?

—Ni una —le confirmó—. El *fierro*^[78] del piloto lo boté al río.

—Hemos tirado hasta los cuchillos —dijo Royi—, así que tranquilo.

David asintió, satisfecho:

—Mejor. Si la policía nos pilla con armas, para qué queremos más...

Tras accionar varias palancas más y subir algunos interruptores, Baxter inició la maniobra de despegue:

—*Ok, let's go...* —murmuró.

El padre Fermín se santiguó con gesto mecánico cuando el hidroavión comenzó a moverse. Royi, a su izquierda, le guiñó el ojo:

—Usted debe tener línea directa con Dios —le dijo—. Le debemos la vida. Si hay un héroe en esta historia, ese es usted. ¿Cómo podemos pagarle lo que ha hecho por nosotros?

El padre Fermín le guiñó un ojo, acercándose a él con complicidad:

—Cuando nadie nos oiga, cuéntemelo todo sin escatimar detalles. Soy un cotilla impenitente y un cinéfilo compulsivo, amante de las grandes aventuras... y me da en la nariz que esta ha sido de las buenas. Tranquilo, será como un secreto de confesión —le aseguró.

Royi se acercó a él y le habló al oído:

—Delo por hecho padre —le prometió, sellando el trato con un apretón de manos—. Entre usted y yo: se va a cagar en la sotana.

—Yo nunca llevo sotana —replicó el padre Fermín, divertido.

Los motores ganaron potencia y el hidroavión comenzó a sobrevolar las aguas del Unu Rono. Todas las miradas recorrieron la zona por última vez. Boca Verde fue quedando atrás. La jungla, misteriosa e imponente, se extendía hasta más allá del alcance de la vista. A varios kilómetros de distancia, la gran montaña que ocultaba el secreto de los Antecesores emergía entre los árboles, tan verde como el resto de la

selva que la rodeaba. Gérard le dedicó una muda despedida a su amigo Diego. El joven se dijo que le iba a echar de menos.

Lentamente, el hidroavión inició la maniobra de giro para enfilear el Unu Rono contracorriente y tomar rumbo a San Julián. Baxter manejaba la aeronave con suaves movimientos, disolviendo paulatinamente los recelos que todos habían sentido antes del despegue. Stephen se dijo que pilotar un avión debía ser como montar en bicicleta, algo que nunca se olvida.

Y de repente, la paz del momento pareció estallar en mil pedazos.

La puerta del hidroavión, justo delante de los asientos que ocupaban David y Virgilio, se abrió de par en par, dando paso a una violenta avalancha de aire que amplificó de manera ensordecedora el rugido de los motores.

Todos se quedaron petrificados al ver dos enormes manos negras aferradas al vano de la puerta. David y Virgilio, inmovilizados tanto por el susto como por los cinturones, contemplaron muy de cerca cómo Jones luchaba contra la fuerza del viento, intentando entrar en el hidroavión a toda costa. El bokor asomó la cabeza y lanzó un rugido de rabia que paralizó de terror a David. Unos asientos por detrás, Valérie se despertó, sobresaltada. Casi se le para el corazón al ver a Jones prácticamente dentro del aparato.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Jones saltó hacia David y Virgilio. Estos, sujetos por el cinturón, no pudieron hacer más que protegerse de la embestida. De la espalda del haitiano colgaba la mochila con el botín y el machete enfundado. Jones, ahora completamente dentro del avión, agarró del cuello a David y a Virgilio, a la vez que lanzaba un segundo rugido procedente de lo más profundo del averno. Sus víctimas, sintiéndose morir, no pudieron hacer otra cosa que sujetar sus muñecas y patearle con desesperación, comprobando, frustrados, que era como dar patadas a una pared de piedra.

Valérie no pudo soportar ver a David asfixiarse bajo la zarpa de Jones. Sin pensárselo dos veces, soltó su cinturón de seguridad y avanzó hacia el haitiano, perdiendo la estabilidad a cada paso por culpa de los bandazos del avión. Al verla venir, Jones apretó con más fuerza a sus víctimas, que ya ni pataleaban. Valérie pensó que si cargaba contra Jones con todas sus fuerzas, tal vez podría arrojarle fuera del avión. Pero también corría el riesgo de que este no soltara su presa y acabara rompiéndoles el cuello... Jones la desafió con su terrible mirada roja, oliendo su indecisión. El resto del pasaje se dividía en dos grupos: los que asistían a la escena paralizados de miedo y los que, como Royi, buscaban cualquier cosa que pudiera servir como arma. Jones izó a David y a Virgilio hasta que sus traseros se despegaron de sus asientos. David perdió el conocimiento, y a Virgilio estaba a punto de sucederle lo mismo. Pero en vez de abandonarse al desmayo, este invirtió las pocas energías que le quedaban en buscar desesperadamente algo en su bolsillo.

Y Virgilio encontró lo que buscaba.

Haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban, Virgilio introdujo entre los dientes de Jones el tubo del inhalador que usó en La Madriguera para acabar con el sufrimiento del preso de Montalbán. Apretó el pulsador, y una nube de veneno capaz de matar a un hombre en el acto penetró directamente en la garganta del monstruo, que inmediatamente soltó a sus presas, agarrando ahora su propio cuello como si quisiera estrangularse a sí mismo. El bokor notó cómo algo parecido al plomo fundido descendía a través de su laringe. Baxter, que controlaba la escena de reojo desde su puesto de piloto, efectuó un brusco viraje que hizo que Jones estuviera a punto de salir despedido por la puerta abierta del hidroavión. Increíblemente, en el último momento, este logró sujetarse con la mano izquierda al vano.

Valérie no se lo pensó dos veces: tomó carrerilla y proyectó sus dos piernas a la vez y con todas sus fuerzas contra el pecho de Jones, que a pesar de su corpulencia no pudo resistir la carga, precipitándose a través de la puerta abierta del aparato. Todos dieron un grito de horror cuando ella le siguió en su caída.

El hidroavión dio un respingo cuando los más de cien kilos de Jones impactaron contra su patín derecho. El haitiano rebotó y cayó desde más de sesenta metros de altura a las aguas del Unu Rono, que le acogieron ávidas, envolviéndole en un abrazo de espuma que hizo que Jones se perdiera de vista definitivamente.

—¡Valérie se ha caído del avión! —le gritó Stephen a Baxter—. ¡Estabiliza este chisme, por el amor de Dios!

Royi se asomó al exterior, haciendo caso omiso a las advertencias de sus compañeros, que le rogaban prudencia. El fotógrafo trató de ignorar la violenta ventolera que le azotaba el rostro. Agarrado al vano de la puerta, respiró aliviado al comprobar que Valérie estaba tumbada de bruces sobre el patín, agarrada como una lapa al soporte que lo unía al fuselaje. Stephen, que también había visto la precaria situación de la joven, ordenó a Baxter que posara el aparato.

—¡Vamos a amerizar para que puedas volver al avión! —le gritó Royi a Valérie—. ¡Aguanta un poco más!

El de Havilland DHC-6 se posó una vez más en la tranquila superficie del Unu Rono, y Valérie recibió el salpicón de sus aguas como un nuevo bautismo. En cuanto el avión se detuvo, ella, aún nerviosa, se incorporó; aceptó la mano que Royi le tendía y regresó al interior del aparato. Sus compañeros la recibieron con alivio, aunque el mal estado de David restaba alegría a su proeza. Royi, agarrado a la puerta abierta, dirigió una mirada desconfiada hacia el río. Cuando estuvo seguro de que no había monstruos cercanos, cerró la puerta detrás de él:

—¡Esta vez sí! —gritó—. ¡Larguémonos de este sitio de una puta vez!

Baxter empujó la palanca del acelerador y el hidroavión inició la maniobra de despegue. Valérie se agachó junto al asiento de David, que era atendido por Gilly. El periodista lucía en su cuello unas feas marcas carmesí. Estaba inconsciente. Virgilio, que estaba sentado a su lado, tenía mucho mejor aspecto que él, aunque también había estado a punto de morir a manos del bokor.

—¿Cómo está? —le preguntó Valérie a Gilly, que intentaba reanimar a David, sin éxito.

—Ese hijo de puta casi lo mata —se volvió hacia Royi, que presenciaba la escena por encima de su hombro—. Ayúdame a ponerlo en el suelo. Esta es la segunda vez en mi vida que tengo a reanimar a alguien —reconoció Gilly, medio avergonzado—. La primera fue en la facultad, y el paciente... un puto muñeco.

—Entonces déjame a mí —le pidió Valérie, agachándose junto David, que ahora estaba tendido boca arriba, en el pasillo del avión.

—¿Conoces técnicas de reanimación? —le preguntó Gilly.

—*Kuatsu* —puntualizó ella.

—¿*Kuatsu*? ¿Qué es eso...?

—Es una técnica oriental de reanimación. Mi maestro de taekwondo me enseñó a hacerlo...

Royi la miró con admiración y respeto. Aquella mujer era una caja de sorpresas. Respirando hondo, Valérie comenzó a presionar el tórax de David ante la mirada expectante de los pasajeros del avión. Cada pocos segundos, le insuflaba aire en la boca. Al cabo de un minuto que pareció interminable, David emitió un ronquido y tosió. Royi se dejó caer en uno de los asientos:

—Qué susto nos ha dado el muy cabrón...

David clavó sus ojos en los de Valérie, que estaban a escasos centímetros de los suyos, anegados de lágrimas. Ella le sonrió mientras le acariciaba el cabello.

—Valérie...

—Dime.

—Creo que todavía me falta aire... —dijo—. ¿Podrías repetir?

Ella se echó a reír.

—Por supuesto. Será un placer.

Y entonces, su boca se unió a la de David, pero de forma muy distinta a la anterior. El padre Fermín se acercó a Royi y le palmeó la espalda:

—¿Qué le parece si nos sentamos allí atrás y empieza usted a contarme la historia que me debe?

—¡Dios me libre de deberle algo a la Iglesia! —exclamó Royi—. Pero no me hable de usted, padre... y llámeme Royi: todos lo hacen.

Gérard perdió su mirada en la selva. Lo que más lamentaba en aquel momento era que Antoine Villeneuve y Roland Tieba no ocuparan un par de asientos en el hidroavión que les llevaba de vuelta a casa. Perot, a su lado, pareció leerle el pensamiento:

—Piensa en la alegría que va a llevarse nuestra gente, Gérard. Hemos vuelto a nacer.

Gérard asintió con la cabeza y agradeció el comentario con una sonrisa. En ese momento, a muchos kilómetros selva adentro, un pueblo feliz celebraba una fiesta por todo lo alto, en honor a su Virrey.

Y sin darse siquiera cuenta de que cerraba los ojos, Gérard se quedó profundamente dormido.

DOS SEMANAS DESPUÉS

L LOCUTOR DEL INFORMATIVO, un hierático maduro de rostro curtido por años de malas noticias y canas blanqueadas por catástrofes mundiales, levantó sus ojos indiferentes hacia la cámara. Detrás de él, el plano general de una selva humeante hacía las veces de fondo. En la parte inferior de la pantalla, un letrero rezaba: «Última hora».

—Fuerte golpe al narcotráfico en Perú: el Ejército, en coordinación con la Dirección Nacional Antidrogas, ha detenido en su laboratorio clandestino a Salvador Montalbán —detrás del locutor, la selva humeante dio paso a una foto de archivo del capo—. Como recordarán, Montalbán fue dado por desaparecido junto con su hijo Héctor durante la Operación Merlín Negro, el pasado año. Una precisa información confidencial, recibida en Lima, ha permitido localizar su nuevo laboratorio en el distrito de Ucayali, en la ribera del río Unu Rono. Según los testimonios de los detenidos, el hijo de Montalbán murió en el transcurso de la Operación Merlín Negro, aunque su cadáver nunca fue recuperado.

En la pantalla apareció un video del interior de La Madriguera, ahora tomada por soldados de camuflaje y técnicos de la DINANDRO, que mostraban a cámara paquetes de cocaína ya procesada junto a un impresionante arsenal de armas automáticas. El plano recorrió parte del laboratorio, mientras el locutor ofrecía más detalles de la operación:

—Entre los más de sesenta detenidos se encuentra el químico alemán Arnold Schmeisser, buscado por la INTERPOL desde 1996 —el video de la Madriguera fue sustituido por unas imágenes de un cabizbajo Schmeisser siendo introducido en un vehículo policial con las manos esposadas a la espalda—. Montalbán y el resto de su organización han sido trasladados a una prisión de máxima seguridad a la espera de juicio. Y ahora, pasamos a...

El padre Fermín silenció al locutor con un toque de mando a distancia y giró la cabeza hacia Virgilio, que se encontraba sentado en la que ahora era su cama, a pocos metros de la del sacerdote. De pie, con una cerveza Brahma en la mano, Sampaio fue el primero en felicitar a Virgilio:

—Enhorabuena. Gracias a ti, ese cabrón y su panda van a pasar el resto de su vida en la cárcel.

—Fuiste muy valiente al denunciar —intervino el padre Fermín—. Si hubiera más gente como tú, habría menos *Montalbanes* sueltos por el mundo.

Virgilio agradeció el cumplido y se dirigió al policía:

—¿Cómo va el asunto del traslado de mi familia, señor Sampaio?

Este dibujó en su semblante una mueca de satisfacción:

—Todo va bien, Virgilio: tu madre y tus hermanos llegarán a Sena Madureira en dos o tres días. Allí estarán seguros, bajo una nueva identidad. ¿Has visto ya la casa que les ha comprado el señor LeVu?

—La verdad es que no salí de la misión desde que llegué —reconoció Virgilio—. Acá tengo faena con el padrecito y, para serle sincero, ahorita mismo la ciudad no me atrae mucho.

—No sabes la de trabajo que me quita de encima, Lucio —comentó el padre Fermín—, y los vecinos le adoran: les ha caído bien a la primera.

—Pues deberías ir a ver la casa —insistió el policía—. Es una auténtica hermosura.

En ese preciso instante, el sonido de un motor eclipsó los murmullos de la selva. El padre Fermín interrogó a Virgilio con el ceño fruncido, y este se encogió de hombros. No esperaban a nadie. Los tres se asomaron a la puerta y se toparon con un sedán plateado, demasiado lujoso para recorrer senderos embarrados. Aquel coche, definitivamente, desentonaba con el paisaje.

—Fijo que se ha perdido —apostó el sacerdote—. Veréis el cabreo que va a pillar cuando le diga que ha recorrido varios kilómetros de pista para nada...

El automóvil se detuvo en el claro. Un hombre bronceado y poseedor de un tupé reforzado por dos kilos de laca se apeó de él, vigilando cuidadosamente no pisar nada que pudiera arruinar el brillo cegador de sus zapatos de marca. El individuo les dedicó la típica sonrisa deslumbrante del que está acostumbrado a sonreír como parte de su trabajo. Tras localizar a su objetivo, se dirigió directamente a él:

—¿Es usted el padre Fermín Tirado?

El sacerdote estuvo a punto de replicarle: «sí, y usted es José Luis Rodríguez, el Puma», pero prefirió guardarse la broma y devolverle la sonrisa. Se había equivocado: el tipo no había llegado a la misión por casualidad.

—Así es —el padre Fermín le estrechó la mano—. Bienvenido.

—Mi nombre es Marcel Lauby —se presentó el recién llegado, obsequiando con sendos cabeceos a Sampaio y a Virgilio—. Soy el director del Grupo LeVu en Brasil —el sacerdote alzó las cejas, sorprendido—. El motivo de mi visita es hacerle entrega de esto —Lauby introdujo la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó un sobre cerrado que tendió al sacerdote—. El señor LeVu insistió en que se lo diera personalmente. Ábralo, por favor.

El padre Fermín musitó unas tímidas gracias y levantó la solapa del sobre. Dentro vislumbró la parte superior de un cheque del Banco Itaú. Solía sentirse incómodo al recibir limosnas, y esta vez no era una excepción. Ahora solo le faltaba sacar el cheque y comprobar el importe del donativo.

—El señor LeVu espera que este dinero le ayude a hacer realidad sus proyectos en esta zona, padre, y le agradece infinitamente todo lo que hizo por su hijo.

El padre Fermín sacó el cheque del sobre, y al leerlo se preguntó si no estaba sufriendo una alucinación. Sintió que las piernas le flaqueaban, hasta tal punto que tuvo que apoyarse en la pared para no caerse de culo. Lauby presenció la reacción del misionero con una sonrisa de satisfacción. Sampaio se acercó a su amigo, curioso, y este le tendió el cheque sin pronunciar palabra. El policía tuvo que leer la cifra tres veces para creérsela del todo:

—Cinco millones de dólares... —dijo, asombrado.

Lauby sacó un recibo pulcramente plegado y un bolígrafo Mont Blanc:

—La vida de Gérard vale muchísimo más —sentenció—. ¿Puede firmar aquí antes de desmayarse, padre?

El misionero firmó, aunque por los trazos temblorosos de su firma, cualquiera diría que lo había hecho en mitad de un terremoto:

—Dígale al señor LeVu que no tengo palabras para agradecerle esto —consiguí articular, por fin—. Dígale también que invertiré hasta el último centavo en el bienestar de las gentes de este lugar...

—Estoy convencido de ello —le aseguró Lauby—. Y ahora, si me lo permite, tengo que volver a São Paulo. Llevo más de un mes fuera de casa, con todo este lío del rescate —Lauby le estrechó la mano a todo el mundo—. Encantado de conocerles. Buenas tardes... y hasta otra.

Lauby se metió en el sedán, hizo una maniobra para dar la vuelta y desapareció por la pista que llevaba a la carretera. El padre Fermín volvió a contemplar el cheque, como si temiera que de repente se evaporara la tinta.

—Esto se merece otra ronda —decidió Sampaio, tirando la lata vacía al bidón de la basura.

—Yo también echaré una —se apuntó Virgilio—. No es que yo sea de mucho tomar, pero hoy haré una excepción.

—Pues yo voy a beberme por lo menos quince —aseguró el padre Fermín, que antes de entrar en la casa dedicó un guiño al cielo—. Gracias, colega. Últimamente te enrollas muy bien conmigo. Voy a tener que empezar a hacerte más caso.

David tocó dos veces el timbre del piso de Royi, una vivienda de construcción antigua en pleno barrio de Malasaña. Eran casi las ocho de la tarde, y había pasado gran parte de ella en la redacción de Grial discutiendo con su director. Royi no le hizo esperar demasiado en la puerta:

—¿Qué tal Andrade? —le preguntó, sin siquiera saludarle; le invitó a entrar con un gesto—. ¿Sigue en sus trece?

David colgó la chaqueta en el perchero del recibidor, junto a los montones de gorras y sombreros que Royi amontonaba allí y que nunca se ponía. A pesar de estar en un edificio viejo, el fotógrafo había reformado su casa hasta convertirla en una vivienda que su madre catalogaba como *coquetona*.

—Y tanto —respondió David—. Sigue sin tragarse que no hayamos podido rodar nada, y no entiende que guardemos el secreto de lo que sucedió allí. Dice una y otra

vez que se lo debemos. Está emperrado con eso.

—Para serte franco, yo tampoco me lo tragaría si fuera él —reconoció Royi, dejándose caer en el sofá del salón; David se acomodó en uno de los sillones a juego—. ¿Le has dicho que estamos dispuestos a pagarle el material que se perdió en la expedición?

—Le ha faltado decirme que enrollemos los billetes y nos los metamos por el culo. Lo que más me cabrea es que dice que le estamos engañando. Está convencido de que tenemos una oferta para publicar el reportaje en otra revista.

A Royi le cambió la cara:

—¡Será hijoputa! ¿Y qué le has dicho?

David suspiró y se encogió de hombros. Miró a Royi durante unos segundos y luego soltó el campanazo:

—Le he mandado a la mierda y le he dicho que nos vamos. Luismi se ha ofrecido a traernos nuestras cosas. Técnicamente, somos un par de parados.

Royi se levantó del sillón y levantó la rodilla a la vez que cerraba el puño, como si su equipo favorito acabara de marcar el gol que sentenciaba la liga. Luego le dio un abrazo a David que a punto estuvo de costarle una contractura.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Royi, exultante de alegría—. Y nada mejor para ello que esto que acabo de recibir. Lo ha traído un mensajero hace menos de una hora.

Royi se acurrucó en la esquina del salón, donde había una caja de madera forrada con pegatinas de una empresa de transportes. Con sumo cuidado, sacó una botella que David reconoció en el acto:

—¡No, no puede ser!

—Lo es, querido amigo —le confirmó Royi, pasándole la botella como quien entrega a un recién nacido—. Hay seis como seis soles en esta caja recién llegada de París. Hay que reconocer que Louis LeVu cumple hasta el último fleco de sus tratos.

David sostuvo delante de sus ojos la botella de Conde de Garvey, recreándose en la etiqueta y en su hipnótico contenido:

—Recuerdo esos días en París con mucho cariño —dijo. Mientras admiraba el *brandy*, Royi sacó dos copas de balón del aparador—. Parece que fue hace años cuando estuvimos en la mansión LeVu, y no hace ni dos meses de eso...

Royi puso las copas en la mesa y sirvió dos generosas dosis de licor:

—Esta aventura ha sido un paréntesis en nuestras vidas. Y yo que pensaba que me moriría sin ver algo tan fuerte como lo del exorcismo de México... Este viaje al pasado ha sido de lo más intenso. En ocasiones me parece hasta irreal, como si no hubiera pasado de verdad.

David clavó una mirada peculiar en su amigo:

—¿No tienes pesadillas extrañas de vez en cuando? —le preguntó de sopetón; Royi detuvo su copa de *brandy* a mitad de camino a sus labios—. A veces sueño con los Antecesores. Son sueños demasiado nítidos para ser normales, y suceden en unos

escenarios que no parecen de este mundo... o de este tiempo. Cuando despierto, me parece haber estado en otro lugar...

Royi dejó la copa encima de la mesa y soltó una risita nerviosa:

—Joder, a mí me pasa igual. Creo que la culpa es de ese chisme con forma de hongo que tocamos en los subterráneos de la pirámide. Esa cosa nos metió una información en el cerebro que nadie más tiene, aparte de nosotros.

—Eso es cierto —dijo David—. Probablemente, sabemos cosas que nadie más en la Tierra sabe. Y lo mejor es que después de la generosísima gratificación de LeVu, tenemos dinero suficiente para investigar ese conocimiento por nuestra cuenta —hizo una pausa, estudiando el rostro serio de su amigo—. Estaba pensando en proponerte algo...

—Dispara, joder. Después de lo que hemos pasado juntos, es difícil que te diga que no.

—En estos momentos no tenemos compromisos profesionales y estamos forrados como si nos hubieran tocado dos *Primitivas*. Si quisiéramos, podríamos vivir como reyes sin dar un palo al agua hasta el fin de nuestros días.

Royi tomó un poco de *brandy*, puso los ojos en blanco pensando en unas vacaciones eternas e invitó a David a seguir hablando.

—¿No crees que es un buen momento para montar nuestra propia productora? Podríamos hacer los reportajes que quisiéramos, no los que nos mandaran hacer, y venderlos al mejor postor. Si nos los compran, bien... si no, pues los veremos en el salón de casa, en el mejor televisor con sistema dolby que haya en el mercado.

Royi meditó durante unos instantes los pros y los contras. La verdad es que no se veía a sí mismo echando barriga en un sofá de cuero dentro de una mansión de diseño en primera línea de playa.

—¿Podré comprarme las cámaras que yo quiera?

—Y renovarlas en cuanto salga alguna mejor —rio David.

—¿Y podré contratar a Susana Martos como mi secretaria personal? Le pondría una chapa en la solapa que pusiera «Bitelchús» y la obligaría a llamarme señor Durán —fantaseó.

David se echó a reír:

—Podemos hacer lo que nos dé la gana: entre los dos tenemos veinte millones de euros, así que nos sobra presupuesto.

Royi se recostó en el sofá y dio otro sorbito al *brandy*. Por un momento imaginó lo que sería vivir de las rentas de ese capital durante el resto de su vida. De inmediato se dijo que a quién quería engañar: alguien que ha salido vivo de un ataque de narcotraficantes, ha escapado de unos mercenarios asesinos, ha recorrido la jungla hasta ser capturado por unos no contactados, y luego ha sobrevivido a un cautiverio a manos de unos conquistadores del siglo XVI, llevándose de propina una sabiduría que daba una patada en el culo a la Historia con mayúsculas, se merecía algo más que ser un millonario más.

—La verdad es que contigo no me aburro demasiado —reconoció Royi—. Por mí, de acuerdo. Eso sí, sin prisas. Quiero disfrutar un poco de mi flamante *status* de nuevo rico.

—No tenemos prisa —dijo David—. ¿Puedo llamarte socio?

—Creo que ya lo éramos antes de ahora, so mamón...

Justo en ese momento sonó el teléfono. Royi comprobó el número en pantalla. Desconocido y con más dígitos de la cuenta. En cuanto descolgó, la voz al otro lado de la línea le arrancó una sonrisa de oreja a oreja:

—Espera, que pongo el manos libres —le dijo a su interlocutor—. Saluda a David. Andamos cepillándonos una botella de *brandy* mágico, cortesía de don Louis LeVu, mientras hablamos de nuestro futuro.

—¡Hola! —la voz de Stephen sonó más feliz que nunca a través del altavoz del teléfono—. ¡Joder, qué envidia, lo que daría por estar allí! Se ve que os va bien, ¿no?

—Hemos hecho lo que hacen todos los horteras a los que les toca la lotería —dijo David, riéndose—. Hemos mandado a nuestro jefe a la mierda.

Stephen soltó una carcajada:

—No os quiero preguntar cuánto os ha soltado LeVu para que no me dé una apoplejía, pero sé que se pasa un huevo cuando decide soltar pasta. Le sobra, qué le vamos a hacer...

—¿Y tú qué tal? —le preguntó Royi a Stephen—. ¿Cuándo empiezas en tu nuevo cargo de jefe del departamento de medicina del Grupo LeVu en el Reino Unido?

—Cuando me den el alta definitiva por el balazo —por el tono de su voz, Stephen estaba más que recuperado—. Ya que estáis los dos ahí y andáis de vacaciones indefinidas, os invito a que vengáis a conocer mi nueva casa.

Tiene hasta piscina climatizada. ¿Por qué no pilláis un avión mañana y quemamos Londres?

A Royi le centellearon los ojos como si acabaran de implantarle leds en las pupilas:

—Coño, pues mañana mismo estamos allí. Me hace falta una juerga como el comer. ¿Qué me dices, David?

—Lo siento, Stephen, pero la invitación ha llegado tarde —se excusó el periodista—. Tengo otros planes: llamé a Valérie esta tarde, en cuanto salí de la redacción de Grial. LeVu le ha dado un mes de vacaciones, y un servidor sale mañana hacia París. Me sabe mal despreciar tu oferta, pero ella me parece mucho más atractiva que tú.

—¡Qué traidor! —le recriminó Royi; la envidia se lo comía por dentro—. ¡No me habías dicho nada!

—No había tenido ocasión hasta ahora —se defendió David—. La rubia me debe una cena en Chez Maxim's, y se la pienso cobrar.

Stephen intervino con su voz enlatada:

—Ya me imagino el postre. Cuidado con ella: como le guste jugar duro no le aguantas ni medio asalto. Ya sabes cómo se las gasta.

—Tienes razón —rio David—. Como me dé unos azotes acabo en silla de ruedas.

David, Royi y Stephen charlaron durante un buen rato sobre sus proyectos inmediatos. El gibraltareño, por ahora, solo pensaba en hacerse cargo de su nuevo puesto en Londres y en llevar a su sobrino Steve a Hamleys para ofrecerle barra libre en juguetes. Los periodistas le comentaron de pasada su flamante idea de independizarse y fundar una nueva productora. Fue entonces cuando Stephen hizo un comentario que los dejó perplejos:

—Es una buena idea. Desde que volví de Nuevo Trujillo no paro de tener sueños extraños sobre lugares en los que nunca he estado, pero que son tan reales que estoy segurísimo de que existen. En ellos veo artefactos antiguos e inscripciones que soy capaz de leer, aunque no conozco realmente el alfabeto en el que están escritas. Apuesto a que si investigo en internet, acabo descubriendo dónde están esos sitios... —Stephen advirtió que al otro lado de la línea se había hecho el silencio—. ¿Chicos, estáis ahí?

David fue quien tomó la palabra:

—Stephen, acabamos de comentar eso mismo hace tan solo unos minutos. Royi y yo estamos teniendo sueños muy parecidos a los que tienes tú.

—¡No jodas! ¿En los vuestro también salen los Antecesores?

—Vivitos y coleando —puntualizó Royi.

—Esto me pone los pelos de punta —dijo Stephen, e hizo una pausa que pareció durar más de los dos segundos que duró—. Es por aquel cacharro que tocamos, ¿verdad? Es por el hongo...

David asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que Stephen no le veía:

—Es como si los Antecesores nos hubieran transmitido algo a través de esa cosa. Por suerte, ahora tenemos tiempo y dinero para investigarlo —David cambió de tono de repente—. Pero eso será después de que me vaya de vacaciones con Valérie. Quién sabe, ojalá lo nuestro llegue a ser algo más serio...

—Tienes razón —dijo Royi, chocando su copa con la de su amigo—. Stephen, ve preparando la mejor *suite* de tu casa porque mañana me tienes allí muerto de sed. Y si conoces a un par de amigas que estén buenas, prepáralas. No vamos a estar a dos velas mientras David se pone hasta las cejas con *Supergirl*.

Siguieron charlando animadamente durante un rato más. No sospechaban que al otro lado del mar, en Nuevo Trujillo, Diego de Orellana llevaba dos semanas sin parar de descifrar los petroglifos del Templo de los Antecesores. Tenía mal aspecto: apenas dormía. Tan solo comía lo que su guardia personal le obligaba a comer. El nuevo capitán del ejército, Tomás de Cabanillas, comenzaba a preocuparse por su salud. El Virrey se había dado cuenta de que podía entender el significado de los símbolos antiguos nada más volver al Templo de los Antecesores, a la mañana siguiente de la que había sido, sin duda, la noche más larga de su vida. Si Gérard, David, Royi, o cualquiera de los otros hubieran regresado, también habrían sido capaces de interpretar los símbolos, lo mismo que él.

Diego de Orellana conocía ahora el significado de los mensajes que se habían mantenido ocultos durante milenios en la pirámide. Contenían una sabiduría inédita mucho más grande que la que albergaba el archivo de Nuevo Trujillo. Pero había un mensaje en especial que le obsesionaba. Uno que hacía mención a una amenaza en potencia que podría llegar a destruir el mundo.

Y don Diego de Orellana no tenía forma de advertir a sus amigos del siglo XXI del peligro que hibernaba en el interior del Templo de los Antecesores.

EPÍLOGO

DOMARCO HABÍA PARTICIPADO EN MUCHAS OPERACIONES al mando de su equipo Griffon, pero esta era la primera vez que lideraba a tres equipos Titanio a la vez. Aparte de esto, había otra cosa que hacía que esta misión fuera distinta a las anteriores.

Esta vez, la presa era uno de ellos.

Habían recibido la información unas horas antes. Un aldeano había visto a un extranjero caminando por una vereda en la selva. Extrañado por su presencia allí, lo puso en conocimiento del destacamento local del ejército. Su descripción coincidía con la de uno de los miembros del equipo Hydra, y los militares no dudaron en tomar contacto con el número de teléfono que les habían facilitado en caso de que avistaran a alguno de ellos. Una hora después, el presidente de Perú, en persona, hablaba por videoconferencia con el Grandmaster de la Organización Myth. Dos horas más tarde, DoMarco era elegido comandante en jefe de la operación de busca y captura. Sus helicópteros desembarcarían a dos equipos de fuerzas especiales: el Dragon y el Chimaera. La infantería, apoyada desde el aire por los helicópteros, cerraría el cerco de lo que ellos llamaban el *rogue squad* hasta hacerles salir de la selva. No sabían si se trataba del equipo Hydra al completo, de algunos de sus miembros o de uno solo de ellos. El dispositivo sería el mismo. No podían permitirse el lujo de bajar la guardia. Uno solo de los hombres de Woods podía darles muchos problemas si se mantenía oculto en la espesura. Si decidían oponer resistencia, las bajas serían inevitables.

Exploradores del ejército peruano, camuflados de pies a cabeza, tenían al objetivo localizado en una arboleda que lindaba con una carretera comarcal con más baches y barro que asfalto. Tenían órdenes expresas de no intervenir. Se mantenían en contacto continuo por radio con un enlace que comunicaba sus novedades personalmente a DoMarco, que en ese momento estaba en el asiento de copiloto de su Black Hawk, en una explanada situada a unos siete kilómetros de la arboleda. Detrás de él, cuatro helicópteros más, dos Cobra de ataque a tierra y otros dos Black Hawk, esperaban órdenes con sus motores en marcha, listos para despegar de inmediato.

DoMarco recibió por radio las coordenadas del avistamiento. Las comunicó al resto del escuadrón y los aparatos despegaron. La suerte estaba echada. Los dos Cobra se adelantaron con sus cañones de 20 milímetros apuntando al suelo. Los tres Black Hawk, más lentos y pesados, fueron detrás de ellos con las portezuelas correderas abiertas a tope. Los miembros de los equipos Dragon y Chimaera sujetaban las cuerdas por las que descenderían cuando estuvieran sobre el objetivo.

Junto a ellos, los artilleros controlaban sus ametralladoras M60, dispuestos a barrer la selva si era necesario. Mientras se dirigían a la arboleda, la voz de uno de los pilotos de los Cobra sonó en la radio de DoMarco:

—Bebé 1 a Matrona. Aproximándonos al objetivo. ¿Sabemos cuántos son? Cambio.

—Aquí Matrona —respondió DoMarco—. Según nuestros informes, han visto solo a uno. Pero no podemos fiarnos: los demás podrían estar ocultos. Cambio.

—Roger. Esperemos que no nos guarden ninguna sorpresa. He oído hablar de esos tipos y no me fío un pelo de ellos. Cambio y corto.

DoMarco dio órdenes a los otros Black Hawk para que desplegaran sus fuerzas al sur y al norte de la arboleda.

—Cercioraos de que les dejáis una vía de escape —le recordó DoMarco a los jefes de los equipos de tierra—. Queremos capturarles vivos, no forzarles a que se defiendan con uñas y dientes.

—Roger —respondieron los dos oficiales a la vez.

Los Black Hawk se detuvieron en el aire, y los comandos del team Chimaera comenzaron a descender hasta el suelo haciendo rappel. Los artilleros se dejaban la vista en el follaje, intentando vislumbrar algo entre las copas de los árboles. En menos de treinta segundos, quince hombres armados hasta los dientes se desplegaron en la selva. A un kilómetro de distancia, los quince miembros del equipo Dragon abandonaban la carretera para internarse en la selva. Los cinco helicópteros se elevaron un poco más y sobrevolaron en círculo la arboleda. No transcurrió ni un minuto cuando uno de los miembros de Chimaera transmitió una noticia por su intercomunicador:

—Contacto visual —su voz sonaba nerviosa—. Es uno solo, y se dirige hacia el linde del bosque. Ha tenido que vernos, pero el tío camina como si estuviera dando un paseo por el parque. Parece muy tranquilo.

DoMarco ordenó a su piloto que se aproximara a la carretera. Era uno solo, ¿pero quién? ¿Estarían los demás ocultos en la espesura, listos para emboscarles?

—Mantened la distancia, y no disparéis si no es estrictamente necesario —ordenó DoMarco. A continuación, se dirigió por radio a su escuadrilla de helicópteros—. Aquí Matrona. Team Griffon, cerrad el círculo.

Los cinco aparatos sobrevolaron el terreno a poca altura. Los artilleros de los Cobra acariciaban el disparador del cañón, dispuestos a sofocar cualquier tipo de resistencia. El Grandmaster había sido muy claro: «*Los queremos vivos, pero si se resisten, no duden en disparar*».

El jefe del team Dragon también confirmó el contacto visual:

—Lo tenemos enfrente de nosotros —anunció—. No parece armado. Está a punto de salir de la selva. Atentos los que estáis en la carretera...

Los helicópteros convergieron en la destrozada pista de cemento como moscas acudiendo a un festín. Los soldados apretaron el círculo hasta que todas sus miras

laser convirtieron al objetivo en un árbol de navidad andante. No había rastro de nadie más en la selva. El único superviviente del team Hydra surgió de la selva y se detuvo al borde de la carretera, observando tranquilamente el despliegue de efectivos que le rodeaba.

DoMarco reconoció a Jones al instante. Nunca antes le había visto en persona, pero sí en fotos. También había oído hablar de él y de su impresionante carrera dentro de Myth. Era más alto y más grande de lo que había imaginado. DoMarco ordenó a su piloto que aterrizara junto a la carretera. El artillero del Black Hawk no dejó de apuntar a Jones ni un momento.

DoMarco bajó del helicóptero y se dirigió hacia el haitiano. Conforme se acercaba, vio que tenía un aspecto deplorable: su camiseta estaba hecha jirones y prácticamente cubierta de sangre seca. Sus pantalones también habían tenido días mejores. Su rostro escarificado lucía arañazos producidos por las ramas espinosas y sus labios, entreabiertos, estaban hinchados. Si la sangre era suya, era un milagro que estuviera vivo. No parecía ir armado, a excepción de un machete cuyo mango sobresalía por encima de su hombro izquierdo. También llevaba una mochila a la espalda. Su imponente figura estaba moteada de puntos rojos de luz: todas las miras laser de los fusiles de asalto confluían en él. Si intentaba algo, las balas le despedazarían en un segundo.

—No disparéis —susurró DoMarco a través del intercomunicador—. ¿No hay nadie más con él?

—Está solo, comandante —le confirmó alguien.

DoMarco se detuvo a pocos metros de Jones, guardando una distancia prudencial. A pesar de que tenía la mano sobre la pistola, no tenía intención de sacarla. El gigante negro estaba rodeado por tierra y por aire.

—Será mejor que tire ese machete al suelo —le dijo DoMarco. Su amabilidad ocultaba una orden. Si no lo tiraba de inmediato, ordenaría fuego a discreción.

Jones desenfundó el machete y lo dejó caer al suelo. A su alrededor, el círculo de soldados se cerró aún más. Desde el cielo, los helicópteros le apuntaban con toda su artillería. Se sintió satisfecho: habían enviado a un ejército entero para capturarlo. Era la primera vez que se rendía en su vida y estaba solo, herido, hambriento y agotado. Sonrió a sus captores y les heló la sangre en las venas. A pesar de estar vencido, se sentía orgulloso de sí mismo.

—Las manos —dijo DoMarco—. Las quiero bien visibles —Jones las levantó sin dejar de sonreír—. ¿Y Woods y los demás?

—Muertos —respondió Jones—. Al final no eran tan buenos como creían...

DoMarco se descolgó del cinturón un teléfono Iridium y marcó un número. Fue el Grandmaster en persona quien le respondió.

—Señor, le tenemos. Es Jones. Dice que los demás no han sobrevivido —mientras hablaba con el máximo dirigente de Myth, DoMarco vio cómo el jefe del

equipo Chimaera le quitaba a Jones la mochila de la espalda. El haitiano no opuso resistencia y se dejó hacer.

—Peinen la selva por si acaso —ordenó el Grandmaster—. Respecto a Jones, llévenle a la isla Wraith. Iré personalmente allí a interrogarle. Ese hombre es extremadamente peligroso. ¿Llevan la silla de contención, como les ordené?

—Sí, señor. Está a bordo de mi helicóptero.

El oficial que había cogido la mochila de Jones llamó la atención de DoMarco, agitándola delante de él. Este le hizo un gesto para hacerle entender que estaba ocupado en ese momento. La mochila podía esperar.

—Que no se levante de la silla ni para mear —dijo el Grandmaster—. Si es necesario, sédenlo.

—La verdad es que parece muy tranquilo —comentó DoMarco.

El Grandmaster se permitió obsequiarle con una risa condescendiente:

—Si baja la guardia, usted será el próximo que figurará en nuestra lista de bajas. Ese tipo podría echar abajo su helicóptero, matarles a todos y salir vivo. Proceda según el protocolo de máxima seguridad.

—A la orden señor. Así se hará.

DoMarco cortó la comunicación, y el jefe del equipo Chimaera aprovechó para darle la mochila. DoMarco, irritado, la abrió. Cuando descubrió su contenido, abrió la boca como una pueblerina a la que acaban de nombrar *miss* universo.

—¿Qué coño es esto? —metió la mano y sacó un puñado de pepitas de oro y piedras preciosas. No entendía nada de joyas, pero aquello tenía pinta de valer una fortuna.

—Lo llevaba encima. Tal vez hayan abierto una sucursal de Tiffany en la selva y ha aprovechado para hacer unas compras.

—Creo que este tipo va a tener que responderle un montón de preguntas al Grandmaster —DoMarco llamó a dos de sus hombres—. Vosotros, sacad la silla de contención y sentad al prisionero. Cercioraos de que no pueda moverse ni un milímetro, ¿entendido?

Los soldados sacaron la silla de contención del compartimento de carga del Black Hawk. Era algo parecido a una silla de ruedas espacial, con grilletes de acero macizo y cadenas capaces de sujetar a un gorila. El Grandmaster la había hecho embarcar pensando precisamente en Jones. Los encargados de sentar al haitiano en ella hubieran preferido asistir al cumpleaños de Bin Laden vestidos de rabino, pero no tenían más remedio que obedecer la orden. Al final no fue para tanto: Jones se sentó voluntariamente y dejó que le inmovilizaran los brazos, las piernas y el cuello. Una vez que estuvo seguro de que no podría moverse, DoMarco se acercó a él. Jones le miró con sus ojos inyectados en sangre.

—Menudo follón habéis montado —el bokor no abrió la boca, y DoMarco le mostró la mochila abierta—. ¿De dónde cojones has sacado esto?

Jones no respondió inmediatamente. Uno de los soldados que le había sentado en la silla de contención sostenía detrás de él una mordaza de cuero.

—Solo hablaré con el Grandmaster —dijo el haitiano, hablando muy despacio—. Tengo una información que puede interesarle.

—Le verás en la isla Wraith. ¿Conoces el sitio?

—He oído hablar de él —dijo Jones, sonriendo de medio lado.

—Pues vas a tener ocasión de disfrutar de sus instalaciones. Dicen que son dignas de un hotel de cinco estrellas —DoMarco ordenó con un gesto que le pusieran la mordaza; Jones no dejó de sonreír tras el bozal de cuero—. Subidle a mi helicóptero.

Hicieron falta seis hombres para meterlo dentro del aparato. Jones y la silla parecían pesar como un piano de cola. Mientras le acomodaban en el interior del Black Hawk, los ojos del bokor sonreían a DoMarco. Este sintió un escalofrío. Cuando todos estuvieron a bordo de los helicópteros, él subió al suyo y ordenó al piloto que despegara. Los cinco aparatos lo hicieron a la vez, dejando atrás un sol de mediodía que pronto sería eclipsado por unas nubes cargadas de lluvia.

La selva, por fin, quedó en paz.

Al menos, por ahora.



A. M. Caliani nace en Ceuta, en 1963. En los 80 escribe en calidad de redactor en las hoy desaparecidas revistas «Staffel» y «Star Kits», así como algún trabajo esporádico como colaborador en «Modelismo e Historia». En la segunda también publica tiras cómicas, aunque pronto relegará las historietas a un recuerdo del pasado.

Además de novela, escribe relatos cortos. Uno de ellos, El caballero del viento, le hace merecedor del primer premio en el Certamen de la Librería Tótem de Ceuta, en 2008. En noviembre de 2011, pasa a formar parte de la web Paraíso Cuatro (www.paraíso4.com), después de presentar su relato Whiskeyman para el especial de Halloween de ese mismo año, Bajo el eclipse. Desde entonces, publica en dicha web una o dos veces al mes.

En diciembre de 2011, la antología titulada Relativamente (edición digital con fines benéficos) incluye tres de sus cuentos: el premiado El caballero del viento, La peor cena de mi vida y Recordando al héroe. A lo largo de 2012, varios relatos suyos son seleccionados para diferentes antologías: El taxista del Infierno (Camada, Ed. Mandala), Quid pro quo (Antología Carne Nueva, Ed. Tusitala), El cuarto de Sonia (Antología Fantasmas, espectros y otras apariciones, Ed. La Pastilla Roja) y La última navidad de Todd Benning, ganador del I Certamen de Cuento Navideño de la Asociación la Destilería de Escritores.

Notas

[1] ¡Papá, papá! ¡Ven rápido! ¡Cogí, uno! ¡Cogí uno! <<

[2] ¿Qué sucede, Nelson? <<

[3] No, sé, papa. Algo viene hacia acá por el río. <<

[4] Ven aquí. <<

[5] Es una canoa <<

[6] ¡Es un hombre papá! ¡Es un hombre muerto! <<

[7] ¡Nelson, llama al Padre Fermín! <<

[8] ¡Virgen santa! ¡Nelson, ve corriendo y llama al padre Fermín! ¡Vamos! ¡Vamos!
<<

[9] Mi otra montura es tu madre <<

[10] Aguardiente de caña de azúcar, también conocido como pinga o branquinha, típico de Brasil e ingrediente principal de la famosa caipirinha <<

[11] Niños <<

[12] *Juego de naipes, equivalente sudamericano del mus, si no por sus reglas —que son diferentes—, sí por su popularidad y arteras estrategias <<*

[13] *Vigilar* <<

[14] Pillar desprevenido <<

[15] Cabezas <<

[16] Hombre guapo <<

[17] Rostro atractivo masculino <<

[18] Viejo <<

[19] Vigilando <<

[20] De la mejor <<

[21] Maravillosa <<

[22] Tanque blindado de la policía <<

[23] Guardaespaldas <<

[24] Gran cantidad <<

[25] Te echo de menos <<

[26] ¿Qué coño hace esa mocosa a bordo? <<

[27] Literalmente es «Ve a morderle el culo a tu padre». En realidad, es la versión brasileña de nuestro «Vete a tomar por culo». <<

[28] Trabajo <<

[29] Pides un cabrito con dos pies. En el vudú Petro, un cabrito con dos pies hace referencia a un sacrificio humano. <<

[30] ¿Dónde podré encontrarlo para ti? <<

[31] En el vudú, un bokor es un brujo capaz de invocar a un loa o incluso de levantar muertos, convirtiéndolos en zombis. Es una versión más oscura del houngan, el sacerdote vudú convencional <<

[32] Romperte el culo <<

[33] Negro <<

[34] Blacula es una versión negra del mito del vampiro que apareció en la película del mismo nombre que William Crane dirigió en 1972, donde se narra la historia de un príncipe africano mordido por Drácula <<

[35] Pelea o bronca <<

[36] Ataque de nervios <<

[37] Trabajo eventual <<

[38] **Influencia** <<

[39] Dinero <<

[40] Tener mucho dinero <<

[41] US Navy SEAL (Sea, Air, Land). Cuerpo de operaciones especiales de la Marina Estadounidense destinado a operar en misiones de alto riesgo tras las líneas enemigas. Los SEAL son el cuerpo de élite mejor preparado de Estados Unidos, y la dureza de sus entrenamientos durante el período de formación es legendaria <<

[42] Nombre del primer emperador inca <<

[43] Worst en inglés significa «Peor». <<

[44] LSD, potente alucinógeno <<

[45] Debido al límite de 120 caracteres por mensaje de los Iridium, Blanch reduce en abreviaturas la siguiente frase: «Recibidas noticias de Woods, piloto muerto, todos ok, Valérie Delacroix viva y con ellos, Revenant dañada, traed a Valérie de regreso. Blanch». <<

[46] *LZ: Landing Zone (Zona de aterrizaje).* <<

[47] Woods y Forest significan lo mismo en inglés y en francés: bosque <<

[48] Término en tae-kwon-do con el que se denomina al ataque <<

[49] En tae-kwon-do se llama así al maestro. Es el equivalente del sensei en karate <<

[50] Mujeres y niños pequeños <<

[51] Cohete <<

[52] Cierra la puta boca <<

[53] Comprobar la cámara del casco <<

[54] Billete de solo ida <<

[55] Tipos <<

[56] Fiesta <<

[57] Terroristas <<

[58] Matones <<

[59] Cárcel <<

[60] Trola, historia falsa <<

[61] Prostitutas <<

[62] En terminología militar, una booby trap (trampa para bobos) es una trampa — normalmente explosiva— colocada en un lugar que puede servir de cebo para su víctima, como puede ser la puerta de un refugio, una caja de provisiones o, en este caso, la pirámide de cabezas de los guerreros caídos <<

[63] Forma despectiva de llamar a las prostitutas en Brasil <<

[64] Un negro enorme y horroroso <<

[65] Marihuana <<

[66] ¿Qué pasa, hijoputa? ¿Y quién coño es ese chulo? ¿Errol Flynn? <<

[67] Que te den por culo. <<

[68] ¡Oh, Dios mío! ¿De dónde sois? ¿Venís a liberarme? <<

[69] ¡Por favor, ayudadme! <<

[70] Por favor, espera un segundo. Todo va bien, ¿de acuerdo? <<

[71] El Rock de la Cárcel <<

[72] Bromista <<

[73] Dormir <<

[74] Sacerdote que oficia rituales vudú <<

[75] Jones me mató <<

[76] ¡Alto o disparo! <<

[77] ¡Escuchad! ¡Eso no es un helicóptero! ¡Eso es un jodido avión! <<

[78] Pistola o revólver <<